

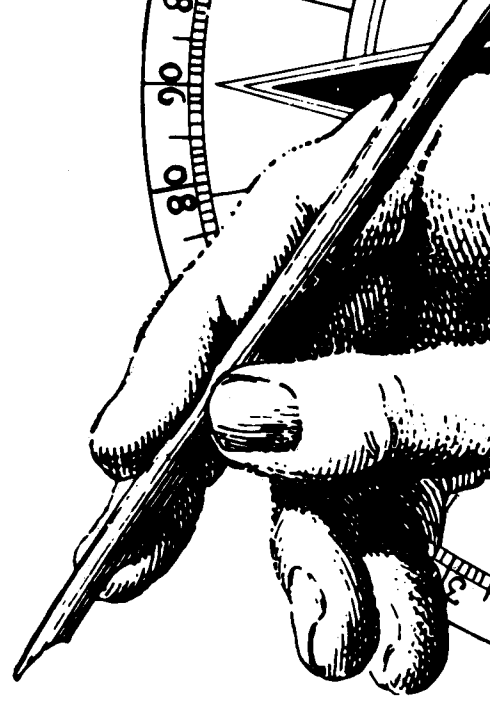
HISTORIA MARÍTIMA DEL PERU

Epoca Prehistórica

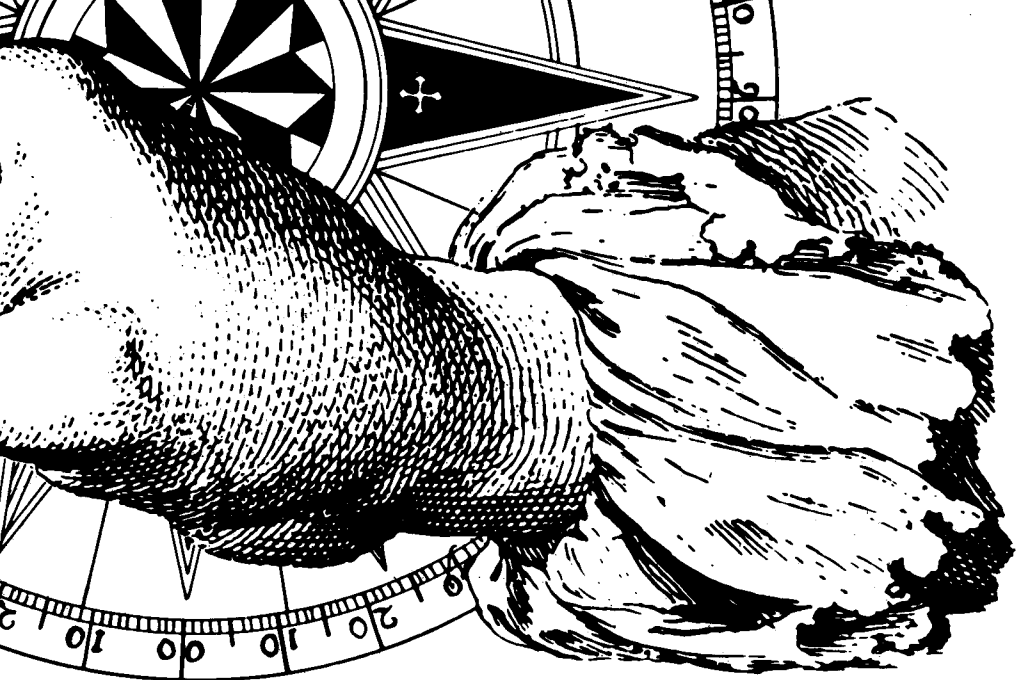
Hermann Buse

TOMO II VOLUMEN 2





HISTORIA
Epoca Pre



MARÍTIMA DEL PERU
histórica | TOMO II
VOLUMEN 2

Hermann Buse

EPOCA PREHISTORICA

Indice

	Pág.
CAPITULO IX	
<i>LEYENDA DE REYES Y GIGANTES</i>	31
Realidad histórica y fantasía	33
Los aventureros del mar	34
La invasión de los chinchas	35
La leyenda de los Viracochas, "Hombres Blancos"	
llegados por mar	36
Extrañas gentes llegadas por mar	44
La leyenda de los hombres disformes, de grandísimo tamaño	47
Los chimos en guerra con los incas	49
Victoria final de los incas	51
Los gigantes de Puerto Viejo, que llegaron a vasallos del Inca	52
Los gigantes de Santa Elena, a los que Dios castigó	54
Preocupación por los gigantes de Santa Elena	65
Apreciación final sobre los gigantes	68
Naymlap, el rey que llega por mar en barca dorada	70
Procedencia de Naymlap	73
La Oceanografía apoya la tesis del golfo	76
Procedencia maya o centroamericana	78
Otras opiniones	81
La Epoca de Naymlap	83
Interpretación general de la leyenda de Naymlap	86
La leyenda de Namla	92
La leyenda de Tacainamo	95
La leyenda referida por el Quipocamayoc Catari	97
Juicios sobre la leyenda de Catari. Quiteñismo de Oliva	108
Otras leyendas sobre el mar	115
Notas al Capítulo	118

	Pág.
CAPITULO X	
NAVEGACION	125
Bosquejo de los orígenes	125
De la balsa al barco	129
Origen de la navegación aborígen peruana	136
Embarcaciones de la costa occidental sudamericana, no peruanas	148
La piragua, tampoco peruana	154
La balsa de troncos: referencias históricas	157
Difusión o Paralelismo	165
Descripción de la balsa de troncos	169
Balsas en el siglo XX	183
La madera de balsa	185
La balsa de los tumbesinos con la que se topó Bartolomé Ruíz	187
Seguridad y excelencias de la balsa	190
Area de distribución	194
Balsas de troncos en ríos y lagos	200
Balsillas de troncos. Referencias históricas	209
Las balsillas de Arica y las actuales de la Costa Norte	212
Un caso de mala interpretación: la supuesta balsilla de Paracas	217
Las balsas y su representación en el arte	218
La vela: opiniones a favor	220
Opiniones en contra	227
El problema del origen	228
Mástil, obenques y cabuyería	229
Los remos. Sus clases	230
El remo de doble pala	237
Los grandes remos de Ica: discusión y balance	239
Descripción de los remos de Ica	242
¿Palas agrícolas? Refutación	243
Las opiniones	244
Anclas o potalas	247
Las guaras, orzas o tablonos de quilla	247
Uso actual de las guaras	250
Origen de la guara	252
Las guaras ornamentadas de Ica	254
Las eficacias de las guaras, probadas	256
"Caballitos" y balsas de totora	260
Construcción de los "caballitos"	265
El material de construcción, la totora	268
Origen	271
Antigüedad	274
Distribución antigua y actual	289
Balsas grandes, balsas con entrepunte, balsas con mascarones	291

INDICE

	Pág.
Referencias de los cronistas	298
La balsilla de totora del primer Virrey	303
Las balsas de totora del Titicaca	309
Los Uros, constructores de balsas	314
Balsas de calabazos	318
La balsa de odres	325
Técnica de construcción	331
Area de distribución	335
Origen y antigüedad	337
Puertos	340
Talasocracia y Geopolítica del Mar	343
Malos navegantes	353
Causas de la supuesta ineptitud	365
La riqueza biológica, un factor favorable	369
Pueblo continental pero dominador del mar	377
Dominio, poderío: talasocracia	377
La teoría de los "Sectores Marítimos" y la geopolítica del Mar	379
Notas al Capítulo	384
CAPITULO XI	
<i>COMERCIO MARITIMO</i>	397
Un comercio de ámbito restringido	400
Comercio con Manta y Esmeraldas	402
Comercio con Centroamérica	407
Comercio con México	415
¿Comercio estatal o comercio privado?	419
Comercio previsto, programado con balanzas	422
La balsa que encontró Bartolomé Ruiz	424
La referencia a Salango	433
La balsa era de Tumbes y portaba cultura incaica	435
El comercio de las esmeraldas	443
Las conchas de los mares tropicales	446
Referencia de los indios sobre el Imperio	451
Comercio de cabotaje	453
Factores que restringieron el comercio de cabotaje	459
Valles autosuficientes pero no aislados	461
Virú y los valles mochicas	464
Comercio de los Mochicas	466
Ancón: "Puerto de Intercambio"	470
Notas al Capítulo	473
CAPITULO XII	
<i>EL MAR EN LA ECONOMIA: LA ALIMENTACION</i>	479
Caza, pesca y agricultura	494
El hombre y el mar: aproximación y alejamiento	497
Los indios costeros, grandes pescadores	499

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

	Pág.
Control de la pesca por el Estado	503
El oficio de pescador	506
Sistemas de pesca	509
La red. Chinchorros y atarrayas	513
Anzuelo, pesca con línea y espinel	519
Arpones. figsas y tridentes	522
Embarcaciones	523
Supersticiones y fiestas	525
Natación y buceo	526
Cachalotes y ballenas	535
Lobos y loberías	538
Pescado fresco para el Inca	548
Industria de la conserva del pescado	550
Ailmentación de mariscos	553
Alimentación de carne de lobo marino	554
Algas marinas y huevos de pescado	555
La sal y su valor económico	558
Comercio de pescado, mariscos y sal con la Sierra	565
Caminos de pescadores al interior	568
Fauna del mar aprovechada por los antiguos peruanos	574
El muestrario Nasca	578
Mamíferos	580
Mariscos	583
Aves marinas	590
Algas marinas	595
Notas al Capítulo	597
CAPITULO XIII	
<i>EL MAR EN LA ECONOMIA: OTROS ASPECTOS</i>	605
Las islas del litoral	606
Extracción y aprovechamiento del guano	619
El guano en la administración incaica	629
Cronología histórica del guano	634
La "Civilización del Guano", según Gonzalo de Reparaz	638
El pescado como fertilizante	640
Collares y otros adornos de materiales marinos	645
Instrumentos diversos de concha y hueso	648
El coral	652
El Spondylus Pictorum	653
La trompeta de caracol	656
El vestido	663
Artículos y especies útiles para el cambio. Tributo	664
Perlas en la mar del Sur y el Caribe	666
Bancos de conchas perlíferas en los mares del Perú	672
Las perlas en la joyería Pre-Inca e Inca	682
Notas al Capítulo	684

INDICE

	Pág.
CAPITULO XIV	
<i>EL MAR EN EL ARTE</i>	689
El deslumbrante mundo marino de la cerámica Mochica	695
El pez entrelazado o interlocking	713
La policroma iconografía de los mantos de Paracas	717
La Gran Familia Paracas, según Tello	721
Las seriaciones de la cerámica Nasca	723
El mundo circundante y la interpretación del monstruo ictiomorfo	728
La representación convencionalizada del pez	731
El inventario Nasca relacionado con el mar	733
El tema del mar en otros estilos	738
El tema del mar en los estilos de la Sierra	768
Notas al Capítulo	772
CAPITULO XV	
<i>LA EXPANSION IMPERIAL</i>	775
Orden y gobierno paternal	781
La extensión del Imperio	784
Unificación por los caminos	788
Los caminos transversales, desde el mar	790
Los incas dominaron el Ecuador	793
Los comienzos de la expansión imperial: Cápac Yupanqui	798
Los Hanan Cusco y el Emperador Inca Roca	800
Yahuar Huaca	801
Viracocha	804
Pachacútec y la conquista de la costa Norte	807
Túpac Inca Ypupanqui	818
La Conquista del Reino de Quito y el descenso al mar	822
La guerra contra los chonos	822
La guerra de la Puná	825
Puerto Viejo y Manta	830
La guerra en los llanos marítimos	833
Guarco y la "Fiesta solemne en el mar"	834
Nuevamente, al Contisuyo	835
La conquista de las provincias marítimas de Chile	835
Huaina Cápac	837
La bajada al mar y la guerra de los huancavilcas	842
Sometimiento de la Isla de la Puná	843
La tradición de los balseros	845
El "paso de guainacava", una obra gigante	847
En los llanos marítimos	850
El ocaso y la noche	851
Atahualpa y el combate naval de Puná	851
Notas al Capítulo	853

	Pág.
CAPITULO XVI	
LA EXPEDICION DE TUPAC INCA YUPANQUI	859
La versión de Sarmiento	860
La versión de Cabello de Balboa	862
El viaje fue un hecho	864
¿Y el agua?	868
A las Islas Lobos	869
A las Islas Galápagos	874
Markham y Riva Agüero	877
Otras opiniones a favor de las Galápagos	880
Opiniones en contra: no fueron las Galápagos	883
A las islas y costas del Norte	885
A la Polinesia	888
Pascua y Mangareva	895
Análisis y exégesis de la leyenda de Tupa	897
¡Destino ignorado!	901
Las misteriosas islas a Poniente	902
La historia de "Chepo" y el poderoso Imperio de las islas	908
Otra isla inmensa frente a Arica	911
Punto de partida: la tradición indígena	913
La "Kon Tiki" en apoyo de la expedición de Túpac Inca Yupanqui	918
Notas al Capítulo	925
CAPITULO XVII	
CIUDADES Y POBLADOS FRENTE AL MAR	929
Tumbes, gran centro naval	931
Pacatnamú	934
Chan Chán, capital del reino Chimú	935
Las huacas de Trujillo	940
Paramonga, a la vista del mar	941
Ancón, miles de años de ininterrumpida ocupación	943
Lima, Bellavista, el Callao	950
Pachacámac, el gran templo al pie del mar	953
Guarco, al pie del mar	960
Chincha y sus 10,000 pescadores	963
Paracas, milenaria ocupación	964
La ciudad de Cabeza Larga	967
Otras poblaciones menores	976
Los sectores litorales	980
Notas al Capítulo	984

¿Remo, tablón para enrumbar la embarcación, instrumento de labranza, ora con fines prácticos, ora con fines ceremoniales? La figura, extraordinariamente interesante, del personaje con espectacular tocado y vistoso atuendo, que lleva fuertemente cogido con ambas manos el instrumento, puede servir de apoyo a cualquiera de las indicadas conjeturas. Dimensiones: altura total, 26 centímetros; altura de la figura, 14. (*Chimú-Lambayeque*. Costa Norte. Procedencia: hacienda Chiquitoy. Siglo XI de nuestra era. Museo Yoshitaro Amano. Foto: *Fernando La Rosa*).





Valiéndose de un canaleta, o remo de caña rajada, el tripulante guía su embarcación de totora, constituida por tres haces fuertemente prensados y atados entre sí por cuerdas. Mientras el conjunto reposa en una base tronco-cónica, el asa, en forma de puente, se extiende de la espalda del personaje a un pico prominente.
(Cultura *Lambayeque*. Costa Norte. Período Intermedio temprano, aproximadamente 500 años después de Cristo. Museo Rafael Larco Herrera. Foto: *Fernando La Rosa*).

Capítulo IX

LEYENDAS DE REYES Y GIGANTES

Numerosas leyendas, que fueron recogidas por los españoles en la época inicial del contacto de las culturas, hablan de arribadas a las costas del Perú de gentes llegadas ora del Norte, ora de los lejanos confines del océano, ora de islas y tierras distantes, jamás vistas. Algunas de ellas describen también el extraño jaez de las gentes venidas de fuera, presentándolas como seres raros por el tamaño desproporcionado de sus miembros, por la estatura descomunal de sus cuerpos, como de gigantes o cíclopes y, en algunos casos, por las reprobables costumbres, que traían, tal aquella del "vicio nefando" que horrorizaba a los ya establecidos acá.

Es probable que en la raíz de estas leyendas se escondan, bajo el espeso manto decorativo con que el pasado suele cubrir la trama de la historia, acontecimientos vinculados a la llegada de grupos extranjeros: de aventureros en unos casos, de náufragos socorridos por la buena estrella en otros, de inmigrantes acicateados por alguna descomposición en su país de origen y anhelosos de nueva tierra, de conquistadores belicosos, de fugitivos en busca de seguridad, de aterrados perseguidos o de llanos comerciantes portadores de productos varios para la permuta.

De la llegada de mercaderes en viajes de rutina, con productos para el intercambio con los pueblos de la Costa, se ha hablado en otros capítulos y se volverá a tratar en el undécimo, que versa sobre el comercio marítimo. Pero, el asunto tiene una amplitud mayor, que la certifica el sesgo de las teorías. No pocos especialistas bien informados, en efecto, al examinar las leyendas de estos mercaderes, en navegación desde lejanas

e ignotas tierras sobre balsas o piraguas, resueltamente dirigen la mirada no sólo a las costas de Centroamérica —con las cuales no hay duda que existió un activo comercio, como lo prueban los propios testimonios históricos— sino a las *islas de Poniente*. Y es que no por mera tentación ni exceso de credulidad se habla de los polinesios. Tampoco la tentación y la credulidad juegan papel alguno cuando se propone una respuesta a la interrogante que han dejado, desde que fueron escritas en el siglo XVI, las páginas intrigantes de Cabello de Balboa y Sarmiento sobre el hazañoso viaje de Túpac Inca Yupanqui a las misteriosas islas de nombre *Ahua Chumbi* y *Nina Chumbi*, localizadas por algunos —Rivet y Heyerdahl, entre otros— en los vastos archipiélagos de Oceanía.

Está probado que los antiguos peruanos dispusieron de medios apropiados, de orden naval, para realizar largos viajes por el mar. Fue la *balsa de troncos* una embarcación rústica pero segura y, sobre todo, muy marinera, capaz de cubrir grandes distancias impelida por los vientos y las corrientes y capaz, también, de navegar contra el viento por el uso de un artefacto muy ingenioso, llamado *guara*, que no era otra cosa que un *tablón de quilla*, especie de *orza* sumamente eficaz. Así la navegación de *balsas a vela* pudo llegar a las costas lejanas del Norte, a Centroamérica, a las islas Galápagos como creen firmemente no pocos historiadores serios, y hasta a Polinesia, aunque esto último para muchos sea excesivo. Tocante a los polinesios, que en la época de su apogeo fueron eximios navegantes, no superados en sus proezas por ningún otro pueblo de la Tierra, se sabe que podían cumplir travesías de hasta *cuatro mil millas, sin escalas*, pescando y descansando de día bajo los abrasadores soles del Pacífico ecuatorial, navegando de noche, guiados por las estrellas, las nubes y el instinto, esto último como las aves migratorias.

Hay base, por lo tanto, para admitir contactos comerciales entre los pueblos de América y Polinesia, y de ellos se ha hablado con amplitud en el capítulo sexto. Pero, fuera de este tipo de relaciones, que probablemente fue eventual, hay base también para admitir el arribo de gentes con otros propósitos que no fueran los meramente comerciales: grupos conquistadores, fugitivos de tierras diezmadas, náufragos perdidos a la deriva, etc.

Los relatos tomados por los cronistas de boca de los indios y las leyendas que todavía se conservan entre los pueblos de la costa occidental de Norte, Centro y Sudamérica, hacen pensar, por consiguiente en episodios resonantes de invasión violenta o de pacífica arribada que tuvieron por escenario el mar que baña las costas del Perú, desde las costas ecuatoriales hasta las del extremo meridional.

Dice un tratadista: "Además de que son bien conocidas las cualidades de los polinesios como navegantes, había tradiciones (al tiempo de la Conquista) que relataban la llegada de extranjeros en Colombia, Ecuador y Perú; en Chile se hablaba de unos piratas, los *ayres*". Recíprocamente —agrega—, "en la Polinesia las tradiciones hablan de *tierras al Este*, que eran visitadas en alguna ocasión. Así, el rey de Mangareva, llamado *Anua Motua*, había llegado hasta el extremo Sur de América", según la audaz interpretación de A. C. E. Caillot, que cita el mismo tratadista¹.

Estas líneas son suficientes para presentar el cuadro general. Las versiones particulares son incontables. Hay la siguiente, por ejemplo, del Ecuador, que expone Baudin: un jefe llamado *Caran*, de donde deriva el nombre del reino *Cara*, desembarcó "en una época imposible de precisar, en la costa septentrional del Ecuador, en el lugar que desde entonces se llama *Bahía de Caragues*. El desembarco, añade la tradición, se hizo en balsas. El pueblo que se formó en el mencionado lugar a raíz de la invasión, alcanzó, andando los años, desarrollo de alguna notoriedad; fue un pueblo aguerrido; pero, al término de una larga era independiente, cayó bajo la dominación de los incas².

REALIDAD HISTORICA Y FANTASIA

Es difícil discriminar, pero del análisis y confrontación cuidadosos resulta que unas leyendas tienen categoría histórica, es decir, se acercan más o menos a los hechos comprobados, en tanto que otras no son sino amontonamiento de pintorescos engendros de la imaginación. Resulta difícil también deslindar la responsabilidad porque ¿han llegado tales leyendas a nuestro conocimiento tal cual las recogieron los españoles, sin ingrediente extraño, o ellos pusieron en los relatos escuchados algo o mucho de lo suyo, decorando la versión prístina hasta deformarla o mixtificarla en tal medida que no sabemos ahora qué queda de la substancia?

Al respecto, Krickeberg cita leyendas que hablan del origen *no andino* del Imperio de los Incas. "Sólo una versión —dice— habla del origen transoceánico de los incas, afirmando que desembarcaron en el Ecuador, fundaron Quito, Tumbes y Pachacámac y sólo después emigraron al altiplano. Esta leyenda forma un grupo con varias otras que hablan de un desembarco de tribus extranjeras en el litoral occidental de Sudamérica...". Aunque el contenido de esta leyenda es insólito y no merece fe, tiene como anota Krickeberg, verosimilitud; pertenece al grupo de leyendas con fundamento histórico, aunque la trama del relato haya sufrido profundas modificaciones adulteradoras

con el transcurso del tiempo y la intervención malintencionada de muchos depositarios y reveladores. Dice: "Es posible que algunas de ellas tengan *cierta base histórica*, sobre todo la referente al origen de Lambayeque, que Cabello de Balboa dio a conocer; en ella se cuenta que, en tiempos remotos, se presentó una flota de balsas en la costa bajo el mando de un príncipe *Naymlap*, que trajo consigo toda una corte; cerca de Lambayeque construyó un templo para su ídolo de piedra verde y fundó una dinastía. Esta leyenda revela muchos rasgos que se repiten en el mito de los toltecas y *es evidente que recuerda el antiguo tráfico por vía marítima entre el Perú y México*, que encuentra su confirmación también en los hallazgos arqueológicos"³.

Pero, otras leyendas son relatos fantásticos, sin atisbos de contenido histórico ni nexo alguno con la realidad geográfica. Tratando de Tiahuanaco y de las leyendas sobre su origen, un historiador norteamericano protesta de que "algunos fanáticos llegan hasta el extremo de afirmar que originalmente se trataba de una isla que, en cierta época, se hundió en el Pacífico para volver a levantarse después junto al resto de los Andes"⁴.

LOS AVENTUREROS DEL MAR

Historiadores de renombre no dudan que el mar peruano presenció en diversos momentos del pasado la llegada de hordas aventureras, las que desembarcaron cuando ya la tierra estaba poblada. "En tiempos remotísimos es casi seguro que la Costa peruana sufrió la invasión de hordas de aventureros que, llegando del Norte y tal vez *del occidente* (por el mar), se establecieron a lo largo del extenso litoral"⁵. Para sostener esto, Urteaga, de quien es la cita precedente, se basa en los textos de Pedro Gutiérrez de Santa Clara, Anello Oliva, Miguel Cabello de Balboa y Fernando de Montesinos. "Este autor —agrega, refiriéndose a Montesinos—, en su larga serie de reyes, relata invasiones de gentes extrañas al imperio, durante los reinados de Manco Cápac y Ayar Tocco". En esa época se implanta, según Montesinos, el culto a *Pachacámac* en la Costa, lo cual podría simbolizar "la imposición de una raza sobre otra, o de una población sobre otra". La raza de los recién llegados del Sur o del Occidente, *por el mar*, habría sido la que impuso ese culto entre los hombres establecidos desde tiempo inmemorial en la Costa y que, a la sazón, tenían otras divinidades y rendían otro culto idólatrico.

Otro historiador, de los méritos excepcionales de Riva Agüero, conocedor como ninguno de las fuentes y severísimo en la confrontación y en la crítica, admitió igualmente los arribos

marítimos contados por las leyendas de los indios. “No hay razón valedera —dijo— para tener por íntegramente mitológicos (o falsos) los relatos que los naturales de la Costa conservaban sobre su arribo marítimo a las playas del Perú”. En uno de sus trabajos mejor documentados, de 1921, sentó esta tesis; habló específicamente de los viajes desde el Norte procedentes de Centroamérica; y rechazó la posición contraria representada por Bandelier, a quien tachó enérgicamente por “su extremosidad y suspicacia acostumbradas”, declarándolo inhábil por tamaños defectos para enfocar el problema y hallar un camino a la solución. Su fundamentación fue clara y de ancha base, tocando incluso la geografía. Expresó en favor de las arribadas que “las condiciones del Océano Pacífico... *hacían mucho más fáciles las expediciones navales costeras* que no el camino de los desiertos o el descenso de los Andes...”⁶. Llegó al extremo de decir, influido por la doctrina, en boga entonces, de Uhle, y contra la teoría andina de Tello, ya en gestación, casi lograda, que “infinitas circunstancias inducen a creer actualmente que los primeros civilizadores de la Costa proceden del Norte y no del interior...”.

LA INVASION DE LOS CHINCHAS

En otro de sus trabajos medulares, posterior al citado, Riva Agüero, insistiendo en el tópico, sostuvo, enfáticamente el origen foráneo de los *chinchas*, el pueblo que alcanzó, simultáneamente o después de la dominación Huari-Tiahuanaco, el más alto desarrollo en la costa central-sur. Habló de una *invasión de los chinchas*, episodio histórico sonadísimo, tan importante y “tan indudable” como el que protagonizó en otra área el legendario Naymlap; y acreditó su radical aseveración con los textos depurados e incontrovertibles de Cieza y Garcilaso. El insigne mestizo había dicho que “los naturales de Chíncha se preciaban de haber venido sus antepasados de *lejanas tierras* (aunque no dicen de dónde), con capitán general tan religioso como valiente, según ellos dicen; y que ganaron aquel valle a fuerza de armas, destruyendo los que se hallaron en él, y que no hicieron mucho, porque era una gente vil y apocada, los cuales perecieron todos sin quedar alguno...”⁷.

A fuerza de armas, dice Garcilaso: destruyendo, no dejando uno de los que habitaban el valle. Este es un cuadro de guerra sin piedad, en el que se impone el ejército llegado de fuera. Los *chinchas invadieron por mar* el valle al que pusieron su nombre —aclara Riva Agüero—. “Recordaban proceder de *lejanas tierras*, haber dominado y exterminado a los aborígenes, de muy baja estatura, y haber extendido su señorío por

los valles de Pisco e Ica, y sus correrías por las alturas de Huaitará y las punas del Collao". Seguramente no llegaron hasta el Collao, pero sí al penetrar por Ica al territorio *chanca*, y por Nasca a las sierras de Cotahuasi y Cailloma, "se encontraron efectivamente con poblaciones hermanas de los collas, que hablaban el aimara, y que poco o nada diferían de las del Altiplano"⁸.

¿De dónde salieron esas hordas belicosas y sanguinarias que llevaron la destrucción y la muerte a los pacíficos pueblos que de tiempo inmemorial ocupaban el fértil valle de Chincha? Si llegaron *por mar*, debieron proceder de alguna costa lejana porque, de lo contrario, habrían emprendido su aventura de conquista por tierra. La costa meridional es al sur de Chincha desierta y así se prolonga por cientos de kilómetros, hasta lo que hoy es el litoral chileno del Norte; pero allí, justamente, vivió un pueblo que ha dado, y sigue dando, mucho que pensar a los historiadores y arqueólogos: el pueblo *atacameño*. Los atacameños trabajaban muy bien el barro y crearon un estilo que, según extendida opinión, tiene nexos con el estilo Chincha. Además, hallaron siempre su sustento, parte de él por lo menos, en el mar, y como la costa del Norte chileno es hostil, con escasas bahías, fueron buenos pescadores, dominadores del mar y, seguramente, buenos navegantes también. ¿Fueron atacameños, entonces, los invasores del apacible valle llamado después de Chincha? Riva Agüero no aceptó esta hipótesis, no obstante la franca recepción que dio a la versión de Garcilaso sobre la procedencia de costa lejana de los feroces aventureros. Estuvo contra "la pretendida hermandad de los chinchas con los tan ascendereados atacameños", a pesar de las llamativas similitudes en la decoración geométrica de la cerámica⁹ que algunos autores, justamente poco antes de Riva Agüero, habían destacado¹⁰.

LA LEYENDA DE LOS VIRACOCHAS, "HOMBRES BLANCOS" LLEGADOS POR MAR

El tema del *hombre blanco en América* fue tratado por el eminente polígrafo español D. Marcos Jiménez de la Espada en el Tercer Congreso Internacional de Americanistas reunido en Bruselas el año 1879. Cuatro años después, en la cita similar verificada en Copenhague, nuevamente volvió a tratarse el tema, con debate acalorado y enfrentamiento a veces áspero de ideas y pareceres... aunque para no pocos participantes en el certamen el tiempo dedicado a tan peregrino debate fue tiempo lamentablemente malgastado, dada la futilidad científica de la tesis.

Tanto en la erudita y, como todas las suyas, brillante exposición del polígrafo español, como en las intervenciones de los otros americanistas interesados en el tema, se destacó el hecho importante relativo a la designación que los antiguos pueblos del Perú habían dado al pretense grupo de hombres blancos llegado en época inmemorial con fines civilizadores y que, según la leyenda, trató no sólo de imponer nuevas formas de vida entre los bárbaros de aquel tiempo sino organizar un imperio al amparo de sabias y humanísimas normas de convivencia. Los españoles, cronistas e historiadores del siglo XVI, oyeron decir a los indios que esos hombres de piel blanca y luengas barbas, que vestían túnicas talaes y se distinguían, además, por su andar ceremonioso y solemne, verdaderamente impresionante y digno del mayor respeto, tenían el nombre de *Viracochas*, una designación de rango religioso —como se vio en el capítulo anterior—, que ponía a tales hombres en un nivel muy por encima del común de las gentes. Se vio, entonces, que había un nexo manifiesto, *por razón del nombre*, entre aquellos hombres que refería la leyenda y los blancos barbados, portadores de la Cruz y la espada, de nacionalidad española, que llegaron al Perú al promediar la primera mitad del siglo XVI a las órdenes de Pizarro, y a quienes los indios, con propiedad o sin ella, llamaron igualmente *viracochas*: ¿sólo por su arribo desde el mar, por el color de la piel y las espesas barbas negrísimas, por el aire semidivino que arrastraban unido ello al respeto que despertaban dada la invencibilidad de sus armas? En todo caso, Marcos Jiménez de la Espada, en el citado congreso de Bruselas, hace cerca de cien años, y algunos exégetas posteriores de las leyendas aborígenes, señalaron que la similitud del nombre puede dar una pauta para la interpretación y que, quizá, los *viracochas antiguos*, los de la leyenda, tenían algo de común con los de la hueste de Pizarro. El rasgo común podía ser —siempre dentro de la especulación que suscita la leyenda—, el color blanco de la piel, la dignidad divinizada, la apostura solemne.

Jiménez de la Espada hizo, igualmente, en su memorable trabajo que en seguida se resume, referencia al *signo de la cruz* pero, bueno es decirlo desde ahora: la intención del eminente polígrafo no sólo fue suscitar interés entre los asistentes al congreso de Bruselas por el tema de los *viracochas* legendarios, sino, tras llamar la atención de sus colegas, *refutar la leyenda del hombre blanco*, pero sin ridiculizarla, sopesando con serenidad los argumentos. O sea que el extenso y documentado trabajo del erudito español estuvo dirigido a negar la supuesta presencia del hombre blanco en América y, particularmente, en el Perú; hombre blanco cuya aventura aparecía ligada al mar.

Jiménez de la Espada recoge las tradiciones de los indios del Brasil, Paraguay y el Perú, en su mayoría recopiladas por los

misioneros del siglo XVI (jesuitas, especialmente), relativas a la presencia —aunque esto sea para unos un escándalo y, para otros, una ridiculez— del apóstol Santo Tomás aquí, en América del Sur, en misión evangelizadora. Considera, en el cuidadoso análisis de las leyendas, a todos los personajes mentados, desde el propio Santo Tomás hasta sus discípulos y otros individuos afines. En el caso del Perú, la tradición quedó registrada en los textos de Garcilaso, Cieza, Calancha y Betanzos.

Cuidadosamente refuta después el ilustre historiador cada una de las pretendidas pruebas de la presencia de un evangelizador cristiano, blanco y barbado, en el Perú¹¹ y concluye tajantemente: “El tal hombre blanco ni era cristiano, ni tuvo nada que hacer con las cruces halladas en aquel reino. Y es más: que dudo hasta de su blancura y de sus barbas”¹². Añade para desvirtuar el argumento de la cerámica¹³, esgrimido por algunos observadores: “Hasta ahora no he logrado ver una sola figurilla peruana, pintada o esculpida, en la que pueda reconocerse o vislumbrarse el color de la raza blanca”¹⁴.

Considera Jiménez de la Espada un error el juicio del P. Calancha acerca de una pintura mural en la *Huaca Grande de Mansiche*. El célebre autor de la *Corónica Moralizada del Orden de San Agustín* (1639) dejó dicho con claridad, haciendo excepción dentro de su farragoso estilo, que: “Descubrióse un lienzo entero de pared y en él pintados con pincel burdo y colores bastardos muchos hombres armados a caballo con sombreros, espadas de rodajas, lanzas de ristre en las manos y figuradas barbas en el rostro”. Jiménez de la Espada arguye que posibles “afeites y pinturas” en el rostro, como acostumbran aplicarse los indios de las vertientes orientales del Perú “para embellecerse... o darse ciertos aires de fiereza”¹⁵, mal pintados en aquel mural de la susodicha huaca de Mansiche, en Trujillo, condujeron a error de apreciación al ilustre fraile agustino. No eran, pues, barbas sino *pinturas faciales*. En cuanto a los caballos, tratabanse no de tales sino de *llamas*¹⁶.

Pero, descartada por las razones expuestas y por otras más la pintoresca exégesis del apóstol, del discípulo del apóstol, del santo tal o cual o, simplemente, del cristiano evangelizador, queda, sin embargo —dice Jiménez de la Espada—, la versión conservada en “multitud de tradiciones peruanas”¹⁷ del peregrinaje por el territorio de los Andes, hasta “la costa de la mar”, de “un hombre o ser extraordinario y superior” que procura difundir sus ideas. Ese personaje tradicional, legendario o mítico —se pregunta el erudito recopilador de las *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas* (1879)— ¿es realidad o ficción o mezcla de ambas cosas? Propone: “El *hombre blanco* personificaba en un solo individuo todo un pueblo... *de color más claro que los habitantes del país*” que trató de organizar a los bárbaros e

imponer su cultura. Algo parecido a lo que más tarde hizo Manco Cápac. *Estos hombres "llegaron probablemente por mar y, desembarcando directamente en las costas de Arica o de Arequipa o corriéndose de otro punto más al Norte del litoral, ascendieron a la Sierra por uno de los varios caminos naturales que se abren desde la Costa a la cordillera andina"*¹⁸. Penetraron a la Sierra y subieron, luego, un poco al Norte, hasta alcanzar el *grado 14 Sur*. No avanzaron más, sin duda, por falta de fuerza numérica para apoyar la conquista en tierras tan inhóspitas. Por lo mismo, la influencia racial de esta gente fue escasa pero sembró la simiente de sus ideas con gran resultado. "Sus ideas hicieron germinar más tarde los atrevidos proyectos del gran reformador de las naciones peruanas, Manco Cápac"¹⁹.

"El verdadero nombre de esa tribu o pueblo nómada, se ignora. *Los quechuas lo llamaron después Viracochas*. Este mismo *supremo apelativo y título soberano* así como los de *Tunupa y Tarapacá o Taapac* que los collas y otros pueblos le dieron, lo aplicaron también a deidades: *Con, Ticci, Illa Ticci y Pachacámac*".

En consecuencia, por razón del nombre, *aquellos inmigrantes llegados al Perú por mar, eran verdaderos seres superiores, mejor: supremos, seres tenidos por dioses*.

Mas, estos nombres causan verdadera confusión porque al llamar a los *invasores llegados por mar* Viracocha o *Tunupa* como a sus deidades, "¿quisieron divinizar a un ser humano o humanizar a un ser divino?", se pregunta Jiménez de la Espada. Y se responde: "Me inclino a lo primero"²⁰.

A mayor abundamiento, Jiménez de la Espada cita al corredor Luis de Monzón²¹, quien consigna la tradición concreta de los *viracochas*, gente llegada de fuera, civilizadora y capaz de obra grande. Además, para terminar, señala que en el pueblo la Veracruz de Cabana, hay ruinas de una antigua ciudad que fue "cosa grande en otro tiempo", antes que los Incas señoreasen allí, la cual fue construida por *viracochas llegados de fuera*.

Blancos o prietos, en suma, civilizados o palurdos, pacíficos o guerreros: es lo cierto que las tradiciones de la época anterior a los incas y recogidas con fidelidad por los españoles de los primeros tiempos, hablan de *un pueblo que llegó por el mar*, seguramente con un nivel de cultura más alto que el de los pueblos ya afincados en la Costa y en la Sierra, y que se dedicó a imponer sus ideas. Que fueron cristianos con piel blanca y crecidas barbas, eso está fuera de consideración, y prefieren los autores más serios, desde Marcos Jiménez de la Espada, ponerlo de lado. Que el grupo estuvo encabezado por un apóstol o por el discípulo de un apóstol, eso ya linda con lo gracioso o pintoresco y pertenece al anecdotario que nunca falta en las



Divinidad, con regio atavio y diadema, en su trono, en actitud de devorar un pescado. H. Horkheimer la identifica al demonio-*raya*. (Mochica. Procedencia: Costa Norte. Periodo Intermedio temprano, 300-400 años después de Cristo. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Pedro Rojas Ponce).





grandes áreas de la investigación histórica. Pero, la sustancia de la versión queda: *hombres distintos a los aborígenes, llegados por mar*, lo cual, como se verá más adelante, no sólo está expresado en la leyenda de los *viracochas* sino en otras, de mensaje más concreto, con nombres y especificaciones sorprendentes.

EXTRAÑAS GENTES LLEGADAS POR MAR

Manteniendo evidente relación, las tradiciones enjuiciadas por Jiménez de la Espada en su trabajo acabado de glosar, parecen hundir raíz en ciertas leyendas de las que traen noticias algunos cronistas españoles, dignos de fe no obstante el mucho ropaje que alguno puso en sus textos. Esas leyendas, como las tradiciones que le sirvieron de base al erudito polígrafo español para su señalado trabajo, hablan, sin ambajes ni rodeos, de arribadas a la costa en tiempo inmemorial, en unos casos de gentes muy civilizadas, verdaderamente dignas del apelativo de *viracochas*, en otros de gentes ya no precisamente distinguidas, sino probables melanodermos primitivos que fueron esclavizados por los nativos de acá; y hablan, también, de movimientos en masa, utilizando balsas, de grupos desafortunados en sus primeros intentos de colonización, vale decir, de gentes en crecido número que tuvieron que abandonar, por diversas razones, las primeras tierras ganadas para buscar mejores condiciones de vida. He aquí algunas referencias:

"Dicen los indios —dejó escrito el autor de los *Quinquenarios*— que lo oyeron decir de sus mayores, y aquellos de sus antepasados, que ciertos hombres como aquellas figuras" (se refiere el cronista a las figuras que aparecían en los templos de los gentiles, de dioses de *oro vaciadizo*, "figuras pintadas con báculos en las manos y mitras en las cabezas, como obispos") "*habían venido de tierras extrañas* y habían señoreado toda esta tierra mucho antes que los incas viniesen. Y que después se subieron al cielo, habiéndoles primero enseñado buena doctrina y policía, y que esta doctrina se perdió con la diuturnidad del tiempo, y que a esta causa los tenían y reverenciaban por dioses, y así los tenían en sus memorias y cantares..."²².

El trozo transcrito no habla en forma taxativa de gentes llegadas por mar, pero esa vía de arribada parece deducirse del contexto o del espíritu de la tradición. Mas, si quedara una duda, el siguiente párrafo, de claridad meridiana, remedia la deficiencia. Es del mismo Gutiérrez: "Dicen que esta manera de navegar (en unas *balsas* de madera... con unas *velas latinas trianguladas*) que lo deprendieron de sus antepasados y que aquéllos lo deprendieron de *un hombre que había venido por la mar y aportado allí en una balsa con velas*, como agora las

usan ellos. Y que a este hombre llamaron *Viracocha*, que quiere decir *espuma de la mar*, o *manteca de la mar*, y que la mar lo engendró y que no tuvo padre ni madre, y como después aportaron los españoles a estas tierras en navíos, los llaman el día de hoy *Viracocha*. Y que este mismo anduvo mucho tiempo entre sus antepasados, enseñándoles buena doctrina y policía, y que después no supieron a dónde había ido a parar..."²³.

El cuadro es claro: *balsas a vela y navegación desde lejanas tierras*. Pero, hay otra referencia del mismo historiador, que habla, para complicar el problema racial expuesto por Jiménez de la Espada, de la *llegada del negro a América*. Dice: "En el pueblo de *Quereta* se hallaron dos *negros finos*, esclavos del señor *Thoreca*, que señalaron *haber venido allí en balsas de hacia el Pontiente por esta Mar del Sur*, que hoy se llama la Nueva Guinea, que está camino de las islas Filipinas, junto a la línea equinoccial, o en ella..."²⁴. Respetando el texto, se trata lejos de toda duda, de nativos de una de las tierras del archipiélago de la *Melanesia*, es decir, de las *islas de los negros*; nativos, pues, de *piel negra*; y la tradición agrega que arribaron a América en balsas, que pueden ser —si damos nuevamente crédito a la versión, lo cual es lícito en una recopilación— no propiamente balsas sino embarcaciones dobles, *piraguas dobles* con plataforma o cubierta colocada entre ambos cascos, modelo de construcción naval muy extendido hasta hoy entre los islotes de Nueva Guinea y las Islas Salomón, negros todos (mas no de faciones finas como extrañamente especifica el texto copiado).

También el licenciado autor de las *Memorias Antiguas Historiales* trae referencias muy interesantes sobre la llegada de gentes por mar tras largas navegaciones, referencias envueltas naturalmente en el pesado ropaje de leyenda con que tanto gustaba Montesinos adornar sus versiones, aun a riesgo de entregarlas impuras o de favorecer la incredulidad de los precavidos. "Seiscientos años después del diluvio, se llenaron todas estas provincias [del Perú] de moradores; muchos vinieron por la vía de Chile, otros por los Andes, otros por la Tierra Firme y *Mar del Sur, con que se poblaron las costas dél*, desde la isla de Santa Elena y Puerto Viejo hasta Chile: esto se colige de las poesías y cantares antiguos de los indios y es conforme a lo que dicen graves autores..."²⁵. Y haciendo una velada referencia, también, a la invasión de la costa ecuatoriana por gentes llegadas del Norte o por extraños hombres de cuerpo disforme y gran tamaño, gigantes monstruosos y terriblemente pecadores "del nefando", el mismo cronista agrega, capítulos adelante: "Por tradición antiquísima dicen los indios del distrito de la Audiencia de Quito, que por la banda del Mediodía o Sur, y por la del Septentrión, vinieron diversas veces *grandes tropas de gentes*,

así por tierra como por mar, y poblaron las costas del mar océano, y entraron por la tierra firme adentro; con que se llenaron estos esparcidos reinos que llamamos Pirú..."²⁶.

Pero, es al P. Miguel Cabello de Balboa a quien la historia de esos brumosos tiempos debe los más detallados informes sobre arribadas y movimiento de grandes flotas de balsas a lo largo del litoral peruano. Cabello explica que una parte de la Costa se pobló por *serranos* bajados a los *llanos marítimos* por persecución de los feroces *collas*, y otra parte por *gentes llegadas por mar*, en balsas, capitaneadas por un gran jefe llamado *Naymlap*. De la leyenda de *Naymlap* se hablará después. A continuación se trata de la sugestiva versión que trae el autor de la *Miscelánea* sobre un gran desplazamiento, en cuantiosa flota, a lo largo de la costa, de Sur a Norte, del que, gracias a la vía marítima y a las seguridades que ésta ofreció, resultaron habitados muchos valles hasta entonces vacíos y silvestres.

La Costa, con sus valles y desiertos, había sido una tierra despreciada por malsana. "Estos llanos y arenales secos del Pirú fueron muchos siglos tenidos por inhabitables, e infamados entre los naturales por parte pestilencial criadora de muertes"²⁷. Así estuvieron desolados los llanos, hasta que, gentes perseguidas por los feroces *collas*, "que con diabólico furor mataban y robaban sin saber qué cosa fuese misericordia", resolvieron refugiarse en esas tierras bajas *cercanas al mar*, tomando posesión de las comarcas de *Ariquipa*. La tierra acogió a estas gentes y les favoreció la existencia comunitaria, próspera y feliz, pero sólo al comienzo, cuando eran pocas. El desprestigio desapareció y otras naciones serranas, tentadas por la bondad del medio, cuya fama corría, comenzaron también a acercarse en los *llanos*, bajando por los valles y las quebradas. Mas, el número de estos serranos instalados en los *llanos* creció, y tan rápido y acusado fue el crecimiento que pronto la tierra resultó escasa. Entonces, ante la amenaza del hambre, fue necesario ganar nuevas tierras al cultivo, para lo cual, en los terrenos secos, los hombres de más ingenio y empresa, "cavaban hasta descubrirle a la tierra la humedad que tenía en sus entrañas", como ocurrió en las hoyas de Chilca y Villacuri²⁸.

No obstante este esforzado aprovechamiento, llegó momento que la superpoblación de algunos valles presionó a las naciones en ellos establecidas, obligándolas a salir en busca de espacio. Entonces, "muchos padres de familia se pusieron en camino para ser los primeros en los valles y tierras que pudiesen descubrir, y así fueron bajando, con el favor de las aguas y los vientos Sures *en balsas y canoas*, muchas gentes repulsadas y arrojadas de sus mismas y naturales tierras por la estrechez en que la hacían venir los muchos hijos que procreaban".

El movimiento fue de muchos, y en balsas las gentes del Sur avanzaron por el mar, siguiendo la costa hasta encontrar en el Norte tierra bastante y suficientemente feraz para establecerse y fundar sus cacicazgos. Así se poblaron muchos valles, y pronto la mala fama de malsanos que tenían entre las gentes de la Sierra, desapareció también, como había ocurrido en el Sur.

*LA LEYENDA DE LOS HOMBRES DISFORMES,
DE GRANDÍSIMO TAMAÑO*

Pero, no solamente de hombres blancos y barbados, vestidos de túnicas talares, civilizados y prudentes, hablaron las leyendas antiguas sino también, como contraparte para figuras de tanta solemnidad y dignísimo aspecto, de hombres disformes y de grandísimo tamaño, verdaderos gigantes, torpes, bestiales y pecadores, que una vez llegaron a las costas del Norte y allí se establecieron, guerreando, matando, destruyendo y comiendo todo género de maldades contra los nativos.

En realidad, no puede hablarse de una sino de muchas leyendas de gigantes o, por mejor decirlo, de un cuerpo de leyendas sobre estos personajes de aspecto aterrador y temibles intenciones. "En todas las regiones del Perú —escribió uno de los primeros tratadistas de la historia nacional— se recordaba la llegada de *hombres barbados*, mientras la mayoría de los habitantes era de escasa barba; en algunas se hablaba de *gigantes* y en otras de pigmeos, lo que, dando a la exageración y a la fábula la parte correspondiente, deja todavía diferencias de talla incompatibles con la unidad de la raza; aparecieron *personajes extraordinarios*, cuya procedencia era un misterio y que traían ideas completamente nuevas; se repitieron las *invasiones* y los cambios radicales, sobreponiéndose unas colonias a otras colonias, unas costumbres a otras costumbres, unas lenguas a otras lenguas..."²⁹

Aunque la principal leyenda de los gigantes se refiere a *Punta Santa Elena*, es de toda evidencia que otras similares tocan diversos puntos del litoral. Acosta trata de los gigantes de *Manta* y *Puerto Viejo*, sin duda vinculados a los de Santa Elena, o quizá los mismos; y Cobo abre la posibilidad a la existencia de hombres de gran tamaño en otros lugares de la Costa. "Hay en el Perú —dice Acosta— gran relación de unos gigantes... cuyos huesos se hallan hoy día de disforme grandeza cerca de Manta y de Puerto Viejo, y en proporción habían de ser aquellos hombres más de tres tantos mayores que los indios de agora. Dicen que *aquellos gigantes vinieron por mar*, y que hicieron guerra a los de tierra, y que edificaron edificios soberbios, y

muestran hoy un pozo hecho de piedras de gran valor. Dicen más: que aquellos hombres, haciendo pecados enormes y especial usando contra natura, fueron abrasados y consumidos con fuego que vino del cielo"³⁰. Por esta última parte se infiere que el texto del célebre jesuita resume la tradición de los colosos de Santa Elena, de los que se hablará más adelante. Para los efectos de este estudio, la referencia más importante del texto transcrito, es la que precisa la llegada de los gigantes *por mar*, procedentes de tierras distantes. En cuanto a Cobo, no trae éste indicación especial sobre la ruta seguida por los gigantes pero certifica, sí, con la típica minuciosidad de su relato, la existencia de los disformes monstruos en el territorio peruano. "Me mostró una vez una persona curiosa una *muela de gigante*, que se había hallado en este reino del Perú, *mayor que el puño*, la cual en la figura y disposición era, sin duda, muela; pero la materia no era ya hueso, sino piedra algo roja oscura, en que con la mucha antigüedad se había convertido el hueso"³¹.

Con justicia, Cobo puede ser considerado como un antecesor de "la teoría de la formación de los fósiles y de las rocas sedimentarias". Ante los fragmentos de huesos petrificados, en proceso de mineralización o envueltos por los estratos sedimentarios o las masas de conglomerado, propuso una explicación que hoy concuerda, en lo principal, con la de la ciencia paleontológica. "La misma tierra —relata—, en algunas partes, con la virtud e influencias del clima y con las excelencias que se le mezclan, se viene a convertir en dura piedra, de que yo he visto la experiencia; porque en esta ciudad de Lima me dieron una piedra cortada de una cantera que se halló algunos estados debajo de la tierra, *la cual tenía dentro de sí encajados huesos humanos*, de donde cuantos la veían afirmaban que no podía haber sucedido aquello de otra manera, sino que, siendo primero tierra, debieron de estar aquellos huesos enterrados en ella, y cuajándose después en piedra, se quedaron los huesos encerrados en ella"³².

La nota más importante en todas las leyendas sobre los gigantes, es la que atañe al arribo de estos monstruos: salvo la leyenda de los *huaris*, que trae Calancha, en la que los colosos parecen tener su origen en la cordillera misma, saliendo de una misteriosa cueva, todas hablan de desembarcos, es decir, de *llegadas por mar*, en nutridas flotas de balsas o de canoas. Tal es el rasgo dominante, por ejemplo, de la tradición que, con lujo de detalles, cuenta Montesinos, sobre el origen de los *chimos*.

LOS CHIMOS EN GUERRA CON LOS INCAS

Según Montesinos, durante el reinado de *Ayar Tacco Cápac*, undécimo monarca, y coincidiendo con ciertas agorerías de los adivinos que habían leído en las entrañas de las ovejas y los carneros sacrificados, se produjo la *llegada de gentes extrañas a la Costa*.

Supo el monarca del Cusco, así, por sus informantes apostados en las elevadas atalayas de los promontorios y cerros próximos al mar, "cómo en los llanos habían desembarcado, de balsas y canoas, que hacían una *gran flota*, mucho número de gentes extrañas, y que se iban poblando, especialmente a las orillas de los ríos y que *unos hombres de grande estatura* habían pasado adelante"³³.

Según la tradición que conservaban los amautas del reino, fue muy grande el número de estas gentes que llegaron por el mar, lo mismo que muy grande el número de naciones a las que estas extrañas gentes pertenecían.

Ayar Tacco Cápac mandó espías, entonces, a acechar a los recién llegados, y los espías contaron después que los intrusos "se quedaban y sujetaban a todos los de la tierra, y que habían poblado por los llanos, y algunos habían subido a las sierras, y que se gobernaban por behetrías".

El rey cusqueño alistó sus ejércitos para la eventualidad de una guerra con los forasteros, pero los aprestos resultaron a la postre innecesarios porque los recién llegados se quedaron en los llanos, *ya que no concebían que alguien pudiera vivir en las altas montañas*. Bien se veía, por esta incapacidad, que procedían de tierras bajas, que eran ajenos a la vida en las montañas como las de los Andes. Sólo contados se atrevieron a escalar la Sierra, y éstos fueron los que poblaron *Huaitará* y *Quinoa*, levantando grandes y suntuosos edificios sobre edificios ya comenzados por la gente del país, "con instrumentos de hierro que de sus tierras trajeron".

Después, los *forasteros del mar* "hicieron un templo suntuosísimo al Criador de todas las cosas, en hacimiento de gracias", que es el templo a Pachacámac. Contaron los amautas que *el dios Pachacámac "crió estas infinitas gentes en la mar"*³⁴.

Los vigilantes espías mandados por el rey refirieron, asimismo, "cómo los hombres grandísimos y altos habían llegado hasta la punta que hoy llamamos de Santa Elena, y señoreado en aquella tierra de Puerto Viejo, y que los naturales se iban huyendo de ellos". Por los muchos excesos cometidos, Dios los castigó más tarde, exterminándolos con fuego de los rayos del Sol.

De todos los grupos de los *invasores del mar*, repartidos en la Costa, pronto destacó uno, que escogió como lugar de residencia el valle de Trujillo. Este era el grupo de los *chimos*, llamado

así por su rey, el gran *Chimo*. Sentía este grupo de advenedizos gran inclinación por la guerra.

Ayar Tacco Cápac, viendo que los extranjeros se establecían en todos los valles, no dejando tierra sin dominar, y que en todas partes se hacían fuertes, resolvió expulsarlos por las armas, y para ello volvió a alistar sus ejércitos. Cumplidos los preparativos con la mayor presteza, salió del Cusco y "llegó a Andaguailas, y allí tuvo nueva de que la gente contraria era mucha y muy disforme"³⁵. Entonces, atemorizado y previendo un descalabro, optó por la prudencia. Dice Montesinos que "mudó de parecer" y se contentó, para seguridad de su reino, con dejar en diversos puntos, estratégicamente escogidos, poderosas guarniciones de vigilancia, "dando órdenes aprestadas a los cabos de que no dejasen pasar al Cusco estas gentes tan extrañas". Pero, después supo que los extranjeros se disponían a asaltar sus posiciones de avanzada, y entonces, siempre temeroso e incapaz de tomar la iniciativa en la guerra, mandó construir grandes fortalezas por la ruta de mayor peligro, que era la de *Lima Tambo*.

Estando en estos afanes, Ayar Tacco Cápac murió. Lo sucedió en el trono su hijo *Huáscar Titu*, "primero en este nombre, duodécimo rey peruano", el cual, después de haber dado solemne sepultura al cadáver de su progenitor, fue a *Lima Tambo* a proseguir los preparativos militares para la guerra contra los forasteros del mar.

Huáscar Titu gobernó treinta años, que fueron de sobresalto constante por el peligro de una invasión del Cusco por los *chimos*. Pero, la invasión no se produjo.

A su muerte, lo sucedió *Quispi Titu*, del que la historia no guarda ningún recuerdo especial. La guerra continuó en su forma latente, con los ejércitos del Cusco en estado de alerta, listos a repeler cualquier ataque de los temidos intrusos, ya dueños a la sazón, de un extremo a otro, de los llanos.

Después subió al trono *Titu Yupanqui Pachacútec*, "décimo cuarto de los reyes peruanos", que, más valiente que sus antecesores y más hecho a los riesgos de la lucha armada, estuvo dispuesto a hacer la guerra a los *chimos*, pero por dificultades con los vecinos de la región de *Vilcas*, no pudo llevar adelante su propósito.

Se suceden, después, varios monarcas, todos de historia opaca, sin hechos dignos de mención, durante cuyos reinados se mantiene el peligro de los *chimos*; hasta llegar a *Marasco Pachacuti*, "vigésimo cuarto rey peruano", que con "la gente de los llanos... tuvo diversos encuentros y nunca pudo ganarles a los *chimos* un palmo de tierra..."³⁶. *Cápac Yupanqui*, "vigésimo octavo rey peruano", más adelante, "tuvo muy enfrenadas las gentes de los llanos".

VICTORIA FINAL DE LOS INCAS

En el largo relato dinástico que hace Montesinos de los reyes peruanos, cesa, luego, tras la escueta referencia a Cápac Yupanqui, toda mención a los chimos, los *aventureros del mar* del lejano desembarco en las costas del Norte, hasta llegar a *Huirá Cocha*, antepenúltimo monarca, el vencedor de las campañas de Guayaquil, la Puná, Puerto Viejo, los Cañares y otras no menos importantes. Este *Huirá Cocha* (que no es el Viracocha de la genealogía tradicional sino el *Pachacútec* famoso de la relación más comúnmente admitida, muchos de cuyos hechos, incluso, están confundidos con los de su hijo, el más tarde famoso también, Túpac Inca Yupanqui), este *Huirá Cocha*, decimos, después de su victoria sobre los cañares en Tumipampa, recibió la visita de su hijo, el príncipe heredero Túpac Yupanqui, con el cual marchó al Cusco *por la ruta de los Llanos*. En el camino, "todos los reyes le recibieron en paz, *excepto los chimos*, que fueron a donde es ahora Trujillo. Tuvo con ellos dos batallas muy sangrientas, y quisieron más huirse que obedecer al Inga"³⁷.

La última referencia en el mismo texto de Montesinos, está contenida en el capítulo siguiente, el vigesimosétimo, que relata la vida y la obra del sucesor de *Huirá Cocha*, que es *Túpac Yupanqui*, quien "*acabó de sujetar a los chimos con una estratagema notable*"³⁸. Fue la siguiente: "... supuesto que los valles se regaban con agua y ríos de la Sierra, y que sin ellos no podían pasar los chimos, que se cortasen las madres y se dividiesen por diferentes parajes, para que no se pudiesen aprovechar los chimos de las acequias, que con esto se rendirían para siempre. Fue uno de los mejores arbitrios que se dieron, porque al punto envió muchos gastadores el Inga, acompañados con cuatro mil soldados, y en breves días divirtieron el río de Chimo por unos arenales que lo bebían todo. El general de la guerra, luego que hizo esto, envió mensajeros al Chimo, diciendo que el Inga, como hijo del Sol, tenía dominio sobre las aguas, y que así se las quitaba y quitaría mientras no se le sujetase. Viendo el Chimo esto, y que no podía ir contra el Inga, porque le tenía a su gente tomados los pasos, *se resolvió a serle tributario, y desde esta ocasión le fue buen vasallo*"³⁹.

La parte final de este relato muestra a los *chimos*, ya no como un pueblo primitivo y feroz sino como una nación evolucionada, políticamente organizada, hábil en la guerra, capaz de enfrentar al Inca no obstante la fuerza de éste y su espíritu guerrero y conquistador. Cabe deducir, sin embargo, que los *chimos* de la guerra con Túpac Yupanqui son los descendientes de aquellos que llegaron a la costa Norte por mar, en "*balsas y canoas, que hacían una gran flota*".

Una versión restringida sobre la llegada al pueblo de Chimo de unos pocos gigantes, procedentes del Norte, en balsas, trae Gutiérrez de Santa Clara, la misma que puede acompañar y servir de epílogo a la larga y minuciosa tradición de Montesinos, acabada de reseñar. "Dicen los indios del pueblo de Chimo, y lo oyeron de los antiguos y pasados, que estuvieron gran tiempo *dos gigantes* (de los llegados a Puerto Viejo, en Manta) ... con un gran señor curaca de este valle ... Y que después el mismo señor los hizo matar porque comían entrambos de una asentada mucho más que veinte indios, y porque eran muy soberbios y follones, y así se acabó la diabólica genealogía destos gigantes"⁴⁰.

LOS GIGANTES DE PUERTO VIEJO, QUE LLEGARON A VASALLOS DEL INCA

Pero, de todas las tradiciones de gigantes, las más atractivas por el mucho adorno que las envuelve y los pormenores que traen, son las de *Puerto Viejo* y *Punta Santa Elena*, ambas, directa o indirectamente, relacionadas con la historia de los Incas.

El ya varias veces citado autor de los *Quinquenarios* trae una versión completa, llena de detalles muy curiosos e interesantes, sobre los colosos de Puerto Viejo. "Decían los indios muy antiguos y viejos que habitaban en Puerto Viejo [provincia de Mantal] —empieza la versión—, de cómo en el tiempo antiguo... cuando reinaba *Topa Inga Yupangue*... la tierra se alborotó toda ella con la llegada que hicieron mucha cantidad de *indios gigantes*, que eran de disforme altura y grandeza. Y que esos tales *vinieron en unas barcas o balsas muy grandes*, hechas de cañas y madera seca, las cuales traían *unas velas latinas trianguladas*, de hacia la parte de donde se pone el Sol y de hacia las islas *Molucas*, o del estrecho de Magallanes ..."⁴¹.

Los así llegados pretendieron tiranizar a los naturales de Puerto Viejo con "grande furia y soberbia". Los lugareños se dirigieron, entonces, por medio de veloces *chasquis*, al Inca, que estaba a la sazón en el Cusco, "como ... gran señor y rey poderoso que era de todas aquellas provincias ...", pidiéndole socorro, toda vez que la guarnición imperial, dejada por los generales cusqueños para protección de la tierra, no constituía una fuerza suficiente para la eventualidad de una lucha armada con aquella turba.

Topa Inga Yupangue dispuso que el régulo de Chimo y el gobernador de Piura fuesen a proponer la paz a los advenedizos, pero, al propio tiempo, a advertirles que, si querían guerra, la tendrían. Reunió en previsión de lucha, grandes fuerzas y se preparó para la guerra, por si ella venía.

Los emisarios del Inca cumplieron su cometido y lograron apaciguar a los fieros invasores, que, aunque en número reducido, se hacían temer como enemigos dada su enorme corpulencia, y su fuerza y bravura para el combate cuerpo a cuerpo. Incluso, les dieron tierras para que pudiesen vivir en paz con los naturales. Sin embargo, pasado un tiempo, siguieron con sus crueldades y abusos. Entonces, siempre prudente y partidario del entendimiento cordial para el arreglo de los diferendos antes que de la guerra, el Inca mandó nuevos emisarios, exigiendo, esta vez sí, el sometimiento pleno, y advirtiéndole que, de lo contrario, la guerra sería llevada hasta el exterminio. Los invasores cedieron al fin, "quedando todos ellos por vasallos del Inca"⁴².

Hasta aquí, lo referente a la llegada de los gigantes, sus luchas con los lugareños de Manta y sometimiento final al Inca. Pero, más interesante es la historia que sigue, relativa a las costumbres de los intrusos, sus formas de vida, alimentación y vestido, de todo lo cual el cronista trae minuciosa cuenta.

Los invasores contaron que "*habían salido de unas islas y tierras muy grandes que están en la mar austral hacia el Poniente*", arrojados de ellas por un jefe díscolo y belicoso. "*Habían navegado por la mar muchos días a remo y vela y que cierta borrasca y tormenta los había echado en aquellas partes...*"⁴³. Agregaron que no querían volverse porque estaban hartos de las guerras que asolaban a su país de origen, allá, al otro lado del mar. Contaron, por último, para mayor exactitud de su extraño relato, que en el trayecto habían visto *muchas islas* por la mar del Sur.

En lo que sigue, la leyenda de los gigantes de Puerto Viejo se conecta con la de Punta Santa Elena, porque, según el cronista, la tierra que el Inca dio a estos invasores "fue en la punta de *Tangará*, que después llamaron los españoles la *punta de Santa Elena*".

Mañosamente les dio el Inca esa tierra, porque, lo que en verdad quería era exterminarlos por las muchas barbaridades que cometían y el horror que causaban, hasta el espanto, entre las mujeres, como se relatará después. Como aquella de Punta Santa Elena es tierra pobre, pensó el Inca que los recién llegados habrían de irse o perecer de hambre y sed; mas, no fue así, porque, primero, en sus balsas trajeron agua de tierras socorridas, y después cavaron en unas peñas vivas, "en donde hicieron unos pozos de grande hondura, de donde sacaron agua muy buena y bien fría...". Más adelante, bien instalados, cultivaron la tierra y dispusieron de abundante leña. Como no tenían mujeres de su raza, porque habían venido solos, quisieron tener acceso carnal con las lugareñas, pero, feroces y monstruosos, les hacían a las infelices daño tal que morían.

Amenazados por los nativos, tuvieron que cortar sus aventuras amorosas, de lo que resultó que, desprovistos de mujer, se dedicaron al pecado nefando de la sodomía, "vicio pestífero y luciferino".

Así vivieron mucho tiempo, en completa degradación, dedicados a la *pesca* y a la *caza* principalmente. *Pescaban con redes y fisgas* y nunca les faltaba lo necesario para subsistir.

Pero, el demonio no salía de ellos y los hacía caer más y más en el "pecado nefando". Se entregaban con frecuencia a borracheras generales y practicaban ciertos ritos con "sacrificios pésimos". Entonces, apareció "un mancebo muy hermoso, volando del cielo, con gran esplendor... y derramó tanto fuego sobre ellos que los quemó a todos vivos...". Los contados que lograron escapar, se internaron en la tierra para vivir siempre en el pecado.

Termina su relato Gutiérrez de Santa Clara haciendo breve referencia a las pruebas que la región de Santa Elena conserva de la existencia real de los gigantes y de los episodios contados. Los "pozos muy hondables en las vivas peñas", los "muchos huesos de las canillas dellos que son increíbles" y "los vestigios y señales... de... arena negra y ceniza... como que la tierra haya sido quemada en otro tiempo..." prueban "todo esto que los naturales cuentan", lo que debe "haber pasado ciertamente así"⁴⁴.

LOS GIGANTES DE SANTA ELENA, A LOS QUE DIOS CASTIGO

Muy parecida a la de Puerto Viejo, en Manta, es la leyenda de los *gigantes de Santa Elena*, una punta situada en el extremo occidental de la costa ecuatoriana, en la parte donde ésta dobla hacia el Este para formar, más adelante, el amplio golfo de Guayaquil.

En la leyenda de los gigantes de Santa Elena se dan casi los mismos elementos que en la leyenda de Puerto Viejo, y teniendo en cuenta que ambos lugares están muy próximos, puede colegirse que, en su origen, las dos versiones han tenido el mismo origen o proceden de una misma tradición.

El elemento más importante de la leyenda de Puerto Viejo que falta en la de Punta Santa Elena, es la intervención del Inca cusqueño en el conflicto armado entre los invasores de "disforme grandeza" y "monstruoso tamaño" y los naturales de aquella punta, ofendidos, vejados y aplastados, con sus infelices mujeres perseguidas.

Cieza, Garcilaso y Zárate son, entre todos los cronistas que aportan datos sobre los gigantes de Santa Elena, los que lo

hacen de manera más completa y uniforme. Cieza llega a extremos de minuciosidad. Garcilaso se inspira casi íntegramente en Cieza, empleando hasta las mismas expresiones.

Otros escritores de la época, como Acosta, Herrera y López de Gómara, aportan datos interesantes, de los que se hará transcripción después.

La versión de Cieza empieza por referir que "en el Perú hay fama de los gigantes que vinieron a desembarcar a la costa en la punta de Santa Elena..."⁴⁵. "Cuentan los naturales por la relación que oyeron de sus padres, la cual ellos tuvieron y tenían de muy atrás —prosigue el cronista—, que *vinieron por la mar en unas balsas de juncos* a manera de grandes barcas unos *hombres tan grandes*, que tenían tanto uno dellos de la rodilla abajo como un hombre de los comunes en todo el cuerpo..."⁴⁶. Estos hombres eran de aspecto monstruoso por el tamaño de la cabeza y los largos cabellos "que les llegaban a las espaldas". Los ojos semejaban pequeños platos.

"Afirman —sigue la tradición— que no tenían barbas, y que venían vestidos algunos dellos con pieles de animales y otros con la ropa que les dio natura, y que no trajeron mujeres consigo".

Llegados en sus barcas a la mencionada punta Santa Elena, confrontaron un problema: la falta de agua. "Los cuales [gigantes], como llegasen a esta punta, después de haber hecho en ella su asiento a manera de pueblo... como no hallasen agua, para remediar la falta que della sentían, hicieron unos pozos hondísimos, obra por cierto digna de memoria... Y cavaron estos pozos en peña viva hasta que hallaron agua, y después los labraron desde ella hasta arriba de piedra... en los cuales hay muy buena y sabrosa agua, y siempre tan fría que es gran contento beberla".

Tocante a sus costumbres, refiere Cieza que estos gigantes eran muy voraces, "tanto, que dicen que uno dellos comía más vianda que cincuenta hombres de los naturales de aquella tierra; y como no bastase la comida que hallaban para sustentarse, mataban mucho pescado en la mar con sus *redes* y *aparejos*...".

Eran feroces, crueles y, sobre todo, en su vida sexual, terriblemente depravados, de costumbres en extremo relajadas y contrarias a los dictados de la naturaleza. Las pobres e indefensas mujeres de los naturales huían de ellos por sus instintos bestiales y porque, insatisfechos siempre, las mataban. Fue así cómo, pasados unos años, cayeron en la mayor depravación: "por consejo y inducimiento del maldito demonio, usaban unos con otros del pecado nefando de la sodomía, tan gravísimo y horrendo, el cual usaban pública y descubiertamente..."⁴⁷.

Mas, tamaño libertinaje y tan horrendo imperio del demonio no duraron mucho porque Dios se apiadó de la humanidad sana

y acudió en defensa de ella y de las buenas costumbres. A esos salvajes practicantes de la sodomía “Dios... les envió el castigo conforme a la fealdad del pecado...”. Una vez, “estando todos reunidos envueltos en su maldita sodomía, vino fuego del cielo temeroso y muy espantable, haciendo gran ruido, del medio del cual salió un ángel resplandeciente, con una espada tajante y muy refulgente, con la cual de un solo golpe *los mató a todos y el fuego los consumió*; que no quedó sino algunos huesos y calaveras...”.

El cronista hace luego un paréntesis para decir que cree en la versión que relata: “Esto dicen de los gigantes; lo cual creemos que pasó, porque en esta parte que dicen se han hallado y se hallan huesos grandísimos. Y yo he oído a españoles que han visto pedazo de muela... de media libra carnicera; y también que habían visto otro pedazo del hueso de una canilla, que era cosa admirable contar cuán grande era...”.

Mas, el conocimiento del cronista sobre los detalles de la invasión y la forma de vida de tan bestiales criaturas, verdaderos engendros de la naturaleza, se estrella ante la pregunta sobre su procedencia. Confiesa que no sabe. Dice con franqueza ejemplar, poco frecuente en aquella pléyade de escritores de la época de la Conquista: “Querer afirmar o decir de qué parte o por qué camino vinieron éstos, no lo puedo afirmar, *porque no lo sé*”. A diferencia de la tradición de los gigantes de Puerto Viejo, en la que Gutiérrez de Santa Clara, como anteriormente se vio, dice que proceden “de hacia la parte de donde se pone el Sol y de hacia las islas Malucas, o del estrecho de Magallanes...”, la leyenda de los gigantes de Punta Santa Elena, en la versión de Cieza, como también en la de Garcilaso y Zárate, silencia este punto. Incluso, como se verá pronto, la versión del autor de la *Historia del Descubrimiento* declara que los indios jamás dijeron de dónde habían llegado los gigantes, simplemente porque ellos, los indios, no lo sabían ni lo oyeron a nadie.

Sobre un aspecto de la vida de los gigantes de Santa Elena, insiste más adelante Cieza: el relativo a la *vida sexual*. Parece ser, por la versión del *Príncipe de los Cronistas* —siempre tan puntual y bien informado—, que los vicios y costumbres contra natura, como la sodomía, estaban extendidos en algunos pueblos de los *llanos de la mar*. La homosexualidad la practicaban ciertos grupos de la costa Norte, pobladores de las provincias comarcanas a la isla de la Puná y a Puerto Viejo⁴⁸ y también, según un testimonio, de *Chincha*. El concúbiteo entre seres de un mismo sexo se practicaba, en la generalidad de los casos, so capa de ritos religiosos o al amparo de determinadas creencias, casi, según parece, como un ejercicio del culto. Había, por eso, homosexuales en los templos y adoratorios, según refirió a Cieza el P. Fray Domingo de Santo Tomás. Contó éste

Ave devorando un pescado. (*Mochica*. Procedencia:
Costa Norte. Siglo IV de la era cristiana.
Museo de la Universidad de Trujillo.
Foto: Abraham Guillén).





que en cada templo o adoratorio principal había jóvenes que “andaban vestidos como mujeres, desde el tiempo que eran niños y hablaban como tales, y en su manera, traje y todo lo demás remedaban a las mujeres. Con estos, casi como por vía de santidad y religión, tienen las fiestas y días principales su ayuntamiento carnal y torpe, especialmente los señores y principales”.

La versión de Garcilaso es, en todo, igual a la de Cieza, y por los giros y expresiones se ve que el autor de los *Comentarios* no hizo otra cosa que copiar al *Príncipe de los Cronistas*, agregando tan sólo algunos adjetivos de escasa significación. Insiste de manera muy especial que los gigantes *llegaron por mar*, en “unas balsas de juncos, a manera de grandes barcas” y que “sus miembros conformaban con la grandeza de sus cuerpos, tan disformes, que era cosa monstruosa ver las cabezas, según eran grandes, y los cabellos que les llegaban a las espaldas”. Al final dice que por practicar el “pecado nefando de la sodomía, tan grandísimo y horrendo”, el cual “cometían pública y descubiertamente sin temor de Dios y poca vergüenza”, el cielo los castigó dejando caer fuego como lluvia y apareciendo un ángel castigador con una espada en la mano, “con la cual de un solo golpe los mató a todos, y el fuego los consumió”⁴⁹.

En cambio, la versión de Zárate aporta algunas novedades. Por ejemplo, la que refiere la lucha del ángel enviado por el cielo y los gigantes, acorralados en un valle del interior del país. No fue fácil ni pronta la victoria del bien. Las bestiales criaturas opusieron resistencia y escaparon del castigo divino por un tiempo, hasta que, al fin, sucumbieron horriblemente diezmadas. Zárate anota que un español vio los restos de los gigantes en aquel valle del interior, allí donde ofrecieron su postrer resistencia.

En Punta Santa Elena —dice los trozos alusivos a la leyenda de la *Historia del Descubrimiento*— cuentan “los indios... que habitaron unos gigantes, cuya estatura era tan grande como cuatro estados de un hombre mediano. No declaran de qué parte vinieron...”.⁵⁰ “Eran grandes pescadores” y, por eso, naturalmente, eran grandes comedores de pescado. Salían a la mar, de pesca, en balsas, cada uno en la suya “porque no podían llevar más, como navegar tres caballos en una balsa; apeaban la mar en dos brazas y media...”. Gustaban pescar tiburones y bufeos porque así podían saciar su enorme apetito: “Comía cada uno más que treinta indios”. “Andaban desnudos...; eran crueles... muy dados al vicio contra natura”⁵¹.

Por sus bestialidades, pecados nefandos y el mucho daño que causaron a las poblaciones nativas que desalojaron bárbaramente de sus pertenencias, Dios los castigó, enviándoles del cielo “un mancebo resplandeciente como el sol”, que “peleó

con ellos, tirándoles llamas de fuego". Los gigantes huyeron pero fueron acorralados en un valle, donde el ángel los exterminó. Zárate añade, en respaldo de lo dicho, que un español llamado Juan de Olmos, Gobernador de Puerto Viejo, excavó en 1543 en aquel valle, hallando grandes huesos, como "dientes de tres dedos de ancho y cuatro de largo", los que fueron enviados al Perú.

"Y así, hecha la averiguación y vistas las señales de los rayos en las peñas, se tuvo por cierto lo que los indios decían...".

Fuera de estas versiones, que son las principales, no escasean informes sobre gigantes en general, y sobre los gigantes de Punta Santa Elena en especial, en otros cronistas. El esquema básico de la leyenda se mantiene en todos los textos. No faltan los elementos siguientes: *a)* llegada por mar, en flota de balsas; *b)* perversión sexual (sodomía); *c)* enorme tamaño y voracidad; también, insatisfacción de los apetitos; *d)* sevicia con los nativos; *e)* habilidad para la pesca; *f)* pozos horadados en la roca viva, que dan agua fresca; *g)* castigo divino, consistente en lluvia de fuego, hasta diezmar a los bárbaros.

Acosta y Herrera ponen énfasis en el *arribo por mar* de estos gigantes de "disforme grandeza". La leyenda, por lo tanto, encubre, bajo un ropaje espeso en el que se dan diversos otros elementos, a un *pueblo de marinos, de gran dominio en el arte de la navegación* y que *practica la pesca desde su origen*. Pero, la procedencia se desconoce, salvo en Herrera, que parece confundir los monstruos de Puerto Viejo con los de Santa Elena. Acosta dice: "Hay en el Perú gran relación de unos gigantes, que vinieron de aquellas partes (por la mar Océano), cuyos huesos se hallan hoy día, de disforme grandeza, *cerca de Manta y de Puerto Viejo*... Dicen que aquellos gigantes *vinieron por mar*, y que hicieron guerra a los de tierra, y que edificaron edificios soberbios, y muestran hoy un pozo hecho de piedra de gran valor. Dicen más, que aquellos hombres haciendo pecados enormes, y especialmente usando contra natura, fueron abrasados y consumidos con fuego que vino del Cielo..."²². Esta versión, que no agrega nada especial a las versiones anteriormente reseñadas, se refiere a los gigantes de Puerto Viejo. En ella se da el mismo cuadro de bestialidad que con tanto esmero describen, no sin horror, Cieza, Garcilaso y Zárate. El autor de las *Décadas*, en cambio, sí trata, específicamente, de los gigantes de Punta Santa Elena, y de ellos trae una relación con algunos matices interesantes y, sobre todo, hace referencia al presunto país de origen. En la *Introducción* dice: "Los naturales de esta tierra dicen, que antiguamente llegaron allí, *por la mar en balsas*". Describe, a continuación, estas embarcaciones: "son muchos maderos juntos, y atados unos con otros". De los invasores, expresa: "Hombres tan grandes que tenían tanto uno de ellos de la ro-

dilla abajo, como un hombre ordinario en todo el cuerpo". Eran, sin embargo, industriosos: "Hicieron unos pozos hondísimos en peña viva, que hoy día se ven, con agua muy fresca y dulce, en la Punta de Santa Elena, *que es obra de grandísima admiración*". Como los cronistas, Herrera también destaca de la vida de estos gigantes su inclinación al vicio contra natura: "... porque usaban de nefandísimos pecados, cayó fuego del cielo, que los consumió a todos; y ahora se hallan en aquel sitio grandísimos huesos de hombres, y pedazos de muelas, de catorce onzas de peso..."⁵³. En otra parte de su monumental historia, Herrera, al volver a tratar de los gigantes de la tantas veces mencionada punta, insiste en algunos rasgos saltantes de la tradición; por ejemplo, en los siguientes: a) que llegaron por mar; b) que no llevaban mujeres; c) que eran muy hábiles en la perforación de pozos en la peña viva; d) que eran buenos pescadores; e) que procedían del Estrecho de Magallanes. Estos rasgos pintan naturalmente un cuadro de *aventureros*, gentes de la mar, sin familia, sin mujer, sin hijos ni parentela; hombres —prescindamos del tamaño— dispuestos a correr cualquier eventualidad; verdaderos *nómadas en sus rústicas pero muy marineras embarcaciones*.

De regreso a Panamá —refiere Herrera—, tras el primer desembarco en Tumbes y el reconocimiento de la costa peruana hasta la desembocadura del río *Sancta*, Pizarro volvió a tocar en Punta Santa Elena y allí oyó decir a los naturales "que llegaron en los tiempos antiguos, *en balsas*, hombres tan grandes que los de común estatura no les llegaban a la rodilla, y que no llevaban mujeres, ni iban vestidos, sino algunos con pieles de animales: y porque no hallaron agua, hicieron pozos, que hoy día se ven, con muy buena agua, y fresca, *obra misteriosa*; y que comía cada uno más que cincuenta hombres: y porque la vianda no les bastaba, *pescaban en la mar con redes*. Las mujeres de la tierra no los podían sufrir, y los naturales hacían sus juntas para echarlos porque eran aborrecibles, y usaban mucho el pecado nefando, sin vergüenza de las gentes, ni temor de Dios; y así dicen que los castigó con fuego del cielo, estando todos juntos usando su pecado, sin que quedasen, sino algunos huesos, que hoy día se ven, de increíble grandeza... Esta historia no es vana, y ... *estos hombres fueron allí de la parte de Poniente del Estrecho de Magallanes*, como hoy día los indios lo refieren y señalan..."⁵⁴.

Las otras versiones son escuetas pero, en lo fundamental, coincidentes con las amplias ya expuestas. "Dicen que hubo gigantes en tiempos antiguos —cuenta López de Gómara— cuyas estatuas halló Francisco Pizarro en *Puerto Viejo*, y diez o doce años después *se hallaron no muy lejos de Trujillo grandísimos huesos y calaveras con dientes de tres dedos de grueso y cuatro*

de largo, que tenían un verdugón por fuera y estaban negros; lo cual confirmó el recuerdo que de ellos anda entre los hombres de la costa". Aporta aquí el autor de la *Historia General de las Indias* la novedad de un osario de gigantes en las vecindades, según dice vagamente, de Trujillo, osario del que después se ha carecido de noticias y que no movió jamás el interés de los curiosos, a diferencia de los grandes "cementeros" de Puerto Viejo y Punta Santa Elena, que en los siglos coloniales fueron varias veces removidos⁵⁵. De Diego de Trujillo es la siguiente brevísima referencia (hablando del viaje de los conquistadores): "...y de allí fuimos a la Punta Santa Elena, a do estaban los *huesos de los gigantes...*"⁵⁶. Como otros, Lizárraga insiste en el origen ignorado: "Hubo aquí antiguamente [en Punta Santa Elena] *gigantes* y los naturales decían *no saber de dónde vinieron*". Agrega: "Vi también una muela grande de un gigante, que pesaba diez onzas y más...; refieren los indios... que como fuesen advenedizos... las naturales no los aguardaban: dieron en el vicio de la sodomía..."⁵⁷. Finalmente, del visitador y gran informante Antonio Vásquez de Espinoza, de los años 1630, es esta referencia, recogida un siglo después del primer paso de los españoles por la tantas veces citada Punta Santa Elena: "... en este paraje —cuenta— hay tradición que habitaron gigantes de disformes cuerpos, que por justos juicios de Dios, se consumieron..."⁵⁸.

Un recuento de características a base de la información proporcionada por los textos ya transcritos de Cieza, Garcilaso, Zárate, Acosta, Herrera, López de Gómara, Trujillo, Lizárraga y Vásquez de Espinoza, conduce a la siguiente tipificación de los mentados gigantes:

1. *Vinieron por mar*. La leyenda esconde bajo su ropaje de fantasía y de elementos mixtificadores, a un pueblo hábil en la navegación, capaz de largas travesías; con larga experiencia marinera.

2. *Procedencia ignorada*. Sólo Herrera, confundiendo las versiones de los gigantes de Santa Elena con los de Puerto Viejo, les señaló como país de origen el lejano Estrecho de Magallanes, "de la parte de Poniente".

3. *Llegaron en balsas*. Eran éstas de junco, muy grandes, como barcas.

4. *Enorme estatura*. Todos los cronistas arriba citados, los pintan como verdaderos colosos. Un hombre de estatura común apenas les llegaba a la rodilla. Este es un elemento típico de la composición legendaria; seguramente, símbolo de la idea de fuerza, de poder, de capacidad para la lucha. Hombres de elevada estatura —sin ser colosos ni tener *cuatro estados* de la cabeza a los pies— invadieron —sería la interpretación— la

costa de Santa Elena, directamente allí o por algún paraje próximo, por una de las playas vecinas, y avasallaron a los habitantes del país, dejando un recuerdo de bárbara fuerza, de destrucción y de impiedad. Destruyeron, quemaron, persiguieron a los vencidos, ultrajaron a las mujeres y se adueñaron de la tierra, haciendo cundir el espanto por los alrededores y provincias del interior. La idea de este poder casi sobrenatural, generó en la mente de los vencidos la creación del gigante. Fue, además, la mejor manera de justificar la derrota y el avasallamiento sin mermar virtudes a los valientes que defendieron la tierra. La trama de la leyenda agregó el *aspecto monstruoso*, necesario para tipificar de manera más completa y clara la figura de los invasores. Naturalmente, eran *crueles*.

5. *Largas cabelleras y carencia de barbas.*

6. *Andaban desnudos.* A lo sumo, la tradición les pone encima del cuerpo algunas pieles de animales. El retrato se completa: estos seres de piel curtida, resisten todas las formas de la inclemencia; viven a la intemperie.

7. *No llevan mujeres.* He ahí el rasgo definidor de su principal carácter: trátase de un pueblo de aventureros, que viene de muy lejos sin sus mujeres ni sus hijos. Hombres solos, hechos para la lucha. Sin duda, una avanzada de exploración, para el primer contacto con los grupos que pueblan las tierras que van a conocer. Las mujeres quedan en la tierra de origen, a la espera de noticias. Ellas, con la parentela, irán después.

8. *Hábiles en la construcción de pozos.* Proceden de un país donde el agua escasea en la superficie. Tienen experiencia en la construcción de cisternas. No se limitan a excavar sino que rodean el hoyo de un muro a manera de brocal, tallan bien la piedra y aseguran la buena conservación del agua. Esta habilidad los eleva a un nivel de cultura no despreciable. Son, por lo menos, trabajadores esforzados, juiciosos, capaces de obras "admirables" y "misteriosas" por su mucha calidad y excelente acabado. Dominan una tecnología.

9. *Buenos pescadores.* Este es otro rasgo que los define. Salen con frecuencia a la mar en balsa, seguramente en las mismas balsas que utilizaron para la travesía, y atrapan con sus *redes* toda clase de peces, incluso tiburones, que son grandes y fieros. La leyenda, naturalmente, exagera, pero en la medida en que lo han hecho todas las leyendas del mundo.

10. *Sodomitas, bestiales, pecadores contumaces.* Tamaños defectos son acusaciones del pueblo vencido inspiradas en la deprecación de la guerra y en los inevitables abusos que siguen a las conquistas.

11. *Castigo del cielo.* Por las atrocidades cometidas, por los excesos contra las infelices mujeres nativas, por la práctica "pública y al descubierto" del pecado nefando y otras barbarida-

des espantables propias de la instigación del demonio, el cielo los castigó mandándoles, primero a un ángel, mancebo armado de una espada terrible y matadora, que decapitó a los más, y luego fuego divino, que los consumió acorralados en un valle del interior, no quedando de ellos sino sus huesos calcinados.

12. *Inmenso osario.* Tras el castigo divino, la hueste de los invasores de Punta Santa Elena quedó diezmada, amontonándose sus huesos para eterna memoria del castigo divino.

PREOCUPACION POR LOS GIGANTES DE SANTA ELENA

Por mucho tiempo, la leyenda de Santa Elena dio que pensar a los hombres de estudio, a los aventureros y a los soñadores. La credulidad de los primeros tiempos, evidenciada en los cronistas, se mantuvo hasta entrado el siglo pasado. No podía siquiera mentarse el lugar sin relacionarlo con la tradición de los gigantes fieros y monstruosos, que habían caído cierto día de cólera divina por fuego del cielo. De la saliente punta, conocida por todos los marinos de la Mar del Sur por ser extremo para doblar al golfo de Guayaquil, "la cual entra en la mar trece leguas y de ancho tiene una legua, poco más o menos"⁵⁹, con sus yacimientos de *betún*, que los indios llamaban *copey*, usado para "alquitranar las jarcias de los navíos"⁶⁰ se hablaba con frecuencia y la leyenda de los gigantes se mantenía fresca en las finales del siglo XVIII, por la época, por ejemplo, en que Antonio de Alcedo daba en Madrid a la estampa su *Diccionario Geográfico-histórico* con la siguiente referencia al lugar: "Es tradición que este distrito estuvo habitado de gigantes, y se hallan unos sepulcros disformes, de que se han sacado huesos muy grandes, que han caracterizado todos de figura humana, y el año de 1735 llevó a Quito don Juan del Castillo, Sargento Mayor del Batallón de Milicias de la ciudad de Guayaquil, una muela de perfecta configuración y semejanza a las de los racionales que pesaba cinco libras, y según la certificación que traía era extraída de una quijada de tres cuartas de largo, y un pedazo de hueso que al parecer era del que une el brazo del codo a la muñeca, y tenía, dos tercias de espesor..."⁶¹. Una referencia semejante aparece también en el *Compendio Histórico de la Provincia de Guayaquil*, impreso en Madrid en 1741. La muela llevada a Quito por el citado Juan del Castillo, "tenía la perfecta figura de una muela de un hombre, en mesa, raíces, color y simetría, con el peso de cinco libras".

Sin embargo, a pesar de las pocas luces de la época, no todo en lo tocante al carácter humano de esas extrañas y enormes piezas, era credulidad. Algunas personas, con alguna ilustra-

ción o alguna experiencia en lo que más tarde se llamaría ciencia de la Paleontología, comenzaron a dudar de tal carácter humano y a dudar, también, de la tradición misma de los gigantes llegados un día, ya muy lejano, de ignorada tierra, en sus balsas, haciendo la guerra a las gentes oriundas del país. Así, por ejemplo, Mr. P., autor de un simpático libro sobre América y los americanos, de mediados del siglo XVIII, tras referir que en 1543, un Juan Olmos, Teniente de Puerto Viejo, había desenterrado despojos “de esqueletos de un tamaño espantable” y que en 1715 había pasado por el lugar el viajero *Le Gentil* el cual había hallado una parte de estas *prodigiosas osamentas*, se declaró, a pesar de todos estos significativos antecedentes, contrario decidido a la creencia de los gigantes y tuvo “por fabuloso” todo lo expresado hasta su época al respecto.

Divididas las opiniones —con creyentes de una parte, a la manera de los cronistas, y descreídos, de la otra, cerrados a toda insinuación y a las versiones más convincentes—, creyeron las autoridades oportuno, dada la importancia del tema y lo apasionado de la discusión, confiar a una persona de competencia científica una investigación rigurosa sobre las debatidas osamentas, sobre su probable origen humano y, muy particularmente, sobre la tradición —que había que aclarar— de la llegada, en tiempo de los gentiles, de hombres de desmesurada estatura a Puerto Viejo y Punta Santa Elena. Para la delicada tarea fue designado Josef del Corral y Narro, quien, al cabo de un cuidadoso estudio, tanto en las bibliotecas y archivos como en el terreno mismo y en las colecciones de huesos de gigantes que algunas personas tenían, elevó, con fecha 11 de octubre de 1790, un informe, titulado *Dictamen sobre las osamentas de desmedida magnitud que se hallan en la Punta de Santa Elena*. Al término de su lectura, las autoridades no pudieron ocultar su desconcierto, porque, si bien por una parte el meticuloso investigador dudaba que las osamentas correspondieran a seres humanos, al final declaraba su convencimiento de que eran de gigantes, miembros de una raza extinguida que había llegado a América en época inmemorial.

Comenzaba el informe con la descripción del lugar. “La Punta de Santa Elena es uno de los tenientazgos sujetos al gobierno de Guayaquil... Es paraje de muy pocas aguas, y suelen pasarse tres o cuatro años sin llover una gota”⁸². “En este paraje se han encontrado infinidad de *huesos de prodigiosa grandeza*... Los historiadores Herrera, Torquemada, Garcilaso y otros dicen que en dicho sitio habitaron gigantes antes de la Conquista... La mayor parte de estos despojos se compone, al parecer, de *cañas de piernas o de muslos* de iguales dimensiones. Su largo es de más de media vara castellana y su grueso excesivamente desproporcionado. También se encuentran voluminosas vértebras

de espinazo y aun aquel hueso que divide la caja del cuerpo o región alta de la caja... Los moradores tienen como de fe en que en realidad hubo semejante raza de hombres, y se conserva un recinto con el nombre de *Sitio de los Gigantes*... Pero, no se encuentra el menor vestigio de población antigua... Lo que sí existe es un pozo abierto en piedra, al parecer fabricado con mucha prolijidad, cuya boca era como de dos tercias de diámetro, bastante profundo y con agua, y afirman que *fue construido por los gigantes*...⁸³.

En seguida, el informante planteaba la duda con elevado criterio científico: "No es bastante fundamento —argüía— el que los naturales estén en la firme creencia de que efectivamente hubo gigantes, porque tal vez puede haber nacido [la leyenda] de la vista de los grandes huesos que se encontraban". Es decir, contra la corriente de opinión general, el informante proponía, por primera vez, la posibilidad de que aquella acumulación de huesos disformes y extraños se trataba, no de un osario sino de un *depósito paleontológico*, es decir, de fósiles pertenecientes a animales extinguidos.

Mas, su propuesta no era definitiva. Seguía, en efecto, hablando de los gigantes: "Si hubo gigantes en las tierras magallánicas, *no hubo imposibilidad moral* en que viniesen a la Punta de Santa Elena, *pero sí la hay* en creer que emprendiesen estos hombres una navegación tan dilatada y peligrosa en balsas de palos en donde no podían tener acopio de bastimentos ni de agua para subsistir".

La investigación de campo, a la manera de un arqueólogo moderno, buscando empeñosamente en los terrales, le llevó a una conclusión muy importante: *los restos del presunto osario no eran humanos*. "Por más diligencias que hice en la Punta de Santa Elena, *no pude encontrar pedazos de cráneos ni otros característicos de la estructura humana*, lo que me hizo sospechar mucho contra la tradición de los naturales...". En efecto: "la falta de cráneos es muy poderosa razón para dudar que los huesos corresponden al género humano..."⁸⁴.

Pero este raciocinio, tan simple y al parecer concluyente, no podía ser, en modo alguno, considerado definitivo, porque cabía la posibilidad que los cráneos hubieran tenido una aplicación. Pensó, así, el autor del informe: es probable —propuso— que los tales cráneos fueran usados por los mismos gigantes "como tazas... para beber o comer, según como lo ejecutan infinitas naciones de indios bárbaros aún en el día".

Entonces, ¿eran huesos de animales? Tampoco podían ser huesos de animales porque, de serlo, "estarían esparramados en todo... el continente y no recopilados tan unidamente en un solo paraje", a menos, añadía, que el Diluvio hubiera hecho excep-

ción en aquella punta de Santa Elena, lo cual "parece difícil" admitir.

Hechas estas consideraciones y expuestos todos los elementos de juicio, D. Josef del Corral y Narro, serenamente, arribó a la siguiente conclusión, síntesis final de su esforzado, meticulado y bien conducido trabajo, parte cumplido en las bibliotecas y archivos, parte en el campo: "*Por las razones que quedan expuestas... debo ladear mi dictamen en favor de la realidad y existencia de los gigantes*".

APRECIACION FINAL SOBRE LOS GIGANTES

Hace cerca de un siglo, Lorente fue terminante al tratar de la leyenda de los gigantes. Dejando de lado todos los informes de la credulidad del siglo de la Conquista y las curiosas interpretaciones de las centurias siguientes, como la sorprendente de D. Josef del Corral y Narro, enjuició el asunto con estricto criterio científico y arribó a la conclusión de que las mentadas osamentas no eran de seres humanos de "disforme tamaño y grandeza" sino de animales pertenecientes a una fauna extinta, muy antigua, de un período geológico remoto.

"Las viejas tradiciones de pigmeos y gigantes —dijo— están completamente desmentidas por el examen atento de los restos...; en ningún [lugar] se han encontrado esqueletos cuya talla difiera de las dimensiones reconocidas en nuestra especie, y los *enormes huesos*, con que en otro tiempo quiso probarse la anterior existencia de cuerpos gigantescos, *son de elefantes, de mastodontes u otros fósiles de grandes cuadrúpedos extinguidos*"⁶⁵. Más adelante, Lorente se refirió en concreto a los gigantes de Punta Santa Elena, y desmenuzó la leyenda⁶⁶.

Con la investigación moderna, naturalmente, la tesis paleontológica ha terminado por imponerse. La realidad de aquellos huesos enormes que tanto espantaron y tanto intrigaron a los hombres de otras épocas, ha quedado perfecta y definitivamente aclarada. Los restos fósiles de Punta Santa Elena tienen una antigüedad de 18,400 años (\pm , 600), según el fechado radiocarbónico obtenido sobre diversas muestras. Corresponden a una *fauna de sabana*, igual a la hallada en la región de Talara, hoy, desde luego, totalmente desaparecida, sin más vestigios que los fósiles. Se ubica en el *periodo glacial tardío*, que generó en la costa peruana fisonomías completamente distintas a las actuales. En ese tiempo, la región estuvo cubierta de *prados con agrupaciones arbóreas esporádicas*. Grandes animales ambulaban por aquellos prados, alimentándose principalmente de las yemas y hojas lozanas de las arbustos, que ramoneaban incansantes para mantener sus enormes masas⁶⁷.

Las grandes acumulaciones de restos de esta fauna del glacial tardío en Punta Santa Elena, pueden interpretarse como un cementerio, según la costumbre de algunos animales, especialmente los proboscidos, de ir a morir a un mismo lugar.

La leyenda —en sí misma: la leyenda— tuvo varios puntos de apoyo, y esa fue, justamente, la razón de la mucha intriga que siglos atrás causó. Valcárcel los enumera: la leyenda —dice— tiene confirmación en los pozos de agua que existen en la punta, cavados en la roca viva; en la ceniza que abunda mezclada con las arenas del lugar, confirmatoria del fuego que cayó del cielo; y en los restos óseos que ratifican la existencia de hombres gigantes⁶⁸.

Los pozos pueden ser obra humana mas también pueden quedar como oquedades naturales; seguramente son esto último. La ceniza no es de fuego alguno caído del cielo por mandato divino, sino probable acumulación de materiales piroclásticos derivados de una erupción volcánica, episodio, por lo demás, que se repite en la historia geológica del Ecuador, con abundantes vestigios no solamente en Punta Santa Elena. Finalmente, los restos óseos no son de hombres gigantes sino de animales antediluvianos, como ya se dijo.

Pero queda la trama de la leyenda; y ella, apoyándose en esos fenómenos de carácter natural —las oquedades de agua fresca en una región seca; la erupción volcánica con lluvia de ceniza por alguno de los conos del interior; y la acumulación de restos óseos de la fauna glacial extinguida— tejió su relato sobre un hecho que se esconde en el fondo del espeso y complicado atuendo. Ese hecho es la llegada, en un momento de la prehistoria del lugar —pero, no solamente allí sino también en otros lugares—, de grupos aventureros, en embarcaciones sencillas pero muy marineras, constituidos por hombres de recia estampa, fuertes y resueltos para la lucha, de costumbres que no conocían los miramientos. Si creemos en la leyenda o, mejor, en el hecho real escondido en la base de la leyenda, hemos de admitir arribadas procedentes de lejanas tierras, probables avanzadas de grupos más numerosos con fines de tanteo o exploración. Estos grupos habrían desembarcado y vencido la resistencia de las gentes del país, y con depredación y vandalismo, habríanse adueñado de las costas, matando a sus antiguos dueños según los usos universales de la guerra, violando a las mujeres, quemando, entregándose al saqueo. Las gentes del país, así desposeídas y ultrajadas, alimentaron el odio contra los bárbaros advenedizos e imploraron a sus dioses castigo con expulsión o muerte. En la leyenda de Puerto Viejo primero intervienen los embajadores del Inca, que exigen a los recién llegados comportamiento respetuoso; en cambio, en la leyenda de Punta Santa Elena no hay tal intervención pacificadora y la

ira divina se desata de pronto en la forma ya conocida de fuego del cielo. Quizá la extinción de los invasores se produjo coincidiendo con una erupción volcánica, que no los mató pero sí los puso sobre ascuas, metafórica o literalmente hablando. Es natural que las gentes del país acusaran a los invasores de los peores pecados y de las más satánicas costumbres. Los hicieron gigantes para simbolizar la fuerza brutal de que estaban poseídos y explicar la derrota y la incapacidad de defensa de sus mujeres cuando éstas cayeron en poder de los bárbaros. Los pintaron monstruosos para denigrarlos y hacerlos odiosos al recuerdo de las futuras generaciones. Finalmente, les achacaron defectos y vicios contra natura para hundirlos en la vergüenza y en la degradación más espantosas.

Los invasores se extinguieron o por retirada o por asimilación pero dejaron entre los nativos un recuerdo de aversión que jamás se borró. Ese puede ser el fondo de la *leyenda de los gigantes*.

NAYMLAP, EL REY QUE LLEGA POR MAR EN BARCA DORADA

Si las leyendas de gigantes y antropófagos son conmovedoras por los personajes espantables, de un poder extraordinario, que en ellas juegan: seres monstruosos de fuerza increíble, disformes y bestiales, perversos y viciosos, degradados por la corrupción sexual y por el apetito insaciable que los impulsa, la leyenda de Naymlap, como contraparte al terror, es la hermosa y encantadora de un rey que llega por el mar a la costa Norte en una barca dorada seguido de numeroso séquito de príncipes y gentes de alcurnia, para posesionarse de la tierra y fundar un reino, que, andando los siglos, hará historia.

Se conoce esta leyenda por la versión del P. Miguel Cabello de Balboa y está contenida en su famoso libro *Miscelánea Antártica*, escrito entre 1576 y 1586, según Markham, pero más probablemente por esta última fecha en la opinión de Porras.

Según Cabello de Balboa, una parte de la Costa o llanos de la mar se pobló por gentes que bajaron de la Sierra perseguidas por los feroces *collas*, originarios del Altiplano. Estas gentes después se *esparcieron por mar*, en embarcaciones rústicas o *balsas*, en dirección al Norte, favorecidas en su migración por las corrientes de las aguas y los vientos constantes, llamados *sures*.

En cambio, los pueblos de los *valles del Norte* ("desde Motupey, Jayanca, Lambayeque, Callanca, Collique"), "tienen diferentes opiniones sobre su origen"⁸⁰. Hablan del desembarco de *Naymlap*.

He aquí, abreviado, el texto de la *leyenda* ⁷⁰:

"Dicen los naturales de Lambayeque (... y valles comarcas) que en tiempos muy antiguos... vino de la *parte suprema de este Pirú*⁷¹, con *gran flota de balsas*, un padre de Compañas, *hombre de mucho valor y calidad*, llamado Naymlap..."⁷². Traía muchas concubinas más su mujer principal, llamada *Ceterni*.

Gran copia de gente lo seguía, y todos lo tenían como "capitán y caudillo". Los principales de la copia eran los oficiales, entre los que se contaban:

Pita Zofi, trompetero o "tañedor de unos grandes caracoles, que entre los indios estiman mucho".

Ninacola, al cuidado de las andas y silla del señor.

Ninagintue, a cargo de la bebida que tomaba el señor.

Fonga sigde, encargado de rociar polvo de conchas marinas sobre la tierra que el señor pisaba.

Occhocalo, cocinero.

Xam muchec, al cuidado de las cremas y uncciones con que el señor adornaba su rostro.

Olopcopoc, bañador del rey.

Llapchilulli, sastre, encargado de labrar las camisetas y ropas de finísimas plumas.

Era enorme el número de oficiales encargados cada uno de una función específica.

Naymlap desembarcó de sus balsas en la boca del río *Faquisllanga* y penetró con su séquito cosa de media legua tierra adentro, deseosos todos de tomar asiento en ella. Hecho el reconocimiento y escogido el sitio bueno para aposentar, "fabricaron unos palacios a su modo", que llamaron *Chot*, "y en esta casa y palacios convocaron con devoción bárbara un *ídolo* que consigo traían... labrado en una *pedra verde*, a quien llamaron *Yampallec* (que quiere decir figura y estatua de Naymlap)"⁷³.

Pasaron muchos años de vida pacífica. Pero, al cabo de un tiempo dichoso, Naymlap enfermó y murió. Sus hijos, entonces, que eran muchos, para que sus vasallos no creyesen que sobre tan grande señor la muerte tenía jurisdicción, "lo sepultaron escondidamente en el mismo aposento donde había vivido y publicaron por toda la tierra que él, por su misma virtud, había tomado alas y se había desaparecido".

Los fieles vasallos del Gran Señor se apenaron profundamente, y entristecidos por la falta que les hacía tan grande caudillo, abandonaron la fértil tierra que ocupaban y se echaron a buscarlo por el mundo. Sólo quedaron en el lugar de la primera fundación los nacidos allí.

Sucedió a Naymlap en el gobierno, su hijo mayor, llamado *Cium*, el cual casó con una moza llamada *Zolzoloñi*. Tuvo en esta mujer y en sus concubinas doce hijos y gobernó muchos años y fue tronco de una enorme familia. Viejo, se metió en

una cripta y se dejó morir. Así lo hizo para que sus vasallos lo recordasen inmortal, verdadero dios.

Lo sucedió *Escuñain*.

A éste heredó *Mascuy*.

A éste, *Cuntipalleo*.

Tras éste gobernó *Allascunti*.

Después subió al trono *Nofan nech*.

Siguió *Mulumuslán*.

Siguió *Llamecoll*.

A éste sucedió *Lanipat cum*.

Tras éste señoreó *Acunta*.

Sucesor de Acunta en el trono de los descendientes de Naymlap, fue *Fempellec*, que "fue el último y más desdichado de esta generación". Este Fempellec tuvo la malhadada ocurrencia de cambiar de sitio para el asiento fundado por Naymlap, trasladando también el ídolo o *guaca*, pero como castigo por tan infeliz idea, se le apareció el demonio en la forma de una bellísima mujer, tentadora. Fempellec no pudo contenerse ante tanta belleza y tuvo ayuntamiento con la tal mujer, que era, en verdad, como se ha dicho el demonio. De inmediato el castigo cayó sobre el pueblo y "comenzó a llover y duró este diluvio treinta días, a los cuales sucedió un año de mucha esterilidad y hambre"⁷⁴.

Los sacerdotes, conocedores de la ciencia esotérica, comprendieron que el flagelo era consecuencia del pecado cometido por Fempellec en aquella mujer satánica, "y por tomar de él venganzas, olvidados de la fidelidad de vasallos, lo prendieron, y atadas las manos y pies, lo echaron en el *profundo mar*, y con él se acabó la línea y descendencia de los señores naturales del valle de Lambayeque, así llamado por aquella *guaca* o ídolo que Naymlap trajo consigo, a quien llamaban Yampellec...".

Cium había sido hijo mayor de Naymlap y lo había sucedido en el trono. Cium, como se recordará, tuvo doce hijos. Estos doce hijos se apartaron del padre cuando tuvieron edad suficiente y se convirtieron en principio de grandes familias, que poblaron otras tantas regiones. Así, por ejemplo: *Nor*, uno de ellos, se fue al valle de Cinto; *Cala*, se fue al valle de Túcume; y así, otros a otras partes.

Llapchiluli o *Llapchillulli*, que había sido sastre de Naymlap y hombre principal y muy estimado en los tiempos que siguieron al desembarco, se apartó también del grupo originario y, seguido por gran copia de gente, se estableció con mucha felicidad en el valle de Jayanca, donde "permaneció su generación y prosapia".

Victimado *Fempellec* por los sacerdotes en la forma arriba dicha, el señorío de Lambayeque quedó sin patrón, y así, acéfalo, permaneció por mucho tiempo; hasta que "cierto tirano po-

deroso llamado *Chimo Cápac* vino con invencible ejército y se apoderó de estos valles y puso en ellos presidios...”.

En el valle de Lambayeque, antigua tierra de Naymlap y sus sucesores, Chimo Cápac nombró cacique y señor a *Pongmassa*, natural de Chimo, quien gobernó con espíritu pacífico. Lo sucedió su hijo *Pallesmassa*; y después de éste subió al trono *Oxa*, su descendiente.

En tiempo de Oxa fue cuando los pueblos de la costa Norte tuvieron su primer contacto con los Incas. Los ejércitos imperiales merodeaban por Cajamarca y Oxa tuvo graves temores de caer bajo el dominio de los invencibles cusqueños.

Después de Oxa se sucedieron, por línea directa, varios caciques: *Llempisán*, *Chullumpisán*, *Cipromarca*, *Fallepisán*, *Efquempisán*, *Secfunpisán*. En tiempo de éste, *llegaron al Perú los españoles*, cortando el hilo de la sucesión dinástica.

Finaliza Cabello de Balboa su relato sobre Naymlap y sus sucesores, explicando que la lista de los caciques es tan grande para períodos tan cortos, porque gobernaban muy pocos años. Ello —dice el cronista—, porque el demonio, que tenía sobre ellos mucho poder y mando, los hacía ayunar por largos períodos, causándoles en su salud serios quebrantos, hasta llevarlos a la muerte⁷⁵.

PROCEDENCIA DE NAYMLAP

El primer asunto que hay que atender en el estudio e interpretación de la leyenda que cuenta Cabello de Balboa, es el relativo a la procedencia de Naymlap. ¿De dónde, de qué tierra —cercana o lejana— vino aquel gran señor por la vía del mar, él en su balsa dorada, su séquito en nutrida flota de balsas?

Se han sugerido muchas respuestas a esta pregunta, pero, como se verá, no todas reposan sobre razones firmes. Básicamente, se las puede clasificar en dos grupos: un *primer grupo* reúne a las que proponen que *Naymlap llegó de alguna parte de Ecuador*; un *segundo grupo*, a las que postulan como procedencia del Gran Señor alguna tierra de *Centroamérica*, probablemente por el *país de los mayas*.

Markham advirtió que la versión de Cabello de Balboa podía representar una *leyenda quiteñista*, por consiguiente una *leyenda tendenciosa*, orientada a un fin oculto: hacer depender la civilización de la costa Norte del Perú de los pueblos de la región de Manta o Esmeraldas, de donde habría partido, en solemne expedición conquistadora, Naymlap con su flota de balsas. Una circunstancia apoya la tesis de esta procedencia: la citada región de Manta y Esmeraldas es de pueblos hábiles en

la navegación, de buenos y valientes balseros, con tradición marinera.

Revisando las fuentes, el ilustre historiador inglés encuentra que a las versiones tradicionales, por así llamarlas, sobre la expansión incaica, no se agrega sino que se opone la de Cabello. En efecto: Garcilaso, autor de la primera versión, dice que la conquista incaica se produjo avanzando la hueste cusqueña de Sur a Norte por la costa; Sarmiento, autor de la segunda, dice que la hueste incaica bajó a la Costa directamente de la Sierra, de la Sierra de Cajamarca, y amagó sin preámbulo la sede del gran reino Chimú; y Montesinos, autor de la tercera, dice que el dominio sobre el territorio que regía el Chimo Cápac lo consiguió el Inca desde la Sierra, mediante el corte de los abastecimientos de agua en las alturas. A estas tres versiones, que en lo fundamental son coincidentes, con un punto de partida de la fuerza conquistadora y civilizadora que es el Cusco, en el centro del país andino y en el centro del Perú del siglo XVI, opone Cabello de Balboa —no agrega, repetimos, sino *opone*— su propia versión, que resulta a todas luces, por *quiteñista*, tendenciosa: de la parte “suprema” del Perú, es decir, del Norte, del Ecuador, sale la corriente conquistadora y civilizadora, de hombres selectos y de alto nivel, que sojuzga a los pueblos de la costa Norte del Perú, y funda una dinastía que es honra y prez de aquella tierra. Sólo después de ella llegó la avanzada incaica, cuando ya los *llanos* habían conocido la civilización por la famosa embajada de las tierras ecuatorianas⁷⁶.

Uhle, despojado de toda influencia pero sí dogmático, replicando a severas críticas que le llegaron de Estados Unidos de la no menos notable inteligencia de Kroeber, sostuvo que Naymlap había partido de *costa cercana*. Kroeber había negado la posibilidad de desembarcos procedentes de Centroamérica en la *región de la costa próxima a Trujillo*, aduciendo que, de haberse producido, habrían dejado como recuerdo *leyendas del tipo de la de Naymlap*, y no las había. Al replicar Uhle al sabio norteamericano, dijo, que la *leyenda de Naymlap* “quedó en la memoria de las generaciones por haberse efectuado entre *costas vecinas* y en un *tiempo muy reciente*”⁷⁷. Con precisión geográfica y amparándose en los datos de la toponimia comparada, sostuvo que el personaje *Naymlap*, *personaje real aureolado de leyenda*, *llegó procedente de la región de los Cañares*, en el Ecuador. El término *lap*, agregó explicando, “era un título de los caciques cañares, todavía [en uso] en el período de la Conquista [española]”⁷⁸.

Paul Kosok, otro de los peruanistas que ha estudiado con detenimiento el problema de la procedencia de Naymlap, ha barajado todas las hipótesis y sopesado con plausible imparcialidad los argumentos esgrimidos. La leyenda dice que Naymlap llegó

procedente del Norte. Se colige —especula Kosok— que haya sido de alguna isla del Golfo de Guayaquil, o sea, del área ecuatoriana. Después, la leyenda expresa que Naymlap, en su balsa, penetró siguiendo el curso de un río, hasta el sitio donde fundó su ciudad. Pues bien: si la leyenda dice la verdad, deberían hallarse en la región de Lambayeque testimonios o influencias de los pueblos ecuatorianos, "... rasgos específicos —dice Kosok— de cultura ecuatoriana..."⁷⁹. Como estos rasgos no han sido encontrados, "la historia de la leyenda ha sido puesta en duda"⁸⁰. Pero, Kosok admite: "Recientemente, el doctor Reichlen ha encontrado cierto número de lo que él considera rasgos ecuatorianos en el valle de Lambayeque"; y esta aceptación lo lleva, lógicamente, a cambiar de opinión.

De otro lado, no se puede admitir que Naymlap, en su balsa, siguiera el curso del río Lambayeque, porque este río, normalmente, es muy escaso de aguas, aun en temporada de crecida. Pero, esta objeción —admite igualmente Kosok— se puede dejar de lado teniendo en cuenta que cuando ingresa la *Corriente del Niño* al litoral del centro, cambia totalmente el cuadro climático de la costa y entonces llueve en forma torrencial y los ríos se cargan en forma extraordinaria, especialmente el río Lambayeque, que, por la salida de madre de sus aguas, ocasiona grandes inundaciones.

Puede admitirse la posibilidad de que la llegada de Naymlap se produjo justamente un año de profunda penetración de las aguas cálidas del Norte, que, primero, favoreció el arribo a Lambayeque de la flota de balsas con su empuje natural; y, luego, determinó una crecida excepcional del citado río, permitiendo que lo surcaran las embarcaciones del Gran Señor⁸¹.

Hans Horkheimer comienza por admitir la posibilidad de una llegada desde el país de los mayas, pero pronto enmienda y señala que esa posibilidad debe ser considerada como muy remota. "Los autores modernos —dice— han tomado la leyenda de Naymlap como prueba de influencias e inmigraciones llegadas desde el Norte. Especialmente, esos autores han llamado la atención sobre los nombres de los acompañantes y sucesores de Naymlap, que casi todos tienen *sonido mahua* o *maya*"⁸². De acuerdo con la versión prístina, Naymlap llegó "de la parte suprema del Perú". *Parte suprema* debe interpretarse según el mapa. Es entonces, el Norte. En consecuencia, no debe dudar que Naymlap vino del Norte. Pero, ¿qué alcances tiene esta delimitación? Horkheimer dice: "No hay duda que existió una intensa comunicación marítima entre la región mochicachimú y las costas más septentrionales... No suponemos que los habitantes de nuestra Costa, con sus frágiles balsas de totora, hubiesen sostenido un intercambio directo con los centroamericanos y mexicanos... Creemos que las balsas chimúes nave-

garon solamente hasta el golfo de Guayaquil, cuyos habitantes, con sus botes más desarrollados, efectuaron el transporte hasta el Norte...". La máxima penetración chimú fue, quizá, *Manta* o *Esmeraldas*, en el Ecuador. Entonces —concluye—, de esa región "puede haber llegado el legendario jefe Naymlap"⁸³.

Entre los nuestros, Valcárcel es uno de los pocos, si no el único que ha dado su opinión. Autoctonista y *serranista*, Valcárcel rechaza enérgicamente la tesis de la procedencia centroamericana de Naymlap. En general, su posición es radicalmente contraria a toda influencia o a todo origen foráneos. El Perú precolombino es, en su totalidad, autóctono. Al hablar del *origen exclusivamente serrano de las culturas de la Costa*, dice: "Los valles del litoral marítimo fueron colonizados por agricultores serranos... La bajada de los pueblos andinos a las tierras del Pacífico es un hecho histórico no olvidado. Cabello de Balboa lo recoge"⁸⁴. Este mismo autor nos refiere la *única noticia registrada por los cronistas sobre la venida de gentes por la vía marítima*. Naymlap y su comitiva llegan a la costa de Lambayeque en una gran flota de balsas. *¿De dónde?* Probablemente contraria a toda influencia o a todo origen foráneos.

La tesis de Valcárcel encuentra su mayor fundamento en el gran desarrollo que desde antes de la dominación de los Incas alcanzaron los pueblos de Manabí y del golfo de Guayaquil en la construcción de balsas y en el arte de la navegación (la construcción favorecida por los abundantes recursos que allí ofrece pródigamente la naturaleza, consistentes en madera de gran flotabilidad y en fibras y bejucos útiles para la cabuyería de aquellas embarcaciones). Mas, a la tesis de Valcárcel se le ha hecho una atingencia, que es la siguiente: admitiendo que la flota de Naymlap, efectivamente, llegó de Manta o Puerto Viejo, ¿acaso no pudo ser portadora de una cultura centroamericana, en cuyo caso los pueblos de la costa ecuatoriana oficiaron sólo de pasivos mediadores o intermediarios?

LA OCEANOGRAFIA APOYA LA TESIS DEL GOLFO

Como ya se dijo, la Oceanografía puede echar luces en el problema y contribuir a su solución. Tanto la *Corriente del Niño* como la poderosa *Contracorriente ecuatorial*, ésta de lejano origen oceánico y aquella circunscrita a las costas del golfo de Guayaquil con ramal que eventualmente alcanza parte apreciable de la costa peruana, entra en el caso. Schweigger ha estudiado ambos fenómenos en forma exhaustiva⁸⁶ y recientemente Popovici ha agregado informaciones muy novedosas⁸⁷.

He aquí el aporte de la ciencia del mar para explicar, o para ayudar a explicar, el viaje de Naymlap:

“Una irregularidad de [grandes] alcances en la Corriente Peruana se manifiesta en la región de Cabo Blanco y consiste en la aparición de aguas calurosas con salinidad reducida. Estas se expanden desde Cabo Blanco hacia el Sur llegando *hasta la altura de Talara* o hasta la de *Paita*, si la invasión es fuerte, pero en casos extremos hasta una distancia relativamente corta de *Punta Aguja*. Este es el fenómeno que los pescadores paitenos designaron *Corriente del Niño*, porque aparece después de la Pascua de Navidad...”⁸⁸. La *corriente* o la masa de agua se desprende del golfo de Guayaquil con aguas de temperatura que se acerca a los 28° C.; “corre a lo largo de la ribera Sur del golfo de Guayaquil, o sea del litoral peruano, sigue siempre cerca de la playa, *pegada* a la costa hacia cabo Blanco y, doblando éste, se dirige hacia el Sur...”. Sus características son bien marcadas: alta temperatura, salinidad baja, color de sus aguas azul intenso, de auténtico mar tropical, que lo es en realidad, contrastando con el verde de las aguas de la Corriente Peruana fría; y fauna propia, naturalmente, de aguas calientes. Según Schweigger, *no se trata de una verdadera corriente de convección*, sino, simplemente, del ingreso de una masa de aguas cálidas, de la región de los esteros ecuatorianos y peruanos, *por desprendimiento inusitadamente meridional de la Corriente Peruana hacia el Oeste*. Como es sabido, la *Corriente Peruana* o de *Humboldt* dobla hacia el Oeste, rumbo a las Galápagos, en las cercanías de *Cabo Blanco*, oponiendo resistencia a la presión que hacia el Sur ejercen las aguas cálidas del golfo de Guayaquil. Pero, cuando ese desprendimiento de la Corriente Peruana se produce, no ya en Cabo Blanco sino más al Sur, por ejemplo en Punta Pariñas o en Punta Aguja o más al Sur todavía, entonces el frente de resistencia a la presión del Norte se desplaza consecuentemente. Puede pensarse que al desprenderse mayor porción de la Corriente Peruana por *Lobos de Tierra* y *Punta Aguja*, “un vacío de cierta amplitud se presentaría al Norte de Punta Aguja y atraería para su compensación esas aguas del golfo de Guayaquil”⁸⁹.

Pero, no acaba ahí el cuadro oceanográfico. Se incorpora en la misma región al fenómeno anterior, otro de mayor cuantía, que es la *Contracorriente ecuatorial*. Procediendo del Norte, esta corriente, llamada propiamente *contracorriente* por desplazarse, en su curso transoceánico, de Oeste a Este, entre las dos grandes corrientes ecuatoriales, la Norte y la Sur, es una masa cálida que se *sobrepone* a la Corriente Peruana, deslizando sus aguas encima de las frías de ésta, pero sin desviarla hacia el Oeste, como fue creencia durante mucho tiempo. Ambas

mantienen su posición pero la caliente del Norte encima, en la superficie, y la fría o Peruana, debajo⁹⁰.

Al avanzar la Contracorriente Ecuatorial sobre las aguas frías de la Corriente Peruana, se combina con el *fenómeno del Niño* e imprime al desplazamiento de éste un *mayor ritmo de avance* Unidos ambos fenómenos y favoreciéndose mutuamente, avanzan, entonces, de modo inusitado, amagando las costas de La Libertad y aun las de Lima y, excepcionalmente —según algunos testimonios—, las de Ica (Paracas).

Se ha observado que la velocidad de las aguas que avanzan hacia el Sur desde el golfo de Guayaquil, es mayor cerca de la playa. Comúnmente es del orden de *un nudo*, pero excepcionalmente *de tres*. En el pasado, pudo haberse dado el caso de un avance extraordinario hasta las costas de Lambayeque de este complejo *Niño-Contracorriente ecuatorial*, a la *velocidad de dos o tres nudos*. Si tal ocurrió, *una flota de balsas salidas del golfo de Guayaquil pudo haber sido impelida hasta las costas de Lambayeque*. Esa flota pudo ser la del legendario Naymlap.

La condición marítima óptima para este avance, desde, por ejemplo, la isla de la Puná, hasta Lambayeque, habría estado determinada, como ya se dijo, por la *concurrancia de la Contracorriente ecuatorial*.

De los hechos oceanográficos y climatológicos se desprende, además, otra explicación muy importante, que puede arrojar luces, igualmente, para la interpretación de la leyenda. Es la siguiente: la penetración de la *Corriente del Niño* no importa en la costa amagada alteración climática alguna. Por consiguiente, la *Corriente del Niño* puede producirse, y de hecho se produce, sin el fenómeno concomitante o paralelo de las lluvias torrenciales, y, en consecuencia, sin la crecida inusitada de los ríos de la vertiente del Pacífico. Pero, como es un *fenómeno de verano*, coincide con las lluvias del flanco occidental andino, que cargan, todos los años, los ríos de la Costa. Una precipitación pluvial muy grande y sostenida habría convertido al río de la leyenda (llamado *Faqisllanga* en el texto de Cabello de Balboa) en un curso desbordado y profundo, de aguas calmas en la desembocadura por el enorme volumen, y la flota de balsas de Naymlap habría podido surcarlo por trecho breve, hasta donde el rey mandó parar para establecer su sede.

PROCEDENCIA MAYA O CENTROAMERICANA

Pocos son los autores que han propuesto la procedencia de Naymlap de la tierra centroamericana. Los que han hablado de posibles vinculaciones entre el Perú y Mesoamérica o, más concretamente, entre el Perú y la civilización Maya, lo han hecho

esgrimiendo argumentos arqueológicos. Tal, por ejemplo, entre los más conspicuos, Uhle. Ellos no han sacado a relucir la leyenda del Gran Señor que llega en balsa del Norte, al frente de numerosa flota, porque los argumentos arqueológicos son más útiles y valederos que los leyendáricos. Además, cuando se habla de Naymlap como símbolo de una invasión centroamericana, surgen problemas de orden cronológico, de difícil solución.

Hermann Leicht está entre los pocos que sostienen que la leyenda de Naymlap cuenta la historia de un arribo centroamericano a las costas del Perú; y estima, generalizando, que el valle de Lambayeque no fue el único que sufrió el impacto de una entrada de este género, de gente bien organizada venida de fuera. "Debemos imaginarnos muy parecida la historia del resto de los valles. También ellos dieron acogida a diferentes partidas de *inmigrantes centroamericanos*, que poseían una cultura muy superior a la primitiva. Vinieron en parte a través de las montañas y en parte por el mar, desde donde penetraron en las desembocaduras de los ríos" (justamente como en la leyenda de Naymlap, según la cual, como se ha visto, el Gran Señor, con su flota, entra a tierra por el río *Faquisllanga*, hasta un lugar donde baja y funda una ciudad) "para establecerse en lugares apropiados y fértiles..."⁹¹.

Leicht considera que una prueba de que las *migraciones centroamericanas, representadas por la leyenda de Naymlap*, "no tuvieron lugar únicamente en el Norte, alrededor de Lambayeque", sino en casi todos los valles de la Costa, está en las "hojas y empuñaduras de remos ricamente tallados", que se han encontrado en las tumbas del departamento de Ica, cientos de kilómetros al sur de Lambayeque, y que hoy forman importantes colecciones en el Perú y Alemania⁹².

En otra parte, Leicht dice, reafirmando su posición al respecto: "...no puede existir ya ninguna duda sobre el fondo real que tiene la leyenda de Naymlap. *Los antepasados de los chimúes procedían del Norte, de Centroamérica...* Los hallazgos arqueológicos lo demuestran suficientemente..."⁹³.

Entre nosotros, la tesis maya o centroamericana está representada por Riva Agüero, quien en su enjundioso trabajo, dado a la estampa en 1937, sobre la *Civilización tradicional peruana* (tal su título), dio mucha importancia al aporte, verdaderamente sugestivo pero debatible, de la *toponimia comparada* o, como él decía, de la *onomástica geográfica*. Su investigación, que recuerda a la que, en otros campos y para otros fines, realizaron los respetables pero equivocados Vicente Fidel López y Pablo Patrón, se dirigió fundamentalmente a probar por medio de tales recursos —hasta el general del *sonido* de las lenguas, cuyo poder evocador es innegable— que la leyenda de Naymlap

representa la versión legendaria del arribo de pueblos centroamericanos al Perú, portadores de una cultura avanzada.

“Subsisten pormenores de una especial emigración, *venida por mar*, a Chicama, y extendida cuando menos a Pacasmayo (Pacatnamú) y Lambayeque (Lampayec)”⁹⁴. A la luz de la investigación actual —dice Riva Agüero—, este arribo de gentes extrañas al *Norte del Perú*, por la vía *marítima*, debe tenerse como una “invasión indudable”, vale decir, como un hecho histórico⁹⁵.

Explica el erudito que los pormenores de esta emigración los da Cabello de Balboa, y tienen como personaje principal al rey Naymlap. Este Naymlap desembarcó con numeroso séquito en la boca del río *Faquislangá* (así escribe, saliéndose de la ortografía original que aparece en la *Miscelánea Antártica*), hoy río Lambayeque, y *sus descendientes conquistaron la Sierra*. Después, los vástagos de Naymlap fueron avasallados por los chimúes.

Pues bien, esta emigración que llega a las costas del Perú es de *seguro origen maya*, lo que se demuestra —dice Riva Agüero— por las *toponimias*, estrechamente entroncadas con los nombres centroamericanos⁹⁶.

Entrando a detalles y en otra parte de su estudio, dice Riva Agüero que la tesis de la *irradiación centroamericana hacia el Perú*, además de sus fundamentos arqueológicos y lingüísticos, tiene amplio respaldo en la mitología y la leyenda, y en todos los casos se corrobora la hipótesis de una *inmigración por mar*.

El respaldo *mitológico* lo da el dios *Con*, cuyo peregrinaje, según Gómara, es de Norte a Sur, seña muy significativa como ruta de difusión⁹⁷. El respaldo leyendárico lo da el rey *Naymlap*, sobre cuyo significado no caben dudas de ninguna clase. La expedición, *llegada por mar*, estuvo dirigida por un rey, cuyos servidores y parientes, todos *tienen nombres del idioma nahua* o con *eufonia maya*⁹⁸. Desembarcó Naymlap, según la leyenda, en la boca del río *Faquislangá*, que es el río *Collique*, actualmente llamado de común *Lambayeque*. El templo que levantó se llamó *Chot*, palabra muy parecida a *Chob*, que es el nombre de una divinidad maya. El sucesor de Naymlap se llamó *Cium*, tronco de una numerosa prole; y la palabra *yum*, maya, muy parecida a *Cium*, significa padre, progenitor.

Hay más. Los hombres de la hueste de Naymlap y los sucesores de éste, penetraron a las sierras inmediatas de Otuzco y Contumazá, donde ahora hay una serie de lugares cuyos nombres “evocan lugares y voces de Centroamérica”. “La propagación de la onomástica forastera es lógicamente mayor en los campos y quebradas de Trujillo y Pacasmayo: *Chan Chán, Cao, Nepén, Virú, Mocán, Sián, Tinacap, Charat, Coipín, Chepén*, (que antes se llamaba *Chepentepac*), *Lloc, Paiján, Cajanleque, Jequetepaque*. Aquí hasta el *tepec* nahua resuena. Las localida-

des parecen ecos de las de Panamá o de las de San Salvador y Guatemala. Cualquiera creería, por los nombres, que los pueblos salvadoreños de *Jayaque* y *Tamanique* son fincas rústicas de Lambayeque y Trujillo. Tuvimos una aldea de *Noquique*, junto a Chérrepe, hasta mediados del siglo XVI⁹⁹.

Sigue Riva Agüero abundando en el argumento lingüístico. Después de un tiempo, los vástagos de Naymlap "cayeron en el vasallaje de sus parientes o afines chimúes, que construían con gruesos adobes la ciudad de Chan Chan, junto a *Mansiche*". De esta manera, los últimos curacas de Lambayeque, por descomposición interna, decadencia del gobierno y predominio de los vecinos del Sur, se convirtieron en "súbditos del Gran Chimú y de los Incas". Los nombres individuales de estos curacas fueron *Llem*, *Chullum*, *Fellum* y *Pecfum*. "La terminación en *um* para los propios, y las en *ac*, *al* e *il* para los lugares, son características de los mayas".

Ahora bien —y esto lo puntualizó claramente Riva Agüero—, la invasión de elementos centroamericanos, particularmente *chorotegas*, de Guatemala y Nicaragua, al Perú, *no debe entenderse necesariamente como un arribo directo* de tales elementos a las costas del Perú; más plausible es la tesis —propuso— que sostiene dicha invasión de elementos centroamericanos por intervención de un *grupo mediador*, que podría ser el pueblo *chibcha*.

De todos modos —y resumiendo el pensamiento del ilustre historiador sobre la tradición referida por Cabello de Balboa—, la relación, *directa* o *indirecta*, con grupo mediador o sin él, se produjo, fue un hecho; y en tal sentido debe ser entendida la presencia en la costa Norte del jefe Naymlap, arribado en "*migración marítima*", con bagaje cultural, idioma, costumbres y hasta "eufonia" de "*indudable*" procedencia centroamericana¹⁰⁰.

OTRAS OPINIONES

En el siglo pasado, uno de nuestros primeros tratadistas de historia, Sebastián Lorente, al comentar la tradición recogida por Cabello de Balboa, miró hacia el Norte, hacia tierras lejanas, pero no arriesgó opinión precisa alguna. Prefirió quedarse en la vaguedad del propio texto del cronista. Dijo: la "*procedencia lejana*"¹⁰¹ de los pueblos de la costa Norte del Perú, entre *Pacasmayo* y *Sechura*, parece confirmarse en el extraño idioma *mochica*, en la tradición guardada allí sobre la llegada, en balsa, de un jefe con gran séquito, llamado *Naymlap*, y en el "espíritu independiente" y distinto de esos pueblos.

José Kimmich, en un estudio titulado *Etnología Peruana: Origen de Chimú*, que apareció en el *Boletín de la Sociedad Geo-*

gráfica de Lima el año 1917, ensayó, con algún delirio imaginativo y mucha pintura de fantasía —todo entretenido pero endeble—, una teoría por demás audaz: Naymlap había venido, sí, del Norte, de tierra centromericana, pero tocando allí sólo de recalada porque su origen estaba en Asia. Algo más: sin detenerse en Naymlap, generalizó su teoría y sostuvo resueltamente y sin reparos, no ya únicamente el origen asiático del jefe legendario sino de los mismos pueblos *mochica* y *chimú*. Así, basándose en “pruebas” lingüísticas, antropológicas, paleográficas y arquitectónicas (todas, dudosas y disminuidas por lo precario de los razonamientos), afirmó “el origen asiático de los mochicas y chimúes”¹⁰², pueblos, ambos, “de cepa indochina (parientes de los indonesios)”¹⁰³. Después de largas consideraciones, concluyó diciendo: “De todo esto se desprende . . . que los primeros mochicas o habladores del idioma mochica [*mochico*], deben haber sido antes, en tiempos remotísimos, *vecinos de los arios . . . de los uigures . . . y de los chinos . . .* y que habían vivido en Indochina... [pasaron] a Formosa, Islas Filipinas y de allí a Centroamérica (Guatemala), de donde siguieron después de una estada bastante larga al Perú-Ecuador”¹⁰⁴.

Respondiendo al ¿cuándo? y ¿cómo? de esta formidable aventura transpacífica, dijo Kimmich que “. . . la civilización de *Chan Chán* y de *Lambayeque* . . . no puede tener más de diez u once siglos; en otras palabras, Chan Chan y Lambayeque han sido poblados, colonizados, probablemente por *tribus indochinas* capitaneadas por algún *lama*, en el siglo IX o X después de Cristo . . .”¹⁰⁵. “Creo que *llegaron en embarcaciones*, como las que tenían a esta sazón los pueblos chinos en sus *chunces* y los malayos en sus *prahos*, que cargaban hasta cien toneladas. Los malayos y sus parientes los polinesios, cruzaron en ellas todo el Pacífico —recalca—, poblándolo poco a poco, y llegaron en el siglo V de nuestra era hasta las islas Marquesas y las Hawaii, de donde al Perú no hay más de treinta jornadas en dichos *veleros*. De las Marquesas a Lima, que tienen casi el mismo paralelo, hay unas mil leguas; lo mismo de Hawaii a Guatemala, que tienen las dos, aproximadamente, el mismo paralelo. De las Filipinas a las Marquesas y a las Hawaii, el Pacífico abunda en islas e isletas vecinas, y no era hazaña llegar así. *Es ridículo dudar de que los chimúes hayan podido llegar en estos buquecitos al Perú o Guatemala a través del Pacífico . . .*”.

La navegación antigua —subraya Kimmich— realizó viajes extraordinarios, que no fueron considerados por sus autores como proezas porque estaban acostumbrados a ellos. Cita viajes sobre grandes distancias que se llevaron a cabo con toda facilidad y sin contratiempos. Por ejemplo: los viajes del rey Salomón a Ophir, en la desembocadura del río Indo, a unas mil leguas

de la partida; el viaje del cartaginés Hano, que, al frente de sesenta galeras, condujo a treinta mil libofenicios, como colonos, a las costas de Nigeria sobre más de mil leguas; los viajes, incontables, de los romanos, en los primeros siglos de la era cristiana, hasta el Lejano Oriente en procura de seda... Por tanto —concluye— *no debe ponerse en duda el viaje de los primitivos mochicas o chimúes, que "llegaron en balsas del Norte", según cuenta Miguel Cabello de Balboa.*

En favor de Kimmich hay que recordar lo dicho en el capítulo sexto: que la ciencia moderna ya no rechaza de plano —por el contrario, admite o acepta discutir con seriedad (una forma de tolerancia en los antropólogos de más drástica e intransigente ortodoxia)— la tesis de los viajes transpacíficos, de las comunicaciones de un lado a otro de la cuenca del gran océano y de la difusión cultural sobre los anchos espacios geográficos que hasta hace poco estaban considerados como barreras infranqueables o como abismos.

Finalmente, para cerrar esta parte relativa a las opiniones que se han dado sobre la procedencia de Naymlap, la de Heinrich Ubbelohde-Doering, arqueólogo alemán especializado en historia del arte antiguo, parece la más sensata, por lo menos en el estado actual de los conocimientos. Repitiendo lo de Cabello de Balboa y lo expresado en una de sus obras por Valcárcel¹⁰⁶, Ubbelohde-Doering sostiene que la Costa, después de haber sido durante mucho tiempo *tierra de dioses y difuntos*, fue ocupada por *gentes bajadas de la Sierra* (los fugitivos de los feroces *collas*, de Cabello) con fines económicos (cultivo de los extensos valles en las proximidades del mar), y *probablemente también por gentes llegadas por el mar*. Puede pensarse —dice— que *"desembarcó gente del mar, y levantó sus mansiones divinas, como cerca de Lambayeque, en el Norte, donde Naymlap, el extraño rey, apareció con su corte en una flota de balsas y fundó una dinastía..."*¹⁰⁷. Mas ¿de dónde llegó este rey extraño? se pregunta el arqueólogo, metódico y serio, acostumbrado a trabajar sólo con los datos estrictamente tamizados por los cecezos de su ciencia, y se confiesa desconocedor e incapaz de postular una teoría. No hay base para ello, sostiene. Concluye: *"Todavía hoy no podemos decir con seguridad de dónde [procedían] estos forasteros del mar... relativamente pocos..."*.

LA EPOCA DE NAYMLAP

Kimmich, no obstante lo que se ha dicho sobre él, fue uno de los primeros que abordó el problema del epígrafe. De ser cierta la leyenda transmitida por Cabello de Balboa, ¿cuándo ocurrió el mentado desembarco del extraño rey Naymlap?

La cronología relativa del mismo cronista es clara: el último sucesor de Naymlap, en línea directa, en el trono, fue dominado por "cierto tirano llamado Chimo Cápac", quien, con su ejército invencible, se apoderó de los valles que habían sido reino de aquel rey "y puso en ellos presidios"¹⁰⁸. Encargado del gobierno de aquella tierra fue el cacique *Pongmassa*, como ya se vio, natural de Chimo. Más tarde, gobernando el nieto de Pongmassa, llamado *Oxa*, cayó la invencible hueste del Inca, conquista que debe ubicarse en los medios de la décimoquinta centuria. Agrega algo muy importante el mismo Cabello, que sirve para la dilucidación del problema cronológico: la *larga lista de monarcas* en el trono fundado por Naymlap cubre *un período relativamente corto*, porque esos monarcas gobernaban *muy pocos años*, debido, como ya también se dijo, a que el demonio los hacía ayunar por largos períodos, causando en la salud de ellos muchos estragos, hasta llevarlos a la muerte¹⁰⁹.

Contabilizando estos datos, se deduce que el desembarco de Naymlap debió producirse, dado su registro prechimú, *por el siglo X* de nuestra era, como quiere Lothrop¹¹⁰.

El planteamiento, sencillo como se ve, ya lo había hecho en el siglo pasado Ernesto W. Middendorf, al recalcar que, al término de la dinastía de Naymlap, habían llegado los chimúes con sus tropes de guerra avasalladores y, finalmente, los incas¹¹¹. Pero, en nuestro tiempo, Means ha abierto la puerta de par en par a una determinación más lejana que la propuesta. Para el ilustre americanista que con tantas obras medulares ha contribuido al mejor conocimiento del Perú antiguo, "no es posible establecer en forma exacta el tiempo de esta complicada migración a la costa de Lambayeque", pero —agrega— "a juzgar por lo que nos cuenta Cabello de Balboa de sucesos posteriores, *debe haberse realizado mucho tiempo antes de que los Incas conquistaran esa parte de la Costa a comienzos del siglo XV*"¹¹². Aunque hay cierto error en la ubicación cronológica de la conquista incaica de la costa Norte (que no es de comienzos sino de mediados de ese siglo, gobierno de Pachacútec), lo importante en el citado párrafo de Means está en la parte que dice: "debe haberse realizado [el desembarco de Naymlap] *mucho tiempo antes* de que los Incas...", etc. ¿Quiso decir Means: en la época mochica?

Apoyándose en la opinión de Means, Horkheimer, por lo común tan cauto, no titubeó, y dijo: la llegada del legendario personaje a las playas de Lambayeque se produjo "probablemente en la *época mochica*"¹¹³, lo que puede significarle al recordado arqueólogo alemán la única imprudencia que cometió en su fecunda tarea de veinticinco años al servicio de la arqueología peruana.

Pero, nadie ha hecho un estudio más cuidadoso sobre el problema de la cronología de Naymlap, que el malogrado arqueólogo norteamericano de quien muchos otros aportes pudo esperar el Perú, Paul Kosok. Dado a conocer en 1958 con ocasión del Segundo Congreso Nacional de Historia, Kosok hizo un exhaustivo estudio, desde el punto de vista cronológico, modelo en su género, de la colonización del valle de Lambayeque en los albores de nuestra era. Coincidiendo con Wendell Bennett en la tabla de edades y períodos y utilizando el valioso aporte de su colega Richard P. Schaedell, Kosok estableció la siguiente secuencia de *fases* (dentro de la cual va a ser ubicado *Naymlap* oportunamente) que conviene presentar aquí no sólo por servir al fin inmediato de nuestro estudio sino porque muestra un esquema altamente ilustrativo sobre una de las regiones del *país marítimo* más importantes.

a) Los tres primeros siglos no debidamente identificados, corresponden al *pre-mochica* de Bennett, con testimonios en Pampa de los Burros, Cerro Guayabo y Cipán. Se insinúan un Cupisnique Transitorio, Virú y Gallinazo.

b) Entre el 300 y el 500 transcurre el *mochica* de Bennett.

c) Del 500 al 700 se desarrolla el *Lambayeque Medio I* de Bennett, que Kosok prefiere llamar simplemente A. Es, según explica, una *fase preliminar tiahuanacoide* todavía no plenamente localizada pero, con "alto grado de probabilidad" presente en Pampa Grande, en Cipán y en el Gran Pátapo. Considera que "esta fase fue... de breve duración..."¹⁴.

d) Del 700 al 1000 se desarrolla el período *Lambayeque Medio II* de Bennett, que Kosok llama B, "debidamente establecido por Bennett a través del estudio de la cerámica". Alcanzan apogeo en esta época algunos centros ceremoniales y habitacionales importantes y la irrigación se extiende hacia el Sur, acercándose a la región de Saña.

e) Se da, en seguida, *entre el 1000 y el 1200* el período C, que Bennett no reconoce, porque para él los períodos B y C de Kosok son una sola y misma cosa, con un nombre por consiguiente común, que es *Lambayeque Medio II*. Kosok distingue C de B "por una disminución, en la cerámica, de rasgos secundarios tiahuanacoide". Desde el punto de vista de la arqueología monumental, esta fase C está representada por "los templos con frisos de estuco" de Chotuna y El Dragón. También pertenecen a este período, Pátapo, la época final Colluz y el pequeño establecimiento de Pampa Grande. "Probablemente" también "la fase final de construcción de El Mirador"¹⁵.

Lo que directamente interesa para este estudio, viene luego. Kosok dice: "Uno de los aspectos importantes de este período C es la posibilidad de que corresponda a la primera referencia histórica de Lambayeque: la *leyenda de Naymlap*".

La leyenda relata —según el mismo Kosok— una pelea entre reyezuelos en una isla, *probablemente del golfo de Guayaquil*, y la llegada del derrotado en balsas a las costas de Lambayeque. Llegó con numeroso acompañamiento y remontó un río con sus balsas, y fundó un centro político y religioso. Los descendientes de Naymlap dominaron toda la tierra inmediata y la lejana también, hasta Jayanca y Túcume.

Por lo tanto —afirma enfáticamente Kosok—, la aparición de Naymlap hay que ponerla *alrededor del siglo X*¹¹⁶, cuando ya decrecían los signos tiahuanacoides, como lo revela la pérdida de vigor de estos rasgos en la cerámica local.

INTERPRETACION GENERAL DE LA LEYENDA DE NAYMLAP

Como ya se dijo, Naymlap está incorporado a una *leyenda*, mas no a un *mito*. Por lo tanto, se acerca a la condición de un *personaje histórico*, en lo cual no dudan casi todos los autores.

Estudiando las leyendas, Lothrop advierte que muchas de ellas insisten en el desembarco en las costas del Perú, de *hombres de lejana procedencia*. Este hecho de la *insistencia* o *repetición*, dice, es muy significativo y, por lo mismo, esas distintas versiones *merecen crédito*. No puede dudarse, agrega, que bajo el ropaje de la leyenda se esconde un *fondo de verdad*¹¹⁷.

Varios aspectos, muy sugestivos, presenta la interpretación de la leyenda de Naymlap. El primero podría ser el del número de participantes en la expedición dirigida por tan gallardo personaje. Las opiniones están divididas porque mientras Means se inclina por la copia crecida, por el hecho de llegar en una *flota numerosa*,¹¹⁸ Horkheimer está por el número pequeño. Dice: "La leyenda de Naymlap tiene que ser interpretada como indicio de una *inmigración*, aunque *numéricamente tal vez muy limitada*"¹¹⁹. Baudin destaca que el jefe llegó "con enorme séquito"¹²⁰, y otros autores, como Leicht y Kosok, hablan de "grupo colonizador", expresión que implica la idea de una fuerza numerosa, lo crecida por lo menos como para imponerse a los grupos nativos.

En lo que sí hay acuerdo unánime es en lo referente al nivel cultural de los llegados en la flota de balsas: gente superior, civilizada, poseedora de un bagaje rico. "La forma como se describe esta migración marítima —dice Means— deja muy en claro que *no se trata de viajeros primitivos*. Eran *gentes de cultura avanzada y organización social bien desarrollada*"¹²¹. En la apreciación coincide Kosok: habla éste de "un grupo pequeño y selecto".

La gran flotilla avistó tierra en las costas de Lambayeque, viniendo del Norte; penetró en un río y, en un lugar determinado de ese río, desembarcó. El río, en la leyenda, como ya se ha dicho, se llama *Faquisllanga* (Faquislangá, según escribe Riva Agüero). Es el río *Collique*, modernamente llamado *Lambayeque*, nombre extendido en la actualidad al amparo de la designación política del departamento. Kosok cree haber determinado el sitio de la ciudad fundada por Naymlap, con su gran adoratorio. Dice que el bizarro personaje fundó la ciudad en el Lambayeque inferior. Puede concebirse, agrega, que *Mirador*, en la orilla norte del río, fue "la capital del Lambayeque inferior al tiempo de la invasión de Naymlap"¹²². *Chotuna*, grupo igualmente monumental, en la orilla sur, es *posterior a Mirador*, y, por consiguiente, puede pensarse que su construcción fue una consecuencia de la invasión del caudillo. Coincide con Kosok un escritor de la región: después de haber desembarcado en la boca del río Faquisllanga (actual Lambayeque), "a cosa de una legua de este lugar construyó [Naymlap] su primer templo, llamado *Chot*, que es actualmente la *Huaca Chotuna*, situada en las inmediaciones del sitio que es hoy conocido con el nombre de Lambayeque Viejo, en lo que ahora es terreno de la hacienda Bodegones"¹²³.

Naymlap, recalca, el tantas veces citado Kosok, venía del Norte, probablemente —especifica— de una isla del Golfo de Guayaquil, donde había sostenido desfavorable lucha contra un rival. Derrotado, salió de su tierra y arribó a las costas de Lambayeque, con su grupo de aventureros expatriados, gente toda selecta, verdadera camarilla política fiel al jefe. Lo que busca Naymlap es una oportunidad, así sea en tierra extraña, para *recuperar el poder político*, allá, en su país de origen, perdido. Al llegar a Lambayeque, encuentra un país floreciente. Kosok se basa en comprobados testimonios arqueológicos para presentar un cuadro de apogeo en la tierra norteña al momento del desembarco del caudillo. El período C (que, como ya se dijo, corresponde a la llegada de la flota de balsas procedente del Norte) se caracteriza por la construcción de importantes obras de regadío, como canales, que llevan el agua desde las tierras altas hasta la parte baja de los valles. Ha quedado evidenciado que durante este período C, los tres valles próximos de la región quedaron unidos mediante un admirable sistema de distribución del agua: la orilla norte del río Saña, el valle de Lambayeque y la orilla sur del río La Leche, con centro de control no precisado todavía¹²⁴. Arqueológicamente existen pruebas de esta unión y se sabe, además, que se lograba por primera vez.

Con precisión anota Kosok que se percibe "una cierta apariencia de unidad en el valle de Lambayeque, y se explica la ex-

pansión hacia el Norte y hacia el Sur por los grandes canales, como el de *Taymi*, hacia el río La Leche, y el de *Pacherras-Saltur*, hacia el Saña. Estos canales son probadamente del período C; el de la llegada de la legendárica expedición.

Así, pues, todo el valle o, por mejor decir, la vasta llanura agrícola resultante de la unión de los tres valles por magistrales obras de irrigación, ofrecía un cuadro de espléndido florecimiento al momento de la llegada, desde el Norte, de la flota de balsas conduciendo al caudillo.

Con la llegada de Naymlap, los vastos programas de expansión agrícola que los indios de la región venían realizando desde siglos atrás, en lugar de detenerse se activaron. El "grupo superior" de advenedizos impulsó las obras, fomentó nuevos planes y, en general, favoreció el desarrollo de los valles, ya de antes en pleno florecimiento. Pronto, pues, una fisonomía de extraordinaria prosperidad animó a la región y sirvió de preámbulo, por así decirlo, al advenimiento de la era chimú.

La llegada de esa gente emprendedora y dinámica fue como una inyección más al ya pujante cuadro de trabajo que ofrecía la comarca regada por los ríos Lambayeque, Saña y La Leche. Los descendientes del caudillo, como dice la leyenda, se dispersaron en sucesivas generaciones y extendieron su dominio sobre una amplia extensión no sólo de los valles susodichos sino de las tierras, feraces y muy pobladas, de las provincias vecinas. "Si procedemos al análisis de la distribución de la población en el período C, veremos —dice Kosok— que *la dispersión de la progenie de Naymlap se encuentra en perfecto acuerdo con el cuadro arqueológico...*"¹²⁶. Los nietos y demás descendientes de Naymlap, dice la leyenda, ocuparon varios sitios del valle —sitios, todos, que han sido identificados por la Arqueología—. Corresponden a *puntos estratégicos* de las dos orillas del río de la región, admirablemente escogidos, lo que proclama la búsqueda de la seguridad por parte de aquellas gentes venidas de fuera. El pequeño pero altamente capacitado grupo invasor buscó seguridad tanto en el Norte como en el Sur. De esta suerte los descendientes de Naymlap llegaron a Jayanca y Túcume¹²⁶. "Que los nietos de Naymlap fueron a Jayanca y Túcume no resulta de ningún modo sorprendente si analizamos la posibilidad —explica Kosok— de construcción del *canal de Taymi* durante el período C. Sorprende, sí, que no se mencione una dispersión hacia el Sur, en vista de que en el período B la expansión en la ribera Sur parece haber sido mucho más rápida que en la ribera Norte".

En lo político, la leyenda parece insinuar, al final del gobierno de los descendientes de Naymlap, la captura del poder por los sacerdotes: una manera violenta de entronización de la teocracia. Leicht destaca que la caída de *Fempellec*, arrojado a lo

profundo del mar, con las manos atadas, por los sacerdotes, como castigo por el pecado cometido, tiene este profundo significado. Pero, a poco de la entronización de la teocracia y tras la decadencia general del reino, otrora tan próspero, se produjo la guerra con los chimos, que terminó con la victoria del gran rey de Chan Chán.

En el terreno del arte, se han dado algunas interesantes interpretaciones. Por ejemplo, Horkheimer llamó la atención en 1944 sobre el significado del famoso *tumi* o cuchillo ceremonial hallado en 1937 en los fabulosos depósitos de *Batán Grande* (distrito de Illimo, departamento de Lambayeque). Esta pieza, de 43 centímetros de alto, toda ella cargada de piedras preciosas, y representativa de la más refinada orfebrería americana, muestra "una figura humana que algunos autores consideran como Naymlap, héroe de la leyenda de Lambayeque"¹²⁷. Esta interpretación fue recogida más tarde por Cossío del Pomar, y destacada: el cuchillo de Illimo —expresó— es de una perfección artística suprema. "Es una arma poco temible, delicada... terminada en forma de media luna; en la rica empuñadura está esculpida la figura del semidiós Naymlap, adornada con una aureola de ocho turquesas verdes"¹²⁸.

La exégesis del ídolo de Batán Grande, que identifica el personaje de ojos almendrados de la riquísima pieza con el caudillo de las balsas llegado con gran séquito del Norte, es interesante y merece consideración, pero, ¿está conforme con la cronología? ¿tiene pleno respaldo arqueológico? Es evidente que Naymlap, tal como lo pinta la leyenda, debió dejar una huella impudera en el recuerdo de los hombres de la región; y, sin duda, gracias sobre todo a la impresionante versión que sobre su muerte dieron sus descendientes, pronto llegó a los pueblos con fama de semidiós, de ente sobrenatural.

Junto a las interpretaciones serias, de las que se ha dado breve cuenta, se entremeten las pintorescas y las infundadas; y no faltan, incluso de autores prestigiosos, las opiniones disparatadas. Hermann Leicht, por ejemplo, muy popular por su libro *Arte y cultura preincaicos*, y, por lo general, bien informado aunque tambaleante a cada rato por los enredos de la imaginación, que no tiene reparos en soltar, sostiene en ese su libro que la estatua del templo de Chot, portada por el mismo Naymlap, es nada menos que la *Estela Raimondi*, famosísima pieza del arte lítico Chavín. Dice: "Las embarcaciones venían del Norte y se detuvieron en la desembocadura del río Faquisllanga... Ricamente pertrechados y dueños de multitud de objetos extraordinarios... emprendieron los recién llegados el camino hacia el interior; fundaron a poca distancia una ciudad y construyeron un templo, al que dieron el nombre de *Chot*, y en el que colocaron una imagen que habían traído consigo. Esta estatua, que era

objeto de gran veneración, se semejaba al rey y estaba hecha de *una única pieza de roca verdusca*. Esta columna tenía el nombre de *Yampallec*, imagen y monumento de *Naymlap*¹²⁹. Pues bien, la ocurrencia del mencionado autor está expresada en las siguientes líneas, que no dejan de tener valor por la altura del vuelo imaginativo que entrañan pero que se derrumban al menor análisis a la luz de la cronología¹³⁰: “La columna de *Yampallec*... lera! la imagen de un soberano”, “hecha en un solo trozo de roca, del que hasta se dice que era verde... Ahora bien: en el Museo de Antropología y Arqueología de Lima se encuentra una piedra de dos metros de altura, de diorita fuertemente verdusca, que constituye una de las piezas más estimadas de aquel centro. Es el famoso *monolito Raimondi*, hallado en Chavín de Huántar...”. *Esta estela debe ser* —remarca el citado autor— *la imagen de Naymlap*, que se colocó en el templo de *Chot*. Agrega que nadie ha reparado, hasta el momento, en la posibilidad de tal identificación por el hecho muy sencillo de que la leyenda de *Naymlap* es muy poco conocida y la versión de Miguel Cabello de Balboa muy poco asequible a la mayoría de los estudiosos, explicación que no deja de ser graciosa.

No se detiene allí *Leicht*. Avanza y llega al extremo de sostener que el templo fundado por *Naymlap*, llamado de *Chot*, es el *templo de Chavín*, en las serranías de *Huari*, al otro lado de la *Cordillera Blanca*. Desde luego, autorizado por su interpretación de la *piedra Raimondi*, puede decir muchas cosas, incluso las que se le ocurran al capricho, aunque ello sea poco o nada serio, por decir lo menos. Puede decir, por ejemplo, lo siguiente, que empieza bien y concluye mal: “La leyenda del rey *Naymlap* no es... el mito de un pueblo primitivo. Dejando a un lado la cifra mítica de los doce soberanos... abarca esta narración... un lapso extraordinariamente largo, al final del cual parece haberse impuesto una *teocracia*. Trasciende la *elevada cultura* que poseían los inmigrantes y el *carácter colonizador* de su empresa. Se repite... que los recién llegados destacaron una y otra vez grupos de sus agentes hacia el interior de la tierra ocupada por ellos”; y este hecho de la penetración de los recién llegados podría dar la clave para admitir que el templo que ellos fundaron, llamado de *Chot*, fue el *templo de Chavín*, y que la *imagen venerada del rey Naymlap debe ser identificada por la estela Raimondi*.

No es necesario dedicar mucho espacio para refutar esta endeble teoría. Baste decir que comete tales confusiones cronológicas, ellas sobre todo a la luz de los más recientes fechados radiocarbónicos, y demuestra tal falta de cohesión con los hechos básicos y probados de la arqueología, que ella misma se desacredita.

Pero Leicht, por lo general, repetimos, ameno e instructivo, con buenas fuentes informativas y bien relacionado, no es el único autor que resbala. Luis Baudin, con toda su fama de erudito y sobresaliente intérprete de la realidad socio-económica del Imperio de los Incas, y su no menos cierta y bien cimentada de conocedor de los detalles de la vida cotidiana en los tiempos prehispánicos, también tiene sus deslices. En *La vida cotidiana en el tiempo de los últimos Incas*, de 1955, llega, inconcebiblemente, a relacionar la expedición de Naymlap con las catástrofes geológicas de que algunos autores deseosos de notoriedad nos han hablado en esos libros de ficción populachera que abundan en los quioscos de las esquinas junto con otra literatura insignificante. En una página sensiblemente decadente e impropia de su talento, Baudin llega a decir que "todos estos relatos" (se refiere a los de Naymlap, Catari —del que luego se hablará—, Kone y Pachacámac) "... son instructivos en cuanto confirman curiosamente la hipótesis actual de la sumersión de una región situada entre el Nuevo Mundo y Australia, donde se habría desarrollado una civilización cuyos vestigios serían las estatuas de la isla de Pascua y los monolitos de la isla Fidji, y concuerdan con la concepción de un deslizamiento de la corteza terrestre que habría elevado los Andes, haciendo fría e inculta una parte de la meseta peruano-boliviana (Collao) y excavando el suelo a lo largo de las costas del Pacífico, donde el mar, en efecto, es muy profundo"¹³¹.

Estas ideas ni siquiera merecen consideración, aun procediendo de pluma tan reputada como la que escribió *El Imperio Socialista de los Incas*, libro que ha dado la vuelta al mundo. Baudin se inspira, sin duda, en las descomedidas suposiciones de los continentes desaparecidos del Pacífico, llamados *Mu* y *Lemuria*, y poco le faltó para inspirarse en aquella otra, verdaderamente ridícula pero hartamente perifoneada, que dice que el Pacífico se formó por desprendimiento de toda una parte de la corteza terrestre, un día curioso en que la fuerza centrífuga primó sobre las fuerzas de cohesión de la materia; la parte que se desprendió de la Tierra —remata la "teoría"— dio origen a la Luna.

"*Mu* existió supuestamente en el Pacífico; se dice que tenía una forma más o menos triangular y que un ángulo se apoyaba en las islas Hawaii y una punta meridional se extendía por el Sur del Pacífico hasta la isla de Pascua". Lo más gracioso viene en seguida, que es una lindeza de cuento: "*Mu* estaba sostenido por *cinturones de gas*", "base muy inusitada —dice el comentarista de quien tomamos estas referencias— para una extensión de tierra firme. Cuando los cinturones de gas se agotaron, el continente *Mu* se hundió en burbujas bajo las aguas del Pacífico"¹³².

El error principal de todas estas seudoteorías está no sólo en la inconsistencia de sus fundamentos geológicos sino en la pretendida nivelación de las escalas del tiempo: confunden la *escala del tiempo histórico* y la *escala del tiempo geológico*. Si alguna vez existió un continente en el centro del Pacífico, sobre él podemos afirmar categóricamente: primero, que jamás estuvo habitado porque su existencia fue anterior a la del hombre; segundo, que desapareció por un proceso lento, de millones de años, que es la manera como actúa la naturaleza, nunca de la noche a la mañana, por cataclismo.

Así, pues, *Mu y Lemuria* —continentes desaparecidos—, como la voceadísima *Atlántida*, no son, en ningún caso piezas históricas, aunque demos al hombre, como hoy se le da, una antigüedad de cientos de miles de años.

Baudin se desfigura, como historiador altamente estimado cuando relaciona estas catástrofes geológicas de mundos desaparecidos y ciudades sumergidas bajo las procelosas aguas del mar, con los antiguos cementerios de la costa peruana: "Así se explicarían —dice— las necrópolis aisladas a lo largo de la Costa, como la inmensa de Paracas, que serían los cementerios de las ciudades sepultadas..."¹³³.

LA LEYENDA DE ÑAMLA

La leyenda de Naymlap, de la que con alguna extensión y cuidado se ha tratado en las páginas precedentes, no sólo aparece en el texto famoso del P. Miguel Cabello de Balboa sino también en uno de menor celebridad pero igualmente importante —por cuanto confirma la versión del autor de *Miscelánea Antártica*— de fines de la décimotava centuria, del Licenciado Justo Modesto Rubiños y Andrade, cura que fue de Mórrope y Pacora, distritos de la provincia de Lambayeque, y que lleva por título *Sucesión cronológica o serie historial de los Curas de Mórrope y Pacora en la Provincia de Lambayeque* (su fecha, 1782). Su publicación la hizo D. Carlos A. Romero, bajo el título de *Un manuscrito interesante*, en la *Revista Histórica*, el año 1936.

En la versión del cura de Mórrope, el caudillo de la leyenda no se llama *Naymlap*, como en el texto de Cabello de Balboa, sino, *Ñamla*, pero ambos nombres se refieren a un solo y mismo personaje. Por consiguiente, desde ya conviene advertir que *Namla* es *Naymlap*. *Namla* corresponde a *Naymlap*; por consiguiente, la leyenda de Cabello de Balboa, recogida en 1586, y la de Rubiños, recogida en 1782, *son las mismas* o, por lo menos, se refieren a un mismo personaje con ligera variante en el nombre.

El texto condensado de esta leyenda reza así:

"Estos valles y *costa de la mar* estuvieron sin poblarse en la gentilidad, porque varias veces que lo intentaron los indios de la Sierra... no pudieron nunca mantenerse en esta tierra, asaltados... de una dolencia mortal..."¹³⁴.

"La tradición, que se mantiene desde la antigüedad sobre la fundación de estos valles y que al mismo tiempo se halla apoyada de cierta *expedición auténtica*¹³⁵... enseña que habiendo tenido larga guerra entre sí unos reyezuelos... de ciertos estados *de unas islas*, y hallándose batido uno de ellos de su contrario en una batalla campal, fugitivo éste, y para salvar la vida, *puso en unas grandes balsas* (de que usaban) toda su real familia, y criados más estimables con las riquezas que pudo cargar en aquel conflicto, y dejándose en manos de la Providencia y a discreción de las aguas, *arribaron después de innumerables contrastes*, en que tuvieron por inevitable su naufragio, *a la ribera del mar y boca de este río de Lambayeque*"¹³⁶.

Claros se ven los muchos puntos de contacto entre la versión de Cabello de Balboa y esta otra del cura de Mórrope, sobre la llegada de la flota de balsas y desde una isla del Norte, al mando de caudillo despojado, allí, en su tierra, por guerra intestina. La segunda parte refiere que el reyezuelo y su séquito, muy numeroso, "saltaron en tierra" y "dieron gracias al dios que adoraban con sus acostumbrados sacrificios". Después, allí mismo pudieron establecerse gracias a la abundante agua del río, que corría fresca a la sombra de bosquecillos y por entre cañaverales, a la pesca del mar, riquísima y variada, y a la "no poca cacería de animales silvestres que fueron descubriendo en los montes inmediatos". Contaron, igualmente, con la buena sal de unas salinas cercanas, "que crió Dios en aquel paraje". Armados de *arcos y flechas*, cazaron los recién llegados toda la cantidad de animales que el hambre les exigió.

Ya afincados y hecho el reconocimiento cuidadoso de la tierra comarcana, *el reyezuelo fundó dinastía*, cuya "larga posteridad" gobernó por mucho tiempo.

Agrega la versión de Rubiños y Andrade que de esta gente derivó la "población de todos estos valles, *desde el partido de Pacasmayo hasta el de Motupe y Olmos*, cuya semilla trascendió después *hasta Tumbes*, aunque adulterada en mucha parte la lengua de estos yungas de aquel natural y primitivo dialecto de su origen".

El historiador de los curatos de Mórrope y Pacora hace después referencia especial a los nombres de los personajes de la leyenda. Dice: "El reyezuelo o cacique señor y cabeza de estos indios que aportaron a la playa, se llamaba *Namla*, y su mujer *Sotenic*". (Recuérdese que en la versión de Cabello de Balboa, la mujer de Naymlap era *Ceterni*, la principal entre las muchas concubinas que tenía). *Namla* significa, según el propio Rubiños y

Andrade, "ave de la agua en la lengua índica". Así se llamaba el caudillo *para indicar que del mar había salido*, que su origen era marino o estrechamente vinculado al mar. Federico Kauffmann, en un estudio sobre la cultura chimú, al que más adelante nos referiremos, destaca la existencia de un *tótem marino* —un ave del mar— en la vida de este personaje; y comenta: "Este dato lo consideramos muy valioso..."¹³⁷.

Namla y su mujer, Sotenic, tuvieron descendientes numerosos, que se sucedieron en el gobierno, los cuales levantaron suntuosos palacios, cuyos vestigios se conservan.

Valcárcel al resumir y comentar la leyenda, destaca que Namla y su mujer, como cabezas de la dinastía fundaron una parcialidad a la que denominaron *Nam*, en recuerdo del iniciador. Cerca de la playa, donde se produjo el desembarco levantaron una pirámide en memoria de Sotenic. El hijo mayor de la pareja era *Sium* (en Cabello se llama *Cium*), el cual tuvo por esposa a *Ciernuncacum* (nombre, sí muy diferente al que da Cabello). El palacio de los fundadores del linaje fue paulatinamente cubierto de tierra, formándose un elevado promontorio, desde cuya parte alta podía verse el interior de la vieja y respetable casa patricia. Esta casa fue conocida con el nombre de *Casa del Cacique* o *Palacio de Sium*¹³⁸. Todos los grandes edificios que erigieron los llegados de fuera, como palacios y templos, fueron demolidos por los españoles, termina Rubiños y Andrade¹³⁹.

Como se ve —hemos de repetir— muchos son los puntos de contacto entre las versiones de Cabello de Balboa y del historiador de los curatos de Mórrope y Pacora. La línea fundamental de la leyenda, por lo menos, es la misma, y los personajes coinciden en sus rasgos esenciales. Pues bien: lo importante es que ambos recopiladores tuvieron fuentes distintas, corresponden a dos épocas separadas por dos siglos y el segundo de ellos no se inspiró ni mucho menos copió la tradición del primero. "Rubiños logró su recopilación —dice Kauffman— *independientemente a la de Cabello de Balboa...*"¹⁴⁰, como lo demuestra el hecho de que "recogió algunos datos suplementarios sobre la leyenda de Naymlap que Cabello desconoció o no llegó a anotar..."¹⁴¹.

La *identificación de Naymlap y Namla* la subraya, también, Rubén Vargas Ugarte, en un estudio que presentó al Vigésimo-sétimo Congreso Internacional de Americanistas, de 1939, realizado en Lima, sobre el cacicazgo de Lambayeque. Dice allí el ilustre historiador jesuita que el Licenciado Justo Modesto Rubiños y Andrade, recogiendo la tradición existente en los distritos de Pacora, Mórrope, Motupe, Jayanca y Túcume —"centro de la cultura mochica"—, *confirmó la versión de Cabello de Balboa* sobre la llegada "a la playa" de Lambayeque del régulo

Ñamla, que es *Naymlap*, con su mujer *Sotenic*. Repite Vargas Ugarte que *Naymlap* desembarcó en el río *Faquisllanga*, actual río Lambayeque, y que en el mismo sitio del desembarco levantó un adoratorio llamado *Cotun* o *Huaca Cotún* (cerca de la caleta de San José). Este nombre parece derivarse —advierde el historiador— de *Chot Toni* o *Chob Toni*, muy revelador ello porque *Chob es una divinidad maya y Toni es huaca*. Según la versión de Rubiños y Andrade, cerca del punto de desembarco de los inmigrantes, se levantó una huaca muy grande, a la que llamaron *Sotenic* (por el nombre de la mujer de *Ñamla*, que debe ser —interpreta Vargas Ugarte— *Chotoni*, palabra derivada).

Para Vargas Ugarte —y esta es una conclusión que directamente interesa a este estudio—, Rubiños “*confirma el origen marino de la emigración conducida por Ñampal o Ñamla*”, que es *Naymlap*.

En cuanto a la ubicación cronológica del arribo de las balsas de *Ñamla*, se desprende que se trata de una *invasión tardía*, lo que ya se subrayó, párrafos atrás, en el estudio de la versión de Cabello de Balboa. Kauffmann, incluso, propone una época más reciente para el desembarco que la señalada anteriormente. Dice: “Trasciende que los orígenes narrados en estas noticias tradicionales, *no se remontan a épocas iniciales*, sino a tiempos en que aparecen nuevas dinastías venidas de fuera que se imponen en el nuevo medio conquistando a grupos nativos preexistentes... Todo hace suponer que los orígenes narrados en estas leyendas sean acontecimientos que tuvieron lugar en las *postrimerías de la época Tiahuanaco*, cuando reemergen las pequeñas naciones o tribus y se configuran pequeños gobiernos particulares...”¹⁴². En tal sentido, calculando a base de los datos dinásticos de Cabello de Balboa, se puede decir que los arribos deben haberse producido “*hacia 1300 d. C., o tal vez un poco antes... [cuando] la influencia de Tiahuanaco cesaba del todo y se revitalizaban las culturas locales con su fuerte movimiento regionalista...*”.

LA LEYENDA DE TACAINAMO

Naymlap, *Ñamla* o *Ñampal* —tres nombres, recuérdese, para un mismo personaje— no es el único caudillo que llega al frente de una *expedición marítima*, arrojado de su tierra, a las costas del norte del Perú. Hay otra leyenda que habla de un jefe llamado *Tacainamo*, más tarde llamado también *Chimor Cápac*, el cual arriba en “*balsas de palos*” de un país lejano, con numeroso séquito, como *Naymlap*, y se posesiona de la tierra nueva, que corresponde a Pacasmayo y sus alrededores, fundando una dinastía que gobierna por mucho tiempo hasta la dominación de los Incas.

Esta leyenda fue recogida por un supuesto Carlos Marcelo Corne (aunque hay opinión contraria al respecto), a quien Carlos Romero atribuye una *Historia de Trujillo*, fechada el año 1604. El primer manuscrito lo halló el citado Romero, en la Biblioteca Nacional, de la cual era director. Lo halló mutilado, del capítulo III al XV y lo publicó en la *Revista Histórica*, el año 1925. Más tarde, con gran fortuna, Rubén Vargas Ugarte encontró los dos capítulos iniciales que faltaban y los publicó en la misma revista, en 1936. En esos capítulos iniciales están las referencias sobre el reino Chimú de los primeros tiempos que directamente tienen que ver con la leyenda de Tacainamo (o Tacaynamo) y con la tradición de la *llegada de hombres en balsas de palos*.

Vargas Ugarte y Romero polemizaron en torno a un detalle. Romero, como ya se dijo, sostuvo que el autor de la *Historia* era Carlos Marcelo Corne, pero Vargas Ugarte rechazó esta posibilidad, basándose en el hecho de que el tal Corne, en el tiempo en que fue escrita la relación sobre Trujillo, no estaba allí sino en Lima, ciudad en la que se había avvicinado desde los tiempos de Toledo, llamado por éste para cierto cargo.

El texto de la leyenda expresa que un personaje llamado *Tacaynamo* y más tarde también *Chimor Cápac*, llegó de una tierra no muy remota, en "*balsas de palos*", por mar, a la costa de Chimú y se posesionó de esas tierras. Textualmente el anónimo autor de la *Historia de Trujillo* dice que "no se sabe de adónde hubiese venido... mas dio a entender que un gran señor... le avía embiado a gobernar esta tierra... de la otra parte de la mar. Los polvos amarillos que usaban en sus ceremonias y los paños de algodón (*guaras*) con que traían cubiertas las partes vergonzosas son muy conocidos en estas tierras y la balsa de palos se usa en la costa de Payta y Tumbes, de donde se presume que dicho yndio no hera de parte muy remota"¹⁴³.

Sigue el sugestivo relato:

"Este Tacaynamo (o *Taycanamo*) tuvo un hijo que se llamó *Guacri caur*, el qual adquiriendo más señorío que su padre fue ganando yndios y principales deste valle, y tubo un hijo que se llamó *Nañcenpico*, el qual fue conquistando el valle acia las cabezadas de la Sierra y asimesmo corrió la costa acia arriba hasta un pueblo... donde al presente yace la villa de Santa,... y por la parte de abajo el valle de Chicama hasta Pacasmayo junto a la villa de Saña".

Después, la relación de 1604 refiere lo que aconteció en este reino en los años siguientes. Dice que, tras el gobierno de *Guacri caur*, se sucedieron siete caciques, hasta el cacicazgo de *Minchansamán*, que extendió su dominio desde *Carbaillo* (¿Carabaillo?) hasta Tumbes, "que son más de ducientas leguas de

tierra"; pero vio de pronto arruinado su poder con la llegada de los ejércitos del Cusco al mando de *Topa Yupanqui*, "con mucha fuerza de armas y de gente", "el qual sujetó todos estos llanos y se hizo señor de toda su tierra".

Según la leyenda, la verdadera incorporación del *reino marítimo de Chimú* al Imperio de los Incas se produjo con el hijo de Minchansamán, llamado *Chumun caur*, y con el hijo de éste, *Guamán chumo*. Era cacique de la vasta región el nieto de Guamán chumo, llamado *Caja cimcim*, cuando aparecieron los españoles, la vez del primer desembarco.

Igual que en la tradición recogida por Cabello de Balboa, aquí, también, los invasores llegan *por mar*. Es una expedición marítima la que capitanea Tacainamo, el cual usa para su aventura, en busca de nuevas tierras donde sentar sus reales, una *flota de balsas*. ¿De dónde procedía este caudillo? ¿en qué punto de la costa peruana desembarcó? Teniendo en cuenta que el texto del anónimo autor de la *Historia de Trujillo* habla de una expansión de los invasores desde Pacasmayo hasta Santa, Vargas Ugarte se inclina a considerar la boca del río *Pacatnamú* como el lugar de llegada del grupo extranjero y el sitio donde el jefe instaló la sede de su gobierno. De donde se desprende que, en tanto que la leyenda de Ñamla es la misma que la de Naymlap, la leyenda de Tacainamo, en cambio, nada tiene que ver con aquella, siendo, por consiguiente, *dos las migraciones por mar que tocan en la costa Norte del Perú*: una que arribó al río *Faquisllanga*, con Naymlap, a la cabeza o (Ñamla), y otra que arribó al río *Pacatnamú*, con Tacainamo a su frente. ¿De dónde? Vargas Ugarte responde tentativamente llamando la atención que entre los pueblos que llegaron por el mar y los *centroamericanos* "existía una fuerte vinculación"¹⁴⁴.

Otros autores han estudiado, también, la leyenda de Tacainamo; pero, mientras Horkheimer, medrosamente, se limita a decir que el caudillo fue "un personaje *probablemente* histórico"¹⁴⁵, sin arriesgar, como fue su norma, ninguna otra opinión, Canals Frau considera que *Tacainamo*, *Pacainamo* o *Pacatnamú* son nombres de un mismo *héroe marino*, jefe de una oleada migratoria que llegó a Moche "navegando en balsas de palos desde la otra parte del mar". es decir, un *caudillo polinesio*, vencedor con su proeza, del más ancho océano del mundo¹⁴⁶.

LA LEYENDA REFERIDA POR EL QUIPOCAMAYOC CATARI

Si las leyendas de los mercaderes llegados de las lejanas islas de Poniente; de los gigantes de Manta y Santa Elena, feroces por sus guerras inmisericordes y satánicos por sus abominables pe-

cados; de Naymlap o Ñamla y de Tacainamo, son todas importantes porque pueden encubrir, como se ha visto, prestantes hechos históricos, reales, que señalaron capítulos significativos en el pasado de los pueblos peruanos; la leyenda que ahora toca abordar, llamada *de Catari*, destaca sobre todas por la calidad novelesca de su relato, por la complejidad de su trama y el carácter singular de sus numerosos y bien relacionados personajes. Es, además, desde el punto de vista de este estudio, la más estrechamente conectada al mar, *una verdadera leyenda del mar*, con escenario marino y protagonistas que se mueven en ese escenario, destacándolo no pocas veces.

Ha llegado a nosotros a través de la obra del Padre Giovanni Anello Oliva, un jesuita nacido en Nápoles en 1572, que al finalizar el siglo XVI llegó al Perú, radicándose aquí hasta su muerte, la que ocurrió en 1642. Durante su larga permanencia, tanto en Quito como en el sur del Perú y también en el Callao y Lima, desempeñó diversos cargos, destacándose las veces que ejerció la docencia. Fue rector de los colegios regentados por su orden y su fama de hombre eminente trascendió pronto a todo el virreinato. Además fue escritor, y de su buena pluma salieron biografías de los ilustres varones que dio la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú.

Pero, el mayor mérito del Padre Anello Oliva procede de que narró episodios de la vida antigua de los indios de los que ningún otro cronista tuvo informe, constituyéndose su obra, por lo tanto, en una serie de verdaderas primicias de incuestionable valor histórico, aunque de su completa veracidad muchos especialistas, con fundadas razones, dudan.

En *la leyenda de Catari*, verdaderamente notable y de subido valor literario, se nota una marcada *tendencia quiteñista*, la que ha sido advertida por varios historiadores: el imperio de los Incas resulta fundado, no por gentes salidas del lago Titicaca o, en general, del Altiplano o de las sierras del Sur (Cusco o Puno) sino por *gentes norteñas*, que llegan al Cusco tras un largo recorrido que *en parte considerable se realiza por mar*. El mar, como ya se advirtió, gravita en todo momento en los diversos episodios de este fantástico relato. Tschudi llamó la atención sobre el texto del famoso jesuita, diciendo que su leyenda sobre la fundación del imperio de los Incas era distinta a todas, que no había una sola que se le pareciese, ni en la dirección del avance de los pueblos ni en la naturaleza de los personajes. Recalcó el gran investigador suizo que la leyenda de Catari señala para la marcha de los pueblos fundadores de imperio una dirección predominante *de Norte a Sur y del mar a la Sierra*.

Su lectura —mucho antes que apareciera impresa en Lima¹⁴⁷— indignó a Lorente, y la rechazó por "absurda y complicada"¹⁴⁸. Coincide con otras leyendas, de las que ya tenemos conoci-

miento, en la participación de gigantes de "disforme grandeza", los que terminan castigados por la ira divina, y en la participación también, por así decirlo, dentro de su extraña geografía, de islas frente al litoral, pero no desérticas y peladas como las que marginan nuestra costa a corta distancia y siempre a la vista de tierra firme, sino ricas y deleitosas, abundantes de recursos, donde crecen árboles que destilan agua fresquísima y saludable y se crían plantas que sirven de alimento a los hombres. Son islas, en verdad, de edén, cuya descripción, no sabemos si por la palabra fantasiosa del quipocamayoc Catari o por la pluma alegre y entusiasta del Padre Oliva, las equipara a aquellas otras de maravilla que existen lejos, a Poniente, en la exuberante y siempre verde Polinesia.

En amplitud, ninguna la gana. Es la de relato más extenso y la de contenido más variado. Se suceden, unos tras otros, los hechos notables; transcurren a grandes saltos las edades (desde la llegada de los primeros hombres al continente hasta la fundación del Imperio de los Incas); y los personajes son muchos, todos emparentados y actuando en diversos escenarios. En realidad, la leyenda teje una compleja genealogía, en la que aparecen *cinco generaciones*, siendo la última la de Manco Cápac. Los antecesores de éste son, de más remoto (tatarabuelo) a reciente (padre): *Tumbe* o *Tumba* (tatarabuelo), colonizador de Sumpa (o Santa Elena); *Quitumbe* (bisabuelo), casado con Llira; *Guayanay* (abuelo), casado con Cigar; y *Atau*, padre de Manco Cápac. Este, *de la región del mar, va a la Sierra, toca con sus acompañantes en el lago Titicaca, penetra solo por las sierras del Vilcanota y funda el Cusco, sede del Imperio. Todos los pueblos —sin excepción, bárbaros, salvajes, a diferencia del suyo que es altamente civilizado— se le someten y obedecen al primer contacto. Con él, que procede del Norte, se hace la luz en medio de las tinieblas de la incultura y la barbarie. Es ordenador, pacificador y civilizador.*

Antecediendo a la leyenda misma, el cronista explica que va a tratar sobre la genealogía de Manco Cápac. "Veamos —dice— quiénes fueron sus padres y dónde nació. Noticia será ésta que no se hallará tan fácilmente en las historias"¹⁴⁹. De Catari, el viejo y sabio indio que hizo el relato para conocimiento de la posteridad, cuenta Oliva que había sido en la edad pasada "cronistas de los Incas", *quipocamayoc* de profesión, heredero de los secretos del gran *Illa*, "primer cronista e inventor de los quipos". La versión de Catari quedó escrita y los papeles en los que estaba contenida llegaron a poder del doctor Bartolomé Cervantes, "racionero de la Santa Iglesia de Charcas", el cual, a su vez, los hizo llegar a manos del cronista para que los conociera y les diera utilización. Advierte, pues, Oliva, que el relato de la leyenda llega en su forma prístina, directamente de Ca-

tari, quien sabía leer los cordoncillos anudados de la escritura incaica.

Para mayor claridad de la exposición, el texto de la leyenda va en seguida dividido (con epígrafes nuestros y que, por consiguiente, no aparecen en el original). Dice así:

1. *Los primeros hombres y el cacique Tumbe.* Después del diluvio universal, "del cual tuvieron noticia los indios... llamándole *Pachacuti*", llegaron los primeros pobladores al Perú, entrando por "Caracas" (que es *Caraquez*, en la costa del Ecuador), "donde poblaron e hicieron alto y de donde después el tiempo adelante se fueron extendiendo en las demás tierras y provincias del Perú".

Quizá —dice el cronista—, *vinieron "por la mar, por la tempestad deshecha, como quieren algunos"*.

De *Caraquez* pasaron "estos primeros pobladores" a *Sumpa*, "paraje que ahora los españoles llaman *Santa Elena*", donde fundaron una "gran población". Se establecieron y nombraron gobierno, a la cabeza del cual estuvo el cacique llamado *Tumbe* o *Tumba*, justiciero y pacífico.

Para descubrir nuevas tierras, *Tumbe* despachó una expedición al mando de un capitán muy valeroso, que se había hecho notable durante la ocupación. Le dio plazo de un año para que volviese trayendo noticias, pero de la expedición no se supo jamás nada, dándosela, por lo tanto, por perdida. Esto apenó mucho al cacique, que lamentó no ser de edad joven y tener fuerzas para ir en persona a buscar a los desdichados desaparecidos. Se consideró incapaz para la empresa y se dio a la pena. Toda la comunidad compartió su dolor.

2. *Fundación de Tumbes y la expedición al Rimac.* A poco de la desgracia que afligió al pueblo, *Tumbe* murió. A su muerte, quedaron sus dos hijos, de caracteres muy distintos: *Quitumbe*, el mayor, sagaz, precavido, sereno, animado de un gran espíritu, y *Otoya*, el lado opuesto de la medalla. Ambos naturalmente, se recelaban.

Para evitar una lucha fratricida, que consideraba inevitable si quedaban en el mismo sitio, *Quitumbe*, prudente decidió abandonar el pueblo. Salió con sus partidarios a poblar otras tierras, *estableciéndose al pie del mar*, en un lugar apropiado para la colonización y muy favorecido por la naturaleza, donde fundó y "pobló el pueblo de *Tumbes*", así nombrado en memoria de su padre.

Pero, antes de partir, *Quitumbe* se había casado con *Llira*, "mujer muy célebre entre los antiguos por su buen parecer", y dejándola preñada, prometiéndole volver apenas tuviera nuevas tierras bajo su dominio. *Llira*, profundamente enamorada de su amante, acogió en lo más hondo de su corazón la promesa del retorno. Al cabo de un tiempo, dio a luz a un "infante

muy bello", al que puso por nombre *Guayanay*, "tronco de los Incas".

Desde la recién fundada ciudad de Tumbes, donde había resuelto sólo por el momento establecerse, Quitumbe, antes de pensar en su amada, que lo esperaba con el vástago de sus entrañas, resolvió mandar expediciones en busca de nuevas tierras y, sobre todo, para obtener noticias de los infelices grupos perdidos en la época de su padre.

"Al cabo de muchos días *por la costa de la mar*", llegaron los enviados de Quitumbe al lugar llamado *Rímac*, "que es el paraje donde al presente está fundada la ciudad de *Lima*". De allí regresaron, tras la inspección de las tierras comarcanas, que hallaron agradables, para contar sus hallazgos al caudillo.

Quitumbe seguía más preocupado de las tierras por colonizar que de la mujer que lo esperaba y de su hijo.

3. *Los gigantes de Santa Elena y la muerte de Otoya*. Mientras tanto, Otoya, el hermano díscolo y receloso de Quitumbe que había quedado en Sumpa, llevando una vida irregular y licenciosa, descubrió una conjura contra su odiada persona. Detenidos los conspiradores, no se detuvo en contemplaciones y a todos ajustició, aplicándoles muertes bárbaras.

Siguió su vida de disipación y vicio, hasta que de pronto fue sacado de sus desenfrenos por la noticia terrible de la llegada de unos gigantes "tan disformes y temerarios en el aspecto cuanto crueles en las obras"¹⁵⁰, que entraron a saco por todo el país, desolándolo con sus sanguinarios sistemas de guerra. Dominaron la tierra y tomaron preso a Otoya. Poco después, el reyezuelo moría en la prisión, pasando al olvido por su mala fama y las desgracias acaecidas durante su gobierno.

Por sodomitas, Dios castigó a los gigantes, dejando caer del cielo "copos de fuego" en tan grande cantidad "que los consumió" a todos.

De resultas de todos estos sucesos, el pueblo quedó libre de la tiranía de los gigantes pero sin gobierno por la muerte ya dicha de Otoya en el presidio.

Los gigantes habían llegado *por mar* a Sumpa o Santa Elena, manejando sus *balsas*. Del pie a la rodilla eran del tamaño de un hombre ordinario. El único recuerdo favorable que dejaron en Santa Elena fue el haber hecho unos pozos hondos, de los que brotaba un agua pura y fresca, aún después de que fueron exterminados en buena hora por el fuego del cielo en castigo por todos sus crímenes.

4. *Peregrinaje de Quitumbe. Quito, Cusco y Pachacámac*. Quitumbe, informado de la invasión de los gigantes, decidió escapar de donde estaba, la ciudad de Tumbes, temeroso, y ni remotamente se le ocurrió volver a Sumpa a rescatar a su amada y a su hijo. "Mandó hacer unas *canoas* y se metió con su gente

*en la mar*¹⁵¹, arribando al cabo de una feliz navegación a una isla que nombró *Puná*, donde fundó una villa; pero, como después vio que no llovía y la vida, por consiguiente, era imposible, decidió ir a la sierra del país vecino. Así lo hizo. Cruzó los montes y en una tierra amable fundó la ciudad de *Quito*. Gente suya siguió más tarde al Sur, colonizando Cusco y Charcas¹⁵².

Pero Quitumbe, "como era un hombre de buen entendimiento", no se quedó en las sierras del país recién ganado sino que, saliendo de Quito con lo mejor de su gente, *viojó por la costa hasta el Rímac*, valle del que ya tenía referencias por la expedición otrora salida de Tumbes, antes del episodio de los gigantes. Allí hizo obras de regadío y edificó un gran templo a Pachacámac, "sumptuoso y costoso", donde ofreció sacrificios, cuyas reliquias "duran hasta el día de hoy cerca de la ciudad de Lima".

Andando los años, Quitumbe murió y lo enterraron en la Sierra. Jamás se reencontró con Llira, su mujer, ni vio a su hijo con ella tenido. De otra tuvo a *Thomé*, su hijo legítimo, "de condición cruel y rigurosa", hombre de malos instintos, perverso, buscador de guerras, que lo veremos actuar más adelante.

5. *El rescate de Guayanay*. Entre tanto, la pobre Llira, mujer abandonada de Quitumbe, viendo que su marido no volvía a pesar de la solemne promesa de hacerlo y de la condición encinta en que la había dejado, llena de "odio y aborrecimiento" por tamaña infidelidad se fue a la montaña de *Tancar* con su hijo Guayanay, donde pidió al Sol y a Pachacámac que la vengasen.

Oída por los dioses, se desató una "terrible tempestad de vientos, truenos y relámpagos, con rayos y granizo y tan grandes terremotos que parecían los elementos tener contienda entre sí".

Agradecida Llira por haber sido escuchada por los dioses se dispuso a ofrendar en sacrificio a su hijo Guayanay, pero en el instante en que iba a preparar la hoguera del holocausto, apareció en el cielo, en majestuoso vuelo, un águila, que *recogió al niño y se lo llevó a una isla en plena mar, llamada Guayau*.

(Esta versión del águila la considera el cronista fabulosa. Estima que el niño debió fugar de la ira de su madre enojada por el abandono del padre, cogiendo en la playa una canoa, con la que llegaría, tras mucho bogar, a la isla salvadora. Mas, nada dice el cronista sobre la forma del sacrificio, desconocida entre los indios americanos. El sacrificio en hoguera no se dio entre los pueblos andinos, como quiere esta parte de la leyenda referida por Oliva. Parece, antes bien, ser una mixtificación hecha inocentemente por el cronista, inspirado en los usos hebraicos que cuenta la historia del cristianismo).

6. *La aventura de Guayanay*. Transcurridos muchos años, a la edad de veintidós, hartó de aquella soledad en la isla y de comer sólo raíces insípidas y frutas, Guayanay decidió escapar de aquel cautiverio. Armóse de valor y "con una balsa se fue

a la orilla y costa de la mar". Allí, en tierra firme, encontró mucha gente que navegaba en canoas. Sin relacionarse con nadie, sin consejo ni ayuda, penetró a una serranía que le pareció abundosa y de buen clima, pero fue aprehendido por una horda de salvajes que lo llevó a presencia del cacique, quien dispuso sacrificarlo en la primera fiesta solemne que se realizase. A la espera de una muerte espantosa, fue encarcelado. Sus días estaban contados y se hundió en la desesperación.

Guayanay, de veintidós años de edad, "era de buena estatura, de rostro grave, hermoso, blanco y algo crespo el cabello, de miembros fornidos y bien formados, de buena y agradable conversación"¹⁵³. Como era la atracción del pueblo, todos lo visitaban. Cierta día recibió la visita de *Cigar*, la hija del malvado cacique, que quedó prendada de él. Los dos jóvenes se amaron al instante. Ella, entonces, prometió libertarlo a condición de que, al huir, la llevara a donde quisiera.

Al día siguiente, caída la noche, *Cigar* se acercó a la prisión y, tras engañar a los carceleros, sacó a Guayanay y le dio un hacha para defenderse. Empezaron la fuga al amparo de las sombras. Ella guiaba por su buen conocimiento del terreno y él, alerta, listo a pelear con el hacha por su libertad y por la vida de su amada, la seguía. Mutuamente se alentaban. En el camino fueron obstaculizados por unos indios que servían al cacique, pero Guayanay mató con el hacha a cuatro y puso en fuga a dos.

Llegaron, al fin, a la orilla del mar, donde esperaban cuatro indios confidentes con una balsa bien provista. En esta balsa la pareja huyó, cruzando el mar, a la isla de la cual había salido el mancebo, aquella vez cansado y hastiado, ahora feliz de volver a la casa que por tantos años había habitado. Un árbol muy grande destilaba agua, de la cual bebían, en medio "de un prado ameno y deleitoso". La isla era un paraíso.

Vivieron allí, sin ser molestados por nadie, muchos años, completamente felices. Tuvieron muchos hijos. Los indios confidentes que los habían ayudado en la fuga, también se establecieron en la isla, y todos formaron una comunidad dichosa, desarrollando su existencia dentro de normas de sencillez y armonía. Guayanay, viejo, murió, dejando por heredero a *Atau*, "que fue padre de Manco Cápac, primer Inca"¹⁵⁴.

7. *Manco Cápac, nacido en el mar*. Los habitantes de la isla fueron descubiertos de la siguiente manera: Thomé, hijo de Quitumbe, nacido en el Rímac, hermano de Guayanay (pero de distinta madre), "que gobernaba, desde la muerte de su padre, los llanos y era señor de Quito, siendo de su natural cruel aunque justiciero", había dispuesto en su reino la pena de muerte para el adúltero; y quiso la desgracia que un hijo suyo fuese acusado de este delito. El hijo, confiando que, con el tiempo, el padre se

apiadara de él, *huyó en una canoa* con seis indios, "con el intento de *andarse costa a costa por la mar*" hasta que la ira paterna cediera. En la mar los cogió una tempestad, que duró veinte días, y terminaron arribando en la "isla movediza" que había servido de refugio a Guayanay, a su esposa Cigar y a los cuatro indios acompañantes. Ellos se habían reproducido y formaban ahora una colonia de ochenta.

Los recién llegados fueron recibidos por el hijo de Guayanay, Atau, cuyo nombre quiere decir "dichoso, feliz", quien por ellos se enteró que en el continente había tierras ricas. Pero, viejo ya y achacoso, dejó a su hijo *Manco* la misión de conquistarlas.

Manco "era mozo de altos pensamientos y de buen gobierno, prudente, afable con sus deudos y vasallos y sobre todo intrépido para cualquier trabajo y empresa".

Atau, próximo a la muerte, lo hizo "reconocer por señor de la isla" y le pidió "fuese a poblar en tierra firme".

A la muerte de Atau, este Manco "dio principio a su monarquía e Imperio del Perú"¹⁵⁵.

Así, pues, *Manco Cápac* "nació en la mar y en una isleta movediza". Su descendencia, a partir del tatarabuelo, era como sigue: Tumbé padre de Quitumbe; Quitumbe padre de Guayanay; Guayanay padre de Atau; Atau padre de Manco Cápac.

Cuando Manco Cápac nació "*hubo en el mar una terrible tempestad*, que tembló muchas veces la isleta"; pero, apenas terminó el nacimiento, *el mar se calmó*, y todos pensaron que por él había intervenido Pachacámac, poniendo sosiego en los elementos.

8. *Manco Cápac llega al Lago Titicaca*. A los treinta años de edad, Manco Cápac decidió cumplir el mandato de su padre y preparó una expedición, con "canoas, barcos y otros bajeles, conforme la industria de aquellos tiempos", "y se embarcaron doscientas personas y sin saber el paradero de la navegación se entregaron a las olas y a lo que la fortuna quisiese disponer dellos"¹⁵⁶.

La expedición se dividió en tres escuadras. De dos de ellas, que tomaron rumbo a Chile, no se supo nada por mucho tiempo. Manco Cápac, con la tercera escuadra, arribó "hacia la costa del Rímac", pero hubo terrible tempestad y los expedicionarios "se volvieron a embarcar, *teniendo por más segura la mar* que no la tierra por sus grandes temblores".

Con vientos contrarios y fuertes corrientes desfavorables, los expedicionarios "al cabo de muchos días aportaron a Ica y entonces llamaron a aquella tierra y costas *Rímac*, que quiere decir que habla, porque los temblores de la mar y tierra y ruido que hacían parecía que hablaba y ahora se llama corruptamente *Lima*".

En estas costas, los expedicionarios *resolvieron no entrar más a la mar* "por los muchos trabajos que habían padecido en ella"; bajaron a tierra, hundieron sus bajeles y penetraron a la cordillera, llegando finalmente a la gran laguna de *Chucuito*, en el *Collao*, "tierra de puna", que también llaman *Lago Titicaca*.

9. *Manco Cápac se adueña del Cusco y recibe obediencia.* Manco Cápac, con gran astucia, se hizo pasar por *Hijo del Sol*, lo cual fue creído por las gentes bárbaras que poblaban las orillas del lago.

Solo, sin ninguna compañía, avanzó camino del Cusco, y halló tres cuevas en el lugar llamado *Mamaota*, metiéndose en la del medio, llamada *Capactoco*, o "ventana real"¹⁵⁷.

Mientras tanto, sus acompañantes, que habían quedado esperándolo en la orilla del lago, decidieron, por la demora, salir a buscarlo. Guiándose por el vuelo de unas aves y construyendo unas canoas, llegaron a través del lago a una isla, en la cual había una cueva, ricamente decorada por dentro con mucho oro. Temiendo ser rechazados por los guardianes o sacerdotes, se pusieron de acuerdo para decir que buscaban al *Hijo del Sol*. A poco, en el plenilunio, llegaron en unas canoas los nativos de la isla, y ellos, haciéndose los desentendidos, dijéronles que "*venían en busca del Sol*". Para mayor fortuna, el demonio del oráculo certificó todo lo por ellos dicho. Entonces, los naturales les dieron crédito y ofrendaron sacrificios al dios del lugar por la llegada de "gente tan extraña".

Se convino abandonar la isla e ir a tierra firme, y estando en esto se supo que de *Pacarictampu* había salido el Hijo del Sol "vestido de oro tan resplandeciente como su padre", de la cueva llamada *Capactoco*. Al salir, Manco Cápac había disparado su honda con gran estruendo que repercutió en los montes, dando en una peña en la que abrió un portillo.

Entonces, todas las gentes de la región acordaron, con sus caciques y otros reyezuelos, ir ante el Hijo del Sol. "Una mañana, cuando salió el Sol y con sus rayos hería en la cueva *Capactoco*, que, como era de minerales, la hermoseaban sus reflejos, salió de ella Manco Cápac con tanta majestad y autoridad como si verdaderamente fuera Monarca y Señor natural de toda la tierra. Fue recibiendo a los principales por sus estados, y ellos le dieron la obediencia por sí y por sus súbditos"¹⁵⁸.

10. *La fundación del Imperio.* "De esta suerte y no de otra manera ni menos con armas, ni derramando sangre hermana, tomó posesión del reino y dio principio a la monarquía de los Incas, sus descendientes... Siempre tuvo por medio eficaz el hacer bien a sus vasallos...".

En una primera "junta general" realizada en *Mamaota*, dio disposiciones severas. A los descendientes del cruel Thomé "los mandó matar con sus mujeres e hijos" por no haberse presen-

Pingüino. (*Nasca*, Siglo IV de la era cristiana.
Museo de la Universidad Nacional Mayor de
San Marcos. *Foto: Abraham Guillén*).



tado con sus *camaricos* o presentes, indicadores de sumisión y obediencia.

Después, dictó sabias y prudentes leyes en una "segunda junta general", para el buen gobierno, las que fueron recopiladas y codificadas por los *quipocamayos*.

Vivió Manco Cápac 143 años, habiendo gobernado 118, "porque comenzó desde veinte y cinco, cuando murió su padre Atau"¹⁵⁹. En cuanto a la ciudad del Cusco, capital del imperio, su verdadero fundador fue el nieto de Manco Cápac, llamado Lloque Yupanqui¹⁶⁰.

JUICIOS SOBRE LA LEYENDA DE CATARI. QUITEÑISMO DE OLIVA

Como ya se ha dicho, la leyenda dictada por el *quipocamayoc* Catari señala, dentro de su simbolismo, el *origen norteño del Imperio de los Incas*. Alguna relación conservan el lago Titicaca y las cuevas de Pacarectampu, pero la hueste civilizadora, ordenadora y reformadora llega al Cusco del Norte. Además, *la participación del mar es clara*: trátase de una hueste con todos los atributos señalados de civilizadora, ordenadora, etc., que *llega al Cusco del Norte y saliendo del mar*. Esto último es muy importante desde el ángulo que interesa a este estudio.

Al norte del Perú está Ecuador. Allí vivieron numerosas tribus y naciones, unas hacia el lado de la costa, otras en las serranías. Contra estas tribus y naciones los incas libraron tenaces guerras y, al fin, vencieron, extendiendo la dominación del Cusco hasta el río Angasmayo, ya en territorio de Colombia. Pues bien: descúbrese una tendencia en el núcleo de la leyenda de Catari favorecedora de las tribus y naciones ecuatorianas. Parece querer decir la leyenda, en su línea fundamental, que gentes de aquella provincia norteña, salidas en un momento dado de su terruño, avanzaron hacia el Sur, por momentos siguiendo la costa, a la vista del mar, por momentos siguiendo las sierras del interior, hasta alcanzar el Altiplano, donde está el Lago Titicaca y que allí, por grupos, resolvieron tomar varios caminos de dispersión. Un grupo operó en el lago mismo y otro, encabezado por el caudillo de la hueste, se dirigió por el Vilcanota a la *tierra de promisión*, el Cusco, de la que, parece por un antecedente contenido en la leyenda, ya se tenía noticia.

La leyenda enfrenta niveles de cultura muy disímiles: por un lado, los *invasores del Norte marítimo*, por otro *los nativos de las sierras del Altiplano y Cusco*. Aquéllos forman una sociedad superior, altamente capacitada, que, por donde va realiza obras monumentales, construye imponentes edificios y labra la tierra con trabajos de irrigación. Es una *élite* civilizadora, que no se

contenta con conquistar sino que educa en las nuevas artes y en las nuevas técnicas, que dicta normas de eficaz gobierno, que rasga las tinieblas con la propia luz que despide. Los nativos, en cambio, viven en la más completa orfandad; son toscos, bárbaros, de modales incivilizados y adoran a demonios, aunque, como la tierra es rica, disponen de adoratorios deslumbrantes, que no saben apreciar.

La diferencia es tan grande entre ambos niveles, que los nativos del Altiplano y el Cusco ni siquiera se atreven a ofrecer resistencia. Ante el caudillo que guía con asombrosa decisión a los invasores, se inclinan reverentes y dan obediencia. Entonces, el caudillo realiza grandes asambleas, que son como inmensas concentraciones públicas en lugares descampados, escucha las peticiones de los necesitados, compulsa los problemas comunales y, para bien de todos, dicta sabias leyes, que todos acatan. El gobierno es paternal, amoroso; no conoce la guerra. Así se funda el imperio sin guerras ni latrocinios, reinando desde el comienzo una perfecta paz y una halagadora armonía.

Todo esto se desprende, sin mayor esfuerzo, de la lectura del texto del P. Oliva. En esencia: *la behetria y la barbarie del Sur del Perú, donde está el Cusco, son reemplazadas por los medios más humanos por la corriente civilizadora y unificadora llegada del Norte marítimo*. Aunque la leyenda es hermosa, llena de situaciones imprevistas que le dan un carácter novelesco, con personajes gratos, entre ellos algunos héroes de sobresalientes virtudes —un cuento de los de mejor argumento—, no puede disimular su marcada raíz quiteñista que la convierte en una *leyenda tendenciosa*, es decir, *una leyenda hecha para favorecer a las naciones ecuatorianas* que aprendieron a odiar a los cusqueños desde las terribles campañas que perdieron frente a los invencibles ejércitos del Inca. *Tendenciosa* porque fue elaborada con un propósito solapado: suplantarse la verdad respecto al origen del Imperio de los Incas y voltear la realidad cultural del área andina, poniendo a los pueblos del Norte como los civilizados y, a los del Sur, como los bárbaros, todo lo cual es tan grosera superchería que no requiere refutación porque milenios de alto florecimiento cultural quedarían inicualemente borrados y la investigación de más de un siglo burlada.

Porrás puso en guardia contra el *quiteñismo* del P. Oliva y recomendó prudencia en el uso de su obra. Esta importa, en general, “una contribución interesante” pero peligrosa en algunos aspectos. Porrás sugirió la posibilidad de que el cronista, antes de llegar a Lima, hubiese estado “algunos años en Quito”. De otro modo no se explica que diese datos que no aparecen en ningún otro autor de la época y que estos datos fuesen justamente de visible extracción ecuatoriana, como, por ejemplo, el nombre de la ñusta que cortejaba el indio lengua Felipillo y

el de la madre de Atahualpa, "ambos quiteños"¹⁸¹. Porras dice que, por estas y otras circunstancias, el Padre Oliva debe ser incorporado a la *escuela quiteñista* y ser visto, en consecuencia, con cuidado.

Ultimamente, José Antonio del Busto ha continuado esta línea de precaución empezada en el siglo pasado por Lorente y ahondada con sólidos argumentos por el citado Porras, considerando, después de un cuidadoso análisis, que la leyenda de Catari, tendenciosamente fraguada y hábilmente extendida por los seguidores de Atahualpa, es una mañosa falsificación de los hechos históricos y una suplantación de personajes, todo acomodado a los intereses políticos a los que servía (los de la facción de Quito, en guerra contra el Cusco, donde mandaba Huáscar). Dice el historiador citado: "A pesar de darnos los nombres de los antepasados (del Inca Manco Cápac) y, en algunos casos, los de sus mujeres, estamos convencidos de que la genealogía que nos ofrece Anello Oliva no comulga plenamente con la realidad, por lo menos desde los ángulos racial y geográfico. Esto, porque el linaje que brinda Oliva acusa insistentemente *un origen costeño* y no serrano...". Agrega: "Si trataría, pues, de una *falsificación*, mejor aún, y no de una suplantación en la que no han sido variados los nombres de los personajes pero sí deformados sus hechos y, sobre todo, acomodados a los intereses de un autor... El autor, por cierto, no es Oliva... recopilador, sino ese misterioso *quipocamayo*", llamado Catari.

Termina Del Busto sindicando a la discutida leyenda como de *tendencia quiteñista*, conforme ya lo había barruntado Porras: "La versión que ofrece Oliva es una *versión quiteñista* que los seguidores de Atahualpa trataron de introducir a raíz de su victoria sobre Huáscar. Es *quiteñista* y es *tardía*, persigue hacer ver cómo el fundador del Imperio procedió de la costa ecuatorial, siendo sus antecesores no sólo naturales de esa zona sino que —en el colmo del enraizamiento— llegan a salir de ella para luego regresar casi arrepentidos a fundar ciudades que como Tumbes o Quito encuadran perfectamente con el mundo tropical... Se trata de probar que Quito es más antiguo que Cusco, que el fundador del Cusco es bisnieto del fundador de Quito, que los Incas son cusqueños por adopción y quiteños por su origen"¹⁸².

Para Tschudi, la leyenda de Catari es "del más alto interés... porque abarca el Norte y Sur del Perú y no se remonta a un origen cosmogónico o divino primitivo, sino que disipa los misterios en la aparición inmediata de Manco"¹⁸³. El sabio suizo, en su juicio, destaca dos puntos que considera muy importantes en la leyenda. El primero es el que se refiere a la llegada de los primeros hombres a la costa. En efecto, según el texto de Oliva, "los primeros hombres llegaron a Sudamérica —destaca Tschu-

Vasija ornitomorfa de dos cuerpos, escultórica,
con ornamentación de peces pintados.
De cada cuerpo parte un gollete, unidos
por asa-puente. (*Nasca*. Procedencia:
Río Grande, departamento de Ica.
Antigüedad aproximada: 1,600 años. Museo
Nacional de Antropología y Arqueología
Foto: Abraham Guillén.)





di— de fuera (*por mar*)...; desembarcaron en la costa Noroeste de Sudamérica, cerca de *Caraques* (Ecuador); permanecen allí algún tiempo y después de haberse multiplicado considerablemente, se dividen en varias tribus". *Tumbe* o *Tumba*, jefe de un grupo, llega a la península de Santa Elena. Allí —dice Tschudi—, se han encontrado "osamentas y dientes de paquidermos", lo que justifica la existencia de una raza de gigantes, "a quienes un hombre corriente llegaba apenas a la rodilla". Tschudi, al interpretar esta parte de la leyenda, mira a las Antillas. Dice: "Esta inmigración a *Caraques* permite suponer que ella fue de *Caribes procedentes probablemente de las Antillas*"¹⁸⁴. Llegaron *por mar*. Además, habrían llegado estos hombres en época *relativamente reciente*, cuando ya otros mitos, como el de *Viracocha* o el de *Pachacámac*, estaban plenamente extendidos.

El segundo punto que enfoca el famoso autor de *Perú, Reiseskizzen*, es el que se refiere a la mixtificación de la leyenda por la incorporación de ingredientes extraños, de otro origen, probablemente añadidos después de la conquista española porque a la vista proceden de la religión cristiana o de la tradición hebraica en la que aquélla se basa. La versión de Anello Oliva —dice— peca de "ciertas reminiscencias bíblicas", como el sacrificio del muchacho *Guayanay*, que es un episodio conspicuo de la leyenda, que contiene la misma "intención sacrificatoria de Abraham", con un mediador: allá, un ángel del Señor; acá, un águila.

De la calidad literaria de la leyenda de *Catari*, se ha ocupado Napoleón M. Burga, en un estudio sobre la literatura incaica. Destaca el probable parentesco entre la leyenda del *quipocamayoc* misterioso que la dictó y los viejos poemas a que se refiere Montesinos. Desde el punto de vista literario, sobre todo desde el punto de vista de los valores narrativos —lo que debe enjuiciarse al margen de las consideraciones históricas ya hechas—, las apreciaciones expuestas anteriormente coinciden con las del crítico, algunos de cuyos párrafos se reproducen a continuación. "Anello Oliva —comenta Burga— ... nos trae una curiosísima fábula respecto del origen humano de *Manco Cápac*, señalando su ascendencia y dando los nombres de los ascendientes... Es el único cronista que nos transmite el nombre de *Catari*..."¹⁸⁵. Más adelante, expresa: "Anello Oliva... nos transmite la hermosa leyenda de *Quitumbe*, el abuelo del Imperio, y de los hombres venidos a América... Largo relato probablemente tomado de un viejo poema aborigen, de uno de esos viejos poemas de que nos habla Montesinos; poemas mítico-legendarios con que los *quipocamayos* encabezaban la historia pomposa y deslumbradora del antiguo Perú. Se diría una *Eneida peruana*, que tiene para nosotros un carácter singular: una dilatada unidad de fondo, su concatenado argumento, su lógico

y progresivo desarrollo...". Literariamente, "hay un verdadero encanto en el desarrollo de tal relato e interés en la trama: accidentado arribo de extranjeros a la costa peruana, pasajes sobrenaturales, pronósticos, episodios de amor e incidencias propias de *un poema, que tal debe haber sido*"¹⁶⁶.

OTRAS LEYENDAS SOBRE EL MAR

Lindando con lo mitológico, hay otra leyenda que contaban los viejos indios de la Costa en el siglo XVI, sobre la *geografía del país marítimo*, que Miguel Cabello de Balboa recogió e incorporó a su famoso texto, la *Miscelánea Antártica*. Dice así:

Según cuentan los indios viejos, sin explicarlo ni decir cuándo, "por ser gente poco dada a saber cosas que excedan de lo presente", en otro tiempo los llanos de la Costa, llenos ahora de arena, *fueron lecho de mar y "abitación de peces"*. Esta situación antigua de los llanos de la Costa peruana, la prueba el hallazgo de unos "cerros y barrancas hechos, y formados de *conchas marinas*, que se hallan y miran diez y doce leguas la tierra adentro".

También demuestra que *la Costa estuvo antes cubierta por el mar*, el hallazgo "en la misma tierra, y bien adentro de ella, [de] grandes y desmesurados güesos de *bestias marinas...*".

Acabado el diluvio universal —termina la tradición transmitida por Cabello de Balboa—, al retirarse el mar, quedó "desocupado este pedazo de reyno [que] llaman *llanos...*"¹⁶⁷.

En 1938, Augusto León Barandiarán publicó *Mitos, leyendas y tradiciones lambayecanas*, una notable recopilación en la que aparecen leyendas de origen antiguo, que han llegado a los tiempos actuales por transmisión oral guardando su pureza primitiva. Algunas, por ejemplo, conservan los mismos nombres de la edad pretérita, y los personajes que desfilan son los mismos cuyas designaciones oyeron los españoles de la época de la Conquista en boca de los narradores indígenas.

Una leyenda, contenida en un relato de Enrique Brüning, que éste oyó de los viejos cuentistas de las playas de Lambayeque, habla, así de *Naymlap*, el famoso caudillo que arribó a la boca del río Faquisllanga, y lleva en la obra de León Barandiarán el título de *Confesión en el Mar*. Su origen es probadamente antiguo, prehispanico. Dice así:

En otro tiempo, muy atrás, en tiempo de la gentilidad, la sed devoraba a los hombres y los campos estaban muertos por la falta de agua.

Naymlap, altivo, clamaba al cielo por piedad pero sin someterse al rito. Antes bien, contrarió varias veces las leyes sagradas

y se expuso a la cólera de dios y expuso a sus hombres a ser exterminados.

Ante esta situación, "sólo había un modo de evitar el fin inmediato del héroe y la desgracia del pueblo, y era el de la *confesión pública* que debiera hacer el mismo soberano dentro del agua de un río. A falta de éste (porque todos se habían secado), el *jefe mochica* y todo su pueblo se dirigieron hacia el mar de San José y en la propia orilla, levantando los brazos y bajando la cabeza, confesó sus pecados, e introduciéndose en el mar, dijo: *Ya he dicho mis pecados al cielo, recíbelos tú, mar, y llévalos para que nunca más parezcan . . .* Y sólo así, por la propia confesión pública, se aplacó la ira divina y llovió y brotaron las simientes, y los animales, los hombres, las mujeres y los niños apagaron la sed"¹⁶⁸.

Esta leyenda se basa en la práctica religiosa de la confesión, extendida en todo el Perú antiguo, según refieren los cronistas, práctica que consistía en el aborrecimiento de las malas acciones y las malas intenciones en presencia de un sacerdote que oficiaba de confesor, lo que tradicionalmente se hacía al pie de un río o riachuelo para que las aguas llevaran las pestilencias del alma y del cuerpo a las profundidades del mar, depósito de todas las inmundicias y pecados de los hombres. De ello se ha tratado en el capítulo anterior.

Otra leyenda en el libro de León Barandiarán explica el *origen real de la estrella de mar*. Dice:

Aca Fala era una mujer hermosísima e inteligente, pero extremadamente vanidosa, que había rechazado a los mejores pretendientes. El sacerdote mayor de la comarca, que ejercía completa dictadura, la conminó entonces a tomar estado. Pero ella, rebelde, prefirió quitarse la vida antes de entregarse a un hombre sin amor.

Muerta ya, sin embargo, fue castigada por los dioses como correspondía a tamaña desobediencia. Y así, *fue convertida en estrella de mar*, "sin luz, sin hermosura y sin belleza por haber pretendido igualarse a las estrellas del cielo"¹⁶⁹.

Sobre el *origen del alcatraz*, hay esta leyenda:

Antes de ser ave, el alcatraz fue un pescador plebeyo que vivía en una isla desierta. "Una mañana, en busca de la pesca, arribó a las costas *yungas* y se internó en los *llanos*; convivió con sus habitantes, gozó de sus comodidades y se enamoró de una de las vírgenes del culto, llamada *Cora Fisan . . .*". Por este atrevimiento y por no haber sido respetuoso con los sacerdotes del culto, fue castigado. Se le condenó para siempre a ser *alcatraz*, ave que desciende de lo alto para buscar su alimento en el mar . . ."¹⁷⁰.

Otra leyenda, igualmente antigua como todas las que se están transcribiendo, explica que *los peces fueron antes hombres enanos*. Los peces que pueblan el mar —dice— fueron en un tiempo seres humanos pequeñitos, enanos de verdad, que vivían en ciudades lacustres, que reverenciaban al mar y vivían en conchas. Aborrecían a la Luna y sólo se entregaban a sus festines en las noches profundas, cuando el astro de plata y las estrellas desaparecían. Su dios principal era el *robalo*, al cual ni se atrevían a mirar porque le temían.

Cuando apareció el dios Sol en el mundo, los pequeños hombres no le aceptaron. El Sol se les presentó en forma de ballena, pero, a pesar de su tamaño, la ballena fue perseguida por los incrédulos.

“Entonces, el *Padre Sol*... destruyó sus viviendas y *los convirtió en peces*, condenándolos a morir cuando fueran calentados por su calor o cuando vieran la luz de la Luna o de las estrellas... Por eso, y desde aquella época, los peces mueren al ser sacados de las aguas”¹⁷¹.

Finalmente, una hermosa leyenda cuenta el *origen del lobo marino* y del privilegio que tiene este animal de poder morir en tierra no obstante ser marino. Cuenta que “el dios de las nubes *recorría las orillas del mar* en busca de una tela vaporosa que pudiera reemplazar a sus hijas, las nubes, y encontró a la espuma del mar”; pero, desengañado, la devolvió a la ola originaria.

Entonces, el dios del mar, enojado por el despojo y resentido, decidió vengarse, y cuando el dios de las nubes dejaba despreocupadamente la espuma en la ola detenida, le cortó una mano.

Uno de los servidores del dios de las nubes, valiente y fiel, intervino en defensa de su amo, “pero el dios del mar lo golpeó con una roca, dejándolo moribundo y además sujeto a su poderío, por lo que *se convirtió en animal marino*”.

Así, maltrecho y golpeado como estaba, el buen servidor llegó a meterse en las aguas hasta el fondo y recuperar para su amo la mano que le faltaba, que estaba allí oculta.

En premio de su noble acción, “aun cuando pertenecía a las huestes del dios del mar, se le permitió que tuviera cuerpo y cabeza de animal terrestre, que se alimentara de pescado y de piedras y que muriera fuera de las aguas...”.

Este es el origen del *lobo de mar* —concluye la leyenda— “animal con cabeza de perro y cuerpo de chancho” que cuando presiente la muerte va a morir a “alguna roca escarpada de la costa o a la mullida arena de la playa”¹⁷².

NOTAS AL CAPITULO

1. PERICOT Y GARCIA, Luis... *América indígena*. Barcelona, 1962; p. 568.
2. BAUDIN, Louis... *La vida cotidiana en el tiempo de los últimos Incas*. Buenos Aires, 1958; p. 40.
3. KRICKBERG, Walter... *Etnología de América* (1939). México, 1946; p. 390.
4. MASON, J. Alden... *Las antiguas culturas del Perú*. México, 1962; p. 95.
5. URTEAGA, Horacio H. ... *El Antiguo Perú a la luz de la Arqueología y de la Crítica*. "Revista Histórica". Lima, 1909. Tomo IV, p. 201.
6. RIVA AGÜERO, José de la... *El Perú histórico y artístico* (1921). "Obras completas". Lima, 1966. Tomo V, p. 76 y sgte.
7. GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales* (1609). Lima, 1941-1946, col. *Historiadores Clásicos del Perú* (H.H. Urteaga). Tomo II. Libro VI, cap. XVII, p. 162 y sgte.
8. RIVA AGÜERO, José de la... *Civilización tradicional peruana. Epoca prehispánica* (1937). "Obras completas". Lima, 1966. Tomo V, p. 223.
9. Richard Schaedel, Carlos Munizaga, Grete Mostny y Percy Dauelsberg han revisado en los últimos años el concepto, tiempo atrás aceptado pero ahora controvertido, de *Chincha-atacameño*, referido especialmente a la cerámica. La misma área de propagación del estilo atacameño ha sido precisada con tendencia restrictiva por la reciente investigación. (Percy DUELSBERG, *Algunos problemas sobre la cerámica de Arica*. "Kontisuyo", Boletín del Museo de Arqueología e Historia de la Universidad Nacional de San Agustín. Arequipa 1963. N° 2, p. 11).
10. RIVA AGÜERO, *Civilización tradicional peruana...*; p. 223.
11. JIMENEZ DE LA ESPADA, Marcos... *Del hombre blanco y signo de la Cruz precolombinos en el Perú*. "Actas del Tercer Congreso Internacional de Americanistas". Bruselas, 1879. Tomo I; pp. 592-624.
12. JIMENEZ DE LA ESPADA, *Del hombre blanco...*; p. 624.
13. En el museo del coleccionista japonés Yoshitaro Amano, de Lima, se exhiben cuatro huacos escultóricos que representan con fidelidad asombrosa (y, sobre todo, inquietante para la ciencia) otros tantos tipos raciales, perfectamente definidos. En ellos, a los rasgos somáticos se suman detalles de indumentaria y tocado que contribuyen a destacar la caracterización racial de cada tipo. El tronco mongoloide está representado por un personaje de raza mongol, sin duda un chino; y el tronco caucasoide o blanco, por un individuo al parecer de raza mediterránea. Max SCHMIDT, en *Kunst und Kultur von Peru* (1929) reproduce un huaco mochica del Museo de Etnología de Berlín que representa "a un individuo con rasgos faciales evidentemente negroides" como subraya Hans HORKHEIMER (*El Perú prehispánico*. Lima, 1950; p. 83). Vasos semiesculturcos de Nasca, representando tipos raciales exóticos, contribuyen a acentuar este reto de intriga a la ciencia.
14. JIMENEZ DE LA ESPADA, *Del hombre blanco...*; p. 625.
15. JIMENEZ DE LA ESPADA, *Del hombre blanco...*; p. 625.
16. JIMENEZ DE LA ESPADA, *Del hombre blanco...*; p. 626.
17. JIMENEZ DE LA ESPADA, *Del hombre blanco...*; p. 641.
18. JIMENEZ DE LA ESPADA, *Del hombre blanco...*; p. 642.
19. JIMENEZ DE LA ESPADA, *Del hombre blanco...*; p. 643.
20. JIMENEZ DE LA ESPADA, *Del hombre blanco...*; p. 645.
21. MONZON, Luis de... *Relación descriptiva de las provincias de Rucanas y Soras* (1586).
22. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Quinquenarios o Historia de las Guerras Civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias* (siglo XVII).

NOTAS AL CAPITULO

- Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro III, cap. LVI, p. 232.
23. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LXI, p. 244 y sgte.
 24. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LXVI, p. 259.
 25. MONTESINOS, Fernando de... *Memorias antiguas, historiales y políticas del Perú* (siglo XVII). Madrid, 1882. Cap. I, p. 4.
 26. MONTESINOS, *Memorias antiguas...* Cap. III, p. 19.
 27. CABELLO DE BALBOA, Miguel... *Miscelánea Antártica* (1586). Buenos Aires, 1951. Tercera Parte, cap. XVII, p. 325.
 28. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*; p. 326.
 29. LORENTE, Sebastián... *Historia de la Civilización Peruana*. Lima, 1879. Parte: La Civilización Primitiva. Cap. I, p. 37.
 30. ACOSTA, Joseph de... *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590). México, 1962. Libro primero, cap. XIX, p. 53.
 31. COBO, Bernabé... *Historia del Nuevo Mundo* (1653). Madrid, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro III, cap. XXI, p. 124.
 32. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*; p. 124.
 33. MONTESINOS, *Memorias antiguas...*; Cap. IX, p. 53.
 34. MONTESINOS, *Memorias antiguas...*; p. 54.
 35. MONTESINOS, *Memorias antiguas...*; p. 55.
 36. MONTESINOS, *Memorias antiguas...*; p. 64 y sgte.
 37. MONTESINOS, *Memorias antiguas...*; Cap. XXVI, p. 155.
 38. MONTESINOS, *Memorias antiguas...* Cap. XXVII, p. 157.
 39. MONTESINOS, *Memorias antiguas...* Cap. XXVII, p. 158.
 40. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LXVI, p. 259.
 41. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LXVI, p. 257.
 42. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*; p. 257.
 43. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*; p. 258.
 44. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*; p. 259.
 45. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Crónica del Perú* (1553). México, Col. Atenea. Cap. LII, p. 315.
 46. CIEZA, *La Crónica del Perú*; p. 316.
 47. CIEZA, *La Crónica del Perú*; p. 317.
 48. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LXIV, p. 355.
 49. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo III. Libro IX, cap. IX, p. 131 y sgte.
 50. ZARATE, Agustín de... *Historia del descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú* (1555). México, Col. Atenea. Libro primero, cap. V, p. 519.
 51. ZARATE, *Historia del descubrimiento...*; p. 520.
 52. ACOSTA, *Historia Natural...* Libro primero, cap. XIX, p. 53.
 53. HERRERA, Antonio de... *Décadas o Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano* (1601). 1728. Tomo I, Descripción, Cap. XVII, p. 38.
 54. HERRERA, *Décadas*. Tomo II. Década cuarta, Libro segundo, cap. VII, p. 35.
 55. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia general de las Indias* (1552). Barcelona, 1965. Tomo I. Parte primera, p. 337.
 56. TRUJILLO, Diego de... *Relación del descubrimiento del Reyno del Perú* (1571). Sevilla, 1948; p. 50.
 57. LIZARRAGA, Reginaldo de... *Descripción y población de las Indias* (siglo XVI). Lima, 1908 ("Revista Histórica"). Libro I, cap. IV, p. 5.
 58. VAZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio... *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* (1628). Washington, 1948. Libro III, cap. XII, p. 351, párrafo 1122.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

59. FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias* (1535). Madrid, 1851-1855. Vol. IV, Libro XLVI, cap. XVII, p. 232.
60. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro III, cap. II, p. 109.
61. ALCEDO, Antonio de... *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*. Madrid, 1787. Tomo II, p. 64.
62. Reproducido el informe de Josef del Corral y Narro en "Revista Histórica". Lima, 1916. Tomo V, Entrega II, pp. 200-206.
63. "Revista Histórica". Lima, 1916. Tomo V, Entrega II, p. 201.
64. "Revista Histórica". Lima, 1916. Tomo V, Entrega II, p. 206.
65. LORENTE, *Historia de la Civilización Peruana*. Cap. IV, p. 74 y sgte.
66. LORENTE, *Historia de la civilización Peruana*. Cap. VII, p. 246.
67. LANNING, Edward P. ... y PATTERSON, Thomas C. ... *Los medios ambientes glacial y postglacial de Sudamérica* (texto mecanografiado, gentilmente proporcionado por los autores, en traducción especial de T. C. Patterson). 1966.
68. VALCARCEL, Luis E. ... *Historia del Perú Antiguo*. Buenos Aires, 1964. Tomo I, p. 386.
69. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*. Tercera Parte, cap. XVII, p. 327.
70. Es leyenda, no mito, acota prestamente Hermann LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*. Madrid, 1963; p. 10, para significar que se trata de un hecho evidentemente histórico fantaseado por la tradición y el agregado de símbolos.
71. No dice el texto Norte sino *parte suprema*, pero esta expresión debe entenderse, referida al mapa y no al nivel, como Norte. (P.A. MEANS, *Pre-Spanish Navigation*, 1942, p. 122. H. HORKHEIMER, *Vistas arqueológicas del Noroeste del Perú*, 1944, p. 20).
72. En *caracteres cursivos*, por convenir a nuestro estudio. Destacamos, así, los elementos de la composición de la leyenda que serán útiles para la ulterior interpretación.
73. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*. Tercera parte, cap. XVII, p. 328.
74. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*; p. 329.
75. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*; p. 330.
76. MARKHAM, Clemente... *Los Incas del Perú*. Lima, 1920; p. 190 y sgte.
77. UHLE, Max... *Las antiguas civilizaciones de Manta*. Quito, 1931; p. 47.
78. UHLE, *Las antiguas civilizaciones de Manta*; p. 47, nota de pie de página.
79. KOSOK, Paul... *El valle de Lambayeque*. "Actas y Trabajos del Segundo Congreso Nacional de Historia del Perú" (1958). Lima, 1959. Vol. I, p. 63.
80. KOSOK, *El valle de Lambayeque*; p. 64.
81. KOSOK, *El valle de Lambayeque*; p. 63.
82. HORKHEIMER, Hans... *Vistas arqueológicas del Noroeste del Perú*. Trujillo 1944; p. 20.
83. HORKHEIMER, *Vistas arqueológicas...*; p. 36
84. Se refiere a las gentes que bajaron de la Sierra perseguidas por los collas, según relato de CABELLO DE BALBOA en *Miscelánea Antártica*, Tercera parte, cap. XVII, p. 326.
85. VALCARCEL, Luis E. ... *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Lima, 1949. Tomo I, Vol. II, p. 118.
86. SCHWEIGGER, Erwin... *El litoral peruano*. Lima, 1964; pp. 55-58.
87. POPOVICI, Zacarias... *Ensayos de Oceanografía física*. La Punta, Perú, 1966; p. 145.
88. SCHWEIGGER, *El litoral peruano*; p. 55.
89. SCHWEIGGER, *El litoral peruano*; p. 57.
90. SCHWEIGGER, *El litoral peruano*; pp. 88 y 90.
91. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 12.
92. Se refiere a los discutidos *tablones de quilla* o *guaras*: para unos, piezas ceremoniales de labranza; para otros, lo indicado, *guaras*; para otros más, remos. (Se trata ampliamente el tema en el capítulo siguiente).

NOTAS AL CAPITULO

93. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 28.
94. RIVA AGÜERO, *Civilización tradicional peruana. Epoca prehispánica*. Lima, 1937; p. 39. (También en: "Historia del Perú", Lima, 1953. Tomo I, p. 76. "Obras completas". Lima, 1966. Tomo V, p. 220).
95. RIVA AGÜERO, *Civilización tradicional peruana...* Lima, 1937; p. 41. ("Historia del Perú". Lima, 1953. Tomo I, p. 79. "Obras completas". Lima, 1966. Tomo V, p. 223).
96. RIVA AGÜERO, *Civilización tradicional peruana...* "Obras completas". Tomo V, p. 220.
97. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general...* Tomo I. Parte primera, p. 216.
98. RIVA AGÜERO, *Civilización tradicional peruana...* "Obras completas" Tomo V, p. 220.
99. RIVA AGÜERO, *Civilización tradicional peruana...* "Obras completas". Tomo V, p. 221.
100. RIVA AGÜERO, *Civilización tradicional peruana...* "Obras completas". Tomo V, p. 201.
101. LORENTE, *Historia de la Civilización Peruana*. Parte: La civilización de los Incas. Cap. VII, p. 245.
102. KIMMICH, José... *Etnología peruana: origen de Chimú*. "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima". Lima, 1917. Tomo XXXIII, p. 351.
103. KIMMICH, *Etnología peruana...*; p. 354.
104. KIMMICH, *Etnología peruana...*; p. 357.
105. KIMMICH, *Etnología peruana...*; p. 460.
106. V. nota 85.
107. UBBELOHDE-DOERING, Heinrich... *El arte en el imperio de los Incas*. Barcelona, 1952; p. 13.
108. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*. Tercera Parte. cap. XVII, p. 329.
109. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*; p. 330.
110. LOTHROP, Samuel K. ... *El tesoro del Inca*. Lima, 1964; p. 20.
111. MIDDENDORF, Ernesto W. ... *Las lenguas aborígenes del Perú* (1889). Lima, 1959; p. 125 y sgte.
112. MEANS, Philip Ainsworth... *Pre-Spanish navigation off the Andean Coast*. "The American Neptune". Salem, Massachusetts, abril 1942. Vol. II, N° 2, p. 122.
113. HORKHEIMER, Hans... *El Perú prehispánico*. Lima, 1950; p. 248.
114. KOSOK, *El valle de Lambayeque*; p. 62.
115. KOSOK, *El valle de Lambayeque*; p. 63.
116. Aunque más propio sería decir, de acuerdo a su propia cronología, siglo XI, año 1000 después de Cristo.
117. LOTHROP, *El tesoro del Inca*; p. 20.
118. MEANS, *Pre-Spanish navigation...*; p. 122.
119. HORKHEIMER, *El Perú prehispánico*; p. 248.
120. BAUDIN, *La vida cotidiana...*; p. 30.
121. MEANS, *Pre-Spanish navigation...*; p. 122.
122. KOSOK, *El valle de Lambayeque*; p. 64.
123. LEON BARANDIARAN, Augusto... *Mitos, leyendas y tradiciones lambayecanas*. Lima, 1938; p. 13.
124. "El valle del río La Leche forma una sola unidad con el valle del río Lambayeque-Chancay" y esta unidad se enlaza con el valle vecino del Sur que riega el río Saña. "En el lugar denominado La Puntilla —explica PENAHERRERA—, el río Lambayeque-Chancay, por obra del hombre, se divide en tres lechos, que toman nombres diferentes: río Reque, el curso meridional; río Taimi, el septentrional; y, entre ambos, el río Lambayeque. El río Reque desemboca al Norte del puerto de Eten. Los otros dos ramales, el Lambayeque y el Taimi, no llegan al mar debido a que sus aguas son utilizadas para el riego hasta su agotamiento". Esto es ahora pero antes el Lambayeque llegaba al mar (Carlos PENAHERRERA DEL AGUILA, *Geografía general del Perú*. Lima, 1969. Tomo I, cap. V, p. 109). El Taimi, en realidad, no es río sino canal, y data de la época antigua.

- anterior a la colonización española. De, aproximadamente, 50 kilómetros de longitud, es la "principal vía primaria de distribución del riego en el valle" y se conecta, como se ha dicho, con los ríos Lambayeque y Reque (Luis SOLDI LE BIHAN, *La irrigación en el Perú*. Lima, 1968; p. 63). El nombre de *Collique*, que usa Riva Agüero, como se vio anteriormente, para designar al Lambayeque, debe provenir de un pueblo así llamado en la antigüedad, de la provincia y distrito de Chiclayo (hoy "en ruina y desbaratado"), de donde, según la tradición, "salió el cacique Chiclayo a fundar esta ciudad". Es curioso observar que así como hay río *Chancay* en Lambayeque y río de igual nombre en Lima, también hay *Collique* en Chiclayo y *Collique* (o *Colliqui*, como escribe Stiglich) en Lima, cerca de Carabaillo, a la orilla derecha del río Chillón (Germán STIGLICH, *Diccionario geográfico del Perú*. Lima, 1922. Tomo I, p. 271). En cuanto al río Saña, "es uno de los más cortos de la costa" (Romero) pero "varía de curso con harta frecuencia y por ello desapareció la floreciente ciudad de Saña que fue asiento de una poderosa población" (Stiglich) hasta el año 1720, año del desastre. Se une, también, agrícolamente, a los otros dos ríos (Emilio ROMERO, *Geografía económica del Perú*. Lima, 1953; p. 57).
125. KOSOK, *El valle de Lambayeque*; p. 63.
 126. Pueblos al norte de Lambayeque, en los valles de Motupe y La Leche, respectivamente. Al oeste de ellos se extiende el despoblado de Olmos, que marca el límite de la tierra habitable.
 127. HORKHEIMER, *Vistas arqueológicas...*; p. 33.
 128. COSSIO DEL POMAR, Felipe... *Arte del Perú precolombino*. México, 1949. Cap. IX, p. 152.
 129. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; pp. 9 y 11.
 130. Todo Chavín, según fechados radiocarbónicos, es anterior a la era cristiana. La fase última de Chavín se ubica en el 450 antes de Cristo.
 131. BAUDIN, *La vida cotidiana...*; p. 33.
 132. HIBBEN, Frank C. ... *El origen de América*. Buenos Aires, 1966; p. 56.
 133. BAUDIN, *La vida cotidiana...*; p. 34.
 134. RUBINOS Y ANDRADE, Justo Modesto... *Sucesión cronológica o serie historial de los Curas de Mórrope y Pacora en la provincia de Lambayeque* (1782). "Revista Histórica". Lima, 1936. Tomo X, Entrega III, pp. 289-363. La cita corresponde a la p. 361.
 135. Los caracteres *cursivos*, puestos por nosotros, para enfatizar el *arribo por mar* del grupo expedicionario.
 136. RUBINOS, *Sucesión cronológica...*; p. 362.
 137. KAUFFMANN, Federico... *La cultura Chimú*. Lima, 1964; p. 31.
 138. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I, p. 339.
 139. RUBINOS, *Sucesión cronológica...*; p. 363.
 140. KAUFFMANN, *La cultura Chimú*; p. 17.
 141. KAUFFMANN, *La cultura Chimú*; p. 29.
 142. KAUFFMANN, *La cultura Chimú*; p. 32.
 143. ANONIMO, *Historia de Trujillo* (1604). "Revista Histórica". Lima, 1925. Tomo VIII: capítulos III-XV, pp. 86-118/Lima, 1936. Tomo X, Entrega II: capítulos I y II, p. 231 y sgtes. La cita corresponde a la p. 231.
 144. VARGAS UGARTE, Rubén... *Los mochicas y el cacicazgo de Lambayeque*. "Actas del Vigésimosétimo Congreso Internacional de Americanistas". Lima, 1939. Tomo II, pp. 475-482.
 145. HORKHEIMER, *Vistas arqueológicas...*; p. 13.
 146. CANALS FRAU, Salvador... *Las civilizaciones prehispánicas de América*. Buenos Aires, 1955; p. 289.
 147. En 1895, Juan Francisco Pazos Varela y Luis Varela y Orbegoso, dieron a estampa la *Historia del Reino y Provincias del Perú* ("De los reinos del Perú, reyes que tuvo, descubrimiento y conquista dellos por los españoles", 1631), en Lima. Sebastián Lorente, para su *Historia de la Civilización Peruana*, de 1879, seguramente consultó la edición francesa de Enrique Ternaux Compans, aparecida en París, en 1857. Otra posibilidad

NOTAS AL CAPITULO

es que conociera los manuscritos que fueron de propiedad de don Felipe Varela y Valle, o los que guardaba la Biblioteca Nacional, copias del original. (V. Raúl PORRAS BARRENECHEA, *Cronistas del Perú*. Lima, 1962; p. 399).

148. LORENTE, *Historia de la Civilización Peruana*. Parte: La civilización de los Incas. Cap. II, p. 117.
149. OLIVA, Juan Anello... *De los reinos del Perú...* (1631). Lima, 1895; p. 23.
150. OLIVA, *De los reinos del Perú...*; p. 25
151. OLIVA, *De los reinos del Perú...*; p. 26.
152. Se ve el propósito quiteñista de la leyenda, al poner en plano subalterno la capital del imperio, Cusco, con respecto a Quito.
153. OLIVA, *De los reinos del Perú...*; p. 28.
154. OLIVA, *De los reinos del Perú...*; p. 29.
155. OLIVA, *De los reinos del Perú...*; p. 30.
156. OLIVA, *De los reinos del Perú...*; p. 32.
157. OLIVA, *De los reinos del Perú...*; p. 33.
158. OLIVA, *De los reinos del Perú...*; p. 34.
159. OLIVA, *De los reinos del Perú...*; p. 37.
160. OLIVA, *De los reinos del Perú...*; p. 40.
161. PORRAS BARRENECHEA, *Cronistas del Perú*; p. 399.
162. BUSTO, Jose Antonio del... *Una genealogía fantástica del Inca Manco Cápac*. Lima, 1966.
163. TSCHUDI, Juan Diego von... *Contribuciones a la historia de la civilización y a la lingüística del Perú antiguo* (1891). Lima, Col. Urteaga-Romero, Primera Serie. Tomo IX. Artículo "Wirakotsa"; p. 187.
164. TSCHUDI, *Contribuciones...*; p. 188.
165. BURGA, Napoleón M. ... *La literatura en el Perú de los Incas*. "Letras". Lima, 1940. N° 16, p. 261 y sgte.
166. BURGA, *La literatura en el Perú de los Incas*; p. 330.
167. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*. Segunda Parte, cap. XV, p. 164.
168. LEON BARANDIARAN, *Mitos, leyendas...*; p. 22.
169. LEON BARANDIARAN, *Mitos leyendas...*; p. 105.
170. LEON BARANDIARAN, *Mitos, leyendas...*; p. 77.
171. LEON BARANDIARAN, *Mitos, leyendas...*; p. 4.
172. LEON BARANDIARAN, *Mitos, leyendas...*; p. 60.

Capítulo X

NAVEGACION

El ejemplo de los pobladores de Nueva Holanda (Australia), conocido desde los viajes de Dampier (1688) y, mejor aún, desde los memorables de Cook en la segunda mitad del siglo XVIII —“el pueblo más miserable del mundo”—, con el que empieza su *Historia del barco* Charles E. Gibson, “sugiere que hubo una época en que el hombre no supo en absoluto del transporte acuático. Comenzó, probablemente, a aprender por una *afición a los peces*”. Más que afición, fue una necesidad urgente. Por alguna circunstancia, que no podemos precisar pero sí suponer (por ejemplo, aguda escasez de productos de la tierra, sequía prolongada, inundación destructora), el hombre “se vio forzado a mejorar la *recogida de los peces*”. Entonces, obligado a aventurarse a aguas profundas, con las manos libres para pescar (es decir, y esto es lo importante: *sin nadar*), echó mano de “un tronco flotante al azar” o de “un manojo de juncos”. Sobre ese tronco o sobre ese haz de juncos o pajas secas, fue a horcajadas, como quien monta un animal. De una mano se asía; con la otra pescaba.

Este sistema inicial, por demás burdo, se mantiene en nuestros días entre los pueblos selváticos, sin mayores variantes, practicándose en los ríos sobre todo.

BOSQUEJO DE LOS ORIGENES

Con ser tan incipiente, este fue un paso decisivo en la historia de los pueblos ribereños y, en general, de la humanidad, como fue el descubrimiento del fuego. Allí comenzó la historia de la navegación.

La clave de este paso trascendental estuvo en el hallazgo de la virtud que tienen ciertos cuerpos de no hundirse, es decir, de la *capacidad de flotación*, de la que, andando las edades, hablaría el griego Arquímedes, unos doscientos años antes del nacimiento de Cristo. En ese momento auroral, muy distante estaba el hombre todavía de concebir la embarcación para sus aventuras acuáticas por el principio del desplazamiento de una masa de agua. Fue una experiencia extraordinaria "el descubrir que algunas tienen un *poder de flotación* suficiente para sostener a un hombre"¹.

Esta invención —de las más importantes en la historia de la humanidad— estuvo naturalmente condicionada a un factor *determinante* de la naturaleza y, por ende, completamente ajeno a la voluntad del hombre: la existencia de los recursos apropiados para la gran aventura: madera, por ejemplo, o cañas o juncos, o cualquier otro cuerpo liviano, capaz no sólo de flotar por su liviandad específica sino de resistir a un hombre encima.

El primer paso consistió en el aprovechamiento de un tronco o manojos de tallos huecos y secos, ligeros además, puestos por la naturaleza al alcance de la criatura necesitada. Esa criatura, flotando, desplazándose al menor impulso de sus propias manos —quizá ayudándose con alguna rama del bosque a manera de pértiga— y, en el momento requerido, con las manos libres, pudo conseguir en el agua su alimento. El hambre fue suficiente para lanzarla a la temible aventura por ese medio insólito del agua. El segundo paso ya fue un alarde de habilidad y de técnica, una verdadera conquista no del instinto sino de la inteligencia ingeniosa y de esas manos endurecidas pero al servicio de un cerebro pensante: con el mismo tronco brindado por la naturaleza o con otro *escogido*, o con el atado de tallos secos y ligeros, la criatura urgida cruzó una corriente de agua o un brazo de mar o pasó de una orilla a la otra de la laguna familiar. Previamente, había *mejorado el tronco*, desbastándolo por ejemplo, o *sujetado convenientemente el manojos de tallos* con alguna cuerda de bejucos, para impedir que durante la travesía se deshiciera.

El tercer paso fue una victoria resonante de todas las facultades en juego: ya no de un leño sino de varios leños, ya no de un manojos de juncos sino de varios manojos, la criatura, obligada por las circunstancias a adentrarse en el mar para asegurar la pesca o la recolección de mariscos, o debiendo cruzar un río con alguna carga fuera de su propio peso —su bagaje fundamental: armas, ajuar doméstico, alguna pieza de caza—, *construye una balsa* mediante la unión de esos leños o de esos manojos. Enlazados los troncos con fuertes lianas o atados los haces de tallos secos, el navegante no sólo gana en amplitud y seguridad sino, en lo que atañe a él mismo, en comodidad, porque ya no irá a

horcajadas, medio metido en el agua, donde hay peligros, sino sentado *encima* de la plataforma de su invención.

La *balsa* en la historia de la navegación es la primera *embarcación* propiamente tal.

Por descomposición de los materiales usados, no han quedado en ninguna parte estas *embarcaciones* primitivas, pero hay razones para considerarlas en uso a fines del Paleolítico². Esta tesis no goza de total aceptación en los círculos conservadores, como lo ha remarcado hace poco Jacquetta Hawkes³; pero, si bien una navegación embrionaria *en el mar* durante las últimas fases del Paleolítico puede ser, efectivamente, descartada (más que todo, por cautela ante la falta de testimonios convincentes), en cambio, nada impide suponer, en el estado actual de los conocimientos, que el uso arriba citado de troncos toscamente enlazados en forma de *balsa* o, mejor, de *zatará*, estuviera ya extendido por esa misma época en los ríos y lagos ricos en pesca o densamente habitados por el hombre en sus orillas.

Lo que sí es de toda evidencia es que la navegación con balsas se practicaba en el Mesolítico por casi todos los pueblos que alguna relación tenían con el medio acuático, fueran *marítimos* por razón del establecimiento de sus aldeas o *ribereños de lagos* y ríos por su inclinación a la pesca. Ya en el Mesolítico, además, la navegación era con fines de transporte y empleaba *balsas relativamente grandes*, como *almadías* de gruesos troncos seleccionados y de alguna manera desbastados. Las hachas de entonces ya eran capaces de buenos trabajos y el ingenio, por la experiencia, estaba aguzado.

Por pruebas indiciarias se puede sostener el uso de embarcaciones en el Norte de Europa hace 8,000 años. Hace ochenta siglos, la red de tipo *jábega* era empleada en el Báltico para la pesca. Siendo indispensable el uso de embarcaciones para el tendido de esta red, se colige que ya en esa época, *tipicamente mesolítica*, las operaciones *en el mar*, a considerable distancia de las playas, se cumplían con gran desenvoltura y probado dominio.

Al margen de las consideraciones cronológicas, no siempre seguras cuando faltan testimonios indubitables, es lo evidente que la *balsa*, primero de haces de tallos secos, después de troncos unidos entre sí, corresponde a una etapa embrionaria del desarrollo cultural. *De este nivel sólo sale cuando recibe el agregado de determinados perfeccionamientos náuticos de superior categoría*⁴. Lowie dice: "Lo más común es que el hombre (por primitivo que sea) encuentre algún medio para atravesar las corrientes demasiado profundas para ser vadeadas: balsas (por ejemplo)...". Y añade: "El tipo de balsas que nos es familiar, también se encuentra en las sociedades primitivas: dos troncos paralelos unidos por unos palos transversales y que [se] hacen

avanzar utilizando las manos a modo de paletas o con la ayuda de largos palos”⁵.

Las balsas primitivas aparecen en las *culturas originales*, entendiéndose por este nombre “las de los *pueblos primitivos actuales* que se consideran como las formas —dice Dittmer— *más antiguas o arcaicas*”⁶. Estas culturas corresponden al *nivel recolector*. Agrega el mismo Dittmer que fue la balsa el único medio de transporte acuático contemporáneo de los sacos y redes de pescar⁷.

En realidad —si se quiere precisar los conceptos— la *balsa* no es otra cosa que “una serie de troncos que se amarran a la manera —como dice gráficamente Lowie— de un paquete de cigarrillos puros...”. Igual que una *almadía*, que es, en el género, una embarcación análoga perfeccionada, “la balsa flota en virtud de su *peso específico*”. Su impulsión en los ríos, lagunas y aguas de fondos someros, es por medio de *pértigas*.

Como anotan todos los historiadores de la navegación, la primera balsa que el hombre utilizó fue la *zatará*, nombre que citamos hace un momento y que se aplica, genéricamente, a la balsa “hecha de manojos de cañas secas y ligeras”⁸.

Las *primeras balsas egipcias* fueron “haces paralelos de la esbelta caña del papiro” y corresponden al *cuarto milenio antes de Cristo*. Los extremos de los haces eran ligados entre sí, lo que originaba en ellos la tendencia a encorvarse hacia arriba”. De este modo apareció en las primitivas balsas de hace seis mil años, la proa, o algo pretendidamente como proa. A estas balsas, Woolley llama simplemente *flotadores de papiro*: “... meros manojos de tallos de papiro, atados, con los extremos curvados hacia arriba, de modo que formaban una proa puntiaguda y una popa más alta...”⁹. Estos flotadores —añade el ilustre historiador inglés— formaban un conjunto sólido, el cual se mantenía sobre el agua sólo por la *flotabilidad del material*, no porque el casco fuera hueco en medida alguna. Su capacidad de carga era muy reducida.

Más tarde, “con el fin de hacer intercambiables la proa y la popa y aumentar la maniobra en los estrechos canales pantanosos del Nilo, ambos extremos se hicieron puntiagudos”. En una última fase dentro del mismo tipo de embarcación, al agregarse haces de cañas a los costados para “proteger del agua a los pasajeros y a la carga”, la balsa de junco se transformó, insensiblemente, en una *canoa elemental*¹⁰.

Sin salir del género *balsa*, los egipcios, por el año 4000 antes de Cristo, con el mismo material de sus embarcaciones comunes (“la esbelta caña del papiro”), y sin sospechar todavía la vela, lanzaron a las aguas de su río un modelo desusadamente grande, muy espacioso, de “largos manojos de papiro atados juntos”,

muy boyante y práctico, *con cabina al centro* (lo que era posible por el tamaño) y “hasta ocho pares de remos” para la impulsión¹¹.

Por *difusión* o “por razón de un desarrollo local independiente”, el uso de las balsas se propagó en el mundo, cubriendo con mayor o menor uniformidad las áreas de las *grandes culturas*. Desde Cerdeña en el Mediterráneo hasta la América del Sur, *pasando por Asia*, “todas presentan —observa Gibson— una similitud sorprendente, y los mejores ejemplos modernos, las balsas del Lago Titicaca, en el Perú, están a la altura de la embarcación egipcia de la quinta y sexta dinastías”.

Tocante a los pueblos de la Mesopotamia —otra de las cunas de la civilización—, ellos siempre prefirieron el transporte acuático al terrestre por lo difícil y costoso que les resultaba éste.

La navegación en la Mesopotamia, desde la más remota edad, se explica por los ríos Eufrates y Tigris, que cruzan el país desde las montañas del Norte, donde vivían los asirios, hasta los llanos próximos al golfo Pérsico.

Ya por el año 3000 antes de Cristo (o 2500) se conocían diversos tipos de embarcaciones. Los asirios ingresaron a la confrontación de los primeros pueblos navegantes, con una espléndida *balsa de madera*, desarmable, la que ha llegado a nuestro conocimiento por unos dibujos muy claros que aparecen en la cerámica decorada de la época. En realidad, era una balsa mixta y de existencia efímera: lo primero, porque se componía de maderos, perfectamente trabajados, con flotadores de pellejo, inflados; lo segundo, porque navegaba desde los bosques del Norte, por el río Eufrates, hasta las llanuras del Sur, donde, deshecha, era negociada como madera. Sus conductores, por tierra, volvían a las cabeceras del río, para construir otra balsa y repetir el negocio. Llamaban a estas balsas *kelek*, y Woolley las define como “maderos atados juntos y sostenidos por cueros hinchados”¹².

DE LA BALSA AL BARCO

La antigua India tiene el *catamarán*, embarcación con la cual cumple un papel destacado en la historia de la navegación en el mundo. El *catamarán* se inspira en la balsa de cañas pero se acerca, por la forma y por la técnica de la construcción, al *bote*. “Consiste en tres maderos, de los cuales el central es el más largo y va colocado más bajo que los otros dos. Por la parte inferior, los maderos son desbastados a nivel en cada extremo para proporcionar una fácil entrada en el agua”.

El *catamarán* desarrollado en la región de Coromandel alcanza perfección notable. Se compone de cuatro maderos, perfecta-

mente ensamblados, con una saliente a popa para el timonel y una proa afilada y empinada, que corta el agua.

Durante el Neolítico se produce un cambio substancial en la técnica de construcción de embarcaciones. Sin ser totalmente desplazada, la balsa cede paso a la *canoa*. Mientras la balsa se funda en la propiedad que tienen ciertos cuerpos para permanecer a flote, es decir, para no hundirse en el agua, el principio de la canoa es otro: *la masa de agua desalojada por el casco explica la sustentación*.

El salto en la técnica fue enorme y definitivo; tan definitivo que el mismo principio es el que fundamenta en nuestros días la navegación de los grandes barcos.

"Desde la época Neolítica se nota un progreso notable en los medios de transporte; la *piragua*, hecha de una sola pieza de madera (tronco de árbol ahuecado), se asemeja mucho más a nuestros navíos que a la *jangana* primitiva o a los primeros árboles flotantes"¹³.

En los comienzos de esta era está el *bote de cuero*, cuyo origen lo encontramos en el río Eufrates, de la Mesopotamia. Llamado *guffa*, su punto de partida es el *cesto* o *entramado de junquillo*. En un principio fue de pellejo bien cosido pero más tarde las junturas se *calafatearon* con betún, una substancia que abunda en el país. Su forma era redonda, impropia para la maniobra y contraproducente para la velocidad.

Durante el Neolítico europeo, período de los *dólmenes*, hubo ya un activo comercio entre varias regiones, que Obermaier resume de la siguiente manera:

1) Un camino comercial, *oceánico*, de gran importancia, comunicaba las costas de la península Ibérica con las de Francia, Inglaterra y el Mar del Norte. Este camino propagó los *dólmenes*, la alabarda y la cerámica decorada.

2) Una ruta *fluvial*, del interior, se extendía por el Danubio hasta el Elba.

3) Otra ruta *fluvial*, siguiendo los ríos Dniester y Vístula, comunicaba el Mar Negro con el Mar Báltico.

4) Finalmente, otra importante ruta usaba los ríos Ródano, Sena y Rin.

Así llegaban hasta el corazón de Europa y a las costas del Mar del Norte, objetos exóticos, como la concha *Spondylus* del cálido Mar Rojo¹⁴.

La canoa de tronco ahuecado de muchos pueblos modernos, como los indonesios y los malayos, tiene su más remoto antecedente en tipos de avanzada construcción de la antigüedad, como se desprende de ciertos dibujos que narran, por así decirlo, gráficamente, las invasiones sufridas por el Egipto de los faraones de parte de pueblos orientales con flotas que cruzaron el

Mar Rojo. El mismo tipo está en Mesopotamia pero se trata, sin duda, en el caso de los dibujos, de *canoas de mimbre forradas con cuero*, hechas al modelo de las canoas ahuecadas venidas de fuera. La *forma* se copió pero la técnica de construcción empezada con los cestos flotantes de pellejos, se mantuvo.

De la época siguiente a la invasión de Egipto, se conocen *canoas ahuecadas de lados elevados por la adición de tablones* y también *canoas dobles*, unidas por travesaños. Aunque no hay evidencia de estos modelos en el país de los faraones, si la hay, en cambio, en la India. La máxima popularidad se dio, y persiste, entre los maoríes de Nueva Zelandia y otros grupos polinesios. Con éstos, el área de distribución de la canoa o piragua con bordas de tablones, fuertemente agregados con *costura*, se extiende sobre millones de kilómetros.

La *canoa doble*, con anchos travesaños para formar una cubierta espaciosa, es común en el SE de Asia.

La ampliación de la *canoa ahuecada* con tablones a los lados tuvo extraordinaria repercusión en la técnica ulterior de la construcción naval: dio origen, por un lado, a la *quilla*, derivada del *espinazo central*, y, de otro, al *barco de tablones de gran capacidad*. La canoa con *falcas* señala el inicio de la técnica naval que, con diferencias de grado solamente, se mantiene hasta nuestros días.

“El final del Neolítico (en el Cercano Oriente, entre los años 3,500 y 3,000 antes de Cristo) fue una época de importancia fundamental en la historia de la humanidad. Aparte de nuevas formas de agricultura, en este período aparecen la minería, la metalurgia, la arquitectura, la rueda, el *barco* y la escritura: de hecho, todas las artes fundamentales de la civilización moderna”¹⁵. Este es el período llamado *predinástico*, que precede a las dinastías históricas de Egipto y Mesopotamia. Desde esta época, la *revolución naval* obliga a Egipto a solicitar la madera excelente de los bosques de Líbano, y a los pueblos de la Baja Mesopotamia a recurrir igualmente a la madera de los bosques del Norte, donde imperan los asirios¹⁶.

Los cambios en la construcción naval *hacia el barco*, ocurrieron en el *tránsito de la Edad de Piedra (Neolítico) a la Edad del Bronce (con su precedente, la Edad del Cobre, o Calcolítico)*, y no por coincidencia o puro azar sino —como dice Gibson— por las condiciones económicas y sociales impuestas por los nuevos tiempos y por la concurrencia de nuevos medios de trabajo y herramientas. “La sociedad de la Edad de la Piedra no había sentido la necesidad ni poseído los medios para producir una embarcación *construida con tablones*. Los grupos de la Edad del Bronce sintieron esa necesidad y poseyeron los medios”¹⁷.

Examinando la situación de los nuevos tiempos se descubren las siguientes causas de este cambio en la historia de la navegación. En primer lugar, una *causa de caracter técnico*, cual es el trascendental desarrollo de la metalurgia, que dio las herramientas adecuadas para el trabajo de la madera (hachas y azuelas que antes se desconocían). En segundo lugar, una *causa económica*, compleja, de múltiples aspectos, caracterizada por el desarrollo de la agricultura, la formación concomitante de las primeras ciudades de la historia y la consiguiente intensificación del comercio: un comercio ya no meramente regional o de comarca a comarca o entre provincias colindantes, sino entre países distanciados, con vastas extensiones de mar interpuestas. Finalmente, una *causa social*: la especialización en el trabajo y en la función dentro del grupo, con técnicos, artifices y especialistas, que trajo por consecuencia la acumulación de alimentos, altamente negociables y urgentemente requeridos por grupos no productores.

Las nuevas necesidades y el cuadro de la sociedad, en plena *revolución* (la segunda gran revolución de la prehistoria, después de la neolítica, de que habla Gordon Childe), impusieron los *bajeles de tablonas*.

Antes, Egipto presenta una novedad. Siguiendo la forma de sus *flotadores de papiro*, inventa un modelo de embarcación grande, de *madera*, con gran capacidad de carga, pero único en la historia de la arquitectura naval porque *carecía de quilla y cuadernas*. El casco era una sucesión de tablas superpuestas como los ladrillos en una pared, afirmadas entre sí por medio de pernos o prisioneros y puestas en sucesión tal que formaban un aparejo machihembrado. El calafateado se hacía con estopa y papiro. Esta curiosa embarcación no tenía cubierta o alcázar pero sí tablonas transversales para los remeros. Sólo servía para el transporte fluvial; no resistía aguas movidas.

Posteriormente —y éste sí para el mar—, Egipto botó un tipo más chato y resistente para los casos, frecuentes en la navegación oceánica, de “cabalgar sobre la ola por el medio, con la proa y la popa fuera del agua”, sin que la barca se rompiera el espinazo. Mediante un sistema de potentes cabos y redes de fuertes sogas, fue dada la necesaria solidez a este modelo.

Con estos barcos, los egipcios realizaron viajes regulares a las costas de Siria, en demanda de los codiciados productos de aquella tierra, especialmente la fragante e incorruptible madera del Líbano. El comercio de la madera llegó a ser muy activo, el principal del Mediterráneo oriental. Así, de la duodécima dinastía hay un relato que habla de una flota de veinte grandes barcas en viaje a la ciudad de Biblos, por cedro (2,000 años antes de Cristo).

Pero, las barcas egipcias no solamente operaban en el Mediterráneo, hacia Fenicia y Siria, sino, también, en el Mar Rojo. Relatos del año 2,600 antes de Cristo, cuentan de viajes a lo largo del Mar Rojo hasta el *país de Punt*, en la actual Somalia, de donde los armadores sacaban incienso y mirra para los usos del templo. Se usaban naves grandes, de madera, hechas a imitación de las sirias de Biblos.

Mientras tanto, los pueblos de Mesopotamia ponían en servicio en sus arterias fluviales un modelo de *barco verdadero*, "con quilla y cuadernas cubiertas de sólidas planchas, con proa roma y popa cuadrada...; tenía un *vela latina* y pesados remos parecidos a canaletes...". Su largo era como de nueve metros. Se le conocía, y conoce (porque subsiste), con el nombre de *belem*. Para su construcción se empleaban maderas de los bosques asirios y del país de los hititas¹⁸.

Avanzado ya el cuarto milenio precristiano, la navegación dio un paso de suma importancia: la *utilización de la fuerza inanimada del viento para la impulsión de las embarcaciones*.

Utilizada primero en embarcaciones pequeñas, la *vela* pasó en seguida a los barcos grandes. Por el tamaño de estos barcos, repletos generalmente en sus travesías de pesadas cargas, el remo había resultado insuficiente. El ingenio del hombre permitió aprovechar para la impulsión la energía eólica. "La prueba más antigua de la existencia de *navios a vela*, la brindan los dibujos de los jarrones egipcios, que son algo anterior al año 3,000 a. C. ... Prueban que la vela fue inventada antes del 3,000 (quizá, por el 3,400 antes de Cristo)" —dice Gordon Childe— y *no en el Nilo sino en el golfo Pérsico*¹⁹.

La del viento fue la primera fuerza inanimada utilizada por el hombre para proveerse de energía motriz.

Recuerda el mismo Gordon Childe que hay grabados en piedra y dibujos en mangos de cuchillo que muestran *naves a vela* sumerias luchando con embarcaciones de haces de papiro egipcias en las costas del Mar Rojo. La antigüedad de la vela, por lo tanto, es evidente.

En uno de sus muy difundidos libros, Gordon Childe precisa la ubicación de la vela dentro de un cuadro cronológico general, tras señalar, con justicia y oportunidad, que la vela es uno de los inventos del hombre que más larga vigencia ha tenido a través de los tiempos. En efecto —dice el eminente antropólogo australiano—, la vela, como se acaba de indicar, aparece por el 3,400 antes de nuestra era y dura hasta, exactamente, el año 1807, en que Fulton sometió a prueba su máquina de vapor aplicada a la navegación. O sea que durante *cinco mil quinientos años* la vela imperó en el mar.

El cuadro cronológico de Gordon Childe es el siguiente²⁰:

1) *Canoas de cuero y piraguas* por el 5,000 antes de Cristo, o sea, durante la *primera revolución neolítica*, probablemente utilizadas para la pesca, en Egipto.

2) Por el 4,000 antes de Cristo: "embarcaciones importantes, hechas de haces de papiro, atados, impulsadas por cuarenta y más remeros o bogadores y equipadas con una especie de cabina cerca del centro", en las aguas del río Nilo.

3) Por el 3,400 antes de Cristo: *barcas a vela en el Nilo*, probablemente inventadas en el golfo Pérsico y asimiladas por contactos bélicos (en todo caso, vela en Egipto de origen extraño).

4) Por el 3,000 antes de Cristo: "... los barcos a vela navegaban libremente en el Mediterráneo Oriental... lo mismo que en el Mar de Omán".

Los egipcios utilizaban la vela en el Nilo para remontar el curso de las aguas, gracias al viento Norte, constante.

La técnica de la construcción progresó, produciendo pronto grandes barcos, de extraordinaria capacidad, pero no por ello las embarcaciones tradicionales, pequeñas, desaparecieron. Insustituibles en los canales cenagosos del Nilo, las embarcaciones de papiro, las otras de troncos ahuecados y las balsas de madera de diverso tipo, siguieron usándose.

Algo parecido ocurrió con el remo, que, sin llegar a competir de igual a igual con la vela —ésta, cada vez más importante y mayormente extendida—, se mantuvo en diversas embarcaciones y hasta como fuerza auxiliar o de emergencia en los navíos.

Así, el Mediterráneo Oriental, a través de los siglos, presenció primigenios y notables progresos náuticos, que dieron, por ejemplo, andando los siglos, el *barco mercante*, a vela, ancho y profundo. Hablando del Mediterráneo Oriental y de los barcos mercantes, no se puede dejar de mencionar a los fenicios. Grandes marinos por la continuidad del trabajo en el mar y el activísimo comercio que practicaban con beneficio de muchos pueblos, nunca salieron, sin embargo, de la navegación puramente de *cabotaje*, siempre a lo largo de la costa, sin aventurarse a cruzar el mar abierto. Woolley dice que la mayor aventura de los fenicios fue tocar en la isla de Chipre, la que no está distante de la costa de Siria, casi a la vista. Pero, así, pegados a la costa, comerciantes seguros antes de aventureros, llegaron muy lejos y favorecieron un fecundo intercambio entre diversas naciones, siendo grandes propagadores de la cultura.

Pueblo a la cabeza de los conquistadores del mar, detentador mucho tiempo de las más importantes insignias, fue el cretense. La cultura cretense, llamada también, por el rey Minos, *minoica*, se inició por el 3,400 antes de Cristo, o sea cuando en el golfo Pérsico aparecían las primeras embarcaciones con vela, y a corto

plazo alcanzó el dominio más completo en los mares del Mediterráneo Oriental, especialmente en el Egeo, que fue suyo por muchos siglos.

Durante su *período medio*, por el 2,000 antes de Cristo, llamado *período de los palacios* por los imponentes edificios megalíticos que levantó, el pueblo cretense sostuvo activo comercio con “los países del contorno del Mediterráneo Oriental”, llevando en sus barcas cerámica, aceite y vino —productos, todos, codiciadísimos— a Egipto, Chipre, Asia Menor y el Peloponeso. Deseosas de mantener siempre buenas relaciones, las autoridades destinaban también, en estos viajes, presentes valiosos a los príncipes y reyes del contorno²¹.

El mérito principal que le asigna Woolley es que sí fue, a diferencia del fenicio, *navegante de alta mar*. Fue el cretense —dice Woolley— “un pueblo comercial cuyas *naves de alta mar* tenían un campo de acción más vasto” que el de las naves fenicias²². De esta manera, contribuyó eficazmente a mezclar las culturas en tal medida que, ya en el siglo XIII antes de Cristo, existía por esta combinación de elementos de diverso origen una verdadera civilización del Mediterráneo Oriental.

Por el 1,650 antes de Cristo —apunta Obermaier—, tras los cataclismos —terribles terremotos, sin duda— que apagaron temporalmente la civilización minoica²³, se produjo un resurgir asombroso y Creta, entonces, *alcanzó la preponderancia marítima completa en el Mediterráneo*. Su esplendor estuvo en el *dominio del mar*, con grandes flotas, marinos expertos y puertos francos en Egipto, país con el que mantuvo el más regular y beneficioso intercambio.

Más tarde, a la decadencia definitiva de Creta siguió el florecer de la *cultura micénica*, en el Peloponeso, hasta el 1,200 antes de Cristo, que es la época conocida con el nombre de *tiempos homéricos*. Durante este lapso, que señala el nacimiento de Grecia, “el comercio micénico fue inferior al de Creta”, y el nivel antiguo nunca fue alcanzado hasta muy desarrollada la nueva cultura.

Por rápido y somero que sea este vistazo sobre los orígenes de la navegación en el mundo, no se puede omitir una referencia a los árabes. En el lado del Indico debe destacarse el importante papel desempeñado desde la Edad del Bronce por los pueblos aborígenes de Arabia en las comunicaciones oceánicas hacia la isla de Ceilán y la India desde el golfo Pérsico. En estas comunicaciones ningún rol destacado jugaron los pueblos mesopotámicos toda vez que ellos, no obstante ser excelentes navegantes de río, poco practicaron la navegación marítima²⁴, aunque se sabe por el testimonio de la cerámica que naves sumerias, a vela, incursionaban al Mar Rojo, quizá en operaciones piráticas.

Grecia y Roma, sucesivamente, cubren sendos capítulos de la historia naval del Mediterráneo, con grandes flotas de guerra y mercantes —éstas, para el transporte, particularmente en época de Roma, del trigo—, constituidas casi uniformemente por *gale-ras*, un tipo de buque que por mucho tiempo fue un emblema de la navegación en la antigüedad.

ORIGEN DE LA NAVEGACION ABORIGEN PERUANA

La navegación aborígen peruana se desarrolló sobre la base de cuatro tipos de embarcaciones:

- a) la *balsa de troncos*, con su variante, la *balsilla*;
- b) la *balsa de totora*, con su modalidad principal, el *caballito*;
- c) la *balsa de calabazos*, usada no en el mar sino en los ríos de la Costa, para cruzarlos; y
- d) la *balsa de odres o pellejos inflados*, relegada en su distribución principalmente al Sur.

Es probable que llegaran del Norte —no que se usaran— *canoas*, *piraguas* y otros tipos cuyas áreas de distribución, cuidadosamente estudiadas, nunca tocaron el Perú.

Estas embarcaciones de la antigua civilización peruana —a las que habría que agregar la *balsa lacustre del Titicaca*, emparejada con la balsa de totora marítima, como se verá más adelante—, han llegado a nuestro conocimiento por: a) las *descripciones de los cronistas e historiadores* de los tiempos siguientes a la Conquista española; b) los *testimonios arqueológicos*, muy incompletos, con lagunas inexplicables; y c) la *Etnología* y el *Folklore*, de los pueblos de la Costa y el Altiplano, que han conservado, al parecer puros, los usos y los medios de trabajo de la antigüedad.

Lothrop advierte que las descripciones que nos han dejado los cronistas del Descubrimiento y la Conquista sobre las embarcaciones del Perú aborígen, son muy escasas y deficientes. No se salva de esta crítica ni el minucioso Padre Cobo, autor del más grande inventario del Nuevo Mundo, afamado por prolijo, menos en navegación, donde ciertamente tiene vacíos. Por lo tanto, el estudio de la *navegación prehispánica en la costa occidental de Sudamérica* y, especialmente, en el Perú, por somero que sea, tiene que echar mano a los testimonios arqueológicos, que están en los objetos de cerámica, metal y madera, y también en los tejidos, los que proporcionarán importantes datos sobre los modelos náuticos antiguos. Esto, en lo que toca exclusivamente a la parte Norte de la costa peruana, donde la cerámica fue realista y da al investigador, por lo tanto, información cabal. En cambio, en la costa Sur, a contar de Pachacámac, no

Representación estilizada, geométrica, de una escena de pesca, en tejido. El detalle que muestra la lámina, corresponde a un paño de 38 centímetros por 20. (*Ica-Chincha*). Siglo XIII de nuestra era. Museo Yoshitaro Amano. Foto: *Fernando La Rosa*).

En medio de la taza de lados expandidos, se eleva un pequeño pedestal, de altura ajustada al nivel del agua que llenaba el recipiente, y sobre el pedestal se apoya el admirable conjunto de dos remeros que bogan con canaletes, impulsando una pequeña balsa de totora, de proa y popa arrufadas. Se notan, por incisión, los haces de totora que forman la embarcación así como las cuerdas transversales que aprisionan los atados. Dimensiones: diámetro de la taza, 24 centímetros; alto, 16. (*Mochica*. Costa Norte. Aproximadamente, siglo VII de nuestra era. Museo Yoshitaro Amano. Foto: *Fernando La Rosa*).









Caracol marino, de plata, sobre base cónica, del que se levantan dos picos divergentes con asa arqueada. En un extremo, la diminuta figura de una paloma. Dimensiones: 24 centímetros de alto y 18 entre los extremos del caracol. (*Chimú*. Costa Norte. Aproximadamente, siglo XIII de nuestra era. Museo de Oro del Perú. Fundación Miguel Mujica Gallo. V 86 - 4734. Foto: Manuel Romero).

hay información de este tipo porque el arte no fue realista sino, por el contrario, muy convencionalizado; es decir, poco o nada ilustrativo²⁵.

El primer problema que se plantea es el del origen de los diversos tipos de embarcaciones que usaron los peruanos antes de la llegada de los españoles, y que siguieron un tiempo o siguen todavía usando los nativos o sus descendientes, en unos casos en forma amplia, en otros restringida. Desde luego, ha sido enfocado el asunto partiendo de una observación inspirada en el fundamental concepto del *determinismo geográfico* que explica la formación de los elementos de cultura material. Este determinismo lo vio, en el siglo XVII, el sagaz observador que fue Antonio Vásquez de Espinosa, cuando al tratar del gran desarrollo naval en Guayaquil, tanto en la época prehispánica como en los tiempos coloniales que fueron suyos, dijo que ello se debía, simple y llanamente, a la abundancia de "buenas maderas... muy fuertes..." en las selvas inmediatas. Para el autor del *Compendio*, la materia prima condicionó el desarrollo en uno y otro tiempo. (Del Guayaquil colonial y sus astilleros, dijo: aquí "se labran... navíos que son los mejores que se fabrican en el mundo...")²⁶.

Lothrop también ha considerado este factor, concediéndole mucha importancia, como en realidad la tiene. La costa del Pacífico de América del Sur —observa—, entre el Istmo de Panamá y el Cabo de Hornos, se extiende sobre sesenta grados, presentando muy diversas fisonomías geográficas y climas consecuentemente muy distintos. "Colombia y Ecuador tienen selvas tropicales, lluvia abundante y ríos navegables en pequeños botes. El Perú y el tercio Norte de Chile presentan, por el contrario, desiertos costeros casi sin árboles. Más al Sur, en la sección *araucana de Chile*, hay nuevamente lluvias abundantes conjuntamente con tupidos bosques y ríos turbulentos. Finalmente, la *región magallánica* se caracteriza por innumerables bahías e islas cubiertas de vegetación, pero tiene pocos ríos debido a la proximidad de la cordillera al mar". Esta calificación geográfica es importante porque *el clima y el medio condicionan los desarrollos de la cultura*. Cada una de las regiones arriba mencionadas, por su clima y características geográficas generales, *exigió y condicionó* una cierta clase de embarcación. Además —y esto es fundamental en la apreciación de los hechos—, "... los *materiales disponibles* para la construcción, eran *limitados por el clima de la localidad*..."²⁷.

Unánimemente, los estudiosos de la materia sostienen que determinados tipos de embarcaciones son de *origen selvático* y otros, de *origen costero*. Siguiendo a Tello, Mejía Xesspe dice que "... el indio aborígen sudamericano inició en la floresta el

desarrollo de su cultura, a base de los recursos naturales del medio geográfico y climatológico. Allí [en la floresta amazónica] ensayó la industria de la agricultura, de la pesca y de la navegación; el arte de la madera y de la cestería; el arte lítico y la cerámica. Allí también forjó su religión y su mitología, a base de los seres monstruosos y fieros que pueblan la región...²⁸.

La navegación habría sido, por consiguiente, de *origen selvático*; inicialmente fluvial. Después se adaptó al mar. Igual piensa el ecuatoriano Estrada, buen conocedor de estos problemas. En su estudio sobre la navegación *manteña-huancavilca*, dice: "Las balsas oceánicas manteñas (*huancavilcas*), las *jangadas* del Brasil... las balsas de los tupinambas, las *imbaburas* (o canoas de los indios cayapa-colorados), las *sechuras* (o balsas de ese puerto peruano)...; los caballitos" (debió decir, las *balsillas*) "de Arica, las *balsillas* de la localidad de Playas, etc., constituyen eslabones en la teoría de una *relación cultural desde el Amazonas a la costa Oeste de la América del Sur* y hasta Costa Rica y Nicaragua, habiéndose encontrado también allí navegación de balsa..."²⁹.

Para la *balsa de troncos*, Friederici fue más lejos porque agregó a los tres eslabones arriba señalados —*Amazonas, costa occidental sudamericana* y *costa occidental centroamericana* (según Lothrop)— un cuarto: el eslabón, presumiblemente final, de la *Baja California*, donde los indios de la época de la Conquista usaban unas *balsas de troncos* para navegar en el mar que tenían la *proa afilada* y el *tronco central sobresaliente*, muy a la manera de las balsas peruanas³⁰. Este rasgo bien puede considerarse como una prueba de la relación sugerida entre los indios de la costa peruana —herederos de la balsa selvática pero *probables inventores del sistema del tronco central sobresaliente* y de la *proa afilada*— y los indios de la costa de la Baja California, quienes habrían tomado este desarrollo técnico, incorporándolo a su norma de fabricación.

Es a Lothrop a quien debemos un planteamiento más amplio del problema y conclusiones mejor concebidas. Para este acucioso investigador, a quien tanto debe la Arqueología americana, la respuesta a la pregunta ¿cuál es el origen de las embarcaciones aborígenes de la costa peruana? no puede ser simple y restringidamente una sola, ni cabe tampoco adoptar un criterio uniforme y, por ende, simplista para el problema general. Tanto la *balsa de troncos* como la *piragua* son de origen selvático, amazónico, pero, la *proa en punta de la balsa de troncos* y las *embarcaciones de diseño "cuerno de luna"* son invenciones costeñas. Tocante a las *balsas de totora del lago Titicaca*, Lothrop las considera *derivadas del modelo costeño*.

He aquí la explicación para cada uno de los tipos:

1) *Piragua con extremos cuadrados*. Por ser una embarcación "admirablemente apropiada para el transporte fluvial" pero deficiente para la navegación marítima, se puede colegir que *su origen estuvo en los ríos del interior del continente*. Al producirse la *expansión hacia el mar* y hacia las islas de los pueblos *caribe* y *arahuac*, la piragua fue llevada a las áreas periféricas y se hizo embarcación de mar, sin llegar nunca a una buena adaptación (siguió teniendo una obra muerta muy baja). Tardíamente se le agregaron *falcas* y *truncos estabilizadores*, "poco después de la Conquista". *En suma*: primero fue fluvial y después marítima.

2) *Balsa de troncos o jangada*. Se originó, también, en los *ríos del interior*, como embarcación para *bajar las aguas hacia el mar*. Después se hizo embarcación marítima. Durante mucho tiempo (de la era histórica) se usaron balsas "con plataformas levantadas, que frecuentemente llevaban albergues pequeños" para el tráfico fluvial. A diferencia de la piragua, *la balsa sí se adaptó al mar*, convirtiéndose pronto en "la embarcación más marinera y útil del Nuevo Mundo"³¹. Mientras fue fluvial únicamente, no tuvo ni velas ni tablonés de quilla; pero, *cuando se hizo marítima, agregó a su estructura velas y guaras*. Con estos fundamentales aditamentos, pudo navegar en el mar y maniobrar con gran facilidad portando numerosa tripulación y pesada carga. *En suma*: origen fluvial, en los ríos del interior del Perú y Ecuador. Después se hizo marítima, adaptándose al nuevo medio.

3) *Balsa con proa en punta*. Este tipo de la costa del Perú, con proa en punta y popa cuadrada, esto es, de diseño hidrodinámico, "puede constituir un *desarrollo local*", ya que sus características no se dan en el interior. El prototipo, desde luego, está en las balsas de troncos, fluviales, del interior. La proa en punta, con tronco central sobresaliente ("como los dedos de la mano", según la gráfica expresión de los cronistas) es sólo un perfeccionamiento de las grandes balsas fluviales.

4) *Embarcaciones de diseño "cuerno de luna"*. Aquí se agrupan varias embarcaciones, hechas de diversos materiales y según pautas y técnicas que difieren unas de otras, pero que *tienen de común una saltante similitud en el diseño*. Este es el diseño que, apartándonos de la denominación que le da Lothrop, por considerarla desacertada, podemos llamar *cuerno de luna*. Comprende la *balsa de odres*, la *piragua araucana*, la *balsa de totora de doble punta*, el popularmente llamado *caballito de totora*, la *dalca*, la *canoa de corteza* y la *piragua magallánica*. Todas estas embarcaciones tienen el *mismo perfil*, con tendencia a aguzar la proa y, consecuentemente, a engrosar la po-

pa. Esta característica común —dice Lothrop— no puede ser tenida como un mero producto de la casualidad, sobre todo siendo tan numerosos los modelos y tan amplia la zona de distribución. Hay que creer en una *transfusión cultural*. Pues bien: a la inversa de lo dicho para las piraguas y las balsas de troncos, *este grupo de embarcaciones "cuerno de luna" se originó, no en el interior, sino "en la costa del Pacífico"*³².

5) *Balsas del lago Titicaca*. "Balsas de doble punta, por cierto, han navegado desde tiempos inmemoriales en el lago Titicaca" —dice Lothrop—, pero tiene fuerza la suposición de que tanto la *balsa de doble punta del Titicaca* como los otros modelos agrupados por el común denominador del perfil, con el nombre *cuerno de luna*, se originaron en la *costa del Pacífico*. Según este presupuesto, las balsas del Titicaca derivan de modelos marítimos. *Histórica y tecnológicamente, entonces, la balsa del Titicaca deriva del caballito de totora.*

Tras las conjeturas de Lothrop, sólidamente respaldadas, sólo cabe agregar, tocante al tema del origen de las embarcaciones aborígenes de la costa peruana, que en los últimos tiempos ha ganado posiciones entre los estudiosos europeos y norteamericanos la corriente difusionista, según la cual tanto las *balsas de totora* y *odres* como la *velera de quilla* habrían tenido origen *foráneo, extracontinental, probablemente asiático*. Clinton R. Edwards, al referirse al origen y cronología de las embarcaciones, habla desembarazadamente de *introducción de los modelos*, y propone el siguiente orden de antigüedad: primero, la balsa de totora; de ella habría derivado la balsa de odres; finalmente, habría producido la llegada de la *balsa velera con quilla*.

EMBARCACIONES DE LA COSTA OCCIDENTAL SUDAMERICANA, NO PERUANAS

Los pueblos de la costa occidental de Sudamérica, entre el Istmo y la Tierra del Fuego —fuera de los que habitaron la región del Guayas y el Perú—, tuvieron diversos tipos de embarcaciones, que no se amoldan a la relación anteriormente hecha. Los autores especializados, como Lothrop y Edwards, hablan de varios modelos de *canoas* y *piraguas*, no conocidos en el Perú o sólo en parte, eventualmente, aquí usados, que en vías de ilustración vamos a dar a conocer.

Antes, conviene hacer presente que ya los cronistas e historiadores del Descubrimiento y primeros años de la Conquista habían contado sus experiencias al respecto, describiendo en lenguaje pintoresco los modelos observados. "La embarcación más general y común en toda América —dice, así, Cobo—, es la *canoas*, de la cual usan los indios *yungas* y los habitantes de

las tierras de montaña", donde hay árboles grandes y "gruesos, de que se labra". La canoa —explica— es un tronco ahuecado, sin quilla y de dos o tres dedos de espesor, de la liviana madera del árbol llamado *ceyba*. "Con poca fuerza del viento o remos, vuela sobre el agua... haciendo conocida ventaja en ligereza a todo género de barcos". Pero, por otro lado, es una embarcación peligrosa que se voltea con frecuencia, "por lo cual, todos los que navegan en este género de embarcaciones, conviene sean buenos nadadores; y sonlo tanto los indios, que en volcándose la canoa, saltan al agua, y, nadando, la vuelven y enderezan"³³. Esta descripción corresponde al tipo usado por los indios de la isla La Española, llamado propiamente *canoa*, el cual, según explica el mismo Cobo, en Tierra Firme se denomina *piragua*; pero las piraguas tienen agregadas a sus bordas unas tablas o "zarzas de cañas betunadas", "con que vienen a quedar más altas y anchas que las canoas comunes".

Hay otras referencias interesantes, pero con el pecado sensible de la vaguedad, de la falta de una cuidadosa descripción, en Oviedo, Cieza y Zárate. El primero dice que, habiendo llegado Pizarro y sus hombres a la bahía de San Mateo, "vieron *dieciocho canoas grandes*, y las más dellas mayores que no las habían visto cristianos en aquellas partes, las proas y las popas muy grandes y altas, *con ciertos edificios de madera en ellas del altor de un hombre*; y venían a la vela y al remo; y llenas de gente con armaduras de oro y de plata en su cuerpo y brazos y cabezas; y en aquel edificio, que traían en las popas de las canoas, puestas muchas piezas de oro..."³⁴. Cieza refiere la baja a tierra de Pizarro en Cabo Blanco, para tomar posesión de aquella parte en nombre del Emperador, lo cual hizo en una canoa tan pequeña que zozobró³⁵. De las características de la embarcación nada dice el cronista, pero puede suponerse que era de tronco cavado y que procedía de la costa ecuatoriana o de la isla de La Puná, porque, por falta de madera, no las había ni en Tumbes ni en Sechura. Zárate da un dato muy interesante. Dice: en la *costa del Perú del Norte*, que "comienza desde la línea equinoccial adelante hacia el mediodía", por Cabo Pasao y Caraque, los indios "navegan la mar con *canoas falcadas*, que son cavadas en troncos de árboles, y con *balsas*"³⁶.

En las costas de Chile había otro tipo de canoa, que Cobo describe en los siguientes términos: "Hacen [allí] canoas de tres tablas: la una debajo y las otras dos por los lados; la de abajo hacen un poco corva, con las puntas algo levantadas, a la cual ajustan las otras dos, torciéndolas con fuego... Así juntas, las cosen con un hilo grueso hecho de ciertas cañas bravas... agujereando por donde ha de entrar el hilo con un diente de animal... Como quedan no bien calafateadas estas embarcaciones,

hacen tanta agua, que es menester que vaya siempre un muchacho echándola fuera con un calabazo mientras navegan"³⁷.

Lothrop, en su estudio sobre la navegación aborígen en la costa occidental sudamericana, estudia los tipos descritos por los cronistas, apoyándose no sólo en las fuentes históricas de los siglos XVI y XVII sino en el aporte, muy importante, de la Etnología. En primer lugar, se refiere a las *canoas con falcas*, y lo hace comentando un dato precioso contenido en el libro de F.E. Paris, *Ensayo sobre la construcción naval en los pueblos no europeos*, de 1841. Paris da cuenta de una "canoa peruana" con *falcas* o *batideros* sobre cuaderñas. La referencia a las cuaderñas corresponde naturalmente a un modelo del siglo XIX, pero el sistema de las *falcas* —explica Lothrop— "en el Nuevo Mundo es, sin duda, *precolombino*".

Conviene aclarar, sin embargo, que las *falcas precolombinas* diferían grandemente de las falcas de las embarcaciones nativas del siglo XIX. Las *falcas precolombinas* no eran de madera sino *simples haces de totora*, atados a los lados de la embarcación para proteger carga y pasajeros, a la manera que aún estilan los balseros del Titicaca³⁸.

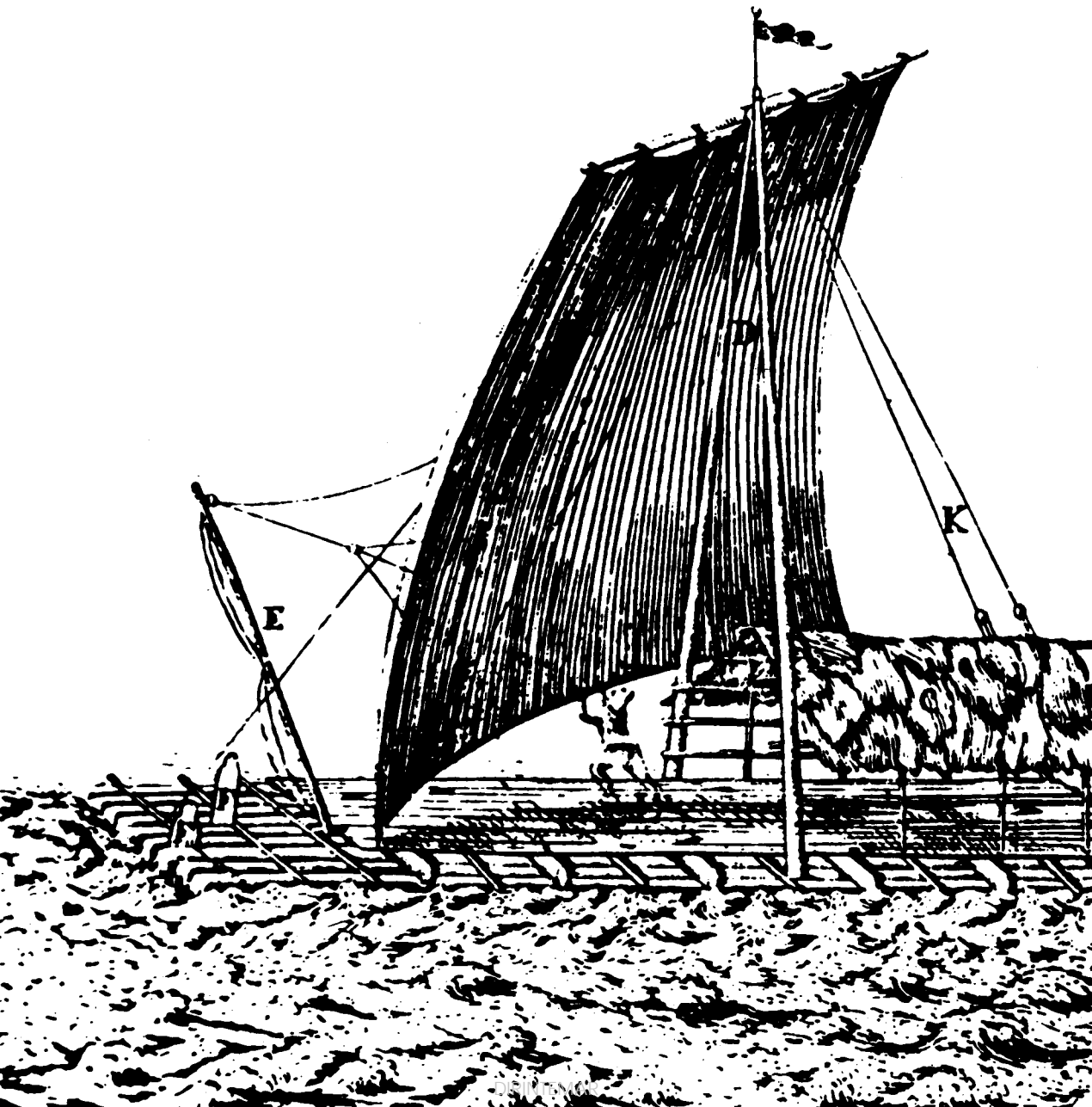
Tocante a la *dalca* o *canoa de tablones cosidos*, propia del Sur de Chile —de la que dejó una buena descripción Cobo, como acaba de verse—, hay un aspecto en su estudio que directamente interesa a la historia de la navegación primitiva en el Perú —aunque ese modelo no existió aquí—, *porque abre la posibilidad de admitir una corriente de influencia de procedencia oceánica*.

El origen de la *dalca* es un problema que ha sido y sigue siendo arduamente debatido. Las soluciones propuestas son dos: una, que "se trata del resultado de una *transfusión de cultura* a través del Pacífico"; otra, que la *dalca* es de origen local. Para nuestro estudio, la primera hipótesis es la que interesa.

Como cuestión previa en el examen de las posibilidades, hay que tener en cuenta las corrientes marinas, la dirección de los vientos regulares y las rutas de las tormentas en el Pacífico meridional, para lo cual conviene recordar algo de lo explicado en el capítulo sexto. Lothrop dice: "En lo que se refiere a las corrientes marinas, vientos y rutas de temporales, resulta evidente que todos ellos normalmente se mueven alejándose de Sudamérica, y deben, por lo tanto, ser considerados como factores desfavorables"³⁹.

Por consiguiente, debe ser descartada la hipótesis de una canoa isleña de los mares del Sur, de tablones cosidos, *sin tripulación*, que hubiera llegado a América arrastrada por el viento, por las corrientes o por un temporal, para finalmente, en el Nuevo Mundo, servir de modelo.

Balsa del golfo de Guayaquil (costas del Perú septentrional y Ecuador), "dibujada con sus proporciones", según reza la leyenda, para la obra de Jorge y Juan y Antonio de Ulloa *Relación histórica del viaje a la América meridional* (Madrid, 1748; tomo I). La lámina original, que lleva el número XI, aparece frente a la página 266. Comparados los detalles del dibujo y los datos de la descripción minuciosa que hacen los autores con las referencias de los historiadores y cronistas del Descubrimiento, se desprende que este tipo seguía fielmente el modelo antiguo.





Descartada esta posibilidad, hay que considerar la "de un viaje hecho intencionalmente". R. B. Dixon (1928) es el que mejor ha estudiado los viajes a través del océano de los pueblos de Polinesia y de otras regiones, pero él "llega a la conclusión, sobre la base del gran peso de las pruebas, que dentro de toda posibilidad razonable piraguas polinesias no podrían haber realizado un viaje de 4,000 millas a Chile...".

El mismo Dixon, a quien sigue en esta parte Lothrop, agrega esta otra conclusión: las únicas embarcaciones polinesias que hubieran podido, en todo caso, cruzar el ancho mar hasta la costa occidental de Sudamérica, habrían sido las llamadas *piraguas dobles*, que tienen indudablemente gran capacidad de travesía y son excepcionalmente marineras, pero esas piraguas dobles "son las que menos parecido tienen con el tipo de embarcación de tablones cosidos, o *dalca*". Por consiguiente, sería inútil buscar la relación casual ni admitir la hazaña de la travesía.

Bien es cierto que las piraguas polinesias presentan tablones cosidos a sus bordas para elevar el casco y evitar el ingreso del agua. Pero, este es un parecido tan sólo, en tanto que las diferencias son muchísimas. Si la *dalca* derivara de la piragua polinesia con falcas cosidas a sus bordas, la relación habría determinado el paso de muchas otras características fundamentales, como, por ejemplo, el uso de los *balancines*, el sistema de aplicación de las falcas mencionadas mediante uniones con *pestaña* para obtener una mayor superficie de apoyo, la aplicación de sustancias impermeabilizantes, etc. Nada de eso hay en la *dalca* del Sur de Chile, de donde debe deducirse que es un tipo de embarcación que no guarda relación con las *piraguas con falcas* de Polinesia, que son las únicas naves que habrían podido llegar a América.

Para complicar todavía más el problema, los especialistas en navegación primitiva recuerdan que en la antípoda de Chile, en la lejana India —costas de Malabar y bahía de Bengala—, a miles de millas de distancia pues, también hay *dalcas*, iguales a las sudamericanas o, por lo menos, de parecidos sobresalientes. La investigación, sin embargo, descarta toda posibilidad de contacto. De donde, hay que concluir en el sentido de que la *dalca* chilena debe ser considerada como un producto local.

LA PIRAGUA, TAMPOCO PERUANA

La piragua —embarcación de la que hay varios modelos en el catálogo precolombino sudamericano—, tampoco se usó en el Perú (costa) de antes de la llegada de los españoles. Su área de distribución fue entre Darién y el Guayas, no avanzando más

al Sur En la era histórica, en cambio, eventualmente fue traída del Norte, y así hay diversas referencias, tanto del siglo pasado como del actual, que la presentan en Tumbes, Puerto Pizarro, Paita, Máncora, Carquín, Ancón, Pucusana. Murphy, según cuenta Clinton R. Edwards, vio flotas de piraguas y balsas de troncos en los mares de Eten, las primeras procedentes del Ecuador.

Al tipo que tratamos quizá perteneció la embarcación que fue hallada, bajo tierra, en el Callao, en los tiempos del Padre Callancha, y de la cual el ilustre agustino, autor de la *Corónica Moralizada*, da cuenta en los términos que siguen. Dice que el Padre Provincial, Fray Pedro Simón, presenció en el puerto de Los Reyes el hallazgo, en un socavón abierto por los españoles, de "un navío diferente de los que usamos, cubierto con gran máquina de tierra, y que era de cuando el diluvio anegó el universo"⁴⁰.

Juan Diego von Tschudi, el gran viajero y naturalista suizo que visitó el Perú entre los años 1838 y 1842, y escribió después sus famosos relatos, que recientemente han aparecido traducidos al castellano bajo el título de *Testimonio del Perú*, tuvo una curiosa aventura en Huacho, de cuya descripción se desprende que allí se usaban piraguas, seguramente de fabricación foránea. Dejó dicho que "la resaca en Huacho es tan fuerte que una lancha corriente no puede tomar tierra allí, y el desembarco debe ser realizado en las angostas piraguas de los indios... Estas piraguas son troncos de árboles angostos, ahuecados, a cuyos costados están clavados dos palos de madera porosa (*palo de balsa*). Un indio va adelante y otro atrás con sendas paletas, cortas, de madera, que va metiendo al agua, ya a la izquierda ya a la derecha, impeliendo a la piragua. Los pasajeros se arrodillan al centro y no pueden moverse ya que al menor movimiento voltearían la embarcación..."⁴¹.

Un dibujo de Juan Mauricio Rugendas de la bajada a los baños de Chorrillos, hecho en 1843 (y expuesto en el Museo de Arte de Lima en julio de 1971, con motivo de la celebración del Sesquicentenario de la Independencia), presenta en primer plano, entre el barranco, por el que bajan bañistas a caballo, y unas rústicas ramadas en la playa pedregosa, un conjunto de ocho embarcaciones, de las cuales una es un bote con cuaderñas y tolete para el remo y siete indudablemente piraguas. Aunque el trazo no permite la identificación, cuatro de ellas, por lo menos, son del tipo c), según la clasificación de Lothrop, que a continuación se describe, es decir, piraguas de extremos cuadrados, como debió ser seguramente también la que utilizó Tschudi en Huacho.

Edwards dice: "Si bien falta documentación, yo supondría que la *piragua* fue introducida a aguas costeñas del Perú en la época colonial española"⁴².

Los tipos de piragua que Lothrop describe, son los siguientes:

a) *De extremos aguzados o en punta*: los dos extremos en punta pero sin ninguna *arrufadura* (proa o popa levantadas). Este tipo recuerda un poco las canoas norteamericanas de corteza de abedul. Es propio de las costas atlánticas. Excepcionalmente se le encuentra muy disperso en la costa occidental de Colombia y en el Istmo de Panamá.

b) *Con proa en punta y popa cuadrada*: se da en Ecuador y Colombia y en el Sur de Chile, "más no en el territorio intermedio"⁴³; desconocido extrañamente, por consiguiente, en el Perú. Las piraguas de este tipo son llamadas en el Norte con el nombre de *imbaburas*, tienen hasta 12 metros de largo, sus costados son levantados y en la popa llevan un hueco en el que se inserta el remo-timón. Con *estabilizadores* pueden navegar con entera seguridad desde Guayaquil hasta Panamá. El modelo chileno de los *yaganes* es muy imperfecto.

c) *De extremos (proa y popa) cuadrados*: las piraguas de este tipo se caracterizan por tener "plataformas de extremos cuadrados ... largo alero tanto adelante como atrás y poca o ninguna *arrufadura*"⁴⁴. Propio de Colombia y Ecuador pero extendido, al momento del descubrimiento, a todo el Nuevo Mundo desde Estados Unidos hasta Argentina, este tipo, sin embargo, *no caracteriza el arte de la construcción naval en el Perú precolombino*. Muy hábiles en su construcción son los indios *cayapa* del interior del Ecuador. Se le conoció en el Perú de antes de los españoles, como lo sabemos por la referencia de Cobo, transcrita páginas atrás, pero hay que dejar muy en claro, como advierte Lothrop, que su origen no estuvo aquí sino en el Norte, "ya que en el árido litoral peruano no crece la madera adecuada para la construcción de piraguas", de ningún género o modelo. Una revisión cuidadosa de las referencias de toda época, permite indicar que este tipo de piragua se usó en el Perú desde los tiempos precolombinos hasta las tres primeras décadas de la centuria actual. Parece que antiguamente —y con seguridad en nuestros tiempos— los modelos peruanos se hicieron con troncos importados del Ecuador, de una madera muy resistente que se llama *guachapeli*, incorruptible, tanto que se contaba que una embarcación construida con ella, podía durar hasta cien años, sin mayor mella del tiempo ni de las aguas.

A este tipo habría pertenecido la delgada y peligrosa embarcación que utilizó Tschudi para desembarcar en la caleta de Huacho.

d) *De extremos cuadrados con estabilizadores*: es el mismo tipo descrito anteriormente pero con el aditamento señalado de los *estabilizadores*. Inicialmente estuvo confinado a la isla de la Gorgona, en la costa colombiana, pero estudios posteriores le han marcado un área de distribución considerablemente mayor, que comprende no sólo las costas de Colombia y Ecuador sino también los ríos del interior de este último país. El sistema de los *estabilizadores* es muy interesante porque evoca el otro de los *balancines*, tan extendido en las islas del Pacífico, desde las Filipinas, por el Oeste, hasta la Polinesia oriental, sobre innumerables archipiélagos poblados por gentes de diferentes razas. Los estabilizadores de la Gorgona iban a ambos lados de la piragua, y en ellos Hornell vio una forma incipiente de los *balancines dobles*. Lothrop habla, no de balancines, sino de *tangones*. En la terminología náutica, tangón es la *botavara*, *botalón* o *leño travesaño* que se desprende a un lado o a ambos lados de la embarcación, para fijar en sus extremos el madero que flota para evitar la volcadura. En el sistema de balancines, el *flotador* está sujeto al extremo del *tangón*; en cambio, en el sistema de los estabilizadores de la isla de la Gorgona, los maderos están casi pegados al casco, siendo su función, por consiguiente, semejante mas no igual. Todo esto es muy interesante pero los hechos parecen indicar que el descrito sistema de los estabilizadores fue introducido por los españoles y no corresponde, por lo tanto, al terreno de estudio de la navegación aborígen americana. Habría venido de Filipinas, por las rutas mexicanas, y no de Polinesia, donde el modelo de inspiración no conoce el sistema de los balancines dobles.

LA Balsa de Troncos: Referencias Históricas

De la *balsa de troncos* —que, como ninguna otra embarcación, caracteriza el arte de la construcción naval en el Perú precolombino— hay muchas referencias históricas, que conviene aquí reproducir en apretada síntesis. La principal, desde luego, es la contenida en el famoso relato atribuido al cronista Xerez (o Jerez) pero que se conoce más por el nombre del copista, *Juan de Sámano*, secretario de la Corte. Contiene este relato una descripción preciosa de la primera balsa peruana que los españoles tuvieron oportunidad de examinar en plena navegación, portando gran cantidad de mercadería. Como la versión del encuentro es de capital importancia, será transcrita más adelante.

Para una mejor exposición de esta parte relativa a las referencias históricas sobre las *balsas de troncos* que los españoles encontraron durante los viajes del descubrimiento, se sigue a continuación un orden estrictamente cronológico.

1) *Viaje de reconocimiento de la costa peruana*. Cuenta el historiador Herrera que "navegando otro día [rumbo a Tumbes], tres horas antes del medio día, *descubrieron una balsa tan grande que parecía un navío*. Tomáronla con *quince indios*, vestidos de mantas y camisetas, en hábito de guerra...". Poco después, "*vieron otras cuatro balsas*" y los indios dijeron "que eran de Tumbes y que iban para hacer guerra a los de Puná, que eran sus enemigos"⁴⁵.

Producido el primer desembarco en la ciudad de Tumbes, toda ella bien edificada y deslumbrante por sus grandes templos y fortalezas, los lugareños mostráronse espantados de lo que contaban sus hermanos, los indios *lenguas* cogidos por los españoles, de los recién llegados, "hombres blancos... con grandes barbas". Entonces, para ganarlos, acordaron "hacerles buen hospedaje", para lo cual, entre otros halagos, "aderezaron *diez o doce balsas*, en que les enviaron mucha comida..."⁴⁶. Más adelante, "mandó el señor de Tumbes (o cacique), que con *balsas* llevasen maíz, frutas y otras cosas, y envió [con Candia] un hermoso carnero y un cordero..."⁴⁷.

El relato del mismo historiador, del viaje que siguió Pizarro hasta el paraje llamado Sancta y del regreso a Panamá, está lleno de otras interesantes referencias sobre las balsas de los indios *yungas*, que en todas partes recibían amistosamente a los visitantes. Llevando a bordo —cuenta— un muchacho guía para que mostrase el puerto de *Paita*, salieron los expedicionarios de Tumbes hacia el Sur, siguiendo la costa, siempre a la vista de tierra. Después de descubrir el puerto de *langará*, "llegaron a una isla pequeña, de grandes rocas, adonde oían bramidos temerosos... Hallaron que eran lobos marinos, de los cuales hay muchos en aquella costa, y muy grandes". Pasaron *Punta Aguja* y, más adelante, llegaron a *Puerto Santa Cruz*. En ese lugar, "salieron muchos indios en balsas, con pescado, frutas y otros mantenimientos".

Posponiendo la invitación de la señora del lugar, llamada *Capullana*, Pizarro siguió adelante, "barloventeando quince días" por los vientos contrarios; pero, al faltar leña, ordenó tocar en puerto, y el navío fue "rodeado de balsas, con mantenimientos". Bajó a tierra Alonso de Molina pero no pudo regresar porque el mar de pronto se embraveció. Como el mal tiempo siguiera por tres días consecutivos, dejaron a Molina entre los indios, que eran de buen temperamento, y el navío siguió al Sur, pasando por *Colaque*.

En varias partes fueron recibidos los expedicionarios por *indios balseros*, y un español marinero, de apellido Bocanegra, resolvió quedarse, lo que fue confirmado por Juan de La Torre, enviado por el propio Pizarro para certificar la decisión. En

Sancta resolvieron volver a Panamá, virando en redondo (el 3 de mayo de 1528, según precisa Prescott)⁴⁸.

Al regreso, recogieron a Alonso de Molina y Pizarro resolvió aceptar la invitación de la *Capullana*, siendo recibido el navío en el puerto de *Santa Cruz* por "*muchas balsas con mantenimientos y cinco ovejas de parte de la cacica*". La *Capullana* visitó primero el navío de los expedicionarios y se convino para el día siguiente la bajada a tierra de Pizarro, invitado especialmente. Ese día, "antes que saliese el sol, estaban alrededor del navío *más de cincuenta balsas* para que saliese el capitán: y en la una fueron *doce indios de calidad*" (lo que prueba el tamaño de la embarcación) "que entrando en el navío dijeron que se quedarían en él, mientras los españoles estuviesen en su tierra, porque así era justo"⁴⁹.

De regreso al navío, casi se produce una tragedia: "Pizarro despidióse de los indios —sigue contando Herrera, cuyo texto es similar al de Cieza—; fuese al navío; y yendo en una balsa, se trastornó y faltó poco que no se ahogasen todos".

Después de la cordialísima recepción de la *Capullana*, los expedicionarios siguieron al Norte tocando en varios puntos. Así, "caminando con el navío, llegaron a otro puerto de la costa, adonde hallaron *muchos indios en balsas*, con presentes; y un indio con un jarro de plata y una espada, que se perdió *cuando se trastornó la balsa*". Aquí también bajó Pizarro a una invitación especial y le hicieron una ramada para cubrirlo del inclemente sol.

Habiendo llegado el buque a *Cabo Blanco*, Pizarro bajó a tierra nuevamente, esta vez para tomar formal posesión de la provincia a nombre del Emperador, y lo hizo en una canoa, "y faltó poco que no se anegase, porque se trastornó".

Finalmente —siempre según el relato de Herrera—, llegado Pizarro de retorno a la playa de Tumbes, que ya conocía, "le salieron a recibir *en balsas* muchos caciques con vitualla" y se quedó Alonso de Molina. Pizarro se despidió de los generosos y hospitalarios indios, lamentando no haber podido conocer *Chincha*, de la que le contaron "grandezas"⁵⁰.

Tanto Pedro Pizarro, testigo presencial del descubrimiento, como Cieza, abundan también en referencias sobre *balsas* e *indios balseros*, de las que se aprovecharon los historiadores generales de Indias. El primero cuenta que después del primer desembarco en Tumbes, los expedicionarios "pasaron más adelante, donde tuvieron noticia desta tierra [del Perú]... vieron algunas ovejas... y en *algunas balsas que tomaron andando en la mar* hubieron cintos de chaquira de oro y plata y alguna ropa de la tierra, la cual guardaron para llevar por muestra a España a Su Majestad, y así mismo hubieron tres o

cuatro muchachos indios de la tierra... *que capturaron en las balsas y otros que los indios les daban...*"⁵¹.

2) *Tercer viaje: el paso de Santa Elena a la isla de Puná*. En su *Relación del descubrimiento*, de 1571, Diego de Trujillo, testigo presencial, cuenta cómo en diversos sitios, sobre todo en el paso de los ríos de ancho cauce, por *San Mateo, Coaque y Quiximies*, los españoles utilizaron *balsas* de los indios, con las cuales salvaron los obstáculos de la naturaleza, no de otro modo superables dado el grande peligro que escondían aquellas aguas fangosas, plagadas de alimañas y fieras acuáticas; y refiere también, que habiendo llegado la hueste conquistadora a *Punta Santa Elena*, "a do estaban los huesos de los gigantes", halló "la gente aquella tierra [metida] en sus *balsas* en la mar", sin querer salir⁵².

Un historiador ha hecho el recuento de la inquietante aventura que fue el paso, en las balsas de los indios, de la fuerza expedicionaria con Pizarro a la cabeza, de la citada Punta Santa Elena a la isla de Puná. Esta isla había sido escogida por el Adelantado para escala en la marcha hacia el Perú, por ser lugar, según referencias, mejor abastecido que otros y con muchos recursos, así para los hombres como para la caballada, que venía hambrienta.

Numerosas balsas esperaban para transportar a los españoles, al mando de *Cotoir*, cabecilla de Puná que obedecía al régulo *Tumbalá*. "El indio tenía listas muchas balsas y deseaba partir lo antes posible para aprovechar los vientos favorables; pero, la desconfianza de Pizarro se acentuó cuando un lengua tumbesino comunicó que se urdía una celada por parte de los isleños, pues pretendían embarcar a los cristianos en sus balsas y una vez en la mar desatar los maderos y ahogarlos a todos junto con sus caballos"⁵³.

Pizarro, entonces, hizo llamar por intermedio de *Cotoir* al régulo *Tumbalá*. Este se presentó "*en una gran balsa entoldada y adornada con paños muy ricos*. Traía consigo mucha música... Tañedores de instrumentos desconocidos". Tras la enorme y galana balsa del reyezuelo, llegaron *veinte balsas más, con alto velamen*. *Tumbalá* "bajó a tierra en una exótica litera portada por sus vasallos".

Pizarro, como seguridad, exigió al jefe indio, para pasar a la isla, que él le acompañase. *Tumbalá* no se inmutó y aceptó gusto, ordenando alistar a su gente para el cruce.

"Las embarcaciones izaron sus velas y recogieron las *potalas* o áncoras de piedra. Luego se acercaron a la playa y los castellanos empezaron a subir. Los jinetes no se separaban de sus cabalgaduras. Los nativos miraban la embarcación de su jefe. No tardó el reyezuelo en dejarse ver. Luego, hizo una seña y aquella

armadilla se puso en movimiento. Momentos más tarde todos navegaban rumbo a la Puná... Curiosos y desconfiados, los soldados arribaron a la isla; Pizarro y el reyezuelo llegaron algo después"⁵⁴.

El anterior relato está basado en la versión de Cieza⁵⁵, que es la más completa y juiciosa, pero otros cronistas ofrecen informaciones singulares, que conviene transcribir, con referencias importantes sobre las balsas de los indios de aquella región de Santa Elena y la Puná. Gómara y Montesinos dicen que Pizarro no utilizó las embarcaciones de la flota de Tumbalá sino que mandó a los indios lugareños hacer las necesarias con la madera de la comarca. "Dijeron a Francisco Pizarro sus intérpretes —relata el primero— que cerca de allí estaba la Puná, isla rica... Pizarro acordó ir allí y *mandó a los indios hacer balsas* en qué pasar los caballos y aun a los hombres... Al pasar de la tierra a la isla quisieron los indios *cortar las cuerdas de las balsas* y ahogar a los cristianos, según avisaron a Pizarro sus farautes, y entonces mandó a los españoles que llevasen desenvainadas las espadas para meter miedo a los indios..."⁵⁶. Igual dice Montesinos: habiendo llegado Pizarro a dar vista a la isla de la Puná, "*mandó hacer balsas* porque había mar baja y no se atrevió a llegar mucho a ella con el navío..."⁵⁷. Las versiones de Jerez, Diego de Trujillo y Zárate no difieren mayormente. El autor de la *Verdadera relación* dice que los hombres pasaron en los navíos y *sólo en las balsas de maderos, "que los indios tienen", los caballos*⁵⁸. Trujillo cuenta que, en travesía ya los cristianos, les salió al encuentro "el señor de la isla... *con mucha gente y balsas...*" y los recibió con grandes fiestas y regocijos, todo esto en forma hipócrita porque ya con los balseros que ayudaban a Pizarro tenía pacto para deshacer las balsas y ahogar a sus ocupantes extranjeros⁵⁹. Zárate insiste, como los otros, en el intento de traición⁶⁰.

3) *Temporada en la Puná*. Cuenta Jerez que, tras el cordial recibimiento por los indios, Pizarro decidió quedarse una temporada en la isla, esperando que pasara la estación de las aguas. Mas, transcurrido un tiempo, descubrió que el reyezuelo preparaba un ataque contra el real de los cristianos. Llegó a sus oídos, además, que había descontento entre los isleños contra los españoles por lo que éstos hacían "en las mujeres y en la ropa". Pizarro, entonces, mandó tomar preso, por sorpresa, al cacique mayor, a tres de sus hijos, que eran altaneros, y a otros dos principales de la isla, desatándose en seguida una terrible lucha. Dice Gómara: "Los isleños cercaron... el campamento de los cristianos, amenazándolos de muerte si no les devolvían a gobernador y hacienda. Pizarro ordenó su gente para la batalla y envió corriendo a algunos de los de a caballo a socorrer a los

navíos, *pues también los indios combatían en sus balsas*. Pelearon los indios, como esforzados que eran, por recobrar su capitán y ropa; sin embargo, fueron vencidos...⁶¹.

El *combate naval* fue duramente disputado, porque los capitanes de Tumbalá "mandaron con un súbito furor —refiere Cieza— que fuesen *setecientos flecheros, en sus balsas, a dar en el navío en el puerto*". Los recursos navales de los isleños eran muy grandes y Pizarro los conocía; por eso, presto ordenó que fuera algún socorro a los del buque. Tumbalá tenía "*muchos grandes barcos sobre el mar, hechos como pequeños navíos*" —dice la *Relación francesa*⁶²— y Zárate respalda esta afirmación, que puede parecer exagerada, contando que "los indios de aquella isla andaban *en muchas balsas* por entre los anegados manglares...", en tan grande número que "*no se les podía hacer la guerra*"⁶³.

Setecientos flecheros⁶⁴ atacaron, pues, al navío español, "que estaba —dice Herrera— con descuido en el puerto". Se trabó un porfiado combate en el que, al comienzo, los indios sacaron alguna ventaja por la sorpresa con que actuaron. "Ya habían llegado los que iban en las balsas a la nave" y se aprestaban a treparla; "mas, los que estaban dentro pusieron las velas de tal manera que con ellas se ampararon de los tiros de dardos y flechas...", librándose de morir ensartados. Finalmente, "los que fueron contra el navío tuvieron la misma fortuna [que los de tierra, que fueron horrible y despiadadamente alanceados, de tan cruel manera que] el campo estaba lleno de sangre..."⁶⁵.

4) *El cruce de Puná a Tumbes*. Para congraciarse aún más con los tumbesinos, que ya le habían manifestado mucha simpatía con ocasión del primer desembarco, Pizarro, terminada la guerra de la Puná, liberó a los seiscientos indios del continente que estaban en las prisiones de Tumbalá y les dio "*balsas para que fuesen a sus tierras*"⁶⁶. En pago de este señalado servicio, los tumbesinos planearon una cruel traición y asesinatos alevosos.

En abril de 1532, Pizarro dispuso el paso a Tumbes, para emprender, en seguida, la conquista del imperio de los Incas. Parte de la tropa se embarcó en los navíos, mientras otra parte lo hizo en balsas proporcionadas mañosamente por el cacique de Tumbes. "Para ayudar a pasar más presto, vinieron por mandato del gobernador *ciertas balsas de Tumbes*, que el cacique envió, y en una de ellas se metieron tres cristianos con alguna ropa"⁶⁷. Uno de ellos era el marinero Hurtado —según dice Herrera—; el otro, el hermano de Alonso de Toro; y el tercero, un ignorado participante en la azarosa aventura de la Conquista. Con acompañamiento, llegaron a tierra, donde fueron tumultuosamente recibidos por los indios, entre los que se con-

taban ya los seiscientos liberados de la Puná. Aunque iban con misión de Pizarro —según dice Gómara— de “pedir paz y entrada”, fueron entregados “a unos sacerdotes para que los sacrificaran a cierto ídolo...” y así terminaron vilmente asesinados⁶⁸.

Ignorantes de lo ocurrido en tierra a estos tres infelices, otros cristianos se embarcaron en las balsas de los indios, cayendo en la redada de los traidores. Proa al continente, los indios se acercaban a unos islotes por ellos muy bien conocidos e invitaban a los españoles a desembarcar para dormir, “y sintiéndolos dormidos se iban llevando las balsas, y dejándolos allí los mataban después volviendo con gente sobre ellos, lo cual aconteció a tres españoles que mataron de esta manera”.

Igual quisieron hacer —prosigue Pedro Pizarro, de quien es la cita precedente— los indios de la balsa en que iban Francisco Martín, hermano del Marqués D. Francisco Pizarro, Alonso de Mesa y Pedro Pizarro, el propio cronista. Mesa no quiso bajar de la balsa por estar muy enfermo de verrugas y tampoco pudo dormir por el malestar y la fiebre. De noche vio la maniobra artera de los indios balseros en el momento que recogían la *potala*. Dio voces y acudieron presto Martín y Pizarro, que amarraron a los traidores, salvándose así, providencialmente, de una muerte segura.

Otra maldad criminal cometieron los indios en el desembarco, al abandonar las balsas en plena resaca, dejándolas sin gobierno. Como ellos eran buenos nadadores, se arrojaban al agua, dejando las balsas a merced de las olas, con peligro para quienes iban en ellas.

Cuando Francisco Martín, Alonso de Mesa y Pedro Pizarro, “bien mojados y medio ahogados”, llegaron a la playa, los indios volvieron, nadando, a la balsa, y se la llevaron, robándose todo el equipaje del Adelantado.

Todas las balsas que llegaron a tierra naufragaron por la braveza del mar, y los castellanos habrían sido asesinados de no mediar la decidida y oportuna intervención de Hernando Pizarro, que cruzó una ciénaga peligrosísima con sus hombres de a caballo y puso en fuga a los indios, “aunque eran infinitos”⁶⁹.

En la persecución de los indios, los soldados llegaron a un río ancho, difícil de vadear por la mucha agua que llevaba. Entonces, “el Gobernador —dice Jerez— *mandó hacer una gran balsa de madera*”, y esa balsa fue la primera que los españoles hicieron, al modelo indígena, en tierra peruana.

Tiempo después, ocurrió un episodio en Tumbes que es digno de mención por la enorme cantidad de balsas que congregó. Habiendo llegado Almagro, con refuerzos y pertrechos, fue recibido por “*más de ochocientas balsas*”, lo “que fue causa de co-

ger algún miedo los cristianos, creyendo que venían a cercar el navío y darles guerra; [pero] presto se les cayó [el temor] porque los indios amorosamente los recibieron dándoles de comer, diciéndoles que los cristianos [de Pizarro] estaban en Tangará, cerca de allí”⁷⁰.

La región de los sucesos reseñados —Santa Elena, isla de la Puná, golfo de Guayaquil y Tumbes, hasta más al Sur (Colán, Paita y Sechura)— era, pues, el paraíso de las balsas de troncos, grandes y muy marineras, capaces de largas travesías. De ellas iba a dejar después Gutiérrez de Santa Clara, en sus *Quinquenarios*, la siguiente descripción: “los indios del pueblo de Paita, de Puerto Viejo, de Tumbes y de la ínsula de la Apuna, y los de toda la marina, usaban de inmemorable tiempo acá, y el día de hoy lo usan, de *unas balsas de madera liviana y seca*, y de *cañas*, con *unas velas latinas trianguladas* y con un *timón* en la popa. Cuando quieren pescar entran en ellas y *se van por la mar adelante más de cuatro leguas...*”⁷¹.

5) *Viajes posteriores*. Refiere Montesinos que, después de haber desembarcado Pizarro en Tumbes, en 1532, los tres navíos de la expedición pasaron a *Paita*, “hermosa bahía”. La gente bajó a tierra. “Había en ella pocos indios, y estos ayudaron [a los españoles] *con sus balsas* a desembarcar la gente y la ropa...”⁷².

Paita siguió siendo un importante *centro balsero*, quizá el más activo de la región. Los nativos usaban las balsas no sólo para buscar su alimento en el mar y transportar cargas con fines comerciales, sino para traer agua. “Es este puerto falto de agua, y van cuatro leguas a un río [Colán o La Chiral] *por la mar en balsas* los indios por el agua, y encierran allí el agua en pipas y tienen bodegas dello como de vino y lo venden bien caro a los navíos...”⁷³.

Fray Reginaldo de Lizárraga, en su viaje por la costa occidental de Sudamérica, acopiando informes para su futura *Descripción*, observó la intensa actividad balsera en Manta o Puerto Viejo, donde los indios pescadores y mercaderes tenían “balsas de madera, livianas, grandes... de vela y remo”, prontas siempre a salir a la llegada de los navíos, con cantidad grande de gallinas, pescado y maíz; en Punta Santa Elena, donde —cuenta— “yo vi algunas *casas traídas en balsas* para hacer un tambo”; en Guayaquil y la Puná, donde los indios “son grandes marineros; tienen balsas grandes de madera liviana, *con las cuales navegan y se meten en la mar a pescar muchas leguas*”; en Paita, donde “*las balsas son mayores que las de Tumbes y la Puná*” y los indios nativos “atrévase con ellas a bajar hasta la Puná y hasta Guayaquil y volver doblando el Cabo Blanco, que es uno

de los trabajosos de doblar... Aprovechense de *velas* en estas balsas y de remos en calma...⁷⁴

Hay otras referencias sobre el uso de las balsas —tanto grandes, de troncos, como chicas, de *leños secos y cañas*— en Juan Cristóbal Calvete de Estrella⁷⁵ y Diego Fernández, *el Palentino*⁷⁶; en las que se destaca la eficiencia de estas embarcaciones en los mares frecuentemente azotados por bravesas.

¿DIFUSION O PARALELISMO?

Ahondando en el problema del origen, se discute si la *balsa de troncos* —que, según ya se vio, usóse primero, como se supone, en los ríos del interior del continente (en los ríos amazónicos) para extenderse luego a las costas del Pacífico del Perú y del Ecuador—; se discute, repetimos, si fue traída de fuera por un proceso de transfusión cultural —o *difusión*, como más comúnmente se dice— o fue inventada aquí, en el continente americano, y debe ser considerada, por ende, como un producto estrictamente local, fruto de la inventiva de los indios americanos. Como en tantos otros elementos de cultura, el problema se polariza en los extremos *difusión* o *paralelismo*, *préstamo* o *invención paralela*.

Un arcaísmo conservado en el Ecuador hasta mediados del siglo XVIII y que fue registrado por los ilustres marinos españoles, en viaje oficial, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, indica a todas luces que la *navegación sobre objeto flotante* debe ser considerada como muy antigua en el lado occidental de América del Sur y que comenzó, probablemente, con todas las características de un verdadero invento, es decir *por los comienzos mismos*, por así decirlo. De ese arcaísmo se deduce que aquí, en América, se practicó la navegación (o la salida del mar para la pesca) con *objeto flotante* desde sus formas más primitivas y embrionarias. Dicen los marinos españoles arriba citados: "...el más común ejercicio de aquellos moradores (de la costa de Manta), [es] el de la *pesca*, y salándola hacen comercio con ella para las provincias interiores. La destreza con que la practican causa no pequeña admiración a los europeos: pues su método es echar al agua *un palo de balsa* de dos a tres toesas de largo (esto es, cinco a seis varas) y un pie de diámetro en su grueso; lo suficiente para poder soportar el peso que se le ha de cargar; el cual se reduce a la red, que van atravesando en el un extremo, y *sobre el otro se pone un indio de pie*, derecho. Este, bogando con un *canalete*... se aleja de la playa media legua, o más, y va tendiendo o largando la red: otro indio, que le sigue en un palo semejante, toma la cuerda del primer canto, que cae al agua, y luego que está toda tendida, se inclinan,

trayéndola hacia la playa, adonde los esperan los compañeros, para tirarla a tierra. Aquí es digna de advertir la *habilidad y ligereza de los indios en conservar el equilibrio de sus cuerpos sobre unos palos redondos*, donde con los indispensables movimientos y vuelcos que les hacen dar las marejadas, es preciso muden por instantes de situación, y que a su consecuencia alternen el movimiento de los pies; con tanta mayor dificultad, cuanta hace el haber al mismo tiempo de dirigir la atención a la boga y a la red para conducirla a tierra. Verdad es que, siendo *grandes nadadores*, si alguna vez (que es muy rara) se deslizan por descuido, vuelven a asirse del palo y a ponerse sobre él, sin el peligro de hallar anegada la embarcación⁷⁷.

Una viñeta, en fina litografía, que exorna las cabeceras del Libro Cuarto de la famosa *Relación histórica* de los autores citados⁷⁸, explica objetivamente el sistema de pesca arriba descrito, con la *balsa de un solo palo*, como en los albores de la historia del hombre, como en el Paleolítico. La viñeta aludida presenta, dentro de un cuadro típicamente guayaquileño de viviendas entre manglares, otras plantas y diversos animales del trópico, una *embarcación elemental en el mar*, consistente en *un solo palo de balsa*, en uno de cuyos extremos, sobre el tronco pero en parte sumergidos, aparecen amontonados algunos aparejos de pesca, destacando, no obstante la pequeñez del dibujo, una *red*. En la otra mitad del tronco, de pie, con las piernas abiertas para mantener el equilibrio en aquel medio inestable, va el pescador con un remo en las manos (un simple *canàlete*), largo pero de una sola pala, a cuyo impulso avanza la increíble embarcación. La leyenda del grabado hace sobre ella la siguiente lacónica referencia: "... indio que sale a pescar a la mar sobre palo de balsa".

Como se dijo al comienzo, esta modalidad de pesca primitiva tiene el doble valor de indicarnos, en primer lugar, la fuerza para sobrevivir del arcaísmo, y, en segundo lugar, *la modalidad misma de trabajo en el agua*, que no es otra que la del hombre en su fase de cultura más embrionaria. Quiere decir, entonces, que aquí, en América —más concretamente, en la costa occidental de Sudamérica—, la navegación y la pesca tuvieron esos comienzos, que son propios del pueblo que inventa y no del pueblo que recibe un préstamo. El arcaísmo recogido por Juan y Ulloa, por lo tanto, es un buen respaldo para la tesis que afirma que la navegación en balsas de troncos nació aquí, en América, y que no fue producto, en consecuencia, de un préstamo de cultura, extracontinental.

Pero los difusionistas esgrimen buenos argumentos. Según el Padre Guillermo Schmidt, principal sostenedor de la teoría etnológica de los *circulos de cultura*, que tanta acogida tuvo en las

primeras décadas de la presente centuria y que revive, pujante, en muchas partes, el uso de la balsa como embarcación debe ser considerado como "un rezago de los primeros círculos pigmoide-tasmanoides", juntamente con las técnicas del hueso, de la concha, de la madera, la canastería en espiral, etc.⁷⁹

Difusionistas en la actualidad son Hornell, el ecuatoriano Estrada y, veladamente, con algunos reparos y no pocos temores, Lothrop. "Hornell —resume Means— ha indicado la presencia de embarcaciones parecidas a las balsas en las islas Marquesas y en otras partes de la Oceanía, Asia y Africa. *Llega a la conclusión de que la balsa fue traída a la costa Oeste de Sudamérica desde el Asia Oriental*, mediante la difusión a lo largo de la costa por las islas Aleutinas, Alaska y la costa Oeste de América..."⁸⁰. Pero Means, que no está de acuerdo con Hornell, se apresura a refutarlo. Dice: "Esta tesis de una difusión por la costa de embarcaciones de tipo balsa desde Asia oriental hasta Sudamérica occidental, queda viciada por el hecho de que el tipo de balsa aparece *en la ruta indicada solamente en los extremos de la misma*, sin que haya la más mínima huella de que aparezca en los inmensos sectores intermedios de la costa Oeste de América..."⁸¹. Las similitudes halladas por Hornell entre balsas sudamericanas y balsas de Oceanía, Africa y Asia (similitudes, algunas, acentuadas —dice Means— por el propio dibujante para abonar la tesis difusionista), "son el producto de *paralelos casuales* y no constituyen prueba de esta tesis difusionista".

Estrada es otro de los creyentes en la *importación de Asia*. Estrada ha destacado el *parecido* y la *posible vinculación* de las balsas de la costa de Manabí y las que se usan desde los comienzos de la era cristiana en China. Dice que la gran capacidad marinera de los pueblos de Manabí en la época de la *cultura Bahía* (cinco siglos antes y cinco siglos después de Cristo), se certifica por el "posible uso de *balsas* del tipo propio de este sector del continente americano (que siguió usándose hasta principios del siglo XX)... *similar al conocido en China* a comienzos de la era cristiana"⁸².

Para tal afirmación se basa, sobre todo, en los estudios de Shun-sheng Ling, publicado en 1956 en el boletín del *Instituto de Etnología* de la Academia Sínica de Nanking. Las balsas de Formosa descritas por Ling y en uso desde los comienzos de la era cristiana, consisten en grandes plataformas de *once varas de bambú, gruesas*, con mástil y vela, y *unas tablas entre las cañas de bambú colocadas verticalmente que se hunden en el agua para dirigir la navegación*. La correspondencia de estos elementos y el parecido general con las balsas de Manabí son *verdaderamente extraordinarios*.

El uso, tanto aquí, en América —Ecuador y Perú—, como allá, en Asia —Formosa, principalmente—, de *tablones de quilla* (las *guaras* en la terminología náutica aborigen americana), es, a todas luces, el argumento más poderoso y convincente que apoya la tesis difusionista. A él se agrega el uso, *siempre impar*, de los troncos de palo de balsa acá, y de las cañas de bambú, gruesas, allá. Son estos, detalles de *técnica de navegación* y de *arte naval* que verdaderamente conturban a los anti-difusionistas.

Esas tablas colocadas verticalmente entre las cañas de bambú de la almadía, allá en Formosa, hundidas en el agua según los requerimientos de la conducción, son llamadas *quillas múltiples* (como aquí, en América, *tablones de quilla*). Como lo han advertido varios autores, estas *quillas múltiples* fueron ignoradas por los europeos hasta mucho después de la Conquista, a extremo que, al ser conocidas en el siglo XVIII, algunos navegantes, sorprendidos de su eficacia, las recomendaron para ser usadas en balsas salvavidas.

Con referencia sólo al Ecuador, Estrada, convencido difusionista, concluye: "Tanto las balsas ecuatorianas como las de Formosa, hacían... en tiempos prehistóricos cruceros oceánicos perfectamente controlados en cuanto a sus destinos"⁸³. Y, en otra parte, el mismo autor expresa: "... es posible que dicho artefacto [la balsa] haya sido importado desde Asia"⁸⁴.

Lothrop, ya se dijo, entra a la arena de la discusión con temores e indecisiones pero termina poniéndose de lado de los difusionistas. Destaca, sobre todo, el valor indiciario de los *tablones de quilla*, verdaderamente convincente. Este es un "parecido intrigante", dice, que no se puede dejar de lado y que se suma, para mayor abundamiento de razones, a otros parecidos tanto en la construcción como en el aparejo. Subraya que el uso de los citados *tablones de quilla* —ingenioso medio de navegación—, "no se halla en ninguna otra parte del mundo, con excepción de Formosa, isla de la cual proceden *modelos de balsas a vela, grandes, con tablones de quilla, aparentemente homólogas*"⁸⁵.

Estos hechos —concluye— *impiden considerar a los balseros sudamericanos como inventores de la guara*. Si no son inventores de la guara, ¿qué papel les corresponde, entonces, en el origen y desarrollo de la navegación con balsas de troncos? Así, Lothrop, aunque temerosamente, admite la posibilidad de un *préstamo transoceánico*.

Sea como fuere —sea que la balsa vino de fuera, sea que fue inventada acá y evolucionó desde sus formas embrionarias (el mero tronco desbastado sobre el cual, con asombroso equilibrio, se apoya un hombre, como en el relato de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, de mediados del siglo XVIII) hasta los modelos soberbios con vela y guaras para la navegación de alta mar— lo cier-

to es —y en esto hay unánime acuerdo entre los especialistas— que la balsa peruana, como su congénere ecuatoriana, es de una antigüedad que remonta a la era anterior a Cristo. “No cabe duda —dice Clinton R. Edwards— que simples balsas de troncos ligados... han sido utilizadas en el occidente de Sudamérica desde tiempos muy remotos...”⁷⁸⁶.

Frente a las posiciones extremas, ya examinadas, del *difusionismo* y la *invención independiente*, se puede proponer la siguiente tesis: que la *balsa de simples troncos ligados*, derivada naturalmente del tronco solo (como en la viñeta arriba aludida de la *Relación histórica*), es de *origen americano* y que vio la luz primera en los *ríos del interior del continente*, en los ríos amazónicos; que, de acuerdo con la opinión mejor fundamentada y más socorrida de pruebas, esa balsa de troncos ligados, *pasó de los ríos al mar* y se adaptó paulatinamente al nuevo medio; y finalmente, que por un *proceso de difusión*, que debe ser admitido sólo como hipótesis, la balsa nacida en el interior del continente y bajada al mar en la forma indicada, *recibió el invento asiático de los tablones de quilla*, y quizá también, de procedencia ignorada, el de la vela. Pero, ¿por qué no al revés? ¿Por qué no las *guaras o tablones de quilla* pasaron de aquí, de América, a Asia? En el capítulo sexto se ha explicado por qué la teoría de los movimientos hacia el Este, del Oriente asiático al Occidente americano, goza de mayor acogida entre los especialistas.

DESCRIPCION DE LA BALSA DE TRONCOS

Fuera de las referencias históricas de los cronistas que reseñaron los viajes del Descubrimiento —las principales de las cuales hemos reproducido en páginas anteriores—, han quedado de varias épocas, desde el siglo XVI hasta las primeras décadas del actual, numerosas y muy ilustrativas descripciones de las grandes balsas de troncos con las que los indios del litoral, tanto del Perú como del Ecuador, navegaban, pescaban y comerciaban, actividades éstas que en las mismas grandes balsas se practicaron, sin diferir de los sistemas precolombinos, durante toda la Colonia y el primer siglo republicano.

Desde luego, la más importante de todas las descripciones es la contenida en la *Relación* de Sámano-Jerez, importante porque resulta del primer contacto entre españoles e indios balseros, en plena navegación. Más adelante se hablará de este precioso informe.

Zárate, hablando de los indios de la Puná, dice que “*eran señores de muchas balsas*, con que navegaban. Estas balsas son hechas —prosigue el cronista— de unos palos largos y livianos, atados sobre otros dos palos, y siempre los de encima son nones,

y comúnmente cinco, y algunas veces siete o nueve, y el de en medio es más largo que los otros, como piértego de carreta, donde va sentado el que rema; de manera que la balsa es hechura de la *mano tendida*, que van menguándose los dedos, y encima hacen unos tablados para no mojarse". Tocante a la capacidad, describió Zárate balsas hasta para "cincuenta hombres y tres caballos, que navegan a la vela y con remos, porque los indios son grandes marineros dellas..."⁸⁷.

Coincidiendo casi con la descripción de Zárate, Estete dice: "Estas balsas son de unos maderos muy gruesos y largos; son tan fofos y livianos sobre el agua, como es un corcho; estos atan muy recio uno con otro, con cierta maña de maromas que ellos usan, y sobre ellos hacen una armadura alta, para que las mercaderías y cosas que llevaren no se mojen, y de esta manera: poniendo un mástil en el madero mayor de en medio, ponen una vela y navegan por todas aquellas costas; y son navíos muy seguros porque no se pueden anegar ni trastornar, porque el agua los baña por todas partes"⁸⁸.

De Gómara es el siguiente párrafo: "Están las balsas hechas de cinco, siete y nueve vigas largas y ligeras, *de forma de la mano de un hombre*, porque la madera de en medio es más larga que las otras por ambos lados, y cada una de las otras es más corta cuanto más al extremo están. Van llanas y atadas, y es corriente navegar en ellas"⁸⁹.

Cabello de Balboa describe las balsas en relación con los preparativos de Túpac Inca Yupanqui para alcanzar las remotas islas de Ahua Chumbi y Nina Chumbi. Refiere que el príncipe hizo reunir en la costa de Manta, a la que había llegado descendiendo de las alturas de Quito, todas las embarcaciones que los naturales usaban para sus navegaciones, a fin de emprender en ellas el viaje a las distintas islas de Poniente. Estas balsas —contó— "son ciertos palos livianos notablemente", atados "fuertemente unos con otros" que llevan "encima cierto tablado de cañizos, tejidos..."; subrayó que eran embarcaciones muy seguras y cómodas⁹⁰.

Muy estimada es la descripción de Jerónimo Benzoni, que, sobre las demás, ofrece la ventaja de ir acompañada de un dibujo que, aunque discutido, permite conocer detalles de la construcción naval. En la costa del Perú —dice Benzoni, viajero italiano del siglo XVI muy objetivo e informador cabal—, los indios son *habilísimos pescadores* y "las barcas que emplean, tanto para *pescar* como para *navegar*, son a manera de armadía formada por tres, cinco, siete, nueve u once palos ligerísimos, y semejan a una mano, pues el palo de en medio es más largo que los demás. Estas embarcaciones las construyen, *largas unas, cortas otras*, llevando, según su amplitud y extensión, un mayor o me-

nor número de velas y cuando ellas se detienen, los indios, para no bogar, arrojan al mar pan, fruta y otras cosas, haciendo sacrificio y rogando que sople buen viento, pues están cansados y no pueden remar"⁹¹.

El dibujo de Benzoni ha sido una de las principales fuentes informativas para quienes han estudiado el arte de la navegación entre los antiguos peruanos y la técnica de la construcción naval. Sin embargo, ha merecido serias críticas y Means, experto en la materia, lo enjuició severamente. "El grabado de Benzoni —escribió para su estudio sobre la navegación prehispánica que ya hemos citado y volveremos a citar— no puede considerarse como fotográfico. En primer lugar, no muestra claramente la forma *cómo estaba enjarciada la vela cuadrada*... Estudiando un poco el grabado, se ve... que la vela era mantenida en alto mediante un par de varas colocadas en forma de X, no habiendo indicación de la forma como estas varas eran mantenidas en tal posición... Según el grabado, los extremos de proa de los troncos que forman la balsa, estaban curvados hacia arriba, como una cuchara, lo cual no parece probable que haya sido su verdadera forma, ya que contrarrestaría el propósito evidente de hacer la balsa en punta en la proa". Finalmente, "la forma como estaban unidos los troncos mismos de la balsa, está mostrada de manera imperfecta: se les presenta como asegurados por travesaños colocados encima, tanto en la proa como en la popa"⁹². Parece sugerir Means que el dibujo de Benzoni más tiene de composición imaginativa, al capricho del artista, que de diseño documental, tomado directamente de la realidad. En todo caso aconseja que tal dibujo se tome sólo como una referencia vaga o aproximada, nunca como un testimonio gráfico de fidelidad confiable.

El erudito D. Marcos Jiménez de la Espada consideró la siguiente como una "descripción exacta y pintoresca de las balsas". Es del licenciado Salazar de Villasante, cuya *Relación general de las poblaciones españolas del Perú*, de 1568 —tempranos tiempos coloniales en los que se mantenían las costumbres indígenas y los modos de trabajo de los pueblos—, apareció en la recopilación del famoso paleógrafo titulada *Relaciones Geográficas de Indias*. Dice sobre las balsas el licenciado: "Por este río [Guayaquil o Guayas] arriba hasta *El Desembarcadero*, que hay diecinueve leguas, se va en unas embarcaciones que llaman *balsas*, en lugar de barcos, y son como palos grandes atados uno con otro, ni más ni menos que la escalera de una carreta, digo como una carreta quitadas las ruedas, salvo que van los palos juntos; el del medio es más largo y es la proa de la balsa, en la cabeza del cual va siempre gobernando un indio, y a los lados van cada tres, o cada dos o cada cinco indios, según son las balsas

y la carga que llevan; porque algunas son de siete palos, y de aquí no suben; van llanas por el agua, que algunas veces las baña el agua, y los regalados y gentes de respeto hacen poner unas tablas sobre unos palos atravesados, y allí van echados. Otras veces hacen poner a los lados unas estacas y atravesados palos como las varas de carreta, por si llevan niños no caigan en el agua; y ansí subí yo con mi mujer y hijos; y por el hacen un dejadillo de paja, de manera que cuando esta balsa va ansí, parece una choza de pastores⁹³.

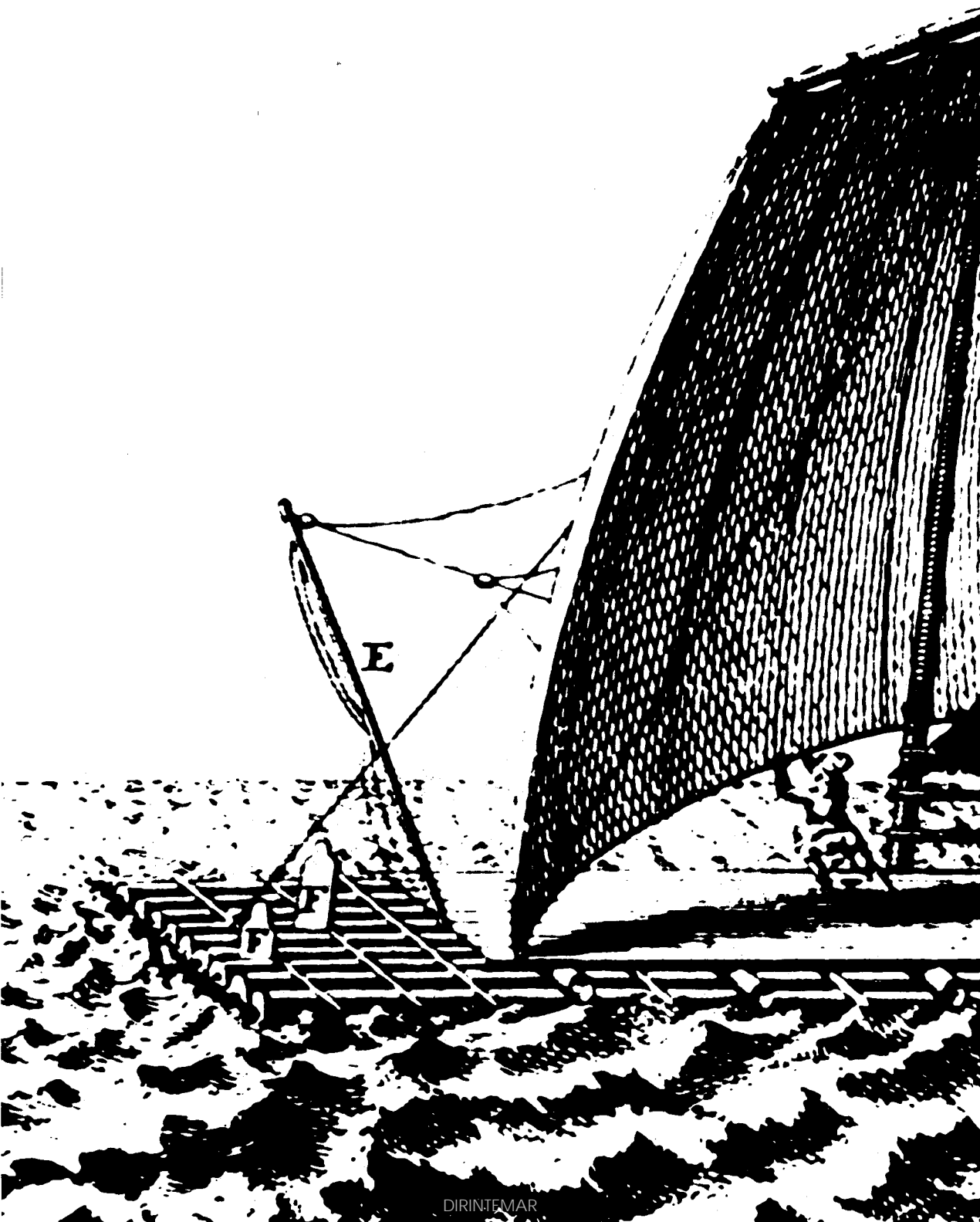
El recopilador, Jiménez de la Espada, agregó a la descripción anterior que, efectivamente, las balsas parecían, por el cobertizo que llevaban encima, *chozas flotantes*, y no tan sólo eso sino, cuando están juntas, como en el muelle de Guayaquil, “un mercado, y a veces un barrio flotante”.

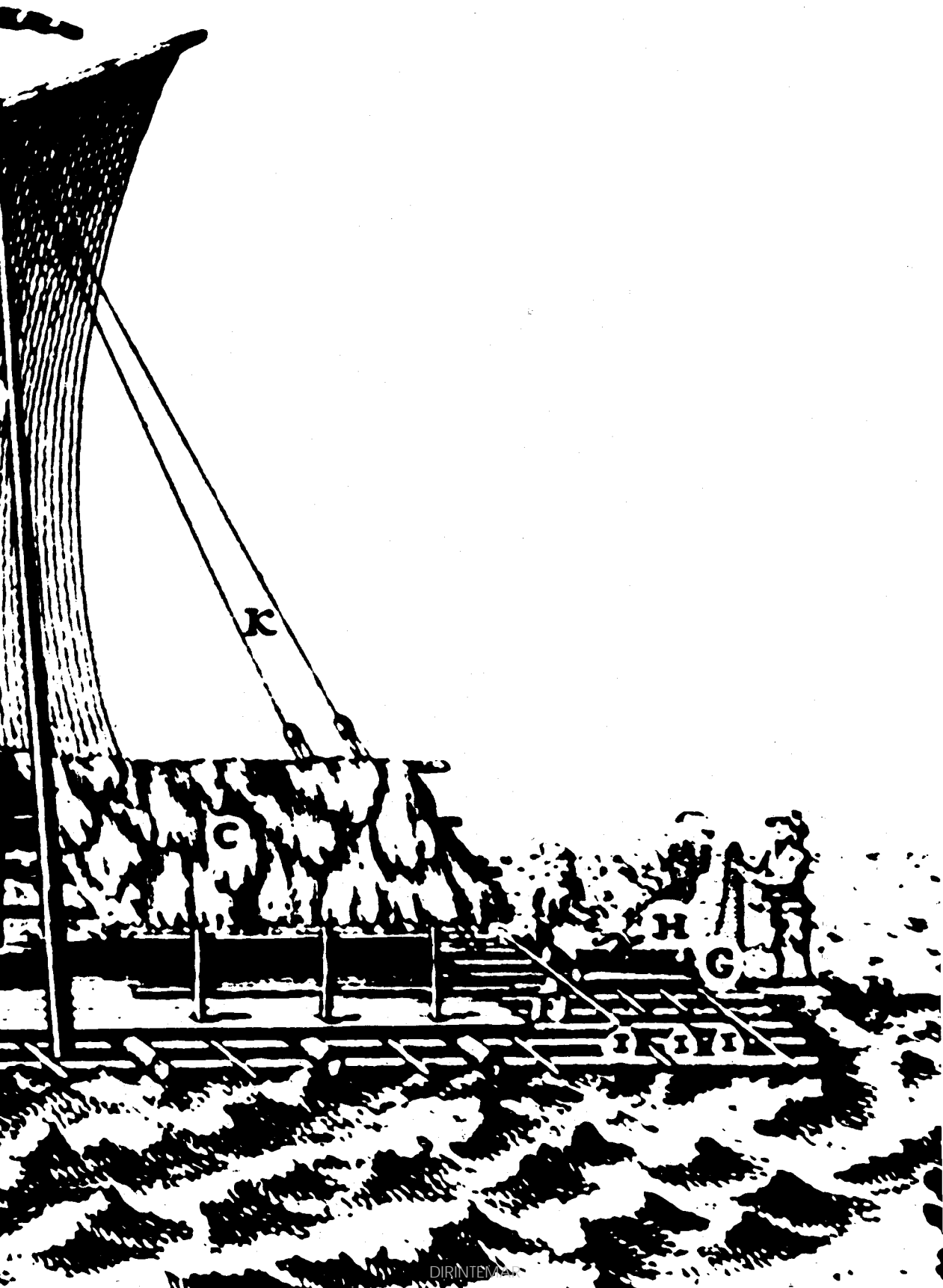
De Cobo es, finalmente, esta otra descripción que, en lo fundamental, coincide con las anteriores, siendo de destacar que ésta también subraya la forma de los troncos en la proa “como los dedos de la mano extendida”. Dice el autor de la *Historia del Nuevo Mundo*: “Las mayores balsas que usan los indios peruanos que habitan cerca de montañas como los de los puertos de *Payta, Manta y Guayaquil*, son compuestas de siete, nueve o más maderos de *palo de balsa*, por este orden: que los atan a lo largo, unos con otros con *bejucos* o cuerdas sobre otros atravesados; el del medio es por la proa más largo que los otros; los cuales van siendo más cortos unos que otros cuanto más se apartan a los lados; de suerte que vienen a quedar en la proa con la figura y proporción que guardan los dedos de la mano extendida, puesto que *por la popa son iguales*; encima hacen tablados para que no se moje la gente y ropa que va en ellas con el agua que les entra por las junturas de los leños... Navegan por la mar a vela y remo, y son algunas tan grandes que *caben holgadamente cincuenta hombres*”⁹⁴.

Recordando un triste episodio histórico de la época de los emperadores Incas, Cobo agregó a la descripción anterior lo siguiente: “El peligro que tiene esta embarcación, es de ser muy aparejada para si los indios quieren urdir alguna traición, porque la pueden ejecutar de improviso, desatando sutilmente los palos y deshaciendo el compuesto; y ellos, como son grandes nadadores... escapan nadando, y los que no saben nadar parecen ahogados. Así lo hicieron los isleños de la Puná con los soldados del Inca que los pretendió conquistar”.

En el curso del siglo XVIII, después durante los años finales de la dominación hispana y en las primeras décadas de la República, recorrieron la costa peruana —unos en misión oficial, otros en misión de estudio, con fines científicos, y otros, por último, como simples visitantes— numerosos viajeros, que, impre-

La misma balsa de la lámina que ilustra el libro de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (*Relación histórica del viaje a la América meridional*, Madrid, 1748), magnificada para una mejor observación de los detalles. *A* (izquierda): proa. (Este modelo histórico, siglo XVIII, no sigue, sin embargo, la norma prehispánica de los troncos de largo decreciente hacia los lados —“como los dedos de las manos”—, para formar, con el tronco central más largo, una proa hidrodinámica). *B* (derecha): popa. *C*: “choza”, cobertizo o “ramada” para guarecerse de la intemperie. *D*: “cabria que sirve de palo” o mástil de dos palos, apoyados en los bordes laterales y unidos en los extremos superiores (mástil bípede). *E*: bolinero o palo de proa a modo de bauprés, para templar la relinga. *F*: “guares” a proa y popa, hundidos entre los troncos para orzar. *G*: “remo que sirve de guare y timón”. *H*: hoguera sobre una plataforma a modo de cocina, para preparar los alimentos. *I* (a popa): “botijas de aguada”, o sea, recipientes sumergidos para conservar el agua fresca. *K*: obenques. *L*: barbacoa o cubierta (que, tendida sobre gruesos travesaños, libraba a la tripulación y pasajeros de la incomodidad del agua).





sionados por el uso de las balsas nativas, dejaron, como los cronistas e historiadores que acabamos de citar, interesantes descripciones de las mismas. En todos los casos se trata de balsas hechas a la manera aborígen, similares, por consiguiente, a las usadas por los indios de la costa antes de la llegada de los españoles.

La primera descripción, por el orden cronológico, podría ser la de Dampier. Guillermo Dampier (1652-1715), navegante y aventurero inglés, de vida muy agitada, realizó numerosos viajes por todos los mares y de sus experiencias, que fueron de todo género, publicó varios libros, entre otros: *Viaje alrededor del mundo*, de 1697, y *Viaje a la Nueva Holanda*, de 1709. Por 1683 recorrió las costas del Perú y Chile, dedicado a la piratería. En esa ocasión estuvo en el pueblo de Colán, al Norte de Paita, y vio allí a los indios pescadores y comerciantes en sus embarcaciones nativas. Quedó sorprendido de las balsas, de la facilidad con que navegaban aun en los mares difíciles. Habló, además, con los indios y obtuvo información valiosa sobre el ejercicio del comercio, en balsas, hasta Panamá. He aquí los datos que dejó consignados:

“Los indios de Colán son todos pescadores. Pescan en el mar en embarcaciones hechas de troncos de árbol... difiriendo de su forma según el uso a que se las asigne o de acuerdo con el gusto del que las construye o, finalmente, de acuerdo con el material empleado.

“Si la *embarcación se usa para la pesca*, será solamente construida de *tres o cuatro troncos* de madera liviana, de siete a ocho pies de largo, colocados uno cerca del otro y ligados por medio de otros troncos colocados a través, fuertemente atados con cuerdas de bejuco. Estos troncos están dispuestos de tal manera que los del centro son más largos que los de los lados, principalmente en la proa, formando así una punta para cortar mejor el agua.

“Construyen *otras embarcaciones para transportar mercancías*. Están formadas por *veinte o treinta maderos* de 20, 30 ó 40 pies de largo, amarrados de la misma forma arriba descrita y con el mismo perfil (o sea, con la proa afilada). Sobre estos troncos cruzan otros más pequeños, también fuertemente amarrados entre sí como los de abajo. Este *doble juego de maderos* forma la plataforma de la embarcación, la cual es de considerables dimensiones. Sobre esta plataforma se levanta la *casa*, de cerca de diez pies, con hileras de troncos parados, los cuales soportan uno o, a veces, dos pisos...”

Describe, en seguida, Dampier tanto la cámara como la cubierta de la embarcación, e indica que sobre la plataforma inferior formada por los primeros troncos, yace el *lastre*, constitui-

do por piedras. De esta manera, la balsa navega medio sumergida.

En el primer piso de la cámara, comúnmente afectado por el agua, van las cosas de menor cuidado y, en general, aquellas que no sufren por efecto de la humedad. El segundo piso, que corresponde a la segunda cámara, o cámara alta, es para la tripulación y para las cosas de mayor cuidado, alimentos por ejemplo.

Agrega Dampier que la mercadería que se transporta va apilada sobre la plataforma formando rimeros de ocho y diez pies de altura, sostenidos por maderos colocados en el contorno de la balsa, a manera de adrales o zarzos.

En la popa hay un pequeño espacio para el *timonel*, y en la proa también hay otro pequeño espacio para la cocina, donde se enciende la lumbre.

Cuando los viajes son largos, por ejemplo *del Callao a Huanchaco* o *del Callao a Guayaquil* o *a Panamá*, se cuida de dejar completamente libre el espacio reservado a cocina.

Sin embargo, en la descripción de Dampier, estas balsas, con ser tan grandes, cómodas y marineras, tienen un defecto capital. Una *gran vela* cuelga del mástil, y esta vela, con el viento, impulsa la embarcación, pero "*tienen siempre el viento en popa y no podrían viajar con vientos contrarios*. Así, pues, estas embarcaciones son buenas solamente para este océano, donde el viento siempre es el mismo, sin variar más de un punto o dos durante el tiempo que demora la navegación de *Lima hasta la bahía de Panamá*... El mar no es bravo pero *algunas veces sopla viento Norte*. En este caso, *se baja la vela* y la embarcación es dejada a su propia suerte *hasta que cambie el viento*..."

Añade que en estos casos, la única preocupación de los tripulantes es mantener la balsa alejada de tierra. En el mar abierto está segura, *porque no puede por ningún motivo zozobrar*.

Como las balsas, según la versión expuesta, *no pueden navegar contra el viento*, los tripulantes de las que llegan con mercaderías a Panamá allí las venden, con mercadería y todo, y vuelven en un buque cualquiera, para adquirir nuevas embarcaciones y emprender, a su turno, otros viajes, y así sucesivamente.

Estas son las características de las *grandes balsas* para el transporte de mercaderías, que soportan *hasta 70 toneladas*, llevando a Panamá vino, aceite, harina, azúcar, textiles, jabón, pieles y otros productos.

Finalizando su descripción, Dampier se refiere también a las *balsas pequeñas*, al modelo igualmente de las usadas en los tiempos precolombinos, ahora —cuenta— dedicadas a la *pescas* y a los *ajetreos portuarios* (como conducción de agua a los bu-

ques, principalmente). No portan más de una tonelada, comúnmente media tonelada. Tienen vela y salen de los puertos por la madrugada y regresan a tierra con el viento de la tarde⁶⁵.

Jorge Juan y Antonio de Ulloa, dos notables marinos y cosmógrafos españoles, recibieron el encargo, en 1736, de la propia Corte, de acompañar al sabio francés Carlos María de La Condamine a América, en un programa de mediciones geodésicas. Ambos cumplieron su cometido, presentaron informes confidenciales a la Corte de Madrid sobre el estado político, económico y social de las colonias y publicaron un libro titulado *Relación histórica del viaje a la América Meridional*, que apareció el año 1748. De su paso por Guayaquil, que formaba parte entonces del virreinato del Perú, es la siguiente descripción de las balsas, que se considera como una de las más prolijas de cuantas existen:

"Componen estas balsas o *jangadas* de cinco, siete o nueve palos de una madera, que aunque allí no la conocen por otro nombre que el de *balsa*, los indios del Darién llaman *pucro*. La *balsa* es una madera blanquizca, fofa y muy ligera; tanto que un trozo de tres o cuatro varas de largo y un pie de diámetro lo levanta un muchacho y lo lleva de un lugar a otro sin molestia: con esta madera forman la *jangada* o *balsa*... y sobre ella un soler, tillado o piso de tablas de cañas, en el cual construyen un *cubierto a dos aguas*; y en el lugar del palo para la vela la arbolan para una cabria de dos mangles... y en las que tienen trinquete otra de la misma forma.

"Las balsas no sólo navegan en [el río Guayas] sino también en el mar; *por donde hacen la travesía hasta Paita*.

"Su tamaño es vario, y su ejercicio, o destino también: unas tienen el de la *pesca*; otras sirven para el *tráfico* del mismo río, conduciendo todo género de mercaderías y frutos desde la Bodega hasta Guayaquil, y de allí a la Puná, Salto de Tumbes, y Paita; y otras más primorosamente fabricadas para el *transporte de familias* a sus haciendas y casas de campo, donde van con todas las comodidades que pudieran tener en una casa".

Los troncos o *pucros* que se emplean en la construcción de estas balsas miden doce a trece *tuessas* y dos a dos y medio pies de diámetro "en su grueso". "Así los nueve palos que la componen se extienden en ancho 20 a 24 pies de la tuesa de París, que hacen de tres a cuatro de éstas, y equivalen a 8 ó 9 varas castellanas".

Para sujetar los troncos, se usan sólo *bejucos*, "con los cuales se amarran unos con otros, y con los travesaños, que cruzan por arriba tan fuertemente, que resisten a las fuertes marejadas en las travesías a la costa de Tumbes y Paita: éstos tienen la propiedad de que una vez bien amarrados no dan de sí con el

continuo juego, aunque muy corto, que por necesidad ha de hacer toda esta embarcación”.

Por descuido de los balseros, sin embargo, a veces se gastan los *bejucos*, y entonces, en plena navegación se desarman las balsas, naufragando con carga y todo, incluso pasajeros.

Respecto al sistema de construcción de la plataforma, dejaron dicho los autores lo siguiente:

“El palo más grueso de los que componen la balsa, lo dejan que sobresalga en largo a los otros . . . , y contra éste atan uno por cada lado, y sucesivamente, hasta completar el número de los que ha de tener: sirviendo el que queda en medio de madre o fundamento de los otros, y por esta razón se componen de número impar”.

Estas balsas tienen una capacidad de 400 a 500 quintales, “sin que la inmediatez del agua la sirva de ofensa; pues ni entran en ella golpes de mar ni tiene fuerza para llegarle la que bate entre los palos, por seguir todo el cuerpo de la embarcación a la alteración y movimiento del agua”⁹⁶.

Sobre las *guaras* (*guares*, dijeron) o *tablones de quilla*, se extendieron los autores en amplias como interesantes consideraciones, de elevado sabor técnico, como que eran ellos marinos, y terminaron, tras grandes elogios al genio inventivo de los indios americanos, recomendando su uso en las embarcaciones modernas, sobre todo en las destinadas al salvataje de los naufragos en los casos de siniestro marítimo. De lo que al respecto dijeron, se tratará en detalle más adelante.

En el *Diccionario Geográfico-Histórico*, de Alcedo, correspondiente a la época que venimos tratando, se dice que las *balsas* se usan para el comercio de productos del interior del país (Quito), y que bajan por los ríos impelidas por robustos remeros. En cambio —se agrega—, en los ríos abiertos o *en el mar*, “navegan con vela, añadiendo a la embarcación un embono de *quilla postiza* que enmienda el plano, y la asegura de no volcarse, poniéndole una extraordinaria especie de *timón* llamada *guare*, no conocida en ninguna otra parte, y es una unión de cinco tablas de otras tantas varas de largo cada una, y media de ancha, que introducida en el agua entre los palos que forman el plan por la parte de popa a correspondencia de la punta de proa, le manejan muy fácilmente con una caña, lo cual la hace de sutil gobierno, *segura a la bolina*, y pronta para remontar los remolinos de los ríos y los rollos del mar, aunque vaya sobrecargada del ordinario peso de 200 a 300 arrobas . . .”⁹⁷.

De su visita a la América meridional, de la que tanto provecho, en todas las ramas del conocimiento de la naturaleza, obtuvo la ciencia, Humboldt también hizo algunas anotaciones sobre las balsas que vio en el Ecuador, país por el cual sintió

verdadero encanto. "Las balsas empleadas en Guayaquil —escribió para una de sus más celebradas obras el sabio germano—, sea para la *pesca*, sea para el *transporte de mercancías* (especialmente fruta), son de dieciséis a veinticinco metros de largo; y están compuestas de *ocho* o *nueve troncos* de una madera muy ligera"⁹⁶. Referencia, ésta, muy escueta y, como se habrá observado, equivocada en uno de sus puntos, cual es el relativo al número de troncos de la plataforma flotante, ya que se sabe por la versión de todos los viajeros, que el número de los troncos jamás era par, debido al sistema mismo de construcción.

En cambio, Andrés Baleato, autor de una notable *Monografía de Guayaquil*, de los primeros años del siglo XIX, nos ha dejado un estudio completo sobre las típicas embarcaciones del Guayas y costa Norte del Perú, del que ofrecemos a continuación un extracto.

Coincidiendo en parte con Dampier pero, sobre todo, con Juan y Ulloa, clasifica las balsas en *varios tipos*, según, principalmente, el tamaño: *a)* algunas —dice— son muy confortables porque sirven para *llevar familias* a sus haciendas o casas de campo; *b)* otras son estrechas porque están destinadas exclusivamente a la *pesca*; *c)* un tercer grupo reúne las balsas para *cargar y descargar barcos*. De ellas dice que operan únicamente en Guayaquil, extendiendo su ámbito hasta la isla de Puná y, eventualmente, hasta el vecino puerto de Tumbes. Son, por necesidad del trabajo, de *gran tamaño* y su capacidad de carga puede llegar a 400 o 500 quintales.

Finalmente, hay un cuarto grupo: *d)* el que reúne balsas más pequeñas que las anteriores, destinadas a la *navegación propiamente oceánica* o *navegación de altura*. Las de este grupo, son balsas que operan —dice Baleato— *principalmente en Sechura y Paita* y llegan por el Norte *hasta Guayaquil*, y por el Sur, *hasta Pacasmayo*. Estas balsas —agrega— son para la navegación oceánica y su capacidad no pasa de *200 quintales*. Muy marineras, "son gobernadas con un *mástil* y *botavara*, perpendiculares sobre el piso de la balsa y amarrados con dos vientos a la popa y uno a la proa; otras tienen un mástil pequeño en la proa, cuya vela es la mitad de la principal".

Señala más adelante Baleato que estas *balsas de navegación oceánica* tienen por característica principal el poder *navegar y virar con vientos contrarios*, punto en el que este autor se enfrenta abiertamente a Dampier, quien, como se recordará, sostuvo que las balsas para el tráfico de altura *sólo podían navegar con el viento de popa*, jamás con vientos contrarios. Baleato insiste que pueden navegar "*al igual que las embarcaciones de quilla*". Agrega textualmente: "Navegan [estas balsas] seguras

en la dirección que uno desea, virándose ellas muy suavemente, lo cual se consigue con diferentes aparejos que un timón”.

Para ello, estas balsas oceánicas disponen de unos tablonces de tres o cuatro varas de largo y media vara de ancho, llamados guaras, los cuales van colocados verticalmente en la popa y en la proa, sumergidos en la medida que convenga, a través de los troncos que forman la plataforma. “Por medio de estas [guaras], al sumergirlas en el agua o alzarlas un poco, la balsa navega en dirección del viento, vira arriba o corre, de acuerdo a lo que más conviene”.

Un peligro, y muy grave, amenaza, eso sí, a quienes en estas embarcaciones navegan. Las balsas, en general, son embarcaciones muy seguras y marineras. Nunca zozobran, salvo cuando el patrón o la tripulación encargada de su cuidado y mantenimiento, olvidan revisar los *bejucos* que sujetan los troncos de la plataforma. Ocurre, entonces, la desgracia más temida: que la balsa se desarme y desintegre en medio del mar. Cuando esto pasa, los perjudicados son los pasajeros inadvertidos que no saben prenderse de los troncos para salvarse; los tripulantes, en cambio, son muy hábiles para nadar asidos a uno de los troncos del naufragio y hasta, en gran alarde, montados sobre ellos, guardando perfecto equilibrio aunque las olas mezan violentamente. Por lo general, sin embargo, *la resistencia de las balsas, aun en mares agitados, es notable*, y los siniestros de este tipo, poco frecuentes⁹⁹.

En su pintoresco y amenísimo libro *Le costume ancien et moderne*, editado con lujos de gran formato e ilustraciones en piedra, iluminadas a mano, en Milán, en 1827, Jules Ferrario, viajero del mundo, describe un viaje a fines del período colonial en las balsas de Guayaquil —en ese entonces, con Sechura, Paita y Tumbes, el gran centro balsero de la costa occidental sudamericana— y la técnica de navegación de los nativos de aquella parte. Habla de las balsas, de sus tamaños, clases y fines; y, en el aspecto náutico, estrictamente técnico, el galano escritor sigue al pie de la letra a los españoles ya conocidos, Juan y Ulloa. He aquí algunos párrafos de Ferrario:

“El río Guayaquil, cuya desembocadura tiene dos millas de ancho, es navegable hasta más de cuatro leguas arriba de la ciudad... Se navega en este río con balsas, que los indios conducen con una *destreza maravillosa y con las cuales se aventuran a ir por mar hasta Paita* . . . Estas balsas . . . se componen de 5, 7 ó 9 vigas de una madera blanquecina, blanda y sumamente liviana, llamada *pucro* por los indios del Darién y que, según todas las apariencias, es la misma *férula* de los latinos... La plataforma formada por estas vigas está recubierta de una especie de piso hecho de cañas partidas a lo largo, y encima protegida,

en parte, por un *techo de doble vertiente*; la *vela* está sujeta a *dos pértigas de palo de mangle*, que se unen en la parte alta, a modo de mástil... Estas balsas son de *diferentes tamaños*, según el uso al que se les destine. Unas balsas sirven para la *pesca*, otras para el *transporte de mercancías*; y aun hay algunas, muy bien arregladas, que pertenecen a personas pudientes de la región, que las han hecho construir expresamente para salir de recreo al campo o visitar sus propiedades...¹⁰⁰.

No acaba aquí esta breve selección informativa sobre las balsas de la costa Norte y Guayaquil. Hay otro testimonio interesante, el del viajero francés Francisco E. Paris, quien estuvo en el Perú entre los años 1841 y 1843. Este dejó una interesante descripción de las balsas, que eran, según dijo, *las mismas, en forma y técnica de construcción, que las que habían usado los peruanos en la antigüedad*. Anotó que las *balsas de troncos*, por su amplitud y *buen desempeño en el mar*, eran preferidas a todos los tipos de otras embarcaciones. "Todavía se ve —contó— buen número de ellas en Guayaquil, bajando el río y *navegando a lo largo de la costa...*". Destacó que navegaban con cargas de hasta *25 toneladas* por la isla de Puná o *por la costa hacia el Sur, hasta Paita*, y las elogió diciendo que "se conducen bien en este mar y se mantienen con suficiente facilidad sobre las olas". Las dimensiones, de las que vio, eran, aproximadamente, 25 a 28 metros de largo y 7 a 9 metros de ancho.

Se interesó mucho por las balsas de *tres plataformas*, compactas o adheridas, dos longitudinales y una, la central, transversal. Esta superposición daba a la balsa una solidez extraordinaria y la hacía capaz de resistir los peores embates del mar, sin peligro de perder su constitución.

Había otro tipo: el de *doble cubierta*, con puentes separados, conforme al siguiente diseño estructural: la *cubierta principal*, en contacto con el agua, hecha naturalmente de troncos gruesos; la *segunda cubierta*, o *alta*, apoyada en la primera mediante pequeños puntales. Este tipo se usaba principalmente cuando era necesario mantener la carga separada del agua, para salvarla de deterioro.

En la cabina iban los pasajeros o los tripulantes. Para que los pasajeros gozaran de comodidad y no sufrieran del humedecimiento que penetraba eventualmente por las ranuras de los troncos, la *plataforma de la cabina* estaba ligeramente encima de la *plataforma de la balsa*, apoyada en unos soportes transversales de mediano grosor¹⁰¹.

Finalmente, el cónsul inglés en Lima, Thomas J. Hutchinson, autor de *Dos años en el Perú*, una obra sumamente interesante por los muchos datos de todo orden —políticos, arqueológicos, económicos, etc.— que aporta, hizo, entre otros viajes por el te-

territorio nacional, uno al Norte, tocando en Chimbote, Huanchaco, Pacasmayo y San José, y vio balsas para el comercio de cabotaje, esto por el año 1872. Las que vio eran "completamente cuadradas", sin la proa saliente que describieron los cronistas (aquella forma; al decir de Cobo, como de "dedos de la mano extendida"). Por lo general, en esa época, los balseros peruanos procedían de Sechura, y eran habilísimos en la conducción de sus embarcaciones, aun en mares difíciles. Destacó Hutchinson que las balsas de la costa Norte del Perú, que él vio principalmente en la caleta de San José, eran, en lo principal, *las mismas que los indios de la antigüedad habían usado para sus contrataciones*¹⁰².

BALSAS EN EL SIGLO XX

Basándose en el testimonio de los cronistas principalmente y en las referencias, algunas de las cuales hemos copiado, de los viajeros y científicos de los siglos XVIII y XIX, varios autores contemporáneos también han hecho descripciones de las balsas, cumpliendo sobre todo, ante la abundancia de datos dispersos y enrevesados, una labor ordenadora. Entre los nuestros se puede citar a Urteaga¹⁰³; y entre los extranjeros, a Rivet y Baudin. "La balsa era una plataforma construida —dice Rivet— con vigas de madera muy ligera (*Ochroma piscatoria*), en número impar: comúnmente había cinco, algunas veces siete, nueve y aún más. Estas vigas estaban fijadas encima de otras dos transversales y su largura iba decreciendo del centro hacia los bordes, de modo que dibujasen una proa; hacia la popa, por el contrario, acababan en una misma línea. Encima de este primer piso, se construía un segundo, algo más elevado, para que pasajeros y mercancías se hallasen preservados del agua del mar. Todos los ensamblajes estaban hechos con bejucos flexibles o cuerdas de agave. Los mástiles y las antenas eran de madera fina, los velámenes de algodón, los cordajes de fibra de agave; una gran piedra, en forma de muela de barbero, servía de ancla. El que dirigía la embarcación se sentaba en la extremidad de la viga central, en la popa, y la maniobraba con un *remo-timón*; los remeros se situaban en las bandas; la vela era rectangular. Estas balsas podían transportar fácilmente cincuenta pasajeros y arqueaban hasta treinta toneladas"¹⁰⁴. En comparación con los buques de Pizarro, la capacidad de transporte de las balsas aborígenes —como aquella que halló Bartolomé Ruiz, procedente de Tumbes— no quedaba muy a la zaga, porque los barcos españoles de las expediciones descubridoras sólo aforaban entre 40 y 60 toneladas¹⁰⁵. La descripción de Baudin no difiere en nada de la de Rivet¹⁰⁶.

Heyerdahl dice, defendiendo la tesis de la gran pericia náutica de los peruanos de antes de los españoles: "La navegación peruana en el Pacífico se realizó durante *incontables siglos* en embarcaciones de diverso diseño construidas de acuerdo con el patrón básico de la *balsa*, siendo la principal de éstas *la lenta pero perfectamente segura*, y muy amplia, *balsa de madera de balsa* (o de troncos de *balsa*), con *gran capacidad de carga*" ¹⁰⁷. Con estas grandes balsas los peruanos antiguos no sólo mantuvieron un activo comercio regional sino que, en más de una ocasión, emprendieron "*peligrosas empresas*", como dice Heyerdahl: se refiere el escritor noruego al viaje de Túpac Inca Yupanqui supuestamente a Oceanía, del que se trata en el capítulo décimosexto.

Las últimas referencias sobre balsas, en este siglo, nos las proporcionan Enrique Brüning, ingeniero alemán que vivió durante medio siglo en el Norte del Perú, entre los años 1875 y 1925, dedicado al comercio y a otras actividades relacionadas con su profesión, convirtiéndose, con el tiempo, en un gran coleccionista de antigüedades; y Robert Cushman Murphy, famoso ornitólogo e ictiólogo que por varios años estuvo al servicio de la fenecida Compañía Administradora del Guano.

Brüning fue el *último en ver balsas al servicio de la navegación de cabotaje* y en los puertos del Norte sirviendo en el transporte de mercaderías. Esto fue por los años 1900.

Todavía por 1900, por consiguiente, las *balsas de troncos* se usaban en gran escala *desde el golfo de Guayaquil hasta el puerto de Pimentel*, al Sur de Lambayeque. Estas balsas eran construidas en los puertos peruanos utilizándose *madera de balsa*, grandes troncos de *Ochroma piscatoria* procedentes de las selvas ecuatorianas. Del Ecuador llegaba, también, el *mangle*, en forma de delgadas pero muy resistentes varillas para los *mástiles bípedos*.

Los troncos que se usaban en aquella época eran, según las mediciones del propio Brüning ¹⁰⁸, de *17 metros de largo por medio metro de grosor*, promedio.

Los cargadores nativos de los puertos usaban estas balsas para transportar la mercadería de los buques anclados lejos de tierra; y en las rompientes y resacas era de admirar la forma segura como se desempeñaban estas rústicas embarcaciones, muy bien guiadas por sus tripulantes, los cuales dejaban pasados a los marinos extranjeros.

Brüning vio balsas que cargaban 150 sacos de arroz con un peso de 13 toneladas, sin que el agua llegara a la plataforma y malograra la carga.

Con el tiempo, los troncos se saturaban de agua y exteriormente se rajaban. Entonces, los indios sacaban las balsas a la

NAVEGACION

playa y las ponían a secar. Después, las balsas escurridas y secadas en la playa, eran botadas nuevamente al mar en medio de entusiastas gritos.

La última referencia de *balsas grandes a vela*, se la debe la historia a Robert Cushman Murphy, "quien tomó fotografías y describió *una balsa de Sechura en el golfo de Guayaquil*, en 1925. La balsa llevaba lo que parecía ser una vela al tercio, alargada, sobre un solo mástil". Tenía un largo aproximado de 11 metros.

La vela tenía forma rectangular y "se movía con lentitud majestuosa con el viento". La balsa estaba hecha de nueve enormes troncos. La verga de la cual pendía la vela era curva. A bordo iban siete indios, pero bajo una carpa de lona seguramente iban otros, que no fueron alcanzados por el curioso observador. Sobre la plataforma solidísima de los nueve gruesos troncos, había otra plataforma, reducida, de troncos menores, en la que estaba la carpa.

Anteriormente, Murphy había visto, en 1919, otras balsas grandes, veleras, en Paita y alrededores de la isla Lobos ¹⁰⁹.

LA MADERA DE BALSA

El principal material de construcción de las balsas del Perú y el Ecuador, fue y es la *madera de balsa* o *palo de balsa*, que crece en los bosques del Ecuador pero que se da también en el Perú, en las riberas del Marañón y, sobre todo, en el valle del Utcubamba. Cobo describió este árbol en los siguientes términos: "El árbol es grande... su hoja se parece a la del laurel; no echa fruto sino unas agallas o botoncillos como los de la yara. Su madera es tan blanda y fofa, que cuando se corta este árbol, a cada golpe se entra toda la hacha por el tronco. De sus maderos, después de secos, se hacen en muchas partes de este reino *balsas para navegar por la mar* y por los ríos; las cuales, por ser de madera tan liviana, son muy ligeras..." ¹¹⁰.

Anteriormente se reprodujo el párrafo sobre tan singular madera, de Juan y Ulloa, a quienes debemos una de las descripciones más completas de la balsa como embarcación, incluyendo sus aparejos y particularidades náuticas. "No la conocen por otro nombre que el de *balsa*" (ellos escribieron con z, balza), aunque "los indios del Darién la llaman *pucro*". "Según toda su apariencia ha de ser la que los latinos entienden por *férula*... Nebrija la llama en castellano *caña beja* o *caña heja*... Es una madera blanquizca, fofa y muy ligera", tanto que "un trozo de tres o cuatro varas de largo lo levanta un muchacho y lo lleva de un lugar a otro sin molestia..." ¹¹¹.

Los expertos consideran el *árbol de balsa* (*Ochroma lagopus Sw.*) una *especialidad del Ecuador*, especie oriunda de ese país.

Por lo mismo, según algunos autores —Edwards, entre ellos ¹¹²—, el área focal de las balsas de troncos, tanto en el pasado como en los tiempos modernos, debe ser considerada la región del Guayas y la costa de Manabí. Hasta donde se extendió el comercio de la *madera de balsa*, se extendió paralelamente la construcción de grandes balsas de troncos.

“La cualidad más destacada de la *balsa* es su levedad; pesa alrededor de *tres kilos por pie cúbico*, la mitad de lo que pesa el corcho. Además, es blanda, fuerte y resistente al calor y al sonido...”, razones por las cuales tiene muchas aplicaciones en la vida moderna ¹¹³.

Crece en forma silvestre en los claros de los bosques y con tanta rapidez que en los primeros seis meses puede llegar a una altura de cerca de cuatro metros, con un tallo ya robusto. En ocho años, mediando “buenas condiciones de agua, calor y terreno” puede alcanzar unos doce metros de altura y un diámetro de veinticinco a treinta centímetros. Su medio ideal es el de “las húmedas junglas costeras que rodean a los ríos Guayas-Daule”, del Ecuador ¹¹⁴. Destaca entre los otros árboles de la región por su aspecto “esbelto y alto” ¹¹⁵, de árbol verdaderamente distinguido.

Weberbauer ha hecho el estudio de su distribución en el Perú. Árboles de *palo de balsa* o *huampo*, pertenecientes al género *Ochroma*, de hojas perennes —dice el sabio alemán—, “acompañan a los ríos de la Montaña y de allí suben a los valles interandinos del Marañón y del Utcubamba”. Agrega: “Antes se admitía una sola especie: *Ochroma lagopus*; después se establecieron varias, entre las que figura *Ochroma peruviana*” ¹¹⁶. Muy extendida es la especie *Ochroma piscatoria*, la de mayor popularidad en la construcción de balsas en el Ecuador. Weberbauer anota, además, que el *palo de balsa* se da abundante en la formación de *bosque ribereño* (por lo general, siempre verde) del valle del Utcubamba. Se da en las “playas anchas que acompañan al Utcubamba, entre el pueblo de Leimebamba y el puente de Chapoyas” ¹¹⁷. La asociación florística principal allí es de un nogal, *Juglans neotropica*, y el “gigantesco *palo de balsa*”, *Ochroma lagopus*. Ambos son árboles típicos de la Montaña. De los ramajes de ellos, penden “largas madejas de *tilandsias*”, epifitas. En general, puede decirse que el *palo de balsa*, aunque reclamado como exclusividad por los bosques del Ecuador, tipifica el bosque del Marañón. Sin embargo, no hay indicios ni mucho menos información histórica de los primeros años de la Conquista, sobre el posible aprovechamiento del *palo de balsa* del Marañón en la época prehistórica para la construcción de almadías oceánicas.

**LA Balsa de los Tumbesinos
con la que se topo Bartolomé Ruiz**

De todas las balsas que los españoles de la época del Descubrimiento tuvieron ocasión de ver y examinar, ninguna aventaja en fama a la de los comerciantes tumbesinos que halló el piloto Bartolomé Ruiz en 1526, frente al cabo de *la Galera*. Ese encuentro fue, además, la primera toma de contacto entre la civilización cristiana occidental y el mundo aún virgen de la civilización andina, representado desde siglos atrás por el Imperio de los Incas. En esa ocasión, los españoles tuvieron las primeras noticias directas sobre el Tahuantinsuyo, y lo que oyeron de los indios fue confirmación de la leyenda de riqueza y poderío que habían escuchado entre los pobladores de la costa explorada.

Los antecedentes históricos de aquel encuentro, son los siguientes:

Firmado el *contrato de Panamá* entre los tres socios —Pizarro, Almagro y Luque—, el 10 de marzo de 1526, partieron los capitanes con dirección al Sur en dos buques, llevando 160 hombres y algunos caballos. Cada capitán en su buque, tomó el comando Bartolomé Ruiz, piloto “de gran sagacidad y resolución —como dice Prescott—, natural de Moguer, en Andalucía, “hombre de mucha experiencia en la navegación de la Mar del Sur”.

La expedición, sin mayores incidentes, llegó, así, hasta el río San Juan, donde la hueste consiguió de los villorrijos indígenas algún botín. Allí, ante la falta de recursos para seguir adelante, los capitanes resolvieron separarse: Almagro regresaría a Panamá a enganchar más hombres y procurar mayores bastimentos y Pizarro quedaría en el mismo sitio, esperando el reencuentro. Así fue. Almagro tomó la ruta del Norte, hacia el Istmo, y Pizarro quedó en tierra, con el otro buque de la expedición al mando de Ruiz.

Por la versión de los cronistas, y sobre todo, por una probanza del hijo de Ruiz, llamado Martín Yáñez de Estrada, de 1555, se sabe que, después de partido Almagro para los fines indicados, “el dicho Bartolomé Ruiz” importunó muchas veces al... capitán Francisco Pizarro, le dejase ir con un navío pequeño que allí tenían, con sólo los marineros, a descubrir y buscar tierra en que pudiesen poblar, por ser toda la que habían descubierto ciénagas y montañas tan fragosas... A instancias y ruegos del dicho Bartolomé Ruiz, el dicho capitán Francisco Pizarro le dio licencia para que lo hiciese, y así se hizo a la vela con el dicho navío y sólo los marineros, con el cual anduvo más de dos meses descubriendo, y al cabo de ellos volvió donde había dejado al dicho capitán Francisco Pizarro y le trajo oro y plata, ropa y otras cosas muchas en señal de la buena tierra que había halla-

do y la riqueza que en ella había y indios, de los cuales se supo la verdadera noticia: *lo cual todo habia tomado de un navio en que los indios suelen navegar en esta mar, que lo llevaban a contratar de unas partes a otras*" ¹¹⁸.

Prescott, resumiendo y concordando las diversas versiones, dice que, a los dos grados Norte, llegó Ruiz a la isla del Gallo pero que en ella no desembarcó para evitarse complicaciones con los naturales. Siguió, entonces, más al Sur, y tocó, en un lugar donde habían aldeas de indios, al que bautizó con el nombre de *Bahía de San Mateo*. Después, "alejándose de la costa, entró a alta mar, pero no había navegado mucho tiempo en esta dirección cuando lo sorprendió descubrir un buque que con la distancia parecia una gran carabela, pero atravesada por una vela muy grande, que la arrastraba lentamente por la superficie del agua... La confusión de Ruiz era grande porque estaba seguro que ninguna nave europea podía haber llegado antes que él a esas latitudes, y ninguna nación india de las hasta entonces descubiertas, ni la civilizada nación mexicana, conocía la aplicación de las velas a la navegación" ¹¹⁹. Pero, "al acercarse, descubrió que era una grande embarcación o, por mejor decir, una *balsa*, que consistía en un gran número de vigas de una madera ligera y porosa, fuertemente atadas unas a otras, y con un ligero suelo de cañas por encima, a modo de cubierta. Dos mástiles o palos gruesos, colocados en el centro del buque, sostenían una *gran vela cuadrada de algodón*, mientras que un grosero *timón* y una *especie de quilla* hecha con una tabla encajada entre los maderos, facilitaban al marino el que diese dirección a esta clase de buque, que seguía su curso con la ayuda del remo".

Esta reseña histórica puede servir de introducción para los documentos básicos que informan sobre el encuentro, sin duda el episodio más sensacional del Descubrimiento hasta el desembarco en Tumbes.

La *Relación* de Sámano-Xérez, que es la pieza fundamental, narra los acontecimientos de la siguiente manera:

En *San Juan*, el capitán Francisco Pizarro, que allí había quedado a la espera de Almagro, "viendo la poca manera que había en aquella tierra de poblar ni haber provecho", envió al piloto Bartolomé Ruiz, "muy bueno", en un navío y "cierta gente", a explorar la costa del Sur por dos meses. Ruiz, llegó a un lugar donde había tres poblados, que llamó *Bahía de San Mateo*; siguió al Sur, viendo "tierra muy llana y de muchas poblaciones" y "después grandes sierras y costa brava"; "y halláronse que estaban de aquella parte de la línea equinoccial tres grados y medio perdido el Norte".

Refiere la *Relación* después que Ruiz dio vuelta porque se acababa el término del plazo, cuando de pronto, tras hacer unas

calas para cargar agua y provisiones, "tomaron un navío en que venían hasta veinte hombres, en que se echaron al agua los once de ellos, y tomados los otros dejó en sí el piloto tres de ellos y los otros echólos asimismo en tierra para que se fuesen; y estos tres que quedaron para lenguas, hízoles muy buen tratamiento y trájolos consigo"¹²⁰.

"Este navío... tenía parecer de cabida de hasta *treinta toneles*; era hecho por el plan y quilla de *unas cañas tan gruesas como postes*, ligadas con sogas de uno que dicen *eneguen*, que es como cáñamo, y los altos de otras cañas más delgadas, ligadas con las dichas sogas, adonde venían sus personas y la mercaduría en enjuto porque lo bajo se bañaba. Traía sus mástiles y antenas de muy fina madera y velas de algodón del mismo talle, de manera que nuestros navíos, y muy buena jarcia del dicho *eneguen* que dijo, que es como cáñamo, y unas potalas por anclas a manera de muela de barbero"¹²¹.

Oviedo aporta otros datos, aunque en la descripción de la balsa no agrega nada nuevo. Comienza refiriendo que "Francisco Pizarro había enviado con el piloto Bartolomé Ruiz a descubrir por la costa de Levante... El piloto corrió la costa *ciento y cincuenta leguas*, y llegó a estar *un grado o grado y medio de la otra parte de la línea equinoccial*"¹²², y descubrió tierra llana sin montes y poblada de muchos pueblos... Y después que halló esta tierra, el tiempo le dio causa que buscarse puerto, donde se reparase, y *volvió atrás*; y volviendo, entró en el paraje de aquel pueblo grande... y le puso nombre el *Cabo de la Galera*. Y vido venir del bordo de la mar un navío que hacía muy grande bulto, que parecía *vela latina*, y el maestre y los que con él iban se aparejaron para pelear, si fuese menester; y arribó sobre el navío y le tomaron, y hallaron que era un *navío de tractantes de aquellas partes, que venía a hacer sus rescates, en el cual venían hasta veinte personas*, hombres, mujeres y muchachos".

La descripción que ofrece Oviedo es breve. Dice: "La manera deste navío era de muy gruesos maderos reatados fuertemente con sogas recias de *henequén*, con su alcázar y retrete y gubernalles, velas y jarcias y potalas de piedras grandes, tamañas como piedra de barbero, que sirven en lugar de áncoras. Llevaban conchas coloradas, de que hay en *Chaquira*... y por estas dan los indios todo el oro y la plata y ropa que traen de rescate"¹²³.

De acuerdo con la clasificación de Andrés Baleato, expuesta anteriormente, la balsa hallada por el piloto Ruiz correspondería al *tipo mediano*, de las *balsas de navegación propiamente oceánica*, capacitadas para navegar contra el viento. Esas balsas —dice Estrada— estaban destinadas, cuando operaban en las costas ecuatorianas, al tráfico regular entre la isla de La Plata

y el continente. "Por lo tanto —añade ese autor—, *navegaban contra el viento* y en las aguas más tempestuosas" ¹²⁴. Dice más: "Los antiguos cronistas españoles conocieron las condiciones de *orzar de estas balsas de mediano tamaño* y estaban realmente sorprendidos de este particular".

SEGURIDAD Y EXCELENCIAS DE LA BALSA

En los puertos de aguas difíciles, los españoles de la Conquista utilizaron con mucha frecuencia las balsas de los indios para bajar a tierra. Eran embarcaciones rústicas, sin comodidades, pero seguras; y los conquistadores aceptaron desde un principio sus bondades frente a los débiles e inestables bateles de las carabelas y carracas, que se volteaban en las rompientes. Entre otros tantísimos casos registrados, se puede citar el de D. Pedro de La Gasca. Habiendo partido de Panamá en abril de 1547, le tocó desembarcar en Tumbes con pésima mar, y hubo de recurrir a "las balsas que tienen allí los indios", según cuenta Calvete de Estrella. El cronista agrega: "Es tan grande el tumbo y furor de aquel mar, que no pueden desembarcar sino por la mañana, que está más manso. Usan para se desembarcar de aquellas *balsas*, que por ser muy anchas *no se zozobran* ni transtornan como los bateles..." ¹²⁵. Y otro caso, más revelador aún, es el del propio Pizarro, que Urteaga comenta de la siguiente manera: "Que las balsas... de los yungas eran amplias y *suficientemente seguras* para navegar en el mar, lo prueba... el que Pizarro se sirviera de ellas para transportar parte de la tropa española y los caballos..." ¹²⁶.

Durante mucho tiempo no se dudó que la balsa había sido una embarcación de excelentes cualidades marineras, apta no sólo para las delicadas operaciones de los puertos sino para la navegación de altura, entre costas distantes. Escritores de todas las épocas, desde los españoles del siglo XVI que la vieron surcar mares abiertos, hasta los historiadores modernos y especialistas en navegación aborigen, todos, por igual, la ensalzaron. Pero, en 1932, Samuel K. Lothrop, con la publicación de su celebrado trabajo sobre la navegación en la costa occidental de Sudamérica..., puso en alerta a los panegiristas de la balsa, al advertir que las embarcaciones de este tipo, aparentemente tan seguras y tan hechas para los mares de altura, no podían hacer largas navegaciones porque *la madera de la que estaban hechas absorbía con rapidez el agua*, perdiendo su capacidad de flotación. Dijo: "La madera de balsa, si bien es de muy alta flotabilidad, absorbe agua con rapidez y *pierde su flotabilidad por completo* después de *unas cuantas semanas*" ¹²⁷. Y refirió, para respaldar esta aserción, lo observado por el viajero inglés George Byam a me-

diados del siglo pasado, con las balsas que eran desarmadas periódicamente, llevados sus troncos a tierra y allí dejados por un tiempo para escurrir el agua y secar. Más tarde, otro experto de renombre, P. A. Means, con la publicación, igualmente, de su documentada monografía sobre el mismo tema, se puso de lado de Lothrop y expresó su juicio totalmente negativo sobre la balsa, llegando a la conclusión extrema de que ésta era una *embarcación despreciable*. La balsa fue —dijo— lo mejor de los antiguos peruanos en materia de navegación en el mar, pero objetivamente considerada, no valió nada. Means, además, consideró al peruano como un pueblo de escasas facultades náuticas e incapaz de dominar el mar¹²⁸.

El impacto que causó la advertencia de Lothrop, fue grande. Ante tan penetrante como efectivo argumento, los partidarios más resueltos de la navegación oceánica en balsas, echaron pie atrás y hubieron de confesar con sinceridad que no habían considerado la circunstancia anotada por el acucioso investigador norteamericano, de la rápida saturación que sufre la madera de balsa. Por ejemplo: R. B. Dixon había sostenido antes de 1932 que el camote había sido llevado por los peruanos a la Polinesia, en épocas prehispánicas, con el nombre quechua de *kumara* y propuesto con la mayor seriedad y decisión que la transferencia se había producido *a raíz de viajes en balsa* desde las costas del continente americano hasta las lejanas islas de Oceanía. Pues bien: tan luego como Lothrop publicó su estudio aquel año 1932, negando a las balsas del Perú y Ecuador capacidad para largas navegaciones por el mar, Dixon estimó prudente cambiar de opinión o exponer sus dudas sobre la tesis que había sostenido. Cambió en su teoría la dirección de la transferencia. Siguió pensando que el camote había sido transferido, pero ya no del Este al Oeste sino al revés. Dijo que, como las embarcaciones peruanas no tenían capacidad para largos viajes marítimos, la transferencia de la planta había sido hecha, no por los peruanos sino por los polinesios, éstos, sí, dueños de grandes piraguas, capaces de cruzar de lado a lado en ancho mar¹²⁹.

Otro que también retrocedió ante la fuerza convincente de los argumentos de Lothrop, fue K. P. Emory. Estudiando los antiguos trabajos en piedra, especialmente la arquitectura lítica, de la isla de Pascua, islas de La Sociedad, las Marquesas, Hawaii y las Tonga, Emory había sostenido en 1933 que era razonable considerar el *origen americano de este arte lítico polinesio*, sobre todo el revestimiento en piedra de los edificios, y estimado que, *en balsas*, había podido efectuarse la transferencia de América a Polinesia, *llegando los navegantes peruanos, con esas embarcaciones, hasta la isla de Pascua*. Pero, años más tarde, a raíz, como se ha dicho, de los estudios de Lothrop y, particularmente,

del ejemplo que para él fue el retroceso de Dixon, *Emory cambió de opinión*, y en 1946 descartó la posibilidad de que los elementos culturales americanos hubieran podido pasar a Polinesia mediante viajes en balsa a través del Pacífico, justamente lo contrario de lo que antes había dicho.

Pero, en 1947, con la hazaña de Thor Heyerdahl, y sus cinco audaces compañeros de aventura, quedó completamente desbaratada la idea de que los troncos de las balsas absorbían el agua hasta la saturación y que estas embarcaciones, por lo tanto, no podían realizar largas travesías en el mar. Heyerdahl y sus bravos navegaron en una balsa, por ellos mismos construida, desde el Callao hasta una isla del grupo de las Tuamotú, en cien días, y no sufrieron percance alguno. La balsa llegó a su destino en óptimas condiciones. En consecuencia, la suposición de Lothrop cayó por su base. Al final, quedó demostrado "que *la balsa de troncos es apropiada para largas navegaciones* [y] más segura que las canoas, pudiendo transportar mucha gente y mercancías y provisiones..."¹³⁰.

La famosa balsa *Kon Tiki*, hecha en el Callao con material de las selvas occidentales del Ecuador, "componíase de nueve troncos de *madera de balsa* de dos pies de grosor y de treinta a cuarenticinco pies de largo... con vigas transversales sobre las cuales se tendió una cubierta de bambú y se colocó una choza abierta. Un mástil doble, con vela cuadrada, cinco *guaras* (tablones centrales) y un *remo-timón*, completaban la construcción. La balsa fue lanzada a la mar en el puerto del Callao, el 28 de abril de 1947, con una tripulación de seis hombres; 93 días después se avistó y pasó la primera isla habitada de la Polinesia. Después de un viaje total de 4,300 millas en 101 días, la balsa *Kon Tiki* tomó tierra en un arrecife del atolón de *Raroia*, en el grupo de las *Tuamotú*, con la tripulación y casi toda la carga a salvo..."

El propio Heyerdahl, tras este breve recuento, explica el objeto de la temeraria expedición: "... fue probar y estudiar las verdaderas cualidades y capacidad de la balsa de *madera de balsa* y, lo que era más importante, obtener una respuesta a la antigua y disputada cuestión de *si las islas de la Polinesia estaban al alcance o no de los balseros del antiguo Perú*"¹³¹.

He aquí, explicados por el propio Heyerdahl —y sólo en lo que toca al problema de la capacidad marinera y de travesía de las balsas—, los resultados de la admirada expedición de la *Kon Tiki*.

La balsa *Kon Tiki* "resultó una embarcación eminentemente navegable, perfectamente adaptada para llevar pesadas cargas en el océano abierto, sin protección. De todas las valiosas cualidades de la balsa, ninguna nos sorprendió e impresionó más que su extraordinaria seguridad y flotabilidad en todas las condiciones

de tiempo en el mar...". También evidenció "una extraordinaria capacidad para montar las olas".

Orgullosamente recuerda Heyerdahl que antes del viaje de la *Kon Tiki* se decía que no iba a poder navegar porque la madera de la que estaba hecha absorbía el agua; que las ataduras se romperían durante el viaje por la fricción de los troncos; que los troncos se partirían con las olas; que las olas barrerían la cubierta, llevándose todo, incluso a los tripulantes...

Todo quedó completamente desmentido y fue visto que *la balsa es una embarcación de excelentes condiciones marineras*, irremplazable para los viajes en el mar.

El problema de la absorción —explica Heyerdahl— quedó aclarado de la siguiente manera: "La madera de balsa, *seca*, tal como se vende actualmente en el mercado, es *muy absorbente* y, por lo tanto, inadecuada para la construcción de balsas; pero, la madera de balsa *verde*, echada al mar cuando se acaba de cortar y está llena de savia, *es sumamente resistente al agua* y aunque el agua penetra gradualmente en la parte secada por el sol, la savia del interior evita una mayor absorción...".

No hubo roturas de las amarras por la fricción, debido a que la superficie de los troncos se tornó "blanda y esponjosa". Los troncos fueron "suficientemente fuertes" para soportar el golpe de las olas en dos tormentas furiosas. Resistieron, incluso, cuando la balsa encalló en los arrecifes coralinos de Raroia. La seguridad de la embarcación, de otro lado, no obstante su casi nula *obra muerta*, se logró gracias a la capacidad para levantarse rápidamente después de cada ola. Además, el agua que la barría escapaba de inmediato por las ranuras de los troncos.

Hecha a imitación de las antiguas balsas de los yungas, la *Kon Tiki* probó que las balsas prehispánicas del Perú *fueron embarcaciones de alta mar, muy marineras y capaces de largas travesías oceánicas*. En otras palabras —como dice Estrada—: "el viaje de la *Kon Tiki* probó sin lugar a dudas las ventajas de las antiguas embarcaciones de balsa"¹³². En ellas, entonces, fueron posibles las hazañas que recuerda la leyenda y los viajes que la historia ha recogido, como aquel sorprendente de los tumbesinos, del que el primer sorprendido fue el gran navegante Bartolomé Ruiz, Piloto Mayor de la Mar del Sur.

Después de la travesía de la *Kon Tiki*, otros viajes similares se realizaron, todos partiendo del Callao y todos coronados con el mismo éxito. Tras estas experiencias, ya no cabe dudar de las excelencias y bondades marineras de las balsas de los antiguos indios de la Costa.

AREA DE DISTRIBUCION

Al respecto, no hay acuerdo; unos autores proponen un *área de distribución amplia*, sobre toda la costa peruana, hasta el litoral Norte de Chile, con foco naturalmente en Paita, Tumbes y el golfo de Guayaquil; otros un *área de distribución restringida*, sólo la costa Norte del Perú, a contar de Paita (grado 5 de latitud meridional, aproximadamente), con incidencia mayor en Guayaquil y Manta.

Friederici, apoyándose en los trabajos de Uhle en Arica, fue el primero que señaló para la *balsa de troncos*, sin tomar en cuenta el tamaño, un área de distribución amplia, no sólo sobre toda la costa peruana sino, por el Norte, hasta la Baja California. Advirtió, además, que la balsa se daba tanto en la costa del Pacífico como en la del Atlántico.

Comentando la opinión del ilustre etnólogo alemán de los comienzos de este siglo, Heyerdahl dice que en el desarrollo de la técnica de construcción de embarcaciones, *la canoa no reemplazó a la balsa*. Así, los nativos del Istmo, "tenían espaciosas canoas marítimas como muchos de los pueblos de Centroamérica y México" y, al mismo tiempo, balsas para determinados trajines de navegación. Esto demuestra —dice el mismo Heyerdahl— que la balsa, no obstante su sencillez y aparente inferioridad frente a la canoa perfeccionada, aportaba ventajas para la navegación dedicada al *transporte de cargas* y, sobre todo, seguridad en los mares duros¹³³.

Los hallazgos de Uhle en Arica son para el discutido jefe de la expedición *Kon Tiki*, decisivos. *Las balsillas funerarias* que el arqueólogo alemán encontró en los cementerios precolombinos del lugar (y de las que se ha hablado en el capítulo octavo), demuestran que *la balsa pequeña de tres troncos era conocida en toda la costa peruana*. Pero Heyerdahl no se detiene allí y generaliza, pasando en su hipótesis, sin el cuidado que el caso requiere, de un modelo a otro. Si la balsa de tres troncos era conocida en toda la costa peruana —aventura—, nada impide pensar que la balsa grande de cinco, siete o nueve troncos también se conoció en Arica y fue, por lo tanto, común a toda la costa peruana. Se basa para esta generalización en que la balsa de tres troncos, técnicamente, se halla asociada a la balsa de mayor número de troncos. Concluye: "La balsa de troncos tenía una extensa distribución prehistórica a lo largo de la costa del Pacífico del Perú, *llegando de la frontera actual con el Ecuador hasta Chile por el Sur*"¹³⁴.

En otro de sus trabajos, Heyerdahl explica que mientras el *ca-ballito de totora* era usado únicamente en la pesca, la *balsa de troncos*, con vela, se aplicaba al transporte de cargas pesadas en general, viajes oceánicos regulares¹³⁵, transporte de guano de las

islas al continente (en el sector comprendido entre las islas Chíncha, por el Sur, y el grupo de las Lobos, por el Norte), conducción de ejércitos, expediciones de pesca de alta mar y maniobras militares para la sujeción, tras la conquista, de los aguerridos pueblos insulares¹³⁶. Sirviendo para tantos fines, no podía quedar relegada a sólo un sector de la costa; su popularidad se extendió; pronto fueron vistas sus ventajas y llevada, entonces, al Sur, donde sirvió principalmente para el transporte del rico fertilizante de las islas a las tierras necesitadas de los valles. Un centro importante fue el litoral comprendido entre Pisco y Chíncha, del que partían las balsas con destino a las *islas guaneras* y volvían al cabo de unos días con el milagroso reconstituyente de la tierra, colmadas del precioso producto.

Clinton R. Edwards considera también que la balsa tuvo amplia distribución: todo el Perú, hasta el Norte de Chile (como lo demuestran los hallazgos no sólo de Uhle sino de Bird, éstos mejor identificados), pero advierte que esta distribución se refiere sólo a la *balsa desprovista de vela y no a la velera*, que es —subraya— *exclusiva del Norte*. Un rasgo extendido a toda la costa, en cambio, es el *adelgazamiento de la proa*, confirmado en Arica por Bird¹³⁷.

Edwards, a diferencia de Heyerdahl, ha procedido con suma cautela en torno al problema de la distribución de la *balsa velera* con *guaras* o *tablones de quilla*. Por el Norte —dice—, las evidencias llevan hasta Manabí, pero, por el Sur, sólo hasta Sechura. Por consiguiente, la presencia de balsas de este tipo en Ica, resulta discutible.

Se conocen desde los tiempos de Uhle unas piezas de madera que proceden del valle de Ica, parecidas a remos, con brazos a veces bellamente decorados con tallas muy finas, que, según unos, son *quillas* o *guares* (guaras) y, según otros, simples *implementos agrícolas*, presumiblemente ceremoniales.

Más adelante se estudiará el problema de las *guaras* de Ica, piezas que siguen intrigando a los especialistas, pero es del caso adelantar que los marineros españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, a mediados del siglo XVIII, en su viaje por la costa occidental de Sudamérica, vieron en uso tablones semejantes, que los indios balseros de Guayaquil introducían entre los troncos de sus embarcaciones para gobernarlas, llegando con ellas a navegar contra el viento.

Tocante a las presuntas *quillas* o *guaras* de Ica, se las clasifica en *grandes*, que encajan perfectamente en la supuesta función, y *chicas*, que no habrían podido, en ningún caso, servir para la finalidad indicada. Esta diversidad de tamaños crea un problema y se convierte en un argumento en contra de la hipótesis que postula el uso náutico de tales piezas.

Rowe se opone a los que creen que son quillas para la navegación de balsas. Sigue a Uhle, quien ha sido el único arqueólogo, hasta la fecha, que ha obtenido las piezas directamente de excavación arqueológica controlada. Uhle no admitió nunca la calificación de *tablones de quilla* o *guaras* y se inclinó por considerarlas *implementos agrícolas*. En nuestros días, de la misma opinión es el citado Rowe.

No hay, por consiguiente, seguridad sobre el verdadero carácter de las discutidas piezas de Ica, y mientras la incertidumbre impere no podrá hablarse, con certeza, de navegación en *balsas de vela* en las costas del actual departamento de Ica. Como la guara es un elemento asociado o concomitante a la vela, si se llega algún día a probar que los maderos tallados iqueños son quillas, la navegación en balsas veleras tendrá que ser reconocida allí. O, a la inversa, como arguye Edwards: "Si se comprobara que las planchas de madera del valle de Ica no son *guares* (remos o quillas), el resto de la evidencia distribucional *limitaría las balsas veleras a un tramo corto de la costa, entre Manabí y la región de Sechura...*"¹³⁸. Mientras tanto, manteniéndose el suspenso —recomienda el mismo autor—, hay que limitar el uso de las *balsas veleras con guaras*, por el Sur, a Sechura, siendo muy aventurado correr ese límite más allá del grado 5 de latitud meridional.

La opinión de Engel registra un cambio. Mientras en una de sus monografías sobre Paracas¹³⁹ sostiene que el hombre de la cultura que Tello llamó Necrópolis *no conoció ningún tipo de embarcación* (lo que afirma apoyándose en el hecho de que él no ha encontrado, en muchos años de trabajo en el lugar, "ningún objeto que pueda indicar la existencia" de balsas, ni de toтора ni de troncos), en su libro de 1966 deja expedito el camino para aceptar la posibilidad de una forma incipiente, por lo menos, de navegación, en todo caso de una navegación dirigida a la pesca. El mar en la bahía de Paracas —dice— no es bravo, pero, en cambio, en la bahía de la Independencia es peligroso por los vientos muy fuertes que soplan regularmente. "Frente a Paracas existen varios grupos de islas, pero son de acceso difícil por la misma razón de las olas; allá moran lobos y pájaros marinos: ¿quizá llegaron allí, *en balsas*, los antiguos paraqueños?"¹⁴⁰. En el balance parece inclinarse por una *navegación pesquera*, pero sin especificar el tipo o modelo de embarcación.

Horkheimer siempre se mostró reacio a admitir la existencia de un comercio por mar a lo largo de la costa, pero en un texto que dejó inconcluso sobre la navegación prehispánica en el Perú y que estuvo escribiendo poco antes de su muerte (1965), cambió de parecer. Aceptó, un poco temerosamente, la existencia de ese comercio, tanto en el Norte como en el Sur, y recalcó que en

el litoral de Chíncha y Pisco el movimiento de embarcaciones había sido particularmente intenso. Estudió las *orzas* y *remos* de Ica y teniendo en cuenta el tamaño de algunas de las piezas supuestas *remos*, concluyó afirmando la existencia de balsas, las cuales —agregó— estuvieron dedicadas, en primer lugar, a la pesca de altura y, subsidiariamente, al transporte. Respecto al transporte, dijo que no se podía desdeñar, como factor determinante del comercio en balsas, la proximidad de las islas Chíncha, ricas en *guano* y en las que la arqueología ha encontrado evidencias de una *antigua explotación, desde la edad mochica*. Teniendo en cuenta el tamaño de los remos, Horkheimer llegó a afirmar que las *balsas guaneras* de los indios de la costa Sur, tenían, por lo menos, un largo de seis metros¹⁴¹.

Otros autores que se inclinan por la distribución amplia de la balsa de troncos, son Bushnel y Canals Frau, muy respetados por la seriedad de sus trabajos, siempre bien documentados. El primero dice: "No cabe duda que se usaban *balsas de madera* en los tiempos antiguos a lo largo de la costa del Perú, puesto que balsas de troncos con cañas de gobierno centrales, aparecen en las sepulturas, especialmente en la parte Sur de la Costa... No se sabe si las embarcaciones eran construidas con la madera ligera de balsa que se usa en la actualidad... La opinión más general es que sólo mantenían [los indios de la costa] un tráfico costero, aunque el descubrimiento por Thor Heyerdahl de objetos peruanos en las islas Galápagos, muestra que podían viajar distancias considerables..."¹⁴².

Según Canals Frau, en la época del gran florecimiento de las culturas de la Costa (Mochica, Interlocking, Nievería, Maranga, Nasca, etc.), los pueblos de la costa central ejercieron activamente la navegación y la pesca, con *caballitos de totora* y *balsas de troncos*. El descubrimiento de Jijón y Caamaño de una "balsa todavía bien conservada" en las ruinas de Maranga, cerca de Lima, es una prueba concluyente de este aserto.

Larco, Kosok y von Hagen pueden representar la corriente de opinión que se niega a admitir un amplio frente costero de distribución de la balsa de troncos. Larco sostuvo, hasta poco antes de su muerte (1966), enfática y resueltamente, que tanto los mochicas de los primeros siglos de nuestra era, como los posteriores chimúes del mismo país costero, *no conocieron la balsa de troncos*, porque, de haberla conocido —explicaba el ilustre arqueólogo— la habrían representado en su cerámica. Por lo mismo, en toda oportunidad que tuvo, Larco rechazó de plano las suposiciones y teorías de Heyerdahl, a quien consideró siempre como un gran deportista y un aficionado temerario a los estudios científicos pero nunca como un arqueólogo o etnólogo de verdad¹⁴³.

En dos de sus obras principales, el malogrado Kosok redujo considerablemente el uso de las balsas de troncos a sólo el sector extremo Norte de la costa peruana, golfo de Guayaquil y litoral manteño del Ecuador. Según él, el límite meridional de las grandes balsas fue Paita; en el resto de la costa peruana sólo se usó el *caballito de totora*, y la navegación, por consiguiente, se limitó a la costera dedicada a la pesca. Dice en su estudio sobre el transporte en el Perú antiguo: "Las *grandes balsas* que podían llevar un número considerable de hombres y grandes cantidades de mercadería, *eran propias solamente de la región de la bahía de Guayaquil*, en el Ecuador, *comprendiendo el sector de Tumbes*, a lo largo del extremo Norte de la Costa peruana. Las balsas a veces seguían la *Corriente del Niño* hacia el Sur... hasta donde en la actualidad queda *Paita*. Sólo en raras ocasiones, cuando la *Corriente del Niño* se presentaba excepcionalmente fuerte, pasaban más al Sur. La historia de *Naymlap* y de su desembarco en Lambayeque probablemente sea un ejemplo de estas penetraciones excepcionales"¹⁴⁴. Agrega en el mismo estudio que no hay pruebas históricas ni arqueológicas del uso de las *grandes balsas de madera* tanto en la costa central como en la meridional. *De Paita al Sur sólo se usaron caballitos de totora* —dice.

En otra de sus obras, Kosok abunda en diversas consideraciones, muy ingeniosas pero faltas de fundamento pleno, sobre la incipiencia de la navegación en el Perú. Sostiene que los caminos del mar nunca fueron usados porque, sencillamente, los de tierra, que corrían paralelos, eran mejores y ofrecían una comunicación más segura y rápida, a pesar de los arenales y las estrabaciones andinas. "¿Acaso —se pregunta tendenciosamente— los antiguos peruanos (del país costero de los mochicas y los chimúes) no tenían naves más grandes [que los caballitos de totora]?" Y se responde: "*No las tenían*"¹⁴⁵. La *balsa de troncos* no se usó —afirma— ni en el transporte, ni en la pesca ni en la guerra, *por tres razones*: la *primera*, porque *faltaba el material para hacerla*. En efecto: "El árbol principal que crece en la Costa, es el pequeño y retorcido algarrobo, impropio para la construcción de embarcaciones...". La *segunda razón*, porque *resultaba innecesaria en la economía*. En efecto: "Es cierto que los gobernantes de Chimú pudieron haber adquirido las grandes balsas de madera de la región de Guayaquil . . . pero hasta ahora no hay indicaciones que esas balsas de palo de balsa, de haber sido efectivamente adquiridas, desempeñaran un papel económico en la vida del pueblo. Esto puede parecer extraño, absurdo. Pero, no: investigándolo bien, resulta claro que *los antiguos peruanos no tenían necesidad de tales balsas para fines pesqueros*, por cuanto se bastaban con sus caballitos de totora". La *tercera*

razón, porque *la balsa resultaba inútil política y militarmente hablando*. En efecto: "Para fines políticos y militares, las grandes balsas de troncos no habrían sido de utilidad. El mar peruano, al contrario de lo que sucede en la bahía de Guayaquil, no es un mar interior y, por lo tanto, no presenta atajos que hubieran llevado a los comerciantes o conquistadores a utilizar ventajosamente las balsas". Geográficamente, pues —concluye Kosok—, no habría constituido ninguna ventaja, ni para el comercio ni para los movimientos militares, "enviar tropas o suministros o botín por vía marítima... En realidad, los caminos que iban paralelos al mar... Posibilitaban el transporte más rápido de materiales y de hombres... Eran tales caminos, además, un medio más eficaz de mantener el control sobre los valles que conformaban los *imperios costeros*".

Los hechos históricos, conservados por la tradición imperial y recogidos por los cronistas, desmienten las afirmaciones de Kosok. Históricamente, está probado que los Incas desarrollaron victoriosas campañas navales en la costa Norte para lograr el sometimiento de los pueblos del golfo de Guayaquil y de la isla de Puná, e históricamente está probado, también, que los Incas desarrollaron un activo comercio oceánico, con lejanas tierras, presumiblemente hasta con Centroamérica, del que hay testimonios históricos, como el documento que refiere el encuentro de Bartolomé Ruiz con la balsa de los mercaderes tumbesinos, y testimonios arqueológicos, como los vestigios irrefutablemente *inca* en la isla de La Plata, frente a las costas de Manabí.

Víctor W. von Hagen, ameno escritor de temas arqueológicos, con producción elegante pero no siempre bien documentada, piensa lo mismo que Kosok. Limita las balsas de troncos al paralelo 5 Sur. No obstante —expresa— que, por varias versiones, sabemos que las balsas de troncos eran embarcaciones marineras y que tenían facilidad de maniobra gracias al uso de las *guaras*, "estas barcas no podían pasar de los cinco grados de latitud Sur a causa de la fuerza de la corriente marina. Por lo tanto, el comercio por medio de balsas, debido a la insistente realidad de la geografía, tenía que desarrollarse [solamente] entre Tumbes y Buenaventura"¹⁴⁶. Más allá —subraya—, imposible por la acción retardatoria de la Corriente Peruana o de Humboldt, que avanza lamiendo el litoral de Sur a Norte y se desvía, justamente, a la altura de Paita, más o menos.

El foco, innegablemente, estuvo en el golfo de Guayaquil, extendiéndose, por el Sur, hasta las tantas veces mencionadas aguas de Tumbes, Colán, Paita y Sechura. Por algo, el río de Guayaquil, que es el Guayas, fue llamado *rio de las balsas* (por la enorme cantidad de estas embarcaciones de los indios que

surcaban sus aguas, al decir de Oviedo)¹⁴⁷; y este carácter de *rio de balseros* lo mantuvo por mucho tiempo, durante la Colonia, hasta el siglo XIX, como lo dicen tantos autores que han escrito sobre Guayaquil. Pero, la fama de Tumbes y Paita no fue menor, ni en los tiempos prehistóricos ni en los que siguieron al Descubrimiento y Conquista por los españoles, según consta en los cronistas y en los viajeros de la Colonia y del siglo XIX. A mayor abundamiento, se pueden citar dos referencias más sobre la popularidad de la balsa en esos puertos peruanos. La *balsa primitiva* fue la embarcación común en Paita por mucho tiempo —dice Alcedo, autor del famoso *Diccionario de América*, de 1796—; y agrega: "... la conducción [de tierra a los buques] la hacen en balsas, que llevan maíz, aves y demás frutos para las embarcaciones..."¹⁴⁸. En *El viajero universal*, también de 1796, Laporte dice, hablando del tráfico de balsas tanto en el mar de Tumbes como en el río inmediato: "Hace vecindad a Tumbes un río del mismo nombre que desemboca en la ensenada de Guayaquil, casi frente a la isla del Amortajado o Santa Clara; por él entran lanchas, chatas y balsas hasta el pueblo..."¹⁴⁹.

Las balsas precolombinas avanzaron, fuera de duda, más allá del paralelo 5 grados Sur, hasta las costas de Lambayeque, y, probablemente, hasta las de La Libertad. Hay referencias muy importantes de que los pueblos de la costa Norte extraían guano de las islas del grupo Chincha. Quizá, por eso, sea lícito pensar en un contacto entre las flotas de balsas del Norte con las flotas del Sur, de Chincha y Pisco, de las que queda el intrigante testimonio, no resuelto aún, de los *remos y tablones de quilla*, rechazados por unos y admitidos como instrumentos náuticos por otros. B. Morrel, de la época inicial de la República, relata las *expediciones* en balsa a las islas Lobos, a cuarenta millas de la costa, por los indios del continente, como el ejercicio de una vieja costumbre¹⁵⁰.

BALSAS DE TRONCOS EN RIOS Y LAGOS

Aunque este estudio se limita a la navegación en el mar, el uso de la balsa en medios no marítimos obliga a una ampliación del desarrollo que venimos haciendo a ríos y lagos.

Para pasar en la época de crecida (de diciembre a marzo) los ríos de la Costa, los indios yungas usaban *balsas de calabazos*, de las que se tratará más adelante, y *balsas de troncos* al modelo de las que surcaban los mares del Norte. Naturalmente, los troncos que se empleaban para este fin, no tenían el tamaño de los de las balsas oceánicas; eran, propiamente, simples leños desbastados, que se ataban a vigas transversales. La conducción de estas balsillas fluviales se hacía por medio de *pértigas*,

pero también, como observa Bird, mediante esforzada *impulsión humana*: con flotadores de calabaza, dos nadadores se situaban delante de la balsa, halándola, y dos atrás, empujándola. Es probable que, en algunos casos, ambos procedimientos se juntaran, lográndose con ello un avance rápido y seguro de la rústica embarcación por entre las aguas turbulentas de la corriente. Hay testimonios cerámicos de la balsa fluvial costeña impulsada por nadadores, y de dichas representaciones el citado Bird saca la conclusión de que el modelo era parecido al de las *almadías* o *balsas de grandes troncos* que los españoles del Descubrimiento encontraron en Manta, golfo de Guayaquil y costa Norte del Perú actual. En todo caso, las diferencias eran mínimas y ellas se explican por la reducción del modelo y la diversa calidad de los maderos empleados¹⁵¹.

Valcárcel también tiene referencias de estas balsas. Servían sólo, según él, para el traslado de los personajes de alcurnia, y "eran haladas por varios servidores nadando y vestidos de taparrabos y turbantes". En todo eran similares a las balsas de calabazos, y en ambos sistemas la impulsión era principalmente humana, a tirones, con nadadores muy hábiles que se sacrificaban y exponían por un buen servicio a sus amos¹⁵².

Cuando en el invierno los ríos se secaban o bajaban ostensiblemente de caudal, las balsas de troncos eran retiradas y hasta declaradas inservibles. En los ríos de pocas aguas o en los de cauce muy ancho, el paso de una orilla a otra se hacía cómodamente por vados, generalmente advertidos por medio de encañadas o montículos de piedras. Pero, en los ríos de volumen considerable y régimen todo el año abastecido por los deshielos de la cordillera y el rebose de las lagunas, como el Santa, el uso de las balsas de troncos era indispensable. Entonces, a una y otra orilla, como siguió ocurriendo durante la Colonia y buena parte de la República, montaban guardia grupos de balseiros —que más tarde, con la introducción del caballo, se convirtieron en *chimbadores*—, ofreciendo sus servicios a los viandantes y cargadores de mercancías. Lo cuenta Cieza: "El valle del Santa fue en los tiempos pasados muy bien poblado, y hubo en él grandes capitanes y señores naturales; tanto, que en los principios osaron competir con los ingas...". Ganado el valle al imperio, los Incas construyeron en él grandes obras, "grandes aposentos y muchos depósitos". "Corre [por este valle] un río furioso y grande..." en el cual, desde tiempo inmemorial, hay *indios balseiros* que con sus balsas hacen pasar a los viajeros y sus mercancías¹⁵³.

Garcilaso usó, en su viaje del Cusco a la Costa, estas balsas de río y de ellas dejó una buena descripción, que ilustra sobre el modelo. Los indios se valen para hacerlas —dijo— de una

madera "delgada como el muslo, liviana como la higuera, la mejor", que "se criaba en las provincias de Quito... Hacen della balsas grandes y chicas, de cinco o de siete palos, largos, atados unos contra otros, el del medio era más largo que todos los otros. Los primeros colaterales eran menos largos, luego los segundos eran más cortos, y los terceros más cortos, porque así cortasen mejor el agua... y la misma forma tenían a la popa que a la proa... Acuérdomé haber pasado en algunas balsas que eran del tiempo de los Incas, y los indios las tenían en veneración¹⁵⁴.

Cobo hace referencia a *balsas de cañas con maderos*, un modelo ligero, de escasa capacidad, que se acerca sin duda más al de troncos que al de haces de totora, por lo que lo consideramos aquí. Las cañas se juntaban en forma de zarzos, "de una a dos palmas de grueso", y varios haces de este tamaño, fuertemente apretados y unidos con cuerdas, se sujetaban a palos transversales. El conjunto hacía una embarcación bastante segura en el paso de los ríos, "mas no para salir enjutos de ella, porque si la cargan mucho —advierte el cronista—, se hunde con el peso hasta emparejar con la superficie del agua, y aun llega a esconderse en ella si la carga es demasada"¹⁵⁵. Estas *balsas de cañas y palos* naturalmente sólo se usaban en los ríos, tanto de la Costa como de la Sierra, y su existencia era efímera. Cobo utilizó una en 1616, para pasar el torrentoso río Apurímac, al quedar cortadas las comunicaciones por rotura del puente.

Durante el imperio, el oficio de *balseiro* ganó considerable importancia por el incremento de las comunicaciones y el desarrollo extraordinario de la red caminera, que comprendía una gran arteria a lo largo de la Costa, cortada de trecho en trecho por los ríos de la vertiente del Pacífico. Los indios balseiros, según contaron los amautas y otros ancianos del Cusco, herederos de la tradición imperial, eran rigurosamente escogidos y ofrecían su servicio a todos como "bien común sin paga". En compensación, recibían, por mandato del Inca, una serie de prebendas y beneficios; por ejemplo, abundancia especial de vestidos y comidas y ayuda amplia para el trabajo de sus *chacras*, lo cual era muy justo porque pasaban gran parte del tiempo en los trajines de la conducción por los peligrosos ríos de la tierra *yunga*¹⁵⁶.

Desde los primeros tiempos de su dominación, los españoles usaron las balsas de los indios para cruzar los ríos. Así, salido Pizarro de la recién fundada ciudad de San Miguel de Piura, el 24 de setiembre de 1532 —según relata Xerez—, "el primero día de su camino *pasó la gente el río en dos balsas*, y los caballos nadando..."¹⁵⁷. Al año siguiente, cuando, por encargo de su hermano, Hernando Pizarro, con el veedor Miguel de Estete y una veintena de audaces, emprendió la marcha de Cajamarca

a Pachacámac en procura del oro del rescate prometido por Atahualpa, la columna pasó más allá de *Parpunga* (o Paramonga) “un río en balsas y los caballos a nado...”¹⁵⁸. Una cita más repite el mismo sistema: en el “río Ocoña —dice Vásquez de Espinosa—, que es algo caudaloso... los indios, cuando viene la *avenida*, tienen *balsas* para pasar a los pasajeros...”¹⁵⁹.

En sus expediciones de conquista, los Incas emplearon *balsas de troncos*, también, para cruzar los ríos de la Sierra o para internarse por la, hasta entonces, impenetrable región de los *antis*. Escogido por Cápac Yupanqui, el príncipe Inca Roca, con veinte mil hombres —según cuenta Garcilaso—, se lanzó a la sujeción del Chinchaisuyo, y así fue como “llegó al río Apurímac”, temible por su crecido y violento caudal, y “*pasó en grandes balsas* que tenían [los indios] aprestadas...”. Fue una de las hazañas conquistadoras de este caudillo¹⁶⁰.

Otro emperador famoso, Inca Yupanqui, “décimo rey del Cusco” —relata Vásquez de Espinosa—, “quiso hacer una dificultosa conquista al Oriente, para lo cual *mandó hacer muchas balsas*, en las cuales echó diez mil indios de guerra, los cuales se embarcaron en el gran río *Pilcomaqui* y conquistaron la región de los *chunchos*... de donde pasaron a la provincia de los *mojos*, tierra riquísima de oro...”¹⁶¹.

El río Marañón, “caudaloso río” que “va corriendo por entre altísimas sierras”, fue domeñado para las comunicaciones desde el tiempo de los reyes incas, mediante un bien ordenado servicio de balsas. “Este río se pasa —dejó dicho de su propia experiencia el arriba citado Vásquez de Espinoza— con *balsas hechas de muchos palos*, que los más de ordinario son del árbol llamado *papaya*, que hay muchos en las riberas de este caudaloso río...”¹⁶².

En los lagos y lagunas de la Sierra también hubo balsas, pero no, según parece, para los ajetreos del comercio sino para el recreo del Inca y nobles principales de la Corte. Estas balsas, sobre todo las grandes del lago Titicaca y de la laguna de Chinchicocha o Junín —por otro nombre, laguna de Bombón—, estaban hechas, según cuentan los cronistas, de maderos especialmente transportados por los indios desde la costa Norte, la misma *madera de balsa* usada allá para las embarcaciones oceánicas. Urteaga recuerda que en una *Relación*, de autor anónimo, de la época del sitio del Cusco por Manco, se da cuenta de balsas en el Titicaca hechas con madera llevada probablemente de la Costa o de los bosques del Marañón, para diversión del Inca y demás señores de la corte imperial. Dice la *Relación* que habiendo llegado Hernando Pizarro, en su viaje al Sur, al río Desaguadero, “mandó hacer balsas, y acaso *halló una madera liviana* que es apropiada para ello, la cual *Guainacaba... la*

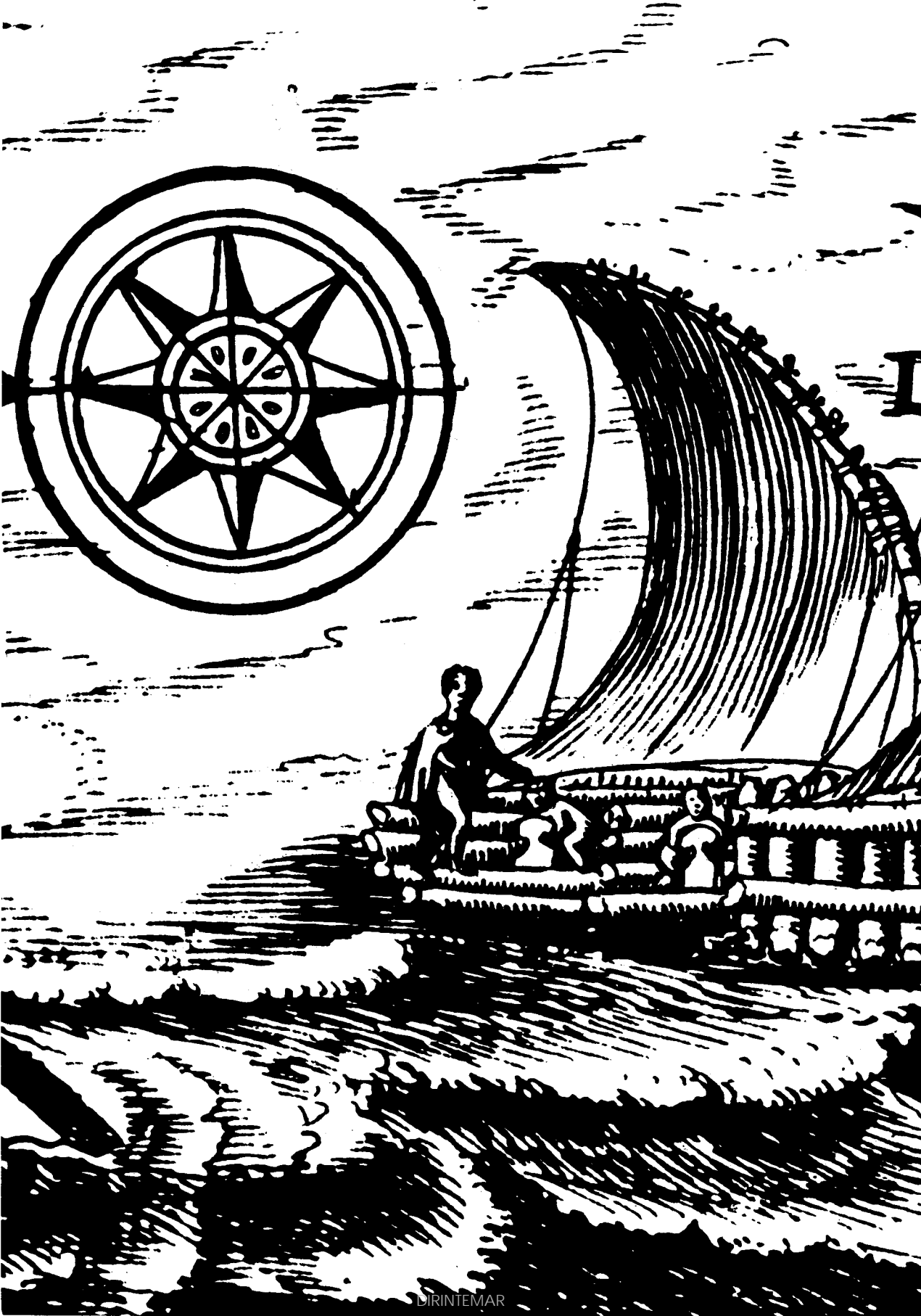
había hecho traer allí en hombros de indios, de más de trescientas leguas, para hacer las balsas en que él entraba a holgarse en aquella laguna en sus fiestas..."¹⁶³.

Friederici, entre los autores modernos, fue el primero que destacó esta costumbre de los incas de armar, para su diversión, *balsas de madera de balsa* en las lagunas de la Sierra, especialmente en el Titicaca. Según el mencionado etnólogo, esta tradición, recogida por los cronistas de los primeros tiempos, sugiere la existencia de una cierta forma de *deporte náutico* en el legendario lago, sólo para el Inca y su séquito, vale decir, para la realeza. Recientemente, Heyerdahl, afanado en ponderar la habilidad de los peruanos en el manejo de las balsas para respaldar su teoría de los viajes transpacíficos de América a Oceanía, ha destacado esta tradición: "Los incas también transportaban troncos de *madera de balsa* por tierra para la construcción de balsas de buena flotabilidad en remotas partes del imperio...", agregando la versión del anónimo autor de la *Relación* aprovechada por Urteaga¹⁶⁴.

También hay referencias, y muy precisas, de balsas de grandes troncos en la laguna de Junín. Refiere Estete que el 14 de marzo de 1533, en viaje de Pachacámac a Jauja, Hernando Pizarro "fue a dormir a un pueblo llamado Xacamalca...", en cuyas cercanías había "una laguna de agua dulce que comienza de junto a este pueblo, y tiene de circuito ocho o diez leguas, toda cercada de pueblos, y cerca de ella hay muchos ganados, y hay en ella aves de agua de muchas maneras y pescados pequeños. *En esta laguna tuvo el padre de Atabalipa y él muchas balsas traídas de Tumbes para su recreación*"¹⁶⁵. Por la ubicación que señala y algunas referencias tocantes a un río "muy sesgo y hondable" que salía de la laguna, no cabe dudar que se trata de la laguna antes mencionada de Junín.

Un autor moderno ha tocado el punto, también, de las *balsas de Chinhaicocha* al reseñar el viaje de Pizarro de Cajamarca al Cusco. En la agotadora marcha iniciada el lunes 11 de agosto de 1533, la hueste pasó por el Callejón de Huaylas, en setiembre, y al comenzar octubre entró a Cajatambo. Después, vencida la imponente y toda nevada cordillera de Huayhuash, desembocó en la frígida *Pampa de Junin*, bordeando en su extremo Norte la *laguna de Chinhaicocha*, hoy llamada de Junín, donde los lugareños contaron "que el inca Huayna Cápac tenía *balsas de vela gobernadas por tallanes*"¹⁶⁶. La marcha se efectuó por la orilla occidental de la laguna, por donde sale el río Mantaro, que los españoles llamaron Guadiana. En esa orilla seguramente estaban —presume Del Busto, a quien seguimos— *los atracaderos de las citadas balsas*, las que el emperador usaba para pa-

George Spilbergen, quien recorrió la costa occidental de Sudamérica en 1617, publicó una relación de su viaje y dibujó, con lujo de detalles, las balsas que halló en el puerto de Paíta, tripuladas todas ellas por "indios jóvenes, fuertes y robustos". Eran pescadores que se internaban en la mar y traían abundantes capturas. Clinton R. Edwards, quien ha estudiado la valiosa documentación gráfica de Spilbergen, llama la atención sobre cinco detalles específicos, a saber: 1) los mástiles formados por dos palos fuertemente ligados entre sí, para alcanzar altura; 2) las velas triangulares; 3) los hombres (hasta tres en el dibujo) manipulando las guaras o tablones de quilla; 4) los cántaros de agua; y 5) las piedras especialmente preparadas para servir de anclas.





searse, practicando, así, como se ha dicho anteriormente, una forma de *deporte náutico*.

En un reciente estudio publicado por la Academia Nacional de Ciencias de Bolivia, Carlos Ponce Sanginés propone el uso de la balsa de troncos, de gran tamaño, por los constructores de Tiahuanaco, para el traslado desde las lejanas canteras de Copacabana, en la península del mismo nombre del lago Titicaca, hasta el sitio de la erección, de los grandes bloques de piedra andesita con los que los arquitectos y artífices antiguos hicieron allí las portadas, los muros y los ídolos del famoso conjunto.

Ya en el siglo pasado, el francés Alcides D'Orbigny había insinuado el transporte por agua de los pesadísimos bloques; y un profesor de la Escuela de Construcciones Civiles de Lima, Pablo Chalón —“autor de un par de interesantísimos folletos sobre la arquitectura precolombina”, de los años 1882 y 1885—, había propuesto también, al igual que el naturalista galo, el uso, en parte del trayecto, de la vía lacustre (“sobre grandes balsas de juncos y cañas”). Desacertó, indudablemente, en esto último, esto es, en el empleo de balsas de material tan débil como la totora, que no habría resistido el tremendo peso de las piedras transportadas; pero, fue de los primeros en llamar la atención sobre la lejanía de las canteras y en el obligado paso de las cargas por las enseñadas meridionales del lago.

Ponce Sanginés descarta, con razón, el empleo de la balsa de totora, por grande y fuerte que hubiera sido, en este tipo de transporte, no obstante que su antigüedad en el lago puede remontarse “quizá al período anterior al Formativo” y que se usó extendidamente para la comunicación con el terreno insular desde el florecimiento de la cultura Chiripa, “alrededor de un milenio antes de nuestra ”. Fue este tipo de balsa, como lo es ahora, sólo para la pesca y la conducción de personas, amén que para llevar algún objeto pequeño o material de poco peso.

Respecto a la balsa de troncos, Ponce Sanginés dice: “El problema radica en establecer si durante el período precolombino se apeló a la *madera de balsa* para aparejar embarcaciones en la cuenca lacustre, dado que no se planta ni crecen árboles del orden de las bombáceas en la fría altiplanicie boliviano-pe-ruana”.

Pero, numerosas referencias históricas, recogidas de los cronistas, y juiciosas deducciones, llevan al autor citado a sostener finalmente que son netos los indicios “de la utilización de almadías de madera de balsa en el lago Titikaka durante el Inkario y aun en la etapa inmediatamente anterior”. Y agrega que no hay dificultad insalvable para llevar esa costumbre “hasta el período tiwanakota”. Dice en la parte conclusiva de su documentado libro *Acerca de la procedencia del material lítico de*

los monumentos de Tiwanaku (1970): "Si bien no se puede exponer una prueba terminante al respecto, se evidencia que los tiwanacotas se aprovisionaron en la selva al Este de la Cordillera Real de varios elementos forestales. No resultaría imposible que hubieran conocido allí la madera de balsa y que pudieran acarrear troncos hasta el altiplano, teniendo en mente que el esfuerzo no era demasiado en razón de que la *Ochroma* tiene poco peso".

La tesis, sin embargo (como para la época mochica, según Larco), carece por completo de confirmación arqueológica y no explica satisfactoriamente la brusca extinción del sistema, sobre todo después de haber alcanzado, en el supuesto antedicho, un desarrollo tan notable con embarcaderos y otras instalaciones portuarias.

BALSILLAS DE TRONCOS. REFERENCIAS HISTORICAS

Para las faenas del mar, los indios de la costa construían, también, *balsas pequeñas*, propiamente *balsillas*, unas veces de *cañas y palos*, como las de los ríos, otras veces de unos cuantos troncos.

Las *balsillas de troncos*, generalmente para un solo tripulante, fueron usadas en toda la costa, pero las mejor conocidas son las de Paita y Sechura, en el extremo Norte, y las de Arica. De las balsas de este último lugar, se tiene el testimonio valiosísimo de los *modelos en miniatura*, que dio a conocer en los comienzos de este siglo Uhle y estudió después, cuidadosamente, Bird.

Ahora, sólo subsisten las balsillas en la costa Norte y en Ecuador, siendo allí todavía muy populares.

Las referencias históricas de este elemental tipo de embarcación, son numerosas, y datan de los primeros años de la dominación española. El historiador de las guerras civiles, Gutiérrez de Santa Clara, consigna en sus *Quinquenarios* varios episodios en los que figuran las citadas balsillas, sirviendo ora a los españoles, ora a los indios. En todos los casos, se trata de manifestaciones supérstites de un medio de transporte marítimo muy usado en los tiempos anteriores a la llegada de los europeos.

He aquí un sucinto recuento de esos episodios:

Estando el licenciado D. Pedro de La Gasca en Panamá, preparando viaje al Perú contra el alzado Gonzalo Pizarro, envió por delante a los capitanes Lorenzo de Aldana, Juan Alonso Palomino, Hernán Mexía de Guzmán y Juan de Illanes, en sendos navíos "con trescientos hombres buenos arcabuceros y animosos" para que, en llegando al puerto del Callao, lo volteasen a

la causa del rey, que él, el astuto y habilísimo licenciado, representaba.

Llegando al Perú, los navíos tocaron primero en el puerto de Quiximies y después en Guayaquil, donde "fueron vistos de los vecinos y moradores de aquel pueblo", al servicio de Gonzalo Pizarro. Los de Guayaquil, entonces, "enviaron cuatro soldados en una gran balsa de cañas que remaban ocho indios", para que averiguaran quiénes eran los de los navíos. Sucedió que los cuatro soldados no pudieron cumplir su cometido porque "los capitanes los recogieron en los navíos y se los llevaron consigo...". El número de remeros (ocho) indica que se trataba de una gran balsa de cañas realmente, de notable capacidad de transporte y hecha para travesías de regular largura¹⁶⁷.

Siguiendo al Sur la escuadra, el primero de los capitanes mencionados fue informado del viaje que por tierra hacía, de Lima a Trujillo, Juan de Acosta, por encargo del propio Gonzalo, como hombre de su confianza que era, portando documentos importantes. La noticia le llegó a Lorenzo de Aldana —refiere Gutiérrez de Santa Clara— desde el pueblo de La Barranca, por "*ciertos indios en sus balsas*" y en una de esas balsas "fue un español que llevó el aviso"¹⁶⁸.

Más adelante, llegado el capitán Lorenzo de Aldana con los otros capitanes, en los cuatro navíos, al puerto de Los Reyes, el Callao, envió a tierra al capitán Alonso de la Peña para una entrevista con Gonzalo, el cual regresó con la mala noticia de que el rebelde no cedía a las demandas de sometimiento. Después que hubo regresado De la Peña a los buques, Gonzalo redactó cartas a Aldana y a los otros tres capitanes, prometiéndoles grandes recompensas y beneficios si le entregaban los cuatro navíos, e hizo llegar estas cartas a los destinatarios por intermedio de un viejo marino, Juan Fernández de Ijar, el cual había sido Almirante de la Mar del Sur en tiempo de Francisco Pizarro. Pues bien: "Juan Fernández de Ijar fue a los navíos en una *balsa grande de cañas y de palos secos* que hicieron ciertos indios, los cuales le llevaron a los navíos *a remo y vela*, que *así andan los indios en esta mar...*"¹⁶⁹. Esta referencia es muy importante porque menciona un tipo de embarcación verdaderamente insólito: la *balsa de cañas y palos secos*, no de troncos, endeble por los mismos materiales de su construcción, pero *con vela*.

La presencia de los cuatro navíos del capitán Aldana en el Callao, provocó en cierto grado el desbande de las fuerzas pizarristas en Lima. Entonces, muchos vecinos notables de la ciudad, atemorizados por las medidas de represalia que podía tomar Carvajal, el maestre de campo de Pizarro, decidieron buscar amparo en las naves de La Gasca, surtas en la bahía, y lo

hicieron trasladándose en *balsas improvisadas*, hechas apresuradamente por los indios pescadores, algunas tan pequeñas que sólo “sufrían” un pasajero, siendo empujadas por indios a nado, como se ha visto anteriormente en el cruce de los ríos con las balsas de palos. Así hizo, entre otros, por ejemplo, el muy notorio Diego Maldonado, apodado *el Rico*, quien huyendo “desnudo y en camisa y sin vestirse ni calzarse... pasó a los navíos aquella madrugada... en una *balsa de cañas y madera seca* que hizo presuntamente un indio” y estuvo a un tris de ahogarse “el pobre viejo por haberse cansado el indio en nadar y en tirar de la balsa...”¹⁷⁰

El último episodio narrado por el mismo Gutiérrez de Santa Clara, en el que aparecen *balsas de madera liviana y cañas secas*, es decir, *balsillas*, ocurre en el Sur y se relaciona, como los otros, con la guerra de La Gasca contra el rebelde Gonzalo Pizarro. Refiere el autor de los *Quinquenarios* que, persiguiendo a Diego Centeno, llegó el feroz Francisco de Carvajal a Quilca, donde no pudo obtener dato alguno sobre el paradero de su perseguido (que, a la sazón, estaba escondido en unas cuevas de la tierra del Condesuyo, en Arequipa). Estando en esto, se enteró Carvajal que iba a llegar un navío con el capitán Diego de Rivadeneira, que venía de Arica. Se propuso, entonces, atrapar el buque y contó para ello con la ayuda del estanciero del pueblo, quien le comunicó el santo y seña que habían pactado las fuerzas leales de Centeno para asegurar el arribo de la nave. Carvajal, al propio tiempo, mandó hacer a los indios del lugar, todos pescadores, “*muchas balsas de madera liviana y cañas secas...*” y ordenó reunir también las canoas del lugar, con ánimo de dar combate y capturar el navío. Mas, después cambió de decisión y prefirió poner en práctica la estratagema del santo y seña para capturar el buque. Pero, los hombres del capitán Rivadeneira se dieron cuenta a tiempo del engaño y no bajaron a tierra. Entonces, Carvajal rabió como un loco y entre maldiciones y denuestos *mandó reunir todas las balsas y canoas* para asaltar el buque, él a la cabeza, como acostumbraba en todas sus peleas.

Antes, escribió una carta conminatoria a Rivadeneira y la envió “con dos indios del pueblo, *los cuales fueron en una balsilla*”.

Rivadeneira no hizo caso de la carta y aplicó tremenda zorra a los dos indios por prestarse a tan vil como sucio servicio. Carvajal, enterado del resultado adverso de su intento, rabió, más que antes y “mandó a grandes voces y con gran furia que *las balsas y canoas se truxesen antes que el navío se fuese*” Pero, se levantó un viento recio y el buque zarpó con toda ligereza, desapareciendo pronto en el horizonte¹⁷¹.

Como se ve, en todos los casos se trata de *balsas planas, de palos y cañas*, no de totora y tampoco de construcción arrufada. Un modelo, en verdad, muy rudimentario pero que se acerca más al tipo de la balsa de los grandes troncos que al que agrupa a los caballitos y su variante, la balsa de enea.

*LAS BALSILLAS DE ARICA Y LAS ACTUALES
DE LA COSTA NORTE*

La evidencia más antigua que hay sobre el uso en la costa peruana de *balsas de troncos sin vela*, pequeñas, propiamente *balsillas*, está en los *modelos de juguete* hallados en los entierros precolombinos de Arica, primero por Uhle —como se vio en el capítulo octavo—, y después por Bird. De estas *balsitas de juguete* —reproducción a escala reducida de las verdaderas que empleaban los pescadores de Arica— se ocupa extensa y detalladamente el citado Bird en su estudio de 1943 titulado *Excavaciones en el Norte de Chile*.

Estas balsas en miniatura tienen, pues, extraordinario valor informativo. Indican: *primero*, que las balsas de los pescadores se componían de sólo tres palos, de madera liviana, “de los cuales, el tronco central proyectaba una tercera parte de su longitud hacia adelante de los otros”¹⁷² para formar una verdadera proa hidrodinámica, bien diseñada para evitar la resistencia del agua; *segundo*, que los troncos eran amarrados fuertemente con ligaduras, lo que daba gran resistencia a la embarcación; las ligaduras eran de sogas de cáñamo o de tiras de cuero de lobo marino, y para que no zafaran, estaban aplicadas a profundas y bien talladas ranuras. (Al respecto, Heyerdahl dice que los cronistas “nos indicaron el enorme tamaño de algunas balsas de troncos... pero aparentemente ninguno investigó sobre la manera como eran mantenidos en su lugar los troncos con ataduras aplicadas a maderas resbalosas. Esto ahora lo sabemos —agrega— por los fabricantes de *modelos en miniatura* de Arica, que estaban familiarizados con la técnica de construcción de balsas mil años o más antes de la llegada de Pizarro”)¹⁷³. *Terce-ro*, las balsillas de juguete indican que las balsas de verdad de los pescadores, formadas de tres troncos con proa hidrodinámica, tenían, además de esta condición favorecedora del avance, “la superficie del fondo rebajada a proa y popa”, para reducir aún más la resistencia del agua; y, *cuarto*, que usaban velas cuadradas, según se desprende de una balsa de juguete encontrada por Uhle en 1922, en Arica. La balsa hallada, que era un modelo de troncos, tenía una vela semejante a la que usan hoy los indios balseros del Titicaca¹⁷⁴.

Todos los modelos sacados de Arica se caracterizan por la forma: el tronco central es acusadamente más largo que los troncos laterales. Esta, como se recordará, fue también una característica muy destacada de las grandes balsas de la costa Norte y golfo de Guayaquil.

En sus excavaciones, Bird sacó, también, modelitos de más de tres troncos, lo que indica que, mientras la forma en punta de la proa fue un rasgo dominante, el número de troncos no lo fue, dándose modelos de cinco y hasta de siete. Uno de los modelos obtenidos por Bird tenía 36 centímetros de largo por 6 y 9 de ancho. Otro: tronco central de 41 centímetros, troncos laterales de 27 y ancho de la cubierta, 11.

Sobre la finalidad de los modelitos, ya se trató en el referido capítulo octavo que trata del mar en el mito y la religión.

Otra fuente informativa de las balsillas prehistóricas, está constituida por el boceto que dejó de las embarcaciones primitivas de la costa occidental de Sudamérica el viajero italiano del siglo XVI, Jerónimo Benzoni, del cual ya se ha hablado con relación a su dibujo de una balsa grande de troncos, de tipo oceánico. El modelo de tres troncos —no balsa sino balsilla propiamente dicha—, también fue dibujado por Benzoni en 1593, y la lámina sirvió de valiosa ilustración documental para su celebrado libro *Historia del Mundo Nuevo*, del que ha hecho recientemente parcial traducción al castellano Carlos Radicati, en buena hora. Parece que Benzoni vio este tipo de balsa de tres troncos en la costa del Ecuador, de donde tomó el modelo.

Para evitar confusiones, debemos decir que el dibujo de Benzoni presenta dos tipos de balsas: el de las *balsas grandes*, de varios troncos (siete, nueve u once), con vela cuadrada y numerosa tripulación, y el de las *balsas chicas* o *balsillas*, de sólo *tres maderos*, el principal (al centro) considerablemente proyectado adelante con respecto a la línea que forman los dos maderos laterales. El tipo de balsilla que dibujó Benzoni —comenta Heyerdahl— “confirma nuestra sospecha de que los modelos [sacados de las tumbas de Arica, por Uhle y Bird] *representan realmente angostas balsas de tres troncos*, sobre las cuales el pescador *montaba solo*, remando alternativamente a cada lado”. Agregue que estas frágiles embarcaciones de rudimentario diseño pero muy marineras (para los fines a los que estaban señaladas), “no podían navegar a vela; eran *embarcaciones para un solo hombre* [como los caballitos de totora del Nortel y de la propiedad individual de cada pescador”. El pescador, para impulsarla en los tendidos de la red, por ejemplo, *bogaba alternativamente a cada lado*, usando un remo de *doble pala*, según se ha logrado precisar, también, por los hallazgos de Bird en Arica.

La tradición de la balsilla, probadamente milenaria, no ha desaparecido. Los pueblos pescadores de la costa Norte del Perú (departamento de Piura) y del Ecuador, siguen usando este modelo, ahora perfeccionado, pero en esencia el mismo.

En los puertos de Pimentel, San José y Sechura, los pescadores usaban, por los años 30, según dejó dicho Brüning, gran cantidad de balsillas, para cuya construcción empleaban pequeñas ramas del *árbol de la balsa* y fragmentos desechados en la construcción de las grandes almadías. Con estas balsillas —que eran idénticas al modelo que aparece en el mentado dibujo de Benzoni—, muy marineras y seguras, los nativos de la costa Norte, con buena dosis de arrojo naturalmente, se aventuraban mar afuera, lejos de tierra, hasta perder ésta de vista, alcanzando en ocasiones las distantes islas del grupo *Lobos de Afuera*. Los balseros iban en estas rústicas embarcaciones a ras del agua.

Ya no existen estas balsillas en el número que refirió Brüning, pero se mantienen en las caletas de pescadores del departamento de Piura, donde han sido estudiadas con ejemplar detenimiento por Clinton R. Edwards, y también en algunas localidades ribereñas de la vecina república del Norte.

Se siguen usando como testimonio de una inconvencible tradición, con todas sus características ancestrales, por ejemplo en Paita, por gentes pobres dedicadas de antaño a la pesca o por agricultores —advierte Edwards— que alternan así la pesca con la labranza para asegurar la comida o conseguir una ganancia extra. Son de pocos troncos, por lo menos dos voluminosos, a los que, con el hacha, se da cierta forma hidrodinámica en la proa para que superen con alguna facilidad la resistencia del agua. Salvo excepciones, la construcción es sumamente rústica y los travesaños van tensamente atados con recias ligaduras. “En el tronco central de popa se suele asegurar un bloque grande de madera de balsa para formar un *bogadero* o punto de apoyo para remar”¹⁷⁵.

Estas *balsillas* se desplazan mediante el uso de una especie de *remo, corto y ancho*, de tabla aplanada, pero cuyo manejo resulta muy incómodo para las personas no habituadas. Algún pariente tiene este remo con el tablón de quilla de las balsas grandes.

Operan, con su audacia y su modestia, por las innumerables caletas, llenas de antiquísima tradición pesquera, que se abren, silentes y entre peñoleras abruptas, en las bahías de Paita y Sechura. Hay en esas bahías de la costa Norte del Perú, muchas playas pequeñas de arena gruesa —prolongación del inmenso desierto que se extiende hasta la cordillera—, completamente aisladas del mundo civilizado, sin camino alguno que las comunique con los centros poblados del interior. Alrededor de la Silla

de Paita y en la base de la maciza península de Illescas, "más de una docena de pequeños caseríos son ocupados por temporadas por hombres que pescan. Estos caseríos son accesibles únicamente por senderos que bajan desde las cabeceras de las hondonadas, por laderas escarpadas, y suelen atravesar pendientes muy peligrosas"¹⁷⁶. Los caseríos son paupérrimos y las casuchas están hechas generalmente por materiales de desecho. Los techos se apoyan en horcones clavados en la arena. En realidad, las viviendas se reducen a cierta máquina protectora contra el viento de las noches, que es fuerte, y contra el sol del mediodía, que es abrasador. Allí viven, en condiciones infrahumanas, los pescadores, algunos con sus familias, y allí, igualmente, limpian y salan el pescado que obtienen del mar.

Estos grupos usan sólo las *balsillas* para sus temerarias operaciones de pesca. "Bien adecuadas a las necesidades de los pescadores, son insubmersibles, flotan livianamente sobre el agua y no zozobran fácilmente en la resaca. El movimiento del mar en las caletas rocosas, aun en los días calmos, es traicionero, y en la mayoría de los lugares sería muy riesgoso tomar tierra con un bote pequeño común. Los pescadores, en cambio, lanzan al agua sus balsas y reman a través de las olas revueltas alrededor de las rocas, con una tranquilidad pasmosa para el que no los conoce".

Los pescadores reman hacia las rocas y arrojan una piedra atada al fondo del mar, que oficia de ancla. Lanzan, en seguida, el anzuelo, y esperan. Esperan con tranquilidad y paciencia únicas, como si el mundo no existiera y como si no hubieran premuras en la vida. Un mar agitado los rodea y embiste, con fauces colosales que se deshacen en espuma, pero no temen a las olas. Otros salen dos millas mar adentro para pescar en aguas profundas, donde, saben, existen especies apreciadas que no se dan en las peñolerías. Estos, naturalmente, no anclan sino que se dejan simplemente llevar por las corrientes o mecer por los altos tumbos, mientras tienen tendidos varios cordeles o esperan que la red se cargue.

En ese mundo de playas inaccesibles, de arenales inmensos calcinados por el sol, de rocas agresivas golpeadas por las olas y, sobre todo, de soledad, el cuadro descrito no es nuevo. En los tiempos prehistóricos, igual que ahora, así pescaban los aborígenes. Sus balsas, *balsillas*, eran las mismas, y el instrumental básicamente el mismo también. La indolencia ante el peligro de las olas, la destreza para la conducción de las pobres embarcaciones, la paciencia para esperar los frutos del mar —*Mamacocha*, jamás mezquina—, también las mismas. El de ahora es descendiente de los pescadores de antaño y trabaja con los mismos materiales. "Si mentalmente sustituimos el anzuelo de metal por

otro de concha o hueso e imaginamos ver a los hombres con una ropa de pesca ligeramente diferente, tendremos poca dificultad para olvidarnos del mundo moderno y obtener una visión del remoto pasado”, dice Edwards; y agrega: “La flota de pequeñas balsas, meciéndose sobre los mares de esta remota costa desierta del gran continente, y cada balsa con su pescador solitario escudriñando las profundidades a la espera de que el pez pique, *forman un cuadro que poco ha cambiado desde los lejanos tiempos aborígenes*”. Y, con indignación por el sobresalto y pena por la quiebra del cuadro retrospectivo, termina: “De pronto, sin embargo, *este ambiente del pasado es roto* por la llegada bulliciosa de un camión de Sullana o Piura para recoger el pescado salado. Uno se ve obligado a recordar que, a pesar de su apariencia primitiva, esta pesca está destinada a la distribución moderna del producto”.

Más al Norte, por Máncora y Talara, las *balsillas tienen vela*, pero el modelo constituye, sin duda, un caso de enriquecimiento por transfusión cultural, aunque en respaldo de una opinión contraria —supervivencia, modificada, de la vela aborígen— puede alegarse que entre los restos de Arica exhumados por Uhle se encontró un modelo en miniatura que llevaba vela semejante a la que usan hoy los indios balseros del Titicaca, y que hay referencias históricas incontestables del uso por los indios de la época inmediatamente siguiente a la Conquista, de *balsas grandes de cañas y palos secos* impulsadas a remo y vela, de lo que trae detallada cuenta, como ya se ha visto, Gutiérrez de Santa Clara¹⁷⁷. Las balsillas de Talara y Máncora, además, por razón de la vela, usan *tablones de quilla*.

Las balsillas del Ecuador abundan en el lugar llamado Playas, al Sur, cerca del canal que separa Punta Arenas de la isla de Puná. Allí —según refiere Estrada¹⁷⁸— hay permanentemente una flota que no baja de sesenta unidades. Tienen entre cuatro y cinco metros de largo y se manejan con aparejo *de pico*, evidentemente importado. El mismo Estrada encuentra gran parecido entre estos modelos actuales y los correspondientes a las balsillas de juguete de Arica.

Antiguamente, según dice Valcárcel, la balsillas se construían también con cañas de Guayaquil, escogiéndose las más gruesas. Resultaban más grandes y fuertes que las de totora¹⁷⁹.

En el Sur del Perú, H.D. Disselhoff ha descubierto, también, modelos a escala reducida de balsas de madera, semejantes a los de Arica, en la región de Ilo (departamento de Moquegua). Los considera pertenecientes al Intermedio Tardío, o sea, de un milenio atrás¹⁸⁰.

UN CASO DE MALA INTERPRETACION:
LA SUPUESTA BALSILLA DE PARACAS

En 1959 se anunció en los diarios de Lima haberse sacado de una tumba perteneciente a la cultura Paracas una *balsa en miniatura*. El extraño aparato de madera tenía 64 centímetros de largo por 17 de ancho. Con la supuesta balsita se hallaron restos óseos muy deteriorados, correspondientes al cadáver de un niño. La madera empleada en la construcción era la de *balsa*, y, por la forma, pocos fueron los que dudaron, al comienzo, que el artefacto reproducía, como en el caso de los modelos de Arica e Ilo, una *balsa grande de troncos*, de las usadas para la navegación oceánica en la costa Norte y en Guayaquil. "Pareció, al primer momento —dice Horkheimer—, ser de toda evidencia que el objeto... era un *modelo de balsa*". En realidad, si los antiguos pobladores de Arica e Ilo habían hecho *balsas en miniatura*, nada impedía pensar que igual habían hecho los pobladores de Paracas, *de antes de la era cristiana*.

Sin embargo, sometido el extraño —y, al poco tiempo de su hallazgo, discutido— objeto de madera (que salió de la tumba con sospechosos aditamentos de algodón) a un detenido examen en el Museo Regional de Ica, por expertos de la institución y de Lima, se vio claro, pronto, que no era un modelo de balsa en miniatura sino una simple *cuna portátil*, construida con un elemento especial para la deformación del cráneo.

Horkheimer señaló las siguientes cinco razones para desechar la idea de modelo de balsa en miniatura: *primera*, "la altura de la presunta superestructura y la vecindad de este castillo a la pretendida proa, habrían sido dos factores contrarios a la estabilidad de la embarcación"; *segunda*, absurda "la subdivisión de la superestructura por una hilera de palos transversales"; *tercera*, "los llamados palos de quilla no corren desde la proa a la popa sino terminan a poca distancia de uno de los extremos, lo que también habría afectado la estabilidad de la embarcación"; *cuarta*, "no hay dispositivo para el mástil que soportaría la vela"; y, *quinta*, "la capa de lana en la parte baja del castillo no concuerda con la supuesta balsa en miniatura...".

En abono de la interpretación de *cuna portátil* se exhibieron muchas razones, que al final pesaron de modo definitivo. Se vio que el artefacto era muy parecido a ciertas *cunas portátiles para la deformación tabular del cráneo* de otros pueblos. La *superestructura*, en realidad separada de la base, tenía por función *ajustar la cabeza del niño mediante unas soguillas*, enredadas al aparato, y así *deformar la caja craneana*. La lana de la base era para suavizar, a manera de muelle almohada, la presión, no fuerte pero sí constante. Por último, se vio que las dimensiones

del artefacto concordaban perfectamente con otros objetos análogos y, sobre todo, con el tamaño, promedio, de todas las cunas.

Los diarios serios, entonces, rectificaron la noticia para orientar correctamente a la opinión pública y los arqueólogos se declararon en unánime acuerdo ante el veredicto de los expertos del Museo Regional de Ica. Algunas personas lamentaron mucho, sí, que una noticia tan sensacional terminara siendo desvirtuada.

LAS BALSAS Y SU REPRESENTACION EN EL ARTE

Aunque el artista mochica reveló una disposición de ánimo excepcional y vehemente por reproducir los seres y las cosas del mundo exterior —disposición que lo llevó a crear un arte eminentemente realista, de un valor documental único para la arqueología—, jamás reprodujo, ni en sus vasos pintados ni en sus admirables composiciones escultóricas, una balsa de troncos. En este hecho, de valor incuestionable, se basó Larco Hoyle para sostener, conforme ya se ha dicho, que los mochicas no usaron, ni siquiera conocieron, la *balsa de troncos* de gran tamaño, para travesías del mar. Larco expresaba su pensamiento al respecto con estas palabras: *Si los mochicas hubieran conocido y usado la balsa de troncos, la habrían registrado en su arte. No lo hicieron, por consiguiente no la tuvieron.* Larco, el mejor conocedor de la cultura mochica y, en general, de las culturas de la costa Norte, insistía no haber hallado jamás, en ninguna colección del mundo, ni pública ni privada, un solo *huaco* con la representación de la *balsa de troncos*.

Siguiendo el mismo razonamiento, habría que agregar que los chimúes tampoco tuvieron conocimiento de este tipo de embarcación para el mar. Sin embargo, se sostiene que la cerámica chimú, en su fase tardía, tuvo alguna propagación extracontinental, que podría explicarse de dos maneras: o por conducción de los propios chimúes o por conducción de otro pueblo.

Sin embargo, un *vaso mochica* excepcionalmente valioso, de la fase transición al Tiahuanaco, profusamente decorado con pintura de siete colores en la base globular y con una representación escultórica muy complicada de contenido mitológico en lo alto, *parece mostrar la figura de una balsa*, no la común en la alfarería mochica del *caballito de totora* sino, según puede suponerse por el trazo plano, *la balsa grande de troncos de madera para la navegación oceánica*.

Este vaso, que es una de las piezas más valiosas de la Colección Amano, echaría un mentís a la tesis de Larco y probaría que los mochicas de las fases finales (siglos VIII y IX) conocie-

ron la *balsa de troncos* para el mar y estuvieron en condición, por lo tanto, de legarla a los chimúes.

Las balsas pequeñas de troncos, propiamente *balsillas*, para una o dos personas solamente, escasean en las manifestaciones del arte norteño pero no faltan. Bird dice: "aparecen *muy pocas veces representadas* en la cerámica, y *nunca con velas*"¹⁸¹. El mismo Bird describe un *ejemplar mochica* perteneciente a un importante museo universitario de Estados Unidos, en el que una *balsa de ocho troncos* conduce a una deidad antropomorfa con espectaculares atavíos, que lleva diadema de la forma de los *tumis*, escudo cuadrado en la mano derecha y porra en la izquierda, con capa sobre los hombros. Los ojos y la nariz imitan rasgos de ave. De las orejas penden aretes circulares. El personaje va sentado, con las piernas cruzadas. Esta *balsa es impulsada por cuatro nadadores*, que tiran de sendas cuerdas y se sustentan en *flotadores de calabaza*.

Por el tamaño de la balsa, por el sistema de impulsión (aunque sabemos, por algunos testimonios históricos, que también los indios nadaban impulsando pequeñas balsas de palos secos y cañas en el mar —lo dice Gutiérrez de Santa Clara—) y, sobre todo, por la característica *fauna fluvial* que acompaña a la composición, constituida por camarones y peces de agua dulce, por desgracia no debidamente identificados, el ceramio que describe Bird representa una *balsa de río* y no de mar. Pero, se ha visto anteriormente que balsas similares a las de río también surcaban las aguas del mar; entonces, el modelo de Bird puede considerarse que no está lejano de las formas náuticas marinas.

Un ceramio mochica, con figuras escultóricas apoyadas a una base globular, con asa-estribo, perteneciente al Museo de la Universidad de San Marcos, muestra un personaje de rango, sentado con las piernas cruzadas sobre una plataforma que representa una balsa. La plataforma es completamente plana y, por lo mismo, no revela su constitución; no indica, por ejemplo, si está formada por troncos o haces de caña. Es cuadrada. Tres nadadores, con taparrabo y gorro, empujan la rudimentaria embarcación: uno a cada lado y otro adelante. Los de los lados, van asidos a la balsa con un brazo y con el otro esforzadamente pugnan por avanzar.

C.A. Burland, en un libro sobre las artes decorativas navales a través de los tiempos, recientemente publicado en Londres, describe un paño peruano presumiblemente del siglo XIII de nuestra era, de procedencia no identificada pero probablemente de la costa Norte, en el que aparece un pescador con un remo en la mano, tripulando una embarcación. Nada de singular tendría esta figura si no fuera por la forma de la embarcación y los extraños elementos que lleva. En efecto; no es balsa de troncos,

tampoco es caballito de totora, pero de éste tiene la proa arrufada y de aquélla tres *guaras* o *tablones de quilla*.

Este tapiz podría indicar un tipo no conocido de embarcación, un tipo mixto que juntara las ventajas de las *grandes balsas de troncos*, capaces de navegar contra el viento gracias precisamente a las *guaras*, y la belleza arquitectónica, no menos estimable desde el punto de vista hidrodinámico, de los *caballitos de totora* y, en general, de las balsas de este material, cuyo perfil se caracteriza inconfundiblemente por el marcado arrufamiento de la proa. La extraña embarcación que muestra Burland exhibe claramente una gallarda proa decorada, que se empina no menos de 45 grados, lo que es totalmente incongruente con el tipo elemental de las balsas de troncos.

Se descarta la representación, por otro lado, del *caballito de totora* justamente por las *guaras*, toda vez que no hay testimonio arqueológico ni documental, de ninguna época, que diga que los pescadores que montaban en los caballitos aseguraban la estabilidad de sus ligeras embarcaciones con tales implementos de alta navegación. Además, el caballito subsiste pleno en la costa Norte y hoy ningún pescador agrega estas piezas a su embarcación. Técnicamente, por otro lado, la *guara* es inaplicable al caballito.

Cabe sólo una posibilidad: la existencia entre los antiguos pobladores de la costa Norte de *grandes balsas de totora y cañas*, de proa arrufada, con alguna decoración arquitectónica inclusive, y *vela*, que para la navegación contra el viento usaban *guaras* entre los haces flotantes, comportándose así como balsas de troncos¹⁸².

LA VELA: OPINIONES A FAVOR

¿Se usó la vela en las balsas de troncos del Perú y del Ecuador?, se pregunta Clinton R. Edwards, y a renglón seguido sentencia: "Este es uno de los puntos *más controvertidos* en el estudio de la navegación aborígen de la costa occidental sudamericana".

El balance de las opiniones más doctas y el recuento de los testimonios históricos proporcionados por los cronistas del siglo XVI, resulta, sin embargo, ampliamente favorable. Los que niegan la existencia de la vela, forman una reducida minoría.

No porque sean más sino porque sus argumentos son mejores, están bien fundados, proceden de fuentes inmejorables y porque los hechos en que se apoyan parecen ser irrefutables, es que los que opinan por la existencia de la vela llevan las de ganar.

El primer testimonio histórico sobre el uso de la vela lo tenemos en el relato de Juan de Sámano, ya parcialmente expuesto. Navegando frente a la costa de Manta, al Sur de la

equinoccial, el piloto de la expedición de Pizarro, Bartolomé Ruiz, topó sorpresivamente con una balsa de troncos, que iba con numerosa tripulación, gente toda de Tumbes y dedicada al comercio de diversas mercancías, entre ellas las conchas, la cerámica, los objetos de metal y los tejidos. La embarcación era grande, tanto que de lejos parecía una carabela, y *tenía vela*. Dice la *Relación* de Sámano-Xerez: "Este navio... tenía parecer de cabida de hasta treinta toneles; era hecho por el plan y quilla de unas cañas tan gruesas como postes, ligadas con sogas... *Tenía sus mástiles y antenas de muy fina madera y velas de algodón del mismo talle*, de manera que los nuestros navíos, y muy buena jarcia del dicho enequen... que es como cáñamo, y unas potalas por anclas a manera de muela de barbero"¹⁸³.

Porrás comenta esta fundamental referencia en los siguientes términos: "La crónica es sumamente breve pero trascendental para la historia del Perú. Es el único relato directo e inmediato de los dos viajes preliminares. Describe las primeras peripecias de Pizarro... el hallazgo del Imperio Incaico por la nave de Bartolomé Ruiz y —lo que vale por toda la crónica— el encuentro con la balsa de tumbesinos, *la primera embarcación a vela que los españoles hallaron en América*"¹⁸⁴.

De haber tenido presente un dato controvertible que trae en su *Historia General* Oviedo, Porrás habría tenido algunos reparos para decir que aquella balsa de tumbesinos era la primera embarcación a vela que los españoles hallaban en América. Porque, en verdad, complicando el problema, Oviedo cuenta que los indios pobladores de las islas del Caribe, en el llamado entonces Mar del Norte, hacían sus contrataciones y rivalizaban con sus enemigos de otras islas, en unas canoas grandes, "estrechas pero luengas", cavadas en un solo tronco, con capacidad hasta para cincuenta hombres o para llevar "una pipa holgadamente", las cuales ellos llamaban *piraguas* y navegaban "*con velas de algodón*" y con remos llamados *nahes*¹⁸⁵.

En todo caso —y al margen de esta posibilidad, muy controvertible repetimos—, la costa occidental de Sudamérica fue el foco del uso de la vela. El mismo Oviedo dice, en otra parte de su monumental tratado de historia índica: allí, en la Puná y en Tumbes (los indios) "usan las *balsas*, y puede llevar una balsa por la mar dos o tres caballos. Son hechas de unos palos gordos y livianos, tablados como vigas, y otros atravesados, en que van atados, y sus barbacosas en medio, y *sus velas latinas*, y remeros por sus lados con sus *nahes*..."¹⁸⁶.

Garcilaso narró principalmente el uso de las balsas de totora pero también hizo referencia a las balsas de troncos: "Para llevar o traer cargas mayores —dejó dicho— usan de las balsas de

madera" (en lugar de los "barquillos de enea") y, para facilitar el transporte, "a las balsas de madera les echan vela cuando navegan por la mar..."¹⁸⁷.

Siguiendo a Gutiérrez de Santa Clara, Valcárcel recuerda que los indios de Puerto Viejo, Tumbes y Paita, y los isleños de la Puna, usaban unas balsas grandes de madera muy liviana y seca, a veces con cañas también, que llevaban *velas latinas trianguladas*. Con estas balsas impulsadas por el viento, salían los indios pescadores, cómodamente, hasta una distancia de cuatro leguas para soltar sus cordeles o redes¹⁸⁸.

En las balsas que vio Paris, en 1841, en el golfo de Guayaquil y en la costa de Paita —hechas a la manera de las antiguas— el mástil estaba formado por dos palos de madera de *mangle*, apoyados a los lados de la embarcación y atados fuertemente en sus extremos, arriba, uno con otro. Este mástil se mantenía erguido por dos cuerdas templadas a proa y popa. Su alterna equivalía, más o menos, a los *dos tercios* o los *tres cuartos* de la longitud de la balsa, aunque era menor en las balsas que se dedicaban a la navegación en los ríos. Dejó dicho Paris: "Una verga flexible, dirigida por dos brazos, a veces por dos eslingas y sujeta por una driza que raras veces está amarrada al centro de la verga, lleva una *vela cuadrada de algodón*, de gran tamaño por lo común, que puede ser trabajada por cargaderas y reducida arrizando en forma corriente..."¹⁸⁹.

Profundo conocedor de los textos de los cronistas e historiadores de los siglos XVI y XVII, Marcos Jiménez de la Espada, a fines del siglo pasado, se declaró defensor de la vela prehispánica en el Perú. Refiriéndose a las balsas de la época de la Conquista, usadas por los españoles, dijo que "eran cómodas, grandes... y estaban provistas de *amplias velas cuadradas* y mástiles dobles o pareados muy recios"¹⁹⁰. Todas habían sido construidas antes de la llegada de los extranjeros y correspondían a modelos puros, no influenciados.

Entre los escritores modernos, el primero que en este siglo rubricó la defensa de la vela peruana contra la opinión de algunos escépticos, fue Friederici. Dijo que *el uso de la vela en las balsas mercantes, desde el golfo de Guayaquil hasta Arica* determinaba un *rasgo de suma importancia en el arte de la navegación entre los peruanos antiguos*.

Modernamente, el defensor más destacado de la vela es Lotherp. Tiene algunas dudas, derivadas de su rigor metodológico, pero las vence con otras observaciones. "La utilización de la vela —dice— frente a la costa del Ecuador fue *precolombina*... [pero] —agrega— hay menos certeza con respecto a la costa peruana. Garcilaso de la Vega de hecho niega que se utilizaran velas en balsas de totora, pero su afirmación carece de valor

concluyente puesto que con evidencia se refiere a los *caballitos* pequeños y no a las embarcaciones mayores. No nos ha sido posible encontrar representación de una vela que no esté abierta a la duda en el arte antiguo. Sin embargo, creemos que *eran utilizadas en forma general en la costa peruana*¹⁹¹.

Además de las referencias históricas dadas por los cronistas (la principal, como se dijo anteriormente, la de Sámano-Xerez), hay que *admitir el uso de la vela*, dice Lothrop, entre los pueblos marítimos de la costa peruana y del Ecuador, por dos razones:

La *primera*, porque el uso del *tablón de quilla* o *guara* implica, técnicamente, el uso de la vela. Nada, que no fuera la vela, justificaría el uso de este ingenioso dispositivo de navegación. En otros términos: funcionalmente, la *guara* se explica por la vela. Lothrop dice: "*El tablón de quilla presta utilidad únicamente en embarcación que tenga vela*". Las piezas que conocemos, procedentes sobre todo de la región de Ica, de madera, en la generalidad de los casos bellamente decoradas con finas tallas, y que algunos consideran equivocadamente como remos o zaguales, y otros, también sin acierto, como instrumentos ceremoniales de labranza, son, por su gran parecido con sus congéneres del Ecuador, *auténticos tablonés de quilla*, o *guaras*, que debieron, por las consideraciones arriba expuestas, emplearse en *embarcaciones a vela*, ello por *implicancia funcional*.

Por lo tanto, *la guara supone vela*. De donde, ante la presencia de una pieza de este tipo se debe necesariamente colegir la existencia de una embarcación impulsada por el viento.

La *segunda razón* para admitir el uso de la vela en los tiempos precolombinos, parte de la siguiente observación: las balsas de totora del Titicaca no usan mástil simple a la manera de las embarcaciones europeas sino *mástil doble*, en forma de V invertida. Es el llamado *palo* o *mástil bipedo*. Pues bien: este sistema es idéntico al usado por las jangadas ecuatorianas. No habría base para pensar en la invención de este dispositivo independientemente en cada caso y tampoco sería aceptable creer "que los pueblos altamente desarrollados de los territorios intermedios (costa Norte del Perú) lo ignoraran".

De estas dos razones se concluye que la vela fue usada por los pueblos costeros del Perú. Procediendo de Ica el mayor número de *guaras* conocidas, muchas de ellas artísticamente talladas pero todas con el deterioro propio del uso (lo que indica que no fueron simples artefactos ceremoniales), debe deducirse que *la navegación a vela en el Perú, concretamente en balsas de troncos, tuvo una amplia área de distribución: desde Tumbes hasta, por lo menos, Ica* (salvo que la presencia de *guaras* en este último sector se explique por razones de fabricación o de ca-

rácter religioso, todo lo cual no es atendible ni mucho menos convincente).

A continuación del de Lothrop debe ser citado el nombre de Means, cuyo estudio sobre la navegación en la costa del país andino, es no menos importante que el de aquél. Basándose en las versiones de Garcilaso, Benzoni y otros, y en el testimonio de las balsas de los tumbesinos, Means dice que *la vela* "fue el punto máximo a que llegó la navegación de la costa andina antes del arribo de los españoles". Por lo mismo, la vela es un hecho que no puede ponerse en tela de juicio¹⁹².

Innecesario citar a Heyerdahl, quien, por razones archisabidas, es el más ferviente defensor de la vela. Su tesis está expuesta en su obra principal, *American Indians in the Pacific* y en numerosos otros trabajos. El viajó a Polinesia en balsa desde el Callao, en la balsa *Kon Tiki*, con el convencimiento de que los indios pobladores de la costa peruana habían hecho igual siglos atrás, en embarcaciones similares a la por él construida.

Respecto a la forma de la vela de las balsas antiguas, Lothrop y Means dicen que *no fue propiamente una vela cuadrada sino "una vela de tipo diferente, desconocido por los europeos"*¹⁹³. Edwards, de quien es la cita precedente, añade que, si se admite la navegación a vela en la costa Oeste antes de los españoles —como es lo evidente, dado el carácter de las versiones históricas—, el aparejo debió ser *de cruzamen*, es decir, *con verga en cruz atada al mastelero. La vela era cuadrada, grande*, "fijada, con su verga en un mástil enhiesto de dos palos..."¹⁹⁴.

A base de los *modelos en miniatura de Arica*, Uhle determinó que la vela de las *balsillas* del Sur consistía en una malla apretada de totora, de confección tendida u horizontal, que formaba en verdad una estera. "Armada mediante cuatro filas verticales de puntadas", la vela de totora era de forma cuadrada. Uhle advirtió que este tipo guardaba notable parecido con la vela de las balsas del lago Titicaca.

Bird ha aportado un dato de subido valor. Con motivo de la exposición *Arte y Vida en el Antiguo Perú*, realizada en el Museo de Historia Natural de Nueva York, en 1962, presentó y describió un disco de plata, Chimú, en el que aparece en relieve una *balsa de totora*, más grande que el común de los *caballitos* pero, probablemente, del mismo material y de la misma técnica de confección, con dos tripulantes: uno a proa y otro a popa. Hasta aquí, nada especial. Lo importante está en que la representación muestra la balsa con su equipo completo y *un cierto tipo de vela*. La vela se apoya en una especie de mástil central. Bird dice: "Si la interpretación es correcta, esta es la única representación conocida de una vela en el arte precolombino"¹⁹⁵.

El disco en cuestión tiene seis centímetros de diámetro y pertenece al Museo de Arte Indiano, de la Fundación Heye.

Debe insistirse en el valor extraordinario de esta pieza, verdaderamente única, como el propio Bird lo subraya. Larco sostenía que la vela no estaba representada en el arte precolombino: ni en el arte de los metales ni en la cerámica ni en los tejidos. A pesar de la forma extraña, consistente en dos triángulos que parecen unirse por los vértices, la composición general de esta notable pieza, con valor de documento, parece indicar que se trata, en verdad, de vela, y no de otra cosa. En efecto: va al centro de la embarcación, tiene mástil y sobre ella, como decoración natural indispensable, posan unos pájaros marinos.

Contradiéndose, pues alguna vez, precipitadamente, negó la existencia de la vela en el Perú, Horkheimer, en unos apuntes sobre la navegación prehispánica que dejó inconclusos, poniéndose de lado de los que sostienen la tesis positiva, se basó en Lothrop para admitir la vela. Dijo: "La existencia de las orzas (o *guaras*) y de los largos remos de hasta dos metros y medio, prueba que en el Sur Chico hubo el uso de embarcaciones de madera (de troncos) y a vela, probablemente de respetable tamaño y, en su aspecto de conjunto, similares a las balsas de la bahía de Guayaquil... Eran aptas para el transporte y para la pesca con redes de arrastre"¹⁹⁶.

Canals Frau, en uno de sus libros más difundidos, se aventura en la determinación del aparejo. Dice: "Por varios datos existentes se puede presumir la pretérita presencia de la *vela triangular* de tipo polinésico en las costas de Chile y el Perú. Se trata de una vela de tipo muy particular, que no es de tela sino de una estera trenzada, y uno de cuyos lados largos va fijo al mástil. Tampoco se debe olvidar los ocasionales hallazgos de elementos polinesios, incluso cascos de embarcaciones, en las costas de Chile"¹⁹⁷.

Otros autores, para no recargar esta enumeración, ya larga, coinciden con los anteriores en afirmar la existencia de la vela en el Perú. Burland¹⁹⁸ y Alden Mason¹⁹⁹ hablan de "velas verdaderas" en "grandes balsas con mástiles"; y Krickeberg, con el peso de su autoridad como excepcional conocedor de la arqueología y la etnología americanas, desmiente a Oviedo al decir que "... la vela... en la navegación americana se conocía sólo en el Perú"²⁰⁰.

Entre los autores peruanos, tres en particular defienden la tesis de la existencia de la vela entre los pueblos de la Costa: Riva Agüero, Urteaga y Valcárcel. Riva Agüero, en una primera oportunidad, dijo: "los indios del litoral peruano... conocían desde mucho antes de la Conquista la vela y las grandes balsas"²⁰¹.

Posteriormente, en otro de sus medulares escritos, insistió, diciendo que los naturales de la *costa Norte del Imperio*, de Manta principalmente y del golfo de Guayaquil empleaban para su comercio con las provincias más septentrionales y con Centroamérica, "balsas... de *doble mástil y vela cuadrangular*..."²⁰². En otra oportunidad, tratando del viaje de Túpac Inca Yupanqui, al frente de enorme escuadra, a las distantes islas Ahua Chumbi y Nina Chumbi, el ilustre historiador dijo que los veinte mil hombres de la expedición se embarcaron "en gran número de balsas, sin duda las de *doble mástil y vela cuadrangular* que usaban los naturales de aquellas costas, y en las que comerciaban con Panamá y Centroamérica"²⁰³.

Urteaga dio cuenta de un descubrimiento arqueológico muy importante, por él efectuado, y del que, por desgracia, no más se tuvo noticia. "Hemos encontrado —contó en su segunda serie de *Bocetos históricos*—, en nuestras investigaciones en las necrópolis de los alrededores de Lima y de Pachacámac, largos lienzos, acordonados en sus extremos, con rodela en los términos para el paso de los cables, y cuya forma y dimensiones inducen a creer que eran *velámenes de las embarcaciones*, enterrados junto al inteligente marino que los usó durante su vida"²⁰⁴.

Para Valcárcel²⁰⁵, "la vela cuadrangular de las *embarcaciones marítimas y lacustres*, es elemento cultural peruano".

Siguiendo a Uhle, Nordenskiöld afirmó la existencia de la vela entre los antiguos pobladores de Arica y costa Sur del Perú, pero cometió un error de cronología al asignar a los modelos en miniatura una antigüedad muy grande. Dijo: "La vela probablemente fue conocida en la costa peruana *antes que la cerámica y el telar*, y, por lo tanto, es sumamente antigua...".

Nordenskiöld cometió el error de creer que la tumba excavada por Uhle, donde el sabio alemán había hallado el modelo de juguete de una balsilla de tres troncos, correspondía a una "población primitiva de pescadores". La tumba era, evidentemente, de pescadores; algo más, de pescadores primitivos, pero no de gran antigüedad. Cronológicamente, esa tumba estaba por los siglos IV o V de la era cristiana; ubicada, por consiguiente, muy lejos del precerámico.

Tocante a la antigüedad precerámica de la vela, señalada por algunos arqueólogos, debe decirse que nada hay seguro al respecto, y que las aseveraciones de Nordenskiöld carecen, por lo mismo, de fundamento.

Siempre entusiasta para acoger novedades sobre las balsas —la pasión de su vida—, Heyerdahl siguió a Nordenskiöld en el camino hacia la vela precerámica, y por su cuenta, llegó a afirmar la *vela pretextil* (de paja tejida, totora o petate), aventurada hipótesis que sigue en salmuera²⁰⁶.

OPINIONES EN CONTRA

Niegan la navegación velera antes de la llegada de los europeos, entre otros²⁰⁷: Stig Ryden, quien refutó la teoría de Heyerdahl sobre los viajes en balsas desde la costa occidental sudamericana a la Polinesia; y Robert C. Suggs, quien ha abordado el problema en un reciente estudio (1960) sobre el poblamiento de las islas del Pacífico. “Ambos se oponen enfáticamente a la tesis de los viajes desde Sudamérica —comenta Edwards—, basándose en la afirmación de que *no había velas antes de la llegada de los españoles*”.

Contradiciéndose, como se dijo hace un momento, o no dejando claramente establecida su posición, Horkheimer, que reconoció en una oportunidad la balsa velera en Ica, sostuvo en una monografía de divulgación sobre la *cultura mochica* que en la costa Norte del Perú (país de los mochicas y los chimúes), “*no existió el tipo de balsa dotado de vela y construido de palo de balsa que Heyerdahl utilizó para su viaje y para establecer su famosa y muy combatida teoría de la transmisión cultural desde las playas peruanas a las islas polinesias. Mientras que la balsa de totora —agregó, inspirándose en Larco— aparece en tantas representaciones prehispánicas, la balsa Kon Tiki no se muestra en ninguna, y todo hace suponer que el bote de madera y de vela fue conocido sólo en regiones más al Norte*”²⁰⁸.

Algunos autores dudan sobre la existencia de la vela en la edad prehispánica. Uno, por ejemplo, Pericot y García, erudito y documentado. Comentando los grandes viajes en balsa de los peruanos antes del Descubrimiento, dice que esos viajes habrían exigido “el uso de la vela”, lo que, a pesar de la habilidad de los peruanos en el arte textil, se debe considerar todavía como “dudoso”²⁰⁹. Otros autores parecen haber despejado sus dudas, tener argumentos para plegarse a la tesis de la existencia de la vela, pero por ciertos reparos se abstienen de pronunciarse. Otros, finalmente —muy pocos, unos cuantos—, son rotundos: niegan todo valor a las versiones de los cronistas; no existe para ellos el encuentro con la balsa de los tumbesinos que narra la *Relación* de Juan Sámano; y, como, en su abono, no hay casi pruebas de carácter arqueológico, rechazan la vela prehispánica. Entre ellos, Herbert J. Spinden²¹⁰, quien, no obstante el peso unánimemente reconocido del episodio protagonizado por Bartolomé Ruíz frente a la costa de Manta, dice: “El uso de la vela no está documentado en el arte o la arqueología peruana”. Faltando ese documento, nada se puede afirmar.

EL PROBLEMA DEL ORIGEN

La vela fue inventada, más o menos, por el 3000 antes de Cristo. Al tiempo que los egipcios usaban balsas de juncos atados, los habitantes de las orillas del Eufrates, en la Mesopotamia, hacían el trascendental invento. "Los hombres de las culturas *al'Ubaid* fueron probablemente los primeros navegantes regulares del río y, para fines del período [neolítico] habían ya adoptado la vela. Un modelo hallado en una sepultura *al'Ubaid* reciente, representa el velero más antiguo que se conozca en el mundo"²¹¹.

¿Se difundió la vela o se dio en varios puntos, sin conexión entre sí, paralelamente, el mismo invento?

El significado de la vela en la historia de la tecnología y en la más amplia de la cultura, es enorme. "El aprovechamiento de la fuerza de los bueyes o de los asnos y de la del viento —dice Gordon Childe—, fue *el primer ensayo eficaz hecho por el hombre para lograr que las fuerzas naturales trabajaran por él*. Cuando lo consiguió, se encontró, por primera vez, controlando y aun dirigiendo fuerzas continuas no suministradas por sus propios músculos. Estaba en el camino correcto para aliviar a su cuerpo de las formas más brutales del trabajo físico... Al mismo tiempo, aprendió nuevos principios de la mecánica y de la física"²¹².

El empleo del viento fue el *único paso eficaz* dado por el antiguo habitante del Perú *para lograr que las fuerzas de la naturaleza trabajaran por él y para él*. A diferencia de otros pueblos de otros continentes, el antiguo peruano no tuvo animales de tiro y prácticamente tampoco animales de carga. Todo lo que hizo fue sólo con su fuerza, aun en los trabajos más pesados y agobiadores, porque hasta desconoció la palanca en sus diversas y utilísimas aplicaciones, y también la rueda. Para mover la pesadísimas piedras de sus templos y fortalezas, empleó el plano inclinado, la rampa, y excepcionalmente y con el concurso de inmensas masas de trabajadores, el polín. Después, todo fue producto de su esfuerzo, resultado de su ejercicio muscular.

De allí el significado singular que tiene para una civilización así, tan elemental y sencilla en lo que se refiere a las fuentes de la energía, el empleo ingenioso del viento, es decir, de la energía eólica. Es el único caso de empleo de la energía que proporciona la naturaleza.

El P. Schmidt, por la vela, relacionó el Perú a Polinesia, haciéndolo partícipe del *ciclo señorial* o *polinesio* de cultura oceánica.

Según la leyenda, *Viracocha* enseñó a los hombres el uso de la vela. Esta leyenda la recogió Gutiérrez de Santa Clara. Contó el autor de los *Quiquenarios*: "Dicen que esta manera de navegar [en unas balsas de madera... *con unas velas latinas triangu-*

ladas que lo deprendieron de sus antepasados y que aquellos lo deprendieron *de un hombre que había venido por la mar* y aportado allí en una balsa con velas como ahora las usan ellos. Y que a este hombre llamaron *Viracocha*, que quiere decir *espuma de la mar*, y que la mar lo engendró, y que no tuvo padre ni madre, y como después aportaron los españoles a estas tierras en navío, los llaman el día de hoy *Viracocha*. Y que este mismo anduvo mucho tiempo entre sus antepasados, enseñándoles buena doctrina y policía, y que después no supieron a dónde había ido a parar...²¹³

MASTIL, OBENQUES Y CABUYERIA

Según el testimonio de las balsas en miniatura halladas en los cementerios de Arica, que tiene gran valor informativo, las balsas de verdad, dedicadas a la pesca y pequeños trajines en el mar, se componían de troncos —sabemos: en número de tres, el del centro muy sobresaliente—, los cuales eran atados fuertemente por medio de *sogas de cáñamo* o *tiras de cuero de lobo marino*.

El mismo testimonio de las balsas de juguete ilustra acerca del modo como eran aplicadas las amarras. Para evitar que se corriesen en la madera resbalosa, iban dentro de profundas ranuras, cortadas alrededor de los troncos. Esto, además, las protegía del roce con las piedras o el cascajo en las playas.

En la región norteña de las grandes balsas de troncos de *madera de balsa*, la técnica de los cabos alcanzó gran desarrollo. Los constructores de balsas oceánicas producían también una excelente cabuyería, de la cual, desde los primeros contactos, se admiraron grandemente los españoles, haciendo los elogios Cobo, Garcilaso y otros más, todos en términos incondicionales. Con las sogas ingeniosamente trenzadas, ataban los troncos, empleando también el sistema de las ranuras —tanto más provechoso y necesario cuanto que aquí las piezas eran mucho más grandes, pesadas y gruesas que en el Sur—, y sostenían con la firmeza requerida el mástil, que era generalmente de la fina madera del *mangle*, muy resistente. Los obenques templaban bien, como en las naves europeas, y toda la jarcia constituyó, en fin, motivo de admiración para los expertos y muy conocedores marinos de España.

Para la fabricación de las sogas, cordeles y cabestros se utilizaba la fibra de la hojas del *magüey*, una planta que crece en abundancia tanto en los valles de clima tropical como en las tierras templadas de la Sierra. Es la *Fourcroya andina Trell* de los botánicos, familia de las *Amaryllidaceas*, muy extendida.

Por su aplicación, tenía gran importancia en el Perú antiguo. Por Blas Valera, a través de Garcilaso, se sabe que de las hojas del maguey, secas, se sacaba "cáñamo fortísimo" para las diversas aplicaciones de mar y tierra. De la misma fibra hacían los indios unas cintas especiales que llevaban en la cabeza como tocado. Había otra variedad, aún más fina, para hacer redes, con las que los muchachos o los tejedores del paño fino, cazaban pajaritos. El cáñamo más resistente se usaba para hacer *puentes de maromas*, sobre los grandes ríos de la Sierra, los que soportaban pesadas cargadas.

Utilizada en las balsas, esta *cabuya* indígena dio pruebas de extraordinaria resistencia, aun en permanente contacto con el agua de mar²¹⁴.

Exceptuando el extraño caso descrito por Bird, de aquella balsa *sui generis* grabada en un disco de plata, que presenta *arbola-dura central*, el mástil en las balsas de troncos era, siempre, doble (*mástil bipede*), a manera —dice Lothrop— de cabria o machina: dos varas de madera muy dura, unidas en el extremo alto, formando una V invertida. Mediante obenques de maguey, fuertemente templados, los palos con su vela cuadrada resistían fácilmente las peores ráfagas.

Este tipo de mástil, en lugar del simple, "ha sido propuesto en nuestra época para las embarcaciones a vela modernas. Se afirma que no interrumpe la corriente retrógrada de aire y, de otro lado, permite economizar jarcia"²¹⁵. Ha tenido auspiciosa aplicación en las jangadas y, sobre todo, en los yates deportivos.

LOS REMOS. SUS CLASES

Casi simultáneamente con la invención de la balsa —de la balsa primitiva—, se produjo la invención del *remo*: simple madero, al comienzo, ligeramente plano, desbastado, escogido entre los leños desgajados del bosque, para impulsar sobre el agua el haz de juncos o de totora o el rústico atado de troncos y palos secos.

El remo después se perfeccionó: dejó de ser simple leño recogido del bosque para convertirse en producto de la industria, en artefacto de madera ingeniosamente concebido y realizado, cómodo y funcional, apto para su destino.

En su origen, por consiguiente, el remo ocupa un puesto auro-ral, tan antiguo como el de la balsa misma.

Difusionista *en esto*, Valcárcel cree que el remo lo trajo el primitivo inmigrante asiático, cuando la primera oleada humana ingresó por el estrecho de Bering a América. Dice: "El equipo primitivo con el que el hombre vino por Bering a poblar la

América del Norte, habría comprendido algunos de los elementos siguientes: *remo de muleta...*"²¹⁶.

Hoy se descarta esta suposición, porque se sabe que el hombre de las primeras oleadas migratorias de origen asiático, llegó por tierra y no por mar, ya que, por descenso eustático del nivel del océano, lo que hoy es estrecho de Bering era entonces un *punte continental*. Es casi seguro que ese hombre, de nítida estirpe paleolítica además, carecía de conocimientos náuticos, desconocía la balsa y muy lejos estaba, por consiguiente, de poseer, dentro de su rudimentario bagaje, el remo de muleta propuesto por Valcárcel.

Inventado aquí o traído de fuera, el remo, en sus formas particulares que vamos a describir, alcanzó amplísima difusión en toda la costa, de un extremo a otro, usándose en los diversos tipos de embarcaciones: grandes balsas oceánicas, balsillas de palos y cañas, caballitos de totora, balsas de calabazos (cuando eventualmente eran introducidas en el mar) y balsas de odres. "Entre los *yungas* —dice Urteaga—, el uso del remo de paletas terminales estuvo generalizado, sólo que lo usaban de ejes cortos y apenas unos cuantos centímetros más largos que la longitud de la paleta..."²¹⁷.

Pero, tanto Lothrop como Horkheimer han llamado la atención sobre un hecho muy importante, que es el siguiente: *los remos de los antiguos peruanos propiamente no fueron remos, sino zaguales*, si entendemos por *remo* la pieza de madera para impulsar una embarcación que actúa *como palanca* con apoyo en la borda mediante una *tronera, tolete* o *chumacera*. "Ninguna embarcación prehispánica del Perú —explica el segundo de los nombrados— estaba provista de *chumaceras*, sistema que ahorra energías al remero".

Lo que Horkheimer llama *chumacera* (nombre que propiamente se aplica a la tablilla horizontal, en la borda de la embarcación, en la que se fija el *tolete*) es el *escálamo*, o, por otro nombre, el que se acaba de mencionar, más popular aún, *tolete*. El *escálamo* o *tolete* ahorra energías porque asimila el remo al movimiento de una *palanca*, en la que el *fulcro* o punto de apoyo es precisamente el *tolete*.

Fuera de esta ventaja fundamental, que explica la razón de ser del apoyo en la borda, el remo con *tolete* ofrece otra, que es la de *ciar*, o *remar hacia atrás* sin cambiar la posición del cuerpo.

El *tolete* permite, en suma, una mayor maniobrabilidad de la embarcación, ya sea retrocediendo mediante la acción de *ciar*, o girando en redondo mediante la acción combinada y debidamente regulada de *remar* (hacia adelante) y *ciar* (hacia atrás).

Los remos que se usaron en el Perú fueron, pues, propiamente, *zaguales*, es decir, piezas para impulsar las embarcaciones *sin apoyo* en la borda.

Lothrop establece tres tipos de *zaguales* (impropiamente, *remos*):

En el *primero* están los llamados por los españoles de la Conquista, *canaletes*, que no eran sino cañas de bambú, gruesas, partidas por la mitad a lo largo. Por Garcilaso y otros cronistas se sabe que este tipo se utilizaba principalmente para impulsar los ágiles *caballitos de totora*, ligeros como la propia espuma de la mar, "y quien remaba lo hacía alternativamente a un lado y otro". Ejemplares de estos remos no se han conservado, por la escasa o nula resistencia que ofrece la caña a la acción del tiempo, pero quedan testimonios artísticos en barro y metal que los representan con su típica forma semicircular. Cobo los describe de la siguiente manera (hablando de las balsas de totora o *caballitos*): "Los indios pescadores destas costas del Perú... bogan con una raja de caña de las gruesas, del anchor de la mano y larga una braza, la cual asen por en medio con ambas manos, y atravesándola sobre la balsa, con la una punta por un lado y con la otra por el otro, alternadamente afirmando en el agua, impelen tan velozmente las balsillas, que van sobre el agua como unos pájaros..."²¹⁸

Por esta descripción, cuidadosa y galana, se descubre que el canalete era manejado por los bogas norteños *a la manera de un zagual de doble pala*; pero, la versión de Garcilaso es distinta porque dice que los remos de caña de Guayaquil eran tomados con ambas manos, y los bogas daban el golpe a un lado y a otro, *cambiando de mano con gran destreza*: "... donde tenían la mano derecha ponen la izquierda y donde tenían la izquierda ponen la derecha..."²¹⁹

Tocante al tamaño, la *braza* que dice Cobo —testigo presencial— la iguala Edwards a "un trozo de caña de *cinco* o *seis pies*, cortado a lo largo, a guisa de un *remo doble*"²²⁰.

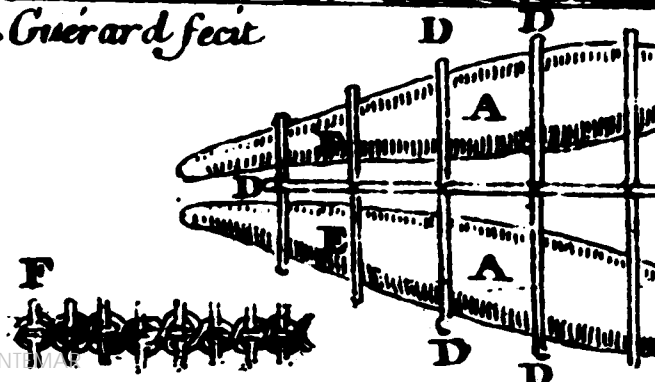
Es probable que las dos técnicas de manejo se usaran: tanto la descrita por Garcilaso, consistente en la introducción alternativa en el agua de un mismo extremo del canalete, cambiando por lo tanto rítmicamente de mano, con gran destreza; como la narrada por Cobo, consistente en el uso, con el canalete atravesado en la embarcación, de los dos extremos del zagual. Por este sistema se inclina Edwards.

En el *segundo* tipo de *zaguales* están los pseudo-remos pequeños, de los cuales no hay documentación acerca de su procedencia. Son tan cortos, a veces realmente tan diminutos, que también deben haber sido usados en los *caballitos*, porque este es el único tipo de embarcación que habría permitido su uso. "La

Balsa de odres (o pellejos de lobo marino, inflados), cuya área de utilización alcanzó la costa Sur. El dibujo ha sido tomado de la obra de Amadeo Francisco Frézier *Relación del viaje a la Mar del Sur y costas de Chile y el Perú, hecho durante los años 1712, 1713 y 1714* (edición de París, 1732). La lámina original, litografiada, lleva el número XVI y aparece frente a la página 109. En primer plano, un nativo remando con remo de doble pala sobre una balsa de este tipo, la cual consta de dos odres inflados (A) y una pequeña plataforma tendida sobre travesaños (D), también de cuero de lobo. Más allá, a la izquierda, un lobo marino en un islote; al centro (C), una balsa igual, vista de frente; y, a la derecha, en tierra (H), un pingüino.



N. Guérard fecit





pala es en forma de hoja, el mango es redondo y el asa contiene generalmente una sonaja". Por estas características, "es de suponer —concluye Lothrop— que este tipo procede del Norte del Perú". No guarda parentesco con los canaletes de caña de Guayaquil. Indudablemente, es un remo elaborado.

Finalmente, en el *tercer tipo* están los grandes zaguales del Sur (Ica), que han sido hallados en número considerable en las excavaciones de tumbas prehistóricas. Todos tienen *más de seis pies de largo*, y esto indica —propone Lothrop— que "los bogas han de haber trabajado de pie o han movilizado una embarcación de gran porte". Agrega el mismo autor: "Las complicadas tallas de algunos ejemplares, han dado origen a la creencia de que estas piezas eran de uso ceremonial más que utilitario, y hasta se ha sugerido que no eran remos sino lampas o palas ceremoniales para las fiestas solemnes de la agricultura. Por el tamaño, sin embargo, hay que descartar la idea de palas ceremoniales; mientras que, por otro lado, las visibles muestras de desgaste hablan a favor de piezas de trabajo, útiles. Aun los ejemplares más artísticamente tallados deben ser considerados como piezas utilitarias porque estaban hechos para resistir el mayor desgaste por la dureza de la madera"²²¹.

Semejante a la anterior pero partiendo de los materiales empleados en el labrado de los remos, es la clasificación de Horkheimer. Dos clases: *remos de madera* y *remos de caña*. Estos son los *canaletes* tantas veces mencionados, hechos mediante la rajadura de la caña de Guayaquil, y propios, con exclusividad, de los caballitos de totora. Los remos de madera se subdividen en tres tipos: *a) remos largos y de una sola pala*, usados en las balsas de troncos para la navegación oceánica; *b) remos cortos y de una sola pala*, usados en las balsas de calabazos, en los flotadores de pellejo de lobo marino y en las canoas amazónicas; y *c) remos largos de doble pala*, "usados —dice el mismo Horkheimer— en las balsas de odre, dobles, en forma de V, y en las pequeñas balsas de palos de Arica"²²².

Con los grandes zaguales se bogaba de pie, modalidad que también practicaban los indios remeros de las piraguas o canoas de extremos cuadrados de otras partes, según relata Cobo. Esta manera de bogar —observa Lothrop— no se encuentra en ninguna otra parte del litoral sudamericano del Pacífico, excepto en Valdivia, Chile. "Sin embargo —agrega—, era la forma común de remar frente a la costa del Brasil... y de Uruguay, así como en el río Paraná. En cuanto a las tribus del interior de Sudamérica, si bien están de pie cuando impulsan sus canoas con la pértiga, por lo general reman en posición sentada. Pero, en Centroamérica, entre los chorotegas de Bahía Fonseca, la postura de los bogas es de pie, a la manera como actualmente

bogan los remeros de las tribus zutugil y cachiquel del lago Atitlán. Los indios mosquito bogan de pie sólo cuando quieren imprimir gran velocidad a sus piraguas”.

Los pescadores de las *balsillas* de la costa Norte del Perú (Paita y Sechura) usan un remo muy extraño para cuyo manejo se valen, como punto de apoyo, de un bloque de madera que colocan a popa de la rudimentaria embarcación, y que llaman *bogadero*. Este *remo*, que debe ser considerado como una supervivencia prehistórica, consiste en “una tabla, hoja ancha adelgazada, idéntica a la que sirve como quilla, timón y remo a los navegantes de las balsas de vela. Que se conserve esta pieza en balsas sin vela es algo extraño; como remo es muy tosco y pesado de manejar y dificulta el avance a través del agua.”²²³

La madera empleada en los remos largos, especialmente en los del departamento de Ica, es el *algarrobo* o *huarango* (*Prosopis juliflora*), que es muy dura y fibrosa, resistente al trabajo. Esta madera tuvo muchas aplicaciones en la antigüedad (instrumentos agrícolas, armas, ídolos, bastones ceremoniales, emblemas de mando, etc.), pero la industria naval la empleó en grandes cantidades para los dos implementos náuticos más usados: los remos o zaguales, y los tablonés de quilla o *guaras*²²⁴.

En todo tiempo, la del remero fue una profesión muy sacrificada, agotadora, sobre todo por los intensos calores que, bajo el sol abrasador, sin protección alguna, tenían que sufrir los hombres a ella dedicados. Con el régimen español, en lugar de mejorar, la situación de los infelices se tornó más aflictiva. Los amos extranjeros, como en las minas, en los obrajes, como en todos los centros de trabajo de la época, sometieron a los indios a los mayores esfuerzos. He aquí una versión del siglo XVI sobre el trabajo en las balsas: “Es de ver, cierto, lo que trabajan los indios que las llevan... no duermen si descansan... y aun algunos crueles españoles no les dejan que descansen, sino que remando les hacen que coman, porque allí en las balsas se llevan las comidas... Con todo esto, van siempre cantando en su lengua y haciendo grandes regocijos; van desnudos, en cueros, sólo con sus pañetes...”²²⁵.

EL REMO DE DOBLE PALA

El antecedente de este remo, fue sin duda, el *canalete* que dejó descrito Cobo, usado en las costas de Chicama y playas aledañas: una caña de Guayaquil, partida o rajada por la mitad, a lo largo, cuyos dos extremos se usaban alternativamente, sin cambiar la posición de la mano.

De este *canalete de doble pala*, por así llamarlo, derivó el *zagual de doble pala*, considerablemente perfeccionado, de madera, bien labrado, de contornos pulidos, unas veces la paleta redonda u ovalada, otras terminada en punta, detalle adjetivo, y el centro redondo, como eje.

Este remo doble se usó, sobre todo, en el Norte de Chile, con la balsa de odres, y sobre él hay abundante literatura.

Estudiado por Nordenskiöld en diversas partes de América, fue hallado, como pieza arqueológica, primero en los yacimientos de Arica, en 1924, por Carl Skottsberg, y después, en diversos depósitos, por Ricardo Latcham. Los ejemplares supervivientes —no modificados, exactamente como los antiguos— fueron por vez primera descritos en 1710, por el viajero francés Amadeo Francisco Frézier, quien los vio, usados por los nativos, en Valparaíso. Un dibujo famoso de Frézier, en su libro *Viaje a Sudamérica*, muestra “a dos indios que manejan, cada uno por el centro, un remo terminado en sus puntas por *palas ovaladas*, con sus *extremos agudos*, desde a bordo de unas balsas de cueros de lobos inflados”²²⁸.

Otra descripción, del mismo siglo, es la de D. Manuel Amat y Junient, Gobernador y Capitán General de Chile y más tarde Virrey del Perú. La hizo a base de lo que vio en 1760, contando que los pescadores del litoral (chileno) “entran a la pesca en balsas [que] construyen de cuero de lobo marino... Concluidas las *mangas*, y cerradas, les dan viento a soplos por una fistulilla que dejan a cada una: después, las unen de proa con un travesaño de madera delgada, y a popa con otro, dándole más abertor... y en medio se sienta el pescador, equilibrado, con un remo, que en cada extremo tiene una pala, con el cual rema a babor y estribor...”.

En 1821, el capitán de la marina británica, Basilio Hall, vio *balsas de pellejos*, u odres inflados, como las del Norte de Chile, cuyos tripulantes las impulsaban con el uso de remos también de *doble paleta*.

En Talcahuano, Chile, se usaban balsas —refiere Looser— pero no de cueros inflados sino de troncos de árbol, unidos por travesaños. Abundando la madera en los alrededores, preferían los nativos hacer sus embarcaciones de pesca del fácilmente aprovechable material que proporcionaban los bosques. “Los troncos, además de ser buenos flotadores como los bolsones de cuero inflados, no corrían peligro de agujerarse en las rocas y hundirse en el acto, como sucedía con las balsas de cuero...”. En estas embarcaciones de madera, los remos eran igualmente de *doble pala*, pero con el extremo redondeado, no agudo, como en el Norte.

Según Looser, es innegable el parentesco entre los remos dobles del Perú, inicialmente representados por el *canalete doble* de que hablaba Cobo, y los remos de igual tipo, pero mejorados, de la costa chilena. Comparando los remos de Chile y los que dibujó Mariano Felipe Paz Soldán, dice: "Es incuestionable la estrecha relación de estos rudimentarios remos peruanos con sus congéneres más perfeccionados de más al Sur"²²⁷.

Los pescadores de Arica enterraban en sus tumbas, junto con la balsilla en miniatura, los remos correspondientes, también en miniatura, que eran *dobles*, "con una hoja en cada extremo". Ahora sabemos, entonces, como dice Heyerdahl, cómo bogaban esos pescadores primitivos: montaban en la angosta embarcación de tres palos, armados de su remo de doble paleta, y remaban alternativamente a cada lado²²⁸.

LOS GRANDES REMOS DE ICA: DISCUSION Y BALANCE

"El problema de los llamados *remos peruanos antiguos* o *tablonas de quilla* —dice un especialista, el más enterado en la materia—, siempre da motivo para nuevas discusiones, ya sea cuando se trata del tema en sí, ya cuando se trata del asunto de la navegación en el Perú antiguo o aun del asunto de las relaciones a través del Pacífico"²²⁹.

Estos remos, que hoy constituyen preciadísimas piezas de museo, siendo la más rica de todas en el mundo la colección del Museo de Dahlem, en Berlín, fueron descubiertos por el año 1900 y de ellos hizo un primer estudio W. Gretzer. Sin embargo, de lo que dice Gretzer nada se puede sacar en claro. Sus conclusiones son contradictorias y en su texto descriptivo reina confusión.

Recientemente, Dieter Eisleb ha hecho una revisión exhaustiva de todas las opiniones y sometido el material guardado en el citado museo de Berlín a un nuevo examen tecnológico y estilístico. De Horkheimer quedan también algunos apuntes sobre los estudios que hizo en base al material que se conserva en el Museo Regional de Ica, no tan copioso como el de Alemania pero altamente estimable también.

Las discusiones en torno a estos enigmáticos *palos tallados* —algunos, con tallas finísimas y todos de madera muy dura— giran alrededor de varias suposiciones atendibles:

a) Unos dicen que fueron utilizados como *remos* o *zaguales*, es decir, como piezas de navegación para impulsar embarcaciones. Como el asunto de la navegación marítima está medianamente claro, se puede suponer, sin temor a yerro, que estos palos tallados sirvieron de *remos* o *zaguales de balsa*, para ser usados, dado su tamaño, por bogas muy corpulentos y en posi-

ción de pie. También se aventura la opinión que dice que, por su largo, correspondían a *balsas de doble plataforma*: o sea que eran largos porque el boga no se hallaba cerca del agua.

Contra esta opinión, hay un argumento opuesto: el excesivo peso de cada palo habría impedido su manejo al cabo de un rato.

b) Otros creen que los discutidos *palos tallados* no son remos o zaguales sino *tablones de quilla* o *guaras*, esto es, piezas de madera para ser colocadas entre los troncos de las balsas para dirigir la navegación y permitir, sobre todo, el rumbo con viento de través y aun con viento en contra.

Esta es la opinión más extendida y que tiene mayor respaldo porque de los tiempos recientes (y aun de la actualidad) hay ejemplos en la costa Norte y en el golfo de Guayaquil de piezas semejantes para el fin indicado.

Pero, conviene desde ya distinguir dos formas muy típicas entre estas piezas talladas de madera: un primer grupo reúne las piezas anchas en toda su extensión, verdaderos *tablones*, con simples asas semicirculares en el extremo superior, como para someter al artefacto a un movimiento vertical (hacia arriba o hacia abajo). Este sería el grupo de las *guaras* propiamente dichas. El otro grupo congrega las piezas de paleta ancha, plana (como verdaderamente de *remo* o *zagual*), *mango largo, redondeado*, de casi la mitad del largo, y un remate al extremo superior como asa o contrapeso, con decoración.

Siguiendo a quienes sostienen que estas piezas talladas de madera dura son *instrumentos de navegación*, procede dividir las en los dos grupos indicados: *primer grupo*, *guaras* o *tablones de quilla*; *segundo grupo*, remos propiamente dichos o, mejor, *zaguales*.

Cada grupo admite, desde luego, *divisiones tipológicas*. Al respecto, Dieter Eisleb ha hecho un interesante trabajo de clasificación, a base "de una nueva ordenación y nueva colocación de las piezas procedentes de Ica y almacenadas en el Museo Etnográfico de Berlín". Para Eisleb existen *cinco grandes tipos*, con características definidas de tamaño, forma y decoración.

c) Otros especialistas rechazan la idea de que estos palos tallados sean instrumentos de navegación (*ni remos ni guaras*, dicen) y se inclinan por considerarlos *palas* o *lampas*, es decir, *instrumentos de labranza*. A este respecto, cabe decir que las piezas consideradas como remos o zaguales, por su forma especial, con un extremo ancho, como paleta, y otro tallado a manera de mango, agarradera o cabo, podrían eventualmente ser consideradas *palas ceremoniales*, pero las otras, en cambio —anchas, verdaderos tablones pesados— no admiten su incorporación, fun-

cionalmente hablando, al campo de la agricultura, ni aun con fines rituales.

d) Finalmente, hay una cuarta corriente de opinión: la de los que creen, sin apartarse mucho de los anteriores, que las intrigantes piezas no eran ni instrumentos de navegación ni instrumentos de labranza para remover la tierra, sino palas para "regular la conducción del agua en pequeños canales de regadío".

Pero, con las cuatro suposiciones arriba expuestas, no acaba la discusión. Sea que sirvieron para impulsar balsas, sea que las usaron en el trabajo de la tierra, sea, en fin, que ayudaban a la conducción del agua de regadío por los canales o acequias, ¿estas piezas realmente tenían cabida en los trabajos cotidianos, prestaban alguna utilidad, eran de uso práctico o, por el contrario, su puesto era puramente ceremonial y salían con ocasión únicamente de las grandes festividades?

He ahí los dos aspectos de la nueva discusión: ¿*piezas de uso diario* o *piezas ceremoniales*?

a) Los que sostienen que son piezas de trabajo, se basan en ciertas *huellas de desgaste* y no admiten que la profusa y fina decoración pueda considerarse como un impedimento para el uso diario. La dureza de la madera habría permitido el trabajo de las piezas sin riesgo para la talla artística.

b) Los que hablan de *piezas ceremoniales* tienen en cuenta la excepcional calidad artística de las tallas, la delicadeza de la escultura en madera y, también, la incomodidad que para el uso diario esas tallas habrían representado. Algunas piezas, además, muestran inequívocos vestigios de pintura y este hecho parece apartarlas de su alegada aplicación como instrumentos náuticos.

En su esmerado estudio, Eisleb condensa las opiniones de los mejores especialistas —las que en seguida se verán—, pero de ellas, tras un cuidadoso examen y balance nada se saca en limpio. A la única opinión que dedica elogios es a la de Lothrop, que califica de "opinión clara". Lothrop considera que unas piezas fueron *remos*, otras *tablones de quilla*, y que todos fueron instrumentos de uso práctico. El desconcierto de Eisleb se refleja en estas palabras: "Si se echa una mirada de conjunto a la situación actual de la investigación en este campo, hay que confesar honradamente que si bien por una parte han sido acumulados muchos hechos y probabilidades que hablan a favor de la utilización de las piezas en cuestión como *remos* o como *tablones de quilla* a la vez que contra su uso para fines ceremoniales, por otra parte no se han presentado todavía pruebas definitivas para esta suposición"²³⁰.

Al final, Eisleb se inclina por la solución de Lothrop:
— *remos*, las piezas que tienen mango y paleta;

- *guaras* o *tablones de quilla*, las piezas anchas en toda su extensión;
- todas fueron de uso práctico, ninguna para fines ceremoniales.

DESCRIPCION DE LOS REMOS DE ICA

Los remos de la colección Gretzer, de Alemania, tienen un largo que varía de 1.50 m. a 2.50 m., aproximadamente. Por su parte, los remos que se exhiben en el Museo Regional de Ica tienen, en promedio, las siguientes dimensiones:

<i>Largo:</i>	2 metros
<i>Grosor del mango o empuñadura:</i>	4 centímetros
<i>Ancho de la pala:</i>	15-20 centímetros

Los remos, para los efectos de su descripción, se componen de dos partes bien diferenciadas: la *pala* (o *paleta*), que es la superficie más o menos ancha y delgada destinada a ser introducida en el agua para el esfuerzo de impulsión; y el *palo* (*cuerpo*, que llama Horkheimer) o *empuñadura*, que es la parte destinada a la sujeción del remo y en la cual el boga aplica su fuerza.

En la mayoría de los remos iqueños, la *pala* representa más o menos la mitad del largo total del instrumento, con extremos excepcionales que van del 35 al 60 por ciento.

Como se desprende de las medidas arriba anotadas, la *pala* en todos los casos es considerablemente ancha, y presenta por lo general, también, la particularidad de un borde interior más fino que el exterior, lo que le da una cierta apariencia de descomunal arma cortante. Siempre termina en una curva ligera.

El *palo*, *mango*, *cuerpo* o *empuñadura* no es estrictamente una prolongación del eje de la *pala* o de su nervadura central, como en los remos modernos, sino del borde posterior.

El extremo del *palo* generalmente está constituido por un botón labrado, por un bloque cúbico o por una traviesa, a modo de cómoda empuñadura.

La decoración es muy fina y sorprende cómo el artista tallador la hizo con el pobre instrumental de entonces. Es de dos clases: *geométrica* y *figurativa*.

La decoración varía también en cuanto a su ubicación en la pieza: unas veces está al borde superior de la *pala*; otras, forma una cinta o cenefa a lo largo del *cuerpo* o *palo*; otras, está sobre el botón del *cuerpo*; finalmente, se da con gran despliegue artístico en el bloque terminal del *cuerpo*, donde alcanza la cali-

dad de un verdadero trabajo de filigrana, de admirable ritmo y finísima ejecución.

Un remo observado por Horkheimer, de la colección del Museo Regional de Ica, aparece íntegramente decorado en los dos lados de la paleta.

Entre los motivos de decoración, destacan: *a)* hombres de pie con sombreros o cascos cilíndricos y cónicos; *b)* hombres con barba en punta y saco en el hombro; *c)* hombres con máscara; *d)* hombres ante un gran recipiente; al conjunto se incorpora una mazorca de maíz; *e)* aves en diverso tratamiento y distinta composición; por ejemplo: con un pez en el pico, en parejas, en hileras; también, fuera de las aves marinas, papagayos asociados al hombre; *f)* otros animales, como perro (*alco*), llama y un plantígrado parecido al oso hormiguero; y *g)* signos escalonados y diversos motivos geométricos.

Un problema sobre el cual llamó justamente la atención Horkheimer, es el de las *marcas pintadas*, por lo regular en forma de *franjas verticales*, con los colores rojo, verde y amarillo. ¿Signos de propiedad? ¿Signos de distribución comunal? Y si las aludidas marcas son con pintura, ¿cómo esto, en instrumentos destinados a permanecer mucho tiempo en el agua? Estas *marcas con pintura y la prolongación del mango no del eje central de la paleta sino de uno de sus bordes*, son, creemos, las dos objeciones de más peso contra la tesis que califica las intrigantes piezas de madera de Ica como remos.

¿PALAS AGRICOLAS? REFUTACION

Quienes sostienen que estos palos tallados no son remos ni tablones de quilla sino *palas ceremoniales* —tesis indudablemente atendible, párrafos atrás expuesta en sus lineamientos generales pero que conviene volver a tratar con aportación de otros datos interesantes y, al parecer, convincentes—, quienes esto dicen saliéndose de la corriente de opinión prevaleciente, se basan en los siguientes hechos: *primero*, las tallas de madera son muy delicadas y se habrían roto de haber sido usados los artefactos como remos o guaras; *segundo*, como remos, las tales piezas resultan desproporcionadas e inútilmente grandes y pesadas; *tercero*, de haber sido verdaderamente instrumentos náuticos, para los fines señalados, las piezas habrían sido halladas con los troncos de las embarcaciones, esto es, con los restos de las balsas en las cuales sirvieron, y es lo cierto que de las balsas jamás se ha tenido el más pequeño testimonio.

Responden a estas serias objeciones los que creen en la finalidad náutica de las piezas, con Eisleb a la cabeza, de la siguiente manera:

1) Las tallas, aunque de aspecto muy delicado —algunas, verdadera filigrana—, resisten el manipuleo del trabajo porque, como se ha dicho anteriormente, están hechas en madera que se caracteriza por su extrema dureza. De otro lado, como observa Eisleb, estos adornos tallados “siempre se hallan sólo en el extremo superior”, quedando, por lo tanto, libre para el trabajo el extremo inferior, que es la parte, precisamente, en que “todos los remos muestran huellas más o menos marcadas de *desgaste y de acción del agua*”²³¹.

2) Si se toma en cuenta el *tamaño* y el *peso*, el resultado de la averiguación abona la tesis que identifica las piezas como remos y guaras, y afecta duramente a la que habla de instrumentos de labranza. En esta parte del debate la palabra de Lothrop es la más llamada a dejarse oír. Lothrop —recuérdese— descarta, por el mismo argumento del *peso*, el *uso de los tablones como remos*, pero igualmente descarta el *uso de los remos como palas de labranza*. Además, la explicación que en torno de este punto da Heyerdahl, es atendible y debe tenerse en cuenta: esas *guaras* y esos *remos* eran no de pequeñas y endebles embarcaciones sino de *grandes balsas*, balsas que por su porte y la extensión de sus velas, requerían de *guaras anchas y largas*, capaces de gobernarlas, como las que se conservan precisamente; y *remos fuertes y largos* para ser manejados por bogas de recia compleción, en posición de pie y desde “*plataformas ligeramente elevadas*”.

3) Que hasta la fecha, en ninguna parte, ni en el Norte ni en en Sur, se hayan encontrado restos de balsas, no es argumento valedero para negar el carácter de *instrumentos de navegación* a los discutidos palos tallados. Los defensores de la tesis que los relaciona con las faenas agrícolas o con el reparto del agua de regadío, reclaman que junto con los remos y las guaras han debido hallarse los troncos de las balsas. A esta exigencia responde Heyerdahl diciendo que las embarcaciones no han podido subsistir por la sencilla razón de que eran, como las de ahora, de madera liviana y porosa, en consecuencia corruptible. Afectada por el agua salada, esa madera pronto se echaba a perder y desaparecía en las playas o se hacía añicos en las rompientes.

LAS OPINIONES

Resumiendo, las opiniones básicas se reparten en tres grupos:

Primer grupo: los palos tallados de Ica son remos y guaras, es decir, instrumentos de navegación. Esta corriente de opinión llamaremos *positiva*.

Segundo grupo: los palos tallados de Ica son implementos agrícolas. Llamaremos a esta corriente de opinión *negativa*.

Tercer grupo: aquí se ubican las opiniones dudosas, no definidas.

El principal representante del *primer grupo* es Samuel K. Lothrop. Su opinión, en parte ya dicha, es clara y lógica. Parte de esta premisa: *la vela se utilizó en el Perú y en el Ecuador en la era prehispánica*. Funcionalmente entonces *la utilización de la vela implica la utilización de los tablones de quilla o guaras*, única manera de dirigir la navegación aprovechando el viento.

Un *tablón de quilla* sería una pieza completamente inútil en una embarcación sin vela. A la inversa también: no serviría plenamente una embarcación a vela sin un tablón de quilla.

Para Lothrop, las piezas anchas de extremo a extremo, con asa semicircular, deben ser consideradas *tablones de quilla*. No son remos por la forma y el peso, verdaderamente excesivo. Se parecen, además, mucho a las *guaras* de las balsas o jangadas ecuatorianas descritas por los viajeros del siglo pasado y usadas todavía en el golfo de Guayaquil.

Las piezas de paleta ancha y plana, mango redondeado y extremo abultado o decorado, deben ser consideradas como *remos*.

Otro representante de este grupo es Heyerdahl, quien prácticamente sigue al pie de la letra a Lothrop. Heyerdahl dice que unas piezas se utilizaron como remos y otras como tablones de quilla, y que todas estaban destinadas a fines prácticos, no ceremoniales. En ningún caso tuvieron relación con la agricultura.

Clinton R. Edwards y Jorge C. Muelle²³² se inclinan también, separadamente, por considerar las piezas como instrumentos de navegación, destacando ambos, en especial, el papel de los remos; y Pezzia Assereto propone darles un *rango ceremonial*. Pezzia ubica estas piezas en el período llamado *Intermedio tardío* (después del desarrollo Huari-Tiahuanaco, por el 1200 d. C.) y las considera como elementos representativos del arte de la cultura Ica-Chincha. Recuerda que los pueblos de la región alcanzaron un gran desarrollo en la navegación y que realizaban ceremonias de notable lucimiento con la participación de grandes flotas de balsas, conforme relatan algunos cronistas que oyeron directamente de los indios de Chincha contar estas fiestas²³³.

Herman Leicht se refiere a las "hojas y empuñaduras de remos" ricamente talladas "en el estilo juvenil y naturalista de los primeros habitantes de la Costa"; y agrega: "Estos testimonios de una *antigua afición marinera* se encontraron en el Sur, cerca de Pisco e Ica... y aclaran de modo muy significativo el misterio que rodea el origen de las culturas que florecieron en la costa meridional peruana"²³⁴.

Contra la opinión anterior se alza la que representan, en el *segundo grupo*, entre otros, Uhle, Rowe y Stig Ryden. Dice esta

corriente que los discutidos palos tallados no son ni remos ni guaras sino *implementos agrícolas*, es decir, *palas para cavar, que se usaban sólo en grandes ceremonias relacionadas con la agricultura*. Debe tenerse presente que Uhle fue el primero que halló estas piezas en excavación científicamente controlada y que, por consiguiente, su parecer se fundamenta en una observación cuidadosa del contexto arqueológico. En nuestros días, Rowe, siguiendo a Uhle, ha insistido en la identificación propuesta por el arqueólogo alemán.

En el *tercer grupo* están las opiniones dudosas. Allí Gretzer y Horkheimer. Gretzer extrajo de las tumbas de Pisco e Ica una gran cantidad de los discutidos palos tallados y en 1914 publicó la primera monografía sobre ellos, con el título de *Die Schiffahrt im alten Peru vor der Entdeckung*. Como hace notar Eisleb, la opinión de Gretzer es contradictoria porque, por un lado, habla de "*remos tallados con maravilloso arte y frecuentemente con gran delicadeza*" y de "*guares o tablonas de quilla destinados a dirigir las balsas*" y, por otro lado, dice que tales piezas "no pueden haber servido para el uso diario ya que el tallado las hace demasiado frágiles y se tiene que suponer que eran para ser llevadas en procesiones festivas". Eisleb comenta con justa razón: "...de Gretzer no es posible sacar un concepto claro"²³⁵.

Horkheimer no quiso comprometerse y le dio la razón a cada uno de los grupos en discordia. En su buen estudio sobre la alimentación en el Perú antiguo, de 1960, dejó dicho que "en algunos lugares de la Costa fueron hallados instrumentos de madera con mango largo y hoja alargada. Cuando se trata de ejemplares para *uso ceremonial*, el extremo del mango termina en un tallado figurativo generalmente ancho". Agregó: "*Algunos de estos instrumentos de madera pueden haber sido remos, pero muchos han servido como instrumentos de labranza*". Le faltó decir a Horkheimer cuáles consideraba él como instrumentos náuticos y cuáles como implementos de labranza. Con él, por consiguiente, tampoco "nada queda claro".

Posteriormente, en sus apuntes sobre navegación prehispánica, de 1965, precisó un poco su pensamiento y se inclinó, siempre con algunas dudas, por la tesis de los remos. Los hallazgos de las tumbas —expresó— no pueden ser considerados, tajantemente, como remos, aunque, por la forma, parezcan tales, porque "siempre queda la posibilidad de que, en realidad, se trate de herramientas para trazar surcos o abrir acequias de regadío o limpiarlas"²³⁶.

ANCLAS O POTALAS

“También conocieron los antiguos peruanos el uso del áncora para fijar la embarcación. Consistía en una pesada piedra atada a un cable que se recogía en el barco durante la travesía y que, llegando al puerto, se la lanzaba al fondo para sujetar la embarcación”²³⁷.

En realidad, pues, las anclas eran “simples piedras aseguradas a una soga”, como dice Lothrop²³⁸, y de ellas encontramos numerosas descripciones, todas naturalmente coincidentes por la sencillez del artefacto, en la literatura de los cronistas. Hablando de las navegaciones de los indios de Tumbes, Pedro Pizarro dice: “... a la media noche los indios alzaban la *potala* de la balsa, que así la llaman, una piedra que atada en una soga echan a la mar a manera de áncora...”²³⁹.

La Arqueología las ha buscado hallándolas en escasísimo número. Estrada describe una procedente de la isla de La Plata —que fue, como se sabe, un importante centro de navegación en la costa Norte durante la época de la dominación de los Incas, los que instalaron allí una base—. Perteneciente a la *cultura manteña*, debe ser atribuida al pueblo huancavilca. Tiene forma de huso, de perfecta simetría, abultada al centro y afinada en los extremos, de sección transversal cuadrada con las aristas rebajadas, su largo 43 centímetros y medio y su grosor en la parte abultada, 10 centímetros. Allí, al centro, presenta una ranura de regular profundidad, minuciosamente acanalada en todo el contorno, que no puede dudarse que fue para atar el extremo del cabo²⁴⁰.

Igualmente toscas como en la antigüedad, se siguen usando entre los pescadores de las *balsillas* de Paita y Sechura, y las han adoptado muchos otros grupos de la Costa que usan embarcaciones modernas, lo que revela que, dentro de su sencillez, son eficaces y cumplen su cometido.

LAS GUARAS, ORZAS O TABLONES DE QUILLA

En su *Monografía de Guayaquil*, de 1820, Andrés Baleato —como se recordará—, describiendo las *grandes balsas de troncos* de la costa Norte, destacó que la principal característica de estas embarcaciones aborígenes era la de *poder navegar y virar con vientos contrarios*, “al igual que las embarcaciones con quilla”. “Navegan seguras en la dirección que uno desee —dijo—, virándose ellas muy suavemente, lo cual se consigue con diferentes aparejos que un timón”.

Estos aparejos, distintos al timón y de uso muy ingenioso, eran las *guaras* (o *guares*, como algunos autores los nombran).

Para navegar con el *viento de través* o *contra el viento*, estas balsas oceánicas —se lee en la monografía de Baleato— disponen de unos tablonces de tres o cuatro varas de largo y media vara de ancho, llamados *guaras*, los cuales van colocados verticalmente en la *popa* y en la *proa*, sumergidos en la medida que convenga, a través de los troncos que forman la plataforma de la balsa. “Por medio de estas *guaras*, al sumergirlas en el agua o alzarlas un poco, la balsa navega en la dirección del viento, vira arriba o corre, de acuerdo a lo que más conviene”.

El uso de las *guaras* asombró a los europeos, que llegaron a recomendarlas en balsas especialmente construidas para socorro en casos de naufragio.

Anterior a la de Baleato es la descripción muy cuidadosa y técnica, de los marinos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, quienes en 1748, como ya se dijo, publicaron su *Relación histórica del viaje a la América meridional*, una obra clásica entre las de su género. “La mayor particularidad —dicen Juan y Ulloa— de esta embarcación [la balsa]... es que navega y bordea cuando tiene viento contrario *lo mismo que cualquiera de quilla...* segura en la dirección del rumbo...: *esto lo logra con distinto artificio que el del timón*, y se reduce a unos tablonces de 3 a 4 varas de largo, y media de ancho, que llaman *guares*, los cuales se acomodan verticalmente en la parte posterior, o *popa*, y en la anterior, o *proa*, entre los palos (o troncos) principales de ella; por cuyo medio, y el de ahondar unos en el agua, y sacar alguna cosa otros, consiguen que *orze, arribe, vire de bordo por delante y en redondo*, y se mantenga a la *capa* según conviene la faena para el intento.

“Intervención que hasta ahora se ha ignorado en las más cultas naciones de Europa; y que descubierta entre los indios solo su maniobra, los fundamentos de ella ni fueron penetrados de sus incultos entendimientos, ni aun los han concebido todavía”²⁴¹.

De haberse conocido en Europa este ingenioso y utilísimo dispositivo —agregan los autores—, se habrían salvado muchas vidas en los mares del mundo de tantísimos siniestros. Por eso, y movidos por su ciencia, de la cual eran insignes representantes, explican los fundamentos técnicos del sistema en los siguientes términos:

“La determinación en que se mueve una embarcación impelida por el viento, es una línea *perpendicular a la vela...* y como la reacción sea igual, y contraria a la acción, será la fuerza con que se opone el agua al movimiento de la embarcación, en una perpendicular a la vela, que va de sotavento a barlovento; impeliendo con más fuerza el cuerpo mayor, que el menor, en razón compuesta de sus superficies, y de los cuadrados de los

NAVEGACION

senos de los ángulos de incidencia (esto es en la suposición de velocidades iguales), con que se sigue que *siempre que se sumerja un guare en la proa de la embarcación, orzará, y por el contrario arribará si se saca*²⁴².

“De la misma suerte, sumergiéndole en popa, arribará; y sacándole, orzará. Este es el método que siguen aquellos naturales para gobernar las balsas, aumentando el número de ellos [de *guares*] hasta cuatro, cinco o seis para que se mantenga a barlovento: pues está claro que cuantos más se sumergieren, será mayor la resistencia que encontrará la embarcación a romper el agua por el costado, por hacer el oficio de *orzás*, de que usan los marineros de embarcaciones menores.

“El manejo de estos *guares* es tan fácil, que una vez puesta la embarcación en su rumbo, sólo uno es el que se maneja, sacándolo o metiéndolo, cuando es necesario, uno o dos pies; con cuyo corto intervalo tienen suficiente para mantenerla en camino”²⁴³.

De la primera mitad del siglo pasado, contemporáneas de la de Baleato, son las descripciones, igualmente minuciosas y claras, de Jules Ferrario y Francisco Paris. El primero escribió en su lujosa obra, citada anteriormente, de 1827, editada en Milán, lo siguiente: “Los indios... han logrado en el uso de las balsas una ventaja que hay que destacar, que consiste en poderlas navegar *como si fueran embarcaciones con quilla cuando el viento es contrario*, y cuando no es ese el caso, *usar la quilla como timón*... Para ello utilizan unas tablas de más o menos cuatro *anas* de longitud por una *ana* y media de ancho²⁴⁴, llamadas *guare*, que colocan verticalmente a la proa y a la popa, entre las vigas de la plataforma de la balsa... Sumergen estas tablas en el agua y las van sacando por turnos, según convenga. Usando este medio, se alejan, se acercan, cogen el viento, viran de borda y, en fin, realizan todas las maniobras que deseen... Este invento... fue durante largo tiempo desconocido por las naciones más esclarecidas de Europa”²⁴⁵.

Por su parte, Paris escribió: “Para dirigir la embarcación hay tablones llamados *guaras*, que son hundidos verticalmente en los intersticios que forman los troncos centrales. Estos tablones se hunden en mayor o menor medida, a proa o a popa, a fin de *orzar a la banda* o *virar de banda*. Estas balsas no tienen otros métodos para timonear en el océano”²⁴⁶. Como la mayoría de los viajeros de su época, Paris expresó su admiración por el ingenioso y fácil sistema de las *guaras*, pero, a diferencia de los otros, manifestó su duda respecto a si con ellas se podía navegar contra el viento.

Brüning, que fue de los últimos en ver, por el año 1900, en los puertos del Norte, el uso de las balsas en las operaciones

portuarias, llevando a tierra mercaderías de los buques o embarcando, hizo referencia a la *navegación contra el viento* y explicó claramente, para salir de las dudas, como en el caso de Paris, en qué circunstancias esa navegación contra el viento se cumplía a satisfacción. Explicó que los tripulantes de las balsas, generalmente cuatro —uno en cada esquina de la plataforma de troncos—, introducían o sacaban, según los propósitos de la navegación, los tablones llamados *guaras*. De esta manera, con tales *quillas* o *timones*, la balsa era *forzada a un rumbo determinado*. Pero —agregó—, “los timoneles [manejando sus *guaras*] se esfuerzan por *ir contra el viento* lo más posible cuando el vapor llega del Sur (para darle alcance)”. Sin embargo, cuando la corriente del mar se presenta fuerte y el viento no favorece por su ligereza, entonces, *todo el esfuerzo y toda la destreza de los balseros resultan vanos* y es, en consecuencia, *imposible la navegación contra el viento*.

La observación de Brüning es muy importante porque indica que *no en todos los casos* se podía orzar. La balsa —la de los tiempos modernos que vio el sagaz informante y la de los tiempos prehistóricos, igual—, por bien conducida que estuviese y eficaz que fuese el uso de los tablones de quilla, *requería fundamentalmente ayuda de la corriente y, sobre todo, del viento*. O sea que, con corriente adversa muy fuerte y viento débil, era imposible navegar en contra. Mas, mediando circunstancias favorables, sobre todo de viento, la balsa se comportaba, gracias a las *guaras*, con entera facilidad marinera de gobierno, de lo cual, con menos acuciosidad que el alemán Brüning, dan cuenta todos los viajeros que la vieron navegar en los puertos del Norte, hasta despuntar la presente centuria.

Una clara y sencilla explicación del funcionamiento de los tablones, que él llama acertadamente *guías de navegación*, da Baudin, que, aun a riesgo de recargar este capítulo, reproducimos a continuación. “Muy ingeniosamente, unas *derivadas lejos del mástil*, entre los troncos de madera, hacían el oficio de *quilla* y reemplazaban al *gubernalle* (o timón): en efecto, cuando las derivadas de atrás ofrecen más resistencia que las de adelante, la presión del viento sobre la vela hace girar la proa; en el caso contrario, es la popa la que cambia de dirección. Basta, pues, hundir más o menos las *derivadas* para obtener, por la combinación de sus influencias, el efecto exacto que se desea”²⁴⁷.

USO ACTUAL DE LAS GUARAS

Actualmente, ya no están en uso las grandes balsas veleras de antaño. Como un rezago débil y degenerado de la navegación soberbia de ese tiempo, quedan, sin embargo, las *balsillas*,

de las que se ha tratado con alguna prolijidad en otra parte. Refugiadas en los mares de Sechura, Paita, Negritos, Máncora y costas del departamento de Tumbes, se componen de pocos troncos, groseramente desbastados. Son peligrosamente angostas, no pasan de 6 metros de largo, y han perdido inexplicablemente la antigua disposición hidrodinámica de su aparente proa. Son cuadradas, toscas y de lamentable aspecto humilde; insignificantes en comparación con las estupendas balsas de antes, cuyos diseños nos han llegado por intermedio de los viajeros y narradores de los siglos XVIII y XIX. Ahora tienen la novedad, además, del aparejo importado, *al tercio*, en el que la verga se apoya en el mastelero no al centro, como era antes, sino al tercio.

Sin embargo, de la edad remota conservan la *guara*. De todos los elementos, por consiguiente, de la construcción naval antigua, ninguno ha demostrado mayor fuerza para subsistir que los *tablones de quilla*. Dice Edwards: "El elemento más interesante y llamativo que sobrevive de los tiempos aborígenes es el sistema de dirección por *quilla*. Este método persiste en el Perú pero ha desaparecido del todo de aguas ecuatorianas, donde se dirige las balsas con remos modernos, aunque conservan su *quilla* para evitar la deriva a sotavento mientras navegan a barlovento"²⁴⁸.

El sistema de las *quillas* o *guaras* no ha cambiado. Es el mismo, o casi el mismo, que el descrito por Juan y Ulloa hace doscientos años.

Siendo, en principio, el mismo, presenta no obstante algunas ligeras variantes, que Edwards ha estudiado con cuidado entre los balseros de la costa Norte. Las *quillas* de ahora son "tablones de aproximadamente una pulgada de espesor, un pie y medio de ancho y seis a ocho pies de largo, con el extremo superior redondeado". Dos de estos tablones, el de proa y el del centro, van fijos, entre las hendijas de los troncos, oficiando de quillas. Estos *tablones de quilla* propiamente dichos, "ofrecen resistencia lateral al agua, evitando que la embarcación derive a sotavento". Cumplen, por lo tanto, el mismo papel que la quilla en un velero²⁴⁹. El tercer tablón va a popa, metido como los otros dos entre los troncos de la balsa, y *oficia virtualmente de timón* porque subiéndolo o bajándolo se puede mantener el curso de la embarcación o enmendarlo, según convenga. Basta "solamente mover el tablón de popa hacia arriba o hacia abajo para mantener el curso". La explicación es como sigue: "Los *tablones de quilla* (el de proa y el del centro) ofrecen resistencia lateral al agua, evitando que se derive a sotavento... Levantando el tablón de popa, se reduce la resistencia lateral en la popa, la popa entonces deriva a sotavento en respuesta a este cambio de equilibrio y el curso cambia ligeramente *hacia el viento*. Por el con-

trario, al bajar el tablón de popa, la proa deriva hacia sotavento. En esta forma, se mantiene un equilibrio de navegación y *curso recto* con *movimiento de deriva sorprendentemente limitado*".

Como se ve, el sistema de las balsillas de ahora es el mismo que el de las grandes balsas veleras, de gruesos troncos de madera de balsa, de los tiempos prehistóricos. La única diferencia radica en que "no se emplea la quilla de proa directamente como timón".

Siguiendo a Baleato, menciona Estrada un curioso tipo de *canoa con guaras*, de unos quince metros de largo, que por mucho tiempo navegó entre Paita y Guayaquil "y los puertos del Chocó, con carga algunas veces de hasta cincuenta bidones de aguardiente, de aproximadamente veinticinco libras de peso cada uno". Esta canoa tenía la particularidad de llevar amarrados a sus costados ("como en las canoas *imbaburas* de los indios cayapas") unos *troncos de madera de balsa* (si no fuera por lo pegados al casco, como *balancines*). Pues bien: entre el costado de la embarcación y el mencionado tronco, a uno y otro lado, iban incrustadas unas tablas a manera de *orzas sumergidas*, las cuales intervenían, no obstante el timón de la canoa, en la dirección a seguir²⁵⁰. Sin duda, un caso de aplicación del sistema de las quillas, propio de las balsas oceánicas, en un tipo de embarcación que inicialmente no lo tuvo; probablemente, una adaptación ventajosa ocurrida durante los tiempos históricos.

ORIGEN DE LA GUARA

Como en tantos otros elementos de cultura material, con la *guara* también el inquietante problema de su origen se polariza en los extremos de *invención local* o *difusión*.

Lothrop dice que de la minuciosa descripción de Jorge Juan y Antonio de Ulloa se deduce "que la balsa de troncos o jangada era dirigida de una manera que no encuentra similar en otra parte del mundo, excepción hecha de la isla de Formosa, en Asia, frente a China continental, de la cual proceden modelos de balsas a vela, grandes, con tablonces de *quilla* o *guaras*... Estas piezas de Formosa son aparentemente homólogas de las americanas de Ecuador y el Perú...". Reacio a abusar de las fórmulas difusionistas, Lothrop, empero, no puede menos que inclinarse a esta solución para el problema del asombroso parecido de las piezas chinas y las piezas americanas. Manifiesta, velando un poco, con el recurso de una declaración indirecta pero nada ambigua, su adhesión a la hipótesis de un origen común: "Si no hubiera esta excepción [la de la isla de Formosa], *se podría atribuir la invención del tablón de quilla o guara a los nativos*

sudamericanos..."²⁵¹. Lo que, sin el velo de los temores ni los riesgos de una declaración audaz, quiere decir que *habiendo guaras en Formosa*, "homólogas de las de Ecuador y el Perú", éstas, las peruanas y ecuatorianas, *no pueden*, hasta tanto se pruebe lo contrario, *ser consideradas como invención local*.

Como se ha indicado en otra parte de este mismo capítulo, tanto las balsas asiáticas como las sudamericanas *tienen de común varios elementos o rasgos de la mayor importancia*: la forma y disposición de los troncos, el afinamiento de la proa con fines hidrodinámicos, el número impar de los maderos con el central sobresaliente y, sobre todo, "el uso de la quilla para evitar el movimiento a la deriva cuando se navega ante el viento y de bolina"²⁵².

Ya se han mencionado, también, en otra parte, los estudios de Shun-sheng Ling, publicados en 1956 por el Boletín del Instituto de Etnología de la Academia Sínica, de Nanking, que describen las balsas de Formosa de antes de la era cristiana. Componíanse estas balsas de *once varas de bambú*, gruesas, mástil para vela, y *unas tablas entre las cañas de bambú colocadas verticalmente*, que se hundían en el agua *para dirigir la navegación*. Recogiendo estos datos de subido valor para la tesis difusionista, Estrada dice que la semejanza entre las balsas chinas y las balsas de la costa de Manabí resulta *verdaderamente extraordinaria*.

De hecho, sin embargo no puede pensarse en un origen común —como advierte Edwards— porque falta conocer, en detalle, el sistema de utilización de las quillas de Formosa. Pero, el camino a la investigación está abierto: si se llega a descubrir similitud en la técnica de empleo de las quillas, la tesis difusionista tendrá a su favor un argumento convincente. Entonces, sí, se podrá considerar muy seriamente la *dispersión transpacífica* como fuerte contendora en el largo debate sobre el origen de la navegación prehispánica americana de la costa Oeste.

A favor de la tesis del origen asiático de la balsa velera sudamericana, está la cronología. Con seguridad se sabe que *balsas veleras en China hacían el tráfico marítimo en el siglo V antes de la era cristiana*. Las referencias leyendáricas van mucho más atrás: *treintitrés siglos antes de Cristo*, ya las balsas cubrían el movimiento de pasajeros y mercancías en el mar, sobre un amplio frente de la costa china; pero, no se sabe si esas balsas antiguas usaban la quilla como técnica básica de navegación.

LAS GUARAS ORNAMENTADAS DE ICA

Como los remos, las *guaras ornamentadas de Ica* constituyen también un problema para la Arqueología. Halladas en gran cantidad por W. Chr. Gretzel, entre los años 1871 y 1903, hoy forman parte de los fondos del Museo Dahlem, de Berlín.

Han sido acertadamente separadas, por determinados caracteres morfológicos, de los remos. Mientras éstos están constituidos por una pala o paleta, que representa menos de la mitad del instrumento, y un mango, palo o empuñadura, relativamente delgado, como para ser rodeado por la mano, las *guaras* carecen de este mango y en la forma se reducen a una plancha de madera o tablón de un extremo a otro, con asa o agarradera en la parte alta. Son, además, considerablemente más pesadas.

Durante mucho tiempo se dudó de su *verdadera finalidad*; de allí que recibieran diversos nombres: espadas, cetros, señales de rango o dignidad, palas para ceremonias agrícolas y, también, simplemente, *maderos o palos funerarios*.

Entrando a una descripción más cuidadosa —sobre lo cual ya se avanzó bastante al tratarse de los remos—, habrá de decirse que las *orzas o guaras* (por otro nombre, repetido tantas veces, *tablones de quilla*) se componen básicamente de una *plancha de madera*, delgada, que reúne casi las mismas particularidades de las palas de los remos. Esta plancha de madera, ancha y fina, tiene cierto parecido con una cuchilla porque su borde anterior, en comparación con el posterior, es más delgado, casi agudo. El conjunto, a diferencia de los remos, que son aproximadamente rectos, adopta en este instrumento la forma de un *sable turco o cimitarra*, es decir con una curva acusada.

La ornamentación es uno de los aspectos más importantes y distintivos de las *guaras de Ica*, habiendo sido a base de ella clasificado el rico material existente en el museo de Berlín por el tantas veces citado Dieter Eisleb. Señala éste que hay, en primer lugar, un tipo de orzas que remata en una faja transversal, sobre la que se distribuyen *figurillas escultóricas* muy finamente talladas, con delicadeza de verdadera filigrana. Entre el artístico travesaño y la pala propiamente dicha, está el *asa o agarradera*, que se reduce a un hueco en la tabla, grande, con trazo de semicírculo.

En algunas orzas, a la decoración arriba descrita se agrega una decoración secundaria en los bordes de la pala, que llega hasta muy cerca del travesaño ornamentado. Estas "cintas verticales" o bandas decoradas desarrollan motivos geométricos o figurativos, igualmente de fina talla.

Hay otro tipo de orzas cuyo travesaño "no cubre todo el ancho de la pala sino que termina en la mitad de dicho ancho,

quedando suspendido encima del asa-hueco, cuyo borde inferior cóncavo sube en un lado hasta llegar a un punto frente al término del fragmento del travesaño". También este tipo lleva figurillas de decoración, todas en bulto.

Finalmente, se da otro tipo, cuya característica es la pobreza de la decoración y el escaso pulimento de las distintas partes de la pieza, incluso de la pala.

Hay una gran similitud entre los motivos de la decoración de los *remos* y los motivos de la decoración de las *orzas* o *guaras*, en el material iqueño. "Las cabezas talladas de las orzas —comenta Horkheimer—, con sus bandas de filigrana y figurillas en bulto, compiten con las de los remos en técnica y fina concepción estética".

También se nota en algunas orzas *huellas de pintura*, como ya se ha tenido ocasión de indicarlo. Esta pintura intriga naturalmente a los especialistas porque, en verdad, no se concibe aplicación de pintura sobre la superficie de un instrumento cuyo destino es el agua. Bennett, justamente, se refiere a una orza con visibles restos de pintura que se conserva como una pieza de valor excepcional en el Museo de Historia Natural de Nueva York.

Teniendo en cuenta la calidad y finura de la decoración, Horkheimer considera dos clases de orzas: *utilitarias* y *ceremoniales*. Estas, con delicadas tallas y alguna pintura en sus lados, sin duda no fueron usadas en viajes rutinarios sino en "solemnes desfiles ceremoniales y representaciones en aguas tranquilas y siempre en ocasiones en las que los instrumentos tenían poco trabajo que rendir". Al respecto y como corroboración de lo expuesto, debe recordarse que en las principales ciudades marítimas del Perú antiguo eran frecuentes los *grandes festivales marítimos*, con la participación, como ocurría en Cañete, según relata el P. Acosta, de cientos y miles de indios pescadores, que salían a la mar en sus embarcaciones²⁵³.

Tocante al problema cronológico —que ya ha sido en parte abordado al tratarse de los *remos*, Bennett, hace un momento citado, consideró la orza pintada que se conserva en el Museo de Historia Natural de Nueva York, como del período *Tiahuanaco de la Costa*. Pezzia asigna a los *remos*, como ya se dijo, *ocho siglos* de antigüedad. Los ubica en el *Intermedio Tardío*, época del desarrollo de la *cultura Ica-Chincha*, post-Huari-Tiahuanaco. Pero, otros autores, basándose sobre todo en consideraciones de orden estilístico, se inclinan por el *carácter incaico* de todo el material náutico (*orzas* y *remos*). Tanto en los *maderos tallados*, procedentes de Ica, como en la decoración del palacio de *Tambo Colorado*, en el valle de Pisco, cerca de la localidad de Humay, hay un elemento ornamental geométrico que

revela parentesco y que se manifiesta de modo constante. Se trata —explica Horkheimer— “de un *triángulo de lados escalonados*, de cuyo vértice salen arcos a la derecha y a la izquierda”.

Coincidiendo con Pezzia, el mismo Horkheimer cree que algunas piezas, no incaicas, sin el signo escalonado arriba aludido, pueden pertenecer al *Intermedio Tardío*. Se basa en la existencia de “dibujos de orzas no decoradas” que aparecen “sobre cántaros del estilo Ica”. “De esta manera —dice— disponemos de un dato seguro en pro del uso de las orzas, de los remos estilísticamente vinculados con ellas y de las balsas de madera, hipotéticamente postuladas, en el *período Ica*”²⁵⁴.

Finalmente, recogiendo los datos de otros colegas, Horkheimer propone para el comienzo de la utilización de las *guaras*, en la costa del *Sur chico* (Ica), el período ya sugerido por Bennett llamado *Tiahuanaco de la Costa*. El uso de los remos tallados y *guaras* (u orzas) también talladas, se habría extendido después, durante el florecimiento de la cultura Ica-Chincha, y alcanzado su culminación, tanto técnica como artística, en el *período incaico*, que fue relativamente breve en la Costa. Heyerdahl cree, también, que la *guara* se usó desde los tiempos preincaicos, por cuanto la existencia de este instrumento sólo se explica por el uso de la vela en las balsas, y es un hecho —subraya— que la vela data de antes de la dominación imperial²⁵⁵.

LA EFICACIA DE LAS GUARAS, PROBADA

Durante el viaje de la balsa *Kon Tiki*, Heyerdahl y sus compañeros hicieron experimentos con *guaras* de seis pies de largo por dos de ancho, hechas según el dictado de los navegantes Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Introducidas entre los troncos de la plataforma, estas *guaras*, perfectamente aseguradas tanto a proa como a popa, permitieron “navegar casi en ángulo recto del viento”. Además, bajándolas o subiéndolas, “se vio que se podía dirigir la embarcación sin utilizar el remo de timón”. El resultado de las pruebas superó las expectativas y viose que el tablón de quilla era un instrumento náutico de extraordinaria eficacia.

Heyerdahl, empero, no quedó plenamente satisfecho con estas pruebas. Buscó otra oportunidad, al término de su sensacional travesía del Callao a las Tuamotú, para ensayar nuevamente el uso de las *guaras*, y esta oportunidad la encontró en el Ecuador, en 1953, en compañía de Emilio Estrada. Este, en su libro sobre los huancavilcas, varias veces citado, reseña la importante y decisiva experiencia. “Existía desacuerdo entre algunas autoridades —dice, remontándose a los antecedentes— acerca

del método de gobierno que constituía la característica más importante de las balsas... (es decir: el gobierno por medio de *orzas*). Este detalle, altamente importante, era el que permitía a los marinos aborígenes orzar, bordear, etc., lo que prueba que los antiguos habitantes podían ir o iban a donde ellos deseaban”.

“Este sistema —prosigue Estrada— era algo difícil de comprender” (por diferir tanto del moderno sistema del timón). “El alzar o bajar las quillas de proa o popa para gobernar era algo realmente duro de aceptar por los marinos modernos”.

Estrada recurre al testimonio de las personas mayores, que retienen en la memoria la imagen de los puertos por los años 20, tanto en el Perú como en el Ecuador. “Hasta 1920 —refiere a base de ese testimonio—, *todavía se usaban balsas oceánicas... Sechura había conservado el ahora perdido arte de navegar usando orzas y no timones*. El método era exactamente el descrito por los cronistas antiguos. *Las orzas o guaras eran usadas por los sechuras (en 1920)... Las balsas (llamadas también sechuras) navegaban arriba y abajo de las costas ecuatorianas y de Sechura, en cualquier momento, en cualquier día y en cualquier tiempo*”²⁵⁶.

Vino, entonces, la decisiva experiencia personal. Cuenta Estrada que, a pedido de Heyerdahl, que estaba muy interesado en despejar el enigma de las balsas de navegación contra el viento, mandó construir una balsa pequeña en la localidad de Playas, cerca de la costa del golfo de Guayaquil, al modelo exacto de las balsas antiguas descritas por los cronistas y viajeros de los siglos posteriores. El modelo principal, por más ilustrativo, fue el de Juan y Ulloa. La prueba se realizó en 1953 y tuvo el más feliz éxito, mayor que el esperado, aunque se confiaba, por el peso de las pruebas y la seriedad de los relatos, que la guara no podía defraudar. Su amparo histórico era muy grande. “*Ahora creemos —comenta Estrada— que la guara es aún más eficiente que el timón actual... ya que no hay resistencia del timón en ninguna posición, orzando, a la cuadra o en popa*”.

De la experiencia obtenida, se vio que el método de los antiguos indios de la costa consistía, básicamente, en “el desplazamiento del centro de resistencia lateral, *hacia adelante o atrás* del centro de esfuerzo de la vela, *girando así la embarcación en el sentido deseado* y haciendo lo considerado imposible en el día de hoy en arquitectura naval: el mantener siempre el balance perfecto que no requiere ningún timón y que elimina toda resistencia”.

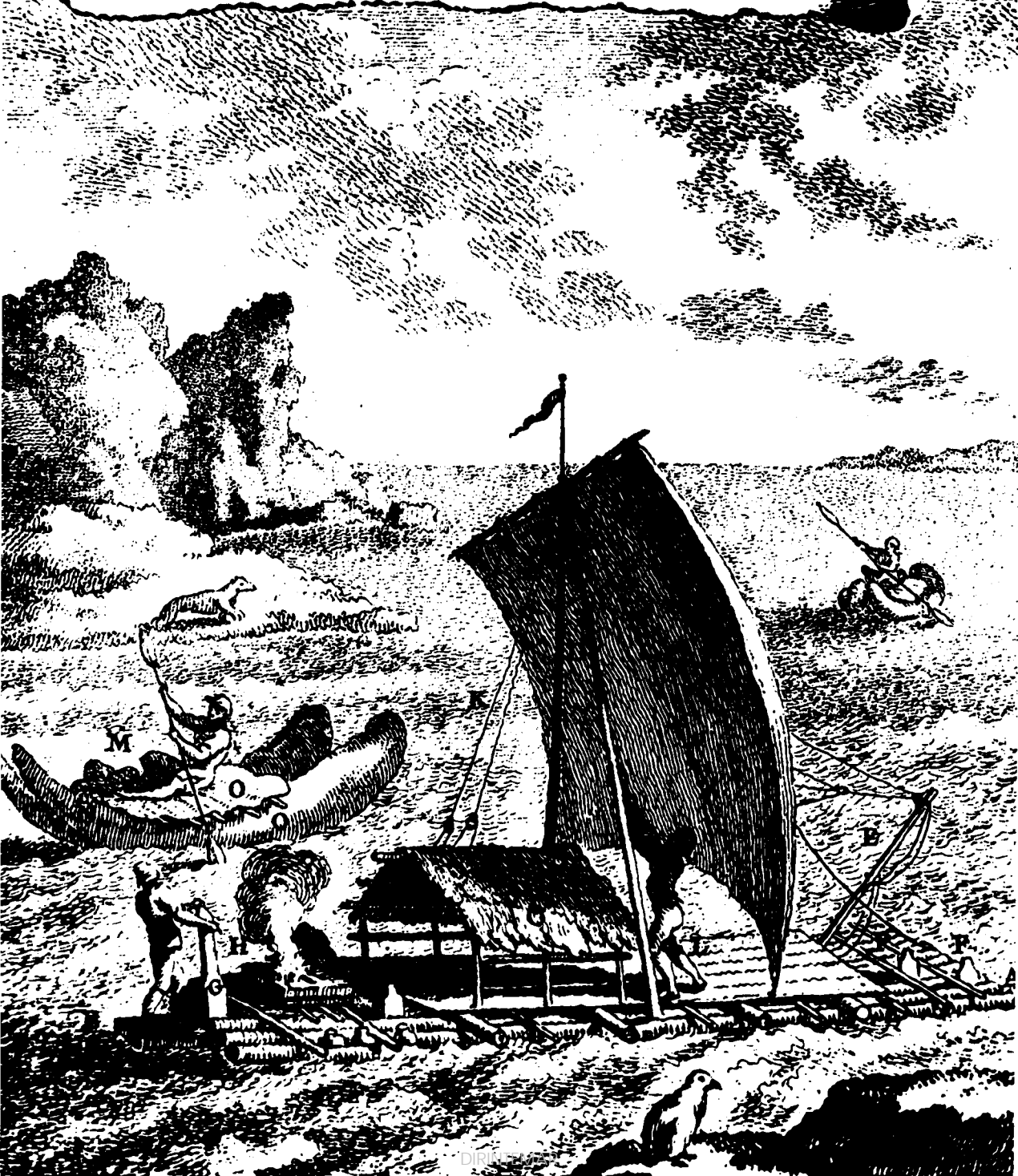
Con un instrumento tan eficaz para el gobierno de las balsas, los indios de la costa pudieron *dominar el mar* y aventurarse a largos y sostenidos viajes, unas veces con el viento de empopa-

BALSE, DANS TOUTES SES PROPORTIONS

A. *Proue*
B. *Poupe*
C. *Cabane*
D. *Mât*
E. *Bouline*
F. *Bigues*
G. *Gouvernail*

H. *Cuisine*
I. *Bouteilles*
d'aiguade.
K. *Haubans*
L. *Barbacoa* ou
Couvert.
M. *Balse de Peau*

de Loups Marins
remplie d'air.
N. *Trou pour l'enfler*
d'air.
O. *Traverses qui*
joignent les deux
moitiés.



De la *Histoire Générale des voyages ou Nouvelle Collection de toutes les relation de voyages par mer et par terre*, publicada en París, en 1756, es este dibujo que reproduce, mejorando algunos detalles, las láminas de Amadeo Francisco Frézier (*Relation du voyage de la Mer du Sud...*, París, 1732) y de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (*Relación histórica...*, Madrid, 1748) sobre las balsas de odres y las balsas de troncos de palo de balsa, respectivamente. En primer plano, balsa de troncos: A, proa. B, popa. C, cabaña. D, mástil bípodo. E, bolinero. F, tablonos de quilla ("guares"). G, remo-timón. H, cocina. I, botijas para el agua. K, obenques. L, barbacoa o cubierta protegida del agua. Más allá, dos representaciones de la balsa de odres o pellejos inflados, en las que el tripulante (uno solo) usa remos de doble pala.

da, otras de través; y pudieron —lo que antes no se creía— entrar y salir de puerto dentro de las mismas condiciones atmosféricas y de mar. Estrada, tras su experiencia con Heyerdahl, termina con estas palabras: "Con tales características, cualquier embarcación con *guaras* sobrepasaría a otra comparable con el timón normal. *Todo esto prueba que la civilización antigua en muchos aspectos era muy avanzada y que las culturas anteriores se extendieron por el mar como se sospechaba...*". Horkheimer, por su parte, comenta la exitosa prueba de 1953 diciendo que con ella se confirmó que *la guara u orza permite toda clase de maniobras para señalamiento del rumbo*".

"CABALLITOS" Y BALSAS DE TOTORA

Después de la balsa de troncos que, como se ha visto, dominó en la costa Norte y, presumiblemente, en la central del departamento de Ica —embarcación recia, de gran capacidad, muy marinera y con medios para navegar contra el viento—, la embarcación más importante en los tiempos prehispánicos fue la *balsa de totora*, nombre genérico dentro del cual se incluyó el popular y hasta la fecha mantenido *caballito*.

En base a la información de los cronistas y al testimonio, repetido y clarísimo, de la cerámica —especialmente, de la mochica—, se puede decir que los *caballitos* de ahora son lo mismos que los de hace dos mil años. Tanto el sistema de construcción como la forma de uso se han conservado en todos sus detalles. Razón tiene, por lo tanto, Edwards para decir que "resulta evidente que los *caballitos de totora* del Norte peruano se han mantenido virtualmente iguales en forma y construcción desde la antigüedad"²⁵⁷, no habiendo significado para ellos el transcurso de los siglos ningún cambio importante.

Seguramente, el cuadro que ofrecían hace mil quinientos o dos mil años, verticalmente colocados en las playas escurriendo el agua después de la jornada de pesca, era el mismo que ofrecen ahora, en las tardes doradas por el sol, en Huanchaco por ejemplo. Aurelio Miró Quesada los vio justamente allí, y al instante, sin ser arqueólogo, evocó los ejemplares en arcilla que se exhiben en los museos. De su paso por la encantadora playa norteña, el ilustre escritor hizo después una reseña que se lee con deleite:

"...Me dirijo hacia la playa. Es una playa amable, con un muelle pequeño y unas casas muy simpáticas. Sobre la arena se ven algunas aves, unas redes tendidas en que todavía saltan y brillan los pescados con su escama plateada, y junto a las barcas y los remos la linda galería de los *caballitos* de totora.

"Están allí exactamente iguales a los que vemos en los huacos, y guardando su línea quién sabe desde hace cuántos siglos. Su cuerpo es de totora bien prensada y unida con cordeles, que se levanta hacia adelante con cierto aire de esquiife; y tiene en la parte posterior un sitio hundido en que se colocan los pescados. Los caballitos son insubmersibles y se me dice que hay algunos que hacen en ellos viajes largos, a puertos tan distantes como el de Eten, por ejemplo.

"Por complacernos... dos muchachos se aprestan a salir. Se quitan los vestidos, guardando sólo una pequeña trusa, y se colocan un pañuelo blanco en la cabeza, amarrado en forma triangular. Luego, introducen el caballito en el agua y saltan sobre él, poniéndose de rodillas sobre los haces de totora.

"Los caballitos van cortando el agua. Avanzan con sus líneas de esquiife en un impulso fácil y un ritmo de gracia y de belleza...

"Los muchachos siguen navegando. Es hermoso contemplar los correr sobre las aguas, cruzar las olas y la espuma con la alegría de una fiesta pagana... A veces los caballitos se pierden enteramente tras las olas, y luego vuelven a aparecer como en un juego...

"Los muchachos regresan. En ese instante el Sol, que estaba algo encubierto, salta sobre ellos y los dora. Es bello verlos así, en esta hora fresca y dorada del crepúsculo, mientras los caballitos tiemblan como unos corceles que piafaran... Sobre los caballitos acrobáticos, con sus pañuelos blancos y sus torsos desnudos... parecen los jóvenes jinetes unos dioses del mar"²⁵⁸.

Los caballitos no fueron las únicas embarcaciones de totora, tipo balsa, que se usaron en la antigüedad. Los pueblos de la costa, en todo el ancho frente marítimo del país andino, construyeron también, para travesías breves, balsas de totora de gran tamaño, algunas con notables alardes de arquitectura, de las cuales se hablará más adelante. De estas grandes balsas de totora se tiene información por algunos huacos mochicas, que tienen, para este estudio, extraordinario valor documental.

Pero, de la gama de aparatos flotantes de totora, el caballito fue, evidentemente, el más extendido, popular y característico.

El nombre de *caballito*, puesto por los españoles de los primeros tiempos de la Conquista, les viene a estas balsitas por la posición "a horcajadas, con los pies colgando en el agua a ambos lados", que adoptan generalmente, aunque no siempre, quienes van en ellas²⁵⁹. Su tamaño varía, desde tres metros hasta cerca de cinco, como los modelos que R.E. Coker vio en Pacasmayo, en 1910, según cuenta Lothrop. Estos modelos tenían un ancho de sesenta centímetros en la base y se deslizaban sobre las olas con pasmosa facilidad.

Hechos de un material perecible, los caballitos no duran mucho; a lo más, en buen estado para la pesca lejos de la playa, entre un mes y seis semanas. Se acostumbra, para prolongar algo su existencia, pararlos en la playa al término de cada jornada de trabajo en el mar, para que escurran el agua y se sequen al sol. Secos, tienen un índice de flotabilidad asombroso. En el Sur, según refiere Edwards, alcanzan una duración, promedio, de hasta un año, porque se los somete periódicamente —cada mes o mes y medio— a la renovación completa de las capas exteriores, que se gastan o resquebrajan con el uso o se pudren por acción del agua del mar, manteniéndose sólo el corazón de haces prensados²⁶⁰.

La postura del tripulante —por lo común, ayer como hoy, un hombre que vive de la pesca— puede ser: o *a horcajadas*, como se ha dicho, con las piernas sueltas en el agua, a un lado y otro de la embarcación —que es la postura de quien *monta* un caballo—; o de *bruces* sobre la cubierta, entre el hueco donde guarda sus artificios de pesca y la cosecha que obtiene de la mar, y la parte en que los haces prensados de totora se empinan para formar la elegante y vistosa proa de esquife; o *de rodillas*, es decir, con las piernas dobladas y el tronco apoyado en los talones²⁶¹. Una cuarta forma anotó Raimondi: *sentado*, con las piernas dirigidas hacia adelante.

Los españoles que vieron las primeras balsillas de totora en las playas del Norte, bautizaron con el nombre de *canaletes* los remos primitivos pero muy prácticos y ligeros que usaban los indios para avanzar contra las olas. Eran de caña de Guayaquil, rajada ésta simplemente por la mitad, de largo bastante como para entrar en el agua y no exponer al boga al riesgo de perder el equilibrio. Los canaletes del Norte operaban comúnmente como *zagual de una sola pala* y, por consiguiente, la acción de usarlos exigía el cambio alternativo de las manos (forma ésta que no fue la única porque se sabe por la versión de Cobo que también los indios operaban el canalete como *zagual de doble pala*, modalidad que exoneraba del cambio continuo de manos). Más adelante se dará paso a los cronistas para que ellos mismos expliquen la técnica de los remeros de estas frágiles embarcaciones.

Si para la navegación oceánica, entendiéndolo por tal la *de altura*, la embarcación más importante —mejor dicho, la única— fue la *balsa de troncos*, para las *faenas de pesca* ninguna rivalizó con la *balsa de totora* y, específicamente, con el mentado y hasta hora sobreviviente, *caballito*. Yerra Lothrop al decir que “el principal vehículo para la navegación oceánica” fue la balsa de totora, porque este tipo de embarcación, por su escasa capacidad de carga —aun considerando la existencia de modelos

grandes, como los que aparecen pintados en algunos vasos mochicas, con numerosa tripulación y cántaros de agua en el *punte inferior*—, jamás pudo ser usado en el comercio interregional, como el que hubo con las provincias y tierras litorales del Norte (pasada la punta Santa Elena), ni tampoco en las largas travesías.

El *caballito* —y sus congéneres de totora más grandes, que por tanto tiempo se usaron, ya asentado el poder español en el Perú, según cuentan algunos testigos de los siglos XVI y XVII— fue una *embarcación esencialmente pesquera*, dedicada a todas las faenas relacionadas con el aprovechamiento de los productos del mar. Hoy, como ayer, sirve por igual en las aguas inmediatas a las playas y en la lejanía de “varias millas mar afuera”, donde la Corriente Peruana se manifiesta en toda su riqueza biológica; sirve tanto para la pesca de anzuelo como para la pesca de red; opera tan eficaz cerca de la costa, por las rompientes, con “redes circulares de malla pequeña” (atarrayas) como en las aguas profundas donde los pescadores arrojan “largas cuerdas de arrastre de cien o más anzuelos”. Más todavía: se desempeña como ninguna embarcación moderna en la pesca de peces de superficie, tampoco ninguna embarcación moderna le gana en aptitud para colocar trampas de fondo para los cangrejos; y en él confía ciegamente el *cholo* norteño cuando se aventura a salir lejos en procura de tortugas, en una caza peligrosa. Grandes redes, de tipo *chinchorro*, de “varios centenares de pies de longitud”, muy pesadas y voluminosas, son tendidas de la mejor manera desde la ligera pero irremplazable embarcación nativa.

La pesca antiguamente —quizá desde el precerámico y en forma intensiva durante la edad mochica—, fue con *caballitos de totora*. “¿Cómo se pescaba?” —se pregunta Kosok, y da la respuesta: “Indudablemente, en la misma forma como se sigue pescando en Huanchaco y otras comunidades costeñas, es decir, mediante *caballitos de totora*... endebles embarcaciones de haces de cañas que crecen en los pantanos.... *Estos caballitos son similares a los que se ven en la actualidad en el Lago Titicaca*” (similares —aclaramos— en técnica y material de construcción mas no en la forma). “Los caballitos de totora son tripulados por una o dos personas y se apartan máximo unas cuantas millas de la costa. Pero, esto basta porque la Corriente de Humboldt, cargada de peces, va muy junto a la costa... Los diseños de los huacos de la época *Mochica temprano* muestran embarcaciones similares, lo cual da la pauta para determinar la antigüedad de su origen. Más aún: algunos diseños muestran los caballitos con complicados *adornos reales*, lo que significa, probablemente, que eran embarcaciones usadas tanto por los gobernantes como por el pueblo”²⁶².

Una cierta forma de vida trashumante, de la cual dejó noticia el viajero inglés W.B. Stevenson en 1829, practicaban los indios pescadores de la costa Norte, probable supervivencia de una costumbre inmemorial. Los pescadores de la época de Stevenson cargaban en un burro su *caballito de totora*, la red y otros artificios de pesca, y aun materiales para levantar la casa, y se echaban impávidamente a recorrer la costa en busca de buenos mares. Eran, pues, pescadores nómadas, que no se afincaban en ninguna parte: perpetuos caminantes de los valles y desiertos, en busca de los dones del mar. Quizá en la antigüedad, sin animales de carga, los indios observaran igual conducta poniéndose al hombro, por grupos, los trebejos de pesca para lo mismo. Edwards, sin embargo, se inclina por creer que la pesca trashumante fue un sistema de trabajo traído por los españoles y que prosperó aquí gracias a la facilidad de los animales de carga, entre ellos el humilde, esforzado y universal burro, *piajeno* del Norte.

En el siglo pasado, el gran hombre de ciencia alemán (médico de profesión) e incansable viajero, que ha dejado monumentales estudios sobre las lenguas aborígenes, Ernesto Middendorf, escribió sobre los *caballitos*, destacando el hecho ya anotado de que, los en uso entonces (fines de la decimonona centuria), no eran sino reproducción, en todos sus aspectos, de los antiguos, usados por los pescadores mochicas y chimúes en gran escala y recogidos por el artista remoto en los maravillosos vasos de Chicama y Moche. No hay informes directos —dijo— sobre cómo eran pero “es de presumir que se parecían a los que sirven aún en estos días a los nativos de esa región...”²⁶³. Observó que los pescadores iban *sentados* (a horcajadas) o *arrodillados*, apoyando el tronco en los talones, con las puntas de los pies dirigidas hacia adentro, para comodidad y adaptación del empeine, y que la conducción de la balsilla, con los zaguales de caña o *canaletes*, era un espectáculo digno de verse. Anotó, como buen observador, acostumbrado a las rarezas del mundo natural, que “la gran capacidad de carga de estas pequeñas balsas de totora” se debía “al aire encerrado entre los nudos de la paja”. Finalmente, se refirió a la posibilidad de haber existido en la antigüedad, *grandes balsas compuestas*, dobles o triples, capaces de transportar gran número de personas o pesadas cargas y efectuar largas travesías. El acoplamiento de varios caballitos —postuló el sabio— puede dar por resultado una gran balsa, de notable capacidad, “como las que se observan en el lago Titicaca”; significando con ello que los pueblos pescadores de la costa Norte quizá, conjuntamente con la *balsa de troncos*, emplearon estas supuestas construcciones de totora para travesías oceánicas. Concretamente, Middendorf sugirió que la gran expansión chimú debió efectuarse en este tipo de embarcaciones.

CONSTRUCCION DE LOS "CABALLITOS"

En su viaje al Norte, de 1859, Raimondi estudió el *junco* —planta acuática— que crece en los puquiales de los alrededores de Moche. Acucioso, el sabio anotó que "los *juncos* son empleados para construir una especie de botecitos, conocidos en esta parte de la costa con el nombre de *caballitos*, utilizados por los pescadores". Y agregó esta descripción: "Los *caballitos* están formados por *cuatro haces de juncos*, cortados en una extremidad y adelgazados en punta en la otra; dos de estos haces son inferiores y tienen la longitud del caballito, y los otros dos superiores están sujetos lateralmente a los primeros. Estos son más cortos y dejan, por consiguiente, como una cavidad en la que los pescadores colocan el resultado de su pesca.

"Estos haces están amarrados con sogas y tienen una punta que sirve de proa, la que es arqueada hacia arriba para que corte el agua con más facilidad. *Un solo hombre monta sobre esta frágil embarcación*, situándose en la parte media y dejando atrás la cavidad que contiene el pescado. La posición que adopta el hombre montado puede ser: *sentado* con las piernas dirigidas hacia adelante o, también, *arrodillado*; en los pasos difíciles o cuando el mar se halla muy agitado, baja las piernas y se pone *a horcajadas*, por lo que se le da el nombre de *caballitos* a esta especie de bote.

"El pescador maneja su embarcación por medio de un *doble remo*, que toma con las manos en su parte media y maniobra remando a derecha e izquierda, alternativamente.

"Esta clase de embarcación tan original *dura sólo un mes*, por que poco a poco el junco se embebe de agua y gradualmente va haciéndose más pesado. A veces los deshacen para volverlos a rehacer cuando la paja se seca un poco..."²⁸⁴.

Para su importante monografía sobre la construcción naval aborigen que publicó la Universidad de California y que en muchas partes nos informa, Clinton R. Edwards presenció en la playa Santa Rosa, de Lambayeque, la construcción de un *caballito de totora*, en todo su proceso. La reseña de lo observado es la siguiente:

"...Las balsas se componen de *dos haces* principales de *totora*, cada uno de los cuales es de dos partes. Tallos de seis a ocho pies de largo son reunidos primero en un haz de, aproximadamente, un pie de diámetro. Corriendo cuidadosamente hacia adelante algunos tallos... se prolonga la extensión del haz hasta unos doce pies, y se adelgaza la punta de la proa. Atando el haz con una cuerda ligera, a la vez que golpeando y comprimiendo los tallos, el constructor reduce el diámetro en una ter-

cera parte. Sobre este *corazón* se colocan tallos adicionales que le dan al haz un diámetro final de unas quince pulgadas.

"Otro atado más corto, adelgazado en la punta, se coloca a un lado, extendiéndose de la proa a unos dos o tres pies antes de la popa. Entonces, comenzando por la popa, el constructor da numerosas vueltas en forma de espiral con una cuerda gruesa y resistente, asegurando *la capa exterior de tallos y el haz lateral* para que queden bien fijos al *corazón*.

"Hecho esto, un hombre sujeta la proa (a la altura de sus hombros) mientras otro pone todo su peso sobre el atado, a unos cuantos pies atrás, *dando así al extremo delantero una pronunciada curva hacia arriba*. Luego, se amarra más fuertemente la cuerda alrededor del cono de totora.

"Este proceso se repite varias veces hasta que el haz se pone completamente tieso y *la sección curva de adelante conserva su forma*. Los extremos desiguales de los juncos de totora que sobresalen (en la popa) son recortados, y *el haz queda listo para ser unido con el otro de idéntica construcción*.

"Uniendo los dos haces, se forma la característica *cabina del piloto* (que es un simple ensanchamiento) cuando se unen las popas que tienen un diámetro menor al de las secciones centrales. A medida que se ata la unión, trabajando de atrás hacia adelante, se ajusta cuidadosamente la forma de esta *cabina* a fin de evitar que se formen brechas en el fondo.

"Las *proas adelgazadas* se unen en forma gradual y se ajusta nuevamente la *curva hacia arriba*. Se da unas cuantas vueltas finales de cuerda alrededor de la proa, se hace el amarre terminal y el caballito está listo para ser usado"²⁶⁵.

En su básico estudio sobre la navegación aborígen, Lothrop había destacado anteriormente que en la construcción de los *caballitos de totora* se podían distinguir cuatro etapas bien marcadas: la *primera*, la formación del *corazón*, que es el alma de la embarcación, núcleo de los haces o conos de junco; la *segunda*, el agregado al núcleo o corazón de las cañas delgadas que acrecientan el diámetro del atado; la *tercera*, el levantamiento de la proa, mediante un ingenioso y fuerte amarre en espiral; y, *cuarta*, la unión de los dos haces, manteniendo la proa arrugada, a manera de gallardo esquife, apretando la popa y dejando considerablemente ensanchada la parte central, a manera de *cabina* o, mejor, de cubierta, para comodidad del tripulante.

"La razón por la cual —dice Lothrop— se fabrica el haz de totora en *capas sucesivas*, radica en que la parte exterior, estando expuesta tanto al agua como al sol, se pudre con mayor rapidez que la parte interior, y también se desgasta más. El sistema de construcción empleado hace posible *renovar el exterior* sin tener que hacer un haz completamente nuevo"²⁶⁶.

Mediante el corte apropiado de los juncos, la construcción termina con la apertura del depósito para los artificios de pesca (anzuelos, cordeles y cebo) y para el pescado que se obtiene de la faena en el mar. Se trata, simplemente, de una pequeña cavidad, por lo general cuadrada o rectangular, en la parte trasera de la embarcación. Delante de ella se instala el tripulante, adoptando, según los casos, una de las posturas anteriormente descritas.

Como se ha visto, en la construcción del *caballito* entran dos haces o conos de totora, que al final se juntan mediante recia ligadura. La juntura central, incluso, es aprovechada convenientemente para la apertura del pequeño depósito acabado de indicar. Pero, en el Sur —sobre todo, en las playas de Cañete (Cerro Azul) y Chincha—, los *caballitos* no son como los descritos, de dos haces, sino de *tres*. En el fondo, el proceso de construcción es el mismo que en el Norte. Se forman *atados* largos de totora; del primer material reunido y fuertemente compacto, se hacen los *corazones*, igual que en el Norte, pero quizá más rígidos y comprimidos; sobre los corazones se agregan, sucesivamente, dos capas de totora, a las que no se da la tiesura de los núcleos; el extremo delantero, que va a constituir la proa del esquife, pronunciadamente se levanta; por último, *de tres de estos haces*, se forma una balsa, empleándose fuertes cuerdas en el amarre de las partes.

El *caballito* del Sur no tiene la esbeltez ni la gallardía de líneas del arrufado esquife de las playas de Huanchaco y otras partes del Norte. Es de apariencia tosca. Semeja —como anota Edwards— una balsa de troncos de tres palos, en la que el extremo delantero se hubiera ligeramente arqueado para permitir una más fácil navegación. Fundamentalmente, se diferencia del *caballito* del Norte —además del número de haces— en que no termina en punta, perdiendo gracia, y carece en la parte central del ensanchamiento que da seguridad y comodidad al tripulante. Porque, ese es uno de los rasgos típicos de la embarcación de Huanchaco: “la proa delgada y curvada hacia arriba, formando punta”¹²⁶⁷.

Para terminar esta parte, he aquí una semblanza del *caballito* de Huanchaco, pintada con emoción por Arturo Jiménez Borja:

“Verde es el color de la totora recién cortada... los tallos son gruesos en la base, mas poco a poco se afinan...

“Cuando los tallos están ya secos, son muy frágiles... Para hacerlos manejables se los tiene en remojo... El pescador coge tallos de dos tamaños... los suma en un solo atado de modo que en un lado quedan los tallos mayores y en otro los pequeños.

“Como el *caballito* de totora es nave ligera y de proa afilada y graciosa, el pescador indio comienza amarrando las puntas fle-

xibles de los tallos con una soguilla muy fina y muy firme. Sostiene el tercio entre las piernas y a medida que trenza, intencionalmente va curvando las totoras para que el esqui se adquiera su curva aguzada y gallarda. En su tarea usa soguillas de grosores diferentes, según trabaje sobre la proa o popa de la nave.

"Dos cuerpos tiene el caballito de modo que el artista confecciona dos *tercios* iguales entre sí y luego los reúne. Al unirlos hace de modo que al centro queden las totoras de menor tamaño y hacia afuera las grandes. En su labor utiliza esta vez una cuerda mucho más sólida. Comienza uniendo las puntas de los *cuerpos* del caballito y a medida que los amarra los golpea con las manos, de modo que no pierda la nave la gracia combada de su *pecho* de proa. Como en la confección de los *tercios* se utilizó totoras de tamaños desiguales, al unirlos queda hacia atrás, entre tercio y tercio, un gran claro. El pescador ajusta fuertemente uno y otro extremo y una vez realizado esto ha logrado dos efectos: primero, el centro de la nave es mucho más grueso que la popa, pues tiene mayor número de tallos, y segundo, hacia popa, al ajustar los extremos, ha quedado una concavidad o *caja* que sirve al nauta para guardar sus alimentos y aparejos de pesca. Terminada la labor, recorta en la punta de proa y popa las totoras que han quedado desiguales y la nave queda, dura y dorada, sobre la arena de la playa.

"Al salir de pesca, amarra el boga indio con todo cuidado en la caja sus útiles y alimentos. Al centro lleva generalmente sus cordeles para pescar.

"Vasos y pictografías nos informan sobre los caballitos de totora. *Su anatomía no ha variado nada* y hoy los vemos surcar el agua con la misma gracia con que hace cientos de años rompían las olas del litoral mochica. La única diferencia que se advierte mirando los grabados, son las cabezas de animal con que el dibujante remata los extremos de la nave"²⁶⁸.

EL MATERIAL DE CONSTRUCCION, LA TOTORA

Describiendo la naturaleza de la Costa, Cobo hace la siguiente referencia:

"Lo que de este valle cae apartado de la mar, que es lo más alto del, es de suelo y terruño muy seco... Mas, hacia la costa de la mar... conserva todo el año mucha humedad, y gramadales en que se apacienta gran cantidad de ganado, y el agua de los pozos está muy somera por aquella parte...; y en partes es con tanta abundancia esta humedad que se hacen *ciénagas* y *lagunas*, que son bien provechosas así para los ganados como porque *crian grandes juncales y carrizales*, de que se hacen las

esteras con que se cubren las casas humildes, y *los indios pescadores hacen sus balsas y embarcaciones*²⁶⁹.

Desde tiempo inmemorial, los indios de la Costa, y también los de la Sierra establecidos a la orilla o cerca de las lagunas, usaron los juncos de la vegetación silvestre para diversas confecciones, especialmente esteras y petates y otros tejidos gruesos destinados al uso doméstico. Los indios de la Costa dedicaron las cañas mejor desarrolladas a la construcción de sus embarcaciones.

Fama tuvieron en el Perú de los Incas los inmensos totorales de las riberas pantanosas del lago Titicaca. De ellos sacaron los indios la materia prima para la construcción de las *balsas de totora*, con vela cuadrada, que recorrían la inmensa superficie de una orilla a otra, unas veces en travesías de pesca, otras con fines ceremoniales. "Se cría en la ribera de la laguna Titicaca —está en Garcilaso— *grandísima cantidad de junca y de espadaña*, que por otro nombre llaman *enea*..."²⁷⁰. La tradición de las balsas la mantienen hasta nuestros días los indios *uros*, que son los nautas del lago navegable más alto del mundo.

Totora o *tutura* es la palabra aborigen para designar las cañas o juncos que los españoles llamaban *enea* o *espadaña*²⁷¹. En la Sierra se llamaba a la totora *matara*. En general, "la *totora* y la *matara* son variedades de la *enea* que crecen a las orillas del mar, los ríos y las lagunas o lugares pantanosos, dando lugar a una profusa utilización, desde el tallo que es comestible, hasta la *construcción de balsas*"²⁷².

Los testimonios arqueológicos alejan el uso de la totora a no menos de seis mil años. Para dormir y abrigarse, el Hombre de Chilca usaba "amplias esteras de junco" hechas por la técnica del entrelazado, técnica antiquísima, que, en general, desapareció con la invención de la cerámica, hecho concomitante con la aparición del verdadero telar²⁷³. Cinco mil años atrás, en plena edad precerámica, se hallaban generalizadas en toda la Costa, especialmente entre las estaciones ribereñas, la *huara* y algunas piezas de vestido, hechas de "finas telas entrelazadas de *junco* y cacto..."²⁷⁴. Pero, el apogeo, por el mayor uso, de las plantas emparentadas entre sí del *totoral costeño*, llegó con la edad mochica. Los mochicas contaron con "numerosas lagunas cerca del mar, que aún subsisten y en cuyas orillas crecían grandes cantidades de *eneas* y *juncos*, utilizando las primeras para la construcción de los *caballitos*... y los segundos en la manufactura de petacas, pequeñas cajas y esteras..."²⁷⁵.

El *totoral* de la Costa corresponde a la formación florística que los botánicos llaman *monte ribereño de río*, en la que se dan muchas variedades de *cañas*. Se explica esta formación por

la humedad, porque la totora y sus parientes son plantas semi-acuáticas. Prospera el *monte ribereño* por las filtraciones, las cuales salen a la superficie en forma de grandes charcos o pantanos. Ese medio es el paraíso de la totora²⁷⁶.

Lo ha descrito con delicadeza Jiménez Borja: "El totoral... se halla situado en la linde del valle; más allá comienzan a ondular los arenales. El agua que filtra el río... aflora en las tierras bajas junto al mar, formando charcas y quietas lagunas. Las plantas acuáticas cubren en gran parte la superficie del charco... En las márgenes de las lagunas el viento mece las totoras. Hay varias clases: la *enea* o *Typha domingensis* es esbelta, sus hojas son lanceoladas y en la punta del tallo florece una espiga morena. La *corta corta* o *Cladium mariscus*, tiene hojas ásperas y filudas. La *tatora* o *Scirpus riparius* es la más bella de todas, flexible y armoniosa; la base del tallo es ancha, después se adelgaza y en la punta baila un fleco de flores"²⁷⁷.

Además del sabio Weberbauer, dos especialistas en etnobotánica, Eugenio Yacovleff y Fortunato L. Herrera, en un magistral estudio titulado *El mundo vegetal de los antiguos peruanos*, estudiaron la *formación florística del totoral*, en la que se dan varias especies de las familias *Typhaceae*, *Cyperaceae* y *Juncaceae*. El género dominante es el de los *juncos*.

Según los autores antes citados, la *tatora propiamente dicha* es la *Typha domingensis*, llamada por los españoles *enea* o *espadaña*, propia de la Costa. En el estudio arriba aludido, se lee: "Crece en abundancia en los lugares inundados de la Costa y también en algunos lagos de la Sierra... *Sus tallos servían para la confección de los llamados caballitos de totora* —la embarcación más primitiva— *y de las balsas de totora*..."²⁷⁸. La *tatora Typha* —agregan Yacovleff y Herrera— se usaba, igualmente, para esteras, petates, canastas de diferentes tamaños, cordeles trenzados, abanicos con mangos y para enfardelar o embalar cadáveres, *de todo lo cual* —subrayan— *dan buena cuenta las tumbas de Paracas* (de quinientos años antes de la era cristiana).

La *tatora del Titicaca* (*mirme* en quechua y *matara* en aimara) es la *Scirpus riparius*, planta igualmente lacustre, de "largas hojas lanceoladas, ligeramente triangulares, y de tallo que alcanza dos y tres metros de alto". Desde la antigüedad, sus tallos y hojas se emplean para hacer *balsas* y techados de las viviendas.

De los totorales de la Costa, finalmente, el hombre primitivo no sólo obtuvo las fibras que necesitaba para la confección de sus tejidos, como se ha indicado anteriormente, sino también los tallos suculentos para su alimentación cuando escaseaban los productos del mar, preferidos. Por el examen del contenido estomacal de los cadáveres milenarios de la Costa, correspondientes a la *era primordial* o *lítica*, se sabe que la alimentación

del hombre de hace cinco, seis o siete mil años estaba basada en los productos de la *pesca* y de la *caza*, pero que algunos vegetales silvestres cumplían “un papel adicional”, contándose entre estos el *junco* y la *tatora*, en sus variedades²⁷⁹. Posteriormente, durante el precerámico de Huaca Prieta —lo que sabemos por los fundamentales estudios de Bird—, el *junco* “sirvió frecuentemente de alimento” a los pobladores de la región, seguramente cuando escaseaban el pescado y el marisco, bases de la alimentación de entonces.

ORIGEN

Dos hechos complican el problema del origen de la balsa de totora, enea o junco: su *gran antigüedad*, de embarcación probablemente paleolítica, antecesora de la balsa de troncos y, por consiguiente, de todo otro tipo de vehículo flotante; y su *vasta distribución en la esfera mundial*.

Plenamente probado está que, en casi todas partes, la balsa de totora, o del material similar que fuese, *precede a las barcas de madera, de cualquier tipo*. Por consiguiente, desde el punto de vista de la navegación aborigen americana —como observa Edwards—, puede suponerse con fundamento sólido que las balsas de totora en el Viejo Mundo fueron usadas mucho antes que “el hombre extendiera su vida costea al Nuevo Mundo”²⁸⁰. “Vistas de esta manera —agrega el mismo autor—, las balsas de totora del Nuevo Mundo simplemente *representan variaciones sobre un tema antiquísimo*”.

¿La balsa de totora americana deriva, entonces, por un proceso de difusión, también muy remoto, de la balsa de junco o espadaña de Asia, por ejemplo?

El *difusionismo* ofrece una buena fórmula de solución para este problema; por lo menos, una fórmula que no debe ser descartada. Así, ante el *enorme cúmulo de semejanzas*, tanto formales como técnicas, que la Etnología —con buen ojo y sin prejuicios— ha reunido en los últimos tiempos, conviene, *antes de pensar en desarrollos independientes*, atender al llamado de la hipótesis sobre el *origen común* y el *parentesco por difusión*.

Los datos reunidos extienden sobre el mundo el área de distribución de la balsa de totora. Comenzando por América: en los lagos mexicanos Chapala y Tlaxcala, y en Nayarit, los nativos de antes de la llegada de los españoles, según refieren los cronistas más puntuales, usaban balsas de este tipo para la pesca y el comercio incipiente. Informes de Morelos, Guerrero y México mismo, dan cuenta, también, del uso moderno de la balsa de juncos por los indios. La navegación entre los mayas,

finalmente, proporciona bases muy valiosas para insistir en el tema. En todos los casos —puntualiza Edwards—, las semejanzas entre las embarcaciones mexicanas y las peruanas son saltantes y *hablan a favor de un proceso de difusión*, si no directo, por lo menos determinante de *fuertes vínculos de parentesco*.

Las similitudes con el Viejo Mundo también son notables y orientan el pensamiento en el mismo sentido. En este campo, la Arqueología y la Etnología se dan la mano para, queriéndolo o no, fundamentar la tesis difusionista. La primera, por ejemplo —no con restos de balsas porque jamás han sido encontrados ni se espera encontrarlos, sino con dibujos representativos en la cerámica—, revela que este tipo de embarcación, en la aurora de la historia, aparece extendido a todos los pueblos del valle del Nilo, desde el delta hasta las cataratas, y también a los pueblos, no menos inclinados a la navegación, de Asiria y orillas de los ríos mesopotámicos. En cuanto a la Etnología, ella es aún más elocuente porque enseña que la balsa de totora es un tipo de embarcación común a infinidad de pueblos de Asia, Australia, Tasmania e islas de Oceanía. En la isla de Pascua —por citar un ejemplo de la propia cosecha del autor—, los nativos usan en las pequeñas lagunas volcánicas de las que se abastecen de agua, unos atados de paja que, técnica y formalmente, en nada se diferencian de los gallardos y esbeltos caballitos de totora de la playa de Huanchaco; tienen hasta ligeramente arrufada la proa, a manera de esquife, y el sistema de ligaduras mediante amarre en espiral, es el mismo que usan los *cholos* pescadores en el Norte del Perú.

Es numeroso el grupo de arqueólogos y etnólogos que ha intervenido en la busca de rastros de balsas de totora en el Pacífico. Como el escenario es inmenso y la variedad de pueblos que lo ocupan, igualmente muy grande, el trabajo ha sido largo y fatigoso, pero los resultados asombrosos. Edwards —quien ha hecho la más completa recopilación al respecto— cita, por ejemplo, a Shinji Nishimura, con medulares trabajos desde hace treinta años, casi exclusivamente sobre balsas de totora; a Hans Suder, empeñado en un vasto programa desde hace cuarenta años; a H. H. Brindley, autor de un estudio sobre las balsas del Titicaca que data de 1931; y a James Hornell y A. C. Haddon, que tienen importantes estudios sobre la navegación primitiva en Oceanía²⁸¹.

De otras regiones del mundo, las informaciones, tanto de la Arqueología como de la Etnología, no son menos copiosas y, para la tesis difusionista, no menos reveladoras. Se conocen, así, por Sven Hedin, balsas de totora entre Irán y Afganistán, en el corazón de Asia, que *"muestran la proa y la popa adelgazadas y ligeramente dobladas hacia arriba"*, como en las gran-

des balsas de totora que aparecen pintadas en los vasos mochicas de los primeros siglos de nuestra era. Algunos modelos asiáticos "tienen pequeñas proas verticales", del mismo material que compone el cuerpo del aparato flotante. Este material —parece, usado desde tiempo inmemorial—, es la totora *Typha augustata*, una variedad de parentesco cercano a la que crece en los charcos y pantanos ribereños de los ríos en la costa Norte.

Tanto en los pantanos del Norte de Israel como en las tierras bajas de Mesopotamia, entre los ríos Eufrates y Tigris, las gentes de hace miles de años fabricaban *balsas de haces de totora* para dedicarse a la pesca y a la caza. Estas mismas balsas aparecen representadas en los relieves de la antigua Nínive.

No lejos, en Kuwait, Arabia, las balsas de este tipo se siguen usando y los intentos por reemplazarlas por botes modernos, han fracasado.

En Africa, la distribución es amplia también. Comprende: Alto Nilo, cuenca del Tchad y costas de Marruecos, principalmente. En todos los lugares, la proa aparece afilada y levantada, y la popa cortada: modelos idénticos a los del Perú. El tipo particular del lago Titicaca —que describiremos más adelante, aunque escape a los límites propios de este estudio—, aparece, igualmente, en varios sitios del continente negro, "con similitudes sorprendentes en su forma".

Más imitador que inventor, el hombre probablemente inventó la *balsa de totora* en un lugar determinado y pronto la *idea* —no necesariamente el objeto— se propagó. Así fue, sin duda, en el Viejo Mundo. Puede pensarse en un descubrimiento simultáneo o independiente en varios puntos de la propiedad que tienen ciertos cuerpos de flotar, propiedad que llega al extremo de permitir que un hombre cabalgue o se apoye sobre el objeto sin que éste se hunda. Pero, mientras este descubrimiento puede haberse dado —repetimos—, simultánea o independientemente, en varios lugares del globo —lo que, en Etnología, se llama *invención paralela*—, en cambio, *la forma y la técnica de las balsas de totora ya sugieren un origen común*. Esta posibilidad puede considerarse distante pero *en ningún caso inaceptable*. Por lo menos, como se dijo al comienzo, es una posibilidad que debe, por honestidad de la investigación científica, ser tenida en cuenta, con la misma deferencia con que se acogen los postulados anti-difusionistas. Que un proceso de difusión así, parezca *imposible*, no debe pesar en la apreciación general del problema porque la palabra *imposible*, como dicen los destacados arqueólogos norteamericanos Clifford Evans y Betty Meggers —sostenedores del origen japonés de la cerámica de Valdivia, la más antigua de América—, *no tiene cabida en una discusión científica*. Ellos agregan: la Arqueología y la Etnología

trabajan con *hechos*, no con parecer ni puntos de vista subjetivos; rechazan sobre todo los prejuicios. Las hipótesis se rebaten con *hechos comprobados*, no con expresiones antojadizas, apegadas a una falsa e inconsistente ortodoxia.

ANTIGÜEDAD

En el mundo, la *balsa de totora* —mejor: la *balsa de haces*— es antiquísima. Aparece ya en los albores de la civilización y, fuera de duda, está en los comienzos mismos de la navegación. Es muy probable que sólo fuera antecedita por el simple tronco desbastado del que se valió la primera criatura audaz para entrar en las aguas profundas de un río o de un lago para llevar algo o recoger algo en la otra orilla. “La balsa... que se fabrica atando varios haces de juncos o de tallos de totora” es —dice Canals Frau— *paleolítica*²⁸².

El problema de su antigüedad en el Perú ha sido en gran parte aclarado en los últimos años. Reconocido su apogeo, por el testimonio incontestable de la cerámica, en la *edad mochica* —primeros siglos de la era cristiana—, inquietaba vivamente a los arqueólogos saber cuándo, en realidad, empezaba su uso: si con los mochicas o antes de ellos, y si esto último, en qué siglo o milenio de la lejanía prehistórica. Los fundamentales trabajos de Bird en *Huaca Prieta*, en los años 1946 y 1947 —que dieron por resultado el descubrimiento de la *era precerámica*²⁸³, hecho de la más grande significación en el desarrollo reciente de la arqueología peruana—, arrojaron clara luz sobre el problema y permitieron desde ese momento creer que *el hombre de hace cuatro mil años conocía y usaba la balsa para pescar no lejos de la playa*. Así, abundantes evidencias arqueológicas atestiguan su utilización en tiempos muy lejanos, y el hallazgo de *redes* y *flotadores* en la citada *Huaca Prieta*, del valle de Chicama, en un estrato probadamente precerámico, de cuatro mil años, indica que los hombres de entonces practicaban *un tipo de pesca en el mar que requería del auxilio de una embarcación*. Esa embarcación no podía ser otra que la *balsa de haces de totora*. Su ubicación, por lo tanto, está *arqueológicamente probada* (por el método del radiocarbono —en el estado actual de nuestros conocimientos—, en *las finales del tercer milenio antes de Cristo*, en la costa Norte (departamento de La Libertad).

No de estos hechos, que son irrefutables, sino de los resultados de su propia investigación en otros lugares de la Costa, igualmente precerámicos, Engel se muestra escéptico y dice que en el campo de la cronología de la balsa de totora reina la más completa incertidumbre. “No hemos encontrado en el precerámico

Presumiblemente, remo ceremonial, tallado, procedente de Ica, con figuras humanas y de aves. El bastón o empuñadura presenta a un lado, en hilera, nueve parejas de aves marinas que pican del mismo recipiente. En el extremo (que no aparece en la lámina), se destaca la figura, grande, de otra ave marina. La ornamentación de la paleta consiste en cuatro idóllillos con diadema. Dimensiones: largo total, 2 m.01; largo del bastón, 1 m. 19; largo de la paleta, 82 centímetros; ancho de la paleta, 18-21 centímetros (Museo de Oro del Perú. Fundación Miguel Mujica Gallo, Número del catálogo: 4.000. Foto: Fernando La Rosa).

Pescadores con el característico moño de los hombres del oficio y protector facial, avanzan montados en sendos *caballitos*, como cabalgando sobre las olas. Llevan huara o pañete, y delante de ellos, en cada embarcación aparece la figura de un pez. Dimensiones: largo, 28 centímetros; alto, 14. (Mochica. Costa Norte, Aproximadamente, siglo VII de nuestra era. Museo Yoshitaro Amano. Foto: Fernando La Rosa).









Representación escultórica del pez raya.
(*Mochica*. Costa Norte. Período Intermedio
temprano, aproximadamente siglo V de nuestra
era. Museo Nacional de Antropología
y Arqueología. Foto: *Manuel Romero*).).

un solo rasgo de actividad marítima”²⁸⁴. En otra parte expresa: “Nada [hemos encontrado] en las tumbas de Asia... ni un remo... ni una tabla... ni una sogá fuerte...”. Pero, no a base de hechos —que son los que mandan— sino de presunciones, comenta que *puede pensarse que la navegación primitiva existió* y que los elementos usados han desaparecido por acción del tiempo, de la humedad, de la intemperie si quedaron al descubierto, y de las mismas aguas si quedaron cerca del mar. En abono de esta suposición —subraya el propio Engel, a pesar de su desconcierto y de las dudas que lo asaltan—, hay que tener en cuenta que muy escaso material náutico se ha encontrado entre los vestigios arqueológicos de pueblos de la Costa que sí, probadamente, tuvieron balsas, tanto de totora como de troncos, y no obstante corresponder estos pueblos a edades relativamente tardías.

La más antigua representación del uso del *caballito de totora* en la cerámica, con valor de *documento* irrefutable, la proporciona la cerámica *Virú*, de la época que Larco llama *Evolutiva* y que corresponde al *Formativo* de otros esquemas. Dice Larco: “El caballito de totora... se encuentra en la cerámica *Virú*, lo que demuestra que entonces lo emplearon ya”²⁸⁵. La cultura *Virú* se desarrolló, estrechamente vinculada al mar; en el primer milenio antes de Cristo, y sus representaciones en terracota de los *caballitos* deben corresponder a los años 800-600 antes de nuestra era.

De esta manera, mientras de la *balsa incipiente precerámica* sólo tenemos indicios y nada conocemos de sus características técnicas ni de su forma, del *caballito de totora*, como el que aún emplean para sus faenas los pescadores de Huanchaco y playas de Lambayeque, poseemos representaciones alfareras de extraordinario valor que ubican su existencia hace, aproximadamente, *tres mil años*.

Desde el punto de vista de los florecimientos culturales, pues, el caballito de totora es considerablemente *pre-mochica*.

Cercana a esta sorprendente cronología es la que insinúa Bird: vasos *Gallinazo*, de hace 2,200 años, muestran también caballitos iguales a los que siguen en uso en la costa Norte. El testimonio alfarero indica, igualmente, que estas embarcaciones de pesca eran tripuladas indistintamente por uno o dos hombres²⁸⁶.

Erró, por consiguiente, Horkheimer cuando, en unos apuntes sobre la historia de la navegación en el Perú, sostuvo que la “documentación” más antigua que se conoce sobre el uso del *caballito de totora*, sindicaba al pueblo mochica, en los comienzos del primer milenio de la era cristiana (siglos II o III), como el poseedor de las primeras embarcaciones de este tipo. Aunque aclaró, a renglón seguido, que ello no significaba atribuir la *invención* de los caballitos a los mochicas, reveló no haber cono-

cido los ejemplares de Virú para la correcta determinación cronológica del asunto. Kosok apuntó: "Los diseños de los huacos de la época *Mochica temprano* muestran embarcaciones similares [a los caballitos de totora actuales], lo cual da la pauta para señalar la antigüedad de su origen..."²⁸⁷.


Que la totora, de la que, desde hace tres milenios, como acaba de verse, hacen los indios de la Costa sus balsas y caballitos, es material perecible, que se destruye totalmente con el tiempo, que no se conserva ni en vestigios, no es del todo cierto porque en 1925 el arqueólogo ecuatoriano Jacinto Jijón y Caamaño, excavando en una de las huacas del grupo Maranga, cerca de Lima, halló una balsa completa, de la cual dio pormenorizada información.

En esos trabajos —de los que, al final, salió una notable monografía, titulada *Maranga*, modelo en su género—, participaron eventualmente, en calidad de visitantes, los eminentes Kroeber y Tello. Jijón y Caamaño reconstruyó el pasado del lugar, identificando una capa inicial de población dedicada a la pesca y a la caza, gente muy primitiva, tosca. Sobre esa primera capa cayó después una segunda, de supuesto origen serrano, procedente quizá del Callejón de Huaylas, con agricultura y cerámica, y construcciones de adobitos rectangulares "enteramente trabajados a mano"²⁸⁸, "sin ayuda de ningún molde".

Incansable en el labrado de los adobitos, este pueblo era aguerrido pero sumamente hacendoso, práctico y hábil en algunas técnicas. Por ejemplo, decoraba la cerámica con gran variedad de temas, predominando las representaciones mitológicas con deidades personificadas por ofidios, aves y peces. Su pensamiento giraba, por lo tanto, parte, en torno al mar. Practicaba una vieja tradición pesquera, adquirida, sin duda, en los ríos y lagunas de la Sierra, pero ahora desenvuelta amplia y provechosamente en el mar. Vivió por el año 450 de nuestra era, dejando, entre otros testimonios de una activa ocupación, la balsa que pasamos a describir.

Sobre el piso de barro batido que sellaba la capa más profunda de los pobladores del siglo V, el arqueólogo halló una *balsa de totora*, de 5.40 m. de largo, "envuelta en esteras de junco, que fueron, probablemente, *las velas de la embarcación*, en todo igual a las usadas hoy por los indios que viven en las orillas del Titicaca"²⁸⁹. Su estado era de vejez pero, sin duda, no fue abandonada como basura.

Dedujo del hallazgo Jijón y Caamaño, que los *proto-limeños* de entonces, de la *segunda fase constructiva*, "usaban para navegar la misma clase de embarcaciones que hoy se emplean en el Titicaca". Descartó, naturalmente, la posibilidad de un perfil de costa distinto al moderno, con riberas cercanas a las



Pescador con rollo de cordel en la mano derecha,
afirma la captura de un tollo con la izquierda. Lleva
el característico gorro de los hombres del oficio.
(*Chimú*. Costa Norte. Siglo XIV de nuestra era.
Museo de la Universidad Nacional Mayor de
San Marcos. Foto: Abraham Guillén).





ruinas. Consideró, sí, aceptable la suposición de un río Rímac mucho más caudaloso que el de ahora por intensas lluvias en la Sierra, que formaba "en la planicie inmediata a Maranga extensas lagunas". La balsa habría sido para navegar regularmente en esas lagunas y, eventualmente, en el mar próximo.

Después del pueblo aguerrido pero laborioso que empleaba para la pesca balsas semejantes a las actuales del lago Titicaca, floreció en el mismo sitio la cultura de los grandes *monticulos de adobitos*.

En un artículo publicado en 1931, Uhle comentó los trabajos de Jijón y Caamaño en Maranga y propuso, para explicar la presencia de la balsa de totora en un depósito hoy ubicado a dos kilómetros del mar, la hipótesis de un antiguo cauce del río Rímac, o ramal, pasando por el Norte de la llamada *Huaca Arámburu* y descargando en el mar al Sur de Bellavista. La tierra avanzaba "en el tiempo antiguo hasta más cerca de la isla de San Lorenzo y había un curso de *rio navegable* desde las huacas de Arámburu hasta el mar"²⁹⁰.

Durante la *edad chimú*, el caballito de totora alcanzó plenitud. Fue la embarcación para la pesca que gozó de mayor popularidad. El artista la tomó, además, como fuente de inspiración, y la reprodujo innumeradas veces.

En cambio, las *grandes balsas de totora* mochicas, que conocemos por el testimonio de las pictografías, no se dan en Chimú; parecen totalmente abandonadas. Así, hasta la llegada de los españoles.

"Cosa curiosa —dice Edwards en su documentado estudio—: las balsas de totora, quizá las *primeras embarcaciones* que aparecieron en estas costas, pueden llegar a ser el último de los tipos verdaderamente aborígenes que desaparezcan. Las formas antiguas (a base de la totora: caballitos en la Costa y balsas propiamente tales en el Titicaca), se siguen usando en las playas y en las tierras altas del Perú..."²⁹¹.

El *caballito* en nuestros días es indispensable cuando hay jra-veza; y todavía se le usa, aunque poco a poco desplazado por los botes de diseño moderno, en algunas tareas cercanas a las playas, como la colocación del *chinchorro* y la revisión de las trampas para el cangrejo y la langosta. Con sus *tres mil años de historia* (o *cuatro mil* a base de indicios), y directo descendiente de las primitivas *embarcaciones precerámicas* de totora, es, de todos los elementos de la cultura aborígen aún vigentes, uno de los más antiguos y, por consiguiente, de más rancia y conservadora prosapia, un caso único de aferramiento a la tradición.

DISTRIBUCION ANTIGUA Y ACTUAL

Ya se vio que el *caballito de totora* y las *balsas de totora*, para una o dos personas, alcanzan distribución mundial. En el Nuevo Mundo tienen, asimismo, amplia distribución. Hacia el lado del Pacífico, cubren, en áreas propias o compartiendo el primer puesto con otras embarcaciones en competencia que los amerita y destaca sus virtudes, un extenso sector de Sudamérica, prácticamente en forma ininterrumpida desde Manta, en el Ecuador, hasta el centro de Chile.

Esto se sabe desde los exhaustivos estudios de Georg Friederici, en 1907. Alfredo Métraux, en 1929, describió cuidadosamente los ejemplares en uso en la provincia de Mendoza, en Argentina, donde la particularidad local de los *estabilizadores*, consistente en la colocación a cada lado de la balsa de tres rollos del mismo material, da un valor característico a los modelos.

Ocasionalmente ha sido observada la balsa de totora en áreas de otras embarcaciones: por ejemplo, frente a las costas de Colombia, donde, en verdad, no debería darse por el predominio de la piragua de troncos ahuecados; y al Norte de Chile, donde imperan las balsas de pellejos inflados. Esto revela la bondad de la embarcación, su eficiencia para determinadas labores marinas, sobre todo en la pesca, porque, de otro modo, habría sucumbido en la competencia o no habría logrado entrar a las áreas ocupadas por otros tipos de barca.

El punto más septentrional de la balsa de totora parece ser la península de California, en América del Norte. Se da también, además de los lugares señalados por Edwards en México, en Sonora. La usan los indios de Manta, en el Ecuador, y los del lago Titicaca, siendo los modelos que fabrican éstos, con vela, lo más famosos del mundo, hoy. No se diferencia en nada de las anteriores, la balsa de totora de los nativos que viven en los contornos de los lagos cordilleranos de Argentina (por ejemplo, en las orillas del pintoresco Nahuel Huapi), y tampoco la de los indios selváticos del Chaco. Finalmente, se sigue usando una embarcación de atados de junco en el centro de Chile y otra, similar, eventualmente, en el país de los *chilotas*.

La balsa de totora de los indios pescadores de Arica —estudiada por Latcham²⁹²— tenía la particularidad de estar formada por un solo haz. "Los españoles —dice el autor mencionado— dieron a éstas el nombre de *caballitos*, porque eran empleadas por un solo individuo, quien montaba sobre ellas como quien monta un caballo...". Los remos de los indios de esta bahía eran simples, de una sola pala, usados alternativamente a derecha e izquierda.

Desde Oviedo se sabe que la balsa de totora, en su forma más representativa y popular, el *caballito*, cubrió la totalidad de la costa peruana. Donde hubo poblaciones ribereñas, allí hubo embarcación de totora²⁹³.

En 1560, cuando el viaje de Garcilaso a España —según cuenta el mismo cronista—, todavía los pescadores de Manta y otras caletas ecuatorianas usaban para sus faenas *balsas de enea*, con figas, y “lo hacían con destreza y sutileza”, lo que sorprendió al insigne escritor por ser toda ella “gente muy rústica”²⁹⁴.

Al momento de la Conquista, el área de la embarcación pesquera de totora comenzaba propiamente al Sur de Paita. Hasta Paita, como se ha visto anteriormente, dominaba la *gran balsa de troncos*, imponente, con capacidad regularmente para una veintena de tripulantes y mucha carga, construida para capear mares duros y navegar contra el viento. De Paita hasta Arica era el ancho sector del *caballito* y de las modalidades de la *balsa de totora*.

Además de las playas del Norte, donde ha quedado hasta nuestros días firmemente aferrado, gozó de plena aceptación en la costa central, “como nos lo hacen ver telas de Chancay, Ancón y Pachacámac”²⁹⁵. El *caballito*, además, se mantiene diario en el mar, pesca y recolección de mariscos. Allí, “la pesca —dice Engel— es [una actividad] de temporada, de verano. Son generalmente los pequeños agricultores los que pescan... Pescan con *caballitos de totora*...”²⁹⁶ Como ya se ha dicho, el *caballito* de Chilca difiere del de Huanchaco: en primer lugar, se compone, no de dos sino de tres cuerpos, y en segundo lugar, no tiene la esbeltez, la gallardía y la gracia del *caballito* del Norte; carece de proa afilada y su aspecto se acerca más al de una balsa de troncos.

Siendo, pues, distinto el *caballito* del Norte del del Sur, Edwards distingue, para los tiempos actuales, dentro de la dilatada costa peruana, dos áreas precisas: el *área del Norte*, comprendida entre las playas de Lambayeque y Guañape, de manera continua, sin interrupción; y el *área del Sur*, con sitios más destacados en Chilca, Mala y Asia. Anota el mismo autor que a veces se ven *caballitos* de totora, distintos a los del Norte, en Cañete, en la playa de Tambo de Mora y en la de Jaguay. Rowe vio unos *caballitos* en Camaná, pero la presencia allí de estas embarcaciones se considera excepcional.

Los *changos* del Sur del Perú y Norte de Chile —antiguamente extendidos hasta los valles de Ocoña, Camaná y Quilca— fueron pescadores de *balsas de odres*, pero a veces también usaron la *balsa de totora*. En la región se mantiene la *tradición pesquera en balsas*, y se practica a veces con ceremonial nocturno²⁹⁷.

Edwards recogió la versión de que en los primeros años de la República, los caballitos de totora eran usados en ciertos puertos, como Huanchaco y Pacasmayo, para recoger el correo que traían los barcos y llevarlo a tierra. Puede ser considerada ésta la única operación de transporte de carga que los caballitos de totora han realizado a lo largo de su tres veces milenaria historia.

Siempre llamó la atención a los estudiosos chilenos la existencia de balsas de totora en Cahuil, lugar cercano al balneario de Pichelemu, en la costa de la provincia de Colchagua, región donde, por un extraño designio, se han conservado puras las costumbres de los naturales, constituyendo una verdadera isla etnológica. Pichelemu está muy al Sur de Valparaíso, a los 34° de latitud. La balsa de Pichelemu, descrita por Walter Knoche, era igual a la de Chicama²⁹⁸, lo que revela que la balsa de totora tenía, antes de la llegada de los españoles y durante buena parte del período histórico, un área de distribución que comprendía un sector considerable del litoral chileno²⁹⁹. La balsa de Chicama y la balsa de Pichelemu estaban hechas del mismo material y conforme a las mismas pautas de trabajo. Además, las dos eran usadas con el mismo tipo de remo, que era un *palo* cilíndrico que el boga introducía alternativamente a un lado y otro. "Es incuestionable —dice Looser— la estrecha relación de los rudimentarios remos peruanos con sus congéneres más perfeccionados de más al Sur", e igual idea propone con respecto a las embarcaciones.

BALSAS GRANDES, BALSAS CON ENTREPUNTE, BALSAS CON MASCARONES

La totora fue empleada no sólo en la construcción de *caballitos* sino, también, de *grandes balsas*, las que tenían capacidad especial de carga y una arquitectura tan aparatosa que ha sido puesta en duda por algunos especialistas.

Conocemos estas *grandes balsas* sólo por el testimonio de la pictografía. "Representaciones sobre *huacos* mochicas —dice Horkheimer—, demuestran que además [de los caballitos de totora] existió una *balsa de totora de tamaño mayor* y con sitio para varios hombres, que debe haber sido empleada para la *pesca* y para *viajes a costas distantes...*"³⁰⁰. Igual anota Edwards, subrayando el carácter indiciario de los testimonios: "Hay *indicios* —expresa— de que fueron construidas embarcaciones de totora de tamaño mucho mayor que las conocidas en tiempos históricos, capaces de llevar a la vez carga y un número de pasajeros"³⁰¹.

Desde luego, el principio de la construcción era el mismo que el de los caballitos: no había desplazamiento de una masa de

agua por un casco sino simple sustentación en el medio líquido por virtud del escaso peso específico del material empleado. Esto lo observa Lothrop al decir: "Antes de la conquista española... los nativos construían *grandes barcos de totora*, basados en el mismo principio de los *caballitos*...". Lothrop se lamenta, en seguida, de la falta de información de los cronistas sobre estas *grandes balsas de totora*, pero indebidamente porque es seguro que estas embarcaciones no existían en uso al tiempo de la Conquista española y fueron, según parece, exclusividad de los mochicas³⁰².

Durante una época, pues, los mares del Norte del Perú, frente a Lambayeque y La Libertad, y a veces también los mares de la costa central —los de Lima y Pachacámac, por ejemplo, según sabemos por el testimonio del arte—, fueron surcados por muchedumbre de *caballitos*, embarcaciones éstas, como bien lo sabemos, muy ligeras, hechas sólo para la pesca, y por *grandes balsas de totora*, para número mayor de tripulantes, que resistían carga y podían hacer travesías largas, de valle a valle por ejemplo. Horkheimer las describe como "largas balsas de totora... para cuatro personas y algo de carga... algunas con doble cubierta, sirviendo la de abajo de bodega". En la bodega iban los cántaros de agua —claramente dibujados en las pictografías mochicas— para calmar la sed de los viajeros. Alden Mason las compara a las balsas del Titicaca³⁰³, sobre todo por la supuesta forma y por su gran capacidad de flotación. Carentes de quilla, no podían arriesgarse a mares movidos pero en las cercanías de la costa se desempeñaban con bastante seguridad, facilitando las comunicaciones y contribuyendo al transporte de personas y bienes de consumo. Contradiciéndose con la idea expresada en una oportunidad, en el sentido de que en la Costa no hubo en la antigüedad forma alguna de comercio porque los valles eran autárticos, ahora, al tratar de las *grandes balsas de totora*, Horkheimer expresa la creencia de que fueron "el vehículo principal para el traslado de materias y personas desde un valle a otro"³⁰⁴.

Escéptico en materia de navegación Larco, sin embargo, propone para la llamada por él *Epoca de Auge* —que es la del apogeo mochica, en los primeros siglos de nuestra era— un gran desarrollo del arte naval, con número inmenso de "*balsas de totora* equipadas con redes..."³⁰⁵. En el *último periodo* de esta época, coincidiendo con un desenvolvimiento general de todos los órdenes de la vida, de la cultura y de la técnica, y con nuevas conquistas en el mundo material, se "emplean —agrega Larco— *grandes balsas* para la pesca y para el *transporte marítimo de los ejércitos*"³⁰⁶. Son *balsas de totora*, sin duda, porque Larco jamás creyó en el uso de las balsas de troncos de madera en el área mochica-chimú.

Pueden haber servido para el transporte de los ejércitos en campaña o, también, para la conducción de los prisioneros de guerra. C.A. Burland observa que en un huaco mochica del siglo V de nuestra era, aparece una *balsa de totora*, grande, con proa y popa arrufadas y mascarones de un ser monstruoso. La particularidad interesante es que la balsa tiene *dos cubiertas* y que en la de abajo aparecen hombres apiñados, a los que se les ve únicamente la cabeza y los hombros. Puede suponerse, por la posición de estos hombres, evidentemente castigados y sometidos a tortura, que son *prisioneros de guerra*, que van a un campo de concentración o al templo de la fiera divinidad de la guerra, para ser inhumanamente ofrendados. Por el testimonio ceramográfico sabemos bien que los prisioneros eran llevados desnudos y fuertemente atados a la presencia del rey o del sumo sacerdote, y en el momento culminante de la terrible ceremonia, se les arrancaba el corazón. A otros se les castraba o sometía a similares bárbaras mutilaciones³⁰⁷.

No es la observada por C.A. Burland, la única representación de una balsa de totora, grande, que insinúa una escena de transporte de prisioneros. Por lo general, estos dibujos señalan una *cubierta alta*, en la que van personajes suntuosamente ataviados, llenos de la mayor pompa en el vestir, con guerreros, sirvientes y tripulantes de la embarcación; y una *cubierta baja*, o *entrepunte*, para los supuestos infelices prisioneros de guerra y para la carga. Como los dibujos proponen botijas, se puede suponer, también, que el mayor espacio disponible estaba dedicado al agua, la cual se mantenía fresca allá abajo, apartada de los abrasadores rayos solares.

Si fueron —creencia que ya ha sido expresada por Alden Mason— como las del lago Titicaca, quizá tuvieron vela, vela de la misma totora tejida. Examinando una orejera de plata, procedente de Trujillo, Lothrop llega a esta conclusión. Aparece en la citada orejera de plata una *gran balsa*, constituida por *cinco haces de totora*, de largo diferente, con el haz central proyectándose más que los otros, al modo de las balsas de troncos de Tumbes y Guayaquil. Por el pronunciado arrufamiento de la proa se deduce que la embarcación no era de madera sino de totora. En la proa aparece un ornamento triangular, no identificado, y *al centro se eleva un asta*, “con algo que parece una sombrilla pero que *puede ser una vela*”³⁰⁸. “La tripulación consta de cuatro hombres, dos de los cuales están buceando para buscar conchas, con sogas amarradas a la cintura. Esta es la tripulación más numerosa —subraya Lothrop— que hemos encontrado en una sola embarcación representada en el arte”.

El mismo autor, también a base del testimonio de los vasos pintados, llama la atención sobre *balsas de totora*, grandes, pro-

bablemente de cinco o más haces de cañas, *con toldos o algo parecido* sobre la cubierta, y también, en otros casos, *con añadidas laterales, a manera de falcas*.

Los dibujos son imprecisos y, por lo tanto, la determinación exacta no se puede hacer, pero es evidente que la suposición de toldos y falcas tiene una base cierta. Describiendo una valiosa representación pictográfica, Lothrop dice: "Encima de la cabeza hay un *toldo arqueado*, con ornamentos en forma de nudos que sobresalen. Debajo del toldo hay un dispositivo que evidentemente está hecho de los mismos haces de totora del casco. Quizá se trate de una *cabina con batideros o falcas de cañas*, parecidos estos a los que usan los aborígenes del Titicaca en sus balsas".

En casi todas las representaciones de estas balsas de totora, no falta el cántaro, más o menos grande, para el agua. Unas veces, el cántaro va en la cubierta baja, que funge de bodega, juntamente con los cautivos; allí, protegido del sol, su contenido se conserva fresco. Otras, como en la composición anteriormente descrita de la balsa con toldo y falcas, el "jarro de cerámica" aparece delante del baldaquino. La incorporación infaltable de este elemento, prueba que las balsas hacían largas travesías, no de horas sino de días de duración, durante las cuales la demanda de agua era grande. Varias botijas en el dibujo indicarían no sólo viaje largo sino tripulación numerosa. Para los prisioneros de guerra, fuertemente atados, no había satisfacción de esta vital necesidad. Por el contrario, la proximidad a ellos de los cántaros repletos de agua fresca, tornábase espantoso suplicio —como el de Tántalo—, el cual ya era parte de su destino, que terminaba en el ara de los sacrificios.

A diferencia del *caballito*, que es una embarcación de *proa arrufada*, en punta, y *popa cortada o trunca*, hubo un modelo de balsa, en los mismos mares del Norte con distribución hacia el Sur, de *dos puntas*, ambas levantadas. Edwards anota que el viajero inglés W.B. Stevenson vio en 1829 balsas de este tipo pero sin precisar mayores características, ni tamaño, ni número de tripulantes ni, lo que es más lamentable, lugar de la observación. Es probable que durante la Colonia, en algunas caletas del litoral Norte, se mantuvieran semienclaustradas estas balsas de doble punta, pero, es lo evidente que los primeros años de la décimonona centuria las vieron desaparecer.

Abordando el problema que podríamos llamar *filogenético* de la balsa de totora, Lothrop, al tratar de estas balsas antiguas y escasamente sobrevivientes en el siglo XIX, de la *doble punta*, con la *proa y la popa arrufadas*, sugiere una *relación de parentesco*, por el gran parecido que guardan, *de las balsas costeñas y las lacustres del Altiplano*. La extraordinaria similitud de unas

y otras —dice— permitiría establecer relaciones entre el arte de la construcción naval de los pueblos de la costa Norte del Perú y el de los pueblos de la meseta del Collao. Aquí de añadidura, convendría recordar el hecho muy importante, ya puntualizado, de que la *balsa de extremos arrufados y en punta* (tanto el de proa como el de popa) tiene una distribución considerable, que, por el Sur se extiende, en forma ininterrumpida, hasta el país de los chilotas, y más allá aún eventualmente. De donde resultaría, por el testimonio arqueológico comentado de la balsa en forma de *cuerno de luna*, que la región chimú fue el límite Norte de esa extensa área de distribución.

La contribución de Means al estudio de la cultura de los antiguos pueblos del Perú y, en particular, de la navegación prehispánica, valiosa y consistente, sin embargo en el tema de las grandes balsas de totora flaquea lamentablemente. Por un mal planteamiento del problema y una defectuosa apreciación del valor informativo del arte mochica, Means llega a conclusiones equivocadas.

Ya estudiando los *caballitos de totora* había desbarrado. Ante el dibujo de una vasija mochica del Museo Británico, que muestra, en *dibujo estilizado*, una embarcación pesquera de este tipo, decía: "Un diseño de esta clase no puede menos que *provocar risa* [¡!] en cualquier marino de verdad. Fundamentalmente, sin embargo, muestra a un hombre pescando desde un bote de totora con la ayuda de aves antropomorfizadas, una de las cuales puede ser un pelícano. En la mano sujeta una cuerda larga y gruesa. El bote tiene forma de *media luna* y remata en una fiera cabeza de dragón en cada extremo. No hay indicación respecto a *dónde quedaría la línea de flotación*; tampoco se indica cómo se evitaba que la embarcación se diera vuelta de campana ni de qué manera avanzaba... El pescador, con ampulosa vestimenta, está parado sobre la pequeña embarcación, o, más bien, parece estar corriendo a toda velocidad...". Encima de la embarcación destaca una franja oscura con puntos blancos que parecen ser imbornales para el desagüe de la *cabina*. Esta franja oscura remata en una cabeza de serpiente, dirigida hacia proa. Means dice que la posición del pescador es absurda porque "no se sabe cómo podría correr en un espacio tan limitado sin llevar al desastre a la embarcación"³⁰⁹.

Esta y todas las demás son apreciaciones y críticas absurdas, porque la pictografía mochica no puede ser juzgada con el mismo criterio con que se juzga un diseño realista o con el criterio con que se examina un plano de construcción. Desde un principio, y no al final, Means debió ver esa composición del *caballito de totora* como lo que es en realidad: un *dibujo en sus detalles modificado por las ideas mitológicas del artista*. Pedir

determinaciones exactas, explicaciones técnicas y trazo rigurosamente realista y minucioso de la embarcación y su tripulante, fue verdaderamente extraño en una inteligencia como la del ilustre americanista. Al final, sólo al final, después de muchas observaciones infundadas, quiso enmendar: "Deberíamos tener presente, sin embargo —dijo—, que *la función de un dibujo como éste era representar algún mito* o creencia que abrigaba el dibujante, más que proporcionar información específica respecto a la arquitectura naval". Una aclaración tardía y de Perogrullo a todas luces.

Pues bien: sus apreciaciones sobre las *balsas de doble punta, arrufadas*, grandes y decoradas, eventualmente de doble cubierta, adolecen de iguales despropósitos interpretativos.

Means examina dos dibujos sacados de huacos mochicas, con representación de *embarcaciones de totora* de doble cubierta. Tomados de un "excelente trabajo del alemán Heinrich Ubbelohde Doering", corresponden a vasos que fueron de la colección particular de Eduardo Gaffron, hoy del Museo Etnológico de Munich. Dice Means: "Cada uno de los dibujos muestra dos *balsas de totora*. Las balsas aparecen acompañadas con gran variedad de *elementos mitológicos y ceremoniales*... Las balsas tienen forma aproximada de *U*, con cabezas decorativas de dragones a ambos extremos. El casco está compuesto de *cañas fuertemente atadas*. Por encima de los cascos vemos una especie de *entrecubierta, entrepuente* o *bodega*, en el cual se podría colocar *provisiones en vasijas* o *llevar personas*. Sobre el segundo puente (o cubierta superior) van los personajes principales..."³¹⁰.

Tras la descripción, plantea el problema: "Qué clase de embarcación pueden haber sido estos botes de cañas y para qué fines pueden haber sido usados fuera de la pesca, es algo que no podemos imaginarnos. Ciertamente, eran embarcaciones mucho más complicadas que las pequeñas y simples balsas de totora descritas por los cronistas de la Conquista. Estas embarcaciones de totora con *dos cubiertas* y *entrepunte* deben haber sido de *tamaño considerable*. A juzgar por la cantidad de provisiones que aparecen en los dibujos, deben haber estado destinadas para *largos viajes*".

Sin embargo, después de diversas consideraciones, no todas muy felices, Means termina no sólo dudando de la veracidad de los dibujos sino negando la existencia de tales embarcaciones. Son tan graves —dice— las fallas de *arquitectura naval* que se desprenden de los dibujos, que la embarcación de totora grande, de doble cubierta, con ornamentación en los extremos, no pudo existir y fue sólo producto de la inspiración del artista. "Uno se siente fuertemente tentado de creer —expresa— que estos di-

bujos no representan embarcaciones reales sino que *son meras composiciones estéticas y mitológicas*³¹¹.

Porque *no habrían* podido resistir los golpes de mar, ni las olas ni los tumbos; porque se habrían desarmado en las travesías de altura; porque, sin quilla, no se habrían podido mantener derechas en el agua: las grandes balsas representadas en los vasos mochicas no existieron para Means. Hasta de un agregado mitológico puesto por el artista para simbolizar una idea, se prende Means para negar el modelo. Dice: "Esta idea [la de la composición estética o mitológica] queda reforzada... por el hecho de las *extrañas piernas* debajo de los botes que parecen correr sobre las olas. Evidentemente, tales piernas no tienen nada que ver con una embarcación de verdad".

Sin llegar a las exigencias extremas en materia de construcción naval de Means, ni pensar en viajes de altura, para los cuales ciertamente no estuvieron hechas, puede pensarse en la existencia real de las *grandes balsas de totora*, de cinco, siete o más haces fuertemente reunidos, con disposición arquitectónica tal que resultaba una especie de cubierta alta, y extremos marcadamente arrufados; las cuales balsas seguramente llevaban —lo que suponemos por el testimonio de las pictografías, a seguir de acuerdo con una correcta interpretación del arte de entonces— una ornamentación ampulosa, de inspiración mitológica, en sus extremos: mascarones tanto en proa como en la popa de dragones o de fieras con las fauces abiertas y las lenguas bífidas proyectadas hacia adelante como saetas. Lothrop aceptó estos mascarones al referirse a representaciones de "balsas que se caracterizan por grandes figuras de animales extraños en la proa y cabezas análogas que sobresalen en la popa"³¹².

Que *en la realidad* se llegara a los extremos de ampulosidad, truculencia y recargado barroquismo que caracterizan los dibujos, no es posible pensar. El artista decorador de los vasos, por razones muy explicables, exageró la representación, deformó las partes, magnificó aquello que más se prestaba para la traducción de sus ideas, imbuidas de persistente y osada mitología. Pero, de lo que sí no es posible dudar es que el arte de la construcción naval aborígen, trabajando en grandes balsas de totora, usó de la decoración. Figuras de dragones eran colocadas adelante y atrás, y en esto el pueblo mochica no se salió de la costumbre, que parece ser norma en todos los pueblos del mundo que dedican parte de su existencia al mar.

Así opina Kosok, para quien los diseños de embarcaciones de totora, en la cerámica, *con adornos ampulosos y figuras mitológicas* representan, en verdad, *adornos reales*, propios, no de las embarcaciones comunes de la gente pescadora, sino de las grandes, bien construidas y solemnísimas embarcaciones de los se-

ñores y gobernantes. Los caballitos de los pescadores no llevan adornos. Eran como los de ahora.

Estas grandes balsas de totora, de doble punta, decoradas con motivos mitológicos, fueron propias de la costa Norte. Sólo de aquella parte del litoral tenemos referencias. Otras balsas, igualmente grandes pero de popa cuadrada, se usaron sobre un frente mucho mayor: desde el Norte, donde estuvo su emporio, "*hasta Pachacámac*, por el Sur", lo que sabemos por la documentación de los tejidos pintados.

REFERENCIAS DE LOS CRONISTAS

El P. Cobo proporciona la mejor fuente informativa para el estudio de las *balsas* y *caballitos de totora* que los españoles vieron al tiempo del descubrimiento del Perú. Y en el caso de las balsas, la crónica de Fray Bernabé es particularmente importante porque señala, contra la opinión de muchos descreídos, la existencia de *balsas de totora para carga*, de gran dimensión. Explica, incluso, que los indios de ciertas partes *juntaban dos balsas grandes*, resultando de la unión una inmensa, "capaz de llevar bestias y ganados". Por allí puede estar un buen camino para la interpretación de las grandes balsas, de fachosa arquitectura, llenas de ornamentos mitológicos, algunas con toldos y falcas, otras hasta con entrepuente o doble cubierta, que aparecen dibujadas en los huacos globulares del arte mochica, y que, por error en el camino escogido para su estudio, condujeron a disparatadas interpretaciones cuando no a obstinadas posiciones de rechazo.

En suma: la crónica del P. Cobo fundamenta sólidamente la tesis de las *grandes balsas de totora*, las que, encerradas durante la Colonia en unas pocas caletas, habrían desaparecido en los albores del siglo XIX.

He aquí los párrafos más saltantes de la *Historia del Nuevo Mundo* sobre los *caballitos* y las *balsas*. Dicen:

"Las más comunes [de las embarcaciones] deste reino son hechas de enea seca o de otro linaje de juncos, y fórmanlas desta manera: lían con cuerdas dos haces de enea... los cuales quedan bien apretados y redondos, con la punta de la proa delgada, de modo que por en medio sean más gruesas y vayan desde allí adelgazando hacia los cabos, no igualmente, porque el que ha de servir de popa queda más grueso, *si no es que ambos remates hayan de tener la forma de proa*, como la tienen muchas balsas, que en tal caso adelgazan por igual las puntas de los dichos haces..."³¹³. Esta última parte corresponde a la descripción de la discutida balsa de doble punta o balsa en forma

de *U*, definida por Lothrop como *balsa cuerno de luna*, que aparece con profusión pintada en los vasos del Norte y que tiene una nítida raíz mitológica por su parecido con el astro de la noche. Cuando la Luna en menguante se pone en el horizonte, amarilla de color e inmensa por la refracción de la atmósfera, semeja realmente una balsa de doble punta.

Sigue Cobo:

"... Sin más costa ni artificio queda en toda su perfección la balsa, con el suelo que asienta en el agua llano, o en forma de canal, para que no se vuelque ligeramente, y de la misma figura la parte de arriba, donde se pone la carga... La *punta* o *proa* queda levantada hacia arriba un poco más que lo restante de toda la balsa; y cuando ella tiene dos *proas*, dan a entrambas la misma forma".

Seguramente, con este trabajo cuidadoso, de dar a las *proas* la misma forma, se lograba la típica forma arriba dicha de *U* o *cuerno de luna* que, en algunos vasos, parece inconcebible.

En cualquiera de los dos casos: con una *proa* arrufada a la manera de un gallardo esquife, o con los dos extremos levantados como góndola, tratábase de las balsas de totora *individuales* o, a lo sumo, para *dos personas*, pequeñas pero harto vistosas. Las comunes no tenían adorno; las ceremoniales, sí. Es lícito pensar en grandes *procesiones marítimas*, frente a las extensas playas de arena o a los puertos, con la participación de cientos de estas pequeñas embarcaciones, todas decoradas, doradas a la caída del sol.

Los caballitos propiamente dichos tenían unos *cuatro codos de largo*, pero las balsas grandes alcanzaban una eslora de *hasta veinte pies*. Eran, pues, de un porte considerable. Duramente atadas, podían resistir los embates de los tumbos sin peligrar ni poner en riesgo a sus tripulantes. Estos, ¿hasta cuántos? Cobo lo dice: resistían, gracias a su enorme poder de flotación, ya que estaban formadas no solo de largos sino de grosísimos atados de totora seleccionada, hasta *doce personas*, lo que es verdaderamente extraordinario.

"Y de dos grandes [balsas], unidas y atadas, se hace una capaz de llevar bestias y ganados". ¿Acaso éstas no podían sufrir, mediante un armazón ingenioso, no muy alto pero sí firme, un segundo puente, sirviendo entonces el de abajo de bodega y sentina, lo primero para llevar el agua y los víveres en las largas travesías, y lo segundo para reunir a los prisioneros de guerra, destino al altar oprobioso de los sacrificios?

Entonces, si Cobo con la veracidad que caracteriza a sus informes y la certeza de sus apreciaciones, nos cuenta que había este tipo de *balsa doble*, verdaderamente gigante, con gran capacidad de carga, de haces de totora que tenían seis y siete

metros de largo y una circunferencia de hasta cuatro, no neguemos, por un prurito de duda, la existencia de las balsas de doble cubierta y no lleguemos a decir que los dibujos de estas balsas, con cautivos y cántaros en el entrepuente y señores en la cubierta alta, son meros dibujos mitológicos. Convergamos, por lo menos, que, tras la mitología y el arte religioso, hay un fondo de verdad, y que esa verdad no está distante de las representaciones.

Las balsas pequeñas, como tantísimas veces se ha dicho, eran para *pescar en el mar*, y sólo para pescar. No admitían carga, que no fuera la reducida que formaban los aparejos de pesca del tripulante y, al regreso, la cosecha de la faena laboriosamente cumplida entre las olas.

“Los indios pescadores —prosigue Cobo— destas costas del Perú *entran cuatro y seis leguas la mar adentro* en balsillas tan pequeñas, que, saliendo de sus casas, llevaba cada uno la suya a cuesta a la mar”. Después, lo lindo: “Sentados en medio, van con extraña ligereza veinte, cuarenta y más indios juntos, cada uno en la suya, que, mirados de lejos, más parecen peces grandes que embarcaciones”. Y van sobre las olas los caballitos mientras los indios “bogan con una raja de caña de las gruesas, del anchor de la mano y larga una braza, la cual asen por en medio con ambas manos, y atravesándola sobre la balsa, con la punta por un lado y con la otra por el otro, alternadamente afirmando en el agua, impelen tan velozmente las balsillas, que van sobre el agua como unos pájaros”.

En otra parte de su *Historia del Nuevo Mundo*, Cobo refiere que el Callao era entonces, comienzos del siglo XVII, el principal centro pesquero de toda la costa peruana y que, por consiguiente, sus aguas mantenían las más crecidas flotas de *balsas de totora*, unas balsas grandes, otras pequeñas. “La más gruesa pesquería —cuenta— es la del puerto del Callao, donde mucha gente, así españoles como indios, viven de este trato... Hay de ordinario en dicho puerto *treinta barcos* de pescadores, que llaman *chinchorros*, y más de *cincuenta balsas de indios...*”³¹⁴. ¿Qué tipo de balsas eran éstas? No lo indica Cobo pero puede presumirse que correspondían a las de doble punta, de mayor capacidad que los caballitos, hechas para una faena comercial.

Ensalzando las cualidades marineras de las balsas y *caballitos*, agrega Cobo: “Asimismo, los indios entran en sus balsillas así en la playa del puerto como en la mar brava, *que para estas balsas no hay resaca ni costa brava, y se apartan de tierra la misma distancia que los barcos* (dos a cuatro leguas), y hacen la misma pesca de red y anzuelos, y más ordinario de red, para pescado menudo, como son anchovetas, pejerreyes y sardinas”.

En otra parte:

“Vueltos los indios a la ribera, varan sus balsas, y cargando cada uno la suya, se tornan con ella a sus casas, *donde las deshacen y tienden al sol la enea*, para que esté enjuta para el día siguiente; de modo que es embarcación ésta de tan poco ruido... que por la mañana se fabrica y forma, y después de haber andado en el agua gran parte del día, a la tarde se desbata y deshace”³¹⁵.

Contrastando con Cobo, Acosta fue muy breve³¹⁶, pero Garcilaso, con su sobria elegancia, aportó otros datos o apuntaló los del jesuita. Garcilaso, sobre todo —cosa que no hizo el autor de la *Historia del Nuevo Mundo*— distinguió las *balsas de totora propias del mar* de las que usaban los indios para *el cruce de los ríos*. De éstas dijo lo siguiente: “Hacen [los indios] otros barquillos más manuales... de un haz rollizo de enea del grueso de un buey; átanlo fuertemente, y del medio adelante lo ahusan y lo levantan hacia arriba como proa de barco para que rompa y corte el agua...”. La figura, aunque se trata de una embarcación para pasar ríos, es la de un *caballito*, mas no de dos sino de sólo un haz de totora.

“Un indio solo gobierna cada barco de estos —añade el insigne cronista—: pónese al cabo de la popa y *échase de pecho sobre el barco*, y los brazos y piernas le sirven de remo y así lo lleva al amor del agua...”³¹⁷. “Cuando pasan alguna persona *la echan de pechos a la larga* sobre el barco, la cabeza hacia el barquero, mandándole que se asga a los cordeles del barco, y pegue el rostro con él y no lo levante ni abra los ojos a mirar cosa alguna” (porque producía terror).

De los caballitos de totora usados por los indios para pescar en el mar, dice el Inca autor de los *Comentarios Reales*: “Los indios de toda la costa del Perú entran a pescar en la mar en los barquillos de enea que dijimos (que son los mismos que usan para pasar los ríos)... Entran cuatro y cinco y seis leguas la mar adentro y más si es menester; porque el mar es manso y se deja hollar de tan flacos bajeles... Los pescadores para andar por la mar se sientan sobre sus piernas, poniéndose de rodillas encima de su *hace de enea*...”.

Respecto a la impulsión, como se vio al comienzo de este capítulo, el Inca describe una manera de bogar distinta a la expuesta por Cobo. Según Cobo, el *canalete* de los caballitos operaba como *zagual de doble pala*, entrando alternativamente un extremo y otro en el agua sin cambiar el boga la posición de sus manos. En Garcilaso no es así. Leámoslo: los remos son de “caña gruesa”, “de una braza en largo hendida por medio a la larga”. “Toman [los indios] la caña con ambas manos para bogar”: una mano en el extremo, otra al medio. La canaleta de

la caña "sirve... para hacer mayor fuerza en el agua". "Tan presto como dan el golpe en el agua al lado izquierdo para remar, tan presto truecan las manos corriendo las cañas por ellas para dar el otro golpe al lado derecho, y donde tenían la mano derecha ponen la izquierda, y donde tenían la izquierda ponen la derecha. De esta manera van bogando y *trocando las manos* y la caña de un lado va a otro... que es esto lo más admirable..."³¹⁸

Según relata Cobo en otra de sus obras³¹⁹, en el cabezo de la isla de San Lorenzo, frente al Callao, "que hace abrigo al puerto", había siempre un vigía, que tenía por misión observar la llegada de las naves, cualquiera la procedencia, y "dar aviso al general". Tanto para el reconocimiento como para la comunicación a la autoridad del puerto, el susodicho centinela se valía de un indio, el cual en su *balsita de totora*, rapidísimo sobre las olas, daba encuentro a las naves y volaba después a tierra a informar. La llamada *balsa ligera de juncos*, hechura de los indios desde los tiempos remotísimos de la cultura Virú —un milenio antes de Cristo—, siguió prestando eficaces servicios a las autoridades españolas, superando por sus ventajas a los bateles de construcción europea, prestigiados por el remo verdadero, es decir, el remo de apoyo en tolete.

Del siglo XVII son estas dos versiones, que completan las anteriores. "Los indios son grandes nadadores y pescadores, no temen las olas por más que sean. Entran y salen en unas balsillas de juncos llamados enea, que no sufren dos personas... En llegando a tierra cuando vienen de pescar, toman la balsa a cuestras y la llevan a su casa, donde, o en la playa, la deshacen y enjugan, y cuando se quieren aprovechar de ella, tórnanla a atar"³²⁰.

El P. Lizárraga, de quien es la cita precedente, agrega este otro dato sobre la pesca en Chilca: "La costa [de Chilca], es abundantísima en pescado, lisas, corvinas, lenguados, tollos y otros; los indios usan sus *balsas de junco* como los demás desta costa y valles"³²¹.

"Cuando los ríos [de la Costa] —refiere el Anónimo Portugués— vienen crecidos... los pasan [los indios] en unas *balsas que hacen de totora*, que es como la caña que se cría a orilla de los ríos y por las lagunas. De esta totora hacen dos haces bien apretados y muy gruesos y largos, y quedan estas balsas hechas a modo de grandes pescados, y juntos estos dos haces y bien liados queda en medio un hueco o campo donde se ponen las mercaderías y oro y plata y gente y todo lo que hay que pasar y las pasan los indios con grande facilidad. Y siempre se pasan los ríos junto a la mar, porque allí llevan menos corriente..."³²². Agrega el autor de esta crónica de comienzos del

siglo XVII, que estas balsas de los ríos *se usaban igualmente en el mar*, como medio de comunicación y transporte sobre limitadas distancias, entre playa y playa por ejemplo.

LA BALSILLA DE TOTORA DEL PRIMER VIRREY

Las crónicas de casi todos los autores de la Conquista y Guerras Civiles, se ocupan con abundancia de pormenores del cruel y vejatorio episodio al cual fue sometido el primer virrey del Perú, Blasco Núñez Vela, por las autoridades que lo habían depuesto, confabuladas con el rebelde Gonzalo Pizarro.

La historia de este triste episodio mucho tiene que ver con el tema de esta parte, el de las *balsillas* y *caballitos de totora*, porque, para decirlo brevemente por anticipado, el pobre Núñez Vela, después de sus arrestos y desplantes como primera autoridad en el inmenso virreinato que tenía por sede la ciudad de Los Reyes, cayó terriblemente en desgracia, fue detenido y, ante el peligro que corría por parte de sus enemigos de un atentado, que podía costarle la vida, llevado a la isla de San Lorenzo, frente al Callao, con el objeto de tenerle allí aislado, bajo protección armada, hasta su conducción, cuando hubiera buque, a España. Y fue llevado del Callao a la isla en una *balsilla de totora*, con gran protesta de su parte, porque era indigna embarcación para su elevada jerarquía de representante del rey, y, sobre todo, según cuentan las crónicas, porque no sabía nadar y temía resbalar en las aguas nada tranquilas del *Camotal*.

La historia, verdaderamente conmovedora, la narran con lujo de detalles Gutiérrez de Santa Clara³²³, *el Palentino*³²⁴ y Calvete de Estrella³²⁵ y aportan datos de interés para nuestro estudio, entre otros, Garcilaso³²⁶, López de Gómara³²⁷, Cieza de León³²⁸, Zárate³²⁹, el *Anónimo* de la *Relación de las cosas del Perú*³³⁰ y el *Anónimo* de *Relación anónima de lo sucedido en el Perú...*³³¹.

De la revisión atenta de las fuentes se deduce que el virrey —aunque derribado, lleno de arrogancia y dignidad— fue conducido inicuamente a San Lorenzo, desde el portezuelo de los indios de Maranga, en una *balsilla* humilde y frágil de totora, de las de un solo hombre —aunque en esto, tocante a la capacidad, hay algún desacuerdo entre los autores arriba citados—, vale decir, en un *caballito*.

El depuesto representante de S.M., justamente indignado, protestó por el ultraje y pidió constara en el acta de embarque que tomó notario, su temor de que se tramara una celada para ahogarlo en el trayecto, pero de nada valieron sus quejas: fue subido a la fuerza a la *balsilla* de totora y llevado a la isla

frontera del puerto, entre mofas y palabrotas de quienes quedaron en tierra o lo siguieron para vigilarle; y allá, en la isla pelada, de pura arena, sin vegetación ni agua, llamada entonces *Isla de los Lobos*, hubo de permanecer cinco días. Al cabo lo llevaron en un buque de la escuadra al Norte, de donde escaparía para encabezar la infortunada campaña de Quito, que terminó con su muerte en manos de Gonzalo Pizarro.

La versión de Gutiérrez de Santa Clara es una de las más completas. Remontando a los antecedentes inmediatos, cuenta que para salvarle la vida al infortunado virrey, ya depuesto por la Audiencia —y después de haberse hecho odioso por la muerte del factor Illán Suárez de Carbajal—, el oidor Cepeda determinó enviarlo “a una isla despoblada, llamada de Lobos, cerca de una legua frontera del Callao, de Lima. Mandó al licenciado Rodrigo Niño, que era procurador de la ciudad, que con diez ciudadanos y cincuenta arcabuceros fuesen allá a le guardar hasta en tanto que hubiese navío para lo enviar a España, y con esto se fueron todos a la mar con el visorrey”.

La comitiva se constituyó —sigue contando el autor de los *Quinquenarios* con minuciosidad de periodista moderno— en el Callao (exactamente, según *el Palentino*, en el “portezuelo donde los indios de Maranga echan sus balsas”), el sábado 24 de setiembre de 1544. El oidor Cepeda, que había tomado la dirección del traslado del virrey a la isla, ordenó se le cuidase con toda consideración y se le protegiese de cualquier atentado. En llegando al sitio convenido para el embarque, donde esperaba una gran cantidad de balsillas con sus indios tripulantes, el mismo Cepeda, todo ceremonioso y formalista, pidió al escribano de S.M., Simón de Alzati (o Alceati), que diera fe del requerimiento que hacía a un grupo de vecinos notables de Los Reyes para que cuidase del virrey, defendiéndolo de todo peligro. Entre los vecinos notables estaban Juan de Salas, hermano de Hernando Valdés, arzobispo de Sevilla, Diego Bravo, Francisco de Ampuero, Rodrigo de Paz, Nicolás de Ribera *el Mozo*, Nicolás de Ribera *el Viejo*, Bernardino de Balda, Juan de Cáceres, Francisco de Talavera, Hernán Bravo de Lagunas, Hernán González Ramusgo y el licenciado, arriba dicho, Rodrigo Niño.

Pero, no obstante todas estas consideraciones y formalidades, el virrey se indignó. Vio la balsilla que se le había designado, con sólo un indio como remero, y echó a protestar, primero airadamente, después moviendo a conmiseración, en el más humilde y plañidero de los tonos. Además, “receló de engaño y tuvo sospecha que lo querían ahogar dentro de la mar, y que el indio que lo llevase trastornaría la balsa para que se ahogase, ca no sabía nadar, y el indio sí”. Dirigiéndose, con el rostro demudado por el pánico, al notario que levantaba acta de lo que

sucedía, pidióle que diera testimonio de su fundado temor: “de cómo los oidores y oficiales de S.M. y mis capitanes y los ciudadanos de Lima me echan por fuerza de la tierra del rey y me envían a una isla despoblada, *embarcándome en esta balsita de juncos y cañas...* para que me ahogue en esta mar”.

Replicó Cepeda diciendo que el recelo del depuesto virrey era infundado por cuanto iban a viajar en las mismas condiciones los numerosos ciudadanos, todos ilustres de la ciudad de Los Reyes, encargados de la custodia del afligido señor y que ellos, naturalmente, no podían correr riesgo alguno. El riesgo —admitió— existía, pero iba a ser *igual para todos*. De la *balsa* dijo que “*era barca que se usa en esta tierra entre los españoles y entre los indios*”. Añadió que, si bien este tipo de embarcación era incómodo, tenía que usarse necesariamente por cuanto en ese momento no había en el puerto ningún batel disponible toda vez que la escuadra estaba en Huaura, distante algunas leguas al Norte. Terminó con estas palabras:

—“Por donde verá que no lo llevan para lo matar, ni para lo ahogar, sino para lo apartar que no lo maten”.

Cumplidas las formalidades legales, propias del acto, por el escribano, cuenta Gutiérrez de Santa Clara que el infortunado virrey fue embarcado, ordenando entonces Cepeda “*a los cuatro indios que lo habían de llevar, remar la balsa*”. El Palentino, en cambio, dice que “el virrey fue metido en la mar *en una balsa de espadaña, o enea, con un indio que la remaba (porque en estas balsas no hay lugar ni capacidad para haber más gente)*” e igual hicieron sus acompañantes y custodios, “*cada uno en una balsa con su indio*”.

Si la balsa tenía cuatro bogadores, era una balsa grande, de las de carga descritas por Cobo; si uno solo, como dice el Palentino, era un simple y modesto *caballito de totora*. ¿A quién creer? Este es punto interesante en debate. El Palentino agrega, en abono de su versión —comentando la iniquidad de las mofas que sufría el virrey y el tremendo susto que se llevaba, todo él en sobresalto— que “era cierto cosa de lástima, ver ir de aquella suerte al virrey, metido en una *balsilla de enea, de poco sostén y menos seguridad, arrastrando los pies por el agua*, con mil sobresaltos que las ondas del mar de poco en poco le daban (por no tener experiencia en semejante navegación), lo cual se veía en el semblante de su rostro y por algunas palabras que decía... De esta suerte, pues, fue el virrey llevado a la isla y puesto en ella, con buena guarda de arcabuceros y de vecinos de Lima...”.

Todas las demás versiones del insólito, por descomedido, episodio, respaldan la de El Palentino, en el sentido de que la balsa de totora utilizada para el traslado del virrey del Callao a la



Balsa de calabazos, con personaje adelante, sentado. (*Huari* de la Costa Norte, en la denominación de Larco, o *Tiahuanacoide*. Procedencia: Lambayeque. Horizonte Medio, siglo IX de la era cristiana. Museo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Foto: Abraham Guillén).

isla frontera, fue una pequeña, de tipo *caballito*, manejada por un solo indio. Calvete de Estrella dice que "...los oidores, con el temor que tenían que los deudos del factor Carbajal matasen al visorrey, mandaron al licenciado Rodrigo Niño... que lo llevase a una isla desierta que está una legua frente al Callao... y es llena de arena y de lobos marinos... y como no hubo barcos, pasáronle a la isla en una balsa de espadañas, en la cual sólo él y un indio que remaba podían ir metidos en el agua hasta la cinta, porque en aquellas balsas no se puede ir de otra manera...". Tanto Zárate como el Anónimo cuyo texto ha sido incorporado a la *Historia de El Palentino*, señalan que la basilla era de enea o totora y de sólo "dos haces", detalles ambos que pintan al *caballito* o a la *embarcación de doble punta pero muy estrecha*. Con Cieza se dan dos posibilidades. En una parte dice que, llevado "a la costa de la mar" el visorrey para ser conducido a la isla, "como no había barcos, por estar en Guaura", se dispuso pasarlo en una balsa. Aquello fue —agrega— "otra mayor maldad, que fue mandar al visorrey que *entre dos pequeños haces de paja* se metiese para que un indio le llevase a aquella isla". En otra parte habla de dos indios. "El afligido hombre, temiendo... ser sorbido en el mar, blandamente les rogaba [a sus custodios] no quisiesen que se pusiese a peligro tan grande; mas no embargante sus dichos, el leal caballero fue puesto en *aquella paja*... Entrando en la balsilla el visorrey, *dos indios le llevaron a la isla*... partiendo luego el licenciado Rodrigo Niño con los otros que iban a guardar al visorrey en *otras balsillas* como en la que él había ido...".

En un episodio anterior a éste que acabamos de narrar —del que da cuenta detallada Calvete de Estrella— y vinculado con la captura de Núñez Vela, también entran en juego las *balsas de totora* del Callao, en una operación audacísima, tendiente nada menos que a tomar por asalto, en esas frágiles embarcaciones, carentes de toda protección, algunos buques de la escuadra, surtos en la rada. Aunque la versión de Calvete de Estrella no lo dice, puede pensarse que las balsas de este episodio fueron quizá de tipo mayor, capaces de llevar arbacuceros en condiciones propicias para la lucha y no *a horcajadas sobre la paja* como fue llevado días después el infeliz visorrey.

La crónica refiere que, producida la captura de Núñez Vela, el 17 de setiembre de 1544, y nombrado el licenciado Diego de Cepeda Capitán General, al frente de la Audiencia, los conjurados intentaron tomar la flota que estaba surta en la bahía del Callao, al mando de Diego Alvarez de Cueto. Alegaron que necesitaban los navíos para devolver a España al virrey depuesto, el cual, si quedaba en Lima, corría peligro de vida, dado que, tanto los parientes de Suárez de Carbajal, asesinado, como

Gonzalo Pizarro, cabecilla de la insurrección que ya bajaba del Cusco y se aproximaba a la capital, querían matarle.

Para esta exigencia, los conjurados mandaron a un representante ante el citado Alvarez Cueto, que estaba en la nave capitana; y como no había barca disponible en el puerto, este representante usó *unas balsas de los indios*.

Fracasadas las gestiones, los de tierra intentaron entonces tomar por asalto los buques de la flota, lo cual pensaron realizar "con gran copia de arcabuceros *en muchas balsas*". Mas, advertidos de la intención de los hombres de Cepeda, los jefes de la flota, Diego Alvarez Cueto y Jerónimo Zurbano, salieron con sus buques del puerto no sin antes prender fuego a las naves menores, para que sus enemigos no los persiguiesen.

El incendio no pudo ser combatido, con gran contrariedad de los de tierra: "Quemáronse los cuatro navíos, que no tuvieron remedio, porque aunque acudió mucha gente a la mar, *no hubo balsas para entrar a matar el fuego...*"³³².

Los buques de Alvarez Cueto y Zurbano siguieron hasta Huaura, donde quedaron, abasteciéndose de leña y agua.

LAS BALSAS DE TOTORA DEL TITICACA

Aunque este estudio se limita a la navegación *marítima* en atención al carácter general de la obra, se trata en seguida de las *balsas de totora del lago Titicaca* por el parentesco y similitud, de técnica de construcción y forma, que guardan con las balsas del Pacífico, anteriormente estudiadas en sus diversas modalidades.

Lothrop, con las mejores razones, sostiene el parentesco de unas y otras y se inclina, como ha sido visto anteriormente, por la paternidad de la balsa marina sobre la balsa lacustre.

A la llegada de los españoles, la navegación en el Titicaca estaba grandemente desarrollada. Los indios que vivían a las orillas de este lago (que es, entre los navegables, el más alto del mundo, con sus 3,810 metros sobre el nivel del mar), lo cruzaban en todo sentido, viajaban con regularidad a las islas, todas ellas muy importantes por sus templos, y enlazaban las villas y ciudades ribereñas con fines de intercambio o de simple comunicación humana.

No había sino un tipo de embarcación: la *balsa de totora*, de extremos en punta: "... tipo originalísimo... formado de haces de totora reunidos hasta hacer algo así como un semiesferoide oblongado, al que se dejaba una cavidad interior" para la carga y los pasajeros, con mástil para la vela³³³. La balsa se llamaba *huampu*, y estaba hecha con firmeza extraordinaria del mate-

rial indicado: la totora, *matara* en el idioma aborigen. La totora, aún hoy abundante en las orillas del legendario lago, crecía en aquel tiempo en espesas formaciones. Su tallo, de fibra esponjosa y muy ligero, se prestaba a maravillas para la finalidad de la construcción naval. Los indios la sacaban de las orillas, la dejaban secar y tenían un material altamente aprovechable. Servía para petates o esteras, para tejidos gruesos y, sobre todo, para las balsas. También hacían, mediante la unión de balsillas, *puentes de pontones*, como el muy famoso que vieron y usaron los españoles sobre el río Desaguadero. En Gutiérrez de Santa Clara se lee al respecto: "También hay otra puente muy larga y grande... la cual está entre los dos pueblos de Tiaguanao y Cepita, en el Desaguadero de la gran laguna de Titicaca... Los indios destes pueblos tienen atadas muchas haces de enea y junquillo, de gordor de un buey, y están puntiagudas por entrambas partes, como proas de barcos, y están muy reatadas y juntas las unas de las otras con unos bejucos muy recios y largos y unas maromas hechas de henequén y de pita... La puente tendrá... trescientos y tantos pies, y la anchura tendrá tres brazas... Y esta dicha puente está en el plano y superficie del agua, que besa en ella, por estar, como está, muy tirante de un cabo y del otro... Encima destas haces, que están hechas a manera de barcas, tienden los indios otra mucha enea, que atan muy bien a las barcas de abajo, y encima de todo ello echan mucha tierra, que no parece sino puente de piedra, o de tierra llana, que pasan por ella los de a caballo muy gentilmente, corriendo, sin temor alguno..."³³⁴.

Estos *puentes de pontones*, apoyados en *balsillas de totora*, por lo mismo que estaban sujetos a las fluctuaciones de las aguas, sobre todo en la época de crecida de los ríos, tenían un personal especializado para su cuidado y mantenimiento, constituido, en realidad, por *indios balseros*. Explica esta función Guamán Poma de Ayala: "En la época de los Incas, existían grandes *puentes de crisnejas* [o colgantes]... y otros pequeños... También denian puentes hechos de palos, y *balsas manejadas por indios balseros*, especialmente en los terrenos del Collao, Cangallo y Uancayo [Huancayo]"³³⁵.

Siguiendo a Alonso Ramos Gavilán³³⁶, Valcárcel refiere una leyenda recogida en la región del Collao, sobre el origen del río Desaguadero, que lleva las aguas del Titicaca al Aullagas. Una *balsa de totora*, sagrada, conducida por una fuerza sobrenatural, rompió las orillas del lago y trazó el cauce del río hasta el otro lago distante. Fue durante una gran fiesta en el Titicaca, cuando apareció un hombre bajado del cielo, llamado *Taapac*, que quiere decir "el hijo del creador", el cual quiso enseñar una nueva doctrina pero no fue escuchado y hecho blanco de

duras críticas y burlas. Como era muy santo, resolvieron las malas gentes del Collao darle muerte; "y así fue como un día lo empalaron con una chonta, matándolo cruelmente. *Su cadáver fue puesto en una balsa* y echado al agua, y cuéntase que el viento lo llevó rápido a Chacamarca, donde ahora es el río Desaguadero que antes no había y que lo abrió la balsa con su proa... hasta el lago Aullagas"³³⁷.

Otra tradición similar, recogida por el mismo Alonso Ramos Gavilán, en el distrito de Sicasica, habla de un santo varón que vino al mundo a poner buena policía y enseñar una noble doctrina, pero no fue escuchado por los hombres; éstos se le rebelaron, lo tomaron prisionero en Carabuco y, atado de pies y manos, fue arrojado a las aguas del lago Titicaca *en una balsa*, la cual siguió el curso del río Desaguadero, desapareciendo"³³⁸.

Una gran flota de balsas está ligada a otra leyenda, que cuenta uno de los episodios iniciales del imperio. Dice el texto transmitido por Pedro Gutiérrez de Santa Clara: "El primer señor indio... fue llamado Mango Inga Zapalla... el cual salió con gente armada de una grande isla llamada Titicaca, la cual está en medio de una laguna muy grande y bien honda en la gran provincia de Atún Collao. Este Mango Inga Zapalla procuró ser muy nombrado y aventajado señor más que todos los señoretos curacas que había a la redonda de aquella laguna, por lo cual propuso... de les ocupar las tierras... y ponellas debajo de su señorío y mando. Y con esta determinación *salió con mucha gente de la isla en muchas balsas* de cañas y madera seca y luego con halagos y amenazas atrajo para sí algunos curacas y señoretos, y los que no quisieron venir a su obediencia llamándolos, les dio mucha guerra hasta que los puso debajo de su dominio y mando... Y dicen deste Mango Zapalla Inga... que no tuvo padre ni madre, sino que nació entre unas peñas que están en la misma isla y que el dios, su padre, que era el Sol, lo crió allí"³³⁹.

En uno de los viajes de Túpac Yupanqui al Collasuyo, el Inca fue recibido con mucha pompa por los señores de aquella tierra, que ya estaba dominada. Más adelante, refiere Cobo, habiendo extendido su visita de inspección a los pueblos del lago, fue también recibido en forma jubilosa por éstos, y él les pidió que lo llevaran a la *isla sagrada*, lo que hicieron los indios ribereños con una *gran flota de balsas*, en la que se trasladó el monarca con su séquito. Dice Cobo: "Agradeciéoles el Inca la voluntad que mostraban llos señores y caciques de la provincia de Chucuito] de servirle, con palabras amorosas... y prometiendo de hacerles mercedes pasó adelante y quiso de camino visitar el *templo de Titicaca*. Tuviéronle los de la provincia prevenidas *muchas balsas* para el pasaje a aquella isla, en la cual se

detuvo algunos días, mandando edificar un suntuoso palacio y otros edificios reales...³⁴⁰.

Los principales constructores de balsas en el lago son los *uros*, pueblo muy atrasado en su manera de ser general, ya descrito como rudo y torpe desde el tiempo de la conquista española, pero extrañamente muy hábil en el arte de la navegación. Hoy como ayer, los *uros* emplean la totora para alimento de hombres y animales, para hacer sus viviendas y para la construcción de sus barcas. Viven casi exclusivamente de la pesca, la cual practican justamente desde sus embarcaciones.

Los españoles del siglo XVI hallaron —según cuenta Herrera— pueblos enteros que vivían en el lago Titicaca sobre balsas. Ataban muchas de estas embarcaciones a un peñasco, y así, anclados, permanecían largo tiempo a flote, saltando a tierra sólo eventualmente.

En Calancha se lee: “Esta laguna de Chucuito cría grandes ciénagas y pantanos y en especial un *total* de nueve leguas de largo y una o dos de ancho... En medio de este *total* hay una isla de tres cuadras de largo y dos cuadras de ancho, que es la principal habitación de los *ochozumas*, los cuales son señores de este *total*... le tienen hechas calles y ocultas sendas por todo él, por donde *con sus balsas le navegan*, con grandísima destreza sin ser vistos y arman peligrosísimas celadas a los que ignorando el puesto se atreven a entrar en el *total*...”.

Un escritor moderno dice: “*Los uros han vivido y siguen viviendo sobre balsas de totora muy grandes*, sobre las cuales habitan, abrigados por tolderas construidas de arcos de *chacilla*, cubiertos de esteras dobles de la misma totora... Un primitivo fogón hecho de arcilla, les sirve de cocina; su alimento es el abundante pescado que contiene la laguna...”³⁴¹. Y otro autor moderno, que ganó fama por sus estudios sobre etnología del Altiplano, describe así a los *uros*: “Indolentes, *pasan los días en sus balsas* o entre los *totales*... hasta que la lluvia o las tempestades los obligan a guarecerse en sus chozas...”³⁴².

Los pueblos más civilizados de las orillas del legendario lago, pasaban, también, en la antigüedad, parte de su vida en el agua, dedicados a la pesca. Disponían de *gran número de balsas*, y cuando celebraban algún acontecimiento, la fiesta no la hacían en tierra sino en el lago, como otro tanto hacían los pueblos pescadores del litoral marítimo.

Practicaban una suerte de *chaco lacustre*, para atrapar los patos silvestres y otras aves acuáticas, que comían. Acosta ha dejado al respecto la siguiente versión: “Cuando quieren hacer fiesta los indios a algún personaje que pasa por Chucuito o por Omasuyo, que son las dos riberas de la laguna, *juntan gran copia de balsas*, y en torno van persiguiendo y encerrando los pa-

tos hasta tomar a manos cuantos quieren. Lllaman este modo de tomar *chaco*³⁴³.

Pasando al campo de los estudios modernos y, particularmente, al de la Etnología comparada, que tantas sendas a la interpretación difusionista abre, Imbelloni observa sorprendido que las balsas del Titicaca, que aún construyen los *uros*, las de las tribus *tagalog*, de las islas Filipinas, y las de los navegantes egipcios de la antigüedad, *tienen mucho de común*. "Se trata —dice el sabio argentino— de aparatos construidos atando uno con otro los tallos de plantas lacustres muy afines —como el *bambú* en Filipinas, el *papiro* en Africa y la *tatora* en Perú-Bolivia, todos igualmente aptos para flotar sobre las aguas— y por ello reunidos en la categoría de *balsas*; su velamen es, además, preparado y aprovechado de manera idéntica"³⁴⁴.

¿Difusión o paralelismo? "La *invención independiente* choca con el mejor conocimiento analítico del modelo del Titicaca" —apunta el mismo Imbelloni, apoyándose en las demostraciones de Enrique Palavecino. En efecto: la estructura de la balsa se fundamenta en la "unión de dos haces de tallos laterales *con uno central menos corpulento*". Esta estructura se da en el Desaguadero, "también en la región peruana de los *mochicas*"³⁴⁵, en la laguna de Guanacache, en Argentina, en Sonora, México, en Tasmania y en la región fueguina. El uso de tallos delgados puede ser el resultado de una *idea elemental*, a lo Bastian, pero el detalle de la estructura necesariamente conduce a pensar en un *proceso de difusión*, con contactos sobre una amplia área geográfica.

El sorprendente parecido entre la balsa del Titicaca y la balsa de los navegantes antiguos del Nilo, ya había sido destacado por Rivero y Tschudi en el siglo pasado, a base de una referencia de Castelnau. Dijeron que era "digno de notarse... que las *velas de totora* de que hacen uso [los indios] en la laguna de Titicaca, y el modo de llevarlas, eran idénticos a los sistemas que se ven sobre el sepulcro de Ramsés III, en Tebas..."³⁴⁶.

Justamente sorprendido también, como Imbelloni, Canals Frau llama la atención sobre la vasta área de distribución de la balsa de totora y el parecido que se observa entre los modelos antiguos y los modernos. Ante los hechos —parece decir—, la tentación para escoger la fórmula difusionista es muy grande. "Un tipo muy extendido y que aún se construye [en Tasmania] —señala—, está constituido por la unión de *varios largos haces de juncos*. La disposición de estos haces es de manera que *los laterales queden algo más alto* a fin de producir *un leve ahuecamiento en la parte central de la superficie superior*... El tamaño puede llegar a ser hasta de diez metros de largo total.

“En América, estas balsas tienen, sobre todo, una *profusión occidental*, y aún las fabrican o fabricaban no ha mucho tiempo, los *huarpes* de las lagunas de Guanacache, los *pehuenches* del Neuquén, los *uros* del Titicaca, los *seris* de la costa de Sonora, en México, y los *shoshones* de California y de la Gran Cuenca. Sin contar que también se habían conservado en las *altas culturas del Perú*, y que hay noticia de su pretérita existencia en las costas de Chile”³⁴⁷.

LOS UROS, CONSTRUCTORES DE BALSAS

Los uros del Titicaca siguen siendo grandes constructores de balsas, y en esta técnica han alcanzado alto nivel de perfeccionamiento, que contrasta con la bajísima cultura que, en todos los órdenes de la vida, detentan miserablemente.

Para construir las balsas, usan la *totorá*, que la extraen de los grandes *totorales* del Desaguadero, que son de su propiedad.

Arturo Posnansky es uno de los que mejor han estudiado el arte de la construcción de balsas entre los uros. Respecto a la materia prima, refiere que “el único terreno que les queda, después de los despojos seculares e innumerables que han sufrido, es una lonja de tierra sobre la margen izquierda del río Desaguadero, de más o menos 1,500 metros de largo por 800 de fondo...”³⁴⁸. Agrega que “en la margen del frente del río Desaguadero, o sea en las comunidades y fincas de Yaru, Sojopaca y otras, habitan también uros; pero ya asimilados por los aimaras”.

Más adelante, expresa el mismo autor: “Los uros de Iru-Itu son los únicos que con valor y orgullo... han conseguido evitar la intromisión de los, por ellos, odiados elementos aimaras y aún son *dueños exclusivos del enorme totoral* que principia a extenderse desde cerca de la embocadura del río Desaguadero hasta el sitio donde tienen su actual residencia terrestre. El dominio de esta amplia región... es respetado hasta ahora por los aimaras y cuando estos desean cortar la robusta *totorá* en este sitio para fabricar sus *balsas* y *quesanas* (esteras de *totorá*), pagan una licencia a los uros y entonces trabajan balsas en sus *astilleros*. Pero, las más de las veces *prefieren comprar las balsas ya hechas...*”.

Por la compacta e intrincada aglomeración de las raíces de las plantas acuáticas, se forman cerca de los *totorales* pequeñas *isletas*. Son, en realidad, *isletas flotantes*. A ellas los uros se retiran en determinadas épocas, con sus escasos utensilios domésticos, para pasar una temporada, dedicados a la caza y a la pesca.

Los uros también construyen sus balsas en la isleta de tierra firme llamada Simillaque, muy baja pero que nunca llegan a cubrir las aguas, aun en las épocas de mayores lluvias y crecida del nivel del lago.

Con ser tan atrasados —y ello, desde tiempo inmemorial, como consta en los cronistas del siglo XVI—, los uros son eximios constructores de balsas. La de las balsas es su principal industria, y un negocio bueno también porque de su venta viven, obteniendo aceptables ingresos.

A este trabajo se dedican todo el año. "Para ello, cada familia tiene un canchón, a manera de astillero (o taller), sobre la playa, perfectamente separado del canchón del vecino por tapiales"³⁴⁹.

Las pequeñas industrias conexas a la de las balsas, también ocupan un lugar destacado en el cuadro general de actividades de los uros. Há y fabricantes de *quesanas*: esteras, como ya se dijo, que "los indios y cholos usan de alfombra y lecho... así como también para cubrir los productos de la recoba"; y fabricantes de *soguillas*, que los constructores de balsas emplean para *encordelar los haces*. Por lo general, quesanas y soguillas son hechas por las mujeres, ayudadas por los niños.

"Hábiles navegantes", la fama de tales les viene de antiguo, de mucho antes de la llegada de los españoles, tanto que Toledo, aprovechando de esta habilidad, les encargó por una de sus Ordenanzas el servicio de los barcos en muchas partes del Perú³⁵⁰. "Ahora mismo —dice Posnansky— no se concretan a navegar y pescar únicamente en el Desaguadero sino que incursionan también en el *lago grande*, al que llaman *Titicana*. Como son eximios náuticos, conocen perfectamente los diferentes vientos de cada estación y, sobre todo, la precisa hora en que tal o cual viento sopla, de ésta o de aquélla dirección. Cada viento tiene un nombre distinto. Como animistas que son, el viento para ellos es un ser viviente. (Tanto ellos, los uros, como los pueblos aimaras de las orillas del lago, llaman a los vientos con el nombre de la montaña o del lugar a donde se dirigen; así: viento del Ilimani, de Guaqui, de Copacabana, del Sorata, etc.)".

Para impulsar la embarcación, usan, o bien de la vela, o bien de la pértiga. Siempre que el fondo del lago no sea profundo, prefieren la *yoquena* o pértiga, "que es un palo redondo hasta de cinco metros de largo que acaba de un lado en tres puntas y que tiene por objeto hacer que esta vara no se introduzca demasiado en el fondo cuando el suelo del lago es fangoso". Cuando el viento es favorable, sacan la vela, que es de forma *trapezoidal*, tejida de totora, la que "manejan con suma destreza"³⁵¹. Cuando viven en las balsas, usan la vela también de tordo, para protegerse del viento, pero esta costumbre desaparece poco a

poco al desaparecer las grandes balsas, que antes servían de morada para la familia.

El tamaño, promedio, de las balsas de hoy, no pasa de los *seis metros por uno de ancho*; por lo menos, este es el tamaño de las balsas más negociables. Para navegar por los estrechos canales de los totorales, se usan balsas de *cuatro metros y medio*, rápidas y gráciles, muy manejables. Pero, en otro tiempo, "las balsas no eran del insignificante tamaño de ahora. Por los comienzos del siglo —dice Posnansky, a quien seguimos en esta parte—, conocí una balsa de apreciable tamaño que hacía el tráfico llevando ganado, víveres, carga y pasajeros, entre las islas del Sol y Yampupata. Transportaba hasta *seis bueyes y una carga de seis toneladas* en total. Sin duda, cuando la cultura de aquellos uros y otros pueblos lacustres estaba en pleno auge, *construían balsas de gran desplazamiento*".

Creer los arqueólogos bolivianos que los constructores de Tiahuanaco, especialmente los artífices habilísimos que hicieron la *Puerta del Sol*, emplearon para el transporte de los grandes monolitos, de hasta *quince toneladas de peso*, balsas de totora gigantes y acopladas. Sostienen algunos que "bloques mucho más pesados que el de la Puerta del Sol, fueron transportados por agua en época de Tiahuanaco desde su cantera situada al pie del volcán Kjaphia, en la península de Copacabana, o sea más o menos a 60 kilómetros de distancia".

Todo esto da verosimilitud a la versión de los primeros cronistas y colonizadores españoles, que dejaron dicho de la existencia de pueblos enteros de uros que vivían en grandes balsas de modo permanente o, por lo menos, durante largas temporadas, sin bajar a tierra.

No hay día que el uro, solo o acompañado, no dedique horas a la pesca. A veces se aparta del grupo o de la familia grandes distancias y, en la mayor soledad, trabaja con sus redes y otros aparejos. Usa diversos tipos de red, destacando una "semejante a la tarrafa de los arahuques amazónicos"³⁵². ¿Es ésta una prueba de lejano entroncamiento con los pueblos del Este? También tienen redes de arrastre, que remolcan utilizando varias balsas, y una de esparavel, que llaman *cacpara*. Para la pesca del suche, que abunda, usan un trinche o tridente, llamado *piri*, hecho de un palo con púas en el extremo, en número de ocho.

Si, por un lado, teniendo en cuenta la similitud antes dicha de la red de los uros con la red de los arahuques amazónicos, se podría establecer una relación de los pueblos de los llanos del Este con los del Altiplano, por otro lado, por ciertas semejanzas entre la técnica de las balsas de totora del Titicaca con las balsas de pellejos inflados de los changos, se podría igualmente establecer vinculaciones entre el Altiplano y las costas desola-

das que dan al Pacífico en el Sur del Perú y Norte de Chile. “El sistema de los changos —dice Posnansky— de juntar dos flotadores de pellejo para formar una embarcación, es el mismo que emplean los actuales uros del Desaguadero y del Poopó al construir sus balsas de totora, y constituye un medio muy ingenioso y adecuado para hacer prácticamente inzozobable el barco aun durante las más violentas tempestades”³⁵³.

El proceso de construcción de las balsas comunes de totora, es descrito así:

“Para obtener la materia prima [los uros] emplean unos cuchillos muy afilados, amarrados a la punta de un palo con el que cortan la totora más robusta... de la parte más cercana a la raíz, para aprovechar el tallo lo más largo posible, y la remolcan en enormes montones a sus astilleros.

“El primer paso en el procedimiento de fabricación... consiste en *secar la totora*. Para este objeto, la paran con las puntas hacia arriba y la agavillan, de modo que el viento y el sol puedan obrar favorablemente, produciendo la evaporación de una gran parte de la abundante agua que contiene.

“Cuando la totora tiene el grado de sequedad que se requiere, forman los grandes rodetes (o haces), semejantes a enormes cigarrillos puros, del largo de la balsa que desean formar. Entonces, por medio de delgadas soguillas trenzadas de paja, atan y acordelan cada uno de aquellos rodetes (o haces) golpeando y pisando sobre ellos, para apretarlos, hasta que se forma un cuerpo rígido con ambas puntas levantadas hacia arriba.

“Una vez listo éste (el haz rígido), juntan por los lados aquellos dos rodetes (o haces) que son los flotadores de la embarcación poniendo previamente entre ellos un pequeño rodete, que llaman *tusi* (o corazón) y encordelan todo con las mismas soguillas de paja. Así forman un solo casco hermoso, esbelto, cual un pez de doble cuerpo. El último trabajo consiste en la colocación de otros dos rodetes en ambos costados, casi del mismo lado de la embarcación pero muy delgados, o sea de más o menos veinte centímetros de grosor, hechos de totora en la misma técnica que los flotadores, que a su vez hacen el servicio de bordas (o *falcas*) para que el pasajero o la carga estén asegurados contra el deslizamiento hacia el agua.

“Dos palos redondos y verticalmente puestos, amarrados a ambos lados de la balsa y las otras puntas liadas en forma de A, sirven para asegurar la *vela*, confeccionada del mismo material de la totora. La vela, de manera semejante a la que se acostumbra en los pequeños veleros, se mueve con cordeles conforme el viento lo exige.

“Estas embarcaciones son livianísimas..., se timonean de una manera asombrosa y son, además, insumergibles. La balsa de

totora se bate en las más peligrosas tempestades, en las cuales, cuando el indio desespera, se amarra en ella para no ser arrojado por las olas, esperando así hasta que la furia de las aguas cese"³⁵⁴.

BALSAS DE CALABAZOS

Para pasar los ríos en crecida, cuando era imposible vadearlos por el mucho caudal o la violencia de las aguas, y, eventualmente, para cruzar la entrada de una bahía o pasar de una playa a otra mediando buen tiempo, los indios de antes de la llegada de los españoles usaban también, a más de los caballitos y balsas de totora que hemos descrito anteriormente, y de las balsillas de tres troncos, las *balsas de calabazos*.

Calabazas grandes, cuidadosamente escogidas y preparadas, eran unidas entre sí por medio de cordeles y metidas convenientemente dentro de bolsas grandes de tejido de red. Se formaba, de esta guisa, una especie de plataforma flotante y muy ligera que se deslizaba sobre el agua al impulso de tres o más nadadores hábiles y adiestrados en la faena. Esta era peligrosa en tratándose de ríos, sobre todo cuando en los meses de verano aumentaban considerablemente de caudal, poniéndose furiosos y bajando con violencia de tropel de las alturas. En el mar, en cambio, la tarea de impulsar las balsas no representaba riesgo alguno. Usaban este medio de transporte en el mar sólo los personajes importantes de la política o los sacerdotes, como se deduce de la representación ceramográfica.

La balsa de calabazos no tuvo la fuerza, como la de totora, para enfrentar a los nuevos medios de transporte traídos por los españoles; y fue cediendo terreno. Desaparecida de las playas, quedó, sin embargo, mucho tiempo, aunque en retirada y ocupando un lugar secundario, en los ríos. En el siglo XVII la describieron Lizárraga, el Anónimo Portugués y Vásquez de Espinoza, y usaron indicando que era indispensable en el Santa, por ejemplo, cuando, por las lluvias, se presentaba el río imposible de vadear. En la centuria siguiente, los marinos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa la vieron también, en el mismo río acabado de citar, y esta versión, que procede de 1740, puede considerarse como una de las últimas.

La extinción de la balsa de calabazos se produjo, entre otras causas, por la importación de animales de carga y tiro, como el mulo y el caballo, que prestaron desde los primeros momentos de su llegada a la nueva tierra servicios inapreciables no sólo en el recorrido de grandes extensiones, por los llanos y las sierras, sino, particularmente, en el cruce de los ríos de la Costa,

ante cuyas aguas, por revueltas que estuviesen, aquellos animales se mostraban valientes y decididos. Así, pues, con el tiempo, al balsero de las primitivas barcas de calabazos, siguió, gracias a los nuevos animales, el *chimbador*. Este se haría famoso, muy particularmente en el río Santa, y su fama la mantendría hasta los albores del siglo actual. Patéticos relatos de las hazañas de los *chimbadores* traen en sus bellas páginas Tschudi y Raimondi.

Aunque yerra Edwards al decir que "los *únicos* datos que se poseen sobre las *balsas de calabazos* son de los tiempos del *primer contacto* con los españoles...", por cuanto hay información detallada de los siglos XVII y XVIII, que resulta para el análisis del sistema tan buena o mejor que la del siglo de la Conquista, no se equivoca al indicar que la decadencia sobrevino pronto, que los grandes modelos pasaron a la historia, que el mayor tráfico en los ríos quedó encomendado a los mencionados *chimbadores* —indios, también— y que, por todo ello, la investigación tiene que comenzar con las fuentes del siglo XVI, las del *primer contacto*³⁵⁵.

Los españoles de la Conquista, impelidos por las circunstancias, así como en los canales de la Puná o en las aguas de Tumbes usaron balsas de troncos para desembarcar con sus caballos y pertrechos, así, en la épica marcha a Cajamarca para la captura del Inca Atahualpa, recurrieron en varias ocasiones a las balsas de calabazos de los indios. Lo cuenta, entre otros, Diego de Trujillo, en su *Relación*: "Por Cinto y por Motupe... llegamos a Saña, que es una población grande...; topamos un río grande³⁵⁶...; pasámosle en *balsas de calabazos*, los que no sabían nadar..."³⁵⁷.

Se usaban estas balsas principalmente, como ya se ha dicho, para el paso de viajeros de una orilla a otra en los ríos muy cargados, pero no pocas veces eran destinadas a la conducción de mercaderías³⁵⁸.

En su construcción empleábanse calabazas grandes, cuerdas y redes. Hablando de las diversas aplicaciones de las calabazas, Cobo dejó dicho que las principales eran: para hacer platos y escudillas, vasos y jarros para beber, vasijas grandes para almacenar agua y bateas para diversos usos, y, sobre todo, las grandes, para hacer "balsas en que pasar los ríos"³⁵⁹.

"Fórmanlas —dice el mismo Cobo— con muchas calabazas secas y enteras, con no más disposición y orden que meter buena cantidad dellas en una red, y *cada redada es una balsa*, encima de la cual se pone la gente que ha de pasar, y *los balseros o bogadores van a nado*, uno o dos adelante, tirando della, con unas cuerdas asidas de la frente, a manera de caballo de carroza, y otros detrás, también nadando, quē, puestas las manos en la po-

pa de la balsa, la van echando adelante, haciendo fuerza con los pies en el agua...". Añade Cobo: "En este género de balsas se suele pasar el río de Santa, que es uno de los más caudalosos y rápidos que por esta costa entran en la Mar del Sur"³⁶⁰

Los indios de la Costa llamaban entonces a la calabaza *mati* (castellanizado, *mate*) y los del Altiplano, región aimara, *chucña*³⁶¹.

El tamaño de estas balsas era, desde luego, reducido, y, por lo mismo, sólo servían, generalmente, para una sola persona; de allí que su impulsión no era difícil para los nadadores. Lo cuenta Garcilaso: "Otras balsas hacen [los indios] de *grandes calabazas enteras*, enredadas y fuertemente atadas unas con otras *en espacio de vara y media en cuadro* más o menos como es menester". Y, explicando el sistema de impulsión, el insigne cronista dice: "Echanle [a la balsa] por delante un *pretal*, como a silla de caballo, donde el indio barquero mete la cabeza, y se echa a nado y lleva sobre sí nadando la balsa y la carga hasta *pasar el río o la bahía* o el *estero de mar*; y si es necesario lleva detrás un indio o dos ayudantes que van nadando y empujando la balsa"³⁶². Esta cita, por lo demás, confirma el uso de la balsa de este tipo en las playas del mar, en las caletas de pescadores, y en general, en el medio marino, en competencia unas veces con las balsas de totora o de palos, otras veces sola, sin esa competencia (allí, por ejemplo, donde escaseaban los pantanos con plantas acuáticas y los indios carecían de la materia prima para hacer sus esquifes).

Algunos vasos escultóricos muestran al pasajero de la balsa de calabazos sentado al centro de ella, con las piernas cruzadas; pero los españoles, menos habituados a esos riesgos, preferían cruzar los ríos tendidos boca abajo y aferrados a los bordes o cuerdas de la red. "Corren los ríos con tanto ímpetu por venir de tan alto —dice Zárate—, que muchos dellos... no los podrían pasar los españoles... sin ayuda de los indios... Los que caminan por los llanos van siempre *por la orilla de la mar*... y en invierno es peligroso camino porque vienen los ríos tan crecidos que no se pueden pasar sino en... *balsas*..., o en otras que hacen hinchiendo unas *redes de calabazas*, y sobre ellas va *tendido de pechos* el que ha de pasar, y un indio va delante, asida la *balsa*, a nado con una cuerda, y otro detrás echándola hacia adelante..."³⁶³.

Semejantes son las versiones que dan Gómara³⁶⁴ y Antonio de Herrera. La de este último explica que los ríos de la Costa "no son tan grandes como los que desaguan en la Mar del Norte, porque corren poco espacio, pero son recios y con súbitas avenidas, por caer de la Sierra. Los indios usan de muchos artificios para pasarlos; tienen, en algunas partes, una maroma atravesada, y en ella un cesto; y metido en él el pasajero, le tiran desde

la otra ribera... En otros ríos va el indio caballero en una *balsa de paja*, y pone a las ancas al que pasa; *en otras partes tienen una gran red de calabazas*, sobre las cuales se pone la ropa, y las personas, y asidos con unas cuerdas los indios, van nadando, y *tirando como caballos de coche*"³⁶⁵.

Pero, los mejores informes sobre las balsas de calabazos los proporcionan los autores del siglo XVII, entre ellos Lizárraga y el Anónimo Portugués. El primero refiere que el valle del "Sancta" tiene "muchas y muy buenas tierras todas de riego, con acequias de un río de boníssima agua y muy grande, que pocas veces se deja vadear. Pásase en *balsas de calabazos*, y es *lo más seguro*. Estas balsas las hacen los indios *mayores o menores* [grandes o chicas], como es la gente o hato que se ha de pasar. *Los calabazos son muy grandes y redondos*: pónenlos en una red a la larga ocho o diez, otros tantos en otra y así lo ensanchan conforme son los que han de balsear. Hácenla de seis, siete y ocho hileras de calabazos; las redes atan unas con otras; atadas, encima echan leña y ramas; se meten las personas y el hato. Luego, dos indios, grandes nadadores, como lo son todos los de los llanos, atan una sogá a la balsa y ciñendosela por el hombro toma cada uno su calabazo grande y echándose sobre él nadan, y desta suerte llevan y pasan la balsa de la otra parte del río por poco precio que se les dá"³⁶⁶. Los indios, por consiguiente, encargados de la impulsión de la balsa, no se confiaban exclusivamente a sus facultades natatorias —que, aunque grandes, podían fracasar por la turbulencia de las aguas— sino que, para cualquier emergencia y mayor tranquilidad en el trabajo, iban asidos a un flotador, también de calabaza, grande, o echados sobre él: con el armonizado movimiento de la mano libre y de las piernas, avanzaban, comunicando mediante la cuerda que tenían atada a la cabeza (como pretina) o a los hombros, la fuerza de impulsión a la balsa.

La barca que describe Lizárraga, de varias hileras de calabazos, debe corresponder a las grandes balsas de la antigüedad y a los modelos que se usaban generalmente para la conducción de las autoridades y altas figuras del clero, en el mar.

En el Anónimo Portugués, de comienzos del siglo XVII, se lee: "...este es [el río Santal el río mayor, más recio de estos valles y llanos; se pasa en unas *balsas hechas de unas calabazas que llaman mates*... *Estos mates son tan grandes como escudos o rodellas y de un palmo de alto, y son llanos por ambos lados y redondos, y en medio un poco huecos*. Estos los enredan con unos cordeles cantidad *del tamaño de una cama*, así más larga que ancha y le ponen encima un poco de fajina y luego cargan todo lo que tienen que cargar, así gente como ropa, y *cuatro indios asidos de los cuatro cantones cada uno con su mate en los pechos*

Personaje prominente ocupa, sentado, el centro de una pequeña balsa mientras tres nadadores impulsan la rústica embarcación: uno adelante, sujeto a la plataforma por los pies, y dos a los lados, avanzando a fuerza de un solo brazo. Este sistema, muy usado en el cruce de los ríos de la Costa (*chimbadores*), también se aplicó para recorridos cortos en el mar. (*Mochica*. Procedencia: Costa Norte. Aproximadamente, 400 años después de Cristo. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Abraham Guillén).



bien asido con cordeles van nadando derechos como si anduvieran por tierra de los mates arriba fuera del agua, y pasan de esta suerte este río...³⁶⁷.

Como en la temporada de lluvias en la Sierra, el río Santa carga peligrosamente, siempre el paso de una orilla a otra de su cauce por balseros en barcas de calabazos motivaba admiración y temor. A pesar de la habilidad de los bravos indios conductores, el riesgo era grande, y los pasajeros, como en los *caballitos de río*, preferían echarse de bruces, boca abajo, cerrando aun los ojos, a quedar sentados, como en los viejos tiempos prehistóricos, presenciando su propio drama en medio de aquellas aguas terriblemente movidas.

Vásquez de Espinoza ratifica los datos anteriores³⁶⁸.

Como ya se dijo, la balsa de calabazos siguió en uso, relegada a segundo plano, y sólo como medio de transporte auxiliar en algunos ríos (el Santa, por ejemplo), hasta las postrimerías del siglo XVIII, como lo confirman los marinos Juan y Ulloa, en su *Relación histórica*, y el tratadista Laporte, en *El viajero universal*, de 1796. Juan y Ulloa puntualizan que el uso de la balsa de calabazos se consideraba extremo, sólo en el tiempo de la máxima crecida de las aguas, es decir, en los repuntes de avenida de los meses de febrero y marzo, cuando el río prácticamente se cerraba a los *chimbadores*. Sólo entonces, quedaba para los viajeros muy apremiados, "el recurso de poder [pasar el río] en *balsas de calabazos*... pero nunca sin peligro, pues suele suceder que cayendo en alguna violenta corriente, arrastre consigo la balsa hasta meterla en el mar..."³⁶⁹.

Igual dice Laporte: "Cuando es invierno en la Sierra, que corre muy cargado, no puede vadearse muchos días [el río Santa], y entonces es forzoso que se detengan los pasajeros hasta que disminuyan las aguas... porque si no tienen el recurso de poderlo pasar en *balsas de calabazos*, rodeando seis u ocho leguas más arriba del pueblo, donde hay más comodidad para ello; pero, nunca sin peligro, pues suele suceder que cayendo la balsa es arrebatada de la corriente y la lleva hasta el mar"³⁷⁰.

Como una supervivencia de la antigua costumbre descrita, con especial esmero, por Lizárraga, debe considerarse el uso, al presente, de flotadores de calabaza o mate, adheridos al cuerpo mediante cordeles, con que los mayores enseñan a los niños la técnica de la natación.

Un ceramio mochica, perteneciente a los fondos del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, muestra una pequeña balsa, con tres nadadores: uno adelante y otros a los lados, que la impelen. Los nadadores llevan un gorro y *huara*. Los de los lados están asidos a la balsa y se desplazan con el movimiento de la mano libre coordinado al de las piernas. El personaje conducido

de manera tan eficiente como sumisa, muestra solemnidad; debe ser una figura prominente del grupo.

Otro cerámico —éste, del Museo de la Universidad de San Marcos— enseña lo que podría ser una balsa de calabazos de *redadas superpuestas*; es decir, una balsa sobre otra, para mayor seguridad de los viajeros y mayor altura de la barca. La forma abultada de los calabazos se distingue claramente. Un personaje, con las piernas cruzadas y un extraño tocado en la cabeza, va encima, portando un vaso en la mano derecha, pero no hay nadadores que impulsen la balsa.

En el mar, la balsa de calabazos fue un medio auxiliar de navegación, y su capacidad de travesía, muy limitada.

LA Balsa DE ODRES

Advirtiendo que, en la forma, no se diferencia mucho de la de totora —rasgo muy importante que en nuestros días ha destacado Lothrop—, Cobo describe de la siguiente manera la *balsa de odres*, conocida también con el nombre de *balsa de pellejos inflados*, propia del Sur del Perú y Norte de Chile, más de esta última parte que de la primera: "No muy desemejantes [a las balsas de totora] si bien en la materia diferentes, son otras balsas que usan los indios de la provincia de Arica. Hácenlas de dos cueros de lobos marinos llenos de aire, los cuales atan uno con otro al modo de los dos haces de que se hacen las de enea. En cada una va sólo un indio, y entra a pescar en la mar tanto trecho como en las otras. Mas porque estas balsas suelen aflojarse en el agua y decrecer, para que no se hundan, lleva cada indio un cañuto, y en medio de la mar se pone de cuando en cuando a desatarlas y rehenchirlas a soplos, como si fueran pelotas de viento. Son tan livianas y ligeras en el agua, como la materia de que son compuestas, que es aire; nunca se les ponen velas, como ni a las de enea, y sólo se navega en ellas a remo, como en las primeras"³⁷¹.

En otra parte de su famoso y cuidadosísimo inventario de Historia Natural, el mismo Cobo, hablando, no propiamente de las balsas de odres, sino de los *lobos marinos*, de cuyos pellejos se hacían esas embarcaciones, anota que "en algunas partes, como es en las costas de Arica y Chile, los desuellan enteros, y del cuerpo, llenándolo de viento, hacen balsas; porque de dos juntas hacen una balsa; y entran en ellas los indios a pescar en la mar; y cuando se aflojan, sin salir del agua, los rehinchan de viento desatando un agujerillo que les dejan para este efecto y soplando por él con un canuto delgado..."³⁷².

Como era muy grande la cantidad de lobos marinos que poblaban las costas del Perú y Chile, "desde la línea equinoccial hasta el reino de Chile", nunca faltaba a los indios de aquellas comarcas desoladas la materia prima requerida para la construcción de sus primitivas pero muy ingeniosas y, sobre todo, muy marineras y segurísimas balsas. (Sin embargo, como anota Lothrop en su estudio sobre la navegación aborigen americana, a veces escaseaban los lobos, ya por mortandad inusitada, ya por retirada de las peñolerías frecuentadas por el cazador, y entonces, apremiados por la necesidad, los indios improvisaban embarcaciones con el material flotante que obtenían del *corazón de los cactos gigantes*)³⁷³.

En el inventario de Acosta, la referencia a la balsa de odres es mucho más breve pero consigna el dato importantísimo de que este tipo de embarcación no era sólo usado en la costa extrema meridional del Perú sino también en Ica. Dice: "Otros *indios de los valles de Ica* solían ir a pescar en unos cueros o pellejos de lobo marino, hinchados, y de tiempo en tiempo los soplaban como a pelota de viento para que no se hundiesen..."³⁷⁴.

Cieza hace mención de este tipo de barca en dos de sus obras. En *La Crónica del Perú* refiere que, para pescar, los indios de las costas de Tarapacá hacen "balsas de grandes haces de avena o de cueros de lobos marinos, que hay tantos en algunas partes que es cosa de ver los bufidos que dan cuando están muchos juntos"³⁷⁵; y, en *La Guerra de Quito*, que es el libro tercero de las guerras civiles del Perú, relatando el episodio protagonizado por Diego de Rivadeneira en Arica, cuando la persecución de Centeno por Carvajal, en la guerra de Gonzalo Pizarro, cuenta que los hombres de Rivadeneira, habiendo visto un buque en la bahía en el cual podían huir, "no teniendo remedio se pusieron a todo peligro para tomar el navío, y así adobando la barca como mejor pudieron, en ella y en una balsa que era hecha de un cuero de lobo marino, entraron algunos soldados, los cuales pudieron allegar al navío..."³⁷⁶.

De Lizárraga hay esta otra versión, que coincide en todo con las anteriores: "Los indios pocos que habitan en las caletas desta costa desde Arica a Copiapó, que es el primer pueblo del reino de Chile, salen a pescar en *balsas de cueros de lobos marinos llenos de viento*; cósenlos tan fuertemente que no les puede entrar gota de agua; la costura está para arriba y *el ombligo en medio de la balsilla, en el cual cosen una tripilla* de dos palmos de largo, por donde la hinchán, y luego la revuelven o tuercen y enroscan. Cuando sienten que la balsilla está floja, desenroscan la tripilla y tornan a hinchar su balsa, usando de *canaletes* por remos, y no sufre cada balsilla sino una persona; la que sufre dos es muy grande; entran la mar adentro, en ellas, *seis leguas* y

*más*³⁷⁷. Con ser general, esta descripción aporta un dato de sumo interés, y es el de la ubicación de la tripilla para el ingreso del aire a los odres: estaba en el ombligo, y la tripilla se enroscaba y desataba, y en plena navegación, como lo anotan casi todos los cronistas, podía la balsa ser reabastecida de aire y seguir navegando con ligereza.

Finalmente, en este recuento preliminar de las referencias de los cronistas a la balsa de odres, Vásquez de Espinosa dice: "Los indios de esta costa [de Atacama]... hacen sus barcas, o *balsas sobre dos cueros llenos de viento*, en que salen la mar afuera a pescar porque en aquella zona se hace grandísima pesca de congrios, tollos, lisas, dorados, armados, bagres, jureles, atunes, pulpos, y otros muchos géneros de pescados que salpresan, y dél llevan grandes recuas... a Potosí, Chuquisaca, Lipes, y a todas aquellas provincias de la tierra de arriba, porque es el trato principal de aquella tierra..."³⁷⁸.

Después de la Conquista, la balsa de odres subsistió por mucho tiempo, siendo embarcación muy usada por los nativos en las costas del Norte de Chile. Viajeros del siglo XVIII la vieron en los puertos chilenos y dejaron de ella descripciones pintorescas, que ahora resultan útiles para determinar sus características.

Ya en nuestros días, la balsa de odres ha desaparecido de todos los sectores de su antigua área de distribución. Las últimas fueron hechas por 1900, por los indios pescadores de Paposo y Coquimbo, en Chile, quienes mostraron a Ricardo Latcham, en forma ordenada, el proceso completo de construcción³⁷⁹. El método que vio Latcham difería muy poco del usado por los pescadores prehistóricos del país de los *changos*. Hoy, por consiguiente, los odres se han convertido en piezas de museo y los ejemplares que existen son pocos. Lothrop da cuenta de uno en el Museo de la Marina, de París, estudiado por Rivet; de otro en el Museo Nacional de Historia Natural, de Santiago de Chile; y de un tercero, para cerrar la cuenta, en el Museo del Indio Americano, de la Fundación Heye, de Nueva York.

En la literatura científica y de viajes de los siglos XVIII y XIX hay numerosas y detalladas descripciones que armonizan con las de los cronistas. El capitán George Shelvocke —citado por Edwards— vio balsas de pellejos en los puertos de Arica y Pisagua en 1720, y del mismo año es la siguiente nota de S. Durret, autor de un relato de viaje de Marsella a Lima: "Para pescar, se sirven [los *changos*] de una máquina llamada entre ellos *barce*: está compuesta de dos pieles de *lobos marinos*, cosidas, de nueve a diez pies de largo, que al inyectárseles aire se hinchan hasta adquirir el tamaño de un tambor; otro tanto hacían con otras dos pieles, luego las unían dejando entre una y otra

un espacio de más o menos dos pies de ancho, en donde colocaban una plancha cubierta con una piel de lobo de mar, sobre la cual se sentaban y bogaban con un remo de dos palas...³⁸⁰.

De todas, la más famosa de las descripciones es la de M. Frézier, contenida en su *Relación*, de 1732. Dice: "Para echar sus redes al mar, los pescadores [del Norte de Chile y Sur del Perú] se sirven de *balsas* en vez de botes. Estas son *dos grandes vejigas alargadas*, llenas de aire, hechas de piel de lobos marinos, tan bien cosidas que un peso por considerable que sea, no es capaz de hacer salir el aire... La manera de coserlas es especial: perforan las dos pieles juntas con una lezna o espina de *pejegallo* y por cada agujero pasan un pedazo de madera o espina de pescado sobre los cuales de unos y otros cruzan por encima y por debajo cuerdas mojadas para tapar precisamente la salida del aire.

"Se unen dos de estas especies de vejigas o globos alargados por medio de palos que se colocan sobre las dos de modo que adelante estén las vejigas más juntas que atrás, y con una papagaya o remo de dos palas un hombre se coloca encima..."³⁸¹.

Amat y Junient, que llegó a virrey del Perú, da una excelente descripción de la forma como se hacían las balsas de odres. Esta nota es del año 1770 y dice: "El constructor, después de desollar la *foca*, separaba la piel en dos capas, de tres o cuatro varas de longitud y un poco más anchas en un extremo (para la popa) que al otro. Las pieles eran unidas mediante fuertes púas que se hacían pasar por los bordes superpuestos... Los pontones resultantes eran inflados mediante un pequeño tubo y unidos por la proa y la popa con travesaños de madera y ligaduras, fuertemente unidos en la proa y algo separados en la popa"³⁸².

Laporte, en *El viajero universal*, consigna esta breve noticia: "Los habitantes de las riberas [del Norte de Chile] se servían... de balsas de madera o de *pieles de lobos marinos*, en forma de odre, y llenos de aire"³⁸³.

La versión del capitán Basilio Hall (1783-1844), de la marina de guerra británica, es importante porque refiere el uso de balsas de odres en el puerto de Mollendo en el año de la independencia. Correspondiente al siglo XIX, este testimonio es el más septentrional de cuantos se conocen de la época. "Siendo [en Mollendo] el agua profunda —dejó dicho—, los buques están obligados a acercarse a la costa a menos de un cuarto de milla para poder fondear; y como no hay nada para quebrar el mar de leva que del Pacífico se resuelve contra la costa rocallosa, se origina una rompiente de enorme magnitud que se estrella y ruge al pie de las barrancas del modo más espantoso... La operación de desembarcar en tal sitio es difícil y peligrosa... Me habían dicho que los botes de los barcos rara vez pueden cruzar

la resaca, y que la balsa hecha de cueros de lobos es lo conveniente...³⁸⁴. (La experiencia se lo confirmó). Además, el capitán Hall no solo vio balsas de odres sino que las usó para trasladarse a tierra y llevar pasajeros y mercaderías. Lo hizo siguiendo buenos consejos de la gente del puerto; no por novelería, por consiguiente, sino por seguridad. Dejó dicho también que "toda la mercadería destinada al interior que se desembarca en esta parte de la costa [Mollendo, Sur del Perú] es bajada a tierra de esta manera", es decir, sobre balsas de odres o pellejos inflados³⁸⁵. En otra parte de su relato, el marino inglés indicó que las balsas tenían, encima, una plataforma, como cubierta, hecha de cañas y pajas entrelazadas, a manera de estera o petate, y que las dimensiones de esa plataforma eran, aproximadamente, cuatro pies de ancho por seis a ocho de largo. Sobre esa plataforma, firmemente sujeta a los pellejos, iban el tripulante, armado de sus remos para la impulsión, la carga y los pasajeros.

En las movidas aguas de Mollendo, peligrosísimas cerca de tierra por las enormes olas y las rompientes, la balsa de odres era la embarcación, con ser tan primitiva, más recomendable, por segura y fácil de maniobrar. Bien sujetos a ella los pasajeros, no había nada que temer.

Por la misma época, la balsa de odres se imponía sobre toda otra clase de embarcación en Arica. La vieron desempeñarse admirablemente los viajeros George Coggeshall, quien quedó muy impresionado de "las cualidades náuticas de estas embarcaciones" (1825), y William Bennet Stevenson, para quien era embarcación "indispensable" en aquellos mares, por lo difícil que se presentaba la maniobra para los botes comunes. "El desembarco en la bahía —contó— ofrece dificultades casi insuperables, siendo a veces impracticable, *excepto en una especie de balsas formadas por pieles de vacas* [sic] *marinas infladas*; de ordinario se cosen juntas por los extremos dos de estas pieles, y la balsa se construye atando las dos pieles así cosidas, y extendiendo arriba algunas cañas. El hombre que conduce la balsa se sienta a horcajadas en la parte posterior, y la impulsa con una pala muy ancha, que sujeta por el medio y maneja a ambos extremos; los naturales son tan diestros, que sobre estas frágiles embarcaciones no corren ningún peligro de naufragar ni de encallar en los arrecifes. Sobre balsas de esta especie, tan singulares y que parecen tan inseguras, *se desembarcan en Arica todas las mercaderías*, y se llevan a los barcos, excepto cuando el mar está muy en calma y la marea baja"³⁸⁶.

Un naturalista célebre que recorrió entre 1827 y 1832 las costas meridionales del Perú y parte de las de Chile (y Bolivia de entonces) —Eduardo F. Poeppig—, fue un admirador, también, de estos increíbles barquichuelos, que flotaban, según contó a sus

contemporáneos, con una facilidad pasmosa y que, no embarcante su frágil constitución, eran de una seguridad completa. Vio las balsas de odres, hechas todavía a la exacta manera de los modelos prehispánicos, que se mantenían fieles en la tradición de los grupos pescadores, en los puertos de Coquimbo y Cobija y, por el Sur, las constató en el puerto de Talcahuano, posiblemente en ese entonces el límite meridional de la extraña embarcación aborigen³⁸⁷.

P. Lesson, viajero francés a bordo de la famosa corbeta *La Coquille*, que visitó las costas occidentales de Sudamérica por el año 1838, también, como no podía ser de otro modo, se sorprendió de los *pellejos inflados* de los changos y otros pueblos pescadores, y los describió de la manera siguiente: "Dos cuerpos colocados uno al lado del otro, y unidos por ligaduras, componen el conjunto de este esquife o embarcación: cada uno de estos cuerpos está formado por *un conjunto de pieles de lobos de mar*... Estos dos odres o pellejos alargados son unidos por pedazos de madera colocados transversalmente y amarrados por fuertes correas. Vacía, esta embarcación apenas toca el agua, cuya superficie sólo roza, por decirlo así; con carga se hunde de cuatro a seis pulgadas"³⁸⁸.

Por la misma época del anterior, estuvo en las costas meridionales del Perú y en las de Bolivia y Chile, el gran Alcides D'Orbigny, una de las figuras de más relieve de la Antropología y la Etnología de la primera mitad del siglo XIX. Estudió durante su estada allá, la vida de los *changos*, precisándolos entre los 22 y los 24 grados de latitud Sur, "principalmente en los alrededores del puerto boliviano de Cobija". Lamentó hallarlos casi extinguidos y en completa decadencia, racialmente en proceso de degeneración. Vecinos de los atacameños, los changos se dedicaban casi exclusivamente a la pesca. El sabio, entonces, vivamente se interesó por el tipo de embarcación que usaban. Dejó escrito en uno de sus libros más conocidos: "Siendo la pesca su único medio de subsistencia, ponen todo su arte en ella; sus embarcaciones son pequeños navíos formados por *dos odres de cuero de lobo marino*, inflados y atados entre sí"³⁸⁹.

Más adelante, abundó en detalles: "Esos barquichuelos están formados de dos odres cilíndricos, frotados con aceite de *foca* [?], levantados en los dos extremos e inflados con aire por medio de un tubo; una vez inflados, los indios los atan entre sí y los aprietan más de un lado que de otro, a fin de formarles la proa... Los arrojan al agua, desafiando al oleaje, y puestos de rodillas en la parte delantera, los dirigen mediante un remo de dos manos, que cambian alternativamente de lado... Sobre esa ligera embarcación, cazan a los lobos marinos en los peñascos y escri-

NAVEGACION

tan el mar para descubrir los peces, que arponean con una destreza extraordinaria”.

En la literatura no especializada, la última referencia a los barquichuelos de pellejos inflados la da, sin duda, *Juan de Arona* (Pedro Paz Soldán y Unanue), en su *Diccionario de peruanismos*. “Se da este nombre [*caballitos de odres*] —dice— a unas pequeñas *balsas de cuero*, compuestas de *dos odres* unidos fuertemente entre sí en cuyo centro va remando de rodillas *un solo hombre*. Estos caballitos tienen el privilegio de poder hacerse a la mar cuando ninguna otra embarcación no, en los días de braveza”³⁹⁰.

TECNICA DE CONSTRUCCION

Los mejores estudios sobre la balsa de odres pertenecen a Ricardo Latcham, quien en 1910 publicó *Los Changos de las costas de Chile*, y en 1928, *La navegación entre los indios chilenos*. Latcham se basó para su estudio sobre la balsa de pellejos inflados no sólo en las versiones de los autores antiguos sino en la observación directa del trabajo, presenciando, según ya se dijo, como un privilegio, la construcción de algunas embarcaciones de este tipo, a la exacta manera antigua, por un grupo de pescadores nativos de la bahía de Coquimbo. Aquella experiencia fue el año 1900, y nadie ha podido repetirla porque la balsa de odres totalmente ha desaparecido, tanto en Chile como en el Perú, y ejemplares del modelo, como también ya se ha dicho, quedan muy pocos en el mundo.

Siguiendo a Latcham, la balsa de odres consistía en *dos cilindros de piel de foca* (propiamente, corregimos, de lobo marino, *otaria*), “unidos por, y prestando apoyo a, una plataforma”. Esos cilindros operaban como *flotadores*, y su capacidad de flotación era asombrosa, no equiparable a ningún otro material.

Los tales flotadores, por otro nombre *bolsas* o, mejor, con propiedad, *odres*, inflados, tenían aproximadamente *tres metros de largo*, y sus extremos eran en punta y ligeramente curvados hacia arriba, arrufados, *hidrodinámicamente dispuestos* por lo tanto, lo que hacía más marinera la embarcación.

Dejando para después el proceso de construcción a base de las cuidadosas anotaciones de Latcham, toca decir aquí, dentro de las cuestiones generales del tema, que los dos *flotadores* u *odres*, ensamblados o emparejados, adoptaban una de estas dos posiciones: o quedaban *paralelos*, lo que antiguamente era muy poco usual, o, unidos mediante ligaduras por sus extremos delanteros y separados por la popa, tomaban la típica *forma de un triángulo*. Precisamente, para permitir que los extremos delanteros

quedaran estrechamente unidos y nada estorbara la operación de juntarlos, es que las proas de los odres terminaban siempre en punta. En cambio, las popas eran gruesas, de gran volumen, lo cual también tenía su ventaja porque con ello se lograba un mejor apoyo para la plataforma sobre la cual iba el tripulante y, en los casos de las balsas grandes, los pasajeros y la carga.

Además de la disposición anotada de los odres, debe destacarse un detalle importante: en cada flotador había "un *pequeño tubo*, de tripa de foca o de caña, insertado a popa. La función de estos tubitos era permitir echar más aire en los flotadores en el caso que se desinflaran", lo que podía ocurrir, incluso en plena navegación.

Latham se ocupa en seguida de la *plataforma* o *cubierta*, y su descripción, en lo fundamental, coincide con la de los cronistas de los siglos XVI y XVII. En la plataforma iban los tripulantes, por lo regular pescadores, con sus aparejos, el fiambre para el viaje y cuanto necesitaran. Esta plataforma podía ser de varios tipos: un *primer tipo*, el más corriente, era como sigue: un marco sólido de madera servía de estructura, por decirlo así; sobre él se amarraban fuertemente varas largas, como viguetas, apoyadas en los lados; finalmente, todo se cubría con un entramado de caña, a manera de petate. Quedaba una superficie firme y lo suficientemente amplia como para trabajar con holgura en las faenas de la mar. En un *segundo tipo* no había varas transversales sino que, directamente, el entramado de caña iba sobre el marco de madera. Desde luego, era una plataforma más ligera pero menos sólida. Decían los nativos que, en caso de naufragio, un marco con entramado de cañas simplemente, sin varas pesadas, podía servir de flotador de emergencia al cual asirse y nadar hasta tierra. Un *tercer tipo* es el que describe el viajero Frézier. Consistía el conjunto en dos flotadores, colocados paralelamente, y, a través de ellos, dos vigas fuertemente amarradas; apoyada en estas vigas transversales se colocaba, finalmente una tercera, en el sentido de los flotadores. Encastrado a esta viga central iba el tripulante. Por consiguiente, este tipo de balsa, observado en Chile, carecía de cubierta o plataforma.

Como en los viejos tiempos, observó Latham que estas balsas sólo eran para uno o dos hombres y, excepcionalmente, para tres. "*El remero —explicó— se arrodillaba en la proa y utilizaba un zagal de dos hojas. De esta manera, el hombre de popa quedaba libre para dedicarse a la pesca*".

Básicamente, la balsa de odres fue siempre, tanto en las edades prehistóricas como en los tiempos que siguieron a la Conquista, una *embarcación para la pesca*. Hay referencias histó-

NAVEGACION

ricas, ya consignadas, como la del capitán Hall, de balsas grandes en Mollendo dedicadas a la conducción a tierra de los pasajeros de los buques y, también, a la conducción de equipajes y mercaderías, mas ello fue sin duda excepcional y no desvirtúa la regla.

Casi nunca se navegaba perdida de vista la tierra, pero no era raro que los pescadores, obligados por las circunstancias, permanecieran temerariamente "dos y tres días en alta mar"³⁹¹.

Cediendo la palabra a Latcham, el procedimiento de construcción era el siguiente:

"Cada odre se hacía de cuatro o más pellejos de *lobo marino*" (escogiéndose, de preferencia, ejemplares machos). "Metidos en agua fresca, se dejaba remojar estas pieles hasta que adquirían suavidad y se prestaban al trabajo de cosido y ahormado. Luego, se cortaban al tamaño requerido y se cosían con tendones o con hebra hecha de los intestinos, secados y retorcidos, del mismo animal. Se dejaba abierta parte de una costura superior y, luego, se llenaba la *bolsa* así formada de arena, hasta que quedara el pellejo completamente templado. Para este relleno se utilizaba a veces totora o paja en vez de arena.

"Una vez templada la *bolsa* por el relleno, se dejaba secar al sol, hasta que el pellejo, completamente extendido y *ahormado*, se tornaba duro y rígido. Transcurrido un tiempo, sacaban la arena o la paja que habían servido para ahormar el odre, y la bolsa de cuero ya estaba en condiciones de mantener su forma. La abertura, arriba de la *bolsa*, dejada para echar y sacar la arena o la totora, se cosía en seguida, quedando, por lo tanto, el odre herméticamente cerrado, y luego se cubrían todas las costuras con grasa del mismo animal, lo que se hacía (a modo de un calafateado) para evitar que el agua se filtrara por las suturas al interior. El odre quedaba, por último, completamente impermeable y cerrado a la penetración del agua, merced a dos o tres manos de una pintura espesa que los indios preparaban con greda rojiza, grasa animal y aceite, de la misma procedencia. Esta pintura formaba una capa envolvente sobre el odre y lo dejaba listo para la función de flotar"³⁹².

Para la delicada operación del cosido, utilizábase espinas de cacto o de pescado.

En la confección de los *flotadores*, se empleaban, a veces, *pieles individuales*, y otras veces, *pieles añadidas por costura*. En el primer caso, el animal era primero degollado y después cuidadosamente desollado, operación esta última que se cumplía con atención para mantener la integridad del pellejo. Resultaba un *verdadero odre*, bolsa de cuero *no cosida*, salvo en los extremos: cuello, a la altura del tajo de muerte, y orificio terminal del aparato digestivo. El canuto para soplar iba por lo general

adherido a este orificio natural. El relleno con arena para el ahormado, se hacía por la abertura del cuello. Se comprende que la forma puntiaguda del extremo del odre correspondiente al cuello, derivaba de la misma anatomía del animal. Más tarde, cuando el modelo se perfeccionó y adquirió mayor tamaño, los odres ya no fueron de pieles enteras sino de trozos seleccionados, convenientemente cortados, ensamblados y cosidos. Propiamente, aquellos no fueron odres sino *pontones de pellejos inflados*, verdaderamente *flotadores de piezas añadidas* cuya impermeabilidad se lograba mediante una forma primitiva de empegado, con substancia que se untaba de la manera arriba descrita.

Muchos autores confunden el nombre del animal que proporcionaba el cuero para la fabricación de estas balsas: unos lo identifican equivocadamente como *foca* y otros como *vaca marina*³⁹³. En realidad, era el *lobo marino (Otaria)*, especie muy abundante en todo el litoral sudamericano que da al Pacífico.

Desde Cobo se sabe que la balsa de odres del Perú y Chile fue una embarcación para ser impulsada exclusivamente por zaguales, nunca a vela; sin embargo, Vallaux refiere un tipo con mástil y vela cuadrada, del que no hay información en otras fuentes. "La balsa del Sur —dice— construida con madera más pesada [que la de Guayaquil, se hacía flotar por medio de odres [*balsa de odres*]. En esta balsa se *arbolaba un mástil con una vela cuadrada...*"³⁹⁴. Trátase, posiblemente, de un tipo que se desarrolló en la Colonia, caracterizado por la inclusión de un velamen elemental y que pronto sucumbió, no viéndosele jamás en los puertos.

La balsa de odres fue elogiada unánimemente por los cronistas de los primeros tiempos y por los científicos y viajeros que llegaron a las costas americanas en el curso de los siglos XVIII y XIX. En verdad, aunque su aspecto era muy primitivo, ofrecíase al trabajo como una *embarcación excelente*, con dos señaladas ventajas: una, que por la altura de la cubierta o plataforma, mantenía a la tripulación casi siempre seca, libre de las salpicaduras del agua; otra, que por su extraordinaria capacidad de flotación, era segura y de suave surcar las aguas, desempeñándose admirable, por lo ligera, en los tumbos. No podía pedirse una embarcación más sensible a los vaivenes del agua, que ésta. "Todos los observadores de las balsas de odres —comenta Lothrop— están contestes en afirmar que flotaban sobre las olas como corcho y que eran de segura conducción en marejada alta, ya que, por su forma triangular, *resultaba poco menos que imposible que zozobraran*"³⁹⁵. Eran, en consecuencia, en aquellos mares del Sur, por lo general orlados de rompientes, movidos e irregulares, prontos a devorar a los barquichuelos osados, la suma de la seguridad.

AREA DE DISTRIBUCION

Esta balsa la encontraron los viajeros del siglo pasado en todo el litoral del *Norte de Chile*, pero su verdadera área de distribución comprendió en tiempos prehistóricos y durante buena parte de la era histórica, *désde las costas de Ica*, en la latitud de los 14° Sur, *hasta la boca del río Maule, en Chile*, en la latitud de los 35°.

El mapa distribucional de Edwards lleva la balsa de odres, por el Sur, hasta Talcahuano (cerca de 37° Sur, boca del río Bío Bío), en base a la observación de Poeppig, cuyo testimonio no es posible poner en duda.

En Valparaíso eran frecuentes a mediados del siglo pasado, según lo comprobó el teniente (más tarde, almirante) F.E. Paris, quien tomó de una de ellas sus medidas, dibujando con gran acierto la forma y fijando con fidelidad fotográfica las características.

Todas las pruebas parecen indicar que, en la antigüedad, antes de la llegada de los españoles, la zona nuclear de este tipo de embarcación fue el Sur del Perú y el Norte de Chile. Desde los tiempos prehistóricos hasta el siglo pasado, fue la barca típica de los *changos*. Los *changos*, extendidos al litoral de las provincias meridionales del Perú, conformaban un pueblo muy primitivo, de origen oscuro, que vivía casi exclusivamente de la pesca y la recolección de mariscos. Instalados en las caletas del desolado litoral de aquellas partes, extraían su alimento de las peñolerías. Como testimonio de su larga existencia prehistórica y de su alimentación a base de los productos del mar, han dejado espesos conchales, de enorme extensión en el Norte de Chile. Según Bird, la balsa de odres habría sido "el único elemento de la cultura antigua de los changos que alcanzó a sobrevivir hasta los albores de la presente centuria", hecha del pellejo del lobo marino, animal con el que los changos, por razón de sistema de vida, estaban harto familiarizados.

Los changos pasaban parte de su vida en el mar, navegando en sus balsas, en busca del marisco o del pescado. A veces se embarcaban con la familia, mujer e hijos, y no paraban días hasta hallar una buena caleta, donde la promesa del mar fuera halagüeña³⁹⁶.

En la antigüedad y hasta los tiempos coloniales, Arica fue un centro importante de las balsas de odres; las usaban los indios pescadores en gran cantidad, saliendo en ellas a merodear por las costas del Norte y del Sur. Sobre su uso en la edad anterior a la llegada de los españoles, Bird aporta un dato muy importante. Excavando en los cementerios próximos al puerto, encontró en una tumba "lo que parecía ser una balsa de juguete

hecha de *cuatro corontas de maíz, atadas*". Pues bien: si las balsas de troncos (o, propiamente, *balsillas*), como se ha visto anteriormente, eran representadas, a escala de juguete, por pequeñas ramas, y las balsas de totora igualmente por pajitas, Bird supone que las *balsas de corontas* representaban, por similitud, *balsas de odres*. Estas balsas se componían de sólo dos odres o pellejos inflados; el problema radica, entonces, en el número impropio de corontas empleadas en la confección de los modelos en miniatura³⁹⁷.

El P. Acosta, en su famoso inventario, indicó que *los indios de Ica* salían con sus balsas de odres a pescar. Además de esta referencia histórica, inobjetable por provenir de tan alta autoridad y de escritor tan bien informado, existen pruebas arqueológicas que fundamentan la extensión del área de los *pellejos flotantes* prehistóricos hasta las costas del actual departamento de Ica, por la latitud 14° Sur. En el Museo Nacional de Antropología y Arqueología, por ejemplo, existe un *huaco*³⁹⁸ de "sumo valor documental" —según destaca Horkheimer³⁹⁹—, clasificado como Chanca ("ramal del complejo Nasca"), que "representa a *una navegante sobre un odre inflado, cubierto por una red*". Revela este huaco que *los odres, como medio de navegación, fueron conocidos y usados por los pobladores de Nasca*; pero, tratándose de una sola representación (entre los miles de piezas que existen de la cultura Chanca), hay que señalar —recomienda el mismo Horkheimer— que tal sistema de navegación probablemente tuvo muy limitada aceptación entre los pescadores de ese pueblo.

¿Se conoció la balsa de odres en el Norte del Perú? "Algunos huacos escultóricos hacen suponer que *también los mochicas y los chimúes conocían un bote a base de odres*"...⁴⁰⁰. En otro de sus trabajos, Horkheimer, de quien es la cita anterior, dice que "no se han revelado pruebas concluyentes de la existencia de *balsas de odres* en la costa norteña"⁴⁰¹, pero llama la atención sobre el estudio de Means acerca de la navegación prehispánica, en el cual el conocido americanista se refiere a tres ceramios de la *Colección Wassermann-San Blas* y a dos reproducidos en el álbum de Max Schmidt, en los que se basa para afirmar que esas cinco representaciones corresponden a "botes de cuero de lobos marinos".

¿Precipitada, inconsistente o certera la apreciación? Horkheimer considera que la identificación de tales representaciones es difícil. Decir, por consiguiente, que corresponden a *cueros inflados*, resulta riesgoso. Pero, queda la posibilidad del acierto, y en tal caso *habría que admitir la existencia de odres entre los mochicas*.

Jugando con esta posibilidad, Horkheimer va más allá. Dice: "Como la forma cilíndrica de la embarcación de odres es determinada por su material, mientras que la embarcación de totora puede tener otra configuración..., debemos concluir que *el caballito de totora es copia de la embarcación de odres inflados y, por consiguiente, ésta puede reclamar mayor antigüedad*". Admitiendo la tesis de Means, entonces, "sería verosímil que al principio los mochicas practicaban en pequeña escala el uso de balsas de cuero y que después pasaron, con mayor intensidad, a la construcción de botes de enea o totora".

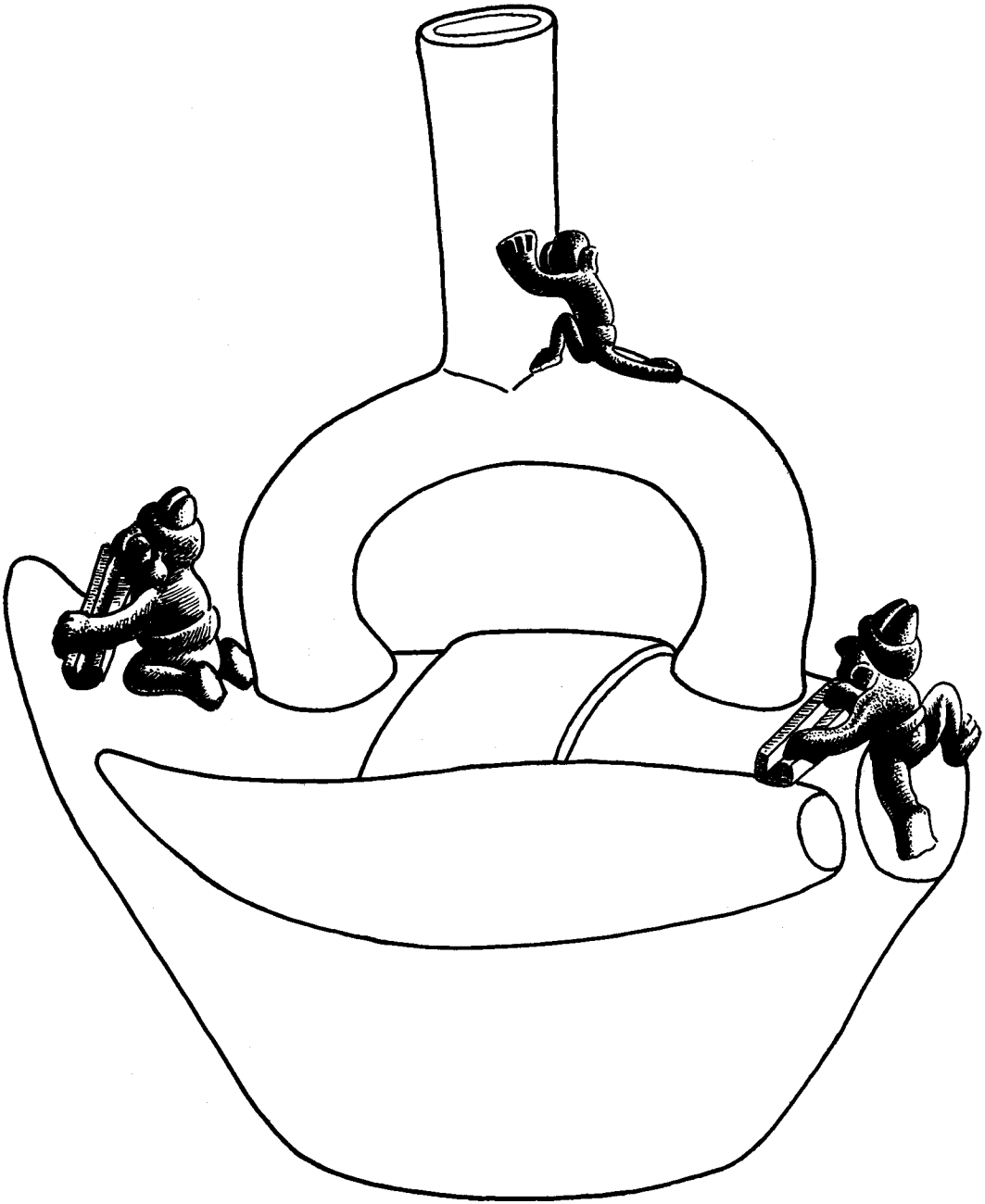
La totora habría aventajado, en la supuesta secuencia anterior, a los odres, por tres razones: la *primera*, porque "el bote de espadaña es menos vulnerable que el flotador de odres, que se puede desinflar por un ligero roce con las rocas debajo de la superficie"; la *segunda*, porque la totora es de fácil obtención "mientras que las playas al Norte de Chimbote eran frecuentadas sólo escasamente por los lobos"; y, la *tercera*, porque "la totora permitió a los mochicas construir embarcaciones mayores y más complicadas que los simples *caballitos* de uno o dos tripulantes".

En la competencia, sin duda, la bondad del material vegetal terminó por desterrar la balsa de odres, supuesta su mayor antigüedad; en cambio, en el Sur (desde Ica) y, sobre todo, en el país yermo de los changos surgió y se mantuvo por siglos la balsa de pellejos inflados por la extrema aridez de la tierra, por la falta absoluta de cañas y árboles y la ausencia de otro sucedáneo. De otro lado, por esa misma escasez, la fuente primaria de subsistencia fue el mar, y el hombre entonces, desde temprana edad y en todo tiempo, mantuvo con la vasta superficie líquida y con sus habitantes, una relación estrecha y constante. Habitado a frecuentar con los lobos, pronto vio que podía sacar provecho de ellos. Impermeable y dúctil el cuero, resistente a la acción del agua, se ofreció como excelente materia prima para la construcción de flotadores de balsas.

ORIGEN Y ANTIGÜEDAD

Con la balsa de odres se presenta el mismo problema visto antes que tan apasionadamente enfrasca a los especialistas, suscitando ardorosas discusiones que parecen no tener fin: ¿debe ser considerada como producto local, invención del pueblo que la usó o, por el contrario, dadas las muchas semejanzas, algunas de detalle, que guarda con los modelos de otras partes (de Asia, por ejemplo), debe ser tenida como un producto de importación, un medio de transporte venido de fuera, de origen foráneo por consiguiente?

Cántaro escultórico que representa una balsa de totora y dos pescadores: uno que rema valiéndose de un canaleta y otro que, cogido de su remo, trepa por la popa a la embarcación. En la unión del asa y el gollete, el característico monito del estilo. (*Chimú o Tallán*, según Tello. Procedencia: Piura. Siglo XIV. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. *Dibujo: Pablo Carrera M.*).



El problema que se plantea, en otras palabras, es el siguiente: ¿invención local o difusión?

El asiriólogo Layard describe balsas usadas en los ríos mesopotámicos, de pellejos de oveja y cabra, que coinciden en muchos aspectos con las balsas de la costa occidental sudamericana. Allí se las ata —subraya Urteaga— a “una armazón de ramas de álamo del tamaño que se quiera dar a la balsa” y se infla los odres con el aire de los pulmones, dejando la abertura hacia arriba para que la presión pueda ser mantenida durante la navegación⁴⁰².

El problema, desde luego, se mantiene. Edwards, con intención velada, dice —quizá inclinándose, como para otros elementos de navegación americanos, hacia la fórmula difusionista— que la balsa de odres “tuvo una *introducción* temprana, asociada a recolectores ribereños, pescadores y cazadores de mamíferos que precedieron a los agricultores...”⁴⁰³. ¿Cuándo? Hay indicios (no evidencias arqueológicas, claras y directas, sino meros indicios) de una *remota antigüedad*, indudablemente *precerámica*. Junius Bird, en sus excavaciones en Arica, encontró *bolsas de tripas para agua*. Observa que la técnica de confección de estas bolsas, con costuras en los bordes, es análoga a la aplicada en los odres. Deduce de ello la contemporaneidad de las bolsas (probablemente precerámicas) y los odres. A esta prueba de gran antigüedad, se suma esta otra, también propuesta por Bird: las balsas de odres son un elemento cultural propio de los *changos*, habitantes de un litoral desierto que han dependido siempre, desde la más remota edad, del mar para su subsistencia; son un elemento cultural íntimamente asociado a la *recolección de mariscos*; tienen, finalmente, *relación con los antiquísimos grandes conchales del Norte de Chile*.

Entonces, el uso de la balsa de odres por los mochicas y los pescadores del litoral del Centro (recuérdese el huaco chanca), en el amplio frente cronológico del primer milenio de la era cristiana, habría significado la culminación en la costa peruana de este modelo de barca y no, como quiso incongruentemente Horkheimer, el nacimiento del mismo

PUERTOS

Puertos propiamente, en el sentido de lugares poblados con *embarcaderos* o instalaciones para facilitar la salida y entrada de personas y productos, no existieron en el Perú antiguo, si hemos de sujetarnos estrictamente a los testimonios arqueológicos. Podría, empero, señalarse una sola excepción: Tumbes, en el confín actual de la costa peruana, al Norte, no lejos de la frontera

con Ecuador. Es probable, como se verá en el próximo capítulo, que Tumbes haya sido punto de partida de actividad comercial con los pueblos del Norte, presumiblemente con los de Centroamérica, según se pretende. Cuando el primer desembarco, los españoles hallaron allí grandes edificios, todos de piedra, y una crecida población; se admiraron de la fortaleza, que encontraron soberbia; del palacio, que era de gran lujo; del templo, que estaba revestido de planchas de oro (como más adelante verían en el Cusco); y del convento, que albergaba a un crecido número de doncellas dedicadas al servicio religioso; pero, nada dijeron de instalaciones portuarias, que bien las habrían usado. Tumbes, entonces, era más una ciudad marítima, al pie del mar, con crecida población de balseiros y pescadores, que un puerto en el sentido estricto del vocablo. Las balsas, por lo demás, no necesitaban de muelles o espigones o instalaciones semejantes para tocar tierra; bastaban las playas para todo el trabajo *portuario* de aquel tiempo.

Rebeca Carrión, sin embargo, habla de un *embarcadero en Pachacámac*. Supone que hubo frente al famoso templo alguna obra en piedra para permitir la entrada y salida de hombres y mercaderías por mar. Parece que el lugar fue gravemente dañado por un sismo o por la salida de las aguas a consecuencia de un maremoto, quedando del supuesto embarcadero sólo vestigios, que medianamente han sido estudiados. Dice: "En Pachacámac existen huellas del cambio de nivel del primitivo suelo, muchas de las viejas construcciones y las obras hidráulicas se encuentran en el subsuelo; y en algunos sitios ciertos muros han quedado partidos en dos... Aunque el *viejo embarcadero* con la *pequeña población ribereña* ha desaparecido, *descúbrense hoy pequeños trozos de muros de piedra debajo de la capa actual de cultivo de la hacienda Mamacona*"⁴⁰⁴.

Los cronistas de la época de la Conquista y, especialmente, de las guerras civiles entre las facciones españolas, dejaron señalada la existencia en el mar del Callao, no propiamente donde montaron los extranjeros sus instalaciones para embarque y descarga sino en otra parte, por desgracia no precisada, de un *portezuelo* de los indios de Maranga, que eran los que entonces dominaban, por número y capacidad de trabajo, entre las agrupaciones nativas. Por el testimonio de *el Palentino*⁴⁰⁵, sábese que estos indios se dedicaban activamente a la pesca, usando *caballitos de totora*, balsillas de troncos y otras embarcaciones de enea o espadaña de tamaño mayor. Asentada ya la dominación española, la pesca de los indios de Maranga llenaba los mercados del Callao y de Los Reyes (nombre de la antigua Lima) con toda abundancia y variedad de pescados. Pues bien: el movimiento de las navecillas se hacía por el *portezuelo*, el

cual registraba a diario hormigueante actividad, pero era portezuelo sólo de nombre porque carecía de instalaciones.

La antigüedad indígena de este portezuelo de los indios de Maranga, fue certificada en 1925, por el hallazgo que hizo Jijón y Caamaño de una balsa prehistórica, del siglo V de nuestra era, en un depósito por él excavado cerca de la llamada huaca Arámburu, en el camino de Lima al Callao, del que se ha tratado con amplitud en otra parte de este mismo capítulo.

Aunque el problema será visto en el último capítulo, que versa sobre las *ciudades marítimas*, debe hacerse aquí una referencia a los discutidos *huachaques* de la ciudad de Chan Chán. En el estado actual de la investigación, siguen como incógnita; por lo menos, no se ha podido, sobre base cierta, determinar o precisar sus funciones, mas es a todas luces evidente que *alguna relación con el mar tuvieron*. Tello escribió sobre ellos cometiéndolo un desliz. Dijo el sabio: "En los llanos desérticos, *contiguos a la playa*, el hombre empleó otro sistema agrícola *para convertir las tierras eriazas en campos de cultivo*. En las afueras de la ciudad de Chan Chán, porciones considerables de los médanos fueron removidas hasta encontrar la tierra húmeda del subsuelo, que se halla a cinco y diez metros de profundidad. A estas tierras de cultivo llaman los indios hasta hoy *huachaque*"⁴⁰⁶.

Fue un descuido del sabio —repetimos— sostener que a la orilla del mar, donde la acción —ayer como hoy— de la brisa cargada de humedad marina y *salitrosa* mata toda forma de vida vegetal aprovechable por el hombre, podía cultivarse con sólo retirar la arena; quizá fue llevado a esta idea por sus excesos emotivos de exaltación de lo indígena, pero indudablemente pecó. Hoy se ve cómo la tierra cercana al mar, aun con tratamiento especial, está negada a la agricultura. Mientras las grandes cavidades situadas en el interior de los recintos de Chan Chán —por ejemplo, la inmensa del Grupo Tschudi—, sí fueron, probadamente, para cultivo y obtención de agua, las que dan al mar deben relacionarse a otra función.

Horkheimer también se dejó ganar por la idea de que los huachaques habían sido abiertos con fines de aprovechamiento intensivo de la tierra. Niega que las dos grandes depresiones en los terrenos al borde de Chan Chán, con frente al mar, eran puertos, por las siguientes tres razones: la *primera*, porque el tipo de navegación que practicaban los chimúes no requería de puerto, ya que al término de cualquier salida al mar, la embarcación tenía que ser sacada para el escurrimiento del agua impregnada en la totora; de lo contrario, la paja de que estaba hecha se pudría o deterioraba; la *segunda*, porque los taludes de los huachaques, aún hoy, medianamente conservados, se

presentan tan escarpados, que tales entradas, como embarcaderos o atracadores, habrían sido de uso imposible; y la *tercera razón*, porque, salvo que se haya producido un arenamiento cuantioso, cabe pensar que, ayer como hoy, el fondo de los supuestos atracaderos estaba más alto que el nivel del mar, siendo, por lo tanto, imposible la entrada de embarcaciones, que requerían por lo menos medio metro de agua para acoderar sin inconvenientes.

Aunque las dos primeras (no así la tercera, ya que *el arenamiento es un hecho incuestionable*) son razones atendibles, el razonamiento general no justifica la tesis de las *excavaciones para cultivo*. Resulta ingenuo creer que una población altamente tecnificada y con notable experiencia en el campo de la agricultura, iba a empeñar un esfuerzo gigante, con la participación de miles de hombres, en el desarrollo de un programa condenado, por los factores antes dichos, al fracaso. Entonces, como hoy, se cultivaba la tierra alejada de los terrenos con naturaleza de marisma y se retiraba la capa estéril para buscar agua o tierra fértil allí donde el mar no amagaba con sus brisas salobres. Excavar al borde del mar, en la arena misma, frente a la rompiente, hasta alcanzar el nivel de las aguas, no podía ser, en ningún caso, para ganar tierras de cultivo. Tenía que ser *para una obra relacionada directamente con el mar*. ¿Ensenada artificial a manera de puerto, para facilitar con la calma ganada de las aguas la salida y entrada de las barcas? No hay testimonios arqueológicos bastantes que respalden en definitiva esta hipótesis, pero como tal, como hipótesis, la idea puede quedar; como simple conjetura razonable, por lo menos *más razonable que la idea de los jardines con frente al mar*.

TALASOCRACIA Y GEOPOLITICA DEL MAR

¿Llegaron los antiguos peruanos a un auténtico *dominio del mar*? ¿Hicieron suyo el mar y lo aprovecharon no sólo como fuente de abastecimiento sino como escenario para sus empresas, tanto pacíficas como guerreras: comerciales en el primer caso, de expansión imperialista en el segundo? ¿Qué significación política tuvo el mar en la época del imperio?

Simplificadas, sin ahondar en la totalidad de las cuestiones, estas preguntas han sido abordadas por diversos autores. El planteamiento elemental ha sido el siguiente: ¿fueron los antiguos peruanos *buenos o malos navegantes*?

Reservando para el final de esta parte las consideraciones sobre geopolítica del mar y talasocracia que estimamos posible hacer a base de los hechos expuestos en las páginas preceden-

tes, pasamos a exponer a continuación las ideas vertidas sobre el tema —*buenos o malos navegantes*— por los escritores más acreditados.

He aquí, en rápido desfile las opiniones que, abierta o veladamente, en mayor o menor medida, se inclinan a favor de una calificación de *buenos navegantes*.

Reposan estas opiniones en, según sus autores, tres probadas razones: la *habilidad de los indios de la Costa para desenvolverse en el mar*, sea directamente en el agua, sea tripulando embarcaciones, cualquiera el tipo de éstas; las *excelencias en casi todos los casos de las sencillas pero eficaces embarcaciones de entonces*, sobre todo de la balsa de troncos, grande, para el transporte oceánico; finalmente, la *tradicción marinera de los indios*.

En los cronistas hay referencias sobre la destreza extraordinaria de los yungas para nadar (aunque *no sobre sus cualidades como hombres de mar, como navegantes*). Esta pauta de apreciación la observó también, volteada la primera mitad del siglo XVIII, Antonio de Ulloa, cuando dijo: "Los indios han preferido las orillas del agua en ríos, lagos y mares para establecerse, por la proporción que les ofrecen de la pesca, que es uno de sus principales alimentos: siempre han usado embarcaciones de distintas figuras y tamaños, *familiarizándose de tal modo con este elemento que parecen anfibios*, pues se exponen sin temor en canoas endebles, donde ninguna persona de reflexión lo hiciera: ellos no sólo son *nadadores desde pequeños sino ágiles en el agua como pescados...*"⁴⁰⁷.

En la literatura histórica del siglo pasado, Lorente fue de los más entusiastas al elogiar las cualidades de los indios no sólo ya como nadadores sino como verdaderos hombres de mar. Dijo: "El hábito y la necesidad multiplicaron en todo tiempo *los hábiles y animosos navegantes...* en las aguas marinas... enseñándoles a surcarlas con balsas formadas de ligera madera, con haces de totora, con cueros de lobos marinos henchidos de viento...; para atravesar simplemente los ríos se empleó entre otros medios un conjunto de calabazas, que flotaba llevando cargas de consideración y que el nadador iba empujando..."⁴⁰⁸.

Urteaga regateó un poco el elogio. En su estudio sobre el arte de navegar de los antiguos peruanos, dijo primero "que [las balsas] llegaron a perfeccionarse y *servir para extensos viajes*", lo que está probado fehacientemente por "la insistencia y generalidad con que las tradiciones relatan los viajes marítimos llevados a cabo en la época de los Incas". "Mucho *fondo de verdad* —agrega— ha de haber, sin duda, en el relato de la expedición por mar que llevó a buen término el inca Túpac Yupanqui..."⁴⁰⁹. Pero, en otra parte del mismo estudio, al tiempo que volvió a elogiar las virtudes marineras de los pueblos de la Costa

y su capacidad inventiva para resolver los problemas de la navegación oceánica, llamó la atención sobre los escasos adelantos logrados. Dijo: "La situación mediterránea del imperio incaico y la preocupación de la raza conquistadora de los quechuas para las campañas terrestres, fue... causa para que, en el antiguo Tahuantinsuyo, fueran pocos los adelantos en el arte de la navegación, ya que las expediciones militares de esta raza conquistadora nunca tuvieron que vencer las dificultades de una larga travesía por mar; esto no obstante, y a pesar de la poca atención que los primeros conquistadores pusieron al arte de navegar de los antiguos peruanos, éstos habían llegado, sólo auxiliados de su inventiva, a descubrir la mayor parte de los instrumentos y medios de navegación. A la llegada de los españoles a las costas de Sudamérica, pudieron observar en las débiles embarcaciones indígenas, el uso de la vela, el remo doble, los mástiles y trinquetes, el timón, la quilla de proa y la cámara para el abrigo y la defensa de la tripulación... También conocían el ancla o áncora..."⁴¹⁰.

Una de nuestras mas altas autoridades en el estudio de la cultura aborigen de la época de los Incas, sí fue abierta en el elogio de las virtudes marineras de los pobladores de la Costa. Dijo Riva Agüero: "... los indios del litoral peruano eran atrevidos pescadores y navegantes..."⁴¹¹.

Entre los autores extranjeros, fue Friederici (1907) uno de los primeros que, con profundo conocimiento del asunto, destacó la "habilidad marítima de determinados pueblos aborígenes de América", entre ellos el peruano. Friederici eliminó, como dice Heyerdahl, "el erróneo concepto, muy extendido, de que todos los pueblos aborígenes americanos habían sido sólo habitantes de las praderas, de los desiertos y de las selvas". El hizo ver que esto podía ser cierto pero sólo en parte. Había excepciones de grandes pueblos navegantes, habilísimos en el arte de fabricar embarcaciones y cruzar los mares. Por ejemplo —citados por el propio sabio alemán—: los indios de la costa noroeste, los caribes en sus islas, los aborígenes del Istmo, los nativos de Venezuela, la Guayana y el Brasil, "y no menos los de las aguas del Pacífico pertenecientes al Imperio de los Incas"⁴¹².

La posición de Pericot y García mostrábase indecisa, pero, después de la temeraria experiencia de Heyerdahl, de la que es un franco admirador, parece inclinarse por el reconocimiento de los méritos marineros de los antiguos habitantes de la costa peruana. "Gran mérito de Heyerdahl ha sido —expresa—, no ya el probarnos con hechos que tales navegaciones Ide América a Polinesia o viceversa son posibles, sino el reunir pacientemente los testimonios de una intensa navegación en las costas del Perú". Pericot y García secunda, además, a Heyerdahl en la

creencia, basada en el testimonio de los cronistas de la época de la Conquista, de que los antiguos peruanos practicaban la *navegación de altura*⁴¹³. Hace, luego, un llamado de atención al valor probatorio de los hechos: "Piénsese —dice— que sin la aventura de Heyerdahl, seguiríamos creyendo que la balsa no sirve para la navegación y que con ella no se pudieron alcanzar ni las islas Galápagos, debido a que absorben agua y se hunden, según intentó demostrar S. K. Lothrop, en 1932, temor que compartían otros muchos autores, como R. B. Dixon, K. P. Emory y P. Buck". Termina tajante: "Toda discusión sobre la verosimilitud de esos viajes de larga duración en balsa, ha quedado cortada por la realidad de la famosa expedición de la *Kon Tiki*. Tras ella, es evidente que *la balsa de troncos es apropiada para largas navegaciones, más segura que las canoas, pudiendo transportar mucha gente y mercancías y provisiones, y que, por otra parte, la vida que pulula alrededor de la balsa durante su viaje ofrece abundante sustento a sus tripulantes*"⁴¹⁴.

Rivet, en cambio, no tuvo que esperar la hazaña, mitad científica, mitad deportiva, de Heyerdahl para subrayar las cualidades marineras de la balsa, su excelencia como embarcación para travesías de altura y, sobre todo, el dominio náutico de los aborígenes peruanos. Desde la década del 20 comenzó a hablar de "las buenas cualidades... de la balsa peruana", basándose particularmente en el testimonio de los autores antiguos, y a destacar, con la mira puesta en las travesías transpacíficas, su capacidad para cruzar el ancho océano con aguas calmas, "como son con frecuencia las del Pacífico en la región de los trópicos"⁴¹⁵. Respecto del navegante, pregonó siempre: "...los costeños del Pacífico fueron, *contra la opinión corriente, buenos y atrevidos navegantes, cuyas balsas navegaban a lo largo de todo el litoral y se aventuraban aun hasta alta mar, rivalizando con las canoas oceánicas*"⁴¹⁶. Esta última comparación, dicha sobre todo por Rivet, una de las más altas autoridades en la materia en el mundo, resulta, si cabe, consagratoria y hace justicia a una virtud de los aborígenes peruanos largamente negada.

El valor de la proeza de Heyerdahl no puede ser *subestimado*, y creemos justa la opinión de Pericot y García cuando dice que si bien la travesía de la *Kon Tiki* no ha probado la hipótesis fundamental del temerario noruego, sobre el poblamiento de la Polinesia por gentes salidas de la costa occidental de Sudamérica, sí ha demostrado, hasta la saciedad, que los viajes en esas embarcaciones rudimentarias pero muy marineras a través del Pacífico, sobre miles de millas, *fueron y son perfectamente posibles*. Los indios americanos tuvieron la embarcación para esos viajes y tuvieron también la habilidad para emprenderlos y llevarlos a feliz término. "Fuimos de los primeros —dice Heyer-

dahl— en creer que los indios americanos habían realizado navegación de altura”; y lo hemos probado —agrega— con el hallazgo de *cerámica peruana* en las islas Galápagos. Además, desde el punto de vista cronológico, “los antiguos peruanos habían iniciado la exploración del Pacífico” *antes de que la Polinesia estuviese habitada*⁴¹⁷.

En uno de sus más importantes artículos, Heyerdahl sostiene enfáticamente, partiendo de sus hallazgos arqueológicos en las islas Galápagos —hallazgos que han sido puestos en cuestión por algunos detractores de sus teorías— que, con balsas grandes de troncos de madera, provistas de *guaras* y *velas*, los peruanos de la antigüedad hicieron suyo el océano, lo dominaron plenamente, siendo diestros, por lo tanto, no sólo en la *navegación costanera* sino en la *navegación de altar mar*. Repetidas veces, balsas salidas del Perú arribaron a las islas Galápagos, a seiscientas millas del continente, y fue tal la familiaridad que los navegantes peruanos adquirieron en esa ruta por los mares tropicales, que Túpac Inca Yupanqui se atrevió a ponerse al frente de una flota de balsas, portadora, ya no de un grupo de audaces, sino de miles de hombres de guerra, la cual llegó a su destino con facilidad, no sufriendo en ningún momento falta alguna de víveres o de agua⁴¹⁸.

En cuanto a la arquitectura naval, ésta siguió pautas en el Perú “muy alejadas de las que informan el tipo ideal para nosotros de embarcación, pero esos conceptos antiguos dieron por resultado *naves de construcción barata y fácil, y particularmente versátiles*, adaptables a los diversos fines locales”⁴¹⁹.

En otra parte de este mismo capítulo se ha explicado la experiencia recogida por Heyerdahl, en unión de Emilio Estrada, del uso de las *guaras*. Creíase antes que la balsa con *guaras* no servía para la navegación contra el viento o con el viento de través, y que, por consiguiente, la navegación en el Perú antiguo se limitaba a la elemental de los vientos de popa. Pero en 1953, en Guayaquil, Heyerdahl, en una balsa que era réplica, a escala, de la famosa *Kon Tiki* por él usada en 1947, hizo pruebas muy valiosas que dieron por resultado la demostración de que la balsa con *guaras* era embarcación capaz de navegar contra el viento y con el viento de través: capaz, en otras palabras, de salir y entrar a puerto dentro de las mismas condiciones atmosféricas. Hecha la prueba —comenta el propio Heyerdahl—, “quedó verificada nuestra sospecha: el juego correcto de la forma de manejar la vela y las *guaras* a proa y a popa, nos permitió, después de algunos intentos, *voltejar contra un viento contrario* y aun regresar a vela exactamente al punto de donde habíamos partido”. Añade: “El procedimiento de la *guara* de dirigir una balsa, resultó sorprendente en su sencillez y eficacia...”⁴²⁰.

Esto es fundamental para la exacta apreciación de las cualidades marineras de los peruanos antiguos: "Con la capacidad de navegar a favor del viento y contra él, en sus espaciosas balsas de troncos, mediante la invención pre-inca de la navegación a guara, las primeras altas culturas peruanas estaban muy adelantadas en asuntos de navegación marina... Por lo tanto, se hace necesaria una valoración completamente nueva de las artes marineras de los antiguos peruanos..."

Insiste Heyerdahl sobre este concepto en otro de sus trabajos: a la opinión general —dice— que sitúa a los peruanos en un nivel bajo, sin hombres de mar, sin navegantes, sólo con pescadores y embarcaciones despreciables, hay que enfrentar la nueva idea, resultante de un mejor conocimiento de los hechos y de la arriba indicada revaloración, la cual se expresa como sigue: "Las altas culturas peruanas, con su dominio de la navegación contra el viento, estaban muy adelantadas en asuntos de navegación marítima". Algo más, derivado de lo anterior: "Entre las naciones del antiguo Perú había algunas... que eran de mentalidad marítima más que terrestre y que fundaron su existencia sobre una larga y sólida tradición marítima en la costa NO de Sudamérica".

Mentalidad y tradición marítimas: he ahí dos rasgos, de suma importancia, de la concepción del mundo y de la conducta colectiva de los antiguos pobladores de la costa peruana, sobre los que Heyerdahl ha insistido con justificada razón, porque, negados o desconocidos antes, parecen ser, a la luz de los hechos y a la luz de la revaloración arriba propuesta, rasgos de sobresaliente significación.

Considerada siempre la población del Tahuantinsuyo —dentro de ella, la yunga de los llanos marítimos— como eminentemente andina, en el sentido de continental, de población alejada del mar y sí profundamente enraizada a la tierra, es llegado el momento de enmendar tal valoración equivocada o, por lo menos, exagerada, y decir que no había tal sujeción absoluta a la tierra entre los habitantes de los llanos marítimos: que el mar, con su enorme poder de atracción y los abundantes recursos que ofrecía, sedujo al hombre desde los primeros tiempos y le comunicó sus mensajes. A la postre, el mar determinó en la mentalidad del hombre rasgos especiales, que el juicio histórico-cultural no puede negar. "El Perú costero —se reafirma Heyerdahl—, en épocas prehistóricas, no estaba habitado por una nación agrícola, atada exclusivamente a la tierra, sino por gentes cuyas culturas, a través de generaciones sucesivas, estaban también basadas, en parte apreciable, en una economía marítima, con pesca y comercio de cabotaje"⁴²¹.

NAVEGACION

Al citar a Heyerdahl, no se puede omitir el nombre de Emilio Estrada, no sólo por su colaboración en los ensayos descritos de 1953, de navegación con guaras, sino por la coincidencia general de puntos de vista. Estrada, en varias de sus obras, pero, principalmente, en *Arqueología de Manabí Central* y *Los huan-cavilcas*, ha subrayado la bondad de las balsas que usaban los tumbesinos y habitantes de las costas del golfo de Guayaquil, y la calidad de buenos navegantes de esos grupos. No eran, pues, meros pescadores sino *navegantes duchos en las artes de marear*, serenos y atrevidos en las navegaciones de altura, buenos conocedores de los vientos y habilísimos en el manejo de las *guaras*. Con tamañas virtudes y la experiencia de muchos siglos acumulada, se arriesgaron a delicadas empresas e hicieron suyo el mar, tendiendo largas rutas de comunicación, que periódicamente seguían los mercaderes con sus variados productos.

Comentando la evidencia de los viajes frecuentes a la isla de La Plata, dice Estrada que es necesario tener en cuenta que para ir de tierra firme a la citada isla, la embarcación debía varias veces *orzar contra el viento*, siendo éste comúnmente el Sudoeste. Los balseros de entonces tenían, por consiguiente, que valerse de algún medio para asegurar y mantener la buena dirección de la balsa en la sucesión de bordadas. El regreso, en cambio, "era una empopada franca", con la buena referencia del cabo San Lorenzo y la costa.

La isla de La Plata está al Sur del cabo San Lorenzo y a 30 millas de distancia de Manta. Los vientos, como se acaba de indicar, son contrarios la mayor parte del año, salvo en la época de lluvias en que sopla uno del Norte. Si se toman en cuenta todos estos factores —dice Estrada— y se añade la braveza del mar entre la costa y la isla, hay que convenir que los pobladores del continente que iban a la isla "tenían buenos conocimientos marineros" y disponían de "artefactos e implementos apropiados para la navegación"⁴²².

C.A. Burland, en un estudio sobre el arte naval entre los pueblos aborígenes de América y el Océano Pacífico, ha destacado también el papel descollante de los constructores peruanos en el cuadro continental. En una parte dice, por ejemplo: "La navegación con balsa fue conocida en diversas partes del continente, pero sólo alcanzó un alto nivel en el Perú, donde el caballito de totora y la balsa de troncos para largas travesías de mar profundo, permitieron un *alto y original desarrollo*..."⁴²³. Más adelante, abunda en iguales conceptos, poniendo de resalto siempre *el papel preponderante de las artes navieras peruanas*: "La industria de la construcción de embarcaciones en América prehispanica, nunca fue muy avanzada, excepto en dos áreas de la costa del Pacífico, una de ellas el Perú. Las naciones de alta

civilización en América, tenían, en realidad, poca necesidad de construir buques de gran porte. En sus guerras, las rutas terrestres eran de mayor importancia. La industria, en general, no había llegado a un nivel de producción tal que exigiera grandes embarcaciones para trasladar sus mercancías. Para el comercio regional bastaban unas cuantas canoas en el área del Caribe, navegando en flota, a lo largo de las costas, o las *balsas de carga* en las costas del Pacífico entre el Ecuador y Chile (allí el Perú”).

Añade Burland: “Heyerdahl ha demostrado que la *balsa de troncos del Norte del Perú* fue una embarcación práctica para los largos viajes oceánicos: cacharros peruanos hallados en las islas Galápagos y el cultivo de la *kumara* (o camote) y de la *totorá* en la isla de Pascua, hacen ver que los contactos eran una realidad, un hecho cierto y probado, pero no muy frecuentes ni en gran escala”⁴²⁴.

Con más vehemencia que los anteriores, un autor de gran popularidad hace igualmente el elogio de la *mentalidad marítima* y de la capacidad de marear de los aborígenes de las costas del Perú, destacando al propio tiempo la bondad de sus embarcaciones, aunque en una forma imprudentemente exagerada, propia de una valoración reaccionaria: “Los chimúes poseían —dice Leicht—, en tiempos del descubrimiento de América, *embarcaciones de extraordinarias características maríneas...* que, con toda seguridad, no constituían un invento reciente”⁴²⁵. Rowe, en cambio, líder de los estudios peruanistas en Estados Unidos (desde su cátedra de la Universidad de Berkeley, California), con la extrema prudencia de su severa formación científica, mide sus palabras para hacer un parco elogio de las habilidades de los pueblos del litoral en el mar: “Entre Paita, en el Norte del Perú, y Manta, en el Ecuador, los indios construían grandes balsas de *palo de balsa*, las cuales deben ser consideradas como *las mejores embarcaciones de pueblo alguno de Sudamérica...*”. Con esas balsas, los indios hacían salidas a alta mar, con entero dominio, sin temor a perderse porque, fuera de duda, tenían medios de orientación: las nubes quizá, la dirección del viento predominante, etc. Se aventuraban a salir mar afuera *hasta seis leguas*, lo que hace *dieciocho millas*, pero siempre en grupos, para auxiliarse mutuamente⁴²⁶.

Pero, aunque todos los autores hasta el momento mencionados aportan observaciones y conceptos valiosos para la exacta apreciación de las cualidades maríneas de los antiguos habitantes de la costa peruana, ninguno ha enfocado tan bien el asunto como Clinton R. Edwards. El llega a la conclusión, luego de una serie de consideraciones, todas muy objetivas, que los peruanos de la antigüedad no sólo desarrollaron una importan-

te técnica naval que se tradujo en buenas embarcaciones (por lo menos, apropiadas para el medio y los propósitos) y notable habilidad en la conducción, con el nada sencillo manejo de las velas y las guaras, sino —lo que es más importante y significativo— que almacenaron a través de imprecisable número de generaciones, desde muy antiguo —sin duda, desde mucho antes de los Incas—, una *rica tradición de intimidad con el mar*, de la cual dieron fe los escritores del siglo XVI, testigos presenciales de los hechos probatorios.

Los indios de la Costa estuvieron *profundamente familiarizados con el mar* y en su vida revelaron una *tendencia netamente marítima*. Siempre demostraron la más “grande destreza en el mar”⁴²⁷.

A los sostenedores de la tesis contraria, que encabeza Means —para quien los aborígenes peruanos fueron, como se verá más adelante, vulgares “marineros de agua dulce”—, Edwards refuta con argumentos irrefutables. ¿Qué dicen los detractores del arte de la navegación de los antiguos peruanos para fundamentar su obstinada ceguera? Dicen, *primero*, que en el idioma quechua hay muy pocos vocablos para designar embarcaciones, lo que indica que la actividad constructora de barcas no representaba nada en el contexto cultural y técnico de los pueblos antiguos. Mas, esta razón es deleznable porque no toma en cuenta los idiomas costeños, que, desaparecidos, sí debieron, con seguridad, ser ricos en palabras relacionadas con la industria naval. En *segundo lugar*, los detractores se amparan en la burda calidad de las embarcaciones aborígenes, pero esta razón tampoco vale porque, bien vista, la balsa fue una embarcación útil, eficaz y harto segura; en suma una embarcación muy marinera, hasta en los mares bravos y en las peores rompientes. Los *caballitos*, también, para el fin al que estaban destinados, eran insuperables, y lo siguen siendo. En *tercer lugar*, dicen los detractores que el comercio marítimo fue nulo o muy escaso, prácticamente inexistente. Mas, este argumento, como los anteriores, tampoco resiste a una confrontación con las fuentes históricas y con los resultados de la investigación arqueológica. Está demostrado que el tráfico marítimo era intenso, hasta con Centroamérica. “Cada vez la arqueología encuentra más y más artefactos y objetos de procedencia lejana... llo que sugiere un intenso y amplio comercio marítimo en tiempos aborígenes”⁴²⁸.

Insistamos en torno a la balsa. Contra la idea de algunos, de que la balsa era una embarcación ordinaria, rústica, reveladora de pobres alcances en el arte de la construcción naval, se alza la opinión de los mejor informados que señalan para la balsa *cualidades excepcionalmente marineras y la define como un medio de transporte altamente seguro, cómodo y eficaz*. “Relatos de

expertos marinos —destaca Edwards—... dejan sentada la impresión favorable respecto a las cualidades de *navegación, maniobrabilidad y flotabilidad* de las balsas veleras...⁴²⁹. De otro modo, no se explicaría que las balsas tumbesinas podían hacer “con regularidad largos viajes llevando mucha carga, *tanto a favor como en contra de la corriente y del viento dominante...*”⁴³⁰; porque la tesis de los viajes largos a Centroamérica en forma regular, y eventualmente, a Oceanía, tiene fundamento.

Que la balsa de troncos para el transporte de pesadas cargas y numeroso pasaje, era una embarcación buena, con todas las virtudes arriba señaladas, lo prueba el hecho incontestable de que la colonización española, con sus grandes buques y sus embarcaciones menores de todo tipo, no la pudo desplazar. Se ha visto anteriormente cómo la balsa de troncos permaneció en servicio hasta entrado el siglo actual, en la costa Norte del Perú y costas del golfo de Guayaquil.

La *tradición de intimidad con el mar* se manifestó siempre entre los indios en forma de habilidad y dominio para actuar en el mar, tanto desde el medio acuático mismo como desde una embarcación, cualquiera su tipo. Destaca Edwards que “... los primeros españoles... quedaron sorprendidos de la fuerte tradición de los nativos y su familiaridad con el mar. Marineros expertos de las épocas posteriores, que se enfrentaban al problema de tocar tierra bajo condiciones difíciles y peligrosas en las costas abiertas del Perú, también comentaron la facilidad con que los hombres de mar nativos vencían la resaca...”⁴³¹. En Huanchaco, en 1822, el capitán mercante norteamericano George Cogshell, quedó admirado de la facilidad y el dominio con que los indios del puerto se desempeñaban en el mar. Dijo de estos hombres que “eran prácticamente anfibios”. “Desde la infancia se les enseña a nadar y comenzando con una pequeña balsa de totora entre los arrecifes, gradualmente, a medida que son mayores, se aventuran a cruzar la resaca y salir a la mar abierta... He visto a los hombres salir a través de fuerte resaca... y con gran ansiedad he observado cómo, cuando una ola enorme amenaza hundirlos, observan la ola que se acerca, bajan la cabeza junto a su balsa de totora, y dejan que la ola pase por encima de ellos como lo haría una foca o un pato silvestre, abriéndose paso con perfecta confianza a través de la fuerte resaca donde ningún hombre blanco se atrevería a aventurarse ni por un instante”.

Este dominio se mantiene en nuestros días, y lo relata Edwards a base de sus observaciones en la costa Sur. En el sector comprendido entre Pucusana y Cerro Azul, especialmente por Mala y Asia, los pescadores que trabajan en balsas de totora de tres haces, exhiben una extraordinaria habilidad para pasar la resaca y acercarse a las peñoleras donde pescan con cordel: “Los

pescadores van por las aguas revueltas, arrodillados en sus balsas y bogando con los remos dobles de caña. Algunos siguen hasta aguas más calmas para colocar redes, mientras otros se quedan entre las rocas para pescar con anzuelo. Estos últimos, por lo general, mantienen sus posiciones mediante un ocasional golpe de remo en lugar de anclar, mirando de vez en cuando hacia la mar abierta para cerciorarse que no viene una ola extraordinariamente grande que los acerque demasiado a las rocas...⁷⁴³².

MALOS NAVEGANTES

Toca ahora dirigir la mirada al otro polo. La tesis contraria, que dice que, en general, los indios peruanos fueron *malos navegantes*, tiene raíces profundas, procede de los escritores de la época de la Conquista (es decir, del primer contacto de españoles y nativos), se mantiene con tenacidad esgrimiendo fuertes argumentos y cuenta a la fecha con sostenedores tanto del país como del extranjero.

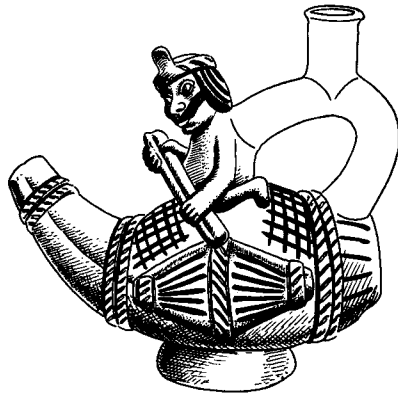
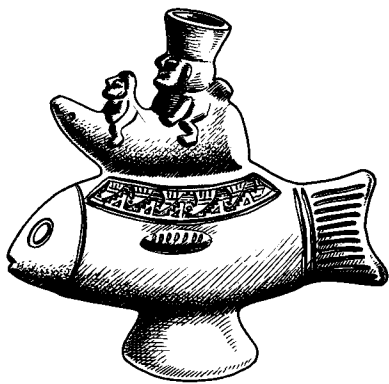
El primero que advierte de la deficiente capacidad de los peruanos para operar en el mar, es Garcilaso, panegirista desbordante e incondicional de la obra de los Incas. Rebaja a un nivel muy pobre el arte de navegar de los antiguos peruanos, alegando que no tuvieron, por falta de inventiva, de ingenio, de herramientas e instrumentos, las barcas que poseyeron otros pueblos del propio continente americano. "Para navegar por la mar —dice—... no supieron o no pudieron hacer piraguas ni canoas como los de la Florida, y los de las islas de Barlovento y Tierra firme, que son de manera de artesas; porque en el Perú no hubo madera gruesa dispuesta para ellas..."⁷⁴³³.

Les faltó ingenio a los peruanos: en esto es duro Garcilaso. Se olvida de muchas grandes conquistas de los ingenieros, arquitectos y artífices andinos. "Los indios del Perú... no fueron ingeniosos para inventar... Sí muy hábiles para imitar y aprender"⁷⁴³⁴. Y se lamenta: "¡Con cuánta miseria y falta de las cosas necesarias vivían estas gentes...!"⁷⁴³⁵.

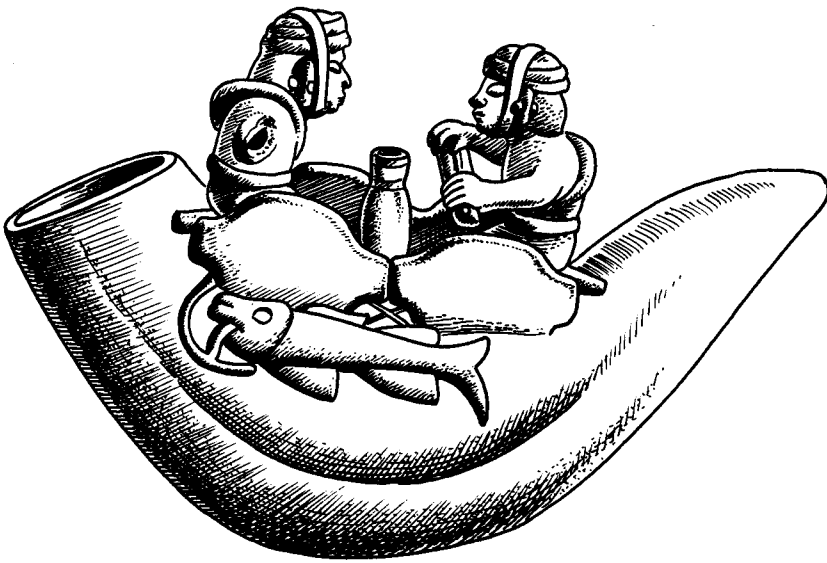
En general, Garcilaso destaca que los peruanos carecían de instrumentos y herramientas en todos los oficios, artes y actividades; que el trabajo era esencialmente manual, de esfuerzo físico, con desmedido y elemental derroche de energía humana; pero, no olvida en su balance de méritos que supieron aprovechar eventualmente una de las manifestaciones de la energía de la naturaleza más importantes y significativas en la historia de la civilización: la *energía eólica*, justamente para la navegación.

Representación superpuesta de una balsa de totora tripulada y un pez ornamentado con bandas que desarrollan el signo escalonado. *Chimú*. Siglo XIV. De Arthur Baessler, *Ancient peruvian art*, Nueva York, 1903; p. 74, fig. 270.
Dibujo: Pablo Carrera M.

Balsa de totora con haces laterales de seguridad. El tripulante boga con un remo de caña rajada. (*Chimú*. Siglo XIV. De Arthur Baessler, *Ancient peruvian art*, Nueva York, 1903; p. 74, fig. 268. *Dibujo: Pablo Carrera M.*)



Escena de pesca desde una balsa de totora. La embarcación, tripulada por dos hombres que llevan protectores en la cabeza, tiene falcas para operar en mares embravecidos. (*Chimú*. Siglo XIV. De Arthur Baessler, *Ancient peruvian art*, Nueva York, 1903; p. 74, fig. 269. Dibujo: Pablo Carrera M.).



El no tener instrumentos de navegación fue para el P. Acosta el mayor inconveniente con que tropezaron los indios americanos para destacar en las artes de marear⁴³⁶. Como consecuencia, sus embarcaciones fueron rudimentarias, de escasísima capacidad, sin arquitectura; tanto, que cuando vieron los buques de los españoles, con sus grandes velas batidas por el viento, se quedaron atónitos. La única navegación que conocieron fue la costera, de playa a playa, sobre cortas distancias y casi siempre, naturalmente, a la vista de tierra, porque la orientación mediante los astros la ignoraban. "En ninguna tierra de Indias —dice el erudito autor de la *Historia Natural y Moral*...— se han hallado navíos grandes, cuales se requieren para pasar golfos grandes. Lo que se halla son balsas o piraguas, o canoas, que todas ellas son menos que chalupas". Y agrega, refiriendo el asombro que causó a los nativos el cuadro imponente de los buques europeos: "Cuando los indios que moraban en Tumbes vieron la primera vez nuestros españoles que navegaban al Perú, y miraron la grandeza de las velas tendidas y los bajeles también grandes, quedaron atónitos: y como nunca pudieron pensar que eran navíos... dicen que se dieron a entender que debían de ser rocas y peñascos sobre la mar; y como veían que andaban, y no se hundían, estuvieron como fuera de sí de espanto gran rato...". Y termina Acosta: "Donde se ve bien, cuán agena cosa era para los indios usar naves grandes, ni tener noticia de ellas..."⁴³⁷.

Cobo, siempre tan efusivo —pero innegablemente objetivo—, puso, también, el arte de navegar de los antiguos peruanos en un nivel muy bajo, casi incipiente. La única navegación que reconoció fue la pegada a tierra, a la vista de las playas y los cabos, para pescar, para robar o, eventualmente, para realizar algún trato comercial, siempre a escala muy reducida. De la posibilidad de una navegación de altura, con grandes naves, no tuvo la menor noticia.

"Al agua llaman *yacu* los indios deste reino, y a la mar *Mamacocha*, que quiere decir la madre laguna. Porque a toda suerte de lagunas, charcos, estanques y albercas llaman con este mismo nombre, *cocha*, y a la mar, por ser la mayor de las lagunas y como madre y reina de todas, le dan el sobredicho nombre... No alcanzaron a conocer la grandeza, disposición y figura de los mares, porque sus navegaciones eran muy cortas y siempre costa a costa, sin engolfarse ni perder la tierra de vista"⁴³⁸.

La escasa capacidad náutica de los indios, en general, se reflejó en la pobreza de sus embarcaciones. Estrictamente, "las gentes del Nuevo Mundo carecieron de naves y del arte de navegar en alta mar". Inventaron, es cierto, "varias suertes de embarcaciones", pero todas fueron pequeñas, a lo más de tipo mediano,

impropias para las navegaciones de altura. Los indios se servían de sus groseras embarcaciones, "no para surcar grandes mares" ni para "contratar en remotos puertos de regiones apartadas" sino escasamente "para la pesquería en mar, lagos y ríos, para sus cortos tratos en las riberas de los amigos comarcanos, y robar en las de sus enemigos, para sus guerras y asaltos y principalmente para pasar ríos, lagunas, brazos de mar, esteros y bahías..."⁴³⁹.

Herrera⁴⁴⁰ y el Anónimo autor de *Parecer acerca de la perpetuidad y buen gobierno de los indios del Perú*⁴⁴¹, mantienen igual línea de apreciación que los anteriores sobre el arte de navegar de los indios americanos y, en particular, de los indios peruanos de la época de los Incas. Los indios americanos no conocieron sino "piraguas, balsas y canoas, como artesas, para navegar poco trecho". Por eso, "se quedaron atónitos cuando la primera vez vieron [a los buques españoles] con sus velas tendidas...". Jamás habían visto ni soñado cosa igual. El Anónimo describe a los indios como incapaces y retrasados con respecto a los europeos. "No tienen la industria en la tierra ni en la mar que llas gentes de Europa!". Y agrega: "Por la mar, ningún género de navegación saben, sino es unas *balsas* que ellos llaman, que son unos palos atados unos a otros y unos pequeños *remillos* y *pequeño pañuelo como vela*; también usan embarcaciones que llaman *canoas*, que son de un solo madero grueso y grande, cavado como artesa, donde también navegan con unos pequeños remillos, y con lo uno y con lo otro no se pueden apartar mucho de las playas".

En la primera mitad del siglo pasado, el francés Alcides D'Orbigny publicó expresiones muy duras y desconsideradas contra el arte de navegar de los aborígenes americanos, y fue lapidario con los peruanos de antes de los españoles. Dijo: "La *necesidad de pescar* o de cruzar un gran río o un *brazo de mar*, induce por lo general al americano a ocuparse de la navegación. Sin embargo, en términos generales, puede decirse que en el momento de la Conquista, *ese arte estaba menos avanzado todavía que los otros*"⁴⁴². Los *pampeanos* y *chiqueteanos* nunca emplearon una embarcación, por ejemplo. Los *guaraníes* y *moxenos*, en cambio, sí "tenían grandes piraguas hechas de un solo tronco ahuecado por medio del hacha y del fuego" y "fueron, por eso, los primeros que navegaron por las costas marítimas del Brasil y se aventuraron... por el mar, para conquistar las Antillas", pero del nivel incipiente jamás pudieron salir. Los *fueguinos* sólo dispusieron de "embarcaciones de corteza de árbol", marineras pero embrionarias; y en cuanto a los *araucanos* y los *peruanos* "no pusieron en la costa más que informes almadías, compuestas de troncos de árboles unidos...". La nave-

gación estuvo “muy atrasada” y en esto los peruanos estuvieron muy alejados de los pueblos de Oceanía, de los que, por consiguiente —afirma el antropólogo francés—, no pueden descender. Fue la navegación, en general, “*la menos adelantada de todas las artes*, lo que se debió probablemente a la *falta de árboles cerca del mar*”⁴⁴³. “En el litoral marítimo... emplearon [los indios] barcos formados con dos *odres* de piel de lobo marino, cosidos y unidos por medio de cuerdas, que llenaban de aire valiéndose de un tubo colocado en la extremidad de cada odre”. “En Guayaquil... y Tumbes..., aunque abundaban las maderas, no construían más que *toscas almadías*”. “En los lagos de la meseta andina... se servían... de barcos contruidos con rodillos de juncos atados en forma de barquichuelo, usando una vela de la misma naturaleza, y por remo una sencilla *pértiga*”. Pero, en contraste con los peruanos y no obstante su bajo nivel cultural, los *fueguinos*, ya citados fueron audaces navegantes, que con embarcaciones pobres dominaron mares difíciles y recorrieron los peligrosos canales de los fiordos chilenos del Sur. Tuvieron verdaderamente *alma de navegantes* y con ella vencieron los obstáculos y la incipiencia de su arte. Construyeron “piraguas de corteza de árbol, cosidas con tendones de animales, de hasta doce o quince pies de largo por tres de ancho y cerradas las junturas con juncos... Endurecieron su interior con resinas...”⁴⁴⁴. Con estas piraguas, recorrieron los mares y canales del Sur de Chile, como verdaderos *nómadas del mar*, yendo de isla en isla en busca de mejor caza y más abundante y variada pesca que en el lugar de la partida.

De iguales ideas participó nuestro Mariano Eduardo de Rivero y Ustariz, autor, con Juan Diego von Tschudi, del primer texto ordenado y sistemático de historia de los Incas, que se publicó en Viena, con gran lujo editorial, en 1851, bajo el título de *Antigüedades peruanas*. Allí, coincidiendo con Acosta, explicó que “los limitados conocimientos de astronomía no permitieron a los peruanos hacer progresos en el arte de navegar... En sus débiles embarcaciones, contruidas de troncos de árboles, palos de balsa, cueros de lobo marino y totora, para recorrer las costas de su territorio y lagunas interiores, *no osaron lanzarse al alta mar*...”⁴⁴⁵.

Panegirista del imperio y autor de páginas notables de historia incaica que tienen de poemas laudatorios, Valcárcel, sin embargo, se inclina ante las versiones de los autores antiguos y niega la existencia de un arte naval desarrollado entre los peruanos de antes de los españoles. “La navegación no alcanzó gran desarrollo técnico” —dice⁴⁴⁶—; y, en otra parte, subraya: “La navegación estaba poco desarrollada y *servía principalmente para la pesca*”⁴⁴⁷.

Para el chileno Benjamín Subercaseaux el arte de la navegación entre los peruanos fue de muy limitados alcances, y ello debido, más que a falta de inventiva y de recursos naturales, como otros quieren, a razones puramente geográficas. Subercaseaux, en este campo, es un *determinista*, al que, naturalmente, no le falta razón. Cree que *sin buenos refugios y sin islas continentales a donde poder enderezar las proas, la navegación no puede desarrollarse*. De otro lado, considera que "el hombre no se esfuerza ni aventura sobre las aguas cuando ya existe una ruta terrestre para ir al punto donde va"⁴⁴⁸. Sólo las islas, y cuando ellas son accesibles, pueden fomentar el desarrollo de la navegación. En cambio, "un litoral rectilíneo y continental, abierto sobre la inmensidad, sin esperanza de apoyo o recalada en largo recorrido", no es ambiente para despertar vocaciones marineras en un pueblo. Un pueblo, en estas condiciones, se contenta, por dictado ineludible de la geografía, con "sus menguados elementos náuticos" *para vivir de la pesca*. Ese fue el caso del pueblo peruano —dice Subercaseaux—; en cambio, en el Sur de Chile, donde hay islas, canales y penínsulas, es decir, buenas condiciones geográficas para el desarrollo, el aborigen *cunco* o *chilota*, con ser de cultura rudimentaria, produjo la excelente y marinera *dalca*, de tres tablones con fondo chato, sin quilla, que impelía en las aguas difíciles con sus *pagayas* de ancha paleta, sin tolete o chumacera, hábil y valientemente, demostrando verdadera vocación por el mar.

La posición de Baudin ante el problema, es contradictoria, y ello desconcierta en tratándose de un autor de su talla y quilates. Señala méritos y rebaja, reconoce la existencia de un arte de la navegación y empequeñece la actitud de los antiguos peruanos ante el mar. Al final de cuentas, parece indicar que los peruanos no fueron diestros ni como constructores de embarcaciones ni como navegantes. "Los peruanos... no dispusieron nunca más que de *barquichuelos muy imperfectos*... —dice⁴⁴⁹ — y, en otra de sus obras, precisa más su pensamiento al respecto: "En el Perú... *los indios eran agricultores y no marinos* [aunque] sin duda hubo en otro tiempo una cierta navegación, pues los primeros habitantes del Imperio incaico encontrados por los españoles a lo largo de las costas de la actual república del Ecuador, eran mercaderes venidos de Tumbes en una balsa..."⁴⁵⁰. Pero hay evidencias de que en sus balsas rudimentarias y sin mayores conocimientos de orientación, los peruanos se aventuraron a grandes travesías, lejos de las costas, y hasta realizaron hazañas inenarrables, teniendo en cuenta las condiciones dentro de las cuales se cumplieron. "Gracias a la clemencia del Pacífico, los indios pudieron aventurarse en las balsas *muy lejos de las costas*" —dice⁴⁵¹—. "Fue una flota de balsas

la que descubrió, bajo la dirección del Inca Túpac Yupanqui, las dos islas *Ayachumbi* y *Ninachumbi*, que no han podido ser identificadas hasta hoy". Después recalca: "Los navegantes más hábiles eran... los indios que vivían a orillas del estuario del río Guayas; surcaban esta vasta bahía numerosas *balsas de comercio, de pesca y de guerra*, y en varias ocasiones tuvieron lugar verdaderas *batallas navales* entre los insulares de la Puná y los habitantes de Tumbes".

Este que pinta, ya es un cuadro de gran desarrollo naviero, con embarcaciones grandes y para diversas funciones, propio de un pueblo avanzado en el arte de la navegación, no de un pueblo que hizo sólo barquichuelos.

Víctor W. von Hagen, escritor fecundo y de mucha popularidad, siguiendo a Larco, subraya que no hay testimonios arqueológicos fidedignos sobre el uso de las grandes balsas de troncos entre los mochicas y los chimúes y, en general, entre los pobladores de la costa Norte. "Aunque las leyendas del continente... desde México al Perú, están llenas de cuentos e historias de hombres y dioses que llegan por mar, no existe ningún testimonio arqueológico de esto... Ni los mochicas, chimúes, incas o cualquiera de las demás tribus costeras peruanas han dejado, para la posteridad, ninguna ilustración de una balsa de troncos..."⁴⁵²

Careciendo de buenas embarcaciones y careciendo de eficaces instrumentos de orientación, los peruanos de la antigüedad —concluye von Hagen— no alcanzaron un nivel respetable en las artes de marear y, por consiguiente, su dominio del mar fue nulo. La vida del pueblo peruano, tanto el de la Sierra como el de los llanos marítimos, giró en torno a la tierra, no en torno al mar, y el escaso contacto que con el mar tuvo fue motivado por la pesca. "Los incas no tuvieron contacto con el mar hasta bien entrada la época del imperio... Los incas, al igual que los romanos... eran *terricolas*; pensaban y actuaban en términos terrestres... Además, los incas sólo tenían un término para designar a los barcos, *hampu*, que era una palabra dada a los barcos de juncos de totora empleados en el lago Titicaca; y algunos autores (Means) han señalado que la evidente pobreza en términos náuticos que tiene el lenguaje quechua, es un reflejo de la general ineptitud del pueblo para todo lo ligado con el mar y la navegación"⁴⁵³. En suma: "Los incas sabían muy poco del mar"⁴⁵⁴.

Para Camille Vallaux, la habilidad de los indios de la Costa para desenvolverse en el mar contrastaba con el "nivel rudimentario" del arte náutico indígena. Eran los indios de una destreza asombrosa "en el manejo de los toscos flotadores llamados *caballitos*" y no desmerecían su fama a la hora que subían

a una balsa de troncos o a una embarcación de pellejos inflados; pero, de no otra cosa eran dueños porque les faltaba la embarcación apropiada para la travesía de altura. Valientes y atrevidos en el mar pero escasos de ingenio para la realización de obras respetables en el campo de la arquitectura naval⁴⁵⁵.

Antes de la aventura de Heyerdahl, Pericot y García mostrábase indeciso, como se ha dicho, en torno al problema que tratamos. Sin embargo, desde la *Kon Tiki* cree en la posibilidad de los viajes transpacíficos en balsa de troncos, y cree, sobre todo, en los contactos de los pueblos americanos con las islas de la Polinesia. No obstante ello, sigue empleando términos peyorativos en la calificación de los peruanos como navegantes. La navegación americana, en general, fue atrasada; jamás alcanzó nivel destacable, a pesar de que en sus balsas los indios de la Costa más de una vez se aventuraron lejos de sus tierras y hasta presumiblemente llegaron a remotos países, cuya identificación sigue en el misterio, como es el caso de las discutidas islas *Ahuachumbi* y *Ninachumbi*.

“El comercio —dice— existió sólo de manera rudimentaria... pero no puede dudarse de su existencia... Los medios de transporte fueron sumamente primitivos... No más perfectos fueron sus medios de navegación, que sólo en pequeña parte remediaron la incomunicación existente entre las diversas comarcas americanas. Si bien algunos pueblos, los que vivían en comarcas más favorables para ello, es indudable que fueron hábiles en el arte de navegar (esquimales, antillanos, pueblos del Noroeste, huancavilcas), *la mayoría conocían sólo los tipos más primitivos de embarcación*. Estos se reducían a canoas de corteza, de troncos de árboles vaciados, de pieles, movidas a pala, o a las *balsas* y jangadas del Amazonas. Tipos más perfectos fueron... las piraguas de los caribes, en las que cabían hasta más de cien hombres, y las *balsas de haces de junco* de la costa Pacífica de Sudamérica. Las *balsas de troncos de la costa del Perú* parecen haber permitido *largos desplazamientos*, hasta las *islas orientales de la Polinesia...*”⁴⁵⁶.

Con brevedad elocuente, reflejo del rigor científico de su pensamiento, Kroeber señaló para la navegación prehispánica americana, en general, un *nivel de atraso*. “Las naciones adelantadas del área andina” —especificó— carecieron de “verdaderos botes”, lo cual contrasta —agregó— con la habilidad de los indios del Sur de Chile para construir “canoas de tablones”, o *dalcas*, habilidad que compartieron, también, los habitantes de las islas Santa Bárbara, de California⁴⁵⁷.

Pero, el sostenedor más tenaz y beligerante de la ineptitud de los indios peruanos para desempeñarse en el mar, fue Philip Ainsworth Means, ya varias veces citado en el curso de este

capítulo. Means no sólo emplea palabras de desprecio para juzgar las realizaciones navales de los peruanos de la antigüedad y para describir las embarcaciones que construían, sino de burla o mofa. Considera al peruano como *el pueblo más pobre en capacidad para desempeñarse en el mar*, y le achaca para sus designios: ineptitud general, falta de mentalidad marítima y pobreza de léxico.

"Si bien —dice— los hombres andinos de la época prehispánica destacaron en muchas habilidades, *fueron majestuosamente ineptos en todo lo que a navegación se refería*. Eran, en realidad, *verdaderos marineros de agua dulce*. Esto es cierto en lo que se refiere a *todos los pueblos que habitaron... desde el Norte de Ecuador hasta Chile Nor-central*. Fue cierto a pesar del hecho de que, desde los tiempos más antiguos, los habitantes costeros han acostumbrado obtener gran parte de sus alimentos del océano. En todos los períodos prehispánicos, la pesca en botes era extensamente practicada frente a la costa andina, como complemento a la dieta popular obtenida de la agricultura... A pesar de los siglos dedicados a la pesca, *los habitantes antiguos del área andina no avanzaron nada en la técnica de construcción de barcos*. No llegaron, por ejemplo, al nivel de los polinesios"⁴⁵⁸.

Lo mejor que tuvieron los antiguos peruanos, en materia de construcción naval —agrega Means—, fue la *balsa de troncos*, con vela cuadrada y caseta o cabina central para la tripulación. Este "era el tipo de embarcación menos despreciable"⁴⁵⁹. En general, la población del país andino, incluyendo los *yungas* de los *llanos marítimos*, estaba constituida por "*gente singularmente escasa de mentalidad marítima*".

Sobre la *balsa* añade que era la embarcación "menos ineficiente que se conocía. Esto, hay que reconocerlo, es una alabanza muy escasa; pero, en vista de los hechos, es lo más que se puede decir del arte de construir barcos entre esta gente *singularmente desprovista de mentalidad marítima*..."

La incapacidad general se refleja en el idioma, que es extremadamente pobre para designar barcos, balsas y cosas relacionadas con la navegación. Sólo tiene *una palabra*, tanto en el quechua como en el aimara: *huampu*, que significa barco (*balsa*) y se aplica a toda embarcación cualquiera su tamaño, tipo o finalidad. "Esta notoria *pobreza de léxico*... es un reflejo de la *ineptitud general* —insiste Means una vez más— del pueblo en lo que se refiere a ciencia náutica".

Recientemente, Horkheimer ha seguido, en parte, la orientación de Means. La navegación en los tiempos preincaicos, sólo tuvo una finalidad —expresa—: la explotación de los variados recursos del mar, principalmente en la forma de *pesca*. Nave-

garon, entonces, los indios peruanos para pescar. No hubo navegación para transporte, mucho menos para comercio de valle a valle. Dado que los valles producían, todos, casi lo mismo, y que las exigencias de los pueblos de la Costa eran más o menos similares, *no hubo necesidad de comerciar, de intercambiar productos entre un valle y otro*. El único comercio que cabía era aquel que efectuaban los pueblos del valle bajo con los pueblos del valle alto. Cada parte tenía, por razones de altitud, vale decir, de clima, sus propios productos, y el intercambio se justificaba.

Una excepción seguramente, fue la de los *extractores de guano* de las islas del litoral, que en la época mochica sacaban el rico fertilizante de las *islas Chincha* y lo conducían, *por vía marítima*, hasta la costa Norte, cubriendo distancias del orden de los ochocientos kilómetros⁴⁶⁰.

Para la pesca, a cumplirse en un mar generalmente pacífico, de aguas las más de las veces muy calmas, los frágiles *caballitos de totora* bastaron⁴⁶¹. Quizá, incluso, pudieron servir para algún transporte de cantidades pequeñas y "para chasquis marinos".

No habiendo otras necesidades, la navegación allí se quedó, estancada, sin mayor desarrollo; y en ningún momento, por lo tanto, los indios destacaron por sus cualidades marineras. Parece repetir Horkheimer la peyorativa expresión de Means, aunque bien sabemos que mucho más "marineros de agua dulce" fueron los "valientes y atrevidos pescadores y navegantes" de la costa peruana, dignos de respeto y consideración por el afanoso trabajo que cumplieron y las hazañas que protagonizaron dentro del marco que la historia les señaló.

Por lo demás, es del caso advertir que quedan aún incógnitas por despejar en este estudio. Los datos sobre navegación de altura son todavía insuficientes y el estado de la investigación se presta, por lo tanto, para que reinen las dudas. Engel dice: "Todo el problema de la navegación y de la caza en alta mar, que ya ha sido minuciosamente hecho en Europa hasta el Paleolítico, es un capítulo casi virgen en el Perú..."⁴⁶².

CAUSAS DE LA SUPUESTA INEPTITUD

No obstante su opinión despectiva —que parece intencional y apriorística—, el razonamiento de Means es interesante porque parte de la idea de que los antiguos peruanos *debieron ser buenos navegantes y destacar en las artes náuticas, pero fracasaron*.

Debieron ser buenos navegantes por tres razones:

Primera: costa larga con buenos puertos.

Segunda: dedicación desde temprana época a la pesca, lo que los hizo pescadores e ictiófagos por excelencia.

Tercera: madera buena en el Norte para la construcción de barcos.

No fue así, sin embargo. Fueron malos navegantes. No destacaron (todo esto en la opinión muy particular del susodicho Means) en el arte de la construcción naval. ¿Por qué?

Por dos causas, dice Means:

Primera: por el "aislamiento cultural y geográfico de los pueblos nativos americanos en su totalidad..."⁴⁶³. En esta primera razón del fracaso de los peruanos antiguos en la navegación, iba a coincidir totalmente, más tarde (en 1948, como se verá más adelante), Valcárcel: *aislamiento cultural y geográfico*, pues. El mar, *barrera insalvable*. Por este aislamiento general del continente con respecto a los pueblos de otras partes del mundo, "no se recibió estímulo desde fuera de América". Por ejemplo (siempre según Means), por este aislamiento no se conoció ni la rueda ni la técnica de la construcción de barcos, elementos de cultura material que habrían llegado y prosperado sin duda.

(Esta primera causa que menciona Means, está en contradicción con la tesis *difusionista*, representada, entre otros, por James Hornell, quien ha estudiado cuidadosamente el problema del origen de la balsa sudamericana (1931). Hornell sostiene que la balsa fue traída a la costa Oeste de Sudamérica desde el Asia oriental y que su difusión comprendió prácticamente todo el Pacífico. Pero, para Means no hay difusión: *América ha vivido en el más completo aislamiento*).

Segunda razón: "la separación de las culturas americanas *unas de otras*"⁴⁶⁴. Así se explica que barcos "tan admirables como los de Alaska y la costa Noroeste de América —sin mencionar muchos tipos de canoas de corteza, de Norteamérica, las piraguas de América Central y de las grandes cuencas fluviales de Sudamérica— nunca llegaron a ser la base para una tradición constructora de barcos de amplia difusión, la cual, en manos de los pueblos altamente cultivados de México, Yucatán y el Perú, podría haberse convertido en una técnica náutica realmente avanzada".

Como se dijo, Valcárcel iba a coincidir plenamente, años más tarde, con el razonamiento de Means. No es de extrañar ello porque nuestros etnohistoriadores de la época de los Incas siempre han estado muy cerca, a veces sin darse cuenta, del pensamiento de los escritores norteamericanos, a pesar de sus posturas intransigentemente indigenistas y sus loas políticas a los cadáveres históricos. Valcárcel, en 1948, silenciando su simpatía por el juicio de Means, alegó ampararse en las ideas de un

conocido filósofo español. Siguiendo, según él, a Ortega y Gasset, sostuvo que el Perú, como China y Egipto, había vivido *aislado totalmente del mundo*, separado de todas las otras culturas, desarrollando su existencia dentro de una "majestuosa soledad"⁴⁶⁵. "El Perú vivía en soledad, porque sólo le rodeaban tribus de las cuales había salido remotamente", y *porque al frente tenía un mar inmenso que le cerraba la comunicación*. "La naturaleza había conspirado para encerrar al Perú dentro de un marco geográfico bien definido. Al Norte y al Este bosques y pantanos, al Sur páramos y salares, *al Oeste el infinito oceánico...*"⁴⁶⁶.

En el pensamiento de Valcárcel, inspirado o no en Means, inspirado o no en Ortega, el mar resulta, así, una *barrera insalvable*, un abismo entre los mundos culturales. Durante milenios, el mar cerró la comunicación y aisló a la cultura andina de toda posibilidad de enlace bienhechor; la aisló de las otras culturas americanas y de las del Viejo Mundo.

Mientras tanto, las *necesidades de mar* eran satisfechas por las embarcaciones menores: *caballitos de totora*, balsas de troncos, balsas de calabazos, balsas de odres, balsillas, balsas de enea: unas dedicadas a la pesca, otras a un pequeño tráfico comercial entre las playas contiguas, entre los valles, a lo más entre las *islas guaneras* y los valles necesitados de fertilizante. Por lo demás, "que no se desarrollara una navegación más completa se tiene que atribuir a la *falta de árboles de madera apropiada*, a la escasez de bahías y de ríos navegables; solamente donde varían las condiciones, a partir de Tumbes hacia el Norte, nació un tipo de embarcación mucho más avanzado"⁴⁶⁷.

Aceptada en su totalidad o no la tesis de la ineptitud de los peruanos para las artes de la navegación, hay que convenir que *la geografía se presentó en la antigüedad como un factor desfavorable para el desarrollo naval*.

Las condiciones geográficas que presenta el mar en el Perú y, en general, en toda la costa occidental de Sudamérica (exceptuando el golfo de Guayaquil y, al Sur, los canales chilenos), que se expresan como condiciones de *gran amplitud, sencillez de costas y conformación abierta del litoral* —extremada y monótonamente abierta, sin las *formaciones angostas* que son las ideales para el desarrollo de la navegación y del espíritu mariner—, hiciéronse *factores adversos* en la antigüedad, deteniendo un impulso, indudablemente surgido en varios puntos del litoral peruano pero especialmente en el Norte, entre las costas mochicas y las del Guayas, que pudo, de no haber encontrado esos obstáculos insalvables, cristalizar en un elevado desarrollo⁴⁶⁸.

Los *mares angostos* favorecen el desarrollo de la navegación y, en general, de todas las actividades relacionadas con el mar. Estas actividades requieren de la estrechez que invita a ser vencida, que invita a ser cruzada sin riesgo.

Los *mares abiertos*, en cambio, son mares que cierran el paso, *mares-tapones* que espantan, alejan, desaniman, no invitan; mares sin el imán del otro lado ni el reposo o el abrigo de la bahía cercana, o de la península que es como una tierra que sale a dar el encuentro en socorro.

Dice Braudel: "Los *mares angostos* son la parte animada del mar, el ámbito vivo de las embarcaciones. Desde el punto de vista económico y humano, son la parte más importante"⁴⁶⁹. Frente a ellos están, con caracteres opuestos, "las grandes extensiones del mar", vastas, de masas descomunales, con otro papel, otra función, otro impacto en el desarrollo de las actividades del hombre. "Los desiertos de agua son un poco como los saharas de arena y de piedra: *espacios-tapones* que *paralizan la circulación y separan los mundos...*".

Esta interpretación de los fundamentos oceanográficos de la historia de la civilización —juiciosa, certera, amparada en un cúmulo grande de hechos y confirmada por siglos de aventura humana en el mar— tiene, no obstante, sus excepciones. Una, por ejemplo, la de los *polinesios*, amos y señores del más vasto océano del mundo, conquistadores de islas desperdigadas en la más dilatada y con frecuencia más peligrosa porción del mar universal, navegantes de empresas interminables de semanas y meses. Para los polinesios no hubo distancias, y así como su audacia increíble los llevó hasta la alejadísima Nueva Zelandia, así bien pudo traerlos a América, quizá eventualmente a las costas del Perú.

¿Y los peruanos que arribaron a Polinesia en inmensa flota de balsas en tiempo de Túpac Inca Yupanqui, según dice la versión recogida por Sarmiento en el Cusco y Cabello de Balboa en Quito? Si fue cierto que los balseros del gran príncipe —más tarde Inca— llegaron, no a las Galápagos sino a las islas orientales de Polinesia, habría que concederles uno de los mayores galardones por proeza tan encumbrada y reconocer que para ellos el mar abierto y dilatado no obstante la regla de su invencibilidad, fue nada ante su espíritu aventurero y conquistador.

Pero, en resumen, y fuera de las excepciones dichas, *el mar peruano no reunió las condiciones favorables* que presentan otros mares para el desarrollo tanto del espíritu marineró como de las artes relacionadas con el mar.

No obstante ello, el costeño de la antigüedad logró buenos resultados para el entusiasta y vigoroso impulso que lo llevó a tender entre su existencia y el mar fuertes y perdurables

lazos: resultados tanto más meritorios cuanto que los factores geográficos adversos, los inconvenientes y las limitaciones, eran grandes y, hasta cierto punto, insalvables. La victoria no fue resonante, pero juzgada en atención a las condiciones geográficas y a las posibilidades que brindaban los recursos, fue meritoria y ejemplar, superior a cuanto hicieron otros pueblos partiendo de la misma línea.

El litoral peruano prácticamente carece de penínsulas, y esta fue para los peruanos de la antigüedad una desventaja enorme, quizá la mayor quiebra del apoyo geográfico que reclamaban para favorecer el impulso que les dirigía los ojos al mar. Las penínsulas juegan un rol importante en la *activación de la vida marítima*. Son, en realidad, como dice Braudel, cuyas ideas aquí retomamos, "bloques de tierra... mundos particulares" orientados hacia la masa continental. "Las penínsulas forman otros tantos continentes autónomos"⁴⁷⁰, cuyo papel en la historia ha sido decisivo. Les ha correspondido un lugar primero en la historia de la humanidad; son los personajes de estirpe continental (porque por algo se desprenden de tierra firme) que rol más significativo han desarrollado en el mar, primeros sin duda entre todos⁴⁷¹.

El mar peruano, como decíamos, excepto la pequeña, humilde, yerma, inhóspita de Paracas, *carece de penínsulas*. No tuvo, pues, el antiguo habitante de la Costa la facilidad de un litoral *ventajosamente recortado*, con las *penínsulas que impulsan la vida marinera* y los *golfos "que sirven de nexo de enlace"*.

Sólo en el Norte, en las costas de los actuales departamentos de Piura y Tumbes, y en la boca del río Guayas, las condiciones fueron mejores, porque allí se abren algunas bahías espaciosas y un golfo amplio que tiene al centro una isla grande y muy poblada, la Puná.

LA RIQUEZA BIOLÓGICA, UN FACTOR FAVORABLE

Si por el lado del continente, la sencilla configuración del litoral —sin entrantes ni salientes, sin penínsulas, sin islas abastecidas— fue un *factor desfavorable* que conspiró contra el desenvolvimiento de las artes y las actividades navieras, por el lado del mar, en cambio, la extraordinaria riqueza de las aguas debe ser tenida como un *factor altamente favorable*.

La riqueza de las aguas del mar es un factor importante porque significa entre los pueblos marítimos *alimento, subsistencia*.

Braudel observa que el Mar Mediterráneo, a pesar de su configuración ideal para el desarrollo de la vida marinera, no ha



Balsilla moderna se hace a la mar en playa del Norte. Mientras un tripulante asegura el aparejo, el otro hunde el tablón de quilla para gobernar la rústica embarcación, que perpetúa el modelo de las antiguas balsillas. (Foto: José Ramos Gentileza de Pedro Cateriano).



No obstante su construcción rústica y aparente fragilidad, la balsilla moderna —modelo que sobrevive a través de siglos y caso extraordinario de arcaísmo, que ha superado la competencia del bote— es de una solidez asombrosa. Se compone de troncos de *palo de balsa*, firmemente atados a travesaños, y de un mástil sujeto por cuatro obenques y otros cabos en la base. Por entre los troncos, a popa, el tripulante hunde el tablón de quilla, que funge de timón y permite un seguro gobierno. (Foto: José Ramos. Gentileza de Pedro Cateriano).



Derivada de la antigua, la balsilla moderna se usa en muchas partes del litoral, especialmente en el Norte, en playas de Sechura (por el Sur, hasta la península de Illescas), Paita, Colán, Talara, Máncora, etc. Se gobierna con un tablón de quilla, que en la vista es llevado por el tripulante. (Foto: José Ramos. Gentileza de Pedro Cateriano).

dado en la historia, ni ayer ni hoy, muchos pueblos marineros, como podría esperarse (con excepciones, desde luego), *porque es un mar pobre*. "El agua del Mediterráneo no es mucho más rica que su tierra... Es incapaz de alimentar a más..."⁴⁷². En cambio, los mares del Norte de Europa sí han dado pueblos marineros porque en ellos la vida abunda.

Resulta, así la riqueza del mar (ictiológica y malacológica) factor de primera importancia para canalizar los impulsos del hombre y despertar las vocaciones colectivas del mar. En este sentido, *el mar peruano fue excepcionalmente favorable*. La arqueología se encarga de poner en evidencia que, desde los primeros tiempos de la ocupación de la Costa en la edad Paleolítica, ya el hombre vivía de los productos del mar; y que desde aquella remota edad primordial hasta las postrimerías de los Incas, *en ningún momento el hombre para su alimentación se separó del mar*.

En otra parte de su enciclopédico estudio, Braudel, al tratar de los pueblos que viven en los contornos del Mar Mediterráneo, habla de lo que él llama la *asociación* entre la *vida marítima* y la *economía montañesa*. "Ambas —dice— se influyen y complementan"⁴⁷³. Y agrega: "De ahí la asombrosa asociación de la labranza, los huertos y la pesca, es decir, de la vida agrícola y marinera".

Pues bien, esta asociación se dio también en el Perú, *entre los pueblos de la Costa y los pueblos de la Sierra* —éstos, siempre interesados por los productos del mar, que consumían en cantidad, adquiriéndolos a cambio de los productos de la tierra de su cosecha— e, igualmente, *entre los pueblos pescadores establecidos en las caletas y los pueblos de los valles próximos*.

Esta asociación fue fecunda para ambas partes, no sólo en lo que se refiere al *intercambio de productos* sino también en lo que se relaciona con el *progreso tecnológico*. Los pueblos pescadores, en efecto, además de alimentos dieron un material muy útil para la fabricación de utensilios finos, como es el hueso (generalmente de *Otaria*) y, a su vez, la economía agrícola dio a los pueblos pescadores el *algodón*, fibra indispensable para la fabricación de *redes de pescar*. Puede decirse, y la arqueología lo confirma (Bird, *Huaca Prieta*), que con la intensificación del cultivo del algodón y la consiguiente mejora de su fibra, se dio un gran impulso a la pesca.

Si la condición que caracteriza a los *pueblos verdaderamente marineros* es la de ser *esencialmente vagabundos*, "propicios a las migraciones y a las mudanzas y capaces de transformar y volver a crear en cada momento la historia móvil del mar"⁴⁷⁴, el ingreso del pueblo peruano a esta clasificación ciertamente que no se justificaría. Sin embargo, algunos hechos de la his-

toria dan pábulo para creerlo marinero: por ejemplo, las campañas navales de la costa Norte, durante las cuales los balseiros del Inca evidenciaron dominio del mar; el comercio con los países septentrionales (presumiblemente con Centroamérica); y la memorable expedición de Túpac Inca Yupanqui a islas que, si bien no han sido debidamente identificadas, la crítica histórica las ubica en lejana región.

PUEBLO CONTINENTAL PERO DOMINADOR DEL MAR

Por su origen, y predominantemente en el curso de su milenaria historia, *el pueblo peruano fue continental*, de hechura andina; pero, este carácter, bien definido, no le restó condiciones para *dominar el mar*, para hacerlo suyo en la medida de sus necesidades y aspiraciones (incluso, en la medida de sus refinadas exigencias). Siendo por raíz y por estirpe *predominantemente continental*, supo *llegar al mar y aprovecharlo, desarrollando con el tiempo un gran espíritu y una excepcional capacidad para los trabajos del mar*. Incluso, llegado el momento crucial, reveló condiciones para hacer del océano escenario de sus campañas conquistadoras.

Por lo demás, no sería éste el primer caso de pueblo continental que llega a dominar el mar. *La historia está llena de pueblos continentales que dominaron el mar*, hasta con mayor ventaja algunas veces que los mismos pueblos marítimos. El Mediterráneo, por ejemplo —como observa Braudel—, fue inicialmente un mar de los persas, después de los romanos, más tarde de los árabes, en el siglo XVI de los castellanos por el Oeste y de los turcos por el Este; es decir, casi toda su historia “de pueblos continentales, siempre continentales”⁴⁷⁵.

Generalizando, Braudel dice que “...por muy ignorante que sea, y menos desarrollado con frecuencia que el hombre de la costa, el continental llega a dominar, muy a menudo, los mundos del mar tanto como éste”. Incluso, se dan en la historia casos verdaderamente curiosos de pueblos continentales que dominaron el mar sirviéndose de pueblos marítimos, usándolos como intermediarios. Por ejemplo: Egipto se aprovechó de Fenicia para dominar el Mediterráneo.

DOMINIO, PODERIO: TALASOCRACIA

De lo expuesto se sigue con esta pregunta: ¿hubo *talasocracia* en el antiguo Perú?

El problema está en determinar, a base no de suposiciones sino de hechos probados, si hubo en el Perú una verdadera

talasocracia, una *dominación del mar* o “dominio de los mares”, conforme a la acepción estricta (Acad.) que se da a esta palabra.

¿Hubo dominio con tráfico, movimiento de grupos, expediciones, espíritu marinerero, explotación de las riquezas, acciones navales de ataque o defensa, campañas ora para el mantenimiento de las estaciones, ora para la expansión de los órganos periféricos del Estado imperial... o la relación del hombre con el mar se redujo a las formas sencillas de una pesca más o menos intensiva, a la extracción de otras riquezas contenidas en las aguas y a una navegación de cabotaje menor, apenas para un comercio de menudos alcances?

Después del desarrollo de las grandes culturas del litoral (por el siglo V de nuestra era) y, sobre todo, con el apogeo de las confederaciones y reinos costeros, que levantan grandes ciudades muy cerca del mar, se acumulan varios hechos, aunque no con densidad satisfactoria ni continuidad convincente, que conducen a pensar en una forma, no plena es cierto pero sí definida, concreta, de talasocracia, de dominio del mar: talasocracia surgida parte de los pueblos costeros, vecinos del océano, parte de los andinos.

El mejor momento de ese dominio se da cuando Túpac Inca Yupanqui, con veinte mil hombres de guerra, se lanza en flota enorme de balsas, a la conquista de las lejanas islas *Ahuachumbi* y *Ninachumbi*, de las cuales regresa, al cabo de nueve meses, con trofeos, haciendo más para la historia que para sus contemporáneos un alarde extraordinario no sólo de espíritu marinerero sino de capacidad náutica.

Otro momento innegable de dominio, ahora con exhibición de “poderío naval”, es cuando, en tiempo de los últimos emperadores, las huestes cusqueñas cambian los caminos andinos por las rutas del mar para completar el sometimiento de las naciones reacias a la unificación.

Así los pueblos andinos y costeros se unen para volcar parte de su existencia al mar y para incorporar el mar a la esfera de su influencia y dominación. Siendo continentales, dominan el mar en la medida de su destino histórico y en la medida, no muy holgada, que permitieron la geografía y los recursos. En todo caso, fueron algo más —mejor: mucho más— que simples pescadores. El *caballito de totora* fue símbolo de la pesca, pero la *balsa de troncos*, como aquella espléndida de Tumbes que asombró a Bartolomé Ruiz con la vela inflada y su cubierta colmada de productos, lo fue del comercio en gran escala, de las grandes expediciones, de los combates navales para el aplastamiento de los rebeldes; en suma, de una relación dominante con el mar con visos de *talasocracia*.

LA TEORIA DE LOS "SECTORES MARITIMOS"
Y LA GEOPOLITICA DEL MAR

Braudel, a quien venimos siguiendo con interés en esta parte de nuestro estudio por sus sugestivas aportaciones —generales ellas, no atribuibles al Mediterráneo únicamente, aunque de la interpretación del Mediterráneo parten—, sostiene en otra parte de su monumental trabajo histórico que no todas las costas, aun las más ayudadas por la geografía y los recursos, dan *pueblos navegantes*. Se requiere para ello que reúnan un cúmulo de factores favorables, no uno ni unos cuantos. A veces la exigencia está por la totalidad de los factores.

El Mediterráneo, por caso, para poner de ejemplo el que estudia el propio Braudel, aunque presenta condiciones geográficas óptimas, de *perfil litoral* sobre todo (mares angostos —mares tentadores—, penínsulas, islas, golfos de toda amplitud y de los mejores contornos, etc.), ha dado en el curso de su milenaria historia pocos pueblos marinos. La explicación a este contrasentido hay que encontrarla en el hecho, discretamente advertido por Braudel, de que, no obstante esas buenas condiciones geográficas (de *perfil*, sobre todo), el Mediterráneo presenta *escasos sectores de litoral propicios para servir de base a la vida*.

Esta idea, oportunamente surgida de la observación sutil de los hechos y respaldada por una amplia base de confrontaciones a nivel mundial, lleva a Braudel a sostener la que podría llamarse *teoría de los sectores marítimos*, verdaderamente plausible y útil para el estudio de las costas y los pueblos de otras regiones y continentes.

Los pueblos dedicados a la *vida del mar* requieren no sólo *fuentes de abastecimiento alimenticio* (comenzando, como se dijo anteriormente, por *mares pródigos*) sino *materiales de construcción* para sus naves de gran calado y embarcaciones menores. Dependen, por consiguiente, de los *bosques de madera*, y cuando la madera llega a escasear por una explotación indiscriminada y destructiva, del tipo tan frecuente que tantos males ha causado en el mundo como advierten los geógrafos económicos, entonces surge inevitablemente en ellos lo que el propio Braudel con acierto llama, refiriéndose a los venecianos del siglo XVI, "la terrible sed de la madera", una suerte de apetencia honda y vital, imposible de saciar por culpa misma del hombre, imprevisor y torpe en sus explotaciones⁴⁷⁶.

Todos los autores que se han ocupado de la navegación entre los peruanos de antes del Descubrimiento, atribuyen acertadamente la falta de un completo desarrollo de la navegación a la escasez *natural* de madera en la Costa, y coinciden tácitamente en su apreciación, pues, con la idea magistralmente expuesta

por Braudel. Entre ellos, con mayor insistencia, Lothrop y Horkheimer.

Los *sectores litorales* demandan, igualmente, una relación provechosa, de entrega bilateral, entre la *economía del mar* y la *economía de la tierra*, porque ambas no se excluyen sino, por el contrario, se complementan, y de manera muy íntima, y, por lo general, una impulsa a la otra y viceversa, sin que la sede económica dominante relegue a la otra a una condición subalterna.

Un examen, por ligero que sea, de la condición general que presenta la costa peruana, pone de resalto su *orfandad en materia de sectores marítimos*, vale decir, de *sectores con bases para la vida*. Salvo frente a los valles, esa complementación entre la *economía del mar* y la *economía de la tierra* de que habla Braudel, escasa y parcamente se da. La frontera marítima de los valles, por lo demás, hace un total, comparativamente, insignificante: el desierto predomina de una manera abrumadora sobre la tierra fértil, habitable, laborable. El hombre puede asomarse al mar, confiando en una existencia estable, sólo en determinados puntos.

En el pasado, por eso, la mayor parte de la costa peruana permaneció *deshabitada*, y las facilidades de acceso —hablando sólo desde el punto de vista geográfico— fueron mínimas. Los arenales llegan hasta el mar y en todo el sector Sur, desde Lomas hasta Chile, las estribaciones andinas y las cadenas de la Costa se hunden en las aguas sin el reposo amable de las playas ni la calma propia para los establecimientos humanos de las bahías o ensenadas.

En suma: sin economías complementarias (de mar y tierra), sin condiciones geográficas de perfil (bahías, penínsulas, islas abastecidas, golfos de contornos atractivos, etc.) y sin madera (factor condicionante número uno), no se dieron en el Perú los *sectores marítimos con bases suficientes para la vida*, capaces de generalizar o extender la afición por el mar y excitar la vida hacia las formas que tipifican la existencia de los *pueblos navegantes*. En todo caso, los logros de los peruanos no fueron sobresalientes, aunque sí excepcionalmente meritorios.

Se exceptúa de lo dicho el sector Norte de la Costa, sector que podríamos llamar del *palo de balsa*.

Otro autor que formula interesantes observaciones —de tono general pesimista, por desgracia, negadoras de los muchos méritos acumulados por los esforzados navegantes peruanos—, es el ya varias veces citado Paul Kosok. Kosok se pregunta, con no velada acrimonia e innegable propósito de opacar méritos a los navegantes antiguos, por *el papel que desempeñó el mar en la formación de las grandes confederaciones políticas*

y en la estructuración definitiva del imperio de los Incas en el territorio de la Costa. Concretamente se pregunta por el papel de las *vías marítimas* —si las hubo, dice— en la expansión de los Incas y en la unificación de las diversas regiones del vasto Tahuantinsuyo.

La respuesta que da a estas cuestiones, es terminante: en la formación de las grandes confederaciones políticas e imperios costeros, sólo intervinieron, como vías de expansión o de unificación, *los caminos tendidos a través de los valles y desiertos*; el mar careció —agrega— de valor político-naval-militar. Al respecto —apunta— “hay que mencionar... la ausencia de barcos en la formación de las federaciones e imperios costeros”⁴⁷⁷.

El mar peruano ganó importancia sólo con la llegada de los españoles. “Con la llegada de los españoles, el océano comenzó a desempeñar un rol político-militar enteramente nuevo. Mediante el control del océano *desde afuera*, los españoles lograban la sujeción de cada valle costero desembarcando tropas y provisiones en las numerosas bahías del litoral”. Incluso, el dominio de la Sierra se logró mediante la penetración de fuerzas desembarcadas en las bahías del litoral. “Como resultado de esto, el *Niño Seco*, que era el camino longitudinal de la Sierra, verdadero espinaza político-militar del imperio de los Incas, *comenzó a caer en desuso*”⁴⁷⁸. De esta suerte, pues, el mar cobró inusitada —y antes nunca vista (según Kosok)— importancia y, como ruta vertebral, apuntaló y permitió el poder español sobre la tierra. *La tierra* —dicho en otros términos—, con los españoles, *fue conquistada y sujeta desde el mar*. Kosok concluye en esta parte: “así, *por primera vez*, el mar se convirtió [con los españoles] en un factor de primordial importancia en el control político y militar del Perú”.

Para este autor, la única significación que tuvo el mar en la antigüedad, fue la *económica*: fuente de abastecimiento para la vida por el ejercicio de la *pescá*. No solamente la navegación con grandes embarcaciones, como balsas, no tuvo base para prosperar (entre otras razones, por la falta ya apuntada de materiales de construcción naval), sino que, en general, por su configuración de litoral abierto, de costas rectas, sin atajos, sin islas ni entrantes ni salientes considerables, *el mar peruano careció de significación política y militar hasta la llegada de los españoles*. No fue ni vía económica para la comunicación entre los valles ni vía para la expansión imperial.

En el Norte, en cambio, la situación fue distinta. Allí sí se dieron condiciones geográficas ventajosas, con un golfo que operó como *mar interior* y una isla grande y poblada cuyos habitantes mantuvieron constante relación con las naciones del continente, unas veces por razones de comercio, otras por razo-

nes de guerra. La madera, además, abundó, especialísima para las construcciones navales. Tumbes fue uno de los centros principales del activo movimiento naviero de aquella parte de la costa peruana, extendiendo su influencia hasta las bahías de Paita y Sechura.

Sin admitir la posibilidad del uso de las balsas de troncos en otras partes del litoral, Kosok recalca que los *caballitos de totora* eran sólo para los fines de la pesca, como son en la actualidad. Siendo "pequeños botes de totora para una o, máximo dos personas", "no hubiera sido posible desarrollar con ellos... una marina que cooperara con el ejército en la conquista y control de los valles vecinos"¹⁴⁷⁸.

En suma, Kosok sostiene los siguientes cuatro puntos: *primero*, que el mar careció de significación político-naval-militar; *segundo*, que no hubo en el Perú flotas de guerra que cooperaran con los ejércitos de tierra; *tercero*, que todas las empresas de expansión política y los programas de confederación tribal, se desarrollaron por caminos terrestres, que ya existían desde los tiempos mochicas, como lo revela palmariamente la cerámica (chasquis en cántaros globulares, de asa-estribo, del Norte, pictográficos). Es de toda evidencia que en la época chimú ya existía un sistema de caminos a lo largo del litoral, el cual "se convirtió en la médula espinal del imperio". *Cuarto punto*: que el mar fue solamente una fuente de recursos y, en el Norte, por excepción, vía de comunicación para el comercio de los grupos costeros, con balsas grandes de troncos.

Estos cuatro puntos, aunque apoyados en observaciones penetrantes, no resisten una revisión a fondo, porque representan puntos de vista exagerados o negativos sobre el problema. Por de pronto, los testimonios históricos relativos a la época del apogeo imperial (con Pachacútec, Túpac Inca Yupanqui y Huaina Cápac) desmienten las dos primeras conclusiones. Kosok parece referirse únicamente a la época de las confederaciones tribales costeñas y, en especial, a la época del *imperio chimú*. Podría pensarse que también se refiere a la época del *presunto imperio mochica*, a favor de cuya existencia como tal, como *imperio* —a la manera que propone Larco—, prefiere no manifestarse. No hace referencia, en cambio, a la *expansión incaica*, la cual, según sabemos por el testimonio de los cronistas e historiadores antiguos, *utilizó el mar como vía de conquista*. De la época de Túpac Inca Yupanqui y Huaina Cápac se citan en varias crónicas e historias de los autores de los siglos XVI y XVII —lo que está señalado, en detalle, en el capítulo décimoquinto— *operaciones navales* de la mayor importancia, hechas con propósitos de guerra y avasallamiento, que terminaron con resonantes

NAVEGACION

triumfos, no obstante la habilidad para este tipo de contienda y la experiencia de los enemigos.

También las historias relatan *expediciones* a lejanas islas y remotos países y refieren de la existencia de un tráfico muy activo con la isla de la Puná desde el estuario del Guayas y, particularmente, desde Tumbes. Esta isla, densamente poblada por gentes belicosas, fue sometida por los ejércitos cusqueños tras la difícil conquista, con combates auténticamente navales, de las costas del golfo de Guayaquil, donde moraban pueblos no menos hostiles a la expansión imperial.

Habría que añadir que la mitología relievra la importancia del mar en la vida de los pueblos del Perú antiguo, lo que indica una estrecha relación desde los tiempos más remotos; y que el testimonio ceramográfico, como se ha visto en este mismo capítulo en la parte relativa a las balsas de totora, señala a los mochicas de los primeros siglos de la era cristiana como dueños de grandes embarcaciones de dos cubiertas, en las que portaban prisioneros y carga variada, indicativas de operaciones navales.

NOTAS AL CAPITULO

- 1 GIBSON, Charles E. ... *La historia del barco*. Buenos Aires, 1953; p. 4
- 2 BEALS, Ralph L. ... y HOIJER, Harri... *Introducción a la Antropología*. Madrid, 1963; p. 361.
- 3 HAWKES, Jacquetta... *Historia de la Humanidad* (Unesco). Buenos Aires, 1963. Vol. I; p. 206.
- 4 Es el caso de la vela y los tablones de quilla, usados en la navegación aborigen peruana.
- 5 LOWIE, Robert H. ... *Antropología cultural*. México, 1947; p. 159
- 6 DITTMER, Kunz... *Etnología general*. México, 1960; p. 153.
- 7 DITTMER, *Etnología general*; p. 160.
- 8 BEALS y HOIJER, *Introducción a la Antropología*; p. 376.
- 9 WOOLLEY, Leonard... *Historia de la Humanidad*; (Unesco). Buenos Aires, 1963. Vol. I. Segunda Parte: Los comienzos de la civilización; p. 720.
- 10 GIBSON, *La historia del barco*; p. 6.
- 11 HAWKES, *Historia de la Humanidad*; p. 394 y sgte.
- 12 WOOLLEY, *Historia de la Humanidad*; p. 719.
- 13 DUCASSE, Pierre... *Historia de las técnicas*. Buenos Aires, 1960; p. 15.
- 14 OBERMAIER, Hugo... *El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad*. Madrid, 1955; p. 213 y sgte.
- 15 FORBES, Robert J. ... *Historia de la técnica*. México, 1958; p. 28.
- 16 FORBES, *Historia de la técnica*; p. 45.
- 17 GIBSON, *La historia del barco*; p. 17.
- 18 WOOLLEY, *Historia de la Humanidad*; p. 718.
- 19 GORDON CHILDE, Vere... *¿Qué sucedió en la Historia?* Buenos Aires, 1960.
- 20 GORDON CHILDE, Vere, *Los orígenes de la civilización*. México, 1965; p. 159 y sgte.
- 21 OBERMAIER, *El hombre prehistórico...*; p. 284.
- 22 WOOLLEY, *Historia de la Humanidad*; p. 714.
- 23 Ese oscurecimiento de la civilización minoica se produjo a partir, aproximadamente, del 1700 antes de Cristo, y la aludida causa de los terremotos se desprende de los testimonios arqueológicos.
- 24 WOOLLEY, *Historia de la Humanidad*; p. 724.
- 25 LOTHROP, Samuel K. ... *Aboriginal navigation off the West Coast of South America*. "Journal of the Royal Anthropological Institute". Londres. 1932. Vol. LXII; p. 239.
- 26 VASQUEZ DE ESPINOSA, Antonio... *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* (1628). Washington, 1948. Libro III, cap. XII, p. 349, párrafo 1118.
- 27 LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 229.
- 28 MEJIA XESSPE, Toribio... *Reconstrucción de la vida de los primitivos pueblos del Antiguo Perú*. Lima, 1949; p. 5.
- 29 ESTRADA Emilio... *Los Huancavilcas*. Guayaquil, 1957; p. 56.
- 30 Citado por Thor HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*. Londres, 1952; p. 543.
- 31 LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 253.
- 32 LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 254.
- 33 COBO, Bernabé... *Historia del Nuevo Mundo* (1653). Madrid, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro XIV, cap. XIV, p. 264.
- 34 FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias* (1535). Madrid, 1851-1855. Vol. IV, Libro XLIII, p. 122.

NOTAS AL CAPITULO

35. CIEZA DE LEON, Pedro... *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. "Mercurio Peruano" (publicada por Rafael Loredó). Lima, agosto 1953. Nº 317. cap. XXIV.
36. ZARATE, Agustín de... *Historia del descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú* (1555). México, Col. Atenea. Libro primero, cap. IV, p. 517.
37. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. XIV, p. 265.
38. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 232 y sgte.
39. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 247.
40. CALANCHA, Antonio de la... *Corónica Moralizada del Orden de San Agustín*. Barcelona, 1639. Libro I, cap. VI, p. 36.
41. TSCHUDI, Johann Jakob von... *Peru Reiseskizzen aus den Jahren 1838-1842*. St. Gallen, Suiza, 1846. Tomo I. Cap. XI, p. 295. También: TSCHUDI, *Testimonio del Perú* (traducción parcial del texto anterior). Lima, 1966; p. 189 y sgte.
42. EDWARDS, Clinton R. ... *Aboriginal watercraft on the Pacific Coast of South America*. Berkeley, California, 1965; p. 54.
43. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 233.
44. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 229.
45. HERRERA, Antonio de... *Décadas o Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano* (1601). 1728. Tomo II. Década tercera. Libro décimo, cap. IV, p. 283.
46. HERRERA, *Décadas*. Tomo II. Década tercera; p. 284.
47. HERRERA, *Décadas*. Tomo II. Década tercera; p. 285.
48. PRESCOTT, Guillermo... *Historia de la Conquista del Perú* (1847). Buenos Aires. 1955; p. 192.
49. HERRERA, *Décadas*. Tomo III, Década cuarta, Libro segundo, cap. VI, p. 33.
50. HERRERA, *Décadas*. Tomo III, Década cuarta, Libro segundo, cap. VII.
51. PIZARRO, Pedro... *Relación del descubrimiento y conquista de los Reinos del Perú* (1571). Col. de documentos inéditos para la Historia de España. Madrid, 1844. Tomo V; p. 205 (También en: Col. Urteaga-Romero. Lima, Primera Serie, Tomo VI).
52. TRUJILLO, Diego de... *Relación del descubrimiento del Reino del Perú* (1571). Sevilla, 1948; pp. 47 y 50.
53. BUSTO, José Antonio del... *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*. Madrid, 1966; p. 59.
54. BUSTO, *Francisco Pizarro...*; p. 60.
55. CIEZA, *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. "Mercurio Peruano". Lima, julio 1955. Nº 340, cap. XXXIII.
56. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia general de las Indias* (1552). Barcelona, 1965. Tomo I. Primera Parte; p. 198.
57. MONTESINOS, Fernando de... *Anales del Perú* (1642). Madrid, 1906; p. 68.
58. JEREZ, Francisco de... *Verdadera relación de la conquista del Perú* (1534). México, Col. Atenea; p. 38.
59. TRUJILLO, *Relación del descubrimiento...*; p. 51.
60. ZARATE, *Historia del descubrimiento...* Libro segundo, cap. II, p. 551.
61. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general...* Tomo I; p. 198.
62. *Relación francesa de la conquista del Perú* (1534). Raúl PORRAS BARRNECHEA, "Las relaciones primitivas de la conquista del Perú". Lima, 1967; p. 70.
63. ZARATE, *Historia del descubrimiento...*; p. 551.
64. Herrera dice trescientos. *Décadas*. Tomo II. Década cuarta, libro noveno, cap. I, p. 176.
65. CIEZA, *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. "Mercurio Peruano". Lima, febrero 1956. Nº 347, cap. XXXV.
66. ZARATE, *Historia del descubrimiento...* Libro segundo, cap. III, p. 552.
67. JEREZ, *Verdadera relación...*; p. 40.
68. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general...* Tomo I; p. 200.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

69. HERRERA, *Décadas*. Tomo II. Década cuarta, Libro noveno, cap. I, p. 177.
70. CIEZA, *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. "Mercurio Peruano". Lima, mayo 1957. N° 361, cap. XLVI.
71. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Quinquenarios o Historia de las Guerras Civiles del Perú y de otros sucesos de las indias* (siglo XVI). Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro III, cap. LXI, p. 244.
72. MONTESINOS, *Anales del Perú*; p. 71.
73. SALAZAR DE VILLASANTE, *Relación general de las poblaciones españolas del Perú* (1568), "Relaciones geográficas de Indias", Madrid, 1881. Tomo I; p. 9.
74. LIZARRAGA, Reginaldo de... *Descripción y población de las Indias* (siglo XVI). Lima, 1908 ("Revista Histórica"). Libro I, cap. IX, p. 14.
75. CALVETE DE ESTRELLA, Juan Cristóbal... *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de don Pedro Gasca* (1567). Madrid, 1964, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro III, capítulos VIII y IX; pp. 375 y 384.
76. FERNANDEZ, el Palentino, Diego... *Historia del Perú* (1571). Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Primera Parte, Libro segundo, cap. LXXVI, p. 211.
77. JUAN, Jorge... y ULLOA, Antonio de... *Relación histórica del viaje a la América Meridional*. Madrid, 1748. Tomo I. Primera Parte, Libro cuarto, cap. VIII, p. 241.
78. En el tomo I, p. 187.
79. SCHMIDT, Guillermo... *Círculos de cultura y capas de cultura en Sudamérica*. (Citado por Luis E. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Lima, 1943. Tomo I. Vol. I, p. 62).
80. HORNELL, James... *South american balsas: the problem of their origen* (1931). (Citado por F. A. MEANS, *Pre-Spanish navigation...* 1942; p. 125).
81. MEANS, Philip Ainsworth... *Pre-Spanish navigation off the Andean Coast*. "The American Neptune". Salem, Massachusetts, abril 1942. Vol. II, N° 2.
82. ESTRADA, Emilio... *Arqueología de Manabí central*. Guayaquil, 1962; p. 74.
83. ESTRADA, *Arqueología de Manabí central*; p. 96.
84. ESTRADA, *Arqueología de Manabí central*; p. 83.
85. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 237.
86. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 61.
87. ZARATE, *Historia del descubrimiento...* Libro primero, cap. VI, p. 521.
88. ESTETE, Miguel de... (Citado por Raúl PORRAS BARRENECHEA, *Las relaciones primitivas de la Conquista del Perú*. Lima, 1967; p. 66. También por Luis E. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Buenos Aires, 1964. Tomo I; p. 479).
89. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general...* Tomo I. Parte primera; p. 198.
90. CABELLO DE BALBOA, Miguel... *Miscelánea Antártica* (1586). Buenos Aires, 1951. Tercera Parte, cap. XVII, p. 322.
91. BENZONI, Jerónimo... *La historia del Nuevo Mundo* (1565). Lima, 1967. Libro tercero, p. 56
92. MEANS, *Pre-Spanish navigation...*; p. 112.
93. SALAZAR DE VILLASANTE, *Relación general...* Tomo I; p. 13.
94. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. XIV, p. 267.
95. DAMPIER, Guillermo... *Viaje alrededor del mundo* (1715). (Versión castellana tomada del libro de ESTRADA, *Los Huancavilcas*; p. 49 y sgte).
96. JUAN y ULLOA, *Relación histórica...* Tomo I; pp. 261-264.
97. ALCEDO, Antonio de... *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*. Madrid, 1788. Tomo IV. Palabra "Puná"; p. 319 y sgte.
98. HUMBOLDT, Alejandro de... *Paisajes de la Cordillera* (1818). Tomo II; p. 334.

NOTAS AL CAPITULO

99. BALEATO, Andrés... *Monografía de Guayaquil* (1820). Tomado de ESTRADA, *Los Huancavilcas*: p. 51 y sgte.
100. FERRARIO, Jules... *Le costume ancien et moderne*. Milán, 1827; p. 73.
101. Tomado de HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 542.
102. HUTCHINSON, Thomas J. ... *Two years in Peru*. Londres, 1873. Tomo II, cap. XXX, p. 217 y sgte.
103. URTEAGA, Horacio H. ... *El arte de navegar entre los antiguos peruanos*. "Bocetos históricos". Segunda Serie. Lima, 1919; p. 100.
104. RIVET, Paul... *Los orígenes del hombre americano*. México, 1943; p. 187.
105. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 190.
106. BAUDIN, Louis... *El imperio socialista de los Incas*. Santiago, 1943; p. 331.
107. HEYERDAHL, Thor... *American Indians in the Pacific*. Londres, 1952; p. 620.
108. BRUNING, Hans H. ... *Balkenflößen an der Küste von Peru*. (En: G. ANTZE, *Wasserfahrzeuge der peruanischen Kunst*, 1930). Citado por Luis PERICOT y GARCIA, *América indígena*. Barcelona, 1962; p. 567.
109. Citado por EDWARDS, *Aboriginal watercraft*...
110. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VI, cap. CXXIV, p. 283.
111. JUAN y ULLOA, *Relación histórica*... Tomo I, Libro cuarto, cap. IX, p. 261 y sgte.
112. EDWARDS, *Aboriginal watercraft*...; p. 63.
113. LINKE, Lilo... *De la selva ecuatoriana*. "Américas", Washington, setiembre 1955. Vol. VII, N° 9, p. 17.
114. HAGEN, Víctor W. von... *Culturas preincaicas*. Madrid, 1966. Cap. V, p. 159.
115. LEICHT, Hermann... *Arte y cultura preincaicos*. Madrid, 1963; p. 37.
116. WEBERBAUER, Augusto... *El mundo vegetal de los Andes peruanos*. Lima, 1945; p. 178.
117. WEBERBAUER, *El mundo vegetal*...; p. 502.
118. En José Toribio MEDINA, *Bartolomé Ruiz de Andrade, Primer Piloto del Mar del Sur*. Santiago, 1919; p. 23 y sgte. (párrafos 10 y 11 de la probanza).
119. PRESCOTT, *Historia de la Conquista del Perú*; p. 172.
120. *Relación de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro* (1527), sacada del Códice número CXX de la Biblioteca Imperial de Viena. Presunto autor: Francisco de Xerez (o Jerez). Copista: Juan de Sámano, secretario de Carlos V. "Colección de documentos inéditos para la Historia de España", por los académicos Martín Fernández de Navarrete, Miguel Salvá y Pedro Sáinz de Baranda. Madrid, 1844. Tomo V; p. 196. (También en: PORRAS BARRENECHEA, *Las relaciones primitivas de la Conquista del Perú*; pp. 63-68).
121. *Relación de los primeros descubrimientos*...; p. 197. (En el capítulo siguiente, sobre Comercio Marítimo, se sigue tratando, con otro enfoque, de la balsa abordada por Bartolomé Ruiz).
122. Bartolomé Ruiz fue el primer navegante europeo que cruzó el ecuador (o línea equinoccial) frente a las costas occidentales de América.
123. OVIEDO, *Historia General*... Vol. IV, Libro XLIII, p. 121 y sgte.
124. ESTRADA, *Los Huancavilcas*; p. 53.
125. CALVETE DE ESTRELLA, *Rebelión de Pizarro*... Libro III, cap. IX, p. 384.
126. URTEAGA, *El arte de navegar*...; p. 91.
127. LOTHROP, *Aboriginal navigation*...; p. 238.
128. Citado por Thor HEYERDAHL, *La balsa de troncos del Perú y el Ecuador*. "Southwestern Journal of Anthropology"; p. 259 y sgte.
129. HEYERDAHL, *La balsa de troncos*...; p. 261.
130. PERICOT Y GARCIA, Luis... *América indígena*. Barcelona, 1962; p. 494.
131. HEYERDAHL, *La balsa de troncos*...; p. 262.
132. ESTRADA, *Los Huancavilcas*; p. 47.
133. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 544.
134. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 544.
135. HEYERDAHL, *La balsa de troncos*...; p. 259.
136. HEYERDAHL, *La balsa de troncos*...; p. 264.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

137. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 110.
138. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 113.
139. ENGEL, Frederic... *Notes relatives a des explorations archéologiques a Paracas et sur la Cote Sud du Pérou*. Paris, 1963; p. 64.
140. ENGEL, Frederic... *Paracas*. Lima, 1966; p. 19 y sgte.
141. HORKHEIMER, Hans... *Apuntes de Historia Marítima del Perú* (texto mecanografiado). Lima, 1965; p. 71.
142. BUSHNELL, Geoffrey H. S. ... *Perú*. Barcelona, 1962; p. 30 y sgte.
143. Comunicación personal, octubre 1966.
144. KOSOK, Paul... *Transport in Peru*. "Actas del Trigésimo Congreso Internacional de Americanistas". Cambridge, 1951 (ed. Londres); pp. 65-71. (Hay separata). La cita corresponde a la p. 67.
145. KOSOK, Paul... *Life, land and water in ancient Peru* Nueva York, 1965, p. 96.
146. HAGEN, *Culturas preincaicas*. Cap. V, p. 164.
147. OVIEDO, *Historia General...* Vol. IV, Libro XXXIX, cap. I.
148. ALCEDO, *Diccionario geográfico-histórico...* Madrid, 1788. Tomo IV. Palabra "Paíta"; p. 15.
149. LAPORTE, *El viajero universal*. Madrid, 1796. Tomo XIV; p. 8.
150. MORREL, B. ... *A narrative of four voyages to the South Sea* (1832). Citado por PERICOT Y GARCIA, *América indígena*.
151. BIRD, Junius B. ... *Art and life in Old Peru: an exhibition*. Nueva York, 1962. Leyenda de la figura 42-D, frente a la p. 192.
152. VALCARCEL, Luis E. ... *Vida y arte en la región chimú*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1941. Tomo X. N° 2, p. 186.
153. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Crónica del Perú* (1553). México. Col. Atenea. Cap. LXX, p. 367.
154. GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales* (1609). Lima, 1941-1946, Col. de Historiadores Clásicos del Perú (H. H. Urteaga). Tomo I. Libro III, cap. XVI, p. 265 y sgte.
155. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. XIV, p. 266.
156. *Relación del origen y gobierno de los Incas, hecha por los Señores Indios*. Lima, Col. Urteaga-Romero, Segunda Serie. Tomo III; p. 80.
157. JEREZ, *Verdadera relación...*; p. 48.
158. ESTETE, Miguel de... *La relación del viaje que hizo el señor capitán Hernando Pizarro por mandato del señor Gobernador, su hermano, desde el pueblo de Caxamalca a Pachacama, y de allí a Jauja* (1533), incluida en la *Verdadera relación...* de Francisco DE JEREZ. México, Col. Atenea; pp. 80-108. La cita corresponde a la p. 95. (También en: OVIEDO, *Historia General...* Tomo IV, pp. 187-202. *Noticias del Perú*. Lima, Col. Urteaga-Romero, Segunda Serie. Tomo VIII).
159. VASQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro IV, cap. XLIX, p. 462, párrafo 1384.
160. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I. Libro III, cap. XVIII, p. 273.
161. VASQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro IV, cap. LXXXVI, p. 538, párrafo 1561.
162. VASQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro IV, cap. VII, p. 376, párrafo 1188.
163. *Relación* transcrita por Urteaga del tomo XIII de la "Colección de Libros españoles raros y curiosos", p. 101, en *El arte de navegar entre los antiguos peruanos*.
164. HEYERDAHL, *La balsa de troncos...*; p. 259
165. ESTETE, *Relación...*; p. 101.
166. BUSTO, *Francisco Pizarro...*; p. 169.
167. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro IV, cap. XXII, p. 328.
168. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro IV, cap. XLI, p. 378.
169. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro IV, cap. XLIV, p. 388

NOTAS AL CAPITULO

170. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro IV, cap. XLV, p. 390.
171. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. XIV, p. 111.
172. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 64.
173. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 555.
174. HEYERDAHL, *La balsa de troncos...*; p. 258.
175. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 64.
176. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 65.
177. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro IV, cap. XLIV, p. 388.
178. ESTRADA, *Los Huancavilcas*; p. 56.
179. VALCARCEL, Luis E. ... *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Lima, 1949. Tomo I. Vol. II; p. 145.
180. Según Horkheimer (comunicación personal, 1965).
181. BIRD, *Art and life in Old Peru...*; leyenda de la figura 42-D.
182. BURLAND, C. A. ... *The decorative Arts of the Mariner*. Londres, 1966.
183. SAMANO-XEREZ, *Relación de los primeros descubrimientos...* "Colección de documentos inéditos para la Historia de España". Tomo V; p. 197.
184. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Cronistas del Perú*. Lima, 1962 (ed. póstuma); p. 53.
185. OVIEDO, *Historia General...* Vol. I. Libro VI, cap. IV, p. 171.
186. OVIEDO, *Historia General...* Vol. IV, Libro XLVI, cap. XVII, p. 222.
187. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Libro III, cap. XVI, p. 268 y sgte.
188. VALCARCEL, Luis E. ... *Historia del Perú Antiguo*. Buenos Aires, 1964. Tomo I, p. 336.
189. Tomado de HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 543.
190. JIMENEZ DE LA ESPADA, Marcos... *Las islas de los Galápagos y otras más a Poniente*. "Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid". Madrid, 1891. Tomo XXXI; p. 374.
191. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 240.
192. MEANS, *Pre-Spanish navigation...*; p. 111.
193. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 66.
194. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 81.
195. BIRD, *Art and life in Old Peru...*; p. 192.
196. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Marítima del Perú*; p. 71.
197. CANALS FRAU, Salvador... *Prehistoria de América*. Buenos Aires, 1950; p. 481.
198. BURLAND, *The decorative Arts of the Mariner*; p. 237.
199. MASON, J. Alden... *Las antiguas culturas del Perú*. México, 1962; p. 124.
200. KRICKEBERG, Walter... *Etnología de America* (1939). México, 1946; p. 29.
201. RIVA AGÜERO, José de la... *El Perú histórico y artístico* (1921). "Obras completas". Lima, 1966. Tomo V; p. 76.
202. RIVA AGÜERO, José de la... *Civilización tradicional peruana. Epoca pre-hispánica* (1937). "Obras completas". Lima, 1966. Tomo V; p. 322.
203. RIVA AGÜERO, José de la... *Historia del Perú*. Lima, 1953 (recopilación y ed. póstumas). Tomo I; p. 171.
204. URTEAGA, *El arte de navegar...*; p. 97.
205. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, Vol. I; p. 66.
206. HEYERDAHL, *La balsa de troncos...*; p. 258.
207. Citados por EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 66.
208. HORKHEIMER, Hans... *La cultura mochica*. Lima, 1961; p. 32.
209. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 122.
210. SPINDEN, Herbert J. ... *Cómo descubrió América el hombre primitivo*. "Letras". Lima, 1941. N° 19, p. 256.
211. HAWKES, *Historia de la Humanidad*; p. 394.
212. GORDON CHILDE, *Los orígenes de la civilización*; p. 153.
213. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LXI; p. 244 y sgte.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

214. YACOVLEFF, Eugenio... y HERRERA, Fortunato L. ... *El mundo vegetal de los antiguos peruanos*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1934. Tomo III, N° 3; p. 268. (Advierten los autores que este maguey utilizado por los antiguos fabricantes de sogas, cuerdas y cabestros, no debe ser confundido con su similar, de la misma familia, *Agave americana L.*, oriundo de México y ya introducido en el Perú).
215. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 237.
216. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, Vol. I; p. 43.
217. URTEAGA, *El arte de navegar...*; p. 92.
218. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. XIV, p. 266.
219. Citado por VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I; p. 394.
220. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 6.
221. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 241.
222. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Maritima del Perú*; p. 61.
223. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 65.
224. HORKHEIMER, Hans... *La alimentación en el Perú prehispánico y su interdependencia con la agricultura*. Lima, 1958. Cap. VIII, p. 51.
225. SALAZAR DE VILLASANTE, *Relación general...*; p. 13.
226. LOOSER, Gualterio... *El uso del remo doble en la costa de Chile*. "Actas del Vigésimoquinto Congreso Internacional de Americanistas". La Plata, Argentina, 1932; p. 136.
227. LOOSER, *El uso del remo doble...*; p. 138.
228. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 554.
229. EISLEB, Dieter... *Beitrag zur Systematik der altperuanischen "Runder" aus der Gegend von Ica*. "Baessler Archiv" (Neue Folge). Berlín, 1962. Tomo X; p. 105.
230. EISLEB, *Beitrag zur Systematik...*; p. 110.
231. EISLEB, *Beitrag zur Systematik...*; p. 106.
232. Comunicación personal, 1968.
233. PEZZIA ASSERETO, Alejandro... *La cultura Nasca*. Lima, 1962; p. 16.
234. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 12.
235. EISLEB, *Beitrag zur Systematik...*; p. 106.
236. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Maritima del Perú*; p. 62.
237. URTEAGA, *El arte de navegar...*; p. 98.
238. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 241.
239. PIZARRO, *Relación del descubrimiento...* Madrid, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira); p. 173.
240. ESTRADA, *Los Huancavilcas*; p. 39.
241. JUAN y ULLOA, *Relación histórica...* Tomo I. Primera Parte. Libro cuarto, cap. IX, p. 264.
242. Terminología náutica: *orzar*, navegar contra el viento; *arribar*, navegar con el viento, en dirección del viento.
243. JUAN y ULLOA, *Relación histórica...*; p. 266.
244. Considerando que el *ana* es una medida de longitud que se aproxima al metro, las medidas que da el autor para los guares resultan muy exageradas.
245. FERRARIO, *Le costume ancien et moderne*; p. 74.
246. Tomado de HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*. La versión de París es de 1841.
247. BAUDIN, Louis... *La vida cotidiana en el tiempo de los últimos Incas*. Buenos Aires, 1958; p. 273.
248. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 116.
249. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 80.
250. ESTRADA, *Los Huancavilcas*; p. 52.
251. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 237.
252. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 100.
253. ACOSTA, Joseph de... *Historia Natural y Moral de las Indias (1590)*. México, 1962. Libro tercero, cap. XV, p. 118.
254. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Maritima del Perú*; p. 73.

NOTAS AL CAPITULO

255. HEYERDAHL, *La balsa de troncos...*; pp. 258 y 264.
256. ESTRADA, *Los Huancavilcas*; p. 54.
257. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 5.
258. MIRO QUESADA SOSA, Aurelio... *Costa, Sierra y Montaña*. Lima, 1938. Tomo I. Primera Serie; p. 37 y sgte.
259. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 238.
260. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 6.
261. Algunas referencias sobre la posición de bruces, en VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I; p. 461.
262. KOSOK, *Life, land and water...*; p. 95 y sgte.
263. MIDDENDORF, Ernesto W.... *Las lenguas aborígenes del Perú* (1889). Lima, 1959; p. 139.
264. RAIMONDI, Antonio... *Notas de Viaje*. Lima, 1942. Tomo I; p. 186 y sgte.
265. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 4 y sgte.
266. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 238.
267. VALCARCEL, *Vida y arte...*; p. 186.
268. JIMENEZ BORJA, Arturo... *Moche*. Lima, 1938.
269. COBO, Bernabé... *Fundación de Lima* (1639). Madrid, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro Primero, cap. VII, p. 300.
270. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I. Libro III, cap. XV, p. 260.
271. PAZ SOLDAN Y UNANUE (Juan de Arona), Pedro... *Diccionario de peruanismos*. Lima, 1938; p. 374.
272. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, Vol. II; p. 144.
273. ENGEL, Frederic... *Elementos de prehistoria peruana*. Lima, 1962; p. 33.
274. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 60.
275. LARCO HOYLE, Rafael... *Los Mochicas*. Lima, 1938. Tomo I; p. 87.
276. WEBERBAUER, *El mundo vegetal de los Andes peruanos*; p. 230.
277. JIMENEZ BORJA, *Moche*.
278. YACOVLEFF y HERRERA, *El mundo vegetal de los antiguos peruanos*; p. 294.
279. HORKHEIMER, *La alimentación en el Perú prehispánico...* Cap. I, p. 1.
280. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 89.
281. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 87.
282. CANALS FRAU, Salvador... *Las civilizaciones prehispánicas de América*. Buenos Aires, 1955; p. 288.
283. BUSE, Hermann... *Perú, 10,000 AÑOS*. Lima, 1962; pp. 18-20.
284. ENGEL, Frederic... *Algunos datos con referencia a los sitios precerámicos de la Costa peruana*. Lima, 1958; p. 44.
285. LARCO HOYLE, Rafael... *Archaeologia Mundi. Perú*. Ginebra, 1966; p. 72.
286. BIRD, *Art and life in Old Peru...* Leyenda de la figura 42-D, frente a la p. 192.
287. KOSOK, *Life, land and water...*; p. 96.
288. JIJON Y CAAMAÑO, Jacinto... *Maranga*. Quito, 1949; p. 483.
289. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 492.
290. UHLE, Max... *Las antiguas civilizaciones de Manta*. Quito, 1931; p. 26 y sgte. y nota de pie de página
291. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 116.
292. LATCHAM, Ricardo... *La navegación entre los indios chilenos*. Santiago, 1928.
293. OVIEDO, *Historia General...* Vol. IV, Libro XLVI, cap. XVII, p. 230.
294. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo III. Libro IX, cap. VIII, p. 129.
295. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Marítima del Perú*; p. 55.
296. ENGEL, Frederic... *Geografía humana prehistórica y agricultura precolumbina de la quebrada de Chilca*, Lima, 1966; p. 65.
297. MORANTE, José María... *La ascendencia prehistórica de los pescadores del litoral de Arequipa: los changos*. "Actas y Trabajo del Segundo Congreso Nacional de Historia del Perú" (1958). Lima, 1959. Vol. I; p. 307.
298. KNOCHE, Walter... *Ein Binsen-Boot bei Cahuil, Pichilemu*.
299. LOOSER, *El uso del remo doble...*; pp. 135-138.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

300. HORKHEIMER, *La alimentación en el Perú prehispánico...* Cap. V, p. 31.
301. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 1.
302. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 239.
303. MASON, *Las antiguas culturas del Perú*; p. 77.
304. HORKHEIMER, *La cultura mochica*; p. 32.
305. LARCO HOYLE, Rafael... *Las épocas peruanas*. Lima, 1963; p. 51.
306. LARCO HOYLE, *Las épocas peruanas*; p. 53.
307. BURLAND, *The decorative Arts of the Mariner*.
308. LOTHROP, *Aboriginal navigation*; p. 239.
309. MEANS, *Pre-Spanish navigation...*; p. 115.
310. MEANS, *Pre-Spanish navigation...*; p. 116.
311. MEANS, *Pre-Spanish navigation...*; p. 117
312. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 240.
313. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. XIV, p. 265.
314. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VII, cap. I, p. 286.
315. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. XIV, p. 266.
316. ACOSTA, *Historia Natural...* Libro tercero, cap. XV, p. 117.
317. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I. Libro III, cap. XVI, p. 266.
318. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I, Libro III, cap. XVI, p. 268.
319. COBO, *Fundación de Lima*. Libro Primero, cap. XXXI, p. 358.
320. LIZARRAGA, *Descripción y población de las Indias*. Libro I, cap. XVII, p. 21
321. LIZARRAGA, *Descripción y población de las Indias*. Libro I, cap. XLV, p. 59
322. *Descripción del virreinato del Perú*. Rosario, Argentina, 1958; p. 26. (El autor de esta *Discrición general del Reyno del Pirú, en particular de Lima*, de comienzos del siglo XVII, permaneció ignorado desde que Riva Agüero dio a conocer el manuscrito en 1910, llamándosele sólo "Judio portugués" o "Judio anónimo". Pero, recientemente, Guillermo Lohmann Villena, en un trabajo notable de pesquisa, ha logrado despejar la incógnita, identificándolo como Pedro de León Portocarrero. Ver: Guillermo LOHMANN VILLENA, *Una incógnita despejada. La identidad del Judio portugués*, en "Revista Histórica", Lima, 1967. Tomo XXX; pp. 26-93).
323. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro I, cap. XLVI, p. 271.
324. FERNANDEZ, el Palentino, *Historia del Perú*. Primera Parte, Libro primero, cap. XXII, p. 38 y sgte.
325. CALVETE DE ESTRELLA, *Rebelión de Pizarro...* Libro I, cap. IV, p. 252.
326. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo V (Segunda Parte o *Historia general del Perú*. 1617). Libro IV, cap. XV, p. 80.
327. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general...* Tomo I. Primera parte; p. 280.
328. CIEZA DE LEON, Pedro... *La guerra de Quito*. "Nueva Biblioteca de Autores Españoles". Madrid, 1909. Tomo XV, cap. LXVII, p. 72.
329. ZARATE, *Historia del descubrimiento...* Libro quinto, cap. XI, p. 706.
330. *Relación de las cosas del Perú desde 1543 hasta la muerte de Gonzalo Pizarro* (¿Rodrigo de LOZANO o Juan POLO de ONDEGARDO?). Madrid, 1965, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Tomo CLXVIII; p. 265.
331. *Relación anónima de lo sucedido en el Perú después de la llegada del virrey Blasco Núñez Vela*. Apéndice II de la "Historia del Perú", de Diego Fernández, el Palentino. Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Tomo CLXV; p. 120.
332. CALVETE DE ESTRELLA, *Rebelión de Pizarro...* Libro I, cap. IV, p. 252.
333. URTEAGA, *El arte de navegar...*; p. 103.
334. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro V, cap. LX, p. 208.
335. GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe... *El Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno* (1587-1615). Lima, 1958 (interpretado por Luis Bustíos Gálvez). Tomo I; p. 267.
336. *Historia del célebre santuario de Nuestra Señora de Copacabana* (1621).
337. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II; p. 436.
338. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II; p. 439.

NOTAS AL CAPITULO

339. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. XLIX, p. 209.
340. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. XIV, p. 84.
341. BASADRE, Modesto... tomado de José Toribio POLO, *Los uros del Perú y Bolivia*. Lima, 1901.
342. POLO, José Toribio... *Los uros del Perú y Bolivia*. Lima, 1901; p. 17.
343. ACOSTA, *Historia Natural*... Libro tercero, cap. XVI, p. 118 y sgte.
344. IMBELLONI, José... *La Segunda Esfinge Indiana*. Buenos Aires, 1956; p. 304.
345. IMBELLONI, *La Segunda Esfinge Indiana*; p. 305.
346. RIVERO, Mariano Eduardo de... y TSCHUDI, Juan Diego de... *Antigüedades peruanas*. Viena, 1851; p. 133.
347. CANALS FRAU, *Prehistoria de América*; p. 328 y sgte.
348. POSNANSKY, Arturo... *Antropología y sociología de las razas interandinas*. La Paz, 1937; p. 67.
349. POSNANSKY, *Antropología y sociología*...; p. 72.
350. Libro II, Título IX; Ordenanza 28.
351. POSNANSKY, *Antropología y sociología*...; p. 73.
352. POSNANSKY, Arturo... *Los uros o uchumi*. "Actas del Vigésimoquinto Congreso Internacional de Americanistas". La Plata, Argentina, 1932. Tomo I; p. 259.
353. POSNANSKY, *Antropología y sociología*...; p. 127.
354. POSNANSKY, *Antropología y sociología*...; p. 75 y sgte.
355. EDWARDS, *Aboriginal watercraft*...; p. 110.
356. El río Saña o La Leche, dice Porras.
357. TRUJILLO, *Relación del descubrimiento*...; p. 54.
358. BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 323.
359. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro III, cap. XXVIII, p. 175.
360. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. XIV, p. 266.
361. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro III, cap. XXVIII, p. 175.
362. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I. Libro III, cap. XVI, p. 267.
363. ZARATE, *Historia del descubrimiento*... Libro primero, cap. VI, p. 523.
364. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general*... Tomo I. Primera parte; p. 338.
365. HERRERA, *Décadas*. Tomo I, Descripción. Cap. XVII, p. 37.
366. LIZARRAGA, *Descripción y población de las Indias*. Libro I, cap. XIX, p. 24.
367. ANONIMO PORTUGUEZ o JUDIO PORTUGUES, *Descripción del virreinato del Perú*; p. 27 y sgte. (V. nota 322).
368. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción*... Libro IV, cap. XVII, p. 397; párrafo 1218.
369. JUAN y ULLOA, *Relación histórica*... Tomo III. Segunda Parte, Libro I, cap. II, p. 26.
370. LAPORTE, *El viajero universal*. Tomo XIV; p. 32.
371. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. XIV, p. 266.
372. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VII, cap. XVIII, p. 295 y sgte.
373. LOTHROP, *Aboriginal navigation*...; p. 238.
374. ACOSTA, *Historia Natural*... Libro tercero, cap. XV, p. 118.
375. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LXXV, p. 384.
376. CIEZA, *La guerra de Quito*. Cap. CCVI, p. 244.
377. LIZARRAGA, *Descripción y población de las Indias*. "Nueva Biblioteca de Autores Españoles". Madrid, 1909. Cap. LXVIII, p. 525.
378. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción*... Libro V, cap. XXXII, p. 618; párrafo 1752.
379. Algunos ejemplares viejos, refiere Lothrop, se podían ver hasta la década del 20 entre Cobija y Coquimbo. "Los residuos podridos por el agua, de las que fueron probablemente las últimas balsas de odres en ser usadas", fueron examinados por Lothrop en 1929, en Cruz Grande (Higueras), al Norte de Coquimbo, "y se decía entonces que había solamente dos hombres que conservaban el secreto de su construcción". (LOTHROP, *Aboriginal navigation*...; p. 241).

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

380. DURRET, S. ... *Voyage de Marseille á Lima*. París, 1720. (Tomado de BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 333).
381. FREZIER, Amadeo Francisco... *Relación del viaje por el Mar del Sur a las costas de Chile y el Perú, durante los años 1712, 1713 y 1714*. París, 1732. Segunda Parte; p. 109.
382. Versión sintetizada, EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 18.
383. LAPORTE, *El viajero universal*. Tomo XIV; p. 287 y sgte.
384. HALL, Basilio... *El General San Martín en el Perú*. Buenos Aires, 1918 (Biblioteca de "La Nación"). Cap. V, p. 126 y sgte.
385. Citado por EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 19.
386. STEVESON, William Bennet... *Memorias*. Madrid, Biblioteca Ayacucho. Cap. IX, p. 149.
387. POEPPIG, Eduardo Federico... *Reise in Chile, Peru und auf dem Amazonstrom wáhren der Jahre 1827-1832* (dos tomos, con un atlas de paisajes, editados en Leipzig, 1835-1836). "Es una de las obras fundamentales para la geografía de Sudamérica".
388. LESSON, P. ... *Voyage autour du monde entrepris par ordre du gouvernement sur la corvette "La Coquille"*. París, 1838. Tomo I; p. 508.
389. D'ORBIGNY, Alcides... *El hombre americano* (1839). Buenos Aires, 1944; p. 197.
390. PAZ SOLDAN, *Diccionario de peruanismos*; p. 107.
391. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 242.
392. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 242.
393. BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 332.
394. VALLAUX, Camile... *Geografía general de los mares*. Barcelona, 1953; p. 155.
395. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 244.
396. ALCEDO, *Diccionario geográfico-histórico...* Madrid, 1786. Tomo I. Palabra "Copiapó"; p. 651 y sgte.
397. Tomado de HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; nota de la p. 555.
398. Registrado con la clave 1-1467/II-90.
399. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Marítima del Perú*; p. 47.
400. HORKHEIMER, *La alimentación en el Perú prehispánico...* Cap. V, p. 31.
401. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Marítima del Perú*; p. 51.
402. URTEAGA, *El arte de navegar...*; p. 84 y sgte.
403. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 114.
404. CARRION CACHOT, Rebeca... *La cultura Chavín*. "Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología". Lima, 1948. Vol. II, N° 1; p. 168.
405. FERNANDEZ, el Palentino, *Historia del Perú*. Libro primero, cap. XXII, p. 38 y sgte.
406. TELLO, Julio C. ... *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*. Lima, 1942; p. 18.
407. ULLOA, Antonio de... *Noticias americanas*. Madrid, 1772. Entretenimiento XXI; p. 401.
408. LORENTE, Sebastián... *Historia de la civilización peruana*. Lima, 1879. Parte: La civilización primitiva. Cap. III, p. 66.
409. URTEAGA, *El arte de navegar...*; p. 89.
410. URTEAGA, *El arte de navegar...*; pp. 82 y 98.
411. RIVA AGÜERO, *El Perú histórico y artístico*. "Obras completas". Tomo V; p. 76.
412. Citado por HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 543.
413. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 493.
414. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 494.
415. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 189.
416. RIVET, *Los orígenes del hombre americano*; p. 151.
417. HEYERDAHL, Thor... *Aku Aku. El secreto de la isla de Pascua*. Barcelona, 1959; p. 13.
418. HEYERDAHL, Thor... *Evidencias arqueológicas de visitas prehispánicas a las islas Galápagos* (1956).

NOTAS AL CAPITULO

419. HEYERDHAL, *American Indians in the Pacific*; p. 620.
420. HEYERDHAL, *La balsa de troncos...*; p. 263 y sgte.
421. HEYERDHAL, *American Indians in the Pacific*; p. 640.
422. ESTRADA, *Arqueología de Manabí central*; p. 74.
423. BURLAND, *The decorative Arts of the Mariner*. Cap. XV; p. 237.
424. BURLAND, *The decorative Arts of the Mariner*. Cap. XV; p. 239.
425. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 8.
426. ROWE, John H. ... *Inca culture at the time of the Spanish Conquest*. "Handbook of South American Indians" (Smithsonian Institution). Washington, 1946; p. 240.
427. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 119.
428. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 120.
429. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 100.
430. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 101.
431. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 2.
432. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 7.
433. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I. Libro III, cap. XVI, p. 265.
434. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I. Libro II, cap. XXVIII, p. 207.
435. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I. Libro II, cap. XXVIII, p. 203
436. ACOSTA, *Historia Natural...* Libro primero, cap. XVI, p. 47 y sgte.
437. ACOSTA, *Historia Natural...* Libro primero, cap. XXI, p. 56 y sgte.
438. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro I, cap. XII, p. 39.
439. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, Cap. XIV, p. 264.
440. HERRERA, *Décadas*. Década primera, Libro primero, cap. VI, p. 10.
441. Col. Urteaga-Romero, Segunda Serie. Tomo III; p. 148.
442. D'ORBIGNY, *El hombre americano*; p. 137.
443. D'ORBIGNY, *El hombre americano*; p. 174.
444. D'ORBIGNY, *El hombre americano*; p. 235.
445. RIVERO y TSCHUDI, *Antigüedades peruanas*; p. 133.
446. VALCARCEL, *Vida y arte...*; p. 170.
447. VALCARCEL, *Vida y arte...*; p. 186.
448. SUBERCASEAUX, Benjamin... *Tierra de océano*. Santiago, 1948; p. 95.
449. BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 78.
450. BAUDIN, *La vida cotidiana...*; p. 17.
451. BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 331.
452. HAGEN, *Culturas preincaicas*. Cap. V, pp. 157 y 159.
453. HAGEN, *Culturas preincaicas*. Cap. V, p. 164.
454. HAGEN, *Culturas preincaicas*. Cap. V, p. 170.
455. VALLAUX, *Geografía general de los mares*; p. 154.
456. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 119 y sgtes.
457. KROEBER, Alfredo L. ... *Antropología general*. México, 1945; p. 389.
458. MEANS, *Pre-Spanish navigation...*; p. 108.
459. MEANS, *Pre-Spanish navigation...*; p. 125.
460. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Marítima del Perú*; p. 56
461. HORKHEIMER, Hans. *El Perú prehispánico*. Lima, 1950; p. 145.
462. ENGEL, Frederic... *Datos con referencia al estudio de sitios prehistóricos en su contexto morfológico y climatológico*. "Antiguo Perú. Espacio y tiempo". (Trabajos presentados en la Semana de Arqueología Peruana, 9-14 de noviembre, 1959). Lima, 1960; p. 127.
463. MEANS, *Pre-Spanish navigation...*; p. 125.
464. MEANS, *Pre-Spanish navigation...*; p. 128.
465. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I. Vol. II; p. 31.
466. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I. Vol. II; p. 32.
467. HORKHEIMER, *El Perú prehispánico*; p. 146.
468. Según ideas expuestas por Fernand BRAUDEL, en *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*. México, 1953. Tomo I; p. 84 y sgte.
469. BRAUDEL, *El Mediterráneo...* Tomo I; p. 108.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

470. BRAUDEL, *El Mediterráneo...* Tomo I; p. 143.
471. BRAUDEL, *El Mediterráneo...* Tomo I; p. 147.
472. BRAUDEL, *El Mediterráneo...* Tomo I; p. 115.
473. BRAUDEL, *El Mediterráneo...* Tomo I; p. 121.
474. BRAUDEL, *El Mediterráneo...* Tomo I; p. 123.
475. BRAUDEL, *El Mediterráneo...* Tomo I; p. 206.
476. BRAUDEL, *El Mediterráneo...* Tomo I; p. 119.
477. KOSOK, *Transport in Peru*; p. 67.
478. KOSOK, *Life, land and water...*; p. 96.
479. KOSOK, *Transport in Peru*; p. 67.

Capítulo XI

COMERCIO MARITIMO

Aunque las opiniones están divididas, el examen cuidadoso de las fuentes conduce a sostener que el tráfico marítimo a lo largo de la costa peruana, en embarcaciones de diverso tipo pero especialmente —en lo que se refiere al sector Norte— en *balsas de troncos*, es un hecho que no admite discusión.

Para concluir así algunos historiadores se basan en los datos de la arqueología, cada vez mayores, más importantes y definitivos. Con ellos ha trabajado Lothrop, como se explicará más adelante. Otros, en cambio, han preferido los datos contenidos en las crónicas antiguas, aunque estas crónicas no se presentan muy favorables a la tesis de la existencia de un comercio organizado interregional o, por llamarlo a la manera moderna, internacional. Cobo, por ejemplo, en todo tan meticoloso y en casi todo tan certero y desapasionado, niega de modo tajante la existencia de ese comercio, al decir: "Faltó... a estos indios el comercio de unos con otros... Contentábase cada nación destas con las cosas que dentro de sus límites cogía para pasar la vida, sin apetecer y buscar las que nacían en las de sus vecinos...". Pero hay un documento, el primero que del Perú —del Imperio de los Incas— se posee, que vale por cuanto se dijo y se calló acerca del tráfico marítimo antes de la llegada de los españoles. Aunque breve y escrito por momentos de manera harto confusa, este documento proporciona el más firme apoyo a la tesis en debate. Es el conocido con el nombre de *Relación de Juan de Sámano*, o con más propiedad, *Relación de Sámano-Xerez* —porque Xerez fue el presunto autor y Sámano el copista—, que describe en pocas páginas el encuentro del Piloto Bartolomé

El *cargador de pretina* porta sobre sus espaldas un
pescado de tamaño descomunal. Se ayuda
para ello de la faja que ciñe a la frente
y coge por el lomo al animal. (*Nievería*, valle
del Rímac. Siglo IV de nuestra era.
Museo Nacional de Antropología y Arqueología.
Foto: Abraham Guillén).



Ruiz, que servía a Pizarro, por el cabo de la Galera, con una *balsa de tumbesinos*, llena de gente y de mercancías, éstas muy valiosas y representativas. Relata el cronista autor de la *Relación* que aquellos mercaderes de la balsa —la que era grande, de gruesos troncos fuertemente atados entre sí con cuerdas de bejucos, y tenía vela cuadrada, que de lejos parecía de galera, lo que fue causa de estupor por parte de los españoles— venían, al momento del encuentro, de tratar con sus vecinos del Norte, pueblos seguramente de la parte cercana al Istmo, del Chocó o, probablemente también, de más allá, de Centroamérica, lo que quedó aceptado por la presencia en la extraña embarcación indígena de grandes conchas coloradas y caracoles que más tarde, ya en el Perú, supieron los españoles que sólo se recogían en los mares calientes del trópico, no en los fríos de la Corriente Peruana o de Humboldt.

Más adelante se abundará en noticias sobre este precioso documento, pero sépase desde ya que es la base principal en que se apoya la tesis que sostiene la existencia de un comercio marítimo interregional antes del arribo al Perú de los europeos. De su contenido, como se verá, no puede dudarse. Proporciona una prueba irrefutable de ese comercio. Así lo creen los más preclaros historiadores de todas las tendencias; entre otros, por citar uno, el francés Baudin, erudito y riguroso, siempre bien documentado, para quien, por la revelación de la citada pieza documental, el *comercio exterior*, a la manera *socialista* que él propone para el Imperio de los Incas, debe ser considerado, como se expresó arriba, como *un hecho incontrovertible*.

UN COMERCIO DE AMBITO RESTRINGIDO

No todos, sin embargo, piensan igual; y así, mientras para unos hubo comercio "internacional" con *mercados* lejanos (Centroamérica, México) y para otros, no (allí Cobo y sus seguidores), para un tercer grupo la realidad histórica, juiciosamente considerada, debe ser colocada al medio. Sostienen éstos que *hubo tráfico marítimo pero restringido*, de muy moderados alcances. No lo niegan pero lo limitan.

Guillermo Prescott, en su *Historia de la Conquista del Perú*, fue el primero, cuando aún no se había abierto el debate ni dejábase oír voces extremas, en recomendar una posición moderada al respecto. Señaló que los incas y los aztecas no se habían conocido en ningún momento, ni siquiera por intermediarios, y que esa ignorancia mutua indicaba a las claras que no había habido comercio entre ambas naciones. Pruebas: el Perú había tenido, entre otros elementos, *papa* y *espejos*, México

no; México había tenido *escritura* y *moneda*, el Perú no. Además, llamó la atención sobre la adversidad de la geografía, que entre México y el Perú levanta barreras insalvables (en la opinión del ilustre historiador norteamericano).

Concluyó Prescott proponiendo un eventual comercio sólo con el Chocó y el Istmo, jamás con México.

En nuestro días, ganado por la tesis de un comercio extendido a regiones lejanas (Centroamérica y México), Baudin ha explicado la no introducción de la escritura mexicana al Perú por la dificultad de los "elementos figurativos y fonéticos", intrincados. Aun conociendo esa escritura —dice, siguiendo a Paul Rivet²— los peruanos no habrían podido entenderla y aprenderla. Subraya que hubo comercio pero que, por la razón dicha, ese comercio no favoreció la difusión hacia el Sur del sistema de escritura. Por lo demás, fue un comercio de eventuales contactos que nunca favoreció la intimidad o el acercamiento debido a la discrepancia fundamental de los dos sistemas de vida: un régimen de *mercaderes* en México y un *socialismo rígido, controlista y estatal* en el Perú.

Nordenskiöld trata el tema con sumo cuidado. Sostiene que hubo contactos entre las dos grandes áreas culturales de la América precolombina, y que algunos de esos contactos se lograron mediante *operaciones comerciales*. Mas, lo lógico —dice— es pensar que, por *contactos comerciales*, pasaron, no los objetos elaborados, sino las ideas, los procedimientos de trabajo, y que esa transfusión fue limitada. "Hasta ahora no se ha encontrado en la América del Sur —expone— ningún objeto de verdadera manufactura mexicana o centroamericana"³. Más adelante explica que, en materia de metalurgia, *el Perú fue país donante*. "Parece que la metalurgia peruana influyó directamente en México *por medio del comercio costanero*"⁴. Y agrega: "Es de creer que por este mismo camino [el del comercio costanero, *sin duda por vía marítima*], conocieron los mexicanos el uso del bronce".

Las relaciones entre las dos áreas, son innegables. Están presentes no sólo en la metalurgia —campo en el cual han echado mucha luz Rivet, Kroeber y Tello— sino en la alfarería, con semejanzas técnicas muy sintomáticas y recursos decorativos elocuentes, como el de la *técnica negativa*. Jijón y Caamaño ha llamado la atención sobre ciertas semejanzas entre la cerámica de Centroamérica y la de Ecuador, basadas, sobre todo, en la composición de las figuras mitológicas compuestas; y otro tanto ha hecho Lothrop para tender un puente entre la cerámica centroamericana y la cerámica peruana. Lothrop dice: "La pintura negativa forma un *eslabón técnico* de importancia entre Costa

Rica y la América del Sur". Abarca desde México hasta Recuay, en el Perú, pasando por Centroamérica, Colombia y Ecuador.

Pues bien: todas esas semejanzas, todos esos signos de relación (técnicos o ideológicos) implican, en la opinión de Nordenskiöld, *un contacto entre los pueblos de esas diversas áreas*, el que se logró, *limitada e irregularmente*, por las *vías comerciales*, predominantemente *marítimas*.

Valcárcel, por su parte, comentando las opiniones de Hermann Trimborn, contenidas en su estudio sobre el colectivismo, respecto al intercambio con los pueblos del Norte, dice: "No puede apuntarse en tono enfático que no existiera ninguna clase de comercio internacional, porque lo desmiente el dato relativo a aquellas embarcaciones que hallaron los españoles cuando llegaron a nuestras costas en los primeros viajes, las cuales embarcaciones estaban cargadas de objetos para *intercambio con los países del Pacífico central*". Pero, escéptico y afanosamente autotcionista, agrega: "La comprobación de la presencia de artefactos peruanos en Guatemala y México mismo *revelaría un cierto género de intercambio reducido*. Es curioso que nunca haya aparecido en una tumba peruana ningún artefacto maya o azteca, *aunque sí es frecuente la presencia de materias primas*, como la turquesa y las conchas marinas..."⁵.

COMERCIO CON MANTA Y ESMERALDAS

En la forma más franca y unánime se inclinan los especialistas por señalar un activo tráfico en balsas con los pueblos de la costa ecuatoriana, probablemente desde los comienzos de la era cristiana (o quizá antes, como quiere Estrada) hasta las postrimerías del Imperio. Fueron exponentes de este comercio: los mochicas, los chimúes y los incas. Los incas, independientemente de los yungas de la costa Norte, mantuvieron lazos comerciales con las naciones ecuatorianas. Al respecto, Uhle cita a Dorsey, quien en 1901 descubrió en la isla de La Plata, frente a la costa de Manabí, varios *vasos incaicos*, "junto con vasos de oro de la misma procedencia". En el entierro, Dorsey no encontró vestigios de origen chimú. Esto prueba, como se ha dicho, que los Incas, por su cuenta, independientemente de los chimúes, realizaron activo comercio con los pueblos de más allá del Guayas, y que, probablemente también —insinúa el propio Uhle—, llegaron sin la ayuda de los excelentes balseiros chimúes y tallanes, hasta las imprecisas provincias del Norte, quizá hasta Centroamérica.

Que los navegantes de la época del imperio llegaron, con sus productos y sus ideas, hasta el linde Norte de las costas eua-

torianas, lo prueba no sólo el testimonio arqueológico, como el exhibido por Uhle, sino también el histórico. Porras destaca que, por la *Relación Sámano-Xerez*, se deduce clara "la influencia de la civilización incaica" en Tacamez, pueblo de mil quinientos habitantes y un fuerte que fue hallado por los españoles en el primer viaje de descubrimiento y que estaba más allá de la bahía de San Mateo. Si bien la civilización incaica, allí, había llegado con las fuerzas conquistadoras de los generales del Inca, el asentamiento del sistema se logró, fuera de duda, por la relación comercial, ella exclusivamente marítima, en las grandes balsas del Norte⁶.

Antes de la expansión de los Incas y mientras convivieron con los cusqueños, los chimúes, siguiendo una tradición muy antigua, que se remontaba sin duda a los mochicas de los iniciales tiempos de la era cristiana, mantuvieron muy vivas las líneas comerciales con los pueblos ecuatorianos, frecuentándolas con regularidad en sus embarcaciones. "En el pináculo de su grandeza, *hubo de tener el chimú considerable comercio*. De la Sierra venían las lanas y los metales; la chonta, la madera de palma, el bambú, los papagayos, monos y demás animales, de las selvas; *las esmeraldas y demás artículos de lujo de la costa del Norte*"⁷.

Horkheimer destaca que "en la compleja economía de los chimúes, un elemento muy necesario era el intercambio. No hay duda que *existió una intensa comunicación marítima* entre la región mochica-chimú y las costas septentrionales, de donde llegaron las turquesas, la concha *Spondylus pictorum*, quizá las primeras semillas de maíz y seguramente muchas influencias culturales..."⁸.

De manera particular, Horkheimer cree que los chimúes realizaban sus travesías comerciales en *balsas de totora*, lo que no es convincente ya que está demostrado —como se vio en el capítulo anterior— que las citadas balsas se usaban preferentemente para la pesca y sólo excepcionalmente para otros fines. Sí es plausible, en cambio, la suposición de Horkheimer en el sentido de que los yungas peruanos se comunicaban a veces con las provincias cercanas al Istmo y con Centroamérica mediante la colaboración de los pueblos del Guayas, especialmente los huancavilcas, buenos balseros, y los manteños, mejores aún en la conducción de anchas embarcaciones de troncos. Propone nuestro autor operaciones de *transbordo*, lo que, en verdad, no es difícil suponer mas no vemos probable por lo complicado del sistema. "No suponemos que los habitantes de nuestra Costa —expresa—, con sus frágiles *balsas de totora*, hubiesen sostenido un intercambio *directo* con los centroamericanos y los mexicanos. Más bien creemos que, por lo general, *las balsas*

chimúes navegaron solamente hasta el golfo de Guayaquil, cuyos habitantes, con sus botes más desarrollados, efectuaron el transporte hasta y desde el Norte...". La máxima penetración de las barcas peruanas habría sido la región de Esmeraldas. Dice Horkheimer: "Tal vez, algunos de los primitivos vehículos de los chimúes hayan penetrado *hasta la región de Manta y Esmeraldas*, en el Ecuador, [cuyos habitantes] actuaron como transformadores de las influencias septentrionales..."

Un autor ecuatoriano señala que eran los chimúes, con sus grandes balsas, y no los manteños, los que protagonizaban este activo movimiento comercial. Impelidos por su deseo de obtener, mediante trueque, esmeraldas, que necesitaban para la industria de las joyas —altamente desarrollada, sobre todo con fines religiosos—, los chimúes cruzaban la ancha entrada del golfo de Guayaquil, doblaban la punta conocida desde los españoles con el nombre de Santa Elena, y recorrían, con la bandera de la amistad y del comercio al tope, la costa manteña, tocaban en Manabí y alcanzaban los puertos de Esmeraldas, donde esperaban los mercaderes de piedras preciosas. "Los indios de Manabí y Esmeraldas mantenían un intercambio activísimo con los del Gran Chimú, del Norte peruano, que venían en sus balsas, como diestros navegantes que eran, en busca de algodón o de piedras preciosas..."¹⁹.

Según Emilio Estrada —hasta hace unos años, líder de los estudios arqueológicos en la vecina república del Guayas—, Ecuador registra una larga historia de *contactos marítimos*, fomentados por pueblos emigrantes o por grupos mercaderes, según los casos, tanto procedentes del Norte como del Sur, y desde antes de la era de Cristo hasta la época protohistórica de la dominación de los Incas; contactos marítimos que aproximaron a los pueblos aborígenes de esa nación al mar y despertaron en ellos capacidades grandemente desarrolladas para el comercio. En primer lugar, siguiendo a Coe, Estrada destaca la vinculación, *por mar*, en el Período Formativo, entre Guatemala y Ecuador, por los años 1800 o 1500 antes de la era cristiana. Muchos elementos pasaron de este modo de Mesoamérica a Ecuador, y Ecuador, a su turno, que ya tenía la cerámica desde el 2500 o el 3000 antes de Cristo, dio la técnica de la terracota para hacer vasijas no sólo utilitarias sino ceremoniales. Después, desde la cultura *Chorrera*, cuyo nacimiento se ubica por el 1500 antes de Cristo y dura un milenio, y, sobre todo, durante *Bahía II*, que alcanza apogeo cinco siglos antes de Cristo, los pueblos del Guayas, Manabí y probablemente también de Esmeraldas, con una larga tradición marinera ya —según el mismo Estrada— y un constante ejercicio de la navegación en balsas grandes de troncos, tuvieron "contactos marítimos con México,

Guatemala y *el Perú*"¹⁰. Más tarde —agrega Estrada—, en los comienzos de la era cristiana, se produce la llegada de *gentes asiáticas*, que enriquecen el fondo cultural ecuatoriano con varios y valiosos elementos, como las casitas de barro en miniatura, los descansanucas, los flotadores de barro cocido para redes de pescar, etc. Esta corriente migratoria llegó igualmente, como las otras, por mar, y en gran parte del trayecto se vio favorecida por la corriente del Japón. Finalmente, durante la época del florecimiento de la *cultura manteña*, tardía, que empalma con la llegada de los españoles, los *viajes estrictamente comerciales*, con grandes balsas de troncos, se mantuvieron, a lo largo de líneas regulares, activamente hacia el Norte, hasta Centroamérica presumiblemente (quizá hasta México) y hacia el Sur, hasta el Perú, permitiendo un nutrido intercambio.

En unos casos, los viajes entre una región y otra fueron puramente comerciales, y en otros permitieron transfusiones culturales muy importantes, con procesos recíprocos de entrega y recepción. Así, por ejemplo —según el mismo Estrada—, los contactos marítimos precristianos en parte explicarían las similitudes culturales entre el Perú y Ecuador, similitudes que, básicamente, se dan *entre Chorrera y el horizonte chavinoide peruano*, con una serie manifiesta de elementos comunes cupisnicoides¹¹. Los paralelos siguen entre *Bahía II* del Desarrollo Regional de Manabí y la cultura *Paracas* (sobre todo, en el policromado post-cocción que tipifica la analogía admirablemente); y se dan, finalmente, durante el período que la arqueología ecuatoriana llama *Integración*. Los hechos sacados a luz por la arqueología —dice Estrada—, prueban que en el curso de los siglos y los milenios, han habido contactos estrechos entre los peruanos y los manabitas, *contactos principalmente marítimos*, y que los agentes en no pocos casos fueron los mercaderes, quienes con sus grandes balsas no tuvieron obstáculo, dada su pericia para la navegación, para unir de modo sistemático a los pueblos ribereños de los dos países.

Chimúes en el Perú y *manteños* en el Ecuador, fueron contemporáneos; ambos mantuvieron y, por épocas, activaron el movimiento comercial entre el Perú y el Ecuador. Lo más frecuente era, como se dijo anteriormente, que los chimúes, con sus grandes balsas de troncos, o los tumbesinos, eximios en las artes de la navegación, sobre todo en el manejo de la vela, fueran a Manta y Esmeraldas en procura de las piedras preciosas para sus ídolos de oro y grandes vasos ceremoniales. En las costas ecuatorianas competían de igual a igual con los balseros de Manta, no menos diestros y profundos conocedores de los vientos y las corrientes para la utilización de las velas de sus embarcaciones. Los pueblos de Manta, entre el siglo X de nues-

tra era y la llegada de los españoles, desarrollaron grandemente la navegación y el comercio, y se constituyeron, como dice Jijón y Caamaño, en una verdadera *Confederación de Mercaderes*, "por las manifiestas cualidades de comercio de sus gentes, posiblemente derivadas de sus grandes capacidades marineras..."¹².

Dos o tres, máximum cuatro siglos antes de la llegada de los españoles, la dirección del flujo comercial fue marcada y predominantemente hacia el Norte, o sea del Perú a las costas ecuatorianas y de allí hasta el Chocó, en Colombia, hasta el Istmo y, presumiblemente, hasta Centroamérica. Se debilitó considerablemente —admiten los arqueólogos e historiadores ecuatorianos¹³— el movimiento del Ecuador al Perú, que había tenido su punto de arranque en Valdivia, e hizo al revés. El cambio, desde luego, no fue radical; algunas arribadas huancavilcas se registraron aún, en pleno apogeo de la Confederación Chimú, y ésta, posiblemente, algún aporte recibió de sus visitantes. Sobre esto, Estrada hace el siguiente comentario: "Larco menciona que en el último período Chimú se nota la llegada de una nueva característica en la cerámica, el uso de la pasta con caolinita, precisamente la fórmula usada en la cerámica *Playas Gris Pulida y Grabada*, una de las principales del período huancavilca-manteño. Fue esto —subraya Estrada— *intercambio seguramente por comercio*, y único indicio específico de contacto chimú-huancavilca".

Por la tendencia dominante que tomó en los últimos tiempos el comercio, puede pensarse también, como el propio Estrada no deja de sugerirlo, que la introducción de la caolinita, al parecer elemento típico de la cerámica Playas, en la pasta de los alfareros chimúes, no fue beneficio derivado de la llegada de visitantes huancavilcas a las costas del Norte peruano sino adquisición de los mercaderes yungas en las costas del golfo de Guayaquil. La técnica y la materia habrían sido llevadas después, por los propios agentes peruanos, al territorio Chimú, y puestas al servicio del arte con gran aceptación de los ceramistas.

La marea se mantuvo Sur-Norte hasta la llegada de los españoles. La expansión incaica la impulsó y la hizo suya. Como ya se dijo, los propios incas, sin valerse de los chimúes, practicaron el comercio por mar, instalando en la isla de La Plata una importante y bien abastecida base de operaciones, que fue también de los más famosos centros religiosos. Los mercaderes incaicos contaron con *balsas de troncos* provistas de velas y de extraordinaria capacidad de carga, como aquella, procedente de Tumbes, que halló el Piloto Bartolomé Ruíz cuando navegaba cerca de la línea equinoccial.

La metalurgia del cobre parece indicar que la expansión comercial de los incas llegó hasta México. Este fue un préstamo

COMERCIO MARITIMO

tardío pero sumamente importante, que sirve para señalar los verdaderos alcances de la navegación peruana en los tiempos prehistóricos.

COMERCIO CON CENTROAMERICA

El controvertido asunto del comercio peruano, por mar, con Centroamérica, que tan acalorado debate provocó en otro tiempo, parece que ya ha arribado a una meta de casi general aceptación. Hoy se admite ese comercio. Las pruebas son suficientes, y los hechos exhumados por la arqueología, definitivos. Por lo menos, se considera que nada imposibilitó ese movimiento; que el tráfico fue directo, vale decir, sin intermediarios; que las grandes balsas de troncos de los tumbesinos y de las flotas imperiales tuvieron el camino expedito para las travesías; y que, de resultas del intercambio, los peruanos no ignoraron a los pueblos de aquellos territorios del Norte, y que los centroamericanos y, hasta quizá, los mexicanos, tampoco ignoraron a los peruanos.

De esta manera, por los pasos que se han dado con la investigación más reciente y con la revisión de las fuentes, la ultraconservadora idea, por tanto tiempo mantenida con razones *a priori*, de que los viajes largos en balsa eran imposibles, hállase ahora en retirada.

La palabra *imposible* ya no tiene cabida en el léxico de los antropólogos, etnólogos y arqueólogos. La ciencia moderna, renovada en sus métodos de trabajo, la ha proscrito. Ahora, más que nunca, son *los hechos* los que deciden en el debate de las cuestiones y en la elucidación de los problemas.

Edwards considera que es una *posibilidad cierta y fundada* que *las balsas realizaron largos viajes*, sobre cientos y miles de millas y venciendo las peores condiciones. Hoy, para la Etnología y la Arqueología, *la balsa es una embarcación que reúne excepcionales condiciones de navegación*.

La *balsa de los tumbesinos* que halló en su viaje de exploración el Piloto Bartolomé Ruiz, llena de mercaderías, probadamente en *travesía de comercio*; el testimonio frecuente y clarísimo de los cronistas sobre grandes balsas y mercaderes; y la existencia de objetos peruanos en el Norte (hasta Centroamérica y México) y de productos naturales del Norte en el Perú, son otras tantas pruebas que pesan lo suficiente para inclinar decididamente el platillo de la balanza en el que la ciencia —la verdadera ciencia, desembarazada de prejuicio y libre de temores— pone la tesis de los viajes comerciales a Centroamérica.

Los prejuicios y los temores reunidos en el otro platillo no hacen peso bastante para vencer.

Por consiguiente, en el estado actual de la investigación, los argumentos y razones para admitir los viajes comerciales al Norte, al Istmo y más allá del Istmo, son convincentes. Se considera, pues, como una verdad demostrada que "las balsas sudamericanas [peruanas y ecuatorianas] hacían con regularidad largos viajes llevando mucha carga, tanto a favor como en contra de la corriente y del viento dominante..."¹⁴. Estas travesías tuvieron durante mucho tiempo su prolongación histórica, y así, como observa Edwards, que es autoridad indiscutible, "en los primeros tiempos coloniales, el *área comercial* de las *balsas veleras* se extendía *del Callao a Panamá*". Prudentemente, claro está —porque nada es definitivo en el campo de la investigación prehistórica—, agrega: "No sabemos en qué grado este comercio, probablemente controlado por los españoles *pero realizado por los indios*, refleja el patrón original"¹⁵.

Basándose en la versión de los historiadores antiguos, Lorente, en el siglo pasado, defendió la tesis de la comunicación comercial con los pueblos cercanos al Istmo. Dijo: "Algunos costeros llevaban bastimentos a la Sierra en cambio de oro y plata, y los *tumbesinos* no temían arrojar al océano en sus frágiles barcas para cambiar sus tejidos de algodón y otros productos de su industria por el oro del Chocó". (El Chocó es la provincia colombiana colindante con Panamá). Agregó el ilustre maestro de historia peruana: "Por más extraños que parezcan estos hechos, *están confirmados por las tradiciones*: fueron en parte conocidos de los primeros españoles; y a falta de otro dato directo se probaría por las grandes cantidades de oro encontradas en las huacas de la Costa, en sitios donde nunca hubo o siempre fueron pobrísimos los minerales conocidos de oro"¹⁶.

En nuestros días, una de las más altas autoridades en arqueología americana respalda la tesis de la comunicación comercial con los países del Norte. Dice Krickeberg: "El comercio con la costa del Ecuador y los *países más al Norte*, para el que los habitantes de Tumbes eran los intermediarios, fue todavía de mucho mayor volumen" que el comercio que practicaban en general los pueblos de la Costa con los del interior del país¹⁷. Este comercio con los pueblos de las costas de Colombia, de Panamá y, presumiblemente, de Centroamérica —añade Krickeberg— se practicaba en balsas, partiendo de Tumbes. La exportación consistía en oro y plata elaborados, en la forma de los más finos objetos, verdaderas joyas de orfebrería que prendaban a las gentes del Istmo, y tejidos de lana y algodón con vistosas ornamentaciones en los más vivos colores, que gozaban igual-

mente de enorme demanda; y la importación era de conchas blancas y rojas, de valor sagrado para los indios del Perú, que las empleaban como ofrendas en sus ritos.

Tello, receloso de la versión española del siglo XVI sobre las cosas de los Incas y más atento al testimonio de la Arqueología, no titubeó, sin embargo, en aceptar la existencia, al momento de la Conquista, de relaciones comerciales regulares entre los peruanos y los pueblos de la América Central, y definió la balsa hallada por Bartolomé Ruiz como una *embarcación tumbesina*, aunque extrañamente tripulada, por lo menos en parte, por indios de Salango, localidad de la costa ecuatoriana. En su estudio sobre el país de los Incas, dejó dicho, además, que en esa balsa iban muchos y diversos *productos de comercio*¹⁸, *para cambiar por conchas*, por las afamadas "conchas coloradas como el coral", y otras blancas, también muy estimadas por su significado religioso, que son el *Spondylus pictorum* y el *Strombus galeatus*, "propias —subrayó para determinar los alcances de ese comercio— de la *fauna marina tropical del Norte*". Concluyó el sabio: esto prueba "*cuán antiguo ha sido el comercio marítimo de los peruanos con los países tropicales de hacia el lado del Istmo de Panamá*".

Al momento de la Conquista, los pueblos de toda la provincia de Tacamez, donde está la bahía de San Mateo, eran civilizados, con agricultura racionalizada, instrumentos de plata y cobre y ciudades bien trazadas. Frente a la costa ecuatoriana, en la mentada isla de La Plata, los naturales tenían un gran adoratorio, donde sacrificaban llamas y ofrecían vasijas de terracota semejantes a las que se encuentran en la costa Norte del Perú. Más al Norte, también, la impronta de la civilización incaica no pasaba inadvertida, y se dejaba ver, a través de algunos objetos de inconfundible técnica, hasta en las proximidades del Istmo.

Algunos historiadores, excediéndose, han pretendido señalar para este comercio de los peruanos con los pueblos del Norte, una antigüedad remota, que debe ser considerada con muchas reservas. Dice Cossío del Pomar al respecto, aventurando una hipótesis deleznable por lo audaz: "La sociedad mochica, desde su aparición..., radica en una serie de pueblos o centros culturales, con toda probabilidad una federación de burgos... Encontramos a los mochicas instalados en Trujillo, Chimbote, Chicama, Casma, Virú y Samanco. Desde estos centros establecen relaciones comerciales con la costa Sur y con *lejanas poblaciones mayas y zapotecas de la América Central*. Las tranquilas aguas del Pacífico fueron, quizá, surcadas por las frágiles embarcaciones de estos y otros pueblos, trocando objetos e ideas, ya que un mismo espíritu rítmico abarca las tendencias concretas en la imitación

apasionada de la naturaleza a lo largo del litoral, desde el Istmo de Tehuantepec hasta las poblaciones sureñas del señorío Nasca y de Atacama”¹⁹. Horkheimer criticó a los que postulaban, como el acabado de citar Cossío del Pomar —historiador del arte mas no arqueólogo—, una antigüedad grande para el tráfico entre los peruanos y los centroamericanos, y hasta se resistió a admitir una comunicación comercial directa. Respecto a esto último, consideró más prudente armar el sistema comercial a base de un *grupo intermediario*, ubicado en el Ecuador o en Colombia, que habría servido de enlace entre las dos grandes áreas extremas. Ya hemos expresado nuestras dudas sobre esta solución. En un manuscrito, el recordado peruanista dejó dicho: “En los *últimos períodos prehispánicos*, los contactos se establecieron principalmente por el *intercambio comercial*, que se efectuó por la *ruta marítima* y mediante entregas de una *estación intermedia* a otra. Seguramente, ningún yunga peruano vio la costa mexicana y ningún maya, chorotega o azteca pisó tierra del Perú”. Pero el intercambio fue un hecho: “Una huella del intercambio se descubre en los hallazgos de vasos Chimú en tumbas del istmo panameño (según lo reveló Lothrop en el XXVII Congreso Internacional de Americanistas, de 1939). Igualmente, son pruebas de este comercio las conchas *Spondylus pictorum*, que proceden de las aguas del Sur de Panamá y se encuentran en tantos sitios arqueológicos del Perú...”²⁰. Para sostener la intervención de un *grupo de enlace*, Horkheimer se basó en el papel que, según Walter Lehmann, habría desempeñado la nación chibcha, para algunos presente con sus avanzadas hasta en Costa Rica y Honduras²¹.

Baudin no cree en la participación de grupos intermediarios. El comercio entre peruanos y centroamericanos fue directo, y este enlace, regular o eventual, intenso o débil, fue bastante en todo caso para dar a conocer entre sí a los pueblos. En una parte de su estudio sobre la organización socialista del imperio de los Incas, Baudin parece escribir en respuesta de lo que en el manuscrito arriba copiado dejó dicho Horkheimer: “Las mercancías han servido siempre de base a las ideas; el comercio ha establecido un lazo entre los pueblos y constituido el modo más eficaz de expansión del pensamiento. Podemos explicar así... por qué los pueblos de América, a pesar de lo que se ha creído, no se ignoraban entre sí... El Imperio de los Incas era conocido en el Darién, donde los españoles, según cuenta López de Gómara en su *Historia General*, oyeron hablar de él. (Pascual de Andagoya tuvo conocimiento del Perú cuando visitó la provincia de Cochama). Inversamente los países de la América Central no podían ser ignorados por los peruanos”²².

Prescott llegó a suponer que algún conocimiento tuvo, vago y deformado, el Inca Huayna Cápac del avance de los españoles por las costas colombianas en los primeros tiempos de la empresa descubridora. La información le habría llegado al soberano cusqueño por la ruta de los balseros, desde el Chocó.

Para Uhle —como se vio en el capítulo sétimo—, los inmigrantes centroamericanos y mayas que volcaron la cultura del Norte en el Perú, *llegaron por mar*. Este trajín marítimo, que cubre, según el arqueólogo alemán, largos períodos del pasado peruano, preparó con el tiempo el desarrollo en vasta escala de la navegación comercial. La relación comercial fue, además, directa, sin intermediarios, y hasta se aventuró a grandes distancias de la costa para ahorrar tiempo (lo que sí no es concebible). Dice Uhle: “El piloto Ruiz... encontró en alta mar... una nave a vela, tripulada por tumbesinos, que regresaba de las regiones del Norte de Cabo Pasado con un cargamento de conchas rojas de *Spondylus*, que sólo podían provenir de ese lugar y que eran muy estimadas en el Perú. Tampoco parece que constituyeran obstáculo las corrientes del mar en el Sur del río Guayas, para el comercio con regiones más lejanas. *Naves del golfo del Guayas y de Nicaragua recorrían distancias de catorce grados*, habiendo en estas ocasiones *abreviado la curva de Panamá* comprendida entre Punta Mala y la costa occidental de Colombia, *navegando por alta mar en línea recta*... ¿Y qué les impidió navegar, por fin, más adelante, primero como descubridores y, luego, quedarse allí como colonizadores? Y seguramente consiguieron después de estos viajes nuevos contactos con la patria de origen”²³.

Si es aventurado fijar los comienzos del tráfico por la costa occidental de Sudamérica desde el Perú hasta el Istmo y, eventual o regularmente, hasta Centroamérica, el problema desaparece cuando se encuadra esa actividad comercial dentro del ámbito cronológico del Imperio. Durante el Imperio, el comercio marítimo al Norte, hasta más allá del Istmo, fue un hecho. Un historiador especializado en el siglo XVI dice que en las largas y minuciosas explicaciones que Pizarro dio de sus viajes por el descubrimiento del Perú ante los miembros de los consejos reales, en Toledo, contó que la tierra peruana era extraordinariamente rica y apacible, que la gente que la poblaba era de mucho juicio y civilizada, y que los pueblos vivían “*por tratos y contrataciones así en navios por la mar como por tierra*”²⁴. Las declaraciones de Pizarro revelan que conocía, seguramente por boca de los indios, de la llegada de balsas peruanas a las inmediaciones del Istmo.

Para Riva Agüero, el comercio por el Norte, hasta Centroamérica, en la época del imperio, debe darse como cosa descontada. Con sus grandes balsas de troncos, impelidas por el viento me-

El recolector de mariscos muestra los implementos de trabajo: bolsa de red y punzones para arrancar los moluscos adheridos a las rocas en forma de apretadas colonias. (*Nasca*. Procedencia: Río Grande, departamento de Ica. Siglo IV de nuestra era. Colección: Lorenzo Roselló Truel. Lima. Foto: Abraham Guillén).



diante anchas velas de algodón, del tamaño de las velas de las galeras y carracas españolas, los indios de la costa ecuatoriana y los tumbesinos —éstos, sobre todo— navegaban de continuo más allá de la equinoccial, portando sus productos elaborados para obtener de los pescadores y recolectores del Norte las preciadas conchas que les servían para sus ritos religiosos. Panamá y Centroamérica, por consiguiente, en el apogeo de la dominación incásica, fueron metas habituales de tales navegaciones, y las travesías con las embarcaciones cargadas de objetos se cumplían con entera normalidad, regularmente además²⁵.

Heyerdahl destaca el significado comercial de la concha *Spondylus pictorum*. No sólo indica —dice— que los balseros peruanos iban hasta el Istmo, por lo menos, en su procura, sino que, habiendo sido hallada en las tumbas de las gentes de Arica, prueba que el movimiento de las balsas se extendía hasta aquellas costas meridionales, pues no es posible pensar que el reparto se hiciera en las modestas y endeble *balsillas* de sólo tres troncos que por allá se usaban²⁶.

El apogeo de los incas no desplazó a los chimúes y tumbesinos de los viajes comerciales hacia el Norte. Los vencedores de las campañas por la unificación se entendieron con los sometidos, y unos y otros mantuvieron el tráfico. Aunque el régimen imperial, como se verá más adelante, no era particularmente propicio para la generalización de la actividad comercial, porque restringía el aporte de los grupos locales (aporte tipo privado), en aquella época era inmenso el número de embarcaciones para la comunicación interregional, y las flotas de balsas cubrían el mar a la entrada de los principales puertos, como Tumbes.

Los incas hicieron su propio comercio pero, en muchos casos, se valieron de los balseros costeños para enviar sus productos a otros países. Buenos colaboradores de los incas fueron los chimúes, los tumbesinos y los manteños. En cambio, los balseros de la isla de Puná parece que nunca se mostraron dispuestos a un trabajo estrecho de colaboración. Muy alertas estuvieron los hombres del Inca después de los reprobables actos de traición que cometieron los isleños desarmando balsas y ahogando a sus invitados.

Uhle dejó expresada su creencia de que "las relaciones comerciales con el Norte durante el período de los Incas, fueron mantenidas principalmente por los *cnimúes*, aun después de su conquista por aquéllos. Sin embargo, la *civilización incaica* los acompañaba [en sus viajes comerciales]"²⁷. Pero, que los Incas sostuvieron un comercio propio, no cabe, tampoco, la menor duda, y la tesis la defendió también Uhle: "Dorsey, en 1901, descubrió en la isla de La Plata (frente a la costa ecuatoriana)

COMERCIO MARITIMO

unos cuantos *vasos incaicos* junto con vasos de oro de la misma procedencia, y entre estas huellas peruanas *faltan, al revés, los objetos de fabricación chimú*. Esto prueba que los Incas tenían relaciones independientes de los chimúes con los mares y costas del Ecuador²⁸ y, probablemente, con las costas de los países situados más al Norte.

Finalmente, hay que consignar, como una de las más valiosas, la opinión de Lothrop. Contra la tesis de Uhle y Jijón y Caa-maño, de la *derivación peruana de un tronco maya* (tesis que, en parte, fue aceptada por Kroeber en 1930 al ver "ciertos rasgos mayoides en el arte Chavín"), se alza la opinión de Samuel Lothrop, quien "se muestra escéptico —como dice Valcárcel²⁹— sobre la posibilidad de influencias mayas en Sudamérica" y rechaza de plano las conclusiones de Uhle por las *incongruencias cronológicas* gruesas de que peca su teoría. Dice que si Uhle se hubiera tomado el trabajo de confrontar cronológicamente la cultura maya con la peruana que él hace derivar de aquélla, habría descubierto la imposibilidad de tales migraciones mayas.

Pero —he aquí lo importante, lo que interesa en esta parte de nuestro estudio—, *hubo comercio*. Lothrop no descarta —por el contrario, admite abiertamente— que hubo comercio entre Centroamérica y el Perú. Hay testimonios históricos y arqueológicos que prueban de manera indubitable "la existencia de algunas formas de comercio" entre las dos áreas. Los testimonios históricos están en las crónicas del siglo XVI, de los españoles; los testimonios arqueológicos, en los numerosos hallazgos de objetos de metal y terracota, allá, en Centroamérica y hasta en México, de indudable procedencia ecuatoriana, colombiana y, sobre todo, peruana. Por ejemplo: esmeraldas y oro del Ecuador en Coclé y en el botín de México; adornos de oro de Coclé y Colombia en Chichén Itzá; objetos de oro peruanos en Guatemala y Oaxaca; vasijas inconfundiblemente *chimú* en tumbas del Istmo. Todo esto fue llevado, sin duda —dice Lothrop—, por los balse-ros, quienes en unos casos dejaron los objetos y, en otros, los estilos o las ideas. Lothrop cree en el arribo de influencias artísticas a Panamá y América Central, llevadas por los balseros chimúes o incas en el tránsito del siglo XV al XVI³⁰.

COMERCIO CON MEXICO

El comercio con México, obviamente, resulta más difícil de sostener. Se oponen: la distancia, las corrientes adversas del mar y la ubicación predominantemente atlántica, hacia Yucatán y el Golfo, de los principales exponentes culturales del territorio mexicano, más allá del istmo de Tehuantepec.

Contra la opinión de la mayoría de los tratadistas, se alza, empero, la de algunos de ilustrado criterio y buen conocimiento de la arqueología mesoamericana y andina, que sostiene, sobre la base de indicios reveladores, la existencia de un comercio, por mar, entre el Perú y México, y viceversa, aunque predominantemente a cargo de los peruanos.

Como en los párrafos anteriores, se prescinde aquí, por razón estricta de la materia de que se trata, de las presuntas —y, por algunos autores, muy voceadas— *migraciones colonizadoras*. Esto ya ha sido tratado en el capítulo sétimo. El asunto de ahora no es de propagación de la cultura ni de difusión de elementos materiales de civilización sino de intercambio de productos.

Sin embargo, se sostiene que determinada metalurgia, nacida en el Perú o, por lo menos, perfeccionada en el Perú, llegó a México por tráfico comercial, en época tardía. Un vocero de esta hipótesis es Valcárcel, quien, siguiendo a Nordenskiöld y Rivet, afirma que tal propagación se produjo, *hasta México*, “por medio del comercio costanero del Pacífico”³¹.

Krickeberg también cree en la *extensión del comercio marítimo peruano hasta México* (por lo menos, hasta las costas del Estado de Oaxaca, aproximadamente en el paralelo 16° Norte), pero basándose no en el testimonio de la metalurgia, que otros con buenos resultados utilizan, sino en el de la leyenda y la mitología, que para el eminente americanista tiene enorme valor. La conocida leyenda de Naymlap, por ejemplo —dice—, recogida por Cabello de Balboa, “revela muchos rasgos que se repiten en el mito de los toltecas y es evidente que recuerda el *antiguo tráfico por vía marítima entre el Perú y México*, que encuentra su confirmación también en los hallazgos arqueológicos”³².

Lothrop, con un conocimiento pleno de todos los aspectos del problema y teniendo a la mano el rico aporte de la pesquisa arqueológica practicada en las principales áreas culturales en juego (desde México hasta el Perú), parece inclinarse por la existencia de *un comercio eventual, no regular, de individuos aislados y no de grupos o naciones, entre los dos continentes*. Da por descontado el comercio con Centroamérica, que lo considera evidente, pero intenta una fundamentación del comercio con México, en base, no a la leyenda ni a la mitología, como Krickeberg, sino en base a los testimonios arqueológicos y a las referencias contenidas en las crónicas e historias del siglo XVI. Llega, tras el examen de los hechos y el balance de las posibilidades, a la siguiente conclusión: “A fines del siglo XV, tanto el gobierno Inca como el Azteca se hallaban en el apogeo de su poder político y expansión territorial, con el resultado de que *habían aparecido por entonces facilidades inusitadas para el comercio intercontinental*”³³. Ello, dicho en forma tan clara y ter-

minante, equivale a decir, parodiando a Baudin, que los aztecas no ignoraban a los incas y los incas no ignoraban a los aztecas. Ambas naciones, según Lothrop, pues, se conocían (no dice Lothrop en qué medida), y a ese mutuo conocimiento habían llegado por el enlace del tráfico comercial, no regular sino eventual, pero, no obstante ello, efectivo en el contacto y en la transmisión.

El que hable Lothrop de *aztecas* e *incas*, es bastante para señalar al comercio que propone una exacta ubicación cronológica: se trata de una actividad *tardía*, posterior evidentemente al siglo X de nuestra era, que llega a su más alta manifestación durante el apogeo de ambos imperios, no mucho antes, por lo tanto, del arribo de los españoles.

Los hallazgos arqueológicos probatorios, son, entre otros, los siguientes: esmeraldas colombianas en el botín de México, adornos de oro de Coclé y Colombia en Chichén Itzá, y, sobre todo, muestras peruanas de rica orfebrería en Guatemala y Oaxaca. "En el caso de Guatemala y Oaxaca —dice Lothrop— parece que *viajeros individuales* pueden haber efectuado el viaje completo al Perú o *desde el Perú*, porque rasgos complejos en la cerámica, como el doble cántaro con efigie, silbador, y el conocido diseño de cabezas entrelazadas, han sido copiados en la arcilla local... Estos son *caracteres netamente peruanos* que difícilmente pueden haber sido inventados dos veces, pero que, una vez vistos, pueden fácilmente imitarse".

Si los comerciantes peruanos, en sus balsas de troncos, llegaron a las costas del Chocó, del Istmo y, un poco más al Norte, de los modernos estados de Costa Rica y Guatemala, dejando sus productos, comunicando algunas de sus ideas y de sus técnicas, influyendo eventualmente en la creación artística de los pueblos de aquellas latitudes septentrionales y, en el tornaviaje, llevándose conchas blancas y coloradas de aquellos mares tropicales, altamente estimadas en los oficios religiosos, nada de extraño tendría que algunas veces, por curiosidad o tentación comercial, o por consejo de sus anfitriones, hubieran prolongado su ya larga travesía, llegando hasta el golfo de Tehuantepec o a las tierras de Oaxaca, ya propuestas por el mismo Lothrop. En buena parte, por consiguiente, la tesis del comercio marítimo hasta México se basa en la más moderada del comercio marítimo hasta Centroamérica, que se apoya en los mejores, y ya considerados irrefutables, argumentos. Sobre el comercio a Centroamérica insiste Lothrop: "*En Panamá y el Sur de América Central hay rasgos artísticos claramente peruanos*, que aparecen en los dibujos de la cerámica y del metal, principalmente en el área de Coclé, Veraguas y Nicoya [Costa Rica]. En el Perú, esas formas pueden considerarse como del *post-Tiahuanaco*" (si-

glo X, adelante). "Su presencia más al Norte puede atribuirse, en parte, a infiltración por tierra a través del Ecuador y Colombia, y, en parte, al *comercio por mar* del cual hay *record histórico* en el siglo XVI". Agrega: "Hemos visto recientemente" (escribía para el Congreso de Americanistas, realizado en Lima, de 1939) "*dos vasijas del Chimú que fueron encontradas en tumbras del Istmo*"³⁴.

En cuanto a la reciprocidad de los viajes, Lothrop, como otros autores, observa que se encuentran *objetos de rasgos efectivamente peruanos* en el Norte, de procedencia meridional, *mas no objetos de manufactura centroamericana en Sudamérica*, "aunque se pueden notar muchos rasgos culturales y un *comercio de conchas*". Las conchas de los mares tropicales eran, fuera de duda, traídas al Perú por los propios balseros peruanos en el viaje de retorno; parece que no fueron nunca mercadería transportada por los traficantes centroamericanos. Pero, es probable que algunas veces los navegantes de allá llegaron al Perú, en misión de exploración o con productos para canjear. Se sabe que algunos pueblos de "extracción *nahua*", de México, viajaban al Sur; por ejemplo: los *pipil* de Guatemala y El Salvador; los *nahustlato*, *nicarao* y *desaguadero* de Nicaragua; los *bagaces*, de Costa Rica, y los *sigua*, de Panamá. Pero, más allá del río Lempa, en El Salvador, no dejaron ninguna huella de lo propiamente mexicano, a excepción del lenguaje, la religión y algunos dibujos policromados de la cerámica. Como bien se comprende, estos elementos de cultura pudieron tener otra vía de propagación, que no fuera la marítima.

¿Los *mayas* viajaron *por mar* al Perú? ¿Fue el mar peruano, en algún momento del pasado de siglos de la prehistoria, escenario de la aparición, procedentes del Norte, de la otra parte de la equinoccial, de flotas tripuladas, como en la leyenda de Naymlap, por reyes y guerreros del misterioso y lejano país? "Uhle y otros han hecho la sugerencia de que no sólo *el arte maya* sino las *tribus mayas* efectivamente *llegaron al Perú por mar*". Pero Lothrop no comulga con estas ideas. Resulta difícil admitir —dice— que grupos del Antiguo Imperio (o sea, de los comienzos del Imperio Maya), se embarcaran con dirección al Istmo (por el Mar de las Antillas o Caribe), cruzaran la selva y, al otro lado, ya en el Pacífico, "construyeran nuevos navíos en un ambiente insalubre y, posiblemente, hostil, navegando después por el desconocido Pacífico hacia el Sur"³⁵. Hay en el *periodo mexicano de Yucatán* (1191-1437 d.C.) frescos que representan "grandes canoas y escenas marinas". También hay pruebas de *comercio con el Sur*, pero nada de esto existe en el periodo propiamente *maya*.

En suma: los registros históricos, los resultados de la pesqui-sa arqueológica a nivel continental (comprendiendo preferente-

COMERCIO MARITIMO

mente las áreas en juego) y el examen de las posibilidades, tanto de orden oceanográfico como naval —geografía y técnica—, llevan a pensar, sobre base sólida, en la existencia antes de la llegada de los españoles, desde época no precisada (sin duda, en una fase tardía), de un *comercio marítimo* que fue *activo* con las costas del Ecuador (en procura de oro, perlas y piedras preciosas), *regular* con las costas de Colombia y parte Sur de Centroamérica (el Istmo y Costa Rica, allí la península de Nicoya) y *eventual*, pero efectivo en sus resultados, con el resto de América Central, el Tehuantepec y México, terminando probablemente en las costas del actual Estado de Oaxaca. Este comercio fue practicado principalmente por los peruanos. Ellos exportaban artículos diversos, como vasos de oro y otros objetos de orfebrería, vasos de terracota y tejidos; e importaban productos naturales de las costas visitadas en los viajes de retorno, principalmente conchas de los mares tropicales, cuya presencia caracteriza las tumbas de varios períodos.

A la llegada de los españoles, el comercio quizá no estaba en su momento (por las razones que más adelante se explican), pero los conquistadores alcanzaron a ver grandes balsas para la navegación del Norte. Dieron cuenta en sus crónicas de muchas de éstas, halladas en puerto o alta mar, ora en forma aislada, ora agrupadas; pero, de todas, la más famosa y que tiene, por las circunstancias de su hallazgo, un lugar de honor en los anales del siglo XVI, es la de los tumbesinos con la que se topó el tantas veces citado Bartolomé Ruiz, piloto de Pizarro. De ella y del histórico encuentro se tratará más adelante.

¿COMERCIO ESTATAL O COMERCIO PRIVADO?

Contra la tesis de Prescott se alza Baudin, quien afirma rotundo: "La existencia de un comercio entre Darién y el Perú, de un lado, y el Darién y México, por otro, no puede ser puesta en duda"³⁸. Se basa, como otros autores, principalmente en el testimonio de Juan de Sámano, que, aunque breve, contiene "la definición de una *balsa velera*" dedicada al *comercio exterior*. La balsa descubierta por Bartolomé Ruiz llevaba mercancías diversas para el trueque: oro, plata, espejos, vasos, tejidos, etc. Pues bien: ¿quiénes eran esos comerciantes y qué clase de tráfico practicaban; eran representantes de las autoridades incaicas y realizaban, por consiguiente, un *comercio imperial*, un *comercio estatal*, o, por el contrario, desligados de toda ingerencia del Estado, libres del control oficial, *trabajaban por su cuenta*, ejerciendo un *comercio regional*, privado o casi privado?

Baudin, antes que nada economista, contesta a estas preguntas pero primero hace las siguientes observaciones: "En un Estado socialista —dice—, el cambio, acto privado, no existe: la compra, la venta, la moneda, son cosas desconocidas. La única circulación de productos que es posible, consiste en operaciones de transporte y de almacenamiento, reguladas por la administración central. *Hay productos y no mercancías; hay depósitos y no mercado*"³⁷.

"Empero —prosigue—, la lectura de los cronistas *nos revela la existencia de cambios privados, de ferias y de mercados*".

Más adelante explica: "El comercio comenzó... a lo largo del corredor interandino; luego, se extendió a la meseta. Un tráfico de mercancías complementarias se estableció así entre la Costa, la Sierra y la Selva amazónica. La primera daba el algodón, las frutas, *los pescados, las conchas*... Entre los pescadores de la costa chilena y los agricultores del interior, los cambios parecen haber sido activos... En cuanto al *comercio lejano*, era forzosamente, como lo ha sido siempre en los tiempos antiguos, *un comercio de objetos de lujo*: tejidos finos, piedras preciosas, metales, obsidiana..."³⁸.

"Más tarde —prosigue—, se desarrolla otro comercio, a lo largo de las costas, en *balsas*. Especialmente, han sido encontradas en tumbas peruanas *conchas llegadas de ciertas regiones de la América Central*, y se han descubierto *objetos mexicanos hasta en Argentina* (según Latcham). Inversamente, *productos de la industria metalúrgica de la Costa han sido transportados por mar a México*. El Darién era entonces ya, como lo determina su posición geográfica, un gran depósito donde se cambiaban los productos *de las dos Américas*".

Para tipificar el comercio de los balseiros tumbesinos que halló Ruiz, no caben sino dos posibilidades: o era un *comercio imperial* o era un *comercio regional casi privado o particular*. "Como Tumbes —observa el mismo Baudin— estaba sometido al poder de los Incas, *hay que deducir que estos mantenían relaciones comerciales con los países extranjeros*", aunque ello, como sostiene O. von Hanstein en su libro *El mundo de los Incas*³⁹, "fuera un fenómeno contrario a las tradiciones incaicas". "En el Estado socialista, todo comercio exterior es un *comercio de Estado*, dirigido por funcionarios especiales... También debía ser así en el Perú: *el Inca obtenía por vía de cambio ciertos objetos*, especialmente conchas, originarias de Centroamérica..."⁴⁰.

Ya en otra parte se ha destacado que los Incas, independientemente de los pueblos costeros, ejercieron por sí mismos, con sus propios balseiros y, sin duda, con sus propias balsas especialmente construidas, el comercio con el Norte. Dorsey —hay

que decirlo una vez más— halló en la isla de La Plata cerámica incaica sola, sin asociación con la cerámica chimú. La prueba es ciertamente incontrovertible.

Se desprende de lo dicho por Baudin, que el tráfico en balsa que hallaron los españoles a lo largo de la costa, era un *comercio oficial*, de Estado; algo más: un comercio, quizá, al servicio exclusivamente del Inca, de la persona del soberano, para proveerle de conchas finas con fines ceremoniales y de objetos de lujo. Solamente participaban de los beneficios de esas transacciones, “los miembros de la aristocracia imperial”⁴¹; “el indio de la masa”, en cambio, “ignoraba por completo el comercio extranjero”. Valcárcel cree, como se acaba de exponer, que el comercio con el Norte (Centroamérica y México), *restringido pero evidente*, se realizaba “*con ingerencia del Estado*”⁴². Es probable que algún Inca —Miguel Cabello dice que Túpac Inca Yupanqui— decretara ciertas licencias para el desarrollo del comercio, aflojara un poco la cuerda que maniataba a los traficantes de las balsas, deseosos de recuperar sus antiguas libertades —aquellas de que gozaron en los tiempos anteriores a la expansión de los Incas⁴³—, pero aquello parece pura especulación. El comercio, es más seguro, se mantuvo rígidamente estatal; fue controlado y dirigido por funcionarios del Estado y benefició sólo a la *élite* imperial. Fue “forzosamente muy restringido”.

Pero, a esta interpretación, que parece la más razonable, es posible enfrentar una segunda posibilidad: que el tipo de comercio que representaban los tratantes de la famosa balsa tumbesina, no fuera precisamente estatal u oficial, al servicio del Inca, sino enteramente libre, privado o particular. Como la conquista incaica era entonces reciente, “en la costa peruana y en las provincias ecuatorianas... *subsistían las corrientes comerciales anteriores*”. Cabe la posibilidad, entonces, que “comerciantes”, en el sentido estricto de la palabra, permitidos por las autoridades imperiales, visitaran las tierras del Norte, como lo habían hecho sus antepasados, llevando allá artículos elaborados por los grupos costeros —oro trabajado, sobre todo— y trayendo, en el tornaviaje, conchas coloradas, de profundo significado mágico para todos los pueblos del Perú, y no a partir de los Incas sino desde tiempo antiguo.

Contrariando otras opiniones, Baudin considera que la acen tuación del régimen socialista o de economía de Estado trajo consigo la *decadencia del comercio exterior*. Se ampara Baudin en una cita de Polo de Ondegardo que dice: “Los habitantes [del imperio] perdían poco a poco el espíritu de iniciativa, tan necesario en este dominio, y el comercio entraba en decadencia”. Ricardo Latcham, siguiendo a Uhle, dice que las conchas, que

eventualmente servían de moneda, "eran mucho más comunes durante el período de la civilización Tiahuanaco, y su número aumentaba constantemente en las tumbas *hasta la época de los Incas*, demostrando que el comercio con América Central continuaba y se acrecentaba", pero "*hasta la época de los Incas solamente*"⁴⁴. Túpac Inca Yupanqui, según ya se dijo, *estimuló el comercio y protegió a los comerciantes*, pero "la decadencia era una consecuencia fatal del plan que los soberanos trataban de aplicar. *Este plan era incompatible con un gran desarrollo comercial*".

Otros autores, a diferencia de Baudin, insisten en subrayar el carácter *privado* o *individual* de las operaciones comerciales que hacían los balseros costeños, principalmente los tumbesinos, en sus viajes al Norte. Subrayan, sobre todo, su independencia de todo poder del Estado. "Los mercaderes de Tumbes —dice uno de ellos⁴⁵— len sus balsas!... al parecer hacían *viajes con un interés muy personal y de ningún modo como enviados del gobierno...*". De la forma como operaban los balseros tumbesinos, llevando a lugares distantes *mercadería de su propiedad y no mercadería perteneciente al Estado*, el mismo autor arriba a la siguiente conclusión: "es... totalmente errónea la afirmación, que se hace en muchas publicaciones antiguas y recientes sobre el Perú, de que allí nunca existiese la propiedad privada..."⁴⁶.

COMERCIO PREVISTO, PROGRAMADO, CON BALANZAS

Viajaran por su cuenta, con bienes propios para tratar, o viajaran como agentes del Estado, con bienes de éste, simplemente en calidad de funcionarios y en cumplimiento de órdenes superiores, los comerciantes que iban al Norte portando en sus balsas grandes cantidades de tejidos, vasos y demás objetos de oro, fina alfarería y diversas otras muestras de las industrias más prósperas de entonces, lo hacían preparados para realizar transacciones racionalmente encauzadas y con medios para determinar el valor de los objetos. No era el de ellos un trueque aproximado o empírico. Habían alcanzado un nivel tal de tecnificación, que las operaciones comerciales se basaban en la justa apreciación en los bienes sometidos a cambio, apreciación cuantitativa y cualitativa. Así, por ejemplo, para la medición del peso de los objetos, empleaban *balanzas*, y de este instrumento importantísimo da cuenta inequívoca la tantas veces citada *Relación* de Juan de Sámano.

En la *Relación del Origen y Gobierno de los Incas*, hecha por los señores Indios⁴⁷, se habla también de la balanza: "Tenía el Inga peso y medida y cuenta, y personas dedicadas para usar

los dichos oficios...". En el siglo XVIII, Antonio de Ulloa constató la existencia de la balanza entre los indios de entonces, como instrumento, no tomado de los españoles, sino heredado de los comerciantes de la antigüedad, sin duda de los balseros de la ruta del Norte. "Los indios modernos —escribió en *Noticias americanas*, 1772— *conservan sin duda el uso de las balanzas desde la antigüedad*; las que manejan son sin fiel, consistiendo en dos asientos de calabazos chatos, suspendidos por unos hilos de un palo, con otro hilo en el medio para levantarla; las *pesas* son unas piedras proporcionadas a su modo... Les sirven para vender la coca, el algodón y la lana"⁴⁸. Describió, también, el ilustre marino español un tipo pequeño de balanza, con platillos de argentino metal, que usaban los indios para la venta del oro y la plata.

La balanza incaica ha sido descrita como "una palanca interapoyante de brazos iguales". En los extremos de los brazos "colgaban dos segmentos de red que, reemplazando a los platillos de las balanzas ordinarias, servían para sostener las medidas de peso" y las mercaderías que se pesaban⁴⁹.

Xerez, presunto autor de la *Relación* copiada por Sámano, dice que los indios de la balsa tumbesina "traían unos pesos chiquitos para pesar oro, y como de hechura de *romana*...". Esto indicaría —como observa Urteaga— que también tuvieron conocimiento los antiguos peruanos "de la balanza de *brazos desiguales*"⁵⁰.

Debe darse crédito a la versión, sugiere tácitamente Krickeberg. Entonces, los balseros dedicados al comercio en la ruta del Norte usaban para el cambio de productos y artículos "balanzas pequeñas al estilo de las *romanas*"⁵¹, de mano, con palanca de hueso y "platillos" de tejido de malla. Las *pesas* eran de piedra y, como señala Nordenskiöld, equivalían, las más pequeñas, a 3.72 y 3.86 gramos.

Son numerosas las referencias sobre la balanza en las crónicas de los primeros tiempos. Hablan de ella Cieza, Estete, Gómara y Oviedo. Su antigüedad y primer uso no están precisados, pero, siguiendo a Nordenskiöld y Kroeber y, sobre todo, al reciente Bennett, María Rostworowski sostiene que, como invento tardío que evidentemente fue en la costa occidental de Sudamérica, "corresponde a depósitos *Chimú tardío* e *Inca*"⁵². Estima, consecuente con esta conclusión, que la balanza debe ser considerada como un "aporte reciente" en las culturas prehispánicas.

La Arqueología, añade la misma autora, confirma la versión de los cronistas del siglo XVI y, sobre todo, respalda la referencia contenida en la *Relación* de Juan de Sámano. En diversos lugares de la Costa han sido halladas balanzas de los tipos arriba descritos, lo mismo que las piedrecillas que los comer-

cientes usaban para determinar el peso de los objetos. Tello obtuvo algunas muestras interesantes, en buen estado, en Huacho.

Cuando Bartolomé Ruiz vio las balanzas de los comerciantes tumbesinos, aquellos fueron los primeros instrumentos de este tipo examinados por los europeos en el Nuevo Mundo⁵³. La sorpresa, naturalmente, fue grande. Tales balanzas contribuyeron a afirmar en la mente de los descubridores el convencimiento de que estaban en vísperas de encontrar una nación altamente civilizada.

Usada por los comerciantes de la Confederación Chimú y del Imperio de los Incas, la balanza, como se dijo anteriormente, indica una *juiciosa planificación del comercio*. Los detalles del trato comercial *estaban previstos* y no se aventuraban las operaciones a cálculos aproximados. Como el empleo de las balanzas estaba estrictamente reservado a funcionarios especiales, que sabían de su manejo y de los valores equivalentes, las balsas para el tráfico del Norte iban con estos funcionarios (en tratándose de los viajes comerciales favorecidos, organizados o autorizados por el gobierno imperial); ellos se sumaban a los tripulantes encargados de la conducción de la balsa y a los sirvientes a quienes se encomendaba el cuidado de la mercadería. De allí que era crecido el número de las personas que viajaban en las balsas destinadas al comercio con las lejanas tierras del Chocó, el Darién, el Istmo, Nicoya, Tehuantepec y, eventualmente, Oaxaca, en México.

LA Balsa QUE ENCONTRO BARTOLOME RUIZ

En la historia del descubrimiento del Perú, el encuentro de Bartolomé Ruiz, piloto al servicio de Pizarro, con una gran balsa de mercaderes, en plena navegación, constituye uno de los hechos de mayor importancia. No sólo tuvieron aquella vez los españoles la primera referencia, directa y concreta, sobre la realidad majestuosa y deslumbrante del Imperio de los Incas —un imperio inmenso, rico y poderoso, dueño de una perfecta organización, todo lo cual no dejó de preocupar a los castellanos, que ya barruntaban las guerras que tendrían que librar para someterlo— sino que, de sorpresa en sorpresa, vinieron a saber que los indios peruanos eran audaces navegantes: que con sus almadías de gruesos troncos y vela cuadrada cumplían largas travesías alejados de la costa, que dominaban la conducción de sus toscas pero muy seguras embarcaciones, que *no tenían miedo al mar*, que por el contrario lo dominaban y eran diestrisimos para desempeñarse en su seno, que utilizaban los vien-

tos y las corrientes marinas para desplazarse, y que sus travesías no obedecían a un móvil de guerra sino a un propósito comercial, llevando para tal fin en sus barcas gran copia de productos y artículos diversos: ora en bruto, extraídos de la naturaleza, ora elaborados, finísimos. Además, vieron que operaban como los mejores comerciantes de Europa, llevando medidas para la determinación de las cantidades y balanzas para la justipreciación de los tratos. Los españoles quedaron admirados de todo ello y comprendieron que les esperaba una empresa gigante, como correspondía a la magnificencia del imperio que iban a tener por delante.

El relato del encuentro está reseñado, como ya se adelantó en el capítulo décimo, en un documento breve pero lleno de datos, que constituye una de las piezas más valiosas de los primeros años de la gesta descubridora. Con el título de *Relación de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, sacada del Códice CXX de la Biblioteca Imperial de Viena*, aparece en el tomo quinto de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, que en 1844 editaron los académicos Martín Fernández de Navarrete, Miguel Salvá y Pedro Sáinz de Baranda. Recientemente, Porrás Barrenechea la reproduce, en toda su pureza prístina, sin la modernización ortográfica ni puntuación esmerada que añadieron los publicistas españoles de la *Colección* citada, en su libro ("folleto" llamado él) *Las Relaciones primitivas de la conquista del Perú* (del que hay segunda edición, de 1967). Escrita con las más vulgares formas castellanas de la época (tercera década del siglo XVI), con párrafos sumamente enrevesados y una escritura de los nombres propios que ha creado serios problemas de identificación y desencadenado polémicas, como más adelante se verá, la *Relación* abarca, en el recuento de los hechos, desde la partida de Pizarro hasta el envío de Tafur por el Gobernador de Panamá para el rescate de los quejosos de la isla del Gallo. Redactada en la segunda mitad del año 1527 y considerada, con razón, pues, como "la primera crónica efectiva del descubrimiento del Perú"⁵⁴, se la atribuyó a un nebuloso personaje de nombre Juan de Sámano, por aparecer la firma de tal en una copia primigenia; pero pronto la crítica histórica llegó a precisar que Juan de Sámano no había sido sino secretario del emperador Carlos V de España, encargado por su augusto señor para sacar una copia del documento, que estaba guardado en la Biblioteca Imperial de Viena. Juan de Sámano transcribió el documento al pie de la letra, y para garantizar la fidelidad de la copia, lo firmó, como era de uso. Sin embargo, su nombre ha pasado a la posteridad inseparablemente unido a pieza documental de tan subido valor.

Pescador Nasca, con los emblemas del oficio.
El cuerpo del cántaro se completa con una base
ancha, decorada desusadamente con una
banda en la que el tema pictórico es el colibri.
Se juntan, así, las representaciones de inspiración
marina y campestre. (*Nasca posclásico*,
siglo VI de nuestra era. Colección: Lorenzo
Rosselló Truel. Foto: *Abraham Guillén*),



Se presume —y hay sólida y casi definitiva base para ello— que el verdadero autor sea Francisco de Xerez (o Jerez), que publicó en Sevilla, en 1534, su estimadísima *Verdadera relación de la Conquista del Perú*, “texto sagrado”, como dice Porras, para la historia de la Conquista. Xerez tomó parte en las primeras expediciones de Pizarro, en calidad de secretario de éste, y fue uno de los desertores de la isla del Gallo, episodio que, naturalmente, no menciona en su crónica, por recato o vergüenza. Más tarde, volvió a tomar parte en el descubrimiento, acopiando la información más completa y detallada sobre los viajes y los episodios de la conquista.

De allí que el documento se conozca ahora con el hombre de *Relación de Sámano-Xerez*.

Las circunstancias del encuentro de la galera española de Bartolomé Ruiz con la balsa de los comerciantes tumbesinos, están expuestas sumariamente en el capítulo anterior pero no estará de más recordarlas aquí para un mejor conocimiento de los antecedentes del histórico episodio.

Al finalizar el mes de junio de 1525, Pizarro y sus bravos habían llegado a la boca de un río, al que nombraron *San Juan*. Allí, el capitán, teniendo en cuenta que la gente estaba agotada y, en lo moral, falta de ánimo por las fatigas acumuladas, los padecimientos inenarrables y la escasez de víveres, dispuso permanecer en el sitio mientras Almagro iba a Panamá en busca de voluntarios y pertrechos para reforzar y avituallar debidamente la expedición. A la espera del retorno de su socio, Pizarro creyó conveniente, entonces, dado que el momento no era para cruzarse de brazos, despachar en avanzada, en el navío pequeño que había quedado, al Piloto Bartolomé Ruiz, hombre de mucha experiencia y sobrada entereza, plenamente de su confianza además, para que explorase la costa, en el plazo de dos meses del que no debía excederse.

Acordado, Ruiz se embarcó con un grupo de valientes, y, en cumplimiento del mandato, siguió hacia el Sur, hallando al cabo “una bahía muy buena a la que puso el nombre de *San Mateo* y allí vio tres pueblos grandes junto al mar y le salieron al encuentro algunos indios adornados de oro y tres de ellos, indios principales o caciques, con diademas...”⁵⁵.

Siguiendo la costa, halló una tierra muy llana y de muchas poblaciones y después alcanzó un paraje “de unas grandes sierras y costa brava”. Ruiz calculó entonces encontrarse “de aquella parte de la equinoccial *tres grados y medio perdido el Norte*”. (Posiblemente —anota Porras, concordando este texto con el de Xerez—, la expedición había llegado, más o menos, a la altura del Pueblo de *Cancebí*).

Como se acercaba el término para el regreso, Ruiz dio la vuelta, "y en esa tierra llana y muy poblada dieron algunas calas para tomar posesión y proveerse de agua"; y fue en esas circunstancias que "tomaron un navío en que venían hasta veinte hombres". Once de ellos se arrojaron al agua por temor a ser apresados, y los otros se dejaron tomar por los cristianos, pero el Piloto sólo retuvo a tres de ellos, dejando en libertad a los restantes. Los tres que retuvo "quedaron para lenguas e hizoles muy buen tratamiento y llevólos consigo...".

Antes de proseguir con el texto de la *Relación*, será interesante escuchar la versión dramatizada del siempre puntual, al par que ameno y riguroso, Prescott, quien pone sobre la versión prístina de los hechos algunas pinceladas de buen color, autorizadas por su profundo saber histórico y el dominio de las fuentes. Dice el insigne autor de la *Historia de la conquista del Perú* que Ruiz, tras alejarse de la costa en la bahía de San Mateo, "entró en alta mar, pero no había navegado mucho en esta dirección cuando le sorprendió descubrir un buque que con la distancia parecía una gran carabela, pero atravesada por una vela muy grande que la arrastraba lentamente por la superficie del mar. El antiguo marinero se confundía al contemplar semejante fenómeno porque estaba seguro de que ninguna nave europea podía haber llegado antes que él a esas latitudes... Al acercarse descubrió que era una grande embarcación o, por mejor decir, una balsa, que consistía en un gran número de vigas de una madera ligera y porosa, fuertemente atadas unas a otras, y con un ligero suelo de cañas por encima a modo de cubierta. Dos mástiles o palos gruesos, colocados en el centro [de la embarcación], sostenían una gran vela cuadrada de algodón, mientras que un grosero timón y una especie de quilla hecha con una tabla encajada entre los maderos, facilitaban al marino el que diese dirección a esta clase de buque, que seguía su curso sin la ayuda del remo"⁵⁶.

Después de narrar el encuentro, la *Relación* básica de los hechos describe minuciosamente la embarcación de los indios. Dice Xerez, a quien podemos considerar como autor del documento "Este navío que digo tomó [el piloto Ruiz], tenía, al parecer, una capacidad de hasta treinta toneles. Estaba hecho por el plan y la quilla de unas cañas tan gruesas como postes, ligadas con sogas de una fibra que llaman enequén, que es una especie de cáñamo; y los altos, o sobrecubierta, de otras cañas más delgadas, ligadas entre sí con las dichas sogas, y allí iban sus personas y la mercadería perfectamente seca, porque la cubierta baja se anegaba. Tenía mástiles y antenas⁵⁷ de muy fina madera y velas de algodón del mismo talle de las velas de nuestros navíos y muy buena jarcia, hecha del mismo ene-

quén, que digo que es una fibra como el cáñamo; y unas potalas o anclas a manera de muela de barbero”⁵⁸.

A los informes que la *Relación* proporciona sobre los indios que tripulaban la balsa, agrega Cieza los siguientes: “Andando más adelante —dice— por la derrota del Poniente, *reconocieron en alta mar venía una vela latina* de tan gran bulto, que *creyeron ser carabela*, cosa que tuvieron por muy extraña, y como no parase el navío se reconoció ser balsa, y arribando sobre ella la tomaron; y *venían dentro cinco indios y dos muchachos y tres mujeres*, los cuales quedaron presos en la nave; y preguntábanle por señas *de dónde y adelante qué tierra había*; y con las mismas señas *respondían ser naturales de Tumbes; como era la verdad*”⁵⁹.

Los indios, según la versión del *Príncipe de los cronistas*, hablaron de los Incas y de la grandeza del imperio. Dice Cieza: “Mostraron [los indios] lana hilada y por hilar que era de las ovejas, las cuales señalaban del arte que son, y decían que habían tantas que cubrían los campos. *Nombraban muchas veces a Guaynacapa y al Cusco, donde había mucho oro y plata*. Destas cosas y de las otras decían tantas, que los cristianos que iban en el navío las tenían por burla, porque siempre mienten en muchas cosas destas que cuentan los indios; *mas estos en todo decían la verdad*”.

Por eso se dice que el encuentro con la *balsa de los tumbesinos*, proporcionó a los españoles la primera versión directa y concreta de la realidad del Imperio de los Incas.

“Bartolomé Ruíz, el Piloto —sigue Cieza—, les hizo [a los indios balseiros] buen tratamiento, holgándose por llevar tal gente de buena razón y que *andaban vestidos*, para que Pizarro tomase lengua...”. Cieza destaca que los indios de la balsa *andaban vestidos*, lo que, ciertamente, los relaciona estrechamente con el Imperio, donde el uso del vestido, a diferencia de otras tierras americanas, era general.

Cumplida su misión, y contento por el hallazgo, Ruiz navegó hacia la boca del río San Juan, donde, esperaba Pizarro con el resto de la fuerza expedicionaria. “Llegando, saltó a tierra con los indios. El capitán lo recibió bien, holgándose con las nuevas que traía de lo que había descubierto. *Los indios estaban firmes en lo que habían contado*...”⁶⁰.

Respecto a la mercadería que portaba la balsa —punto sobremanera importante en esta parte de nuestra exposición—, la *Relación* es cuidadosa y revela la sorpresa que produjo en el ánimo de los descubridores el encuentro con la barca indígena. “*traían muchas piezas de plata y de oro para el adorno de sus personas para hacer rescate con aquellas de quienes iban a contratar, en que intervenían coronas y diademas, cintos, ponietes*” (pu-

ñetes o pulseras) “y armaduras como de piernas y petos, y tenazuelas y cascabeles, y sartas y mazos de cuentas, y rosicleres y espejos guarnecidos de la dicha plata, y tazas y otras vasijas para beber; traían muchas mantas de lana y de algodón, y camisas y albuja, y alcaceres y alaremes y otras muchas ropas, todo lo más de ello muy labrado de labores muy ricas, de colores de grana y carmesí, y azul y amarillo, de todos otros colores y de diversas maneras de labores, con figuras de aves y animales y pescados y arboledas; y traían unos pesos chiquitos de pesar oro, como hechura de romana” (la balanza) “y muchas otras cosas. En algunas sartas de cuentas venían algunas piedras pequeñas de esmeraldas y calcedonias y otras piedras y pedazos de cristal... *Todo esto traían para rescatar por unas conchas de pescado de que ellos hacen cuentas coloradas como corales y blancas, que traían casi el navío cargado de ellas*”.

La finalidad del viaje se descubre clara: *era un viaje estrictamente comercial hacia las tierras del Norte*. Los artículos de comercio eran todos de lujo, con lo que se confirma la tesis de Baudín⁶¹, anteriormente expuesta: orfebrería con objetos de la más fina calidad, paños finos admirablemente ornamentados, adornos para ostentación personal; nada de primera necesidad.

Lo que no está claro en la *Relación* es el *momento del viaje*: ¿iba la balsa o regresaba? Su posición ha sido de diverso modo interpretada. Para unos estaba *de ida*, esto es, navegaba hacia el Norte. Repleta de mercadería, aún no había negociado su valioso cargamento de vasos de oro y plata y finos tejidos bordados. Para otros, en cambio, ya estaba de vuelta: “la nave a vela —dice Uhle—, *tripulada por tumbesinos, regresaba de las regiones del Norte de Cabo Pasado con un cargamento de conchas rojas Spondylus, que sólo podían provenir de ese lugar y que eran muy estimadas en el Perú*”⁶². Para Uhle, por consiguiente, la referencia del cronista autor de la *Relación* a la existencia de conchas “coloradas como corales” y blancas en la balsa, al momento del encuentro, es definitiva, e indica que *la balsa regresaba a Tumbes*.

Con datos elaborados, Oviedo da también en su monumental *Historia* una versión detallada de la balsa, describiendo la mercadería que llevaba y el aspecto que ofrecían los tripulantes. He aquí lo que dice: “Traían muchos cántaros negros⁶³ y mucha ropa de diversos colores, de lana, y camisas y ayubas, y mantas de colores muy labradas, paños blancos con franja, *todo nuevo para contractar*; y lana de colores, tinta en lana y otras muchas cosas sutiles y muy primas, en que parecían ser gente entendida. Y eran de buena disposición de personas... Decían la manera de como sacan el oro, y decían que hay ovejas y que las trasquilan cada año, y que hay islas pobladas, y que hay muchas

perlas, y que duermen en camas con sábanas de algodón. Adoran ciertos ídolos: sus armas son lanzas y tiradores y macanas... Salan los pescados, para su mantenimiento... Los indios andan vestidos con camisas, y las indias con sus enaguas y camisas y mantas echadas debajo del brazo, a manera de moras y canarias. Traen toque para conocer el oro y *romana para pesarlo* y pesar la plata labrada y otros metales, y conóscenlo muy bien: y traían cierta cantidad de lo uno y de lo otro, y *dieron noticia que en la tierra había muchas piedras de valor*".

¿De dónde procedía esa gente civilizada que iba en la balsa? La *Relación* menciona muchos sitios y reina al respecto alguna confusión. Más adelante se tratará el punto con algún cuidado, pero desde ya conviene advertir que tanto las crónicas de la época como la crítica histórica imparcial señalan el *origen tumbesino de la balsa* y la *procedencia incaica de las mercancías que llevaba*. Parte de la tripulación, en cambio, parece que era de la costa ecuatoriana y que había subido a ella en el puerto de Salango para servirla. Así se desprende de la versión de Oviedo. Dice el historiador: "Tomáronse cinco personas, porque las demás se echaron al agua y las recogieron del dicho pueblo; mas quedó preso el cacique o capitán del dicho navío, y el maestre de la caravela lo hizo soltar, y que se fuese y volviese a rescatar sus hijos que se tomaron allí. Y no volvió, porque pareció después que su tierra era *quatro jornadas de allí*, y el piloto no pudo esperar, y tornó a continuar el dicho descubrimiento"⁶⁴.

La *Relación*, entre otros pueblos, menciona *Calangane* (¿Salango?), *pero como tierra de los tres indios que se tomaron para intérpretes*. Dice textualmente: "Aquellos tres indios que digo que se tomaron en el navío [y] que se llevaron a los capitanes, tomaron nuestra lengua muy bien. Parece que *ellos eran de una tierra y pueblo que se dice Calangane*: es gente en aquella tierra de más calidad y manera que indios, porque ellos son de mejor gesto y color y muy entendidos, y tienen un habla como arábigo, y a lo que parece ellos tienen sujeción sobre los indios que digo de *Tacamez*, y de la bahía de *San Mateo*, y de *Nancabez* y de *Tovirisimu* y *Conilope* y *Papagayos*, y *Tolona* y *Quisimos* y *Coaque* y *Tonconjes* y *Arapajaos*, y *Pintagua* y *Caraslobez* y *Amarejos*, *Cames*, *Amotopes*, *Docoa*, todos pueblos de la dicha tierra llana"⁶⁵ que van descubriendo por la costa y de todo lo otro de la costa. En aquel pueblo de Calangome donde ellos son hay cuatro pueblos juntos, todos de un señor, que son el dicho *Calangome* y *Tusco* y *Ceracapez* y *Salango*. Allí hay muchas ovejas y puercos y gatos y perros y otros animales, y ansares y palomas, y allí se hacen las mantas que arriba digo de lana y algodón, y las labores, y las cuentas, y las piezas de

COMERCIO MARITIMO

plata y oro; y es gente de mucha policía. Según lo que parece, tienen muchas herramientas de cobre y otros metales con que labran sus heredades y sacan oro y hacen todas maneras de grangería. Tienen los pueblos muy bien trazadas sus calles. Tienen muchos géneros de hortalizas y tienen mucho orden y justicia entre sí. Las mujeres son muy blancas y bien ataviadas y todas por la mayor parte labranderas. Hay una isla en la mar junto a los pueblos, donde tienen una casa de oración hecha a manera de tienda de campo, toldada de muy ricas mantas labradas, a donde tienen una imagen de una mujer con un niño en los brazos... Cuando alguno tiene alguna enfermedad en algún miembro, hácele un miembro de plata o de oro y ofréceselo y le sacrifica delante de la imagen ciertas ovejas en cierto tiempo¹⁶⁶.

LA REFERENCIA A SALANGO

Basado en la tradición marinera, innegable, de los pueblos de las costas de Esmeraldas, Manabí y Guayas —tradición, sabemos por el testimonio arqueológico, de raíces antiguas—, y en la confusa referencia que hace la *Relación* de varios pueblos ribereños de la tierra que bordeó el Piloto Bartolomé Ruiz en su memorable viaje de exploración de 1525 —pueblos designados con nombres raros, algunos medianamente identificados, otros no—, basado, decimos, en esos dos argumentos, el arqueólogo ecuatoriano Emilio Estrada, contrariando la opinión de la mayoría de los historiadores de su país, ha pretendido negar el origen *tumbesino* de la balsa, materia de estudio de este capítulo. Dice en uno de sus libros: “La balsa oceánica que Bartolomé Ruiz encontró frente a la costa de Manabí... provenía de *Salango*, población en tierra firme frente a la *isla de Salango*, isla que a su vez era, seguramente, el santuario isleño a que se refieren los cronistas... Muchos historiadores hablan de las balsas como de un elemento de la civilización incaica más que nada porque ignoran dónde se encuentra localizado el puerto de origen de la balsa que encontró Ruiz. Mas, la descripción del encuentro de Ruiz no deja dudas de que *Calangone* o *Salangone* era la población actual frente a la isla de ese nombre, o sea que estaba en territorio de los manteños del Norte¹⁶⁷”.

En la geografía marítima ecuatoriana, el nombre de *Salango* se aplica modernamente a una caleta y a una isla, ambas frente a frente, la isla a corta distancia de tierra. La isla es pequeña, situada aproximadamente a un grado y medio de latitud Sur. Sobre ambas dice el mismo Estrada: “Cerca de la isla de La Plata, junto a la costa, existe la *isla de Salango*, guardando la

entrada de una de las bahías más lindas del Ecuador, aquella de Salango y Puerto López. Debió haber sido éste un sector muy habitado. Sobre la meseta de la isla existió una *colonia manteña*, pues regados allí en la superficie encontramos muchos fragmentos que nos hacen ver que aquella colonia perteneció... al período llamado *Manteño*... Salango aparenta *haber sido ocupada en la etapa más moderna*, cerca de la Conquista, y creemos que más bien allí estuvo el santuario isleño manteño al tiempo de los primeros conquistadores⁷⁶⁸.

La tradición marinera de los pueblos manteños se explica por la existencia frente al mar de grandes poblaciones desde remota antigüedad. De la *cultura Bahía*, por ejemplo —dice Estrada—, anterior en cinco siglos a la era de Cristo, hay testimonios muy extensos de habitación frente al mar. “De extremo a extremo de Manta, los tiestos se extienden frente al mar por una distancia de dos kilómetros casi ininterrumpidamente, o sea que representan una población aborígen enorme⁷⁶⁹. Esa tradición se acentuó con los *huancavilcas*, pueblo que vivió en permanente contacto con el mar, que dio agrupaciones numerosas dedicadas exclusivamente a la pesca y cuyos balseros se contaron entre los más expertos de la costa occidental de Sudamérica. Los huancavilcas eran buenos navegantes y dominaron lejanas tierras. El mismo Estrada propone: “Serían de allí [de la zona huancavilca o manteña meridional]... los grandes navegantes que llevaron muestras de nuestras culturas a las islas Galápagos... y que desde Centroamérica, *navegando a través del golfo de Panamá*, trajeron en tiempos tempranos tantos elementos mexicanos que influenciaron las culturas pre-manteñas de Guanalga y su fase coetánea en la Tolita, de Esmeraldas...⁷⁷⁰”.

La dedicación de esos pueblos al mar no declinó, de modo tal que cuando los Incas dominaron las tierras ecuatorianas, los huancavilcas y los manteños seguían contándose entre las naciones marineras por excelencia de la costa Oeste de Sudamérica.

Por otro lado, Estrada considera que la referencia de Xerez —autor de la *Relación*— acerca de la procedencia de la famosa balsa es suficientemente clara para despejar toda duda: la balsa —dice— procedía de Salango y llevaba mercadería, no incaica sino de los indios de las costas ecuatorianas, quizá de la región de Santa Elena. Los indios de Santa Elena —lo sabemos por Cieza— eran buenos tejedores y trabajaban primorosas mantas de lana y algodón, como aquellas muy finas y llenas de bordados que obsequiaron los caciques a Pizarro cuando éste regresaba de su primer desembarco en Tumbes⁷⁷¹. Podría ser que las mantas de lana y algodón que Ruiz vio que llevaban los comerciantes indios en la balsa del famoso encuentro, fueran de los

talleres manteños y no de los que abastecían las necesidades del imperio.

La tesis de Estrada, sin embargo, no resiste al análisis. Es interesante, por momentos sugestiva, aparentemente con buena fundamentación; en suma, es una tesis que, por lo novedoso, hace impacto, pero nada más. La creemos producto de un móvil nacionalista, inaceptable en el campo de la ciencia.

LA Balsa era de Tumbes Y PORTABA CULTURA INCAICA

Todos los historiadores, peruanos y no peruanos, de ahora o de ayer, están contestes en afirmar que la balsa que halló el Piloto Ruiz *era de Tumbes* y que portaba mercancías pertenecientes a la *cultura incaica*. Los mismos historiadores ecuatorianos llegan a esta conclusión, consagrada por una producción histórica de siglos, que comienza con los propios cronistas, testigos presenciales de los acontecimientos de la Conquista y observadores directos de la realidad del Imperio de los Incas. Así, narrando el viaje de Ruiz desde el río San Juan hacia el Sur, Oscar Efrén Reyes, historiador ecuatoriano autor de un conocido texto sobre el pasado de su país, dice: "Otro día capturó una pequeña embarcación, de forma no vista hasta entonces por él en los mares de Indias; pues que venía como a vela desplegada. Sus pilotos eran aborígenes —*aborígenes de Tumbes*, o sea, precisamente, *del gran país del Inga*—, y traían, quizá para el intercambio con mercancías esmeraldeñas o manabitas, bellos tejidos, algunos cántaros y adornos de oro y hasta algo como balancín para pesar piedras preciosas y metales preciosos... Y estos mismos aborígenes le hablaron también, con ayuda de una mímica inequívoca, *de sus ricos y poderosos señores, dueños de una vasta extensión americana*"⁷². Como si no fuera rotunda la afirmación, el mismo autor dice más adelante: "... Bartolomé Ruiz... el gran hombre de mar que descubriera la isla del Gallo y la bahía de San Mateo y las costas de Esmeraldas y Manabí... el primer piloto español que atravesara la línea equinoccial en el Pacífico... *capturó la primera nave tumbesina*..."⁷³.

Aunque en su estudio sobre *El país de los Incas*, que resume muchas de sus ideas básicas, se dejó ganar por algunas dudas⁷⁴, en su obra principal, en cambio, de 1942, *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*, Tello destacó que la mercadería de la balsa era netamente incaica y que, por lo tanto, procedía de puerto peruano: "El piloto Bartolomé Ruiz en el viaje de exploración de la costa Norte, que precedió al

de la Conquista, capturó en el Cabo de la Galera un *navío inca...*"⁷⁵.

Condensando la opinión de muchos autores del presente siglo y del anterior, entre los que se cuenta el documentado Guillermo Prescott, como ninguno dueño de la mejor información de primera mano, Leicht dice al hablar de la tripulación de la balsa: "Eran hombres y mujeres... *de la región de Tumbes, a cuya ciudad pertenecía también la embarcación*"⁷⁶.

Raúl Porras Barrenechea, nuestro primer historiador de la Conquista, en varios de sus fundamentales libros, que son dechado de puntualidad documental y de recto juicio histórico, destaca y reafirma varias veces el origen tumbesino de la balsa y la procedencia incaica de la mercadería que portaba. Así, por ejemplo, comentando el valor de la *Relación*, expresa lo siguiente: la *Relación* "es sumamente breve pero trascendental para la historia del Perú. Es el único relato directo e inmediato de los dos viajes preliminares. Describe las primeras peripecias de Pizarro por las costas de Colombia y Ecuador, *el hallazgo del imperio incaico* por la nave del piloto Bartolomé Ruiz —y lo que vale por toda la crónica— el encuentro con la balsa de *tumbesinos*, la primera embarcación a vela que los españoles hallaron en América..."⁷⁷.

En sus acotaciones y comentarios contenidos en *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú*, repite que *la balsa era de tumbesinos*⁷⁸ y que *la embarcación era incaica*. Aquella balsa llevaba objetos representativos de la cultura de los Incas; era un muestrario de la capacidad técnica y de la habilidad artesanal de los hombres del Imperio.

En otra parte del mismo estudio sobre las *Relaciones primitivas*, Porras echa alguna luz sobre el confuso problema de los pueblos mencionados en la *Relación* de Sámano-Xerez, y trata de interpretar el significado del nombre *Calangane*. La *Relación* dice, como se recordará, que los tres indios lenguas tomados en la balsa por el piloto Ruiz, eran "de una tierra y pueblo que se dice Calangane...". Porras anota: "El nombre de Calangane no aparece en otros cronistas. Diego de Trujillo dice que el señor de Tumbes se llamaba *Cacalami*, lo que pudiera favorecer la tesis del origen tumbesino de Felipillo"⁷⁹. Más adelante propone: "La inexactitud para reproducir los nombres geográficos [en la citada *Relación*] hace imposible identificar los cuatro pueblos sometidos al señor de *Calangome* o *Calangane*, aunque es sostenible la presunción de que se trate de Tumbes"⁸⁰.

Pero, el mejor apoyo de la *tesis tumbesina* está en Cieza. En la *Tercera parte de la Crónica del Perú*, Cieza abunda en referencias sobre la *nacionalidad tumbesina* de los "indios lenguas" que Ruiz recogió de la balsa de los mercaderes. Es claro que

surge la contradicción entre la *Relación* de Sámano-Xerez y la *Tercera parte* de Cieza, pero, mientras los datos geográficos y políticos de la *Relación* son vagos, la afirmación que hace Cieza de la procedencia de los indios es terminante y clara, y merece, por lo tanto, todo crédito.

En varias circunstancias, los indios atrapados en la balsa declaran que son *tumbesinos*; en varias circunstancias hablan del imperio y cuentan del poderío del gobierno de los señores Incas; en varias circunstancias, además, los españoles los reconocen o llaman por su tierra de origen. Estos indios se hallan plenamente identificados a Tumbes y todas las versiones que dan tratan de aquella ciudad o de otras situadas más al Sur.

Cuando el comisionado Juan Tafur, que cumplía órdenes del Gobernador de Panamá, dispuso emprender, tras el episodio del Gallo, el regreso a Panamá con los débiles, los enfermos y los desertores, intentó llevarse con él a los indios tomados en la balsa por el piloto Ruiz, a lo que Pizarro enérgicamente se opuso. Cieza da cuenta de la intentona en los siguientes términos: "Se quería llevar [Tafur] los *indios de Tumbes* que tenía Pizarro por lenguas..."⁸¹. La referencia de *Tumbes*, en este caso, es de un valor definitivo.

Los indios de la balsa parece, también, que ante los españoles y, en especial, ante Ruiz, que los atrapó, no hablaban sino de Tumbes, ciudad nativa a la que, sin duda, extrañaban o recordaban con gran cariño, ligándola a sus progenitores y parientes. Esto se sabe por una carta que Almagro y Luque, socios de Pizarro en la empresa descubridora, le escribieron a éste desde Panamá, cuando ya tenían listo el navío que habría de recoger a los valientes de la isla de la Gorgona. En esa carta, le recomendaban al capitán que "procurase llegar [con el navío]... a la *tierra de Tumbes que los indios decían*, pues llevaban a Bartolomé Ruiz en el navío por Piloto, que fue el mismo *que les prendió en la balsa*"⁸².

Otra referencia muy interesante y clara de Cieza sobre la "nacionalidad" de los balseros atrapados es la que sigue:

A la partida de Pizarro de la isla de la Gorgona hacia la tierra mentada del Sur, quedaron en la citada isla tres españoles (uno de los cuales iba a morir allí) con todos los indios de servicio, pero —aclara Cieza— "*los indios de Tumbes fueron dentro*, porque ya sabían hablar y convenía no ir sin ellos para tenellos por lenguas"⁸³.

Pero, de todas, la referencia sin duda más interesante que hace Cieza sobre los indios balseros, útil para determinar su verdadero origen, es la que cuenta la alegría que se posesionó de ellos cuando supieron que estaban *cerca de su tierra*. Al cabo de veinte días de navegación, los expedicionarios "reconocieron

una isla que estaba enfrente de Tumbes y cerca de la Puná, a la que pusieron por nombre *Santa Clara...*. Cieza recalca una vez más: “Los *indios de Tumbes* que venían en el navío” (y que eran los tomados en la balsa por el piloto Ruiz), “como vieron la isleta, reconocieronla y con alegría decían al capitán *cuán cerca estaban de su tierra*”⁸⁴. El islote de Santa Clara, en efecto, está a unos cuarenta kilómetros de Tumbes, al Norte directamente de este puerto. Este islote, en el que había un adoratorio con un ídolo femenino al que rendían culto los pueblos de la costa inmediata, comprendiendo los de la isla de Puná, dio a los expedicionarios, en el viaje del primer desembarco en Tumbes, una cierta cantidad de oro, plata y mantos finos, pero —insiste Cieza al hablar de los balseros cogidos por el piloto Ruiz— “los *indios de Tumbes*” dijeron que “no era nada aquello que habían hallado en la isla, para lo que había en los otros pueblos grandes de *su tierra*”.

Revisando cuidadosamente las fuentes, el historiador Del Busto ha echado luz, sin poder vencer completamente las tinieblas de la confusión y de las versiones encontradas, sobre los indios lenguas de la famosa balsa descubierta por el tantas veces citado Bartolomé Ruiz. Las conclusiones de Del Busto abonan la tesis de la *nacionalidad tumbesina* de los mozos cogidos en la embarcación, y sirven para afirmar: primero, la procedencia de Tumbes de la citada balsa y, segundo, el carácter incaico de la muestra mercantil que la balsa portaba para sus tratos.

Casi todos los indios lenguas de los españoles fueron *tomados de las balsas* que salían al paso de los buques de la expedición descubridora, y fueron llevados, tres de ellos, a España, en el viaje que realizó Pizarro en 1528 en procura de amparo de la Corona.

“Fue Francisquillo —dice Del Busto— *uno de los muchachos tallanes* capturados por el piloto Bartolomé Ruiz en la balsa de *mercaderes tumbesinos... Debía ser tumbesino* aprendiz de mercader o tripulante incipiente de balsas...”⁸⁵.

“Fernandillo fue *otro de los apresados en la balsa* por el piloto Bartolomé Ruiz...”.

“*Felipillo de Tumbes*, como su nombre lo indica, *era de esa ciudad...* Todos los documentos insisten en tal cuna pero los cronistas se esmeran en negarla, llevándonos a la confusión. Para Cieza era de la costa de Piura; Zárate lo hace aparecer en la desembocadura del Chira; Huamán Poma nos dirá que era *indio huancavilca*, es decir, de la boca del Guayas; Gutiérrez de Santa Clara, natural de la isla de Puná; y Gonzalo Fernández de Oviedo se librará de compromisos señalando que lo encontró Almagro en la costa de la Nueva Castilla... Por último, Gómara

lo traslada tierra adentro al nombrarlo *Felipillo de Poechos...*". Termina Del Busto: "Nuestra opinión... es que *Felipillo era de Tumbes...*"⁸⁶; y en su biografía de Pizarro, el mismo historiador agrega: "Este Felipillo... [fue] capturado por el piloto Bartolomé Ruiz en la *balsa tumbesina* y entregado al gobernador Pizarro". Pizarro "lo llevó consigo a España, conociendo entonces Sevilla, Toledo y Trujillo de Extremadura..."⁸⁷. Cieza, en cambio, lo coloca junto a Pizarro recién en el viaje de regreso de éste, de Sancta a Panamá. Pizarro —cuenta el autor de la *Tercera parte de la Crónica del Perú*— rogó a los principales... que le diese cada uno dellos un muchacho para que aprendiesen la lengua y supiesen hablar para cuando volviesen. *Diéronle un muchacho a quien llamaron Felipillo* y a otro pusieron Don Martín..."⁸⁸. Por la misma versión se inclina Prescott: en Tumbes, estando de regreso hacia Panamá y con la mente puesta ya en España, en procura de respaldo real, Pizarro pidió a los caciques le diesen muchachos para hacerlos lenguas. "Le permitieron que se llevase en su buque dos o tres peruanos con el fin de aprender el español. Uno de ellos, a quien los españoles llamaban Felipillo, hace un papel bastante importante en la historia de los futuros acontecimientos"⁸⁹.

La figura del intrigante y desleal Felipillo, controvertida en lo que toca a su cuna, no sirve plenamente, pues, para probar el *origen tumbesino* de la *balsa de los mercaderes* que halló el piloto Ruiz. Tratada por Del Busto, es una buena prueba, pero tratada por otros historiadores, igualmente avezados, deja de serlo.

En Cieza, en cambio, hay otra referencia sobre los indios apresados que sirve bien como prueba de que la tripulación de la *balsa* era de Tumbes y que admiraba la obra ordenadora de los Incas. Parece que los tales indios se relamían cuando hablaban del gran país del Sur, que lo pintaban como una tierra de maravilla y sumamente rica, y que lo conocían perfectamente, como sólo podían conocerlo quienes de la tierra descrita eran oriundos. Tras el episodio del Gallo, Pizarro escribió a sus socios de Panamá, explicándoles por qué quedaba en la Gorgona con sus trece valientes compañeros de aventura e indicándoles —he ahí lo interesante— "cuanto convenía que con brevedad le envasen navío *para descubrir la tierra que decían los indios que se tomaron en la balsa*"⁹⁰. Esa tierra de leyenda, abundante en oro, organizada sabiamente, con grandes riquezas, no podía ser otra que la que tenía por emperador al poderoso señor "Guainacaba", del que hablaban los indios de la *balsa*, y por capital, la sin par "Cusco", ciudad llena de templos y palacios, los palacios riquísimos y los templos cubiertos de planchas de oro, y de la cual también hacían mención los balseros.



Pescador con gorro y red cruzada sobre los
hombros. (*Nasca*. Procedencia: Río Grande,
departamento de Ica. Siglo IV de nuestra era.
Colección: Lorenzo Rosselló Truel. Lima.
Foto: Abraham Guillén).

En el mismo episodio de la isla del Gallo hay otra seña, narrada igualmente por Cieza, del deslumbramiento que produjo en los ávidos españoles el relato de los mercaderes de la balsa. En presencia de Juan Tafur, enviado del Gobernador de Panamá para recoger a la gente descontenta y antes de trazar en la arena, con su espada, la raya legendaria que decidiría la suerte de la empresa descubridora y la suerte del Perú, Pizarro dirigiéndose implorante a sus hombres, entre los que había valientes y quejosos, "les rogaba —cuenta el *Príncipe de los cronistas*—... le siguiesen para descubrir por camino de mar lo que hobiese, *pues los indios que tomó Bartolomé Ruiz decían tantas maravillas de la tierra adelante*"⁹¹. Esa *tierra de maravillas* era el Tahuantinsuyo, que los indios describían al detalle. Luego, lo *conocían*. Luego, *procedían de él*. Como navegantes al servicio del imperio, *procedían de Tumbes*.

Por lo demás, aquella balsa con la que se topó Bartolomé Ruiz no sería la única de Tumbes en la historia de aquel viaje preliminar por la conquista del Perú, que la Providencia había dispuesto saliese al encuentro de los extranjeros para alentarlos en su osada empresa. Cuenta una vez más el mismo Cieza que, navegando después de la recalada en la isla de Santa Clara, los expedicionarios "vieron venir por la mar *una balsa tan grande que parecía navío* y arribaron sobrella con la nao y tomáronla *con quince o veinte indios* que en ella venían vestidos con mantas, camisetas y en hábito de guerra; y después de un rato vieron *otras cuatro balsas con gente*. Preguntaron a los indios... que dónde iban y de dónde eran? Respondieron que *ellos eran de Tumbes*, que salían a dar guerra a los de Puná, que eran sus enemigos"⁹². De estas cinco balsas, ya no de comerciantes sino de guerreros, alistados para la lucha y en travesía en dirección al enemigo, se tomaron también rehenes para que bajaran en la próxima tierra, que debía ser Tumbes, y anunciaran la llegada de los expedicionarios y contaran lo que querían.

Así fue. Llegado el navío a Tumbes, que era una gran ciudad con espléndidos edificios y numerosa población bien organizada, bajaron jubilosos a tierra los indios tomados de las cinco balsas de Santa Clara y ellos contaron a su señor "cómo yendo por la mar habían encontrado con aquel navío, donde venían unos hombres blancos vestidos y que tenían grandes barbas; los cuales, *según les dijeron ciertos indios sus naturales que traían para intérpretes*, andaban a buscar tierras..."⁹³. Esos "ciertos indios sus naturales que traían para intérpretes" eran los *muchachos atrapados en la balsa de los comerciantes*, los cuales, a no dudar —por lo mismo que eran muy despiertos, como cuenta el mismo Cieza—, ya mascaban algo del idioma de los blancos. Oficiando de alguna manera de intérpretes, se habían enterado

COMERCIO MARITIMO

de los objetivos de la expedición, y lo que tenían, pronto lo transmitieron a los indios del grupo guerrero. Estos, cuanto oyeron a los muchachos de su raza respecto a los españoles, se lo contaron a su señor apenas tocaron tierra.

Lo curioso del caso es que los indios de la balsa de los comerciantes, que eran, por lo que sabemos, de Tumbes, no bajan a tierra a entrevistarse con las autoridades de la ciudad y servir en la función para la que estaban aleccionados. Se quedan en el buque y de ellos nadie se ocupa. Los que bajan son los indios de Santa Clara. ¿Por qué se calla a los primeros indios lenguas? ¿Por qué no cumplen, bajando a tierra, su misión de intérpretes, para la que están preparados? Extraña e inexplicablemente, cuando Alonso de Molina, con la compañía de un negro, baja a tierra a conocer la ciudad por orden de Pizarro, no puede hablar con los lugareños y tiene que comunicarse con ellos por medio de señas. Los intérpretes tomados de la balsa de los comerciantes, están en el buque y no bajan. ¿Teme el capitán que, llegados a su tierra —porque han dicho que *son tumbesinos* (según la versión incontrovertible de Cieza, cronista de los más fidedignos)—, se evadan, perdiéndose entre la población o volviendo a la casa de sus padres? Es posible. Más adelante sí bajan, en cambio. Cieza los hace aparecer en tierra, ayudando a los españoles en el oficio recién adquirido de intérpretes, en el capítulo 24 de su *Tercera parte de la Crónica del Perú*. Allí, los muchachos de la balsa de los mercaderes intervienen en el festín que la amable Capullana da en honor del austero y recatado capitán de la Conquista. En esa tierra se portaron con dominio y soltura, lo cual prueba que la conocían: más en abono de la tesis que los considera *tumbesinos*, y más que *tumbesinos*, naturales de los llanos marítimos sometidos ya al Imperio de los Incas.

EL COMERCIO DE LAS ESMERALDAS

Las esmeraldas —llamadas “en la lengua general *umiña*”⁹⁴—, por las que los pueblos del Perú tuvieron gran estima y los orfebres predilección para el adorno de las joyas, fueron *artículo de importación*. Parte por tierra, *parte por mar*, grandes cantidades de ellas llegaron al Perú y fueron destinadas a las andas reales, a los ídolos, a las diademas y a los vestidos de la nobleza. A este comercio, seguramente oficial, estuvieron dedicadas las balsas de Tumbes. Los funcionarios estatales que iban al Norte en estas balsas, las obtenían mediante cambio por vasos de oro, finos vasos de terracota bellamente decorados y, sobre todo, como sabemos por el testimonio de los cronistas, por mantos

y paños de la avanzadísima industria textil de los artesanos del imperio.

La tierra más abundante de ellas era “el Nuevo Reino de Granada”, donde las había grandes, perfectas y excelentes, de la mejor calidad. Aquella era, ciertamente, la *tierra de las esmeraldas*⁹⁵.

En procura de grandes ejemplares para contentamiento del Inca, iban las balsas hacia las costas de las actuales repúblicas de Ecuador y Colombia y allí cambiaban sus productos con los mercaderes locales. Todos los cronistas e historiadores de la época de la Conquista y de los años siguientes, abundan en referencias sobre estas apreciadísimas piedras, que eran de belleza deslumbrante. “Donde se ha hallado y hoy en día se halla más abundancia, es en el Nuevo Reino de Granada, y en el Pirú, cerca de *Manta* y *Puerto Viejo*...”, dice Acosta⁹⁶. Oviedo menciona también a Puerto Viejo, lugar excepcionalmente rico en esmeraldas, de las que se descubrió un riquísimo e inagotable depósito a raíz de un terremoto que derrumbó un cerro, dejando a la vista el filón. Las esmeraldas de esta mina eran las mejores y más valiosas, algunas de un tamaño nunca visto. Los incas tuvieron conocimiento de esta mina, y de quienes la explotaban obtuvieron los mejores ejemplares para sus vestidos y para los ídolos del Cusco. Señala Oviedo que el comercio incaico con la famosa mina se hizo durante muchos años por la vía de Tumbes, que era la estación de partida de las grandes flotas de balsas⁹⁷ que navegaban al Norte. Herrera, por su parte, pondera las esmeraldas de Manta, también elogiadas por Acosta. En el distrito de *Passao* —dice—, “está el pueblo de *Manta*, adonde han acudido grandes riquezas de la tierra adentro; y se tiene por cierto, que aquí hay minas de las esmeraldas, que *son las mejores de las Indias*...”⁹⁸. Vásquez de Espinoza se refiere a las perlas y a las esmeraldas de las costas de Manta e indica que el comercio por ambos tesoros de la naturaleza era muy intenso en el tiempo antiguo por la gran demanda de los orfebres del imperio. “Hay muchos *hostiales de perlas* —dice—, aunque se pesca muy poco por falta de gente y ser la mar en aquel parage frigidísima...”. En el interior del país —agrega— hay esmeraldas, provenientes de “minas muy ricas...”⁹⁹.

Ubicadas de la equinoccial hacia el Mediodía, o sea *en tierra ecuatorial* (“y solamente en aquel paraje”, como anota Zárate), las minas de esmeraldas tenían tan grande fama entre los indios y se habían tan extensamente popularizado por la leyenda de su riqueza que cuando llegaron los españoles, pronto, guiados por las habladurías, se echaron a buscarlas. Fue así cómo, en el viaje definitivo, después de una penosa marcha por tierra en la que “se destrozaban los pies hombres y caballos”, llegaron

los expedicionarios a *Coaque*, "lugar bien provisto y rico, donde se refrescaron asaz cumplidamente, y consiguieron mucho oro y *esmeraldas*, de las cuales rompieron algunas para ver si eran finas..."¹⁰⁰. De tan grandes, dudaban los españoles que fueran auténticas.

En algunos pueblos de la costa ecuatoriana, como en Manta, las esmeraldas habían ganado fama religiosa y convirtiéndose en objetos de culto. Lo dice Jijón y Caamaño: "... si las piedras preciosas eran objeto de estima y algunas quizá *conopas*..." en Manabí eran objetos de culto público... En Manta era ídolo principal una gran esmeralda, cuyo favor imploraban los que estaban enfermos, viniendo a su santuario desde lugares remotos..."¹⁰¹.

Los joyeros incas utilizaban diversas piedras preciosas para sus trabajos, contándose entre éstas, en lugar preferente, las ricas piedras verdes del Norte, las que llegaban por los medios comerciales. En esto no hacían excepción los peruanos porque "todos los pueblos civilizados de América consideraban la esmeralda como la piedra mas rara y preciosa"¹⁰².

El cronista Miguel de Estete cuenta que el inca Atahualpa, en Cajamarca, se presentó a los españoles "vestido muy ricamente con su corona en la cabeza" y llevando al cuello "un collar de esmeraldas grandes". Más adelante, cuando Pizarro y su ávida hueste llegaron al Cusco, no sólo cosecharon oro y plata sino también piedras preciosas y, entre éstas, muchas y finísimas esmeraldas, las que habían sido acumuladas allí, en los templos y en los palacios, tras muchos años de intenso comercio marítimo con las costas de Manabí y Esmeraldas.

Según el testimonio fidedigno de Cieza, el vestido del Inca era una maravilla de pedrería. Eran aquéllas, ropas "llenas de argentería y *desmeraldas* y *turquesas* y otras piedras preciosas de gran valor..."¹⁰³.

Pero, no solamente en el atuendo regio estaban las esmeraldas. Se las usaba también, como ya se dijo, en las andas imperiales y hasta en la arquitectura de los edificios más importantes. Esto último, que podría parecer una exageración, fue certificado por los *quipocamayos* a los cronistas de Vaca de Castro. "Topa Inga Yupangue... acabó la casa del sol [en el Cusco] —se lee en el *Discurso*— y guarneció las paredes de la Casa del Sol con chapería de oro y plata *con mucha pedrería de esmeraldas finas* y *turquesas* y otras cosas de grandes riquezas"¹⁰⁴.

Sinchi Roca —refiere el licenciado Fernando de Montesinos—, después de su gran victoria sobre los *andaguailas*, hizo su entrada triunfal al Cusco. Aquel fue un espectáculo grandioso, jamás visto hasta entonces en la capital del imperio. El emperador, con el rostro solemne, entró en andas de oro macizo, seguido de su enorme ejército. Todo era de un lujo indescriptible.

“Guarnecíanse los tirasoles y los palos de planchuelas de oro finísimo y *esmeraldas*...”¹⁰⁵. Tres siglos más tarde, otro inca iba a lucir igual o mayor esplendor en su ingreso victorioso al Cusco, y nuevamente las esmeraldas iban a brillar junto con los oros y las piedras preciosas. Reseña Gutiérrez de Santa Clara que después de sus triunfales campañas en el Norte, con las que terminó de dominar a las naciones inconformes de Quito, Huayna Cápac regresó al Cusco “y los principales indios de su corte lo llevaron en hombros en una litera muy rica, de oro y de *esmeraldas muy finas que estaban encajadas en el oro y en la madera de las andas*”¹⁰⁶.

LAS CONCHAS DE LOS MARES TROPICALES

Objetos mágicos de extraordinario valor fueron en todos los pueblos del antiguo Perú las *conchas coloradas* y otras muy vistosas propias de las aguas cálidas de los mares tropicales. El primero que las encontró en las tumbas, tanto de la Costa como de la Sierra, fue Uhle, quien, en base a los contextos funerarios y a las informaciones de los cronistas, las caracterizó como *ofrendas religiosas*.

Eran estimadísimas. Servían, como acaba de indicarse, en los oficios religiosos, y fuera de ello, en el adorno personal de las clases privilegiadas. De ellas se hacían cuentas para collares, y pedazos grandes, convenientemente unidos, formaban pulseras y otros adornos que llevaban las personas importantes en las grandes fiestas.

Según cuentan los cronistas, por ellas los indios sentían mayor aprecio que por el oro y la plata. En la conquista que el Capitán General Cápac Yupanqui, hermano del Inca Pachacútec —refiere Sarmiento de Gamboa—, hizo del reino de Chimo Cápac, aliado de Guzmango Cápac, rey de Cajamarca, obtuvo como botín de guerra en el reino Chimú “innumerables riquezas de oro y plata y otras cosas preciosas, como piedras preciosas y *conchas coloradas*, questos naturales entonces *estimaban más que la plata ni el oro*”¹⁰⁷.

La existencia en las tumbas de ofrendas de *conchas coloradas* prueba de una manera indubitable que desde muy antiguo, seguramente desde antes de la era cristiana, existía *un comercio estrecho y sistemático con los pueblos del Norte*. Este comercio se realizaba por mar y los navegantes eran, según las mejores presunciones, peruanos que iban hasta Centroamérica en sus balsas. No se descarta, desde luego, la posibilidad, sobre todo en los primeros tiempos, de un comercio por tierra con la par-

ticipación de grupos de ubicación intermedia en el largo recorrido entre México y el Perú.

Más que las esmeraldas, de las que se habló anteriormente, las conchas de los mares tropicales constituyen, pues, una buena prueba de ese comercio marítimo con regiones del *mundo exterior* del área andina. Horkheimer, justamente, la consideró como la principal: el intercambio comercial del Perú con Centroamérica —dijo— “está probado, primero, por la presencia de conchas (*Spondylus pictorum*) y caracoles (*Conus fergusonii* y otros) procedentes de la fauna centroamericana en muchos depósitos de la costa peruana, utilizados en la hechura de collares y artefactos con incrustación, por los *mochicas*, los *chimués* y otros...”; segundo, por la versión de la balsa de los *tumbesinos*, de la *Relación*, tantas veces mencionada, de Sámano-Xerez; y, tercero, por el fondo de verdad que seguramente debe contener la leyenda de *Naymlap*, relativa, como se explicó en el capítulo noveno, a la llegada de un reducido grupo de inmigrantes, por mar, en balsas, procedente del Norte, a las costas de *Lambayeque*.

Uhle, también, como iniciador de los estudios arqueológicos sistemáticos en el Perú, fue el primero que propuso una *antigüedad proto-chimú* de las ofrendas de conchas tropicales y de los objetos adornados con este material exótico, y el primero, igualmente, en llamar la atención sobre el uso de la concha *Spondylus*, con los mismos fines y según las mismas modalidades rituales, tanto en el Perú como en México y Centroamérica. “Las mismas *conchas coloradas* —dejó dicho— usadas en forma supersticiosa en el Perú desde el *periodo proto-chimú*, y en todos los tiempos oriundas de los mares americanos más calientes del septentrión, se encuentran como ofrendas en gran número, en ollas encontradas en los templos de *Copán*”¹⁰⁸.

Antes, en su estudio de 1909 sobre *La esfera de influencia del país de los Incas*, Uhle ya había dado cuenta del hallazgo, en grandes cantidades, de conchas tropicales pre-chimúes en el valle de *Trujillo*. La ubicación cronológica, sin embargo, de estos vestigios fue imprecisa: “Con el desarrollo y fin de la civilización *Ica-Nasca*, vemos un gran adelanto en las relaciones con el exterior. En este tiempo —el de los vasos pintados de carácter pre-chimú—, aparecen en las tumbas de *Trujillo*, junto con los vasos, las primeras piezas de *Spondylus*, labradas, y muchos pedazos de caracoles grandes, blancos, *Conus fergusonii*, como objetos de aprecio, labrados e incrustados con piedras para collares. Ambas especies: *Spondylus pictorum* y *Conus fergusonii*, productos de *mares tropicales*, no existen en los mares fríos de la costa del Perú, y por eso su presencia en las tumbas es prueba suficiente de relaciones remotas con mares y costas del Norte, donde

aquellos se encuentran. Hay criaderos de estos caracoles y conchas en los mares de la *Baja California* y en los de todas las costas del lado del Pacífico de Centroamérica..."¹⁰⁹.

Más exacto fue Uhle líneas adelante en ese mismo estudio: "*Hacia el fin del periodo de Nasca y principios del de Tiahuanaco*, ya se usaban tales conchas (las de origen tropical, *Spondylus* y *Conus fergusonii*) en el Perú para adornos y para ofrendas religiosas (cementeros de Nievería en el valle de Lima, sacrificios u ofrendas hallados en pozos funerarios en Huamachuco, etc.) en mayor cantidad y *vemos aumentar su número constantemente* en las tumbas antiguas del Perú hasta los tiempos de los Incas; *de lo cual se desprende que había un tráfico comercial de estos artículos*, y probablemente también de otros, *con las costas centroamericanas*, que iba constantemente en aumento y que no fue de un carácter meramente casual o transitorio".

De los resultados de su propia pesquisa arqueológica, dedujo, pues, Uhle: *primero*, que desde mucho antes de los Incas y, aun, desde antes de Tiahuanaco, los peruanos de la Costa realizaban viajes comerciales hasta las costas de Centroamérica, llegando eventualmente hasta Guatemala o el Tehuantepec, costas ya de Oaxaca. *Segundo*: que estos viajes, en balsas, se cumplían en forma regular y sistemática, no de manera casual o transitoria. *Tercero*: que desde el siglo VIII, aproximadamente, de nuestra era, por la mayor demanda de los productos centroamericanos que los comerciantes obtenían, el tráfico se intensificó, registrando hasta el comienzo de los Incas un aumento considerable, que luego con los Incas disminuyó. *Cuarto*: que este comercio de los peruanos con "el Norte", hasta los indicados parajes del hemisferio septentrional, se hacía principalmente para obtener *conchas coloradas y blancas*, a las que se daba muy diversas aplicaciones, como ya se dijo.

En forma sorprendente, y remontando la realidad de los hechos a una antigüedad no imaginada, los descubrimientos de Tello en Paracas, en 1925, pusieron en evidencia, entre otros muchos aspectos de trascendental importancia para la prehistoria del hombre, el ejercicio "de un activo comercio entre la Costa y la Montaña y de *un comercio marítimo con pueblos distantes, situados al Norte del Perú*, acreditado por la *presencia de collares de conchas propias de los mares tropicales* y extrañas a los mares de la Corriente de Humboldt...". Agrega Rebeca Carrión, de quien es la cita precedente, insistiendo en el aspecto básico que aquí interesa destacar: "*Por vía marítima*, los pueblos establecidos en la bahía de Paracas obtenían conchas *Spondylus* y conchas *Strombus*. La barca peruana abordada por Bartolomé Ruiz en el viaje que precedió al de la conquista del Perú, estaba car-

gada de conchas *Spondylus* que habían sido canjeadas por objetos manufacturados del Imperio de los Incas¹¹⁰. Más adelante, Rebeca Carrión subraya que de las excavaciones del año 25 en Paracas se obtuvieron, en material *Spondylus* y *Strombus*, algunas piezas grabadas con excepcional delicadeza, verdaderas obras de arte de "calidad extraordinaria".

Aunque Engel considera que "el *Spondylus pictorum* llegó tarde"¹¹¹, que "vino mucho después del Chavín" (y, quizá —propone insólitamente—, como "un elemento de trueque *llegado del Ecuador*"), los resultados de Paracas, revelados por el mismo Tello, Mejía, y Rebeca Carrión, llevan la antigüedad de las conchas tropicales en el Perú y, por ende, del *comercio marítimo* a períodos considerablemente lejanos, *anteriores a la era cristiana*. Esta ubicación cronológica crea problemas que no han sido resueltos por los expertos en navegación prehispánica ni en comercio marítimo. De todos modos, como dice Rebeca Carrión, la obtención de las exóticas conchas tropicales de significación mágica, debe haber dado origen a un comercio activo y regular *desde tiempos muy antiguos*, como lo prueban los muchos "amuletos, idolillos, collares y otros objetos confeccionados con estos moluscos marinos", que se sacan con abundancia de las tumbas¹¹². En otro de sus estudios, recalca la indudable gran antigüedad del tráfico; dice que las leyendas (como las consignadas por Cabello de Balboa y Anello Oliva), la mitología y la arqueología (ésta, sobre todo basada en los resultados de Paracas, que son definitivos) prueban "la existencia de un continuo comercio marítimo, *sostenido desde épocas antiguas*", portador de "materias primas exóticas al Perú, de origen marino y mineral, para su utilización principalmente en la manufactura de objetos del ritual religioso o funerario"¹¹³. En este tráfico, ejecutado por los pueblos de la costa Norte, intervenían en mayor o menor medida los grupos ecuatorianos y chibchas, desempeñándose a veces como colaboradores o abastecedores, a veces como intermediarios en las transacciones mismas¹¹⁴.

Tello, considerando —tras su búsqueda arqueológica por todo el territorio nacional, por Costa y Sierra y desde el Ecuador hasta la frontera con Chile— que en todas las culturas reconocidas, "*desde las más remotas y adelantadas hasta la última de los Incas*", el uso de las conchas de origen tropical (*Strombus galeatus* y *Spondylus pictorum*) se encuentra íntimamente asociado con las prácticas funerarias y los ritos religiosos, concluyó —dado que esas conchas eran de origen foráneo, de Centroamérica y la Baja California— que el arte de la navegación en los mares del Pacífico, debía de ser "*muy antiguo*". Las conchas *Spondylus* y *Strombus* —dijo— se hallan "*en las raíces mismas del arte y de la religión de los pueblos antiguos del Perú*". Como

son de moluscos —añadió— de los mares del Norte del Istmo o de las islas Galápagos, eran traídas de aquellos distantes lugares, con mayor seguridad de Centroamérica, por *comerciantes prehistóricos* que practicaban desde tiempo inmemorial un activo tráfico sistemático¹¹⁵.

No obstante sus afirmaciones, Tello fue vago en la determinación cronológica de los comienzos del comercio al Norte en procura de las *conchas coloradas*. A esta vaguedad, en cambio, enfrentó Larco una posición precisa (dentro de lo que puede ser preciso en la amplitud de los períodos arqueológicos). Señaló, concreta y específicamente, el uso del *estrombo*, como instrumento de viento a manera de trompeta, y de la *concha de puntas* o *Spondylus*, por los mochicas, y agregó que, siendo tanto la *concha de puntas* como el *estrombo* originarios de las costas centroamericanas, en el Perú deben ser considerados necesariamente como "*producto de intercambio*"¹¹⁶. En consecuencia, hubo desde los tiempos mochicas un comercio marítimo con las costas de Centroamérica, que trajo de allá para uso aquí, las afamadas conchas de aquellos mares tropicales, las que gozaban de singularísima estima. Los alfareros mochicas, también, pintaban en sus vasos globulares de asa-estribo, bicromos, cazadores o guerreros tocando el *estrombo*, que era la trompeta, y reproducían escultóricamente el mismo caracol gigante¹¹⁷. Este comercio se incrementó con el tiempo, siguiendo el ritmo de la mayor demanda, y alcanzó probablemente su apogeo con el florecimiento de la confederación Chimú, en la costa Norte. Se mantuvo, quizá con algún declive, durante los Incas, hasta la llegada de los españoles. Bartolomé Ruiz, como tantas veces se ha dicho, tuvo el privilegio de ver la que puede considerarse como la *última balsa* de ese comercio, que ya en las finales, bajo control estatal, llevaba mercadería incaica para obtener, por la vía del cambio, como desde la edad mochica o desde antes, las apreciadas *conchas coloradas*, que servían para los ritos religiosos y funerarios, dado su valor mágico, y colmaban el afán de lujo de los amos de aquella sociedad.

Los recientes trabajos de la Misión Arqueológica de la Universidad de San Marcos en Chavín, bajo la dirección de Luis Guillermo Lumbreras y Hernán Amat, han replanteado el problema de la antigüedad del *Strombus* en el Perú. Ya Tello, en 1938, había tratado del *Strombus Chavín*, por consiguiente anterior a la era cristiana. Lumbreras y Amat han encontrado en la fase que llaman *Ofrendas*, en las mismas ruinas del templo de Chavín de Huantar, un vaso negro, pulido, que por decoración lleva toda la superficie cubierta de representaciones pequeñas, en relieve, del citado caracol, lo que indica que ya había entrado a la religión y a la temática del arte alfarero. La pre-

sencia del *Strombus* en tan lejana época, varios siglos antes de la era cristiana —como se especifica en el capítulo décimocuarto— ahonda el problema de los contactos de los pueblos del Perú con las costas centroamericanas, de donde procedían tales ejemplares de la fauna marina malacológica.

REFERENCIAS DE LOS INDIOS SOBRE EL IMPERIO

Deben considerarse, también, como prueba del movimiento comercial de balsas a lo largo de la costa occidental de Sudamérica, entre el Perú y Centroamérica o, por lo menos, entre el Perú y la región del Chocó, en Colombia, las numerosas referencias que los indios del Darién y del Istmo revelaron ante los españoles tener del Imperio de los Incas —las cuales, oídas y aprovechadas por los recién llegados, sirvieron de acicate para la empresa de la conquista— e, igualmente, las noticias que, según se dice, llegaron a conocimiento del Inca sobre el merodeo de extranjeros en las costas del Pacífico. Unas y otras se habrían propagado por intermedio de los comerciantes que operaban a lo largo de las rutas ya descritas.

Prescott sostiene que los traficantes marítimos que utilizaban las embarcaciones del tipo de la que abordó Bartolomé Ruiz, habían llevado al istmo de Panamá y a Centroamérica, desde tiempo atrás, la noticia de la existencia del fabuloso Imperio de los Incas¹¹⁸. Fue así cómo, en 1511, Vasco Núñez de Balboa tuvo “la primera noticia clara de la existencia del Perú”, de boca de un joven cacique de Darién. Después, en 1513, el mismo Núñez de Balboa, a poco del descubrimiento de la Mar del Sur (u Océano Pacífico), recogió en la costa occidental “noticias más explícitas del imperio peruano, oyó referir pormenores de su civilización y se le enseñaron dibujos de llamas...”¹¹⁹.

En dirección inversa, parece también que noticias de los españoles llegaron al Perú cuando gobernaba el gran Huayna Cápac, y que estas noticias, verdaderamente alarmantes, movieron al Inca a los peores temores. “La primera llegada de los blancos a las costas del Pacífico en la América del Sur —dice Prescott— ocurrió unos diez años antes de la muerte de Huayna Cápac, cuando Balboa atravesó el golfo de San Miguel y obtuvo la primera noticia inteligible del Imperio de los Incas... No hay duda... que el monarca... tuvo noticias de la primera expedición a las órdenes de Pizarro y Almagro, cuando éste último penetró hasta el río San Juan...”¹²⁰. Agrega el ilustre historiador que Huayna Cápac desde ese momento vivió presa de angustiosas preocupaciones. Varios signos de mal agüero se juntaron para hacerle más grave la situación, predisponiendo el ánimo del soberano y

de sus súbditos al desastre que, en verdad, se avecinaba: cruzó los cielos un "cometa de siniestra luz", la tierra fue varias veces sacudida por terremotos, se desataron epidemias, un círculo como de fuego apareció en torno a la luna, color de sangre, flageló los ámbitos el rayo destructor y una tarde de cielo tenebroso cayó en medio de la plaza del Cusco, ante los señores congregados en una fiesta solemne, un águila despedazada por los picotazos feroces de los halcones. Aquella muerte agorera del águila hizo temblar al Inca y a los señores orejones.

Sólo por la *ruta de las balsas* podían correr con celeridad estas noticias: unas del Perú hacia el Norte, con sus tonos deslumbrantes; otras, del Norte al Perú, llenas de amenaza.

Pascual de Andagoya (1498-1548), en su *Relación*, escrita en 1540 (según Means), cuenta lo siguiente, que viene a confirmarlo, con fundamento, supuesto por Prescott: "De San Miguel, pasé a visitar una provincia que se decía *Chochama*... Aquí supe que *por la mar venía cierta gente en canoas a hacerles guerra todas las lunas llenas*". Prosigue: "En esta provincia [de San Juan, cincuenta leguas al Sur de Panamá], supe y hube relación así de los señores como de los *mercaderes* e intérpretes que ellos tenían, *de toda la costa de todo lo que después se ha visto hasta el Cusco... porque éstos alcanzaban por vía de mercadería mucha tierra*"¹²¹. Porras comenta esta versión de Andagoya y le da crédito: "Desde 1522 surge en Panamá la inquietud por conocer las tierras situadas hacia el Levante. Los indios hablan constantemente de países opulentos situados hacia el Sur. El jovenzuelo *Panquiac*, hijo del cacique de Comagre, había revelado a Vasco Núñez de Balboa la existencia de un reino fabuloso. Andagoya debió recibir una revelación semejante del cacique de Chochama"¹²². Andagoya recorrió el año dicho de 1522, cincuenta leguas del litoral colombiano, hasta San Juan. "La región descubierta por Andagoya era selvática e impenetrable, pero Andagoya sostiene que sujetó a siete caciques a los Reyes de Castilla y que *los indios comerciantes y navegantes le dieron noticias exactas del Imperio de los Incas y del Cusco*".

Garcilaso refiere que Huayna Cápac, años antes de su muerte, que ocurrió en 1523, tuvo noticias de la llegada de un navío extraño a las costas situadas más allá de los límites del Imperio. Conjetura Garcilaso que éste debió ser el buque de Vasco Núñez de Balboa. La noticia llegó a conocimiento del Inca, fuera de duda, por los comerciantes de las balsas, ya que las costas más allá de los límites del Imperio eran intransitables¹²³.

En Montesinos hay una referencia parecida sobre la llegada de los buques españoles. "Estaba en Quito Guainacaba, cuando le llegó la nueva que por la mar habían llegado unas casas muy grandes, y que de ellas salían unos hombres barbados, y que

COMERCIO MARITIMO

llevaban en las manos unas cosas que resplandecían como el sol; eran las espadas y por ellas merecieron el nombre de Hijos del Sol. El Inga —termina Montesinos— se estremeció con esta nueva...¹²⁴.

En su estudio sobre la navegación aborígen entre Centro y Sudamérica, R.C. West recuerda que en una carta del contador Rodrigo de Albornoz se habla de *expediciones regulares entre las dos Américas*. Cree encontrar en esa referencia la prueba definitiva de la existencia de un movimiento comercial permanente entre el Perú y las costas del Norte¹²⁵.

En suma: por los testimonios históricos, por el fondo significativo de algunas leyendas, por los datos que los españoles obtuvieron en el Istmo de la existencia del Imperio de los Incas y, sobre todo, por los resultados de la investigación arqueológica, *el comercio marítimo entre el Perú y las costas del Norte* (Ecuador, el Chocó, Panamá, Nicoya, el Tehuantepec y, quizá Oaxaca, en México) *debe ser tenido como un hecho fuera de cuestión*. En cambio, no hay seguridad en lo tocante a la remota antigüedad de este movimiento; remota, sí, pero imprecisa, con indicios alrededor de los comienzos de la era cristiana. (Aunque el *Strombus Chavín* agrava el problema).

Este movimiento comercial, por parte de los indios, cesó con la llegada de los españoles, pero la tradición se mantuvo, y ya al servicio de las autoridades virreinales o de los empresarios de la época, vieron con frecuencia navegar grandes balsas hasta Panamá, portando mercadería para las transacciones de Portobelo.

COMERCIO DE CABOTAJE

En *La esfera de influencia del país de los Incas* —uno de sus primeros artículos medulares (1909)—, Uhle sostiene que el Perú, *desde mucho antes de los Incas*, fue escenario de *intensos movimientos comerciales*, con vías activas de comunicación. A partir de determinado momento, este movimiento comercial *se extendió fuera del perímetro propio de la cultura peruana o andina*.

Por consiguiente, hubo en el Perú:

a) Un comercio *a lo largo de la Costa*, parte por tierra, *parte por mar*, éste en medida a no dudar considerable, principalmente para el transporte del *guano* de las islas. Las embarcaciones hacían travesías de varios días, en ocasiones de semanas, sin bajar a tierra para reaprovisionarse, como lo prueba el hecho, destacado en el capítulo anterior, sobre la navegación, de que las *balsas de totora de doble cubierta* llevaban tinajas de agua y alimentos.

Pescador con los emblemas del oficio. Un ancho protector facial que se prolonga del gorro en forma de casco, parece dejar al descubierto sólo la nariz y los ojos. El medio marino también tiene sus emblemas. (*Nasca* del periodo clásico, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Pedro Rojas Ponce).



b) Un activo comercio, muy antiguo, *entre la Costa y la Selva*, a través de la cordillera, comprendiendo a ésta a veces, otras no (pasándola simplemente).

c) Un comercio *entre la Sierra y la Costa*, muy intenso en todo tiempo, que parece manifestarse, por el testimonio de algunos cueros trabajados, desde los albores del hombre en la Costa, en sus antecedentes primordiales de Chilca y Paracas.

d) Un comercio *interáreas* o *interregional* (forma de *comercio exterior* que hoy se llama *internacional*): entre el Perú y el Chocó, en Colombia, y Centroamérica y, presumiblemente, México, *por la vía del mar*. De este comercio externo ya se ha tratado en las páginas anteriores, demostrándose su existencia con el respaldo de varias pruebas¹²⁶.

Desde Chile, pues (comienzos de este siglo), y a la luz de la moderna investigación, la existencia del *comercio de cabotaje* (entendiendo por tal el que se realiza con embarcaciones pequeñas y siempre a la vista de la costa), *en balsas veleras*, es un *hecho*.

Estrictamente, el comercio exterior de los peruanos antiguos fue de cabotaje porque los navegantes de aquella época carecían de los instrumentos apropiados para tomar rumbo en alta mar. La visión de la costa, con el perfil de ésta perfectamente conocido, era indispensable para el arribo a un lugar distante. Excepcionalmente se hicieron viajes de alta mar, frente a Tumbes sobre todo, en expediciones comerciales y de guerra. Uhle propone, incluso, que algunas balsas oceánicas se atrevieron a cruzar directamente el gran golfo que forman la costa de Colombia y Centroamérica. Además, no hay que olvidar las travesías con carácter de aventura, como la famosa que se relata en el capítulo décimosexto.

Hubo, por lo tanto, entonces, un *comercio de cabotaje entre los valles de la Costa*, que podría llamarse de *cabotaje menor*, entre otros productos para el guano principalmente, y un *comercio de cabotaje exterior*, o *mayor*, entre la costa peruana y la de los distantes países centroamericanos.

Edwards considera probable que este mismo sistema de *navegación costera*, a larga distancia, se mantuviera por mucho tiempo, establecidos ya los españoles en América. "En los primeros tiempos coloniales —dice—, el área comercial de las balsas veleras se extendía del Callao a Panamá"¹²⁷. Temeroso de exagerar las virtudes marineras de los antiguos peruanos, Edwards agrega a renglón seguido: "No sabemos hasta qué grado este comercio, probablemente controlado por los españoles pero llevado a cabo por los indios, refleja el patrón original". Mas, si no hay seguridad en el grado, sí hay seguridad en el hecho mismo: el comercio hasta Panamá de los años coloniales, con balsas vele-

ras, no fue sino prolongación del comercio que ya los indios practicaban desde mucho antes del arribo de los europeos.

Las balsas en el tiempo antiguo se paseaban, gallardas y seguras, frente a la costa peruana, llevando o trayendo, según los puntos de partida, diversos productos, ora de primera necesidad (alimentos), ora vitales para el desarrollo de la agricultura (guano), ora suntuarios o superfluos pero estimadísimos para los ritos religiosos y funerarios (conchas, piedras preciosas, perlas, etc.). Refiriéndose a las balsas "cómodas, grandes, bien construidas... con amplias velas cuadradas" de los indios de la época de la Conquista, Jiménez de la Espada dice que "con ellas los indios hacían un *verdadero cabotaje* desde Esmeraldas o Caraqués, *por lo menos*, hasta Tumbes y la Puná, y casi seguramente hasta Trujillo y quizá más arriba (o hasta latitud más alta)"¹²⁸.

Riva Agüero consigna el siguiente dato que prueba que las balsas de la costa Norte, del golfo de Guayaquil, en operaciones de comercio de cabotaje, llegaban con frecuencia a la costa central, hasta Pachacámac por ejemplo. Huayna Cápac —refiere—, puesto en campaña por los llanos marítimos hacia el Norte para aplastar, como lo hizo, la rebelión de los *huancavilcas* y *punáes*, hizo alto en el valle del Rímac, para interrogar al ídolo, que fama grandísima tenía, tanta como la del ídolo de Lurín. En esa ocasión —dice Riva Agüero, siguiendo a Murúa—, el Inca "exhumó y despojó una huaca que... era sepulcro de un *antiguo jefe marítimo, venido de la isla de la Puná*". Fue un acto de castigo simbólico contra los rebeldes y traidores indios de aquella isla del golfo de Guayaquil¹²⁹.

En general, los pueblos del Perú antiguo no vivieron aislados, aunque las agrupaciones fueron comúnmente, en lo económico, *autosuficientes*. La relación comercial se dio en todos los casos, en unos intensa, en otros ligera. "Todo prueba —dice Tello, tan dado siempre a destacar el autoctonismo y a rodear de una impenetrable muralla de aislamiento a la cultura peruana—, todo prueba la existencia de un viejo y activo comercio *interior* y *exterior* de materias primas utilizadas en el arte y en las industrias. Son elocuentes testimonios de estas interdependencias regionales los restos de caminos de penetración de la Costa a la Montaña... Lo son, igualmente, los datos históricos y las referencias aportadas por los conquistadores españoles acerca del *comercio marítimo* incaico sostenido con las naciones y tribus situadas a lo largo de la Costa del Pacífico hasta las Islas de las Perlas"¹³⁰.

Con alguna prudencia considera Baudin la situación comercial en la época de los Incas, y pone los caminos encima de las rutas marítimas, pero reconoce la existencia de éstas y les se-

ñala un rol en el sistema de comunicaciones del vasto Tahuantinsuyo. "Por secundaria que fuese... la *ruta marítima* —dice—, tuvo, sin embargo, cierta influencia sobre el desarrollo económico del Imperio de los Incas...". Y agrega: "En esto, los indios realizaron prodigios con medios sumamente primitivos"¹³¹.

El *comercio de cabotaje* con *balsas veleras*, como ya se dijo, operando desde el Norte, extendió sus rutas hasta la costa central, llegando a Ancón, Lima, Lurín (Pachacámac) y, para la conducción del guano, hasta las islas de Chíncha, muy ricas en ese fertilizante. Por las ventajas que ofrecía sobre la terrestre, la vía marítima fue utilizada en el intercambio de productos y en el transporte de los pesados embarques de guano.

Las relaciones mercantiles marítimas entre los pueblos del Norte y el Centro, por si se dudara de ellas, están probadas por la gran cantidad de objetos positivamente de origen Chimú que se encuentran en las tumbas de Ancón, especialmente en las tumbas que Tello, primero, y Rebeca Carrión, su discípula, después, llamaron de la Segunda Epoca (Huaura) o Epoca Intermedia, anterior a la fase Chancay. La relación fue tan frecuente que los chimúes dieron a las gentes de Ancón hasta sus creencias religiosas. Así, en Ancón hay una divinidad femenina semejante a otra del Norte, la cual, representada por figurillas de terracota, presidía los *actos relacionados con el mar*.

Primero con embarcaciones de totora, grandes, de dos cubiertas (época mochica) y, después, con balsas de troncos impulsadas por velas cuadradas, la comunicación por mar fue a veces preferida a la comunicación por tierra, la que tropezaba con el estorbo de los desiertos.

Chimú dio a Ancón, además de las creencias religiosas, incrustaciones en madera de *conchaperla* y conchas rojas de origen tropical (*Spondylus*) para hacer collares y pulseras¹³². Francisco Iriarte tiene registrada la presencia del *Spondylus* en numerosas tumbas que excavó en los cementerios de la bahía, de los períodos Teatino, Collahua-Huaura, Huaura puro e Inca. Las muestras consisten en cuentas de collar (algunas discoidales), valvas completas o partidas (de "tamaño gigante" en las tumbas inca) y representaciones en terracota del mismo bivalvo, "de base plana y gollete globular"¹³³.

El testimonio de las pictografías¹³⁴ es suficientemente claro para sostener —como tantas veces se ha dicho— que la navegación con fines comerciales a lo largo de la costa —entre el Norte, por ejemplo, y las islas de Chíncha, proveedoras de *guano*— se remonta a la *edad mochica*, la que se ubica a la mitad del primer milenio de la era cristiana. Naturalmente, el tráfico se incrementó en la Epoca de las Confederaciones al aumentar la población y hacerse paralelamente mayores las necesidades de

los grupos. También una razón importante para el incremento del tráfico fue el desarrollo de la agricultura, que demandó crecientes cantidades del poderoso fertilizante de las islas. Puede afirmarse, por consiguiente, que, por lo menos durante mil años, el comercio costanero con balsas —ora con balsas de totora, ora con balsas de troncos, aquéllas mochicas, éstas chimúes— se mantuvo con regularidad hasta la época de los Incas. Desde los mochicas, la extracción del guano de las islas fue una de las razones del movimiento de barcas a lo largo de la costa. Después, con los Incas, la extracción se reguló de acuerdo a leyes de sabia inspiración, y quedó establecido un sistema de abastecimiento, que era delito grave transgredirlo, de lo cual se hablará en el subsiguiente capítulo.

La inhospitalidad de los desiertos costeros y el predominio de la arena sobre la poca tierra feraz de los valles, fueron razones bastantes que impulsaron a los hombres de la era prehistórica —hombres pertenecientes a una sociedad que carecía de animales de tiro y de carros para el transporte— a recurrir al mar para alcanzar sus contactos de valle a valle y sus comunicaciones con fines diversos. Este acercamiento al mar se vio favorecido, de otro lado, por la tranquilidad de las aguas, la suave bondad de las playas y el atractivo, al par que la riqueza, de las islas, todas, o casi todas, cercanas, tendidas a la vista de tierra. “Era el océano —dice Urteaga— un camino fácil para las correrías. El indio del litoral salvaba los espacios, los desiertos de la costa árida, atravesando en sus *caballitos de totora* las más grandes distancias; y así, seguramente, estableció sus *relaciones comerciales*. El mar fue, como hasta hoy, el camino fácil y cómodo que unió los valles y relacionó a los pobladores del litoral...”. Además —agrega el autor citado—, “sobre impresionar su imaginación con los fenómenos que ofrece y con los seres que encierra [el mar] le prestaba [al indio] alimento y lo salvaba del hambre, cuando la ingratitude de la tierra no le ofrecía copiosas cosechas”¹³⁵. Urteaga saca consecuencias: “El mar fue, por eso, elemento que provocó su admiración y su reconocimiento. Lo supuso un ser superior e invisible, y lo representó con un símbolo que ofrecía los atributos característicos del elemento líquido”.

FACTORES QUE RESTRINGIERON EL COMERCIO DE CABOTAJE

Pero, si la geografía alentó al hombre hacia el mar —costa inhóspita, por un lado, sin recursos, sin agua, con dilatadas extensiones de arena y temperaturas abrasadoras durante el día;

por otro, un mar apacible, con anchas playas, generoso, rara vez turbado por el desenfreno y siempre navegable por embarcaciones sencillas—; si la geografía, repetimos, alentó al hombre hacia el mar y lo hizo pescador y marinero, y a la postre, por la experiencia acumulada, buen navegante, este aliento no fue total porque se dieron en el mismo escenario, como contraparte del cuadro descrito, circunstancias geográficas adversas, Por estas circunstancias geográficas adversas *no alcanzó el comercio de cabotaje todo el desarrollo que pudo haber alcanzado.*

Es necesario ante todo tener en cuenta, como una circunstancia adversa, no geográfica sino general, el tipo de economía que regía en los valles costeros, tipo de economía que los hacía prácticamente *autosuficientes*. Sobre esto ya algo se dijo y se abundará más adelante. Pero desde ahora es conveniente hacer la salvedad que, *si los valles tendían a la autosuficiencia o llegaron completamente a ella, nunca vivieron, entre sí, aislados.* La comunicación comercial, social o de otro tipo (también la discola y sangrienta de la guerra) siempre se dio, lo cual es un hecho de la mayor importancia, que no debe omitirse.

Los pueblos costeros —hemos de decir, siguiendo, como ya lo hicimos en el capítulo anterior, a Braudel—, instalados a lo largo de la faja semidesértica cisandina, faja difícil de recorrer por el desamparo que la domina, faja sin recursos, sin agua, sin sombra, caldeada en el verano por el sol inclemente, *pu-dieron tener en el mar, en la mayor medida, la gran vía de enlace que los comunicara*, pero, si se dieron algunos factores ventajosos, no dejaron de incidir otros negativos, y del balance final, primando a veces unos, primando a veces los otros, resultó el movimiento de cabotaje que ya conocemos: un movimiento importante, eventualmente intenso, con flotas a su servicio a no dudar numerosas a cargo de conductores experimentados, que portaba productos del Norte al Centro y viceversa, que llevaba el *guano* de las islas a los valles necesitados, que repartía según la demanda artículos de lujo como piedras preciosas y conchas coloradas; un movimiento, finalmente, que se mantuvo, dando muestras de singular actividad, por mucho tiempo, por siglos, pero que, contra las opiniones más optimistas, nunca llegó al nivel que pudo haber escalado; restringido, por consiguiente.

En primer lugar faltaron en casi toda la Costa, excepto en el Norte, los materiales que habrían permitido o impulsado la construcción de buenas embarcaciones. En segundo lugar, las islas, marcando un cordón paralelo a la Costa, a escasa distancia de ella y muy distanciadas unas de otras, *no formaron una cadena de comunicación longitudinal*, que habría sido altamente beneficiosa para el incremento del cabotaje. Por eso, la na-

vegación *no fue de isla a isla* sino principalmente *de isla a continente*. Incluso, ya con los Incas, según refiere Garcilaso, se aplicó estrictamente un sistema de reparto del guano por el cual sólo podían tener acceso a las islas del ancho frente marítimo del Tahuantinsuyo, *los pueblos de la vecindad costeña*, lo que restringió considerablemente el movimiento de balsas de un extremo a otro de la Costa, como había ocurrido en la época del apogeo de los mochicas. Se prohibió en forma terminante que los pueblos de un valle aprovecharan del fertilizante acumulado en una isla no fronterera o próxima.

En tercer lugar —y pasando a otro orden de consideraciones— *faltó la interdependencia económica de los valles*, ya que sabemos que casi todas las comarcas habitadas de la Costa tuvieron una producción similar, basada en los mismos cultivos. Recién la diversificación productiva de los valles de la Costa se produjo con los españoles a partir del siglo XVI, cuando éstos trajeron plantas industriales y alimenticias europeas que requerían especiales condiciones de clima, humedad y suelo.

VALLES AUTOSUFICIENTES PERO NO AISLADOS

Ante la tesis de un comercio de cabotaje no intenso pero sí *regularmente desarrollado*, con tráfico del Norte al centro de la costa y movimiento frecuente de balsas con diversidad de productos —desde *guano* para los valles gastados hasta conchas coloradas, perlas y esmeraldas para la frivolidad del adorno o los usos religiosos y funerarios—, Horkheimer sostuvo que el tráfico a lo largo de la Costa, por la vía marítima, “no debió haber sido muy intenso, pues *todos los valles producían más o menos lo mismo*, lo que excluyó la necesidad de un fuerte intercambio...”. Incluso, para el caso de los reinos locales y las confederaciones, Horkheimer destacó, en respaldo de su opinión, que “no existió un régimen político que hubiese dominado más de uno o dos valles...”¹³⁶.

El urbanista Hardoy, argentino, que ha estudiado los pueblos prehispánicos del Perú con singular perspicacia, parece por momentos inclinarse también por la idea de la *autosuficiencia* o de la *independencia económica*. Hasta en la época de las *confederaciones* (como la Chimú) —dice—, la costa Norte tenía una administración centralizada en lo político, *pero cada valle gozaba de cierta autonomía*. “Además, cada valle debe haber sido —recalca— *autosuficiente en materia de alimentación*”. Mas, no descarta una posibilidad: “...en casos de emergencia se transportaba comida de un valle a otro”¹³⁷. Por lo demás, admite el comercio en balsas.

Por consiguiente, una corriente de opinión afirma, contra lo expuesto líneas atrás, que en el Perú prehispánico no existió un verdadero comercio de cabotaje; y que no existió por la sencilla pero terminante razón de que los valles eran autárquicos, es decir, se valían por sí mismos, cubrían plenamente sus necesidades. Dentro de tal autarquía local, el comercio no tenía por qué existir.

Esta tesis —que, a la luz de las pruebas anteriormente expuestas, resulta insostenible, pues se ha visto que *el comercio de cabotaje existió regularmente desarrollado* y sirvió a todos los pueblos de la Costa a pesar de los *factores adversos de restricción*—, esta tesis, decimos, requiere, en cuanto habla de *autosuficiencia*, de una aclaración.

Atrás se dijo que si los valles de la Costa tendían en su organización económica a la autosuficiencia, o algunos de ellos, por la amplitud de sus tierras bajo cultivo y la abundancia y variedad de su producción, alguna vez llegaron completamente a ella y fueron autárquicos, en cambio *nunca vivieron, entre sí, aislados*.

Las valles de la Costa, independientes políticamente o agrupados en confederaciones, se autoabastecieron, es cierto, pero mantuvieron entre sí muchas veces estrechas relaciones, siempre continuos contactos. No solamente se conocieron, lo cual sería decir muy poco; por razones ajenas a la economía (por ejemplo, religiosas o de ayuda mutua) se enlazaron. Y ello en parte muy importante se logró por el movimiento de embarcaciones a lo largo del litoral, o por los intereses bilaterales surgidos del tráfico.

Gordon Childe, en una de sus más difundidas obras¹³⁸, aborda en forma magistral el caso de los *pueblos autosuficientes pero relacionados*. “La autosuficiencia económica —dice— no significa necesariamente el aislamiento. Las variaciones... en la simple economía productora de alimentos, la práctica simultánea de diversos métodos para obtener la subsistencia, por grupos diferentes, *obligan a las distintas comunidades a entrar en contacto recíproco*”. En otra parte expone: “...el posible aislamiento nunca se efectuó realmente —en rigor, la completa autosuficiencia económica tal vez no se ha logrado en ninguna parte—. Por todas partes el arqueólogo encuentra *testimonios del comercio entre grupos adyacentes*, intercambiándose objetos” (conchas tropicales, acotamos). “Esto puede ser resultado de contactos accidentales entre pastores y cazadores, de visitas formales, de la práctica de buscar mujer fuera de la propia población (exogamia) y de otros contactos semejantes. Ello puede conducir a una especie de *comercio irregular*, por medio del cual los objetos podían recorrer grandes distancias...”¹³⁹.

Gordon Childe cita varios casos ejemplares: el de las *conchas funerarias* procedentes del Mediterráneo y del Mar Rojo halladas en tumbas del Egipto Medio; el de los brazaletes hechos de la concha de un mejillón mediterráneo en tumbas neolíticas de Bohemia y Sur de Alemania (el *Spondylus gaederopi*); y así otros.

La idea esencial del eminente prehistoriador australiano, que se resume diciendo que *la autosuficiencia no significa aislamiento* (con casos asombrosos de pueblos considerablemente apartados entre sí pero que mantuvieron relaciones y practicaron, por elementales formas de comercio, intercambios materiales y de ideas), tiene completa aplicación en el Perú, donde las *conchas tropicales* testifican de modo irrefutable la existencia de relaciones comerciales, no esporádicas sino regulares, durante mucho tiempo (desde, por lo menos, el primer milenio antes de Cristo), *entre peruanos y centroamericanos*. Esto, por un lado; por el lado del comercio que podríamos llamar *internacional*: Perú-Centroamérica y Perú-México. Por otro lado, la idea se aplica también en el campo propiamente *nacional*, por así llamarlo: los pueblos establecidos en los valles de la Costa, aunque de *economía autosuficiente*, mantuvieron relaciones regulares y frecuentes, parte por tierra, como se ha dicho, *parte por mar*, y el ejercicio de estas últimas determinó el desarrollo del comercio de cabotaje, que se testifica igualmente por una serie muy grande de elementos, tanto materiales como ideológicos.

Pero, hay que convenir con Gordon Childe que los contactos mencionados tuvieron siempre, aquí, en el Perú, o en otras partes, más un valor *cultural* o *general*, atañero al progreso o desarrollo de los grupos participantes, que un valor económico o estrictamente comercial. Llega a afirmar Gordon Childe que, en muchos casos, este comercio "no formó parte integrante de la vida económica de la comunidad". En casi todos los casos que registra la arqueología, tanto del Viejo Mundo como de América, *el tráfico se refiere a artículos suntuarios*, meras piezas para satisfacer el deseo de lujo, "en modo alguno esenciales [para la vida del grupo]". Así, los mercaderes de la costa occidental de Sudamérica traían principalmente de los mares calientes del Norte las citadas *conchas coloradas*, las cuales *sólo tenían aplicación en el ritual religioso y como ofrendas funerarias*, y nunca especies comestibles o cosas esenciales para la vida económica del grupo comprometido.

Pero, el *valor cultural* de ese comercio fue básico, tanto que explica aspectos del desarrollo de los grupos conectados. Dice Gordon Childe: este "intercambio... fue de vital importancia para el progreso [de los grupos o sociedades]...; fueron conductos por los cuales las ideas de una sociedad pudieron llegar a

otras; por los cuales se pudieron comparar los materiales extranjeros, por los cuales se pudo difundir, de hecho, la cultura...”.

De las ideas expuestas se puede arribar a la siguiente conclusión: durante el período *Clásico* de la cultura antigua peruana, que comienza con nuestra era y se extiende aproximadamente, incluyendo sus fases decadentes, hasta los siglos VIII y IX, aparece el *comercio entre los valles de la Costa* (afirmación que prescinde de las formas preliminares, muy antiguas), tanto por la vía terrestre como por la *marítima*. Esta tuvo, relativamente, mucha importancia. Los comerciantes que utilizaban el mar, servíanse de balsas para el transporte.

Este comercio de cabotaje, que al principio fue esporádico pero más tarde regular, determinó no sólo *intercambio de productos* o *mercancías* para la subsistencia (en lo que, en verdad, hubo poco apremio por la norma tantas veces dicha de la *autosuficiencia*) sino *prestaciones culturales* de mucho más grande significado. Estas prestaciones fueron de la más diversa naturaleza: tecnología, artes, industrias, usos y costumbres, hasta ideas religiosas. Al final, estas prestaciones produjeron la *uniformidad fundamental* de los pueblos costeros.

VIRU Y LOS VALLES MOCHICAS

“El aislamiento geográfico no llegó a constituir una barrera infranqueable [aunque] permitió cierto localismo” —dice Har-doy¹⁴⁰. En la costa Norte, tres valles, desde los albores de la era cristiana, mantuvieron relaciones, comunicándose beneficiosamente con diversos aportes. Fueron: Chicama, Moche y Virú. Parte de la comunicación fue *por mar*, a partir sobre todo del siglo I, coincidiendo con los comienzos de la gran época de florecimiento,

El pueblo del pequeño valle de Virú al Sur de Trujillo, logró entre los siglos I y VIII de la era cristiana un desarrollo extraordinario. En crecimiento constante, puso en práctica notables programas de expansión agrícola, que a la postre le dieron no menos de diez mil hectáreas bajo cultivo, de tierra feraz y altamente rendidora. Para ello construyó grandes canales de irrigación e hizo instalaciones apropiadas para el aprovechamiento de los *puquios*. Paralelamente, avanzó en las diversas artesanías, destacando por sus trabajos en textilería, cerámica y metalurgia.

Económicamente, el valle siguió siendo *autosuficiente*, pero, volcada en gran parte la población hacia el mar y ocupadas las tierras cercanas a las playas y promontorios, los contactos con el exterior no demoraron. La relación con los valles vecinos, sobre todo con los valles situados al Norte, pronto se produjo,

y mantúvose por todo el tiempo del florecimiento. "Las secuencias cerámicas —apunta Hardoy— indican que estilísticamente la cerámica *Gallinazo* (un nombre dado por Bennett) o *clásica* en el valle del Virú tenía coincidencias estilísticas con la cerámica *premochecha* y *mochica* de los valles vecinos. Es indudable entonces —añade— que *contactos de alguna índole debieron existir entre los valles durante el período clásico* manteniendo un intercambio originado durante el período formativo"¹⁴¹.

Estas "relaciones comerciales entre los valles debieron existir y probablemente se realizaron mediante *balsas*". Fueron, por lo tanto, relaciones de *cabotaje*, cierta manera de comercio. "Por lo tanto, y a pesar de que no se ha demostrado la existencia de relaciones comerciales entre los valles durante los períodos *formativo* y *experimental*, éstas debieron realizarse *por agua* y sin inconvenientes. Las distancias que median entre los valles son tan cortas que *las balsas, favorecidas por corrientes y vientos adecuados, debieron recorrerlas en un día y aun en pocas horas*"¹⁴².

No se puede precisar qué clase de mercancías intercambiaban los pueblos de los valles norteños, pero "podríamos pensar en la posibilidad de que *importantes volúmenes de carga eran transportados de un valle a otro en caso de extrema necesidad*"¹⁴³. Tal podía ocurrir, por ejemplo, cuando un azote de la naturaleza se ensañaba contra un valle, desposeyéndolo de toda clase de recursos y sumiendo a su población en la miseria.

En cuanto a los contactos por mar con propósitos hostiles, no hay que omitirlos. Poderosas construcciones de tipo militar, con murallas y bastiones imponentes y solidísimos, en todos los valles y, naturalmente también, en el de Virú, indican que fue preocupación constante de los pueblos norteños la guerra. Es probable que parte de las operaciones se cumpliera por mar, y entonces ya no eran las balsas repletas de mercancías las que surcaban los mares sino las repletas de soldados o prisioneros. La pictografía de los vasos globulares mochicas informa con mayor claridad que un parte o un comunicado de guerra sobre la conducción de cautivos a los campos de concentración o al altar de los sacrificios. Aparecen los infelices desnudos, fuertemente atados, bajo atenta vigilancia.

El crecimiento de la población en el vallecito del río Virú fue tan grande, que todo él resultó ocupado, *desde las cabeceras hasta el llano inmediato al mar*. De este modo, "se produjo una intensa ocupación de un extenso sitio llamado *Gallinazo*, ubicado *no lejos de la costa del mar*", y fue tal la demanda de espacio para centros habitacionales, que fueron utilizados, mediante una reocupación masiva, los sitios que habían pertenecido al primitivo ocupante del valle de los tiempos precerámicos.

COMERCIO DE LOS MOCHICAS

En el apogeo de su cultura, los mochicas ejercieron un activo comercio por mar, tanto al Norte como al Sur, imponiendo, sin duda, muchos de sus productos, difundiendo técnicas y estilos y propagando sus ideas.

De esta suerte, el área propiamente mochica se extendía por el Siglo V de nuestra era hasta *Vicús*, por el Norte, en el departamento de Piura (como lo demostró Larco), y hasta *Chincha*, por el Sur.

El área mochica propiamente dicha, al comienzo comprendida entre *Pacatnamú* y el valle de *Nepeña*, se expandió, así, considerablemente, siendo esta expansión primero cultural, con fuerte influencia artística en los estilos alfareros, y política después, no sabemos si con dominación o ejercicio del mando, con colonias o con simples factorías.

Con sus *grandes balsas de totora*, de *doble cubierta* —de las que hay testimonio pictográfico—, los comerciantes mochicas sin duda contribuyeron a esta expansión, por lo menos, fueron agentes activos de ella. Se interesaron, sobre todo, por los pueblos del Sur, a los que llevaron su rico mensaje artístico, recogiendo para el viaje de retorno grandes cantidades del fertilizante de las islas para sus campos de cultivo intensamente trabajados. Uno de los primeros en observar, por la pesquisa arqueológica, este intercambio, fue Markham, en el siglo pasado, lo que le permitió escribir en su famoso libro sobre los Incas lo siguiente: "La alfarería y demás obras de arte que se han desenterrado en las tumbas... revelan que hubo *intercambio comercial entre los mochicas y los habitantes más meridionales de la Costa...*". Saltando sobre los siglos, agregó: "... la influencia *chimú* es ostensible" (en la costa central y, particularmente, en el área *Chincha*)¹⁴⁴.

En varias excavaciones se han encontrado "objetos de procedencia mochica... debajo de las capas acumuladas de guano de las islas Chincha"¹⁴⁵. Estos importantes hallazgos prueban dos cosas, dice Horkheimer, de quien es la cita precedente: primero, que la expansión de los mochicas por el Sur alcanzó las distantes costas del actual departamento de Ica, dominando, por consiguiente, desde Piura (Larco), *un frente marítimo de ochocientos kilómetros*, el más grande abarcado por pueblo alguno de la antigüedad, excepto los Incas; y, segundo, que la explotación del guano, intensiva, que hicieron comprendió, en el apogeo de los siglos V y VI casi la totalidad de las islas del cordón litoral, desde Macabí, por el Norte, hasta Chincha, por el Sur.

Como ya se ha dicho en varias oportunidades, este dominio del mar, con la extracción de la riqueza del *guano* y el comercio

de cabotaje, lo lograron los mochicas, no con balsas de troncos, cuyo uso descarta totalmente Larco, sino con *balsas de totora*, tanto con las pequeñas, que sirvieron para la pesca y los trajines menudos en las caletas, como con las grandes, de dos cubiertas, con las cuales se aventuraron a largas travesías, comunicando los grandes centros poblados de la Costa instalados con frente al mar.

El movimiento de cabotaje mochica duró, activo, mucho tiempo, y coincidió naturalmente, con el florecimiento de esta vigorosa cultura, patrimonio de un pueblo aguerrido y conquistador, que alternó las privaciones de la lucha con el placer de las muchas tentaciones mundanas.

Los *ochocientos kilómetros de frente marítimo* que dominaron los mochicas, constituyen la mejor prueba de la decidida *inclinación marina* de este extraordinario pueblo. Los mochicas fueron insuperables pescadores, alimentaron grandes agrupaciones con los productos del mar, desarrollaron las artes navales para la guerra, navegaron de un extremo a otro de la costa peruana y ejercieron el comercio de cabotaje, regular y frecuente, por varios siglos. Lo más admirable de todo es que esto lo lograron careciendo casi por completo de buenos materiales para la construcción de barcas. Se bastaron, por lo que parece, con la *totora*, y no fueron más allá, como sostiene Larco (aunque alguna vez pretendió refutarlo Bird), de las *balsas de haces*, eso sí en muchos modelos, algunos imponentes, de gran capacidad.

Las relaciones de los mochicas con los pueblos del Norte, no fueron menos importantes. Los mochicas se relacionaron sobre todo con las gentes de Lambayeque. *Mochicas y lambayeques* fueron, pues, contemporáneos de los primeros siglos de la era cristiana, habiendo alcanzado su apogeo ambas culturas alrededor del siglo V. Las relaciones fueron *comerciales y culturales*, y, por ende, cordiales, pacíficas, fecundas. Sin embargo, cabe pensar también en relaciones de un orden opuesto, como aquellas que enturbian el entendimiento constructivo y terminan en guerra; relaciones díscolas, que degeneran en la destrucción.

Larco sostiene que "siempre hubo intercambio comercial y cultural entre los hombres de Lambayeque y los mochicas". Así explica que "en Lambayeque, Pátapo, Pomalca y otros lugares existían sectores con tumbas correspondientes a Mochica III, IV y V"¹⁴⁶. Y, contrariando en cierta medida su tesis, puede decirse, al amparo de los innegables viajes que realizaron en procura del guano hasta las islas del grupo Chincha, que los mochicas tendieron estos lazos con los pueblos de la floreciente región de Lambayeque tanto por tierra, como propone Larco, como *por mar*, y que los viajes por mar fueron regulares, sistemáticos, no de mera aventura: unas veces, las más, para el comercio



La representación del pescador — parte escultórica (la cabeza), parte pictórica (el cuerpo y las extremidades)— se identifica al cuerpo globular del cántaro. (*Nasca*. Procedencia: Río Grande, departamento de Ica. Aproximadamente, 1,600 años de antigüedad. Museo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
Foto: Abraham Guillén).

(por intercambio), otras para la guerra. Los viajes para la guerra quedaron perpetuados en los vasos pictográficos: se ven las balsas de totora de doble cubierta, llevando prisioneros de guerra. Junto a los prisioneros hay botijas para el agua, lo que sugiere travesía larga.

ANCON, "PUERTO DE INTERCAMBIO"

La cantidad y variedad de objetos, probadamente "ajenos al lugar", que se encuentran en las tumbas de Ancón, constituyen un claro indicio de que las gentes de este lugar mantuvieron a través de siglos y milenios —porque la historia de Ancón es una de las más antiguas del Perú—, relaciones con otros pueblos, así de la Costa como de la Sierra, pero especialmente de la Costa. "Ancón —dice Rebeca Carrión— fue un lugar privilegiado para el hombre por sus abundantes recursos marinos... clima benigno y *fácil comunicación marítima* con los otros pueblos de la Costa... Sus habitantes fueron industriuosos, dedicándose... a la pesca y al *comercio marítimo*, como lo atestiguan *ciertos productos ajenos al lugar...*"¹⁴⁷.

Como se indicó anteriormente, en las tumbas de la *Segunda Época* (Huaura-Chimú), establecida por Tello, abunda el *Spondylus*, en piezas enteras, que seguramente sirvieron con fines funerarios o religiosos, y en fragmentos, para la confección de collares y otros vistosos adornos. Pues bien: la presencia de esta concha, tan estimada en la antigüedad, en las tumbas de Ancón, prueba la *influencia chimú* que experimentó el lugar en la época señalada. "Chimú —dice en otro de sus estudios Rebeca Carrión— introduce el uso de las conchas de origen tropical, extrañas a la Corriente de Humboldt"¹⁴⁸.

La prosperidad de Ancón, en su larga historia de miles de años, se debió, entre otras razones, como ya se dijo, a *las facilidades extraordinarias que ofrecía para la comunicación marítima con otros pueblos*. La variedad de elementos que se encuentran en las tumbas de las distintas épocas, sobre todo en la *Huaura-Chimú*, aislada por Tello y cuidadosamente identificada por Rebeca Carrión, revela que el pueblo de esa apacible y encantadora rada "mantuvo relaciones culturales y *comerciales* con los pueblos de la Sierra y *de la Costa*". Predominan, en el inventario de bienes arqueológicos, los inconfundibles elementos Chimú y los serranos procedentes de las culturas Huaylas y Tiahuanaco. Aquí debemos destacar el significado de los elementos originarios de la costa Norte. Ellos, presentes en considerable cantidad en Ancón, indican que los pueblos de una y otra parte, no obstante la distancia, sostenían *un intenso tráfico*

maritimo, con intercambio de diversos productos y préstamos culturales muy importantes, hasta en el campo de la religión. Como se ha dicho en otra parte de este capítulo y en el octavo, hubo en Ancón una divinidad femenina semejante a la divinizada del mismo sexo de los norteños, la cual divinidad femenina *presidia los actos relacionados con el mar*.

El comercio de los norteños con las gentes de la rada de Ancón se cumplía, como con validez de norma se ha expresado tantas veces, tanto por tierra como por mar. El comercio por tierra tropezaba con grandes inconvenientes. Más frecuente, por lo mismo, era el comercio por mar. Ya a la sazón, las grandes balsas de totora habían sido substituidas por las balsas de troncos, influencia del país del Guayas. Frente a la costa, pasando a la vista de los pueblos y recogiendo agua fresca en la desembocadura de los ríos, desfilaban las flotas dedicadas al cabotaje. Iban sin duda, hasta Ica, pero en Ancón recalaban siempre por los favores que brindaban sus aguas y la hospitalidad de las gentes allí establecidas

Los recientes estudios sobre la *cerámica inicial* han abierto la posibilidad de retrollevar la antigüedad del tráfico marítimo a una época muy profunda. La cerámica inicial de Ancón presenta rasgos de origen norteño y sureño, lo que hace pensar que la rada fue, desde remotos tiempos, *punto de convergencia* de diversas corrientes y verdadero *mercado de intercambio*. Desde luego, nada asegura que esas corrientes llegaron por mar, pero la presunción tiene varios asideros.

La cerámica inicial de Ancón, que fue identificada por primera vez por Willey y Corbett, en 1954, muestra claro parecido con la cerámica de *Las Haldas*, en el Norte, como observó Lanning en 1958. Ese parecido podría indicar un contacto entre Ancón y el Norte, *por lo menos un milenio antes de Cristo*.

Posteriormente a este contacto con el Norte, como observa Matos¹⁴⁹, se produjo otro con el Sur, que se revela igualmente en la cerámica, *seguramente provocado por gentes que usaron la vía marítima*. En el sitio llamado *El Tanque* hay una cerámica de decoración incisa con pintura pre-cocción, similar a las vasijas inciso-pintadas de *Curayacu*, descubiertas por Engel en 1956, y a la cerámica de *Disco Verde*, igualmente estudiada por Engel.

Está dentro de lo lícito pensar en contactos, no por los difíciles caminos del desolado desierto sino por las *rutas del mar*. Pueblos de pescadores se habrían aventurado, *mil años antes de Cristo*, a navegar, siempre a la vista de la costa, en *navegación de cabotaje* pues, hacia las socorridas caletas del litoral —entre ellas, hacia Ancón—, en las que abundaba la pesca y había agrupaciones muy prósperas que tejían, fabricaban canastas y quemaban la arcilla. A cambio de cierto intercambio, los

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

forasteros dejaron sus estilos y algunas técnicas justamente en el arte de hacer vasijas.

Las comprobaciones en torno a la *cerámica inicial*, han llevado a Matos a considerar, en términos generales, a Ancón, como "lugar clave para la Arqueología peruana" y a decir lo siguiente: "Su ubicación geográfica particular ha hecho posible el concurso de los más variados estilos de cerámica, señalando la situación de Ancón como un puerto de intercambio entre los pueblos del Norte y del Sur y aun entre la Costa y la Sierra del Perú".

NOTAS AL CAPITULO

1. COBO, Bernabé... *Historia del Nuevo Mundo* (1953). Madrid, 1964, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro XI, cap. IX, p. 29.
2. RIVET, Paul... *Las lenguas americanas*. "Las lenguas del mundo" (de Meillet y Cohen). París, 1924; p. 711.
3. NORDENSKIOLD, Erland... *Origen de las civilizaciones indígenas de Sudamérica* (Gotemburgo, 1931). "Revista del Museo Histórico Nacional de Chile". Santiago, 1939. Año I, N° 1; p. 48.
4. NORDENSKIOLD, *Origen de las civilizaciones...*; p. 50.
5. VALCARCEL, Luis E.... *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Lima, 1943. Tomo I, Vol. I; p. 141.
6. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... nota número 13 en *Relación del descubrimiento del Reino del Perú* (1571), de Diego de TRUJILLO. Sevilla. 1948; p. 72.
7. MARKHAM, Clemente R. ...*Los Incas del Perú*. Lima, 1920; p. 191.
8. HORKHEIMER, Hans... *Vistas arqueológicas del Noroeste del Perú*. Trujillo, 1944; p. 36.
9. REYES, Oscar Efrén... *Breve historia del Ecuador*. Quito, 1943. Tomo I; p. 71.
10. ESTRADA, Emilio... *Arqueología de Manabí central*. Guayaquil, 1962; p. 95.
11. ESTRADA, *Arqueología de Manabí central*; p. 91.
12. ESTRADA, *Arqueología de Manabí central*; p. 80.
13. ESTRADA, Emilio... *Los Huancavilcas*. Guayaquil, 1957; p. 65 y sgte.
14. EDWARDS, Clinton R. ... *Aboriginal watercraft on the Pacific Coast of South America*. Berkeley, California, 1965; p. 101.
15. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 112.
16. LORENTE, Sebastián... *Historia antigua del Perú*. Lima, 1860. Libro II, cap. III, p. 98.
17. KRICKEBERG, Walter... *Etnología de América* (1939). México, 1946; p. 409.
18. TELLO, Julio C. ... *El país de los Incas*. "Perú en cifras". Lima, 1945; p. 595 y sgte.
19. COSSIO DEL POMAR, Felipe... *Arte del Perú precolombino*. México, 1949. Cap. VIII, p. 128.
20. HORKHEIMER, Hans... *Apuntes de Historia Marítima del Perú* (texto mecanografiado). Lima, 1965; p. 24.
21. HORKHEIMER, Hans... *El Perú prehispánico*. Lima, 1950; pp. 246 y 248.
22. BAUDIN, Louis... *El imperio socialista de los Incas*. Santiago, 1943; p. 281.
23. UHLE, Max... *Las antiguas civilizaciones del Perú frente a la Arqueología e Historia del continente americano* (trabajo presentado al Vigésimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas. Lima, 1939). "Revista de la Universidad de Arequipa". Arequipa, 1951; p. 99 y sgte.
24. BUSTO, José Antonio del... *Francisco Pizarro, el Marqués Gobernador*. Madrid, 1966; p. 44.
25. RIVA AGÜERO, José de la... *Civilización tradicional peruana. Epoca prehispánica* (1937). "Obras completas". Lima, 1966. Tomo V; p. 322.
26. HEYERDAHL, Thor... *American Indians in the Pacific*. Londres, 1952.
27. UHLE, Max... *La esfera de influencia del país de los Incas*. "Revista Histórica". Lima, 1909. Tomo IV; p. 22.
28. UHLE, *La esfera de influencia...*; p. 23.
29. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, Vol. I; p. 33 y sgte.
30. Con el objeto de demostrar que fueron factibles los viajes por mar desde las costas septentrionales del Perú hasta Centroamérica y, eventualmente, hasta México, tocando en Ecuador y Colombia, Eugenio Savoy, explorador y fotógrafo norteamericano, se aventuró en 1969, a la manera de Heyer-

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

dahl, en una extraña balsa de totora, compuesta de dos flotadores y una plataforma de cañas y esteras, a un viaje, llevado sólo por las corrientes y los vientos, hasta Acapulco, que no pudo concluir por "los peligros de la última etapa", pero con el que alcanzó, tras de 64 días de navegación, la punta Puricá, en Costa Rica, desembarcando finalmente en Panamá, luego de un breve retroceso.

Como el audaz jefe de la expedición "Kon Tiki", Savoy dijo cuando maduraba la idea del viaje: "No vamos a probar nada en definitiva pero, por lo menos, podremos determinar que un viaje así, en la antigüedad, fue posible". En otra ocasión dijo que se proponía "demostrar que los antiguos peruanos dominaron la navegación en el Pacífico", lo cual fue seriamente atendido por los hombres de estudio; pero que pretendía también confirmar la supuesta identificación de Viracocha y Quetzalcoatl, lo que, ante muchos, lo desautorizó.

La balsa, que fue bautizada con el nombre de *Kuvikú*, se componía, como se ha dicho, de dos grandes flotadores de totora, de extremos arrufados, en lo que se diferenciaba de los *caballitos*. De trece metros de largo, fueron atados paralelamente, y sobre ellos se tendió una plataforma de los materiales arriba indicados. Para aprovechar los vientos, se le puso mástil bipede, de nueve metros, del que pendería vela cuadrada; y al centro se levantó una pequeña cabina.

El constructor de esta curiosa embarcación —hecha, según Savoy, a imitación de los modelos mochicas que aparecen dibujados en la cerámica— fue el experto en *caballitos* José Arzola Huamanchumo, natural de Huanchaco.

En medio de gran algarabía, la balsa fue remolcada tres millas mar adentro del puerto de Salaverry (en, aproximadamente, 8° 13' lat. Sur) y dejada "en la corriente de Humboldt", el 15 de abril de 1969.

Favorecida por buenos vientos, navegó a la vista de la costa hasta tocar el 18 del mismo mes en Puerto Chicama, donde fue sometida a algunas reparaciones.

Siguiendo viaje, tocó el 25 en Talara. Allí, Savoy y sus compañeros advirtieron el peligro de la absorción de agua por la totora de los flotadores.

Reanudó a los pocos días y, tras el cruce del ancho golfo de Guayaquil, entró en Manta, en el Ecuador, el 6 de mayo.

Todo el resto del mes y parte del siguiente, junio, fueron de inquietud por cuanto se perdió todo contacto con los expedicionarios y se temió por sus vidas. Al fin, el 26, la balsa llegó a Panamá, donde Savoy dispuso dar por terminado el viaje por los muchos peligros que presentaba la siguiente etapa, de Panamá a Acapulco, en México, frecuentemente azotada por temporales y con corrientes adversas.

Savoy se reafirmó en la idea de que su expedición en la balsa *Kuvikú* había "probado que el intercambio que existió en la etapa prehistórica entre el Perú y Centroamérica se realizaba tanto por tierra como por mar".

Un historiador calificó la expedición, desde el punto de vista de la tesis que quería probar, de "interesante y sensata", a diferencia de la expedición de Heyerdahl, del Callao a la Polinesia, tan festejada como hazaña deportiva pero tan duramente criticada como pretendida prueba de una teoría insostenible (J. IMBELLONI, *La Segunda Esfinge Indiana*. Buenos Aires, 1956. Cap. XVIII; pp. 401-428). Savoy, que no es arqueólogo ni etnólogo, restó desgraciadamente seriedad a la expedición al construir un tipo de balsa extraño y proponer cuadros cronológicos absurdos, hundiéndose finalmente en disquisiciones mitológicas estafalarias.

31. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, Vol. I; p. 31.
32. KRICKBERG, *Etnología de América*; p. 390.
33. LOTHROP, Samuel K. ... *Sudamérica vista desde América Central*. "Actas del Vigésimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas". Lima, 1939. Tomo I; p. 199.
34. LOTHROP, *Sudamérica vista...*; p. 200.

NOTAS AL CAPITULO

35. LOTHROP, *Sudamérica vista.*; p. 201.
36. BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 289.
37. BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 275.
38. BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 277.
39. Citado por Baudin.
40. BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 286.
41. BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 296.
42. VALCARCEL, *Historia de la Cultura Antigua del Perú*. Tomo I, Vol. I; p. 141.
43. VALCARCEL, Luis E. ... *Historia del Perú Antiguo*. Buenos Aires, 1964. Tomo III; p. 241.
44. BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 288.
45. LEICHT, Hermann... *Arte y cultura preincaicos*. Madrid, 1963; p. 77.
46. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 76.
47. Col. Urteaga-Romero. Lima. Segunda Serie. Tomo III; p. 79.
48. ULLOA, Antonio de... *Noticias americanas*. Madrid, 1772; p. 380.
49. URTEAGA, Horacio H. ... *Las máquinas simples en el Antiguo Perú*. "El Perú. Monografías históricas". Lima, 1928; p. 106.
50. URTEAGA, *Las máquinas simples...*; p. 107.
51. KRICKEBERG, *Etnología de América*; p. 410.
52. ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, María... *Pesas y medidas en el Perú prehispánico*. "Actas y Trabajos del Segundo Congreso Nacional de Historia del Perú" (1958). Lima, 1962. Vol. II; p. 111.
53. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 122.
54. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Las relaciones primitivas de la Conquista del Perú*. Lima, 1967 (ed. póstuma); p. 20.
55. SAMANO-XEREZ, *Relación de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro (1527)*. "Las relaciones primitivas de la Conquista del Perú" por Raúl PORRAS BARRENECHEA. Lima, 1967; p. 65. (Ver nota 120 del capítulo décimo).
56. PRESCOTT, Guillermo... *Historia de la Conquista del Perú (1847)*. Buenos Aires, 1955; p. 172.
57. Lo subrayado, por nosotros.
58. SAMANO-XEREZ, *Relación de los primeros descubrimientos...* PORRAS BARRENECHEA, "Las relaciones primitivas de la Conquista del Perú"; p. 66.
59. CIEZA DE LEON, Pedro... *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. "Mercurio Peruano" (publicada por Rafael Loredó). Lima, agosto 1946. N° 233.
60. CIEZA, *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. Cap. X.
61. BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 277.
62. UHLE, *Las antiguas civilizaciones del Perú frente...*; p. 99 y sgte.
63. ¿No serían de procedencia chimú?
64. FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias (1535)*. Madrid, 1851-1855. Vol. IV. Libro XLIII, cap. III, p. 121 y sgte.
65. Según la ortografía que aparece en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*. Madrid, 1844. Tomo V; p. 200. (En PORRAS BARRENECHEA, *Las relaciones primitivas...*; p. 68, esta ortografía varía en algunos nombres, como en los siguientes: Aranypaxaos por Arampajaos, Xamaxejos por Amarejos, etc.).
66. SAMANO-XEREZ, *Relación de los primeros descubrimientos...* PORRAS BARRENECHEA, "Las relaciones primitivas de la Conquista del Perú"; p. 68.
67. ESTRADA, *Arqueología de Manabí central*, p. 84.
68. ESTRADA, *Los Huancavilcas*; p. 20 y sgte.
69. ESTRADA, *Arqueología de Manabí central*; p. 17.
70. ESTRADA, *Los Huancavilcas*; p. 47.
71. CIEZA, *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. "Mercurio Peruano". Lima, agosto 1953. N° 317, cap. XXIV.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

72. REYES, *Breve historia del Ecuador*. Tomo I; pp. 146 y 148.
73. REYES, *Breve historia del Ecuador*. Tomo I; p. 159.
74. Los indios de la balsa "procedían de Salango". TELLO, *El país de los Incas*. "Perú en cifras"; p. 595.
75. TELLO, Julio C. ... *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*. Lima, 1942; p. 24.
76. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 121.
77. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Cronistas del Perú*. Lima, 1962 (ed. póstuma); p. 53.
78. PORRAS BARRENECHEA, *Las relaciones primitivas...*; p. 21.
79. PORRAS BARRENECHEA, *Las relaciones primitivas...*; p. 67.
80. PORRAS BARRENECHEA, *Las relaciones primitivas...*; p. 68.
81. CIEZA, *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. "Mercurio Peruano". Lima, abril 1951. N° 289, cap. XVI.
82. CIEZA, *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. Cap. XVIII.
83. CIEZA, *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. Cap. XIX.
84. CIEZA, *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. Cap. XIX.
85. BUSTO, José Antonio del... *Martinillo de Poecho*. "Revista Histórica". Lima, 1965. Tomo XXVIII; p. 86.
86. BUSTO, *Martinillo de Poecho*; p. 87.
87. BUSTO, *Francisco Pizarro...*; p. 148.
88. CIEZA, *Tercera parte de la Crónica del Perú*. "Mercurio Peruano". Lima, agosto 1953. N° 317, cap. XXIV.
89. PRESCOTT, *Historia de la Conquista del Perú*; p. 195.
90. CIEZA, *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. "Mercurio Peruano". Lima, abril 1951. N° 289, cap. XVI.
91. CIEZA, *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. Cap. XVI.
92. CIEZA, *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. Cap. XIX.
93. CIEZA, *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. Cap. XX.
94. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro III, cap. XXXI, p. 132.
95. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro III, cap. XXXI, p. 132.
96. ACOSTA, Joseph de... *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590). México, 1962. Libro cuarto, cap. XIV, p. 167.
97. OVIEDO, *Historia General...* Vol. I. Libro VI, capítulos XXVII y LIII; pp. 212 y 261.
98. HERRERA, Antonio de... *Décadas o Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano* (1601). 1728. Tomo I. Descripción. Cap. XVII, p. 37.
99. VAZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio... *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* (1628). Wahsington, 1948. Libro III, cap. XII, p. 350 y sgte., párrafo 1121.
100. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia general de las Indias* (1552). Barcelona, 1965. Tomo I. Primera Parte; p. 197.
101. JIJON Y CAAMAÑO, Jacinto... *La religión del imperio de los Incas*. Quito, 1919. Cap. V; p. 407.
102. JIJON Y CAAMAÑO, *La religión del imperio de los Incas*; p. 409.
103. CIEZA DE LEON, Pedro... *Segunda Parte de la Crónica del Perú, que trata del Señorío de los Incas* (mediados del siglo XVI). Madrid, 1880. Cap. XIV, p. 49.
104. QUIPOCAMAYOS a VACA DE CASTRO, *Discurso sobre la descendencia y gobierno de los Incas* (1608). Lima. Col. Urteaga-Romero. Segunda Serie. Tomo III; p. 21.
105. MONTESINOS, Fernando de... *Memorias antiguas, históricas y políticas del Perú* (siglo XVII). Madrid, 1882. Cap. XXII, p. 128.
106. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Quinquenarios o Historia de las Guerras Civiles y de otros sucesos de las Indias* (siglo XVI). Madrid, 1963. Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro III, cap. L, p. 216.
107. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Historia de los Incas* ("Segunda Parte de la Historia General llamada Indica") (1572). Buenos Aires, 1947; p. 195.

NOTAS AL CAPITULO

108. UHLE, Max... *Los principios de las antiguas civilizaciones peruanas*. Quito, 1920; p. 9.
109. UHLE, *La esfera de influencia...*; p. 10.
110. CARRION CACHOT, Rebeca... *Julio C. Tello y la Arqueología peruana* (1947). "Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología". Lima, 1948. Vol. II. N° 1; p. 14.
111. ENGEL, Frederic... *Elementos de prehistoria peruana*. Lima, 1962; p. 50.
112. CARRION CACHOT, Rebeca... *El culto al agua en el Antiguo Perú*. Lima, 1955; p. 38.
113. CARRION CACHOT, Rebeca... *Un mito cultural del Norte del Perú*. "Letras". Lima, 1953. N° 49; p. 198.
114. CARRION, *Un mito cultural...*; p. 186 y sgte.
115. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 24
116. LARCO HOYLE, Rafael... *Los Mochicas*. Lima, 1938. Tomo I; p. 95.
117. LARCO HOYLE, Rafael... *Las épocas peruanas*. Lima, 1963; p. 57.
118. PRESCOTT, *Historia de la Conquista del Perú*; p. 145.
119. PRESCOTT, *Historia de la Conquista del Perú*; p. 146.
120. PRESCOTT, *Historia de la Conquista del Perú*; p. 224.
121. Tomado de PORRAS BARRENECHEA, *Cronistas del Perú*.
122. PORRAS BARRENECHEA, *Cronistas del Perú*; p. 66.
123. GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales* (1609). Libro IX, cap. XIV.
124. MONTESINOS, Fernando de... *Anales del Perú* (1642). Madrid, 1906; p. 63.
125. WEST, R. C. ... *Aboriginal sea navigation between Middle and South America* (1961). Citado por Luis PERICOT Y GARCIA, *América indígena*. Barcelona, 1962.
126. UHLE, *La esfera de influencia...*; p. 12.
127. EDWARDS, *Aboriginal watercraft...*; p. 12.
128. JIMENEZ DE LA ESPADA, Marcos... *Las islas de los Galápagos y otras más a Poniente*. "Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid". Madrid, 1891. Tomo XXXI; p. 374.
129. RIVA AGÜERO, José de la... *Historia del Perú*. Lima, 1953 (recopilación y ed. póstumas). Tomo I; p. 182.
130. TELLO, Julio C. ... *Paracas*. Lima, 1959 (ed. póstuma); p. 25.
131. BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 330.
132. CARRION CACHOT, Rebeca... *Ancón*. Lima, 1951; p. 7.
133. IRIARTE BRENNER, Francisco... *Excavaciones arqueológicas en Ancón* (tesis universitaria); pp. 57, 76, 79, 84 y 106.
134. HARDOY, Jorge Enrique... *Ciudades precolombinas*. Buenos Aires, 1964. Cap. X, p. 381.
135. URTEAGA, Horacio H. ... *El simbolismo en los huacos de Nasca*. "El Perú. Monografías históricas". Lima, 1928; p. 9.
136. HORKHEIMER, Hans... *La cultura mochica*. Lima, 1961; p. 32.
137. HARDOY, *Ciudades precolombinas*. Cap. X; p. 381.
138. GORDON CHILDE, Vere... *Los orígenes de la civilización*. México, 1965.
139. GORDON CHILDE, *Los orígenes de la civilización*; p. 111.
140. HARDOY, *Ciudades precolombinas*; p. 307.
141. HARDOY, *Ciudades precolombinas*; p. 328.
142. HARDOY, *Ciudades precolombinas*; p. 337.
143. HARDOY, *Ciudades precolombinas*; p. 338.
144. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 197.
145. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Marítima del Perú*; p. 53.
146. LARCO HOYLE, Rafael... *Archaeologia Mundi. Perú*. Ginebra, 1966; p. 94.
147. CARRION CACHOT, Rebeca... *La cultura Chavin*. "Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología". Lima, 1948. Vol. II. N° 1; p. 158.
148. CARRION, *Ancón*; p. 7.
149. MATOS MENDIETA, Ramiro... *Ancón clave para la Arqueología peruana*. "El Comercio". Lima, 17 de setiembre 1961 (Suplemento dominical).

Capítulo XII

EL MAR EN LA ECONOMIA: LA ALIMENTACION

Favorecida por la frialdad de las aguas —consecuencia de una pequeña pero innegable penetración de procedencia antártica y, sobre todo, del afloramiento, por causa eólica, de las masas subyacentes (y, por subyacentes, necesariamente de baja temperatura)—, la pesca en el mar peruano es abundante y variada, en verdad excepcionalmente rica.

Constituida hoy en una de las principales fuentes de riqueza del país, con producción (a base de la *anchoveta*) que se mantiene desde hace años en el primer puesto en las estadísticas mundiales, con diez millones de toneladas métricas, la pesca ofrece a los pobladores del litoral y también a los de la Sierra, desde hace miles de años, los productos necesarios para su alimentación y, por ende, para su subsistencia. Mucho antes que la agricultura, la pesca daba para vivir, y los grupos ribereños fundaron su existencia en la bondadosa y nunca regateada dádiva del mar.

La pesca y la recolección de mariscos tienen en el Perú una historia de remota antigüedad, y en casi todas las edades y períodos de la prehistoria peruana, ambas actividades extractivas aparecen jugando un rol de la mayor importancia. Enormes conchales —como se ha visto en el capítulo cuarto— prueban que el hombre avecinado frente al mar consumió por siglos el manjar altamente nutritivo y grato al paladar contenido en las conchas, y los residuos de cocina acumulados, en espesos estratos, en los basurales de la Costa, indican que el pescado, obtenido por red o por anzuelo, estuvo en el régimen alimenticio de los grupos esparcidos en los *llanos marítimos* con porcentaje superior, muchas veces, al de los productos de la tierra.

Por épocas, el mar proporcionó los alimentos principales; por épocas, también, cedió a la ofensiva de la agricultura, pero nunca ni los mariscos ni el pescado fueron omitidos en el régimen alimenticio. Como observa Gordon Childe, la agricultura jamás desalojó a la recolección de mariscos y, mucho menos, a la pesca; esas dos actividades, con otras que el mismo Gordon Childe enumera, siguieron en muchos pueblos (entre ellos, el Perú) destacando y aun prevaleciendo en épocas de gran desarrollo del cultivo. “*La producción de alimentos* —dice el eminente prehistoriador australiano, refiriéndose principalmente a la producción de la tierra— *no desalojó a la recolección de alimentos*. La montería, la volatería, *la pesca*, la recolección de frutas, caracoles y larvas (y también, añadimos, *la recolección de mariscos*) siguieron siendo las actividades esenciales para la obtención de alimentos en cualquier grupo productor...”¹.

En general, el mar ocupó una de las posiciones más destacadas en el cuadro de las fuentes económicas de la antigua sociedad peruana, y aunque Kaufmann dice que “tanto la caza como la pesca... tuvieron en el Imperio Incaico importancia secundaria como medios de subsistencia...” y que “la pesca tenía importancia sólo en la Costa y, tal vez, en el lago Titicaca”² —afirmaciones que no resisten a la crítica, bastando para refutarlas el hecho consignado por los cronistas del siglo XVI del activo comercio hacia la Sierra de los productos de la pesca costeña—, la verdad es que el mar, con su cúmulo inmenso e ilimitado de riquezas, jamás dejó de gravitar sobre la vida del hombre, ora como fuente primaria, ora como fuente complementaria, pero siempre allí, al lado del hombre, desde la era auroral de los primeros establecimientos en los promontorios, playas y lomas marítimas hasta la llegada de los españoles, quienes testimoniaron en qué apreciable medida los grupos costeros vivían de lo que las aguas daban.

La explotación de esta riqueza fue en todas las épocas, pues, muy activa. Muchos “testimonios prueban —dice Tello— la activa explotación que se hizo de los recursos naturales de la Costa. El mar Pacífico... fue explotado ventajosamente por los indios desde la más remota antigüedad. La variada fauna de moluscos, crustáceos, peces, mamíferos y aves marinas constituyó su principal riqueza”. Por eso, “las poblaciones marítimas desarrollaron un arte y una industria de la pesca tan elaborados, que no tienen parangón en las culturas de los otros pueblos aborígenes de América”³. Más adelante, agrega el sabio: “El aprovechamiento meramente utilitario de la fauna marina, *creó una de las fuentes más importantes de la economía india*. La recolección de mariscos y crustáceos en gran escala, la pesca y conservación de peces y la caza de lobos marinos, estu-

vieron tan desarrolladas que su producción, consumo y distribución o comercio alcanzó un progreso comparable sólo al de los productos derivados del cultivo del suelo"⁴.

La pesca —dice Tello— fue una actividad de los indios "desde la más remota antigüedad". Parece que así fue, en general, en el mundo entero, en todos los grupos. En la época de la caza, ya el hombre comía aves y pescado, y en los tiempos postglaciales, el hombre mesolítico aumentó el consumo de pescado y de mariscos⁵. Tocante al Perú, Uhle fue el primero, tras examinar los espesos quioquemondingos de Ancón, Supe y otros lugares del litoral, en señalar la gran antigüedad de la industria de la pesca. En su cronología llegó a postular la existencia de una era de *primitivos pescadores*, gentes muy rústicas, del nivel más bajo de la cultura, que vivían casi exclusivamente de los productos del mar. En un estudio escrito en 1906, el sabio alemán dijo: "¿Qué elemento podía haber dado más facilidades al hombre de aquellos tiempos para su existencia que el mar? Desde las más lejanas épocas se había arriesgado a embarcarse en un frágil tronco para pescar en él, aunque para esto no le era indispensable lanzarse a las olas. Gente que habitaba las costas del Norte del Perú, pesca todavía con redes y anzuelos parada en la orilla; y en el Sur del Perú la hay hasta ahora que pesca empleando arpones, con los cuales coge los pescados desde la playa. Más fácil aún era sacar al pulpo de su escondite. Cuando baja la marea, hombres, mujeres y niños de las poblaciones que hay en la costa, acuden para sacar de las peñas las conchas, cangrejos y otros mariscos. Esta práctica no es sino resto de la manera de vivir de la humanidad prehistórica"⁶.

Como en los capítulos tercero y cuarto ya se fundamentó la antigüedad *precerámica* y hasta lítica —varios milenios atrás— de la pesca (inseparable de la recolección de mariscos), aquí, sólo de manera general, se subraya el remoto pasado de esta industria extractiva básica, y a las citas anteriores se añade esta otra de Means, en la cual hay referencia, también, a la forma muy extendida como se practicaba por todos los pueblos de la Costa. Dice: "... desde los tiempos más antiguos de que se tiene noticia, hasta la actualidad, los habitantes costeros han acostumbrado obtener *gran cantidad de sus alimentos del océano*. En todos los períodos prehispánicos, la pesca en botes era practicada extensamente frente a la costa andina, como complemento a la dieta popular obtenida de la agricultura..."⁷.

Algunos autores —conviene aquí decirlo—, reconociendo la importancia del papel jugado por la pesca en la organización económica de los pueblos antiguos, han llamado la atención, sin embargo —como lo acaba de hacer Means—, sobre el carácter *complementario* de la alimentación a base de los productos del

Pescador con gorro en forma de casco. El asa-
puente, que parte de un gollete, se apoya en
la cabeza del personaje. Este es portador
de una atarraya. (*Nasca*. Procedencia: Río Grande,
departamento de Ica. Epoca del florecimiento
de las grandes culturas del Litoral.
Antigüedad aproximada: 1,600 años. Museo de
la Universidad Nacional Mayor de San
Marcos. Foto: Abraham Guillén).



mar, aduciendo, como principal razón para la determinación de este carácter, el hecho de que la pesca, en todos los mares del mundo, aun en los más ricos y rendidores como es el caso del mar peruano, se presenta siempre como una actividad de resultados inseguros y aleatorios, en la que, por ende, no es posible confiar de modo pleno y absoluto. Al respecto, Engel dice: "La pesca... tiene un papel importante [entre] los pueblos que todavía no siembran ni cosechan; el pescado es una fuente de componentes tonificantes... Sin embargo, la pesca siempre conserva un carácter inseguro; hasta en el Perú, donde abunda el pescado, es más fácil recoger mariscos... que esperar hasta que el cordel y el anzuelo traigan una corvina o un lenguado... Pocos son los grupos humanos que únicamente se alimentan de pescado; la pesca conserva su carácter complementario hasta en las islas del Pacífico central y occidental"⁸.

No obstante lo expresado por Engel, autoridad de reconocido prestigio en la materia, todo lleva a pensar que si, en unas épocas, el pescado tuvo sólo carácter complementario en la alimentación y en otras retrocedió ante el predominio de los productos del cultivo —sobre todo, desde la irrupción del maíz, por el año 1200 antes de Cristo⁹—, en la mayoría del tiempo fue un elemento muy importante para los pueblos costeros, herederos de una tradición marítima de algunos milenios de antigüedad. Sin duda, en el interior del país, a pesar del comercio de penetración que activamente se practicaba y del que se tratará más adelante, la frecuencia del pescado disminuía, pero en el litoral mismo, en la faja situada justamente frente al mar, el complemento, por el contrario, lo daba la tierra y el producto marino se erigía no pocas veces como el principal e insustituible.

La pesca, en realidad, no es una industria sencilla. Tampoco es una actividad que pueda improvisarse de la noche a la mañana. Menos un oficio que esté al alcance de cualquier pueblo. Sea que se practique con red o con anzuelo, y sean cuales fueren las clases o modelos de red y anzuelo en uso, la pesca implica una tecnología compleja y variada, y cuando es con anzuelo y cordel, "un grado alto de civilización"¹⁰. Los antiguos pueblos de la costa peruana —se sabe por el testimonio arqueológico de las primeras edades— usaban ya el anzuelo y ese es un índice seguro e inequívoco, concluyente por lo tanto, no sólo del adelanto tecnológico de tales grupos sino de la "particular disposición natural" que tenían para la pesca, sólo comparable a la de los pueblos de Oceanía, como los polinesios. ¿Heredaron esa disposición o la adquirieron? Si lo primero, ¿de qué pueblos? Lo más probable es que la habilidad la adquirieran por propio esfuerzo, mantenido y perfeccionado a través de mucho tiempo, de siglos y milenios. Se explica que a tan larga como sostenida tradición

Culminación de una faena de pesca: el pescador, con redecillas en la cabeza, retorna a tierra portando dos capturas de gran tamaño. La representación, en parte escultórica, en parte pictórica, se desarrolla a partir del cuerpo esférico del cántaro, cuya asa se apoya, por un extremo, en la nuca del hombre, y, por el otro, en un gollete. (*Nasca*. Río Grande, departamento de Ica. Periodo Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: *Fernando La Rosa*).

Cántaro escultórico que representa un pez marino de cola que se enrosca. En un gollete cónico prominente se apoya el asa, la que en el otro extremo se une al lomo del animal. Tratamiento pictórico-policromo de la superficie. (*Nasca*. Río Grande, departamento de Ica. Periodo Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: *Manuel Romero*).





DIRINTEMAR





Un ave marina, de largo y puntiagudo pico, que coge un pez para engullirlo, es el tema de la representación pictórico-policroma que decora este cántaro de cuerpo degollado, ligeramente divergente y asa-puente. (Nasca. Procedencia: Río Grande, departamento de Ica. Periodo Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Fernando La Rosa).

pesquera, siguiera un gusto especial por los productos del mar, y se explica, también, que tales productos fueran los principales en el régimen alimenticio.

Cobo, autor del más completo y prolijo inventario de las Indias con el Perú al centro, dijo que la pesca, entre los indios, era actividad fundamental: "No ejercitan estos indios [del Perú] la... pesca por sólo pasatiempo y recreación, sino por *necesidad e interés...*"¹¹. Fue, en realidad, la pesca, como dice un autor moderno, que sigue al citado Cobo, "una de las principales ocupaciones de los habitantes de la Costa"¹²; y un peruanista de renombre, en la calificación de las tareas más comunes del Perú antiguo, llegó a parangonar la pesca con la agricultura, no empeece el abolengo reconocido de ésta. En los distritos marítimos —dijo¹³—, la pesca ocupaba un puesto inmediato a la agricultura, *casi al mismo nivel que ésta*.

Desde luego, la riqueza proverbial del mar que baña nuestras costas favoreció en gran medida este alto rango de la pesca en el cuadro general de las actividades económicas. Riqueza que, como enseña la geografía, obedece a factores muy especiales: la baja temperatura de las aguas por el afloramiento de las masas subyacentes y la abundancia de vida planctónica. Esta vida planctónica constituye el primer eslabón de la extraordinaria cadena biológica que se desenvuelve con verdadero frenesí a todo lo ancho de la llamada *Corriente Peruana o Corriente de Humboldt*. "El agua fría —dice un especialista—... al subir del fondo del océano... mantiene una prolífica cantidad de plancton, que a su vez nutre peces de todas clases. El pescado ha sido así, desde las épocas más remotas, una fuente de alimentación importantísima para los peruanos..."¹⁴. Tello destacó la influencia de las corrientes que dinamizan el mar peruano, una fría y permanente, otra cálida y periódica. Dijo el sabio: "El mar que baña la costa del centro andino es rico en peces, acaso porque allí confluyen las dos grandes corrientes marinas: la fría, meridional o de Humboldt, y la caliente, ecuatorial o del Niño, que crean condiciones favorables para la vida de microorganismos que atraen y sustentan a una enorme población de peces y, por ende, de aves marinas, fuentes de industrias pesquera y guanera"¹⁵.

Igual penso Kosok: "En la fría corriente de Humboldt, que pasa por la costa peruana, siempre han pululado enormes cantidades de peces, más que de sobra para alimentar a toda la población agrícola costeña. De esta manera, *el mar ha sido la gran despensa*"¹⁶.

CAZA, PESCA Y AGRICULTURA

Emilio Choy, en un estudio sobre la *revolución neolítica en América*¹⁷, explica cómo “los *primitivos cazadores* se convierten en *pescaadores* y *recolectores costeños*”, cómo de la caza se pasa a la pesca y de ésta a la agricultura, y desarrolla la teoría, tomada con mucho entusiasmo de otros autores, de que en el origen de los cambios siempre hay *fuerzas internas*, lo que se traduce en un encadenamiento de sistemas económicos: un sistema económico trae otro o lo provoca; así, la propia pesca, en su perfeccionamiento, facilita el cultivo.

La teoría parte de un examen de las condiciones climáticas dominantes al término de la última desglaciación. Por los cambios climáticos, “los cazadores y recolectores nómadas de la zona altoandina, bajaron en mayor número a los valles costeños en los períodos desfavorables en la Sierra...”. La ocupación de la Costa en la faja situada frente al mar, “se hizo cada vez más larga por la adquisición de nuevas técnicas de pesca...”¹⁸. Había agua suficiente en la Costa para vivir, acumulada por los procesos climatológicos de la Sierra y también por las densas neblinas imperantes en el litoral.

Estas agrupaciones transhumantes vivían *principalmente de los mariscos* aunque también se alimentaban de algunas raíces, como la de la totora, según lo ha revelado Engel en relación al hombre de Paracas.

Ahora bien: el paso de la *economía de recolección* a la *economía de cultivo* no se produjo ni por cambios climáticos, como han sostenido algunos, ni por influencias extrañas o factores externos, sino por un *proceso revolucionario interno*, determinado por las *mismas exigencias de la primera economía*.

Las causas del cambio hay que hallarlas, pues, en el “desarrollo interno de los grupos” y no en influencias venidas de fuera con centros de dispersión más o menos lejanos.

El cambio, por lo general —insiste Choy—, fue lento, y si en alguna parte se produjo aceleradamente ello se debió a la concurrencia inusitadamente favorable o “acumulación” de factores. “La siembra no surge como una idea divina sino de la práctica de la recolección que permitió captar las leyes rudimentarias a que tiene que ceñirse la planta, desde la semilla hasta la obtención del fruto”.

Por eso, desde que el cultivo surgió como una necesidad impuesta por el mismo desarrollo de la economía de recolección y de pesca, *la agricultura incipiente aparece siempre asociada con la pesca*. “En la boca del río Ica, las primeras plantas domesticadas que aparecen sobre el estrato mesolítico de los cazadores-recolectores, revelan, como advierte Alberto Casavilca (1958),

que *la agricultura combinada con la pesca constituía la fuente de la alimentación*". Esta fase de agricultura embrionaria es sin cerámica y los productos agrícolas se ingieren cocinados sólo a medias por el procedimiento del agua calentada mediante piedras abrasadas.

Aunque parezca extraño, *las exigencias de la pesca favorecieron a la agricultura*. En otras palabras: el mejoramiento de la técnica de la pesca abrió el camino a la agricultura. Así: "El neolítico fue un cambio revolucionario que llevaron a cabo los pescadores de *Huaca Prieta* ante la evolución de la técnica productiva para mejorar la pesca. En cierto modo, las mismas exigencias de la vieja economía pesquera sirvieron para fomentar la nueva actividad agrícola: *la necesidad de mejores fibras para los cordeles* y, posteriormente, *redes*, como las que se lograban con el algodón y los flotadores de lagenaria..."¹⁹.

Siguiendo a Konstantinov, que dice que lo esencial en la revolución neolítica no son los cambios climáticos ni los factores geográficos ni el crecimiento de la densidad de la población sino, como ya se dijo, "las fuerzas productivas ya creadas", es decir, los propios sistemas económicos existentes y en proceso de perfeccionamiento, Choy apunta: "Al intensificarse la caza, entraba en colisión con la fauna, que al disminuir... dio lugar al desarrollo de la pesca mediante *redes y flotadores de lagenaria*, sistema que elevó notablemente la producción en relación con la pesca de anzuelo. Es evidente que *gran parte de la agricultura inicial fue de lagenarias para flotadores y algodón para redes...*"²⁰; es decir, *la agricultura estuvo asociada a los requerimientos de la economía pesquera*, vale decir, "a los requerimientos de la vieja economía de simple aprovechamiento de lo que la naturaleza ofrece...".

En otra parte, acentuando la tesis del *desarrollo interno* como explicación del progreso, dice Choy: "El desplazamiento de grupos de cazadores hacia zonas propicias en mariscos y pesca, influyó en el desarrollo de la capacidad inventiva de los mesolíticos costeros, multiplicando su capacidad creativa en el campo tecnológico, especialmente en invenciones como botes, arpones, anzuelos, redes, cuerdas...".

La teoría se completa con la consideración de otros factores. La *presión demográfica* influyó, desde luego, en el desarrollo de la agricultura. "Entre el 3500 y el 2500 antes de Cristo, las actividades de los *pescadores mesolíticos* en toda la Costa fueron halagadoras, comparadas con las de la fase precedente. Los conchales testimonian con su abundancia la facilidad con que era prevista la alimentación a base de los recursos marinos. Pero, aproximadamente por el 2500 antes de Cristo, la fauna y la flora llegaron a ser insuficientes para el desarrollo demográ-

fico...". Esta insuficiencia exigió, entonces, otras fuentes de abastecimiento para atender a la demanda vital.

Hay que señalar, también, como un factor estimulante de desarrollo la *diversidad ecológica*, derivada a su vez de "los inmensos contrastes de la geografía peruana, que no tiene comparación en América". Pero, esta diversidad ecológica ha operado en el plano exclusivo de una "*causa externa o condicionante*", con capacidad solamente para "acelerar o retardar" el cambio cultural, nunca como *factor originario*, que ese sólo se da con naturaleza de *causa interna*, "base de la transformación". En suma: "...la diversidad ecológica... influyó en acelerar el cambio de la diversidad cuantitativa, representada por la práctica productiva. Actuando en escenarios diversos del mesolítico, los recolectores pudieron cambiar el grado cuantitativo alcanzado en nuevas propiedades cualitativas".

En un momento determinado, se produjo el *predominio de la agricultura* y el *apartamiento del mar*. Durante la agricultura incipiente, siguieron por mucho tiempo juntas las dos actividades: la de la *pesca* y la del *cultivo*. Pero con el tiempo, "la amplia producción de los agricultores incipientes transformó a los agricultores que seguían con la pesca y la recolección de mariscos en *agricultores completos*, llegando éstos a depender de la *producción neolítica* aunque todavía carecían de las técnicas del riego"²¹.

Este "relevo de la actividad cazadora-pescadora por la agricultura", trajo consigo *otra revolución*, ésta en el campo de los establecimientos humanos y en la magnitud de los villorrios. Primero, aumentó el "ritmo de desarrollo"; después, "el aumento de la población, consecuencia de las mejoras alimenticias, creó el problema del espacio"; finalmente, "la *expansión* de la zona del *filo marítimo* al *interior de los valles*, coincidió no sólo con un aumento en el tamaño de los villorrios sino con el desarrollo de un *nuevo sistema de viviendas*".

Choy menciona el caso de las poblaciones agrícolas de Guañape, antecidas por las poblaciones pesqueras y mariscadoras, del mismo valle, y concluye: "Los restos... del *Guañape Medio* contienen grandes cantidades de *conchas marinas*, *huesos de pescado* y *huesos de mamíferos marinos*. Evidentemente, la dependencia de alimentos marinos disminuye entre los habitantes de *Guañape Tardío* (2000 años antes de Cristo, después de la fase profunda de *Huaca Prieta*, descrita por Bird)... En el período de *Guañape Tardío*... el maíz, la calabaza verrugosa, el pacaé y el algodón fueron cultivados por primera vez... Entonces, el alejamiento del mar de las gentes de *Guañape Medio* debe haber sido resultado de un aumento en la dependencia de las nuevas plantas cultivadas, particularmente el maíz, y el movimiento de los

establecimientos hacia el interior fue requerido por la expansión de la agricultura del maíz²².

La teoría expuesta por Choy de que las necesidades de la pesca dieron impulso al cultivo del algodón, ha sido considerada también por otros autores. Jacquetta Hawkes insinúa la idea de que la fabricación de redes cada vez más grandes, más finas y más resistentes, estimuló el cultivo del algodón por ser esta fibra insuperable para el indicado fin²³. En el Perú, los pueblos de *mediados del tercer milenio antes de Cristo* (por el 2500), especialmente los de Chicama y Virú, no habían inventado la alfarería pero ya cultivaban el algodón para hacer *redes*, bolsas y otros tejidos. De todas las manufacturas, la más importante era, sin duda, la de las redes, porque de las redes dependía casi totalmente la alimentación de los grupos.

EL HOMBRE Y EL MAR: APROXIMACION Y ALEJAMIENTO

Varios autores, entre ellos los norteamericanos Evans y Meggers, el ecuatoriano Estrada y el argentino Hardoy, coinciden en señalar las siguientes etapas en la historia de las relaciones del hombre con el mar en el territorio peruano. La *primera etapa* comprende de los inicios líticos y precerámicos hasta el 900 antes de Cristo (o el 800), que es la fecha que se señala con mayor acuerdo (aunque Engel propone el 1200) para la aparición del maíz, identificado con Chavín. Esta primera etapa es de *total dependencia del hombre con respecto al mar*. Se establece frente al mar y vive de él. La *segunda etapa* se extiende desde el 900 antes de Cristo hasta los comienzos de la era cristiana. Es, aproximadamente, un milenio. Durante esta etapa, en la que prima el maíz, se produce el *apartamiento del hombre del mar*. El hombre se hace básicamente agricultor y se dedica a la tierra. Además, geográficamente huye del mar porque *penetra al valle*, sobre todo al valle medio, y llega a las cabecezas del mismo. La alimentación de pescado y marisco no desaparece pero sí baja a un plano secundario. Engel observa que esta etapa se da en Paracas con agricultura y pesca a la vez. Los paraquenses emigraban periódicamente (por temporadas) "para pescar desde las playas y peñas durante el verano" y después volvían a cultivar el maíz y otras plantas en las zonas bajas de los ríos con ayuda de regadío de fácil alcance²⁴. Chavín prácticamente es eso: *asentamiento del maíz*, por un lado, con sedentarismo agrícola y agrupación habitacional en torno a un edificio que puede ser un templo, y, de otro lado, *alejamiento*

del mar por consecuencia del nuevo tipo de economía basado en la tierra y no en la pesca²⁵.

La *tercera y última etapa*, a partir del siglo I de nuestra era, es de *retorno del hombre al mar*, de nuevo acercamiento, ello debido al *crecimiento demográfico* que obliga a la ocupación total del valle y a la necesidad de la *comunicación marítima* entre los valles vecinos. En esta etapa, naturalmente, la economía es dual: de *base agrícola* y también de *base marina*, según los casos, y aparece el *comercio marítimo* por medio de *balsas* de gran tamaño (como se ha visto en el capítulo décimo sobre navegación).

Evans, Meggers y Estrada han estudiado con especial detenimiento la segunda etapa, aquella que se inicia por el 800 o el 900 antes de Cristo, y tiene por emblema el maíz. El *apartamiento del mar* es inmediato: se produce la expansión hacia el interior de los valles con un nuevo patrón sedentario de vida comunitaria.

El punto de partida, por lo tanto, de la *revolución agrícola-sedentaria* es "la sustitución de los alimentos extraídos del mar por un producto terrestre confiable que únicamente puede ser dado por la agricultura"²⁶. La *capacidad de competencia con los productos del mar* decidió la suerte del sistema económico alimenticio y, también, la suerte del sistema comunitario. Mientras no hubo un producto de la tierra capaz de competir o superar a los productos del mar, el mar condicionó la vida del habitante de la Costa. El hombre, entonces, se alimentó de pescado y marisco. Mas, cuando apareció un producto que pudo competir y venció a los productos del mar —que fue, como se ha dicho, el maíz—, *el mar inevitablemente fue desplazado a un segundo plano*.

Braudel, en su magistral estudio sobre el Mar Mediterráneo, expone la interesante teoría de que un factor importante, en todo el mundo, para el desarrollo de la pesca, es la pobreza de las tierras inmediatas. Así, en muchos sectores del Mediterráneo —explica el insigne historiador—, "de la miseria de un *hinterland* pelado y casi siempre montañoso, han brotado miles de aldeas en las costas"²⁷.

Puede aplicarse esta idea al Perú. La escasez de tierras en la Costa, el predominio del arenal sobre los suelos cultivables de los valles, y la pobreza de las quebradas, *determinó una dedicación especial del hombre a la pesca y a la recolección de mariscos*. Fue, casi, en muchas regiones, una disyuntiva de vida o muerte, de subsistir o perecer o tener que cambiar de morada. La tierra no producía lo suficiente para cubrir la demanda del grupo, y la pesca fue entonces la *base alimenticia*.

Al margen los gustos y preferencias, parece que nunca la tierra dio en cantidad bastante para cubrir la demanda de alimento de los pueblos de la Costa. Aun en la época de máximo desarrollo agrícola, la producción no alcanzó porque coincidió este apogeo (con grandes obras de irrigación, canales y riego especial) con un crecimiento demográfico que elevó sobremana la demanda.

De esta manera, en la época de mayor crecimiento demográfico, la pesca fue una industria extractiva *no complementaria* sino *salvadora*.

LOS COSTEÑOS, GRANDES PESCADORES

Los escritores del Descubrimiento y primeros tiempos de la dominación española, dejaron encendidos elogios sobre la mucha dedicación y excepcional habilidad de los indios costeños del Perú en los trabajos de la pesca, y declaráronlos únicos verdaderamente en el mundo, o entre los mejores de otras regiones, por su pasmosa destreza para coger el pez, ora con la red, ora con el anzuelo, unas veces desde la embarcación primitiva, otras desde los promontorios y tormelleras de la costa.

Así, refiriéndose, en general, a los pobladores de todo el continente, Oviedo anota que "el manjar más ordinario de los indios y al que ellos tienen gran afición, son los pescados de los ríos *e de la mar*: e son muy diestros —agrega— en las pesquerías e artificios de que usan, para los tomar"²⁸.

Gutiérrez de Santa Clara destaca la abundancia, realmente increíble, del mar peruano, generoso en todos los tipos y formas de pescados. Cuenta que con los diversos sistemas de pesca pero, especialmente, con el sistema que los indios llamaban de la *pesca real* (del que se tratará más adelante), "toman grandísima cantidad de pescados, que después se los llevan a sus casas, de que se podría cargar dos navíos del pescado"²⁹.

Chilca era un gran centro pesquero, de los más principales de la Costa. "Y en este paraje —dice Cieza—, en la mar matan tantas sardinas, que basta para mantenimiento destes indios y para hacer con ellos sus sementeras..."³⁰. En el capítulo siguiente se relata, efectivamente, que los indios de Chilca, por la mucha cantidad de anchoveta que sacaban de la mar vecina y por las propiedades que este pececillo tenía como fertilizante para la tierra de cultivo, sembraban siempre la semilla del maíz con una cabeza de anchoveta, y era éste un uso muy general y observado por el buen resultado que daba en la agricultura.

El moño, o protuberancia frontal, saliente a través de la redecilla que sujeta los cabellos, es signo distintivo de los pescadores en las representaciones semiesculturales del arte alfarero *Nasca*. (Procedencia: Río Grande, departamento de Ica. Siglo IV de nuestra era Museo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Foto: Abraham Guillén).



Gutiérrez de Santa Clara también elogia a los indios de Chilca, de quienes se ocupa diciendo que "...siempre andan en la mar pescando, porque está allí junto, a tiro de piedra..."³¹.

Sin excepción, los indios de toda la Costa, desde el Norte cálido hasta el Sur yermo de la faja atacameña, eran pescadores y vivían, unos más otros menos, de los frutos de su actividad extractiva. Lo dice el ya citado Gutiérrez de Santa Clara con estas palabras: "Desde el pueblo de Payta hasta la gobernación de Chile... los indios desta costa pescan a su salvo (porque no hay lagartos o caimanes) y todo el pescado que toman se lo comen crudo..." Y agrega esta anotación verdaderamente pintoresca atañedora a la higiene personal de los indios: "...y para mi tengo creído que a esta causa [que comen el pescado crudo] les nasce a estos pescadores en todo el cuerpo el empeine o carácter que tienen, que *siempre andan hediendo a pescado*..."³².

Si Chilca tenía fama, Paita no se quedaba atrás. "Famoso puerto de Payta —dice Vásquez de Espinosa, a los comienzos del siglo XVII—, *los indios son grandes pescadores*... y assi hay en él de ordinario mucho pescado fresco... *atún* tan bueno como el de España y *lisas* y otros pescados y muchos *tollos*..."³³. En otro párrafo, el mismo Vásquez de Espinosa explica: "Son todos llos indios de la Costal pescadores porque tienen la mar cerca..."³⁴, explicación, naturalmente, sólo en parte juiciosa.

Los pueblos de Atacama —un desierto calcinado por los rayos de fuego del sol, sin agua, pobrísimo de ríos— vivían, ellos sí, exclusivamente, de los productos del mar, y eran, por lo tanto, consumados pescadores, diestros tanto en la pesca desde la playa como desde sus primitivas embarcaciones de pellejos inflados. "En la costa desta provincia —dice el susodicho Vásquez de Espinosa— no hay valles porque el agua de los ríos no llega a ella; ...los indios que habitan la costa no tienen comidas, *son pescadores y sólo se sustentan de diversidad de pescados y mariscos*, que hay muy buenos; hay en ella ostiales de que también se sustentan; estas ostias tienen muchas y muy finas perlas, que no se pescan por ser tierra remota y falta de gente..."³⁵.

Camaná y San Pedro de Lloc también, como Paita, tenían fama por la abundancia de pescado que ofrecían todos los días a los lugareños y forasteros en tránsito. "La villa es regalada —refiere el tantas veces citado Vásquez de Espinosa, hablando de Camaná, en tierra arequipeña— *...por el mucho pescado* que se pesca en la mar que está allí junto..."³⁶; y de Pacasmayo o San Pedro de Lloc dice Calancha: "Lo que contiene el medio son playas de un mar pocas veces pacífico y siempre montaraz; habitanlas algunos indios pescadores, que se sustentan de mariscos y medran en sus pesquerías..."³⁷.

Los elogios a la habilidad de los pescadores nativos, no se quedaron allí. Benzoni aumentó el panegírico al decir que "a lo largo de toda la costa de este mar, los indios son *habilísimos pescadores...*"³⁸; y, por su parte, Murúa destacó también los relieves del paraíso pesquero de la costa peruana al anotar que "toda la ribera del mar es *abundantísima de pescado*, de suerte que en ninguna parte falta..."³⁹.

La tradición pesquera de los indios del litoral peruano se mantuvo; y así, un escritor del siglo XVIII, pudo decir: "...es constante que los indios fijaban sus residencias en las orillas de los ríos y *mares por el interés de la pesca a que son propensos*, y en cuyo giro se familiarizan tanto con este elemento, que se avanzan en sus excursiones marítimas a unos riesgos, de los cuales sólo puede salir con éxito el peje más atrevido"⁴⁰.

Así, pues —y dicho a manera de resumen, utilizando una de las plumas más autorizadas en la materia—, "los antiguos habitantes de las riberas del Pacífico vivían principalmente de los productos marinos, de peces y moluscos... El hombre vivió en grandes sociedades *cerca de las bahías* y en los sitios de mayor abundancia de seres marinos... y extrajo del mar los productos suficientes no sólo para satisfacer sus necesidades sino para conservarlos y cambiarlos con otros de las poblaciones de altura"⁴¹.

CONTROL DE LA PESCA POR EL ESTADO

"...Dicen que Topa Inga Yupangui fue el que de nuevo amojonó toda la tierra con grande orden... puso límites en las chácaras y montes y todo género de minas... *hasta las islas de la mar*, junto a la costa de cada pueblo; ...puso grandes peñas para que no se quebrantasen, ni entrasen, los unos en los términos de los otros a cazar *ni pescar*, ni en las minas ni en las salinas... ni otra cosa alguna *si no fuese con especial licencia del Inga*"⁴².

Murúa, de quien es lo leído, explica, así, que un gran orden reinaba entre los pueblos de la Costa, desde la dominación imperial, para las faenas de la pesca: igual orden que el que regía para la labranza, por ejemplo, o para el aprovechamiento de los pastos en las tierras altas, o para el *chaco* o caza. Se sabe, por Ondegardo, que el régimen incaico, justiciero pero rígido, "dividió los pastos e cazaderos... para que ninguna provincia pasase con el ganado a la otra, ni a cazar quando se les daba licencia, sino que *cada uno tuviese su distrito limitado...*"⁴³. Todas las tierras, tanto las del Sol como las del emperador y también las de la comunidad, estaban delimitadas, empleándose en los términos grandes rocas, a manera de hitos, para que nadie, ma-

ñosamente, fingiendo desconocimiento, se excusase. Esta delimitación, perfectamente controlada, valía en lo administrativo para los pastos del ganado, para el cultivo de las tierras, para la caza, para la extracción de la sal y el guano, y, en las caletas, para la pesca. Los pescadores de un distrito o de un valle no podían tender sus redes ni lanzar sus anzuelos en las aguas pertenecientes a otro distrito, aunque la escasez los afectase, salvo licencia especialmente concedida por el propio Inca o por la autoridad regional debidamente respaldada.

Este sistema de dividir las tierras, los pastos y los campos de caza, se conocía con el nombre de *moyas*. Moya era, por lo tanto, cada sector que pertenecía al Sol, al Inca o a determinada comunidad.

En todo tiempo, como ya se dijo, las autoridades imperiales cuidaron que el *amojonamiento* fuera claramente visible. Este amojonamiento marcaba los derechos e imponía a los vecinos el respeto a la heredad ajena. Nadie se atrevía a pasar estos límites, so pena de severísimas sanciones. En la época de los españoles los indios comenzaron a litigar por tierras y pastos, y de ello se escandalizó el citado Polo de Ondegardo, que, como juez que era, tenía que conocer de los pleitos de los indios de su jurisdicción. El licenciado, en el ejercicio de la magistratura, supo, por declaración de los mismos litigantes, que antes, cuando los Incas, no había sido así la situación, porque todos, con gran respeto, cuidaban espontáneamente de no invadir las tierras, cazaderos o *costas para la pesca* de otras comunidades. "En la gobernación de los indios, una regla que no tiene falencia, que antes que nos conociesen, muchos años, nunca hicieron pleito civil unos con otros, porque de tal manera tenían los Ingas concertado el reino en tierras, pastos, *pescas*, cazaderos y en todo lo demás, que no tenían en qué atravesar..."⁴⁴. Agrega, destacando la comprensión y el espíritu de justicia con que actuaba el Inca en favor de los pueblos extremadamente necesitados: "...verdad es que *no era tanta la limitación* ni había cosa tan fija que por la voluntad del Inga no se mudase, pero esta se guardaba indistintamente y nunca mudaba la costumbre para dar a uno lo que era de otro, a lo que yo he podido averiguar, sino era *trocando la gente de una parte a otra* o tomándolo para sí o para sus ídolos o guacas".

La regla era, pues, el respeto estricto a los amojonamientos, el deslinde preciso, la división de tierras, pastizales y pesquerías (en la Costa) impuesta por la administración imperial, pero todo con excepciones, de conceder las cuales muchas veces el Inca se holgaba. Así hablando de un caso particular del que tuvo veraz noticia, Murúa cuenta: "Era esta reina y señora Chimpu Numa muy hermosa; casóse con su hermano Maita

Cápac... tenía muchos pescadores los cuales pescaban de muchas maneras... y no podían pescar los demás si no era con licencia del Inga o de sus capitanes, porque había pena..."⁴⁵.

Desde la dominación de los Incas, el ejercicio de la pesca estuvo sujeto —además en todos los pueblos de la Costa—, a las normas generales que regían la planificación racional del trabajo. Así, de un lado, el número de pescadores en una caleta debía ser el estrictamente adecuado a la capacidad de producción de esa caleta; y, de otro lado, cuando en una región, sin tradición pesquera (y sí con enraizada agrícola) el agua no alcanzaba para el desarrollo de los programas de cultivo, parte de la población tenía que dedicarse a otras actividades, entre ellas a la pesca (si mediaba la circunstancia, naturalmente, de la proximidad del mar). Tal el caso que cita el P. Lizárraga: "Cuando los españoles —cuenta— entraron en este reino [el de *Chincha*] había en él treinta mil indios tributarios... y porque no tenían agua suficiente para que todos pudiesen labrar la tierra, el Inca señor destos los tenía repartidos desta suerte: los diez mil eran labradores, los diez mil pescadores y los diez mil mercaderes; los pescadores no habían de labrar un palmo la tierra; con el pescado compraban todo lo necesario; los labradores no habían de entrar a pescar: con los mantenimientos compraban el pescado... Los mercaderes tenían licencia de discurrir por este reino con sus mercaderías, que las principales eran mates para beber... tenidos en mucho hasta la provincia de Chucuito, en el Collao..."

También durante el imperio, la intervención del Estado en la industria pesquera y en la actividad extractiva de los pueblos del litoral llegó al extremo de ordenar el traslado, como en el sistema de los *mitimaes*, de grandes grupos de especialistas en la pesca de una región a otra, incluyendo el interior del país (así, de la Costa a los ríos y lagos de la Sierra —por ejemplo, de la Costa al Titicaca—), no se sabe si como castigo, para dispersar a los rebeldes (*mitimaes* propiamente dichos), o para aleccionar con el ejemplo a los pueblos atrasados en el arte de la pesca, de suyo tan importante. "Lo principal que se hizo respecto a la pesca —dice un historiador del siglo pasado, siempre bien informado—, fue la traslación de algunos pescadores que habitaban junto al Pacífico, a las orillas del Lago Titicaca; donde todavía pueden reconocerse vestigios de los *chimúes* trasladados, y a las márgenes del río Marañón, en las que algunas comunidades se distinguían por el uso de la lengua mochica"⁴⁶.

EL OFICIO DE PESCADOR

Desde antiguo, la pesca fue una especialidad que exigía del hombre que a ella se dedicaba condiciones especiales de fortaleza física, destreza para desenvolverse en el mar y gran resistencia⁴⁷. Así fue, por ejemplo, entre los mochicas. Además, por lo mismo que era una actividad riesgosa, demandaba valor, a veces temerario. En el Norte sobre todo, los pescadores mochicas y, más tarde, los chimúes —herederos de aquéllos—, que salían en sus *caballitos de totora* muchas millas mar adentro, lejos de la costa, hasta perder de vista la tierra, debían ser hombres avezados, duros a los castigos de la naturaleza, resistentes a la fatiga (a la sed principalmente, a la que se exponían bajo los soles abrasadores), de gran serenidad y confianza en sí mismos, buenos nadadores para salvar de los frecuentes naufragios; valientes, en suma, para afrontar todas las eventualidades del trabajo en el mar.

Puede decirse que los pescadores formaban un gremio. Integraban una de las especialidades más importantes de los hombres de la Costa. El oficio de pescador destacaba en el cuadro general de los oficios, y su nombre, en el idioma aborigen, era, según Valcárcel, *challhua-camayoc*⁴⁸ y, según Rómulo Cúneo Vidal (que sigue el informe titulado *Representación sobre los daños y molestias que se hacen a los indios*, del Licenciado Falcón, de 1580), *chaillacamayos*, ligeramente diferente al anterior. El oficio de pescador capacitaba al hombre, según Murúa, a la obtención por los medios conocidos de toda clase de pescado, sin distinción alguna, y camarones y cangrejos también. Por excepción, el *challhua-camayoc* pagaba tributo de pescado al Inca. Un oficio próximo al de pescador era el de *mollocamayoc*, que reunía a "los que cuidaban del *mullo* o conchuela dedicada a fines rituales"⁴⁹. También cercano al oficio de pescador estaba el de *salador de pescado*, que tenía el nombre de *challuc runa cuna*⁵⁰. Según la organización imperial, todos los hombres dedicados a la pesca, así como los de los otros oficios del reino, estaban bajo el control de los funcionarios regionales, quienes los agrupaban, registraban y controlaban en sus labores con gran celo.

El testimonio ceramográfico revela que los pescadores, por lo menos desde el florecimiento de las grandes culturas regionales de la Costa, de comienzos de la era cristiana, tenían dos emblemas o signos característicos: la *huara* y el *moñito*. La *huara* "era el pañete ceñido por la horcajadura"⁵¹, que cubría, por comodidad (¿y decoro?) los genitales y ajustaba el abdomen. El *moñito*, sobre el cual llama la atención Muelle, era una especial disposición del cabello sobre la frente, nudo ajustado por

una malla que, con el tiempo, alcanzó extraordinaria popularidad entre las gentes del oficio, hasta convertirse en un verdadero emblema o signo distintivo. Muelle lo llama "carácter de nadador". Aparece representado —observa el mismo Muelle— en todos los huacos en los que la figura principal es un nadador (especialmente, en los huacos de los estilos Nasca y Chanca). En la Paleopatología, el moño se da asociado a la exostosis de ambos oídos —según lo ha advertido Pedro Weiss—, es decir, al osteoma del conducto auditivo externo, lo que revela, teniendo en cuenta la etiología del citado osteoma, el carácter propio del pescador o mariscador. Más adelante se tratará de los estudios del citado Weiss sobre los osteomas del conducto auditivo o "estigma de los zambullidores", un padecimiento que estuvo muy difundido, como enfermedad profesional o laboral, en el Perú antiguo.

Organizada por Junius B. Bird, el Museo de Historia Natural, de Nueva York, ofreció en 1962 una exposición titulada *Arte y vida en el antiguo Perú*. Una de las vitrinas estuvo dedicada a mostrar, a través del testimonio ceramográfico, excepcionalmente ilustrativo, al *pescador Nasca de hace mil quinientos años aproximadamente*.

He aquí lo que revela la cerámica policromada sobre los hombres del oficio:

a) *Unos entraban al mar con red de pescar*, otros iban desprovistos de ella.

b) Todos llevaban una *malla en la cabeza* para sujetar el cabello.

c) La citada *malla*, muy ceñida, formaba por lo general (no siempre) un *cacho en la frente*, por la cabellera allí reunida y fuertemente atada. Este *cacho*, que llama Bird, es el *moño* de la descripción de Muelle.

d) El *gorro de malla* se prolongaba a veces hasta el cuello, envolviendo, por lo tanto, íntegramente la cabeza. El pescador adoptaba entonces la figura de un buceador; pero, la envoltura tenía ojales a la altura de las orejas, lo que permitía al pescador percibir todos los ruidos y atender a las llamadas de sus compañeros de trabajo. En cambio, el oído quedaba indefenso a los golpes de las olas.

e) Unos usaban taparrabo, o *huara*; otros entraban al agua completamente desnudos, luciendo los genitales.

f) La *red* o *bolsa de malla*, para guardar los productos de la pesca o de la extracción de mariscos, iba generalmente *sobre la espalda* o *los hombros*, y cuando el pescador trabajaba sobre un flotador, *sobre las caderas*. Como se verá en seguida, es cuestionable el uso de flotadores por los pescadores Nasca de los primeros siglos de nuestra era.

g) En la mayoría de las representaciones, la figura del pescador va asociada a peces. La composición los presenta, ora en el extremo de un cordel, ora cogidos por el pescador con sus manos, ora atrapados en la red.

h) También hay figuras que no llevan representación alguna ni de pescado ni de red. Extrañamente, en cambio, llevan representaciones de plantas y frutos de la tierra.

i) Son frecuentes los ejemplares de vasos que representan pescadores con los *instrumentos de pesca* o de *extracción de mariscos*. Se reconocen con facilidad *palos puntiagudos* para la extracción de *choros*.

j) En todos los casos, el pescador va *tendido sobre un flotador*, es decir, la figura humana aparece echada sobre algo que en el vaso es una *base globular* o *esférica*. ¿Se trata, en verdad, de un flotador, usado para facilitar la maniobra en el mar, o tal supuesto flotador no existe y es sólo una manera convencional de representar al hombre que nada y desciende bajo el mar para atrapar al pez o arrancar a las rocas las colonias de moluscos? Supuesto el uso del flotador, éste podría ser un *odre* o una *calabaza gigante*. Pero, lo primero resulta difícil de suponer porque la representación de un odre, o *pellejo inflado*, habría sido insinuada claramente. Lo segundo también es improbable porque la calabaza habría sido señalada en sus nervaduras, que es un elemento que la tipifica. En pro de la idea del flotador puede aducirse la soltura que muestran las extremidades de la figura humana, sin la tensión propia del esfuerzo natatorio. Pero, Bird, autor de la exposición, dice "pescador nadando" (que regresa de la tarea diaria con peces y mariscos). Por esta sola expresión, hay que descartar la idea del hombre sobre el flotador. Cree, por lo tanto, Bird que no hay tal flotador en la representación. Todo se reduce a un nadador que avanza sobre el agua llevando sobre el cuerpo la red que guarda los productos de la pesca. Entonces, la *base globular* o *esférica* del vaso es, simplemente, un elemento cerámico —el *globo Nasca* que en tan alto porcentaje aparece en los ejemplares de este estilo—, necesario para el carácter semi-escultórico de la composición.

Los pescadores, al término de sus faenas en el mar, retornaban a tierra, cuidaban de la embarcación (si era *caballito*, lo paraban para que la totora escurriera el agua absorbida) y conducían a lugar apropiado el producto de la pesca. Algunos peces de gran tamaño eran llevados, entonces, al villorrio cargándolos por el sistema de *pretina*. Un huaco escultórico, de admirable composición, de la cultura Lima, hallado en Pachacamac, representa un pescador, hombre de edad por las facciones, que lleva sobre sus espaldas un enorme *tollo*⁵². Tan pesada car-

ga reposa sobre las espaldas del recio pescador y va sujeta a la frente del mismo por medio de una *pretina* o *banda frontal*. Por la inclinación del cuerpo, se descubre que es muy grande el esfuerzo que hace el *carguero de pretina*⁵³.

SISTEMAS DE PESCA

Fueron muchos, y algunos muy ingeniosos, los sistemas que aplicaron los indios, tanto en los ríos y lagos como en el mar —en éste especialmente y con mayor frecuencia, dada su riqueza y larga frontera con el continente, gran parte de ella poblada—, para obtener de las aguas el rico tesoro de la pesca. Algunos cronistas de los siglos XVI y XVII, entre ellos principalmente Cobo y Acosta, y el historiador de las guerras civiles Gutiérrez de Santa Clara, presenciaron las faenas de los indios en las playas y puertos del extenso litoral y pudieron, así, relatar, con palabras de asombro —por la mucha habilidad de los nativos— la forma como extraían el pescado, las técnicas que aplicaban y los instrumentos de que se valían para el trabajo.

“Para sus pesquerías tenían los [indios del Perú] —dice Cobo— varios modos e instrumentos, generalmente pescaban, así en la mar como en los ríos y lagos, con anzuelos, nasas y redes...”⁵⁴. En general, como dice un historiador del siglo pasado, “la pesca alcanzó las más vastas proporciones cerca del mar... Se tomaban *inmensas cantidades de anchovetas*... [En los ríos] se embriagaba a los peces con *barbasco* y otras yerbas en las aguas estancadas... Otros peces eran tomados *flechándolos* a cierta profundidad, *arponeándolos* si eran de gran tamaño, usando el anzuelo o la red para los menores. Las ballenas [?], las vacas marinas, los lobos y otros monstruos acuáticos eran víctimas ya del *arpón*, ya de la lanza...”⁵⁵. En otro de sus libros, Lorente, de quien es la cita anterior, insiste en la variedad de métodos e instrumentos de los indios pescadores de la costa: “...sabían [los indios peruanos] —expresa— tomar los peces embriagándolos con ciertas yerbas en las aguas mansas, flechándolos a alguna profundidad en las cristalinas, arponeando en el mar a los grandes, echando el anzuelo a los pequeños, lanceando al que se acercaba a la playa y cogiendo grandes cantidades con las redes”⁵⁶.

El empleo de los instrumentos y aparejos de mayor popularidad, como el anzuelo y la red —ésta, de varios tipos— se remonta a las primeras épocas del establecimiento de los grupos humanos en el litoral. De la antigüedad del anzuelo y la red se ha tratado en el capítulo cuarto.

No pocas referencias contenidas en los cronistas, informan sobre la considerable población de indios en la Costa que se dedicaba únicamente a la pesca. La pesca en algunos valles, como en el de *Guarco* (hoy Cañete), se cumplía con mucho de rito o ceremonial, y cada vez se hacían a la mar en sus débiles pero muy marineras embarcaciones verdaderas masas de indios. Lo cuenta Acosta, refiriéndose al valle citado. Guarco era uno de los grandes centros pesqueros del Perú. Los indios pescadores de allí usaban para sus salidas diversos tipos de embarcaciones, hasta, según parece, *cueros inflados*, como era frecuente en el Sur y, de modo especial, en el litoral chileno. Dice el ilustre jesuita: "En el valle de Cañete, que antiguamente decían *el Guarco*, había *innumerables indios pescadores*, y porque resistieron al Inga, cuando fué conquistando aquella tierra, fingió paces con ellos, y ellos por hacerle fiesta hicieron una *pescasolemne de muchos millares de indios* que en sus balsas entraron a la mar..."⁵⁷.

La pesca con red se hacía individualmente o por grupos. Refiere el mismo Acosta: los indios "hacen unos como manojos de juncia o espadañas secas bien atadas, que allá [en el Perú] llaman *balsas*, y llévanlas a cuestras hasta el mar, donde arrojándolas con presteza, suben en ellas, y así *caballeros* se entran la mar adentro, y bogando con unos canaletes de un lado y de otro *se van una y dos leguas en alta mar a pescar*; llevan en los dichos manojos sus *redes y cuerdas*, y sustentándose sobre las balsas lanzan su red y están pescando gran parte de la noche y del día, hasta que hinchen su medida, con que dan la vuelta muy contentos...". En todo esto —agrega Acosta—, los indios pescadores exhibían extraordinaria habilidad y era tal la destreza con que trabajaban, que las faenas de pesca constituían espectáculo verdaderamente digno de contemplarse: "...cierto verlos ir a pescar en el Callao de Lima, era para mi cosa de gran recreación, porque eran muchos y cada uno en su *balsilla* caballero, o sentado a porfía cortando las olas del mar, que es bravo allí donde pescan, parecían los tritones o neptunos, que pintan sobre el agua..."⁵⁸. De esta manera, cada indio pescador por su cuenta, "pescaba en la mar, con redes, infinitas sardin..."⁵⁹ y toda otra clase de peces de la infinita fauna ictiológica, siempre y en todas las playas y caletas, tan abundante y variada.

La otra modalidad de *pescas con red* era *en grupos*. "Entraban a la mar acompañados o muchos juntos o de dos en dos, cada uno en su *balsilla*; y tendida la red —explica Cobo⁶⁰—, la recogen dos por los cabos y se van acercando el uno al otro como le van recogiendo, hasta juntarse las balsas...". Este sistema se aplicaba principalmente para el pescado pequeño, como la

anchoveta (o sardina) y nunca para el pescado grande. Lorente describe en los siguientes términos las faenas de la *cala*, en las que el indio sacaba a relucir sus muchas y admirables habilidades: "En las pescas llamadas *calas*, en las que se necesitaba luchar no con espantosos monstruos a los que se puede desarmar, sino con el furor de indomables olas, no son menos de admirar la intrepidez y la destreza de los indios. El mar agitado por la resaca y quebrándose en las rocas se levanta a espantosa altura y retumba como el trueno; la débil embarcación se vuelca a menudo, y entre tanto los pescadores serenos y alegres navegan sobre montes de agua, juegan con el océano embravecido, y suben una y otra vez sobre la volteada canoa, saliendo al fin a la playa salvos ellos y su abundante pesca..."⁶¹

Modalidad muy extendida fue la llamada *pesca real*, de la que trae noticia detallada el cronista de las guerras civiles Gutiérrez de Santa Clara. "Estos indios —dice en sus *Quinquenarios*— pescan de otra manera muy extraña, que ellos llaman *pesca real*, y es que entran muchos grandes nadadores bien adentro de la mar, y estando bien alongados se ponen en hila como cuando van a buscar la caza acá en la tierra, y vienen hacia la costa en ala gritando y braceando y haciendo gran ruido en el agua, y con esto se vienen acercando y traen antecogidos mucha diversidad de pescados a la lengua del agua. Están muchos indios aguardando en tierra con redes muy largas y con muchas mantas delgadas, y como los nadadores llegan cerca se meten estotros de refresco en el agua y tienden sus redes largas y mantas grandes, y toman grandísima cantidad de pescados, que después se los llevan a sus casas... Peligran muchos indios por esta manera de pesca, porque, o se los comen tiburones, o los destripan otros pescados grandes... o se punzan con algunas espinas de pescados ponzoñosos. También se ahogan muchos de ellos faltándoles el aliento y las fuerzas para nadar..."⁶²

La *pesca real* se practicó en el Perú y también, como relata Pedro Mártir de Anglería en sus *Décadas*, en Centroamérica y México. Enrique Rioja, en su libro *La vida en el mar* (1964), señala que esta modalidad de pesca "por rodeo y con palos", a la manera de la caza por *chaco*, se practica igualmente en Polinesia, constituyéndose, por consiguiente, en un buen argumento para los difusionistas.

No menos interesante, y de la cual también trae noticia el autor de los *Quinquenarios*, fue la modalidad de *pesca nocturna con lumbré o luminarias*: "Otra manera hay de pesca mas empero segura y sin peligro, y como ellos dicen caballerosa, y es que van de noche mucha cantidad de indios por la mar adelante en muchas balsas y llevan grandes luminarias y lumbres

encendidas de tea o pino. Y como estos van desta manera, encandilan los pescados que abobados y atónitos se paran a mirar la lumbre como cosa nunca vista por ellos y luego se vienen allegando a las balsas, y allí los arponean y flechan, o los toman a mano y en esta forma toman grandísima cantidad de diversos pescados⁶³. Valcárcel dice que este sistema de pesca, revelador de gran ingenio, fue muy común en la costa peruana y en la vecina, al Norte, del Ecuador, siendo muy hábiles en practicarlo especialmente los indios de Tumbes, Paita, la Puná y Puertoviejo⁶⁴.

En las playas pedregosas los indios practicaban la pesca con *corrales* y *estacas*. Era una modalidad que dependía de la marea. Cobo explica que el sistema lo aplicaban los indios "en las costas del mar, bocas de los ríos y esteros", aprovechando la pleamar. "Hacen canales de piedra seca y de estacadas muy juntas y cerradas, con las paredes bajas". Las áreas circundadas, a manera de corrales de *pirca*, eran, con la subida de las aguas, inundadas por el mar, y después, "al menguar el agua [en la bajamar], se queda encerrado [el pescado] en mucha cantidad, que cogen [los indios] a mano y sin trabajo, por haber quedado en seco"⁶⁵. En otra parte de su monumental inventario del Nuevo Mundo, Cobo cuenta que "en los ríos de los llanos y costa de la mar, principalmente para pescar camarones, suelen *secar* un brazo de río o todo él, sacando el agua de su madre y echándola por otra parte, y con esto queda la pesca en seco..."

Practicaron también los indios la hoy vedada modalidad de la *pesca por medio de substancia tóxica*. "En los ríos —refiere el tantas veces citado Cobo— es muy usado el pescar con *barbasco*, que es cierta yerba como bejuco que, mojada, echan en el agua y adormece y emborracha los peces, de suerte que quedan sobreaguados como muertos". Oviedo refiere que esta modalidad también se usó en Centroamérica y México, aplicándose allá hierbas "para emborrachar los pescados" de las mismas propiedades que el *barbasco* peruano⁶⁶. Más tarde, insistieron sobre esta modalidad Juan y Ulloa al decir que los indios de la Costa, herederos de la tradición prehispánica "también hacen pesquería con yerbas: de cuyo método se sirven en sitios donde los esteros forman alguna especie de rebalsadero o laguna...". Cierran la laguna y arrojan el *barbasco* machacado, con algún cebo para que pique el pez. "Luego que el pescado come de ella [de la yerba], se emborracha y sobrenada como muerto: así no tiene más trabajo que el de cogerlo... Todo el pescado menudo muere efectivamente con su violenta actividad, pero el grande solo queda como tal por largo rato;... y aunque parece

que el pescado así cogido debería ser nocivo a la salud, la experiencia tiene acreditado lo contrario: así se come sin recelo...⁶⁷.

Finalmente, una modalidad muy especial y sobre cuyo origen se especula y discute mucho, fue la *pesca con cormorán*, sobre la que se ha tratado con alguna extensión en el capítulo sexto. Allí se dice que la pesca con cormorán se practicó tanto en el Perú como en las costas de China y Japón y, siguiendo a Amano, se subraya que la pesca con *cinco cormoranes*, cada uno atado a un dedo de la mano del pescador, propia del Japón, también se conoció en el Perú, como lo testifica un ceramio de la costa Norte. "Los chimúes conocían la pesca con ayuda del cormorán que se practica en China desde tiempo inmemorial. Parece deducirse esto —dice un escritor moderno⁶⁸—... de las representaciones gráficas halladas en viejos tejidos, que muestran a este animal como *auxiliar de la pesca*. Se le ve acompañando a los pescadores *sobre una gran balsa*, con un cordel atado al cuello... Estas aves no vuelan en grandes bandadas sino en pequeños grupos... con el cuello y la cabeza estirados hacia adelante y con rápido movimiento de alas. Nunca se elevan a gran altura, sino que se mantienen lo más cerca posible de la superficie del agua. No se lanzan, por lo tanto, en picada para coger su presa, sino que pescan nadando y buceando, pudiendo permanecer largo tiempo bajo el agua...". Rioja está por considerar esta modalidad, al igual que otros autores, como originaria de Asia. "La *pesca con cormorán* —expresa en su bello libro ya citado⁶⁹—... *no fue desconocida por los peruanos*, según testifican algunas pinturas antiguas, cosa perfectamente posible ya que en las costas del Perú abundan los *guanayes*. La interpretación que dan de esta costumbre los que tal suponen, es que tal vez *este método de pesca fue de procedencia asiática* y llegó a las costas americanas *a través del Pacífico* con otros elementos de las culturas orientales".

LA RED. CHINCHORROS Y ATARRAYAS

Los útiles o aparejos de pesca empleados por los indios fueron muy diversos. Rioja enumera los siguientes: "anzuelos, tridentes, arcos, *redes de muy distintas clases*: fijas o móviles, individuales unas veces y en otras aquellas que exigen la cooperación de varios pescadores. Conocían también el uso de *nasas*, trampas especiales y el curiosísimo empleo de la rémora, y en la pesca fluvial el del envenenamiento de las aguas por medio de plantas como el *barbasco* y el de secar un brazo muerto del río"⁷⁰.

Mientras los grupos vecinados frente al mar fueron reducidos, de pocas familias, bastó la pesca con anzuelo, pero cuando

En lugar de la redecilla común, este pescador lleva un sujetador de cabello formado por una venda ceñida a las sienes y una faja transversal. La venda tiene una abertura por donde se proyecta el rodete frontal. Una abundante captura revela contener la red. (*Nasca*. Procedencia: Río Grande, departamento de Ica. Siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Abraham Guillén).



las poblaciones, por desenvolvimiento natural, crecieron, fue necesario recurrir a un procedimiento más rendidor, y ese fue el que permite la red.

Desde la más remota antigüedad se usó la red para pescar. Los pueblos de la era precerámica, especialmente, por citar un ejemplo entre muchos, el que erigió ese monumento que se llama *Huaca Prieta* (en el valle Chicama, al pie del mar), se distinguieron desde los albores por su capacidad para tejer redes y obtener con ellas altos rendimientos para la alimentación de los grupos. Fragmentos de redes precerámicas se han encontrado en diversos yacimientos del litoral, de cuatro, cinco y seis mil años de antigüedad, y Engel tiene una muestra de Paracas de 8,800 años, que puede ser considerada como una de las más antiguas del mundo (entre las bien conservadas), como se ha visto en los capítulos tercero y cuarto. En la útil recopilación de fechados por radiocarbono para el Perú⁷¹, Ravines y Alvarez consignan numerosos datos cronológicos para *grandes redes*, correspondientes a una época de notable desarrollo de la industria de la pesca. Los restos atestiguan un arte grandemente evolucionado. Los datos son los siguientes:

Paracas, Otuma: 3,612 años. "Fragmentos de redes para pescar en buen estado de conservación", en un conchal gigante y en asociación de carbón vegetal, soguillas, tejidos encordados de algodón; calabaza y algodón.

Chuquitanta, Templo Paraiso: 3,590 años. Redes grandes y canastas con la primera arquitectura monumental en piedra de la Costa (y una de las más antiguas de América).

Las Haldas: 2,700 años. Gran red de fibra vegetal y fragmentos de redes menores, en asociación con cerámica temprana y tejidos de algodón.

Considerando su enorme antigüedad, Valcárcel cree que la red vino con la impedimenta del hombre asiático que, hace miles de años, por el estrecho de Bering, entró a poblar el Nuevo Mundo⁷². Una leyenda consigna el origen de la red. Dice que esta técnica de pesca fue enseñada a los hombres de la Costa, especialmente a los de Paita, Puerto Viejo, Tumbes y la Puná "por un hombre que había venido por el mar en unas balsas..., el cual se llamaba Viracocha"⁷³.

Entre la época precerámica y el período incaico, los instrumentos, de pesca —observa Horkheimer— "quedaron los mismos": fueron siempre el arpón, la línea y la red, pero "en parte fueron mejorados" y su uso "cambió esencialmente como consecuencia de la introducción de las embarcaciones".

En Paracas, que fue asiento de una importante ciudad marítima de densa población, la pesca se realizó principalmente desde la playa y en menor medida desde embarcaciones, aunque,

según una opinión, nada permite suponer la existencia de balsas de ningún tipo que hubieran sido utilizadas allí para la extracción de las riquezas del mar. La pesca fue con anzuelos de cobre, cuerdas o sedales y *varios tipos de redes*. Estas redes, cualquiera su tipo, eran de excelente calidad, muy resistentes y llevaban *flotadores* y *pesas*. La pesca desde la playa —anota Engel— fue, sin duda, variada, con anchoveta y diversas especies grandes, pero no lo suficientemente abundante como reclamaba la población para el sostenimiento de todos. Esta relativa escasez seguramente determinó una crisis, y la población, sin duda, tuvo que dirigir la mirada a los valles próximos para cubrir el déficit alimenticio⁷⁴.

Un buen momento para la industria de las redes fue el que corresponde al florecimiento de las culturas Mochica en el Norte, y Nasca en el Sur. Los testimonios arqueológicos revelan que el uso de las redes considerablemente se amplía. Este apogeo de la red seguramente se debió al crecimiento de los grupos humanos, no obstante que ellos en parte dependían para su sustento de lo que daba la tierra. Primero, vista la insuficiencia del anzuelo, se recurrió a la caza masiva de los lobos, pero después, con la fabricación de grandes redes, de hilos muy firmes y para todas las pesquerías, la matanza de lobos quedó casi de lado.

La fibra principal que se utilizaba para la fabricación de redes, era el algodón. "Hacían las redes —dice Cobo— de hilo de algodón..."⁷⁵. El mismo Cobo explica que las redes "eran pequeñas cuando las pudiesen tirar dos personas; y así entraban en la mar acompañados o muchos juntos o de dos en dos, cada uno en su balsilla; y tendida la red, la recogen dos por los cabos y se van acercando el uno al otro como la van recogiendo, hasta juntarse las balsas; por manera que no se puede de ordinario pescar con estas redes menos que con dos balsas y no prenden en ellas pescados grandes".

En los refugios prehistóricos, muy antiguos, de los desolados carros de Illescas (departamento de Piura), con frente al mar, León Kostritsky halló dos tipos de red: uno, de *malla anudada* (malla fija), que se caracteriza porque los nudos están separados por no más de seis milímetros. Este es el tipo de red común.

El otro tipo es de *malla corrediza*, y se caracteriza porque "los hilos torcidos se cruzan entre sí reemplazando a los nudos". Comentó el descubridor: "Estas mallas corredizas permiten una mayor elasticidad de la red para extenderse hacia el lado donde se verifique mayor presión..."⁷⁶. Las redes de *malla fija*, con nudos próximos, probablemente sirvieron "para recoger y guardar mariscos o para capturar los peces y crustáceos dentro de su elemento".

Engel ha encontrado en Paracas *redes pintadas de azul*. Parece que en algunos pueblos pescadores del litoral peruano estaba generalizada la costumbre de teñir las redes, ora —comentan algunos— para engañar a los peces, ora para preservarlas mayor tiempo de la acción de las aguas. También las redes halladas por Kostritsky en los cerros de Illescas, sobre todo en la quebrada de Nunura, aparecen teñidas. “Los antiguos sabían teñir muy bien sus redes para conservarlas durante un tiempo largo; las muestras encontradas tienen diversa coloración: color natural del hilo del algodón, tonos ladrillo-rojizo, marrón y beige. Se desconoce qué tintes utilizaban, pero es probable que entre otros podrían haber empleado aquellos provenientes de algún caracol marino, antigua práctica que hasta ahora es usada, escasamente, por algunos pescadores autóctonos de las zonas vecinas para teñir los terminales de sus cordeles de pesca”.

La costumbre de teñir las redes y cordeles de pesca, por lo demás, estuvo muy extendida en todo el continente, especialmente entre los pueblos pescadores de las costas del lado del Pacífico. A esta costumbre, entre los chilenos, se refiere, por ejemplo, Frezier. Dice: “En estos lugares se encuentra el *molle*, que los indios llaman *ovigan*... Abriendo un poco la corteza destila una leche... Los pescadores de Valparaíso y Concón tiñen con ella sus redes para que el pescado las vea menos”⁷⁷. Una costumbre, sin duda, supérstite.

Varias fueron las clases de redes. Un especialista dice: se pescaba con “*grandes redes* o *chinchorros* que se sostenían por fragmentos de madera porosa, de médula de saúco o de maguey y una especie de corcho en forma de rodela o disco perforado, llamados *choros*, que hacían las veces de *flotadores* cuando se practicaba la pesca denominada de *cala*... Las redes primitivas fueron de *cabuya*, cuya pita o filamento se plegaba y enroscaba al pulgar más que al meñique; otras veces se hacían redes de filamento de *tatora* o de una especie de *junco*, así como de *charo*...”⁷⁸. Después, la principal fibra, como ya se ha dicho, fue la bellota del alodonero.

El *chinchorro* era una red inmensa cuyo uso obligaba el concurso de gran número de brazos. Un escritor moderno describe en los siguientes términos la pesca con el chinchorro: “Lista la red, se la dispone sobre el lomo de un *caballito* de *tatora*. Los pescadores van doblando cuidadosamente la red en paños. Con un cordelillo se la amarra al *caballito* para que las olas, al salir, no descompongan su estudiado orden... La ligera nave, así cargada, es empujada por los pescadores mar adentro... Desde la playa parte un muchacho a nado y bien pronto alcanza la nave: de regreso trae a tierra el primer cabo de la red... El *caballito*

se desliza paralelo a la playa. El remero comienza a soltar la red ordenadamente. En el otro extremo de la playa, un nadador da encuentro al boga y trae de regreso el segundo cabo de la red... En el mar ha quedado la red... En la playa los pescadores tienen en sus manos dos extremos de ella... Después de un largo rato de silencio, comienzan a tirar hacia la playa los extremos de la malla... Viene repleta de peces..."⁷⁹.

Había *redes de arrastre*, como se acaba de indicar, sujetas a dos balsas, con el borde inferior cargado de piedras; y *redes pequeñas*, en forma de bolsas, para pesca menor. Cuando a las playas llegaban "grandes manchas de peces", tantas que hacían bullir el agua, los pescadores usaban *atarrayas* o *esparaveles*. La atarraya es una red redonda y arrojadiza, que se usa individualmente. El pescador entra al mar y trabaja con el agua a la cintura, suficiente. Ondula la redonda red y la lanza con fuerza, lejos. Después, la va recogiendo, llena por lo general de su preciosa carga.

La atarraya se usaba en las playas y en las peñas. Para las peñas había un tipo especial, que rastreaba el fondo. Estas *atarrayas rastreras*, como explica Horkheimer, fueron usadas seguramente "por pescadores que vadeaban las aguas poco profundas o, quizá, sentados sobre troncos que impulsaban agitando los pies..."⁸⁰.

ANZUELO, PESCA CON LINEA Y ESPINEL

En algunas regiones, más antiguo que la red, el anzuelo data de los albores de la ocupación humana de la costa; es, probablemente, el aparejo de pesca de más remota utilización. Del sitio denominado *El Tanque*, en Ancón, proceden ejemplares de más de 4,200 años, "con pata más o menos recta", hallados en asociación con una primitiva cultura precerámica con tejidos y puntas largas de piedra; y en Chilca, Engel ha encontrado varios para los que el radiocarbono ha determinado 7,340 años de antigüedad, en asociación con diversas conchas en gran cantidad (*Mytilus donacium*, *M. chorus*, *M. magellanicus* y *Pecten purpuratus*). Un ejemplar fue hallado con un fragmento de "fibra de junco"⁸¹. Además, hay anzuelos correspondientes a las fases líticas de las primeras manifestaciones del hombre en el litoral.

Estos primeros instrumentos de pesca fueron hechos del material que proporcionaba el mismo mar: *conchas* y *huesos de pescado*. "Ya el hombre de las épocas *primitiva* y *arcaica* —dice Horkheimer— usaba algunos utensilios toscamente elaborados de conchas y huesos, por ejemplo *anzuelos*..."⁸². Toda la época

precerámica de la Costa, hasta el ocho mil antes de Cristo, se caracteriza por el empleo de los *anzuelos de concha*, rara vez asociados, en un contexto muy pobre, con redes y atarrayas. La atarraya es más frecuente que la red en la era precerámica pero el anzuelo de concha o de hueso es dominante.

Se pescaba desde tierra mediante sedales o cordeles, considerablemente largos, hechos de la *fibra del junco*, o sea, del mismo material que se empleaba para la confección de sogas y cuerdas gruesas de las que se han obtenido muchas muestras. La fabricación de sedales de diverso calibre antecedió a la invención de la verdadera técnica textil⁸³.

Durante todo el período Chavín, que cubre aproximadamente un milenio (del 700 antes de Cristo a los primeros siglos de nuestra era), el anzuelo siguió siendo de hueso, como en las edades precedentes⁸⁴; pero, en los albores de la era cristiana, o quizá un poco antes, coincidiendo con la revolución metalúrgica, aparece el *anzuelo de cobre*. En general, el cobre aparece en el *segundo período de Paracas*, que Engel llama, contradiciendo a Tello, *período Cavernas*, pero los anzuelos de este metal propiamente surgen en el período siguiente, *tercero* de la secuencia Paracas, en los primeros siglos de la era cristiana. La gente de este período vivía de la agricultura y de la pesca, y para aprovechar de las riquezas del mar —no desde embarcaciones sino desde las penas y playas— empleaba anzuelos de cobre finamente hechos, atados a largos sedales perfectamente torcidos⁸⁵.

En la determinación cronológica del *anzuelo de cobre*, Larco se muestra más conservador y prudente. Dice que la tradición metalúrgica de la costa Norte se enriquece durante la *Epoca Auge* (primeros siglos de nuestra era) agregándose al oro, ya conocido y dominado por diversas técnicas, dos metales más: la plata y el *cobre*. Más adelante, durante el *Período Medio* de la misma *Epoca Auge*, quizá *por el 400-500 después de Cristo*, los hombres de la Costa “emplean el *anzuelo de cobre* para la pesca...”⁸⁶. Agrega, a mayor abundamiento en relación con la pesca, que el empleo del anzuelo de cobre se produjo simultáneamente con el uso de la *balsa de totora* equipada con grandes redes.

Sea que Engel esté en lo cierto con la supuesta existencia de anzuelos de cobre en los inicios mismos de la era cristiana o aún antes de comenzar ésta, sea que el acierto corresponda al mesurado Larco (quien jamás desbordó en las apreciaciones cronológicas), es lo evidente que este importantísimo aparejo de pesca, hecho del metal más popular de aquel tiempo en la Costa, tiene una antigüedad de cerca de mil ochocientos años y que, en el orden tecnológico, siguió al *anzuelo de hueso* de la época

Chavín, el cual, a su vez, reemplazó al *anzuelo de concha* de los primeros tiempos y, sobre todo, del precerámico.

En el sistema económico-social de los antiguos peruanos y, en especial, de los Incas, el cobre era el metal popular por excelencia, mientras que el oro —como observa Valcárcel⁸⁷— era de uso exclusivo del emperador y de los dioses, y la plata de la nobleza. De cobre se hacían muchos instrumentos y armas; el cobre dominaba en la industria metalúrgica. Cobo reseñó: “Hacían los anzuelos de cobre...”⁸⁸.

En cuanto a la forma, los *anzuelos angulares* eran raros, prevaleciendo, por lo tanto, los de forma curva, pero en ningún caso tenían gancho de retención⁸⁹. Excepcionalmente, en Chancay —valle que albergó a una población decididamente pescadora— abundaron los anzuelos de forma angular, cuidadosamente trabajados, como se desprende de la valiosa colección que guarda en su museo el aficionado japonés Yoshitaro Amano, ejemplares todos de cobre, en admirable estado de conservación.

Como se ha indicado, el primer uso del anzuelo, desde los tiempos aurorales de la ocupación de la Costa por el hombre, fue, mediante largos cordeles, desde tierra, unas veces desde las playas, otras desde las peñoleras de los promontorios. “La pesca con línea —dice Horkheimer— es mencionada por Acosta y Cobo y aparece documentada gráficamente por representaciones sobre huacos de varios estilos, desde el Nasca hasta el Chimú”. Valcárcel apunta: “Se pescaba... con anzuelo desde las rocas de la orilla...”⁹⁰. Más tarde —según Larco, desde el siglo V de nuestra era—, la pesca se perfeccionó, por así decirlo, con el empleo de la embarcación: fue la *balsa de totora*, que permitió la entrada del hombre al mar al encuentro de las grandes *manchas*, ricas en variedad de peces. “La pesca se efectuaba —dice Valcárcel— desde *caballitos de totora*, con anzuelo sujeto a una larga sogá. El pescador, montado en un *caballito*, vestía el *uncu*, y en la cabeza un turbante o una gorra...”.

La caña no fue conocida. Un escritor moderno dice: “La pesca con anzuelo se hacía desde embarcaciones, *sin caña*, con ayuda de una *larga cuerda*. Se empleaban muchos aparejos en los que la cuerda se bifurcaba, terminando en dos extremos provistos de anzuelos”⁹¹. Este era el principio del *espindel*, que, practicado actualmente por los indios nativos de la costa Norte, es descrito por Arturo Jiménez Borja con los siguientes términos: “En las playas arenosas de la bahía se usa el espindel. Es un largo cordel de cien brazas de largo que lleva de trecho en trecho finos cordelitos a modo de fleco, en número de cincuenta a setenta. En cada uno de ellos va un anzuelo... El pescador, muy de madrugada, ceba su espindel con *muy muy* tierno... Mar adentro, a medida que avanza, va soltando el espindel hasta llegar al fin en

donde pone como seña un calabacito de flotador, anclado con una piedra. Así el espinel queda tendido perpendicularmente a la playa. Cuando se lo siente bien pesante, se recoge y entonces salen chicoteando lizas, chitas y mojarrillas⁹².

ARPONES, FIGAS Y TRIDENTES

Aunque Engel dice que, sobre el arpón, "no se sabe nada con seguridad"⁹³, el testimonio recogido por él mismo en algunos sitios (como se indica en el capítulo cuarto) más el de otros arqueólogos, y la versión clara de los cronistas e historiadores de los siglos XVI y XVII, como la del P. Acosta, se juntan para despejar esa duda y afirmar que sí fue de uso corriente, y muy extendido —tanto en el mar como en los ríos del interior del país—, el uso del arpón, con su variante la fisga o arrejaque.

A las evidencias citadas cede el mismo Engel cuando dice: "...sin embargo, tenemos en algunos sitios muy antiguos implementos que podrían haber sino utilizados como arpones".

Larco no tuvo la menor duda: los mochicas de los primeros siglos de la era cristiana usaron *arpones de madera*. Le asistió en su creencia Bird, quien halló arpones de madera, en miniatura, en Arica —asociados a las famosas balsillas también en miniatura, del mismo lugar—, semejantes a los usados por los mochicas.

Recogiendo las opiniones de los citados Bird y Larco, Horkheimer sostiene que los modelos de Arica y de la costa mochica (Norte del Perú), corresponden a un tipo de arpón que puede considerarse *común a toda la costa*.

Sobre el uso de la fisga es muy interesante la reseña que, sobre determinado tipo de pesca, hace en su *Historia natural* el P. Acosta. En verdad, se trata de una modalidad de los indios *chiriguanas*, de Charcas, habitantes, según el mismo Acosta, de un río llamado Río Grande, pero que, por los procesos de mutua influencia, pudo haberse extendido a los indios radicados a lo largo de la costa. Dice el erudito historiador: "...los indios chiriguanas se zambullían debajo del agua, y nadando con admirable presteza, seguían los peces y con unas *figas* o *arpones* que llevaban en la mano derecha, nadando sólo con la izquierda, herían al pescado, y así atravesado lo sacaban arriba, *que cierto parecían ellos ser más peces que hombres de la tierra*"⁹⁴.

La pesca con arpón atado a un cordel, desde una embarcación, era conocida por los indios de la Costa, según cuenta Garcilaso. De la versión del Inca hace Valcárcel el siguiente resumen: en la proa de la embarcación, el pescador ataba un cordel delgado de hasta cuarenta brazas, en cuyo extremo colocaba una especie

de arpón. Herido el pez, el pescador soltaba el cordel y, terminado éste, dejaba que el pez, si era grande y poderoso, arrastrara la balsa. El pescador, para seguridad personal, se abrazaba a la proa arrufada de la embarcación; se prendía fuertemente. Si el pez huía a toda velocidad, la embarcación halada parecía volar sobre las olas. Cuando el pez se cansaba, el pescador indio podía recoger el cordel y tomar la presa.

En el siglo XVIII, los marinos visitantes Jorge Juan y Antonio de Ulloa tuvieron ocasión de presenciar en el golfo de Guayaquil la pesca con arpón desde una canoa. Contaron que los indios en la boca del estero, en zona cercana al mar, amarraban sus balsas a troncos de la orilla y salían en canoas ligeras con algunas *flechas de mano* o *arpones*. En llegando a la zona rica en pesca, arrojaban contra el pez el arpón y lo pescaban. Volvían a tirar el mismo arpón, y así "otra vez y otra". "Son tan diestros en esto —comentaron—, que es muy raro el que yerra; y si el paraje es abundante, en tres o cuatro horas cargan la canoa y se vuelven a la balsa para abrirlo y salarlo"⁹⁵. Sin duda, la modalidad vista no era sino testimonio de una vieja tradición indígena que tuvo origen en los tiempos precolombinos.

El arpón de las primeras edades fue, simplemente, un palo desbastado, con la insinuación, tan sólo de una forma apropiada. Posteriormente, el arpón se perfeccionó con el empleo de la *punta de obsidiana*. Esta punta, entre los Nasca, tenía forma *triangular*, y encajaba en el extremo de un palo cuya horquilla era fuertemente ajustada a la piedra por medio de un cordel, al que se le daba muchas y apretadas vueltas, perfecta y cuidadosamente aplicadas. La obsidiana tenía retoque a presión muy fino. Como observa Yacovleff, de estas puntas triangulares salió un característico elemento decorativo de las vasijas policromadas⁹⁶.

EMBARCACIONES

En el capítulo décimo se ha tratado, con la extensión que corresponde a su importancia, el tema de la navegación marítima y se han descrito los diversos tipos de embarcaciones que se usaron en el Perú de antes de los españoles. Aquí solo cabe recalcar que la pesca se practicaba tanto desde tierra como desde embarcaciones especialmente acondicionadas para este fin. Los pescadores de tierra usaban principalmente el anzuelo con largos cordeles, que, a la manera universalmente practicada, arrojaban lejos. Tanto las playas abiertas, de suave arena, como las peñolerías de los abruptos promontorios, servían, según los casos, de puestos de trabajo para los enterados hombres espe-

cializados en estas faenas. También desde tierra se usaban redes, del tipo de las de arrastre, con las que se cogía abundante pesca especialmente en los fondos pedregosos.

Pero, desde que se perfeccionó la técnica de la embarcación, esta modalidad de pesca fue la dominante. "El caballito de totora en la costa peruana era un vehículo sumamente primitivo y pequeño en comparación con los botes y buques de los habitantes del Viejo Mundo y aun con las balsas y botes de algunas regiones americanas, y, sin embargo, *todo hace suponer que con sus pobres embarcaciones los peruanos prehispánicos lograron bastante éxito en la pesca...*"⁹⁷.

La gran balsa de troncos no fue propiamente una embarcación para la pesca; el *caballito* de totora, sí. Pequeño, frágil pero extraordinariamente marineró, se desempeñó a maravilla en los mares del Norte, sirviendo a habilísimos pescadores. Describiéndolo, dejó dicho el P. Acosta: Hacén [los indios] unos como manojos de juncias o espadañas secas y bien atadas, que allá [en el Perú] llaman balsas, y llévanlas a cuestras hasta la mar, donde arrojándolas con presteza suben en ellas, y así *caballeros* se entran la mar adentro, y bogando con unos canaletes de un lado y de otro, se van una y dos leguas en alta mar a pescar; llevan en los dichos manojos sus *redes* y *cuerdas*, y sustentándose sobre las balsas, arrojan su red, y están pescando gran parte de la noche, o del día, hasta que llenan su medida, con que dan la vuelta muy contentos"⁹⁸.

Pero, la balsa de troncos no estuvo en ciertas regiones excluida de la pesca. Se la usó para este fin, según supone con algún fundamento Horkheimer, en las costas de Chíncha e Ica. Allí, como se dice en el capítulo décimo, se han encontrado *orzas* finamente decoradas y *grandes remos*, lo que hace suponer que se usaron *balsas de troncos* de seis y más metros de largo, las cuales servían para *salidas de pesca lejos de tierra*. Con redes de arrastre y redes de otros tipos se obtenían altos rendimientos.

Más al Sur se usaron las *balsas de odres*, de las cuales también se trata extensamente en el aludido capítulo décimo. "Por toda esta costa [de Tarapacá] —dice Cieza— se mata pescado... y los indios hacen balsas para sus pesquerías de grandes *haces de avena* o de *cueros de lobos marinos*, que hay tantos en algunas partes, que es cosa de ver los bufidos que dan cuando están muchos juntos"⁹⁹. Con estas balsas de *pellejos inflados*, como también se las llamaba, los indios del Sur del Perú y costas del Norte de Chile salían a la mar para buscar su sustento, arriesgándose a grandes distancias y a mares procelosos porque ese era, dada la pobreza de la tierra y la escasez de agua para el cultivo, su único alimento. Acosta señaló la existencia de

balsas de odres en las costas de Ica con lo que extraordinariamente se extiende por el Norte el límite de este tipo de embarcación. "Otros indios de los valles de Ica —dijo— solían ir a pescar en unos *cueros*, o *pellejos de lobo marino hinchados*, y de tiempo en tiempo los soplaban como a pelotas de viento para que no se hundiesen".

Los balseros dedicados a la pesca formaban agrupaciones que, desde el tiempo de la administración incaica, hallábanse bajo el estricto control de las autoridades cusqueñas. Cuando salían de pesca lo hacían de conjunto, adquiriendo, así, el trabajo una modalidad ceremonial, no pocas veces solemne. Guarco, o Cañete, tenía gran fama de puerto pesquero. Allí, no menos de diez mil indios se dedicaban al trabajo del mar para dar sustento a una crecida población, parte de ella dedicada a la agricultura, parte al comercio con los pueblos de la Costa y del interior.

SUPERSTICIONES Y FIESTAS

Las faenas del mar no sólo daban origen a grandes y bulliosas fiestas en las que, como en Guarco, participaban centenares y miles de pescadores, sino que, en ciertas regiones, se cumplían conforme a determinadas pautas supersticiosas. Así, por ejemplo, arrancar los ojos a los primeros peces de la redada y comérselos en la creencia de que así no faltaría pesca abundante y variada para sustento y agrado de la gente de tierra, era práctica generalizada. La cuenta Gutiérrez de Santa Clara, diciendo que en sus balsas los indios "van por la mar adelante más de cuatro leguas, con las velas tendidas, en viniendo el terral, y tomando el pescado les sacan los ojos y se los comen lindamente sin tener ningún asco. Dicen los indios que si no les comen los ojos, que después no tomarán pescado alguno por más que trabajen, y así pescan con redes largas y con arpones, y con *varas tostadas*, y después de medio día, viniendo la marea, se vuelven a tierra con las velas tendidas y las balsas cargadas de muchos géneros de pescado"¹⁰⁰.

La buena pesca, lograda por el favor de los dioses para contentamiento y satisfacción de los hombres, era ruidosa y largamente festejada, con bailes, copiosa bebida y abundante yantar, hecho éste de los mismos pescados obtenidos. De estas fiestas, naturalmente, no sólo participaban los pescadores sino también sus mujeres, a las cuales correspondía la preparación de los potajes. Con el "vino de la tierra", o *chicha*, se llegaba pronto a la embriaguez y todos bailaban frenéticamente, con locura dionisiaca. La pesca grande, desde luego, se conservaba para

sustento de la comunidad; sólo era empleada en las fiestas la pesca menuda, y por ello el desborde, que duraba a veces dos o tres días con sus respectivas noches, no podía ser considerado un despilfarro.

El mismo Gutiérrez de Santa Clara da cuenta en sus *Quinquenarios* de estas grandes fiestas de los pescadores. Dice: "Después que han tomado muchos pescados, como hay muchos chicos, venida la mañana, las mismas mujeres de [los pescadores]... no hacen otra cosa sino es asar muchos dellos, o los cuecen en ollas grandes al fuego que tienen ya hecho. Y con esto hacen los indios grandes fiestas en cantar y bailar, emborrachándose todo el día y la noche con el vino o chicha que está hecho por las mujeres, y así hacen otros juegos y fiestas de mucho placer y contento, regocijándose, así los hombres como las mujeres..."¹⁰¹.

El tema de la pesca entró profundamente en las diversas manifestaciones del arte. La danza, que tan alto desarrollo alcanzó en todas las edades antiguas pero, especialmente, en el tiempo de los Incas, lo incorporó y produjo cuadros de un realismo notable, que alcanzaron a ver y apreciar los cronistas de los dos primeros siglos. Acosta dejó dicho en su *Historia natural*: "Es parte de buen gobierno tener la república sus recreaciones y pasatiempos, cuando conviene... Vi mil diferencias de danzas, en que imitan diversos oficios, como de ovejeros, labradores, de pescadores, de monteros; ordinariamente eran todos con sonido, paso y compás muy espacioso y flemático... De estas danzas, la mayor parte era superstición y género de idolatría..."¹⁰².

Por los muchos peligros que entrañaba el trabajo del mar, los pescadores eran gente particularmente supersticiosa. Además de aquella creencia de devorar los ojos del primer pescado obtenido en la redada inicial para asegurar buena captura, los pescadores, al entrar a la mar, según cuenta el Arzobispo Villagómez, tomaban un poco de agua con el cuenco de la mano y le pedían que los conservase sanos y salvos, y que no se los llevase. Le imploraban que fuera "buena con ellos". Agrega el autor de las *Exortaciones*: "Igual hacen cuando pasan los ríos. Esta ceremonia llaman *mayuchulla*..."¹⁰³.

NATACION Y BUCEO

Los indios de la costa de la mar, sobre todo los dedicados a la pesca, eran extraordinarios nadadores. Los cronistas no escatimaron palabras de elogio para ensalzar las cualidades que exhibían en el agua, diestrisimos, seguros y valientes aun en los mares más embravecidos; y escritores de otras épocas, como

los frecuentes viajeros del siglo XVIII, expresaron igualmente su admiración por la facilidad admirable, y no igualada por ningún europeo, como dominaban las olas o se sumergían en las profundidades.

Cieza elogia a los indios de la isla de la Puná, de quienes dice que "eran *tan diestros en el nadar como lo son los mismos peces*, porque lo más del tiempo que viven, gastan dentro en el mar en sus pesquerías..."¹⁰⁴.

Esos indios de la Puná eran capaces de largas y esforzadas travesías en alta mar, como las que cumplían cuando desataban los troncos de las balsas lejos de tierra para ahogar a quienes llevaban (en viles actos de traición). Mientras todos, en el terrible trance, morían devorados por las aguas tras denodados esfuerzos por salvarse, vencidos al cabo por la fatiga y el pánico, los balseros tenían, en cambio, destreza y aliento suficiente para, con resuelta y sostenida brazada, de horas y horas, llegar a tierra. Así cubrían millas a través de aguas difíciles y, en llegando a la costa, sabían sortear los peligros, no menores, de las rompientes.

Ya no sólo los de la isla de la Puná sino los indios de toda la costa eran también eximios nadadores que sacaban a relucir sus cualidades en el frecuente ejercicio, lleno de peligros, de la *pesca real*. La práctica de la *pesca real*, descrita anteriormente, exigía una habilidad y una resistencia únicas. Entraban "muchos *grandes nadadores* bien adentro de la mar" y allí "haciendo gran ruido en el agua" espantaban a los peces. Corrían peligro de ser devorados por los peces carnívoros (como los tiburones de los mares cálidos del Norte, de Tumbes y Piura, por ejemplo), o destripados por otros animales de gran porte, como el feroz y temible pez-espada, también de los mares del Norte, o por el velocísimo y enorme merlín.

Tan dura era la prueba de participar en la *pesca real*, de la que tanto hablan los cronistas, que muchos de esos grandes nadadores se ahogaban por faltarles el aliento o las fuerzas para mantenerse en acción. Pero, los indios que morían ahogados así, eran considerados como ejemplarmente valientes, verdaderos héroes que se sacrificaban por la comunidad, y la memoria de los pueblos los mantenía por generaciones en el recuerdo, como paradigmas de esfuerzo y trabajo en bien de los demás¹⁰⁵.

La destreza para desenvolverse en el mar, se mantuvo entre los indios pescadores de todos los puertos y caletas del litoral; y así, cuando, siglos después, llegaron en sus navíos navegantes de distintas banderas, todos, unánimemente, sin excepción, destacaron, como ya lo habían hecho los cronistas, las cualidades de los nativos, que nadando o conduciendo sus ligeras embarcaciones hacían verdadero espectáculo, digno de verse. De esos viajeros, se puede tomar como ejemplo el testimonio admirativo

Escena mitológica de pesca: un extraño personaje, cuyos brazos aparecen pintados con figuras de peces y pájaros (¿tatuaje?), se enfrenta, con la sola ayuda de unos estoques (probablemente de madera) a un monstruo marino de enorme cabeza. (Nasca. Procedencia: Río Grande, departamento de Ica. Período del florecimiento de las grandes culturas del Litoral, 300-400 años después de Cristo. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Abraham Guillén).



de los renombrados y acuciosos Jorge Juan y Antonio de Ulloa, quienes contaron en su *Relación histórica*, de 1748, que los indios de la costa Norte en general, pero, especialmente, los de Puerto Viejo, Manta, Tumbes y Paita eran "*grandes nadadores*", poseedores de una destreza extraordinaria para desenvolverse en el mar, sobre todo —subrayaron— cuando por los rudos golpes de las olas embravecidas sus embarcaciones rudimentarias zozobraban y ellos temerariamente se esforzaban por enderezarlas, lográndolo en la generalidad de las veces. Los marinos de Europa, con experiencia en el mundo entero, jamás vieron hombres tan hábiles para la natación y el manejo de embarcaciones ligeras en las rompientes como los indios de la costa Norte del Perú, herederos de la tradición prehispánica. En el mar —resumieron los citados Juan y Ulloa— "causan no pequeña admiración a los europeos..."¹⁰⁶.

¿Cómo nadaban? puede preguntarse en un afán de curiosidad; ¿qué estilo tenían para triunfar tan holgadamente sobre las embravecidas olas y resistir travesías tan dilatadas como las que cubrían los isleños de la Puná en sus reprobables actos de traición de los que traen pormenorizada cuenta los cronistas de la Conquista? La literatura de los siglos XVI y XVII no alcanza a dar respuesta a estas preguntas, pero, en cambio, los testimonios arqueológicos ayudan algo en la pesquisa. En la cerámica Nasca hay información valiosa al respecto. "Múltiples cántaros nos muestran... a los pescadores nadando sobre las olas con pequeñas lanzas y cortos sedales en las manos o transportando sus redes llenas de pescado a la playa..."¹⁰⁷. El mismo Horkheimer, de quien es la cita precedente, agrega que, debido al estatismo de la cerámica Nasca, no es posible determinar, en base a los huacos que representan pescadores en acción, cuál era el estilo o la forma de desplazamiento de esas gentes en el agua. Tampoco hay información clara sobre el buceo, que, sabemos, se practicaba generalizadamente en la Costa, de un extremo a otro.

Pero, siguiendo a Friederici, Horkheimer repite que los indios americanos en general y, en particular, los de la costa peruana, para nadar lanzaban alternativamente los brazos hacia adelante y volteaban el cuerpo al correspondiente lado para disminuir la resistencia del medio líquido. Al mismo tiempo, estiraban violentamente las piernas hacia atrás, simultánea o consecutivamente con el movimiento de los brazos, respetando un ritmo determinado, del que, por armonía de los movimientos, sacaban gran provecho.

No deja de ser interesante anotar, como lo hace también Horkheimer, que en 1893 el inglés Trutgen introdujo en la natación deportiva del mundo un nuevo estilo, llamado por los espe-

cialistas *doble-over*, semejante al posterior *crawling*. Lo importante para nuestro estudio es que este estilo, que tuvo general aceptación en los medios deportivos y fue aplicado en las competencias olímpicas, lo aprendió su *inventor*, según propia declaración, de “*entre algunos indios de América del Sur*”.

La cerámica mochica indica con alguna claridad la forma como los nadadores profesionales al servicio del transporte —servidores en las caletas y en los ríos de la Costa— impulsaban las balsas. Con un gorro en la cabeza, que podía ser, también, una simple malla (que sujetaba el cabello), y *huara* para afirmar el abdomen y los órganos genitales, iban prendidos con un brazo a la rudimentaria embarcación (a la balsa de troncos o de calabazos) y, con la mano libre y rígidamente extendida, braceaban con esfuerzo sostenido. El que iba adelante sujetaba su cuerpo a la balsa con una especie de tirante o cuerda de tiro, sujeto presumiblemente a la cintura, y con las dos manos libres braceaba fuertemente imponiendo a los nadadores de los lados el ritmo de avance. Este nadador delantero aparece en un cerámico mochica del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, extraña e inexplicablemente con los brazos tendidos hacia adelante, como quien se dispone a bracear en el estilo ortodoxo llamado *pecho*.

En un vaso Nasca, perteneciente también a los fondos del citado museo —especialmente valioso por mostrar a la figura humana en completo relieve y en su integridad, animada además de movimiento, y sin el inconveniente, por lo tanto, del estatismo de que hablaba Horkheimer—, el nadador —con moñito y *huara*— tiene las piernas estiradas y abiertas, lo que hace pensar en una modalidad de impulsión semejante al estilo tradicional llamado *tijera* (hace muchos años eliminado de las competencias deportivas); y los brazos dispuestos en braceada clásica: uno, el izquierdo, llevado adelante, listo para hundirse; el otro, el derecho, al costado del cuerpo, en el trámite mismo de la impulsión, como poderoso remo. La cabeza está levantada y la mirada dirigida al frente (porque se trata de un pescador que necesita dominar su escenario de trabajo).

Este ejemplar Nasca, por consiguiente, es la fuente informativa más clara para determinar las características de la modalidad natatoria sin duda más en boga de los hombres de mar de aquella época: braceada alternada de izquierda y derecha, con desplazamiento lateral del brazo impulsor; cabeza levantada para atisbar el escenario, y movimiento *en tijera*, de las piernas en armonía con el de los brazos.

No siempre las manos de los nadadores estaban libres porque tenían que portar para el trabajo los aparejos de pesca: arpones, *varas tostadas* (del tipo de las que habla Gutiérrez de

Santa Clara, es decir, *arpones de madera* endurecidos y afilados *al fuego*), varas chatas, a manera de espátulas, seguramente también *tostadas* para la extracción, por el simple juego de la palanca, de los moluscos adheridos a las peñas; tridentes sencillos, redes, bolsas de malla, etc. La de estos hombres era una natación al servicio de la pesca, eminentemente práctica y segura, desprovista por lo tanto de estilo o refinamiento.

Una especialidad dentro del ejercicio de la natación era el buceo. Los indios de la Costa, así como eran extraordinarios nadadores, habilísimos, dominadores, resistentes y corajudos, también eran insuperables buceadores, únicos por sus muchas cualidades en su peligroso arte, del que, con el tiempo, por su ejercicio constante, sufrían graves alteraciones y males incurables.

La recolección de mariscos, que fue una actividad básica entre los pueblos de la Costa por cuanto proporcionaba el alimento principal a los grupos establecidos frente al mar, dio origen al buceo. La recolección de mariscos se practicó en todo tiempo, desde los albores del hombre (edad paleolítica) hasta la llegada de los españoles. "Desde el momento que encontramos hombres en la Costa, ya se nota que vivían rodeados de basurales conteniendo mariscos..." —dice Engel¹⁰⁸— y agrega: "... la recolección de mariscos duró hasta los tiempos incaicos..."

Esta dependencia generalizada del hombre de la Costa de los productos del mar y, sobre todo, de los llamados mariscos —que se obtienen, con frecuencia, bajo el agua— explica que el buceo fuera actividad de todo tiempo y que en ella los hombres jóvenes y físicamente bien dotados lograran un perfeccionamiento verdaderamente notable.

En la cerámica Nasca —que para este estudio es excepcionalmente informativa— "vemos al buzo que con su largo puñal saca al molusco del género *Chitón* de las peñas bajo el agua..."¹⁰⁹. Algunas especies podían ser recogidas en las playas mismas o arrancadas de las peñas pero sin inmersión porque estaban a flor de agua; así eran obtenidas, fácilmente, las *machas* y las *almejas*; pero, en cambio, "los grandes *choros* y las *ostras* tuvieron que ser sacados sumergiéndose [el nadador] en el mar, a la manera de los buzos..."¹¹⁰.

Los principales cronistas —Cieza, Cobo, Acosta— describen la habilidad de los indios buceadores para bajar a los fondos del mar y narran sus hazañas verdaderamente admirables. Los indios buceaban, conteniendo la respiración con resistencia increíble (no vista en otras costas), para extraer, como se ha dicho, mariscos adheridos en las rocas, para obtener en los fondos someros conchas alimenticias y conchas perleras, para ensartar con sus fisgas o tridentes peces bentónicos y, eventualmente

—como en el caso que relata Cieza en la Tercera Parte de su famosa *Crónica*—, para recuperar, en alarde de destreza y dominio, objetos perdidos en las aguas.

Cobo cuenta que hay indios “que en los ríos manzos y hondos se echan a nado con una fisga en la mano derecha, nadando sólo con la izquierda con gran ligereza, y zabullendo tras el pescado, lo siguen hasta alcanzarlo, y clavándolo con la fisga, lo sacan atravesado a la orilla”¹¹¹. Algo parecido relata Acosta en su *Historia natural*, ya transcrito en otra parte pero que vale la pena repetir: “Los indios se zabullían debajo del agua, y nadando con admirable presteza seguían los peces, y con unas fisgas o harpones que llevaban en la mano derecha, nadando sólo con la izquierda, herían el pescado;... parecían ellos ser más peces, que hombres de la tierra”¹¹². Con esto último, la admiración del ilustre jesuita no puede, en verdad, ser mayor.

El relato de Cieza, arriba aludido —muy interesante porque pinta indios buceadores adiestrados a la manera de los isleños de Polinesia o de los nativos de las costas de Malabar, de la India—, se refiere a un episodio ocurrido durante el viaje de regreso de Pizarro a Panamá, después de haber desembarcado en Tumbes y llegado hasta Sancta. Dice: “...llegaron a otro puerto de la costa, donde hallaron muchos indios en balsas para recibirlos con mucha alegría, y como el navío surgió, fueron a él con grandes presentes que los caciques enviaban al capitán, y llegó un indio con una espada y un jarro de plata, que al tiempo quel capitán cayó en el puerto donde estuvo en el agua, se perdió; mas los indios la buscaron tanto y con tanta diligencia, que lo hallaron y por tierra se lo enviaron y llegó”¹¹³. Aunque, por lo defectuoso de la descripción, el relato es oscuro, no escapa al lector menos acucioso de que se trata de una busca en el fondo del mar y que ella fue practicada diligentemente por buceadores muy diestros de gran resistencia y que, al fin, triunfaron en su empeño.

¿Cuánto descendían los buceadores nativos? Por el relato de los cronistas del Descubrimiento y teniendo en cuenta que los mariscadores se especializaban en determinadas especies de relativa profundidad, puede pensarse en descensos de *más de diez metros* y, eventualmente, *hasta de quince*.

Ejercida la profesión de buceador en forma continuada, irrogaba al hombre males incurables y graves alteraciones anatómicas y fisiológicas, no obstante que a ella se dedicaban sólo los jóvenes físicamente bien dotados y de probada salud. El distinguido antropólogo y paleopatólogo (de la escuela de Tello) Pedro Weiss ha estudiado los *osteomas del conducto auditivo*, causados por la constante sumersión tanto en las aguas del mar como en los lagos y lagunas, considerándolos como un *estigma de*

los zambullidores: una enfermedad, por lo tanto, típicamente *laboral* o *enfermedad de oficio*.

El primero que llamó la atención sobre los osteomas del conducto auditivo, fue el gran Rodolfo Virchow, quien los incluyó en su *Crania Ethnica Americana*. Los consideró como una lesión de "extraordinaria frecuencia". Después han sido mencionados en casi todos los trabajos importantes de Paleopatología peruana. Desgraciadamente, por una mala observación de los antropólogos y paleopatólogos —de la que se queja Weiss—, no se menciona en ningún trabajo la *geografía de la enfermedad*, vale decir, su exacta distribución.

Weiss ha remediado la deficiencia. Con sus estudios ha podido determinar que la geografía de los osteomas del conducto auditivo se ajusta a las *playas marinas* y *lacustres*. Por este dato ya se puede deducir que se trata de una *enfermedad de oficio*, una *enfermedad laboral*. "La geografía de los osteomas en el Perú —dice Weiss¹⁴— apoya la *etiología acuática*, pues sólo aparecen en los cementerios de la Costa o en las proximidades de los grandes lagos... Fue *gente que se sumergía* por alguna razón en el agua, se puede pensar que con el fin de recolectar productos acuáticos comestibles".

La Arqueología apoya la tesis del osteoma causado por el hábito de zambullirse. Muelle halló un cráneo en Paracas con "exostosis en ambos oídos y un *moñito de pelo sobre la frente*". Este moñito, según el mismo Muelle (lo que ya se ha dicho), es un *carácter del nadador*, un distintivo.

Tocante a la explicación etiopatológica, Weiss dice lo siguiente: "La patología explica estos osteomas como consecuencia de inflamaciones crónicas del conducto auditivo, que llegan a afectar el hueso, produciendo su crecimiento exostótico. *Entre las causas más frecuentes, se tiene el hábito de sumergirse*. Los residuos del agua en el conducto infectan y hacen fomentar cerilla, despertando dolor y comezón. El rascado con las uñas o algún cuerpo sucio, condiciona el proceso inflamatorio".

Que se trata de una *enfermedad ocupacional* y sólo de *hombres*, no hay la menor duda. La doctora Mary Frances de Erickson sostiene que los osteomas del conducto auditivo "se presentan *únicamente en hombres adultos* y *parecen ocupacionales*". Los testimonios osteológicos de esta enfermedad ocupacional proceden, en su mayoría, de *lugares cercanos al mar*. Hay cráneos con osteomas de este tipo, en Ancón y Chancay. Los porcentajes en Ancón son altos y "algunas de estas exostosis son muy grandes, llenando casi el meato auditivo". No aparecen estos osteomas en cráneos de mujeres ni de niños. Corresponden a una enfermedad inconfundiblemente de *hombres adultos*. Por lo demás, no tienen nada que ver con trastornos artríticos. *En*

suma: los osteomas al conducto auditivo “denotan —como dice Weiss— una profesión o un hábito de vida masculinos”. La profesión, como ya se ha dicho, es la de los buceadores o zambullidores.

Respecto a la antigüedad, Weiss observa que de los once cráneos de adultos que Engel desenterró de tumbas paleolíticas de Paracas, de cinco mil años por lo menos, *los once tenían osteomas del conducto auditivo*. De donde hay base bastante para colegir que la población primitiva de Paracas estaba constituida por gentes que vivían casi exclusivamente de la *recolección de mariscos* (mariscos de profundidad, entre los cuatro y ocho metros bajo el nivel del mar), género de vida que obligaba al hombre a zambullirse.

Hay, por lo tanto, la evidencia cronológica de que el arte del buceo se practicaba en la costa centro-sur del Perú, como actividad rutinaria, *hace cinco mil años* por lo menos, lo que concede al oficio un abolengo rancio.

CACHALOTES Y BALLENAS

Según se ha visto en el capítulo cuarto, desde remotas edades los pueblos de la Costa utilizaron los huesos de los cetáceos para diversos fines. Por ejemplo, de las vértebras de la ballena hacían taburetes para apoyar objetos de especial estima o posiblemente, para sentarse; y de las costillas del enorme mamífero marino hacían viguetas para sostener el techo o tapa de sus *colcas*. Pero, quienes han estudiado con detenimiento los alcances tecnológicos de los pueblos antiguos del litoral, especialmente de los pueblos del precerámico, se preguntan insistentemente si en esa distante edad, tan rudimentaria en todos sus aspectos, había realmente *caza de ballenas y cetáceos* o, simplemente, aprovechamiento de la carne, el aceite, la grasa y los huesos de los ejemplares varados en las amplias playas del litoral por vejez o enfermedad. El problema sigue en discusión. “Las ballenas —dice un especialista—... llegaban en otros tiempos a hacer sus crías en la bahía de Paracas, como solían hacerlo también en el Norte, en Sechura. *No sabemos si las cazaban los paraqueños*. Hacían gran uso de vértebras de las ballenas en la fabricación de recipientes, y de las costillas para techar sus *colcas*, y cortar picos y cinceles. *Puede ser que se hayan aprovechado huesos de ballenas varadas*”¹⁵.

Por consiguiente, en el estado actual de la investigación no se sabe si los habitantes de Paracas, que formaban una de las más avanzadas agrupaciones de la Costa desde antes de los comienzos de la era cristiana, salían a la mar, en embarcaciones ade-

cuadas, para perseguir y cazar a la ballena y al cachalote, que abundaban en sus mares, o se limitaban, como prefiere la mayoría, a utilizar los cadáveres arrojados a tierra por las olas. Pero, otros pueblos de América y, especialmente, de la costa occidental de Sudamérica, si cazaban la ballena, y entonces, la posibilidad de que los habitantes de Paracas lo hicieran no debe ser descartada.

Hay que tener en cuenta, para admitir esta posibilidad, primero la versión de los cronistas y, en seguida, el testimonio de la Arqueología. Sobre este testimonio, Engel dice: "Existen... en la iconografía de Paracas y de Nasca numerosas representaciones de un animal muy parecido a un *cachalote*...". El modelo vivo quizá fue indispensable para la inspiración del artista.

Zárate¹¹⁶ parece indicar caza de ballenas en el siguiente párrafo de su *Historia del descubrimiento*: la costa Norte del Perú —dice—, pasada la equinocial, "es costa de grandes pesquerías y de *muchas ballenas*...". La descripción que trae Acosta, en cambio, es minuciosa y patética pero no se refiere a los indios de la costa del Pacífico sino a los de la península de la Florida, avezadísimos, a estar por la letra del jesuita, en la riesgosa operación. Acosta califica de "maravillosa", "la pelea que tienen los indios con las ballenas, que cierto —agrega— es una grandeza del Hacedor de todo, dar a gente tan flaca como indios habilidad y osadía para tomarse con la más fiera y disforme bestia de cuantas hay en el universo; y no sólo pelear, pero vencer y triunfar tan gallardamente...". El estilo consiste —explica después el autor de la *Historia natural y moral de Indias* (1590), en "meterse en una canoa o barquilla, que es como una artesa, y bogando, llegarse al costado de la ballena...". El indio cazador "con gran ligereza salta y sube sobre su cerviz, y allí caballero, aguardando tiempo, mete un palo agudo y recio que trae consigo por la una ventana de la nariz de la ballena... Brama la ballena y da golpes en el mar, y levanta montes de agua, y húndese dentro con furia y torna saltar, no sabiendo qué hacer de rabia. Estáse quedo el indio y muy caballero, y la enmienda que hace del mal hecho es hincarle otro palo semejante en la otra ventana, y golpealle de modo que la tapa del todo y le quita la respiración, y con esto se vuelve a su canoa, que tiene asida al lado de la ballena con su cuerda, pero deja primero bien atada su cuerda a la ballena, y haciéndose a un lado con su canoa, va así dando cuerda a la ballena, la cual mientras está en mucha agua, da vueltas a una parte y a otra como loca de enojo, y al fin se va acercando a tierra, donde con la enormidad de su peso pronto encalla... Aquí acude gran copia de indios al vencido, para coger sus despojos..."¹¹⁷.

No menos interesante y conmovedora, por la desproporción de los enemigos, es la descripción que hace Vásquez de Espinosa. Los indios del litoral de Atacama —dice— hacen unos arpones de punta de cobre y con sus balsas de odres se acercan al mediodía a las ballenas que duermen con las aletas abiertas. Justo debajo de la aleta, el indio, con asombrosa precisión y mucha temeridad, lanza el arma dirigida al corazón. De inmediato, no espera en su balsa sino que se arroja al mar para huir de los terribles aletazos y furiosas contorsiones del animal herido de muerte.

La ballena, “viéndose herida, se embravece dando grandes bramidos y golpea en el agua. Sale mar afuera, pero a poco, cansada, se rinde, para finalmente morir cerca de la playa más próxima”.

Entre tanto, el indio recupera su balsa y vuelve a tierra, desde donde sigue con la mirada atenta la suerte del animal. Cuando localiza el cadáver, va a él y lo “abre por un costado”, de donde obtiene comida para toda la parcialidad o parentela en cantidad suficiente para varias semanas. Al mismo tiempo, pone a escurrir la carne más succulenta y obtiene un aceite que guarda en tripas de lobo marino. “Este aceite —dice el autor del *Compendio*— es su bebida ordinaria”. En cada bota o tripa de lobo, cabe “largamente una arroba de aceite”¹¹⁸.

Si cazaban la ballena, así, en forma tan valiente, los indios de la Florida y Atacama, groseros frente a los indios de la costa peruana, ¿por qué no iban éstos a hacerlo cuando a su favor tenían una tradición pesquera de miles de años y una técnica muy avanzada en todas las faenas del mar, siendo, por añadidura, extraordinarios nadadores e incomparables buceadores, cualidades que los hacían verdaderos dominadores del mar? “En los basurales —dice Engel—... se encuentran huesos de cachalotes, ballenas, delfines, orcas, etc.; no se sabe si los cazaban o cómo los cazaban...”¹¹⁹. Respecto a los delfines, se dan en muchas partes menos en Paracas, no obstante que siempre tuvieron en la bahía un lugar ideal para vivir a sus anchas. Aun ahora entran a las quietas aguas de la sin par ensenada, en grandes grupos, y así debió de ser también en otro tiempo. Pero, “nunca hemos encontrado huesos de delfines en los cortes arqueológicos...” —explica el arqueólogo¹²⁰— y esta ausencia parece ser terminante.

Si no llegó a cazarlo, por lo menos el hombre de la costa Sur vivió pendiente del cachalote, lo deificó; lo hizo una entidad mágica y religiosa de poderes sobrenaturales; además, le temió, y por eso lo llevó al arte, una manera de sujetar a las fuerzas poderosas de la naturaleza, a los espíritus maléficos y a los demonios. “El cachalote —apunta Engel— aparece en la cerá-

mica y en los tejidos de la cultura Nasca; parece que tenía un papel importante, quizá como enemigo de los pueblos pescadores, por sus actos o instintos depredadores o destructores". Agrega: "En ciertos platos Nasca se perciben pescadores cargando una red a la espalda y teniendo en la mano una especie de *bastón o pico blanco*. Puede ser un pico de *hueso de ballena* usado para *matar al cachalote*".

Respecto al *boto*, sobre el cual produjo una de sus mejores monografías el malogrado Eugenio Yacovleff (1932), se ha tratado extensamente de este monstruo marino en el capítulo octavo. Por lo demás, no cabe confusión entre el cachalote y el boto.

LOBOS Y LOBERIAS

También, desde los albores, la caza del lobo estuvo muy extendida. Pruebas del aprovechamiento del lobo marino (la carne, el hueso, el pellejo, etc.) se hallan en los estratos más profundos y hasta en los yacimientos aurorales del paleolítico de la Costa. Se trata de una dedicación del hombre de miles de años.

La forma de caza quizá nunca varió; fue la misma desde los comienzos. En general, los indios cazaban al lobo sorprendiéndolo mientras dormía. Sigilosamente se acercaba el cazador y descargaba sobre la cabeza del animal fieros golpes con un mazo o garrote. Esta modalidad está claramente representada en la cerámica mochica y sobre ella llama la atención Larco¹²¹. Otras veces, el cazador sorprendía al animal en pleno sueño y, despertándolo, lo espantaba playa adentro, donde le daba alcance, matándolo igualmente con pesada maza, que le destrozaba el cráneo¹²².

Engel cree que la caza del lobo marino fue más intensa durante la remota edad que no conoció las grandes redes para pescar. Ya con las grandes redes, la pesca dio abundantes y variados frutos, la demanda de la alimentación fue cubierta con demasía y la necesidad de carne de lobo disminuyó ostensiblemente. "En la Costa se aprovechaba en gran cantidad de lobo de mar. Hay abundantes restos de lobos sacrificados *en todos los yacimientos antiguos*, hasta que la pesca con redes grandes reemplazó la matanza de lobos... Cazar lobos no era un problema; era suficiente un bastón..."¹²³.

El mismo Engel ha proporcionado fechados muy antiguos para el lobo marino (de siete y ocho mil años) y sobre esta distante antigüedad del aprovechamiento del repelente mamífero insiste Matos. Dice que *desde los primeros tiempos de la ocupación humana de la Costa hubo abundante caza de lobo*, desde la misma época de la caza de los herbívoros en las lomas¹²⁴. Esto

puede llevar la *prehistoria del lobo marino* a unos diez mil años atrás.

En los textos de los cronistas hay frecuentes referencias sobre las loberías. Zárate, el cronista del Descubrimiento, escuetamente informa que "en toda la costa del Perú hay *grandes pesquerías* de todos géneros de peces y muchos lobos marinos"¹²⁵; y Gutiérrez de Santa Clara, el cronista de las guerras civiles, más explícito, refiere que "junto al puerto de Payta hay una isla grande que por haber en ella *gran multitud de lobos* tiene el nombre positivo de *Lobos*... Son [estos animales] muy recios y ligeros, feroces y de fea catadura y grandes enemigos de los tiburones... porque en topándose los unos y los otros se combaten reciamente hasta matarse... Los buitres matan muchos destes lobos cuando salen fuera del agua... Los buitres, cuando quieren matar algún lobo, se ajuntan muchos dellos en el aire y viendo al lobo en seco, o sobre aguada, arremeten con gran velocidad sobre él y le pican a porfía, cual a los ojos, cual a los lomos, cual a los brazos y a la cola, hasta que lo cansan. Desta manera le dan tantos picotazos que lo desangran y matan y se lo comen... Es gran deporte ver esta contienda y batalla naval entre ellos, los saltos que el lobo da en el aire, en vano, por vengarse y por coger o matar algún buitre"¹²⁶.

En toda la Costa abundaban los lobos marinos, y las poblaciones en las playas, islas y promontorios eran inmensas, a pesar de que el hombre, como se ha dicho, fue desde la época auroral un perseguidor fiero e impenitente del monstruo. A la orilla del mar, por Camaná —cuenta Vásquez de Espinosa en su pormenorizado *Compendio*—, "hay cerca de tierra tres islotes, o peñascos *cubiertos de lobos marinos*, los cuales después que están hartos de pescado se salen del agua, y suben sobre las peñas o islotes, donde se tienden al sol como manadas de lechones, dando bramidos como terneros, cosa digna de admiración... De noche salen a tierra dando grandes bramidos..."¹²⁷.

Como éstas, hay muchas otras referencias sobre los lobos y las loberías en la literatura histórica y geográfica de los siglos XVI y XVII. Del lobo se aprovechaba todo. Era un animal utilísimo. "En la costa de estos llanos —se lee en López de Gómara—... cogen muchos lobos marinos, pues los encuentran buenos de comer, y se limpian los dientes con sus barbas, por ser buenos para la dentadura, y hasta dicen que quitan el dolor de muelas los dientes de aquellos lobos si los calientan y los tocan"¹²⁸. Y de un autor moderno es el siguiente párrafo, escrito en tono de panegírico sobre los favores del mar y las muchas riquezas que ofrece dadivosamente al hombre: "Frente al mar nadie sucumbe. El mar da algas, conchas, choros, moluscos diversos, da peces de carnes suaves, gratas al paladar. El mar,

además, proporciona una serie de elementos de gran utilidad: las espinas de los pescados sirven para horadar, para coser, para penetrar en las cavidades ínfimas de la materia, para curar heridas. *Los huesos de los lobos se ofrecen a toda suerte de trabajos*, desde agujas más grandes que las que se hacen con espinas, hasta puntas para armas. El mar, pues, es generoso, rico, abundante. Para el hombre de las primeras edades, limitadísimo en necesidades, el mar fue una panacea, y las playas un edén”.

El mismo grado de utilidad que el puerco brinda al campesino de Europa, según la acertada comparación de Engel, tenía el lobo marino para el hombre de la costa peruana. “Los lobos marinos constituían en tiempos antiguos *un aporte muy importante a las poblaciones costeñas...* Para el aborigen americano, que no tenía animales domésticos, *el lobo era lo que el chancho es para el campesino de Europa...*”¹²⁹.

Más adelante, en este mismo capítulo, al tratar de la fauna marina aprovechada por el hombre desde las más remotas edades, se nombrarán las diversas especies de lobos que se conocen en el litoral pacífico de Sudamérica y se describirán, en detalle, como conviene, las características de este mamífero que de modo tan marcado gravitó sobre la existencia de los grupos costeños. Adelantaremos que del género *Otaria* se conocen diversas especies, como *Otaria byrona*, *Otaria jubata*, *Otaria aurita* y *Otaria ulloae*, unas finas (por la bondad del pelo) y otras chuscas. Una especie muy cazada por los habitantes prehistóricos de la Costa, fue la *Otaria byronii* (o *byrona*), voluminosa y con mandíbulas de hasta cuarenta centímetros de largo, de perfiles verdaderamente monstruosos. De la *Otaria byronii* —dice Engel— “encontramos huesos en sitios *muy antiguos...*”.

ALIMENTACION A BASE DE LOS PRODUCTOS DEL MAR: PESCADO FRESCO

En todo tiempo, se ha dicho ya, el mar fue fuente proveedora de primera importancia de productos alimenticios. Por épocas, las poblaciones establecidas a lo largo de la Costa vivieron casi exclusivamente de los dones del mar (pescado fresco y pescado seco, mariscos de toda clase —desde los tiempos aurorales, diez o doce mil años atrás—, carne de lobo, carne de cetáceos y algas). Poblaciones enteras, como también se ha indicado, se dedicaban a la pesca y recolección de mariscos para su propio abastecimiento y para el comercio con las naciones del interior. En la Sierra también se comía pescado, y el pescado, según lo sabemos por los cronistas, nunca o casi nunca faltaba en la

alimentación del Inca y la realeza; era, por el contrario, plato favorito de las gentes de alcurnia del Cusco y otras ciudades principales del imperio.

Por la demanda de los productos del mar, que llegó a ser grande, la pesca se constituyó en una industria extractiva de importancia, practicada por miles de hombres a todo lo largo del litoral; y el oficio de pescador se hizo de los principales. Los pescadores que morían en el ejercicio de la *pesca real*, devorados por los tiburones del Norte o *destripados* por los peces de gran porte, como el pez-espada o el merlín —según cuenta Gutiérrez de Santa Clara—, eran considerados como héroes de la comunidad y su recuerdo se guardaba vivo en la memoria del pueblo para ejemplo de las generaciones siguientes.

A continuación se trata del amplio tema de la alimentación a base de los productos del mar en sus diversos aspectos, prescindiendo de toda referencia sobre el período *precerámico*. Por razones expositivas, el precerámico está tratado en un capítulo especial, el cuarto, al que remitimos.

A la llegada de los españoles, la alimentación de los indios *yungas* era a base principalmente de pescado. Esta alimentación era en extremo frugal. “Sus comidas son flacas y miserables y de cosas livianas —cuenta un Anónimo—, como de yerbezuelas y ají, y algunos pedazuelos que secan de carne o de pescado enjugados al sol, y de todo poco aunque bien remojado (con *chicha*)”¹³⁰. El principal sustento de los *yungas* —dice otro cronista— (“que así los llaman a los indios de la Costa”), “ya está dicho: *pescan de ordinario en el mar* y [también] en los ríos, con seguridad, porque no hay lagartos ni otros animales nocivos que teman; *comen el pescado y camarones*, y suelen rescatar con los serranos...”¹³¹. Esto último indica que la pesca la realizaban los *yungas* con los indios de la Sierra (es decir, con los *quechuas*), los cuales bajaban a los llanos para colaborar.

Ingerían el pescado, o sin preparación alguna, crudo, o convenientemente preparado o conservado. “En la costa de estos llanos —refiere López de Gómara— *pescan sin miedo y mucho [y] comen crudo el pescado*, que así hacen con la carne en su mayor parte”¹³². Cobo pormenoriza los alimentos más comunes de aquella gente, como maíz, quinua, chuño o papas secas, maíz tostado y reventado, charqui y un guisado con ají y papas a base o de *charqui* o de “pescado seco”, “que también lo usaban mucho”¹³³.

Se extrañaron los españoles que la gente de los llanos marítimos no comiera pan ni alimento alguno hecho a base de harina. “Desde que pasan de Puerto Viejo adelante al Sur —dice Oviedo—, no comen pan en toda la tierra, sino maíz cocido y

Pescador del litoral de Ica con la red repleta de
capturas y una criatura al cuello. (*Nasca*.
Siglo IV de nuestra era. Colección Rivas.
Dibujo: Pablo Carrera M.J.)



pescado"¹³⁴. El pescado era, por lo tanto, el alimento principal, que nunca faltaba aun entre los pueblos más pobres; no era el único, pero sí, decididamente, el principal. "Su vianda es fruta —dice López de Gómara, hablando, en general, de los indios del Perú, de Costa y Sierra—, raíces, *pescado* y carne, especialmente de ovejas-ciervos..."¹³⁵.

La costumbre de comer pescado crudo se mantuvo por mucho tiempo después de la caída del imperio, y así, el famoso marino español del siglo XVIII, Antonio de Ulloa, tantas veces citado, en su celebrada obra *Noticias americanas*, de 1772, contaba que "los indios... acostumbran *comer pescado crudo y vivo*, cuando está saltando en las playas acabado de sacar con las redes, siendo esto tan común en ellos que hacen su comida al mismo tiempo que pescan. Esta costumbre —subraya Ulloa— la conservan sin duda de lo antiguo, debiendo inferir de ello serles más fácil el sustentarse en cualquier accidente que a personas que necesitan condimentarlos... y en aquella forma les sustenta más y les altera menos, necesitando menos de beber que cuando el alimento está preparado con sal..."¹³⁶. Lorente, en su *Historia de la civilización peruana*, de 1879, consignó el curioso detalle, aliviándolo: "Los alimentos... variaban principalmente según la diversidad de las regiones. *El pescado formaba la base de la alimentación a las del mar...* Solía *comerse crudo*, pero, como casi todos los manjares, sazonado con la sal y el ají..."¹³⁷.

Modernamente, se han hecho estudios muy interesantes sobre el papel del pescado en el régimen dietético de los antiguos pobladores del Perú, especialmente de los *yingas* de la Costa. Destacan los trabajos de Engel y Horkheimer. Desde las épocas primordiales, cinco o seis mil años antes de Cristo, ya los productos del mar constituían la base de la alimentación de los costeños y una cantidad de esos productos llegaba, quizá por comercio, al interior del país. Además, estudiando el contenido de los conchales y basurales de la Costa, que guardan testimonios de inapreciable valor, Engel ha llegado a la conclusión que en la comida del peruano antiguo, "durante los 4,500 años de su vida prehistórica" (contando del precerámico), *no se notan mayores cambios*: siempre los productos del mar forman la base y, entre esos productos del mar, jamás falta el pescado.

He aquí la relación de los productos de mayor popularidad en la alimentación de los costeños, desde cinco mil años antes de Cristo, según los estudios del citado Engel¹³⁸:

5,000 años antes de Cristo: marisco, lobo, pescado... pallar, calabaza.

2,500 años antes de Cristo: marisco, lobo, pescado... pallar, calabaza, maní.

1,000 años antes de Cristo: marisco, lobo, pescado... pallar, maíz, maní.

500 años antes de Cristo: marisco, lobo, pescado... pallar, maíz, camote, yuca, maní, jiquima.

Durante la era cristiana: el mismo régimen "sin cambios notables"; siempre en la base marisco, lobo y pescado.

Una época, como consecuencia de la fase económica de la recolección, el principal producto del mar que entraba en la alimentación de los pueblos de la Costa, era el *marisco*; pero, posteriormente, con la evolución de los grupos y el perfeccionamiento de los medios extractivos (redes, atarrayas y anzuelos), el pescado entró en el cuadro de la alimentación con todo vigor, llegando en determinados momentos y en determinados distritos, a desplazar del primer puesto a los mariscos. Lo corriente, al cabo, fue que los pueblos de la Costa se alimentaran de ambos productos, casi en partes iguales.

Engel destaca la importancia de la alimentación a base de pescado. Dice: "Por falta de carne, comían [los indios de la Costa] el *tiburón*; sus restos se encuentran con frecuencia en los detritos de cocina, y por supuesto, las *tortugas*, y también las *rayas*, las cuales han infestado la bahía de Paracas, donde llegan a hacer sus crías en el fango. El *lenguado*, que se pesca frente a las playas arenosas, al Oeste y el Sur de la bahía [de Paracas], debía ser un plato favorito; ha sido abundantemente representado, por excelentes artistas, en los platos de uso cotidiano de los precolombinos. Pero, también se comía el *robalo*, la *lisa*, el *pejerrey*, la *pintadilla*, el *pámpano*, la *cojinova*, y la *corvina*, pescados que se pueden atrapar con la red o cazar desde las rocas (con el anzuelo)..."¹³⁹. En cambio, de dos especies en la actualidad muy populares, no se tiene hasta el momento, no obstante lo prolijo de la pesquisa arqueológica en los basurales y conchales, la menor noticia: ni del *atún* ni del *bonito*. "Todavía no hemos notado sus restos en los basurales antiguos" —dice Engel—; y agrega que, quizá, los antiguos habitantes de la rada de Paracas carecían para estos peces de una red apropiada. Por eso, jamás, probablemente, pudieron atraparlos.

En otro de sus estudios, Engel insiste en el carácter básico que, dentro del cuadro de la alimentación de los habitantes de Paracas, tuvieron en todo tiempo los productos del mar. En la primera fase de la cultura Paracas, "la economía... sigue girando esencialmente en torno a la recolección de los productos del mar y al aprovechamiento de mamíferos marinos y pescado. Los huesos de *foca* de esta época son muy abundantes"¹⁴⁰. En los residuos de cocina y en los restos del menaje empleado para la preparación de los alimentos, se nota gran concentración de *substancias grasas*, lo que revela que la comida era rica en

proteínas (provenientes de los productos del mar). A esta base alimenticia, agregaba el hombre de esa época otros productos para completarla, como maíz, yuca, camote, habichuelas o frijoles; el maní parece que cayó en desuso. El *pingüino* y la *tortuga* aparecen pero de manera irregular...¹⁴¹.

Los estudios de Horkheimer, aunque cuidadosos en cuanto a las fuentes y a la sistematización de los temas, no son muy de confiar porque presentan contradicciones que en parte los invalidan. Por ejemplo, sostiene primero que la alimentación, en general, de los indios en el Perú, tanto en la Costa como en el Ande, era mala a la llegada de los españoles, para decir lo cual se basa en una carta de 1571, que algunos autores atribuyen al licenciado Polo de Ondegardo. La versión es dramática y presenta un cuadro de miseria realmente deplorable. Dice: "Es increíble que esas gentes [los indios del Perú] lleguen a alimentarse con tan poca cosa: una docena de patatas mal cocidas, un poco de maíz medio tostado, sin otro condimento, bastan para alimentar a toda una familia durante una jornada". Pero, más adelante, Horkheimer sostiene todo lo contrario: "Al producirse la Conquista, los habitantes del Tahuantinsuyo obtenían mediante la explotación del suelo y *del mar* una alimentación *cuantitativamente en cierto modo suficiente...*", lo que no se lograba —agrega elogiosamente el mismo Horkheimer— en ninguna otra parte de América ni se logra en nuestros días con las grandes masas de población indígena¹⁴².

Ancón fue una ciudad marítima importante y un centro pesquero de los primeros de la Costa. La estratigrafía de Ancón, estudiada, entre otros, por Matos¹⁴³, desde el precerámico más antiguo hasta el horizonte Inca, revela que *los productos del mar fueron básicos en la alimentación de las gentes del lugar*. Pero revela también que la alimentación a base de estos productos, *no fue uniforme*. Cada estrato, vale decir, cada período, presenta particulares e inconfundibles testimonios de esta economía basada en el aprovechamiento de los productos del mar.

El examen de los contenidos estratigráficos pone de resalto este hecho muy importante: la vida en Ancón en ningún momento fue estática, vida de marasmo. Se notan cambios muy marcados y no sólo de un período a otro o de una época a otra sino *aun dentro de un mismo período*. Tal se ve, por ejemplo, dentro del Chavinoide, que parece que cubrió un dilatado lapso en el lugar. Se producen *cambios marcados* durante el Chavinoide "no solamente en los rasgos, motivos e ingredientes de la cerámica —dice Matos— sino también en la actividad del hombre, *en el aprovechamiento de los recursos naturales y en la economía*".

Así, se perciben claramente acusadas variaciones en el *materia de mariscos* entre capa y capa. Unas veces desaparece en la capa superpuesta determinada especie que abunda, por el contrario, en la capa subyacente. Otras veces, la especie se mantiene pero acusando cambio en el tamaño o en los porcentajes relativos.

Todo esto indica, según Matos: a) modificaciones en las formas de vida, en los gustos y en las preferencias; b) cambios en la ecología marina y, probablemente también, en el clima (con la mayor seguridad, en la temperatura de los aguas del mar y en la riqueza alimenticia de las mismas aguas —*plancton*—); c) cambios en la distribución natural de las especies, en el incremento o extinción de los bancos de conchas, etc.

La desaparición de una especie determinada puede achacarse o a un cambio drástico en las condiciones de vida o, también, a la extracción indiscriminada del hombre, que llega a producir la desaparición por un tiempo o para siempre.

Matos pone este ejemplo sacado tras un cuidadoso examen del contenido de los estratos de Ancón: "Así —dice—, los *Thais chocolata* (que de la playa avanzan hacia un nivel relativamente hondo, según explica Schweigger) son generalmente grandes en los primeros estratos (en los más antiguos); en la fase *Las Colinas* se dan pero disminuidos en tamaño y proporción. Los *caracoles* son frecuentes en los estratos inferiores. *Mesodesmas* y *Mitylus* se dan en el intermedio con persistencia hasta los finales..."

Los cambios climáticos sugeridos por Matos y, sobre todo, las variaciones en la temperatura de las aguas y en el cuadro general de la vida planctónica, seguramente tuvieron repercusiones en la fauna ictiológica de la bahía. Es probable, así, que se dieran épocas de abundancia y épocas de escasez. Además, el caso de Ancón no debe considerarse como singular o aislado. Cambios más o menos marcados se produjeron, sin duda, en otras partes del extenso litoral peruano, con las consecuencias indicadas para la industria pesquera, para la recolección de mariscos y para la alimentación de los grupos instalados frente al mar. Pero, en verdad —y esta es una conclusión de la pesquisa arqueológica—, la pesca siempre fue "un recurso inagotable"; siempre: desde el precerámico hasta el imperio, jamás fallando a la expectativa del hombre¹⁴⁴. Por eso, con cambios climáticos o sin ellos, con aumento o descenso de la temperatura de las aguas, con predominio de los fríos propios de la Corriente Peruana o intromisión de los cálidos caudales del fenómeno del Niño o de la Contracorriente ecuatorial, siempre, repetimos, "en la Costa el pescado ocupaba, naturalmente, un gran lugar en la alimentación..."¹⁴⁵. Con los Incas, gracias al sentido previsor

de la política imperial, los peligros de escasez totalmente desaparecieron: las autoridades centrales, para los años de crisis, establecieron en todas las provincias del inmenso territorio del Tahuantinsuyo grandes depósitos o almacenes, conteniendo productos alimenticios, paños y confecciones para la lucha contra el frío. En esos almacenes había maíz, quinua, charqui, chuño, legumbres secas, *pescado* y *hasta conchas*. Así, el fantasma del hambre, que en otros tiempos (en los tiempos de la behetría de que hablaba Garcilaso) había causado tantos como terribles estragos entre los pueblos de imprevisora organización, fue totalmente ahuyentado.

Tanta importancia alcanzaron los productos del mar en la alimentación —carne de pescado y mariscos, principalmente—, que los *alimentos marinos* se constituyeron en elemento representativo de la cultura de los pueblos de la Costa, lo que ha sido consagrado por el veredicto del examen arqueológico. Lothrop dice: “La cultura de la Costa peruana está fundada en el uso de casas de adobe, cultivo de maíz y algodón, uso de los metales y *alimentos marinos*...”¹⁴⁶. Esta conclusión del ilustre americanista corrobora las ideas anteriormente expresadas y sitúa al mar, como fuente abastecedora de alimentos, en el verdadero alto sitio que le corresponde.

PESCADO FRESCO PARA EL INCA

Mediante el sistema, perfectamente organizado, de los *chasquis*, que cubría íntegramente el vasto territorio del Tahuantinsuyo y ponía en dos o tres días en contacto los llanos marítimos con el Cusco, el Inca, en la capital de su imperio, comía pescado fresco cuantas veces lo deseaba. Por los caminos que, enroscados a las altivas montañas, trepaban a los Andes, los veloces mensajeros cumplían el encargo, entregando de trecho en trecho al relevo la preciosa carga, que, al final, llegaba, en óptimas condiciones, a manos de los servidores del emperador.

Este servicio que, verdaderamente, admiró a los europeos porque superaba en eficiencia y prontitud al que cumplían los lentos postillones del Viejo Continente, fue consignado por casi todos los cronistas e historiadores de los primeros tiempos de la dominación española con palabras de encendido elogio. Las versiones coincidentes prueban que se trataba de una hazaña de comunicación cierta, en nada exagerada.

Con el sistema de los *chasquis*, las distancias entre las provincias del imperio —no obstante constituir el Tahuantinsuyo, en su época, uno de los territorios políticamente organizados más grandes de la Tierra— prácticamente desaparecieron o se acor-

taron en tal medida que el Inca podía, no sólo, como se ha dicho, comer pescado fresco en el Cusco sino recibir, en cualquier momento, noticias desde los confines de su vasta heredad. Con los *chasquis*, también, desaparecieron o fueron allanadas las barreras de las montañas y los desiertos, y así, los territorios más abruptos y accidentados eran vencidos con asombrosa celeridad, parte por los buenos caminos, parte por el vigor extraordinario y el adiestramiento del personal en servicio.

“Fue maravillosa —dice Murúa— la traza que dio el Inga, que a lo que dizen fue Tupa Inga Yupanqui, para saber con extraña y nunca vista brevedad, todo cuanto sucedía y pasaba en las partes más remotas deste reino, en muy breve tiempo, y fue poner por todos los caminos correos, que ellos llaman *chasques*, con tanto orden y concierto que admiran... Y cuando el Inga quería comer pescado fresco de la mar, con haber setenta u ochenta leguas desde la costa al Cusco, donde él residió, se lo traigan vivo y bullendo, que cierto parece cosa increíble en trecho y distancia tan larga y en caminos tan ásperos y fragosos...”¹⁴⁷.

La *Relación del origen y gobierno de los Incas* (hecha por los señores indios) dice que la comunicación era *rapidísima* (“ya así sabía el Inga por horas todo lo que pasaba en su reino, y gozaba de presente algunos regalos que los indios le hacían de cosas de pescado o frutas o pájaros”) ¹⁴⁸; en tanto que Polo de Ondegardo y Herrera señalan para el viaje de la costa al Cusco, portando el pescado, una duración máxima de *dos días*. El primero dice: “...también usaba el Inga destos *chasquis* quando se le antojaba alguna cosa que obiese en otra provincia, como fruta o *pescado fresco de la mar*, venían, según afirman, con aver cien leguas, muy *frescos en dos días*: esto tuvieron ellos por grandeza en así tienen memoria de muchas veces que vinieron de Quito y de Tumbes al Cusco en poco tiempo, con estos antojos de quatrocientas e quinientas leguas...”¹⁴⁹. Por su parte, Herrera refiere que “a los correos llamaban *chasquis*... y día y noche corrían cinquenta leguas: llevaban cosas para el Inga, y así tenía *pescado fresco*, con ser *cien leguas de la mar*, en poco más de *dos días*; y este servicio no le hacían los esclavos yanaconas, sino los vecinos de los lugares más cercanos...”¹⁵⁰.

Una ligera discrepancia hay en El Palentino y en el P. Murúa, quienes consignan una duración de *tres días* (no dos, como dicen Polo de Ondegardo y Herrera) para el viaje de la costa al Cusco, con la preciosa carga de pescado fresco para el Inca. “Topa Inga Yupanqui —dice El Palentino— ...hizo ...los caminos que van desde el Cusco a los Charcas y a Chile, y los que van a Quito, así por los llanos como por la Sierra, que es obra tan señalada. Dio orden cómo por todos estos caminos hubiese

chasquis (o postas), para saber con brevedad todo lo que pasase y hubiese en Chile y en Quito... Y sabíalo con tanta brevedad, que en quince días y menos venían desde Chile y desde Quito al Cusco. Y asimismo *le llevaban el pescado fresco en tres días* desde la costa al Cusco, que son ciento veinte leguas; que cierto, era mucho, por haberlo de correr a pie...¹⁵¹. Murúa coincide con El Palentino: "...y así mismo traían para este dicho Rey y Señor Tupac Inga Yupanqui, *el pescado fresco en tres días* desde la costa a esta dicha ciudad [del Cusco], que son cien leguas..."¹⁵².

Pero, no solamente en el Cusco comía el Inca pescado fresco de la mar sino, también, en Quito, cuando, por razones de la guerra o del control de su vasto territorio, tenía que radicarse por un tiempo en la mencionada ciudad norteña. Entonces, le llevaban sus chasquis el pescado desde Tumbes, que era puerto de gran actividad pesquera y de mucho comercio en grandes balsas de troncos. Como el terreno no era tan áspero como en el Sur, la carrera de los chasquis era más rápida y en sólo un día llegaba el pescado solicitado por el emperador. Lo cuenta Montesinos: "Con esta diligencia se servía al rey cuando apetecía algún regalo que no había en la provincia donde estaba; y así, en años después, cuando los reyes peruanos sujetaron al Quito, y asistían en él por algún tiempo, comían pescados de la laguna...; y *pescados de la mar cogidos en el puerto de Tumbes se los traían vivos al Rey a Quito*, que hay más de cien leguas, *en veinticuatro horas...*"¹⁵³. Lo mismo dice De las Casas: "Aquí es no deberse tener por maravilla que aqueste Rey Inga y sus sucesores, estando en Quito, *comiesen cada día pescado fresco*, elevado de la mar de Tumbes, que hay ciento veinte leguas..."¹⁵⁴.

INDUSTRIA DE LA CONSERVA DEL PESCADO

Para el tiempo que fuera menester, como dice Gutiérrez de Santa Clara, los indios de la Costa conservaban el pescado. Esta industria estaba "muy adelantada" y debe ser tenida "tan antigua como la pesca misma"¹⁵⁵. Como en el transporte se descomponía, el pescado destinado para el comercio con los pueblos de la Sierra también se sometía a procedimiento de conservación.

Se conocían cuatro métodos para conservar el pescado que se extraía del mar: *soasado*, *ahumado*, *secado* al sol en grandes tendales (que tenían en los cerros la misma forma de las andenerías) y *salado*.

El *desechado* y el *ahumado* se practicaban en gran medida. Así lo prueban los grandes hacinaamientos de residuos de peces ahumados que cubren hornos y utensilios de pesca y domésticos en diversos sitios de la Costa; por ejemplo, en *Huaca Negra*, del grupo *El Brujo*, de Chicama; en *Chimo Cápac*, cerca de San Nicolás, etc. Estos hacinaamientos son tan grandes como los montículos de conchas que abundan en diversos puntos del litoral, como en Chancay, reveladores de una actividad extractiva en gran escala y de siglos.

“A lo largo del litoral —apunta Tello—, [aparecen] unas andenerías que no pueden ser consideradas como agrícolas, sino como sitios apropiados para la seca del pescado; por ejemplo: en el cerro Cosco, de Santa; en el de Carquín, de Huacho; y en el de Manache, de Huarney... Los montículos de residuos de peces ahumados, y las andenerías para la seca, prueban la existencia, en tiempos pretéritos, en estos sitios hoy desiertos, de una densa población dedicada a la industria del pescado ahumado, a la recolección de moluscos y al arte de la alfarería...”¹⁵⁶

Sobre la *salazón* hay controversia. Gutiérrez de Santa Clara destaca este método y lo considera como uno de los más extendidos entre los indios *yungas*, pero, en cambio, Cobo, siempre tan minucioso y veraz, lo silencia, limitándose a hablar del soasado, el ahumado y el secado. Pero, la omisión de Cobo puede considerarse un olvido, porque los testimonios a favor, tanto de la literatura del siglo XVI como de la arqueología, parecen, en verdad, definitivos.

Cumplida la pesca —cuenta el autor de los *Quinquenarios*—, “se vuelven todos [los indios] a tierra muy contentos y alegres, en donde hay otros muchos indios que los están aguardando, y allí toman todos el pescado que traen y lo llevan a sus casas en donde las mujeres dellos *salan los grandes*, guardándolos para el tiempo del menester”¹⁵⁷. Fray Bartolomé de las Casas, naturalmente de oídas, también se refirió a la *salazón*. Contó que había en el tiempo de los señores del Cusco, en todas partes, “depósitos de mucha cantidad de *sal...* pescados secos al sol y otros salados...”¹⁵⁸. Un autor del siglo XVIII¹⁵⁹ se refirió, también, a la tradición mantenida por los indios pescadores de Pisco. Anotó: “*Pisco*: puerto [de la costa peruana]... abundante de pescado, *que salan los indios* y llevan a vender a las provincias interiores...”.

Tanto Tello¹⁶⁰ como Rebeca Carrión Cachot¹⁶¹ dieron crédito a la versión de Gutiérrez de Santa Clara y señalaron que, por *salazón*, se conservaban en la antigüedad, en la Costa, grandes cantidades de pescado. Tello se refirió particularmente a los tendales de Carquín, cerca de Huacho, y su distinguida discípula

a las instalaciones especiales de Ancón. Ancón fue un importante *puerto pesquero*, de los más principales de la Costa, cuya población, altamente especializada, pescaba para su propio consumo, para el consumo de los pueblos aledaños (quizá, hasta el valle del Rímac) y también para abastecer a los pueblos del interior, con los cuales mantenía comercio regular. "En las colinas vecinas y aun en el sitio denominado Playa Hermosa —dice Rebeca Carrión Cachot—, se encuentran numerosas terrazas destinadas a *secar el pescado y los moluscos*, industria que constituía la principal de la localidad...". Añade: "La industria de la pesca y de la *salazón* del pescado alcanzó *gran desarrollo* a juzgar por las extensas áreas destinadas a secar los peces que existen en todas las colinas del Sur. Esta industria debió darles [a los pobladores de Ancón] un gran prestigio comercial que promovió el intercambio de productos con los pueblos de la Sierra...".

En muchas localidades pesqueras se practica en la actualidad la industria de la conserva por salazón, y es probable, como sugiere Jiménez Borja, que los métodos de ahora sean los mismos, o casi los mismos, que los de hace siglos. En su bello libro *Moche*, el distinguido escritor y arqueólogo dice: "Una de las ocupaciones propias de las playas es la *salazón del pescado*. Las rayas, tollos, guitarras y peje-gallos son puestos en sal por un día, luego se los lava y se los pone a secar... Las rayas, que tanto interesaron a los antiguos pobladores de la playas del Norte del Perú, son motivo hoy de un complicado procedimiento. Se dispone al animal de espaldas sobre la playa y se da dos cortes semicirculares; el primero desprende la parte inferior de la boca y la agalla y el segundo desprende la cavidad abdominal. Luego, se sacan las entrañas. A continuación se saja al animal en hondos cortes, se frota luego con arena los cortes y se lo entierra en la arena... Así se deja por un día, luego se saca, lava, *sala* y cuelga por la cola, con una cañita atravesada".

Cobo, como se ha dicho, hizo sólo referencia al soasado, ahumado y secado al sol; no, extrañamente, al salado. De las anchovetas, que tanto abundan en toda la Costa, dijo que "secan [los indios] muchas al sol y llevan a varias partes"¹⁶². En otro capítulo: "Si la carne o pescado lo habían de guardar poco tiempo, lo asaban en *barbacoa*, y esto usaban los indios *yuncas* en las tierras calientes; mas los del Perú, así para corto como para largo tiempo, *enjugaban y secaban la carne y pescado al sol* en la costa de la mar y al hielo en las sierras frías..."¹⁶³. Parecería indicar el ilustre autor de la *Historia del Nuevo Mundo* que en los tendales de las islas y promontorios de la Costa, el pescado solamente se secaba al sol y no por la acción

deshidratadora de la sal. Esta suposición, sin embargo, como ya se dijo, debe considerarse superada.

ALIMENTACION DE MARISCOS

Como ya se ha dicho, de los frutos del mar, los primeros aprovechados por el hombre fueron los mariscos; lo que significa, por consiguiente, que el hombre antes que pescador fue recolector de moluscos. Engel, uno de los mejores conocedores de las edades aurorales del hombre de la Costa, lo dice: "...el hombre, desde muy temprano, ha sido recolector de... mariscos..."¹⁶⁴.

Los mariscos proporcionaban variados y vitales elementos nutritivos a las poblaciones establecidas frente al mar. "En lo tocante a las proteínas —dice el mismo Engel—, la alimentación básica de los antiguos peruanos parece [que estuvo constituida] por los mariscos. Había en ciertas épocas *bancos* muy grandes de conchas en las orillas del mar. De los siglos precolombinos conocemos *miles de basurales grandes* (conchales o *quioquemondingos*), principalmente constituidos por conchas: almejas, señoritas, choros y caracoles..."¹⁶⁵. En realidad, dietéticamente hablando, "los mariscos reemplazaban a la carne". Por lo mismo, "los moluscos eran básicos en la alimentación"¹⁶⁶.

Profundo conocedor de la arqueología de Paracas —área a la cual ha dedicado sus mejores años de trabajo—, Engel ha podido determinar, con gran precisión, el régimen alimenticio de los hombres de los diversos períodos regionales de aquella localidad. Ahora sabemos, por esos sus estudios, que la población, tanto de Cavernas como de Necrópolis, se alimentaba de productos agrícolas como el maíz, el ají, el maní, la yuca, la jiquima y el camote, con un poderoso *complemento* de cuyes, *mariscos, carne de lobo marino y pescado* en abundancia y variedad. En cambio, cerca, en la Bahía de la Independencia, parece que toda la alimentación estuvo constituida, con exclusividad, por productos del mar, con notoria ausencia de los de la tierra (que no faltan en Paracas). La vida de los hombres de Bahía de la Independencia se mantuvo, por consiguiente, a base de *mariscos y pescados*¹⁶⁷.

Muy interesante, por lo novedoso, fue la sugestión de Larco al tratar de la comida de los yungas de la costa central. Dijo el eminente arqueólogo que los pueblos de Lima, en la *Epoca Auge*, comían principalmente moluscos y que entre los moluscos que más consumían se contaba el *Spondylus*. Hasta Larco, la arqueología había dado al *Spondylus* un valor decorativo y mágico, relacionado con la mitología y la religión, pero desde

la publicación del último texto del afamado arqueólogo trujillano¹⁶⁸, el mencionado molusco hállase ubicado también en la lista de los animales marinos buscados por el hombre con fines alimenticios.

Raimondi, en el siglo pasado, en uno de sus viajes de estudio, vio a los hombres del litoral de Atico extraer erizos y, en general, mariscos, de las peñas batidas por las olas. El procedimiento puede ser considerado como un arcaísmo, y se tendría, entonces, en el texto del sabio milanés, una descripción cabal de la manera como actuaba el mariscador de hace siglos y milenios. En uno de los cuadernos de *Notas de viajes*, se lee lo siguiente: "Las peñas bañadas por el mar en las inmediaciones de Atico, tienen abundancia de erizos. Los pescadores, *desnudos*, entran al mar y sacan con facilidad una gran cantidad de estos mariscos, los mismos que comen frescos y preparados en forma de jalea... Para hacer esta preparación, reúnen una gran cantidad de erizos, cortando algunos de ellos para que sirvan de recipiente. Echan en cada uno de estos improvisados recipientes la parte blanda y comestible de otros tres o cuatro erizos, llenando de este modo aquel *poto* natural. Después, encienden fuego y los ponen en las brasas para cocinarlos en su misma concha a fuego lento. Por el agujero natural que tiene la *cáscara* del erizo, se desaguan completamente y después de escurridos, para terminar su desecación, los ponen al sol... Preparados de este modo, se conservan todo el tiempo que se quiera. Los expenden con el nombre de *jalea de erizos*..."¹⁶⁹.

Finalmente, Engel sostiene que los costeños hacían *charqui* de la carne de la concha, por el procedimiento, tan extendido para conservar el pescado, del ahumado¹⁷⁰.

ALIMENTACION DE CARNE DE LOBO MARINO

Los cronistas cuentan, y la arqueología lo confirma, que los indios de la Costa, además de mariscos y pescados, comían abundante carne de *lobo marino*.

Los pescadores de los llanos marítimos —refiere el tantas veces citado Gutiérrez de Santa Clara— "toman muchos lobos marinos y se los comen cocidos o asados en las brasas, y con las barbas que les quitan se alimpian con ellas los dientes, y dicen que quita el dolor de las muelas y dientes"¹⁷¹.

Esta versión del historiador de las guerras civiles, cuenta, como se dijo, con el respaldo de la arqueología. Los "bien alimentados" chavinoides vivieron a base del maíz y del pallar, amén de otras semillas y tubérculos, "pero el marisco y la *carne de lobo marino* jugaron en su alimentación un papel muy importante"¹⁷². Por consiguiente, el régimen alimenticio de los

chavinoides (último milenio antes de Cristo y primeros siglos de nuestra era) estuvo constituido por productos agrícolas de significativa importancia (sobre todo, el maíz, que justamente caracteriza a la época), pescado obtenido por las perfeccionadas técnicas de la red y el anzuelo (éstos, todavía de concha), mariscos y *carne de lobo marino* en abundancia. El lobo era cazado en la forma descrita anteriormente: un certero golpe de maza en la cabeza, que le hundía el cráneo, o en la nuca, lo ultimaba. Cuando el lobo huía de la persecución humana, el cazador le cerraba el paso hacia el mar y lo llevaba lejos de la playa; allí, el animal era matado a golpes.

ALGAS MARINAS Y HUEVOS DE PESCADO

La flora marina también fue empleada por los antiguos habitantes de la Costa (y eventualmente, de la Sierra también) como alimento. Se conocía el *alga marina* con el nombre de *cochayuyo*, en quechua, y de *causu*, en aimara. También, según anota Latcham, se le daba el nombre de *cochahuasca*, palabra quechua que significa *látigo del mar*, por la forma típica que toma esta vegetación de los fondos marinos.

El aprovechamiento de las algas fue de todo tiempo, desde las primeras edades hasta la llegada de los españoles. Kauffmann dice que, aunque la pesca bajó en importancia durante el Imperio de los Incas (lo cual es rebatible), el aprovechamiento de los productos del mar siguió, *manteniéndose una tradición varias veces milenaria*. Así, "se consumían algas marinas, (*cochayuyo*), probablemente también deshidratadas, y otras yerbas o *yuyos* comestibles..."¹⁷³.

Horkheimer explica que "las algas arrastradas por las olas a las playas o recogidas en el mar, se secaban al sol y luego se cocinaban como sopa. Probablemente, ya en la época prehispanica las *algas desecadas*, muy apreciadas por su alto contenido de yodo, se encontraban entre los artículos enviados a la Sierra en carácter de trueque"¹⁷⁴. Las algas, por consiguiente, constituían un alimento tanto para costeños como para serranos, y éstos altamente las apreciaban. El comercio de ellas era activo.

En las playas arenosas al Norte de Chancay, Angel Maldonado, investigando los basurales del hombre primitivo, encontró testimonios del aprovechamiento de las algas marinas correspondientes a una edad muy remota. Pudo determinar la existencia de vestigios de dos especies dominantes: *Nostoc commune* ("que a mi juicio —dijo el mismo Maldonado— pudo ser comestible") y *Nostoc vessiculosus* *Vauch*, que se come actualmen-

Representación superpuesta de una balsa de totora tripulada y un pez ornamentado con bandas que desarrollan el signo escalonado. (*Chimú*. Siglo XIV. De Arthur Baessler, *Ancient peruvian art*, Nueva York, 1903; p. 74, fig. 270. *Dibujo: Pablo Carrera M.*)



te en los departamentos de Puno, Cusco y Arequipa, vendiéndose en los mercados con los nombres de *mormunta*, *murmunta*, *llucllucha*, *cussuru*, *llallucha* y *ululuma*, "y que consumieron los antiguos peruanos"¹⁷⁵.

Las algas arrojadas por el oleaje a las playas, proporcionaban al hombre otros productos de gran valor alimenticio. Esto lo observó Raimondi en su viaje por las costas de Arequipa y dejó anotado lo siguiente en uno de sus *Cuadernos de Viaje*: "...en los meses de diciembre, enero y febrero... el mar arroja a la playa una inmensa cantidad de *huevos de pescado*, dispuestos en grandes racimos y envueltos, otras veces, en las frondas de *Macrocistos*, llamados *sargazos* en varios puntos de la costa del Perú y *aracanto* en este lugar [Atico]. Estos huevos los secan al sol y, en este estado, se conservan perfectamente de un año a otro y aun más tiempo. Estos huevos se llaman *ataco* en Atico y *caucau* en Arequipa..."¹⁷⁶.

LA SAL Y SU VALOR ECONOMICO

De la sal como producto de significación mágico-religiosa —un producto maléfico, causante de muerte, esterilización, envilecimiento y degradación, según explica Guamán Poma de Ayala— se trató en el capítulo octavo. Aquí sólo corresponde tratar de la sal como producto para el consumo humano, con valor económico: es decir, como condimento para el preparado de la comida, como ingrediente alimenticio de vital importancia y como substancia utilizable en la conservación de las carnes y pescados.

Aunque había grandes depósitos de *sal mineral* (en la Sierra), que los indios explotaban desde tiempo antiguo, la principal fuente proveedora del cloruro de sodio estaba en las llamadas *salinas de la mar*, en la Costa, a lo largo del litoral. "Tres diferencias ponen de sal los autores que della escriben —explica Cobo—, conviene a saber: la *marina*, la de mineral y la que se hace del agua de algunas fuentes: y todas se hallan en estas Indias en muy grande abundancia..."¹⁷⁷.

Llamábase la sal, en quechua, *cachi* y, en aimara, *hayn*; y de su abundancia hablan los cronistas con asombro. El citado Cobo dice: "...hay en estos *llanos* [marítimos] infinitas salinas naturales de donde se puede proveer della no menos que todo el mundo..."¹⁷⁸; y Murúa no se queda atrás: "Hay salinas —expresa— donde se coge tanta cantidad de sal, que se puede proveer a toda España, Francia e Italia della, especialmente en el puerto de Guauta [*Huaura*], questá diez y ocho leguas de la ciudad de los Reyes"¹⁷⁹.

Horkheimer destaca que "el papel más importante entre los alimentos del reino mineral lo desempeñó la sal, que tanto antiguamente como hoy en día sirve de condimento. Los costeños, que lograban obtener con relativa facilidad la *sal marina*, deben haberla empleado como un artículo más de *trueque* con las tribus de la Sierra. En la Costa, las *salinas de infiltración*, cercanas a la playa, siguen siendo explotadas como lo fueron en la época prehispánica"¹⁸⁰.

La explotación de los depósitos de sal en la Costa, cerca al mar, fue en todo tiempo intensa y a ella estuvieron dedicados muchos pueblos. "Los restos arqueológicos revelan que antiguas poblaciones aborígenes han vivido en las partes bajas de los valles y lomas *contiguas al mar*, aprovechando al mismo tiempo de los productos agrícolas, *de las salinas* formadas en las vecindades de las playas y de los recursos marinos". Tello, de quien es la cita precedente, agrega: "*Fue intensa y activa la explotación de las salinas en tiempos pasados*. La sal, que desempeña papel tan importante en la dieta humana, fue ayer como hoy motivo de comercio entre la Costa y la Sierra"¹⁸¹. Se comerciaba con ella no sólo para satisfacer la demanda de los pueblos en cuanto producto indispensable para la vida sino para proporcionar la materia básica en la industria de la conservación del pescado. "Los antecesores de los actuales lomereros migratorios —prosigue Tello—, que cada año o cada dos o tres años bajan a la Costa, fueron los encargados del trueque de productos vegetales y animales y los que mantuvieron durante siglos el comercio que, en el pasado como en el presente, enlazo las regiones apartadas del país, creando vínculos de unidad y solidaridad. De otra manera sería inexplicable la existencia de los muchos caminos, en gran parte hoy abandonados, que partían de las *salinas* e irradiaban hacia la Sierra o a los valles contiguos...".

Ilustra el texto de Tello el importante depósito de Chilca, al que, desde tiempo inmemorial, descienden por la quebrada de Parca los indios de las serranías de Escamarca, Matará y Huarochirí, llevando diversos artículos de las industrias locales, especialmente cántaros y porongos, para recoger, mediante cambio, el valioso producto de las *salinas* vecinas al mar.

Por su significado mágico-religioso y su valor económico, la sal adquirió un relieve singularísimo en el contexto cultural andino, como lo prueba el hecho de que dio nombre a uno de los principales personajes de la mitología antigua, que interviene en el origen y formación del Imperio de los Incas: *Ayar Cachi*, uno de los hermanos que salieron con designio imperial y misión organizadora de la cueva de *Tamputoco*. *Cachi*, como ya se dijo, es sal.

Cachi también fue tótem, ser ancestral de muchos grupos; y en la toponimia del vasto territorio del Tahuantinsuyo, la palabra aparece también, con profusión, difundida en relación con pampas, quebradas, cerros, localidades, ríos, fuentes y otras entidades geográficas¹³².

La sal, como ya se dijo, se obtenía de las minas (en la Sierra) y de las llamadas *salinas de la mar* (en la Costa). "En algunas partes —dice Cobo—, rebosando la mar con sus crecientes y hinchadas olas, *arroja de sí fuera de los límites de sus playas gran copia de agua, la cual, con el calor del sol, se cuaja en excelente sal...*"¹⁸³. Tal era, por ejemplo, entre otros muchos, el caso de las salinas de Huacho, conocidas en el tiempo del cronista con el nombre de *salinas de Guaura*, las principales proveedoras de sal de la Costa, tanto cuando el apogeo de los *yungas* y la dominación de los señores del Cusco como en la edad que siguió bajo la dominación española. Directamente y por simple proceso natural, *la sal se obtenía del mar*. "En otras partes, la sacaban —prosigue Cobo— en piedras grandes de debajo del agua de la misma mar, cerca de tierra, donde se hallaba cuajada". Y, finalmente, "en [ciertas] partes, [los indios] *hacen sal de agua dulce*, echando a cocer en ella el *salitre* que cogen de la superficie de la tierra que ha bañado el mar...". Esta era una ingeniosa modalidad artificial de obtención, muy útil en las provincias donde las condiciones naturales para la formación de la sal no eran propicias.

"En toda la tierra, desde que pasan la línea equinoccial hacia el Sur —se puede decir como resumen de lo expuesto, siguiendo a Oviedo—, hay *grandes salinas artificiales y naturales*, porque hay salinas en algunas partes que turán [¿tendrán?] una legua, *ques toda la tierra y las piedras sal*"¹⁸⁴.

Los cronistas e historiadores describieron las principales salinas de la Costa, ensalzando las cualidades, por demás óptimas, del producto y haciendo hincapié en las cantidades verdaderamente fabulosas que el conjunto de yacimientos producía. "En muchas partes de la dicha costa [de Piura] —se lee en la *Relación* de Juan de Salinas Loyola —hay *salinas de mucha y muy buena sal*, especialmente cerca del... puerto de Payta...; todas ellas son de los naturales y se aprovechan dellas aún..."¹⁸⁵.

En sus monumentales y eruditas *Décadas*, Herrera trae la versión sobre la *guerra de la sal*, que tuvo lugar a raíz de la división del imperio por Huaina Cápac entre sus descendientes Huáscar y Atahualpa. Según una opinión, esta guerra se produjo, no tanto por la posesión misma de la isla de la Puná sino por el control de la sal que en dicha isla se producía, indispensable para los pueblos del interior, hasta Quito, como se explica en seguida.

En el reparto del imperio, la isla de la Puná le correspondió a Huáscar, rey del Cusco, "pero pretendió Atahualpa el señorío porque siendo señor de... Quito *no podía pasar sin ella por la sal*, que en la punta se labra, que se navegaba en canoas y balsas hasta Chimbó, por el río arriba, con la creciente del mar, y allí iban por ella los vasallos de Atahualpa, *sin poderla haber de otra parte*".

Al comienzo, la isla fue enérgicamente defendida, como se relata en el capítulo décimoquinto, pero habiéndose sometido a Atahualpa el cacique Tomalá, la lucha con los vecinos de Tumbes, que eran del bando de Huáscar, no se hizo esperar. Tomalá consideraba "que perdía mucho, si no contrataba con los de Quito y con Atahualpa". Por eso, se declaró enemigo de Huáscar y partidario del ambicioso rey de Quito.

La guerra la precipitaron los isleños. Ellos, como los caribes de las Antillas (hace la comparación el mismo Herrera,, eran "muy molestos... y muy atrevidos... y salían a robar a tierra firme (donde estaba la ciudad de Tumbes, entonces verdadero emporio y cabeza de todos los llanos marítimos del Norte)... confiados en la fortaleza de su isla, porque tenían cercada casi la mayor parte de ella, con un grueso muro, y hechos fuertes de piedra, madera y tierra...". Además, el régulo de Puná, con sus secuaces, mal afamados por sus muchos actos de felonía cometidos contra los administradores del imperio incaico, se había hecho, de antiguo, "*rico por el gran trato de sal...*" que hacía con sus vecinos y con los pueblos del interior, hasta Quito.

La guerra tuvo variado desarrollo, con acciones favorables para los indios de Tumbes, fieles al Cusco, y acciones favorables para los isleños dueños de la sal, del bando de Atahualpa. Conforme cuenta el mismo Herrera en su *Década cuarta*, a la llegada de Pizarro, "andaba la guerra muy encendida por la división de los dos ingas... Estos de la Puná y de Tumbes se trataban con gran crueldad, llevando lo mejor los de el bando de Atahualpa por haber poco antes sujetado la sierra de Caxamalca [Cajamarca] y a Mocha y Tomebamba..."¹⁸⁶

En la definición de la *guerra de la sal*, se produjeron verdaderos combates navales de perfeccionada estrategia, con la participación de nutridas flotas de balsas. En estos encuentros, los guerreros de los bandos en lucha se abordaban, culminando la lucha en feroces cuerpo a cuerpo en pleno mar o en pleno río.

Oviedo describe un yacimiento de sal, al parecer muy valioso y que los indios explotaban en gran medida, sobre cuya ubicación, en la geografía moderna, no es posible, por la vaguedad y confusión del texto, aventurar palabra. Habla de la costa de *Sanct Miguel* y la *punta Finisterroe* para mencionar, en seguida, *Chincha*. Por esta última referencia, podría suponerse

que el tal yacimiento de *sal muy blanca y muy buena* corresponde a *Chilca*, que fama mantiene desde tiempos inmemorables. Dice el párrafo respectivo de la *Historia general*: "...en aquella costa de Sanct Miguel, donde se dice la punta de Finisterro, *hacia Chíncha dos leguas*, están unas *salinas* que a mí me es *cosa muy nueva la forma dellas, sobre el agua de la mar*, media legua de ancho, o dos o más, de luengo de la costa, tan alta la sal como a la cintura, y menos o algo más, *hecha como peña o roquedos cuajados; e debajo de tales peñas de sal es todo agua de la mar*. Y continuamente andaban *sobre dos mil indios* cortando la dicha sal con herramientas y picos; y arrancando el pedazo, está el agua de la mar debajo de la rodilla, y más y menos; y *la sal es muy blanca y muy buena*, y mucho cosa de ver y *aun de maravillarse*"¹⁸⁷.

La referencia, muy pormenorizada, que hace Gutiérrez de Santa Clara, por lo general tan escrupuloso, sobre los depósitos de sal en la isla de Huacho (o de Huaura), está completamente equivocada. El historiador de las guerras civiles esta vez erró y su versión debe ser, por lo tanto, puesta de lado. La isla grande a que se refiere, frente a Huaura, *toda ella cubierta de sal* (blanca completamente de tanta sal), no es otra que la conocida hoy con el nombre de *Don Martín*, exactamente frente al pueblecito de Végueta, un poco al Norte de Huacho; y esa isla, se sabe perfectamente, *no tiene sal sino guano*, que forma una capa blanca (o blanquecina) sobre la oscura formación rocosa. La capa de guano, sin duda, indujo a error al autor de los *Quinquenarios* (o a su informante).

A pesar de todo, no estará de más transcribir el párrafo aludido. Dice: "En la costa de hacia la villa de Sant Miguel están dentro de la mar y no muy lejos de la tierra, *unas peñas muy grandes y altas, que son de muy linda sal*, que parecen unas isletas pequeñas, y en ellas combaten las ondas de la mar, y están por encima dellas cubiertas de gran multitud de huevas de pescados, que muchas veces los marineros se proveen de allí de sal y de huevas...". Hasta aquí, la versión de Gutiérrez de Santa Clara parece coincidir con la de Herrera, anotada anteriormente. Corresponde a las salinas de *Sanct Miguel*, hacia el Sur. Pero, sigue el historiador de las guerras civiles: "También *enfrente del puerto de Guaura está una isla grande*, en donde *toda ella es de sal, y muy buena*... Aunque se llevase mucha en cantidad en carracas y navíos no menguaría, porque *crece y multiplica siempre*..."¹⁸⁸. La confusión es ostensible.

Las *salinas de Huaura*, en la punta llamada hoy Salinas, al Sur de la bahía de Huacho, tuvieron gran fama. El Anónimo del siglo XVI que Jiménez de la Espada incluyó en sus *Relaciones geográficas de Indias*, las describe así, con encendidas

palabras: "... la *Guaura*, donde hay unas salinas, las mayores del mundo y la más preciosa sal que se halla en las Indias, de donde se provee lo más del reino del Perú"¹⁸⁹. El Palentino se refiere en su *Historia del Perú*, de 1571, a las mismas salinas, llamándolas *salinas del puerto de Guaura*. "En este puerto de Guaura... es cosa bien notable que pueden tomar los navíos toda la sal que quieren, y es muy buena, y es cosa de admiración la cantidad della, porque podría muy bien proveer a toda Italia, Francia y España"¹⁹⁰. El Palentino se refiere a la época del Pacificador D. Pedro de La Gasca, mediados del siglo XVI; y el *puerto de Guaura*, es Huacho. La fama del lugar venía de tiempos antiguos, de la época de los Incas.

Cuando la expansión del imperio, los yacimientos de sal, especialmente los marinos, fueron sometidos a estricto control. Conforme a la costumbre de los incas de, producida la incorporación de una provincia, hacer de inmediato de ella un inventario o catastro completo de sus recursos económicos para el mejor aprovechamiento de ellos y más justa distribución, las *salinas* eran registradas cuidadosamente, anotándose sus características mediante cordeles de nudos o *quipos*, según cuenta Garcilaso. "Todas estas cosas [tierras, dehesas, cumbres, fuentes, ganados y *salinas*] y otras muchas, mandaba el Inca que se contasen y midiesen, y se sentasen por memoria cada una de por sí"¹⁹¹.

Conquistada una provincia e incorporada al imperio, procedían las autoridades enviadas por el Inca a repartir las tierras y pastos y distribuir las fuentes de recursos según las necesidades de los grupos o *ayllos*. La distribución —lo sabemos por el mismo Garcilaso, arriba citado— era así: *primero*, para el Sol, los templos, los sacerdotes y los ministros; *segundo*: para el Inca y los gobernadores, vicarios de éste en las tierras ganadas; *tercero*, "para los naturales de la provincia y moradores de cada pueblo". El sobrante de la producción de la parte que le correspondía al Inca, se destinaba con gran sentido de justicia social, a los *depósitos comunes*, para las épocas de escasez; y el sobrante de la parte que le correspondía al pueblo, para los enfermos, los tarados, los débiles de nacimiento (impedidos para el trabajo, que era obligatorio) y los dementes. Estas disposiciones de gobierno tenían aplicación, naturalmente también, en lo tocante a las *salinas*, de cuya producción nadie podía particularmente aprovecharse: la sal era para todos, por lo mismo que era un producto de vital importancia indispensable para la alimentación. Dice Garcilaso: "La sal que se hacía, así de las fuentes salobres, como del *agua marina*, y el pescado de los ríos, arroyos y lagos, y el fruto de los árboles nacidos de suyo, el algodón y el cáñamo, mandaba el Inca que fuese común

para todos los naturales de la provincia donde había aquellas cosas, y que nadie en particular las aplicase para sí, sino que todos cogiesen lo que hubiesen menester, y no más..."¹⁹².

En el régimen incaico, por otro lado, imperaba un sistema de tributo especial, que comprendía trabajos, servicios y especies o cosas de singular valor, pero todo ajustado a normas muy sabias y justicieras, de las que traen circunstanciada cuenta los cronistas, entre ellos Blas Valera (a través de Garcilaso), como se verá en el próximo capítulo¹⁹³. Murúa refiere que el Inca "sólo mandó le diesen todo lo necesario para servicio y de su casa real, guerra, labradores y guarda de ganado, vestimentos, vestidos y otros oficiales, como se sigue" (aquí Murúa hace una lista completa de los oficios que el Inca reclamaba para su servicio, entre otros): "... indios que beneficiaban las *salinas*, llamados *cachi camayos*... indios pescadores de todo género de pescados en la mar y ríos, y de camarones y cangrejos..."¹⁹⁴. Igual dice Guamán Poma pero siendo más explícito que Murúa porque aclara que no había tributo entre los incas *de dinero* pero *si de servicios*, de trabajos y aun de ciertas cosas o especies de valor. Así, unos indios tributarios trabajaban y "*otros daban sal*"¹⁹⁵, entre otras cosas.

La sal, por su valor especial y la importancia que tenía en la alimentación, era controlada por las autoridades imperiales, como se ha visto, y guardada en depósitos para los casos de necesidad colectiva, de la misma manera como se guardaba la ropa. Xerez relata que en el pueblo de Caxas, un destacamento de avanzada enviado por Pizarro (en su marcha a Cajamarca), halló depósitos llenos de ropa, calzado y *sal*, "para la hueste de Atabalipa"¹⁹⁶. Indica la cita que tanto la ropa como el calzado y la sal eran artículos de primera necesidad, fundamentales.

Sin embargo, el consumo que los indios hacían de ella era, comparativamente con el de los españoles, bajo. Cobo dice: "... gastaban muy poca [sal] en comparación de la que nosotros gastamos...". En realidad, los indios usaban poca sal porque *no tenían en qué echarla*. Los indios preparaban sus alimentos por lo general sin sal. La sal la comían aparte, poniéndola en un pequeño recipiente, del que los comensales, por turno, extraían el pedazo y lo lamían cuantas veces lo desearan, que no eran muchas. Sábese, por consiguiente, que los alimentos no iban sazonados sino insípidos. Les comunicaban a los bocados cierto sabor dejando sal directamente en la lengua, una curiosa modalidad que recuerda los usos gastronómicos de China. "En los guisados y potajes que comían —explica el tantas veces citado Cobo— no siempre echaban sal para sazonarlos, sino que, cuando comían, ponían un terrón de sal junto al plato, que era su salero, y de cuando en cuando lo lamían con la lengua, dando el

*sabor de la sal al paladar y no al potaje; y a veces, comiendo muchos juntos y no habiendo... más que un terrón de sal para todos, andaban la rueda de mano en mano, lamiéndolo unos tras otros*¹⁹⁷.

Algunos pueblos del interior, especialmente del altiplano peruano-boliviano, comían tierra, costumbre que se mantiene en algunos grupos muy atrasados. Esta tierra es *salada*. Toribio Mejía Xesspe explica que "la *greda* comestible es, generalmente, de color blanco y se usa, *mezclada con sal*, para comer papas y otros tubérculos".

COMERCIO DE PESCADO, MARISCOS Y SAL CON LA SIERRA

Los pueblos del interior consumían grandes cantidades de productos del mar, los cuales naturalmente obtenían por intercambio con los pueblos de la Costa. "A base de los hallazgos arqueológicos —dice Tello— se puede afirmar que desde la más remota antigüedad existió un *activo intercambio de productos entre la tres regiones naturales del país*. Plumas multicolores de aves tropicales fueron usadas por los antiguos habitantes de la Costa y de la Sierra... Lanitas de llama, alpaca y vicuña... se encuentran a profusión en las fábricas textiles halladas en la Costa; y, a su vez, *productos marinos son comunes en las tumbas de la Sierra*. Ciertos moluscos, propios de los mares ecuatoriales, exóticos a la fauna del Pacífico, como las conchas *Spondylus* y *Strombus*, fueron materiales de uso ritual o ceremonial en todo el país, a juzgar por las numerosas muestras que se encuentran en los yacimientos arqueológicos"¹⁹⁸.

Los testimonios de este comercio abundan por doquier. En casi todos los depósitos arqueológicos de la Sierra se encuentran, como dice Tello, conchas que revelan una alimentación fuertemente completada por los mariscos; también hay huesos de pescado y hasta se puede creer que por ese comercio de la Costa al interior llegó a los pueblos de los valles interandinos el *lobo marino*. Para esta comprobación, la lejanía no cuenta. Los hallazgos de Lumbreras y Amat en Chavín (1968), de conchas diversas, especialmente *choro*, y la frecuencia con que el tema marino (peces y moluscos) aparece en las manifestaciones artísticas de esa cultura milenaria, indican que la penetración del comercio llegó a la región trasandina, cruzando valles y cordilleras.

Algunos ejemplos se pueden poner para ilustrar la anterior aserción. En el corte estratigráfico que Tello practicó en la huaca La Ventana, valle del río La Leche, en el departamento

de Lambayeque, cuando los famosos descubrimientos de Batán Grande, que dieron los mejores objetos de oro y piedras preciosas que se conocen de esa región (1936 y 1937), quedaron a la vista varias capas. Las dos primeras revelaron únicamente arena, más o menos compactada, sin vestigios de industria o actividad humanas; pero, la tercera reveló ya la existencia del hombre, con —esto es lo interesante desde el punto de vista de nuestro estudio— “*conchas de pequeñas almejas y olivas, diversas especies de caracoles marinos y terrestres, carbón vegetal, fragmentos de huesos*”, etc., y, naturalmente, cerámica utilitaria con bajo porcentaje de cerámica fina, de tipo ceremonial.

Es de toda evidencia, por consiguiente, que los primeros ocupantes de esa parte del valle del río La Leche, que enterraban a sus muertos en el cementerio hoy llamado de La Ventana, *mantenían un activo comercio con los pueblos pescadores y mariscadores de la Costa*, más que con los pueblos de las vecindades. Los pueblos de la Costa los surtían de alimentos frescos extraídos del mar: pescados y conchas¹⁹⁹.

La existencia, en el sitio aludido, de restos tanto de mariscos como de animales de las alturas, revela que la alimentación de los hombres de esa parte del valle del río La Leche tenía *dos fuentes proveedoras: una en el mar y, otra, en las tierras serranas*, donde los cazadores atrapaban auquénidos; pero, los porcentajes ponen en claro que los productos del mar cubrían parte mayor de la demanda alimenticia.

Otro caso: en las excavaciones realizadas por Tello también, en julio de 1937, en el *Cerro Sechin*, que dieron por resultado el hallazgo de los mundialmente famosos monolitos grabados del templo local —relacionado, según el mismo Tello, con la cultura Chavín—, juntamente con una gran cantidad de vegetales, propios de una economía agrícola, se hallaron en gran cantidad *almejas*, indicativas de *relaciones con los pueblos del litoral*, pescadores y recolectores de mariscos²⁰⁰.

No es necesario recurrir a otros ejemplos. La lista sería de no acabar. Toda la Sierra está llena de testimonios del señalado comercio con los pueblos del litoral, y estos testimonios —como se ha expuesto en el capítulo tercero— se remontan no pocas veces a la más grande antigüedad. Aunque el punto ha sido ya abordado y no corresponde a este capítulo, no está demás recordarlo. En un abrigo rocoso, cercano a la cueva de Toquepala —la cual tiene un estrado, a dos metros de profundidad, de cerca de *diez mil años*—, Rogger Ravines, del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, halló *choro* asociado a pinturas rupestres. Puede pensarse que los cazadores de guanacos que pintaban las paredes de sus refugios para cumplir actos mágicos propiciatorios del *chaco*, ya consumían mariscos, allí,

en Toquepala, no obstante la distancia que separa el sitio del mar.

Principalmente, como dice Horkheimer, los pueblos de la Costa comerciaban con los serranos *productos del mar*. "¿Qué trocaban los costeños con la Sierra?" —se pregunta el citado Horkheimer, y da la respuesta—: "Hemos hallado al costado del antiguo camino cerca de Chan Chán depósitos de millones de pequeñas conchas (*Donax*) y los mismos moluscos los encontramos en gran número en sitios serranos"²⁰¹. Agrega en otra de sus obras el mismo Horkheimer: "Conchas, perlas, pescado salado y la misma sal, junto a objetos de las artes industriales, fueron probablemente los principales artículos de *exportación* con que los costeños pagaron la importación serrana, principalmente los metales..."²⁰².

En De las Casas se lee: "Las provincias de las sierras con las de los llanos estaban compuestas y proporcionadas... que correspondía una de los llanos a otra de las sierras, y una de las sierras a otra de los llanos... Esto tenía ordenado el prudentísimo príncipe Pachacuti por tres respectos:... lo segundo, porque, cuando caminase por el camino de las sierras, *no le faltase de los pescados de la mar...*"²⁰³. Y Valcárcel, siguiendo a Polo de Ondegardo, subraya que entre la Costa y la Sierra había *trueque* de comida, no venta: por ejemplo —añade—, se permutaba *pescado del mar* por ciertos alimentos de las regiones altas²⁰⁴.

Von Hagen presenta el siguiente cuadro: los yungas —dice— tenían *sal*, que "era relativamente fácil de transportar". "Además, tenían *pesca...* siempre muy cotizada... El *pescado seco* y *salado*, así como los *moluscos* secados al sol y otras muchas variedades de *mariscos*, se almacenaban como excedente y se ofrecían para intercambiarlos por otros objetos. Las *algas marinas* eran también otro artículo importante, pues producía yodo, necesario para la dieta andina..."²⁰⁵.

Respecto a la sal, los pueblos peruanos de la antigüedad no hicieron la excepción a la regla válida para todo el mundo: fue el primer producto con que los costeños y los serranos comerciaron. Desde luego, en todo tiempo los costeños ejercieron estricto control de los yacimientos productores (las *salinas*), excepto —es de suponer— cuando los serranos, por la guerra y la conquista, dominaron sobre la tierra yunga (período Tiahuanaco e imperio de los Incas). Engel encuentra pruebas de que los hombres de *Otuma*, al Sur de Paracas (entre la península y la bahía de la Independencia), entregaban sal a los necesitados indios de la Sierra, "para obtener, por ejemplo —y esta es la prueba—, obsidiana y turquesas"²⁰⁶.

Gracias al comercio descrito, que en la época de los Incas se facilitó por la excelente red de caminos al interior, los indios

de la Sierra disfrutaban con frecuencia de alimentación de pescado y de otros productos del mar. No llegaba al pueblo, bien es cierto, pescado fresco, como gozaba el Inca, según se ha visto (por el servicio especial de los *chasquis*, velocísimos corredores de los Andes), pero sí el producto marino en toda su riqueza nutritiva gracias a los procedimientos de secado y salazón, que en magnitud industrial practicaban los yungas.

Las referencias de los cronistas son numerosas y respaldan las afirmaciones anteriores. "Comen los indios —dice Zárate—... maíz cocido y tostado en lugar de pan, y carne de venados cocinada... y *pescado seco*, y unas raíces de diversos géneros, que ellos llaman yuca, y ajíes y camotes y papas..."²⁰⁷.

En el camino a Cajamarca —refiere Xerez—, más allá de Motupe (localidad a cincuenta kilómetros del mar, en el actual departamento de Lambayeque), Pizarro halló poblaciones que comían "carne y *pescado*, todo crudo", con "maíz... cocido y tostado"²⁰⁸. Era costumbre *comer el pescado crudo*, como lo certifica, en respaldo de Xerez, López de Gómara, con una referencia al hábito del *pescado crudo* de los indios del Cusco²⁰⁹. Esas poblaciones de las cercanías de Motupe eran ruinas, de nivel bárbaro, que hacían sacrificios humanos (de niños) y bañaban a sus ídolos con la sangre de los sacrificios. No obstante ello, mantenían estrecha relación comercial con los pueblos cercanos al mar, y de ellos, por trueque (entregando no sabemos qué productos), obtenían pescado y mariscos para alimentarse. La comida a base de pescado en la Sierra, por consiguiente, no era un lujo ni un privilegio de las clases altas o de los grupos de avanzada organización. Era un régimen dietético popularizado y extendido, que comprendía, como se ha visto, a los pueblos de ínfimo rango.

Varios pueblos del litoral se dedicaban únicamente a la pesca con fines comerciales, sabedores de que el producto era solicitado del interior. Pescaban, por consiguiente, para sí y para cambiar. "Por la costa de la mar —dice Vásquez de Espinosa—... al Sur... el pueblo de Atico, hay en el camino algunos pescadores por ser esta costa de *mucho pescado* que sacan *para las provincias de la Sierra*"²¹⁰. El pescado, naturalmente, como ya se ha dicho, no iba fresco sino en conserva, por los procedimientos que se estilaban. El mismo Vásquez de Espinosa dice que en las costas de Arequipa (Camaná, Islay, etc.) "se hacen muy buenas pescas de lisas y otros pescados, *que salan para la Sierra*, para las provincias de Arequipa y Cusco la tierra adentro"²¹¹.

Fue el del pescado el comercio principal de los indios, así en los tiempos del imperio como bien entrada la era de la dominación española. Otro párrafo de Vásquez de Espinosa refiere

que los indios del litoral de Atacama *salpresaban* el pescado y lo llevaban en "grandes recuas de carneros" (llamas) a Potosí, Chuquisaca, Lipes "y a todas aquellas provincias de la tierra de arriba, *porque es el trato principal de aquella tierra...*"²¹².

Un escritor moderno²¹³ dice: "Los atacameños fueron activos comerciantes; la sal, de la que proveían a parte del territorio boliviano y diaguita, el tabaco y la lana de las llamas, eran los principales productos que intercambiaban con el *pescado seco* y las *conchas* provenientes de la costa...". Los pueblos de la Sierra, interesados por todos los productos de mar, tenían empero, sus preferencias. Preferían, por ejemplo, entre otros pescados, el congrio, y tan era así que había gente que ex profeso buscaba a ese pez de las peñas para luego llevarlo a los pueblos del interior²¹⁴.

CAMINOS DE PESCADORES AL INTERIOR

Las principales rutas comerciales de penetración a la Sierra, partiendo de las localidades afincadas frente al mar, en el sector Norte, eran las siguientes:

a) *De Tumbes a Loja*, con ramificaciones en la Sierra ecuatoriana para conectar diversas regiones densamente pobladas.

b) *De Pacatnamú a Cajamarca*. Pacatnamú (cerca de la actual Pacasmayo) estaba en la desembocadura del río Jequetepeque, y era una ciudad inmensa, que fundaron los régulos mochicas por los comienzos de la era cristiana. Tuvo dos épocas de apogeo: una, mochica y, otra, chimú. Durante ambas, la actividad comercial con los pueblos del interior, fue intensa.

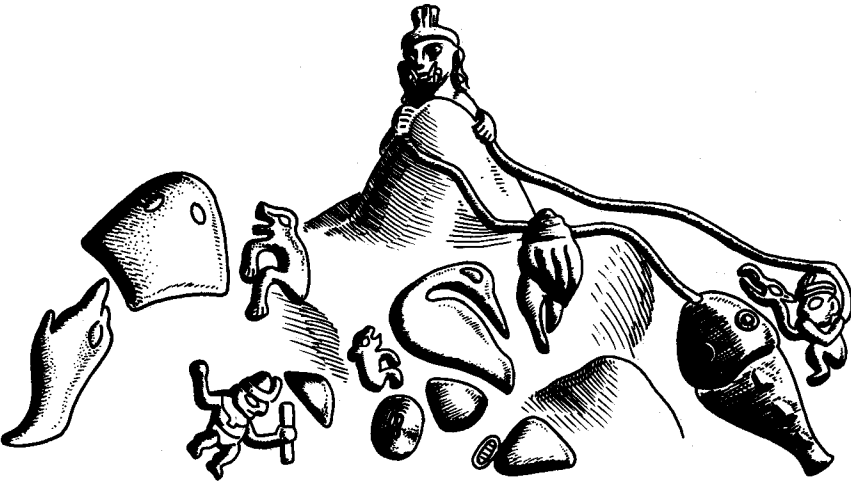
c) *De Chan Chán a Cajamarca*. Esta ruta alcanzó auge cuando el florecimiento del reino Chimú y desplazó en importancia a la que partía de Pacatnamú.

d) *De Chan Chán a Otusco y Huamachuco*. Tanto Otusco como Huamachuco eran grandes centros poblados con carácter militar, verdaderas ciudadelas o emplazamientos formidables cuyo abastecimiento en gran parte dependía del mar. Esta ruta seguía paralela al río Moche, hasta la Sierra.

e) *De Nepeña al Callejón de Huaylas*. Cruzaba la Cordillera Negra por Jimbe y Pamparomas y entraba al valle del río Santa, densamente poblado. Ramales de esta ruta llevaban, por los pasos de la Cordillera Blanca, hasta las provincias del Marañón (Pomabamba y Huari).

f) *De Paramonga a Huaylas*. Era no menos transitada que la anterior y durante el imperio se convirtió en la principal de la Sierra. (Hernando Pizarro la bajó en 1533, en el viaje a Pachacámac).

Desde la roca batida por las olas, el pescador recoge el cordel con la presa en el extremo. Completan la escena aves y lobos marinos, caracoles y geniecillos ligados a las faenas del mar. (Escenografía mochica. De Arthur Baessler. *Ancient peruvian art*, Nueva York, 1903; p. 100, fig. 321. *Dibujo: Pablo Carrera M.*)



Un *camino epimural* partía de la boca del río Santa (*Sancta*) y se internaba hacia las sierras de Tauca y Cabana por la quebrada del río Chuquicara. Este camino (con apariencia de *muralla*) se internaba después hasta Huamachuco²¹⁵. Fue una obra gigantesca, cuya ejecución demandó un despliegue enorme de trabajo. (Hoy se le conoce con el nombre de *Muralla del Santa*).

En el Sur, los caminos de penetración eran no menos frecuentados que los del Norte. Uno muy importante era el que, partiendo de Pachacámac, en el valle de Lurín, pasaba por las cabeceras del río Mala, donde están los pueblos de Huarochirí, y tramontaba la cordillera por el paso de Pariacaca, famosísimo. Allí, el camino era todo embaldosado y con grandes, espaciosas e interminables escalinatas, que en parte todavía se conservan. Conducía al valle muy poblado del Mantaro, donde estaba Jauja y vivía el pueblo *huanca*.

A lo largo del río Pisco se extendía otro camino que trepaba la cordillera resueltamente por Castrovirreina. Este camino cobró importancia a raíz de la conquista de la costa central por las huestes del invencible Pachacútec. Después de la guerra contra los reyes de Pisco, Chincha y Guarco, los generales del emperador le mandaron edificar un palacio, a la vera de este camino, de armoniosa arquitectura. Las ruinas de este palacio se conocen hoy con el nombre de *Tambo Colorado* y están cerca de la localidad de Humay. Fue ruta muy transitada en las postrimerías del imperio y en los tiempos coloniales, en éstos sobre todo por los mineros de Huancavelica. Ha sido en parte explorado por Luis Ccosi Salas.

Más allá de Pisco se extienden los desiertos arenosos de Ica, parcialmente cortados por los oasis que bajan de las sierras vecinas, escasos de agua la mayor parte del año pero de tierras fértiles que acogen infinidad de cultivos. En el siglo XVII —según cuenta el Anónimo Portugués en su *Descripción del virreinato del Perú*—, la villa de Valverde de Ica tenía “abundancia de pescado fresco” que “todos los días” le llevaban del mar²¹⁶. Quienes llevaban el pescado fresco a la villa de Ica eran los pobladores de la pequeña localidad contigua de Comatrana, cuya tradición pesquera se remonta siglos y penetra profundo en los tiempos prehistóricos, anteriores a la dominación de los incas. “Comatrana —dice un distinguido escritor contemporáneo²¹⁷— es un pueblo de antigua data. Fue... *un pueblo de pescadores*. Lo que querría decir que estos hombres son *gentes de mar*. Pero, el mar está distante. En línea recta... cuarenta kilómetros al lugar más cercano. Los habitantes de Comatrana son, evidentemente, *pescadores*. Frente a las casas... hay botes pescadores ya inútiles, balandras cuya construcción se está

terminando, o chalupas a medio trabajar o que se están calafateando y pintando para ser echadas luego al mar... Cuando el viandante pasa por los calles polvorosas, emerge cierto olorcillo a marisco, en mezcla con el aroma vegetal... *Hay aquí varias muestras de esa inconmensurable y enigmática entidad: el mar*".

Hoy, los pescadores de Comatrana van a las playas de Bahía de la Independencia a trabajar, con sus embarcaciones, redes y aparejos, por el inseguro *camino de huella* que atraviesa el desierto. Son, como dice Vásquez, no menos de cuarenta kilómetros, que los camiones cubren en cerca de dos horas, cuando ningún percance entorpece la marcha. Los choferes, a costa de los muchos sinsabores del desierto, de las averías de sus máquinas y de las traiciones de las arenas movedizas, son hombres experimentados que conducen con habilidad sorprendente. Todos los días, o casi todos, los camiones regresan por las tardes llevando a Ica la buena pesca de las playas, y llega el pescado, fresco y exquisito, a los mercados de la ciudad.

En el siglo XVII, por lo que nos cuenta el Anónimo Portugués (cuyo anonimato ya ha sido descubierto, como se da cuenta en otra parte), el beneficio era el mismo; sólo que el medio de transporte era otro, más pesado y moroso. Es probable que el camino de aquel tiempo fuera el que abrieron los indios, a través igualmente del desierto, antes de la llegada de los españoles. La pesquisa arqueológica, encabezada por Rowe, reveló la existencia de esta importante ruta hace unos años, y ahora se la conoce en casi toda su extensión desde Ica hasta el mar, a trechos no distante del camino moderno por el que circulan esforzadamente, atollándose, los camiones de Comatrana.

En su parte central, el *antiguo camino de los gentiles* de Ica a Bahía de la Independencia fue descubierto por Donald M. Masson, un residente inglés en Ica, aficionado a la arqueología. Posteriormente en 1963 intervinieron John H. Rowe y su discípulo Donald A. Proulx, quienes atentamente recorrieron, en busca de vestigios más claros de la ruta, el sector del desierto comprendido entre la laguna de Huacachina y Orovilca. Estaban interesados entonces, sobre todo, en determinar el punto de partida del camino, que tenían borrado para siempre por la invasión de las arenas eólicas. Al fin, tras denodados esfuerzos, pudieron dar con la parte inicial que buscaban. "El punto de partida resultó ser —dice Rowe²¹⁸— la laguna de La Huega, donde hay un paso relativamente fácil a través de las enormes dunas que bordean el valle de Ica. El camino antiguo es posible de seguir en casi toda su extensión por la presencia de tuestos, huesos y fragmentos de conchas blanqueados por el sol, que yacen esparcidos sobre la arena".

La abundante fragmentería de cerámica que acompaña a la ruta, permitió al mismo Rowe intentar una determinación cronológica. "La asociación de tuestos con el camino —dice— permite averiguar su antigüedad. Los tuestos más antiguos en la ruta de La Hueva al mar corresponden al estilo *Nasca fase 7*. Sin embargo, parece probable que, en tiempos anteriores, el punto de partida del camino haya sido otro, por alguna diferencia en la localización de los centros poblados del valle".

El camino se extiende, parte visible, parte completamente perdido, por el desierto, a través de parajes totalmente desolados. El viento y las arenas eólicas —éstas, por su desplazamiento superficial— han respetado el trazo, dejando la línea básica de la senda acompañada de piedras y otros materiales de coloración que ligeramente contrasta con la uniforme y apagada de la arena²¹⁹.

FAUNA DEL MAR APROVECHADA POR LOS ANTIGUOS PERUANOS

En su *Historia del Nuevo Mundo*, de 1653 —el más completo inventario de los seres y las cosas del continente, incorporados por el hombre a su cultura—, Cobo describe con cuidados de buen naturalista las especies ictiológicas más importantes que aprovecharon las poblaciones ribereñas de la Costa. Naturalmente, por la época en que fue escrito ese monumento científico y literario, muchas de las observaciones del ilustre y prolijo jesuita tienen aplicación a los tiempos que precedieron a la llegada de los españoles, cuando densas poblaciones establecidas en la faja litoral consumían pescado en abundancia y comerciaban con las naciones del interior, grandes consumidoras de pescado también.

La lista de Cobo es grande. Pescaban los indios de la Costa por aquel entonces —y por tradición de siglos y milenios—, entre otros peces, los siguientes:

Pejerrey. "Los que se crían en la mar —dice Cobo— son generalmente de un tamaño no mayor de un palmo de largo". Abundan todo el año "en las costas de las diócesis de Lima y Arequipa, y es cosa que admira ver la gran copia dellos que se cogen en el puerto de Quilca". Cuenta que los indios, cuando aparecían los cardúmenes, los pescaban desde sus balsas. Una vez apareció un gran cardumen en el Callao, que permaneció allí un mes, y "acudieron todos los indios pescadores del Callao y de su río con sus balsas... desde la mañana hasta la noche... desde cincuenta hasta ochenta balsas pescando pejerreyes..."²²⁰.

Peje-blanco. Abunda "en toda la costa del Perú, y en especial en el puerto del Callao". Su carne es muy blanca y apetecible y se asemeja al pejerrey de mar.

Cabrilla. Igualmente abundante. "Mátanse muchas cabrillas en el puerto del Callao".

Rayas. "Rayas grandes y chicas se hallan muchas en todas partes, así en la mar como en algunos ríos".

Lenguado. "En todas las costas de las Indias se crían *lenguados*, grandes y pequeños...; son muy anchos y de poco canto... Mátanse muchos en el puerto del Callao alrededor de la isla, porque siempre andan entre las peñas y escollos"²²¹.

Caballa. "Las *caballas* son tan comunes en esta costa... como los bonitos. Suelen venir a menudo grandes cardúmenes...".

Robalo. Los cardúmenes en general siempre vienen cargados de *robalos*. Se dan pequeños y grandes —explica Cobo—, "desde una tercia hasta dos palmos los primeros, y los segundos desde una hasta dos varas de largo; y robalo he visto —agrega el cronista— que no podía un hombre levantarlo del suelo...; y lo que tiene bueno este pescado, que la carne del pequeño y del grande es de igual bondad y tan blanca como pechugas de ave...".

Mero. Abundante y muy estimado, aunque no en proporción a la calidad de su carne.

Congrio. No se halla uniformemente repartido en la Costa pero se le encuentra en abundancia en las costas de Arequipa y especialmente, en las más meridionales de Arica.

Corvina. "Se hallan [las corvinas] en todas partes; son largas... y de buen mantenimiento".

Liza. "Críanse muchas [lizas] así en el mar como en muchos ríos...; es el pescado más sabroso que se come en las Indias, pero no el más sano...".

Chita. "...pescado muy regalado, de que hay mucho en las Indias y se mata gran copia en el puerto del Callao...".

Cazón. "En toda la costa deste reino del Perú se cría gran copia de *cazones* de todas [las] especies conocidas". El género abarca muchas especies "de diferente grandeza": "los menores y de más regalada comida son de una tercia o media vara de largo; y de aquí van creciendo hasta hallarse algunos de dos varas que parecen tiburones".

Tonina. Bestia marina peligrosa porque es carnífera y ataca al hombre. "Anda sacando a menudo la cabeza del agua por la orilla de la mar, muy cerca de tierra, y raras veces se ven solas, sino a manadas de muchas juntas... Vienen a veces grandes manadas de toninas, que cubren la mar..."²²². No hay referencias sobre su aprovechamiento.

Pez espada. “Puesto caso que no sea el mayor del mar, a lo menos es el más fuerte y bravo que se conoce en el agua. En el hocico superior tiene una espada tan larga como el brazo de un hombre, y algunos la tienen mucho mayor... y orlada de unos colmillos o navajas de una parte y otra, con que hiere y mata a cuantos pescados se les ponen delante... Pelea frecuentemente con las ballenas, y es una riña muy sangrienta y de ver, porque a veces las viene a matar. Críanse en todos los mares de las Indias del Norte y del Sur, y mátanse muchos en el puerto de Paita...”.

Bagre. De este pez se ocupa extensamente Cobo. “Críanse —dice— en la mar y en ríos y lagunas; los de la mar son largos una tercia; mátanse muchos en el puerto del Callao. Mas, los de agua dulce son tenidos por manjar más regalado...”. (Aparece el bagre en muchas representaciones artísticas de los pueblos antiguos de la Costa, pero en la generalidad de los casos se trata de la especie fluvial).

Boto. “...es pece muy grande, con un bufador en la boca, como ballena, por donde resuella”. (Yacovleff, como se ha visto en el capítulo octavo, sostiene que esta es la bestia marina que aparece, como un ente demoníaco, en la cerámica Nasca). No hay referencias sobre su aprovechamiento.

Cobo distingue confusamente la sardina de la *anchoveta*. Como “remedio contra la esterilidad de las tierras” —dice—, Dios proveyó de *sardin*as en enorme cantidad a los mares de los reinos del Perú y de Chile, “señaladamente en el arzobispado de Lima y en el obispado de Arequipa”. Recuerda Cobo que, en efecto, antiguamente, para vencer la pobreza de las tierras se enterraba la semilla con una cabeza de *sardina*, y así daba excelente fruto. “Se crían en tanta cantidad en las costas dichas —agrega— que la mar suele echar a tierra gran suma déllas, con que los indios estercolaban y fertilizaban las tierras de labor marítimas y tenían abundancia de pescado con qué alimentarse...”²²³.

Del otro pececillo dice: “No es menor la copia que hay de *anchovetas* en las mismas costas; las cuales también algunas veces, por su multitud, varan en tierra y se quedan en seco... Suelen venir, por estas costas del Perú tan espesos cardúmenes de *anchovetas*, que, navegando yo de Lima a Trujillo el año de 1627, nos cercó el navío uno tan grande, que parecía una mancha negra el agua...”.

Observó Cobo que la *anchoveta* era inacabable pasto de otros “acuátiles” y con ello fue el primero que determinó la existencia de la *cadena biológica* que afama, por su riqueza sin par, las aguas del privilegiado mar peruano. “Cuando veo tan grande inmensidad de *anchovetas* en esta mar del Sur, vengo a sentir,

que así como crió Dios la hierba en los campos para pasto de animales terrestres, así también crió las anchovetas en el mar para sustento de los acuátiles; porque todo otro género de pescado mayor y menor, con otra infinidad de aves marinas, se mantiene déllas...”

Según Horkheimer²²⁴, los peces que los pobladores de la Costa, en la antigüedad, mayormente aprovecharon, fueron los siguientes: *pez espada* en la costa septentrional (solamente allí) y *corvina*, *bonito*, *tollo*, *lenguado*, *sardina*, *pejerrey* y *liza* en toda la Costa, de un extremo a otro.

Con un profundo conocimiento, por la pesquisa que ha practicado en los basurales de la Costa, del régimen alimenticio de las naciones instaladas frente al mar, Engel propone otra lista en la que destacan diversas variedades de *rayas* y *cazón*, *corvina*, *cojinova*, *guitarra*, *anchoveta* y *pintadilla*. “En general —dice— [predominaron] los peces de *agua poco profunda* y que se pescan desde la costa...”²²⁵. Duda del aprovechamiento del bonito.

La extracción de la riqueza ictiológica en la costa Norte fue mayor, sin duda, que en el Sur. En el Norte, “la pesca proporcionó siempre un valioso suplemento a la alimentación de los pobladores costeos. Sin la pesca de la rica fauna marítima, traída por la *Corriente de Humboldt*, la alimentación de la *gente mochica* y *chimú* habría sido netamente vegetariana...”²²⁶.

La cerámica es una buena fuente informativa para conocer qué especies aprovecharon preferentemente los antiguos habitantes del litoral. Para el área Norte, Horkheimer encuentra *catorce especies*, las que —agrega— “fueron pescados con sedales y anzuelos” (pero, no las enumera). Larco, en cambio, nombra *quince*, a saber:

Raya (*Myliobatis aquila*): en las pictografías, en el relieve y en las esculturas. “A base de este animal —acota—, el artista mochica ha creado maravillosas estilizaciones decorativas”²²⁷.

Corvina (*Sciaena gilberti*): en pictografías y esculturas.

Tollo (*Mustelus dorsalis*): en pictografías y esculturas.

Chirlo: (*Acanthistius pictus*): en pictografías.

Tollo (*tiburón*) (*Galeus zypterus*): en pictografías.

Raya (*Desybatis pastinaca*): en pictografías y esculturas.

Pejerrey (*Rasilichthis affini*): en pictografías.

Bonito (*Sarda chilensis*): en pictografías y esculturas.

Sardina (*Sardinops sagax*): en pictografías.

Anchoveta (*Engraulis ringens*): en pictografías.

Chita (*Anisostremus scapularis*): en pictografías.

Bagre (*Pygidium* sp.): en pictografías.

Mojarrilla (*Stellifer minor*): en pictografías.

Liza (*Mugil cephalus*): en pictografías.

Pez volador: en pictografías y diversas esculturas.

Los *ráyidos* aparecen notoriamente representados en la cerámica *mochica* y *chimú*. En general, “son animales aplanados—según explica Schweigger²²⁸— y maravillosamente adaptados a la vida en el fondo del mar. Aunque en su gran mayoría prefieren aguas frescas... encontramos en la costa peruana con preferencia especies tropicales y subtropicales...”. Una familia importante del grupo es la de los *ráyidos propiamente dichos*, con un solo género en el Perú, llamado *Psammobatis*, que consta de seis especies. El nombre vulgar del género, aplicable a todas las especies, es *platillo*, *pastelillo* o, simplemente, *raya*. Este pez vive “sobre fondos arenosos de poca profundidad”. Está representado con profusión en la alfarería norteña, lo que indica que hondamente preocupó al artista antiguo. Otra familia importante es la de los *dasiátidos*, con tres géneros y numerosas especies, “todas equipadas de una espina peligrosa en la cola”. Muy extendida está la especie vulgarmente llamada *raya con púa*, que alcanza hasta dos metros de largo, muy peligrosa. De la misma familia es la tapadera (*Urotrygon peruanus*) que vive en las playas arenosas, y que “constituye el mayor peligro para los bañistas”: al ser pisada, ataca o trata de atacar “mediante su cola armada con una espiga larga y fuerte”.

Algunas representaciones, en la cerámica *mochica*, de *ráyidos perfectamente romboidales*, deben quizá corresponder a la especie comúnmente llamada *raya-papel* (*Pteroplatea afuerae*), mucho más ancha que larga, de breve cola sin espinas y que nada en la superficie.

Otras representaciones sugieren la forma de la *manta*. Las *mantas* son animales gigantes, que pueden alcanzar hasta cinco metros de ancho y un peso de varios cientos de kilos, que dan saltos en la superficie sacando todo el cuerpo y dando una vuelta completa, por lo que son el terror de los pescadores. Verdaderamente debieron aterrorizar a los pescadores antiguos de los *caballitos* de totora. Abundan en los mares del Norte, hasta el golfo de Guayaquil.

EL MUESTRARIO NASCA

Las representaciones de peces y otros animales marinos en la cerámica policroma Nasca, son numerosas y variadas, pero por el carácter estilizado de los dibujos y la subordinación de los trazos a determinados conceptos mitológicos, religiosos y estéticos, la identificación es difícil y, a veces, imposible.

Lorenzo Rosselló, en preparación de un atlas tipológico de Nasca, ha aislado sesentiséis figuras, la mayoría correspondientes a peces y otras a cetáceos. Entre estas últimas, está el *boto*,

que identificó Yacovleff, según se ha visto en el capítulo octavo: un monstruo marino de faz espantable, demonio o divinidad terrorífica.

Por el perfil dentado, una figura podría ser el *pez-erizo* (*Diodon hystrix*) pero en contra de esta identificación se juntan dos consideraciones adversas: la primera, que el pez-erizo es de aguas cálidas y no estuvo cerca, por consiguiente, de la observación del artista nasca; y, la segunda, que una banda horizontal en el dibujo no se da en el ejemplar real.

En las vasijas globulares con asa-estribo, aparecen con frecuencia figuras que representan peces anchos, de diseño ovalado o, a veces, casi redondo. Pudieron ser varios los modelos que inspiraron estas figuras; por ejemplo: el *lenguado ovalado* (que positivamente se da en los platos Paracas) (*Trinectes fonsecensis*); el *lenguado común* (*Paralichthys adspersus*); la *palometa* (*Stromateus palometa*); o también, aunque con menos posibilidad, la *camiseta* o *pez-azada* (*Chaetodipterus zonatus*), la *mariposa* (*Pomacanthus zonipectus*) o el *loro* (*Oplegnathus insignis*). Desde luego, el problema no queda resuelto pero en alguna de estas especies puede estar la clave.

Los dibujos de peces alargados (a veces vermiformes si no fuera por las aletas, que se dan en número excesivo y que no corresponden debidamente a la realidad) evocan a las *anguilas*, como, por ejemplo, a la *Halosauros radiatus*, pero, en todo caso, muy convencionalizadas, con el agregado dicho de las aletas, de ubicación dorsal, ventral y anal, dispuestas sin duda más por exigencia estética o simbólica, o también por exigencia de composición general, que por otra razón.

Un pez casi redondo, con la cabeza y el cuerpo que son una misma cosa, podría ser el *pez-sol*, llamado también *pez-luna* o *pez-cabeza* (*Mola mola*). Se trata, como explica Schweigger, de un pez gigante, que puede llegar a los tres metros, de lados comprimidos, que parece que le "faltase todo el cuerpo que debería continuar desde la aleta dorsal hasta incluso la aleta caudal". Es habitualmente un habitante de las profundidades pero que sale a la superficie para solearse o cuando está enfermo.

Una figura muy ancha con dos protuberancias que sobresalen nítidamente en el perfil, una en el vientre y otra en el dorso, y que termina cada una en una especie de apéndice de cuatro puntas, puede ser un dibujo convencional y simétrico inspirado en la *palometa* (*Stromateus palometa*) o en el *pez-azada* (*Chaetodipterus zonatus*) o en la *mariposa* (*Pomacanthus zonipectus*). La extraña figura tiene con estas especies indudable parecido. No encaja, en cambio, con el *peje-pluma* o *peje-gallo* (*Nematistius pectoralis*), porque las "plumas" de éste sólo son

dorsales (salvo que por simetría hayan sido creadas las ventrales del dibujo) ni con el *pez-volador* (*Prognichthys rondeletii*) por la esbeltez aerodinámica de éste.

La duda es, pues, casi general en la identificación; pero algunas figuras representan inequívocamente a la *anchoveta* (*Engraulis ringens*), por la posición y tamaño de los ojos, y al *pejerrey* (*Odontesthes regia regia*).

Las grandes figuras, aisladas o incorporadas a complejos cuadros en los que se mezclan diversos elementos, corresponden a seres míticos o deificados de la fauna marina, dioses o demonios de trazo generalizado; es decir, son figuras compuestas en base a un patrón o plantilla que se repite, con los mismos elementos, la misma postura y hasta con el mismo ritmo. De allí que interesen a la religión y al arte y no a la economía. De estas composiciones se ha tratado en el capítulo octavo y se volverá a tratar, desde el ángulo del arte, en el décimocuarto²²⁹.

MAMIFEROS

El principal mamífero marino que aprovecharon los antiguos pobladores de la Costa, fue el *lobo marino*, del que existen varias especies, como más adelante se dirá.

El *lobo marino*, "que en la lengua general del Perú se dice *azuca*" —explica el cuidadosísimo Cobo—, "tiene de largo... de ocho a doce pies... y aun algunos se hallan de la grandeza de un toro...". Más adelante, el autor de la *Historia del Nuevo Mundo* lo describe con prolijidad: "Párecese algún tanto en la figura al perro; tiene la cabeza grande y continuada con el cuerpo; orejas pequeñas y también la cola;... cuatro aletas que le sirven de pies y manos para andar en tierra y con que nada en el agua; las dos delanteras son mayores que las postreras; y cuando sale a tierra, anda arrastrando de medio cuerpo abajo y a saltos... En el agua es ligerísimo, y saca la cabeza de cuando en cuando fuera del agua, para tomar resuello. La hembra es menor que el macho y de color pardo. Tiene el cuero tan duro, que cuando enojado se encrespa y arma, no lo pasarán con una lanza, y tan grueso como el del toro..."²³⁰.

Sobre la caza del lobo marino, dice el mismo Cobo (tras el pecado, venial para la época, de llamarlo graciosamente *pescado*): "Tiene tan delicada *este pescado* la parte de la cabeza de sobre la nariz, que con un golpe que le den allí con un palo, muere luego...". Y agrega: "Así *los matan a palos* cuando los hallan en tierra cuando salen a dormir...".

En general, "no acometen a la gente, mas, si se les allegan a trecho, pueden alcanzar a morder, muerden cruelmente, porque tienen mucha y muy recia dentadura y colmillos tan largos y

recios como los del puerco, y alrededor del hocico bigotes como de gato, pero más gruesos...”.

A palos, como se acaba de decir, los indios cazaban al *lobo marino* para aprovechar de él la carne, el cuero, los huesos y los dientes, las barbas y la grasa o aceite que, convenientemente colgada y sometida a cierta temperatura, exudaba la carne. La carne era nutritivo alimento de todas las clases sociales, apetecido; con el cuero se hacían, en el Sur sobre todo, como se ha explicado en el capítulo décimo, embarcaciones, llamadas por los españoles *balsas de odres* o de *pellejos inflados*, muy marineras; con los huesos y los dientes se fabricaban diversos objetos, menudos y finos, que en algunas provincias del litoral alcanzaron perfección; las barbas eran utilizadas como mondadientes y tenían la maravillosa propiedad, según los indios, de calmar el dolor de muelas al simple contacto con el hueso cariado; y el aceite, finalmente, tenía diversas aplicaciones pero la principal, sin duda, era la del alumbrado.

Al describir los ejemplares de las loberías más pobladas, Cobo dice que tenían masa carnosa tan abundante en *grasa o aceite* “que de uno solo suelen sacar nueve y diez botijas peruleras de aceite”²³¹.

El aprovechamiento del aceite, como se acaba de indicar, se hacía desollando al animal y dejándolo colgado al sol; la carne chorreaba, entonces, la grasa depositada debajo del pellejo, la cual era recibida en recipientes especiales. Explica Cobo que este aceite servía, en los tiempos coloniales, para “alumbrarse en las chácaras e ingenios de azúcar y para otros usos...”.

Durante el imperio, el aceite de lobo marino se usó, también, para despejar las negruras nocturnas en los edificios de mayor nombradía, vale decir, como materia prima para el alumbrado artificial; también para encender las luminarias que se usaban en la pesca, conforme al método que se ha descrito anteriormente; y para las teas o hachones que se empleaban en las grandes fiestas nocturnas, especialmente aquellas que tenían por escenario el gran templo y la plaza mayor del Cusco.

Los grandes palacios de la era imperial, las fortalezas, los recintos ceremoniales y los templos eran alumbrados en las noches con antorchas embebidas de aceite de lobo marino. Es probable que se usaran también recipientes de barro o de metal para encender mechas hundidas en grasa o aceite del mismo origen. En las huacas y sepulturas de los antiguos indios de la Costa —dice un anotador de Cobo²³²— “se han hallado... *lámparas de barro* muy semejantes a las romanas y adornadas con relieves imitando cabezas de lobo marino”.

El uso, en tiempos coloniales y republicanos de la primera época, del aceite de lobo para el alumbrado en los ingenios

azucareros, está recordado por J. J. von Tschudi en *Perú. Reiseskizzen aus den Jahren 1838-1842*, obra de la que hay versión parcial en castellano bajo el título de *Testimonio del Perú*²³³.

Las loberías de la Costa, a la llegada de los españoles, reunían poblaciones cuantiosas de estos mamíferos. Del mismo Cobo es el siguiente párrafo: "Es muy grande la suma de *lobos marinos* que hay en estas costas de la mar del Sur desde la línea equinoccial hasta el reino de Chile; todas las isletas desiertas que hay por toda esta costa están cubiertas déellos, adonde hacen tan grande ruido, mayormente cuando andan en el celo...".

Los lobos marinos pertenecen al orden de los *pinnípedos* y forman la familia de los *otáridos*. En aguas peruanas hay dos especies: una que corresponde al *lobo chusco*, llamada técnicamente *Otaria flavescens Shaw* (antes *Otaria byronia*), y otra que corresponde al *lobo fino*, llamada *Arctocephalus australis Zimmermann*. La primera también es conocida con el nombre de *lobo de un pelo* y, la segunda, con el nombre de *lobo de dos pelos*²³⁴.

Entre ambas especies hay diferencias notorias. El *lobo chusco* mantiene la cabeza fuera del agua cuando nada; en cambio, el *lobo fino* se desplaza elegantemente como los delfines, arqueando el cuerpo "y elevando la cabeza encima del agua sólo para respirar"²³⁵. El *lobo chusco* tiene melena leonesa y prefiere las playas arenosas; el *fino* vive principalmente en las playas pedregosas.

Encarnizadamente perseguido, el lobo, en sus dos especies más conocidas, ha quedado confinado actualmente a escasas colonias. El *fino* sólo existe en el litoral Sur, especialmente en los alrededores de Atico y Bahía de la Independencia. Se caracteriza, en cuanto a su conducta frente al hombre, por un mayor coraje para la defensa cuando se ve acosado.

Aunque se ha insinuado la posibilidad de que la *ballena* fuera cazada por los pueblos antiguos de la Costa, con el uso de arpón, es lo más probable —lo seguro— que el aprovechamiento de este inmenso cetáceo por el hombre se limitara a los eventuales casos de cadáveres varados por el mar. Con las vértebras los pobladores de Paracas hacían vasos y taburetes y con los costillares, techo para las colcas y cavidades subterráneas destinadas a diversos fines. Dice Cobo: "La ballena es el mayor *pece* [?] que se halla en estos mares de las Indias, de que hay gran suma en estas costas de la mar del Sur... Muchas de las ballenas grandes suelen dar en la costa y *varar muertas en las playas*... En el año 1600, caminando yo por las salinas de Guaura, vi una de deforme grandeza que había varado en aquella playa y se la estaban comiendo los cóndores y otras aves carniceras. El año 1613 salió otra a morir a tierra cuatro leguas desta ciudad de Lima, en la playa del valle de Pachacamac..."²³⁶.

La ballena abunda frente al Perú porque todos los años, por la misma época, se produce la migración de hembras y machos de los mares periantárticos a las islas Galápagos siguiendo la dirección de la Corriente Peruana. El archipiélago de las Galápagos es la gran cámara nupcial de estos leviatanes. Tanto a la ida como al regreso, las ballenas desfilan por la costa peruana en grandes manadas, unas veces alejadas de tierra, otras cerca.

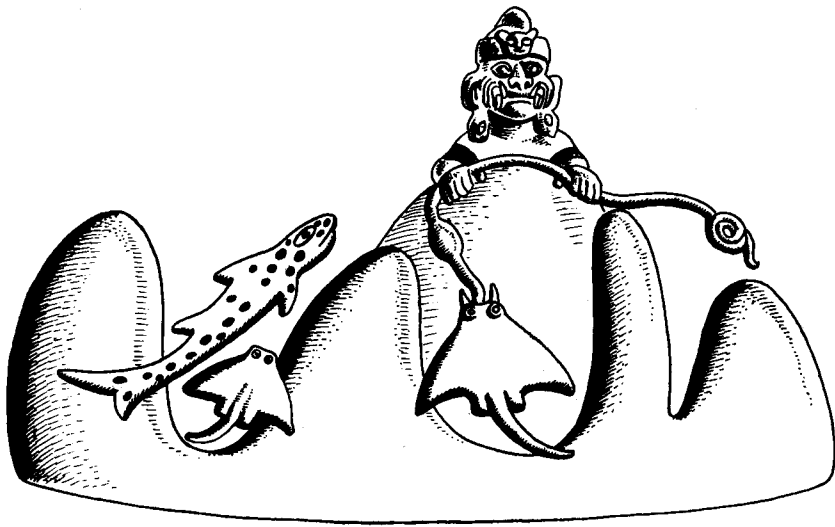
El *cachalote* es una *ballena de dientes*: "animal sorprendentemente feo", sin hocico, sin cuello, enorme, monstruoso. Gran peleador y afamado en el mundo submarino por sus terribles combates a muerte con el cefalópodo gigante, tiene "la piel de color marrón arrugada y llena de cicatrices, señal de las luchas que libra"²³⁷. El cefalópodo gigante le aplica en el fragor de la batalla sus potentes ventosas, y le marca en la gruesa piel, pero el gladiador supremo de los mares generalmente sale victorioso. En la arqueología de la Costa no faltan los vestigios del aprovechamiento del cachalote por el hombre; y fuera de duda que sólo lo tuvo al alcance de su mano en los casos, similares a los de la ballena, de ejemplares enfermos o muertos, varados por el mar en las playas.

MARISCOS

Dentro de los animales de mar de *organización anatómica invertebrada* que los antiguos habitantes del Perú conocieron íntimamente y aprovecharon en la mayoría de los casos para la alimentación, incorporándolos a su bagaje vital, se agrupan, en la siguiente breve lista que hacemos, numerosos *moluscos*, tanto de la clase de los bivalvos, que son las conchas, como de la clase de los caracoles y cefalópodos; también, numerosos *articulados* y varios *equinodermos* y *celentéreos*.

La mayor popularidad la tuvo, sin duda —compartiendo el puesto de honor con el *choro*—, la *concha de abanico* o *señorita*, antes *Pecten purpuratus* y ahora *Aequipecten purpuratus*. Es un bivalvo que desde los comienzos de la civilización en la Costa ha gozado de la estima de los hombres por su exquisitez. De un diámetro máximo de diez a doce centímetros, vive, por lo general, en los fondos arenosos de aguas tranquilas o en los fondos de barro blando o de conchuela con ambiente de bosque de algas. Forma bancos pero sin adherirse al fondo submarino, lo que permite el traslado lento de las colonias de un sitio a otro cuando las condiciones cambiantes de las aguas no favorecen el desarrollo pleno de los organismos. En nuestro mar se la encuentra, comúnmente, a profundidad de *cinco a doce brazas*, lo que exige del recolector buena calidad de buzo, y a una distancia que puede fluctuar entre doscientos y novecientos me-

Desde un rocoso islote, el genio de la pesca espía
a los animales del mar. (Escenografía
mochica del siglo IV de nuestra. De Arthur
Baessler, *Ancient peruvian art*, Nueva
York, 1903; p. 100, fig 320.
Dibujo: Pablo Carrera M.J.)



tros de la orilla. La concha de abanico —hoy afanosamente reclamada en los mercados y plato fino de la culinaria criolla— aparece representada en el arte nasquense y mochica de los primeros siglos de nuestra era pero su relación con el hombre es mucho más antigua. Fue aprovechada hace milenios por los hombres que vivieron en los alrededores de la península de Paracas, los que, consumida la *carne*, amontonaron los desechos cerca de la playa, formando montículos que pronto alcanzaron descomunal tamaño. Estos son los *conchales* que hoy se conocen con el nombre de *Otuma*, entre Paracas y Bahía de la Independencia, que se cuentan entre los más grandes de la Costa. La cantidad de valvas allí acumulada, en confusa mezcla con diversos vestigios de la actividad humana (por ejemplo: maderos chamuscados, anzuelos de concha, cordeles, fragmentos de redes y bolsas de malla, espinas de pescado y ceniza), es tal, que se puede deducir una ocupación muy larga del sitio por parte de una crecida población que se dedicaba casi exclusivamente a la recolección de conchas para subsistir. En muchos otros sitios de la Costa existen acumulaciones semejantes y no faltan muestras numerosas de la misma especie en localidades del interior del país.

Otro molusco pelecípodo (o bivalvo) que gozó de gran popularidad desde los tiempos más remotos no sólo del precerámico sino de la era lítica de la Costa, es el ya citado *choro*, del que existen dos especies principales: una de concha grande y color azul oscuro con arrugas transversales de cierto relieve, y, otra, de concha pequeña, también azul pero de superficie lisa. La primera es *Aulacomya ater* (antes, *Mytilus magallanicus*) y, la segunda, *Aulacomya chorus* (antes, *Mytilus chorus*). El choro, en estas variedades, vive en toda la Costa, de un extremo a otro, no faltando nunca en las peñolerías en estrecha asociación con los erizos y los cangrejos. Se desarrolla en apretadas y densas colonias, en las que los individuos, muy juntos entre sí, se adhieren fuertemente a las rocas “mediante unos filamentos finos y pegajosos”. La tarea de arrancar el choro demanda gran esfuerzo pero no obliga al recolector, como en el caso de la concha de abanico, a sumergirse, porque vive principalmente en la superficie de las aguas o en la faja de la marea, llegando hasta la línea donde las olas salpican. Conchas de choro abundan en todos los depósitos arqueológicos de la Costa, de todas las edades y períodos. Revelan una alimentación a base de este bivalvo o, por lo menos, con la participación predominante de él junto con otros productos. Destaca, también, y con valor muy singular, la utilización técnica y artística de la valva ora en anzuelos, ora en cuentas, mostacillas o abalorios perforados para el paso de una cuerda que formaba collares o pulseras. El vestigio

más antiguo que prueba el empleo del choro en la alimentación humana (presumiblemente), data de diez mil años atrás, y fue hallado cerca de Toquepala por Rogger Ravines cumpliendo un programa de exploración del *horizonte primordial* dirigido por Jorge Muelle. La presencia del choro en Toquepala indicaría una forma de comercio entre los recolectores ribereños del paleolítico y los cazadores de guanacos de la Sierra que habitaban en cuevas o refugios naturales y pintaban las paredes para realizar actos mágicos propiciatorios de la caza.

Gran demanda para la alimentación, tuvieron, también, entre los antiguos habitantes de la Costa, de todas las épocas, el *meyllón*, del que se conoció principalmente la especie *Modiola guyanensis*, caracterizada por su gran tamaño; la *almeja* (*Donax Paytensis*), la que como observa Larco, aparece representada en realistas esculturas de terracota mochicas; y, sobre todo, la *macha* (género *Mesodesma*) que fue muy abundante en otro tiempo, extendiéndose su área de distribución desde el litoral de Trujillo hasta el centro de Chile. La especie *Mesodesma donacium* fue popularísima pero, sin duda, por la indiscriminada extracción, prácticamente se ha extinguido en muchos sectores, siendo reducida su existencia en los que la cuentan.

Tres fueron los *moluscos gasterópodos* (grupos de los caracoles) que los peruanos de la antigüedad mayormente aprovecharon para la alimentación: el *chanque* (*Concholepas concholepas*) de *carne* dura pero sabrosa y altamente nutritiva, que se encuentra con facilidad en los fondos someros, en las líneas de playa y en las rompientes; se le extrajo en todo tiempo y en gran cantidad; la *lapa*, que es un caracol (*Fissurella crassa*) de característica forma cónica, como carpa, con un agujero en el vértice, muy fino. Tuvo un ingreso abundante en la alimentación de los pueblos de la Costa, sobre todo en el Norte, y uno influyente en el arte. Larco anota que la lapa aparece en relieves, pictografías y no pocas veces en esculturas de terracota. Finalmente, completando la trilogía, el *barquillo* (*Enoplochiton niger*), igualmente de gran demanda.

De los mares cálidos del Norte (Centroamérica), el comercio en grandes balsas trajo el *Spondylus pictorum*, o *concha de puntas*, que aparece en abundancia en las tumbas y representado con realismo en las pictografías y esculturas. Esta concha, desde antes de Cristo, desempeñó un papel muy importante en los rituales religioso y funerario. Al tiempo de la llegada de los españoles se comerciaba con ella intensamente. Los españoles la llamaron *concha colorada*. También venía de fuera el *Strombus galeatus* o *caracol trompeta*, que tuvo la más amplia incorporación en el arte, con pictografías, relieves y esculturas. De gran tamaño, de este caracol se hacían *pututus* o trompetas, que

se usaban así en la guerra como en la caza y también en el servicio de los chasquis, de lo que informa Guamán Poma²³⁸.

Entre los *artrópodos* o *articulados* del orden de los *crustáceos*, la clase que más atrajo al hombre de mar antiguo fue la de los *malacóstracos*, vulgo *cangrejos*. Como los define un especialista, los cangrejos son *braquiuros* “de abdomen reducido y tórax ancho”, armados de poderosas tenazas o pinzas por lo general asimétricas, una gigantesca con relación al tamaño del animal. El mar peruano es rico en cangrejos, y de la familia existen numerosos géneros con especies y variedades en gran diversidad. El cangrejo grande y peludo, con poderosas tenazas y que vive asociado a la misma biocenosis de la concha de abanico, corresponde a la especie *Cancer polyodon*. Su valor comercial es muy grande. Los antiguos artistas de la terracota lo llevaron a la escultura y al dibujo, relacionándolo a ideas demoníacas y sentimientos de terror. Fue, sin duda —por lo que se desprende de la representación artística— un dios espantable y de grandísimo poder. Larco lo identifica como *Platyxanthus Orbigny*²³⁹ y lo encuentra, con extraordinario realismo, en esculturas y relieves.

Otras especies viven en las arenas y entre las peñas, y de todas ellas tuvo conocimiento el antiguo poblador de la Costa. En las rocas donde el agua salpica pero no remueve el material, desarrolla su existencia el *Petrolisthes violaceus*, un cangrejo diminuto. Distinto a éste, no obstante vivir en el mismo ambiente y ser igualmente pequeño, es el *cangrejo de las peñas* (*Grapsus grapsus*); y en las playas viven el *cangrejo de la arena* (*Hepatus chiliensis*), asociado al *muy muy*, en la biocenosis de transición entre el mar y la tierra (de no más de ocho centímetros de ancho), y el popular *carretero* (*Ocypoda grandichaurii*), terror o entretenimiento de los bañistas, según sea el ojo con que se le mire, que excava con velocidad sorprendente su habitación en la arena en forma de huecos tubulares y que camina de costado. Los bañistas le llaman erróneamente *araña*.

Otro crustáceo, de la misma clase de los *malacóstracos* pero de distinta familia, que el habitante antiguo de la Costa devoró y el artista incorporó a la temática de su creación, fue la *langosta*, abundante en el Norte. Larco la ha identificado en el arte mochica, en esculturas y pictografías, con la totalidad de sus complicados elementos anatómicos.

En la clase de los *moluscos cefalópodos* se cuenta el *pulpo*, que ejerció poderosa influencia en la mente del hombre aborigen, entrando al terreno de las representaciones artísticas con repetida pero explicable frecuencia. El *pulpo* común (*Polypus fontaeneus*), aunque no muy grande, evoca a los grandes cefalópodos de inmensos y poderosos tentáculos armados de ventosas. Es un animal que espanta. Tiene la facultad de cambiar de

color y vive entre las peñas, con los demás seres de la comunidad bentónica, siendo la presa preferida del lobo marino, el que lo persigue con tenacidad. Larco, por el testimonio inequívoco de la cerámica norteña, lo identifica como *Octopus vulgaris*, y señala su presencia en pictografías, esculturas y relieves, tanto de los mochicas como de los chimúes. Admirablemente estilizado, el pulpo aparece, también, en la graciosa cerámica Chanca, reducido, por un proceso de síntesis, a casi un signo convencional de trazo geométrico, muy esquemático. El pulpo Chanca ha sido estudiado por el coleccionista japonés Yoshitaro Amano, quien ha podido, en su afanosa búsqueda, determinar las distintas fases del proceso de síntesis, inspirado en un alto concepto estético. En otros estilos, la identificación del cefalópodo es difícil por el parecido del trazo con la representación de los arácnidos.

La *medusa* o *malagua* —de la que hay innúmeras variedades, unas grandes, otras pequeñas, generalmente de vivos colores— es un *celentéreo* que abunda, por temporadas, en los mares peruanos. Aparece en grandes masas y luego, al cabo de un tiempo, desaparece. Por carecer de medios de locomoción, pertenece a la comunidad de animales flotantes que recibe el nombre, prescindiendo del tamaño de sus componentes (desde microscópicos hasta gigantes), de *plancton*. Propiamente, pertenece al *macrozooplancton*. Su forma de sombrilla es típica pero anatómica y fisiológicamente se caracteriza, además, por unos "filamentos estomacales largos, armados con baterías de células urticantes", que, al contacto con un cuerpo extraño, descargan un líquido que produce en la piel humana un intenso escozor que termina con irritación profunda y persistente. La clase *Scyphozoa* se presenta a veces en masas cuantiosas, que cubren millas cuadradas, como mantos de gran espesor. El artista antiguo se inspiró en la armoniosa forma de estos extraños animales y produjo en sus dibujos decorativos de la cerámica primorosas y muy realistas representaciones, de inconfundible trazo. Larco las tiene señaladas en muchos ejemplares del arte mochica.

Finalmente, entre los *equinodermos*, jugaron un papel importante en el arte antiguo las *estrellas de mar* y los *erizos*. Entre las primeras, destaca en el litoral peruano la especie *Stichaster aurantiacus*, de color rojo intenso, que vive en la zona de rompiente, fuertemente adherida a las rocas. Este asteroide aparece en pictografías y relieves del arte del Norte así como también, muy estilizado, en la pintura Nasca. En cuanto al erizo, que es un equinoideo del medio bentónico, tiene como especie más común el *Tetrapyrgus niger*, pero las representaciones ceramográficas las identifica Larco como *Echinus sculentus*. Restos del erizo se encuentran en gran cantidad en las tumbas de la Costa;

y, en fragmentos diminutos, cuidadosamente trabajados, con agujero al centro para cordel sujetador, en el ajuar de los personajes preeminentes. Referencias indirectas señalan su aprovechamiento en la alimentación.

AVES MARINAS

Extraordinariamente rico en peces, el mar que baña las costas del Perú se distingue además por una vida variadísima y densa en los aires que le son propios, aquellos tibios y siempre apacibles, serenos y nunca alterados por ráfaga alguna que reposan parte sobre la superficie de las aguas, parte sobre la tierra.

Pocas costas del mundo pueden ofrecer al visitante un cuadro más lleno de vida que las costas del Perú. Abundan en ellas las aves en cantidades fabulosas, y éstas han hecho suyos, tras una ocupación indisputada por milenios, los promontorios y los islotes del litoral. Allí habitan en comunidades inmensas; allí anidan; allí forman a sus polluelos; y allí, sobre todo, depositan sus excrementos, los que, secos, constituyen la riqueza del guano, el más poderoso fertilizante que la naturaleza brinda a la tierra para la renovación de sus mágicos poderes fructificadores.

Estas aves marinas, comúnmente llamadas *guaneras*, se relacionan con el mar y con la tierra. En la tierra habitan, como se ha dicho, pero del mar obtienen su alimento, que es principalmente la *anchoveta*.

En la inmensa población no siempre reina la normalidad. Cuando las aguas permanecen frías, el orden más perfecto de la naturaleza domina en el escenario, y la existencia de las aves transcurre serena, sin peligros, con el respaldo de una reserva alimenticia ilimitada. Pero, cuando la temperatura de las aguas sube, ora por una disminución de los afloramientos submarinos, ora por una inusitada penetración de masas cálidas del océano abierto, entonces la *cadena biológica*, que parte del *plancton*, se rompe, la masa nutricia de las aguas desciende, la anchoveta también desciende o huye a otras latitudes, las comunidades pelágicas de la fauna ictiológica se trastornan, y arriba, en los aires, las aves luchan desesperadas por la obtención apremiante de su alimento. Es la crisis mortal por la desaparición de la anchoveta. El terrible flagelo diezma a la población volátil de la costa, y miles y millones de aves perecen. Sólo las más resistentes a las fatigas del vuelo se salvan porque alcanzan a emigrar al Sur, a donde, por lo general, no llega la intrusión de las aguas calientes del océano.

Los trastornos del mar peruano se producen cada cierto tiempo, sin regularidad periódica o cíclica bien es cierto, pero

a ellos ha sobrevivido, a través de los miles de años, la gran comunidad de aves marinas que caracteriza a la estrecha faja costera.

En parte disminuida por mortandades sucesivas y —ahora sobre todo— por el daño que le causa la pesca de la anchoveta, esa gran comunidad hallábase virgen y en todo su fabuloso vigor primitivo cuando llegaron los españoles al Perú. Garcilaso vio las bandadas, vio las islas y los promontorios cubiertos de aves, vio el vuelo majestuoso de algunas especies, vio cómo unas formaban escuadrillas de perfecta composición, vio como otras se desprendían de los grupos y caían en picada para hundirse entre las olas y salir más allá, al cabo de un rato, con el pez en el pico, cobrado en las profundidades. Se asombró. Más tarde escribiría en el Capítulo XIX del Libro VIII de sus *Comentarios Reales*: “Andan muchas bandas de pájaros marinos, en tanta multitud, que es increíble lo que de ellas se dijere a quien no las ha visto. Son de todos tamaños, grandes, medianos y chicos. Navegando por la Mar del Sur los miré muchas veces con atención: había bandadas tan grandes, que de los primeros pájaros a los postreros me parece que había más de dos leguas de largo; iban volando tantos y tan cerrados, que no dejaban penetrar la vista de la otra parte. En su vuelo van cayendo unos en el agua a descansar y otros se levantan de ella que ya han descansado. Cierto es cosa maravillosa ver la multitud de ellos y que levantan el entendimiento a dar gracias a la Eterna Majestad, que creó tanta infinidad de aves, y que las sustente con otra infinidad de peces...”²⁴⁰

Cobo quedó asombrado sobre todo por la cantidad: “De las *aves marinas* —dice— que habitan y se mantienen en las riberas del mar... hay todas las castas... [Son] *innumerables*...”²⁴¹. Y, más adelante, agrega: “Las cuales [aves] hallamos en tanta cantidad y de tan distintos géneros, que es imposible reducir las a número”²⁴².

De un biólogo de nuestros días es la siguiente emocionada descripción que pinta con justeza el cuadro de vida extraordinaria que ofrece el litoral del Perú, principalmente en sus islas y promontorios. Dice: “Las aves marinas a pesar de su sed de espacio e inmensidad, están sin embargo ancladas a tierra por invisibles amarras; el litoral rocoso, nido de sus amores, ejerce sobre ellas poderoso influjo... Las aves marinas, en muchas costas, dan fisonomía a la vida litoral. En algunos países donde las condiciones son favorables, las aves marinas prosperan de modo tal que, en las costas rocosas, forman *colonias inacabables*, que se pierden de vista...”. Tal, justamente, el caso del Perú. “La riqueza pesquera de las frías aguas de la corriente de Humboldt o del Perú hace que las costas peruanas se pueblen de

una cantidad inmensa de pelícanos (*Pelecanus*), piqueros (*Sula*), de golondrinas de mar como las llamadas monjas (*Larosterna inca*) y, sobre todo, de los típicos y característicos guanayes (*Phalacrocorax bougainvilli*), cuervos marinos del litoral del Pacífico (*Phalacrocorax olivaceus*) o biguas, que dan origen a los ricos depósitos de *guano*...". Y el mismo Enrique Rioja, de quien es la cita precedente, añade esta acertada pintura: "En todo lo que la vista alcanza se ven *nidos* y *más nidos*, que parecen pequeños volcanes, con su depresión central que parece un cráter en miniatura, en donde depositan los huevos"²⁴³.

El cuadro de sorprendente vistosidad y dinamismo, todo él ajetreo y bulciosa eclosión vital, de las aves marinas en las islas y promontorios, se completa con el de las aves de las playas y pantanos cercanos al mar. "Los *cormoranes* o *guanayes* y los *alcatraces* o *pelícanos* —dice Engel²⁴⁴— forman el grupo más importante de la fauna que vive encima del mar, comiendo pescados...; estas especies no emigran sino para perseguir al pescado; hacen sus crías en los islotes y ciertas zonas del litoral... En los *zonas pantanosas* viven los *flamencos*; también hay *garzas* o *grullas*. Son aves migratorias; sólo se les puede observar una vez al año, cuando regresan por los valles a las lagunas de la puna... Fascinantes son los *tildios*... que vuelan a una tremenda velocidad, en densos grupos...". Estos pájaros cautivaron a los antiguos habitantes de Paracas, que los representaron en sus canastas. Por la revelación de los entierros, se sabe que en el tiempo del enigmático Hombre de *Cabeza Larga*, abundaban en la bahía de Paracas los *pingüinos*, "ya que los cadáveres de Paracas y Nasca, de *hace cinco mil años*, se encuentran con frecuencia envueltos en la piel de estos pájaros". Hoy son sumamente escasos y desaparecen por temporadas.

Entre las rapaces están las *águilas*, los *halcones* y los *cóndores* que bajan de la Sierra *hasta el mar* en busca de alimento, con vuelo majestuoso; y el *águila de mar*, con mucha frecuencia representada en la cerámica del Norte.

Oviedo dejó la siguiente descripción, hartamente extraña: "Hay otras aves en la mar tan grandes como patos, que tienen las alas de cuero, sin pluma ninguna, y vuelan poquito"²⁴⁵; y Gutiérrez de Santa Clara se refirió a dos especies notables. De una dijo: "...hay unas aves muy grandes, sin pluma, ni sin alas, las cuales por maravilla salen a la mar, sino que siempre andan encima del agua, mas empero tienen un vello muy delgado y blando que en tiempo de los Ingas hacían del muy ricas mantas... y crían en peñascos que están a la lengua de la mar..."²⁴⁶. De la otra: "Hay ...por aquesta costa muchos *quebrantahuesos*, o género dellos, que son unos pájaros muy grandes y disformes en demasía, que tienen de punta a punta de las dos alas veinte y

dos palmos, los cuales toman y cazan con los picos y uñas las tortugas muy grandes y pescados muy pesados y los llevan hacia tierra y los alzan bien alto y después los dejan caer encima de las peñas, de que se hacen pedazos y se los comen muy gentilmente”.

Del ave marina (*guanera*) más importante —el guanay (*Phalacrocorax bougainvillii*)—, considerada por un famoso ornitólogo de nuestro tiempo como la “mas valiosa del mundo”²⁴⁷ por su inestimable contribución a la economía desde tiempo inmemorial, dejó el meticoloso Cobo la siguiente descripción, no del todo acertada y pálida en los adjetivos de elogio: “La *guanaya* es cierta ave marina tan grande como una gallina, de color pardo y negro. Suelen estas aves a cierto tiempo del año venir en bandadas por el puerto del Callao... en tan grande número que hacen una mancha en el aire en forma de faja sobre el mar, y desta manera tardan algunas horas en pasar de una parte a otra. Suelen dormir en la isla del Callao, a donde los indios pescadores las cazan de noche, y como las hallan apiñadas, matan infinitas...; déllas, secas, hacen un guisado que llaman *lagua*, que para ellos es muy apetecible, aunque la carne no es de ninguna estima”²⁴⁸.

El mismo autor del monumental y prolijo inventario de la *Historia del Nuevo Mundo* dice del alcatraz —de las aves principales entre las que forman la gran familia marina del Perú— que se caracteriza por un “pico de dos palmos de largo, el cual, a raíz de la cabeza, es de anchor de una mano, y como se va apartando, se va estrechando...”. Tienen los alcatraces “muy grande pescuezo y buche, de suerte que les cabe en él una gran botija de agua; el pecho es de plumas blancas. Cuando vuelan llevan encogido el pescuezo, que parece no tenerle, y suben muy alto y se arrojan al agua con gran ímpetu juntas las alas y hechos un ovillo, y del golpe que dan en la mar, salta el agua bien alta. Luego que prenden el pescado, salen, y sentándose sobre el agua, se lo engullen, y se vuelven a levantar en alto para continuar la pesca”.

A los *piqueros* (*Sula variegata*) se les llama así “porque tienen gran pico —explica el mismo Cobo—, el cual es tan largo como un dedo de la mano, blanco y puntiguado. Son estos pájaros blancos y pardos, tan grandes como una gallina; andan a bandadas tras el cardumen de anchovetas y sardinas; mas no vuelan apiñados y en orden, como otros, sino que unos suben y otros bajan ejercitando la pesca; para la cual suben muy altos, y desde allí se arrojan al agua con tanta ligereza como una saeta, y como se van arrojando apriesa unos y otros sobre el cardumen de pescado, es muy para ver la priesa con que hieren el agua y la hacen saltar para arriba”²⁴⁹.

Garcilaso dejó esta vívida descripción del vuelo y la pesca del alcatraz, aunque, sin duda, quiso referirse al piquero. "Son poco menores que las avutardas; mantiéñense de pescado, es cosa de mucho gusto ver como pescan... A ciertas horas del día... se ponen... juntas como dos torres en alto, y de allí, como halcones de altanería, las alas cerradas, se dejan caer a coger el pescado, y se zabullen y entran debajo del agua hasta que lo pescan: algunas veces se detienen tanto debajo del agua que parece que se han ahogado... y cuando más se certifica la sospecha las ven salir con el peje atravesado en la boca, y volando en el aire lo engullen. Es gusto ver caer unas, y oír los golpazos que dan en el agua; y al mismo tiempo ver salir otras con la presa hecha, y ver otras que a medio caer se vuelven a levantar y subir en alto, por desconfiar del lance. En suma es ver doscientos halcones juntos en altanería que bajan y suben a veces como los martillos del herrero"²⁵⁰.

Los *zarcillos* "son unos pájaros marinos blancos y poco menores que gaviotas, y *acostumbran comerlos los indios*. Vienen a cierto tiempo del año grandísimas bandadas déellos al puerto del Callao, y vuelan de Norte a Sur... en número muy excesivo; de manera que desde antes del amanecer no dejan de pasar todo el día tropas tan grandes que cubren el aire. Vuelan muy alto, y con tan gran vocería, que ofenden la gente... Suelen volar en dos hileras puestas en figura triangular..."²⁵¹.

Finalmente —siempre siguiendo a Cobo—, "las *pardelas* son... aves marinas del tamaño de las guanayas y de color negro".

El antiguo poblador de la Costa, desde la edad más distante, vivió en estrecha relación con las aves marinas y, especialmente, con las aves guaneras que dominan en el mundo ornitológico que se asienta en la tierra y en el mar. De algunas de estas aves se alimentó, como cuenta Cobo de los indios pescadores del Callao, que mataban guanayes y zarcillos para preparar potajes (nada gratos al paladar de los españoles); de otras utilizó el plumaje y el *vello* para la confección de mantos finos; de otras, los huesos, para diversos instrumentos, como tubos, cuchillos, anzuelos, etc. Naturalmente, el nexo principal estuvo en el guano, deyección de las aves, que el agricultor de la Costa empleó para el abonamiento de sus campos de cultivo.

Según el documento pictográfico de un huaco mochica, de la colección de Yoshitaro Amano, los pescadores de la costa Norte utilizaban el *cormorán* (o *guanay*) para la pesca. Ejemplares amaestrados, eran atados mediante cordeles a los cinco dedos de la mano izquierda del pescador; el cordel sujetaba al pájaro por el pescuezo, mediante un anillo, que también servía para que no se tragara a la presa. Este sistema era usado igualmente en el Japón, lo cual ha sido destacado por los difusionistas que creen en el origen asiático de la citada modalidad norteña.

Profundamente impresionado por la vida de las aves marinas, para ellas abrió el artista antiguo una de las sendas más interesantes de su temática: las aves del mar están en la pintura, en la pictografía, en la escultura, en la decoración de los paños, en la orfebrería y en el relieve que decoró en gratisima forma la sobria arquitectura del barro.

ALGAS MARINAS

Las algas abundan en todo el litoral, formando en algunos parajes verdaderos bosques submarinos. La experta alemana H. Juhl-Noodt, que en 1959 visitó el Perú, identificó alrededor de treinta géneros, algunos de ellos aprovechables, según destacó, en la alimentación humana.

En el extenso sector comprendido entre Moquegua y la isla de San Lorenzo abunda la especie *Macrocytis pyrifera*, y en las inmediaciones de Chimbote, la especie *Macrocytis intergrifolia*, la cual alcanza frondoso desarrollo, sobresaliendo en la superficie del mar desde profundidades de cien metros.

En todo el Sur hasta Ancón se da la *Lessonia nigrescens*, y en las aguas del litoral Norte, desde Pucusana, la *Eisonia cokeri*.

Sin embargo, como anota Schweigger, el género, desde antiguo, más popular del Perú es el *Gigartina*, que comprende varias especies tanto en la costa central como en la del Norte. La popularidad le viene de que proporciona la materia prima para preparar el *yuyo* o *cochayuyo*, alimento de milenaria tradición en los pueblos de la Sierra, especialmente en el Sur, como Arequipa, Puno y Cusco.

Los *sargazos* son algas que crecen flotando merced a unas ampollas neumáticas. Forman como pacas flotantes o isletas, que en sí constituyen biotopos, en los que desarrollan su existencia, pasajera o permanentemente, numerosos animales, como aves, peces, etc.

Desde remota edad, los indios de la costa descubrieron las propiedades alimenticias de las algas, y pronto les dieron aprovechamiento. Las algas secas resistían al tiempo, se prestaban para varios potajes y podían, sin deteriorarse, ser comerciadas con los pueblos distantes. Surgió, así, el trato con las naciones serranas, que se convirtieron en consumidoras del nutritivo producto. En nuestros días, como un arcaísmo, este comercio se mantiene.

En los basurales de la ciudad de *Cabeza Larga*, en Paracas, juntamente con restos de cerámica, lana en cuero de auquérido y diversos otros desperdicios, se encuentra *gran cantidad de algas*, de diversas variedades: unas finas, filamentosas; otras de tallos gruesos, con ampollas de flotación. Probablemente

—como sugiere Engel—, *estas algas entraban ya en la dieta de los antiguos pobladores de la región.*

En época posterior, las algas marinas fueron usadas con mucha frecuencia y notables resultados en la construcción de viviendas, recintos y, sobre todo, *colcas* (o depósitos) por diversos pueblos aledaños al mar. Así, en las construcciones de la *ciudad Nasca* de Paracas, se empleó como *mortero* o argamasa, en unos sitios *únicamente algas frescas* y, en otros, *algas mezcladas con fango marino*. Mezclando para el relleno del *apir-cado*, fango marino con algas, se obtenía un buen resultado, por la consistencia y rigidez que dicha mezcla adquiría al secar. Las construcciones así hechas se mantienen en perfecto estado hasta la actualidad, revelando resistencia especial a la acción de los agresivos aires marinos.

NOTAS AL CAPITULO

1. GORDON CHILDE, Vere... *Los orígenes de la civilización*. México, 1965; p. 105.
2. KAUFFMANN, Federico... *La cultura incaica*. Lima, 1965; p. 111.
3. TELLO, Julio C. ... *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*. Lima, 1942; p. 20.
4. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 24.
5. HAWKES, Jacquetta... *Historia de la Humanidad* (Unesco). Buenos Aires, 1963. Vol. I; p. 185.
6. Citado por Hans HORKHEIMER, *El Perú prehispanico*. Lima, 1950; p. 282.
7. MEANS, Philip Ainsworth... *Pre-Spanish navigation off the Andean Coast*. "The American Neptune". Salem, Massachusetts, abril 1942. Vol. II, N° 2; p. 108.
8. ENGEL, Frederic... *Paracas*. Lima, 1966; p. 79
9. ENGEL, Frederic... *Elementos de prehistoria peruana*. Lima, 1962; p. 27.
10. BEALS, Ralph L. ... y HOIJER, Harry... *Introducción a la Antropología*. Madrid, 1963.
11. COBO, Bernabé... *Historia del Nuevo Mundo* (1653). Madrid, 1964, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro XIV, cap. XVI, p. 268.
12. LEICHT, Hermann... *Arte y cultura preincaicos*. Madrid, 1963; p. 38.
13. JOYCE, Thomas A. ... *South American Archaeology*. Boston, 1912; p. 125.
14. MEIGS, Peveril... *En la costa desértica del Perú*. "El Correo de la Unesco". París, marzo, 1966; p. 11.
15. TELLO, Julio C. ... *Paracas*. Lima, 1959 (ed. póstuma); p. 27.
16. KOSOK, Paul... *Life, land and water in ancient Peru*. Nueva York, 1965; p. 95.
17. CHOY, Emilio... *La revolución neolítica en los orígenes de la civilización americana*. "Antiguo Perú. Espacio y Tiempo" (trabajos presentados en la Semana de Arqueología Peruana, 9-14 de noviembre 1959). Lima, 1960; pp. 149-197.
18. CHOY, *La revolución neolítica...*; p. 155.
19. CHOY, *La revolución neolítica...*; p. 159.
20. CHOY, *La revolución neolítica...*; p. 162.
21. CHOY, *La revolución neolítica...*; p. 181.
22. CHOY, *La revolución neolítica...*; p. 182.
23. HAWKES, *Historia de la Humanidad*; p. 313.
24. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 42.
25. HARDOY, Jorge Enrique... *Ciudades precolombinas*. Buenos Aires, 1964; cap. VIII.
26. MEGGERS, Betty... EVANS, Clifford... y ESTRADA, Emilio... *Early formative period of Coastal Ecuador: the Valdivia and Machalilla phases*. Washington (Smithsonian Institution), 1965; p. 178.
27. BRAUDEL, Fernand... *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*. México, 1953. Tomo I; p. 122.
28. FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias* (1535). Madrid, 1851-1855. Vol. I. Libro XIII, cap. I; p. 424.
29. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Quinquenarios o Historia de las Guerras Civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias* (siglo XVI). Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro III, cap. LXI; p. 245.
30. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Crónica del Perú* (1553). México, Col. Atenea. Cap. LXXIII, p. 375.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

31. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro IV, cap. XLVII; p. 397.
32. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LX; p. 242.
33. VAZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio... *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* (1628). Washington, 1948. Libro IV, cap. V, p. 371; párrafo 1175.
34. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro IV, cap. XLIX, p. 462; párrafo 1384.
35. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro V, cap. XXXII, p. 618; párrafo 1750.
36. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro IV, cap. L, p. 463; párrafo 1385.
37. CALANCHA, Antonio de la... *Corónica Moralizada del Orden de San Agustín*. Barcelona, 1639. Libro III, cap. I, p. 546.
38. BENZONI, Jerónimo... *La historia del Nuevo Mundo* (1565). Lima, 1967. Libro tercero, p. 56.
39. MURUA, Martín de... *Historia general del Perú, origen y descendencia de los Incas* (1590). Madrid, 1962 (M. Ballesteros). Libro III, cap. II, p. 150.
40. URETA Y PERALTA, Pedro de... *Descripción de la ciudad de Arica*. "Mercurio Peruano". Lima, 1792. Reproducido por Manuel Atanasio Fuentes en Biblioteca Peruana. Tomo I; p. 281.
41. TELLO, *Paracas*; p. 28.
42. MURUA, Martín de... *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú* (1590). Lima, 1946, Col. Loayza. Libro tercero, cap. XXVIII, p. 129.
43. POLO DE ONDEGARDO, *Informaciones acerca de la religión y gobierno de los Incas* (1571). Lima, Col. Urteaga-Romero. Primera Serie. Tomos III y IV; p. 62.
44. POLO DE ONDEGARDO, *Carta del Licenciado Polo, vecino de la ciudad de la Plata, al doctor Francisco Hernández de Liebana*. Lima, 1917, Col. Urteaga-Romero. Primera Serie. Tomo IV; p. 153.
45. MURUA, *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú*. Col. Loayza. Libro primero, cap. XIX, p. 26 y sgte.
46. LORENTE, Sebastián... *Historia de la civilización peruana*. Lima, 1879. Cap. V, p. 207.
47. VALCARCEL, Luis E. ...*Historia del Perú Antiguo*. Buenos Aires, 1964. Tomo III; p. 521.
48. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; p. 510.
49. CUNEO VIDAL, Rómulo... *Historia de la civilización peruana*. Barcelona, ¿1926? Cap. XLVII, p. 355.
50. URTEAGA, Horacio H. ... *La organización judicial en el Imperio de los Incas*. "Revista Histórica". Lima, 1928. Tomo IX. Entrega I; p. 16.
51. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I; p. 440.
52. Así lo identifica Rafael LARCO HOYLE, en *Archaeologia Mundi. Perú*. Ginebra, 1966; p. 112.
53. La extraordinaria pieza pertenece al Museo Nacional de Antropología y Arqueología (Pueblo Libre).
54. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. XVI, p. 269.
55. LORENTE, *Historia de la civilización peruana*. Cap. III, p. 66.
56. LORENTE, Sebastián... *Historia antigua del Perú*. Lima, 1860. Libro IV, cap. IV; p. 307.
57. ACOSTA, Joseph de... *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590). México, 1962. Libro tercero, cap. XV, p. 118.
58. ACOSTA, *Historia Natural...* Libro tercero, cap. XV, p. 117.
59. LAS CASAS, Bartolomé de... *De las antiguas gentes del Perú*. Madrid, 1892. Cap. III, p. 22.
60. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. XVI, p. 269.
61. LORENTE, *Historia de la civilización peruana*. Cap. III, p. 66.
62. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LXI, p. 245.

NOTAS AL CAPITULO

63. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LXI, p. 245.
64. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I; p. 337.
65. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. XVI, p. 269.
66. OVIEDO, *Historia General*... Vol. I. Libro XIII, cap. I, p. 424.
67. JUAN, Jorge... y ULLOA, Antonio de... *Relación histórica del viaje a la América Meridional*. Madrid, 1748. Tomo I. Primera Parte, Libro cuarto, cap. IX, p. 267.
68. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 38.
69. RIOJA, Enrique... *La vida en el mar*. México, 1964; p. 230.
70. RIOJA, *La vida en el mar*; p. 225.
71. RAVINES, Rogger... y ALVAREZ SAURI, Juan José... *Fechas radiocarbónicas para el Perú*. "Arqueológicas". Lima, 1967. N° 11.
72. VALCARCEL, Luis E. ... *Historia de la cultura antigua del Perú*. Lima, 1943. Tomo I, Vol. I; p. 28.
73. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I; p. 336.
74. ENGEL, Frederic... *Notes relatives a des explorations archéologiques a Paracas et sur la Cote Sud du Pérou*. Paris, 1963; p. 65.
75. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. XVI, p. 269.
76. KOSTRITSKY, León... *Hallazgos arqueológicos que demuestran la existencia de un antiquísimo pueblo pescador*. "Pesca y Caza". Lima, 1955. N° 6; p. 56.
77. FREZIER, Amadeo Francisco... *Relación del viaje por el Mar del Sur a las costas de Chile y el Perú, durante los años 1712, 1713 y 1714*. Paris, 1732. Segunda Parte, p. 109.
78. VILLAR CORDOVA, Pedro... *Arqueología del departamento de Lima*. "Actas del Vigésimotercer Congreso Internacional de Americanistas". Nueva York, 1928; p. 356.
79. JIMENEZ, BORJA, Arturo... *Moche*. Lima, 1938. Capítulo sobre la pesca (s/n).
80. HORKHEIMER, Hans... *Apuntes de Historia Marítima del Perú* (texto mecanografiado). Lima, 1965; p. 39.
81. RAVINES y ALVAREZ, *Fechas radiocarbónicas para el Perú*.
82. HORKHEIMER, *El Perú prehispánico*; p. 284.
83. BENNETT, Wendell C. ... y BIRD, Junius B. ... *Andean Culture History*. Nueva York, 1960; p. 261.
84. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 50.
85. ENGEL, *Paracas*; y *Elementos de prehistoria peruana*; p. 41.
86. LARCO HOYLE, Rafael... *Las épocas peruanas*. Lima, 1963; p. 51.
87. VALCARCEL, Luis E. ... *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima, 1964; p. 113.
88. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. XVI, p. 269.
89. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 38.
90. VALCARCEL, Luis E. ... *Vida y arte en la región Chimú*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1941. Tomo X. N° 2; p. 186.
91. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 38.
92. JIMENEZ BORJA, *Moche*.
93. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 50.
94. ACOSTA, *Historia Natural*... Libro tercero, cap. XV, p. 118.
95. JUAN y ULLOA, *Relación histórica*... Tomo I; p. 267.
96. YACOVLEFF, Eugenio... *La deidad primitiva de los Nasca*. "Revista del Museo Nacional" (Cuaderno N° 3 de Arte Antiguo Peruano). Lima, 1932; p. 127.
97. HORKHEIMER, Hans... *La alimentación en el Perú prehispánico y su interdependencia con la agricultura*. Lima, 1958. Cap. XV, p. 88.
98. ACOSTA, *Historia Natural*... Libro tercero, cap. XV, p. 117.
99. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LXXV, p. 384.
100. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LXI, p. 244.
101. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LXI, p. 245.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

102. ACOSTA, *Historia Natural...* Libro sexto, cap. XXVIII, p. 316 y sgte.
103. VILLAGOMEZ, Pedro de... *Exhortaciones e instrucción acerca de las idolatrias de los indios del Arzobispado de Lima* (1649). Lima, 1919. Col. Urteaga-Romero, Primera Serie, Tomo XII. Cap. XLII, p. 144.
104. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LIII, p. 323.
105. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LXI, p. 245.
106. JUAN y ULLOA, *Relación histórica...* Tomo I. Primera Parte, Libro cuarto, cap. VIII; p. 241.
107. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Marítima del Perú*; p. 46.
108. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 49.
109. HORKHEIMER, *Apuntes de Historia Marítima del Perú*; p. 46.
110. MALDONADO, Angel... *Las lomas de Lachay*. "Revista de la Facultad de Farmacia y Bioquímica" (Universidad Nacional Mayor de San Marcos). Lima, 1952. Vol. XIV. Nos. 55 y 56; p. 59.
111. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. XVI, p. 269.
112. ACOSTA, *Historia Natural...* Libro tercero, cap. XV, p. 118.
113. CIEZA DE LEON, Pedro... *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. "Mercurio Peruano" (publicada por Rafael Loredó). Lima, agosto 1953. N° 317. Cap. XXIV.
114. WEISS, Pedro... *Las trepanaciones de los antiguos peruanos. Estudio ósteo-cultural*. Lima, 1962; p. 14.
115. ENGEL, *Paracas*; p. 22.
116. ZARATE, Agustín de... *Historia del descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú* (1555). México, Col. Atenea. Libro primero, cap. IV, p. 518.
117. ACOSTA, *Historia Natural...* Libro tercero, cap. XV, p. 116 y sgte.
118. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro V, cap. XXXII, p. 618; párrafo 1753.
119. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 51.
120. ENGEL, *Paracas*; p. 22.
121. LARCO HOYLE, *Las épocas peruanas*; p. 56.
122. VALCARCEL, *Vida y arte...*; p. 187.
123. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 51.
124. MATOS MENDIETA, Ramiro... *Ancón: clave para la Arqueología peruana*. "El Comercio". Lima, 17 de setiembre 1961 (Suplemento dominical).
125. ZARATE, *Historia del descubrimiento...* Libro primero, cap. VII, p. 526.
126. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LX, p. 243 y sgte.
127. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro IV, cap. XLIX, p. 462; párrafo 1384.
128. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia general de las Indias* (1552). Barcelona, 1965. Tomo I. Primera Parte; p. 335.
129. ENGEL, *Paracas*; p. 23.
130. ANONIMO (sin fecha), *Parecer acerca de la perpetuidad y buen gobierno de los indios del Perú* (elevado al Presidente del Consejo de Indias, don Juan de Sarmiento). Lima. Col. Urteaga-Romero. Segunda Serie. Tomo III; p. 152.
131. MURUA, *Historia general del Perú...* Madrid, 1962. Tomo II. Libro III, cap. II; p. 149.
132. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general...* Tomo I; p. 335.
133. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. V, p. 245.
134. OVIEDO, *Historia General...* Vol. IV. Libro XLVI, cap. XVII, p. 231.
135. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general...* Tomo I; p. 339.
136. ULLOA, Antonio de... *Noticias americanas*. Madrid, 1772. Entretenimiento XXII; p. 405 y sgte.
137. LORENTE, *Historia de la civilización peruana*. Cap. III, p. 63.
138. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 54.
139. ENGEL, *Paracas*; p. 24.
140. Seguramente quiso decir *lobo marino*.

NOTAS AL CAPITULO

141. ENGEL, *Notes relatives a des explorations archéologiques a Paracas...*; p. 47 y sgte.
142. HORKHEIMER, *La alimentación en el Perú prehispánico...*; p. 69.
143. MATOS, *Ancón: clave para la Arqueología peruana.*
144. SILVA SANTISTEBAN, Fernando... *La civilización andina. Síntesis.* Lima, 1965; p. 11.
145. BAUDIN, Louis... *El imperio socialista de los Incas.* Santiago, 1943; p. 112.
146. LOTHROP, Samuel K. ... *El tesoro del Inca* (1938). Lima, 1964; p. 12.
147. MURUA, *Historia general del Perú...* Madrid, 1962. Tomo II. Libro II, cap. VIII, p. 47.
148. Col. Urteaga-Romero, Segunda Serie. Tomo III; p. 82.
149. ONDEGARDO, *Informaciones...*; p. 105.
150. HERRERA, Antonio de... *Décadas o Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano* (1601). 1728. Tomo III. Década quinta, Libro cuarto, cap. I; p. 84.
151. FERNANDEZ, el Palentino, Diego... *Historia del Perú* (1571). Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Tomo II. Segunda Parte, Libro tercero, cap. V; p. 81.
152. MURUA, *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú.* Col. Loayza. Libro primero, cap. XII; p. 17.
153. MONTESINOS, Fernando de... *Memorias antiguas, historiales y políticas del Perú* (siglo XVII). Madrid, 1882. Cap. VII, p. 44 y sgte.
154. LAS CASAS, *De las antiguas gentes del Perú.* Cap. XIX, p. 170.
155. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 25.
156. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 26.
157. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios.* Libro III, cap. LXI; p. 245.
158. LAS CASAS, *De las antiguas gentes del Perú.* Cap. XVIII; p. 157.
159. ALCEDO, Antonio de... *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América.* Madrid, 1788. Tomo IV; p. 235.
160. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 25.
161. CARRION CACHOT, Rebeca... *La cultura Chavin.* "Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología". Lima, 1948. Vol. II. N° 1; pp. 160 y 164.
162. COBO, *Historia del Nuevo Mundo.* Libro VII, cap. XXIII, p. 300.
163. COBO, *Historia del Nuevo Mundo.* Libro III, cap. IV, p. 113.
164. ENGEL, *Paracas*; p. 69.
165. ENGEL, *Paracas*; p. 24.
166. ENGEL, *Paracas*; p. 79.
167. ENGEL, *Paracas*; p. 41
168. LARCO HOYLE, *Archaeología Mundi. Perú*; p. 112.
169. RAIMONDI, Antonio... *Notas de viaje.* Lima, 1942. Tomo IV; p. 119 y sgte.
170. ENGEL, *Paracas*; p. 24.
171. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios.* Libro III, cap. LX; p. 242.
172. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 37 y sgte.
173. KAUFFMANN, *La cultura incaica*; p. 111.
174. HORKHEIMER, *La alimentación en el Perú prehispánico...* Cap. VIII, p. 53.
175. MALDONADO, *Las lomas de Lachay*; p. 62.
176. RAIMONDI, *Notas de viaje.* Tomo IV; p. 120.
177. COBO, *Historia del Nuevo Mundo.* Libro III, cap. IV, p. 112.
178. COBO, *Historia del Nuevo Mundo.* Libro II, cap. XIV; p. 87.
179. MURUA, *Historia general del Perú...* Madrid, 1962. Tomo II. Libro III, cap. II; p. 150.
180. HORKHEIMER, *La alimentación en el Perú prehispánico...*; p. 54.
181. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 20.
182. Germán STIGLICH consigna noventa y cuatro términos o topónimos en los que aparece la raíz *cachi* (*Diccionario geográfico del Perú.* Lima, 1922. Tomo I; pp. 166-169).
183. COBO, *Historia del Nuevo Mundo.* Libro III, cap. IV, p. 112.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

184. OVIEDO, *Historia General...* Vol. IV. Libro XLVI, cap. XVII; p. 231.
185. SALINAS LOYOLA, Juan de... *Relación de la ciudad de Sant Miguel de Piura* (segunda mitad del siglo XVI). "Relaciones geográficas de Indias" de Marcos Jiménez de la Espada. Madrid, 1885. Tomo II; p. 229.
186. HERRERA, *Décadas*. Tomo II. Década cuarta, Libro sétimo, cap. XI; p. 148.
187. OVIEDO, *Historia General...* Vol. IV, Libro XLVI, cap. XVII; p. 219.
188. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LXVI, p. 260.
189. ANONIMO (del siglo XVI). "Relaciones geográficas de Indias", de Marcos Jiménez de la Espada. Madrid, 1881. Tomo I; p. CXLIII.
190. FERNANDEZ, el Palentino, *Historia del Perú*. Primera Parte, Libro segundo, cap. LVI; p. 186.
191. GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales* (1609). Lima, 1941-1946, Col. de Historiadores Clásicos del Perú (H. H. Urteaga). Tomo II. Libro V, cap. XIV; p. 45.
192. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II. Libro V, cap. XIV; p. 47.
193. "Era un principio absoluto el que *todo tributo consistía en servicios personales*; no se establecía ningún gravamen sobre los bienes de propiedad..., sobre los productos del *tupu* o sobre los vestidos fabricados por el indio con la lana de sus llamas (Ondegardo). El principal tributo consistía en el cultivo de las tierras del Sol y del Inca... Además, el indio, debía efectuar una tarea..." (Louis BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 298). Tratando de la pesca y recolección de las algas marinas, se insiste en el próximo capítulo sobre el sistema tributario incaico.
194. MURUA, *Historia general del Perú...* Madrid, 1962. Tomo II. Libro II, cap. XXI; p. 88.
195. GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe... *El Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno* (1587-1615). Lima, 1956 (interpretación de Luis Bustíos Gálvez). Tomo I; p. 254.
196. JEREZ, Francisco de... *Verdadera relación de la conquista del Perú* (1534). México, Col. Atenea; p. 52.
197. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro III, cap. IV, p. 113.
198. TELLO, *Paracas*; p. 25.
199. TELLO, Julio C. ... *Los trabajos arqueológicos en el departamento de Lambayeque*. "El Comercio". Lima, 30 de enero 1937.
200. TELLO, Julio C. ... *Arqueología del valle de Casma*. Lima, 1956 (ed. póstuma); p. 261.
201. HORKHEIMER, Hans... *Vistas arqueológicas del Noroeste del Perú*. Trujillo, 1944; p. 37.
202. HORKHEIMER, *El Perú prehispánico*; p. 145.
203. LAS CASAS, *De las antiguas gentes del Perú*. Cap. XIX, p. 167.
204. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I; p. 480.
205. HAGEN, Victor W. von... *Culturas preincaicas*. Madrid, 1966; p. 170.
206. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 55.
207. ZARATE, *Historia del descubrimiento...* Libro primero, cap. VIII, p. 532.
208. JEREZ, *Verdadera relación...*; p. 54.
209. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general...* Tomo I. Parte Primera; p. 219.
210. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro IV, cap. XLIX, p. 462; párrafo 1383.
211. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro IV, cap. L, p. 464; párrafo 1387.
212. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro V, cap. XXXII, p. 618; párrafo 1752.
213. HARDOY, *Ciudades precolombinas*. Cap. XIV, p. 487.
214. ALCEDO, *Diccionario geográfico-histórico...* Madrid, 1786. Tomo I; p. 169.
215. Este camino epimural, considerado inicialmente como muralla de deslinde, fue descubierto en 1931 por la misión aerofotográfica norteamericana a cargo de los expertos Shippee y Johnson. Tello lo exploró en dos ocasiones, primero en 1934, y, después, en setiembre de 1938. Un artículo

- de Walter ANDERSSSEN, titulado *La gran muralla del Perú*, publicó "El Comercio" en su edición del 5 de julio de 1936 (p. V); y, más tarde, en octubre de 1938, este mismo diario promovió un interesante debate desde sus columnas entre los arqueólogos e historiadores sobre esta portentosa obra precolombina, interviniendo principalmente el citado TELLO (*La gran muralla del Norte del Perú*, 11 de octubre de 1938; pp. 2 y 3), Luis E. Valcárcel, Horacio H. Urteaga, Carlos A. Romero, Cornelius van Roo-sevelt, J. Ruiz Huidobro, M. San Román Macedo, Víctor Eduardo Hubner, Julio E. Viñas y otros.
216. JUDIO PORTUGUES, *Descripción del virreinato del Perú*. Rosario, Argentina, 1958; p. 106. (Ver nota 322 del capítulo décimo).
 217. VASQUEZ, Emilio... *Paisajes de Ica*. Lima, 1958; p. 56.
 218. Comunicación personal (1964).
 219. BUSE, Hermann... *Introducción al Perú*. Lima, 1965; p. 48.
 220. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VII, cap. XXIV, p. 300.
 221. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VII, cap. XXXVI, p. 304.
 222. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VII, cap. L, p. 310.
 223. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VII, cap. XXIII, p. 299.
 224. HORKHEIMER, *La alimentación en el Perú prehispánico...*
 225. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 50.
 226. HORKHEIMER, *Vistas arqueológicas...*; p. 34.
 227. LARCO HOYLE, Rafael... *Los Mochicas*. Lima, 1938. Tomo I; p. 103.
 228. SCHWEIGGER, Erwin... *El litoral peruano*. Lima, 1964; p. 222.
 229. El autor agradece a Lorenzo Rosselló por la gentileza que tuvo —no la única, por cierto— de proporcionarle copia de los sesentiséis dibujos de su *Atlas Nasca*, en preparación, a que alude en el texto, para este estudio tentativo de identificación. Se ha valido en esta parte, para el cotejo respectivo de los dibujos y descripciones de Erwin SCHWEIGGER (*El litoral peruano*, pp. 215-319) y, especialmente, de los dibujos que ilustran la *Lista sistemática de los peces marinos comunes para Ecuador, Perú y Chile* (Lima, 1969), preparada por Norma CHIRICHIGNO FONSECA para el Instituto del Mar del Perú, en cumplimiento de un acuerdo de la Décima Reunión Ordinaria (1968) de la Comisión Permanente del Pacífico Sur. Para futuros trabajos de esta índole, ha de servir, inmejorablemente, por cierto, el segundo volumen del primer tomo de esta *Historia Marítima del Perú* (Lima, 1973), del doctor Jorge SANCHEZ ROMERO, con ilustraciones de fino trazo y admirable rigor científico de Matilde MENDEZ G., en su mayoría.
 230. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VII, cap. XVIII, p. 295.
 231. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VII, cap. XVIII, p. 295.
 232. Nota en la p. 295 del tomo XCI de la Col. Rivadeneira, Biblioteca de Autores Españoles (anotación al texto de Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*).
 233. TSCHUDI, Johann Jakob von... *Testimonio del Perú*. Lima, 1966; p. 192.
 234. PIAZA L., Alvaro A. ... *Los lobos marinos en el Perú*. "Pesca y Caza". Lima, 1959. N° 9; p. 1.
 235. SCHWEIGGER, *El litoral peruano*; p. 306.
 236. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VII, cap. LV, p. 312.
 237. SCHWEIGGER, *El litoral peruano*; p. 315.
 238. Sobre las conchas exóticas y el uso de las propias del mar peruano, hay información recopilada interesante en: Mercedes CARDENAS MARTIN, *Presencia de concha y hueso en el Antiguo Perú*, "Boletín del Seminario de Arqueología" del Instituto Riva Agüero, N° 2, abril 1969; pp. 5-7 (GUAMAN POMA DE AYALA dedica un dibujo de su *Nueva Corónica* a demostrar el uso de la trompeta o pututu, de caracol *Strombus*, por el chasqui o mensajero. Interpretación de Luis Bustíos Gálvez, Lima, 1956; Tomo I; p. 263).
 239. LARCO HOYLE, *Los Mochicas*. Tomo I; p. 101.
 240. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo III. Libro VIII, cap. XIX, p. 77 y sgte.
 241. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VIII, cap. I, p. 315.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

242. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VIII, cap. II, p. 315
243. RIOJA, *La vida en el mar*; p. 135 y sgte.
244. ENGEL, *Paracas*; p. 25.
245. OVIEDO, *Historia General...* Vol. IV. Libro XLVI, cap. XVII, p. 224.
246. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. LX, p. 243.
247. MURPHY, Robert Cushman... *Bird Islands of Peru*. Nueva York, 1926; p. 71.
248. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VIII, cap. IX, p. 317.
249. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VIII, cap. XI, p. 318.
250. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo III. Libro VIII, cap. XIX; p. 77.
251. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro VIII, cap. X, p. 317 y sgte.

Capítulo XIII

EL MAR EN LA ECONOMIA: OTROS ASPECTOS

En este capítulo, complementario del anterior, se consideran diversos aspectos de la economía de los pueblos antiguos del Perú vinculados al mar.

Una referencia a la ocupación de las *islas del litoral* no puede faltar en este estudio. Aunque áridas, desprovistas por completo de agua, sólo de roca pelada, las islas del litoral forman un cordón extendido paralelamente a la costa que ha conocido la presencia del hombre desde tiempo inmemorial. El hombre, en pasadas edades, fue a las islas con dos fines: primero, con un fin religioso (del que se ha hablado en el capítulo octavo), porque creía que las islas formaban el término del mundo, una suerte de tierra extrema a la que iban las almas de los muertos. Pero, con igual fe creía también que de las islas procedía, por bondadosa intervención de los dioses tutelares, parte de la vitalidad que permitía a la tierra producir. La vida y la muerte, paradójica y misteriosamente, se estrechaban o confundían, así, en los cercanos peñones que, siempre nimbados de espuma por el trajín incesante de las olas, marginaban el continente. En consecuencia, el hombre en pasadas edades fue también a las islas con un *fin económico*, que no era otro que el de aprovechar para sus programas agrícolas el estiércol de las aves marinas, llamado *guano*, un fertilizante de prodigiosos efectos. Las islas, por consiguiente, fueron templos y santuarios, por un lado, y sitios de trabajo, por otro, a los que iban los cultivadores de la costa inmediata a extraer la substancia fortificante, que devolvía poder a la tierra y hacía misteriosamente que la cosecha fuera abundante.

El *guano* fue usado por los peruanos desde muy antiguo. Con el imperio, una sabia legislación se dictó para su racional y justo aprovechamiento. Hay pruebas que los mochicas, en los primeros siglos de la era cristiana, traficaban intensamente con sus grandes embarcaciones desde la costa norteña que los vio florecer hasta las islas de Chincha, en procura del preciado producto que las aves acumulaban.

Pero, no solamente se relaciona el abonamiento de la tierra con el mar por el guano sino, también, por la vieja costumbre de los pueblos de la Costa de colocar en la tierra la semilla con una cabeza de pescado. Usábase, según se dirá, por lo general la cabeza de una *sardina* o de una *anchoveta*, y el resultado era al cabo de unos meses ciertamente asombroso: crecía la planta mucho más de lo común y daba frutos grandes y sazonados.

Diversas otras industrias tuvieron también una estrecha relación con el mar. La industria suntuaria de los adornos, por ejemplo, aprovechó, para sus mejores logros, de las conchas y los caracoles, unas veces de la fauna propia, otras de la distante de los mares tropicales, merced a un activo comercio de especies valiosas que subsistió hasta la llegada de los españoles. Se hacían armas de hueso de pescado; para el mismo fin se empleaban dientes afilados y espinas; y en las armas destinadas a los caudillos o a los grandes generales, se agregaba ornamentación de *espóndilos* venidos de Centroamérica. El *coral*, sin duda traído de fuera por los comerciantes que recorrían con sus balsas las costas hasta el Chocó y Panamá, también fue usado en la decoración de diversos utensilios; y de los caracoles gigantes, del género *Strombus*, se hicieron trompetas, que en las correrías de caza o en la guerra resonaban poderosas en los montes, haciendo eco.

La industria del vestido también usó de los productos del mar; de un molusco se obtenía cierto tinte para los paños; y en más de un lugar de la Costa los pueblos contribuían con sal y algas.

Finalmente —aunque discutida su existencia en los mares peruanos—, las perlas llenan todo un capítulo de la historia del aprovechamiento de los productos del mar por el hombre antiguo.

LAS ISLAS DEL LITORAL

Treinta islas y alrededor de medio centenar de islotes enumera Raimondi, incluyendo las prominencias insulares que se perdieron con la guerra del salitre y el guano. "Todas las islas —resume el sabio— carecen de agua dulce, y de consiguiente son completamente áridas; pero, si están desprovistas de vegetación, han sido, en cambio, la mayor parte de ellas, cubiertas

de valiosos depósitos de *huano*"¹. Careciendo de agua, están deshabitadas.

La relación, de Sur a Norte, es la siguiente:

— *Ballestas, Chincha y Sangallán*, frente a la península de Paracas. Por su morfología y constitución geológica, hay base para afirmar que en otro tiempo formaron un solo bloque insular. El grupo *Chincha* se compone de tres islas principales, las que en 1841 cobraron notoriedad mundial al iniciarse la explotación de sus ricos yacimientos del fertilizante de las aves, que entonces tenían no menos de treinta metros de espesor. La *isla Norte* está a doce millas, aproximadamente, del puerto de Pisco.

— *Asia*, grupo compuesto por una "isla principal, alta; otra separada de ella, más baja; y una roquería al Norte de ambas"². Geológicamente, este grupo es un desprendimiento del cerro Quilmaná.

— *Pachacámac*, "isla escarpada y alta", en la que termina un cordón de islotes y peñas que, en parte, corre sumergido. Esta isla se relaciona, morfológica y geológicamente, con el Morro Solar y con El Frontón y San Lorenzo, formando el conjunto un perfecto alineamiento.

— *San Lorenzo y El Frontón*, juntas, frente al Callao. La primera es la más grande y elevada de cuantas se hallan diseminadas a lo largo del litoral. En su tercio Norte se eleva a 404 metros sobre el nivel del mar. Tiene cerca de cinco millas de largo por dos de ancho. Se halla separada de la punta del Callao (propiamente, de la lengua pedregosa llamada *La Punta*) por un canal conocido con el nombre de *Boquerón*. Geológicamente se emparenta con el Morro Solar. Gracias a su relativa gran altura, condensa humedades, con las que alimenta plantas de ambiente desértico, como la *Tillandsia purpúrea* y otras.

— *Grupo de Pescadores*, a la altura de Ancón. No es sino prolongación de los cerros que protegen por el Sur la bahía. El grupo se compone de una isla de regulares dimensiones y de algunos islotes (en total, hasta diez porciones).

— *Islas Hormigas*: las *de Tierra*, al Sur de Pasamayo, y las *de Afuera*, lejos de la costa y a treinta millas al Oeste del cabezo Norte de la isla de San Lorenzo. Son simples rocas peladas, que forman peligrosos arrecifes con grandes rompientes.

— *Mazorca*, en la prolongación de Punta Salinas, al Sur de Huacho. El grupo, como anota Schweigger, se llama *Huaura*, pero *Mazorca* es la isla mayor. A doce millas de la costa está la roca *El Pelado*, peligrosa.

— *Don Martín*, frente al pueblo de Végueta, al Norte de Huaura. Isla de regular tamaño, muy poblada de aves marinas. Dista de la costa media milla y siete de Punta Huacho.



Anzuelo grande, de cobre, de 14 centímetros, para pesca mayor, procedente de Chan Chán (Trujillo); y anzuelos pequeños de concha. De Chilca proceden anzuelos de tamaño medio (8 centímetros) y el tipo Chancay se caracteriza por la conformación de ángulos. (Museo Yoshitaro Amano. Foto: *Fernando La Rosa*).

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

- *La Viuda*, al Norte de Casma.
 - *Tortugas*, frente a la playa de Los Chinos, un poco al Sur de Samanco.
 - *Isla Lobos* o *Isla Redonda*, enlazada al Monte División y cercana a Samanco.
 - *Islotes del Ferrol*, a la entrada de la bahía del mismo nombre. Los islotes parecen relacionarse con el Monte División, como la isla Redonda
 - *Isla Blanca*, a la entrada de la Bahía de Chimbote.
 - *Isla Santa*, un poco al Norte de la anterior, "bastante larga", conectada a Coshco. Cerca está el islote *Mesilla*, "de reducida altura y llano en la superficie como una mesa".
 - *Corcovado*, cerca de Santa.
 - *Chao*, frente a la punta del mismo nombre.
 - *Grupo Guañape*, frente a la desembocadura del río Virú. Consta de dos islas principales: *Guañape alta*, al Sur; y *Guañape baja* o *Guañape Norte*. Este grupo se completa con el islote de *Los Cantores*, otros islotes menores y algunas rocas diseminadas de feo aspecto, peligrosas para la navegación.
 - *Macabí*, dos islas a seis millas de Punta Malabrigo, separadas por un canal de sólo trenticinco metros de ancho. Sobre el canal, un puente natural. Estas son las últimas islas del cordón litoral.
 - *Lobos de Afuera*, grupo formado "por dos islas grandes orientadas aproximadamente en dirección Sur-Norte. Al Oeste de la isla norteña hay dos pequeñas islas que junto con las grandes encierran una bahía tranquila y muy acogedora... de aguas cristalinas..."³. Un verdadero paraíso de belleza extraordinaria. Islotes y rocas completan el cuadro del grupo, que se halla a regular distancia de la costa.
 - *Lobos de Tierra*. Este grupo se compone de una isla grande, de unos diez u once kilómetros de largo, cuyo extremo Norte (Punta *La Cruz*) se halla a una distancia de trece millas de la península de Illescas, en el departamento de Piura; y de numerosos islotes y rocas, diseminados alrededor de la isla principal. Esta es pintoresca, rica en fauna aérea y en sus playas, en las que se forman charcos de agua de mar, prospera la vida en gran variedad.
- Todas estas islas se caracterizan por ser de acceso fácil por el lado oriental que mira al continente; en cambio, terminan en forma abrupta por el lado que da al mar abierto, es decir, por el Oeste.
- Desde el punto de vista de las rocas constitutivas, están formadas por materiales de diversa resistencia a la acción erosiva de las aguas del mar. Por esta razón, se han formado en ellas cavernas, puentes y toda suerte de relieves muy extraños que

propician la vida en sus innumerables manifestaciones. "Este destrozamiento de las islas —explica Schweigger—... tiene un significado biológico por crear varios *biotopos* que ofrecen distintas condiciones ecológicas que son buscadas por diferentes animales. Encima de las rocas un poco elevadas pernoctan los lobos marinos, en tanto que las rocas más pequeñas sirven como reposo a los pingüinos u otras aves. Los acantilados se llenan con piqueros y sarcillos, y en el mar, entre las peñas sumergidas, se encuentran los escondites de los peces, pulpos y otros componentes de una fauna sumamente variada. Las islas mismas, por fin, constituyen el lugar reservado a las *aves guaneras*, los guanayes, alcatraces y también, a veces, a los piqueros"⁴.

"Las islas del Pacífico —dice Tello— fueron en la antigüedad teatro de grandes acontecimientos... Macabí, Guañape, Chao, Don Martín, San Lorenzo, Pachacámac, Asia y el grupo Chíncha, fueron las más celebradas y tenían nombres de dioses, cuya historia conserva la tradición, como *Acat*, *Shina*, *Cahuillaca*, etc... En la mayoría de estas islas se han encontrado debajo de las capas de guano, restos de adoratorios y templos; cadáveres de mujeres decapitadas, alfarería ceremonial y otros objetos rituales"⁵. Además, como anota el mismo Tello, las islas, con sus abundantes poblaciones animales, están representadas en el arte cerámico. "Su identificación ha sido posible gracias a la forma especial y a los accidentes topográficos más saltantes...". "La conocida población insular del Pacífico —agrega el sabio—, formada por guanayes, alcatraces, camanayes, petreles, leones, lobos, tiburones y mantas está representada con marcado realismo".

Mucho antes que los Incas extendieran por el territorio del Tahuantinsuyo los beneficios de su sabia política económica y legislaran sobre las islas para cuidar de una justa distribución del *guano*, ya los pueblos de la Costa, desde los comienzos de la era cristiana (hace dos mil años), o aun antes, mantenían con sus embarcaciones sencillas pero de gran capacidad un tráfico regular con las principales islas del litoral, a las que periódicamente iban para extraer el preciado fertilizante de las aves. Esto lo sabemos por el testimonio inequívoco de las pictografías mochicas, que han sido cuidadosamente examinadas por algunos especialistas. En un reciente estudio⁶, Lumbreras explica que los prisioneros que tomaban en sus guerras los mochicas —y que se salvaban del sacrificio o de la mutilación (los que, en verdad, eran pocos)— eran generalmente destinados al *trabajo de las islas*, que consistía en la dura y harto sacrificada operación de extraer el guano de las rocas litorales y embarcarlo en balsas para su uso en los valles de la Costa. Las pictografías los pintan con dramático realismo, un realismo que, a los dos

mil años, todavía impresiona. Semidesnudos o, a veces, totalmente desnudos, bajo el sol inclemente, con algunos miembros mutilados y una soga al cuello como dogal, los esclavos de la guerra eran llevados en grandes embarcaciones a las citadas islas, de las que, por el exceso de trabajo y la brutalidad del trato, rara vez regresaban. En ellas eran prácticamente sepultados en vida. "En islas tan alejadas de la Costa Norte... como las de Chincha, muy al Sur [del país mochical], se han encontrado restos de estos infelices;... [quizá] los que iban destinados a las islas nunca más volvían a tierra firme. Allí [en las islas], los miserables eran sepultados y, con ellos, unas *efigies de esclavos*, con la soga al cuello (para mayor realismo de la representación)... Esas efigies de madera se encargaban de recordar a los hombres, aún después de muertos, que habían sido en vida esclavos".

Horkheimer también subraya el tráfico mochica a las islas y, en especial, a las del grupo de Chincha, las más ricas por sus inacabables depósitos de guano. El hace referencia, sobre todo, a los objetos, de indudable procedencia mochica, que fueron hallados "debajo de las capas acumuladas de guano": una prueba de ocupación ciertamente incontrastable. En general, sostiene que todos los depósitos de *guano*, "desde las islas de Chincha, por el Sur, hasta Macabi", fueron explotados sistemáticamente por los mochicas.

Acosta, entre otros —como Cobo también—, fue uno de los que destacó el inusitado paisaje de las islas cubiertas del blanco fertilizante, tan blanco que parecía nieve o sal. "En algunas islas o farellones que están junto a la costa del Perú —dice—, se ven de lejos *unos cerros todos blancos*; dirá quien les viere que son de nieve, o que toda es tierra blanca, y son montones de estiércol de pájaros marinos que van allí continuo a estercolar. Y es esta cosa tanta, que sube varas y aun lanzas de alto, que parece cosa fabulosa...". Agrega el prolijo autor de la *Historia Natural y Moral de Indias*: "A estas islas van barcas a solo cargar de este estiércol, porque otro fruto pequeño, ni grande en ellas no se da; y es tan eficaz y tan cómodo, que la tierra, estercolada con él, da el grano y la fruta con grandes ventajas... Llamen *guano* el dicho estiércol, de do se tomó el nombre del valle que dicen de *Lunaguana*, en los valles del Pirú donde se aprovechan de aquel estiércol, y es el más fértil que hay por allá... Los membrillos y granadas, y otras frutas, en grandeza y bondad exceden mucho, y dicen ser la causa que el agua con que riegan estos árboles, pasa por tierra estercolada y da aquella belleza de fruta. De manera que de los pájaros no sólo la carne para comer y el canto para deleite, y la pluma para ornato y gala, sino el mismo estiércol es también para el

beneficio de la tierra, y todo ordenado del Sumo Hacedor para servicio del hombre...”⁸.

La administración incaica, sabia y previsor, dividió las islas, como ya se dijo, en sectores —ricos en *guano* unos, otros en pesca, otros, en fin, en mariscos y diversos animales de la mar— para el justo aprovechamiento, sin riña ni perjuicio de nadie, de los dones de la naturaleza. El pueblo de un sector no podía beneficiarse con los productos de otro sector. La división, al tiempo de los últimos Incas, era rígida y estaba claramente señalada por hitos o hileras de piedras apilonadas o *apircadas*, que trazaban un límite, siempre respetado. A los violadores de esta norma se les aplicaba severa reprimenda. A los reincidentes, se les despeñaba, con pérdida de la vida.

Esta demarcación precisa de los sectores se dio, por ejemplo, en la isla de San Lorenzo, llamada antiguamente, en la lengua aimara, *Sina*. Los administradores del Inca dividieron la isla “en varias secciones, demarcadas de arriba abajo, hasta la orilla, por hileras de piedras, donde debía pescar y recoger mariscos (y, también, extraer *guano*) cada una de las agrupaciones de los pueblos del valle”⁹.

En el litoral de las provincias norteñas que fueron ganadas en las postrimerías del imperio, una isla muy famosa (y de la que extensamente se ha hablado en el capítulo octavo sobre la Religión, porque tuvo un adoratorio de gran nombradía) fue la conocida por los españoles con el nombre de *La Plata*, denominación que subsiste. En realidad, la isla de La Plata tuvo más importancia religiosa o ceremonial que económica. Gómara transmite la tradición, guardada por los pueblos de la costa inmediata, de que en ella los señores del Cusco, tras la conquista de Manta y Manabí, tenían “un vergel” a donde “se iban a divertirse cuando querían mar”. En la privilegiada isla, “las hortalizas, las flores y árboles [eran] de oro y plata: invención y grandeza hasta entonces nunca vista”, algo sólo semejante a lo del Cusco¹⁰. Valcárcel, siguiendo al P. Diego de Córdoba y Salinas, autor de la *Crónica de la religiosísima provincia de los Doce Apóstoles del Perú*, de 1651, dice —refiriéndose a *La Plata*— que los incas tenían, en una isla cercana a la Puná, un jardín donde iban a holgar, que tenía todas las fuentes y estanques de oro y plata, y los árboles, flores y hortalizas de oro y plata, y muchos pájaros de toda suerte, unos puestos por los árboles como que estaban cantando, otros como que estaban volando y chupando la miel de las flores. Muchos conejos, zorras, gatos monteses, leones y culebras, vaciados de oro y plata. Cada cosa puesta en su lugar, compitiendo el arte con las mayores obras de la naturaleza¹¹.

Para los tumbesinos de la época de los Incas, la *Puná* era una isla familiar, con la que se comunicaban de continuo, unas veces a invitación de los afanes comerciales, otras por la guerra. Aunque es una isla que estrictamente escapa al ámbito de nuestro estudio, no puede prescindirse, por razones históricas y, sobre todo, por la conquista imperial —de la que se tratará en el capítulo décimoquinto—, de una referencia a ella. Cieza dice: “Al nordeste del río Tumbes está una isla, que tendrá de contorno más de diez leguas, y ha sido riquísima y muy poblada; tanto, que competían los naturales con los de Tumbes y con otros de la Tierra Firme, y se dieron entre unos y otros muchas batallas y hubo grandes guerras... Es una isla muy fértil y abundante y llena de árboles... Cuentan los indios... que usaban los moradores desta isla grandes religiones, y eran dados a mirar en agüeros y en otros abusos, y que eran muy viciosos... y hacían otros grandes pecados...”¹².

En otra parte, insiste el mismo autor de *La Crónica del Perú* sobre las riquezas variadas de la *Puná*. Dice: “Tiene esta isla grandes florestas y arboledas, y es muy viciosa de frutas. Dase mucho maíz y yuca y otras raíces gustosas, y asimesmo hay en ella muchas aves de todo género, muchos papagayos y guacamayas, y gaticos pintados y monos y zorras, leones y culebras, y otros muchos animales”¹³.

Eran los pobladores de la isla de la *Puná*, según sigue contando el mismo Cieza de León, “muy grandes contratantes” por “tener en su isla abasto de las cosas pertenecientes para la humana sustentación, que era causa bastante para ser ricos”. Además, “eran para entre sus comarcanos tenidos por valientes... Tuvieron muy grandes guerras y contiendas con los naturales de Tumbes y con otras comarcas. Y por causas muy livianas se mataban unos a otros, robándose y tomándose las mujeres y hijos”.

La población de la isla era de, más o menos, siete mil vecinos, los que, gobernados por jefes que se servían en vasijas de oro y plata tenían para la alimentación del pueblo muy buenas pesquerías. Destacaban en la navegación, para practicar la cual disponían de grandes balsas de troncos, con las que se aventuraban *muchas leguas mar afuera*. El señor —dice Oviedo— vivía con mucha pompa y cuando salía de su palacio se anunciaba con trompetas y atabales. El mismo Oviedo dice que este señor de la isla tenía casa con muchas mujeres —una manera de huríes—, la cual casa era custodiada por porteros eunucos, es decir, hombres a quienes se mandaba cortar los labios como seña distintiva, visible, lo mismo que las narices y los genitales.

A la llegada de los españoles en la expedición definitiva por la conquista del Perú, gobernaba en la isla *Tumbalá*, un rey-

zuelo calculador y falso, despreciable por sus dobleces. Enterado de la llegada de la hueste extranjera y con ánimo de traición, Tumbalá mandó a Cotoir a salirle al encuentro a Pizarro y los suyos. Cotoir entregó al extremeño muchos presentes valiosos para disimular sus verdaderas intenciones y le comunicó que su rey lo esperaba en la isla, para llegar a la cual tenía a su disposición una gran flota de balsas cerca de la Punta Santa Elena. Cuando Pizarro, crédulamente, se disponía a ordenar el embarque de su tropa en las balsas de Cotoir, fue advertido por uno de sus intérpretes que el isleño tramaba una traición. Entonces, Pizarro exigió a Cotoir que se presentara, en persona, Tumbalá. Cotoir comunicó a su rey el pedido del poderoso extranjero y al día siguiente Tumbalá estaba en el campamento de Pizarro, conviniendo con éste en hacer la travesía a la isla juntos, en la misma balsa. Así pasó la fuerza expedicionaria del continente a la isla de la Puná, y todos llegaron sanos y salvos, con sus caballos. Los últimos en saltar a tierra fueron Tumbalá y Pizarro, y de esta manera, por la oportuna intervención de uno de los muchachos que hacían de *lenguas*, se salvó la tropa conquistadora.

Un historiador actual refiere que *la isla de la Puná era un paraíso*, con muchos cultivos, abundante pescado seco, chaquira y ropa fina en los depósitos, según la usanza incaica. En los corrales, que eran muchos y espaciosos, los isleños criaban gordas *ovejas del Perú* o *camellos de Indias*, que eran las llamas, las alpacas y las preciadísimas vicuñas, animales todos de lana muy fina.

Los españoles se instalaron en la isla, a la espera de que pasara la estación de las lluvias. Para real, Pizarro escogió un lugar seguro y estratégicamente ubicado, bueno para la defensa en caso de peligro. Con frecuencia, Tumbalá visitaba a Pizarro, pero, en realidad, más que visitas protocolares, aquellas eran misiones de espionaje, que concordaban con los aprestos para la guerra que hacían sigilosamente las fuerzas nativas.

En una de sus excursiones, Pizarro descubrió que en la isla vivían, en calidad de rehenes, no menos de seiscientos tumbesinos, víctimas de una guerra habida poco antes. Esta guerra se había producido luego de la primera visita de los españoles a Tumbes, y había sido provocada por la lucha entre Atahualpa y Huáscar, a raíz de la muerte del padre de ambos, el gran Huaina Cápac. Desatada la guerra, Tumbalá estuvo de lado de Atahualpa, y *Chilimasa*, régulo de Tumbes, de lado de Huáscar. Atahualpa se apoderó de la importante ciudad y activo puerto comercial de Tumbes, mató a sus habitantes con crueldad suma y obligó a Chilimasa a prestarle obediencia. Después se retiró para seguir la guerra en otras regiones, dejando el puerto sin

defensa, circunstancia que aprovechó Tumbalá para arrasarlo, tomando prisioneros a los seiscientos tumbesinos que Pizarro descubrió.

En la guerra contra los isleños, que no tardó en producirse, Pizarro tuvo que hacer frente a hordas salvajes, de ferocidad increíble, que desde el interior del país opusieron tenaz resistencia. Mas, al final, las buenas disposiciones del capitán y el arrojo de sus hombres valientemente conducidos por Hernando Pizarro y Hernando de Soto, dieron la victoria a los españoles. La isla fue dominada para el breve tiempo que sirvió como trampolín para llegar a la costa de Tumbes.

La *isla de San Lorenzo*, frente al Callao, tuvo gran importancia. Fue centro religioso, con un adoratorio; cementerio para el entierro de las gentes prominentes del valle próximo; y, particularmente, centro productor de *guano*. Hablando del Callao, dice Cobo: "Hácele abrigo contra el viento Sur... una isla medianamente alta, que corre de largo Norte a Sur buenas dos leguas, y comienza como media legua a barlovento de la punta de la tierra firme, dejando un canal entre bajíos... Todo el suelo de esta isla es de rocas y arenales secos; está yerma de plantas y animales por carecer de agua. La costa que mira dentro del puerto es playa limpia, con dos o tres desembarcaderos. Está siempre el mar tan quieto y bonancible dentro de esta bahía que por toda ella se puede andar en una artesa..."¹⁴.

Aunque de tierra estéril y sin agua, San Lorenzo (o *Sina*, como se llamó en la época anterior a la llegada de los españoles —palabra aimara—) tenía población, lo cual es insólito pero está probado por referencias indubitables y hechos indiciarios que merecen crédito. La población, naturalmente, estaba constituida sólo por hombres dedicados a la pesca¹⁵ y recolección de mariscos, y a la extracción del poderoso fertilizante de los pájaros marinos. El erudito Carlos A. Romero, en su estudio sobre el Callao, dice: "Hablar del Callao significa, naturalmente, hablar de la isla de San Lorenzo, parte integrante del puerto... La isla tiene también su historia durante la Colonia, desde que sirvió de prisión al desventurado Blasco Núñez Vela. Su nombre indígena es... materia de dudas. Llámala el cosmógrafo López de Velasco (*Geografía y descripción universal de Indias*, 1574), *Gina*; pero, para nosotros, el copista, al hacer la impresión de la obra, en 1894, cambió la S por G, porque *Gina* es vocablo campa que significa mujer, en tanto que *Sina* es aimara y expresa esterilidad, lo que está muy de acuerdo con la aridez allí dominante... Se dio en encomienda a D. Antonio de Rivera... lo que hace suponer que entonces estaba poblada, porque a nadie se concedía una encomienda sin indios. Separada del Callao por el *Boquerón*, que los indios llamaban *Laca* y después

los españoles *Laja* al bajo del *Camotal*, era fácil el acceso desde el puerto..."¹⁶.

El mismo historiador destaca que la isla de San Lorenzo, en la antigüedad, tuvo, como ya se ha dicho, gran importancia. El testimonio más significativo que revela la ocupación prehistórica de la isla, no sólo por sepultureros y oficiales de las religiones gentílicas cuyos cultos allí se practicaban periódicamente, sino por gentes de trabajo, que consumían alimentos y dependían para el agua como para otros abastecimientos de la tierra firme próxima del Rímac, lo proporcionan los depósitos de conchas o *conchales* (quioquemondingos, en la terminología de algunos autores), que llamaron poderosamente la atención primero de Darwin, cuando su estada en la bahía del Callao en la década del treinta del siglo pasado y, después, de Uhle. Sobre las observaciones de Darwin se tratará en seguida. Romero anota que "en tiempo de los Incas desempeñó la isla una *importante función económica* en el mantenimiento de la población: abundosa en mariscos... *la dividieron en diversas secciones*, demarcadas de arriba abajo, hasta la orilla, por hileras de piedras, donde debía pescar y recoger mariscos cada una de las agrupaciones de pueblos del valle".

El primero, como se acaba de decir, que evidenció interés arqueológico por San Lorenzo, fue, en el siglo pasado, el entonces joven biólogo, miembro de la expedición del *Beagle*, Carlos Darwin, más tarde famoso autor del libro *El origen de las especies*. No pudiendo internarse en el Perú porque el país estaba convulsionado por una guerra civil, Darwin decidió dedicar su tiempo al estudio de las faunas malacológica, ictiológica y ornitológica de la bahía del Callao y de la isla de San Lorenzo. Fue así cómo, recorriendo la isla y observando sus terrazas, halló una gran capa de conchas sobre una milla de extensión, con restos de dieciocho especies, capa ubicada a ochenticinco pies de altura sobre el nivel del mar. Darwin, no obstante su ya acrisolada seriedad científica, estuvo aquella vez precipitado: consideró ese *conchal* como una formación natural y dedujo entonces que la isla, en los últimos tiempos geológicos, había experimentado un considerable levantamiento. Escribió más tarde en su difundidísimo diario: "En la isla de San Lorenzo se encuentran pruebas concluyentes de que se ha producido una elevación durante un período relativamente reciente..."¹⁷. El futuro sabio, revolvedor de las doctrinas sobre la vida, estuvo errado y corto de visión: no vio, en efecto, que los conchales eran simples *acumulaciones de residuos de cocina hechos naturalmente por el hombre*; y no vio esta *realidad arqueológica* a pesar de que en la descripción del espeso manto escribió lo siguiente: "Mi interés [por el manto de las conchas] fue en

aumento cuando encontré en la terraza, a una altura de *ochenticinco pies, incrustados entre* las conchas y otros *detritus arrastrados por el mar*, algunos cabos de hilo de algodón, pedazos de caña tejidos y una espiga de maíz; comparé estas reliquias con otras encontradas en las *huacas*, o antiguas tumbas peruanas, y encontré *que eran idénticas* en apariencia..."¹⁸.

Fue Uhle, a fines del siglo pasado y en los comienzos de la presente centuria, quien hizo ver que los citados conchales eran signo indicativo de la presencia del hombre en edades remotas y no prueba de un proceso de levantamiento tectónico.

La ocupación de la isla de San Lorenzo por indios pescadores, siguió por mucho tiempo ya afincados acá los españoles. Estos indios naturalmente dependían de los grupos, también dedicados a la pesca, establecidos en la costa, tanto por el lado de Piti Piti como por el de la Mar Brava. Los indios iban a la isla a pescar, mariscar y recoger guano para sus sementeras, en las ligeras balsas de totora que estilaban entonces las agrupaciones nativas.

Finalmente, con el servicio de indios, las autoridades virreinales establecieron un puesto de vigilancia en el cabezo Norte de la isla, para anunciar la llegada de buques y, eventualmente, dar la voz de alarma contra los piratas.

Las islas del *grupo Chincha*, como ya se ha dicho, fueron objeto de ocupación desde los lejanos tiempos del florecimiento del reino mochica en la costa Norte. Reliquias halladas en las capas profundas del *guano* han llevado en todo tiempo a los estudiosos a sostener la antigüedad, verdaderamente de milenios, de la ocupación de esas islas. En los albores de la arqueología peruana, un ilustre americanista decía: "La profundidad a que se han descubierto reliquias antiguas en los depósitos de guano de las islas Chincha, considérase... como una prueba... de la remota existencia humana en [los] valles costeros..."¹⁹. Pero el mismo Markham, de quien es la cita precedente, agregaba que ello debe admitirse no obstante que "Squier arguye que aquellos objetos pudieron ser enterrados en el guano a las profundidades a que se les encuentra, o que, aun puestos en la superficie, pudieron caer, al resquebrajarse el guano a consecuencia de los trabajos de extracción, a la gran profundidad en donde se les encuentra, como si allí hubieran sido sepultados".

Sobre la arqueología del guano y la antigüedad de los objetos hallados en sus capas profundas, se trata en el párrafo siguiente.

EXTRACCION Y APROVECHAMIENTO DEL GUANO

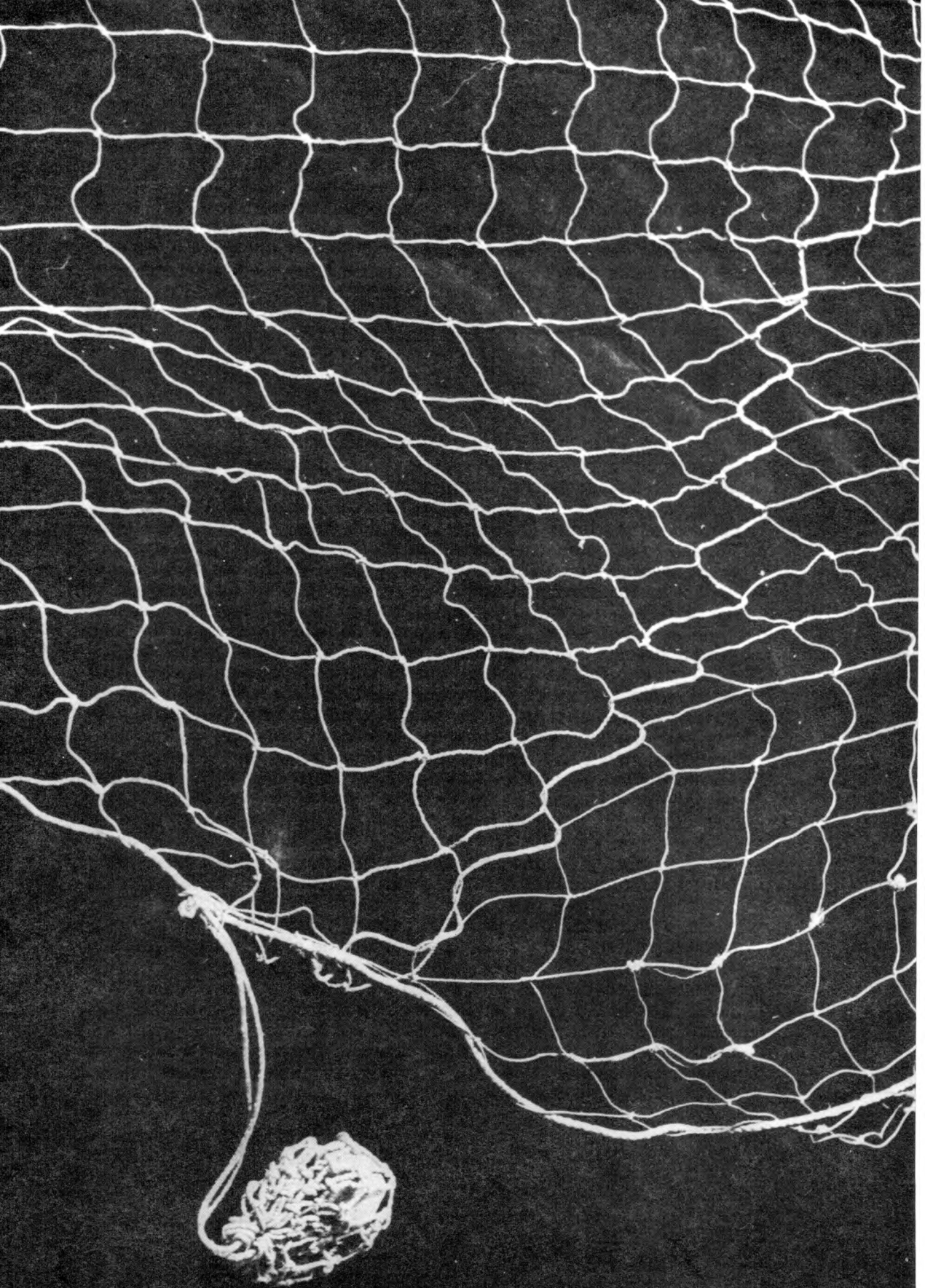
Los indios —dice Cobo²⁰— “eran excelentes labradores... y con la larga experiencia habían alcanzado tanta inteligencia de la agricultura, que nosotros [los españoles] hemos aprendido dellos todo el modo de sembrar y beneficiar... como es la manera de *guanear* o estercolar los sembrados...”.

Los indios, para revitalizar las tierras agotadas por los cultivos, usaban, entre otros fertilizantes, el *guano de las islas*, excremento de las aves marinas. En otra parte de su monumental *Historia del Nuevo Mundo*, explica Cobo que por la falta total de lluvias, salvo la *garúa*, “las tierras son muy secas, de manera que para sembrar han menester que las beneficien con estiércol... Para lo cual —agrega el insigne cronista— proveyó Dios de muchas isletas pequeñas, yermas, sin agua ni hierba, que están en la costa cerca destos valles... que de los innumerables pájaros marinos que se albergan en ellas tienen perpetuamente sobre sí muchos estados de estiércol, que en este reino llamamos *guano*, de donde se trae gran cantidad en barcos para estercolar los sembrados... Enfrente del puerto de Pisco, tres o cuatro leguas la mar adentro, hay algunas destas isletas, de las cuales, cuando sopla viento recio de la mar, saca tan gran cantidad de guano, que oscurece el aire, y atravesando aquel trecho de mar, trae mucho a la costa como polvo sutil de color amarillo, y polvoreando con él las hierbas, las marchita y seca cuando es mucha la cantidad que cae sobre ellas”²¹.

Muchos cronistas e historiadores describieron las *islas guaneras* diciendo de ellas que semejaban cerros cubiertos de nieve, por la blancura del manto. De Acosta ya se ha hecho una transcripción al respecto, y otra del mismo tono es la de Herrera: “En algunas islas de la Costa del Perú —expresa el autor de las *Décadas*²²— se ven unos cerros blancos, que parecen de nieve, y son montañas de estiércol de pájaros marinos, que van allí a estercolar, y allí van los barcos, a cargar dello, para estercolar la tierra, de que sienten gran provecho, y la hace abundantísima...”.

Cieza, en *La Crónica del Perú*, explica la operación rutinaria de los indios de la tierra *yunga*, consistente en el viaje en balsas a las islas para extraer el fertilizante que daba nueva vida a los campos y permitía el fruto grande y sazonado. “Cerca de la mar —dice—, en la comarca destos valles, hay algunas islas bien pobladas de lobos marinos. Los naturales van a ellas en *balsas*, y de las rocas que están en sus altos traen gran cantidad de estiércol de las aves (*guano*) para sembrar sus maizales y mantenimientos, y hállanlo tan provechoso, que la tierra se para con ello muy gruesa y fructífera...; porque si dejan de echar este estiércol, cogen poco maíz, y no podrían sustentarse

Parte de una red de pescar, de veinte metros de
largo, con cordeles, flotadores y pesos,
procedente de Paracas.
(Museo Yoshitaro Amano.
Foto: Fernando La Rosa).



si las aves, posándose en aquellas rocas de las islas de suso dichas, no dejasen lo que después de cogido se tiene por estimado...''²³.

Todos los escritores de la época del Descubrimiento y años siguientes, conocieron la verdadera naturaleza del *guano*, en particular su origen animal: excremento, prosaicamente, de las aves marinas que vivían y anidaban en las islas y promontorios de los llanos de la Costa. Sólo uno, el erudito Antonio de León Pinelo, sostuvo que el guano no era de origen animal, que no era acumulación de las deyecciones de las citadas aves, sino que era *tierra*, aunque no común sino una de extraños poderes. "Llámanle guano —dijo—, que es lo mismo que estiércol, no por serlo de pájaros, como algunos piensan, sino por su admirable virtud para fertilizar las tierras en que se derrama... y aunque como hemos dicho hay quien afirma que aquellas islas se aumentan con los excrementos de las aves, no se duda que lo que de ellas se saca es *tierra*, aunque debe tener esta mezcla"²⁴.

Por sus extraños poderes, los indios, asombrados y agradecidos, rendían culto al guano. La explotación del guano —destaca Tello— tuvo enorme importancia por la influencia que este producto ejerció "en el desarrollo y apogeo de la agricultura en la Costa, no superada por ningún otro pueblo de América"²⁵. Los indios —agrega el sabio— descubrieron "sus misteriosos poderes vivificantes". Pero, además de ello, la explotación del guano estuvo "íntimamente vinculada a la vida social, económica y religiosa de los antiguos peruanos". Arriaga cuenta que en Huacho los indios antes de ir en balsa a las islas a recoger guano, hacían sacrificios en la playa para que la embarcación, por las olas, no se trastornara, y hacían, además, ayuno por dos días, con gran unción. En la isla, *adoraban al señor del guano* en la huaca *Huamancántac* y le ofrecían gran cantidad de ofrendas. Cuando regresaban al puerto, con las embarcaciones llenas del precioso fertilizante —que les aseguraba, para el futuro, gran cosecha—, volvían, en agradecimiento, a ayunar por dos días, y después bailaban, cantaban y bebían hasta emborracharse, hombres y mujeres, en un festín que duraba días.

Estas ideas, que concedían naturaleza divina tanto al guano como a las islas que lo acumulaban, subsistieron por mucho tiempo tras el arribo de los españoles, y de allí el interés que pusieron doctrineros y extirpadores de idolatrías por desterrarlas. A este fin va dirigido uno de los sermones del cura Avendaño. Dice: "Las islas que en la mar tienen guano con que estercoláis el maíz cuado quiere espigar, no son dios. Y para que sepais bien esto, habeis de saber que estas islas son unos cerros grandes de piedra que los crió Dios en la mar para mostrar su omnipotencia,

Vaso ceremonial de oro, con una franja ornamental repujada alrededor, de 6 centímetros de ancho, que desarrolla la representación de la ola marina. Completan la decoración pequeñas figuras, incrustadas, en turquesas, de peces (especialmente, la raya) y aves marinas. El doble fondo del vaso, con piedrecillas adentro, lo convierte en sonajera. Dimensiones: 13 centímetros de alto por 7 de diámetro en la boca. (*Chimú*. Costa Norte. Museo de Oro del Perú. Fundación Miguel Mujica Gallo. Catálogo: V 76 - 4603. Foto: Manuel Romero).





Sobre el cuerpo globular del cántaro, el artista ha representado en alto relieve, con rasgos marcadamente realistas, la figura de un cangrejo. Encima se destaca, prominente, el asa-estribo (en la lámina, de perfil), con un pico corto. (*Mochica*. Costa Norte. Período Intermedio temprano, siglo V de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Manuel Romero).

y allí se han estado desde que Dios crió el cielo y la tierra, y como por allí vuelan muchos pájaros... y duermen y estercolean allí, por eso desde lejos están blancas. Direisme, Padre, los hechiceros nos han dicho que en estas islas está una *huaca*, que es *criador del guano* y cuando quiere espigar van allá con balsas, y llevan chicha, mullu y paria y otras cosas y le piden licencia para traer guano. Ah ciegos, sin entendimiento, *no veis que el guano es estiércol del pájaro* que se llama *guanay*, y como el estiércol de las ovejas es bueno para las sementeras, así de la misma manera el estiércol del pájaro *guanay* es bueno para el maíz. Dime: ¿hay alguna huaca que crie el estiércol de la oveja? No, porque las mismas ovejas lo estercolean, *pues así de la misma manera no hay huaca que crie el guano...*"²⁶.

Con esta lógica fácil, la creencia gentilica fue erradicada y triunfó la tesis del *guano-excremento*.

EL GUANO EN LA ADMINISTRACION INCAICA

Garcilaso dice: "En tiempo de los reyes incas, había tanta vigilancia en guardar aquellas aves, que en tiempo de cría a nadie le era lícito entrar en aquellas islas, *so pena de la vida*, porque no las asombrase y echase de sus nidos. Tampoco era lícito matarlas en ningún tiempo dentro ni fuera de las islas so la misma pena".

Basándose en estas anotaciones básicas del Inca autor de los *Comentarios Reales*, Valcárcel destaca, en primer lugar, que el guano, o excremento de las aves marinas, era explotado en la época del Imperio (como ya lo había sido, habría que completar, en la época del florecimiento del reino mochica); y que, para un mejor y justo aprovechamiento de tan importante riqueza, los legisladores incaicos dictaron una serie de sabias disposiciones, las que tenían cabal aplicación. Cada isla, así, estaba señalada por una determinada provincia, y si era una isla grande y de crecida producción, se la destinaba a dos o tres provincias, según una clara parcelación. En general, "cada extensión de los valles de la Costa tenía a su cargo un determinado grupo de islas guaneras. Así, por ejemplo: las tierras de Ica tenían como proveedoras de abono a las islas de Chincha; las de Lobos eran proveedoras de los valles del Norte..."²⁷.

De acuerdo con la delimitación indicada, no se podía tomar cantidad alguna de estiércol correspondiente a tierra vecina, *so pena de muerte* —como lo especifica claramente Garcilaso—. Por otro lado, la utilización del guano estaba regulada por *cuotas* y nadie podía extraer una cantidad mayor que la fijada por las autoridades. Pasarse de la cuota —comenta Valcárcel— era delito que se sancionaba severamente²⁸.

La defensa y conservación de las aves fue una de las metas principales de la legislación incaica en este campo: primero, nadie podía entrar en las islas guaneras en la época de la cría, bajo pena de muerte; segundo, nadie podía, ningún por motivo, matar aves de la misma clase, también bajo pena de muerte. Además, sanciones severas se aplicaban a los que, simplemente, espantaban a las aves guaneras o dañaban sus nidos.

Esta legislación, sabia al propio tiempo que draconiana, movió a un ilustre historiador y hombre de ciencia del siglo pasado a pedir del gobierno medidas semejantes para la defensa del guano, cuya importancia ya se conocía en el mundo. "Sería conveniente —escribió en 1827 Mariano Eduardo de Rivero y Ustariz— que el gobierno tomase medidas a favor de la reproducción de este abono, castigando severamente a los que ahuyentaran a los pájaros de las islas"²⁹.

Horkheimer destaca que, en su lucha contra la esterilidad del suelo, sobre todo en la Costa, "los peruanos prehispánicos siguieron sabios métodos que en el hemisferio occidental eran desconocidos todavía hace poco tiempo y que aún hoy en día se aplican deficientemente"³⁰. El uso del guano fue una necesidad impuesta por la densa población, consumidora de grandes cantidades de productos agrícolas. "Durante la época de los Incas —explica otro autor—, el guano se extrajo de las islas y se empleó en la fertilización de las tierras de la Costa principalmente, *tierras que soportaron una agricultura intensiva...* Esta *agricultura intensiva* no es de ninguna manera posible sin la restitución al suelo de los elementos que las cosechas extraen, principalmente el nitrógeno..."³¹. La idea de la *agricultura intensiva* gracias al guano ha sido destacada por un autor reciente: "El guano se empleaba de manera sistemática —dice Peveril Meigs³²— para extraer un máximo de producción de tierras cultivadas intensivamente".

Para una agricultura que tenía que atender a una gran demanda (por el crecimiento de la población), el conocimiento de los abonos fue un paso de extraordinaria importancia. Este triunfo de la tecnología agrícola de los peruanos de la antigüedad, ha sido subrayado por diversos autores y merecido los más encendidos elogios. "Los peruanos —dicen Rivero y Tschudi³³— abonaban la tierra con materias fecales... En ciertas provincias empleaban el estiércol de la llama... y en las provincias marítimas beneficiaban la tierra ya con los restos de los pescados secos, ya con el *huanu* o estiércol de pájaros...". Lorente fue no menos explícito y, además, ponderó la perfección del régimen incaico de conservación, defensa y distribución: "El *huanu*, cuyo poder de fertilizante era conocido, se distribuía entre los costeros asignando los pequeños depósitos a las provincias inme-

diatas, distribuyendo las islas mayores entre varias provincias y fijándose en uno y otro caso la región que correspondía a cada distrito³⁴.

Respecto a si hubo comercio de guano con la Sierra para revitalizar las tierras allá gastadas, la opinión de la mayoría se inclina porque su empleo se limitó a los valles de la Costa; si alguna cantidad, en la época de los Incas, llegó a la Sierra, fue de escasa monta. Lo dice Valcárcel: "Los antiguos peruanos también sabían cómo hacer recuperar a la tierra su fertilidad. Lo consiguieron mediante dos sistemas: dejando que la tierra descansara para que se recuperase por sí misma (de uno a diez años)... o fertilizando la tierra por medio de abonos... *Los abonos se aplicaron en gran escala principalmente en la Costa, por tener a la mano el guano de las islas...*"³⁵.

Como en la técnica del abonamiento moderno, el guano no sólo era utilizado puro sino también en mezcla con los restos de los animales marinos, cadáveres de pájaros principalmente. Los "desperdicios de la fauna marina" constituían un ingrediente valioso en la preparación del material fertilizante para los campos de cultivo³⁶.

Mucho antes de los Incas, como ya se ha dicho, los mochicas sostuvieron un activo comercio con casi todas las islas del litoral para la obtención del guano. La necesidad imperiosa de fertilizante —apremiados por la escasa tierra disponible y el crecimiento de la población— los llevó a tender rutas de comunicación, regulares, hasta las islas del grupo *Chincha*, frente a Paracas, distantes ochocientos kilómetros. Periódicamente, las balsas de totora, de doble puente, regresaban de la larga travesía para descargar en las costas del Norte el preciado elemento reconfortante de las tierras agotadas.

En todo tiempo, los depósitos de Asia, Pachacámac, San Lorenzo, Don Martín y otros más al Norte, fueron intensamente explotados. Ya se ha hecho referencia a la explotación de la *isla de Huacho* por los indios de la localidad, los que, para extraer el fertilizante, rendían culto al señor del guano en la huaca Huamancántac, según cuenta el P. Arriaga. La operación era todo un rito, que terminaba con una gran fiesta en la que intervenían los hombres y las mujeres, con igual desenfreno.

Tello considera que Paracas, en la costa de Ica y frente al rico depósito de las islas Chincha, fue uno de los principales centros de almacenamiento, preparación y distribución del guano. Se ampara esta consideración en la circunstancia dicha de la cercanía del grupo Chincha. "Paracas —dice el sabio— fue la tierra donde habitaron los *custodios del misterioso fertilizante* que convirtió los campos eriazos en productivos, y enriqueció la economía de la población condenada a vivir en el

Pez con ancho gollete tubular, ligeramente
expandido. (Estilo *Lima* o *Pachacámac*.
Procedencia: Cajamarquilla,, cementerio de
Nievería. Período Intermedio temprano,
300 años después de Cristo.
Museo Rafael Larco Herrera.
Foto: Abraham Guillén)



desierto... A juzgar por los restos descubiertos, todo induce a pensar que debió ser Paracas alguna vez el centro de una población numerosa; que debieron existir muchos pueblos y colonias, repartidos por la extensa área de la Península, *dedicados a la explotación y contratación del guano* no sólo en esta región sino en la extensa área desértica comprendida entre la desembocadura del río Pisco, por el Norte, y la del río Ica, por el Sur, hoy casi deshabitada''³⁷.

Tanta fue la fama de esta región, otrora habitada por los *comerciantes del guano* —según propone Tello—, que allí quiso Pizarro fundar la capital de su gobernación, encomendando para ello, por acuerdo del Cabildo y Ayuntamiento de Jauja, de 29 de noviembre de 1534, a Nicolás de Ribera, buscar sitio apropiado en el valle de *Shangallá* para la nueva sede política. *Shangallá* deriva de *Shian Callán*, denominación compuesta que significa *adoratorio del dios Shian* (que, en lengua mochica, es *dios-luna*).

CRONOLOGIA PREHISTORICA DEL GUANO

La explotación del guano para la exportación, como gran riqueza nacional, comenzó en 1841. La cantidad calculada de guano que contenían entonces las islas del litoral, no bajaba de cuarenta millones de toneladas.

En algunas islas, la capa de guano tenía hasta ciento cincuenta metros de espesor. Las mayores acumulaciones estaban en las islas Chincha y Guañape, Macabí y Lobos: las primeras muy cerca del reino de los *chincha* y las otras frente a Virú y al Gran Chimú.

En los primeros años de la explotación, se hallaron restos arqueológicos *aun a cuarenta metros de profundidad*, lo que alertó a los hombres de ciencia respecto a la *posible gran antigüedad* de tales vestigios, por lo menos una antigüedad de *muchos siglos*.

La primera referencia que al respecto se tiene, data de 1850. Con motivo de las operaciones de extracción en las islas Chincha, el señor Santiago Flores, encargado de dirigir los trabajos en el mencionado depósito, encontró, ese año, una "vasija de barro", a ciento veinte pies de profundidad (alrededor de treintiséis metros), en la base de la capa de guano, directamente sobre la roca de la isla. Respetuoso de las disposiciones legales vigentes, dictadas en la época del Protectorado (decreto de 2 de abril de 1822), que establecían terminante prohibición de extraer piezas arqueológicas y comerciar con ellas, el señor Flores remitió dicha vasija al Ministerio de Gobierno e Instrucción, para su conservación en el Museo Nacional de Historia. En la comunicación

anexa al envío, explicaba algunas circunstancias del hallazgo, diciendo, por ejemplo, que la vasija había sido encontrada "en la isla del Norte, en la profundidad de ciento veinte pies", sobre la roca viva de la isla, lo que podía indicar —comentaba— que la vasija fue colocada allí por los gentiles *antes de que la capa de guano comenzara a formarse por deyección de las aves marinas*. Agregaba que la mentada vasija era semejante a las que se encuentran en otras partes y que corresponden al estilo que usaban los indios al momento de la conquista incaica, llegando a la conclusión de que *la pieza podía tener una antigüedad de ocho siglos*. Terminaba su comunicación el señor Flores diciendo que "por las circunstancias relacionadas he creído que este es un objeto digno del estudio del anticuario y de ser colocado en el Museo... como una de las cosas raras y únicas..."³⁸. Para respaldar sus aseveraciones expresaba, finalmente, que personas serias, de toda fe, habían presenciado el hallazgo y que ellas certificaban el sitio y la profundidad del descubrimiento.

Los recopiladores de la *Historia de los Museos Nacionales del Perú* —Tello y Mejía Xesspe— comentan la imperfección del informe del señor Flores, con las siguientes palabras: "Lamentablemente, la descripción del objeto es lacónica; sólo se refiere al material y a la hechura...". No se habla nada de la forma ni de las otras características que el arqueólogo necesita conocer para identificar el estilo o el entroncamiento cultural. Por consiguiente, nada se puede opinar sobre la edad de *ocho siglos* propuesta por el mismo señor Flores.

Manuel González de La Rosa, en un estudio sobre restos arqueológicos hallados bajo el guano, aparecido en el tomo tercero, correspondiente a 1908, de la *Revista histórica*, dio cuenta de otros descubrimientos. Uno de ellos fue el efectuado en 1869 por el señor Ambrosio Heros, "a algunos metros de profundidad, en los cortes de guano" de la isla Guañape. Al ser retiradas las capas superficiales, los obreros de la guanera encontraron numerosos objetos antiguos, algunos muy valiosos, como vasijas de oro y plata, herramientas "muy finas" de varios metales, láminas de plata muy bien trabajadas, instrumentos para coser, huacos, tejidos diversos, restos de maíz (tanto la coronta como el grano) y cadáveres de animales no identificados.

El informado de estos hallazgos, Manuel González de La Rosa, dedujo, por la plata, que los vestigios podían corresponder a un pueblo que rendía culto a la Luna y que el maíz revelaba ceremonias destinadas a exaltar la fecundidad (justamente, la fecundidad que se obtiene en la tierra con la aplicación del guano).

Con fecha 21 de abril de 1873, el gobernador de la isla Guañape, José María García, sucesor del anterior, daba cuenta de

otros importantes descubrimientos. Contaba con cierto lujo de detalles, del hallazgo, tanto en la isla Guañape como en la de Macabí, de "ídolos y utensilios de madera negra y chonta", "bastones largos o varas, algunos tallados", "canaletes como remos cortos con pala ancha, tallada ésta con figuras de distintas clases de pescados"; algunas láminas de oro, "gran número de momias, *todas sin cabeza y del sexo femenino*" y algunas piezas de cerámica, semejantes a las que se sacan de las huacas de la costa del frente³⁹.

Los objetos extraídos aquella vez fueron llevados a Londres por el ingeniero Josías Harris y allí expuestos en la *Sociedad Etnográfica*, donde llamaron mucho la atención. El ingeniero Harris reveló allá que algunas piezas procedían de yacimientos arqueológicos en puro guano, *a nueve y doce metros de profundidad*.

Entre las curiosidades que en Londres mostró el susodicho profesional, se contaba "una capa de trapos de cinco pies de espesor y más de una milla de largo, cosa realmente extraordinaria...".

Las islas del grupo Chincha no se quedaron cortas en sorpresas arqueológicas. En una de ellas y a gran profundidad se sacaron en 1867 "muchos objetos preciosos entre ellos ocho láminas de plata repujada que representaban *peces de distintas especies...*". Estos objetos —refiere el mismo González de La Rosa— fueron remitidos, en calidad de obsequio, por el señor Enrique Swayne, al conocido americanista E.G. Squier, residente a la sazón en Nueva York. En la carta de remisión de tales reliquias, Swayne contaba al destinatario que los peces de plata habían sido hallados por los obreros extractores del guano *cerca de una momia, "de cuerpo de mujer, sin cabeza"*. La cabeza fue encontrada posteriormente a cierta distancia del esqueleto pero, por desgracia, una parte y otra fueron arrojadas por los trabajadores al mar, perdiéndose.

González de La Rosa dedujo, por la profundidad de los hallazgos, que los objetos correspondían a un pueblo de *remota antigüedad*.

En la época de Raimondi mucho se discutió entre los entendidos y curiosos, primero sobre la antigüedad del guano (que algunos consideraban "antediluviano" y de naturaleza, por lo tanto, coprolítica) y, luego, sobre la antigüedad de los objetos encontrados en las capas profundas de los depósitos. Le bastaron al sabio milanés unas cuantas observaciones para arribar a la conclusión de que, en ambos problemas, se exageraba. Básicamente, sostuvo que *el guano era de formación reciente*. En consecuencia, los objetos que en él se descubría no podían ser desmedidamente antiguos. Como primer argumento, citó el caso

de los cadáveres de lobos marinos (*Otarias*), encontrados a profundidad en las capas del guano, en nada diferentes a los lobos modernos. Después dijo: "Si a esto agregamos el hecho de haberse encontrado en el *huano*, a la profundidad de muchos pies, *algunos restos de la industria humana*, como son vasos de tierra y algunos palos trabajados, de forma un poco arqueada, que parecen haber servido para explotar el guano, deduzco sin temor de equivocarme, que el problema está resuelto, en el sentido de que *el huano no es un coprolito, sino más bien una materia cuya formación pertenece a la época actual*"⁴⁰.

Luis Gamarra Dulanto, también por el análisis científico, como anteriormente lo había hecho Raimondi, demostró que las apreciaciones de John D. Baldwin, en *Ancient America*, y de Thomas J. Hutchinson, en *Two years in Peru* (1873), sobre la remota, milenaria antigüedad de los objetos hallados en el guano, eran exageradas y que el guano en sí mismo, como formación natural, databa de fecha relativamente reciente. Baldwin y Hutchinson —dice Gamarra Dulanto— "mencionan el caso de un ídolo de madera y un ídolo de piedra, hallados en una de las islas Chíncha, bajo una capa de guano de *treinticinco y sesentidós pies*, respectivamente"⁴¹. Pensaron ambos —agrega— que la antigüedad de esos ídolos era enorme en base a la profundidad del nivel en que fueron encontrados, pero "se equivocaron" porque tal espesor corresponde a sólo 226 años de acumulación.

La investigación arqueológica última, con los métodos más seguros y a cargo de uno de los especialistas peruanos de mayor renombre, ha despejado casi definitivamente la incógnita de la cronología prehistórica del guano. En el *Periodo Inicial* de la *Epoca Auge* —dice Larco⁴²—, que es de florecimiento de las grandes culturas de la Costa (Mochica, Nasca, Paracas), *antes de la quinta centuria después de Cristo*, coincidiendo con la intensificación de la agricultura, la conquista de nuevas tierras en los valles costeros y la domesticación de nuevas plantas —es decir, se podría completar: coincidiendo con una fase de *explosión demográfica*, explicable por el apogeo político y la estrechez de los valles del Norte, explosión demográfica que determinó un perfeccionamiento de los métodos de cultivo—, "*se inicia el uso del guano como fertilizante*". En valores calendáricos, esto se podría traducir diciendo que el guano se comienza a emplear por los años 300 a 400 de la era cristiana. Antes, posiblemente, la substancia acumulada en las islas por deyección de las aves marinas fue conocida por los pueblos del litoral, en quienes despertó, sin duda, extrañeza por su aspecto y hedor, pero no pasó de ser una substancia con mero significado mágico. El uso económico, en gran escala —con desembarcos en las islas y travesías de hasta ochocientos kilómetros (para abordar las islas

del grupo Chincha, las más ricas en guano de toda la Costa)—, se remonta sólo, en la autorizada opinión de Larco, a la época de formación del reino mochica en los valles del Norte, por entonces congestionados por la *explosión demográfica* arriba aludida.

LA "CIVILIZACION DEL GUANO",
SEGUN GONZALO DE REPARAZ

El geógrafo Gonzalo de Reparaz, en un estudio sobre la *zona árida* del Perú, publicado en 1958, con interesantes aportaciones en el campo de la paleoclimatología de la Costa, desarrolla la interesante tesis de la existencia de la que, acertadamente, llama la *civilización del guano*, en los primeros siglos de la era cristiana. "El humilde *guano* —expresa— constituyó en el pasado remoto de los pueblos del Perú *un factor económico de enorme importancia*, que ejerció *una influencia decisiva en el desarrollo de la civilización de la Costa*. Fue en aquel tiempo, por lo mismo, un elemento de primera importancia para la geografía humana y económica de los habitantes de la *zona árida peruana...*"⁴³

Explica Reparaz, como parte de la fundamentación de su tesis, que los antiguos pobladores del Perú utilizaron el guano para fertilizar sus campos de cultivo, campos, por un lado, sedientos y, por otro, angustiosamente necesitados de las sustancias minerales que cada cosecha les arrebataba. La aridez propia de la faja costera, con escasas tierras, fue superada gracias a la feracidad de esas tierras, a las aguas que bajan de la Sierra en forma de torrentes irregulares, y, sobre todo, al *guano*. Los tres factores favorecieron, estrechamente unidos, el desarrollo de la agricultura en la Costa: *oasis-agua de la Sierra-guano*⁴⁴.

Así, la explotación del guano fue erigida por la aridez de la costa peruana y por la necesidad de enriquecer periódicamente la poca tierra disponible así como la extensa desértica. De esta suerte —como observa Reparaz—, "el extraño mundo de las islas guaneras [aparece] ligado íntimamente, desde hace dos milenios, a la *zona árida peruana*"⁴⁵.

Los pequeños oasis de la Costa, "explotados intensamente durante siglos para alimentar a una densísima población, rápidamente se hubieran agotado de no contar con fertilizantes en abundancia...". Los agricultores del Perú antiguo, recurrieron, entonces, a las islas del litoral, donde las aves marinas depositan su excremento. "Las pequeñas islas del guano (mejor debería llamárseles, *islotes*) constituyen uno de los aspectos más característicos de la *zona árida peruana* y es uno de sus factores económicos fundamentales. Gracias a las excepcionales caracterís-

ticas climáticas y biológicas de la Costa, condicionadas por las particularidades oceanográficas del vecino mar, se desarrolla en esas islas un extraño mundo de aves marinas, cuya cantidad, variando según los años, puede calcularse entre *treinta y cuarenta millones* de individuos”.

Utilizando el guano, los agricultores antiguos de la Costa “lograron *mantener indefinidamente la fertilidad de sus oasis*. Así se creó lo que yo he llamado —dice Reparaz— la *civilización del guano*”⁴⁶, con un sistema de explotación, transporte, reparto y aplicación que alcanzó en el tiempo de los incas el más alto nivel de eficacia.

Pero, coincidiendo con todos los que han ahondado en el tema, Reparaz advierte que no fueron los incas los únicos, en la antigüedad de la civilización andina, que emplearon el guano. Reparaz, como otros —Horkheimer, entre ellos—, también sigue a Larco. Señala a los mochicas como los primeros que aplicaron el excremento de las aves marinas a los campos de cultivo para obtener, por el enriquecimiento químico del suelo, más substanciosas cosechas.

En la determinación cronológica de la prehistoria del guano no hay diferencia alguna entre Larco y Reparaz. Mediante interesantes estudios de los materiales encontrados en las capas de guano acumuladas en las islas —dice éste—, se puede deducir que *los primeros que utilizaron el guano como fertilizante fueron los mochicas, en los primeros siglos de nuestra era*. Los mochicas organizaron con gran cuidado el tráfico del poderoso fertilizante. Ellos, en los primeros siglos de la era cristiana y más tarde, los chimúes, llegaron a utilizar *el guano de las islas del grupo Chincha* (como tantas veces se ha dicho), lo que está fehacientemente señalado por los testimonios arqueológicos. Con embarcaciones de “gran capacidad de transporte”, los mochicas y los chimúes, a su turno, organizaron un *tráfico regular*, a lo largo de la costa, sobre ochocientos kilómetros, lo que debe ser considerado como una *hazaña comercial de cabotaje*.

Conviene resaltar que este *comercio del guano*, por mar, mantenido por siglos y año tras año creciente (por la demanda mayor derivada de las tierras ganadas al desierto por irrigación), es una prueba palmaria del *contacto comercial* y del *cambio de productos*, negados por algunos autores, entre los pueblos de la costa Norte y los de Ica y Lima, especialmente los de las islas Chincha, dedicados a la explotación del fertilizante. Este fue un *comercio marítimo*, indudablemente.

El aprovechamiento del guano por los mochicas, coincidió, como ya varias veces se ha dicho, con el apogeo de esta cultura. Gracias al fertilizante, las tierras de los valles del Norte pudieron durante más de un milenio, hasta la llegada de los españo-

les, producir en la medida de alto rendimiento que la numerosa población exigía.

De esta manera, por claro encadenamiento, las *aves marinas* de los islotes áridos y rocosos de la Costa contribuyeron al desarrollo de la *civilización agrícola*, la que, en última instancia, resulta por lo tanto convertida en una *civilización del guano*⁴⁷.

EL PESCADO COMO FERTILIZANTE

El pescado no sólo fue estimado como alimento sino también como fertilizante. Casi todos los pueblos de la Costa, de tiempo inmemorial, tenían la costumbre de acompañar la semilla que ponían en la tierra con una cabeza de pescado, por lo general una cabeza de anchoveta, para obtener mejores frutos y más altos rendimientos en la cosecha. El valle de la Costa donde más frecuentemente se practicaba este método, era Chilca, al Sur de Lima. Referencias sobre el uso de cabezas de pescado en la siembra, hay en varios cronistas. He aquí algunas:

"Con el rocío y humedad es Dios servido que se crie, pero el maíz por ninguna forma ni vía podría nacer ni fortificarse el grano, si con cada uno no echasen *una o dos cabezas de sardina* de las que *toman con sus redes en la mar*; y así, al sembrar, las ponen y juntan con el maíz en el propio hoyo que hacen para echar los granos, y desta manera nace y se da en abundancia. Cierta es cosa notable y nunca vista que en tierra donde ni llueve ni cae sino algún pequeño rocío puedan gentes vivir a su placer. El agua que beben los deste valle la sacan de grandes y hondos pozos..."⁴⁸

Los indios de Chilca —dice, por su parte, el autor de los *Quinquenarios*, siempre tan minucioso—, "cuando siembran sus maizales *ponen junto a los granos del maíz una cabeza de sardina*, que las hay por esta costa muchas, y si tal cabeza no se pone con el maíz, no nasce ni brota, y si brota, luego se marchita y se cae la caña, y así se pierde todo lo sembrado"⁴⁹.

Cristóbal de Molina, el Almagrista, dejó dicho algo parecido: "... en algunas partes de esta Costa, donde porque no tiene agua ni les llueve pescan una sardinilla como anchoas, hechas sus labranzas, en cada sardina que entierran en la heredad, echan dos o tres granos de maíz y hace muy gentil maíz y cogen muchas sementeras y buenas, tres o cuatro veces al año..."⁵⁰.

A mayor abundamiento, y para ilustración del lector se pueden añadir estas otras referencias similares: una de oídas, de Fray Bartolomé de Las Casas, y otra de vistas, del prolijo Cobo. "Hacen los indios —dice Fray Bartolomé— ciertas hoyas en la tierra... y en ellas ponen sus granos de maíz... y con cada grano echan dos o tres cabezas de sardinas... Pescan en la mar, con

Pez escultórico con agregados laterales que
semejant brazos y piernas. Arriba, el
cántaro se abre en una ancha boca circular.
(*Mochica*. Procedencia: Costa Norte. Siglo IV de
nuestra era. Museo Rafael Larco Herrera.
Foto: Abraham Guillén).





redes, infinitas de aquellas sardinas...”⁵¹. Cobo refiere que “en las hoyas de Chilca usaban los indios sembrar con el maíz y demás semillas una cabeza o pedazo de sardina, con el cual beneficio tenían abundantes cosechas; y era tan necesario que sin él se iba la sementera en vicio”⁵².

Los testimonios del siglo XVII revelan que la práctica se mantuvo en Chilca por mucho tiempo, y así, viajeros de aquella época, no de oídas ni por referencias, sino de vistas, contaron lo mismo que habían dicho los escritores del siglo XVI. Lizárraga, con un pie en cada siglo, cuenta que “para sembrar el maíz, *usan los indios una cosa extraña*: el grano de maíz lo meten en una cabeza de sardina y así lo ponen debajo de la tierra; es mucha [sardina] la que da esta costa huyendo de los peces mayores”.

“Chilca —dice otro cronista⁵³—, donde no hay río ni llueve... y con el frescor de la arena siembran en ella el maíz *en cabezas de sardinas* que allá llaman anchovetas y en cabezas de otros pescados de que hay cantidad en aquella mar... y así se da el fruto con abundancia...”.

El Anónimo de la época de Toledo⁵⁴ describe en términos iguales la práctica, sin agregar ninguna novedad; pero, López de Caravantes, en *Noticia general del Perú*, del tiempo del Príncipe de Esquilache, consigna, como dato curioso, la explicación dada por los indios de Chilca sobre el uso de la cabeza de anchoveta. “En el distrito de Cañete —dice— están unas hoyas hechas a mano por los indios del pueblo de Chilca... en medio de unos grandes arenales... en donde... quitaron la arena hasta descubrir el centro de la tierra... *Dijéronme, que para que se pudra la semilla y se conserve en humedad*, la encerraban en una cabeza de anchoveta, que en aquella mar se coge mucha...”⁵⁵.

Fuera de Chilca —donde parece que el sistema tuvo su foco—, en otras partes de la Costa también se usó el abonamiento de la tierra mediante cabezas de pescado, colocadas al momento de la siembra. El sistema, por ejemplo, lo observó el P. Diego de Torres Bello, en 1604, en Arica, según anota Valcárcel⁵⁶. Por otras referencias, consignadas por el mismo Valcárcel, se sabe que usaban cabezas de anchoveta los indios sembradores de Atico, Atiquipa, Villacurí (en Ica), Mala y de algunos valles del Norte⁵⁷. Estaba, por consiguiente, muy generalizada la costumbre de retirar la arena hasta hallar el terreno húmedo, de buena tierra, y allí sembrar colocando la semilla (dos o tres granos) con una cabeza de anchoveta. Cuando no había arena pero la tierra era pobre, también se acostumbraba fertilizarla “arrojando grandes cantidades de peces como abono”, ya no en el acto de la siembra sino en la fase previa de la preparación del terreno⁵⁸.

No en la Costa, donde abundaban los fertilizantes (guano y pescado), sino en la Sierra, "*la cal de conchas pulverizadas* pudo ser utilizada para abonar los campos..."⁵⁹. El mismo Horkheimer, de quien es la cita, sostiene que a los indios de la Costa se les puede considerar, por el mucho empleo que hicieron del pescado en el mejoramiento de las tierras labrantías, como los verdaderos *precursores de la fertilización con harina de anchoveta*, que hoy constituye una de las principales industrias del país⁶⁰.

COLLARES Y OTROS ADORNOS DE MATERIALES MARINOS

En la fabricación de adornos, como collares y brazaletes; de armas e instrumentos de diverso uso (principalmente, instrumentos para operaciones quirúrgicas); de trompetas para la caza, la guerra y el aviso de los chasquis; y en la ornamentación del vestido, se emplearon desde los albores de la civilización materiales de procedencia marina: hueso y conchas.

Las referencias de los cronistas sobre los *collares* que se usaban tanto en el vestido diario como en el atuendo de gala, son numerosas e interesantes, pero más concitan nuestra atención las de la arqueología. Cobo, con la minuciosidad de siempre, describe el atuendo de los hombres y las mujeres, y agrega para ambos lo siguiente: "Traían por el pecho, desde un hombro a otro, unas sargas de ciertas cuentas llamadas *chaquira*, las cuales eran hechas de huesos y *conchas de la mar* de varios colores"⁶¹. Las *conchas multicolores* gozaban de la mayor estima entre los Incas y constituían un verdadero tesoro. Así, cuando después de la terrible campaña de Huayna Cápac a Quito, contra los recios huancavilcas de la costa y los no menos tenaces cayambis y otavalos de las serranías, los expedicionarios bajaron a la costa de Coaque, ganaron, para compensación de tantos esfuerzos, "botín... [que] se hizo algo más que apreciar: esmeraldas, turquesas y *conchas multicolores*", éstas estimadísimas y tenidas como del más alto valor⁶².

En las grandes ceremonias religiosas del imperio, los collares de conchas eran especiales y no podían faltar en el atuendo de los príncipes, personajes políticos y altos oficiales. El mismo Cobo, citado anteriormente, cuenta que sólo "por muy grandes necesidades" se hacía la implorante ceremonia del *Itu*: por ejemplo, por "algún extraordinario temblor de tierra", por una "gran pestilencia", porque tardaran mucho las lluvias o "cuando el Inca determinaba ir en persona a la guerra". Entonces, con gran solemnidad y unción profunda de los circunstantes de la realeza, desfilaban mancebos en los actos propiciatorios, con camisetas

coloradas de *cumbi*, diademas de gran hermosura “y unos collares de conchas ensartadas, al cuello”⁶³.

El uso de los *collares de conchas de la mar* era general en el Perú, tanto en la tierra yunga de los llanos marítimos como en la Sierra. En el país chimú se hacían *collares de almejas*, que eran gran lujo y signo de distinción social. En el relato de los Quipocamayos a Vaca de Castro consta que Chimo Cápac se entregó “al Inca Viracocha” por no estar capacitado a resistirle, y le envió embajadores con doncellas y “collares de piedras finas de esmeraldas y de turquesas y *chaquira de almejas* y ropa...”, todo ello como presente de sumisión y halago a su persona⁶⁴.

Engel, con su afanosa búsqueda en los niveles profundos de la prehistoria, ha hecho ver que el uso del collar de conchas se remonta a los tiempos primordiales y precerámicos. El hombre del año 3000 antes de Cristo, usaba collares con cuentas de piedrecillas verdes, perforadas y muy pulidas, “semejantes al jade de China” y “también llevaba... *collares de conchas*, con hilos revestidos con venas y órganos de hombres y animales o también cosidos con láminas de cuero...”⁶⁵.

Más tarde —agrega Engel—, con el precerámico de los años 2000 y 1500 antes de Cristo, “se perfeccionan los adornos: son de *concha*, de *hueso*, de *piedra* o de *madera*...”.

La técnica Chavín introdujo en el adorno nuevas modas, a base de la piedra bien trabajada, extendidas a la fabricación de amuletos. Estas nuevas técnicas, sin embargo, *no desplazaron el uso de las conchas y del hueso*. Más tarde, cuando entra en decadencia el arte Chavín, “desaparece el trabajo de la piedra y en la Costa, por lo menos, los adornos *continúan de hueso y concha*. Particularmente en Paracas, en la fase correspondiente al *Regional 2*, de Engel, tras el uso de las modas chavinoides, “se observa un renacimiento: reaparecen los amuletos de *concha y hueso* imitando seres humanos y divinos”.

Después del florecimiento de las culturas regionales de la Costa, se nota una tendencia en el adorno a favor del uso de los metales: así, hasta la dominación de los Incas. Pero, *quedan los usos antiguos en parte*. Por ejemplo: con los metales y ciertas piedras finas, el adorno en el tiempo de los Incas emplea el *Spondylus*, traído de los mares tropicales, y la *madreperla*, “pero sin dar la mayor atención —advierte Engel— a la reproducción de seres animales o humanos”.

Larco aporta otros datos fundamentales para el estudio del adorno en el antiguo Perú. El uso de las conchas, como adorno —indica—, se generaliza desde la Epoca Formativa o Evolutiva, especialmente con el desarrollo de *Cupisnique*. Aparecen varias piedras preciosas, el hueso decorado y *las conchas* en forma,

sobre todo, de collares. Todos estos elementos van a tener, después, una difusión verdaderamente panperuana⁶⁶. Las mujeres de la cultura Santa mostraban predilección por los collares, que "se componían de cuentas alternadas de *concha*, lapislázuli y cuarzo". Collares semejantes, de la misma composición, pero pequeños, se hacían también en la cultura Santa para los niños⁶⁷. En cuanto a Vicús, el hombre de esta cultura hacía para su adorno *grandes collares* de cuentas de cobre dorado *que imitaban la forma de unos caracoles marinos*⁶⁸. A través de estas obras de arte se mantenía viva la tradición marina, aunque mixtificada.

En el adorno no solamente entraba la concha como material —que era, como se ha visto, el preferido, sin duda por su significado mágico— sino como tema de composición decorativa. De la figura de la concha se derivaban otras figuras; aquélla era como un arquetipo. De esta manera, por cauces a veces muy sutiles y hacia modalidades estéticas de gran simplificación, "la transformación de la concha servía para hacer figurillas de hombres y animales, aretes, orejeras, adornos del vestido, cuentas de collar, etc."⁶⁹.

Del material de las conchas se hacían, además, muchas otras piezas para el adorno personal: brazaletes, pulseras, aretes, pectorales, diademas, etc. Unas veces, la concha simple, finamente recortada; otras, la concha grabada. El arte del grabado tiene orígenes precerámicos.

ARMAS

Cobo cuenta que los indios, al tiempo de la llegada de los españoles, entre otras armas, tanto para la lucha a distancia como para el cuerpo a cuerpo, "usaban también de azagayas o dardos con las puntas tostadas o armadas con *espinas de pescados*, y tirábanlas con amiento, a los cuales los españoles llaman *tiraderas*"⁷⁰. Por su parte Murúa refiere que "las flechas eran de palo recio y todas de juncos muy duros, poníanles por hierro pedernal y *huesos de peces enconados*"⁷¹. El uso del pedernal indica un arcaísmo, y el de los huesos de peces enconados, la supervivencia de una vieja costumbre relacionada con la vida en la selva.

La *tiradera* de que habla Cobo es la *estólica* que llamaba Uhle. Uhle definió la estólica como "un bastón o tabla en el que se adapta la flecha para ser disparada... La estólica actúa mecánicamente como una prolongación del brazo y esta circunstancia es la que imprime mayor fuerza al dardo disparado"⁷².

El mismo Uhle llamó la atención sobre estólicas procedentes de los cementerios de Nievería, cerca de Lima, de sesenta cen-

tímetros de largo, con "el gancho posterior... hecho de concha colorada (*Spondylus pictorum*)...", imitando la forma de un pájaro⁷³.

Varias estólicas, probablemente ceremoniales, fueron halladas por el sabio alemán cerca de un adoratorio innominado en Cerro Blanco, no lejos de las huacas de Moche, Trujillo. Asociada a estas estólicas encontró también enorme cantidad de *conchas coloradas* (*Spondylus pictorum* y *Conus fergusonii*), "de origen centroamericano"⁷⁴.

Este hallazgo le demostró a Uhle el destino netamente ceremonial de la estólica, luego de una etapa primitiva de uso práctico, y le dio un argumento más para demostrar las vinculaciones comerciales, acicateadas por las demandas del culto, entre los pueblos de la costa peruana, del Norte sobre todo, y los de Centroamérica: vinculaciones que tuvieron en el mar el mejor aliado para la comunicación.

INSTRUMENTOS DIVERSOS DE CONCHA Y HUESO

Para la fabricación de diversos instrumentos, los habitantes de la Costa, desde el remoto precerámico, pero sobre todo desde la era Chavín, utilizaron los materiales que proporcionaba el mar, como conchas y huesos, éstos tanto de pescado como de mamífero⁷⁵.

Para los instrumentos de hueso, la ballena y el lobo marino fueron los principales abastecedores. Siglos antes de Cristo, en la era Chavín, el maíz y la alfarería en pleno desarrollo como recientes conquistas, los implementos son de piedra, de madera o de hueso. El hueso es uno de los principales materiales empleados, y de todos, el más frecuente es el de *lobo marino*⁷⁶.

En los yacimientos correspondientes a la que Tello llamó *Primera Epoca* —dice en su estudio sobre Ancón, de 1951, Rebeca Carrión Cachot— (que es Chavín y sub-Chavín), hay objetos de *hueso de mamíferos marinos*, como espátulas, amuletos, punzones y herramientas para la fabricación de tejidos y vasos de arcilla. Acerca del instrumental del alfarero, se hablará líneas más adelante.

Larco aporta otros datos básicos sobre el empleo de material de origen marino en la fabricación de instrumentos. Así, en el *Periodo Medio* de la *Epoca Evolutiva* (primer milenio antes de Cristo), "se utilizaron agujas, anillos, espátulas y punzones de hueso, los que, por lo general, estaban decorados con motivos religiosos" (allí principalmente, huesos de animales marinos, sobre todo *Otaria*). Los pueblos instalados con frente al mar, "emplearon, también, los *huesos de ballena* en la confección de ofrendas funerarias"⁷⁷. Ya se ha explicado que, propiamente,

caza de ballena no había; sólo aprovechamiento de los animales muertos, varados por el mar en las extensas playas del litoral.

También, "el *hueso* y la *concha* (juntamente con la turquesa, el cuarzo y el lapislázuli)... sirvieron para la fabricación de collares, amuletos y joyas y, muy especialmente, para la confección de los *ajuares funerarios*...".

Los artífices de la Costa dedicaron especial cuidado a la fabricación del instrumental que usaban los cirujanos en sus delicadas intervenciones. "De las espinas de pescado se elaboraban *cucharitas*, por ejemplo las finísimas que en Paracas pertenecían al equipo para practicar trepanaciones"⁷⁸; y, entre los mochicas, con los *dientes del tiburón* se hacían instrumentos de cirugía de la máxima perfección⁷⁹.

El arte de la incrustación estaba grandemente desarrollado y, así, se empleaban ciertas conchas, de superficie muy brillante y, algunas veces, iridiscente, para ornamentar varas ceremoniales y tallas de madera, esto sobre todo entre los pueblos de la Costa. En los museos y colecciones particulares es dable apreciar el desarrollo que alcanzó esta manifestación del arte.

Entre los mochicas, los hombres a veces se dejaban barba, "pero comúnmente se arrancaban el pelo de la cara con pinzas de plata u oro, cuya forma semicircular indica que *originalmente consistían en las dos valvas de una concha*"⁸⁰.

Para la confección de paños, cuando el arte textil alcanzó gran desarrollo, los tejedores usaban *espátulas* y *husos* de hueso, siendo el hueso de lobo marino el más frecuentemente empleado⁸¹.

Los alfareros de la cultura Nasca, que llegaron al más alto nivel de perfección con sus vasos maravillosamente pintados (hasta con ocho colores) y de finísima superficie pulida⁸², usaban *pulidores* de piedra, *hueso* y *concha*. Los de hueso se obtenían del lobo marino y, los de concha, de las muchas variedades que ofrecía el mar. Es interesante recordar, siguiendo a un especialista⁸³, el proceso del trabajo del barro. El procedimiento de fabricación de las vasijas comenzaba con el modelado, que daba la forma, y seguía con la aplicación de una capa muy fina de arcilla especial, convenientemente seleccionada entre todas las tierras y decantada, procediéndose finalmente "al *pulimento de la superficie* mediante instrumentos de piedra, *hueso* o *concha*". Sólo cuando con el pulimento se había logrado una superficie enteramente lisa e inmaculadamente bruñida, se pasaba al diseño de la decoración (que en Nasca alcanzó magnitudes muy altas de complejidad) y, después, a la aplicación del color.

De los huesos largos se hacían *quenas* (o flautas) de varias perforaciones, las que aparecen en el precerámico. (En Paracas, Engel ha encontrado quenas de hueso de ave marina de 5,000 años de antigüedad, correspondientes al precerámico con pallar).

Cántaro con casquete, picos paralelos y asa doblemente arqueada. Decoración pictórica, naturalista, de trazo severo, a base del tema del pez. (*Nasca*, primera fase del estilo, siglo II de nuestra era, 1800 años de antigüedad, aproximadamente. Colección: Lorenzo Rosselló Truel. Lima. Foto: Abraham Guillén).



Bastaba un hueso largo y hueco para tener pronto, con la embocadura y los orificios, el instrumento musical que mayor popularidad alcanzó en el Perú antiguo. "El cúbito del pelícano —dice Mercedes Cárdenas, siguiendo a Raúl D'Harcourt—, por su forma cilíndrica y por ser hueso delgado, era el más apropiado para hacer queñas". En Ancón y Cajamarquilla encontró el citado D'Harcourt queñas hechas de cúbito de pelícano, de diverso tamaño, una de hasta nueve perforaciones.

EL CORAL

El *coral* es un pólipo que vive formando inmensas colonias en los mares de aguas cálidas. Logra desarrollos tan grandes que forma islas y barreras marinas de cientos de kilómetros de largo. Los mares del coral son principalmente el Caribe, que baña el archipiélago de las Antillas, el Pacífico tropical que baña las agrupaciones insulares de Oceanía, y el Índico, del que emergen las islas de la Sonda y las costas de la península del Decán.

Por la frialdad de sus aguas, el mar del Perú no permite, ahora, la vida de los pólipos que forman el coral. Pero, por el testimonio arqueológico, sabemos que los antiguos peruanos emplearon este material en la fabricación de objetos altamente estimados y en la decoración de las joyas. El coral, como dice Valcárcel⁶⁴, fue tan importante como el lapislázuli y la turquesa, entre otras piedras finas.

¿Qué origen tenía el coral usado por los antiguos peruanos? ¿Era el *coral fósil* que se encuentra en algunos terrenos, vestigio geológico de antiguas edades en las que el mar que baña nuestras costas era cálido en la medida que le corresponde por latitud, o era *coral importado* de la región del Caribe o de los mares lejanos de Poniente, de las lejanas islas de la Polinesia: quizá, como quieren algunos, unidas a las costas americanas por eventuales viajes de los afamados isleños, los más atrevidos navegantes de todos los tiempos? He aquí un problema que hasta el momento no tiene solución.

Pero, el uso del coral está registrado —parece que de una manera segura— por los mitos y leyendas de diversas partes del país andino, no sólo en la Costa sino también en la región andina. *Collares de coral* y no de simples conchas coloradas juegan un rol importante en algunos mitos, como, por ejemplo, en el de *Achkay* o *Achiké*, cuya versión proporciona, en cuidadoso relato, Toribio Mejía Xesspe. Mejía, al hablar del *mullu-walpa*, traduce *collar de coral* y no de otra cosa. Mejía, por consiguiente —siendo una de las primeras autoridades en la materia—, admite el uso del coral entre los artífices del Perú anti-

guo, pero, lamentablemente, no explica qué origen puede tener ese intrigante material.

A continuación, la reseña, muy abreviada, del mito aludido, que corre de boca en boca entre los indios de Pomabamba, Chavín de Huantar y cabeceras del Marañón. El personaje central, la vieja *Achkay*, que es una bruja desdentada que se alimenta de carne humana, “con ojos fulgurantes, cabellos largos y desgredados, cuerpo veloso y uñas muy afiladas”, verdaderamente un ser antropófago que reside en una cueva del alto Marañón, tiene como única prenda de valor, como única joya, un *collar de coral* (mullu-walpa), que da nombre también a su hija, llamada en ocasiones *Oronkay*. El collar es deslumbrante y la vieja lo usa para atraer a una pareja de niños que ha sido abandonada por sus padres en la soledad de la puna. La vieja, que por la noche ha dado muerte al varoncito de la pareja, planea con la intervención de su desdichada hija *Oronkay* la muerte de la niña, a la que no quiere ahorcar, como ha hecho con el hombrecito, sino hacer caer dentro de una olla con agua hirviente. Le dice, entonces, a su hija: “Mientras yo esté ausente, harás que la chica vaya al puquio a traer agua en el cántaro rajado y tu prepararás la olla grande para hacer hervir el agua. En seguida, *colocarás dentro de la olla el collar de coral* que tenemos y harás que la muchacha contemple dicha joya a fin de que la empujes y la ahogues dentro de la olla”⁸⁵.

Siguen detalles del relato que no interesan a los fines de esta apretada exposición. Luego, “cuando la niña regresó... *Oronkay* echó el *collar de coral dentro de la olla*... Llamó a la niña y, mostrándole el collar, le dijo: ‘¡Mira, qué bonito collar tenemos!’”. Entonces, la niña obligó a *Oronkay* para que mirase el collar antes que ella. En el instante que la ingenua *Oronkay* se agachó para contemplar la joya, la niña le dio un empujón hacia el fondo de la olla, ahogándola de esta manera...”. (En lo que sigue del relato, ya no hay referencias al *collar de coral*).

En esta leyenda, el coral puede tener un *significado maléfico*. Es piedra fina, bellísima, deslumbrante —tan deslumbrante que atrae las miradas de todos—, pero en poder de una bruja que mata tiernos niños indefensos se envilece y se hace despreciable.

EL SPONDYLUS PICTORUM

Las *conchas coloradas* de que hablaban los indios —apreciadísimas, por las que, según Oviedo, daban “todo el oro, e plata e ropas que traen de rescate”— son los *Spondylus*, “objeto importante de comercio”⁸⁶.

Propio el *Spondylus* de los mares cálidos de Centroamérica—inexistente en el Perú por la frialdad acusada de la Corriente de Humboldt—, provocó un activo comercio entre los pueblos de la Costa y los del Norte. Dice Rebeca Carrión Cachot: “Un activo comercio sostenían los pueblos de la *costa central*, entre ellos el pueblo que habitó *Paracas*, con otros pueblos a lo largo de la costa, con los de la Sierra y con los de la Selva, como lo prueban los muchos productos y artículos manufacturados que se hallan en las tumbas de la Costa... De distintos sitios a lo largo de la costa del Pacífico, *llegaron conchas diversas y, especialmente, el vistoso caracol Spondylus*, de color rojo, usado en la fabricación de *collares y brazaletes*”⁸⁷.

En los capítulos décimo y undécimo se vio que gran parte del comercio en balsas de troncos al Norte, hasta el Chocó, Panamá y, presumiblemente, más allá del Istmo, se hacía para atender la demanda de *conchas coloradas* que reclamaban, como si se tratara de un artículo de primera necesidad, todos los pueblos de la Costa y también los de la Sierra.

¿Cuándo aparece el espóndilo en el Perú? El estudio de la navegación prehispánica en la costa occidental de Sudamérica, naturalmente arroja luces en este campo. La balsa de troncos, con la que se hizo el comercio a Centroamérica, supónese que es tardía y, en todo caso, no fue usada—dice Larco— entre los mochicas. Pero, esta conclusión se estrella contra los datos que proporciona la pesquisa arqueológica en las tumbas. Tanto en la costa Norte como en Paracas, Engel ha encontrado espóndilo en capas Chavín (ello, con la mayor seguridad), demostrando estos hallazgos, por consiguiente, que la apreciada *concha colorada* era importada ya, pero no sabemos cómo, en el primer milenio antes de la era cristiana⁸⁸. Lo que sí es evidente es que no hay espóndilo en el precerámico⁸⁹.

La ubicación cronológica anterior por lo tanto—en el estado actual de nuestros conocimientos—, es la más segura y fundamentada: tras la dilatada era sin alfarería, que completamente lo ignora—porque no llega de los mares cálidos del Norte y no hay quien lo traiga—, el *Spondylus pictorum* irrumpe en la época Chavín, quizá a mediados del milenio que antecede a la era cristiana.

Los mochicas, en su avanzado arte de la joyería, usaron el oro en diversas y depuradas técnicas, varias piedras preciosas como la turquesa, la amatista y el lapislázuli, y revelando mucha preferencia, la *conchaperla* y el *Spondylus*: esta concha, sobre todo, “para confeccionar bellos mosaicos que no han sido aventajados—dice Larco— por ninguna cultura prehispánica”⁹⁰.

Con lujos de habilidad, incrustaban fragmentos cuidadosamente seleccionados de espóndilo y de madreperla en orejeras,

narigueras, silbatos, colgajos ornamentales, cuentas de collares, petos y frontales, todo de muy delicada manera y refinado gusto, como eximios artistas que eran.

El *Spondylus pictorum* siguió usándose durante buen tiempo en la costa Norte después de la conquista española. Se fabricaban entonces —como lo ha visto Larco en el ajuar funerario de muchas tumbas norteñas— collares que llevaban como pendiente la Cruz, símbolo de la nueva religión y de la nueva cultura en general⁹¹.

En los cementerios de *tipo inca* de Nasca, Tello halló cadáveres enfardelados con numerosas ofrendas funerarias, entre las que se contaban *Spondylus pictorum* en perfecto estado de conservación, intactos “labrados o en cuentas de collares”⁹², todo ello con cerámica tardía, incluso vasos negros de tipo Chimú, reveladores de comercio entre el Norte y el Sur, presumiblemente por mar.

Profundizando en la excavación en los mismos cementerios de Nasca, mientras en la fase Tiahuanaco no halló nada relativo al mar, Tello encontró, en cambio, en las tumbas propiamente Nasca, de la época de esplendor de esta cultura (siglo V de nuestra era), en Majoro, Ocongallo, La Estaquería y Las Salinas, cadáveres con ofrendas diversas, como cerámica típicamente regional, estólicas en abundancia (reveladoras de un pueblo guerrero), paños muy finos y multicolores con figuras ornitomorfos y hermosos y muy bien conservados *Spondylus*⁹³.

De lo expuesto se concluye que, iniciado el tráfico de conchas coloradas, propias de las aguas calientes del Norte (sobre todo, de Centroamérica), en la época Chavín, antes de la era de Cristo —por ruta o conducto no precisado—, ese tráfico llegó a un gran desarrollo por los siglos V y VI de nuestra era, como lo demuestra el testimonio arqueológico, minuciosamente examinado por Tello y Larco, de mochicas y nasquenses. El comercio se mantuvo después, y probablemente se activó por épocas, gracias al impulso que con los chimúes y tumbesinos tomó la navegación en las grandes balsas de troncos. Más adelante, la situación es incierta. El problema de la decadencia del tráfico marítimo en la época de los Incas, ha sido tratado con prudente reserva, como no podía ser de otra manera, en el capítulo undécimo. Se sostiene que las restricciones comerciales impuestas por la economía de tipo estatal del imperio, afectaron el tráfico con el Norte, retardándolo o, por lo menos, frenándolo en su línea de desarrollo, que había sido hasta entonces de expansión. El punto es controvertible. En todo caso, debe tenerse en cuenta, como ya también se ha dicho en el referido capítulo y en el que le precede, el décimo, que trata de la navegación, que los incas, por sí mismos y también con la colaboración de los tumbesinos y otros pueblos

del litoral Norte (ahí, sin duda, los tallanes), organizaron la navegación (según las pautas generales, naturalmente, de la economía del régimen), establecieron bases de control naval (entre otras, la de la isla de La Plata, frente a Manta) y favorecieron la exportación de tejidos, objetos de oro y plata, y vasos a cambio de artículos propios de los países del Norte. Como también ya se ha dicho, quizá no estaba el comercio a la llegada de los españoles en su mejor momento, ello porque el sistema "no era particularmente propicio para la generalización de la actividad comercial", pero la existencia de grandes flotas de balsas, de las que dan pormenorizada cuenta los cronistas, prueba que, no obstante ello, la actividad era considerable. Entre los artículos propios de los países del Norte que los traficantes cambiaban por los paños multicolores y los vasos de terracota y las joyas de oro y plata, se contaban las estimadísimas *conchas coloradas*, por las cuales, al decir de Oviedo, daban los indios todo el oro, la plata y los mejores tejidos de sus afamadas textilerías.

LA TROMPETA DE CARACOL

De un caracol gigante, del género *Strombus*, traído de los mares de Colombia⁹⁴, hacían los indios una poderosa trompeta, cuyo sonido bronco resonaba en los Andes. Era el *pututu*, por otro nombre *huaila quepa*, así llamado primero, en la más remota gentilidad, antes de la dominación de los Incas.

Se usaba el *pututu* en la guerra, en las expediciones de caza, en el servicio de los chasquis, en las grandes fiestas como instrumento integrante de los conjuntos musicales y en las grandes concentraciones populares. Los ejércitos del Inca, cuando entraban en campaña, "tenían sus instrumentos bélicos —cuenta Cobo—, que tocaban *para animar la gente al tiempo de la batalla*: estos eran atambores pequeños, *caracoles grandes de la mar*, flautas y trompetillas hechas de huesos y conchas de animales"⁹⁵.

El caracol grande de mar era realmente una *trompeta de guerra*. Congregaba a los soldados, animaba a los hombres a la lucha, como refiere Cobo, y contribuía con sus notas a la celebración de la victoria. También servía para impartir órdenes en el fragor de la batalla, como las cornetas de los ejércitos modernos.

Refiere el Licenciado Fernando de Montesinos que después de la batalla de *Tumipampa*, en Cuenca, Ecuador, ganada por el invencible "Huirá Cocha" y en la que ocho mil prisioneros fueron pasados por las armas, hubo una grandiosa ceremonia de celebración de la victoria, en la cual los vencidos se inclina-

ron ante el Inca, éste sobre andas de oro. Entonces, en el momento más solemne, “el vulgo tañó sus *bocinas*, atabales y *caracoles*, y con grande algazara acabaron esta acción”, mientras treinticinco mil soldados hacían retumbar en la pampa la victoria del invencible monarca⁹⁶.

Fue costumbre, desde antes de los Incas, entre las naciones serranas y costeñas, ir a la guerra tocando sus trompetas de caracol. Los indios de la *Cuarta Edad* —refiere Guamán Poma de Ayala—, los temibles *Aucaruna*, eran muy belicosos y usaban gran variedad de armas en sus peleas a muerte: tenían lanzas, poderosas mazas, manoplas para el cuerpo a cuerpo, hondas con las cuales no fallaban el tiro desde gran distancia, escudos para protegerse de las pedreas, e iban al combate tocando sus “trompetas de concha”, de sonido tenebroso que retumbaba en los cerros, haciendo temblar al enemigo⁹⁷.

Iguales pormenores sobre los usos de la guerra, pero de tiempo de los señores del Cusco, ofrece Murúa. Hablando del gran *Pachacuti*, dice que los indios usaban en la guerra “flautas de huesos de venados y flautones de palo... atabales de madera... y de calabazas muy grandes... También —agrega— usaban *bocinas de caracoles* y *sonajas de conchas* y *ostiones*...”⁹⁸. Más adelante, hablando del “famoso” *Inga Máitac* y de sus campañas militares, dice que los soldados en campaña “usaban atabales para tocar alarma y unos *caracoles* que suenan mucho...”⁹⁹.

Un escritor moderno reconstruye el cuadro de las batallas en los tiempos imperiales: “Era impresionante —dice— el vocerío durante las batallas, así como el empleo de instrumentos musicales como trompetas y atabores, sobresaliendo el sonido bronco de los *pututus* o *trompetas de caracol marino*...”¹⁰⁰. El mismo autor comenta: “El *caracol marino*, usado como bocina en la guerra, es el *signo militar*. El *pututu*, como se le llama aún en las colecciones indígenas, sigue siendo como el clarín o el toque de somatén. Cuando sus broncas voces suenan en los Andes, sienten los indios renacer el espíritu guerrero de sus mayores...”¹⁰¹.

En las expediciones de caza (*chaco*) también se usaba el *pututu* para ordenar el estrechamiento del cerco. Los cazadores se comprendían a distancia haciendo sonar sus trompetas, y el mensaje pasaba las quebradas y de una cumbre a otra lejana relacionaba las operaciones. En la alfarería pictográfica mochica se ve cazadores que soplan estrombos para hacer llegar órdenes a los grupos separados.

Pero el *pututu* no sólo era una trompeta que se usaba en la guerra y en las operaciones de caza sino, también, un *instrumento propiamente de música*, que integraba los grandes conjuntos. Para marcar el ritmo de las melodías y acompañar en

los bailes, no podía prescindirse de él. Guamán Poma informa que los grupos musicales que intervenían en las fiestas del Inca y de los *Cápac Apo*, usaban tambores de gran tamaño, llamados *pomatinyas*, que eran por lo general hechos de pellejo de puma o león; flautas o *pingollos*; flautines de carrizo llamados *antaras* y *trompetas* o "*bocinas de caracol*", llamadas *guayllaquepas*¹⁰².

Cristóbal de Molina (*el Cusqueño* por cognomento), refiere, por su parte, que en las grandes festividades del calendario religioso, especialmente durante el multitudinario y respetadísimo *Cápac Raymi*, que se cumplía en el mes de noviembre, cuando se concedía rango de caballero a los mozos de buen origen, en el acto de la perforación de las orejas se cantaba (*taqui*) con acompañamiento de las *huaylla quepas*, que era el nombre que se daba —explica el cronista— a los *caracoles* o "*bocinas de caracol grande*"¹⁰³.

El Licenciado Rodrigo Hernández Príncipe cuenta que en la antigua población de Llacoy, cerca de Ocros, había un adoratorio donde se rendía culto a "una piedra a modo de calavera, tan pesada como fiera, que mirarla ponía horror...". La adoraban los indios como *huaca*, con toques de *trompeta de caracol*¹⁰⁴.

Los *chasquis* o correos, empleaban el pututu para anunciarse. Cada pueblo —explica Vásquez de Espinosa¹⁰⁵— tenía la obligación de destacar chasquis en su sector del gran camino imperial. "Corría el indio aquella legua a todo correr, y antes de llegar al otro *chasque* para que con toda diligencia se aprestase, *tocaba su cornetilla*, o *caracol*, y daba al otro que ya estaba prevenido el mensaje o recado, y corría con él de la misma suerte...".

En el *tambo*, que era la estación o posada de los chasquis, cada trecho del camino, había cuatro hombres, debidamente entrenados para la fatigosa tarea que les correspondía. Eran hombres superdotados, que resistían largas carreras tanto en los tórridos valles de la tierra yunga como en los desiertos, y en las punas y cordilleras. El jefe del grupo, según Guamán Poma, se llamaba *churu mullu chasqui*. La vestimenta era común; calzaban fuertes *ojotas*; la *guara* era ceñida; en las alturas, donde el aire es terriblemente frío y sutil, llevaban una manta o *yacolla* gruesa. Del hombro colgaba la *chuspa* o taleguilla, una bolsa o faltriquera cruzada, en la que iban los recados. Atado a la cintura iba el pututu, que el chasqui utilizaba, primero para anunciar su llegada al *tambo* y prevenir al compañero de posta, y segundo para emergencias. Por quien lo usaba, el pututu de los chasquis se llamaba también *churu*, según Cobo¹⁰⁶.

Finalmente, el pututu de *Strombus* se empleaba para llamar a mitin o concentración de los pueblos. Los grandes tocadores se encaramaban a las cumbres y desde allí extendían el áspero

Fondo de plato decorado con figuras de peces.
(Nasca. Procedencia: Río Grande,
departamento de Ica. Siglo IV de nuestra
era. Museo de la Universidad
Nacional Mayor de San Marcos.
Foto: Abraham Guillén.)





sonido llamando al trabajo (a la *minca* o trabajo cooperativo, por ejemplo) o a la reunión de las comunidades. Las notas del pututu, por lo mismo, podían significar paz o guerra, invitación al esfuerzo solidario o llamada de alerta ante un peligro. Había en ellas, en veces, clarinada de prosperidad y armonía, o tétrico presagio de destrucción. Al llamado del pututu nadie se contenía, nadie hacía oídos sordos; las comunidades enteras se movilizaban con la presteza de un ejército que se lanza a la acción decisiva.

El pututu también sirvió como símbolo y ofrenda; tuvo un valor mágico, seguramente vinculado a su origen, el mar. En los hallazgos de *Piquillacta*, producidos durante las excavaciones que en 1927 efectuó D. Justo Román Aparicio, salieron de una de las habitaciones embaldosadas del vasto conjunto del distrito de Oropesa, cuarenta pequeñas esculturas, de material hasta ahora no precisado (turquesa o soldadita), *asociadas a los siguientes elementos de origen marino*: un *caracol marino* sin perforar, "de los que se usan para bocina" y unas *conchas* para la usual ofrenda del *mulli*¹⁰⁷. También había una macana de *champi*.

Según Valcárcel, esta reunión de elementos fue hecha, sin duda, con un propósito simbólico. Las cuarenta figurillas y el caracol marino (o trompeta de guerra) simbolizarían "el sometimiento de las diversas naciones del Tahuantinsuyo al poder político, militar y religioso de los Incas"¹⁰⁸. Las pequeñas esculturas representaban los pueblos sometidos; la *macana* o cetro de bronce era el símbolo del poder, del mando supremo; el *caracol marino* o *pututu* era el emblema de la guerra, de la fuerza al servicio del gobierno imperial; finalmente, las conchas para *mulli*, símbolo del culto a la divinidad.

Las piezas más importantes de la asociación de Piquillacta eran la macana de champi y el caracol marino. Buena o mala la interpretación de Valcárcel, es indudable que el caracol, como instrumento de música empleado principalmente en la guerra, tenía mucho que ver, dentro de los propósitos innegablemente simbolistas del conjunto, con "el poder supremo"¹⁰⁹, con el mando imperial y con la irradiación de la fuerza política desde el Cusco.

Con el *Strombus galeatus* se da el mismo problema que con el *Spondylus pictorum*: ¿cuándo llega procedente de los mares del Norte? (porque también es una especie que requiere de aguas cálidas). Hay elementos de juicio suficientes para señalarle una antigüedad Chavín. En 1937, "al practicarse —según refiere Tello— un trabajo de nivelación del suelo en las cercanías de la Base Aérea de Chiclayo", se encontró una *concha* de molusco de la especie *Strombus galeatus*, color perla con

EL MAR EN LA ECONOMIA: OTROS ASPECTOS

jaspes sepia, de 23 centímetros por 17, y 51 centímetros de circunferencia. La superficie exterior de la concha estaba íntegramente decorada por un dibujo incidido. La decoración —que fue cuidadosamente examinada por el sabio—, representaba una divinidad “en actitud de soplar la trompeta de *Strombus*”, todo con fondo de serpientes entrelazadas con cabezas de jaguares. La divinidad —dictaminó Tello— es un jaguar humanizado: el rostro es humano, menos la nariz. Las patas traseras son también felínicas¹¹⁰.

Se trataba, lógicamente, de un pututu ceremonial, sin duda “un instrumento de carácter sagrado” para ser usado sólo en las grandes celebraciones. Por el estilo de la ornamentación, típicamente Chavín. Posición en el tiempo: antes de la era cristiana.

En 1968, Luis Guillermo Lumbreras y Hernán Amat, directores del *Programa Chavín* de la Universidad de San Marcos, hallaron en la *Galería de las Ofrendas* del milenario yacimiento de Chavín de Huantar, un ceramio negro, de superficie muy pulida y brillante, con representaciones en relieve del *Strombus*. Por la cronología de ese ceramio, se puede inferir que el caracol de mar gigante se ubica en plena era Chavín, quizá por los siglos VII a V antes de Cristo.

Después de Chavín, el *Strombus* alcanzó singular significación cuando el florecimiento de la cultura mochica, que lo representó con frecuencia en sus vasos pictográficos y también en los escultóricos.

Cuando el Imperio Inca, el caracol —usado, como ya se dijo, como trompeta de guerra— alcanzó significación de guerra y poder.

EL VESTIDO

Aunque las prendas de vestir —tanto las de tejido fino como las de tejido burdo— eran en su totalidad de algodón o de lana, algunos pueblos costeros, sin considerar a los primordiales y precerámicos, empleaban para la confección del atuendo ciertos materiales brindados por el mar.

“Los indios de la costa de Atacama —refiere Vázquez de Espinosa— se visten de cueros de lobos marinos, y de ellos [también] hacen sus barcas...”¹¹¹. Más al Norte, los indios de Arica —conforme lo dice Uhle— vivían en condiciones muy pobres, tanto que “cubrían su desnudez con grandes mantas: unas de *pieles de pelicanos* encoladas con brea y otras de *pieles de lobos marinos*...”¹¹².

Del cuero de los lobos marinos —dice Valcárcel, siguiendo a Gutiérrez de Santa Clara¹¹³— los indios de la Costa hacían cin-

tas y talabardas, que usaban como fajas los enfermos de los riñones y de ceñidor las mujeres preñadas con la creencia de que evitaban los malos partos.

Para teñir los paños de lana o algodón, con la difícil coloración del púrpura, los pueblos establecidos frente al mar o los del interior que mantenían comunicación con los ribereños, utilizaban un líquido muy penetrante e indeleble sacado de un molusco, la *concholepa*¹¹⁴.

ARTICULOS Y ESPECIES UTILES PARA EL CAMBIO. TRIBUTO

No hubo —no podía haber— durante el imperio de los Incas tributo de dinero pero sí —como refiere Guamán Poma de Ayala— de *servicios y trabajos* según las habilidades y costumbres de los indios de cada región, y aun de ciertas *cosas o especies de valor* propias de la provincia exigida o fáciles de obtener por el indio tributario. Lo que daban en tributo los vasallos era en cantidad tan moderada, tan ajustada a las posibilidades del jefe de familia (*puric*), que éste, en verdad, no sentía la carga, la cual era, por lo demás, para su entero beneficio. De otro lado, según lo explica el P. Blas Valera en la enumeración de las diez leyes que regían el sistema tributario (que recoge Garcilaso en los capítulos XV y XVI del Libro Quinto de sus *Comentarios Reales*), el indio no estaba obligado “a pagar de su hacienda cosa alguna en lugar de tributo, sino que solamente lo pagaba con *su trabajo* o con *su oficio*, o con el tiempo que se ocupaba en el servicio del rey o de su república”¹¹⁵. Regía en esto estrictamente la norma del oficio, y así al pescador no se le podía exigir otro servicio que el suyo ni otro producto que no fuera el de la pesca. Además, según la Ley Quinta, el pago del tributo (en especie) debía hacerse sólo “en aquello que en su provincia podía haber, sin salir a la ajena a buscar las cosas que en su tierra no había”. Un historiador sintetiza el sistema diciendo que el tributo en el tiempo de los Incas abarcaba solamente a los jefes de familia “señalados por la ley, debiendo éstos contribuir *siempre a través de su oficio*, excepcionalmente con su trabajo y generalmente con el fruto del mismo; en este último caso, se tributaba solamente lo que producía la región...”¹¹⁶. Así, unos indios tributarios trabajaban por el emperador, que representaba de la manera más excelsa al Estado, y “otros daban... *ovas de agua dulce... y algas diversas...*”¹¹⁷.

Las *ovas* son algas filamentosas de las aguas dulces en movimiento. Tenían importancia para la alimentación, según los hábitos regionales, y se les conocía con diversos nombres, como *ocororo*, *cancaua* (también *cancagua* y *cancahua*), *llullucha*.

Igualmente, como ya se ha visto, había un activo comercio de *algas de mar*, el *cochayuyo*. De las algas marinas se aprovechaban, para la alimentación, diversas especies, las que se consumían, según los casos y las preferencias, unas veces frescas, otras secas. Tenían, además del citado, otros nombres; así *murcoto*, *llachoc*, *onquena*.

De esta suerte, mientras unos indios trabajaban o servían en alguna especialidad para atender a la exigencia del Inca, que era exigencia de la colectividad, del Estado, otros daban tributo en especie. La lista de especies y cosas con las cuales se podía cumplir la demanda de tributo del Estado, era grande y, como se ha dicho, dependía de lo que ofrecía cada provincia: unos indios daban papas, otros maíz, otros ají (tributo muy importante porque tenía casi valor de moneda). En otras regiones, el Estado recibía de los ayllos *sal* (también tributo muy importante), algodón para los tejidos populares; y de los pueblos costeros, *pescado* y *camarones*; "además hasta llegaron a dar *uacamullo*" (huaca mullo), "que era amuleto de ídolo", según refiere Guamán Poma de Ayala.

Por el sistema político imperante (que ha sido magistralmente estudiado por el tantas veces citado economista e historiador francés Luis Baudin¹⁸, al que remitimos), en el Imperio de los Incas no había moneda, pero sí, para facilitar el trueque, que era la única forma de comercio conocida, *moneda-mercancía*. En esta calidad se agrupaban, por ejemplo, entre otros productos y artículos de la mayor importancia, el ají, el algodón, el maíz, la sal, la coca. Este sistema parece que fue general en América antes de la llegada de los europeos. El uso de la moneda entre los indios americanos de antes del Descubrimiento —como dice José Toribio Medina¹⁹— *fue una excepción*. "Lo que en realidad generalmente ocurría era, como ha hecho notar el Padre Acosta, que para contratar y comprar, los indígenas no tenían dinero sino trocaban unas cosas con otras". Habían, sí, *objetos útiles* para adquirir ciertas mercancías, y estos objetos variaban naturalmente según las regiones. Eran: el *cacahuete* (según el licenciado Alonso de Zuazo), la *almendra del cacao* (según Fernández de Oviedo y Valdés), las *plumas de ciertas aves* (según Fray Juan de Torquemada) y, en el Perú, principalmente las *hojas mágicas de la coca*.

Un valor muy especial tuvieron en toda América las *conchas*. En el Perú alcanzaron el rango singularísimo de verdadera *moneda-signo*, según Baudin. Y, entre todas las especies —que fueron muchas—, la mayor estima estuvo para las *conchas de los mares tropicales* (las tantas veces citadas *Spondylus pictorum* y *Strombus galeatus*).

PERLAS EN LA MAR DEL SUR Y EL CARIBE

Las informaciones de los cronistas indican que, al momento del Descubrimiento, era grande la explotación de perlas en ciertos mares de las Indias Occidentales. Aunque no era fácil obtenerlas, abundaban en Panamá, sobre todo en las islas llamadas de Las Perlas; en el Caribe, y también en las costas noroccidentales de América del Sur, que corresponden a Ecuador y Colombia. En cuanto a la existencia de perlas en los mares septentrionales del Perú (actuales departamentos de Tumbes y Piura), hay duda entre los especialistas, aunque la respuesta positiva parece poco a poco afirmarse.

Los orfebres peruanos de la antigüedad usaron las perlas con gran profusión, lo que indica: o que se obtuvieron perlas en los mares de Piura y Tumbes, de bancos hoy inexistentes o perdidos, o que, por el comercio en balsas de gran tamaño, se trajeron las estimadísimas gemas del *exterior*.

Balboa halló perlas en la Mar del Sur —según cuenta Cobo—, especialmente en Panamá, en las islas de Las Perlas (por algo así llamadas), “las cuales sacaban y aprovechaban los indios en los mismos usos que nosotros; mas, como las *horadasen con fuego*... perdían las perlas su lustre y candidez y quedaban oscuras y chamuscadas”¹²⁰.

El trabajo de las pesquerías de perlas era rudo y muy peligroso y demandaba del pescador enorme esfuerzo. Los hombres dedicados a esta tarea, debían ser “templados y continentales”, aunque “mal de su grado”.

“Para que estén ágiles y dispuestos para este ejercicio —cuenta Cobo—, encierran a los pobres buzos la noche antes, porque no pescará nada en todo el día el que la noche antes no hubiere guardado continencia”.

Cobo describe a los buzos con sus medios de trabajo: “unos guantes de cuero, para que los filos de las conchas, que son agudos, no les corten y lastimen las manos...; un cuchillo para arrancarlas y una taleguilla hecha de red, en qué echarlas”; la boca de esta taleguilla siempre abierta, para facilitar la maniobra, lo cual se lograba con una varilla de mimbre encorvada.

El mayor peligro estaba en los tiburones y otros animales carniceros que pululaban en las aguas. “Ultra el gran trabajo que es para los buzos esta pesca —añade Cobo—, andan siempre expuestos a muy gran riesgo de ser comidos de tiburones y marrajos, que son las fieras más crueles y carniceras que cría la mar...”¹²¹.

Con minuciosidad de naturalista —que lo fue, y en alto grado—, Cobo hace la siguiente descripción: “Crianse las perlas en unas conchas de la mar llamadas *ostias*, de la hechura de los

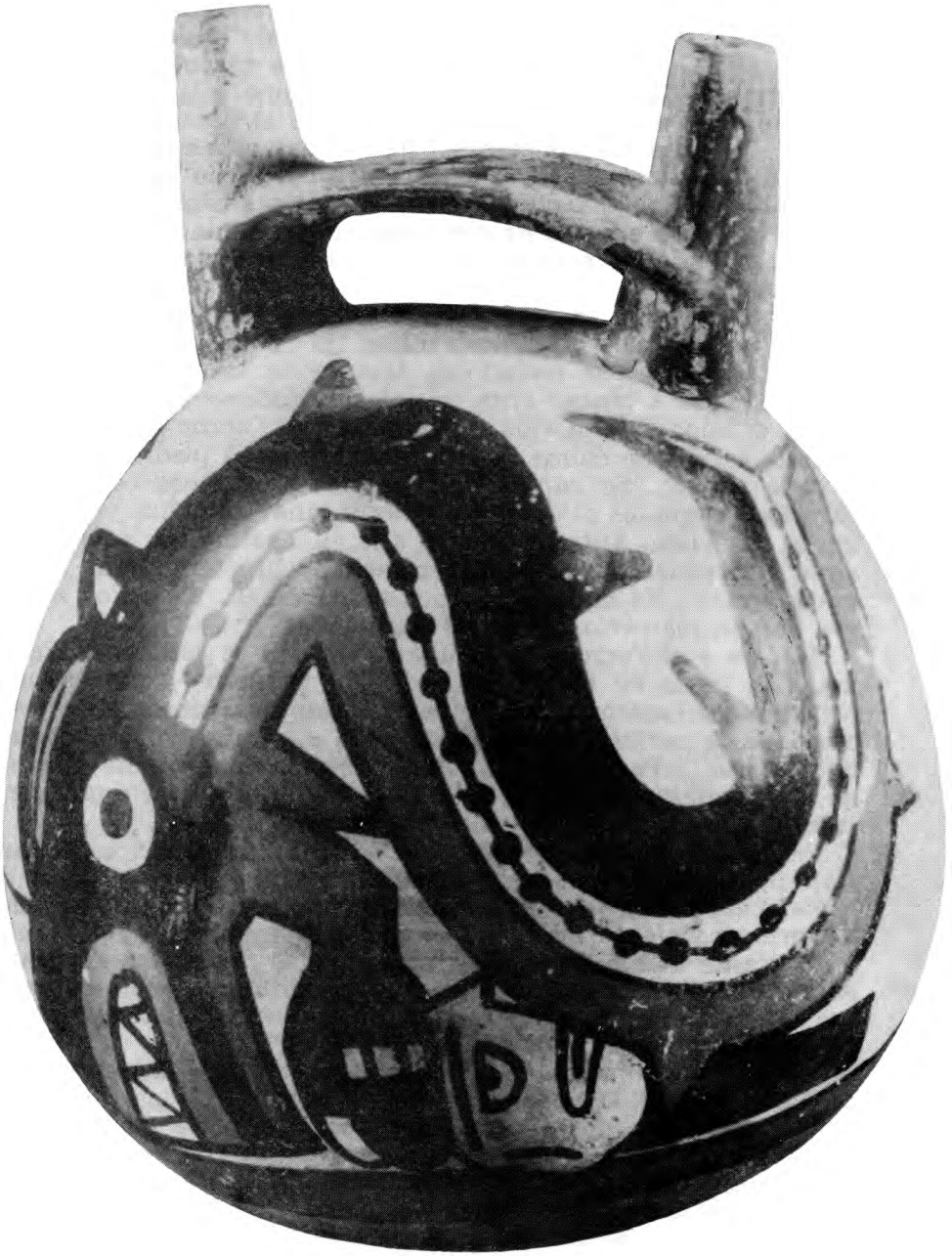
ostiones, tan grandes como la mano... y casi redondas. Por la parte que está asida la una concha con la otra como los ostiones, que es como un gonce o quicio con que las abre y cierra el pescado [sic —¡!—] que nace y vive dentro, sale la raíz con que están pegadas y asidas a las peñas y escollos de la mar, que es un manojito de cerdas como de puerco, tan grueso como un dedo de la mano, el cual se corta para arrancarlas. Son las conchas de las perlas por fuera toscas y ásperas; cubiertas de una como corteza o costra parda... y por de dentro, lisas y blancas, con un lustre como el de las perlas... Gastando en una piedra áspera la costra parda que por de fuera tienen, quedan tan tersas y lustrosas como por de dentro y casi transparentes; y della se hacen curiosas cucharas, que llamamos *nácar*... Nacen las perlas encajadas en la carne de las ostias *como los nudos en la tabla*, y en abriéndolas, se echa de ver si las hay o no, porque no todas las tienen"¹²².

En otra parte dice el mismo autor de la *Historia del Nuevo Mundo*: "Críanse estas ostias debajo del agua *desde cuatro hasta doce brazas en hondo*". Este nivel exigía de los pescadores de perlas suma destreza y extraordinaria resistencia física para bajar y arrancar las conchas, conteniendo la respiración por dos o tres minutos. Excepcionalmente —lo cual era un don de la naturaleza—, en las costas de Panamá solían descubrirse algunas conchas de perla cuando el mar, por la marea, bajaba de nivel: "y entonces —añade Cobo— abren las conchas para recibir los rayos del sol...".

Acosta es no menos prolijo al describir la riesgosa tarea de los pescadores de perlas, indios del río Hacha, en el Mar Caribe (entonces llamado Mar del Norte). Dice: "Allí supe cómo se hacía esta granjería, que es con harta costa y trabajo de los pobres buzos, los cuales bajan seis y nueve, y aun doce brazas en hondo, a buscar los ostiones, que de ordinario están asidos a las peñas y escollos de la mar. De allí los arrancan y se cargan de ellos, y suben, y los echan en las canoas, donde los abren y sacan aquel tesoro que tienen dentro. El frío del agua allá dentro del mar, es grande, y mucho mayor el trabajo de tener el aliento estando un cuarto de hora a las veces, y aun media, en hacer su pesca... Para que puedan tener el aliento, hácenles a los pobres buzos, que coman poco y manjar muy seco, y que sean continentes..."¹²³.

La fama de las perlas de Panamá fue recogida por casi todos los cronistas. Relatando el descubrimiento de la Mar del Sur por Balboa, el 25 de setiembre de 1513, dice Gómara: "Quedaron admirados los españoles de tanta perla... que las traían engastadas en los remos, aunque las debían de poner por gentileza o grandeza; y como después se supo, la principal renta y riqueza de aquellos señores es la pesca de perlas..."¹²⁴.

Cántaro globular, con asa-puente y decoración
pictórica de varios colores que representa un
monstruo marino portando una
cabeza-trofeo. (Nasca. Procedencia: Río
Grande, departamento de Ica.
Aproximadamente, 1,600 años de
antigüedad. Museo de la Universidad
Nacional Mayor de San Marcos.
Foto: Abraham Guillén)



El mismo Gómara, en otra parte de su *Historia general*, cuenta con asombro que la isla de *Tararequi*, frente al golfo de San Miguel, en Panamá, mostró gran riqueza de perlas. Fue a ella el español Gaspar de Morales, con ciento cincuenta hombres, por orden de Pedrarias, el año 1515, y redujo a la obediencia al cacique de la isla, que se bautizó y tomó el nombre del gobernador. "Hechas las amistades... llevó a los españoles a su casa y les dio *una cesta de perlas que pesaba ciento diez marcos...* Los subió a una torrecilla y les mostró otras islas, *tierras ricas en perlas* y no escasas de oro... Había [en sumal] en Tararequi *gran pesquería de perlas* y eran *mayores y mejores del Nuevo Mundo...*"¹²⁵.

Allí no acabó la sorpresa para Gaspar de Morales y sus hombres. Vino después la demostración: "El cacique *Pedrarias* hizo pescar perlas a sus nadadores delante de los españoles... Los que entraron a pescar eran *grandes nadadores* a lo somormujo¹²⁶, y criados toda la vida en aquel oficio. Fueron en barquillas cuando estaba en calma la mar... Echaron una piedra por ancla a cada canoa... Se zambulleron a buscar ostiones con sendas talegas y saquillos al cuello, y salieron una y muchas veces cargados de ellos. *Entran cuatro, seis, y hasta diez estados de agua*¹²⁷, porque cuanto mayor es la concha, tanto más hondo anda y está... Se ahogan muchos pescándolas... *De estas maneras pescan las perlas en todas las Indias...*"¹²⁸.

Herrera y el Portugués Anónimo también se refieren a Panamá. Las "islas de las Perlas —dice el primero—, que están a ocho grados escasos... son fértiles y hánse pescado en ellas *gran cantidad de perlas*, de donde les quedó el nombre"¹²⁹. Y el segundo declara: "...Panamá... *lo mejor y de más importancia que tiene es pesquería de perlas*, que todos los años sacan una buena suma de ellas..."¹³⁰.

Sobre las perlas en la costa noroccidental de América del Sur, hay una referencia imprecisa en Ruiz Naharro. Dice el autor de la *Relación de los hechos de los españoles en el Perú* que después del primer viaje, Pizarro "dio la vuelta a Panamá muy contento, no obstante lo sucedido" (las recias luchas contra los naturales en el Chocó y más al Sur), "porque entendió que *la descubierta era tierra de mucho oro y perlas*, de que andaban todos los indios ataviados y adornados..."¹³¹.

Por una información documental, fechada en Guayaquil el 24 de abril de 1577, se desprende que se pescaba perlas sobre una amplia extensión de la costa ecuatoriana y parte de la colombiana, especialmente en los siguientes sitios: isla de Callo, isla de Salango, isla de La Plata, cabo San Lorenzo, puerto de Manta, bahía de Caragues y costas de Puerto Viejo. Consta, también, por el mismo manuscrito (que incluye Marcos Jiménez de la

Espada en *Relaciones geográficas de Indias*) que Picoaza, Manta, Aconchipa, Chanduy y Colonchillo eran sitios "para surtir de mantenimientos y avíos a la pesquería", con buenos indios *bucios* (o buceadores), que pescaban desde *balsas*, en horas de la mañana, "ya el sol alto", bajando hasta "doce brazas".

Por una deposición ante el corregidor Hernando de Zúñiga, de 4 de mayo del año antes dicho, se colige que *la pesca de perlas estaba muy extendida en la costa de Puerto Viejo*, desde la isla Blanca hasta Charapoto e isla de La Plata y Manta. Se dice allí que en Chanduy había *quince bucios* y, en Colonchillo, "diez muy buenos".

Otros declarantes certificaron la riqueza de aquellos mares y elogiaron la habilidad de los indios lugareños para extraer los tesoros de las profundidades, operando desde *balsas*¹³².

La costas de Manta (pueblo del partido de Puerto Viejo) —dice Antonio de Alcedo en su diccionario geográfico— son "abundantes de *conchas* y *caracoles muy preciosos* que arroja el mar, y *en el siglo pasado fueron pesquerías de perlas* tan buenas como las de la Margarita y río del Hacha, pero se abandonaron por los muchos buzos que perecían, sofocados por el *pez manta*, que abunda allí y da nombre al puerto: es de la figura de una manta redonda de tres y de cuatro varas de largo, dos de ancho y una cuarta de alto, semejante al lenguado, tan enemigo del hombre que al instante que se arroja el buzo al mar le cubre y ciñe sin volver a parecer..."¹³³.

En el siglo XVIII, los ilustres marinos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, dieron cuenta en *Noticias secretas* de los principales bancos de conchas perlíferas de la costa ecuatoriana. Las pesquerías de mayor fama entonces estaban en "la costa que se extiende desde Atacames hasta la península de Santa Elena"¹³⁴; y el banco más productor hallábase "en el lugar llamado *Mantas...* (cuyo nombre se dio por la abundancia de peces *mantas* que hay en él)". Coinciden, pues, las informaciones de Alcedo y de los susodichos Juan y Ulloa.

Como Cobo y Acosta, que hablaron de los temibles tiburones y marrajos, y como Alcedo, acabado de citar, que describió el ataque de las monstruosas mantas, así, también, Juan y Ulloa se refirieron a los peligros que corrían los temerarios pescadores de perlas en los mares del Norte del Perú entonces. "Además del trabajo que cuesta a los buzos esta pesquería... llevan el peligro de algunas especies de pescados que hay en abundancia, y tan dañosos que o bien *se comen a los pescadores*, o los *oprimen contra el fondo...* o los matan dejándose caer sobre ellos violentamente... Los *tiburones* y *tintoreras* que son de un tamaño monstruoso hacen pasto propio los cuerpos de los pescadores, y las *mantas*, cuyo nombre conviene a su figura y grandor, por-

que son rayas muy diformes en el tamaño, los comprimen, estrechándolos contra el fondo. Para librarse de tanto peligro lleva cada negro" (ya desde los tiempos de Cobo, los indios habían cedido su puesto a los negros esclavos en las pesquerías de perlas) "un cuchillo fornido y agudo con el cual hieren al pescado luego que lo perciben...".

Un especialista moderno dice, tras hablar de los famosos bancos de conchas perlíferas de Panamá, la isla Margarita, México y la costa de California: "...las perlas americanas eran muy bellas y de colores oscuros. Los tonos iban del blanco, predominantemente en las perlas del lado del Pacífico, al negro, pasando por matices grises y bronceados. El tamaño de las perlas americanas era notable. Más de la mitad de las perlas célebres fueron pescadas en este continente"¹³⁵.

BANCOS DE CONCHAS PERLIFERAS EN LOS MARES DEL PERU

Es materia de controversia, que no termina, la existencia de conchas perlíferas en las aguas del mar peruano. Un sector de opinión se inclina por la existencia de la concha de perla en la costa Norte; otro sector, en base a las condiciones ecológicas dominantes en el Pacífico peruano, niega que esa concha pueda existir.

Dentro de la primera corriente, incluso, hay una divergencia: para unos, la concha perlífera existió en la antigüedad y fue explotada por el hombre, hasta la época de los Incas, pero luego se extinguió totalmente; para otros, en cambio, subsiste pero se ha perdido.

La gema de la mar fue muy usada en el antiguo Perú, como se verá más adelante. Altamente estimada, se la empleó en objetos de subido valor. Con las esmeraldas y las turquesas y otras piedras preciosas, entraba en el adorno de los emblemas imperiales del Inca.

Desde luego, el uso de las perlas en el Perú antiguo no implica, necesariamente, que procedieran de pesquerías peruanas; cabe la posibilidad que fueran traídas del *exterior*, como del exterior fueron traídos los *caracoles gigantes* y las grandes *conchas coloradas*, según se ha visto.

Las versiones sobre la existencia de bancos de conchas perlíferas, son numerosas. Santa Cruz Pachacuti refiere que el emperador Inca Yupanqui, bajando de la Sierra hacia el mar, encontró en "una isla de los yungas" —que Marcos Jiménez de la Espada supone fuera la isla *Lobos de Sotavento*, al Sur de Paita—, "gran suma y máquina de oro y plata y *umiña*" (esmeraldas) y *muchas conchas de perlas*, llamadas en la lengua del im-

perio *churoy maman*. Después de tocar en esta isla, el emperador siguió hacia la provincia Chimú¹³⁶. Juan Diego von Tschudi comenta que esta referencia “vendría a probar claramente que la pesca de perlas también se ejercía en las costas del Perú”¹³⁷.

Según Garcilaso, los Incas, en defensa del capital humano del imperio y no pudiendo permitir que los hombres arriesgaran sus vidas en la extracción de conchas de los bancos profundos, amenazados por animales carnívoros, prohibieron esta práctica en forma terminante. “Las perlas no usaron los del Perú aunque las conocieron —se lee en los *Comentarios Reales*¹³⁸—; porque los Incas (que siempre atendieron y pretendieron más la salud de los vasallos, que aumentar las que llamamos riquezas, porque nunca las tuvieron por tales) viendo el trabajo y peligro con que las perlas se sacan de la mar, lo prohibieron y así no las tenían en uso...”.

El mismo Garcilaso refiere que después de la Conquista, levantada de hecho la prohibición de los Incas, las pesquerías de perlas aumentaron grandemente, estando las principales en las costas del reino de Quito (que daban ejemplares espléndidos, entre los mejores de Indias, todos destinados a la Corona); “en la Mar del Sur, cerca de Panamá, donde están las islas que por esta causa llaman de Las Perlas”; y, sobre todo, en la Mar del Norte, en el Caribe, “cerca del río que llaman de la Hacha”. Bajaron los buzos —explica el cronista— “hasta doce brazas de hondo a buscar los ostiones” y descargan en canoas. Tienen que ser —dice luego—, para tan agotador trabajo, *muy continentes*; “comen poco, y manjar muy seco”.

Se obtienen perlas enormes y finísimas —termina Garcilaso— en cantidades asombrosas, “y todas van a Su Majestad”. Así, la famosa *Peregrina*, única en el mundo, que en Panamá obtuvo el caballero Diego de Temez para Felipe II, “que no tenía precio, porque era una sola en el mundo”; podía costar quinientos mil ducados. Al esclavo negro que la sacó le dieron la libertad, y a su amo “la vara de alguacil mayor de Panamá, también en premio”.

En la *Relación* de Juan de Salinas Loyola, de la segunda mitad del siglo XVI, hay una referencia sobre pesquerías tan concreta y clara que no admite dudas. Dice: “Hánse hallado muchas señales en la dicha costa” (de la Puná, Cabo Blanco, Punta Aguja, Tumbes y Paita) “de haber habido pesquería de perlas, lo cual han tenido oculto los naturales después que los españoles entraron en la tierra, y no se han podido saber ciertamente; y las muestras han sido en las *guacas* y enterramientos que se han descubierto, haber hallado mucha cantidad de perlas de mucho grandor y riqueza... y asimismo *ostiones* donde se crían las dichas perlas se han hallado en la dicha costa mucha cantidad del tiempo que los pescaban los dichos naturales”¹³⁹.

A favor de la existencia de la concha de perla en el Perú antiguo, Tello, con toda su sagacidad científica y profundo sentido observador, esgrime el argumento del *caballito de totora*. Antes dice que el arte de las perlas está representado por valiosas colecciones en los museos. Esas colecciones proceden de los "mausoleos gentilares" de Chan Chán y Lambayeque principalmente (Huaca La Misa y El Cortijo) y de los cementerios de Batán Grande, famosos por el oro de sus incomparables ídolos, de Túcume y Sapamé. "Las perlas, como el oro y las piedras preciosas —agrega el sabio—, fueron objetos sagrados pues figuran en la parafernalia de las ceremonias religiosas"¹⁴⁰.

Lo importante es que hay muchos objetos adornados con perlas y que las pesquerías se hallan ilustradas en el arte antiguo de la costa Norte, en el Chimú sobre todo.

En las escenas de pesca de perlas, aparece el *caballito de totora*. El *caballito de totora*, aunque conocido en otras partes, debe ser considerado como un modelo de embarcación aborigen típico de la costa Norte del Perú. Por lo menos, allí alcanzó su mayor desarrollo, allí se perfeccionó, allí se popularizó. Tal arraigo tuvo desde un comienzo (desde antes de la era mochica) entre los pueblos ribereños del Norte, que, dentro de su modestia técnica, sobrevivió a muchos cambios, se hizo emblema de aquellas gentes y subsiste hasta nuestros días.

Identificado con el pueblo norteño, el *caballito de totora* señala en las escenas de pesca la participación de peruanos, y señala también el ejercicio de esa pesca en mares peruanos.

He aquí un extenso párrafo de Tello¹⁴¹ que conviene grandemente a nuestra disertación, lleno de agudas observaciones. Dice:

"El arte de la *pesquería de perlas* se halla idealizado y reproducido en cuadros fantásticos en los objetos más preciados de su ritual religioso. La pesca de estos preciosos productos de la naturaleza entra, casi íntegramente, en el dominio de la psicología social de los antiguos habitantes del Norte de la costa del Pacífico... Paños pintados, tapicerías, ornamentos de oro, vasijas de madera recamadas con incrustaciones de concha de perla y turquesas, objetos de plata, cobre y alfarería Chimú, *ostentan pintorescas y movidas escenas de pesquería de perlas*, que son de las más bellas e ilustrativas del arte peruano. El acto se realiza en un mar agitado con olas encrespadas que hacen balancear las balsas. Los pesqueros, muchachos ágiles, semivestidos, están absorbidos en la realización de la difícil empresa de extraer perlas del fondo del océano. *Dos clases de barcas son utilizadas para ello: una grande que tiene dos o más compartimentos y, otra pequeña de forma alargada y curva, semejante al caballito de totora...*; la segunda barca está destinada a la pesca y la prime-

Representación escultórica del pez con gollete de
borde expandido. (*Chimú-Inca*. Procedencia:
Costa Norte. Periodo Intermedio tardío,
siglo XIV d. C. Museo de la Universidad
Nacional Mayor de San Marcos.
Foto: Abraham Guillén).





ra, al depósito y cargamento de conchas y peces. Por lo común, la barca grande aparece al centro de un grupo de barcas pequeñas; dos o tres hombres la tienen a su cargo y su labor consiste en recibir y guardar lo conseguido. La tripulación de las balsas pequeñas consta sólo de tres hombres: uno, cuida la embarcación luchando denodadamente contra el mar agitado; otro, sujeta la soga con la que está amarrado a la cintura el tercero, que desciende al fondo del mar, y este último, con el auxilio de un palo o, simplemente con las manos, está empeñado en desprender las conchas fuertemente adheridas a la roca. Los pesqueros están disfrazados de aves marinas, sin duda para adquirir el poder de zambullirse como ellas a las profundidades. El buzo pesquero coloca las conchas en una bolsa y la amarra a la soga para facilitar la salida a la superficie. La soga es una serpiente que ondula en el agua y cuya cabeza acompaña o se encarna en el cuerpo del buzo”.

Desde luego, la escenografía, que estrictamente se basa o inspira en los detalles de la realidad —ninguno de los cuales es olvidado—, está idealizada, de acuerdo con las pautas del arte de los pueblos de la costa Norte. Tello explica: “Las escenas de pesquería de perlas no son de aquellas usuales o comunes en la vida de los indios”. Por la convencionalización, por el ingrediente mágico de todo el arte precolombino, por la no oculta finalidad religiosa de la objetivación estética, por la dirección impresa hacia lo mítico de los valores de la belleza —recalcamos sobre la explicación de Tello—, aquellas escenas de pesquería “no son escenas de la vida real”. *Se inspiran en la vida real pero la composición artística es irreal en algunos elementos.* En esas escenas de pesquería “participan —continúa Tello— *animales marinos idealizados y humanizados*, que nacen o salen de la concha misma como cuerpos pastosos, extraños e indiferenciados en un principio, o como monstruos en forma de aves, reptiles o mamíferos después, que abandonan, por último, la concha y se lanzan veloces a saltos sobre la superficie desértica de la costa o surcan los aires salpicando con gotas de agua las cálidas arenas”.

No habría llegado, en verdad, el arte Chimú y pre Chimú a estas complicadas composiciones y a esta profunda y substancial conversión de elementos, si el artista no hubiera tenido experiencia directa de las escenas reales de la pesca de la concha perlífera. Los “dragones originados de conchas son otros tantos dioses simbólicos de las fuerzas y poderes de la naturaleza, cuyo estudio constituye uno de los más fascinantes de la historia peruana. *Las perlas son productos sagrados de los dioses*, especie de huevecillos o células de donde surgieron a la vida. Por ello, los pesqueros debieron ser como sacerdotes encargados del culto de dichos dioses. De allí que tales escenas aparezcan en las obras

de mayor valor artístico, en frescos murales, en ornamentos de oro, repujados o recamados con incrustaciones de piedras preciosas, en bellas tapicerías o bordados y, en una palabra, en todo objeto ceremonial vinculado íntimamente a las prácticas religiosas”.

Por la existencia de bancos de conchas de perla en los mares peruanos del Norte se pronuncia también el eminente oceanógrafo Erwin Schweigger. Los mares del Norte —dice— albergan (o albergaron) “una concha, aunque no comible, de valor comercial, la *conchaperla* o *madreperla*, *Pteria peruviana* o *Pteria sterna* como se la llama modernamente”. Esta concha “*ha vivido* en el golfo de Sechura”, afirma enfáticamente Schweigger. Para esta afirmación, el destacado científico alemán, largamente radicado en el Perú, se basa en el testimonio de los cronistas (del que ya hemos dado cuenta) y en los resultados de las investigaciones recientes.

Estos resultados son muy significativos. El doctor W. Weyrauch —citado por Schweigger— halló conchas frescas del bivalvo perlero “en las playas de la ensenada de Tortugas, al Norte de Casma”¹⁴². R.E. Coker, dedicado largo tiempo a la investigación en el Perú y autor de numerosos informes, tuvo noticias “de la existencia de perlas en el golfo de Sechura”, pero las buscó infructuosamente. “Halló... sólo conchas vacías de animales muertos y rastreando no pudo sacar conchas vivas”¹⁴³.

Después de los afanes de Coker, fueron encontrados algunos animales vivos en el mismo golfo de Sechura, lo que animó a algunos inversionistas a montar una empresa para la busca de perlas. La compañía comenzó a trabajar “cerca a Yacila y Punta Foca”, con buques especiales, pero jamás fue hallado el banco. La compañía, a los dos años, se deshizo.

Los doctores Hans W. y María Koepcke, expertos del Museo de Historia Natural de Lima y ecólogos de renombre, afirman “haber encontrado valvas frescas en las playas cercanas a Punta Foca” y también en Yacila, pero parece ser que la cantidad no favorecía la explotación a escala comercial. Se vio que no todos los animales contenían perlas, razón por la cual la explotación comercial no prometía mayores rendimientos.

Tocante a los testimonios históricos, ellos, en la opinión de Schweigger, son irrefutables. Coinciden, por lo demás, con la realidad arqueológica, que se conoce por las colecciones de los museos. “Collares de perlas, de los que guarda el Museo Rafael Larco Herrera, de Lima (Pueblo Libre), parece que fueron hechos con perlas que se obtuvieron en Sechura”.

Garcilaso, según se vio anteriormente, cuenta que los Incas, en defensa del capital humano, prohibieron en forma terminante las pesquerías de perlas. Los buzos de la época imperial no podían

ser pasto de las bestias carniceras. Esta referencia del Inca autor de los *Comentarios* parece ser puntual —subraya Schweigger— y merecedora de completo crédito. Pero —agrega como atinencia a la tesis principal—, la prohibición, en todo caso, llegó con los últimos incas. Por lo tanto, antes de que los señores del Cusco extendieran al litoral del Norte (Piura, Tumbes, ¿Lambayeque, La Libertad, Ancash?), su dominio, seguramente *la pesquería de perlas fue intensamente practicada*.

La especie se habría extinguido. La escasez o inexistencia, *ahora*, de la madreperla o concha de perla no puede culparse a las pesquerías antiguas. La acción depredadora del hombre, por intensa que hubiere sido, no puede considerarse como único factor de extinción. Propónese, más bien, un *trastorno ecológico*; un cambio, por ejemplo, en la temperatura de las aguas, que habría determinado la fuga de la especie hacia otras latitudes o en dirección a otros parajes, a su eliminación completa.

El *enfriamiento de las aguas* puede ser señalado, tentativamente, como el factor más atendible en la investigación del caso. Hay referencias precisas en abono de esta suposición, de pesca de tiburones, en grandes cantidades, a mediados del siglo XVIII, en el golfo de Sechura. Pescadores de toda la costa iban al golfo de Sechura a pescar el escualo para comerciar con su carne, la que ahumaban o salaban para su conducción a la Sierra. “Esta pesca ya no existe, y tiburones raras veces se presentan en el golfo de Sechura”.

Lo mismo ha podido pasar con la *concha perla*. “Los tiburones y las *conchas de perla* parecen haber desaparecido de las aguas del Perú donde tuvieron *un habitat en el golfo de Sechura*. Esto no puede ser una mera casualidad, sino debe tener una causa que actuó sobre cada uno de los organismos en mención. *Opinamos* —sugiere Schweigger— *que aguas frías del fondo han avanzado durante siglos lentamente hacia el Norte, entrando en aquel golfo con el efecto de haber expelido a los representantes de una fauna originalmente tropical*”¹⁴⁴.

En el transcurso de las *edades geológicas* se han producido cambios en la ecología del mar peruano.

Es evidente, por ejemplo, que en períodos remotos el mar frente al antiguo continente *era cálido*. Esto lo prueba la existencia del *coral*, cuyos restos fosilizados han sido encontrados en las cercanías de Talara y también en la región de Arequipa, según Nicholson. Los corales son típicos elementos faunísticos de las medios tropicales. Hoy no existen en el mar peruano, porque éste es un mar frío.

El fenómeno del cambio ecológico (determinado por una disminución de la temperatura) no se presenta claro, sin embargo, cuando se lo encuadra dentro de los límites relativamente estre-

chos del *período histórico*, o sea, durante la ocupación del hombre (cinco, ocho o diez mil años atrás) o, más estrechos aún, de la edad que corresponde a la presunta pesquería de perlas, que debe situarse ya avanzada la era alfarero-agrícola, unos siglos antes de la iniciación de la era cristiana.

En abono de la teoría del *cambio ecológico* debe citarse el argumento del *guano fósil* y de la *emigración de las aves marinas*. La emigración de las aves guaneras, especialmente del *guanay*, que es el ave que más ambiente fresco exige para vivir, mucho más que el alcatraz —emigración del Sur al Norte, es decir, del litoral de Antofagasta e Iquique al del Perú—, se produjo lentamente entre el 6500 y el 750 antes de la era cristiana, y *estuvo condicionada por el cambio climático*: sólo cuando el agua de la costa peruana se hizo *plenamente fría*, llegó al Perú el *guanay*, antecedido sólo por el alcatraz.

En suma, según Schweigger hay tres fenómenos biológicos que, parece, tienen entre sí relación, aunque los tres no se produjeron al mismo tiempo. Son:

a) La colonización de las islas y promontorios de la costa peruana por aves emigradas del litoral Norte de Chile.

b) La huída relativamente reciente del tiburón del golfo de Sechura.

c) La extinción, casi total (*casi total* decimos para dar crédito a versiones serias sobre la existencia, escondida, de la especie, en algún paraje no ubicado), de la *madreperla* o concha de perla de las aguas del golfo de Sechura (aguas antes, sin duda, más cercanas a la condición tropical que ahora).

Para terminar esta parte, no se puede dejar de citar la interesante experiencia de Leeland A. Links. Este técnico en pesquería de nacionalidad norteamericana y aficionado a la pesca submarina, con diez años de residencia en el Perú y buen conocedor de los mares del Norte, dice: "Entre Cabo Blanco y Los Organos, en el litoral Norte del departamento de Piura, al Sur de Máncora, que es un importante centro pesquero, *se sabe que existe un banco de conchas de abanico con perlas*. Yo no conozco a nadie que sepa dónde se encuentra ese banco, pero en 1950 una fuerte braveza en el litoral arrojó gran cantidad de estas conchas en las playas de la región. La gente de Máncora todavía conserva las perlas que se encontraron".

El artículo periodístico que consignaba las declaraciones de Links¹⁴⁵, decía después: "Los pescadores del lugar son sus amigos. Ellos, confidencialmente, le han revelado la existencia del banco de conchas perlíferas aún no descubierto, y le han presentado a doña Pepa, una anciana del lugar dedicada al comercio, que tiene una de esas perlas recogidas en 1950, más grande que la uña del dedo pulgar".

Leeland A. Links "ha explorado con su equipo de hombre-rana dos islotes rocosos de cierto lugar de la costa entre Cabo Blanco y Los Organos, especialmente las rocas sumergidas, en donde podía suponerse que se halla el banco de las conchas perlíferas, pero la búsqueda ha sido infructuosa".

Las opiniones en contra de la existencia de conchas perlíferas en los mares del Perú, son pocas, pero deben ser tenidas en cuenta. Tschudi, en el siglo pasado, señaló que se encuentran perlas en las huacas pero malogradas, "opacas, manchadas y blandas". En cambio, las que se encuentran incrustadas en los ídolos de los palacios, "se conservan íntegras". Las mejores fueron llevadas a España. "En la actualidad" (siglo XIX, dice Tschudi) "no hay en la costa del Perú ninguna pesquería de perlas... y tampoco se puede afirmar con seguridad si las hubo en los tiempos anteriores"¹⁴⁶.

LAS PERLAS EN LA JOYERIA PRE-INCA E INCA

La cultura *Lambayeque*, de la *Epoca Auge* (primeros ocho siglos de la era cristiana, según Larco), contemporánea de Mochica en el Norte y de Nasca en el Sur, dio impulso extraordinario a las artes de la joyería, utilizando piedras preciosas diversas (turquesas, esmeraldas, amatistas, lapislázuli, cuarzo, etc.) y, sobre todo, *perlas*. "Perlas de todo tamaño, blancas, rosadas y negras, barrocas casi todas, que llegan a tener hasta dos centímetros"¹⁴⁷.

Este pueblo también llegó a un desarrollo extraordinario en la metalística, colocándose entre los mejores orfebres del mundo de su época, con ídolos, adornos y máscaras, de los que los mejores ejemplares proceden del famoso yacimiento de *Batán Grande*, trabajado por Tello en 1937 e impunemente saqueado por los huaqueros antes y después de esa fecha, hasta el presente.

Otros pueblos del Norte también usaron perlas en la ornamentación de sus objetos ceremoniales; y, de los Incas, hay referencias muy precisas sobre el empleo de las gemas marinas. A las consignadas anteriormente se pueden agregar estas otras. Santa Cruz Pachacuti cuenta que el Inca Huaina Cápac usaba "relucientes madres de perlas", lo mismo que sus curacas en el rico atuendo que portaban. El vestido de la realeza era riquísimo. En verdad, "vencía la vista todas estas cosas... cosas de gran admiración..."¹⁴⁸.

Guamán Poma de Ayala habla de las "perlas del Inga y de sus principales", "que son piedras preciosas —explica— que llaman *quispe* perlas, piedras preciosas *umiña-cuychi-uacori* y collares [que] llamaban *mullu*". El cronista indio recalca: "Estas dichas cosas había en tiempo del Inga en este reino"¹⁴⁹.

EL MAR EN LA ECONOMIA: OTROS ASPECTOS

Finalmente, en Murúa hay un dato interesante, sin duda de la época anterior a la prohibición decretada por uno de los últimos Incas. Cuenta que en tiempo de Túpac Inca Yupanqui había "*cierto comercio en la Costa de perlas y caracoles por oro y vestidos*"¹⁵⁰. En las postrimerías del imperio, la prohibición de pescar perlas se acató estrictamente y las preciadísimas gemas marinas, escasas en número, quedaron reservadas para el Inca y sus señores principales.

NOTAS AL CAPITULO

1. RAIMONDI, Antonio... *Islas, islotes y rocas del Perú*. "El Perú". Lima, 1902. Tomo IV; p. 398.
2. SCHWEIGGER, Erwin... *El litoral peruano*. Lima, 1964; p. 19.
3. SCHWEIGGER, *El litoral peruano*; p. 21.
4. SCHWEIGGER, *El litoral peruano*; p. 22.
5. TELLO, Julio C. ... *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*. Lima, 1942; p. 27.
6. LUMBRERAS, Luis Guillermo... *Los pueblos antiguos del Perú*. "Gaceta Sanmarquina". Lima, 1967. Parte quinta.
7. HORKHEIMER, Hans... *Apuntes de Historia Marítima del Perú* (texto mecanografiado). Lima, 1965; p. 53.
8. ACOSTA, Joseph de... *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590). México, 1962. Libro cuarto, cap. XXXVII, p. 205.
9. ROMERO, Carlos A. ... *El Callao desde sus orígenes más remotos hasta el siglo XVI*. "Revista Histórica". Lima, 1942. Tomo XV. Entrega III; p. 221.
10. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia general de las Indias* (1552). Barcelona, 1965. Tomo I, Primera Parte; p. 214.
11. VALCARCEL, Luis E. ...*Historia del Perú Antiguo*. Buenos Aires, 1964. Tomo III; p. 543.
12. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Crónica del Perú* (1553). México, Col. Ate-nea. Cap. IV, p. 152.
13. CIEZA, *La Crónica del Perú*, Cap. LIV, p. 325.
14. COBO, Bernabé... *Fundación de Lima* (1639). Madrid, 1964, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro primero, cap. XXXI, p. 357.
15. ALCEDO, Antonio de... *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*. Madrid, 1787. Tomo II; p. 609.
16. ROMERO, *El Callao desde sus orígenes...*; p. 210 y sgte.
17. DARWIN, Carlos... *El viaje del "Beagle"* (1831-1836). Barcelona, 1955. Cap. XVI, p. 441.
18. DARWIN, *El viaje del "Beagle"*; p. 443.
19. MARKHAM, Clemente R. ... *Los Incas del Perú*. Lima, 1920; p. 196.
20. COBO, Bernabé... *Historia del Nuevo Mundo* (1653) Madrid, 1964, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro XIV, cap. VIII, p. 251.
21. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro II, cap. XIV; p. 85.
22. HERRERA, Antonio de... *Décadas o Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano* (1601). 1728. Tomo III. Década quinta, Libro cuarto, cap. IX; p. 99.
23. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LXXV, p. 383.
24. LEON PINELO, Antonio de... *El paraíso en el Nuevo Mundo* (1650). Lima, 1943. Tomo II; p. 268.
25. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 26.
26. AVENDAÑO, Fernando de... *Sermones de los misterios de Nuestra Santa Fe Católica* (1649).
27. VALCARCEL, Luis E. ... *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima, 1964; p. 127.
28. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I; p. 409.
29. RIVERO, Mariano Eduardo de... *Colección de Memorias científicas, agrícolas e industriales*. Bruselas, 1857. Tomo I; p. 170.
30. HORKHEIMER, Hans... *La alimentación en el Perú prehispánico y su interdependencia con la agricultura*. Lima, 1958. Cap. XV, p. 87.
31. GAMARRA DULANTO, Luis... *Apuntes sobre el guano del Perú y la antigüedad del hombre en América*. "Actas del Vigésimoséptimo Congreso Internacional de Americanistas". Lima, 1939. Tomo I; p. 125.

NOTAS AL CAPITULO

32. MEIGS, Peveril... *En la costa desértica del Perú*. "El Correo de la Unesco". París, marzo 1966; p. 15.
33. RIVERO, Mariano Eduardo de... y TSCHUDI, Juan Diego de ... *Antigüedades peruanas*. Viena, 1851; p. 77.
34. LORENTE, Sebastián... *Historia antigua del Perú*. Lima, 1860. Libro IV, p. 243.
35. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antiguo*; p. 127.
36. TELLO, Julio C. ... *Paracas*. Lima, 1959 (ed. póstuma); p. 26.
37. TELLO, *Paracas*; p. 33.
38. TELLO, Julio C. ... y MEJIA XESSPE, Toribio... *Historia de los Museos Nacionales del Perú*. "Arqueológicas". Lima, 1967. N° 10. Testimonio 45; p. 34.
39. GONZALEZ DE LA ROSA, Manuel... *Estudio de las antigüedades peruanas halladas bajo el guano*. "Revista Histórica". Lima, 1908. Tomo III; p. 40 y sgte.
40. RAIMONDI, Antonio... *Apuntes sobre el guano y sobre las aves que lo producen*. "El Perú". Lima, 1902. Tomo IV; p. 493
41. GAMARRA DULANTO, *Apuntes sobre el guano del Perú...*; p. 123.
42. LARCO HOYLE, Rafael *Las épocas peruanas*. Lima, 1963; p. 46.
43. REPARAZ, Gonzalo de... *La zone aride du Pérou*. Estocolmo, 1958; p. 51.
44. REPARAZ, *La zone aride du Pérou*; p. 46.
45. REPARAZ, Gonzalo de... *Estudio y planeamiento geográfico de la Zona Árida peruana*. "Fanal". Lima, 1961. N° 59; p. 27.
46. REPARAZ, *Estudio y planeamiento...*; p. 32.
47. REPARAZ, *La zone aride du Pérou*; p. 55.
48. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LXXIII, p. 375,
49. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Quinquenarios o Historia de las Guerras Civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias (siglo XVI)*. Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro IV, cap. XLVII, p. 397.
50. MOLINA, el chileno (o el Almagrista), Cristóbal de... *Destrucción del Perú (1553)*. Lima, 1916, Col. Urteaga-Romero. Primera Serie. Tomo I; p. 127.
51. LAS CASAS, Bartolomé de... *De las antiguas gentes del Perú*. Madrid, 1892. Cap. III, p. 22.
52. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro II, cap. XVII, p. 94.
53. VAZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio... *Compendio y descripción de las Indias Occidentales (1628)*. Washington, 1948. Libro IV, cap. XXXV, p. 440; párrafo 1332.
54. *Breve relación de la Ciudad de los Reyes o Lima*. "Relaciones geográficas de Indias", de Marcos Jiménez de la Espada. Madrid, 1881. Tomo I; p. 59.
55. LÓPEZ DE CARAVANTES, *Noticia general del Perú* (citado por Marcos Jiménez de la Espada, en "Relaciones geográficas de Indias". Madrid, 1881. Tomo I; p. 59 y sgte).
56. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; p. 540.
57. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I; p. 409.
58. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; p. 540.
59. HORKHEIMER, Hans... *Vistas arqueológicas del Noroeste del Perú*. Trujillo, 1944; p. 37.
60. HORKHEIMER, *La alimentación en el Perú prehispánico...* Cap. XV, p. 87.
61. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. II, p. 239.
62. RIVA AGÜERO, José de la... *Historia del Perú*. Lima, 1953 (recopilación y ed. póstumas). Tomo I; p. 184.
63. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. XXXI, p. 221.
64. *Discurso sobre la descendencia y gobierno de los Incas (1608)*. Lima, Col. Urteaga-Romero. Segunda Serie. Tomo III; p. 18.
65. ENGEL, Frederic... *Elementos de prehistoria peruana*. Lima, 1962; p. 62.
66. LARCO HOYLE, Rafael... *Archaeologia Mundi. Perú*. Ginebra, 1966; p. 62.
67. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 110.
68. LARCO HOYLE, Rafael... *Vicús 2. La cerámica de Vicús y sus nexos con las demás culturas*. Lima, 1967; p. 40.

HISTORIA MARITIMA DEL PERÙ

69. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antiguo*; p. 120.
70. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. IX, p. 255.
71. MURUA, Martín de... *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú* (1590). Lima, 1946, Col. Loayza. Libro primero, cap. XIX, p. 27.
72. UHLE, Max... *La estólita en el Perú*. "Revista Histórica". Lima, 1907. Tomo II, trimestre I; p. 118. (No registra el *Diccionario de la Lengua Española*, de la Academia —Madrid, 1970; p. 585, primera columna— la voz *estólita* que introdujo Uhle en la literatura arqueológica, no se sabe basado en qué. Tampoco la consignan los tratadistas más autorizados de Etnología y Arqueología. DITTMER, *Etnología general*, p. 164, usa las correctas *lanzardos* o *propulsor*, "tablilla —dice— que alargaba el brazo y aumentaba el efecto de palanca de éste". Agrega: "Probablemente se inventó esta arma en la parte oriental del Viejo Mundo, ya que no se encuentra en el Occidente, mientras que sí se extendió por los Mares del Sur hasta Australia y, ante todo, por Siberia oriental y Norteamérica". Este es un argumento más en favor de las teorías difusionistas, que debe añadirse a los indicados en los capítulos sexto y sétimo. BEALS y HOJER, en *Introducción a la Antropología*, p. 297, siguiendo a Boas y Cushing, llaman al ingenioso instrumento *tirador de lanza*).
73. UHLE, *La estólita en el Perú*; p. 120.
74. UHLE, *La estólita en el Perú*; p. 123.
75. Un trabajo meritorio por la copiosa recopilación y ordenamiento de datos es el de Mercedes CARDENAS MARTIN, ya citado en el capítulo anterior, *Presencia de concha y hueso en el Antiguo Perú* (en "Boletín del Seminario de Arqueología", del Instituto Riva Agüero, N° 2; abril 1969; pp. 1-61). El uso de la concha lo encuentra repartido la autora en *instrumentos musicales* (cascabeles, cimbales y caracoles usados como trompetas); *ofrendas* (de las que se ha tratado en el capítulo octavo), *objetos de concha* (herramientas, armas, objetos de ornamentación, anzuelos y útiles de textilería) y en *aplicaciones o incrustaciones* (principalmente en el metal, la madera, la calabaza, la piedra y la cerámica). El uso del hueso (se entiende, del hueso de animal marino) está igualmente en incrustaciones, ofrendas y objetos diversos como instrumentos musicales, espátulas, anzuelos, herramientas y armas.
76. ENGEL, *Elementos de prehistoria peruana*; p. 37.
77. LARCO HOYLE, *Las épocas peruanas*; p. 37.
78. HORKHEIMER, Hans... *El Perú prehispánico*. Lima, 1950; p. 145.
79. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 99.
80. KRICKEBERG, Walter... *Etnología de América* (1939). México, 1946; p. 408.
81. HORKHEIMER, *El Perú prehispánico*; p. 284.
82. MUELLE, Jorge C. ... *Muestrario de arte precolombino*. Lima, 1938; p. 11.
83. PEZZIA ASSERETO, Alejandro... *La cultura Nasca*. Lima, 1962; p. 42.
84. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antiguo*; p. 130.
85. MEJIA XESSPE, Toribio... *Mitología del Norte Andino Peruano*. "América Indígena". México, julio 1952. Vol. XII. N° 3; p. 239.
86. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 24.
87. CARRION CACHOT, Rebeca... *Paracas*. Lima, 1949; p. 59.
88. ENGEL, Frederic... *Algunos datos con referencia a los sitios precerámicos de la Costa peruana*. Lima, 1958; p. 32.
89. ENGEL, Frederic... *A preceramic settlement of the Central Coast of Peru. Asia*. Filadelfia, 1963; p. 80.
90. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 97.
91. LARCO HOYLE, *Las épocas peruanas*; p. 79.
92. TELLO, Julio C. ... *Los antiguos cementerios del valle de Nasca*. "Actas del Segundo Congreso Científico Americano". Washington, 1917. Vol. I; p. 1.
93. *Los antiguos cementerios...*; p. 4.
94. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I; p. 476.

NOTAS AL CAPITULO

95. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIV, cap. IX, p. 255.
96. MONTESINOS, Fernando de... *Memorias antiguas, historiales y políticas del Perú* (siglo XVII). Madrid, 1882. Cap. XXVI, p. 155.
97. GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe... *El Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno* (1587-1615). Lima, 1956 (interpretación de Luis Bustíos Gálvez). Tomo I; p. 45.
98. MURUA, *Historia del origen y genealogía...* Col. Loayza. Libro segundo, cap. I, p. 40.
99. MURUA, *Historia del origen y genealogía...* Col. Loayza. Libro segundo, cap. VI, p. 49.
100. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I; p. 47.
101. VALCARCEL, Luis E. ... *Esculturas de Pikillajta*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1933. Tomo II. N° 1; p. 33.
102. GUAMAN POMA DE AYALA, *Nueva Corónica...* Tomo I; p. 249.
103. MOLINA, el Cusqueño, Cristóbal de... *Fábulas y ritos de los Incas* (1574). Lima, 1943, Col. Loayza; p. 55.
104. En "Inca". Lima, 1923. N° 1, Vol. I; p. 58.
105. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro IV, cap. II, p. 362; párrafo 1149.
106. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo II; p. 591.
107. VALCARCEL, *Esculturas de Pikillajta*; p. 22.
108. VALCARCEL, *Esculturas de Pikillajta*; p. 33.
109. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antiguo*; p. 157.
110. TELLO, Julio C. ... *El Strombus en el arte Chavín*. Lima, 1937.
111. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro V, cap. XXXII, p. 618; párrafo 1752.
112. JIMENEZ BORJA, Arturo... *Las danzas en el Antiguo Perú*. Lima, 1955 (en base a Max UHLE, *Los aborígenes de Arica*. "Revista Histórica". Lima, 1918. Tomo VI. Entrega I).
113. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I; p. 334 y sgte.
114. BENNETT, Wendell C. ... y BIRD, Junius B. ... *Andean Culture History*. Nueva York, 1960; p. 261. También: Víctor W. von HAGEN, *Culturas pre-incaicas*. Madrid, 1966. Cap. III; p. 93.
115. George ROUMA (*El imperio incaico*. Lima, 1936; pp. 29 y 30) destaca que "el pago del impuesto en *productos fabricados* era considerado de importancia fundamental por los Incas". Agrega: "El trabajo de las tierras del Sol y del Inca constituía el tributo principal... y todo ciudadano estaba obligado, además, a fabricar armas, vestidos y calzado para el Estado... en relación con los productos de la región y la habilidad manual de sus habitantes". Finalmente, "el indio debía ejecutar también todos los trabajos de utilidad pública que le eran encomendados".
116. BUSTO, José Antonio del... *Historia general del Perú. Perú antiguo*. Lima, 1970; p. 246.
117. GUAMAN POMA DE AYALA, *Nueva Corónica...*; p. 254.
118. BAUDIN, Louis... *El imperio socialista de los Incas*. Santiago, 1943; p. 291.
119. MEDINA, José Toribio... *Monedas usadas por los indios de América al tiempo del Descubrimiento*. Buenos Aires, 1912; p. 11.
120. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro III, cap. XXXII, p. 132.
121. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro III, cap. XXXII, p. 133.
122. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro III, cap. XXXII, p. 132. También: Libro VII, cap. IV, p. 287.
123. ACOSTA, *Historia Natural...* Libro cuarto, cap. XV, p. 169.
124. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general...* Tomo I, Primera parte; p. 111.
125. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general...* Tomo I, Primera parte; p. 344.
126. *A lo somormujo*: por debajo del agua. Modo adverbial que deriva de *somormujar* (o *somorgujar*): sumergir, chapucear, bucear bajo el agua. *Somormujo* es el nombre de un ave palmípeda que "vuela poco y puede mantener por mucho tiempo sumergida la cabeza bajo el agua" (Acad.). En el texto principal, el cronista se refiere a los nadadores que buceaban para extraer las perlas de los fondos someros.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

127. *Estado es una antigua medida que equivale aproximadamente a "la estatura regular del hombre"* (Acad.). No mayor de siete pies, solía usarse principalmente para apreciar profundidades como en el caso que cita el cronista.
128. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general...* Tomo I; p. 345.
129. HERRERA, *Décadas*. Tomo II. Década cuarta, Libro segundo, cap. VIII; p. 35.
130. JUDIO PORTUGUES o ANONIMO PORTUGUES, *Descripción del virreinato del Perú* (siglo XVII). Rosario, Argentina, 1958; p. 117. (Ver nota 322 del capítulo décimo).
131. RUIZ NAHARRO, Pedro... *Relación de los hechos de los españoles en el Perú*. "Colección de documentos inéditos para la Historia de España". Madrid, 1844. Tomo XXVI; p. 233.
132. *Relaciones geográficas de Indias* (recopiladas y comentadas por Marcos Jiménez de la Espada). Madrid, 1885. Tomo II; p. 227 y sgte.
133. ALCEDO, *Diccionario geográfico-histórico...* Madrid, 1788. Tomo III; p. 51 y sgte.
134. JUAN, Jorge... y ULLOA, Antonio de... *Noticias secretas de América*. Londres, 1828. Tomo II; p. 549.
135. RIOJA, Enrique... *La vida en el mar*. México, 1964; p. 230 y sgte.
136. SANTA CRUZ PACHACUTI, Joan de... *Relación de antigüedades deste Reyno del Perú* (1613). "Tres relaciones" (recopilación de Marcos Jiménez de la Espada). Madrid, 1879; p. 275.
137. TSCHUDI, Juan Diego de... *Contribuciones a la historia de la civilización y a la lingüística del Perú antiguo* (1891). Lima, Col. Urteaga-Romero. Primera Serie. Tomo IX; p. 82.
138. GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales* (1609). Lima, 1967, Col. Autores Peruanos. Tomo III. Libro VIII, cap. XXIII, p. 131.
139. SALINAS LOYOLA, Juan de... *Relación de la ciudad de Sant Miguel de Piura* (segunda mitad del siglo XVI). "Relaciones geográficas de Indias", de Marcos Jiménez de la Espada. Madrid, 1885. Tomo II; p. 227.
140. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 22.
141. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 23.
142. SCHWEIGGER, *El litoral peruano*; p. 204.
143. SCHWEIGGER, *El litoral peruano*; p. 392.
144. SCHWEIGGER, *El litoral peruano*; p. 393.
145. *Reto a los buceadores: ¿quién encontrará el banco de perlas frente a Piura?* "El Comercio". Lima, 27 de julio 1967.
146. TSCHUDI, *Contribuciones...*; p. 81.
147. LARCO HOYLE, *Archaeología Mundi. Perú*; p. 93.
148. SANTA CRUZ PACHACUTI, *Relación de antigüedades...*; p. 297.
149. GUAMAN POMA DE AYALA, *Nueva Corónica...* Tomo I; p. 249.
150. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; p. 175.

Capítulo XIV

EL MAR EN EL ARTE

Dos hechos es importante destacar al iniciar el estudio relativo a la presencia del mar en el arte del Perú precolombino: el primero, que *el mar informa* o, mejor, *el mar inspira* la obra creadora del artista desde la más remota antigüedad; y el segundo, que el mar llega al arte con una carga cuantiosa y determinante de contenido mágico-religioso.

Engel dice: "...el *hombre del precerámico*, de hace cinco mil, cuatro mil quinientos o cuatro mil años, ya tenía una cultura interna muy desarrollada... [pero] no sabemos —agrega— hasta qué punto el *arte precerámico* es la expresión de un pensamiento totémico o mágico, o puro impulso de expresión artística..."¹. Destaca el mismo autor que en los "manteles grandes de Asia" hay una composición extraña, de "dos cabezas de animal, *pecados* o serpientes (no se puede precisar), que se arrastran unidos por un solo cuerpo".

La descrita podría ser la primera manifestación de un arte inspirado en el tema subyugante y variadísimo del mar. En un trabajo posterior, el mismo Engel —que en los últimos años ha profundizado como ninguno en el estudio del precerámico²— registra la existencia de una *pieza de hueso*, usada como pendiente de adorno, con hueco al centro para cordel sustentador, que tiene al reverso una decoración a base de una *estrella de mar*, según un modelo muy estilizado. El trabajo ha sido hecho por la técnica de la incisión, con pequeñas perforaciones, y pertenece, como el anterior, a la era precerámica.

No son éstas las únicas muestras en que el mar, en la remota edad de los primeros ocupantes de la Costa, asoma como un tema favorito o, por lo menos, muy apreciado, en la creación

artística, sea que tuviera ésta un contenido puramente estético, sea que fuera una simple manifestación de predominantes ideas religiosas. En otros *objetos de arte* (positivamente tales o en los que se atisba, por lo menos, una *intención artística*, más o menos clara), extraídos, como los anteriores, de depósitos precerámicos, no faltan los elementos provenientes del mar. Engel insiste en la importancia del ser mitológico bicéfalo de las muestras de Asia, y llega a proponer que ese extraño personaje no bien definido —seguramente inspirado en la figura del *pez*— puede ser tenido como el *patrón precerámico* del monstruo de dos cabezas que llega por el camino de los siglos y aun de los milenios —lo que probaría su fuerza como modelo de arcaica vigencia— hasta las altas culturas de los primeros siglos de la era cristiana.

Es indudable que, desde los primeros momentos —desde el instante en que el hombre se enfrentó al mar para deleite de sus sentidos, para temor de su espíritu o para satisfacción de sus exigencias vitales—, un poderoso e insoslayable torrente de estímulos proveniente de la vasta superficie líquida y de los seres extraños que en su seno habitan, hizo impacto e hirió profundamente en las facultades, sentimientos y calidades afectivas de ese hombre. Desde ese momento, todo intento de creación artística —como *creación pura*— o toda aventura del pensamiento hacia los destinos de la religión, donde mandan poderes sobrenaturales, se vieron profundamente impregnados de las nociones realistas o mitológicas elaboradas en torno al mar.

El mar hizo impacto en ese hombre no sólo como entidad cósmica de fuerza abrumadora; no sólo como llanura sin fin que devora al caer la tarde al astro luminoso; no sólo como manifestación misteriosa, honda y sobrecogedora de la naturaleza —extraña suerte de abismo insondable— sino, en lo práctico y cotidiano, como fuente de recursos, como almacén pródigo para la vida. Mirando así las cosas desde el ángulo de la experiencia común y de los valores materiales —aunque de bajo rango, vigorosos—, Kosok anota en favor de esta prosaica consideración, que con sus enormes reservas ictiológicas, “el mar ha sido la gran despensa” de los antiguos peruanos y, “por la misma razón, el *motivo del pez* ha sido usado en forma generalizada en el diseño de la cerámica y del arte textil”³, vale decir, en los patrones fundamentales de la creación artística.

El arte peruano antiguo es un arte de profundo contenido religioso. Valcárcel, no obstante su orientación materialista, dice: “En el enorme material que comprenden las formas artísticas del Perú antiguo (cerámica, tejidos, pintura, escultura, orfebrería...) ...es inconfundible la presencia del tema *mágico-religioso*. Puede sostenerse que el arte en el Perú, en la mayor

**Taza con banda ornamental de peces. (*Nasca*.
Procedencia: Río Grande, departamento de
Ica. Siglo IV de nuestra era. Museo de la
Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
*Foto: Abraham Guillén.***





duración histórica, es un *medio de expresión religiosa*"⁴. Y en otra parte agrega: "La estrecha relación que guarda el arte con la religión y la magia hace que lo consideremos preferentemente como arte *simbólico*. Esa relación se hace evidente cuando se examina la cerámica, el tejido, la escultura, la pintura, la arquitectura, la música y la danza de los antiguos peruanos"⁵.

Todos los especialistas en arte peruano precolombino convienen en asignarle esta característica fundamental. El contenido religioso —o, más ampliamente, mágico-religioso— no sólo se percibe en la cerámica —que, de todas las artes, fue la que alcanzó mayor popularidad— sino también en el tejido, en el arte de los metales, en *el arte lítico de superficie*, en la escultura, etc.

Aun en los estilos realistas, los seres tomados de la naturaleza pronto se transforman y devienen en figuras monstruosas, ora de dioses protectores, ora de demonios o entes malignos.

En general, la naturaleza obsesiona; y pocos elementos de la naturaleza obseden tanto como el mar. Del mar se nutren las ideas religiosas y las composiciones mitológicas. Las ideas sobre el mundo, sobre el destino de los hombres, sobre el bien y el mal, tienen que ver con el mar. El pensamiento de los hombres dirigido en su aventura a todos los confines, es como una nave inmaterial que surcara los espacios oceánicos.

Ya en el capítulo octavo sobre Mito y Religión se trató de la íntima relación entre el mar y las ideas religiosas, relación las más de las veces expresada en el arte. Por razones obvias, de ese aspecto se prescinde en el presente capítulo.

En lo que atañe al grado de conocimiento que los antiguos peruanos —intérpretes eximios de la naturaleza (por dictado de las convicciones religiosas o por pura sensibilidad estética)— tuvieron del mar, baste decir que con el barro realizaron el más acucioso inventario de los seres que lo pueblan. Unas veces por los cauces de la escultura, otras por los de la pintura, registraron en sus secretos el mundo íntimo del mar. La escultura fue generalmente realista; la pintura, convencional, con espectacular participación no pocas veces de ingredientes mitológicos, deformaciones intencionales y combinación de atributos del más variado origen.

La tendencia general hacia la convencionalización, y la tendencia hacia la síntesis y geometrización (por el juego admirable de la línea) de algunos estilos representativos, llegan a veces a una desfiguración completa, o casi completa, de los modelos de la naturaleza, pero un conocimiento de los procesos seguidos por el artista pronto revela la fuente básica de la figura. El caso del pulpo —estudiado en el estilo Chancay por Yoshitaro Amano⁶—, que de la figura realista en los comienzos

deriva a un juego de triángulos y puntos de asombroso entronque con el arquetipo, es verdaderamente ejemplar. Ya Stübel había notado esta tendencia, diciendo que “una de las características más dignas de tomarse en cuenta en la creación de las pinturas y tejidos peruanos, consistió en el esfuerzo que gastaron los artistas en *transformar las figuras humanas y animales en elementos puramente geométricos*, sin comprometer la organización primitiva del modelo. Consiguieron esto en parte con las figuras nacidas de la dislocación, las que fueron retocadas en sus contornos, y sus superficies completadas con líneas y puntos”⁷. También Baessler⁸ tiene observaciones muy interesantes sobre los procesos de deformación, síntesis y simplificación de los elementos tomados de la naturaleza, para formar, por ejemplo, grecas o bandas ornamentales. En su monumental estudio sobre el arte peruano antiguo, de 1903 —que sigue siendo, por el método y la acuciosidad, un estudio modelo—, Baessler explica la deformación geometrizada del *pulpo*, especialmente de los apéndices de los tentáculos y de las ventosas, hasta dar origen a las grecas que emplearon los tejedores y ceramistas.

Una transformación análoga observó el mismo Baessler en el pescado, con tendencia hacia el engranado o endentado. “La doble línea del zigzag provendría —dice Oyarzún, comentando el texto de Baessler— de la disposición curiosa que dan las cabezas triangulares de dos pescados acostados sobre una superficie plana y dispuestos de tal manera que, en el ángulo vacío que dejan las cabezas, se coloque otra en sentido opuesto”.

Atraído por el misterio del mar, el alfarero de los primeros tiempos no tardó en copiar, entre los seres de la naturaleza, de preferencia a los que poblaban las aguas. Larco explica, siguiendo la cronología generalmente aceptada, que en el *período medio* de la que él llama *Epoca Inicial de la cerámica* (por el 2000 antes de Cristo)⁹, después de los primeros trabajos burdos representados por las vasijas de *Queneto*, “el ceramista se dedica a copiar con más o menos fidelidad la naturaleza y por eso aparecen las esculturas sólidas de hombres, animales y frutos”, hechas por la técnica del *modelado*. Pues bien: uno de los primeros seres de la naturaleza reproducidos por el alfarero de la época inicial, es el *caracol de mar*¹⁰, lo que es muy significativo.

EL DESLUMBRANTE MUNDO MARINO DE LA CERAMICA MOCHICA

Después del arte Chavín, que es un arte de misterio, de figuras demoníacas, demostrativo de terror, extraño, “el nuevo

arte Mochica da la impresión de ser creado por una población que se ha *reconciliado con la naturaleza* y que no la considera como un conjunto de misterios funestos”.

La interpretación, que es de Horkheimer¹¹, se ajusta al mensaje que porta el nuevo estilo. La naturaleza, circundante, llena de luz; el trámite vital de las agrupaciones agrícolas y pesqueras; la flora generosa de los valles, y la elemental y encogida que se aferra en el linde del desierto; la fauna que puebla los cielos limpios, la tierra de proteicas fisonomías y las aguas fecundas del mar; las ocupaciones de los hombres y todos los aspectos descollantes de la geografía con sus cosas y habitantes, están admirablemente reflejados, como en un inventario acucioso, en los ceramios escultóricos y en los vasos globulares del estilo mochica.

Pero, a esta visión realista del mundo que el artista transporta al barro con admirable exactitud, se agrega la visión recóndita, profunda, también llena de misterio porque tiene directamente que ver con las extrañas convicciones religiosas de los hombres de entonces, con la mitología y la visión secreta de las cosas. Allí los dioses, los personajes sobrenaturales, las fuerzas físicas extrañamente humanizadas. Allí, el mundo irreal que gobierna el mundo real.

“En el arte precolombino de la Costa —dice Tello, refiriéndose específicamente al *arte mochica*— es donde se hallan mejor reflejadas las actividades y adquisiciones económicas de los antiguos pobladores de este territorio. En este arte corren paralelas las *representaciones realistas* de los seres de la *fauna marina*, las escenas de pesca y caza, las representaciones de los frutos de plantas cultivadas y las escenas agrícolas. Y, como en el caso de las perlas y de la pesquería de perlas, en él también se observa representaciones de *seres fantásticos* o *sobrenaturales* que adornan los objetos de alfarería, orfebrería y textilera, que constituyen los testimonios más valiosos para acreditar cuán compleja e intensa fue la vida social y cuán íntimamente estuvieron unidas a la naturaleza misma, a sus enigmas y misterios, la mente y el alma de los peruanos de ayer”¹².

Del examen de estas dos claras manifestaciones del arte cerámico mochica —una, realista, animada de un elocuente propósito informativo; otra, mitológica, relacionada ya no con la naturaleza sino con las creencias, aunque los medios expresivos que utiliza el artista proceden del mismo medio circundante—, del examen dicho, repetimos, se descubre que “las creencias, costumbres y conducta social [de los mochicas] están enraizadas en una mitología que corresponde a un pueblo materialista pero de indudable progreso ideológico”¹³. Agrega Cossío

del Pomar, de quien es la cita precedente: "El panteón [de los mochicas] está plagado, en todas las manifestaciones sensibles, de demonios y monstruos de varias magnitudes, de mitos rotundos y de guerreros de un calibre mágico transido de ingredientes primitivos".

A la hora del inventario de la naturaleza, de las ocupaciones, de los modos de vida y de la obtención de los medios para subsistir, "los mochicas son realistas", de un realismo "apasionado", ferviente, que no cede a ninguna otra exigencia. A la hora de hacer frente a la naturaleza, que les es tan cara, tan tentadora, tan llena de matices, los mochicas, "unen a la *agudeza de observación*, una expresión vigorosa y franca, que les abre el camino a una sicología penetrante. No se preocupan por representar la idea en abstracto... Pueblo *ultraobjetivo*, plasma en la materia todo lo que es dictado y necesidad del espíritu. Y lo realiza con una envergadura emocional extraordinaria".

El rasgo dominante es, ciertamente, la *ultraobjetividad*, sobre el que ha enfatizado Cossío del Pomar. Puede haber alguna simplificación, un tomar de vez en cuando el camino de la síntesis, un borrar elementos accesorios para destacar las substancias, pero el modelo de la naturaleza siempre está presente, intacto, puro: réplica fiel. Por eso, el arte mochica es un *arte documental*: una historia escrita en barro; no pocas veces, también, una historia reseñada en la composición pictográfica. "La cerámica —dice el citado Cossío del Pomar— es una especie de *Antiguo Testamento* mochica"¹⁴.

La pictografía mochica —a veces realista, como en las frecuentes escenas de caza y guerra, pero, por lo general, llena de figuras sorprendentes, con monstruos humanizados, seres irreales de las más extrañas formas y cuadros profundamente mixtificados— tiene sobre la representación escultórica una ventaja, que la amerita: el movimiento, el dinamismo, la vida plena (que, en esencia, la vida es eso, movimiento). Mientras en los ceramios escultóricos —excepcionalmente valiosos como documento— hay un cierto estatismo, una quietud de cosa arrancada a la naturaleza y desposeída por consiguiente de ritmo vital, en las pictografías las escenas vibran y los seres actúan. Así, la *dinámica constante del mar* está en este arte cabalmente representada. "Los monstruos, los calamares y las arañas de mar pueblan un mundo de vértigo giratorio...". Una "plena concepción de la *vida activa en movimiento*" registra en su obra el artista mochica¹⁵.

En esta cerámica pictográfica, "...la ornamentación aprovecha dos colores —explica Muelle¹⁶—, aplicados antes de la cocción del ceramio, manejando a menudo un pincel bastante fino. Se dibuja con mano segura, de primera intención, sin

tanteos, sobre superficie blanquecina comúnmente, empleando un pardo rojizo... La impresión es fresca; es decir, examinando un gran número de muestras se ve que conocían aquello que dibujaban. Los temas son esencialmente *escenas de la vida real*: fiestas, mujeres que tejen, cacerías, *pesca*, *recolección de caracoles*, etc. y, sobre todo, representación de combates. Hay [también] escenas imaginativas... El tratamiento de sus elementos es naturalista *pero el conjunto no es verídico*; frecuentemente vemos animales con vestidos y actitudes humanas, o quizá sea mejor decir... hombres con cabezas y otras partes, cola, alas zoomórficas...". Tal ocurre, por ejemplo —citando casos que nos interesan por la índole de este libro— con el *pandión* o *águila marina*, o con un pez ataviado con la solemnidad y aparato de una verdadera deidad.

Las representaciones, ora escultóricas, ora pictográficas, relacionadas con el mar, de la cerámica mochica, son variadísimas. He aquí un inventario que no va más allá de preliminar:

1. *Fauna marina, en general*. La fauna marina perteneciente al deslumbrante mundo de los mochicas, aprovechada por ellos en su alimentación o incorporada, directa o indirectamente, a sus ideas religiosas y mágicas, "fue muy numerosa. Gran cantidad de peces —explica Larco¹⁷— están fielmente representados en la cerámica; la abundancia de estos animales influyó mucho en la formación de las culturas costeñas que, como sabemos, *tuvieron al principio como única actividad la pesca*. Los ceramios nos representan a la lisa, a la corvina, al lenguado, al tollo, al bonito, al robalo, a la raya, al bagre, a la cojinova, etc. Los crustáceos, a su vez, están profusamente representados: así vemos variedades de camarones, de cangrejos y de langostas, animal este último que abunda mucho en las rocas de las playas de El Brujo; además, se tenía la *ostra*, el barquillo, la concha de abanico y variedades de caracoles entre los moluscos que fueron y siguen siendo el principal alimento de los pobladores del litoral, muy especialmente de los que se dedican a la pesca. El *estrombo*, empleado como instrumento de viento por los mochicas, a manera de trompeta, y la concha de puntas (*Spondylus pictorum*), que se encuentran con alguna frecuencia dentro de las tumbas y que son originarias de las costas centroamericanas, fueron producto de intercambio".

Como Larco, también Tello ha destacado la variedad de especies representadas en los ceramios mochicas y, sobre todo, subrayado el tratamiento fielmente objetivo de la reproducción. Dice: "La conocida *población insular* del Pacífico, formada por guanayes, alcatraces, camanayes, petreles, leones, lobos, tiburones y mantas, está representada con *marcado realismo*"¹⁸.

Un estudio especial ha merecido el *angelote*, un pez intermedio entre el tiburón y la raya, de muy difícil pesca —la que

requiere de muchos recursos— y cuyos huevos gozan de gran aceptación en la mesa de las gentes del pueblo por las propiedades nutritivas que tienen.

“Los ceramios antiguos de la costa peruana —comienza explicando en su excelente estudio el ingeniero Agustín Badaracco¹⁹— ...prueban que los pobladores como hijos del buen comer llegaron a conocer diversas especies *pelágicas*. Aún más: el indio del litoral, piloteando *grandes balsas de totora* y aprovechando las corrientes, navegó a lo largo de la costa... y se familiarizó con la fauna y la flora marinas, inagotables en especies de formas maravillosas... Asombrado al contemplar aquel inmenso manantial, misterioso y fecundo, profesó culto al *dios del mar*, porque lo creyó hacedor de todas las cosas...”.

Entrando al tema concreto del *angelote*, el autor citado dice que como sedal para la pesca, el mochica usaba “un largo cordel trenzado en forma aplanada, confeccionado de hilados de algodón o de otra fibra vegetal, teniendo en un extremo una cabeza artificial semejante a la del congrio, cuyas barbillas estaban imitadas por cuatro largas espinas de huarango (*Acacia punctata*), fijadas fuertemente y dispuestas a modo de anzuelo...”. Cuando el *angelote* tragaba la *añagaza*, el anzuelo quedaba ferozmente prendido en el esófago o en los pliegues internos del estómago del animal. “Además, la forma aplanada del sedal y su trenzado favorecían la captura del mencionado pez, cuyos dientes son agudos y encorvados hacia adentro...”.

Prosigue en su estudio el ingeniero Badaracco: “Tan pronto como el pescador se apoderaba del monstruo, procedía a rematarlo con un *tumi*, para evitar que el pez, dando violentas sacudidas, saltara nuevamente al agua; luego, practicando un corte a la altura del estómago, extraía la *añagaza* para utilizarla sucesivamente en la pesca”.

Por su estructura anatómica, como ya se dijo, el *angelote* es el tránsito entre el tiburón y la raya. “Tiene el cuerpo alargado y aplanado, la cabeza redondeada, más ancha que el cuerpo, la boca bastante grande ocupa la extremidad del hocico”. Los dientes son muy agudos. Se le llama, también, *peje ángel* y abunda en los mares de la costa Norte. Se echa en los fondos cenagosos y se alimenta preferentemente de lenguados, congrios y anguilas. Alcanza metro y medio de largo y su carne es de poco valor pero se le pesca por los huevos, altamente estimados. Los mochicas ya consumían estos huevos. Termina el autor que hemos seguido: “Desde los tiempos remotos, los pueblos de la costa del Perú han venido empleando los llamados *huevos de angelote* como un poderoso reconstituyente del organismo humano”.

La cantidad de ceramios mochicas que representan peces, crustáceos, moluscos, cefalópodos y otros miembros de la multitu-

dinaria y variadísima fauna del mar, hace un porcentaje considerable. Destacan:

— Una *manta humanizada*, con figuras pintadas en el dorso de estrellas de mar, rayas y aves marinas. Un rostro humano sobresale debajo de la cabeza del animal.

— Una divinidad con diadema y lujoso atuendo, que devora un *pez largo*, de prominentes aletas.

— En una pictografía: un *pez humanizado*, de cuerpo largo, vermiforme, con cola, aletas y escamas muy señaladas, que lleva en una mano un cuchillo o *tumi*. Este pez humanizado comparece ante un rey, sentado en un trono, el cual lo tiene alzado del cuello con la mano derecha mientras con la izquierda muestra un cuchillo y agita un látigo. La escena se completa con un tercer personaje, un turiferario del rey, y con un pez pequeño, que parece vagar ajeno al acto.

— En otra pictografía: un *pez fiero*, con aletas y enorme cola, y algunos atributos humanos. Porta un cuchillo y lo acompañan: cangrejos, peces y una estrella de mar.

— En otra pictografía: *dibujos realistas de peces* que devoran caracolutos.

— Un *pulpo humanizado*; otro pulpo con cabeza humana, pero ésta con el rasgo felinoide de los colmillos.

En la serie de los cangrejos:

— Una divinidad de rostro humano, colmillos de felino prominentes y enorme tocado, todo ello sobre un *cuerpo de cangrejo* de caparacho moteado. Los brazos son poderosas tenazas, también moteadas.

— Otra divinidad con colmillos de felino, sentada, apoya en el cuerpo sus brazos, que son tenazas entreabiertas.

— Una figura humana, al centro de una complicada composición, se enfrenta a un *cangrejo humanizado*, al cual tiene asido de la cabeza. Alrededor se distribuye una multitud de pececillos, gusanos de mar, arañas de mar, etc.

— Un *enorme cangrejo con figura humana* y colmillos de felino, sustenta a dos personajes, a uno de los cuales —el de arriba, que lleva diadema— apunta con sus poderosas tenazas entreabiertas.

— Un vaso globular aparece decorado con *cuatro cangrejos*, en alto relieve, de admirable precisión anatómica.

— Una pictografía representa al *demonio-cangrejo*. En el caparacho hay un rostro felinoide.

En la serie de las langostas:

— Una pictografía muestra una langosta de largas antenas, en dibujo perfectamente simétrico, asociada en una banda ornamental a peces de anchas aletas dorsales. Otros animalitos del *bentos* acompañan al conjunto.

Plato con ornamentación de pez en el fondo, por la técnica de la incisión. (*Paracas*. Procedencia: Península de Paracas. Horizonte cultural Formativo o Temprano: 2,800 años de antigüedad, aproximadamente. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: *Abraham Guillén*).





— Otra pictografía muestra una langosta de patas extraordinariamente largas a cuyos extremos van prendidos, como de anzuelos, unos pececillos cabezones, presumiblemente anchovetas.

2. *Conchas y caracoles*. Jiménez Borja ha estudiado como ninguno el proceso de transformación, en las pictografías mochicas, del caracol real en un monstruo demoníaco, verdaderamente espantable. Dice en su bello libro *Moche*²⁰: “Muchas de las figuras a fuer de ser manejadas, se transforman... La rica imaginación de este pueblo prende en llamaradas. Así, un *caracol marino* desarrolla sus líneas, adquiere cola, lengua y garras hasta transformarse en un demonio que se agita dentro de su caracola y crece, crece como levadura. Así se pueblan los cielos y la tierra de monstruos brillantes como las arenas del desierto”.

La presencia del *caracol marino* en la cerámica mochica, es frecuente; pero, de la representación *realista* pronto pasa el artista a la representación *irreal* de un *monstruo fabuloso* con cola escamada, faz terrible y ojos desorbitados, un verdadero demonio. La transformación relaciona, por lo tanto, *el caracol de mar con la idea de un demonio*. Conceptualmente, el caracol de mar tiene un contenido demoníaco; es un ser de poderes sobrenaturales que se presenta ante los hombres no como un dios favorable sino como un ser maléfico y espantable, que aterroriza.

La transformación puede ser seguida en tres fases:

a) En la *primera fase*, el caracol marino aparece en dibujo realista. Nada en él es extraño. Pero el rasgo dominante y preparatorio de la transformación es el par de antenas, singularmente sobresaliente.

b) En la *segunda fase* se inicia la metamorfosis con tres elementos extraños: “una cola en forma de serpentina²¹, cuyo trazo armoniza con las estriás de la concha, dando ritmo al conjunto; patas que tornan amenazante al animal extraño que allí va surgiendo; y “una lengua ahorquillada”, la que sale por entre los dientes puntiagudos. Esta lengua tiene toda la apariencia de la bífida de los ofidios. Puede haber una relación entre el desarrollo de esta figura, a la que ya se le distinguen perfiles demoníacos, y la observación de la serpiente. Sin duda, la serpiente presta su rasgo más característico.

c) En una *tercera fase*, la figura, en general, se magnifica y gana tres nuevos elementos: un caparacho gigante por transformación fácil de la concha primitiva; una cabeza, con lengua afuera y ojos saltones, en el extremo de la cola; y garras en las patas.

Finalmente, el monstruo fabuloso se da pleno. Los dientes se tornan “mortales y terribles”; el cuello es largo y remata en una

cresta; todo el cuerpo está cubierto de escamas, incluyendo las patas; y la cola es poderosa, como de cocodrilo, también encrespada. Del primitivo caracol marino sólo queda el caparacho, ahora, incluso, reducido a elemento secundario. Todo es espantable en esta figura. El propósito de representar un ser fiero y demoníaco, surgido del caracol, alcanza su más cabal realización.

Rebeca Carrión destaca que en las representaciones artísticas se ve claro el significado mágico de las conchas de los mares tropicales, el *Strombus galeatus* y el *Spondylus pictorum*. En estas conchas, indudablemente, vive un ser sobrenatural. Este ser sobrenatural, dueño de grandes poderes, no es —contra la opinión antes vertida— un ente maléfico, un demonio, sino un ente benéfico, porque, según Tello, *produce el agua* y origina, por lo tanto, la *fertilidad*. La fertilidad, en la mente del pueblo mochica, es una idea obsesiva por la circunstancia del desierto. La forma como actúa este ser sobrenatural, está explicada en las mismas pictografías con claridad: de la concha salta a tierra y recorre los campos, regando fecundidad y gérmenes.

Interviene la concha de otra manera también, que la explica igualmente Rebeca Carrión: aparece en los vasos un dios que tiene bajo su control las fuerzas de la naturaleza, como la lluvia, los vientos, etc. Entre otros atributos o emblemas sagrados, este dios porta una *concha Strombus*, “que, al soplarla, produce las nubes”²².

Fuera de estas representaciones pictográficas, de típico contenido mitológico, hay que considerar también los ceramios escultóricos, género alfarero en el que no falta el motivo malacológico. Los artistas del último período de la *Epoca Auge* (por lo general, del *Mochica IV*) —dice Larco—, hacen de terracota diversos instrumentos musicales, entre ellos trompetas de vuelta y “trompetas que imitan a los *Strombus*”²³.

En el inventario de *dioses y dragones conchados, y conchas*, simplemente, destacan:

— Un *felino conchado* de larga cola y lengua bífida, montado sobre un pez.

— Un monstruo anidado en una concha caracol, con cuello largo y cola robusta y dentada. Las patas se separan del caracol, ganan en tamaño y se arman de agudas uñas. La lengua termina por ser bífida y de la cabeza se alzan rectas antenas.

En el género escultórico, predominan las representaciones de moluscos bivalvos —unos de superficie lisa, otros de superficie estriada (de estrías constituidas por surcos profundos y paralelos), otros finalmente de superficie rugosa, áspera, con marcadas protuberancias— pero no faltan los caracoles. De unos y otros hay ejemplares de un realismo asombroso.

3. *El águila marina*. "Entre todas las representaciones animalistas —dice Cossío del Pomar—, la que descuella por su admirable estilización es el *águila marina*, animal sagrado entre los mochicas. Un ave de rapiña que habita en las orillas del mar y se alimenta exclusivamente de peces, conocida en la vasta costa peruana con el nombre de *martin pescador*"²⁴.

El *águila marina* motivó un minucioso estudio de Eugenio Yacovleff, del que aquí ofrecemos una apretada síntesis.

Señala Yacovleff, tras el examen de los materiales museográficos, que hay dos clases de representaciones de este animal tan íntimamente vinculado al mar: la *pictórica* y la *escultórica*. En un cántaro escultórico, el ave aparece de cuerpo entero, "posada entre unos picachos o peñascos en los cuales crecen cactus. En sus garras sujeta un *tollo*. Debido a las dificultades que representa la reproducción en bulto de las plumas erizadas de la nuca, éstas están interpretadas sólo como tres eminencias cónicas"²⁵.

En muchos otros huacos escultóricos aparece el águila marina, o *pandión*, unas veces en forma *muy naturalista*, otras en forma *estilizada*, pero sin perder sus caracteres específicos naturales.

El artista mochica observó que el águila marina gustaba del *tollo* (*Mustelus*), un pariente pequeño del tiburón, y por eso, casi siempre la representó con un ejemplar de este pez entre las garras, en lugares que revelan ser alejados, entre peñoleras o terrenos accidentados.

Las plumas erizadas de la cabeza y el cuello fueron un problema para el artista escultor. Generalmente, prescindió de ellas en su representación, pero cuando las puso, las redujo, como se ha dicho, de manera muy sencilla y convencionalizada a tres prominencias.

Hay una representación del águila marina muy extraña, que, por la forma del pico, se acerca a un loro o papagayo. El artista ha agregado al cuerpo dos miembros superiores, con los cuales el ave coge un pez y lo devora.

Pero, las representaciones principales del águila marina se dan en los *vasos pictográficos bicromos*. La exactitud naturalista es, en todos los casos, notable.

En un dibujo aparece el águila marina con las alas abiertas cogiendo un camarón. Son comunes las representaciones de esta ave entre cactus, en el campo desolado, o ante un vaso o plato, colocado, según parece, con algún alimento. Indicaría el vaso que el ave recibía de los hombres una contribución alimenticia, seguramente para ganar sus favores o a manera de ofrenda a una deidad identificada con el animal.

El águila marina aparece, igualmente, en complicadas y muy típicas composiciones escenográficas, "acompañando a los gue-

rreros, ayudándoles a atacar a sus enemigos, volando encima de los prisioneros...". En general, "se porta como un ser relacionado íntimamente con los victoriosos mochicas". Por ejemplo: un guerrero ataca a un adversario y lo domina; encima de las armas del soldado victorioso revolotea en soberbio vuelo el pájaro, que ostenta sus característicos lagrimones. Otro guerrero o sacerdote, de estampa imponente, con lujosa indumentaria, castiga sin piedad a un prisionero desnudo y le hace sangrar de la nariz. Con una taza, este personaje ofrece la sangre del desdichado rehén a una águila marina, que revolotea con las alas completamente extendidas. Es una ceremonia de ofrenda, que parece indicar que el pandión era el dios protector de las armas mochicas en las campañas de conquista.

Los procesos de *humanización* son frecuentes: aparece el águila marina con atributos humanos pero sin perder sus rasgos fundamentales. Por ejemplo: águilas portando armas; águilas listas para el combate con toda la panoplia mochica, etc.

También se dan los procesos inversos: soldados que, por el atuendo, se convierten en águilas. Un guerrero tiene anchas y abiertas alas de águila, cola también de águila, y va armado con maza y rodela. Va avanzando por un despoblado cubierto de cactus y, de pronto, le sale al encuentro una águila verdadera, que vuela bajo con el pico abierto, amenazante.

Otro estudio importante sobre las variadas representaciones del águila marina, es el de Jiménez Borja. Para Jiménez Borja el águila marina tiene tres clases de representaciones: la *realista*, la *estilizada* y la *escultórica*. Las dos primeras corresponden al género mochica de los vasos globulares con decoración pintada sobre fondo blanco-crema. En la representación *realista* (o *semirrealista*), los elementos anatómicos del animal aparecen fácilmente reconocibles. El artista se limita a acentuar algunos rasgos y a componer, es decir, a *hacer trabajo artístico* con sujeción a un propósito en el que lo mágico-religioso y lo puramente estético se juntan. Además, el artista, al *componer*, satisface exigencias de orden básicamente artístico, como aquella que lo obliga a considerar la totalidad de la superficie a decorar. De la observación realista sale un dibujo igualmente realista: el águila marina en vuelo, a punto de posar ante un recipiente donde le espera alimento; las alas abiertas pero frenando el descenso; la cola estirada; las patas en actitud de enfrentar el suelo. El suelo está representado por una franja ornamental de *escalonados*, y el recipiente en el que espera alimento al ave deificada también tiene decoración de escalonados. Destacan en el perfil del ave las plumas alzadas del cuello, tanto las del dorso como las del pecho.

En la otra representación —la *estilizada*—, en cambio, la figura del animal desaparece como un todo y el artista sólo

emplea para dar cumplimiento a sus propósitos unos cuantos elementos; por ejemplo, el cuello y la cabeza. Además, el cuello se transforma en la cabeza de otro ser (que, por el trazo, se aprecia que es un pez), y las cabezas, en doble combinación, constituyen una franja ornamental.

En la tercera representación, que es la *escultórica* —ya ampliamente tratada por Yacovleff—, el águila, por lo general, aparece aprisionando un pez en un roquedal. Esta es una manera de representación eminentemente realista, de un realismo ciento por ciento objetivo, pero no exento de notable elaboración artística.

El inventario básico registra:

— Un *águila marina* devorando un pez grande y largo en la cima de un peñasco.

— Un *águila marina* (pintada en un vaso globular de asa estribo) pesca con cordel y cobra una gran presa.

— Una *gaviota* devora un pez.

— Un ave no identificada toca en un tamboril.

— Un ave de pico largo y aguzado atrapa un pez en el agua.

4. *El lobo marino*. La caza del lobo marino fue una actividad muy corriente entre los mochicas, los cuales aprovechaban la enorme masa del pinnípedo para extraer carne y grasa y usar el cuero.

“Las pictografías de los vasos —dice Jiménez Borja²⁶— nos relatan la forma cómo los mochicas realizaban la cacería de lobos. Cuando las manadas dormitaban sobre la playa, irrumpían los cazadores dando grandes gritos y golpes de palos sobre las peñas, los lobos asustados intentaban huir hacia el mar, mas los hombres de la partida les cortaban la retirada obligándolos a subir playa adentro y así entre las rocas los victimaban con pesadas mazas...”.

En los textos comúnmente se incurre en el error de considerar a la *foca* como el pinnípedo de los peruanos, siendo así que es el *lobo de mar* u *otaria*. La foca —observa un especialista— no tiene orejas y se mueve en tierra arrastrándose sobre el vientre o dando saltos. En cambio, coincidiendo con su representación en los vasos mochicas, el *lobo marino* u *otaria* tiene unas orejas cortas que nunca fueron omitidas por los artistas, y se desplaza sobre sus patas (aunque de manera muy torpe).

Las representaciones de lobos (a veces, hembras con sus lobatos), son variadas. En el dibujo de un vaso globular de asa estribo aparece el lobo huyendo de la persecución de un cazador, el cual está armado de un mazo pesado y grande, que blande en el aire. Para rodear la composición de *ambiente marino*, la conmovedora escena se completa, en los espacios libres, con moluscos diversos, caracoles, estrellas de mar y pulpos. En

otro dibujo, los lobos huyen hacia el mar, defendiéndose. Uno ha volteado la cabeza hacia su agresor, intimidándolo con las fauces abiertas. El lobero lleva una pequeña túnica listada, que le cubre de los hombros a poco arriba de las rodillas, y sujeta su cabellera, que es larga, con una *huincha*, que lleva adorno frontal. El arma de caza puede ser un *remo* pero su conformación más encaja con el diseño de un *mazo*. Los pulpos, los caracoles y las estrellas de mar revelan un roquedal batido por las olas.

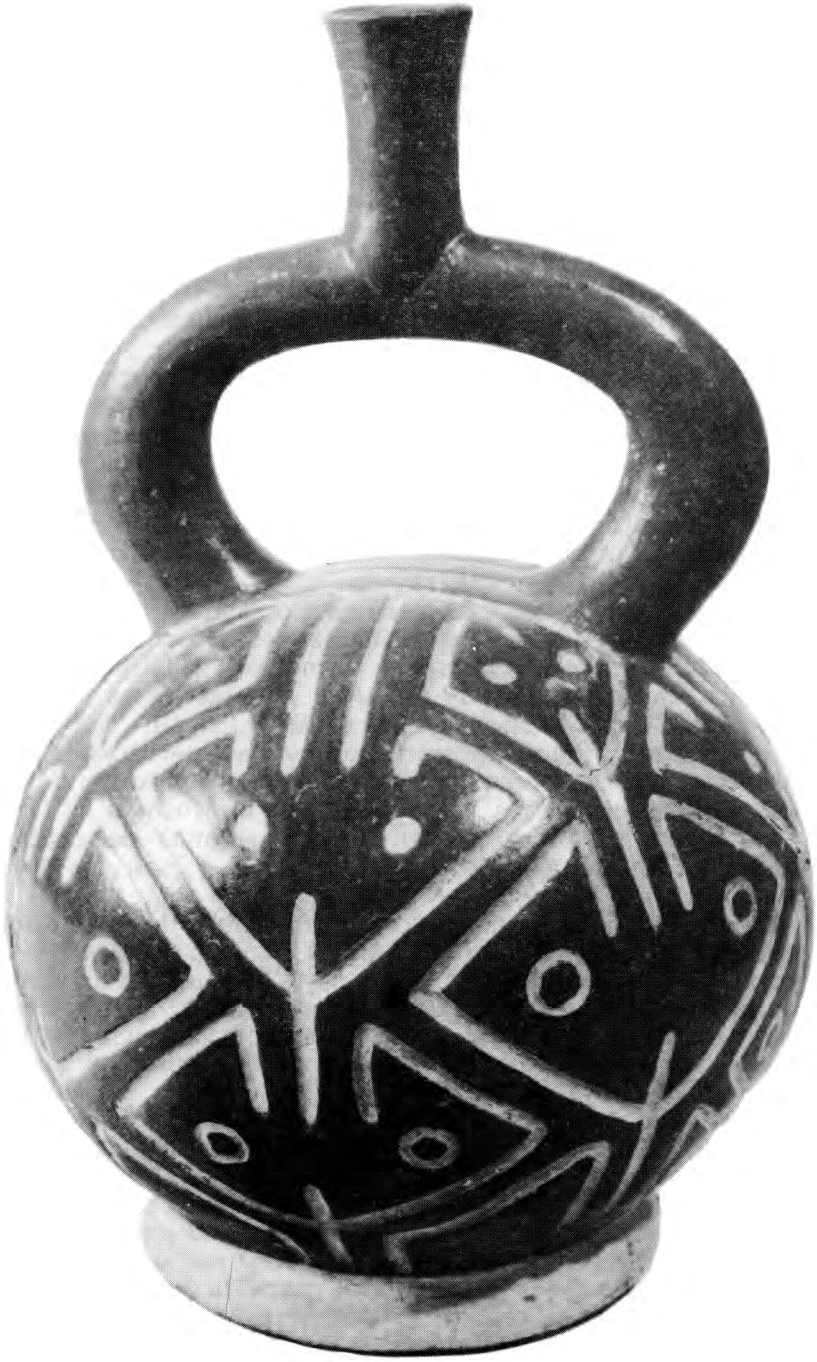
5. *Embarcaciones*. El número de ceramios mochicas —tanto del género escultórico como del pictográfico— con representación de embarcaciones, especialmente del *caballito de totora*, es grande. Los vasos escultóricos representan perfectamente a los *caballitos*, por lo general, como eran en la realidad, con la proa marcadamente arrufada y concluida en punta. Unas embarcaciones son grandes, hasta para tres tripulantes; otras, pequeñas, con un solo hombre a bordo. Con los hombres aparecen también los aparejos de pesca, los cántaros para el agua, las redes y hasta los pescados. Todo con gran realismo, aunque generalizadas las formas y simplificados los elementos.

En las representaciones pictográficas, en cambio, la documentación está fuertemente adulterada por el vuelo imaginativo del artista y por el propósito de *irrealidad* que ha perseguido, todo ello en dosis que la mitología acentúa. Unas veces el cuadro se recarga con seres de la población marina y de la fauna que habita en los aires en una medida tal que el dibujo de la embarcación totalmente se descompone. Otras veces, la mitología anima demasiado a las cosas y humaniza también demasiado a los seres de la naturaleza. La barca termina en cabezas monstruosas y los canaletes adoptan, dentro del agua, la forma de piernas. Todo es irreal, fantasmagórico, absurdo, aunque las ideas, a pesar del marco de inverosimilitud, están bien expresadas. Otras veces, por último, el arrufamiento de los haces de totora de los *caballitos* se acentúa tanto que termina por convertir a éstos en diseños de la luna. En estos casos, un felino interviene para reemplazar al pescador. La irrealidad se hace, entonces, completa.

El documento, sin embargo, para conocer el arte de la construcción naval entre los mochicas, nunca falta. Dentro de las arbitrariedades del dibujo pictográfico, siempre se da el dato valioso que sirve para reconstruir en sus detalles la barca pesquera de los viejos pobladores de la pintoresca playa de Huancho.

Algunos dibujos muestran grandes balsas de totora, de dos puentes, con botijas y prisioneros en el puente bajo, y personajes con atavíos solemnes en el puente alto. No hay documentación

Cántaro globular, con asa-estribo, cuya decoración, por la técnica de la incisión (de ancho trazo), representa peces estilizados. (Mochica. Procedencia: Costa Norte. Periodo Intermedio temprano: 300-400 años después de Cristo. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Abraham Guillén).



escultórica de este tipo de embarcación pero en abono de la teoría de las *grandes balsas de totora*, como las indicadas, la arqueología propone que los mochicas llegaron hasta las islas Chincha, por mar, para extraer el fertilizante llamado *guano*.

El inventario registra:

— Un *caballito de totora* con tabiques laterales (dos por banda), como falcas, para limitar y asegurar el "interior" de la embarcación. Un tripulante, al centro, sostiene, todavía sin accionar, un canaleta o remo de caña de Guayaquil. En el *casco* aparece dibujado, mediante una banda ornamental, el ritmo de las olas.

— Un *caballito de totora* que remata en figuras demoníacas, como mascarones. El personaje que lo tripula, verdaderamente lo cabalga, sujetando una de las cabezas monstruosas con un cordel.

— Un *caballito* convertido en un pez gigante. Es una composición escultórica en la que la cola del pez simula la proa arrufada de la embarcación. Sobre el lomo va el pescador accionando un remo de caña rajada.

6. *Pesca en el mar*. La cerámica mochica abunda en representaciones de pesca, tanto en los vasos *escultóricos* como en los *globulares con asa estribo*. Como indica Larco, mayormente destaca la *escenografía pesquera* en las fases Mochica III, Mochica IV y Mochica V. En el *Mochica III*, "los recipientes son decorados con representaciones de guerreros, escenas de batallas, cacería, *pesca*, representaciones de la divinidad y algunos *genios del mar...*"²⁷. Igualmente, en el *Mochica IV* "hay gran número de ceramios exornados con escenas de gobierno, de lucha en los campos de batalla, de caza y *pesca* y de la vida animal..."

Pero, donde la precisión representativa y la abundancia llegaran al nivel del asombro, es en el *Mochica V*. Aquí —subraya Larco con palabras emocionadas—, "la pintura escenográfica, aunque complicada y detallista, es magnífica. Los mejores vasos escenográficos mochicas son de este período y *constituyen la fuente de información más valiosa que tenemos en los estudios arqueológicos del Norte del Perú*"²⁸.

Una pictografía muestra un *caballito de totora* convertido en un monstruo bicéfalo, sobre el que va el pescador con una larga cuerda en la mano, tendida en el mar. Entre los aparejos de pesca, hay cuchillos de concha. Un pez ha picado y el pescador se dispone a alzarlo. Aves de largo pico siguen al pescador, nadando en el agua, y le ayudan. Son, probablemente, cormoranes (o *guanayes*) amaestrados para la pesca, a la manera de los cormoranes chinos. El cuerpo de la embarcación, hecho de haces prensados de totora, está claramente dibujado.

Hay mucho de irreal, también, en las representaciones de pesca. Por ejemplo: en un ceramio escultórico, un pescado gigante, acompañado de un pájaro marino, tiene cogida a una raya con un cordel. En una pictografía, una divinidad antropomorfa sujeta con un cordel a un monstruo marino ligeramente humanizado, que lleva en la mano un cuchillo o *tumi*. También un enorme pez ligeramente humanizado y de aletas que terminan en espinas sobresalientes, pesca una raya; y *pescadores convertidos en cangrejos* tienen cogidas sendas rayas.

Fuera de las escenas descritas de pesca *desde embarcaciones*, en el mar, también hay escenas de pesca *desde tierra*. Así, desde unos peñascos batidos por las olas, un pescador, con colmillos de felino, pesca. Completan el cuadro: caracoles, aves marinas, lobatos, rayas y otros habitantes propios de las rompientes. El pescador —en la interpretación de Baessler²⁹— parece estar escondido, en actitud de acecho. Otro pescador, también con colmillos de felino y tocado suntuoso, pesca rayas desde las rocas. Lleva cobradas algunas piezas, que tiene tendidas en la peña, y entre ellas hay un pez moteado. Otro pescador pesca rayas desde tierra, con la inmediata compañía de aves marinas y lobos. Completan el cuadro algunas conchas, las que acentúan el carácter del ambiente.

EL PEZ ENTRELAZADO O INTERLOCKING

En la costa central —explica J. Alden Mason³⁰—, comprendiendo los valles de Chancay, Rímac y Lurín (Pachacámac), se desarrolló en la *Epoca floreciente* del primer milenio (por la misma época de Mochica y Nasca), el estilo cerámico *interlocking* que llaman los arqueólogos norteamericanos, o *entrelazado* o *engranado*, que surge como consecuencia de un “proceso gradual”, con muchas formas intermedias, del estilo *Blanco sobre Rojo*. “El motivo decorativo más frecuente —destaca Alden Mason— es un *pez estilizado*, sin duda *adaptado de los dibujos textiles*, repetido en un modelo *entrelazado* y pintado en negro y en blanco sobre un fondo rojo”.

Willely y Stumer se han ocupado en sendos trabajos muy valiosos de esta cerámica, definiéndola de manera precisa por sus caracteres. El primero (1943) dice: “El estilo *interlocking* queda definido por el uso de un *diseño estilizado de peces entrelazados*, derivado de un motivo textil. Los tipos dentro del estilo —agrega— son denotados por un tratamiento rectilíneo y curvilíneo del diseño y por un número de elementos menores, tales como círculos, áreas de puntos y marcas de equis, que algunas veces son empleados conjuntamente con el motivo de los peces... A menudo se ha empleado como decoración una greca de peces

entrelazados debajo del borde de la vasija". Por su parte, Stumer (1953) expresa, haciendo historia en pocas palabras: "En sus excavaciones en el valle de Chancay... Max Uhle encontró una fina cerámica dignamente decorada en sombrías combinaciones en negro, blanco y rojo, que se distingue por unas *cabezas de peces* o de serpientes entrelazadas, lo que constituye su principal elemento de diseño".

El elemento *cabezas de peces entrelazadas* constituye, por lo tanto, el rasgo principal del estilo *interlocking* (que Uhle denominó *Proto-Lima*).

Se encuentra este estilo, sobre todo, en *Playa Grande*, al Sur de Ancón, su foco, donde lo han estudiado recientemente, con minuciosidad, Tabío y Rosselló —buscando ambos los entronques y tratando con éxito de determinar la cronología—, y en Pachacámac, asociado aquí a las partes más antiguas de la "inmensa pirámide de adobe" de la capital sagrada de la Costa.

La ubicación cronológica general de este estilo ya no presenta dudas: es contemporáneo de las culturas Mochica y Nasca, como se dijo, y su derivación de las formas del arte textil es una conclusión incuestionable³¹.

El *pez entrelazado* (*interlocking fish*, de Kroeber), que aparece tanto en los ceramios como en los tejidos, es "un *motivo básico* del arte peruano", como dice Jijón y Caamaño, que lo ha estudiado profundamente³². El mismo Jijón y Caamaño recuerda que fue Uhle "el primero que llamó la atención acerca de la importancia histórica de esta decoración". Uhle, en 1909, encontró un fragmento muy antiguo en el Templo del Sol, de Pachacámac, decorado con peces entrelazados. Registró, también, un muro en Chancay, con peces entrelazados en los colores blanco, negro y rojo sobre amarillo. Finalmente, cosechó muchos vasos con la misma ornamentación, es decir, con "adornos —dijo— enteramente iguales a los que se encuentran en el arte de *Proto-Nasca*", lo que podría indicar —agregó— que "Proto-Lima (o *interlocking*) desciende de *Proto-Nasca*".

Kroeber es autor de una descripción muy detallada de la cerámica *interlocking* procedente de Chancay, de la que destaca el frecuente uso de peces, tanto entrelazados como "solos y libres", en la temática decorativa. Dice Kroeber: "El dibujo de peces entrelazados es común a muchas artes cerámicas y textiles en el Perú", pero ya en su época debió admitir que no hay peces entrelazados en Chavín, Cupisnique y Salinar y que son raros, mas no desconocidos, en las representaciones de los vasos Nasca y Mochica.

"En la alfarería arcaica de Tiahuanaco —expone Jijón y Caamaño— hay motivos triangulares entrelazados, *con simetría alterna*, que pueden tener alguna remota relación con el *pez*

entrelazado" y en cuanto a la cerámica de Chiripa, hay en ella —anota el mismo autor— "motivos ornamentales que, entrelazados, parecen tener algo que ver con los del pez"³³.

Respecto a los atisbos, muy perdidos y en bajo porcentaje, del *interlocking* en Nasca, el arqueólogo ecuatoriano comenta que "si examinamos la forma en que se han representado los peces entrelazados... advertiremos que es perfectamente rígida, sin presentar las variedades y derivaciones que ocurren en el Proto-Lima, lo que —subraya— es prueba de que *en el Sur se copia un dibujo recibido del Norte*". Los peces entrelazados aparecen en el estilo B, de la seriación Gayton-Kroeber, que es el tercer estilo.

En la opinión de Jijón y Caamaño, el motivo *peces entrelazados* no pasó, como quiso Uhle, de Nasca a Proto-Lima sino, al revés, de Proto-Lima a Nasca. "El ornamento —explica—, por curioso que ello resulta, parece ser originario de la Sierra, en cuyos lagos viven el *suche* y la *boga*, de gran importancia para la economía indígena. Algo más: hay indicios para pensar que es oriundo del *valle interandino occidental*...". Este valle interandino occidental es el que sirvió de escenario para el florecimiento de la cultura *Recuay*.

Pero la teoría de Jijón y Caamaño va más allá: pretende relacionar la figura del pez, en su tratamiento como "figura de revolución", con la *marea cultural* de procedencia centroamericana que habría barrido —según cree el mismo autor— toda la parte occidental de Sudamérica, hasta el Perú. Concretamente sostiene que, así como la figura del *pulpo*, del Proto-Lima, se conecta con su similar de Nicaragua y Costa Rica, así también, la figura del pez, en su tratamiento como "figura de revolución", delata un "*claro abolengo en el movimiento cultural que se extiende de Nicaragua a Recuay*"³⁴.

Los hitos del gran curso de propagación serían entonces los siguientes: Nicaragua, Recuay, Chancay, Lima, Lurín (Pachacamac) y Nasca, con una probable ramificación hasta Chiripa y Tiahuanaco.

Desde el punto de vista de la ejecución artística, Jijón y Caamaño observa diversos tratamientos del tema:

a) En unos casos, las "figuras son barrocas": "unos peces se continúan en otros mediante líneas angulosas que constituyen un complicado dibujo; sobre los cuerpos hay series de triángulos que, representando aletas, son, a la vez, cabezas, quizás trofeos..."³⁵.

b) Una combinación de cuatro peces, a la manera centroamericana, genera una "figura de revolución", en la que no se omite ningún elemento básico. La boca aparece perfectamente delineada, por ejemplo. Hay, empero, una cierta transformación hacia el ofidio, lo cual no es desusado.

c) En otras figuras, la cabeza del pez predomina, al extremo que el artista llega a la eliminación del cuerpo: "el estilo es menos barroco; el entrelazamiento más inmediato de los peces". Aparece una "diversidad de cabezas *adventicias*, hechas para rellenar los espacios". Se llega, también, a la "supresión completa de las aletas". Un marco decorativo se desarrolla a base de la lengua del pez.

d) A veces, como en piezas extraídas de las tumbas de Maranga, la figura del pez se reduce "a un simple dibujo geométrico de trapecios —cabezas— con un punto —ojo— en el medio, dispuestos en simetría alterna"³⁶.

e) Se dan casos de *composición híbrida* del ofidio y el pez: "el entrelazamiento y las cabezas triangulares son propios del segundo, pero es evidente que en esta etapa de la estilización los dos motivos se confunden".

f) Se da también el caso de "un simple dibujo geométrico" en el que sólo queda como clave para descubrir el significado de la composición el agregado de las aletas, "convertidas en cabezas".

g) El inventario registra, finalmente, figuras de peces convertidas, al parecer, en cabezas humanas; cuerpos de peces convertidos en rombos, "en el interior de los cuales se ven, aisladas, más o menos convencionalmente hechas, cabezas de peces"; "dibujo geométrico de triángulos... relleno con cabezas de peces"; "cabezas dobles, opuestas por el occipucio"³⁷, etc.

Es importante, también, la representación del pez *en forma aislada*. La imagen del pez así, con tratamiento realista, aparece en Chancay especialmente, según Uhle y Willey. Los principales casos que se presentan, son los siguientes:

a) Peces en actitud de nadar con apéndice cefálico y "ganchos que recuerdan plumas en vez de aletas, y una mano"³⁸.

b) Un pez rígido, con el cuerpo bordeado de aletas triangulares.

c) Peces triangulares, "con grandes fauces dentadas, propias de un animal carnívoros, probablemente el *boto*". (La representación del *boto* —comenta Jijón y Caamaño, recordando los trabajos de Eugenio Yacovleff, de 1932, sobre la deidad primitiva de los Nasca— "se ha aducido... como prueba de la relación entre el arte de Proto-Nasca y el *más antiguo* del valle del Rímac". La frecuencia de este tema en la alfarería Proto-Lima "induce a creer que el *boto* haya sido el símbolo de la deidad suprema de los pueblos del litoral peruano... al igual que fue para los de la Sierra el puma o el cóndor").

Como una derivación, extremadamente simplificada, de la figura del pez y de sus elementos, debe ser considerada, por último, la *decoración de puntos*. "Sospechamos que la *decora-*

ción de puntos, de círculos con ojo, y de ambas cosas combinadas, tiene algo que ver con la representación de las pintas de ciertos peces..."³⁹; pero no debe descartarse la posibilidad de que, en su origen, estos puntos o estos círculos punteados hayan tenido relación con la piel del jaguar o con las estrellas.

La cerámica *Playa Grande* —que es el nombre que ahora se utiliza para designar a las vasijas con decoración *interlocking*— debe al arqueólogo cubano Ernesto Tabío uno de los mejores trabajos de los últimos años de descripción, recuento y localización en el tiempo y en el espacio. Refiriéndose al emblema de los *peces entrelazados* —aunque asaltado por el temor de que no sean peces sino ofidios—, Tabío dice: "La decoración clásica está constituida por una greca, pintada en colores blanco y negro (algunas peces, también, en rojo vivo) sobre un englobe rojo, que representa con diversas variantes a unas *cabezas de peces...* altamente estilizadas. En algunos casos hemos visto que desde la greca junto al borde de la vasija se prolongan hacia abajo otras decoraciones... En otros, muy pocos, la vasija además de la greca ya mencionada va totalmente decorada con complejos e intrincados diseños que son basados en estilizaciones de las *cabezas de peces entrelazados*"⁴⁰.

LA POLICROMA ICONOGRAFIA DE LOS MANTOS DE PARACAS

El arte de Paracas está representado por ceramios y tejidos, pero el prestigio de éstos sobrepasa largamente al de los primeros. Es un prestigio de resonancia universal. Los mantos de Paracas están considerados, técnica y artísticamente, como los logros más notables del mundo, en relación con su tiempo y con los medios de que dispuso el tejedor.

La cerámica de Paracas presenta platos y vasijas globulares con doble pitorro y asa puente. Los dibujos de la decoración tienen trazo inciso y las áreas cromáticas corresponden a colores, de naturaleza resinosa, aplicados después de la cocción. No faltan los motivos ictiomorfos, bien logrados, con agilidad de líneas y destreza de composición. Por ejemplo: un pez chato, que puede ser el lenguado, aparece, mediante finas incisiones, en el fondo de un plato. El motivo se repite y tiene sus variantes.

Pero, por la calidad excepcional que los distingue, merece que dediquemos la mayor atención a los paños. Ellos, como se ha dicho, forman el exponente máximo del arte paraquense y están en la cúspide, también, del arte aborígen peruano.

Los maravillosos mantos de Paracas, descubiertos por Tello y Mejía en 1925, bajo los arenales de la península de ese nombre, correspondientes al período de la prehistoria del lugar que



Cántaro ictiomorfo, negro, con asa-estribo.
(*Chimú*. Procedencia: Costa Norte. Período
Intermedio tardío, siglo XIV d. C. Museo
Nacional de Antropología y Arqueología.
Foto: Abraham Guillén).

Tello denominó *Necrópolis* (siguiente al período *Cavernas*), presentan admirables diseños policromos, en la técnica del bordado con aguja y crochet, de personajes mitológicos y guerreros, y especialmente —como dice un especialista⁴¹— de animales antropomorfizados entre los que no faltan las *aves marinas* y los *peces*.

Muchos autores, peruanos y extranjeros, han hecho en notables publicaciones el elogio del arte textil de Paracas. Este arte esplendoroso, que registra hasta dieciséis tonos diferentes —un record de teñeduría en el mundo— y “que demuestra una alta concepción artística equiparable a un gran dominio técnico”; este arte que, en materia de color, no tiene parecido por las *vecindades audaces*, como llama Cossío del Pomar, y las *combinaciones ilimitadas*, y que se halla representado por “telas... que pueden catalogarse, al decir de Raúl D’Harcourt, entre las más extraordinarias obras de arte del mundo por el sentido misterioso que se plasma en los tejidos, por su prestigiosa minuciosidad y por el simbolismo policromo de sus figuras”; este arte sin par —decimos— ofrece una gama amplísima de motivos de representación, en la que no faltan, desde el punto de vista de los intereses de nuestro estudio, los personajes, reales o mitológicos, relacionados con el mar. Hay reptiles, felinos; seres extraños de profunda estirpe mitológica —unos graciosos, otros espantables y repelentes (como en Chavín)—; y, sobre todo, dioses y demonios con raros atavíos, “adoptando formas de serpientes, jaguares, pájaros y *peces humanizados*...”⁴².

Las representaciones zoomorfas son *seminaturalistas* porque en las figuras está el trazo esencial de los seres reales de la naturaleza, pero todo dentro de una visión estilizada. Rebeca Carrión ha insistido en este aspecto muy importante del arte textil de Paracas. Ella distingue, siguiendo a Tello, tres clases de ornamentación: la *geométrica*, la *natural* (o inspirada en la naturaleza o en los seres que la pueblan) y la *mitológica*. En la ornamentación basada en la naturaleza aparecen *pájaros marinos*, *pescados* y *caracoles*, todos tratados de manera *realista*, sin mayor adulteración formal (no así de los colores), lo que hace posible su identificación⁴³.

En cambio, en la ornamentación mitológica aparece igualmente el *pez* pero profundamente antropomorfizado, con atributos humanos. Aparece, por ejemplo, el *pez divinizado*, con emblemas sagrados, portando en la mayoría de los casos cabezas-trofeo. “En algunos casos —señala Rebeca Carrión—, la humanización del pez es casi completa, dando la impresión de una *escarnación del hombre en el cuerpo de un pez* o, mejor, la *humanización del pez*”.

Rebeca Carrión, asimismo, llama la atención, tratando de la mitología de Paracas —que se refleja en los paños—, sobre el

importante papel que jugó un *pez similar al tiburón*, identificado por Tello —dice— “como el *rynodium*, presentado con cuchillos y cabezas trofeo en el característico estilo del arte de los Incas”. Pero ya sobre el *monstruo marino* de Paracas —que tiene, naturalmente, relación con el de Nasca— se había ocupado, y con profundo conocimiento, Eugenio Yacovleff, en 1932, adelantándose en forma magistral a todos los estudios encaminados a la interpretación de las figuras de los celebrados mantos. En el arte textil de Paracas —sostiene el malogrado arqueólogo ruso—, aparece, como en Nasca, la *orca* o *boto* —un monstruo de los mares que se pasea frente a las costas del Perú, depredador y terrible— pero con un tratamiento distinto al que registra la cerámica de los vasos policromos. En general, “las imágenes paraquenses del boto presentan mayor variabilidad que las de Nasca... En Paracas es notoria la *ausencia de las formas realistas*... El hocico de las orcas paraquenses es siempre más largo, como en el verdadero delfín y... con una acentuada curvatura...”⁴⁴. Hay otras diferencias en lo tocante a la forma de las aletas, a la forma de la cabeza, a las bandas superpuestas del tronco, etc.

Comparando el tratamiento del boto en Paracas y Nasca, salta a la vista que la antropomorfización es “más brusca y franca”, más acusada, en los bordados de Paracas que en las pinturas de Nasca. Tanto, que a veces “el boto resulta bastante desfigurado”, tomando el conjunto la *posición vertical*, con piernas humanas, lo que ya es *negación substancial de la postura del boto*. La antropomorfización del boto en Nasca jamás atenta contra la *posición tendida*, de *un ser que nada*; en cambio, en Paracas, esa posición desaparece, se cambia por la vertical, que es propia del hombre, y, por lo tanto, se concluye que *la humanización desfigura el arquetipo*.

LA GRAN FAMILIA PARACAS, SEGUN TELLO

En *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas* —expuesta en el Vigésimosexto Congreso Internacional de Americanistas, de 1939 (realizado en Lima), pero publicada en 1942—, Tello explica (dirigiendo su doctrina a las *concepciones integrales* —uno de sus grandes aportes—) que “con la denominación de *Paracas* se designa *un conjunto de culturas relacionadas entre sí* por ciertos caracteres comunes o por caracteres semejantes, como si correspondieran a diversos aspectos de una misma civilización...”⁴⁵. Resultan, así, emparentadas por lazos más o menos estrechos, cuatro culturas de estirpe serrana y tres de estirpe costeña. Las del primer grupo son:

Huari o *Huanca*, *Chanca*, *Chucurpo* y *Rucana*; las del segundo: *Chincha*, *Paracas* y *Nasca*.

El arte de estas culturas —en unas más, en otras menos— contiene elementos marinos, remotos unas veces pero no por ello carentes de significación. En efecto:

a) El arte *Huari* aparece en la alfarería, en la tapicería, en las vasijas de piedra, en los estampados de oro y en los trozos *incindidos* o *tallados de conchas Spondylus*. El mar presta en este último caso el *material* para la ejecución de la obra de arte. Pero, además —destaca Tello—, “el arte decorativo *Huari* tiene como fundamento la representación de un ser vermiforme o serpentiforme”, *con elementos agregados que se emparentan con el dragón conchado* de Huailas, que puede tener origen marino. Así, el *molusco fundamental* domina la decoración, con probable raíz marina o conexión con el mar.

b) La cultura *Chanca* probablemente tuvo su centro “en la Sierra contigua a la floresta amazónica, en la cuenca del río Pampas”, pero aprovechó, seguramente por su gran expansión, “de los recursos naturales de las tres grandes regiones del país, pues entre sus restos figuran productos diversos procedentes de la Sierra, la *Costa* y la *Montaña*”; principalmente, “productos marinos”⁴⁶. Los chancas dejaron en Paracas “el archivo más notable e ilustrativo de su civilización”.

En el arte *Chanca* (“cerámica consistente en vasos cilíndricos, tazas campanuladas, cántaros globulares achatados con doble pico y asa”) se dan “seres humanos de cabeza cadavérica”, desnudos, que parecen “cadáveres resucitados”; cabezas cadaavéricas (sólo cabezas); y seres monstruosos bajo la protección de una *concha*. Estos seres monstruosos tienen adornos en la cabeza que hacen la impresión de “aletas y penachos”.

El demonio, muchas veces, cubre la cabeza cadavérica o el cadáver completo, como si lo hubiera devorado o se identificara con él. Pero, con frecuencia, la cabeza que cubre el demonio deja de ser humana para adoptar la forma de una lechuza, de un lagarto, de un mono o de un *tiburón*.

c) *Chucurpo* es una modalidad especial de la familia *Chanca*, con testimonios semejantes a *Chincha* en Lurín, Mala y *Chincha*, desde el mar hasta la cordillera de *Pariacaca*. Fue un arte local, coetáneo a otras modalidades más extendidas, con “cántaros oblongos de base cónica, de gollete grueso y corto y labio expandido con asas laterales”. Lo que interesa destacar aquí es que la ornamentación de esta cerámica es incisa, “imitando los diseños textiles, en su mayoría peces y aves convencionalizados”⁴⁷.

d) *Rucana* no muestra signos, en su arte, de origen marino.

e) *Chincha* es una cultura reciente, con área de *Chincha* a *Camaná* y foco en el lugar llamado *Callangos*, en el valle de *Ica*.

La decoración de la cerámica es geométrica, con triángulos y puntos, pero "la base o radical es también aquí el *caracol*", seguramente un *caracol marino*.

f) *Paracas* tiene como máximo exponente su arte textil, sobre el que Tello —su descubridor— destaca que presenta "gran variedad de *figuras bordadas* que adornan las diferentes piezas de la indumentaria. Estas pertenecen a un sistema de representaciones de dioses y demonios que no difieren de las reconocidas en Chavín". Esta documentación artística amplía nuestro conocimiento —agrega el sabio— "acerca de la creencia de estos antiguos pueblos en dioses que están asociados y a la práctica de los sacrificios humanos; y a la provisión de alimentos y al control de las fuerzas y fenómenos naturales que los producen".

Finalmente:

g) *Nasca*. Esta cultura se desarrolló entre Pisco y Acarí y su foco estuvo en el valle del Río Grande de Nasca. Fue una derivación de *Paracas*. "Aparte de las comunes representaciones, *casi realistas*, de animales, frutos y plantas, lo más saltante de esta cerámica es la riqueza de sus representaciones escenográficas donde figuran un determinado número de dioses y demonios, de humanos sacrificados, de cadáveres vivificados y de partes del cuerpo humano devoradas por cóndores y otros animales necrófagos, siempre en relación con prácticas de sacrificios humanos por un lado, y por otro con prácticas agrícolas". El arte *Nasca* —para ampliar la información— está representado también por paños finos, como la magnífica *tela de Cahua-chi*, hoy en Nueva York, con representaciones tejidas a *crochet* iguales a las que aparecen en la cerámica.

LAS SERIACIONES DE LA CERAMICA NASCA

A. H. Gayton y A. L. Kroeber realizaron un cuidadoso y exhaustivo análisis estilístico de la cerámica *Nasca* en las colecciones formadas por Max Uhle, que se conservan en Estados Unidos, y concluyeron señalando la existencia de *cuatro estilos* o, mejor, *cuatro subestilos*:

A, X, B e Y

El *estilo A* corresponde a la *modalidad monumental* (o severa, simple).

El *estilo B* corresponde a la *modalidad proliferada* (o recargada, barroca).

El *estilo X* es un *estilo de transición* (que participa de los anteriores).

El *estilo Y* es una fase miscelánea con marcadas influencias tiahuanacoides (o del *estilo serrano Huari*, que es el tiahuanacoide peruano).

Los motivos relacionados con el mar se reparten de la siguiente manera en la seriación indicada:

Nasca A. Diseños realistas y formas de las vasijas típicas en número limitado: tazas (con variantes) y cántaros de doble pico con asa puente. Numerosos colores y figuras contorneadas por líneas gruesas, negras. Entre los diseños más comunes que decoran las vasijas, se cuentan serpientes bicéfalas, pájaros diversos (picaflor, sobre todo), monstruos de muchos pies, alargados, *pájaros de mar* y *peces de técnica realista*. Los pescados aparecen "representados con una leve estilización"⁴⁸. Generalmente, *el cuerpo del pez se encorva dos veces, terminando con la cola levantada.*

Nasca X. Es la fase de transición entre A y B. Entre las formas de las vasijas predominan las tazas (con variantes) y los vasos de paredes verticales. La paleta comprende hasta cinco colores, con el uso del blanco (frecuente) como fondo de la decoración. Junto con las cabezas radiadas, que es el diseño más extendido de decoración, aparecen, en considerable porcentaje, *los motivos de peces de tratamiento naturalista.*

Nasca B. Es el estilo proliferado, que corresponde a "un sentido decorativo altamente estilizado". Dominan entre las formas: la copa (con variantes), el vaso cilíndrico de paredes muy altas, el vaso bulboso, la jarra-cabeza-puente-pico y la vasija-figura. Hay un gran derroche de colores, predominando el fondo blanco. Entre los motivos de decoración, destacan: personajes de cuerpo completo, series de cabezas, cabezas trofeo y, muy especialmente, el "pescado entrecruzado". Es decir, "los peces *interlocking* son propios de esta fase"⁴⁹.

Larco destaca que la fase *Nasca A* es la de "la cerámica naturalista y sencilla, de bello colorido"⁵⁰, la *cerámica policroma* por excelencia. Procede de los valles de Pisco, Chincha, Ica, Nasca, Palpa y Acarí. En ella, el rasgo escultórico es muy secundario, no cuenta casi para nada. Lo que vale es la pintura con derroche de colores. Sin embargo, en el inventario del estilo se cuentan algunos *peces en escultura*, de representación *naturalista*. Los vasos antropomorfos están dedicados a reproducir dos actividades, que eran las básicas de ese pueblo: la *pesca* y la *agricultura*. Así, son numerosas "las representaciones de los pescadores con sus redes".

La representación de los peces "es *múltiple* y encontramos casi todas las variedades de la *fauna marina* que abunda en el litoral". En cuanto a las aves, en la fase *Nasca A* "son predilectos la golondrina y el colibrí, pero también aparece el tucán, el cóndor y algunas falcónidas y *las aves comunes del mar*".

Otra seriación, muy interesante y que ha merecido la acogida de casi todos los círculos, es la de L. Dawson, de la Univer-

sidad de California. Dawson aplicó para su novedosa seriación el *método de los extremos*, colocando, en base al parecido, en un extremo, las piezas relacionadas con *Paracas* (cultura que antecedió a Nasca), y en el otro extremo, las piezas relacionadas con *Huari* (que corresponde a la fase final). Aplicando, entonces, siempre el criterio del parecido, Dawson fue llenando el espacio comprendido entre los dos extremos. De esta operación resultó su seriación de las *nueve fases*, de carácter *estilístico y cronológico*.

Teniendo en cuenta únicamente la representación de *motivos marinos*, cabe destacar el contenido de las siguientes fases:

Fase 2. Abundan las vasijas de doble pico y puente con diseños de trazos finos y complicados, en los que el tema del *pez* es muy común. También se dan *peces modelados*.

Fase 3. Hay un elemento muy importante que ha atraído la atención de los especialistas: cobra en la decoración inusitado valor el rasgo *punta dividida*, "exornando aletas de pescados"⁵¹ y también *alas de pájaros marinos*.

Fase 4. La cerámica es muy fina y aparece en gran porcentaje el *motivo ictiomorfo* como básico en la decoración, juntamente con las cabezas trofeo y los pájaros, entre los que hay naturalmente muchos *marinos*.

Fase 5. Se caracteriza por la proliferación de los diseños. Es la fase barroca, complicada a tal extremo que es difícil el reconocimiento de los motivos y la identificación de los seres que inspiran los cuadros decorativos. Hay un gran cambio en el tratamiento pero no dejan de distinguirse las diademas, las cabezas trofeo y, sobre todo, las *orcas*, el gran monstruo marino que es para el pueblo Nasca una divinidad, y de las más importantes.

Cossío del Pomar destaca que el barroquismo del arte Nasca, aunque llega a extremos de gran proliferación, nunca se aparta de las formas *realistas*; es decir, el modelo siempre está presente: desfigurado, oculto, pero siempre presente. "No hay artista que aventaje al de Nasca en claridad ideográfica cuando reproduce el concepto del animal, a pesar de la exagerada deformación en provecho de la función decorativa, función que *no llega a sacrificar la modalidad realista* de la representación. Transformados según las exigencias del mito, encontramos *moluscos, peces, aves y felinos* recargados de ornamentos y símbolos barrocos. Pero, nunca tan recargados y nunca tan simbólicos como para no reconocer su origen en la naturaleza..."⁵². "El arte Nasca —agrega Cossío del Pomar—, ...como todo arte en proceso de afirmación histórica, *no tiene tiempo de desprenderse de lo concreto y material...*". Su estilización, por lo tanto, es limitada; por lo menos, no pierde de vista la procedencia. "La represen-

Cántaro policromo, ornamentado con peces.
(*Nasca*. Procedencia: Río Grande,
departamento de Ica. Siglo IV de nuestra
era. Museo Nacional de Antropología y
Arqueología. Foto: Abraham Guillén).



tación de... semidioses y divinidades *no alcanza* a remontar la etapa ideológica que corresponde a símbolos universales. Por circunstancia que no podemos determinar, el arte detiene su marcha evolutiva en la estilización, que se limita a *conservar y puntualizar rasgos característicos*. No va más lejos. No llega a la expresión de los atributos extrahumanos que exige la figuración simbólica, es decir, no llega a una creación ideológica pura que haga perder de vista la procedencia de la forma, el contenido familiar, el origen, ya sea éste antropomorfo, zoomorfo, ornitomorfo, *ictiomorfo* o fitomorfo”.

En consecuencia —concluye el autor citado—, el arte Nasca no es producto de la fantasía, aunque en su fase proliferada lo parezca, sino que se inspira en la naturaleza. *Es un arte condicionado por el medio del cual vive el artista*. El artista no se aleja “por completo del *medio* ni de la *base realista*. Copia los objetos y seres reales”, aunque retuerza la imagen resultante⁵³.

Se insistirá en seguida sobre la fuente de inspiración del arte Nasca.

EL MUNDO CIRCUNDANTE Y LA INTERPRETACION DEL MONSTRUO ICTIOMORFO

Para interpretar las figuras dominantes del arte Nasca, Yacovleff parte de dos principios establecidos por A. C. Haddon en su famoso libro *Evolución y Arte*. Los principios son:

1) “...los primitivos no inventan deliberadamente dibujos o motivos...; la expresión artística es el resultado de una *impresión visual preexistente*...”.

2) “El arte decorativo primitivo no encuentra sus motivos en la fantasía del hombre sino en la naturaleza... Es condicionado directamente por el medio en el que vive el artista...”.

En el medio Nasca, en la geografía circundante de este pueblo, en la flora y la fauna del lugar, debe estar, por consiguiente —dice Yacovleff—, el origen, el arquetipo del monstruo, demonio o deidad que aparece en los ceramios pictóricos.

Interesa especialmente, por la índole de este trabajo, hacer referencia al origen del *monstruo ictiomorfo*, que es uno de los personajes sobresalientes de la decoración de la cerámica Nasca.

“El repertorio zoológico de Nasca es... reducido y hace referencias sólo a especies propias de la limitada región donde se encuentran las vasijas policromas (cuenca del Río Grande) y *del mar vecino*... La abundancia de las islas frente a la costa Sur y su escasez a la altura del valle de Moche, tiene como conse-

cuencia el papel considerable de las *aves guaneras* en las vasijas de Nasca y el muy modesto en los huacos de Moche. En cambio, en el arte del Norte se observa con frecuencia las imágenes de los peces *selacios* (raya, cazón, etc.), las que no encontramos en las pinturas nasquenses por ser estos peces mucho más abundantes en los límites septentrionales de la Corriente de Humboldt..."⁵⁴.

Oponiéndose a las fórmulas de solución *difusionistas*, tan caras a los científicos alemanes, Yacovleff agrega, en seguida, que para interpretar las imágenes de cualquier arte (el Nasca, por ejemplo), *hay que buscar la raíz de inspiración en el propio medio* "y no admitir con tanta precipitación las influencias extrañas manifestadas en la intervención de los modelos ajenos". Yacovleff se refiere a la teoría de la *serpiente dentellada*. Esta teoría, relacionada con la de la *serpiente emplumada* de los mexicanos —que Seler formuló, según se vio en el capítulo sétimo—, es una artificiosa y sin fundamento invención —expresa— que debe ser dejada de lado por la sencilla y concluyente razón de que "en la región arqueológica de Nasca no hay ofidios grandes"⁵⁵.

En cuanto al miriápodo, no es posible, desde el punto de vista de la función decorativa, asimilarlo a la serpiente de Centroamérica.

Así, pues, por analogía, la raíz de la figura del *monstruo marino*, demonio o deidad, debe hallarse —propone Yacovleff— *en el medio circundante, concretamente en el mar que baña las costas del Sur*.

Ya en el capítulo octavo se ha expuesto al detalle el estudio interpretativo de Yacovleff. No es ocioso, sin embargo, repetir aquí como resumen de lo allá expresado, que Yacovleff cree que el *monstruo ictiomorfo* —que no es pez como sugirió Urteaga, que no es lobo como sugirió Seler (tras hablar de arquetipos importados), que no es serpiente ni miriápodo— se inspira en la figura de un *delfínido foceínico* (delfines sin pico) del género *Orca*, que podría ser el *boto* (*Orca gladiator*). El boto tiene de cuatro a nueve metros de largo; su cabeza es corta, cónica, obtusa, ancha; la aleta dorsal, muy alta; el cuerpo cilindrocónico; la mitad superior de la cabeza, el dorso y las aletas, negros; la mandíbula, el pecho y el vientre, blancos. Presenta, además, una mancha encima del ojo. Animal gregario, vive en numerosas manadas. Ataca a las ballenas y se atreve a pelear con el tiburón, al que con frecuencia vence. "Es el más temible habitante del mar y más peligroso que el mismo tiburón... tirano y atormentador de las ballenas... Terrible, ágil, impetuoso, voraz, cruel y sanguinario recorre vastas porciones del mar sembrando a su alrededor la muerte y la desolación..."

Yacovleff dejó establecido, para responder a las dudas, que el *boto* existe en el Perú. "Su presencia esporádica en aguas de la corriente humboldtiana es indudable"⁵⁶.

Yacovleff concluyó, tras una serie de consideraciones sumamente interesantes: "La estrecha vinculación del pueblo Nasca con el mar, la existencia de la orca en las aguas peruanas y el temor que debía inspirar en los primitivos pescadores este delphinido verdaderamente terrible, explican la frecuencia de su representación en las vasijas policromas"⁵⁷.

Para poner en la raíz del arte Nasca al terrible delphinido, Yacovleff presentó el siguiente cuadro, ya expuesto en el capítulo octavo pero que conviene aquí repetir: "Imaginemos una escena de pesca de hace diez o quince siglos en alguna caleta de la costa Sur del país. Los hombres desnudos de piel bronceada; unos montados en sus *caballitos de totora* y armados con arpones de punta de obsidiana o con anzuelos de hueso; otros nadando, sumergidos hasta la boca, zabulléndose de vez en cuando para sacar del fondo conchas y otros mariscos... Un poco más afuera, bandadas de pelícanos y guanayes y grupos de lobos marinos haciendo la competencia al hombre... Alrededor, la inmensidad del mar... De repente, un grupo de orcas hace su brusca aparición en las tranquilas aguas de la caleta. Se levantan las aves; los lobos, llenos de pavor, se precipitan hacia las peñas... A la alarma de los animales, los pescadores huyen buscando protección fuera del agua... Los botos... no sienten predilección por la carne humana... pero el hombre, ante la terrible dentadura y la voracidad sin límites del monstruo, comparte con los lobos el terror... La escena del ataque dura pocos momentos pero deja una impresión honda en el *alma mística* del primitivo... ¿Qué prueba mejor puede pedir su concepto del mar como de morada de seres sobrenaturales y superiores?"

Sufrida la terrible impresión, la imagen va después a la vasija, pero deformada porque el recuerdo que se tiene del monstruo no permite una reproducción fiel de su verdadera forma. *La reproducción naturalista del animal no puede ser exacta*. En la mente del artista, sólo queda del boto, por lo tanto, lo esencial.

Naturalmente, en la base de todo este proceso psicológico, está la *deificación del monstruo*, su elevación por el expediente del arte a la categoría de un ser de poderes sobrenaturales.

Después, cuando el pueblo Nasca, avanzando en su desarrollo socio-económico, se hizo predominantemente agricultor, metamorfoseó aún más la figura arquetípica del monstruo marino y le puso, según tradición agrícola de origen no precisado, *atributos o rasgos felínicos* combinados con *elementos inconfundiblemente humanos*. Mas, no obstante ello, *el boto queda en lo esencial*, lo que reafirma la tesis expuesta anteriormente de que

en el arte Nasca no hay desprendimiento, en ningún momento, de las formas naturales inspiradoras. Siempre, de alguna manera, queda visible la procedencia.

LA REPRESENTACION CONVENCIONALIZADA DEL PEZ

Urteaga dedicó muchas páginas al estudio del pez y monstruo marino del arte Nasca. En *El simbolismo de los huacos de Nasca*⁵⁸ considera dos tipos de representación del pez: la *realista*, "completamente fiel", y la *convencionalizada*. En la *representación realista* sólo se acentúan algunos rasgos, como las aletas. En un ejemplar, que no parece ser de pez sino de cetáceo (quizá, un cachalote), se "ha sustituido una de las aletas laterales por una enorme mano de cuatro dedos, que sostiene una cabeza mutilada: símbolo expiatorio y, a la vez, representación del poder invisible y del triunfo". Todavía "el artista cuida de representar a la divinidad con la manifestación más realista del pez, pero ya inicia... la adaptación a la figura de miembros humanos".

Las otras representaciones, *convencionalizadas*, se dan en las vasijas globulares, en los vasos y en los platos. Se descompone la figura con *agregados* y *modificaciones anatómicas*: cabezas votivas, aletas convertidas en manos de tres dedos que empuñan cetros, etc. En general, la antropomorfización es acentuada. En un caso, la boca del pez se torna hocico con mostachos, lo que es típicamente felínico; el cuerpo adquiere una configuración de lomo de animal no marino y del vientre se desprenden manos de cuatro y cinco dedos. *La cola es de pescado* pero de perfil dorsal dentellado, como el lomo. Aún el realismo domina pero en vías de cambio.

En otro caso, aunque el rostro mantiene rasgos de origen ictiomorfo, el conjunto es marcadamente humano. Por ejemplo, "las piernas y los pies... se hallan esmeradamente dibujados". El agregado principal es el de *cabezas mutiladas*, que cuelgan del cabello.

En otro caso, el rostro se hace típicamente humano, de expresión feroz, rodeado de símbolos decorativos como pequeñas cabezas y discos; pero, el cuerpo sigue siendo totalmente de pez, con "movimiento ondulatorio" de ritmo muy dinámico.

Y así sucesivamente: siempre la composición "antropopisciforme" con desarreglo de la figura original y agregados simbólicos en mayor o menor número; pero, en todos los casos, "la representación del pez... el artista no la abandona".

Urteaga observa que es frecuente que a la adaptación de partes anatómicas humanas, se añada también un desarrollo vermiforme, inspirado, sin duda, en el "gusano marino".

Para Baudin, cada una de las imágenes del arte Nasca “plantea un problema”. Dice: “El puma de expresión feroz... inspira seguramente miedo”; pero, se pregunta luego: “¿Qué pensar... de ese rostro humano con cuerpo de pez y cola dividida en serpientes, de ese cuadrúpedo con cara de felino, cuerpo de pájaro y cola de pez, que lleva en las patas una cabeza mutilada, todos los cuales nos miran fijamente con sus ojos desmesuradamente abiertos? ...El ojo: esto es lo que más nos sorprende. Es el símbolo de la divinidad que todo lo ve; por eso, el artista... lo coloca en la parte más significativa del cuerpo, en particular en el vientre, lugar de la fecundación”⁵⁹.

Estudiando lo que él llama *los entes inspiradores*, Hart-Terré considera, como Yacovleff, que, por más que el artista acentúe la deformación y tienda, por simplificación, al simbolismo, los *esquemas resultantes* siempre mantienen conexión, más o menos clara, con los seres y los objetos representados. El realismo, por lo tanto, se mantiene, y lo convencional no gana a lo natural. En verdad, el realismo se simboliza en Nasca sin perder su condición primigenia.

Hart-Terré dice: “En cuanto al tema tratado pictóricamente, los arqueólogos están esmerándose en la investigación de qué entes hayan sido o podido ser los inspiradores de los complejos dibujos que adornan los cántaros nasquenses... Los estudios alcanzan la indiscutible formalidad y validez para hacernos conocer ciertas imágenes de animales que significaban para ellos superioridad fuerte y vigorosa o eran portadores de los medios de vida a quienes se rendía de esta manera religioso tributo deprecatorio...”⁶⁰. Y agrega: “A una primera creación artística [basada] en una impresión visual insistente, han sucedido las variaciones y modificaciones que en muchos casos han hecho diferente el modelo... Así se cumple la pérdida de la visión realística, que viene a ser reemplazada por un correlativo formulismo...”.

La simbolización del realismo —explica Harth-Terré— se produce por simplificación. “La alfarería nasquense es realista en varios de sus aspectos: en el que podríamos calificar de *arte popular* o *demótico*; pero, en éste vemos también que el realismo tiende... muchas veces a una simbolización, a la *simplificación convencional de la imagen natural*”. En este caso, el símbolo es solamente la “imagen sintética”. Pero, “cuando el artista *realista* ha simplificado su trazo, la cosa no pierde ni su color ni su perfil; aunque muchas veces el color sea convencional, plano, y la línea llegue a darnos sólo simples *esquemas*; siempre es evidente el objeto significado”.

EL INVENTARIO NASCA RELACIONADO CON EL MAR

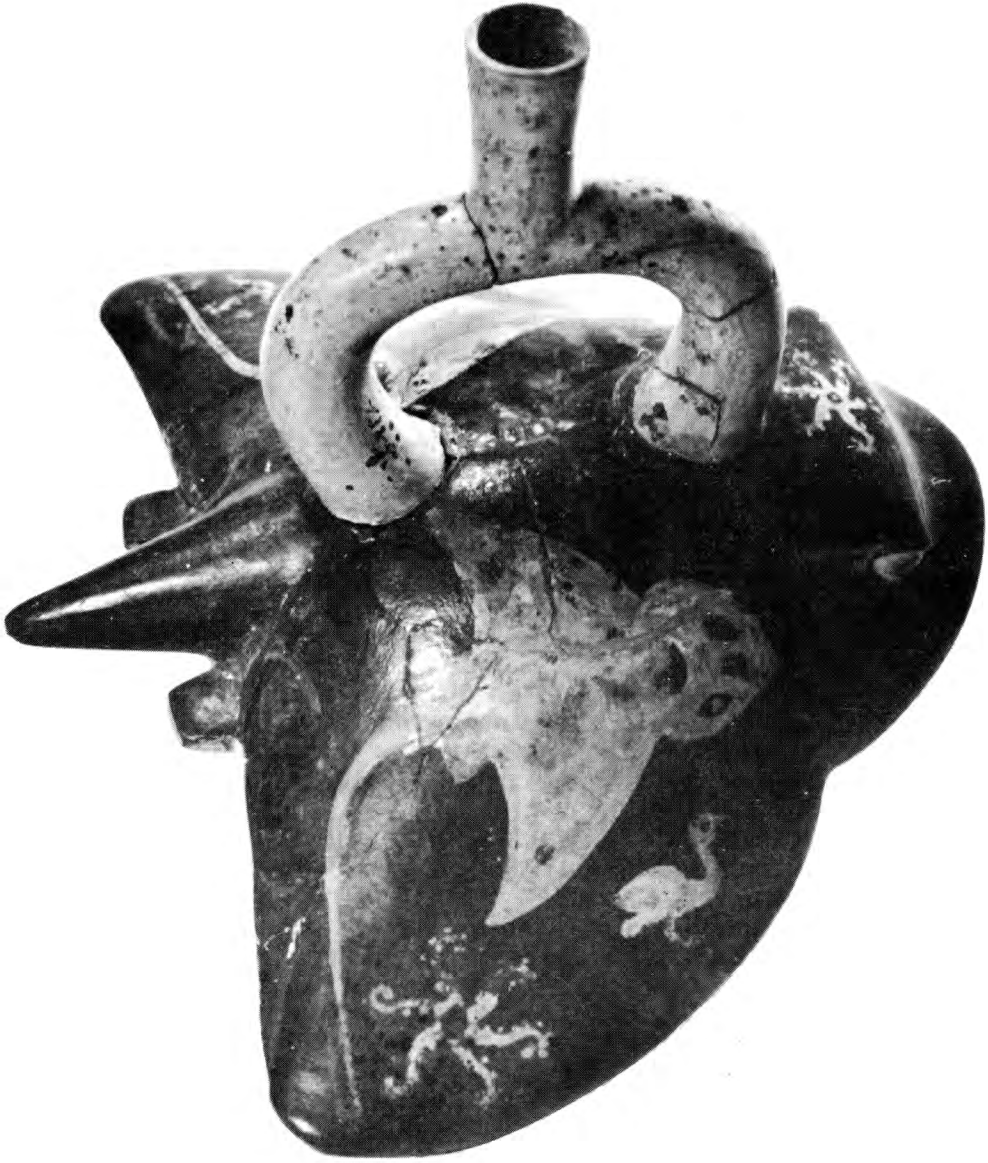
“El artista Nasca —dice un crítico de arte aquí varias veces citado⁶¹—, llevado por su amor panteísta, representa con predilección las plantas...; el hombre en sus faenas diarias de pescador, agricultor y cazador; escenas de guerra, danzas, fiestas; animales de todas las regiones del Perú: jaguares, venados, zorros; entre las aves: *pelicanos, gaviotas, cóndores...*; *peces del litoral, estrellas de mar, camarones, caracoles, lobos marinos, ballenas...*”. Nada escapa a su observación y nada olvida a la hora de volcar sus impresiones en la arcilla o en la pintura decorativa de sus vasos.

Pueblo que vivía principalmente de la pesca, que tenía en el mar su fuente principal de sustento, acogió con vivísima emoción al mar en su arte. “El nasca, por su origen costero, profesa culto a los *aspectos marinos* que impresionan más hondamente sus sentidos. El arte de la época primitiva tiene, como *tema principal*, el mar, las aves, los peces y los monstruos marinos”.

Toda la fauna de la costa Sur está presente, especialmente la fauna marina. Allí: pelícanos, gaviotas, peces en gran variedad, estrellas de mar, arañas de mar... Pezzia Assereto acota que por la fuerza del mito, “muchos peces, aves y felinos fueron transformados... y recargados de ornamentos pero siempre distinguiéndose su naturaleza”, vale decir, su individualidad⁶². A pesar de la transformación y el recargo de elementos decorativos que el artista agrega a cada individuo, la identificación, por lo general, no es difícil, dado que, partiendo del “realismo de la representación en la fase primitiva”, es posible seguir “el desenvolvimiento y la evolución de diseño a diseño”. Así, aun en los procesos de más acentuada antropomorfización del felino y del *pez o monstruo marino*, los arquetipos se distinguen y los individuos del repertorio zoológico son identificables con relativa facilidad.

Estas observaciones de Pezzia Assereto dan respaldo a ideas anteriormente expresadas, muy importantes para la correcta interpretación del arte Nasca.

Rosselló, trabajando con su valiosa colección particular y con los materiales del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, ha aislado más de medio centenar de diseños ictiomorfos y de animales marinos pelágicos. (Un intento de identificación de este muestrario, se ha hecho en el capítulo anterior). El diseño ictiomorfo, de cuerpo ondulado (que concede a la figura un gran dinamismo) es muy frecuente, tanto que se constituye en un verdadero patrón, unas veces de fidelidad realista, otras de intención simbolista pero sin ocultar la forma básica origi-



Raya mitológica, con asa-estribo y representaciones pintadas (crema sobre fondo oscuro) de aves marinas, estrellas de mar y peces congéneres. Debajo asoma una cabeza humana. (*Mochica*. Procedencia: Costa Norte. Período Intermedio temprano, 300-400 años después de Cristo. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Pedro Rojas Ponce).

naria. Son muy frecuentes, también, las figuras de peces alargados, como anguilas, pero con un gran número de aletas, lo que no es natural. El alargamiento llega al extremo de dar al diseño una disposición vermiforme, pero tampoco aquí desaparecen los rasgos básicos identificatorios; por ejemplo: la cabeza, los ojos, las aletas, etc. A la zaga no quedan las representaciones de peces chatos y ovalados, como el lenguado. Estas representaciones van especialmente al fondo de los platos, donde la amplitud y forma del área por trabajar invitó al artista a un diseño así.

A las representaciones pictóricas hay que agregar las escultóricas, que salen de la línea del estilo y se dan en mínimo porcentaje.

Aparecen en algunos vasos ciertas *aves marinas* del orden de las *palmípedas*: “la reproducción cuidadosa de la membrana natatoria —observa Yacovleff— es una prueba decisiva”⁶³. “Una de las aves lleva en el pico *un pez*, y está volando sobre el agua, donde hay otros peces; es una especie gaviota”. La otra ave es muy distinta. Lo único que tiene de la primera, son las membranas natatorias de las patas. “Su pescuezo y las patas son más largos; en la cabeza, la nuca y el dorso tienen rayas oscuras; el pico es más largo y el cuero de la garganta se prolonga por la cara inferior de aquél. Es casi seguro que se trata de un *pelicano* o *alcatraz*...”.

Larco destaca que los artistas pintores de la fase *Nasca A* (del siglo V de nuestra era), “dieron grande importancia a las representaciones de carácter religioso”. Con raíz en Paracas, el artista elabora la *representación antropomorfizada del felino*, divinidad suprema. Pero, la antropomorfización es muy convencionalizada y arbitraria. Aquí la figura no es como la de *Aia Paec* de los mochicas, se trata de un ser extraño, con atributos humanos pero con una gran cola. La cara es de hombre, pero los grandes bigotes delatan al felino. Es una divinidad que tiene, como en el Norte, el don de la ubicuidad, porque se manifiesta en todos los seres y cosas de la naturaleza. Ahora bien. Frente al dios felínico antropomorfizado están los *demonios*. Uno de ellos —subraya Larco— es el *cachalote*, monstruo del mar que provoca pavor. Se le representa, por ejemplo, con una cabeza tomada de los cabellos en una mano, como cabezatrofeo, y en la otra mano un cuchillo circular, con el cual, en el cuadro, ha decapitado a su víctima⁶⁴.

“En la cerámica Paracas y en la Nasca —dice Bird— es muy frecuente la representación de un *pescador nadando* que regresa de la faena cotidiana con pescados y mariscos”⁶⁵. El mismo Bird observa que hay vasos del estilo Nasca en los que aparece el pescador en la posición de nadar pero sin pescado en la

red; en lugar de pescado lleva plantas y frutos. La composición es incongruente. Ya hemos indicado, líneas atrás —siguiendo a Larco—, que la mayoría de los vasos que representan a pescadores corresponden a la fase *Nasca A*. Estos vasos constituyen la parte principal de la *cerámica modelada* de Nasca, la que, en el conjunto de todos los tipos, es escasa⁶⁶.

Aunque ya hemos tratado el punto en el capítulo sobre el precerámico, aquí conviene recordarlo porque se relaciona estrechamente con el tema que estamos desarrollando. Engel, ante algunos descubrimientos verdaderamente sensacionales, se pregunta: ¿los pueblos de la antigüedad cazaban animales grandes del mar, en el mar mismo, como cetáceos; cazaban, por ejemplo, la *orca*?

Muy improbable, se contesta el mismo Engel, porque *no tenía embarcaciones* apropiadas para ello y les faltaba, en gran parte, el instrumental; pero, la sospecha asalta desde que en los depósitos precerámicos se encuentran *arpones*, algunos, como los de Asia, con apariencia de *arma arrojadiza*. Tienen una antigüedad de *más de cuatro mil años*. ¿Para qué servían? ¿Para matar lobos marinos? Lobos no, porque el lobo se caza de otra manera, con garrote, y desde la playa.

Pero, lo que más intriga es el dibujo de una vasija Nasca, que Engel describe: "...un pescador pintado en una vasija Nasca, flotando sobre el agua, sujeta una red con la mano izquierda y una larga pica, blanca, con la derecha...; al frente, un animal del tipo que comúnmente se describe como *orca*" se acerca amenazante⁶⁷. El cuadro, fuera de duda, pinta los prolegómenos de una lucha.

¿Era cazador de cetáceos ese pescador armado de una pica? Seguramente, no, porque resulta materialmente imposible cazar animales de ese tamaño y de esa fuerza en la forma descrita. Entonces, ¿qué representa esa figura? Como testimonio, parece irrefutable.

Algunos pescadores nadan en las aguas y aparecen boca abajo sobre el cántaro globular. El cántaro es para estas figuras modeladas un simple pedestal, punto de apoyo. Pero, en otras vasijas parece que el nadador va sobre algo esférico, que le sirve de apoyo en la realidad, es decir, en la faena misma. Rosselló se inclina por creer que los pescadores Nasca salían de pesca sobre *odres inflados* de lobo marino. Estos flotadores se componían de un solo pellejo. Tendidos sobre el odre, movían cómodamente los pies y las manos para desplazarse, sin experimentar mayor fatiga. También así salían los mariscadores, que llevaban unas varas especiales para arrancar las conchas de sus colonias. Por lo demás, el sistema de avanzar sobre el mar utilizando un pellejo inflado, se da en la cerámica de los primeros tiempos de la era cristiana⁶⁸.

Nasca, a diferencia de Moche, es secundariamente arte escultórico. Mejor, en el bajo porcentaje correspondiente, *semiescultural*. Los cántaros con pescadores pertenecen a este grupo. También hay algunas representaciones de animales diversos, sobre todo marinos, y plantas. Entre los animales destacan, según se ha dicho ya, peces, ballenas, tiburones y caracoles. La representación, en muchos casos, revela gran realismo y se exorna con un vistoso decorado, pero en ningún caso alcanza —como observa Pezzia Assereto— la calidad de las insuperables piezas escultóricas de los artifices del Norte.

Entre las mejores representaciones escultóricas de Nasca, por el pleno carácter de la obra artística, se cuenta la de la *nutria* o *gato marino*, un felino, según se ha visto al final del capítulo octavo, que vive tanto en el medio terrestre como en el de las aguas del mar y que tuvo, como explica Valcárcel, un profundo significado mítico-religioso en el antiguo Perú.

Dos vasos de la serie *pescadores en el agua*, son dignos de unas palabras aparte. Uno presenta un pescador frente a un gran pez, de dientes descomunales, fiero; el pescador lleva *tatuaje* de pescados y arpones en los brazos y pecho. Otro muestra a un pescador que nada seguido de muchos peces amistosos, pero lo importante es que lleva montada sobre su espalda, cerca del cuello, a una guagua. La *guagua* pega su cabeza a la de su padre, en posición muy natural.

EL TEMA DEL MAR EN OTROS ESTILOS

Otros estilos artísticos de la Costa, fuera de los ya tratados —Mochica, Playa Grande (o *interlocking*) y Nasca—, recogieron también el tema del mar para la decoración de sus paños, vasijas y trabajos en metal. La siguiente es una relación, que no pretende ser completa, de esos estilos, con indicación sucinta de la técnica decorativa. No sigue un orden cronológico sino geográfico, de Norte a Sur, para facilidad de la enumeración.

1. *Vicús*. Los materiales de este estilo no presentan mayor número de motivos basados en la fauna marina. Puede creerse que la lejanía y la interposición de desiertos apartó a esta cultura del mar y la privó consecuentemente de la influencia de éste. Se menciona, sin embargo, del muestrario, "un pez globoso que recuerda al pez-sol" (*Orthogoriscus mola* o *Mola mola*), que Ccosí Salas dibujó para un libro del autor⁶⁹, y Larco tiene registrados unos pocos ejemplares así como también un caracol asociado a un ave⁷⁰. Estando en poder de particulares la mayor cantidad de ceramios Vicús, y siendo sólo de hace diez años (1961) el descubrimiento formal, por así decirlo, de este estilo, el inventario tropieza con dificultades y no es posible, por lo

mismo, adelantar juicios, sobre todo desde el ángulo que tratamos.

2. *Lambayeque*. Embarcaciones tratadas de diversa manera, conchas y peces, aparecen en este estilo, que tiene caracteres claramente definidos y que debe ser separado de otros análogos. Las vasijas que representan *caballitos de totora* son frecuentes. Un *caballito de tres haces*, grande, lleva un tripulante al centro que acciona con un *canalete*, o remo de caña rajada por la mitad, en el sentido de la fibra. Otro *caballito*, que lleva dos tripulantes: un curaca y un remero a proa, se apoya en un pez gigante de aletas apenas insinuadas. Es un fino trabajo escultórico, muy relacionado con las formas mochicas. Rosselló da cuenta de un caballito de totora *doble*, con un tripulante. Es un vaso de notable valor documental⁷¹. En la serie de las conchas, se da un vaso adornado con las valvas de un lame-libranquio; y, en la serie de los peces, una vasija con aletas y patas en el cuerpo ictiomorfo, con abertura en la parte alta. El logro escultórico es ciertamente notable.

El *Strombus* de la Base Aérea de Chiclayo que Tello estudió en 1937, debe ser incluido en esta relación no por razón del tema, por cuanto su decoración, como se vio en el capítulo anterior, es felínica humanizada (una divinidad que sopla una trompeta) sino por razón del material. Ya se dijo en la referencia anterior que la decoración es Chavín, lo que certifica la remota antigüedad del *Strombus* en el Perú (salvo que se trate de un arcaísmo, posibilidad que ni siquiera tomó en cuenta Tello).

3. *Batán Grande*. En los años 1936 y siguiente se hicieron importantes descubrimientos en la huaca *La Ventana*, de la hacienda *Batán Grande* (distrito de Illimo, departamento de Lambayeque), consistentes en extraordinarios objetos de oro con piedras preciosas. Dieron estos descubrimientos el mayor tesoro de orfebrería hasta la fecha cosechado por la ciencia. Entre las piezas halladas, asombró un ídolo de gran tamaño, que representa a una divinidad muy parecida al *Aia Paec* de Virú. La pronta intervención del Museo Nacional de Antropología y Arqueología permitió un buen conocimiento de las circunstancias del hallazgo y la determinación precisa de las características arqueológicas del lugar.

Las piezas de *Batán Grande* representan divinidades y seres mitológicos adornados con diversos motivos, entre los que no faltan los relacionados con el mar. He aquí la descripción que hizo Tello, jefe de la expedición que acudió al lugar de los descubrimientos. Dice: "Los tres ídolos encontrados tienen aproximadamente la misma forma y representan un mismo personaje. Una figura humana ricamente ataviada posa verticalmente sobre un pedestal que no es otra cosa que un cuchillo de forma

semicircular o semilunar... El adorno más importante del ídolo... es el que lleva en la cabeza. Este es una hermosa *tiara* (insignia o símbolo de su poder), que podríamos llamar *huámpar chuco*, casco usado, según algunos cronistas, en la época de los incas por el gran *Vila Oma*, que era la dignidad sacerdotal encargada de dirigir los sacrificios humanos... Se compone este *huámpar chuco* de un casquete semiesférico que se adapta a la forma del cráneo y lo cubre totalmente... La patena frontal es una placa semilunar, cuyo contorno superior *presenta una serie de volutas*" (aquí viene lo que interesa a la índole de este trabajo), "...*volutas* que simulan *ondas marinas*... La diadema consta de dos bandas, formadas por dos cintas paralelas y arqueadas que llevan por encima un rosario de perlas de oro... Completa la estructura de esta preciosa pieza, *un par de figuras de pelicanos* (aves típicamente marinas), que cuelgan graciosamente a uno y otro lado de la diadema..."

En otra parte de su descripción Tello hace referencia a los *animales del mar* y, en especial, al *Strombus galeatus*, como misteriosos seres inspiradores del arte de *Batán Grande*. Dice: "Dos clases de seres fantásticos figuran en el mundo religioso de las gentes que vivieron en la *Segunda Epoca* o *Segundo Horizonte* del Norte peruano (época del florecimiento mochica), derivadas ambas de formas arquetípicas animales: *dioses* y *demonios*. Los primeros originados mediante un largo proceso de diferenciación y humanización...; los segundos, originados asimismo mediante otro proceso de diferenciación por idealización, que crea múltiples seres monstruosos... Los demonios son todos derivados de ciertos insectos, de *crustáceos venenosos*, de *moluscos*, de anfibios y de reptiles. Entre ellos, el más notable es el *gran dragón* derivado del *Strombus galeatus*..."⁷².

4. *Estilo chimú*. En este estilo se dan varias influencias. No es el chimú, por consiguiente, un estilo primigenio, de formas y contenidos propios. Es un estilo derivado. "Las investigaciones de Uhle, Kroeber, Bennett y Larco —explica Kauffman— señalan que en el estilo Chimú se refunden las formas y los elementos decorativos de la cerámica de las culturas Mochica, Huari y Lambayeque. Entre los componentes se menciona, de este modo, a más del elemento uniformador Tiahuanaco (o Huari), las tradiciones Mochica y Lambayeque. El estilo Chimú del valle de Trujillo copia, en efecto, en varios casos, tipos de la cerámica de sus antepasados mochicas y recibe, al parecer, en cierto momento, influencia de la cerámica Lambayeque"⁷³.

Pueblo establecido frente al mar, con una economía que en gran parte se basaba en la pesca y en la recolección de mariscos; pueblo, además, navegante, que sabía de las riesgosas salidas mar afuera y que surcaba las aguas tanto en caballitos

Peces pintados, del estilo *Lima*, en el friso de adobe recubierto de fina arcilla que forma el escalonamiento piramidal del templo de Pachacámac. Foto tomada en 1948. (*Templo de Pachacámac*, valle de Lurín. Siglo IV de nuestra era. Foto: Abraham Guillén).





de totora como en grandes balsas de troncos, es natural que hiciera un arte inspirado en los misterios y en las realidades de la vasta extensión líquida que le acompañaba como parte principal de su paisaje.

El artista chimú, por eso, llevó a la arcilla todos los elementos constitutivos del mar, ora elementos propios, ora elementos agregados o puestos por el hombre. Las conchas, los peces, las aves, los crustáceos, los mamíferos por un lado, entre los elementos propios o naturales; por otro lado, entre los elementos agregados por el hombre, las embarcaciones: allí los típicos *caballitos de totora*. Entre los seres misteriosos, relacionados con el tenebroso mundo de las primeras cosas, no falta la concha *Spondylus*, que tiene en el arte toda la gravedad de un símbolo, de un símbolo primigenio, punto de partida del mundo. "En el arte Chimú —dice Tello— y en el Muchik, se encuentran, asimismo, las figuras del *dragón conchado*, que en Chimú deriva de una concha *Spondylus* y en Muchik del *Strombus galeatus* y del *Scutalus protens*", personajes principalísimos de la fauna marina. El molusco, tanto en el arte Chimú como en el Mochica, está en la raíz de los *dragones conchados*, que son "símbolos o agentes de los poderes de la naturaleza que controlan el mundo animal y humano"⁷⁴.

El inventario registra: en la *serie de los peces*, ejemplares escultóricos con asa-estribo; un pez chato de hocico afilado y grandes ojos saltones; un pez monstruoso, ligeramente humanizado, con agudas espinas en el perfil, incorporado a un vaso globular con asa-estribo; una raya asediada por un pájaro de largo pico, presumiblemente un pelícano, que le hiere en la boca (la escena es en alto relieve y decora un ceramio doble unido en la base y por el asa-puente). En la *serie de las conchas*, numerosos ejemplares de bivalvos, unos de superficie lisa, otros de superficie rugosa con gruesas protuberancias o marcadas asperezas. En la *serie de los crustáceos*, el cangrejo, como personaje principal. Un dios humanizado, con diadema, lujoso atavío y grandes pendientes en las orejas, emerge del mar, en el que se deslizan numerosos peces, sus acompañantes. Los brazos del dios son poderosas tenazas de cangrejo, semiabiertas. Estas extrañas extremidades confieren al personaje un aspecto siniestro. En la *serie de las aves* los ejemplares son muchos y variados. Predomina en casi todos un ave de pico largo, ora vivamente espulgándose, ora devorando un pez. Los admirables relieves de Chan Chán tienen también a este pájaro marino como principal motivo de decoración. Son notables los zócalos ornamentales, recientemente despejados por el arqueólogo Francisco Iriarte, del *Grupo Tschudi*. En ellos, la composición y el ritmo

alcanzan su máxima perfección. Entre los mamíferos, destaca el *lobo marino*, macho o hembra, la hembra con sus lobatos.

El artista Chimú trabajó delicadamente la concha por el procedimiento de la incrustación. Hizo verdaderos "mosaicos de conchas incrustadas", como dice Valcárcel⁷⁵, y algunas valvas grandes, principalmente de *Pecten purpuratus*, decoró por dentro con cuidado y exquisitez de miniaturista. Sus logros fueron estupendos y causan asombro.

La *serie de las embarcaciones* es muy valiosa y forma un conjunto documental de la mayor importancia. Larco, sin embargo, siempre llamó la atención sobre la falta, verdaderamente inexplicable, de *balsas de troncos* en el grupo aludido⁷⁶. Un ceramio Chimú, negro —que pertenece a la colección del Museo Británico, de Londres—, presenta una *balsa de totora* de proa esbelta, en punta, ligeramente levantada o arrufada, y popa cortada. Copia el modelo exacto del caballito de totora de todos los tiempos. Hacia la proa va un remero, con un canaleta, en tanto que por la popa se encarama con agilidad y destreza un segundo tripulante, cuyo remo acaba de colocar encima de la balsa para subir con facilidad. La figura del boga de proa se apoya en el asa-estribo, que tiene en el arco una decoración de pequeños pájaros marinos. En la base del pitorro aparece la típica figura de un monito, que es emblema de la alfarería negra Chimú⁷⁷.

Los *caballitos de totora*, escultóricos, de la cerámica Chimú, aparecen con uno o dos tripulantes, indistintamente. Destaca un caballito voluminoso, casi una balsa a la manera de las del lago Titicaca, arrufado en ambos extremos —lo que no es propio del caballito verdadero—, con tabiques a los lados, como falcas (elemento ya advertido entre los mochicas), para evitar el ingreso del agua y asegurar la pesca. Dos tripulantes, frente a frente, ocupan la embarcación, sólo uno de los cuales rema con el canaleta. Al centro hay un cántaro. Por la indicación del cántaro, que lleva agua, se disponen a una larga navegación de pesca, mar adentro.

5. *Gallinazo*. La cerámica de este estilo presenta un pez globoso, con dientes, amplia aleta pectoral y dos protuberancias por ojos. Encima ha sido colocada la figura de un pescador⁷⁸.

6. *Virú*. La cerámica Virú, de la época que Larco llama *Evolutiva* o *Formativa* —ochocientos años antes de Cristo—, incorpora a su temática representaciones de frutos, raíces comestibles y animales domésticos. Y, aunque no hay escenas de pesca ni de caza, no faltan representaciones de *peces* y *moluscos*, lo que indica que la economía de este pueblo se basó en parte en los productos del mar⁷⁹.

7. *Chimbote*. Procede de este lugar una representación escultórica del *pulpo* de extraordinaria calidad. No está precisada su filiación estilística.

8. *Casma*. La alfarería del valle de Casma, estudiada por Tello cuando la expedición de 1937 (el año de los memorables descubrimientos de Cerro Sechín, que tuvieron justa resonancia en el mundo de la ciencia y a los que en seguida se hará referencia), se presenta confusa, con diversos estilos, piezas con rasgos prestados y tipos miscelánicos que complican aún más el problema.

Tello, aquella vez, aisló un estrato superior con mezcla de *Chimú* clásico, *Santa* estampado en negro, *Paramonga* rojo con decoración estampada y piezas modeladas, y *Casma* con decoración incisa. Vio Tello, además, que el *Chimú* era evidentemente importado; que *Casma* era un arcaísmo de raíces chavinoides; y que los otros dos estilos, *Santa* y *Paramonga*, eran "ramas de los tipos policromos del estrato anterior", ambos con la misma antigüedad⁸⁰.

Del *estilo Casma* encontró piezas de notable valor, pertenecientes a la colección del médico chileno Nicolás Sierralta, que vivió en el valle de Yaután por mucho tiempo. Esta colección pasó luego al cuidado del señor Juan Reyna.

Con el tema del mar aparecen en la citada colección las siguientes piezas:

— Una vasija globular de gollete vertical y asa en arco, con representación, en relieve, sobre el hemisferio superior, comprendiendo el gollete, de un animal que puede ser *estrella de mar*, según creyó Tello, o, mejor, *pulpo*, de ocho brazos o tentáculos, terminados en punta enroscada, como voluta.

— Una vasija globular, semejante a la anterior por la forma, el gollete y el asa, pero transformado el globo en una concha *Spondylus pictorum*.

— Una vasija doble, que representa dos conchas *Spondylus pictorum* unidas por la base y por un puente alto: una, la de atrás, con pitorro vertical, y la de adelante con un personaje del mismo alto que el pitorro, con casco cónico en la cabeza, adorno atrás de la cabeza como trenza, cuerpo desnudo y *huara*, que sostiene en la mano una vara terminada en punta. El puente une el pitorro con la espalda del personaje. Las protuberancias de las conchas son muy marcadas. Es una reproducción naturalista que destaca el significado que tenía el *Spondylus* entre los pueblos del litoral.

Los trabajos efectuados en el curso de 1971 por el Instituto Nacional de Cultura en las ruinas del milenario templo de Sechín, en el valle de Casma, y cuyos resultados fueron expuestos preliminarmente con ocasión del Primer Congreso Peruano

de Arqueología Andina (3 al 8 de enero de 1972) por Lorenzo Samaniego Román, pusieron al descubierto, según la versión del expositor, la existencia de un templo de barro dentro del cuadrángulo del templo de piedra que Tello descubrió en 1937⁸¹. El edificio de piedra, caracterizado por monolitos grabados que representan guerreros, cabezas humanas, cuerpos decapitados, despojos y signos indescifrables, tiene en su interior un "hermoso edificio de barro, totalmente pintado de azul y rosado", en cuyas paredes aparecen diversas figuras, unas en bajorrelieve, otras pintadas. Entre éstas destacan las de inspiración felínica, y entre las primeras las que presentan "*peces* y personajes completos". Despréndese de ello que, así como hay, según se vio en el capítulo octavo, un *pez Chavín*, profundamente estilizado (y cuyo emblema más conspicuo es la estela de Yauya), también hay, a estar por las primeras informaciones, un *pez Sechín*, cuya ubicación en el tiempo puede anteceder al de la Sierra y revelarse como pre Chavín. Sin embargo, todo juicio al respecto será especulativo hasta tanto no se disponga de elementos plenamente confirmados para la interpretación. La misma naturaleza del *pez Sechín* no está determinada: ¿del medio lacustre o fluvial, o del medio marino? Pero, la proximidad al mar, en este caso, puede ayudar a despejar la incógnita.

9. *Chancay*. "Lo que más distingue a esta gran cultura —dice Larco⁸²— es su arte textil. Magníficos tejedores, dominaron toda la técnica y el colorido de este arte... De sus manos salieron bellísimos encajes y gasas..."

Por mucho tiempo creyóse que Paracas representaba la suma del arte textil en el Perú antiguo; pero, un conocimiento más cabal de las culturas de la Costa ha puesto de resalto que el arte textil, verdaderamente cumbre en Paracas, no se queda a la zaga en otras partes; por ejemplo, en Chancay. De las tumbas de Chancay proceden telas admirablemente ornamentadas, con diversos motivos, como peces, crustáceos, felinos, bandas geométricas, etc.

La ornamentación ictiomorfa fue una de las principales. El pez —destaca Larco— fue admirablemente tratado, sobre todo en las gasas. En brevedad y sencillez —verdadero alarde sintético— no hay nada que se parezca al *pez Chancay*.

Las telas de Yoshitaro Amano y Graciela Laffi y las de la Colección Horkheimer (que ahora se conservan en el Museo de Paleopatología del Hospital Dos de Mayo), muestran la calidad insuperable del arte textil Chancay: insuperable en técnica y belleza.

En el *Album N° 1 de Arte Textil*, de Amano, la lámina 4 representa un fragmento de tela con la representación geometrizada de un cangrejo; y la lámina 5, peces simplificados en una gasa.

En cerámica, la representación sintética del pulpo, que Amano ha estudiado, llega al extremo irreductible de un símbolo geométrico de trazo elemental.

10. *Ancón*. Las tumbas de este milenario yacimiento, exploradas desde hace un siglo, han dado a la pesquisa arqueológica abundantes materiales textiles. A la *Segunda Epoca* de la prehistoria de Ancón, según Tello, llamada *Huaura-Chimú*, anterior a la de influencia Chancay e Inca, corresponden —indica Rebeca Carrión— *telas estampadas* de tejido muy fino y tenue, como gasa, “en colores sobrios y poco variados, en los que predomina el marrón, el anaranjado y el crema. Los dibujos consisten en *escenas marinas*, figuras de aves y grecas geométricas del origen Chimú”⁸³.

11. *Maranga*. Jijón y Caamaño da cuenta de abundante material arqueológico, obtenido por él cuando sus excavaciones de 1925, con representaciones de peces, aves marinas y moluscos. Muchas de las representaciones corresponden al estilo *interlocking* o del *pez entrelazado*.

El inventario registra:

— Una *cushma* ornamentada con “una serie de pequeñas cabezas de pez, entrelazadas”⁸⁴.

— Una faja ornamental adornada con *pelicanos* en rojo, amarillo y negro.

— Una honda con cama dividida en tres campos, cada uno con “dos cabezas de peces opuestas por el occipucio, y, a los lados de ellas, dos de felino, con una sola boca común”⁸⁵.

— Otra honda con la imagen de un pez: “...la cabeza de frente, triangular, un tanto humana..., los ojos rectangulares...”. Completa la decoración una figura híbrida, de pez y pájaro, el pez también con cabeza triangular.

— Otra honda con la imagen de un *pulpo antropomorfizado* en la cama. La cabeza es trapezoidal, blanca; los ojos son redondos. De la cabeza “salen dos brazos y dos piernas, que son peces de estilo Proto-Lima”⁸⁶.

— Diversos tejidos decorados con la cabeza del *pulpo* de forma hexagonal, con un ojo al centro.

— Una bolsa de brocado de lana decorada con la figura de un pez y dioses bifrontes alados, con la boca en el vientre. El pez es de cabeza triangular, con ojos y boca circulares. El parecido con el ofidio despierta dudas.

— Otra bolsa, de brocado de lana también, muestra un dios alado y bifronte, compuesto a base de “dos cabezas triangulares de pez”⁸⁷, con apéndices cefálicos que al juntarse generan una tercera cabeza hexagonal, “sin boca pero con dos grandes ojos”.

— Otra bolsa del mismo material que las anteriores, presenta una figura complicada con dos cabezas de pez, “cada una con

su boca pero sin ojos", con la típica nariguera o pintura de los labios de Proto-Nasca.

De los estratos más profundos de la huaca explorada por Jijón y Caamaño, salieron mates burilados con la decoración de un pájaro que lleva en el pico un pez pequeño⁸⁸; y de la gran huaca *Arámburu*, o *Concha*, ubicada al costado derecho de la autopista que une Lima con el Callao, platitos de madera en forma de pez⁸⁹, una concha *Spondylus*, en buen estado de conservación, y una vasija decorada con "figuras en relieve de pelícanos y peces"⁹⁰.

Algunas figuras de los tejidos Proto-Lima presentan cabezas de las que parten "tentáculos en la forma de garfios" y de los costados nacen "cuerpos serpentiformes terminados en cabezas de tiburones"⁹¹.

La combinación *pez-ofidio* es muy frecuente en los testimonios de Maranga y se da, por ejemplo, en la figura de una deidad representada por el *pulpo*, cuyos tentáculos terminan en cabezas de *pez-serpiente*⁹². Jijón y Caamaño cree que la deidad representada por el *pulpo*, sería de la fecundidad.

Peces de trazo geométrico, con tendencia a la simplificación por el triángulo, en combinación con figuras humanas, decoraban los muros de barro de uno de los edificios del gran conjunto Maranga. Eran pinturas que hasta hace unos años se mantuvieron.

12. *Huaquerones. Lima.* Una tela pintada con peces, cangrejos y aves, que fue descubierta en las ruinas de *Huaquerones* por Arturo Jiménez Borja (hacienda *Vista Alegre*, kilómetro 11 de la Carretera Central), puede ser considerada como un exponente, en lo técnico y en lo artístico, del arte textil de los antiguos pueblos del valle del Rímac. Sobre ella dijo Horkheimer: "Es uno de los más hermosos ejemplos de textilería prehispánica, jamás descubiertos en las cercanías de Lima"⁹³.

De tres metros veinte de largo por sesenta centímetros de ancho, se componían originalmente de dos partes, presumiblemente del mismo tamaño, pero una no existe. La ornamentación es pintada sobre tela de algodón. Las pinturas, de origen vegetal, presentan varios tonos de sepias y reflejos verdosos.

"La ornamentación —dice su descubridor⁹⁴— recuerda los elaborados muros de Chan Chán. Lo cual pone de manifiesto cierta influencia norteña en el valle de Lima". La composición general se ordena en "seis sinuosos senderos que la dividen en ondulantes campos entre los cuales bulle una multitud de animales y plantas indígenas. El centro del conjunto está dominado por una *figura de ave* que se repite con renovada porfía tres veces más. Esta imagen parece representar una deidad o mensajero celeste. Aparece cubierta con aparatosos tocados de



Pareja de peces (probable representación del cazón) sobre pedestal doble, con golletes cónicos divergentes y ancha asa arqueada de contextura laminar. (Estilo *Lima*.
Procedencia: Vista Alegre, valle del Rímac.
Siglo IV de nuestra era.
Museo de Sitio de Puruchuco.
Foto: Abraham Guillén).

forma semilunar, muy chimú. Porta un instrumento de gran galanura que podría ser un remo ceremonial...”

Va el ave sobre una barca mágica: “... el ave aparece instalada... en una ornamentación angulosa a modo de esquife y bajo ella una mancha de peces parece sostener y conducir la pequeña nave sagrada”. En torno a la figura central se reparten totoras, peces y camarones, todo el mundo que prospera en la linde de la tierra con el mar.

En uno de los campos aparece una figura antropomorfa, “con un suntuoso tocado en forma de *semiluna* y un adorno también *semilunar* bajo el mentón”, que remata en orejeras. Este personaje porta escudos o rodelas en cada mano. El tratamiento es típicamente tiahuanacota.

Con el personaje anterior aparecen también otras figuras de composición semihumana, que “podrían ser *aves marinas*, quizá *pingüinos*”. Por el tratamiento, estas figuras son familiares al arte Chimú, lo que reafirma la idea anteriormente expresada de una vinculación entre Lima y el Norte.

Los peces juegan un rol importante. “Por los sinuosos senderos que dividen la composición, discurren *pequeños peces*. La intención de representar *peces en movimiento* —recalca Jiménez Borja—, es manifiesta...”. Pero, hay dos tipos de peces. Uno podría estar representado por el bagre (*Pygidium sps.*), que es de agua dulce, por consiguiente de río o acequia. Puede decirse que el bagre simboliza el agua de acequia. Otro corresponde a los *peces de mar*.

El escenario puede ser fácilmente vislumbrado. “Si se consideran los personajes que intervienen: peces, aves marinas, camarones, totoras, etc., es indudable que la acción dramática se desenvuelve *allí donde termina el valle y comienza el mar*”.

Los símbolos mágicos del gran cuadro, son dos: la *luna* y el *agua*. La luna está presente en la ornamentación a través de su signo inconfundible, que es la *media luna* o, mejor, el *cuerno fino de la luna en creciente*. Es una representación *simbólica*. Existe una relación estrecha entre este símbolo y los personajes y elementos de la composición general. En efecto: hay peces, aves marinas (seguramente del grupo de las *guaneras*), y representaciones del mar; y sabemos por la mitología de los pueblos costeros que la luna presidía las faenas de la pesca, la regulación del riego (que es la fertilidad) y la extracción del *guano* de las islas.

El agua está presente en la ornamentación a través de sus signos, como la totora, el camarón, el bagre, el cangrejo, los otros peces. Está el agua de río y el agua de mar: la primera simbolizada por la totora, el camarón y el bagre; la segunda, por el cangrejo, el pez y el ave marina.

Vasija figurativa, bicroma, que representa un pez. (Estilo *Lima*, llamado también *Pachacámac* por Tello y *Proto-Lima* por Uhle. Costa central. Procedencia: Cajamarquilla, cementerio de Nievería. Periodo Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Manuel Romero).

Cántaro escultórico que representa un pez mitológico. Cubre toda la superficie pero especialmente los costados del animal, una profusa ornamentación policroma, en la que destacan, en combinación con diversos signos, peces de tratamiento estilizado. Las aletas semejan protuberancias y la cabeza se aproxima a los rasgos humanos. (Nasca. Río Grande, departamento de Ica. Periodo Intermedio temprano, siglo V de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Fernando La Rosa).









Al cántaro globular está incorporada la figura semiescultural del pescador, que arrastra en la red el producto de una buena captura: seis pescados en total, tres a cada lado. Dimensiones: alto, 18 centímetros; diámetro del globo, 14. (*Nasca*. Río Grande, departamento de Ica. Aproximadamente, siglo V de nuestra era. Museo Yoshitaro Amano. Foto: *Fernando La Rosa*).

La famosa tela de Huaquerones, por su elaborada composición, por su calidad técnica y por la magnitud de sus símbolos, tiene el extraordinario valor de un verdadero emblema. Es también como un mapa de mágicos derroteros. Es en lo que a la vida económica se refiere, recoge en su arte, de manera elocuente y clara, el pensamiento fundamental de los pueblos de entonces, polarizado en la tierra y el mar: la tierra que, al conjuro del riego, produce, y el mar que, generoso, entrega a manos llenas sus tesoros para mantenimiento del hombre.

13. *Nievería*. De los *huanchos* de Vista Alegre hay una pareja de cazones en un cerámico de picos divergentes y asa-puente, que hoy se exhibe en el Museo de Sitio de Puruchuco; pero, el mejor ejemplar de tema marino dejado por los antiguos pobladores de la parte alta del valle del Rímac, procede del cementerio de *Nievería* (quebrada de Quijamarca). Representa a un esforzado pescador que lleva sobre su espalda un enorme animal, mucho más grande que él, cosecha sin duda de una riesgosa salida a alta mar. Para sujetar a la colosal presa, el pescador se vale de una pretina, la que apoya en la frente. Es, en realidad, un verdadero *cargador de pretina*.

Como realización artística, el *pescador de Nievería* representa la fusión perfecta de formas: un arte de identificación y síntesis de la manera más feliz logrado, sin que la síntesis menoscabe el valor documental de la pieza.

14. *Pachacámac*. Pinturas murales (hoy casi totalmente borradas, reducidas lamentablemente a vestigios), cerámicos y paños, representan el arte de Pachacámac que contiene motivos marinos o relacionados con el mar.

Entre los ornamentos que más deben haber llamado la atención a quienes, como Cobo, conocieron el templo de Pachacámac a poco de la llegada de los españoles —dice Cossío del Pomar—, “están las pinturas murales...”. Eran éstas de varios colores, que armonizaban con el ambiente. “Pinturas para ser miradas —prosigue el autor citado— desde larga distancia, con sentido de lejanía, *para provocar un espejismo sobre el mar*. Hay que imaginarse un escenario de grandes paños en muros trapezoidales —agrega—, pintados de un color concordante con el horizonte, donde se ven siluetas de aves, animales y plantas fuertemente destacadas en colores oscuros”⁹⁵.

En el momento del apogeo de Pachacámac, estas decoraciones murales “son gigantescos telones celestiverdes, que prolongan la visión del edificio y lo incluyen en el horizonte, como primer plano del cielo, las praderas y el océano, participando en el infinito que ofrece la naturaleza en aquel paraje. Sobre el fondo natural del mar, se antepuso otro fondo creado por medio de colores cuya misión decorativa es bastante osada; un escenario

gigantesco donde los pájaros estilizados se precipitan en picada en una maravillosa impresión de dinamismo en la lejanía... A la luz del sol y de la luna, estos muros decorados producían, sin duda, un originalísimo efecto óptico”.

De Calvete de Estrella es esta descripción, en la que se hace referencia a las figuras pintadas del suntuoso templo: “La gente de los llanos... adoraban por su dios... a Pachacámac... que había hecho el cielo y la tierra, y *el mar* y todas las otras cosas... Y era tan grande la veneración que aquellas gentes tenían a *Pachacama*, que le edificaron un templo *junto a la mar*... [con]... una cámara muy oscura... pintada de diversas especies de aves, animales y *peces* que en la tierra y mar se crían...”⁹⁶. Cobo también se refirió a las figuras: “Los incas lo ilustraron y lo presentaron con tanto adorno y riqueza, que vino a ser [el templo] más celebrado y venerado de todo su imperio, después del de Coricancha, en el Cusco. La suma de oro y plata que en él se había recogido, era increíble; porque allende de que estaban las paredes y techos de la capilla del ídolo de Pachacámac cubiertas de chapas de estos metales, toda la vajilla y vasos del servicio del templo eran de lo mismo; y sin esto había *muchas figuras de animales por las paredes* labradas de estos ricos metales, que eran ofrendas y votos”⁹⁷.

Markham destaca la relación entre el culto al dios Pachacámac y el mar, donde viven los peces. Dice que en el lugar donde Cavillaca —la diosa de la leyenda— se hundió en las olas del mar con su hijo, se erigió, allí mismo, el templo de Pachacámac, “que estaba consagrado —recalca— al *dios-pez*”⁹⁸. “El ídolo emitía oráculos que atraían grandes peregrinaciones... Los propios incas lo consultaban... El culto del creador Viracocha se subordinaba al del *dios-pez* Pachacámac”.

Sigue Markham con esta descripción en la que está presente el mar: “El emplazamiento del templo era muy vasto e imponente el panorama que se abarcaba desde su cúspide, con el verde lozano del valle de Lurín a un lado, el desierto al otro, a la espalda las altísimas montañas de Huarochirí y, al frente, el Océano Pacífico, en el que el sol poniente hundíase tras de los islotes que fueron en un tiempo Cavillaca y su hijo”.

Muelle ha podido hacer la reconstrucción partiendo de los pocos elementos disponibles en 1939, hoy ya casi totalmente borrados. “El conjunto —dice— debía haberse presentado muy vistoso, no tanto por la maestría de los motivos... ni por la riqueza de la policromía... sino por la distribución salpicada de los pocos colores que el repertorio del decorador dispuso. Dos tonos ocres —rosa y amarillo pálido— son los dominantes, aunque no los únicos empleados... Un tono verdiceleste, distri-

buido con parquedad en las paredes más altas y centrales, contribuye al mejor efecto...⁹⁹.

El arte de Pachacámac con elementos marinos incorporados a la decoración o mostrados como motivo mismo de la obra, tiene valiosos ejemplares también en la alfarería. Por ejemplo, hay ceramios que representan peces alargados con reminiscencias nascoides.

En el arte textil, destaca una tela, de gran tamaño, cuya decoración representa una multitudinaria escena de pesca, con muchas embarcaciones de proas arrufadas, de dos tripulantes cada una. De la cabeza de los pescadores cuelga hacia atrás una especie de trenza, que termina en una borla. Al extremo de los cordeles, los peces han perdido su libertad por glotones. Ya los pescadores van a tirar de los sedales y reina gran algabía en el ambiente. Los espacios en blanco están cubiertos de avecillas marinas.

15. *Chincha*. Hay, primero, un estilo que Tello llamó *Pre-Chincha*, vinculado con Nasca, de estampa escultórica, que se desarrolla sobre cabezas humanas, felinos y pájaros, destacando entre éstos el *guanay*, que es un ave típicamente marina¹⁰⁰. Luego viene el estilo *Chincha clásico*, de caracteres inconfundibles y notable madurez conceptual. Comprende: a) vasijas de fondo redondeado y paredes laterales más o menos rectas; b) vasijas globulares de cuello tubular angosto y labios abocinados. La decoración en las dos formas imita el arte textil, con dibujos geométricos o *hileras de peces y pájaros* "muy convencionales"¹⁰¹.

Como se acaba de indicar, el *Chincha clásico* es un arte plenamente evolucionado, que se desarrolla en la región litoral comprendida entre Chincha y Majes, aproximadamente, aunque el límite Sur es impreciso. Estilísticamente, debe ser considerado como culminación de un largo período de búsqueda de formas. Desaparece en él la base realista y culmina la búsqueda en la representación simbólica pura y plena. Quedan atrás las formas naturales y se arriba, tras un "largo proceso de simplificación", a un "nuevo esquema decorativo"¹⁰². Por todo ello, es un estilo que revela "plenitud ideológica".

Desde luego, tras el *nuevo esquema decorativo* están, muy perdidos, los arquetipos fundamentales, las formas de la naturaleza, que inspiraron el desarrollo y permitieron la convencionalización. Están, sobre todo, los *temas del mar*, pero *simbolizados o simplificados con intención simbolista*. El pez en Chincha, por ejemplo, es *pura geometría*, juego de líneas y puntos; pero, la forma natural pronto se descubre.

16. *Ica*. Además de la cerámica, Ica tiene las varas talladas, de gran tamaño, sobre las cuales se ha hecho un exhaustivo

estudio en el capítulo décimo. Estas varas —se discute, y la discusión parece no tener término— pueden ser, como ya se dijo, *instrumentos ceremoniales de labranza*, que habrían sido utilizados a manera de palas para remover la tierra o desviar la dirección del agua en las acequias de regadío, o *instrumentos de navegación*, quizá remos, quizá *guaras* (o tablonos de quilla). Como expresión de arte, hay algunas piezas admirables, de riquísimo decorado. Una, por ejemplo —que aquí corresponde citar—, representa en la parte alta o empuñadura una embarcación de totora, escasamente arrufada, con dos tripulantes que reman con sendos canaletes. Es un trabajo perfecto, sumamente prolijo y de cuidadosa inspiración naturalista, en el que la cosa y los seres están copiados con absoluta exactitud.

También hay piezas con bandas talladas de aves marinas, de picos largos. La gracia y el ritmo, éste casi coreográfico, son las notas distintivas de todas estas tallas, que en lo técnico sorprenden por su delicadeza.

17. *Pampas de Nasca y Palpa*. Del período medio de la cultura Nasca datan en las pampas de Nasca y Palpa (departamento de Ica) unos inmensos dibujos, consistentes en líneas, trazadas en todo sentido, paralelas entre sí o que se entrecruzan, y en diversas figuras de animales. Según una expresión feliz, las pampas de Nasca fueron usadas en la antigüedad por los hombres de la región "como una inmensa pizarra" proyectada al cielo.

De estos extraños dibujos e inmensos trazos lineales, que cubren muchos kilómetros de extensión, se ha tratado al final del capítulo octavo, atribuyéndoseles, como parece lo correcto, una finalidad religioso-ceremonial relacionada, como proponen algunos arqueólogos, con la observación de los astros, el trabajo de la tierra y, probablemente también, con el culto a algunos seres dominantes de la naturaleza, como la ballena y los delfinidos; pero ahora, en cuanto esos dibujos expresan un concepto artístico también, impregnado de ideas mágicas, es necesario volver a ellos, aunque sea someramente.

El descubridor de estas rayas debe ser considerado Toribio Mejía Xesspe, quien, en 1927, integrando una expedición encabezada por Tello, las vio por primera vez cerca de los ríos Ingenio y Copara, y las estudió preliminarmente, dando cuenta de su existencia.

Examinadas de cerca, estas rayas están constituidas, como ya se ha dicho, por surcos de escasa profundidad, que han dejado a la vista el color claro de la tierra subyacente, en medio de una superficie alfombrada de piedras pequeñas, fragmentadas, ricas en hierro, y, por lo tanto, oscurecidas por la intemperie.

Algunas rayas, sin embargo, no presentan la constitución anterior, sino que están hechas por simples alineamientos de los relictos rocosos de la pampa.

Casi todos los que han estudiado los dibujos de Palpa y Nasca se inclinan a creer que tienen relación con la salida y la puesta de los astros; opinan en el sentido de que son señales astronómicas¹⁰³. Así cree la arqueóloga alemana María Reiche, quien siente por esos inmensos trazos una admiración desbordante. Dice: "El vasto complejo de líneas largas, figuras misteriosas y grandes superficies de contornos rectos... es uno de los monumentos más maravillosos y enigmáticos de la antigüedad"¹⁰⁴.

En general —como dice Pezzia Assereto, buen conocedor de la región¹⁰⁵—, los diversos trazos corresponden a líneas largas, calculadas en varios kilómetros de longitud, pistas triangulares y trapezoidales, dibujos de animales, plantas y seres humanos. Existen líneas de diverso tamaño: desde pequeñas de veinte metros hasta grandes de varios kilómetros, y de un ancho que oscila, según el surco o el alineamiento de los relictos, entre cuarenta centímetros y diez metros.

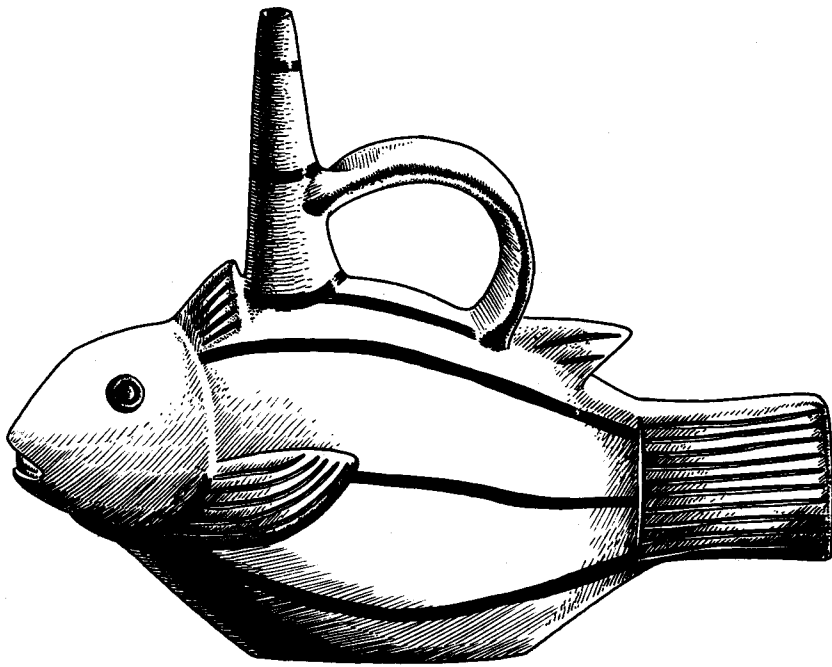
Aquí, por la índole del capítulo, corresponde tratar sólo de las figuras que representan animales marinos. Destacan, por el buen trazo y la enormidad de la composición, las figuras de un *cetáceo* y de un *pez*. El conjunto —dice María Reiche— del cual forma parte el cetáceo, cubre un rectángulo de dos kilómetros y medio de largo por un kilómetro de ancho, cortado en la mitad por un antiguo cauce, hoy totalmente seco. Se compone de plazoletas, rayas y diversos otros dibujos, entre los que destaca el del referido mamífero marino. El trazo es perfecto, con todas las características anatómicas del animal, destacando la composición de la cabeza y de las aletas. Una gruesa raya, de dirección Este-Oeste, y que forma parte de un gran trazo rectangular de setecientos metros de amplitud, parte al animal en dos, entre el cuerpo y la cabeza.

Este dibujo de la ballena —en la opinión de María Reiche— revela un antiguo rito conectado al aprovechamiento de los productos del mar.

La representación del *monstruo ictiomorfo* —imprecisable entre el pez y el cetáceo— es asombrosamente parecida a las figuras del arte alfarero Nasca: la misma ondulación del cuerpo, el mismo trazo de la cabeza, la cola y las aletas, la misma disposición de conjunto. En esa representación está, fuera de toda duda, el artista nasca, el mismo que pintó el *boto* de los vasos policromos.

El radiocarbono ha revelado para los dibujos de las pampas, una antigüedad que se remonta al año 550 de la era Cristo, época del pleno florecer de la cultura Nasca¹⁰⁶.

**Cántaro ictiomorfo con gollete cónico y asa.
(Lambayeque. Siglo XIV de nuestra era.
Museo Nacional de Antropología y Arqueología.
Dibujo: Pablo Carrera M.).**



EL TEMA DEL MAR EN LOS ESTILOS DE LA SIERRA

No está ausente el mar en el estilo Chavín. En efecto, la divinidad felínica, convertida en ser irreal, emerge muchas veces —como lo hace notar Tello— de moluscos, caracoles y conchas helicoidales en el estilo figurativo. El *Strombus galeatus*, procedente de los mares cálidos del Norte, juega en este sentido un papel importante en el arte andino del Norte, pres-tándose al desarrollo —como explica Cossío del Pomar— de detalles somáticos francamente felínicos¹⁰⁷.

Tello, tratando del *horizonte Chavín*, consideró una vieja tradición en la que, en *trinidad pan-peruana*, aparecen tres animales: la lechuza o buho, la serpiente y un *mamífero*, “probablemente —dijo—, el *lobo de mar*”.

Engel, en conocimiento de esta trinidad *pan-peruana*, llama la atención sobre la existencia de un objeto de arte precerámico, trabajado en concha de caracol, en el cual aparecen los personajes de la aludida tradición. Desde luego, en el tratamiento artístico hay notable diferencia porque, mientras en el ejemplar precerámico de Engel las figuras han sido compuestas de manera simple, muy abreviada y, sobre todo, realista, en Chavín los personajes de la trinidad tienen una composición decididamente abstracta¹⁰⁸. Fuera de esta diferencia formal, *el patrón es el mismo*.

Aquí es interesante destacar que uno de los tres puntos de apoyo de la trinidad mitológica es el *lobo de mar*, lo que significa que la vida en contacto con el mar y, sobre todo, dependiente de él en muchos aspectos, dejó improntas en las concepciones religiosas y penetró profundamente tanto en la mente de los hombres del litoral como en la de los habitantes de la Sierra.

Eugenio Yacovleff propuso una novedosa interpretación del comúnmente llamado *cóndor Chavín*. Para Yacovleff, el ave de poderosas garras y pico ganchudo que aparece en las estelas y demás muestras del *arte lítico de superficie Chavín*, no es cóndor ni tampoco buitre como alguien una vez propuso. Es el *águila marina* (por otro nombre, entre el vulgo, *martín pescador*), que tan frecuentemente aparece en el arte de los mochicas, como se ha visto en las primeras páginas de este capítulo. “El ave representada en el monolito de Chavín *no es el cóndor* —dice—, porque le faltan los rasgos más característicos de esta ave, los que jamás se omitían por el artista antiguo cuando había intención de reproducir al *Sarcoramphus*... Es marcadísima la semejanza de la figura (*de Chavín*) con la que hemos visto en una escenografía *mochica* y que, fuera de dudas, reproduce

al *Pandion haliaetus* (águila marina o martín pescador, como lo llaman en Huacho), ave guerrera de aquel pueblo...¹⁰⁹.

Creando un problema de relación cultural verdaderamente difícil de resolver, Yacovleff agrega este planteamiento: "Si el *ave Chavín* es realmente la misma que era considerada como simbólica por los *mochicas*, si es el *pandion* que *habita en la costa cerca del mar*, ¿cómo podría haber aparecido su imagen en los monolitos de Chavín, en plena Sierra, si no fuera por la influencia cultural de los pueblos costeros?"

Recientes trabajos en las ruinas del milenario templo de Chavín de Huantar, bajo la dirección de Luis Guillermo Lumbreras y Hernán Amat, han proporcionado material abundante de cerámica, que cronológicamente se ubica en el siglo VIII antes de la era cristiana. Esta cerámica —consistente en platos, botellas, vasijas y vasos de asa-estribo, con los arquetipos decorativos del felino, la serpiente y el ave rapaz— ha sido aislada por sus descubridores y definida como una *fase especial*, a la que han dado el nombre de *fase Ofrendas*, por proceder de la galería subterránea de ese nombre. Pues bien: entre los ejemplares más valiosos de esta fase, que ha podido ser totalmente reconstituido, figura uno, *negro pulido*, cuya superficie, muy brillante y con decoración incisa, aparece totalmente cubierta de representaciones de la concha *Strombus*, en relieve. Es el más elocuente ejemplar Chavín que muestra la relación de esta vieja cultura —"tronco matriz de la civilización andina", como la llamó Tello— con el mar.

Tiahuanaco puede tener en el pez un elemento marino incorporado a su arte y a su mitología, pero ello no es seguro porque no está claro si se trata de un pez marino o de un pez lacustre o fluvial. Tello lo agrega a la lista de dioses y demonios, dragones felinoides, figuras humanas cadavéricas y rostros descarnados, y lo pone junto al buitre y a la serpiente, todos como personajes mitológicos recogidos por el arte. Con ellos está igualmente el *molusco*, que es un caracol, pero impreciso también si de tierra o de mar¹¹⁰.

En la temática del arte inca, también están presentes los elementos de procedencia marina. "La cerámica incaica —dice Krickeberg— figura entre los productos más selectos de las artes precolombinas... Sólo de manera limitada se hizo uso de decorados plásticos... [Dábase] preferencia a dibujos sencillos geométricos o delicados motivos de vegetales o animales (entre estos, los *peces*)"¹¹¹.

El artista inca, pintor de los aríbalos, incorporó a su variada y deslumbrante temática dos motivos básicos de origen marino: el pez y el ave. Jenaro Fernández Baca, maestro cusqueño, tras años de paciente labor, iniciada en 1926, en los depósitos y basu-

rales antiguos de los alrededores de la Ciudad Imperial, ha reunido el más completo muestrario de la decoración incaica (1,300 tiestos seleccionados y 1,200 reproducciones diestramente trabajadas a la acuarela), con el que ha preparado un *Album de motivos de ornamentación de la cerámica Inca-Cusco*, todavía lamentablemente inédito no obstante su enorme valor para el estudio del arte antiguo peruano. Aunque el 69% de los motivos corresponden a composiciones geométricas, no faltan los fitomorfos y zoomorfos, éstos en un 14%. El grupo de los peces reúne especies de lago, río y mar, siendo curiosamente estas últimas las más numerosas, lo que indica que la *fauna marina ejerció dominante influencia en la intención y en la temática del artista cusqueño* no obstante el apartamiento geográfico determinado por la distancia y la cordillera. Puede suponerse que la inspiración partió de los ejemplares que frecuentemente portaban los chasquis, desde la Costa, para la alimentación del Inca y de la realeza cortesana. Están, pues, los peces de mar en mayoría sobre los de río y lago a pesar del contacto directo que el artista cusqueño tuvo con éstos (como el besugo y el suche, abundantes).

En el grupo de las aves, en cambio, el porcentaje de las marinas es reducido con respecto a las del interior. En este grupo dominan los picaflores (como el raurarquente), las codornices y perdices, la golondrina y el ñandú y las aves de pantano, y sólo en pequeño número aparecen las de indudable procedencia marina, cuya imagen quizá llegó al Cusco en los ejemplares remitidos al Inca como presente por los pueblos de la costa¹¹².

En todos los casos, las representaciones son de diversos y vivos colores, y de técnica naturalista. En la ejecución de los diseños, el artista bien documentado, con el modelo al frente sin duda, no omite detalle alguno.

Siguiendo al Padre Diego de Córdoba y Salinas, autor de la *Crónica de la religiosísima provincia de los Doce Apóstoles del Perú*, de 1651, Valcárcel destaca que el Inca tenía en su recámara estatuas de oro que parecían gigantes, con las figuras al propio tamaño, y que los orfebres vaciaban en oro, también, los diferentes productos de la tierra y *los peces que sacaban del mar en todas sus muchas variedades*¹¹³.

Finalmente, debemos referirnos aquí a las *pacchas* de concepción marina, como otra muestra del tema del mar en el arte de los pueblos de la Sierra.

En la vida religiosa de los antiguos peruanos, la *paccha* tenía una importancia muy grande y entraba en muchas ceremonias jugando un rol sobresaliente.

La *paccha* —explica Rebeca Carrión Cachot— era un *recipiente sagrado* “que se llenaba con chicha o agua, que se vertía al pie del ídolo y en la heredad para dotar a la tierra de poder productor”¹¹⁴.

Como la Luna era la *diosa de la fecundidad*, la *paccha* resultaba ser una de los emblemas de esta divinidad.

La *paccha* aparece conectada a los ritos religiosos de la tierra y es probable que se vincule también, como lo insinuó Uhle, con el culto a los muertos. Así, en las solemnes procesiones de las momias que se realizaban periódicamente en el Cusco, se daba de comer y beber a los muertos insignes, y para lo segundo se empleaban *pacchas ceremoniales*, de naturaleza sagrada.

Ahora bien: “...en cada región del Perú —dice Rebeca Carrión—, las *pacchas* ornamentales adquieren las formas de los seres u objetos imperantes en el medio ambiente. Frecuente es en el Chimú el *tema marino*, predominando las representaciones de *balsas* o *caballitos de totora*, de *peces* y *conchas*. No debe extrañar la predilección por tales formas tratándose de utensilios rituales usados en ceremonias invocatorias de las lluvias o de buenas cosechas”¹¹⁵.

En las *pacchas* en forma de caballito de totora, la reproducción de la barca es exacta, Aparecen hasta las cuerdas que sujetan los haces de junco.

Por los elementos aribaloides, como el gollete abocinado, se colige que la mayoría de las *pacchas* conocidas son de época tardía, de marcada influencia incaica.

Las *pacchas* en forma de concha son escasas pero verdaderamente notables. Un ejemplar escenográfico representa un grupo de pescadores, “con el gorro puntiagudo característico” y *huara*, sosteniendo o protegiendo grandes almejas recogidas del mar. Otro ejemplar no menos valioso representa un plato lleno de conchas del género *Spondylus*. Importantes, igualmente, son las *pacchas* en forma de pez, muy realistas, en las que, por lo general, el animal aparece de lado.

NOTAS AL CAPITULO

1. ENGEL, Frederic... *Algunos datos con referencia a los sitios precerámicos de la Costa peruana*. Lima, 1958; p. 49 y sgte.
2. ENGEL, Frederic... *A preceramic settlement of the Central Coast of Perú*. Asia. Filadelfia, 1963; p. 83.
3. KOSOK, Paul... *Life, land and water in ancient Peru*. Nueva York, 1965; p. 95.
4. VALCARCEL, Luis E. ... *Historia del Perú Antiguo*. Buenos Aires, 1964. Tomo I; p. 73.
5. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo I; p. 74.
6. Comunicación personal.
7. STUEBEL, Alfons... *Ueber altperuanische Gewebe-Muster*. Berlín, 1888. (Citado por A. OYARZUN, *Contribución al estudio de la influencia de la civilización peruana sobre los aborígenes de Chile*. Santiago, 1910).
8. BAESSLER, Arthur... *Altperuanische Kunst*. Berlín, 1903. (Hay edición en inglés, Nueva York, 1902).
9. El tránsito del período precerámico a la era alfarera se produce por el año 2000 antes de Cristo. La primera cerámica de Guañape es del año 1850 antes de nuestra era.
10. LARCO HOYLE, Rafael... *Las épocas peruanas*. Lima, 1963; p. 27 y sgte.
11. HORKHEIMER, Hans... *La cultura mochica*. Lima, 1961; p. 36.
12. TELLO, Julio C. ... *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*. Lima, 1942; p. 25.
13. COSSIO DEL POMAR, Felipe... *Arte del Perú precolombino*. México, 1949; p. 127.
14. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*; p. 130.
15. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*; p. 134.
16. MUELLE, Jorge C. ... *Chalchalcha. Un análisis de los dibujos muchik*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1936. Tomo V. Nº 1; p. 67.
17. LARCO HOYLE, Rafael... *Los Mochicas*. Lima, 1938. Tomo I; p. 94.
18. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 27.
19. BADARACCO, Agustín... *El angelote visto por el artista mochica*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1939. Tomo VIII. Nº 2; pp. 296-298.
20. JIMENEZ BORJA, Arturo... *Moche*. Lima, 1938; p. 13.
21. JIMENEZ BORJA, Arturo... *Crónicas peruanas grabadas en arcilla*. "El Correo de la Unesco". París, marzo 1966; pp. 12-13.
22. CARRION CACHOT, Rebeca... *El culto al agua en el Antiguo Perú*. Lima, 1955; p. 38.
23. LARCO HOYLE, *Las épocas peruanas*; p. 57.
24. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*; p. 138.
25. YACOVLEFF, Eugenio... *Las falcónidas en el arte y en las creencias de los antiguos peruanos*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1932. Tomo I. Nº 1; p. 64.
26. JIMENEZ BORJA, *Moche*; cap. Las Islas.
27. LARCO HOYLE, Rafael... *Cronología arqueológica del Norte del Perú*. Buenos Aires, 1947; p. 32.
28. LARCO HOYLE, *Cronología arqueológica...*; p. 36.
29. BAESSLER, *Altperuanische Kunst*.
30. MASON, J. Alden... *Las antiguas culturas del Perú*. México. 1962; p. 83.
31. CANALS FRAU, Salvador... *Las civilizaciones prehispánicas de América*. Buenos Aires, 1955.
32. JIJON Y CAAMAÑO, Jacinto... *Maranga*. Quito, 1949; p. 277.
33. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 280.

NOTAS AL CAPITULO

34. JIJON Y CAAMAÑO, Jacinto... *Una marea cultural en el Noroeste de Sudamérica*. "Diario de la Sociedad de Americanistas", Vol. XXII; p. 183.
35. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 282.
36. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 285.
37. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 289.
38. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 292.
39. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 297.
40. TABIO, Ernesto E. ... *Excavaciones en Playa Grande*. "Arqueológicas". Lima, 1957. I - 1; p. 22.
41. PEZZIA ASSERETO, Alejandro... *La cultura Nasca*. Lima, 1962; p. 15.
42. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*; p. 114.
43. CARRION CACHOT, Rebeca... *Paracas*. Lima, 1949; p. 31.
44. YACOVLEFF, Eugenio... *La deidad primitiva de los Nasca*. "Revista del Museo Nacional" (Cuaderno N° 3 de Arte Antiguo Peruano). Lima. 1932; p. 156.
45. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 94
46. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 96.
47. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 99.
48. PEZZIA ASSERETO, *La cultura Nasca*; p. 27.
49. PEZZIA ASSERETO, *La cultura Nasca*; p. 30
50. LARCO HOYLE, Rafael... *Archaeologia Mundi*. Peru. Ginebra, 1966; p. 118.
51. PEZZIA ASSERETO, *La cultura Nasca*; p. 35.
52. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*; p. 73.
53. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*; p. 94.
54. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; p. 111.
55. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; p. 115.
56. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; p. 122.
57. YACOVLEFF, *La deidad primitiva...*; p. 125.
58. URTEAGA, Horacio H. ... *El simbolismo de los huacos de Nasca*. "Perú. Monografías históricas". Lima, 1928; pp. 10-14.
59. BAUDIN, Louis... *La vida cotidiana en el tiempo de los últimos incas*. Buenos Aires, 1958; p. 206.
60. HARTH-TERRE, Emilio... *Análisis estético de la cerámica prehispánica de Nasca*. Lima, 1965; p. 17.
61. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*; p. 73.
62. PEZZIA ASSERETO, *La cultura Nasca*; p. 45.
63. YACOVLEFF, *Las falcónidas en el arte...*; p. 45.
64. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi*. Peru; p. 120.
65. BIRD, Junius B. ... *Art and life in Old Peru: an exhibition*. Nueva York, 1962. Leyenda de la figura 37, frente a la p. 187.
66. PEZZIA ASSERETO, *La cultura Nasca*; p. 51.
67. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 79.
68. Lorenzo Rosselló, comunicación personal (1966).
69. BUSE, Hermann... *Introducción al Perú*. Lima, 1965; p. 289.
70. LARCO HOYLE, Rafael... *Vicús 2. La cerámica de Vicús y sus nexos con las demás culturas*. Lima, 1967; pp. 22, 89, 92 y 98.
71. Comunicación personal (1968).
72. TELLO, Julio C. ... *El oro de Batán Grande* (texto de una conferencia). "El Comercio". Lima, 1937.
73. KAUFFMANN, Federico... *La cultura Chimú*. Lima, 1964; p. 41.
74. TELLO, *Origen y desarrollo...*; p. 87 y sgte.
75. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; p. 521.
76. Comunicación personal (1966).
77. Museo Británico, de Londres. Reproducción en: *Chefs-d'oeuvre de l'art*. 1964. N° 83.
78. BIRD, *Art and life in Old Peru*.
79. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi*. Peru; p. 72.
80. TELLO, Julio C. ... *Arqueología del valle de Casma*. Lima, 1956 (ed. postuma; ordenamiento y revisión de Toribio Mejía Xesspe); p. 307.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

81. TELLO, *Arqueología del valle de Casma*; pp. 84-145 (Para un testimonio posterior: Hermann BUSE, *Huarás-Chavín*. Lima, 1957; pp. 95-100).
82. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 190.
83. CARRION CACHOT, Rebeca... *Ancón*. Lima, 1951; p. 8.
84. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 370.
85. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 380.
86. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 383.
87. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 400.
88. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 65.
89. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 111.
90. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 119.
91. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 419.
92. JIJON Y CAAMAÑO, *Maranga*; p. 421.
93. HORKHEIMER, Hans... "El Comercio". Lima 8, de enero 1956.
94. JIMENEZ BORJA, Arturo... *Imagen aborigen del valle de Lima*. "El Comercio". Lima, 26 de febrero 1956 (Suplemento dominical).
95. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*; p. 165.
96. CALVETE DE ESTRADA, Juan Cristóbal... *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de don Pedro Gasca* (1567). Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro II, cap. IV, p. 301.
97. COBO, Bernabé... *Historia del Nuevo Mundo* (1653). Madrid, 1964, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro XIII, cap. XVII, p. 189.
98. MARKHAM, Clemente R. ... *Los Incas del Perú*. Lima, 1920; p. 200.
99. MUELLE, Jorge C. ... *Las pinturas del templo de Pachacámac*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1939. Tomo VIII. N° 2; p. 266.
100. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*; p. 97.
101. CANALS FRAU, *Las civilizaciones prehispánicas de América*; p. 295.
102. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*; p. 98.
103. Recientemente, el Mayor del Ejército Peruano Luis Mazzotti Pretell, del Instituto Geográfico Militar, después de estudiar la dirección de las líneas y su proyección en el cielo, ha propuesto, como hipótesis de trabajo, considerar el conjunto de trazos y dibujos como "un antiguo mapa estelar confeccionado por la civilización que habitaba esas tierras, distinto en concepción pero semejante en intención a los agrupamientos de estrellas llamados constelaciones...". De esta manera, "las figuras y líneas representarían en sí constelaciones de estrellas... Como estas líneas tramontan los cerros —subraya—, creemos que están dirigidas a algún lugar del cielo donde los antiguos nasquenses localizaban esas constelaciones (Luis MAZZOTTI PRETELL, *Líneas y dibujos de las Pampas de Nasca*. Síntesis de una conferencia. "Boletín de la Asociación Peruana de Astronomía". Lima, abril 1971. Vol. VI. N° 147; p. 514 y sgte).
104. REICHE, María... *Los dibujos gigantes en el suelo de las pampas de Nasca y Palpa*. Lima, 1949; p. 3.
105. PEZZIA ASSERETO, *La cultura Nasca*; p. 84.
106. PEZZIA ASSERETO, *La cultura Nasca*; p. 84.
107. COSSIO DEL POMAR, *Arte del Perú precolombino*; p. 49.
108. ENGEL, *A preceramic settlement...*; p. 82.
109. YACOVLEFF, *Las falcónidas en el arte...*; p. 104.
110. TELLO, *Origen y desarrollo...*; pp. 109 y 111.
111. KRICKEBERG, Walter... *Etnología de América* (1939). México, 1946; p. 431.
112. Comunicación personal (1971). Además, BUSE, *Introducción al Perú*; p. 71 y sgtes.
113. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; p. 543.
114. CARRION CACHOT, *El culto al agua...*; p. 9.
115. CARRION CACHOT, *El culto al agua...*; p. 37.

Capítulo XV

LA EXPANSION IMPERIAL

Surgido el Imperio de los Incas como una simple confederación de pueblos a mediados del siglo XII, en el Cusco, su expansión significó, a la postre, tras las guerras de conquista que se acentuaron durante el reinado de los monarcas de la dinastía de los *Hanan Cusco*, el ordenamiento estatal más perfecto, poderoso y extenso de América. No fue superado por los estados de México y Centroamérica y su superioridad sobre otras agrupaciones americanas fue tal que no admite comparación.

Se desconoce si este imperio, como organización política, tuvo antecedentes. No se sabe, a ciencia cierta, si hubo antes de él otro imperio de su magnitud, poderío y eficiencia. Todas las indicaciones al respecto son borrosas, en muchos casos hipotéticas y, en general, no se fundamentan en datos dignos de absoluto crédito.

Siguiendo a Felipe Guamán Poma de Ayala, autor de la famosa *Nueva Corónica y Buen Gobierno*, que aporta un caudal enorme de información sobre política, usos, costumbres, religión y economía de los peruanos de la antigüedad, propuso Tello' la existencia, antes que los señores del Cusco dilataran su reino, de un gran imperio en la región del Chinchaysuyo, "gobernado durante siglos por la dinastía de los *Yaro Willka*". Dijo Tello que esta poderosa organización preincaica había tenido su sede en los Andes del Marañón y que durante siglos había extendido su influencia por el vasto país de las hoyas interandinas, rebasando, por un lado, los contrafuertes orientales hasta penetrar al Antisuyo, y, por otro, la línea divisoria de la vertiente occidental hasta llegar a los llanos ma-

rítmicos. Muchos siglos habría durado este imperio, de cuya existencia el sabio no tuvo dudas. "La arqueología del Chinchaysuyo —llegó a decir— tiende a probar que el *Imperio Yaro Willka* no es del todo una invención o una creación arbitraria o fantástica de Guamán Poma...". Señaló, además, que "la incorporación de esta nación al Tahuantinsuyo, la inició Pachacútec y la consolidó Túpac Inca Yupanqui, cuando emprendieron juntos la conquista de los pueblos de más al Norte [del Cusco]".

Otros no menos respetables autores han preconizado también la existencia, con sede en el Sur, a orillas presumiblemente del legendario lago Titicaca, de un *Imperio Tiahuanaco*, teoría que se apoya no sólo en la majestad de los testimonios arqueológicos de la meseta del Collao sino en la gran extensión del territorio, parte peruano, parte boliviano, sobre el cual se reparten los signos estilísticos —arquitectura, arte alfarero, planeamiento urbano, modo de vida, concepción religiosa, etc.— de una pretensa organización política. Alrededor del año mil de nuestra era, en efecto —dos siglos antes, quizá, o dos siglos después: durante un lapso considerable—, de las sierras meridionales del Perú y septentrionales de Bolivia parten en todo sentido pero, con notoria intensidad, hacia los llanos marítimos, por el Contisuyo y el Chinchaysuyo, poderosas *fuerzas culturales* —no probadamente políticas, tampoco probadamente guerreras— que amagan los antiguos focos culturales y los centros de gobierno, y homogenizan, bajo sus propios moldes, todas las manifestaciones de la actividad humana. Se propone Tiahuanaco como el foco de este movimiento nivelador, y Huari, en Ayacucho, como la más importante estación de la corriente venida del Sur (aunque Larco invirtió el orden y señaló a Huari como el verdadero foco del gran horizonte preinca). ¿Fue Tiahuanaco —o Huari— un imperio en el sentido estricto de la palabra? ¿Llegó a formar alguna vez un entidad política centralizada con aparato de gobierno y objetivos prefijados, o fue sólo una corriente de pensamiento, una manera de vida, un estilo que se propagó quizá favorecido por guerras desarticuladas pero coetáneas entre los pueblos de la Sierra y los de las comarcas septentrionales y llanos marítimos, tan envidiados por la bondad de sus tierras y sus muchos recursos de todo género? La arqueología admite, y destaca, la existencia de un *horizonte Tiahuanaco*, con cosas plenamente del *estilo* y otras tan sólo similares (*tiahuanaco* y *tiahuanacoide*; antes, con Uhle, *epigonal Tiahuanaco*). Por los siglos IX a XI sábase con certeza, tras la decadencia de las grandes culturas de la Costa —*Mochica* en el Norte y *Nasca* en el próximo Sur (desde Ica hasta Acari)—, el *manto unifor-*

mador procedente de la Sierra se extiende, y cubre, nivelándolas, todas las manifestaciones locales. Esto está plenamente probado por los datos de la Arqueología. Pero —volvemos a la pregunta—, ¿ese manto fue político o solamente artístico o, algo más ampliamente, estilístico? Tras la avalancha, que es un hecho, ¿hay un estado organizado y una poderosa fuerza militar con señalados programas de gobierno y conquista, o todo no pasa de ser una corriente cultural y de acciones aisladas de los grupos de la Sierra contra las naciones decadentes de las tierras bajas?

A lo *Chavín* también se le ha querido dar contenido político, y se ha dicho que *Chavín fue un imperio* que impuso, por la fuerza, la persuasión o el proselitismo religioso, su manera de pensar a los pueblos de una inmensa extensión del país andino y que por las quebradas y valles del flanco occidental bajó a los llanos marítimos, imponiendo allí también sus cánones a las naciones sojuzgadas. Pero, la arqueología no puede divagar, y para ella, Chavín es una palabra ciertamente de extraordinaria resonancia, quizá una de las palabras de mayor mensaje de las muchas que maneja la ciencia en este campo, pero, hasta ahora, de contenido exclusivamente estilístico, artístico, religioso. Chavín es una *época*, es decir: una fase en el desarrollo de los pueblos andinos, con arte, mitología, religión; junto con el arte, con una técnica; también un sistema económico, mas *no necesariamente un imperio*. Larco Hoyle fue uno de los más tenaces impugnadores del *Imperio Chavín*; su oposición a tal idea lo llevó a extremos de dogmatismo y aferramiento ideológico.

Recientemente, Lumbreras ha replanteado el problema, y lo ha hecho al amparo de la última investigación arqueológica, esgrimiendo buenas pero no terminantes razones. Parece quedarse en lo que ya se sabía —es decir, en el reconocimiento de una simple *fase cultural*— sin lograr una fundamentación suficiente para la asendereada teoría del imperio preinca. Apoyándose a ratos en las concepciones generales de Gordon Childe para interpretar sobre todo la aparición de nuevos patrones urbanos tanto en la Sierra como en la Costa —patrones urbanos que podrían ser el signo inequívoco de la decadencia de las sociedades meramente agrarias— y siguiendo el camino que de Uhle, a comienzos de este siglo, llega a Bennett, Collier, Willey, Menzel y Rowe, arriba Lumbreras, con el auxilio de Larco, a la existencia de un “*viejo imperio Wari*”, entre los siglos IX y XIII de nuestra era, cuyo foco habría estado “en el punto de convergencia de dos grandes corrientes: Nasca y Tiwanaku”² y “cuya capital habría sido Wari”³. De este foco salió —postula— no sólo el estilo, el patrón urbano y el nuevo régimen eco-



Cántaro ictiomorfo de doble cuerpo. (*Nasca*.
Siglo IV de nuestra era. Museo Nacional
de Antropología. *Dibujo: Pablo Carrera M.*)

nómico sino, principalmente, el poder político. Huari se habría expandido por “estímulos de carácter religioso” y por “una fuerte presión demográfica”, tornándose, así, con el tiempo, en un Estado militarista y conquistador. Su aporte al futuro de la sociedad andina habría sido la planificación urbana, el comercio interregional, los caminos, la religión como nexo político y “poderoso instrumento de control” (y también “pretexto de conquista”) y, finalmente, “una serie de rígidos mecanismos de control social y de abastecimiento” y un vigoroso sistema militar en la base del Estado⁵.

La época de apogeo Huari, según Lumbreras, corresponde “a una situación de naturaleza despótica, en la que los conquistadores imponen su dominio a la fuerza, lapidando con la conquista cualquier sistema de vida diferente al de ellos”⁶.

El mapa de la expansión máxima (del “Wari III”) señala el sojuzgamiento de todas las tierras comprendidas entre el mar y una línea al Este que corre más o menos a lo largo de los ríos Marañón y Mantaro y se introduce en las cabeceras del Apurímac y el Vilcanota. El límite Norte está en el río Jequetepeque y el Sur en el Sihuas.

La presentación de este *imperio Huari* es tentadora mas no concluyente como eso, es decir, como *imperio*. Falta la demostración del *sistema político*. A base sólo de indicios no es posible señalar la existencia de un Estado, máxime si se le atribuyen a ese Estado características de dominio expansivo y rígida organización administrativa y militar.

Todo parece indicar, por lo tanto, que el Imperio de los Incas no tuvo antecedentes. A lo más, las organizaciones políticas que lo precedieron fueron sólo reinos locales y las confederaciones no pasaron de confines regionales.

Desde luego, la vieja tesis garcilasista, ya totalmente superada, y perfectamente tamizada también por la crítica histórica⁷, que con “indiscutida y evidente parcialidad y apasionamiento por los Incas... negó la cultura preincaica”, presentando un cuadro de salvajismo y behetría, con “bestias mansas y... mucho peores que fieras bravas”, gentes sin letras ni enseñanza alguna, dedicadas solamente a los “latrocinios, robos, muertes [e] incendios de pueblos” y adoradoras de animales⁸, tesis que si oportunamente no hubiera sido refutada con el testimonio de otros historiadores y cronistas de los siglos XVI y XVII, habría caído anulada por los datos definitivos de la Arqueología, no tiene voz en el debate acerca de si hubo o no, antes de los Incas, un imperio en el territorio que, a partir del siglo XII, fue primero paulatinamente y después rápida y vigorosamente, sometido a la dominación de los señores del Cusco. Garcilaso, llevado por su apasionamiento por todo lo incaico, negó todo

LA EXPANSION IMPERIAL

signo de cultura y civilización a los pueblos más antiguos, como acaba de indicarse, y ésta, en otra situación, habría sido un arma poderosa para rechazar de plano la idea de un imperio anterior al siglo XII o contemporáneo al incaico pero en otro territorio (como el *Yarovilca*, de Guamán Poma de Ayala, resucitado por Tello). Pero la verdad histórica, al tiempo que rechaza los infundios parciales de Garcilaso (que en modo alguno perjudican el valor general de su obra) y destaca el hecho de los grandes florecimientos culturales no sólo de antes de los Incas sino de los siglos remotos que se ubican en la era precristiana, prefiere poner de lado, por ahora, la pretensa existencia de imperios anteriores al de los Incas, y duda, por lo mismo, de las supuestas organizaciones políticas *Chavin*, *Tiahuanaco*, *Yarovilca* y *Huari*, no negándolas de plano sino disponiéndolas para el juicio de confirmación o rechazo que los futuros estudios habrán de emitir.

ORDEN Y GOBIERNO PATERNAL

El Imperio de los Incas, cuyo gobierno, nacido en el Cusco y provincias aledañas, se impuso más tarde sobre un inmenso territorio de más de un millón de kilómetros cuadrados con diez o quince millones de habitantes, tiene panegiristas y detractores. Fue el de los Incas un gobierno duro, despótico, igual en muchos aspectos al de los imperios bárbaros asiáticos. Dentro de su interpretación socialista, Baudin dice que el imperio, con mano de hierro en el ordenamiento, "secó las dos fuentes del progreso: el espíritu de iniciativa y el espíritu de previsión"⁹. Para el individuo, el Estado lo fue todo y la personalidad de cada miembro de la nación se disolvió, hasta desaparecer o convertirse sólo en una pieza agregada. Pero, a esta crítica, el mismo Baudin antepone los frutos buenos de la socialización: "el Estado peruano supo impedir las pasiones destructivas del orden social, pasiones tendentes a tomar libre curso y restaurar la *anarquía primitiva*; hizo desaparecer los dos grandes factores de las revueltas: la pobreza y la pereza...". Y, más adelante, agrega: "Disciplina militar y método económico eran las dos manifestaciones de una misma tendencia; ambas trataban de eliminar el azar por vías diferentes, pero con el mismo rigor... Pocas desgracias, pocas grandes alegrías... No es poca cosa haber evitado los peores sufrimientos materiales, el del hambre y el del frío... No es poca cosa haber suprimido el crimen y establecido, al mismo tiempo que un *orden perfecto*, una *seguridad absoluta*..."¹⁰. La cita oportuna de Acosta, avala estas conclusiones del gran historiador y economista francés: "...la mayor riqueza de aquellos bábaros reyes—dice el je-

suita refiriéndose a los Incas— era ser sus esclavos todos sus vasallos, de cuyo trabajo gozaban a su contento. Y lo que pone admiración, servíase de ellos por tal orden y por tal gobierno, que *no se les hacia servidumbre sino vida muy dichosa*¹¹.

Se pregunta Baudin: “¿Cómo habría podido ser desgraciado ese pueblo que hemos visto trabajar cantando?”. Y se responde como conclusión final: “Creemos ...que los indígenas se sentían felices” (admitiendo que “la felicidad es cosa subjetiva”).

El Imperio de los Incas dio, pues, la felicidad al pueblo y, con un ejemplar sentido de previsión social, lo libró de los flagelos: del hambre y del frío, principalmente. Además, como autodefensa, combatiendo la pobreza y la pereza, cerró las puertas a la *anarquía primitiva*.

Indudablemente, aunque el desarrollo cultural, como lo hemos subrayado, fue grande antes de la formación del imperio, la diversificación política y el espíritu regionalista condujeron a riñas intestinas dentro del vasto territorio. Por épocas la anarquía fue grande y el estado de guerra, general, con las más crueles manifestaciones de hostilidad y ensañamiento entre los grupos combatientes. Lejos de ser éste el cuadro de behetría y bestialidad, con latrocinios y crímenes que pintó Garcilaso por su exceso de amor y reverencia al incario, lo era realmente de desajuste. La sociedad andina hallábase anarquizada aunque en los campos del arte y la técnica había escalado posiciones muy altas. De estas guerras y desórdenes tuvieron casi todos los cronistas del siglo XVI fresca y patética noticia, como el muy serio y objetivo Cieza, quien dejó dicho al respecto lo siguiente: “Por las relaciones que los indios del Cusco nos dan, se colige que había antiguamente gran desorden en todas las provincias deste reino que nosotros llamamos Perú, y que los naturales eran de tan poca razón y entendimiento, que es de no creer... Por los cerros y collados altos tenían castillos y fortalezas, desde donde, por causas muy livianas, salían a darse guerra unos a otros, y se mataban y captivaban todos lo más que podían”¹².

Este cuadro de anarquía y guerra, que habría desembocado, a no dudar, en la ruina política y cultural, por matanza interna, de la sociedad peruana anterior a los Incas, llegó a su término con la fundación del imperio, sobre la base de los pueblos del Cusco y grupos comarcanos. El cambio fue fundamental, porque al estado descrito sucedió pronto el del más riguroso orden, que a tan hondo llegó que desaparecieron los particularismos, se aplacaron las iras, y las tribus y naciones, unas por la fuerza, otras por la persuasión, pero todas al final reconociendo las ventajas, se estrecharon sumisamente y acataron el gobierno de los señores del Cusco.

LA EXPANSION IMPERIAL

A principios del siglo XIV, las guerras de conquista asumieron un carácter verdaderamente imperial. Cápac Yupanqui, último monarca de la dinastía de los *Hurin Cusco* (y no Maita Cápac, como quieren algunos tratadistas mal informados), llevó por primera vez a los ejércitos cusqueños más allá de los límites de la confederación e inició la dominación del Contisuyo, en empresa victoriosa que habría de llevarlo *hasta el mar*. Casi al mismo tiempo, su hijo, el príncipe Inca Roca, futuro emperador, emprendía también la conquista de los llanos marítimos por el camino del Chinchaisuyo, sojuzgando los valles cálidos de Palpa y Nasca, o Nanasca.

Así, las naciones alejadas del Cusco, no colindantes con la confederación, fueron poco a poco recibiendo los beneficios del ordenamiento imperial, y aunque algunas fueron irreduciblemente rebeldes y no pocas amantes tenaces de su libertad, al final sucumbieron para bien de ellas mismas y robustecimiento del poder central. En la mayoría de los casos, las reacias a la incorporación fueron tratadas con benevolencia y avezado sentido paternal, y así terminaron ganadas al Cusco. Las dóciles, de inmediato se enriquecieron con las ventajas del sistema, sobre todo en lo económico, sin sufrir menoscabo en sus ideas religiosas y sus usos tradicionales. El imperio aceptó las formas locales de vida, y sólo agregó lo suyo cuando lo suyo significaba para los pueblos incorporados ventaja, comodidad y resguardo, tanto en lo económico (vestido y comida) como en lo militar o político.

A final, el imperio, con las grandes campañas que realizaron los continuadores de aquellos dos monarcas citados, se extendió, repartiendo sobre cientos de naciones los beneficios de su organización. La sujeción, desde luego, no fue en todos los casos firme, y así hubiéronse de realizar frecuentes expediciones punitivas o de reconquista, que causaron terrible mortandad a los bandos en lucha, y también debióse aplicar a los levantizcos e inconformes el método duro de la dispersión para extinguir los focos de mayor peligro¹³.

Así, con lucha y constante acción de las legiones guerreras, el imperio se constituyó en el poderoso Estado cuya admirable estructura la historia ha reconstruido para asombro de la humanidad y ejemplo de sabia y prudente acción social y económica. "Hicieron [los Incas] tan grandes cosas, y tuvieron tan buena gobernación, que pocos en el mundo les hicieron ventaja..."¹⁴. Y, más adelante, Cieza, de quien es la cita precedente, añade esta opinión definitiva sobre la bondad del sistema incaico (opinión que se robustece por la objetividad y circunspección del cronista): "...verdaderamente, pocas naciones hubo en el mundo... que tuvieran mejor gobierno que los ingas..."¹⁵. De

las muchas opiniones actuales, he aquí una que vale sobre todo por la mucha ciencia que la respalda y la imparcialidad del juicio: el "Imperio Incaico... no sólo representa la creación política más grandiosa de América indígena, sino también una de las instituciones estatales más notables de la humanidad en general"¹⁶.

El éxito del imperio, como organización política extendida sobre una población tan numerosa y un territorio tan extenso y variado, se explica, según Valcárcel, por la estricta —y en no pocos casos, sin duda, severísima— aplicación de los principios económicos que informaban sus fines sociales. Una sabia política económica, en la que el opositor o el rebelde eran drásticamente castigados o eliminados en bien de los demás, trajo consigo "gran prosperidad y crecimiento extraordinario de la población, lo cual queda perfectamente comprobado tanto por los datos arqueológicos como por las referencias históricas del momento mismo de la Conquista, en que los cronistas manifiestan cómo encuentran los valles tan poblados, los depósitos repletos de productos tanto agrícolas como industriales, y cómo no encuentran pueblos miserables, demostración de que todos gozaban de bienestar"¹⁷.

En iguales conceptos abunda John V. Murra, etnohistoriador del imperio, quien destaca el sentido previsor en la industria textil, fundamental en una sociedad cuyo ambiente originario es una de las cordilleras más altas y frías del mundo¹⁸.

LA EXTENSION DEL IMPERIO

Empujados por su destino imperial, que habría de llevarlos, con el correr de los años, a la dominación de un territorio inmenso, desde el río Angasmayo, en Colombia, hasta el Maule o, como quieren algunos, hasta el Bio Bio, en Chile, con un frente de 5,000 kilómetros¹⁹, los Incas, pasado el momento inicial de la estructuración y afincamiento en el país nativo, se lanzaron a la azarosa pero tentadora empresa de dilatar los límites de su Estado: azarosa por la bravura y resistencia de los pueblos circunvecinos, pero tentadora por las riquezas contenidas en tan vastos territorios y por la bondad de tantos valles y comarcas, despensas inagotables para el futuro Tahuantinsuyo.

Misteriosamente, *el mar los atrajo*. Y así, pronto, desde los primeros monarcas conquistadores, la aguerrida hueste cusqueña enfiló resuelta hacia el abrupto *Contisuyo*, lleno de montañas altísimas, cortado por quebradas profundas, drenado por ríos impasables en los que las laderas empinadas y agrestes impedían el tendido de puentes, pero... misteriosamente tentador.

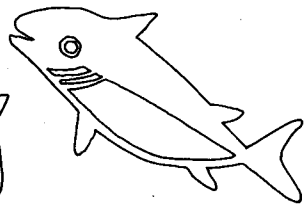
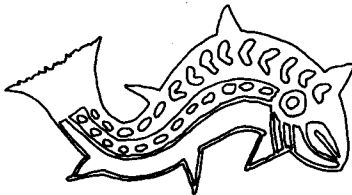
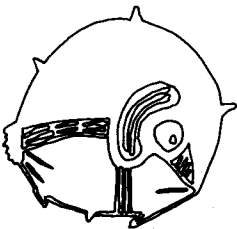
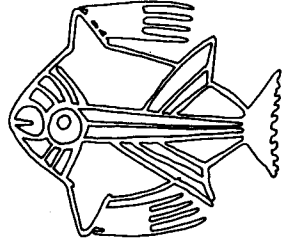
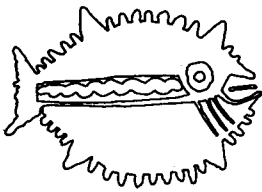
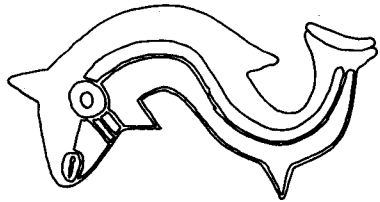
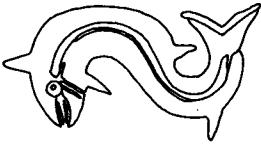
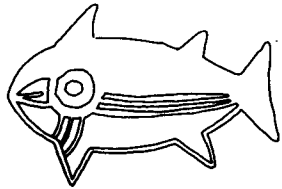
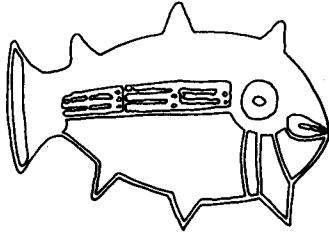
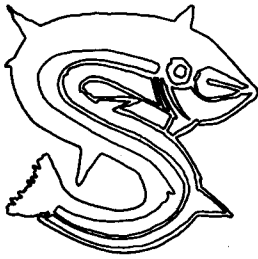
“El término *suyo* —explica Valcárcel— no significa ni región ni provincia como algunos historiadores han interpretado... sino *rumbo, dirección* con referencia a los cuatro puntos cardinales y tomando como centro el Cusco...”²⁰.

Con el nombre de *Contisuyo*, por lo tanto, no se designó una provincia, en el sentido político o administrativo que esta palabra tiene (como circunscripción territorial), sino una región extendida a un lado del Cusco: en este caso, extendida a Poniente, por donde se oculta el astro del día. El mismo Valcárcel dice que el *Contisuyo* “comprendía una faja que se ensanchaba a ambos lados, abarcando todas las provincias del Oeste del Cusco (hacia el sol poniente), *hasta el mar*”²¹.

Maita Cápac avanzó por el Contisuyo, por tierras de los *puquina* (hoy, Arequipa), pero no llegó al mar, como algunos infundadamente lo han dicho. Fue su sucesor, el Inca Cápac Yupanqui, último de los monarcas de la dinastía de los *Hurin Cusco*, el que, al frente de su tropa o representado por su valeroso hijo, más tarde también emperador con el nombre de Inca Roca (iniciador de los *Hanan Cusco*), avanzó resueltamente hacia donde se oculta el Sol, el divino *Inti*, y al cabo vio la tersa, resplandeciente e infinita superficie del mar, *Mamacocha* sagrada. La conquista del Contisuyo llevó, pues, a los incas al descubrimiento del mar; o, más que a su descubrimiento, a su posesión, como entidad geográfica, mística y religiosa; el mar inmenso, indomeñable y múltiple pero generoso.

Más tarde se produjo la conquista del *Chinchaisuyo* o región del Norte, por la que también los ejércitos imperiales llegaron al mar, tras los valles serranos y los *llanos*. “Llamábase Chinchaisuyo la provincia septentrional, que comprendía Huamanga, el valle de Jauja, Huánuco, Cajamarca hasta Quito, y los *valles costeros* de las comarcas citadas que son litorales”²².

La conquista de esta otra región, mucho más extensa y poblada que la anterior, más dura de someter por la mucha resistencia de los pueblos avanzados que la ocupaban desde tiempo inmemorial —pueblos bien organizados y guerreros, con recursos sumos para la lucha y obstinados en los arreglos de paz—, fue, por lo mismo, lenta y fatigosa y se vio jalónada por sangrientas campañas en las que las pérdidas fueron elevadísimas para ambos bandos; mas, al fin, el empuje arrollador de los ejércitos imperiales se impuso, y tanto la Sierra como la Costa cayeron en el sojuzgamiento, alegrándose los incas victoriosos sobre todo de la dominación de los valles *yungas* que daban al mar y del extenso litoral que les permitía el *contacto con el océano*. En unos casos avasallaron sin piedad, desarraigando con *mitimaes* a los grupos insumisos; y en otros casos paternalmente, recompensando a los vencidos. En todos los casos, “la



Diversas representaciones del pez y el cetáceo en la cerámica pictórica Nasca. El inventario artístico de este tema comprende innumerables formas; aquí sólo se han considerado las principales de la colección que proporcionó los materiales de estudio. (Del *Atlas Nasca*, en preparación, de Lorenzo Rosselló Truel. *Reproducción gentilmente autorizada*).

conquista y sujeción del Chinchaisuyo por los Incas ha de estimarse como la mayor de sus hazañas militares²³.

Para cada situación, los ejércitos imperiales tuvieron una fórmula de arreglo o una respuesta adecuada: el pacto afectuoso, con dádivas y prebendas, para los pueblos sumisos, y la guerra hasta el exterminio para los indomables; pero siempre buscaron el trato y, al final de las luchas, la transacción. "La sabiduría política de los Incas consistió sobre todo en comprender que la política es el arte de la transacción"²⁴. Como ya se ha dicho, quedaron en muchas partes los usos inveterados, y los vencedores, como en Pachacámac, respetaron las prácticas religiosas regionales, exigiendo sólo consideración, aunque fuese subalterna, a las divinidades imperiales. "Después que los Incas pusieron debajo de su señorío las provincias y gente de la Sierra, bajaron a conquistar los llanos, lo cual hicieron con grandes trabajos y muerte de gran número de gente en las batallas, y mandaron entonces que adorasen el sol... Viéndose los pueblos de los llanos afligidos, consultaron por sus sacerdotes a su dios Pachacama de lo que debían hacer. El les respondió que pues no podían hacer otra cosa, que honrasen y adorasen al sol y a él también; y así las gentes de los llanos, después que fueron conquistadas por los Incas, tuvieron por dioses al sol y a Pachacama; pero en mayor veneración tenían a Pachacama que al sol"²⁵.

Así, venciendo todos los obstáculos, halagando o transando, los Incas llegaron a formar ese imperio de 5,000 kilómetros de largo que señalábamos arriba. "La longitud deste gran reino corría Norte-Sur a lo largo de la costa de la mar de novecientas a mil leguas castellanas, desde la provincia de Popayán... hasta el río Maule, en el reino de Chile...". Iba, exactamente, desde el río Angasmayo, "que corre por entre Pasto y Quito", hasta el río Maule, "cuarenta leguas al austro de la ciudad de Santiago"²⁶.

UNIFICACION POR LOS CAMINOS

Para la unificación del vasto Tahuantinsuyo y, sobre todo, para mantener contra todos los peligros la cohesión de sus muchas provincias y regiones —no todas, como se ha visto, sumisas—, los Incas construyeron una red de caminos como no hubo otra en el mundo. Fue "obra asombrosa", ante la cual "los primeros europeos... se quedaron suspensos y pensativos"²⁷. Es probable que "ningún otro aspecto del imperio incaico", salvo el oro, "les impresionara tan profundamente", por la magnificencia y amplitud de la red, por la solidez increíble del trabajo, por el trazo de vértigo de muchos de sus tramos, enroscados a

LA EXPANSION IMPERIAL

montañas altísimas y, en fin, por la sabia disposición del conjunto, con estaciones para el descanso de los chasquis y *tambos* de control a cada paso.

La red vial cubría íntegramente el territorio de las cuatro grandes regiones y se componía, fundamentalmente, de dos vías longitudinales, desde el Ecuador hasta Chile: una, por la Sierra y, otra, *paralela al mar*, a lo largo de los *llanos*; y varias de penetración o transversales, entre los pueblos de la Costa y los del interior. El sistema tenía como centro la ciudad del Cusco, capital del Imperio, de la cual salían cuatro rutas troncales, de inmejorable construcción, todas enlosadas, con escalinatas en las pendientes y lugares de reposo y abastecimiento cada cierto trecho. Se extendían estos caminos, según se desprende de los primeros testimonios de los conquistadores y lo confirman los estudios modernos²⁸, por quebradas, valles, punas heladas, laderas inconcebibles, desiertos dilatadísimos y toda clase de accidentes, siguiendo siempre adelante aun ante los peores obstáculos. Sobre los ríos, los tramos se comunicaban por puentes colgantes, que eran obra de audacia asombrosa, como el mentadísimo del Apurímac que abrió el paso a las huestes incaicas en su marcha conquistadora hacia el Contisuyo.

Después de la guerra de los valles costeros, iniciada por el gran Pachacútec y en parte completada por él, los ingenieros incaicos construyeron el famoso *camino de los llanos* que, sin audacias mayores ni las hazañas de las rutas de la cordillera, fue una obra admirable, tanto que los españoles, desde el primero que la recorrió, que fue Hernando Pizarro, en 1533 (de Paramonga a Pachacámac), la colmaron de elogios y consideraronla modelo ("como no había otra en España").

Por mucho tiempo, este *camino de los llanos* fue usado por los españoles, especialmente en los tramos que correspondían a los valles. Corría paralelo al mar y era ancho y cuidado, con tapias a los lados y arboledas para dar sombra y fresco a los viandantes. Tenía, naturalmente, categoría de *Camino Real* e "iba por los llanos... *a vista de la mar*... de ancho más de 24 pies, y era como una calle muy derecha, hecha entre dos paredes de tapias, hechas fuertes y curiosamente labradas, que al presente²⁹ mucha parte de ellas permanece, y están en pie, y yo las he visto... Corre este Camino desde Tumbes, pasando por donde está la ciudad de San Miguel de Piura, y por todos los valles de aquel reino, hasta el de Chile..."

Otra descripción cuidadosa es la del P. Cobo, que data también de la segunda década del siglo XVII, y dice: "Tenían los Incas dos *caminos reales* que tomaban todo el largo de su reino desde la provincia de Quito hasta el reino de Chile, que son *novecientas leguas*, el uno por los *Llanos y costa de la mar*, y el

otro la tierra adentro por las provincias de la *Sierra*...". Más adelante describe el minucioso cronista el *camino de los llanos*: "Por toda la tierra llana, así de valles y campos fructíferos como de desiertos, va este camino derecho, sacado a regla, mas con esta diferencia, que por los valles es tan estrecho que no tiene más de doce a quince pies de ancho...; y por los lados estaba cercado de paredes gruesas de tierra de dos o tres estados de alto... La parte de dicho camino que caía en la otra tierra llana, estéril y yerma, no tenía señalado anchor, ni estaba cercada por los lados, ni se echa de ver haber habido en ella cosa de artificio ni industria de hombres..."³⁰.

Más que para servir al tráfico de productos de una región a otra o permitir la marcha de los peregrinos hacia las grandes ciudades religiosas, los caminos incaicos tuvieron un *fin político y administrativo*. Este carácter lo destaca Antonello Gerbi, en su obra *Caminos del Perú*, quien, al propio tiempo, subraya que ésta no fue una particularidad de los caminos del Inca ya que aparece en todos los grandes sistemas viales del mundo, como, por ejemplo, en el romano. "Todas las grandes redes viales, y no únicamente la incaica, fueron trazadas con fines ante todo *políticos y estratégicos* y sólo en segundo término económicos... *Los grandes caminos son típicos de un estado fuerte, centralizado y conquistador*..."³¹.

Tales notas de la organización estatal, que configuran su cuerpo y apoyan su destino histórico, se dieron, plenas, en el Estado incaico. Por eso, "los estudios modernos han esclarecido y subrayado que la red de los caminos incaicos no tenía, salvo secundariamente, una función económica y comercial; que habían sido construídos con fines *estratégicos y administrativos*, y que no eran recorridos, sino excepcionalmente, por mercaderes o peregrinos; siendo frecuentados, en cambio, por correos, agentes fiscales, fuerzas armadas y funcionarios, por el oro de los tributos, por el bronce de las lanzas y por manojos de cordelillos anudados con arte sapiente y secreto"³².

Las grandes redes viales sólo se dan en los grandes Estados, en los imperios poderosos; jamás en el estado de anarquía, dispersión o desunión política. El Imperio de los Incas fue grande y poderoso porque afirmó su existencia en los caminos. Cambiando el orden: los caminos le dieron la grandeza a la que aspiraba.

LOS CAMINOS TRANSVERSALES, DESDE EL MAR

Como ya se indicó, además de los caminos reales de la Sierra y de los Llanos, que corrían en sentido longitudinal, los Incas

LA EXPANSION IMPERIAL

construyeron audaces caminos transversales que bien servían para escalar los Andes y llegar desde la Costa a los pueblos del interior, bien permitían el descenso a los Llanos desde las regiones altas.

Fueron varios, como el que, partiendo de Paramonga y pasando por Chasquitambo, llegaba hasta el valle de Huailas, hoy llamado del río Santa, y empalmaba con la ruta longitudinal serrana. Otro no menos frecuentado fue el de Pariacaca, que transponía la cordillera nevada de ese nombre, en Huarochirí, y comunicaba el gran centro religioso de Pachacámac, en la Costa, con los pueblos de la región Huanca, en la Sierra central. Pero, uno de los más famosos fue el del Santa, que, con alardes epimurales en casi todo su trayecto, trepaba la cordillera por la quebrada de ese nombre y llegaba, según se presume, hasta la rica y densamente poblada provincia de Marcahuamachuco, famosa desde antes de la dominación imperial.

Destacamos este camino de penetración nuevamente aquí después de haberlo hecho en el capítulo duodécimo porque partía del mar y era, seguramente, la vía más importante para el enlace de la Costa con la Sierra en esa parte del país. Fue descubierto por los exploradores norteamericanos George Johnson y Robert Shipes, desde el aire, en un viaje de exploración aerofotográfica que ha pasado a la historia por los muchos frutos que dio. La vez aquella del vuelo a lo largo de la quebrada del río Santa, por un paraje perdido de monstruosas anfractuosidades andinas, "Jonhnsón, copiloto y fotógrafo de la expedición, al observar los objetivos fotográficos, vio algo que parecía ser una muralla que subía y bajaba por los riscos...". No era, desde luego, una muralla, sino, como lo demostró Tello, un *camino epimural*. Se extiende por los empinados cerros que bordean por el Norte la citada quebrada del Santa y, pasados los primeros contrafuertes, penetra de lleno en la cordillera. En los cerros del Sur de la quebrada hay fortificaciones y reducidos aislados, en número que no baja del medio centenar: unos de plano circular, otros rectangulares o cuadrados, construídos con "*pirca*, roca argamasada con adobe". Estas construcciones de tipo militar "están situadas en las cimas de los cerros más altos"³³. La enorme "muralla" (así mal llamada), de muchos kilómetros de largo³⁴ y tendida, como ya se dijo, sobre uno de los territorios más ásperos de los Andes septentrionales, empieza *casi al borde del mar*, a poca distancia de la desembocadura del río Santa, y sigue el curso de éste por la margen derecha. Escala la cordillera, que allí es empinada, en dirección de Corongo y llega claramente reconocida por los arqueólogos (Tello, el primero), hasta La Limeña, una estación ubicada más allá de Chuquicara, quebrada por la que bajan las aguas colectadas

por las sierras de Santiago de Chuco y Pallasca, del departamento de La Libertad. Tello insinuó la posibilidad de una bifurcación, con un ramal por Taucá y Cabana y otro por la quebrada ya dicha de Chuquicara, llamada también de Tablachaca, a Santiago de Chuco y Porcón y quizá hasta Marcahuamachuco, un centenar de kilómetros al Norte, por terreno difícil.

Tello, en su estudio de 1936, rechazó la idea de que la inmensa construcción fuese muralla o linde territorial, y la consideró simplemente *camino epimural*; uno más, dijo, entre los muchos que existen en el Perú, por sobre toda clase de terreno. Tengo el convencimiento —expresó— “de que la *muralla* no es otra cosa que un camino... Es un camino de penetración de la Costa a la Sierra de carácter comercial y principalmente, religioso. Debí servir para el *intercambio de productos marinos y serranos y para el comercio de la sal*; y, sobre todo, debió ser vía sagrada por donde transitaban los cuidadores y peregrinos de los templos erigidos en la Costa y la Sierra a una misma divinidad o a una misma clase de divinidades”.

Su construcción, difícil de atribuir a determinado pueblo, la relacionó a los Incas, aunque estimó que, seguramente por la magnitud de la obra, en ella participaron contingentes de todos los grupos de la región, sobre todo, sin duda, *hombres de la vecina confederación Chimú* y del avasallado régulo de Huamachuco. El acontecimiento de su construcción —agregó— “debí tener lugar por lo menos dos o tres siglos antes de la Conquista”, con la intervención de “varias naciones coetáneas”³⁵.

Antes del artículo aclaratorio del sabio, que echó por tierra diversas conjeturas, habían expresado su opinión varios peruanistas notables, como Walter Andersen y R. L. Olson, que consideraban la “muralla” como *obra militar*, levantada para impedir el amago de naciones vecinas sobre el territorio chimú; Marshall Saville, que la tuvo por linderro territorial con finalidad defensiva; Cornelius van Roosevelt, que había acompañado a Tello en el recorrido de exploración; y los peruanos Horacio H. Urteaga, Carlos A. Romero y Luis E. Valcárcel. En duda todavía, este último estima que la gigantesca construcción “...parece haber sido, además de muralla, camino de penetración a la Sierra...”³⁶.

Además de la finalidad precisa que le atribuyó Tello, es probable que este camino epimural estuviera conectado con el gran sistema de caminos imperiales que los españoles conocieron y admiraron a su llegada al Perú. Quizá empalmó con el camino longitudinal de la Sierra y sirvió para el *descenso a los llanos marítimos*. En todo caso, los Incas tomaron parte en su construcción; perteneció, por lo tanto, a la gran red vial del imperio; y, en su función, estuvo *estrechamente relacionado con el mar*, comercial y religiosamente.

LOS INCAS DOMINARON EL ECUADOR

Los testimonios históricos son claros y, en torno a ellos y a su veracidad, no caben dudas: el Imperio de los Incas, unificador y organizador del Tahuantinsuyo, con la red de caminos más extensa que puede alguno conoció en la Tierra, se extendió desde el río *Angajuma*, "que corre por entre Pasto y Quito", según explicó Cobo, hasta el río *Maule*, en Chile, y, con ligera influencia, hasta el más austral del *Bio Bio*. El reino de Quito, por consiguiente, fue territorio imperial, y a él dedicó toda su simpatía y fervor paternal el gran Huaina Cápac, luego de vencidos los grupos rebeldes, que no fueron pocos ni débiles, antes bien tenaces en la lucha, según concuerdan todas las fuentes.

Aunque buen conocedor de la arqueología ecuatoriana, Uhle consideró que los Incas no habían alcanzado a dominar la totalidad del territorio del Norte. "Excluyo del país de los Incas —dijo— ...la zona tropical del Oeste del Ecuador, que, según parece, nunca fue ocupada por los Incas, debido a las dificultades que se ofrecían para su conquista..."³⁷. Añadió, acertando en esto, que la expansión incaica hasta las sierras ecuatorianas se produjo en tiempos recientes y en forma relativamente rápida: "la gran expansión de los Incas, ha sido obra de pocos siglos, más o menos de cinco o seis generaciones... Llegaron al Norte del Perú y al Ecuador quizá unas tres generaciones más tarde que su aparición en la frontera Sur de Bolivia"³⁸.

Representantes de la moderna literatura arqueológica del Ecuador, han pretendido, sin fundamento alguno y sí contradiciéndose, seguir los pasos del famoso arqueólogo alemán, que en lo tocante a la verdadera esfera de influencia del país de los Incas, no obstante su sapiencia y fama —quizá por una mala interpretación de los hechos—, se equivocó, segregando las tierras litorales del vecino país del Norte de la dominación cusqueña. Entre esos representantes se cuenta Emilio Estrada, arqueólogo de muchos méritos varias veces citado en capítulos anteriores, quien, en el punto que tratamos, pretende echar tierra sobre la conquista y ulterior colonización incaica del territorio ecuatoriano, tanto de sus provincias serranas como de las litorales. Para refutar los fútiles argumentos que esgrime en favor de la tesis de que los Incas no llegaron a dominar las tierras litorales de su país, baste —sin necesidad de recurrir a la historia verdadera de la expansión incaica, contenida en los cronistas, y al examen de sus consecuencias políticas—, citar el hecho probado del comercio incaico, con balsas de gran porte, hasta las costas de Centroamérica, partiendo unas veces, tocando otras, de puertos manteños o esmeraldeños; y, sobre todo, la concluyente prueba arqueológica, que nos proporcionan los



Pulpo. (*Mochica*. Procedencia: Costa Norte
Siglo IV de nuestra era. Museo
de la Universidad de Trujillo.
Foto: Abraham Guillén).

estudios efectuados en las islas de la *Puná* y *La Plata*, que pasamos a exponer.

La *isla de La Plata*, famosa por su santuario aborigen, está a 25 millas de la costa de Manabí, entre Punta San Mateo y Cabo Salango, aproximadamente a 1° 15' de lat. Sur. En ella practicó exhaustivos estudios George A. Dorsey, en 1892, con la ayuda —cuenta el mismo Estrada— del general Manuel Flores. Más tarde, bajo el título de *Investigaciones arqueológicas en la isla de La Plata, Ecuador*, estos estudios fueron publicados por el *Field Columbian Museum* (abril de 1901). Dorsey, según comentario de Estrada “encontró ricos sepulcros *netamente incaicos* en el sector actual del villorrio de la isla, cerca de la playa. Encontró, asimismo, buena cantidad de cerámica fragmentada no incaica en los cerros dominantes en esta playa... La mayor parte de estos fragmentos pertenecen a estatuillas de barro, lo que nos hace ver que, efectivamente, la isla era un adoratorio ya que usaban estas imágenes como ofrendas religiosas. Sólo en la zona de la playa se hallaron artefactos incaicos, y sólo arriba, sobre la meseta, cerámica de la costa. El templo o altar debió haber estado sobre esta meseta, y las tumbas incaicas fueron seguramente construidas por alguna *guarnición* o *grupo enviado por los peruanos para defender la isla, guardián de las rutas marítimas de ese entonces*”³⁹.

Uhle, mucho conocedor de los trabajos de excavación de Dorsey y mucho antes que Estrada, había destacado el carácter peruano de los principales objetos encontrados en La Plata, subrayando el hallazgo de *vasos incaicos* “junto con *vasos de oro de la misma procedencia*”. Para eliminar dudas, Uhle llegó a especificar que Dorsey no había encontrado vestigios de origen chimú sino *solamente incaicos*⁴⁰.

De los trabajos de Dorsey, del comentario de Uhle y de la glosa que hace Estrada, claramente se infiere dos cosas: la primera, que los incas, por un lado, llegados del Sur victoriosos, y los huancavilcas y demás pueblos aborígenes de la costa ecuatoriana, desde el golfo de Guayaquil hasta la tierra esmeraldeña, por otro lado, sostuvieron recias luchas por la dominación del litoral. De esas luchas salieron vencedores los ejércitos incaicos, los que, no satisfechos con el sometimiento de la costas de Manabí, pasaron a la isla de enfrente, considerada desde tiempo atrás por los manteños como lugar sagrado y, por ende, venerable, y *la tomaron*, haciéndola *plenamente suya*. Allí, lo admite Estrada, establecieron una poderosa y permanente guarnición, y ello, lógicamente, sólo fue posible cuando aplastaron la resistencia de los nativos, tanto en el continente como en la propia isla. La importancia de la isla —*religiosa*, por el santuario; *estratégica* por el control que desde ella se podía hacer,

y se hizo, de las rutas marítimas para el comercio— era incuestionable. Su captura, por lo tanto, significó la culminación de las campañas en el continente y el sojuzgamiento total de los pueblos litorales. Por lo demás, bien se comprende el interés que tuvieron los caudillos cusqueños en apoderarse de la isla y tener en ella fuerzas militares importantes: esa isla era el mejor punto de apoyo para cualquier campaña de represión contra los pueblos de la costa ecuatoriana, descontentos o no avenidos a la dominación imperial.

Desde el sometimiento de la isla de La Plata, todas las manifestaciones de la vida en ella llevaron el cuño de los invencibles conquistadores. De acuerdo con el sistema de colonización de los Incas, que ya hemos explicado, seguramente muchos usos locales y hasta las prácticas religiosas tradicionales siguieron imperando, porque, recordemos, la sabiduría de los emperadores, como políticos, consistía en saber transar, según puntualiza Valcárcel. De allí que la arqueología haya revelado testimonios incas junto con testimonios regionales, lo que certifica el aserto anterior.

La segunda conclusión que se infiere de los trabajos de Dorsey y de las notas transcritas de Uhle y Estrada, es que la *dominación marítima* de los incas llegó a las costas ecuatorianas *independientemente de cualquier apoyo Chimú*, porque, como se ha visto, Dorsey no encontró en los entierros exhumados en La Plata ningún vestigio de este origen; todo lo foráneo que halló fue inca. Esta conclusión apoya la creencia, ya generalmente admitida, de que los navegantes incas practicaron por sí mismos el comercio oceánico en sus grandes balsas con los pueblos manteños y esmeraldeños, que también eran hábiles marinos y excelentes conductores de almadías, y que, fuera de duda, tendieron líneas regulares para el tráfico hasta la región imprecisada del Norte que puede ser Centroamérica, esto sin ayuda de los excelentes balseros chimúes, tallanes y tumbesinos, que en oportunidades colaboraron.

En suma, la afirmación hecha por Estrada, en otra de sus obras, de que “el incario se conformó con la sierra del Ecuador” y que “la costa del Ecuador no sufrió ese impacto cultural, salvo una *ligera ocupación* en la isla de La Plata frente a la costa de Manabí”⁴¹, carece de fundamento, no corresponde a una explicación lógica de los hechos revelados por la arqueología, es inaceptable.

Los datos arqueológicos —que se suman a los históricos, recogidos por los cronistas del siglo XVI—, no ya de La Plata sino de la *gran isla de la Puná*, también ayudan a clarificar la verdad. Reconoce Estrada que los Incas ejercieron dominio en esa isla pero se olvida de decir que llegaron a sojuzgarla comple-

tamente. Dice, con sus características salvedades, propias del encubrimiento o el disimulo: "...ningún resto incaico propiamente dicho existe en esa región del país" (el litoral ecuatoriano), "fuera de algo en la isla de La Plata y en Puná"⁴². Ese algo, dicho por Estrada, indica *todo*: Puná, una época, fue tierra vasalla del Inca.

LOS COMIENZOS DE LA EXPANSION IMPERIAL: CAPAC YUPANQUI

Los principales informantes de primera mano, Garcilaso a la cabeza, afirman que la expansión hacia el mar, en gran escala y victoriosa, comenzó con *Cápac Yupanqui*, quinto monarca cusqueño a contar de la fundación, a quien se le ubica en el trono entre 1276 y 1321, y último de la dinastía primigenia de los *Hurin Cusco*. En persona, al frente de su ejército, o representado por su valeroso hijo y futuro emperador, príncipe Inca Roca, inició la conquista de las tierras por donde se ponía el Sol, el *Contisuyo*, y llegó al mar.

Carecen, pues, de fundamento las versiones de algunos escritores, ligeros en la averiguación histórica, que sindican a *Maita Cápac*, antecesor de Cápac Yupanqui, como el "descubridor quechua de la inmensa y móvil esmeralda"⁴³. Se basa el autor de quien hemos hecho esta literaria cita, en "la mágica y afrancesada leyenda de *El camino hacia el sol*", que resulta, pues, mala fuente informativa. "Algunos de los nombres de los emperadores incas —agrega en otra parte— tienen íntima relación con su capacidad y logros como conquistadores. Por ejemplo: el llamado Maita Cápac lo fue así por la enormidad de sus empresas, a punto que se le nombraba: 'Hasta dónde, señor', que es la traducción de su apelativo, el cual alude, sin duda, a que fue él quien llegó hasta el mar"⁴⁴. Falso.

Cobo, siempre tan meticuloso, nos dice que durante el gobierno de los incas de la dinastía Hurin Cusco (Manco Cápac, Sinchi Roca, Lloque Yupanqui, Maita Cápac y parte del reinado de Cápac Yupanqui), la expansión del dominio cusqueño fue muy pequeña, casi nula en las provincias vecinas del lado del mar, hacia los *llanos marítimos*. Propiamente, no había imperio andino sino un modesto y estrecho reino confinado a la región del Cusco. En cambio, en otras partes por la misma época, incluso en los *llanos*, había reyezuelos soberbios que imperaban sobre extensas áreas, con renombre y resolución, aguerridos con la experiencia de muchas guerras. "En tiempo dellos [de los incas Hurin Cusco] —cuenta—, se extendió su señorío muy poco de suerte que había entonces en el Perú *caciques tan pode-*

rosos como los Incas, cuales eran los de Chacuito, Hatun-Colla, Chinca y otros de las provincias marítimas de los Llanos"⁴⁵.

Llegado al trono Cápac Yupanqui, el panorama cambió porque pronto este último representante de la dinastía primitiva se echó con su hijo a grandes conquistas, escogiendo el rumbo del Poniente, misteriosamente atraído por el mar, *Mamacocha*.

Garcilaso reseña que este monarca prosiguió los planes guerreros de su predecesor y amplió las conquistas del Contisuyo, en escala inicial comenzadas por éste. Contisuyo era "la parte del Poniente, por una provincia muy pequeña llamada Cunti"⁴⁶.

Por el despoblado de *Huallaripa*, las huestes incaicas llegaron a los llanos, "que es la costa de la mar"; tierra *yunga* o caliente, abrasada por el sol. Desembocaron a los llanos por el valle de *Acarí* "grande fértil y muy poblado, que en tiempos pasados —cuenta Garcilaso— tenía más de veinte mil indios de vecindad". Siguiendo la invasión, "del valle de *Acarí* pasaron a los valles que llaman de *Uviña*, *Camana*, *Caravilli*, *Picta*, *Quelca* y otros... todos... de veinte leguas de largo río abajo desde la sierra a la mar, y de ancho lo que alcanzan los ríos a regar..."⁴⁷.

Esta versión coincide con la de otros cronistas e historiadores, como, por ejemplo, con la de Antonio Vásquez de Espinoza, escrita en 1630, que dice: "Redujo [Cápac Yupanqui] a su obediencia los valles de *Acarí* que tenían más de veinte mil indios en la costa de la mar...". Conquistó, después, "los valles de *Chala*, *Atico*, *Ocoña*, *Camaná* y otros muchos, por la costa..."⁴⁸.

La participación del príncipe Inca Roca fue muy importante por el ejemplo que daba en las largas marchas, y sirvió de aliento en los momentos mas duros. Iba el príncipe "con el ejército para darle valor"⁴⁹. Las muestras que dio de gran conductor y valiente guerrero, impulsaron a su padre, el Inca, a confiarle el mando de una parte de su fuerza, y así, convertido por sus propios merecimientos en general, se lanzó después a la conquista del *Chinchaisuyo*, siendo, por lo tanto, el primero entre los guerreros del Cusco en amagar esta rica y dilatada región del vasto país del Norte. Según Garcilaso, el príncipe avanzó por *Apucara* (la actual *Lucanas*) y *Rucana*, y "de allí bajó a la costa de la mar, que los españoles llaman los *llanos*, y llegó al primer valle que hay por aquel paraje, llamado *Nanasca* [actual *Nasca*]"⁵⁰. Más adelante, desplazándose a la vista del mar, unió sus fuerzas a las del Inca, que esperaban, y desde *Nasca hasta Camaná* quedó constituido el primer frente marítimo del imperio. Fernando de Santillán extiende el dominio alcanzado por Cápac Yupanqui y su valeroso hijo hasta el valle de *Pisco*, "por los llanos y por las sierras", siendo la tierra de los *lucanas* el punto de apoyo de la provincia ganada al imperio⁵¹.

Coinciden, pues, los testimonios históricos en señalar a Cápac Yupanqui como "el primer señor de los Incas de que se tiene

noticias que comenzó a conquistar"⁵²; y, modernamente, Valcárcel lo considera no sólo como el iniciador victorioso de la expansión hacia el mar sino "el primer conquistador en gran escala" después de los temerosos y apáticos reinados de sus cuatro predecesores de la dinastía fundadora⁵³. Le asigna el sometimiento "de más de sesenta leguas" con frente al mar.

LOS HANAN CUSCO Y EL EMPERADOR INCA ROCA

Inca Roca, sexto monarca a contar de la fundación y primero de la dinastía de los *Hanan Cusco*, realizó campañas al Contisuyo y al Antisuyo. Las versiones de los cronistas, como observa Riva Agüero, son encontradas, porque mientras unos lo señalan como un conquistador de genio, otros, como Juan Santa Cruz Pachacuti, lo denigran. "Garcilaso conviene en que sus mayores campañas fueron hacia el Oeste, con el puente sobre el Apurímac, la consolidación del poderío inca en Abancay, Cochacasa y Curampa; la pretensa recuperación de Andahuailas, en lo que coincide con Cobo; y después la dilatación por Vilcas, Sulla y Hatunsulla *hasta el mar*"⁵⁴.

Inca Roca, que con su padre había llegado hasta el mar y dilatado por su cuenta el ámbito imperial al ganar las primeras provincias del Chinchaisuyo, confrontó, desde su ascensión al trono, problemas de sujeción de los territorios ya conquistados. Levantamientos en varios lugares lo obligaron a marchar con sus fuerzas a través de las tierras del Poniente y llegar nuevamente, en plan de castigo y consolidación, al mar. De esta coyuntura grave, de la que salió airoso, aprovechó para afirmar el dominio imperial en el Contisuyo, aplastar las rebeldías y extender, de adehala, a nuevas tierras el ejercicio de su gobierno.

En general, sus campañas, al parecer bien dirigidas y orientadas conforme a las pautas dictadas por su padre, no sólo mantuvieron el vigor imperial que supo imprimir al gobierno el último representante de los Hurin Cusco, sino que abrieron las puertas a la gran expansión, la que iba a cumplirse en forma ininterrumpida hasta el último Inca, Huaina Cápac, con los españoles a las puertas ya del imperio. Toda la era de los Hanan Cusco fue de conquistas, deslumbrantes y avasalladoras, que llevaron los límites del reino quechua, confinado inicialmente a los actuales departamentos de Cusco y Apurímac, hasta las lejanas provincias de Quito y Chile. El vasto *Tahuantinsuyo* fue obra de los Hanan Cusco. Esta dinastía, iniciada por Inca Roca—repetimos con Riva Agüero— fue de carácter esencialmente *conquistador* y la dirección predominante de sus campañas fue *hacia el mar*, hacia los llanos de la costa, o llanos marítimos,

por el camino del Chinchaisuyo. "La confederación Iquechual —explica Riva Agüero— se convirtió paulatinamente en un imperio despótico". Más adelante y "después de quebrantada la ofensiva de los Chancas contra el Cusco (mediados del siglo XIV) *emprendiéronse las remotas expediciones bélicas* bajo el reinado de Yupanqui Pachacútec, 'el memorable reformador del mundo'; fueron conquistadas las provincias del centro de Bolivia y del Perú; quedó definitivamente sujeto el Collao; y *se redujeron a tributo los curacazgos costeros*... Los últimos incas, Túpac Yupanqui, 'el memorable glorioso resplandeciente', y Huaina Cápac, 'el mozo poderoso', agregaron a sus estados el Norte del Perú y el reino de Quito, con Pasto y sus aledaños. Entonces contó el Imperio *más de dos mil doscientas leguas de largo*"⁵⁵.

La mayor fama de Inca Roca proviene de haber abierto la puerta a los grandiosos tiempos imperiales; más que a sus campañas, al advenimiento de la nueva era, llena de poder, con despotismo, violencia y guerra pero también con organización admirable y vigor de cosa maestra.

YAHUAR HUACA

El séptimo soberano, segundo de la dinastía de los Hanan Cusco, tuvo una infancia triste, pero después, coronado ya emperador, se tornó belicoso. Las *Informaciones de Vaca de Castro*, destaca Riva Agüero, "lo reconocen belicoso y emprendedor, y confiesan que *ensanchó el imperio hasta el océano por el Cuntisuyo*"⁵⁶. Garcilaso es preciso al narrar la marcha de los ejércitos imperiales. Dice que las tropas del Inca, en número no menor de 20,000 hombres bajo el mando de *Apu Mayta*, hermano del emperador, y con cuatro maeses de campo, redujeron al imperio "todo lo que hay más allá desde Arequipa hasta Tacama, que llaman Collisuyo, que es el fin y término *por la costa* de lo que hoy llaman Perú. La cual tierra es larga y angosta y mal poblada..."⁵⁷.

Comentando la referencia de Garcilaso, Riva Agüero aclara el ámbito geográfico de la conquista de este Inca, al señalar que "dilató los dominios incaicos *hacia el Oeste*, por la costa del Cuntisuyo, hasta incluir en ellos *Tarapacá*"⁵⁸.

Pero, no se contentó Yahuar Huaca con una expansión por ese lado. Amagó, también, el Chinchaisuyo, de lo que da cuenta pormenorizada Guamán Poma de Ayala. El famoso cronista indio, después de historiar, como Garcilaso, el avance de *Apu Mayta* por el Sur, a la vista del mar, hasta la tierra despoblada del Norte de Chile, dice que el Inca, por medio de sus hijos *Urco*



Lobo marino (hembra) con cría (*Mochica*.
Procedencia: Costa Norte. Siglo IV de nuestra
era. Museo Nacional de Antropología
y Arqueología.
Foto: Abraham Guillén)

y *Huillca Inca*, llegó con sus ejércitos "hasta Angaraes, Yauyos y el Huarco en el Chinchaisuyo", *alcanzando la vanguardia conquistadora el mar*, que no llegó por allí a dominar pero que tuvo a la vista.

Valcárcel, recientemente⁵⁹, al reseñar las empresas militares de este Inca, da crédito pleno a la versión garcilasista, en la que igualmente se apoya, como hemos visto, Riva Agüero. Destacan, pues, todos los historiadores del Imperio la dirección, insistentemente mantenida, hacia el mar, primero por el Contisuyo, después por el Chinchaisuyo, de la expansión cusqueña, y la forma rápida, a pesar de las inmensas dificultades, sobre todo de orden topográfico, como se amplió, a partir de los tiempos de Cápac Yupanqui, el frente marítimo del imperio. Tras un siglo, aproximadamente, de guerras de conquista por la región del Poniente, el imperio alcanzó a dominar, sobre el mar, un frente que iba desde el "valle de Nanasca", como lo nombra Garcilaso, o presumiblemente desde Pisco, como anota Fernando de Santillán, según ya se ha visto, hasta la tierra "larga, angosta y mal poblada" de Tarapacá o Tacama, claramente identificada por Riva Agüero.

VIRACOCHA

La historia de las hazañas conquistadoras de este Inca, octavo de la sucesión imperial y ubicado entre los años 1379 y 1430, se vio en alguna medida afectada por la diversidad de versiones—dos, principalmente, encontradas: la de Garcilaso y la de Montesinos—, pero el problema ha quedado resuelto a la luz de la confrontación y examen de las fuentes históricas más exactas.

El Licenciado Fernando de Montesinos, en *Memorias antiguas, historiales y políticas del Perú*⁶⁰, atribuyó a este Inca conquistas asombrosas que no le podían corresponder: por ejemplo, el sometimiento de la isla de la Puná, en el septentrional golfo de Guayaquil; la dominación de Puerto Viejo, en las costas del Ecuador; y la derrota definitiva de los indios *cañares*.

Con la confrontación de las fuentes escritas, se descubre, sin embargo, sin mucho esfuerzo, un grueso error en el discutido texto de Montesinos, por confusión de personajes. La confusión se ha dado, y no sólo en Montesinos sino en otros cronistas, respecto a los hechos de Viracocha y a los de su continuador Pachacútec, e igualmente entre las hazañas de éste y las de Túpac Yupanqui. Ya este menjunje histórico, complicado y riesgoso, lo habían advertido, con la erudita destreza que siempre mostraron en sus trabajos, los doctísimos Riva Agüero y Porras.

Aquél dijo en uno de sus más celebrados estudios: nos inclinamos por "adjudicar al inca Huiracocha una porción de los hechos que se apiñan en cabeza de su hijo Pachacútec"⁶¹ Vio Riva Agüero posible y hasta inevitable esta confusión por varias razones: la primera, por lo mucho que hay de "conjetura" ("todo es conjetura", expresó) en la "legendaria historia de los Incas"; otra, el caso tan frecuente que se presenta en el gobierno de los incas de la *diarquía imperial*, consistente en la participación del heredero del trono en el mando supremo en vida y ejercicio del padre. Dijo el erudito historiador: "Para entremezclar aún más las personalidades y hechos del Inca Huiracocha y su hijo Pachacútec, ha podido intervenir [esta] circunstancia importante: la de haber asociado el primero al segundo en el trono, haciéndolo corregente y encargándole en tal calidad la dirección de lejanas campañas". Por esta razón, "si participó... de la corona viviendo el padre, no pocos sucesos podían con derecho imputarse a ambos monarcas"⁶².

Agreguemos, por lo que toca a la versión de Montesinos sobre los hechos de Viracocha, que una segunda confusión se conoce en el relato de los incas del apogeo imperial: ésta, entre Pachacútec y su sucesor, no menos famoso, Túpac Inca Yupanqui. Como, fuera de duda, hubo corregencia y la celebridad la alcanzó Túpac Yupanqui en vida y ejercicio del gobierno de su padre, teniendo él, por muchos años, el mando supremo de los ejércitos en las provincias del Norte y conduciendo en persona las grandes campañas militares por ese lado del Tahuantinsuyo, algunos hechos suyos pasaron así, por un desliz explicable, al haber del padre, y probablemente alguna transmisión en sentido contrario también se produjo. De todo lo cual resulta, a la luz de la confrontación de los textos, que hechos de Túpac Inca Yupanqui aparecen en el registro de Pachacútec y también, volcados más atrás, en el registro de Viracocha. Tal fue, a no dudar, el origen de la confusión, harto notoria, que sufrió el tan discutido Fernando de Montesinos, cuando dijo en su famoso libro que el sucesor de Yahuar Huaca había librado guerra naval contra los *chonos*, en el golfo de Guayaquil, conquistado después la isla de la Puná y librado otras sangrientas guerras, todas de final victorioso, en Puerto Viejo y en el país de los *cañares*. Este relato corresponde, o puede corresponder, parte a Pachacútec, parte a Túpac Inca Yupanqui. Confundidos los tres personajes, lo del último pasó al primero, y el cronista no tuvo cuidado en ordenar ni depurar sus fuentes de información. Este fue un error frecuente del autor de la *Memoria Antiguas Historiales*. Porras lo advirtió al comentar los enredos en la complicada y fantástica trama de los noventa reyes o Incas. Dijo: "Entre los hechos atribuidos a estos noventa reyes, hay algunos

que son naturalmente ciertos, derivados de las historias y tradiciones incaicas sobre los Incas verdaderos. *Lo que no es cierto es el personaje a quien se atribuyen*"⁶³.

El relato de Garcilaso, al parecer fidedigno, refiere que Viracocha realizó importantes conquistas en el Chinchaisuyo, agregando, en total, por ese lado, siete provincias al ya crecido territorio imperial. Después, por el Sur, que no descuidó pese a las urgentes demandas del Norte ante el terrible peligro de los indómitos *chancas*, sumó al Imperio también otras provincias, las que no bajaron de cuatro"⁶⁴. De los territorios conquistados, los más ricos y poblados fueron los de Huaitará (por donde se descolgaría, años más tarde, la hueste incontenible de Pachacútec, hacia los llanos de la costa central), Pocrá, Parco, Picuy y Acos.

Tras estas conquistas, serenado algo el ambiente, Viracocha, cuya fama entre las naciones de la liga quechua era ya inmensa por la gran victoria contra los *chancas*, lograda angustiosa pero valientemente a las puertas del Cusco, se dedicó un tiempo a inspeccionar su territorio, comenzando naturalmente por las provincias de la región *quechua*. "Luego pasó —dice Garcilaso— a visitar todas las demás provincias de Cuntisuyo, y no se contentó con visitar las de la Sierra, sino también los *valles de los llanos y costa de la mar*, porque no quedase ninguna provincia desfavorecida..."⁶⁵. Apoyado en esta misma fuente, Valcárcel dice que "después de visitar a sus aliados, los quechuas, *bajó a la Costa*, atravesando los diversos valles *hasta llegar a Tarapacá*, desde donde marchó a las provincias altas de Collasuyo"⁶⁶.

De esta manera, salvando al imperio de la amenaza de los *chancas*, la nación más aguerrida de aquellas sierras; conquistando numerosas provincias, ricas y pobladas, que dieron harto tributo; y asegurando la posesión real de las regiones sojuzgadas por sus antecesores, Viracocha, rico por sus "grandes vajillas de oro y plata" que tenía y temido por su mucho poder, como lo pinta Acosta, "mayor señor que ninguno de sus antepasados, belicoso y gran guerrero" como aparece en las *Informaciones de Vaca de Castro*, hizo del imperio un territorio grande, de confines distanciados, que por el "Oriente llegaba hasta el pie de la Gran Cordillera y Sierra Nevada; y al Poniente *hasta el mar*..."⁶⁷.

Ya era un verdadero imperio pero faltaba la época de culminación, con hazañas de guerra inmensamente más resonantes y despliegue más sorprendente de vigor. Esa época estaba cerca, a las puertas.

*PACHACÚTEC Y LA CONQUISTA
DE LA COSTA NORTE*

La época gloriosa del imperio, el apogeo, empieza con Pachacútec, "el gran ordenador del mundo", suma de todas las cualidades del conquistador.

El noveno Inca (de 1430 a 1478 en el trono; al final, compartiendo las responsabilidades de gobierno con su hijo Túpac Yupanqui) realizó la conquista del Chinchaisuyo, en una de las empresas más admirables de la historia antigua; consolidó la dominación del Cusco en el Contisuyo, siempre levantizco, llegando por el Sur hasta Tarapacá; y, según el testimonio de Fray Martín de Murúa, llevó triunfal la guerra hasta "Quito y los Cañares y Huancavilcas, a los cuales hizo por remisos dar saco y sacar los dientes..."⁶⁸. Cree en ello Riva Agüero cuando dice que Pachacútec conquistó "toda la Costa... No le quedó cosa en la Costa que no la tuviese sujeta y debajo de su señorío, hasta los términos de Quito"⁶⁹. Cieza ubicó la tierra de los *huancavilcas* a Poniente de la provincia de los cañares, en los "términos de la ciudad de Guayaquil y Puerto Viejo..."⁷⁰. O sea, en la actual provincia de Manabí, del Ecuador. Ellos eran hábiles navegantes⁷¹, muy buenos balseros, dedicados al comercio y a la pesca, diestros en la navegación de río y de alta mar y valerosos en la lucha; sin embargo, sucumbieron a la aplastante fuerza de los guerreros del inca.

Cobo y Garcilaso traen la más completa relación de los gloriosos sucesos que dieron al imperio la conquista del Chinchaisuyo y *llanos de la mar*; y ponen un aporte valioso, también, con importantes datos complementarios, el Padre Calancha y Pedro Sarmiento de Gamboa. Pachacútec lanzó primero sus fuerzas por las provincias serranas, y unos tras otros fueron cayendo bajo su dominación los pueblos de aquella parte del inmenso país. La vanguardia cusqueña, en esta marcha triunfal, llegó más allá de Cajamarca, hasta Tumibamba, en el extremo Norte, provincia que por un tiempo señaló los confines septentrionales del Tahuantinsuyo. Después, reunidas sus fuerzas, el invencible guerrero, con la participación de sus mejores generales —entre ellos, un hermano y un hijo⁷²—, cayó sobre la Costa y tras varios años de lucha, que muchas veces, por la ferocidad de los combatientes, le dio "hastío y pesadumbre", conforme cuenta Garcilaso, la dominó de un extremo a otro, logrando sobrepasar el territorio de la gran confederación Chimú, el reino más poderoso entonces de la región de los llanos. Antes, volvió a sujetar a los pueblos del Contisuyo, que reiteradamente mostrábase insumisos.

Mientras Markham acepta la versión de que la conquista del Chinchaisuyo la realizó Pachacútec con el apoyo inicial por

lo menos de los *chancas*, pueblo de feroces costumbres y valientísimos en la guerra⁷³, que años atrás, durante el tiempo de Viracocha, había puesto en peligro la ciudad del Cusco y amenazado directamente la integridad misma del imperio, hay la otra versión, más digna de fe, de Pedro Sarmiento de Gamboa, en la que aparecen las huestes incaicas de "Pachacuti Inga Yupanqui", dirigidas por el hermano del emperador, avanzando por la Sierra en persecución vana de los *chancas*. Estos, dirigidos por *Anco Aillo*, habrían huido de los cusqueños, hundiéndose finalmente en las selvas de Moyobamba para no dejar huella de su destino.

Pachacútec conquistó primero las provincias de los Vilcas, Soras y Lucanas (ésta, rebelada de anterior dominación) "con poco trabajo —como dice Cobo— con el poderoso ejército que llevaba, al cual no había nación que tuviese fuerza para resistir". Después, por el camino de los Pocras y Huamachucos, se enfrentó a Guamanga, donde "halló a sus naturales puestos en armas con resolución de defenderse, porque era gente muy belicosa". Seguidamente, tras el derrumbe de los indios de Huamanga y de los *a letere* de Chocorbos, Angaraes y Parinacochas, siguió, de triunfo en triunfo, por toda la Sierra, sujetando a los aguerridos *huancas* de Jauja, a los régulos de Yauyos y Huarochirí, más adelante a los de Canta, Cajatambo, Bombón y Conchucos. Al cabo, dio el golpe en Cajamarca y penetró hasta Tumibamba, que señaló, como se ha dicho, un tiempo por allí el extremo del imperio⁷⁴.

Refiere Sarmiento que en Cajamarca gobernaba "un gran *cinche*" (curaca), llamado *Guzmango Cápac*, rey de una provincia "muy poblada de gente y rica de oro y plata". En su desesperación por el ataque del Inca, el régulo llamó en su ayuda a "su tributario" *Chimo Cápac*, "cinche de los términos donde agora es la ciudad de Trujillo, en los llanos del Pirú". Acudió el poderoso señor de la Costa, con multitud de hombres de guerra y muchos pertrechos, dispuesto a salvar a su aliado (de quien, por la versión del cronista, dependía) y evitar su propia ruina también; mas, Cápac Yupanqui, el hermano del emperador que comandaba los ejércitos invasores, lo venció "con cierta celada... y otros ardides", y recogió para su señor, el Inca, "innumerables riquezas de oro y plata y otras cosas preciosas, como piedras preciosas y *conchas coloradas*, questos naturales entonces estimaban más que la plata ni el oro"⁷⁵.

No se durmió sobre sus laureles el gran Inca. Por el contrario, pronto, sin dar reposo a sus ejércitos, lanzóse como un aluvión sobre los llanos "para conquistar las provincias marítimas confinadas con las que había ganado en la Sierra". Las condiciones especiales del clima de la nueva tierra, "malsana para los serra-

Nutria o gato de agua, habitante eventual del mar. (*Nasca*. Procedencia: Río Grande, departamento de Ica. Período Intermedio temprano, 300-400 años después de Cristo. Museo Nacional de Antropología y Arqueología
Foto: Abraham Guillén)





nos", lo obligaron a ser precavido, y así dispuso mantener en las alturas cuantiosas reservas para remudar a los combatientes de los llanos calientes "cada dos meses".

Estaba en los aprestos para esta guerra cuando le llegaron noticias de levantamientos en la región del Contisuyo. Fue allí primero entonces, por la ruta de sus predecesores, y sujetó nuevamente "las provincias marítimas... desde Tarapacá hasta Hacarí, que son cerca de *doscientas leguas de costa*".

Asegurada la tranquilidad en el Poniente, pudo Pachacútec embestir ya contra los valles *yungas*, y por el camino a Huaitará se produjo la invasión. Cumplióse ella, *siempre a la vista del mar*, en tres etapas: primera, la guerra de Chíncha y Huarco; segunda, el sometimiento de la costa central, hasta el río Guamanayo; tercera, la guerra contra el Gran Chimú.

La primera guerra fue durísima. Inicialmente desde el valle de Nanasca, hasta donde había llegado la dominación imperial, las fuerzas del Inca se infiltraron, sin lucha, a las provincias de Ica y Pisco, encontrando aceptación a sus ofrecimientos de paz. En Pisco, los indios de Chunchanga y Humay se doblegaron voluntariamente y pactaron alianza con los cusqueños. Mas, "los de Chíncha tomaron las armas, que eran muchos, y pelearon muchas veces con la gente del Inca"⁷⁶. Ellos, "confiados en la mucha gente de guerra que tenían, quisieron bravear; dijeron que ni querían al Inca por su rey, ni al Sol por su dios"⁷⁷. El general Cápac Yupanqui, con bravura y habilidad, dirigió la lucha, la cual fue sangrienta y larga; y para acortarla y evitar los excesos, sitió por hambre a los insumisos, arrasando sus sementeras y cortando sus acequias, con lo que no tuvieron ni agua para beber ni agua para regar sus campos. Con amenaza terrible de destrucción total, el general logró, al fin, la rendición de los bravos *chinchas*, de lo que "el Inca se holgó mucho", lo mismo que el curaca vencido, "por ver acabada aquella guerra que le había dado hastío y pesadumbre"⁷⁸.

En recuerdo de tan señalada victoria y para complacencia del Inca, los arquitectos cusqueños levantaron entonces un palacio para su señor, que fue lo más distinguido en aquella región en orden a construcciones civiles. Erigido cerca de Humay, allí pasó el Inca muchas temporadas gozando de la bondad del clima tibio de la Costa y del panorama del valle rico con el desierto de arena al fondo. Las ruinas de este palacio sin par, de muros almenados, grandes patios y cuarteles, y paredes pintadas de rojo y amarillo, en bandas, que relucían a la puesta encendida del sol, se las conoce hoy con el nombre de *Tambo Colorado*.

Pero, la guerra no acabó. La heroica resistencia de los indios de Chíncha estimuló a los de *Huarco* y *Lunahuaná*, sus vecinos del Norte, los que también cogieron las armas y se aprestaron

para la resistencia. Las proposiciones de paz del Inca fueron rechazadas y la guerra una vez más se generalizó. Meses se trabaron los combatientes en fieras peleas, y nuevamente el general Cápac Yupanqui, para abreviar la lucha, se vio obligado a cortar las acequias y arrasar los campos, amenazando, como en Chíncha, con la destrucción de los pueblos y la muerte por hambre. Pero, aún así, no fue fácil someter a los valientes indios de Huarco, que “mantuvieron la guerra con notable esfuerzo y constancia muchos meses, en los cuales pasaron cosas notables entre los unos y los otros”, entre defensores y atacantes. “Finalmente los redujo el Inca a tal estado que se le hubieron de sujetar”⁷⁹. La guerra, en total, había durado cuatro años⁸⁰.

Mientras los ejércitos victoriosos del Inca se aprestaban para reiniciar la marcha hacia los valles del Norte por los desiertos de arena, los arquitectos se dieron tiempo para, en homenaje a tan grande victoria, “mandar hacer en el valle llamado Huarco una fortaleza”, la cual, si resultó “pequeña de sitio” fue “empero grande y maravillosa en la obra”. Erigida, toda de piedra, sobre un promontorio, el “mar batía en ella”, lo que era una lindeza. “Cuando yo pasé por allí —cuenta Garcilaso— el año de sesenta, todavía mostraba lo que fue, para más lastimar a los que la miraban”⁸¹.

La segunda etapa de la invasión no demandó esfuerzo a las tropas imperiales porque se cumplió pacíficamente gracias al sometimiento voluntario de los reyezuelos de los valles de Mala, Chilca, Pachacámac, Lima, Chancay, Huaura y la Barranca (o valle del río Pativilca, llamado entonces, río *Guamanmayo*). Excepcionalmente, alguna resistencia opuso el régulo de Chuquimanco, que dominaba más allá de Huarco, principalmente en Mala y Chilca, pero fue sin esfuerzo superada. Las columnas imperiales avanzaron en orden y para el curso de los ríos emplearon, por primera vez, aconsejadas por los propios *yungas*, “muchas balsas chicas y grandes”, con gran ventaja⁸².

El reino de Cuismanco fue aún más fácil de someter porque todos los grupos cedieron a la persuasión y ninguno recurrió a las armas⁸³.

En el famosísimo santuario de Pachacámac, rodeado de una ciudad inmensa toda ella dedicada al culto, con numerosos temples y población de remeros crecidísima siempre, los generales del Inca hicieron un alto y dispusieron la construcción, junto al del dios local, de un templo majestuoso dedicado al Sol. Más al Norte, en el valle del río Rímac, construyeron también una gran sede para el gobernador o representante del Inca y los pueblos fueron reagrupados de acuerdo con las pautas administrativas del sistema central.

La tercera y última etapa de la invasión de los llanos marítimos, fue la guerra contra el Gran Chimú.

Descendiendo de Yauyos, donde, según Garcilaso, estaba el gran campamento, moviéronse los ejércitos imperiales bajo la dirección del príncipe Túpac Yupanqui, que había reemplazado al general Cápac Yupanqui en la conducción de la guerra, y pronto entraron en contacto con el enemigo, que era fuerte y resuelto, y, sobre todo, soberbio por las muchas contiendas que había ganado. El rey de la Gran Confederación “era muy poderoso y no quiso rendirse al Inca”⁸⁴. La guerra, por eso, “anduvo muy sangrienta” y los ejércitos invasores requirieron de considerables refuerzos, que con presteza y alarma envió el Inca desde el Sur. Pero, al final, el “bravo Chimú”, “domado ya de su altivez y soberbia”, se inclinó ante el Inca⁸⁵.

Fue particularmente recia la lucha en los alrededores de Sancta, no lejos de la boca del río que baja Huailas, donde con treinta mil hombres irrumpió el príncipe Yupanqui. En su ejército contábanse contingentes nutridos de la gente de Lunahuaná, recién incorporada, y de Pachacámac, también acabada de ganar, las que odiaban a los chimúes por los vejámenes fronterizos que decían haber sufrido⁸⁶.

Los aires malsanos de la tierra *yunga* afectaron a los guerreros serranos que formaban la masa del ataque imperial, y los costeños, en cambio, en su ambiente, dieron claras muestras de un coraje poco común en la lid cuerpo a cuerpo. Al final, sin embargo, se impuso la disciplina de las fuerzas invasoras, y se agregó a este factor el número con que se lanzaron a la contienda. Sobre este aspecto de la guerra escribió más tarde el Padre Calancha: “Mucho gentío le costó la victoria de los llanos a Topa Inga Yupangui porque *sus indios son más fuertes* y [hechos] para más trabajo que los de las sierras; pero la multitud venció a la fortaleza y la buena fortuna soltó la rienda de la prosperidad...”⁸⁷.

Una aureola de fama rodeó desde entonces el nombre del príncipe y fue buen anticipo para los días de gloria que le esperaban en las tierras más septentrionales, vecinas al reino de Quito.

En la lucha contra el Gran Chimú, participaron también fuerzas acantonadas en la Sierra, que descendieron por las cabeceras de los valles, desviando los ríos y cortando los suministros de agua de los pueblos de los valles. Un historiador ha destacado en un interesante estudio el papel decisivo que en la conquista de los valles de la Costa jugaron estas fuerzas. El reino Chimú —observa este historiador— ocupaba un territorio largo y despoblado en su mayor parte; sólo en los valles estaban las ciudades, y tanto la población de ellas como la de los campos dependía exclusivamente del agua de los ríos de procedencia andina. “De este fenómeno geográfico —dice—...

derivamos esta consecuencia estratégica y política: quien se apodere de los valles centrales será dueño de todo, pues, al cortar el agua, obligará a las naciones de la Costa a entregarse sin lucha"⁸⁸.

Las fuerzas incaicas que operaban en las alturas sincronizadamente con las del príncipe Túpac Yupanqui, descendieron a los valles medios y tomaron el control de los canales de regadío de los que dependía la vida de los pueblos establecidos en los valles bajos, cerca del mar. Este apoyo estratégico fue decisivo en la guerra y señaló el comienzo de la ruina de los costeños.

Contraria a la versión, ya referida, de Sarmiento sobre la guerra de Cajamarca contra el poderoso Guzmango Cápac, que tenía en sujeción al señor de Chimú, el cual le tributaba, es la que trae el cura Miguel Cabello de Balboa, pero coincide con otras en el papel decisivo que cumplieron las fuerzas imperiales que operaban en las cabeceras de los valles costeños, desde las cuales se precipitaron en forma incontenible. Cuenta el P. Cabello que, tras avanzar desde Apurímac, llegaron a Cajamarca los ejércitos del Inca y allí encontraron, no un cabecilla altivo y dispuesto a la lucha sino una población sumisa, que aceptó bien pronto la dominación de los recién llegados. Agrega que los indios de Cajamarca manifestaron haber sido de continuo molestados por los *yungas de los llanos*, y entonces "Topa Inga" (?) decidió bajar para enfrentar a los costeños aguerridos. "En el valle de Chimo estaba un importuno contendor... llamado *Chimo Cápac*, no menos poderoso en la tierra de los llanos que eran los Ingas en las tierras serranas. Contra la pujanza de este valeroso rey Chimo Cápac, envió Topa Inga una buena parte de sus ejércitos, y bajando por la tierra de los Guamachucos, llegaron a los llanos, y tuvieron grandes contiendas los Cuscos y los de Chimo... Sábese por muy cierto que las armas de los Ingas pusieron en rebato a los del ancho y espacioso valle de Chimo, y tuvieron atemorizados a sus moradores y hartos días encerrados detrás de sus empinados paredones de allí..."⁸⁹.

Producida la rendición, el otrora soberbio rey de los chimúes fue llevado prisionero ante el Inca, y el Inca entonces, magnánimo, en lugar de hundirle, le llamó *Chimocápac*, y por saberlo riquísimo, lo honró "como a igual". Después de tenerlo en su campamento y llenarle de prebendas y beneficios, tanto para él como para su pueblo, "mandóle volver a su colonia con sujeción a su dominio, haciéndolo tributario y obligándole a feudo"⁹⁰.

Del rey Chimo, el Inca no tuvo queja, pero sí de los curacas y régulos circunvecinos, y no poca, por el contrario reiterada,

de los pueblos mismos, que poco obedientes se mostraron tras la derrota. Esto obligó al cusqueño a extremar sus medidas de represión, sobre todo para imponer pronto una paz salvable en los valles, desde el mar hasta sus cabeceras y estructurar el nuevo gobierno según las normas del poder central.

Los generales y administradores que seguían al Inca, agotaron todas las maneras de arreglo y entendimiento y el propio Chimo vio, con aparente pesar suyo pero sin duda íntimo regocijo, cómo se frustraban sus promesas de total y constructiva entrega. Entonces, no quedó otro camino que, en unos casos, la represión violenta, como en los días de la guerra, y en otros, el traslado a regiones distantes de los grupos más adversos e insumisos. De esta manera, comunidades enteras, por orden del Inca, fueron desarraigadas de sus lares y llevadas a las sierras, para devolver la paz al reino vencido y matar la semilla de la hostilidad subterránea. Fueron llevadas a Cajamarca, Condebamba y hasta a la región de Balsas, en el sofocante valle del Marañón, al otro lado de la empinada cordillera. Estos *mitimaes* llevaron sus costumbres y lengua, naturalmente, a las nuevas tierras que les fueron designadas, y allí ellas —sobre todo la lengua— prendieron. La lengua de estos *mitimaes* era la *yunga* de los llanos, y fue grande la sorpresa de los encomenderos, frailes predicadores, catequistas y extirpadores de idolatrías, y otras gentes de la Conquista, cuando vieron la existencia de *hablantes yungas*, propios de los *llanos marítimos*, en las serranías del Marañón, a mucha distancia de la Costa. Pero, el avezado y docto cura Carrera, famoso por su estudio sobre la lengua de los *yungas* precisamente, dio la explicación a la, al parecer, extraña intromisión del idioma de los llanos en la Sierra. Dejó dicho: “La razón porque en la Sierra se hablaba esta lengua [la de los *yungas*], teniendo los serranos la suya natural, que es la que llaman la *general del Inca*, es porque cuando el dicho Inca [Pachacútec] bajó a conquistar estos valles, viendo la ferocidad de sus naturales por la resistencia que le hicieron, sacó de todos los pueblos cantidad de familias y las llevó a la Sierra y repartió en pueblos diferentes teniéndolos como en rehenes, porque no se le alzacen estos de los valles y para disminuirles las fuerzas... Estos indios [hoy, en la Sierra] conservan su lengua materna. Y aunque saben la serrana, hablan la suya más ordinario...”⁹¹.

Terminada la guerra con el poderoso reino costeño, cuyo sometimiento tanto esfuerzo le había demandado, y pacificado el país mediante la dispersión de los grupos más altaneros y la imposición de normas rígidas de gobierno, pudo recién el gran Inca volver al Cusco, donde los grandes del imperio le esperaban para rendirle el homenaje merecido por tan glo-

riosa como dilatada empresa de conquista, tan hábilmente conducida y a tan feliz término llevada. Regresó a su capital Pachacútec por los llanos, inspeccionando los gobiernos recién constituidos, repartiendo gracias, dictando las más sabias medidas de orden y favoreciendo a los grupos más avenidos a la conquista incaica. Recorrió, así, los valles acabados de dominar, desde el reino Chimú hasta Huarco, Chincha y Pisco, siempre *a la vista del mar*, dejando beneficios y haciendo, por su prudencia y tino de gran organizador, inolvidable su paso. La fama por las "insignes victorias" de sus generales y por la habilísima dirección general de la guerra, con fuerzas actuando por los llanos y, otras, por las cabeceras de los valles, prontas a apoyar a las primeras y a tomar el control de los canales y acequias de los que ya dependía la vida abajo, cerca del mar, era grandísima. Recibió en el trayecto los homenajes que le correspondían de guerrero invencible y todopoderoso, amo del mundo.

Pachacútec aplicó en este recorrido, junto con las indicadas medidas de buen gobierno, otras muy importantes, tendentes a la seguridad del imperio. En los valles y en los diversos puntos estratégicos que jalaban el camino en construcción de los llanos, fue dejando, con la intervención de sus generales y arquitectos, "edificadas fortalezas y en ellas los presidios y guarniciones competentes para conservar lo adquirido"⁹².

Llegado al Cusco y recibido con las mayores solemnidades por los grandes de la Corte, pudo Pachacútec, tras la fatiga de tantos años de guerra expansiva, dirigir la mirada hacia el mar y levantar la mano en señal de dominio: el imperio heredado de sus antepasados y engrandecido con tan vastas y ricas provincias por él, se asomaba ahora al mar a lo largo de un frente que iba desde Atacama, en la tierra, "larga y angosta y mal poblada" de las soledades del Sur, hasta los ricos valles, lujuriantes de vegetación y color, y densos de población, del que, hasta hace poco, había sido poderoso reino Chimú.

El Tahuantinsuyo era ya inmenso y reunía una población de muchos millones, en parte ganada por la persuasión, en parte por la guerra; mas, el destino imperial del Estado incaico y su misión histórica de ordenamiento, no le fijaban límites. Faltaban otras provincias, tanto al Norte como al Sur. Por aquí, las siguientes a la soledad de Atacama; por allá, al Norte, las siguientes a los valles fecundos del rey Chimú.

Concluida la tregua, alistóse el gran Inca para emprender la guerra por las costas del Norte, donde vivían pueblos de tradición marinera, y señaló a su hijo, el ya famoso Túpac Yupanqui, para la conducción de aquella osada empresa. Las glorias

las compartirían los dos, padre e hijo, Emperador y Príncipe, y de los años duros que las produjeron saldría el imperio engrandecido, libre de rivales por el implacable aniquilamiento de los enemigos, y sólido como nunca en el mundo entero americano. En el Norte, además, haríase *fuerte e indiscutido en el mar, potencia naval* y, por allí, derivaría al establecimiento de un *intenso comercio oceánico* con distantes tierras y a la realización de *hazañas náuticas de increíble audacia*.

Con Pachacútec entra, pues, el mar a la esfera de influencia del imperio incaico, y del reinado extraordinario de este monarca insigne data la proyección resuelta de la existencia imperial hacia la ilimitada superficie azul que se extiende a Poniente.

TUPAC INCA YUPANQUI

"A Pachacútec lo sucedió su hijo mayor *Túpac Inca Yupanqui*, el cual *comenzó a gobernar en vida de su padre*; porque hallándose muy viejo Pachacútec e impedido para administrar tan grande reino, con consentimiento de sus vasallos lo renunció en su hijo Túpac Inca Yupanqui...". Esto que cuenta Cobo en su *Historia del Nuevo Mundo*⁹³, explica la confusión, ya advertida en párrafos atrás, de los relatos históricos, poco ordenados, de los hechos ocurridos durante los gobiernos de los dos famosos incas; así, parte de la obra de Túpac Inca Yupanqui aparece atribuida a su padre, y viceversa; y, como hay también confusión entre Pachacútec y su progenitor, Viracocha, el enredo es mucho mayor, cogiendo a tres monarcas, y de los más destacados, de la dinastía incaica.

El principal causante de esta confusión es el ya citado don Fernando de Montesinos, que señala, dentro de su fabulosa relación de más de noventa emperadores, a un *Viracocha* como realizador de las grandes conquistas en las tierras del Norte. Bien sabemos, por la confrontación de las fuentes y por el dictado irrefutable de las crónicas reconocidas como más veraces, que Viracocha no fue el conquistador de esas costas, pertenecientes hoy al Ecuador, sino Túpac Yupanqui o Túpac Inca Yupanqui; hijo mayor de Pachacútec, quien, como acaba de decirnos Cobo, comenzó a gobernar mucho antes de la muerte de su padre.

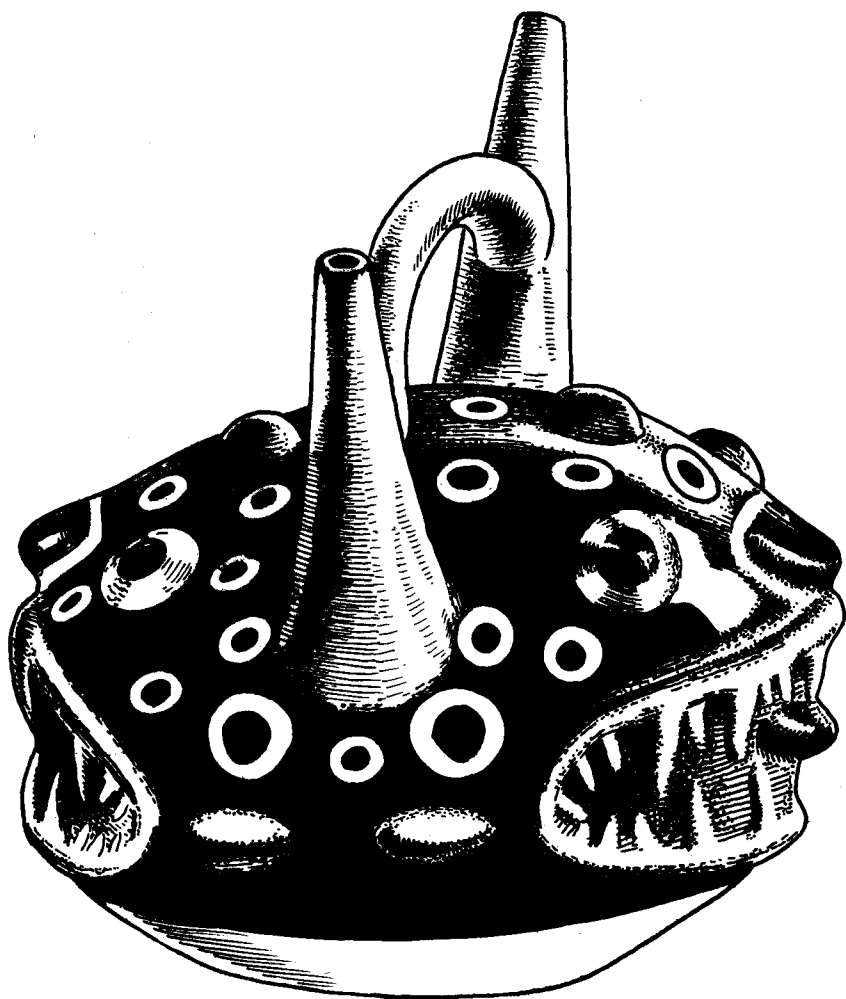
"Cura trotamundos y amante de la astrología... buscador de archivos y tesoros... inventor de dinastías y períodos incaicos de miles de años...", Montesinos fue, ante todo, como dice Porras, "un hombre diligente y cuerdo cuando quería". "Leyó y se aprovechó de manuscritos sobre costumbres y ritos de los Incas... Pero su pecado fue la imaginación y entonces prolongó su

cronología desde Manco Cápac hasta el diluvio. Acogió la lista de noventa reyes o incas recogidos en los relatos de algún indio gárrulo o bellaco, o en los escritos de algún fraile fantasista..."⁹⁴.

Pero, si no hemos de creer en sus noventa reyes, sí hemos, en cambio, de aceptar la narración de los hechos que señala para determinados monarcas, porque en esto sus credenciales de historiador esmerado y circunspecto son óptimas. El Viracocha que hermosea la ciudad de Quito a la imagen del Cusco y que emprende la guerra contra los chonos, primero, y, más tarde, contra los bravos indios de la Puná, es, a todas luces, Túpac Inca Yupanqui, y, salvada la gruesa transposición, el relato es verídico, ordenado, preciso, perfectamente acorde con el de otros historiadores.

Túpac Inca Yupanqui, parte durante la corregencia con su anciano y glorioso padre, parte durante su propio y exclusivo gobierno, realizó numerosas campañas, unas de conquista, otras de sujeción por alzamiento de pueblos ya sometidos pero descontentos. No descuidó ninguno de los lados del imperio y sus glorias se extendieron por los llanos marítimos del Norte, comprendiendo el golfo de Guayaquil y las costas de Manta, por las tierras del Sur, hoy chilenas, y también por las selvas de Levante. Pero, sus mayores hazañas fueron en el Norte, con guerras de increíble audacia, tanto en las tierras altas como en los llanos, y *también en el mar*. Una fuerza anfibia poderosa organizó en aquellas latitudes, y con ella agregó ricas provincias, aunque de pueblos díscolos, a su imperio. Con Túpac Inca Yupanqui irrumpe la *guerra de las balsas*, modalidad novísima de lucha por la expansión, impuesta por las circunstancias geográficas. Los ejércitos del Inca tienen que cruzar anchos ríos y moverse por regiones intensamente avenadas por gruesas arterias fluviales; tienen, además, que apoderarse de islas celosamente defendidas por naciones guerreras que oponen tenaz resistencia; tienen, por último, que recorrer extensos trechos de litoral marítimo para apoyar el avance de sus contingentes mayores que operan en tierra. Flotas inmensas de grandes balsas se mueven, entonces, a órdenes del legendario monarca todopoderoso, y éste libra con los enemigos gigantescos combates en los que la victoria depende, unas veces, de la rapidez y audacia de los movimientos y, otras, del aferramiento a las embarcaciones enemigas para permitir la lucha cuerpo a cuerpo, ora en medio de ríos caudalosos, ora en los densos manglares, ora, finalmente, en el mar, al rodar de los tumbos.

La guerra en el mar, en balsas, es el episodio sobresaliente, entre otros destacadísimos, de la historia de las guerras de Túpac Inca Yupanqui.



Lobo marino bicéfalo. Golletes pronunciadamente
cónicos y asa arqueada. (Estilo *Lima*. Costa
Central. Siglo IV de nuestra era. Museo
Nacional de Antropología y Arqueología.
Dibujo: Pablo Carrera M.).

LA CONQUISTA DEL REINO DE QUITO Y EL DESCENSO AL MAR

Túpac Yupanqui entró al reino de Quito por la Sierra. Para el quiteñista Miguel Cabello de Balboa, ninguna de las campañas de este Inca fue tan importante ni de tan grandes consecuencias como la que emprendió contra los pueblos de la “insigne y florentísima provincia de Quito, competidora en fertilidad y abundancia (y en multitud de naturales) con todas las de este Nuevo Mundo”⁹⁵.

A esta campaña fué el Inca, según refiere Cobo, después de haber guerreado contra los indios del Antisuyo (llamados *chunchos* y *mojos*, “gentes por extremo bárbaras e inhumanas” a las que “ganó buena parte de sus tierras”) y contra los *collas* sublevados, a quienes, para escarmiento, “hizo un gran destrozo... castigando con extraño rigor a los culpados de la rebelión...”⁹⁶. Tras estas campañas locales, venció el Inca la resistencia de los pueblos del Norte de su imperio, que, en ese tiempo, iba hasta Chachapoyas, cruzó el Marañón y penetró resueltamente al país de los *quito*, actual Ecuador⁹⁷.

La lucha, según refiere Cabello de Balboa, fue dura y exigió a los ejércitos del Inca el mayor esfuerzo. Pero, estos ejércitos “estaban tan hechos a vencer que tenían por delito grave perder pie de tierra”, y así, al final, alcanzaron la victoria total sobre los indios de Quito, “que en vano habían peleado”. La batalla de *Latacunga* fue terrible y en ella se decidió la suerte del reino. Más tarde, sobre los restos de la antigua ciudad de los indios *caras*, el vencedor fundó la ciudad de *Quito*, a la que hizo dar prestancia de capital del Norte de su inmenso imperio⁹⁸.

Victorioso, Túpac Inca Yupanqui no se contentó con las tierras altas ni con la esplendidez del nuevo reino avasallado. Pronto puso en movimiento su ejército *hacia el mar*, para adueñarse de los llanos marítimos; allí, a diferencia de los de Chinchá, Chuquimanco, Cuismanco y Chimú, cubiertos de densa vegetación.

LA GUERRA CONTRA LOS CHONOS

“Con un poderoso ejército” al frente del cual él mismo se puso, Túpac Inca Yupanqui “fué a la *provincia de los Chonos*, que son las de Guayaquil”. Tenía buenos agüeros para esta campaña “aunque el camino era asperísimo”.

Avanzando por los pueblos de Calacali y Pululagua —refiere Montesinos—, halló desde un comienzo tenaz resistencia de los naturales. Pero, gracias a un apoyo que recibió de “la Tata-

cunga" (¿Latacunga?) pudo continuar su marcha. No tardó en saber que "le esperaban gran número de gentes para darle la batalla"; y así, con los ojos muy alerta y sus fuerzas preparadas para el combate, "llegó a una provincia que ahora se llama *Guayaquil el Viejo*, y vido que había en medio del río muchas balsas y que no había remedio contra ellas"⁹⁹.

La versión de Sarmiento de Gamboa no difiere en lo substancial. Después de vencer a los *quito*, el Inca resolvió emprender la conquista de "una gran nación hacia el Mar del Sur, de unos indios llamados *guancabilicas*"¹⁰⁰. Para seguridad en la riesgosa empresa, mandó construir primero, en "las cabezadas de la Sierra", la fortaleza de *Guachalla*, y recién cuando ésta estuvo concluida, se aventuró a bajar a la mar. Dividiendo el país en tres sectores, distribuyó su ejército en otras tantas partes, y él tomó la conducción de una, la principal, metiéndose con ella, resueltamente, "por las montañas más fragosas, haciendo guerra a los montañeses de los *guancabilicas*...". Agrega el autor de la *Historia de los Incas* que el invencible caudillo "metióse tanto en la montaña" que de él no se supo nada durante mucho tiempo, temiéndose por su vida y destino de su ejército¹⁰¹.

Volviendo al relato de Montesinos, que es muy cuidadoso en esta parte y probadamente puntual, Túpac Yupanqui, llegado a la orilla del caudaloso y ancho río, en medio del cual le esperaba una inmensa flota de balsas con el enemigo dispuesto a la lucha, intentó pasarlo en cierta parte favorable por medio de "un puente de crisnejas", al modo que se estila en los ríos de la Sierra, pero el plan le fracasó por las muchas e insubsanables dificultades que el trabajo presentaba.

Resolvióse el caudillo, entonces, a "*hacer balsas*", como las del enemigo, en número suficiente para cruzar las aguas y sostener el combate. La tarea, naturalmente, fue lenta y demandó enorme esfuerzo pero la paciencia resultó triunfante. Markham subraya que, ajeno el Inca al nuevo tipo de guerra impuesto por las circunstancias, tuvo primero que aprenderlo y dominarlo en sus secretos y, luego, para usarlo con posibilidades de éxito contra un enemigo avezado y conocedor del medio, mandar construir una gran flota, en todo lo cual estuvo embebido muchos meses, sin conocer descanso¹⁰².

Los *huancavilcas* "eran —dice Sarmiento— muy guerreros y peleaban por tierra y por mar en balsas, desde Tumbes hasta Guañapi y a Guamo y Manta y a Turuca y a Quisin". Aunque no formaban una nación muy numerosa, la arqueología los ubica entre el litoral que da a la isla de La Plata, por el Norte, y Punta Arenas, por el Sur, frente a la isla de la Puná. Este sector corresponde estrictamente a lo que hoy, en la geografía

litoral del Ecuador, se llama *territorio manteño del Sur*, siendo el *Manteño del Norte* el que se extiende más allá de la latitud de la isla de Salango o de la isla de La Plata. Dentro del *territorio manteño del Sur* hay tres zonas: la de *Colonche*, la de *Santa Elena* (o de la punta del mismo nombre) y la de la *costa* noroeste del *Golfo de Guayaquil*. Propiamente, dice Emilio Estrada, "la zona huancavilca quedaría reducida a la Península de Santa Elena y a la costa Norte del Golfo de Guayaquil"¹⁰³. Entre el litoral de la isla de La Plata y el golfo de Guayaquil, los huancavilcas se agrupaban en varias tribus, pero las que enfrentaron a las fuerzas del Inca fueron principalmente las que "vivían a las orillas del golfo de Guayaquil"¹⁰⁴ estrechamente conectadas, por gobierno y comercio, con las establecidas tanto en Punta de Santa Elena como en el "curso bajo de los ríos Daule, Vinces y Guayas"¹⁰⁵. Estos huancavilcas se dedicaban enteramente al mar, eran muy buenos balseros y practicaban en gran escala el comercio y la pesca, no así la agricultura, de la que obtenían algunos productos sólo por sus eventuales relaciones con los manteños del Norte¹⁰⁶. Sus viviendas eran de caña con cubierta de barro, y formaban villorrios grandes a las orillas del mar y de los ríos¹⁰⁷. De las selvas del interior sacaban los gruesos troncos de *balsa* para la construcción de sus grandes *jangadas* o *almadías*, con las cuales traficaban por los ríos y hacían largas navegaciones oceánicas, siendo muy frecuentes sus contactos con los pueblos de la isla de la Puná, con los que culturalmente se hallaban relacionados. En la lucha eran bravos, como convienen todos los cronistas del siglo XVI.

Tras los largos preparativos y "ensayados ya y diestros" los soldados del cusqueño, la poderosa fuerza de balseros recién creada salió de sus bases y dio batalla a los contrarios. Esta batalla, según refiere Montesinos, "duró muchos días". "Conocidos más los lances con el uso de la *naval guerra*, mandó [el Inca] a sus capitanes romper la batalla y que acometiesen por todas partes al enemigo"¹⁰⁸. Un historiador moderno reseña así el gigantesco choque de balsas: "Atacó [Túpac Yupanqui]... a la flota enemiga y trabó un combate que duró varios días, en los que la posesión del río pasó, alternativamente, de unas manos a otras. Los soldados del Inca eran más diestros en el manejo de la lanza que en el del remo, y su hábil caudillo, aprovechando esta ventaja, ordenóles que aferrasen las embarcaciones enemigas para poder luchar cuerpo a cuerpo. El éxito no se hizo esperar..."¹⁰⁹.

Duramente disputada, la victoria llegó para el cusqueño, "y los chonos se sometieron", entregando al Inca las provincias situadas entre el golfo de Guayaquil y la punta Santa Elena.

LA EXPANSION IMPERIAL

Esta campaña, modelo por la organización de la fuerza atacante, por su versatilidad para acomodarse a los diversos medios de lucha impuestos por la geografía y, sobre todo, por su perseverancia puesta a prueba en los largos meses que echaron los preparativos, se caracterizó, como recalca Sarmiento, por los *primeros grandes combates desde embarcaciones de río y mar* y abre, en la historia de la expansión imperial incaica, el capítulo asombroso de la *guerra naval*¹¹⁰.

Montesinos termina esta parte de su relato dando los siguientes detalles de la rendición de los chonos (o huancavilcas): "...hubo entre los contrarios del Inga muchas disensiones, y el caudillo principal le envió mensajeros rindiéndose él y su parcialidad. Las demás, visto esto, se fueron a sus pueblos. Desembarcó el Inga sin contradicción en la otra banda, *donde ahora está la ciudad de Guayaquil*; hizo muchas mercedes al caudillo y a su parcialidad que se le rindió, y por su industria *conquistó todas las tierras de los Chonos, que son las de Guayaquil*"¹¹¹.

LA GUERRA DE LA PUNA

"Entre Punta Santa Elena y Tumbes —se lee en Oviedo— hay un río muy grande y bien poblado... En la boca deste gran río que dicho, hay una isla que llaman la Puná, que [tendrál] de circunferencia *doce leguas*, llana y de pequeños montes, pero muy viciosa¹¹². Había en ella [al tiempo de la Conquista] poco más o menos de *seis a siete mi vecinos indios*; es de muchas y buenas pesquerías de diversos géneros de pescados, y [tiene] un hermoso puerto... Hay muchos venados en ella. Beben de pozos y es muy rica de oro y plata"¹¹³.

En iguales o parecidos términos se expresan otros cronistas. Zárate, por ejemplo, siempre prolijo, dice que la isla tiene "doce leguas de bojo" y se halla "muy cerca de la tierra firme"; "abundante de mucha caza de venados y pesquerías y de muchas aguas dulces..."¹¹⁴.

Contra esta isla, que tuvo en su época de florecimiento mayor población que la que le señaló Oviedo —"sus habitantes excedían de doce a catorre mil personas"¹¹⁵—, se lanzó, después de la guerra de los chonos, Túpac Inca Yupanqui, ya habituado, por aquella experiencia, a la lucha naval. Iba a ser ésta una de sus más espléndidas proezas, y su táctica de operación, la más hábil de cuantas jugó en sus largas campañas por la expansión del imperio.

Los indios de la Puná formaban una nación aguerrida, de hombres bravos, siempre dispuestos a la lucha. "Eran los hombres... esforzados y en la guerra diestros y temidos de sus comarcas. Peleaban con hondas, porras, varas arrojadas, ha-

chas de plata y cobre, y lanzas con los hierros de oro...¹¹⁶. “Tenían guerras con todos los pueblos comarcanos, especialmente con los de Tumbes, que está doce leguas de allí”¹¹⁷. “El señor —agrega Zárate, de quien es la cita precedente—... era muy temido de sus vasallos, y tan celoso, que todos los servidores de su casa y guardas de sus mujeres traían cortadas las narices y miembros genitales...”. Además, “era gran marinero y mercader”¹¹⁸, y de esta su habilidad participaban todos sus súbditos, constituyéndose, pues, el de la isla, en un pueblo íntegramente de pescadores y comerciantes, actividades de las que todos obtenían lo necesario para una vida cómoda, que mucho conocía de frecuentes y desbordantes entregas al placer. “Vestían camisas y paños” y hombres y mujeres solían adornarse con anillos de metal, generalmente oro. Para el servicio, también “tenían muchas vasijas de oro y plata”¹¹⁹.

Por sus relaciones con los pueblos del continente, probablemente formaron lo que Jijón y Caamaño denominó *Confederación de los Mercaderes*, nombre para una cultura cuyos vestigios abundan en las costas del golfo de Guayaquil, en la punta de Santa Elena y en el litoral que sigue hacia el Norte, hasta Manta.

De todas las artes, la que más desarrollaron fue la de la navegación, que practicaban en el mar, comunicándose con pueblos distantes. Por una referencia de Murúa, que Riva Agüero destaca¹²⁰, puede pensarse que llegaron hasta la costa central del Perú, visitando con frecuencia Lima y Pachacámac. Un historiador dice que los indios de la isla de la Puná (y también sus vecinos de Tumbes) montaron *grandes flotas de balsas* y sostuvieron verdaderos *combates navales*, de grandes proporciones, en los que las partes se valían de diversos ardides para aniquilar al adversario¹²¹.

Cuando se produjo la conquista española, florecía en esta isla la *cultura manteña*, llegada por el año 700 d.C. Esta cultura, al decir de Estrada, “marca el punto culminante de las culturas prehistóricas ecuatorianas y corresponde a las etapas postclásicas del Perú y mesoamérica”¹²². Culturalmente, por lo tanto, la isla de la Puná estuvo relacionada con la provincia del Guayas y la parte Sur de Manabí.

De la prosperidad de otro tiempo poco se sabe ahora porque el abandono ha echado una capa impenetrable sobre el pasado. “Se ha arañado la superficie apenas en la arqueología de la isla de Puná —dice Estrada en su ya citado libro sobre *Los Huancavilcas*—, mas estamos seguros —agrega— que cuando se abran los caminos y se cultive la tierra, aparecerán más detalles de la prehistoria puná, cuyo pueblo era posiblemente uno de los más ricos [de la costa ecuatoriana]. Aparecerán nueva-

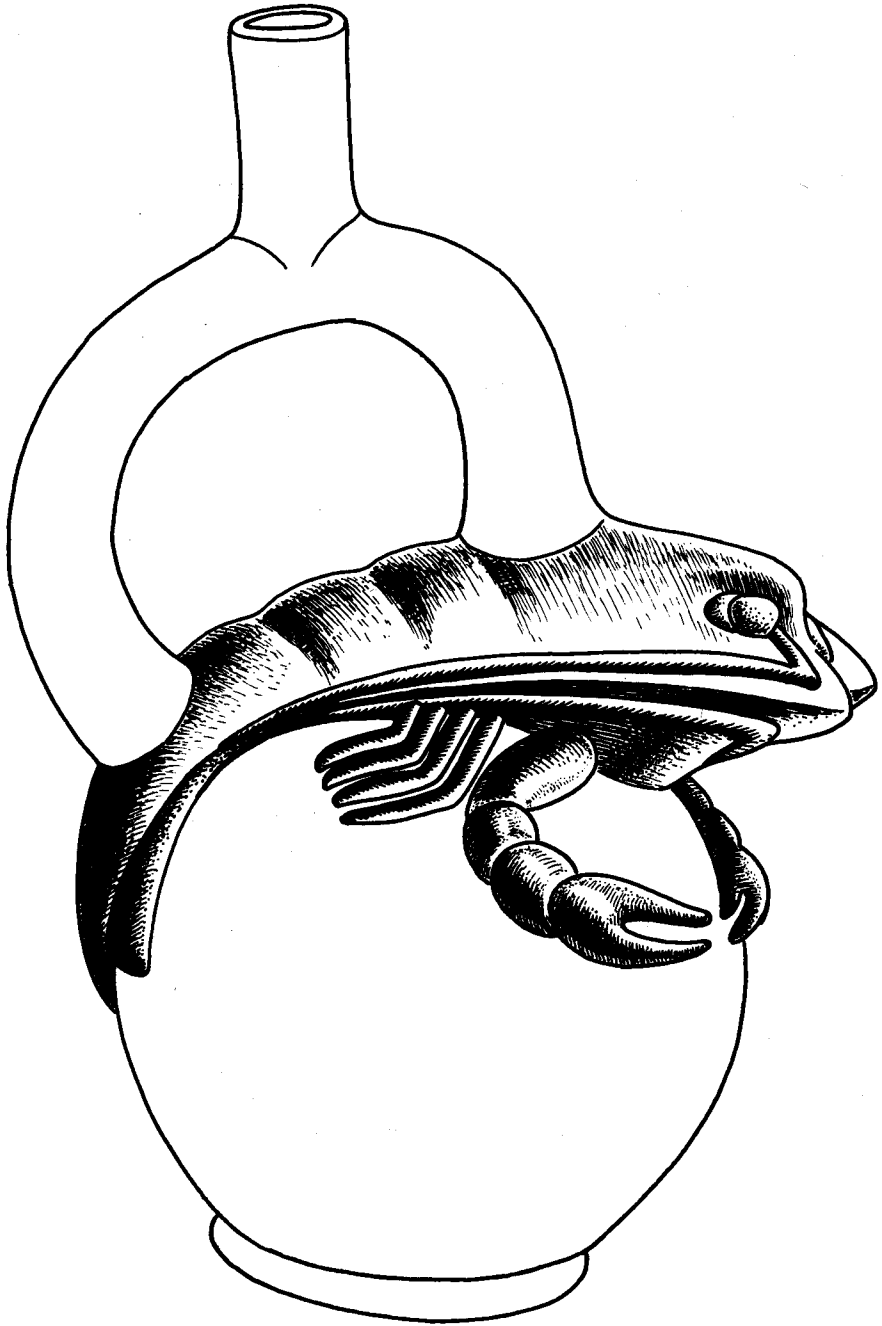
mente los muros de piedra de las antiguas ciudades de Puná, y quien sabe si alguno de los templos de que nos hablan los cronistas. Caminos con restos de pavimento de piedra... hemos hallado en las estribaciones Sur de Sambo Palo..."¹²³.

Túpac Inca Yupanqui tuvo noticia por los chonos, a los que acababa de vencer, de los belicosos habitantes de la gran isla del golfo, y aunque "consideró los peligros de la jornada y de la guerra, que se había de hacer por agua"¹²⁴, se dispuso a someterlos. Previamente, aprovechó de las rivalidades entre los pueblos del continente y los isleños para conseguir una alianza que le sería útil en la guerra, y ultimados los preparativos con la construcción de una *gran flota de balsas*, rompió las hostilidades. Así con "muchas balsas" y muchos "y buenos pilotos", el caudillo se embarcó con su ejército, "que [era] de veinte mil personas".

"Esta expedición —dice Markham— requería más *pericia naval* que número de tropas; pero, nada era obstáculo para la *genial estrategia de Túpac*..."¹²⁵. Al llegar a la isla, la fuerza invasora fue contenida por los naturales, que hicieron una demostración palmaria de su fama de valientes. Más aún: trabada la pelea, que fue durísima, las primeras acciones resultaron favorables para los isleños. Entonces, mediante una hábil estrategia, el jefe invasor, sereno ante la inminencia de un desastre, "dio orden... a su general que hiciese frente al enemigo, y una noche tomó tierra con parte de su gente en la isla; formó un escuadrón a las orillas del mar, y prevenido contra el fuego, lo mandó poner en las casas..."¹²⁶.

La reacción de los isleños fue tardía; ella se produjo cuando ya los poblados ardían y la mortandad por el redoblado ataque de los invasores era espantosa. Quemadas sus villas y empalizadas, destruidas totalmente sus defensas y achicharrados los hombres que habían quedado en las fortalezas, los indios de la isla no tuvieron otra alternativa que entregarse. Al final de la acción, de los enemigos, "los que quedaron en tierra huyeron, y *los del mar se rindieron*". De nada les sirvió a los de Puná su destreza en la conducción de las balsas de guerra, de las que tenían infinidad, tantas que cubrían el horizonte. Experimentados por la guerra anterior de Guayaquil, *los soldados del cusqueño ganaron en mar y en tierra*, coronando con el triunfo una campaña que se vio harto difícil en los primeros momentos por la posición ventajosa del enemigo y las muchas balsas de combate que tenía.

El cacique se inclinó reverente ante el Inca, pero éste, lejos de considerarlo su prisionero, lo trató con suma bondad, dándole por mujer a una hermana suya, la que llegó acompañada de muchas *pallas*, con lo que, aparentemente, quedó asegurada la



Representación escultórica, sobre un cántaro globular, del cangrejo. El asa-estribo parte del dorso del animal. (*Mochica*. Costa Norte. Aproximadamente, 400 años después de Cristo. Museo Nacional de Antropología y Arqueología.
Dibujo: Pablo Carrera M.)

fidelidad de los isleños al nuevo amo. El Inca, magnánimo y todopoderoso, para hacer más efectiva la unión de los dos pueblos, se desposó con la hija del cacique¹²⁷.

No advirtió el Inca el rencor de los nativos ni sospechó que pronto se alzaría la revuelta contra el gobierno imperial. Confiado en las promesas de completo y definitivo sometimiento, organizó a poco de su gran victoria la administración, poniendo en el gobierno a un representante del poder central, con jurisdicción sobre toda la isla, Puerto Viejo y Tumbes. De esta gobernación de Puná se enteraron los españoles de la hueste de Pizarro, pero no conocieron al funcionario de entonces por haber éste huido al continente apenas llegados¹²⁸.

PUERTO VIEJO Y MANTA

Después de las demostraciones de poder hechas por el Inca, que de modo tan hábil había conquistado la isla de la Puná, "todos los pueblos comarcanos se rindieron" y enviáronle mensajeros, tratándolo como a verdadero "hijo del Sol". Entre estos pueblos —refiere Montesinos— se contó el de Puerto Viejo, en la costa del Norte, pero la demostración de obediencia de éste fue engañosa porque cuando el Inca mandó embajadores de paz, fueron éstos rechazados, amenazándoseles de muerte. Advertidos a tiempo, volvieron al real del Inca, contándole lo ocurrido.

El Inca "sintiólo mucho y tomó cuidado de que hacían llos de Puerto Viejo grandes juntas de gente para la guerra". De inmediato, ordenó a su ejército alistarse para iniciar campaña contra los insumisos; pero, "estando las balsas y los pilotos a punto, vino la nueva al Inga cómo se habían rebelado los Cañares y habían muerto al gobernador y a los soldados del presidio"¹²⁹. Le asaltó la duda al Inca: si atacar primero a los rebeldes cañares o emprender antes la campaña contra los indios de Puerto Viejo. "Mucho duraron las consultas". Al final, prevaleció la opinión de que convenía "ir primero a Puerto Viejo"¹³⁰.

Pero, ya estaba por zarpar la fuerza expedicionaria en *las muchas balsas de la flota imperial*, cuando hicieron su aparición en *la base marítima de operaciones del Inca "ocho balsas grandes, y en ellas mucha gente de guerra"*. El propio Inca alertó a su gente temiendo un ardid, y ordenó prestamente a sus capitanes que "saliesen a la marina en orden y que no dejaran desembarcar a nadie".

Fue aproximándose la flota enemiga de las grandes balsas con la gente de guerra en gran número y ya se esperaba el ataque, cuando, muy cerca de la costa, de una de las balsas se arrojó al agua un hombre, que nadó hasta el campamento del Inca. Al tocar tierra fue de inmediato rodeado por los soldados imperia-

les, pero el llegado dijo que portaba un mensaje de paz. Fue avisado el Inca, y éste, entonces, ordenó que permitiesen desembarcar a los de las balsas. "Hiciéronlo, así, los embajadores; llegaron ante el Inca, y postrados, pidieron perdón de no haberle obedecido antes, dando por excusa que los hechiceros tenían la culpa. Dieron la obediencia en nombre de los señores del Puerto; admitiéndolos a paz el Inga, y envió gobernadores, que sin mucha resistencia conquistaron todas aquellas provincias..."¹³¹.

Aunque hay discrepancia entre los historiadores modernos al juzgar la campaña de Manta, sosteniendo Markham que fue de penetración sin lucha, con aceptación voluntaria del vasallaje y entrega de preciosos presentes de esmeraldas y perlas¹³², en tanto que Riva Agüero dice que "la campaña más penosa e infructuosa parece haber sido la de Puerto Viejo y Manta"¹³³, los cronistas, en su mayoría, destacan el fácil ingreso de las fuerzas del Inca a las tierras aludidas de la costa ecuatoriana. Así, Cieza de León habla de la "astucia" de que se valieron los soldados cusqueños, con el apoyo de gentes de otras guarniciones, para ganarse la adhesión de los pueblos de Puerto Viejo. Muchos de los principales de esta región, agrega, acudieron entonces ante el Inca a hacerle reverencia y el Inca "los recibió benignamente y con mucho amor, dando a algunos de los que le vinieron a ver piezas ricas de lana hechas en el Cusco"¹³⁴.

La visión del mar abierto desde las costas de Manta, sobrecoigió al gran Inca, quien, después de tantos años de lucha, unas veces en los riscos, otras en las selvas tropicales, otras también en los ríos anchos llenos de peligrosas alimañas, halló encanto para sus sentidos y paz honda para su espíritu ante cuadro de tan arrobadora grandeza. Dice Cabello de Balboa que "Topa Inga Yupangui", después de haber puesto orden en las provincias recién ganadas al imperio, decidió, con acuerdo de sus generales, *seguir hacia la mar*, creyendo fueran las nuevas tierras prometidas "de tanta sustancia como las ya vistas y conquistadas". A través del país de los *chimbos* y "rompiendo inaccesibles asperezas, llegó a la provincia de los *Guanca vilcas*... y allanando y sujetando aquellas no domadas naciones, pudo llegar al valle de *Xipixapa*, y de allí a *Apelope*, y tuvo noticia cómo muy cerca de allí había buen puerto para poder surcar, y *ver si en la mar había alguna empresa en que poder ganar con el mundo nombre y reputación*..."¹³⁵.

Tenida tan halagadora noticia, el caudillo se puso en marcha desde *Apelope* hacia el mar, "con sus escuadrones ya casi innumerables", aposentándose finalmente en *Manta*, *Charapoto* y *Picuaza*.

"En este lugar [*Manta*] —dice Cabello de Balboa— fue donde la primera vez el rey Topa Inga *vio el Mar*"¹³⁶, al cual, como lo

descubriese de un alto, hizo una profunda adoración, y le llamó *Mamacocha*, que quiere decir *Madre de las lagunas*, e hizo apercebir gran cantidad de las embarcaciones que los naturales usaban, que son ciertos palos livianos notablemente, y atando fuertemente unos con otros, y haciendo encima cierto tablado de cañizos, tejidos, es muy segura y acomodada embarcación: a las cuales nosotros hemos llamado balsas...¹³⁷

Antes de retirarse, Túpac Inca Yupanqui favoreció el entendimiento de las diversas naciones conquistadas, hasta entonces en continuas rencillas; organizó el gobierno dejando instaladas numerosas sedes con sus respectivas autoridades; y mandó edificar suntuosos templos. Dedicado a la gran deidad *Mamacocha*, construyó uno en la isla de La Plata, el cual fue muy grande y lleno de riquezas, abundando en sus aposentos los vasos de oro y plata y las joyas con piedras preciosas¹³⁸. Otro hizo en la isla de Santa Clara, a la entrada del golfo de Guayaquil.

Obligaciones urgentes lo sacaron de la región norteña, dejando "algunos gobernadores y naturales del Cusco" de toda su confianza "para que les hiciesen entender [a los indios sometidos] la manera con que habían de vivir para no ser tan rústicos...". Pero los indios, a poco de la partida del Inca, en pago del beneficio recibido, mataron a todos los gobernadores cusqueños, no quedando ninguno en los términos de la comarca. El Inca, informado, sufrió mucho con "esta grande crueldad", pero no llegó a castigar, por extrema benignidad, "a los que tan malamente habían muerto a estos sus capitantes y vasallos"¹³⁹.

El mantenimiento de la paz lo obligó a dirigirse con la mayor premura al país de los *Cañares*, de donde, como ya se dijo, le habían llegado noticias de alzamiento. Con su inmenso prestigio de conquistador invencible, el Inca se preparó para la nueva campaña, contando esta vez con el apoyo de algunos pueblos sometidos. De su *base marítima*, donde se encontraba, salió al frente de sus fuerzas en una inmensa *flota de balsas* reunida por los gobernadores de Tumbes y Puerto Viejo, a la que se agregaron muchas almadías procedentes de la isla de la Puná. Era ese un ejército de miles de hombres, nunca mejor pertrechado y con la mayor experiencia para los lances de la guerra, hábil en el combate naval y en la lucha en tierra cuerpo a cuerpo. No conocía la derrota. La flota de balsas, impulsada por el viento que hinchaba las velas cuadradas, se desplazó a lo largo de la costa en un movimiento estratégico maestro, y dejó a la gente en el "puerto que hoy llaman [dice Montesinos] de la Vola". Después, organizado en columnas interminables, el ejército imperial, de doscientos cincuenta mil hombres¹⁴⁰, penetró por caminos difícilísimos, cerrados por la lluvia continua y los yerbazales, hasta el "paraje donde hoy es

Cuenca". Allí se libró la terrible batalla de *Tumipampa*, que fue muy dura pero que terminó con el triunfo del cusqueño.

Para seguridad de su dominio, Túpac Inca Yupanqui mandó levantar numerosas fortalezas en toda la región, desde las sierras hasta el mar, y desarraigó poblaciones contumaces, según la usual manera de los *mitimaes*. A más de ello, los pueblos de la región fueron obligados a brindar sustento y toda suerte de mantenimiento¹⁴¹.

Por la sublevación de los indios de la Puná y para mantener el dominio en las tierras del golfo, "el puerto de Tumbes... fue transformado en estación militar"¹⁴².

Así pues, resumiendo, Túpac Inca Yupanqui, décimo primer monarca del Cusco, digno corregente y sucesor de su padre, el gran Pachacútec, avasalló Guayaquil y pueblos vecinos, desde la región de los grandes ríos hasta el mar, *todo Ecuador, las costas, "y más al Norte los Pastos"*, gastando "más tiempo de cinco años"¹⁴³. Hizo la *primera guerra naval* de la expansión, *incorporó a sus fuerzas inmensas flotas de balsas* y desarrolló *una nueva estrategia con la utilización del mar como zona de apoyo y escenario de combate*. El protagonizó, además, la más grande aventura marítima que pueblo alguno de América hiciera antes de la llegada de los europeos: con balsas y enorme fuerza de guerra cruzó el ancho mar hacia dos lejanas islas y al cabo de nueve meses regresó portando botín y prisioneros. De esta aventura asombrosa se trata en el capítulo siguiente.

LA GUERRA EN LOS LLANOS MARITIMOS

Aunque anteriormente se dijo, al comenzar el estudio de la guerra de Quito, que Túpac Inca Yupanqui entró a las tierras del Norte por la Sierra, Cobo recalca que el avance del ejército imperial fue *por los llanos que dan frente al mar*; y justifica su aserto diciendo que, al regreso, tras la victoria sobre los quiteños, "acordó el Inca volver al Cusco por el camino de la Sierra, por haber hecho su viaje a la ida por el de los *Llanos*, y pacificar las naciones de indios que había en el medio, que eran muchas"¹⁴⁴. Algunos historiadores, sin embargo, insinúan la posibilidad de un regreso, no por la Sierra, como acaba de decirse siguiendo a Cobo, sino por los *llanos marítimos*, y hasta hablan de una *segunda conquista de la Costa*, de Norte a Sur. Habriase producido el desconocimiento de la autoridad imperial, y Túpac Inca Yupanqui, triunfante en el Norte, habriase lanzado a la guerra, con propósitos punitivos, contra los pueblos de la Costa, en procura de un nuevo sometimiento¹⁴⁵. Valcárcel dice que el Inca, después de sus largas operaciones en el Norte, volvió al Cusco por la ruta de los llanos, dejando en Quito a su

general Chalcomayta. En el valle de *Chimo* tuvo recia lucha y la victoria casi le fue esquiva, pero al final se impuso¹⁴⁶. Es probable que en esta ocasión, o en otra posterior —porque las sublevaciones siguieron durante la mayor parte de su gobierno—, el Inca, indignado por la infidelidad de los jefes sojuzgados, aplicara tremendo castigo al *Chimo Cápac*, residente en la inmensa ciudad de Chan Chán, capital del reino Chimú, que había sido dominado por Pachacútec, en la memorable campaña atrás reseñada. Riva Agüero hace hincapié en este episodio, con términos conmovedores: durante el gobierno de Túpac Inca Yupanqui —dice— se produjeron numerosas sublevaciones, siendo las más peligrosas para la integridad del imperio las del Norte. Contra ellas fué el Inca. “Al debelarlas, fue *saqueada y destruida la ciudad de Chan Chán*, capital del Gran Chimú, vasallo infiel”¹⁴⁷.

Después de esta guerra de represión, siguió el caudillo, siempre a la vista del mar, por el camino de *los llanos*, hacia el Sur, acampando un tiempo en el valle del Rímac, donde consultó al idolo. Más adelante, en la gran ciudad sagrada de Lurín, ofreció sacrificios a Pachacámac, consultándole el futuro de su reino por intermedio de los sacerdotes; y, terminado su recorrido por las tierras marítimas, de ellas se alejó —dice Valcárcel— por el camino de Pariacaca, para, por el país de los *huancas*, regresar al Cusco.

Túpac Inca Yupanqui realizó posteriormente otras campañas; y, entre las más importantes, se contó la nueva a los llanos. Sometió con lucha a los indios de Nasca e Ica, que se habían alzado contra su poder, y siguió a Chíncha, que había preparado —dice Valcárcel— un ejército de treinta mil hombres, pero ganó a esta gente por los métodos persuasivos, con lo que evitó un nuevo derramamiento de sangre (que la vez primera, cuando Pachacútec, como se recordará, fue terrible).

Seguidamente, o previo retorno al Cusco, emprendió la campaña de Guarco, con lo mejor de su ejército, y tuvo allí tres años largos de contienda¹⁴⁸. Al final, los levantiscos se inclinaron y prometieron no rebelarse más, lo que el cusqueño creyó como había creído su padre.

GUARCO Y LA “FIESTA SOLEMNE EN EL MAR”

Otra vez ocurrió un episodio singular en el mismo Guarco, esta vez en el mar.

Llevaba Túpac Inca Yupanqui tiempo largo dedicado al embellecimiento de la ciudad capital y a la construcción de los grandes edificios, algunos comenzados por sus antecesores, que tanta fama le dieron entre las más principales ciudades del

Tahuantinsuyo, cuando, por convenir al buen gobierno, decidió "salir a visitar a sus vasallos". Con gran séquito de señores y fuerza poderosa de guerra para reprimir alzamientos, tomó el camino del Chinchaisuyo.

En *Yanayacu*, "en los términos de Vilcas" —cuenta Cobo—, designó el Inca "por visitador de las *provincias de la costa de la mar* a un hermano suyo", llamado *Apu Achache*, "hombre de mucho valor y consejo", el cual bajó a los llanos mientras el Inca, por pedimento de los caciques, seguía a Jauja.

Llegado el visitador a Guarco, halló que la señora del lugar, que era viuda, con fama de hermosa y atractiva, se oponía de modo terminante a su visita e impedía el empadronamiento de los indios, vasallos del Inca, por no consentir "que el Inca señorease su Estado".

El visitador, sorprendido, volvió a donde el Inca y le comunicó la rebeldía de la señora de Guarco. Lo oyó la Coya del Inca y pidió permiso al emperador para intervenir; él le dio licencia.

Partió, entonces, la Coya, acompañada del visitador y con una fuerza crecida, y llegando a la vista de Guarco mandó al emisario decir a la cacica rebelde que no se preocupara de su reino porque lo que el Inca y la Coya querían realmente era, no apoderarse de esas tierras, sino "reservar toda aquella provincia para ella" (para la cacica, justamente); "y que en albricias... mandase hacer una *fiesta solemne en el mar*".

La hermosa viuda, señora de Guarco, creyó a pie juntillas todo lo que le dijo el visitador por encargo de la Coya del Inca, y entonces dispuso que determinado día "todos los del pueblo *saliesen a la mar en sus balsas* a festejarle; lo cual se efectuó".

Guarco (Cañete) era, en ese tiempo, uno de los valles más socorridos de la Costa; tenía muy grande población, parte dedicada al cultivo de la tierra, parte a la pesca, a las artes e industrias. Los pescadores formaban el grupo más activo y salían periódicamente a la mar en sus balsas de totora, recogiendo los abundantes frutos de la inagotable fuente.

Acostumbraban desde muy antiguo estos indios pescadores de Guarco realizar, con ocasión de los acontecimientos, *vistosísimas fiestas en la mar*, con la salida de todas las balsas pintorescamente engalanadas, en las cuales se embarcaban alegres grupos musicales. Las balsas daban vueltas frente a la playa, se alejaban y acercaban a los promontorios, y en tierra todo era bullicio y alegría.

El día convenido por la señora del lugar y el visitador imperial, la población en masa salió para participar de los festejos, que tan extraordinarios contornos prometían alcanzar esta vez, *dejando la ciudad completamente vacía*. Y "estando los indios en la mar con sus instrumentos musicales y mucho regocijo...

entraron en el pueblo dos capitanes del Inca y se apoderaron dél; lo cual, visto desde la mar por la cacica y sus vasallos, no tuvieron otro remedio que rendirse. Prendieron los capitanes a la cacica y lleváronse a presentar a la Coya". Esta, en realidad, había intervenido por celos, cuando el Inca comentando la comunicación del visitador, había dicho, entre risas y alardes, que las mujeres a él lo seguían por el amor que les despertaba (la hermosa viuda de Guarco, señora del valle, una de ellas). Y la Coya, celosa, para quitarse ese estorbo, se dio maña y triunfo, regalando al Inca, por añadidura, otro triunfo. El Inca, por tan ingenioso ardid, le redobló su amor¹⁴⁹.

NUEVAMENTE, AL CONTISUYO

No acabaron allí los afanes conquistadores de Túpac Inca Yupanqui ni tampoco los pueblos anteriormente sojuzgados le dieron reposo. "Asaz valeroso en las armas y grandísimo guerrero porque se había criado en la disciplina militar" que le inculcó su padre, acudió a todos los llamados de la guerra; y así, no tardó en hacerse presente en el Contisuyo al recibir de allí malas nuevas de alzamiento. Dejó el Cusco y pronto, tras los Andes de Apurímac, "llegó hasta la provincia de Arequipa, *que cae en la costa de la mar...*"¹⁵⁰.

Guerreó allí fuerte y sostenidamente, y al fin sometió el país. Los valles altos del Contisuyo fueron convertidos en graneros del imperio.

Fray Martín de Murúa da cuenta de una anécdota que ocurrió en la costa arequipeña con ocasión de la llegada del emperador. Dice así: "Este valle de *Camaná* está en una ribera muy hermosa... Tiene este nombre de *Camaná* desde el tiempo del valeroso Ynga Yupanqui, porque en este mismo tiempo envió un señor orejón a recorrer las costas y a ponerlo todo en orden, el cual hizo alto en el dicho valle y en este medio vino un gobernador Tucuricoc de Chile, el cual por entender que el orejón que en este asiento halló, era el Inga, le dijo, queriéndole dar un quipo de cordeles que traía, diciéndole: *Ca*, que quiere decir *toma*, el cual como no era el Inga sino su visitador le respondió *Mana* y desde entonces se les quedó este nombre"¹⁵¹.

LA CONQUISTA DE LAS PROVINCIAS MARITIMAS DE CHILE

En la cumbre del poder, Túpac Inca Yupanqui decidió conquistar las provincias de Chile, y para esta osada empresa organizó un colosal ejército de doscientos mil hombres, que partió

LA EXPANSION IMPERIAL

de *Lipes*, en el confín meridional de su reino, encomendándolo a sus mejores generales. Parte de esta campaña se cumplió por la costa, a la vista del mar, donde siempre fue dable a la fuerza imperial hallar recursos.

Los indios chilenos —refiere Cobo—, si bien eran muy “fuertes y briosos”, cedieron al empuje del gigantesco ejército invasor. “Por vivir como vivían en behetrías, sin cabeza ni caudillo que los rigiese y confederase, no pudieron resistir a la multitud de los del Inca, y así fueron vencidos dellos los habitantes del *Guasco* y *Coquimbo*, con los otros *valles marítimos* hasta el de *Mapocho*, donde se habían convocado muchos millares de chilenos, entre los cuales se hallaban los valientes *araucanos*...”.

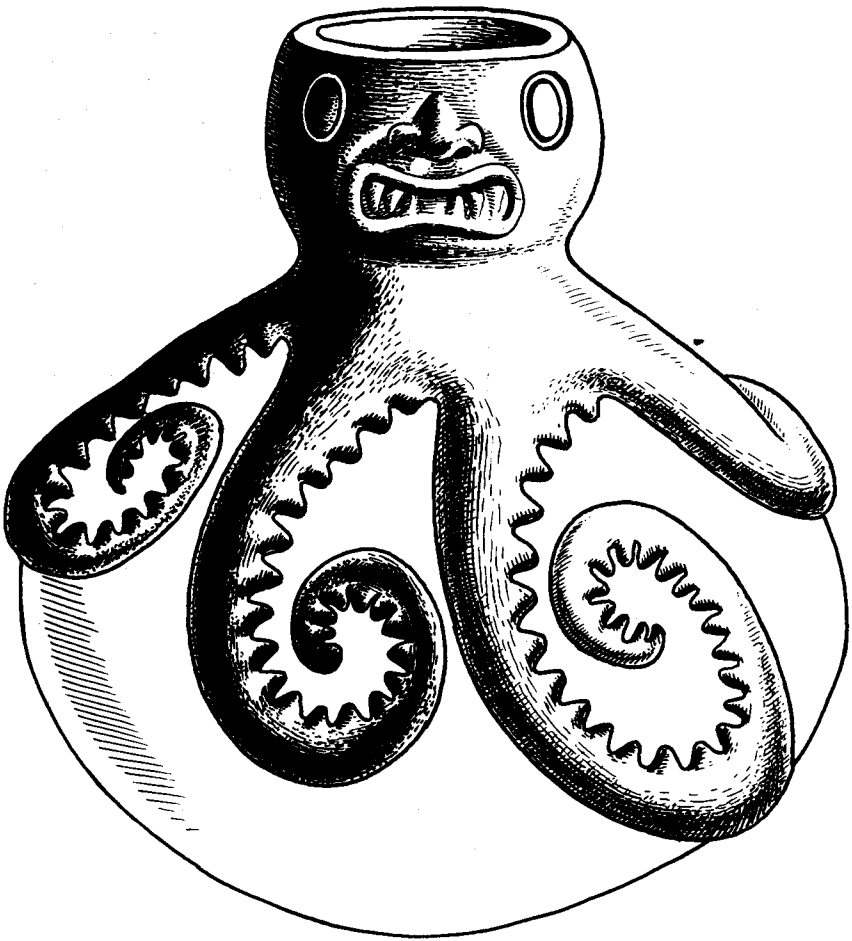
Entablada la batalla entre peruanos y chilenos por la posesión de los valles marítimos centrales del dilatado país, la lucha terminó, no obstante la ferocidad de los nativos, con la victoria de los ejércitos imperiales. Desmayados por la llegada de refuerzos cusqueños “pusieron en huida los araucanos, y el ejército peruano los fue siguiendo y dando alcance y degollando a muchos dellos”.

Más adelante, la resistencia de los bravos araucanos recrudeció y las fuerzas del Inca, tras algunos contrastes locales, resolvieron, para no dilatar excesivamente la línea de abastecimientos ni entorpecer el apoyo de los refuerzos constantemente solicitados, quedarse en la *orilla derecha del río Maule*, “que dista cuarenta leguas de la ciudad de Santiago y valle de *Mapocho* hacia el Mediodía”. El Inca, entonces, como final de la operación, mandó a sus generales que “fortificasen la ribera septentrional del río Maule y que por entonces fuese frontera contra los araucanos y la raya de su imperio...”¹⁵².

HUAINA CAPAC

En el trono entre 1488 y 1525, Huaina Cápac llevó el imperio al pináculo del poderío y nunca fue el Tahuantinsuyo más grande que con él. Pero, con él, también, el imperio que iba desde el Angasmayo, en Colombia, hasta el Maule, o el Bio Bio, en Chile, con un frente marítimo inmenso, de miles de kilómetros, llegaría a su fin. Su descendencia se enfrascó en terribles luchas fratricidas y estando en ellas presencié la llegada de los extranjeros.

Más que de conquista, las guerras de Huaina Cápac fueron de sujeción o mantenimiento. Contra los pueblos alzados fue él, al frente de sus inmensos ejércitos, y selló con la victoria las últimas campañas gloriosas del imperio. Estando en Chile —dice Sarmiento— supo que las provincias del Norte se habían alzado (“*Quito* y *Cayambes* y *Carangues* y *Pastos* y *Guancablicas*”).



Pulpo. (Chimú. Siglo XIV. De Arthur Baessler:
Ancient peruvian art, Nueva York, 1903;
p. 1, fig. 1. Dibujo: Pablo Carrera M.).

Entonces, irritado por la deslealtad de los pueblos sometidos, alistó grandes ejércitos, marchó al Norte, parte por los llanos, parte por la Sierra, e hizo de *Tomebamba*, "donde había nacido", su centro de operaciones¹⁵³.

Riva Agüero corrige esta versión en un detalle: el Inca estaba, cuando le llegó la mala nueva de la sublevación del Norte, no en Chile sino "recorriendo y reparando los monumentos del Titicaca y ordenando la construcción de un palacio incaico en Tiahuanaco"¹⁵⁴.

En la misma "secular metrópoli de Tiahuanaco" —sigue el insigne historiador de los Incas— se efectuó una gran asamblea de curacas para disponer lo conveniente contra los rebeldes que habían asesinado a los gobernadores incaicos. Más tarde, del Cusco, partió una gigantesca expedición, de "doscientos mil hombres de guerra", según contaron los orejones a los castellanos, sin contar los yanacunas y las mujeres de servicio.

Huaina Cápac, al frente de su poderoso ejército, avanzó, primero, por los llanos de la Costa, *a la vista del mar*, deteniéndose en el celeberrimo templo de Pachacámac, donde consultó al ídolo.

Una jornada más y llegó al valle del Rímac, donde permaneció también unos días, dedicado a la meditación ante la inminencia de los graves sucesos que entrañaba la guerra e implorando vaticinios del ídolo en la mezquita de Limatambo.

En Lima, además —destaca Riva Agüero—, el Inca cumplió un acto muy importante pero que no guarda relación cronológica con uno de los episodios principales de la guerra en ciernes. Dice el historiador, basándose en una información del Padre Murúa, que el Inca, con gran rito y solemnidad, "exhumó y despojó una huaca que... era sepulcro de un *antiguo jefe marítimo, venido de la isla de la Puná*"¹⁵⁵. Fue un acto de castigo simbólico contra los rebeldes y traidores indios de aquella isla del golfo de Guayaquil, que habían ahogado en plena mar a los representantes del gobierno imperial, aflojando las cuerdas de las balsas, hasta deshacer éstas, en una travesía hacia el continente, todo lo cual habían hecho con engaños y tramándolo por lo bajo. De la relación de los sucesos de la guerra, apoyada en las mejores fuentes, se deduce, empero, que la *traición de los balseros de la Puná* aún no se había producido al tiempo que el Inca, en marcha hacia el Norte, se hallaba en Lima. Mal podía, por lo tanto, castigar simbólicamente la felonía de los isleños cuando todavía el hecho no se había consumado. Como se verá más adelante, parece que la traición de los balseros se cometió tras la primera visita del emperador a la isla, que fue amigable y a solicitud del reyezuelo.

Así, por los llanos, y después por la cordillera, Huaina Cápac llegó al Norte. "Por Cajamarca —dice Riva Agüero— pasó a

Tomebamba, que ensanchó y embelleció hasta convertirla en segunda ciudad del imperio, la verdadera capital norteña". Ese fue su centro de operaciones, según expresión ya reproducida de Sarmiento, para la guerra que se le avecinaba. El mismo Sarmiento explica que primero hizo la guerra de *Quito y Pasto*, la que fue muy sangrienta y dura, sufriendo el Inca algunos descalabros pero al final se impuso. Cieza, en cambio, trae una variante: salido del Cusco, Huaina Cápac habría avanzado por los llanos de la mar hasta Tumbes, ciudad que contaba, desde la época de Túpac Inca Yupanqui, con grandes bastimentos. Allí —siempre según Cieza—, aprovechando la vieja rivalidad entre los tumbesinos y los isleños de la Puná, le habría sido fácil obtener mano de obra para levantar una poderosa fortaleza, un gran templo para el Sol y otros edificios, entre ellos también un convento para las vírgenes. Cieza deriva de esta ocupación de la ciudad norteña marítima, la guerra de los *huancavilcas* y el *desembarco en la isla de la Puná*¹⁵⁶.

Parece ser, empero, que la guerra se desplazó hacia el Norte, como piensa, tras cuidadosa revisión de las fuentes más puntuales, Riva Agüero, y que la lucha en el país de los huancavilcas y el desembarco en la Puná fueron hechos posteriores.

Aceptando que el avance fue por la Sierra, desde *Tomebamba*, "la vanguardia penetró hasta las tierras de *Pasto*" pero, tras algunos triunfos desaprovechados, la expedición hubo de replegarse, cansada y disminuida. La reacción, sin embargo, no demoró, mas con lucha reñidísima, alternadamente a favor de un bando y otro, especialmente en las cercanías de *Quito*, donde los *cayambis* y los *otavalos* oponían feroz resistencia. El propio Inca estuvo a punto de sucumbir ante los muros de la fortaleza de *Cochasqui*. Después, las indecisiones del mando, lo duro de la campaña, ya agotadora, y los fracasos en algunas acciones, terminaron por desalentar a las mejores divisiones del ejército, produciendo parciales desbandes. Sólo la férrea voluntad del Inca y la aplicación de nuevas tácticas, de gran audacia, salvaron del desastre a la fuerza imperial. Fue entonces que se produjo la cruenta acción de *Yuhuarcocha* ("laguna de sangre"), donde, con "espantosa crueldad" y por "el enojo que le hicieron los naturales de *Carangue* y otros pueblos a él comarcanos", el caudillo, en un raptó de furor y para escarmiento de los insubmisos, mandó degollar, sin clemencia, "a más de veinte mil hombres y echarlos a esta laguna", tiñendo de rojo las aguas por la sangre de las víctimas; "y como los muertos fuesen tantos, parecía algún lago de sangre, por lo cual dieron la significación o nombre ya dicho"¹⁵⁷.

Triunfante, el Inca siguió al Norte y avanzó hasta *Pasto* y allí clavó "estacas cubiertas por planchas de oro" a lo largo

del río Angasmayo, para indicar la frontera Norte de su inmenso imperio¹⁵⁸.

LA BAJADA AL MAR Y LA GUERRA DE LOS HUANCAVILCAS

Después de colocar hitos en el río Angasmayo, el Inca se *dirigió hacia el mar*, bajando por escabrosos caminos a las tierras marítimas, “las calurosas e insalubres comarcas de Temuco, Cayapas, Atacámez y Cojimíes. Las penalidades de dichas jornadas fueron extraordinarias, y muy escaso el fruto...”¹⁵⁹. Luchó el Inca contra los pueblos del litoral, que habitaban en aldeas “que eran a la costa de la mar”, por Coaques. El botín fue unas veces rico, otras menguado. En Coaques, por ejemplo —un poblado junto al mar de unas cuatrocientas casas, según Miguel de Estete, cerca de selvas espesas y cerrados bosques de grandes árboles—, sus fuerzas hicieron “gran suma de despojos ricos y muy ricas esmeraldas y turquesas y gran fuerza de *mollo* muy rico, ques cierta masa hecha de conchas de mar, más estimado entrellos que oro y plata”¹⁶⁰. La región de Puerto Viejo quedó definitivamente sometida, no sin antes tener el Inca que vencer la porfiada resistencia de los naturales y desenmascararlos en sus muchas falsedades y engaños. Al final de la campaña, completamente reducidos a la impotencia, los indios de la región, zalameros, hicieron al Inca valiosos presentes de esmeraldas, oro y otras cosas por las que tenían el mayor aprecio, como las conchas multicolores¹⁶¹.

En seguida, el emperador lanzó sus fuerzas contra los *huancavilcas*, que también se habían alzado y cometido traición en agravio de las autoridades incaicas, matando a los gobernadores. Con nutridas columnas, hábiles en la “flechería”, cayó incontenible “sobre Guayaquil... y toda aquella comarca, y la conquistó y pacificó, dejando recaudo en ella de gente de guarnición”¹⁶². El castigo contra los indóciles y malvados, fue severo: primero, por el crimen de los gobernadores, los mandó diezmar, matando uno de cada diez¹⁶³; y, luego, por la altanería y desobediencia, a todos mandó sacar tres dientes de arriba y tres dientes de abajo, por lo que, desde entonces, se conoció a los huancavilcas con el mote de los *desdentados*, del que hacen explícita mención Cieza¹⁶⁴ y Zárate, éste en los siguientes términos: “Frontero desta isla [la Puná], y en la tierra firme, había unos pueblos que, por cierto enojo que hicieron al señor del Perú, les dio por pena que se sacasen los dientes de la mejilla alta; y así, hasta el día de hoy *hombres y mujeres andan desdentados*”¹⁶⁵.

De esta manera, tras la fatigosa pero enérgica sujeción de los alzados huancavilcas, que por su desfachatez de enfrentar

al Inca quedaron marcados para siempre, toda la tierra ecuatoriana, así la serrana como la occidental o marítima, quedó conquistada de modo definitivo, extendiéndose la dominación, ahora sí de modo pleno, sobre la "gran provincia de Quito... reino que era entonces muy grande y rico..." y las provincias de Guancabíllica, Maricabarica, Rugarupa, Cayán, Pasto y los Cañares... *con más las que están junto a la marina...*¹⁶⁶.

SOMETIMIENTO DE LA ISLA DE LA PUNA

Cuenta Miguel Cabello de Balboa que estando Huaina Cápac algo sosegado después de tantos trajines, en la costa de Puerto Viejo o Manta, justo en el lugar de donde su padre, el gran Túpac Inga Yupanqui, había partido para las lejanas islas de "Hagua Chumbi y Nina Chumbi", llegó a su presencia, muy solícita, una embajada que le enviaba el rey de la *isla de Puná*, la cual lo invitó a pasar a la isla.

El Inca aceptó la invitación y con diez mil hombres pasó a la isla, "donde fue pacífica y regaladamente recibido, y servido y festejado con amor y respeto reverente"¹⁶⁷. Agrega el quiteño Cabello, poco imparcial en muchas cosas, que los días que pasó allí el Inca fueron espléndidos y de colmadas atenciones, "gozando abundantemente de los vicios y regalos" del rey y los pobladores.

Versiones semejantes del paso del Inca a la isla, dan Sarmiento y Murúa. El primero dice que Huaina Cápac, terminada su campaña de Coaques, "recibió mensajeros del... curaca de la isla de la Puná", que le llevaron grandes y valiosos presentes y encargo de invitarlo a visitar la isla para "recibir servicio" en ella¹⁶⁸. Murúa refiere que estando el Inca en el país de los huancavilcas, fue invitado por los indios de la Puná a visitar su isla: "Le llegaron embajadores de parte del señor de la isla de la Puná, y le trujeron presentes de mucha estimación y valor; como fue de esmeraldas finas, de *Mulli* y ropa de algodón muy rica y delgada, y le dixeron que su señor le suplicaba humildemente le recibiese por suyo y aquel don y presente y de la sujeción de la isla como de cosa propia que era, y que *fuese a la isla a vella [a verla] y lo que en ella había...*". Considerada seriamente la invitación, el Inca "acordó hacer lo que le pedía, y recibidos los presentes y habiendo tratado los mensajeros con grande humanidad y cortesía, los despidió enviando con ellos el retorno de otras dádivas para su señor, ansí de oro como plata, ropa de cumbi del Cusco y otras cosas preciosas".

Fueron, según Murúa, dos mil y no diez mil como dice Cabello, los soldados que acompañaron al Inca en su viaje a la isla de la Puná; soldados, sí, escogidos, para atender al señor en cualquier

eventualidad. En la isla, el Inca fue objeto de "un solemnísimos recibimiento" por parte del rey, que dio muestras de "gran contento" por la llegada del regio visitante. El Inca quedó "admirado de ver la fertilidad y deleite de la tierra" y para corresponder a tantos como lisonjeros halagos, "mandó hacer a mano un camino que fuese de la tierra firme allá, porque el trecho es poco"¹⁶⁹.

Ultimamente, Valcárcel ha apoyado esta versión del *paso pacífico de Huaina Cápac a la isla de la Puná*, al acoger la crónica de Alonso Borregán, que dice que el Inca utilizó para la empresa grandes balsas, afianzando el sometimiento de los isleños sin guerra¹⁷⁰.

Así, pues, Cabello de Balboa, Sarmiento y Murúa hablan de invitación cordial al Inca por el régulo lugareño para visitar la isla y pintan un recibimiento afectuosísimo en medio de un marco de fiesta como jamás vieron algo semejante los pobladores de aquella tierra. Cobo, en cambio, describe un cuadro de guerra. Dice: "Bajó el Inca a la costa de la mar", donde halló "muy grandes dificultades" para extender su imperio "a causa de ser la tierra que adelante se seguía muy fragosa y de cerrados bosques, ríos y ciénagas". No obstante, el Inca decidió seguir adelante por aquella parte y "*movió guerra a la isla de la Puná*, cuyo señor se decía *Tumalá*, y a la tierra firme frontera, que es la *provincia de Guayaquil...*". Rotas las hostilidades, se peleó con encarnizamiento. La guerra fue "muy reñida y porfiada", dice el mismo Cobo, pero, al final, se impusieron las fuerzas del Inca, que tomaron la isla y dejaron establecida una guarnición para asegurar su dominio¹⁷¹.

Una posición intermedia entre el cuadro de invitación cordial y el cuadro de guerra adoptan Garcilaso y Cieza. De la versión del primero se hablará más adelante. Cieza cuenta que el Inca, después de sujetar a los huancavilcas, mandó emisarios al señor de la isla, llamado *Tumbalá*, para *exigirle reverencia y contribución*. "Oído por el señor de la isla de la Puná lo que el Inca mandaba, pesóle en gran manera... Mas, al fin, platicando unos con otros de la calamidad presente, y cuán poca era su potencia para repudiar el poder del Inga, hallaron que sería consejo saludable otorgar... amistad, *aunque fuese con fingida paz*"¹⁷².

Así fue. *Tumbalá* hizo llegar invitación al Inca para que pasara a la isla, donde le rendiría homenaje y testimoniaría su adhesión, pero, por lo bajo, pérfidamente, envió emisarios a tierra firme para soliviantar los ánimos de las naciones sojuzgadas con miras a una guerra general contra el cusqueño.

Sin reparar en el plan secreto de *Tumbalá*, por la hábil simulación del canalla, el Inca fue "a la isla de la Puná y en ella fue

honradamente recibido y aposentado en los aposentos reales que para él estaban ordenados y hechos de tiempo breve, en los cuales se congregaban los orejones con los de la isla, mostrando todos una amicitia [amistad sumal simple y no fingida].

Mientras tanto, el plan secreto del reyezuelo había hallado acogida en tierra firme, y así los rebeldes "conjuráronse con los de la isla de Puná para matar a todos los que había en su tierra que entraron con el Inga".

Sea, pues, que el Inca llegara a la isla por la fuerza de las armas, que fuera cordialmente invitado y después se rompieran las relaciones, sea en fin que la "invitación" se obtuviera por la amenaza, lo cierto es que a poco de su arribo, entre festejos ciertos o solapados, se fraguó una conspiración, no contra el Inca, porque éste estaba bien protegido y habría sido temerario atacarlo, sino contra sus agentes: los generales, orejones y gobernadores que le acompañaban y formaban su séquito.

LA TRAICION DE LOS BALSEROS

Las versiones más detalladas las ofrecen Garcilaso y Cieza. Según el primero, Huaina Cápac había llegado a la costa y desde allí exigido el sometimiento del curaca de la isla, llamado *Tumpalla*, hombre soberbio, regalado y vicioso, sanguinario, sin otra religión que la de los leones y los tigres. Consultando a sus consejeros, el reyezuelo había convenido en aceptar la dominación del cusqueño pero sujetándose "con obediencia y amor fingido y dismulado, aguardando tiempo y ocasión para librarse de su imperio cuando pudiesen"¹⁷³.

El Inca fue recibido con gran solemnidad y muestras de simpatía, mas todo era falso.

Después de dictar diversas órdenes de buen gobierno y desterrar las idolatrias denigrantes, el Inca emprendió el viaje de regreso a Tumbes, donde le esperaba la otra parte de su ejército, dejando antes dispuesto que una expedición, al mando de los capitanes de sangre real que quedaban en la isla, se trasladase a tierra firme, donde vivían naciones salvajes en behetrías, para que las "doctrinasen en su vana religión, leyes y costumbres", "mandó a los naturales *llevasen aquellos capitanes por la mar en sus balsas*, hasta la boca de un río donde convenía se desembarcasen para lo que iban a hacer".

Los curacas de Puná y tierra firme, que estaban de acuerdo para matar a la gente del Inca, vieron que la hora de la venganza había llegado.

Mandaron pocas balsas a fin de dividir en dos grupos sucesivos la expedición incaica. Lista la partida, subieron los orejones del primer grupo, todos "mancebos nobles del Cusco", como

dice Cieza. Los balseros prometieron volver de inmediato para recoger el segundo grupo, que debía esperar. Los orejones y capitanes, pinta Garcilaso, "llevaban muchas galas y arreos, como gente que andaba más cerca de la persona real".

Y vino la traición. "Llegando a cierta distancia de la mar, donde los naturales habían determinado ejecutar su traición, desataron y cortaron las sogas con que iban atados los palos de las balsas, y en un punto echaron en el mar los capitanes y toda la gente que iba descuidada".

Con los remos golpearon los traidores a sus víctimas y todas perecieron ahogadas, porque, aunque sabían nadar, con tantos arreos y galas no pudieron salvarse. "Así —dice Cieza—, matando a unos la golpes y ahogando a otros, fueron todos los orejones muertos, sin quedar en las balsas sino algunas mantas, con otras joyas suyas". Después, de los despojos de aquel traidor naufragio hicieron los bárbaros gran pillaje.

Cieza añade: "Hechas estas muertes, los agresores eran mucha la alegría que tenían, y en las mismas balsas se saludaban y hablaban tan alegremente, que pensaban que por la hazaña que habían cometido estaba ya el Inca con todas sus religiones en su poder".

En las pocas balsas que quedaban enteras, regresaron los malvados a la isla para recoger al segundo grupo de la gente del Inca que esperaba ignorando lo ocurrido. La traición se repitió, pereciendo ahogados y golpeados todos los capitanes y orejones del Inca. "Si querían salvar la vida algunos que sabían nadar, eran muertos con crueles y temerosos golpes que les daban". Los que se zambullían huyendo de los balseros, eran alcanzados por éstos y muertos a golpes de remo o ahogados.

Al término del segundo viaje, los traidores festejaron ruidosamente la hazaña, creyendo haber vencido para siempre al Inca. Después, en tierra, los gobernadores y funcionarios imperiales dejados para el gobierno de las tierras recién ganadas, fueron cruelmente asesinados y sus cuerpos, más tarde, rendidos en sacrificio a los ídolos.

Al saber lo acontecido, la indignación del Inca fue tremenda.

"Estas cosas fueron sabidas por el rey *Guaynacapa* —cuenta Cieza—, el cual, como las supo, recibió grande enojo y mostró mucho sentimiento... Luego hizo llamamiento de gente, juntando las reliquias que le habían quedado, y con gran voluntad entendió en castigar a los bárbaros... Y así, fueron muertos con diferentes especies de muertes *muchos millares de indios*, y embalados y ahogados no pocos de los principales..."¹⁷⁴

Con "extraña furia" volvió a la isla —apunta Cobo— haciendo en ella "cruelles castigos" pero pronto vio que nada ganaba con ello y sí mucha enemistad, por lo que "desistió de aquella

conquista y se volvió a la Sierra...”, radicándose en *Tumbamba*, “que es donde está ahora la ciudad de Cuenca, tierra apacible...”¹⁷⁵.

Para asegurar la quietud en la región después de tantas guerras y sucesos tan luctuosos, el Inca, hastiado, desde su tranquilo refugio en las sierras, mandó que Tumbes se erigiese en cabeza de los llanos, con jurisdicción sobre la isla de la Puná y el país de los huancavilcas; desde la fortaleza de piedra, el gobernador vigilaba la obediencia al emperador¹⁷⁶.

Pero, la pérfida traición de los balseiros dejó en el alma del gran monarca una herida abierta que no pudo con el tiempo restañar. Por eso, “mandó que en sus cantares en tiempos tristes y calamitosos se refiriese la maldad que allí se cometió; lo cual, con otras cosas, recitan [los indios] en sus lenguas a manera de endechas”.

EL “PASO DE GUAINACAVA”, UNA OBRA GIGANTE

Siempre le afligió el dolor de aquellos tristes recuerdos y lloró la muerte de sus orejones y capitanes en la traición de los balseiros, pero fue magnánimo, y el rencor no hizo presa de su alma. Así, transcurrido un tiempo, quiso, para beneficio de los pueblos sometidos y beneficio del imperio, dejar en la Puná una obra que hablara, mejor que los recuerdos y los cantos de guerra, de la grandeza de su administración. Pensó en un camino que uniera la isla con la tierra firme, y mandó que se hiciese contra todas las dificultades. Uno de sus capitanes fue el encargado de planear y dirigir la obra, consistente, pues, en un puente entre las dos orillas del río de Guayaquil o, mejor, entre la isla y la orilla próxima del continente, por el lado hoy conocido con el nombre de Canal del Morro, opuesto al más ancho de Jambelí. La idea fue de un puente de *gruesos maderos flotantes*, “tal como se hacen las jangadas”, diría tiempo después el viajero Benzoni, admirador del magno proyecto. Para este trabajo, los constructores al servicio del Inca tenían experiencia porque habían hecho labores semejantes, como *puentes de pontones*, en el río Desagüadero, a la salida de las aguas del legendario lago Titicaca, con óptimos resultados (que los españoles apreciaron, a poco del derrumbe del imperio). El puente en la Puná fue terminado, después de ímprobos esfuerzos, gracias a la colaboración de casi todos los pueblos comarcanos; mas, cuando las gentes del Inca se disponían a pasarlo para evidenciar su bondad, prodújose un grave atentado de los traidores isleños, en la forma de un pérfido y sañudo acto de sabotaje, consistente en la destrucción de las cuerdas y aflojamiento de

Agua marina devorando un pescado en lo alto
de un cerro rocoso. (Mochica. Siglo IV de
nuestra era. De Arthur Baessler,
Ancient peruvian art, Nueva York, 1903;
p. 114, fig. 342. Dibujo: Pablo Carrera M.)



los nudos que ataban los maderos. El puente se deshizo muriendo muchos arrastrados por la correntada del río, que se presentó, para mayor infortunio, fortísima.

Enterado el Inca de esta nueva felonía, salió de su refugio en las sierras, dispuesto a aplicar el más severo castigo a los culpables. Cayó sobre las gentes de la provincia "haciendo... una gran matanza" y después ordenó, aprovechando los brazos de los lugareños, que se construyera un paso para unir ambas orillas con piedras y tierra; pero, la fuerza del río no permitió que la obra prosiguiera más allá de los molones iniciales, y pronto, en una crecida de las aguas, la destruyó, cuando apenas se habían ganado unos veinte pasos. El sitio, sin embargo, para perennizar la magna obra proyectada, quedó con el nombre de *Paso de Guainacava* y se ubica en el río, *cerca de su desemboadura en el mar*¹⁷⁷.

EN LOS LLANOS MARITIMOS

Otras operaciones realizó el invencible Huaina Cápac al tiempo de sus conquistas en el Norte o después de ellas. Alzamientos en Tumbes y Chimú lo requirieron y no demoró en aplastar a los indóciles con toda la violencia de su aguerrida fuerza.

Estando en las sierras fue informado que el régulo de Tumbes, "gente regalada y viciosa", "que usaba el nefando y adoraba tigres y leones, sacrificándoles corazones de hombres y sangre humana"¹⁷⁸, se había sublevado, desconociendo su autoridad. Bajó el Inca pero halló una obstinada resistencia, llegando al extremo de poner en peligro su propia vida por la resolución del enemigo en la lucha; pero, al cabo de un tiempo dominó la fortaleza, que era el reducto de la resistencia, y aplastó a los alzados con "encarnizamiento" ejemplar¹⁷⁹.

En otra ocasión, ya casado con la hija del rey de Quito, bajó a los "llanos, que es la costa de la mar... con deseo de hacer su conquista", y recibió, sin necesidad de demostración de fuerza, la adhesión de los pueblos marítimos de aquella costa, desde Chimú hasta Tumbes, comprendiendo Zaña, Callque, Cintu, Tucmi, Sayanca, Matupe, Puchiu y Sullana¹⁸⁰.

Otra vez supo de la rebelión del *Chimo Cappa*, rebelde contumaz, y "fué sobre él y le venció y mató y mandó que, en pena del delito, ningún indio de los llanos trajese armas..."¹⁸¹.

Recorrió, finalmente, los llanos, *a la vista del mar*, solazándose con la grandeza de su imperio interminable, y aplastando una vez más a los reyezuelos descontentos, redujo "a su obediencia los valles de Chicama, Pacasmayu, Saña, Chiclayo, Lambayeque, Huayanca, Reque, Motupe, Olmos, Catacaos, Colán y otros muchos, hasta Tumbes, los cuales eran poblados..."¹⁸².

Avanzando hacia el Sur a la cabeza de su ejército, por los llanos, "hizo en Chimo y en Guañape, Guarney, Guaura, Lima y en los más valles, lo qué era servido que hiciesen; y como llegase a *Pachacama*, hizo grandes fiestas y muchos bailes y borracheras; y los sacerdotes, con sus mentiras, le decían las maldades que solían, inventadas con su astucia, y aún algunas por boca del mismo demonio...; y Guayna Cápac les dio... más de cien arrobas de oro y mil de plata y otras joyas y *esmeraldas*, con que se adornó más de lo que estaba el templo del Sol y el antiguo de *Pachacama*"¹⁸³. Aquellas esmeraldas procedían del Norte, de las costas siguientes a la tierra manteña, las que dieron al Inca, como dice un historiador, "soberbio botín de esmeraldas, turquesas y madreperlas"¹⁸⁴.

EL OCASO Y LA NOCHE...

Dominador y dueño absoluto, invencible, Huaina Cápac pasó los últimos años de su reinado en las sierras apacibles del Norte, gozando de imperial reposo después de años que no conocieron tregua. Mas, la placentera estada allí no se prolongó mucho porque al cabo de un tiempo le llegaron noticias de "gran tristeza y sentimiento, como que en el Cusco había pestilencia..."¹⁸⁵. Se había desatado una "general e irremediable pestilencia", de la cual habían muerto muchos de sus parientes, grandes señores y generales.

La epidemia se propagó a la tierra donde el augusto monarca estaba, y le hizo presa. Que el Inca contrajera la enfermedad de la que tantos estaban muriendo, fue, en esos momentos, la peor desgracia. A la postre, Huaina Cápac moriría, por ese flagelo, de terribles calenturas¹⁸⁶.

ATAHUALPA Y EL COMBATE NAVAL DE PUNA

Estallada la guerra intestina a raíz de la sucesión al trono de Huaina Cápac, Atahualpa, quiteño, quiso dominar (según se vio en el capítulo duodécimo) la isla de la Puná, que en tantas ocasiones hemos visto figurar en este capítulo, y lanzó sus fuerzas contra ella. Puná estaba gobernada por un hombre de la entera confianza de Huáscar, el Inca legítimo. Ante la amenaza, "armó a todos los isleños y una gran flota de balsas", y salió al encuentro de las fuerzas del Norte, que eran subidísimas de número y con muchas balsas también para pasar a la isla, mas no tan diestras en la *guerra naval* como las suyas. Este fue un gigantesco combate naval, en el que se trabaron en lucha miles de hombres desde incontables balsas —"la más grande batalla naval de los

tiempos prehistóricos”, al decir de un escritor ecuatoriano¹⁸⁷—. Los balseros de la Puná, al final impusieron condiciones y rechazaron la invasión. Atahualpa parece que salió mal herido en un muslo y convino con sus generales dar la orden de retirada. De allí siguió a Cajamarca, “a curar y a juntar su gente para ir al Cusco, donde su hermano Guaxcar estaba con gran ejército”. Mientras tanto, el régulo de la Puná, victorioso, “cuando supo su marca, fue a Tumbes y lo saqueó”. Allí, tras la retirada del Inca impostor, tomó seiscientos prisioneros, los que fueron encontrados por Pizarro en la isla y posteriormente liberados¹⁸⁸.

Por un tiempo más, después de ese combate naval de Puná, se mantuvo el contacto del imperio con el mar, a través principalmente de Tumbes. Gran centro comercial, de allí salieron, hasta promediar la primera mitad del siglo XVI, las grandes balsas de mercaderes, portadoras de los tejidos finos y los objetos acabados de oro y plata que pudieron ver Bartolomé Ruiz y sus hombres en el famoso encuentro frente a Salango, al Sur de la equinoccial.

NOTAS AL CAPITULO

1. TELLO, Julio C. ... *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*. Lima, 1942; p. 51 y sgte.
2. LUMBRERAS, Luis Guillermo... *De los pueblos, las culturas y las artes del Antiguo Perú*. Lima, 1969; p. 234.
3. LUMBRERAS, *De los pueblos, las culturas...*; p. 236.
4. LUMBRERAS, *De los pueblos, las culturas...*; p. 250.
5. LUMBRERAS, *De los pueblos, las culturas...*; p. 251.
6. LUMBRERAS, *De los pueblos, las culturas...*; p. 255.
7. RIVA AGÜERO, José de la... *La Historia en el Perú* (1910). Madrid, 1952 (ed. póstuma); pp. 45-47, 52 y sgte.
8. GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales* (1609). Primera Parte. Libro I, capítulos IX, XII y XIV.
9. BAUDIN, Louis... *El imperio socialista de los Incas*. Santiago, 1943; p. 372.
10. BAUDIN, *El imperio socialista de los Incas*; p. 381.
11. ACOSTA, Joseph de... *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590). México, 1962. Libro sexto, cap. XV, p. 299.
12. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Crónica del Perú* (1553). México, Col. Atenea. Cap. XXXVIII, p. 262.
13. Colonias de *mitimae* o grupos de rebeldes desarraigados y reubicados en medio de pueblos dóciles para su control y sojuzgamiento. En su glosario de voces indígenas, Valcárcel explica: *mitimae*, "individuo que con su familia y grupo era trasladado de un sitio a otro de clima igual con fines de colonización"; *mitmac*, "colonizador, emigrante, advenedizo". (*Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; p. 591).
14. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. XXXVIII, p. 264.
15. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LXI, p. 347.
16. KRICKEBERG, Walter... *Etnología de América* (1939). México, 1946; p. 384.
17. VALCARCEL, Luis E. ... *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima, 1959; p. 119.
18. MURRAY, John V. ... *La función del tejido en varios contextos sociales en el Estado Inca*. "Actas y trabajos del Segundo Congreso Nacional de Historia del Perú. Epoca Prehispánica" (1958). Lima, 1962. Tomo II; pp. 215-240.
19. MASON, J. Alden... *Las antiguas culturas del Perú*. México, 1962; p. 121.
20. VALCARCEL, Luis E. ... *Etnohistoria del Perú antiguo*. Lima, 1964; p. 108.
21. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antiguo* (1964); p. 109.
22. MARKHAM, Clemente R. ... *Los Incas del Perú*. Lima, 1920; p. 149.
23. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 159.
24. VALCARCEL, *Etnohistoria del Perú antiguo* (1959); p. 117.
25. CALVETE DE ESTRELLA, Juan Cristóbal... *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de don Pedro Gasca* (1567). Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro II, cap. IV, p. 303.
26. COBO, Bernabé... *Historia del Nuevo Mundo* (1653). Madrid, 1964, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro XII, cap. XXII, p. 107.
27. GERBI, Antonello... *Caminos del Perú*. Lima, s/f. (aprox. 1952); p. 22.
28. REGAL, Alberto... *Los caminos del Inca en el Antiguo Perú*. Lima, 1936.
29. Esto lo escribe Antonio VAZQUEZ DE ESPINOSA en 1628, casi a un siglo de la llegada de los conquistadores, para su *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Washington, 1948. Segunda Parte. Libro IV, cap. II; párrafo 1148.
30. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. XXXI, p. 126 y sgte.
31. GERBI, *Caminos del Perú*; p. 21.
32. GERBI, *Caminos del Perú*; p. 20.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

33. HAGEN, Victor W. von ... *Culturas preincaicas*. Madrid, 1966; p. 146.
34. No menos de cuarenta millas, según Eugenio Savoy, "desde el mar", con "diez pies de altura y hasta quince de espesor". "Sigue la cresta de las estribaciones bajas de los Andes...; cruza y vuelve a cruzar lechos de ríos secos" (HAGEN, *Culturas preincaicas*; p. 146).
35. TELLO, Julio C. ... *La gran muralla del Norte del Perú*. "El Comercio". Lima, 11 de octubre 1938; pp. 2 y 3.
36. VALCARCEL, Luis E. ... *Vida y arte en la región chimú*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1941. Tomo X. N° 2; p. 185.
37. UHLE, Max... *La esfera de influencia del país de los Incas*. "Revista Histórica". Lima, 1909. Tomo IV; p. 6.
38. UHLE, *La esfera de influencia...*; p. 21.
39. ESTRADA, Emilio... *Los Huancavilcas*. Guayaquil, 1957; p. 20.
40. UHLE, *La esfera de influencia...*
41. ESTRADA, Emilio... *Correlaciones entre la arqueología de la costa del Ecuador y el Perú*. "Humanitas". Quito, 1962. Vol. II. N° 2; p. 33.
42. ESTRADA, Emilio... *Arqueología de Manabí central*. Guayaquil, 1962; p. 8.
43. SANCHEZ, Luis Alberto... *La literatura peruana*. Lima, 1965. Tomo I; p. 39.
44. SANCHEZ, *La literatura peruana*. Tomo I; p. 104.
45. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. VIII, p. 72.
46. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Lima, 1941-1946, Col. de Historiadores Clásicos del Perú (H.H. Urteaga). Tomo I. Libro II, cap. XI, p. 141.
47. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I. Libro III, cap. XIII, p. 250 y sgte.
48. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro IV, cap. LXXXIV, p. 532; párrafo 1545.
49. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...*
50. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I. Libro III, cap. XVIII, p. 274.
51. SANTILLAN, Fernando de... *Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas* (1563 según Porrás y 1672 según Jiménez de la Espada). Lima, 1927. Col. Urteaga-Romero, Segunda Serie. Tomo IX (reproducción de la edición de Marcos Jiménez de la Espada, "Tres relaciones de antigüedades peruanas". Madrid, 1879). Cap. V, p. 15.
52. SANTILLAN, *Relación...*
53. VALCARCEL, Luis E. ... *Historia del Perú Antiguo*. Buenos Aires, 1964. Tomo III; p. 20 y sgte.
54. RIVA AGÜERO, José de la... *Historia del Perú*. Lima, 1953 (recopilación y ed. póstumas). Tomo I; p. 144.
55. RIVA AGÜERO, José de la... *El Perú histórico y artístico* (1921). "Obras completas". Lima, 1966. Tomo V; p. 89 y sgte.
56. RIVA AGÜERO, *Historia del Perú*. Tomo I; p. 145.
57. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo I. Libro IV, cap. XX, p. 358.
58. RIVA AGÜERO, *Historia del Perú*. Tomo I; p. 145.
59. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; p. 25.
60. Edición de Marcos Jiménez de la Espada. Madrid, 1882.
61. RIVA AGÜERO, *Historia del Perú*. Tomo I; p. 158.
62. RIVA AGÜERO, *Historia del Perú*. Tomo I; p. 160.
63. PORRAS BARRENECHEA, Raúl... *Cronistas del Perú*. Lima, 1962 (ed. póstuma); p. 390.
64. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Libro V, cap. XXIX.
65. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II. Libro V, cap. XXV, p. 87.
66. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; p. 31.
67. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II. Libro V, cap. XXIV, p. 83.
68. MURUA, Martín de... *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú* (1590). Lima, 1946. Col. Loayza. Cap. XI, p. 15.
69. RIVA AGÜERO, *Historia del Perú*. Tomo I; p. 163.
70. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. XLIV, p. 289.
71. TROLL, Carlos... *Las culturas superiores andinas y el medio geográfico*. "Revista del Instituto de Geografía" (Universidad Nacional Mayor de San Marcos). Lima, 1958. N° 5; p. 9.

NOTAS AL CAPITULO

72. "El general Cápac Yupanqui, hermano del rey Pachacútec", quien llevó a la guerra consigo al príncipe (hijo de Pachacútec) "Inga Yupanqui, su sobrino" (VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro IV, cap. LXXXV, p. 536, párrafo 1557 y sgte.). Cápac Yupanqui, como se verá más adelante, fue sustituido por el príncipe Inca Yupanqui (después en la conducción de la guerra contra el Gran Chimú, retirándose, según Garcilaso, colmado de honores y poderes políticos. *Comentarios Reales*, Libro VI, cap. XXXII); pero, según Sarmiento, el vencedor de Guzmango Cápac, "gran cinche" de Cajamarca, y de los *chinchas* y *guarcos*, invencible general de Huaitará a Yauyos, fue mandado matar por Pachacútec, por envidia y recelo. Del fratricidio no hay mayor cuenta (*Historia de los Incas*. Buenos Aires, 1947; p. 95).
73. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 153.
74. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. XIII, p. 80 y sgte.
75. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Historia de los Incas* ("Segunda Parte de la Historia General llamada Indica") (1572). Buenos Aires, 1947; p. 195.
76. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. XIII, p. 80.
77. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II. Libro VI, cap. XVII, p. 162.
78. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II. Libro VI, cap. XIX, p. 168.
79. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. XIII, p. 81.
80. Pachacútec "conquistó los valles de Ica y Pisco, el gran valle de Chíncha de gente muy belicosa... Lunahuaná y el gran valle de Guarco, que era donde está la villa de Cañete... duró la conquista cuatro años..." (VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro IV, cap. LXXXV, p. 536; párrafo 1558).
81. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II. Libro VI, cap. XXIX, p. 207.
82. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II. Libro VI, cap. XXIX, p. 204.
83. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Libro VI, cap. XXXI.
84. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. XIII, p. 81.
85. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo II. Libro VI, cap. XXXIII, p. 224.
86. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; pp. 43-45.
87. CALANCHA, Antonio de la... *Corónica Moralizada del Orden de San Agustín*. Barcelona, 1639. Libro III, cap. II, p. 550.
88. LEVILLIER, Roberto... *Los Incas*. Buenos Aires, 1956; p. 18.
89. CABELLO DE BALBOA, Miguel... *Miscelánea Antártica* (1586). Buenos Aires, 1951; p. 319.
90. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro III, cap. II, p. 550.
91. CARRERA, Fernando de la... *Arte de la lengua yunga* (1664). Lima, 1880; p. 9.
92. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. XIII, p. 81.
93. Libro XII, cap. XIV, p. 83.
94. PORRAS BARRENECHEA, *Cronistas del Perú*; p. 390.
95. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*; p. 322.
96. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. XIV, p. 83.
97. RIVA AGÜERO, *Historia del Perú*. Tomo I; p. 170.
98. RIVA AGÜERO, *Historia del Perú*. Tomo I; p. 170.
99. MONTESINOS, Fernando de... *Memorias antiguas, historiales y políticas del Perú* (siglo XVII). Madrid, 1882; p. 147.
100. Huancabilcas o huancavilcas.
101. SARMIENTO, *Historia de los Incas*. Cap. XLVI; p. 214.
102. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 157.
103. ESTRADA, *Los Huancavilcas*; p. 20.
104. MEANS, Philip Ainsworth... *Ancient civilization of the Andes*. Nueva York-Londres, 1931; p. 270.
105. PERICOT Y GARCÍA, Luis... *América indígena*. Barcelona, 1962; p. 959.
106. ESTRADA, *Arqueología de Manabí central*; p. 87.
107. ESTRADA, *Los Huancavilcas*; p. 39.
108. MONTESINOS, *Memorias antiguas...*; p. 148.
109. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 158.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

110. SARMIENTO, *Historia de los Incas*, Cap. XLVI.
111. MONTESINOS, *Memorias antiguas...*; Cap. XXV, p. 148.
112. Muy fértil, exuberante.
113. FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias* (1535). Madrid, 1851-1855. Vol. IV. Libro XLVI, cap. XVII, p. 222.
114. ZARATE, Agustín de... *Historia del descubrimiento y conquista de la Provincia del Perú* (1555) México, Col. Atenea. Libro primero, cap. VI, p. 521.
115. JUAN, Jorge... y ULLOA, Antonio de.. *Relación histórica del viaje a la América Meridional*. Madrid, 1748. Tomo I. Primera Parte. Libro cuarto, cap. VIII, p. 246.
116. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia general de las Indias* (1552). Barcelona, 1965. Tomo I. Primera Parte; p. 199.
117. ZARATE, *Historia del descubrimiento...* Libro primero, cap. VI, p. 521.
118. HERRERA, Antonio de... *Décadas o Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano* (1601). 1728. Tomo II. Década cuarta. Libro segundo, cap. VIII, p. 37.
119. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general...* Tomo I. Primera Parte; p. 199.
120. RIVA AGÜERO, *Historia del Perú*. Tomo I; p. 182.
121. URTEAGA, Horacio H. ... *El arte de navegar entre los antiguos peruanos*. "Bocetos históricos". Segunda Serie. Lima, 1919; p. 100.
122. ESTRADA, *Arqueología de Manabí central*; p. 79.
123. ESTRADA, *Los Huancavilcas*; p. 29.
124. MONTESINOS, *Memorias antiguas...*; p. 148.
125. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 158.
126. MONTESINOS, *Memorias antiguas...*; p. 149.
127. MONTESINOS, *Memorias antiguas...* Cap. XXV.
128. PIZARRO, Pedro... *Relación del descubrimiento y conquista de los Reinos del Perú* (1571). Madrid, 1965, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Tomo CLXVIII; p. 172.
129. MONTESINOS, *Memorias antiguas...*; Cap. XXV, p. 149.
130. MONTESINOS, *Memorias antiguas...*; p. 151.
131. MONTESINOS, *Memorias antiguas...*; Cap. XXVI, p. 152.
132. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 158.
133. RIVA AGÜERO, *Historia del Perú*. Tomo I; p. 170.
134. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. XLVII, p. 303.
135. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*; p. 322.
136. Primera visión del mar abierto después de las largas y fatigosas campañas reseñadas, que le ocuparon no pocos años.
137. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*; p. 322.
138. MONTESINOS, *Memorias antiguas...* Cap. XXVI, p. 152.
139. CIEZA, *La Crónica del Perú*, Cap. XLVII, p. 304.
140. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; p. 57.
141. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*. Parte tercera, cap. XVI, p. 320.
142. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 158.
143. VAZQUEZ DE ESPINOSA, *Compendio y descripción...* Libro IV, cap. LXXXVII, p. 541; párrafos 1570 y 1571.
144. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. XIV, p. 83.
145. MASON, *Las antiguas culturas del Perú*; p. 125.
146. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; p. 50.
147. RIVA AGÜERO, *Historia del Perú*. Tomo I; p. 169.
148. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; p. 51.
149. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. XV, p. 87 y sgte.
150. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Quinquenarios o Historia de las Guerras Civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias* (siglo XVI). Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro III, cap. L, p. 213.
151. MURUA, *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú*. Col. Loayza. Libro cuarto, cap. X, p. 200.

NOTAS AL CAPITULO

152. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. XIV, p. 85 y sgte.
153. SARMIENTO, *Historia de los Incas*; p. 242.
154. RIVA AGÜERO, *Historia del Perú*. Tomo I; p. 182.
155. RIVA AGÜERO, *Historia del Perú*. Tomo I; p. 182.
156. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LIII, p. 318.
157. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. XXXVI, p. 261.
158. Dice Cieza: "En estas regiones de los pastos hay otro río algo grande, que se llama *Angasmayo*, que es hasta donde llegó el rey *Guaynacapa*, hijo del gran capitán *Topainga Yupangue*...". (*La Crónica del Perú*. Cap. XXXIV, p. 250).
159. RIVA AGÜERO, *Historia del Perú*. Tomo I; p. 184.
160. SARMIENTO, *Historia de los Incas*; p. 250.
161. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. XLVIII, p. 304.
162. QUIPOCAMAYOS a VACA DE CASTRO, *Discurso sobre la descendencia y gobierno de los Incas* (1608). Lima, Col. Urteaga-Romero. Segunda Serie. Tomo III; p. 21.
163. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; p. 72.
164. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. XLVII, p. 302.
165. ZARATE, *Historia del descubrimiento*... Libro primero, cap. VI, p. 522.
166. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. L, p. 215. También: Diego FERNANDEZ, el Palentino, *Historia del Perú* (1571). Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Tomo CLXV. Segunda Parte, Libro tercero, cap. V, p. 82.
167. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*. Parte tercera, cap. XXIV, p. 393.
168. SARMIENTO, *Historia de los Incas*. Cap. LXII, p. 250.
169. MURUA, Martín de... *Historia general del Perú, origen y descendencia de los Incas* (1590). Madrid, 1962 (M. Ballesteros). Libro I, cap. XXXVII, p. 103.
170. VALCARCEL, *Historia del Perú Antiguo*. Tomo III; p. 134.
171. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. XVII, p. 92.
172. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LIII, p. 321.
173. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo III. Libro IX, cap. IV, p. 115.
174. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LIII, p. 324.
175. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XII, cap. XVII, p. 92.
176. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo III. Libro IX, cap. VI, p. 120.
177. BENZONI, Jerónimo... *La historia del Nuevo Mundo* (1565). Lima, 1967, Libro tercero; p. 57.
178. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo III. Libro IX, cap. II, p. 109.
179. SARMIENTO, *Historia de los Incas*; p. 243.
180. GARCILASO, *Comentarios Reales*. Tomo III. Libro IX, cap. II, p. 109.
181. ZARATE, *Historia del descubrimiento*... Libro primero, cap. XI, p. 542.
182. VASQUEZ DE ESPINOZA, *Compendio y descripción*... Libro IV, cap. LXXXIX; párrafo 1574.
183. CIEZA DE LEON, Pedro... *El Señorío de los Incas* (mediados del siglo XVII). Madrid, 1880. Cap. LXI, p. 251.
184. MASON, *Las antiguas culturas del Perú*; p. 125.
185. MURUA, *Historia general del Perú*... Madrid, 1962. Libro I, cap. XXXVII, p. 103.
186. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*. Parte tercera, cap. XXIV, p. 393.
187. ESTRADA, *Los Huancavilcas*; p. 47.
188. LOPEZ DE GOMARA, *Historia general*... Tomo I. Primera Parte; p. 199.

Capítulo XVI

LA EXPEDICION DE TUPAC INCA YUPANQUI

Al llegar los españoles al Perú escucharon de los indios, tanto de la Sierra como de la Costa, reiteradas versiones sobre la existencia de islas a Poniente. Estas versiones fueron recogidas por varios cronistas y de ellas se dará cuenta más adelante, en este capítulo. Decían, casi sin mayor variante, que existían grupos insulares en la lejanía y que de ellos, en otro tiempo, antes de ser espantados por los blancos recién llegados, arribaban periódicamente a la costa de Perú, en sus barcas, mercaderes portando ricas mercaderías, que cambiaban por los productos de acá.

Por lo que parece, con el establecimiento de los españoles en el Perú, estos viajes quedaron definitivamente cortados y de los mercaderes no se tuvo ninguna otra noticia. Quedaron en el misterio, envueltos por el ropaje de la leyenda.

Con los descubrimientos geográficos realizados en la segunda mitad del siglo XVI, y que continuaron en la centuria siguiente, quedó en evidencia que las mentadas islas a Poniente, a distancia que habría hécho posible el *comercio regular y frecuente*, eran pura fábula¹. La versión se convirtió en cuento; pero, para las mentes afiebradas de los capitanes y soldados de la Conquista —bruscamente frenadas por los programas ordenadores de la Pacificación de La Gasca—, el cuento tuvo por mucho tiempo decisiva fuerza convincente, la bastante, por lo menos, para, por un lado, mantenerse en la tradición con todo su inicial vigor, y, por otro, lanzar, andando los años, a más de un osado por las peligrosas rutas de la aventura marina, en busca justamente de las *islas perdidas de Poniente*, las de los mercaderes de otro tiempo.

Pero, de todas las versiones que ha recogido la posteridad, ninguna supera en fuerza dramática, en magnitud y proyecciones, y ninguna tiene mejores puntos de apoyo históricos y ninguna, por fin, ha atraído tanto la atención de los investigadores de todas las épocas y de todos los países, que la que refiere, con algún lujo de detalle aunque al propio tiempo con la vaguedad necesaria para rodear los hechos de una impenetrable envoltura de misterio, el viaje del gran conquistador Túpac Inca Yupanqui a dos islas situadas muy lejos, de las que de vez en cuando —dice la versión— llegaban comerciantes con sus cosas para mercar; tan lejos situadas que en el viaje de ida y vuelta echó el famoso guerrero nueve meses.

Dos cronistas, serios y fidedignos, entre los mejores por la calidad de sus contribuciones, independientemente uno del otro, sin contacto, y escuchando de añadidura fuentes distintas, separadas cientos de kilómetros, han contado el fantástico viaje. Son Pedro Sarmiento de Gamboa y el Padre Miguel Cabello de Balboa.

LA VERSION DE SARMIENTO

En su *Historia de los Incas* ("Segunda Parte de la Historia General llamada Indica"), de 1572, escrita en el Cusco por orden del virrey D. Francisco de Toledo y que está reconocida como un texto básico para la historia de los señores del Cusco y sus conquistas, Sarmiento hace el siguiente relato:

Siendo todavía príncipe y gobernando en el Cusco su padre, el magnífico pero ya viejo Pachacútec, quiso culminar Túpac Yupanqui su victoriosa campaña contra los *guancablicas* y otros pueblos de las costas de Guayaquil, extendiendo sus operaciones de guerra a Tumbes, isla de la Puná y costas de Manta; y estando allí, tuvo noticia, por unos "mercaderes que habían venido por la mar de hacia el Poniente en balsas, navegando a la vela", de la existencia de "unas islas llamadas, una *Auachumbi* y otra, *Niñachumbi*, adonde había mucha gente y oro"².

Antes de lanzarse a la azarosa aventura, "Topa Inca Yupanqui" consultó con un "hombre que traía consigo en las conquistas, llamado *Antarqui*... que era un gran nigromántico, tanto que volaba por los aires", gracias a sus extraños poderes. Consultado, *Antarqui* respondió que lo que decían los *mercaderes marinos* era verdad y atestiguó su dicho mediante un viaje previo a aquella remota tierra de Poniente por sus artes milagrosas.

Pleno de certidumbre, el príncipe "hizo una numerosísima cantidad de balsas" y reunió "20,000 soldados escogidos", llevando consigo por capitanes, del grupo de los *Hanancuzco*, a *Guamán Achachi*, *Conde Yupanqui* y *Quigual Topa*, y del grupo

de los *Hurincuzco*, a *Yancan Maita*, *Quizo Maita*, *Cachimapaca Macus Yupangui* y *Llimpita Usca Maita*. Nombró, finalmente, General de toda la armada a su hermano *Tilca Yupangui*, mientras que los de tierra quedaron a las órdenes de *Apo Yupangui*.

Partió la flota de balsas con sus veinte mil hombres de guerra y por mucho tiempo se deslizó suavemente sobre la tersa superficie de las aguas. Le tocó, también, cabalgar sobre los tumbos en los días de mar movida. De las peripecias de la navegación propiamente dicha, nada dice el relato de Sarmiento.

Después de una larga travesía, Topa Inga Yupangui llegó a las mencionadas islas, de las que "trajo gente negra y mucho oro y una silla de latón y un pellejo y quijadas de caballo".

La navegación había durado "más de nueve meses —otros dicen un año—" y los trofeos fueron llevados al Cusco, guardándose "hasta el tiempo de los españoles" en la fortaleza de dicha ciudad, Sacsahuamán.

Sarmiento, a continuación, da otros detalles relacionados con el viaje. Dice que el pellejo y la quijada de caballo estuvieron por mucho tiempo en poder de un indio principal del Cusco, el cual confirmó a los españoles la posesión, en custodia, de las reliquias. Se llamaba este indio *Urco Guaranga*, y era anciano en 1572, o sea, en el año en que fechó su obra el cronista. Su nombre aparece en un protocolo de 1º de marzo de 1572, publicado por Marcos Jiménez de la Espada. Su nombre completo era *Hernando Urco Guaranga*.

Sarmiento, con el recuerdo de su triste participación en el viaje de 1569 de Alvaro de Mendaña al que se hace alusión en la nota N° 1, al final de este capítulo —viaje durante el cual fue objeto de burlas y vejámenes, resultando disminuido en sus funciones no obstante los pactos anteriores a la partida del Callao—, intercala en el breve relato de la extraña expedición de Túpac Inca Yupanqui el siguiente párrafo (de los que se escriben para sacarse una espina): "Estas son las islas que yo, el año de sesenta y siete [1567], a treinta de noviembre, descubrí en el Mar del Sur, doscientas y tantas leguas de Lima, al Poniente de Lima, yendo al gran descubrimientos de que yo di noticia al Gobernador y Licenciado Castro. Y no las quiso tomar Alvaro de Mendaña, General de la armada"³.

Después de la expedición, Topa Inga Yupanqui fue al Cusco a entregar sus trofeos de seis años de campañas militares a su padre, el emperador Pachacútec, pero éste —dice Sarmiento— se mostró receloso por la fama ganada por su hijo, llegando al extremo inaudito de mandar matar a dos de los acompañantes de Topa Inga.

LA VERSION DE CABELLO DE BALBOA

De fuente distinta, el P. Miguel Cabello de Balboa, autor de *Miscelánea Austral* (1586), recogió sobre el mismo viaje que nos cuenta Sarmiento la siguiente versión:

Habiendo llegado Topa Inga Yupanguí a la *costa de Manta*, donde buenos puertos en la mar le permitían hacer navegaciones, *mandó reunir las balsas de todos los pueblos ribereños*. Una vez que tuvo a su disposición el número requerido para el transporte de la gente que pensaba llevar, y conseguido, igualmente, el concurso de los mejores pilotos de aquella región, los "de más experiencia que pudo hallar", "se metió en la mar con el mismo brío y ánimo que si desde su nacimiento hubiera experimentado sus fortunas y truecos".

(Este primer dato novedoso, no consignado por Sarmiento, de la participación de los pilotos hábiles de la costa de Manta, los de "más experiencia", hace pensar que la ruta que quería seguir el príncipe por consejo de los mercaderes era conocida de aquellos balseiros, por frecuentarla ellos en sus periódicas travesías; y si tal fue, hay que descartar la pretensa ubicación de la meta en los lejanos grupos de la Polinesia. En este razonamiento se apoyan quienes prefieren ver las islas de la expedición, no al Oeste sino cercanas a tierra firme. Sin embargo, agrega el cronista):

"De este viaje, [Topa Inga Yupanguí] se alejó de tierra más [de lo] que se puede fácilmente creer, mas cierto afirman los que sus cosas de este valeroso Inga cuentan, que de este camino se detuvo por la mar duración y espacio de *un año* y dicen más que descubrió ciertas islas a quien llamaron *Hagua Chumbi* y *Nina Chumbi*. Qué islas estas sean en el Mar del Sur (en cuya costa el Inga se embarcó), no lo osaré determinadamente afirmar, ni qué tierra sea la que pueda presumirse ser hallada en esta navegación".

El botín que describe Cabello es exactamente el mismo del relato de Sarmiento, lo que sorprende si se recuerda que los dos cronistas tuvieron distintas fuentes de información. Dice Cabello: "Las relaciones que de este viaje nos dan los antiguos, son que trujo de allá indios prisioneros de *color negra*, y mucho oro y plata, y más una silla de latón, y cuero de animales como caballos, y de parte donde se puedan traer tales cosas, de todo punto se ignora en este Pirú y en el mar que lo va prolongando".

Firme partidario de la leyenda de las islas y creyente sincero, aunque impreciso (por desconocimiento geográfico), de *Hagua Chumbi* y *Nina Chumbi*, Cabello respalda su versión del viaje de Túpac Inca Yupanqui, por si alguien se atreviera a dudar

LA EXPEDICION DE TUPAC INCA YUPANQUI

de ella, con cuatro relatos no menos apasionantes pero igualmente vagos sobre extrañas navegaciones de capitanes extrañados, tocando en misteriosas islas ubicadas frente a la costa del Perú, no lejos. Quiere demostrar que la existencia de islas frente al Perú, de donde antes llegaban mercaderes, no es una quimera de navegantes ilusos, no un sueño tentador ni un cuento surgido de las viejas tradiciones de incas y costeños, sino una realidad confirmada por los más hábiles marinos, de la que sólo falta un conocimiento exacto para que la geografía y los mapas la acepten.

Sea como fuere —y Cabello se mantiene en su línea y retoma el hilo de la expedición del gran conquistador imperial—, “Topa Inga Yupangui [regresó] pujante y vencedor, y como tal volvió a proseguir su camino para su deseada tierra...”, siguiendo la ruta de la Sierra, mientras sus generales parientes, hombres todos de alcurnia, tomaban el camino de los llanos, por el reino de Chimú Cápac.

De pocos años después de la *Miscelánea Austral*, es la *Historia General del Perú*, de Fray Martín de Murúa, cuyo texto verdadero, completo, recién se ha publicado hace unos años, en Madrid. Allí aparece la misma versión de las mentadas islas *Hahua Chumbi* y *Nina Chumbi*, de las balsas del Inca y del botín traído para contento del emperador residente en el Cusco y muestra de su poder. Dice, sin agregar nada nuevo pero reafirmando conceptos: Tupa Inga Yupanqui, en campaña del Cusco a Quito, llegó a la Costa. “En esta ocasión dicen algunos indios antiguos que se embarcó en la mar en unas balsas en la isla de Puná y fue a Manta, y desde allí anduvo un año por la mar y llegó a las islas llamadas *Hahua Chumpi* y *Nina Chumpi* y las conquistó, y de allí truxo, para ostentación de su triunfo, una *gente como negros* y grandísima cantidad de oro y una silla de latón. Truxo cueros de caballo y cabezas y huesos, todo para mostrallo acá, que fue costumbre antigua entre estos incas traer de todas las cosas vistosas y que podían causar admiración y espanto al Cusco, para que las viesen y engrandeciesen sus hazañas y para memoria de las cosas que habían en las demás provincias apartadas. Todos estos trofeos se entiende quemaron Quesques y Chalco Chuma, capitanes de Atahualpa, cuando tomaron el Cusco... y allí quemaron el cuerpo de este Tupa Ynga Yupanqui, porque no se halló memoria de todas estas cosas quando vinieron los españoles... Otros dicen que esta conquista de estas tierras y islas la hizo Tupa Ynga Yupanqui *en vida de su padre* Inga Yupanqui (por otro nombre Pachacuti Inga) quando fue a Quito y lo conquistó con sus hermanos...”⁵.

EL VIAJE FUE UN HECHO

Tras exponer las versiones prístinas del gran viaje, el primer problema que se plantea es el de su *realidad histórica*. Algunos historiadores han dudado al respecto, muy pocos han dicho que es un cuento fabuloso y la gran mayoría se inclina por declarar la aventura en el mar de Túpac Inca Yupanqui como un *hecho histórico*.

En el siglo pasado, Sebastián Lorente, no bien informado en este episodio de la historia de los Incas, se mostró desafecto a su incorporación a la trama de los hechos verosímiles. Dejó dicho con claro tono dubitativo: "Balboa refiere una larga navegación hecha por Túpac Yupanqui a islas desconocidas antes de retirarse al Cusco; pero, ese viaje, de que ningún cronista da cuenta, no se concilia con haber dejado impunes a los huancauilcas, cuyo castigo no habría diferido si hubiera bajado a la costa de Guayaquil para embarcarse, según se supone, en una gran flota con victoriosa hueste. Lo más probable es que el padre de Huaina Cápac, abandonados los cuidados de la guerra a su hijo, pasó sus últimos días, que no fueron muchos, embelleciendo la corte imperial con obras monumentales..."⁶.

Los argumentos de Lorente son inconsistentes y no demuestran lo que el autor, por mera inclinación para ver las cosas, pretende demostrar. En nuestros días, un escritor muy difundido se ha resistido, también, a admitir la posibilidad del viaje a *islas lejanas*, partiendo de la idea, ya ampliamente superada, de que el nivel de los antiguos peruanos en materia de navegación marítima fue muy bajo, casi nulo. Sostiene que la única navegación que prosperó fue la de cabotaje, nunca la de alta mar, y no cree, por consiguiente, en la expedición a las *islas lejanas* de Ahua Chumbi y Nina Chumbi. Para este autor, la versión de Cabello de Balboa sobre la citada expedición sólo se puede aceptar "a título informativo y de curiosidad". Considera que el viaje se produjo pero con destino a islas de cercana ubicación. Y, sin embargo, él mismo, contradiciéndose, se declara un firme creyente de la realidad histórica de la expedición de Naymlap y de otras procedentes de la lejana Centroamérica, hacia los valles de la costa peruana, a cuyos ejecutantes sí atribuye, arbitrariamente, cualidades náuticas que infundadamente niega a los peruanos. La crítica, por lo tanto, de Hermann Leicht, a las versiones de Sarmiento y Cabello, carece de fundamento⁷.

Las dudas pueden estar —y de hecho están— en el destino de la expedición, vale decir, en la ubicación de las citadas islas *Ahua Chumbi* y *Nina Chumbi*, problema sobre el cual se trata *in extenso* más adelante; pero, respecto a la realidad histórica del viaje, es decir, a si fue un hecho real y no un dorado pro-

ducto de la fantasía que los cronistas se encargaron de abultar, parece haber un acuerdo casi unánime entre los investigadores más acuciosos, más serios y mejor informados, con mayor dominio de la materia: *el viaje de Túpac Inca Yupanqui es un hecho, una realidad indiscutible*, que se yergue en el cuadro de la historia final de los Incas con caracteres verdaderamente extraordinarios.

Como hace notar Jiménez de la Espada, fue Cabello de Balboa el primero que entornó la puerta para que se insinuara la duda respecto a la verdadera ubicación de las islas, pero, al margen del destino de la expedición, sostuvo enfáticamente que *el viaje fue un hecho*, un hecho que se produjo, un hecho por consiguiente histórico, veraz. En todo esto —dijo el cronista— “lo que hay de cierto es que [el Inca] volvió victorioso de su expedición marítima”.

El gran polígrafo español arriba citado, hombre eminente en las letras y en la historia, prolijo y sabio, fue de los primeros en declararse partidario del viaje, de los primeros en admitirlo, no por mera simpatía sino por los rasgos de verosimilitud que presenta la empresa: osada, temeraria, increíble pero *factible*. Su punto de partida para emitir juicio, fue el de la capacidad de navegación de los antiguos peruanos (y sus observaciones en este sentido habrían sido de suma utilidad al moderno Hermann Leicht, cuyo parecer desacertado ha sido expuesto). “Las embarcaciones en que pudo efectuar [el Inca] la travesía son las llamadas *balsas* en castellano y *xangadas* [jangadas] en portugués y brasilero...”. Pues bien —agrega Jiménez de la Espada—: las balsas de la época de la Conquista, como la que vio Bartolomé Ruiz de Estrada, piloto de Pizarro, en 1525, poco después de haber cruzado la equinoccial, “eran cómodas, grandes, bien construidas y estaban provistas de *amplias velas cuadradas* y mástiles dobles o pareados muy recios”⁹. Con ellas se podía perfectamente practicar navegación de altura y emprender travesías largas por mares duros; resistían los embates y las furias del aire; cabalgaban bien sobre los tumbos, sin aflojarse, dada la firmeza como estaban sujetos los troncos con cuerdas de bejucos; y eran harto marineras, hasta más seguras que los buques de los europeos. Entonces —concluyó Jiménez de la Espada— la empresa es verosímil. Dijo, abundando en consideraciones: “La tradición o leyenda del viaje de Túpac Inca Yupanqui... llegó a los primeros españoles... en la forma propia de estos fenómenos psicológicos: un núcleo envuelto en una atmósfera más o menos densa, más o menos turbia de ficciones que generalmente no dejan percibir con claridad el núcleo. Sin embargo, en el caso presente, aunque la tradición tuvo que pasar del pueblo donde se engendró a otro tan incompatible con él como el nuestro en

ideas, lenguaje, aspiraciones, fantasías y hasta en caracteres físicos, y en ese paso su envoltura naturalmente experimentara algún aumento extraordinario, con todo eso, quedó con la transparencia y tenuidad bastante para que hoy podamos distinguir a través de ella la *verosimilitud de la empresa marítima* que constituye su fundamento...". Y para reafirmar su creencia en el viaje, concluyó: nada impide que "veamos a un *Inca* o a un *Chimú*, soberano o simple curaca, que por nuevas ciertas y positivas, o sólo por barrunto, tiene noticias de unas islas no lejos de la costa de su tierra, y por curiosidad o por ambición, determina lanzarse a descubrirlas. Un *balseiro* engolfado y arrojado contra algunas de ellas por las corrientes y los vientos que logró volver, pudo informar como testigo de vista. Una lluvia de cenizas volcánicas, una bandada de avez bobas, acosadas por un fuerte poniente hasta las costas fronterizas, pudieron anunciarle o revelarle la existencia de tierras hacia ese rumbo..."

Una eminencia en Etnología, de comienzos de este siglo, creyó también en el viaje, o, más que en el viaje, en su posibilidad, basándose justamente, como Jiménez de la Espada, en la capacidad de los antiguos peruanos en materia de navegación. Friederici¹⁰ admitió que el Inca disponía en el mar de *inmensas flotas de balsas*, las cuales fueron vistas y admiradas por los españoles. Esas balsas, por la versión de los conquistadores, eran capaces de largas travesías.

Inicialmente, teniendo en cuenta que las islas Galápagos (mencionadas como meta del viaje por algunos autores, como se verá más adelante) se hallan a setecientas millas del continente, distancia muy grande para embarcaciones típicamente de cabotaje, Clemente R. Markham expresó sus dudas respecto a si la flota de balsas de la mentada expedición había podido llegar allí, y hasta puso en duda el evento mismo. Esta duda la expresó en 1871, en una nota de pie de página de su traducción de Garcilaso. Sin embargo, más tarde cambió de opinión, y primero en 1907, en una nota de pie de página de su edición de Sarmiento de Gamboa, y luego en 1915, en una carta dirigida a Ph. A. Means, de la que éste da cuenta¹¹, se inclinó decididamente por la "*realidad histórica del viaje*".

En cuanto al mencionado Philip Ainsworth Means, aunque recalca en su conocido estudio sobre la navegación precolombina, tantas veces citado en el capítulo décimo¹², que la pobreza de términos náuticos que sufre el idioma quechua "es un reflejo de la *general ineptitud del pueblo para todo lo ligado con el mar y la navegación...*", termina por admitir la *factibilidad del viaje*. Dice que la historia de la expedición de Túpac Inca Yupanqui, en flota de balsas, *no puede ser descartada por fabulosa* ya que hay dos crónicas que la relatan. En su libro de 1931 sobre las

antiguas civilizaciones andinas, que es una obra clásica entre las de su género, dio cuenta pormenorizada de la expedición, considerándola como "una de las más pintorescas hazañas de los Incas"¹³ pero no negándola. Incluso, abundó en algunos detalles, sí, de carácter verdaderamente legendario, como el de la intervención de *Antarqui*, el "nigromante en jefe... hábil en augurios y magia", quien "después de una dosis adecuada de birlibirloques, informó al Inca que las islas (referidas por los mercaderes) existían" y lo empujó a la empresa. Posteriormente, en su estudio arriba aludido sobre la navegación prehispánica, terminó por aceptar tanto la expedición en sí como la *lejanía de la meta*, esto último por el tiempo que echó la flota en ir y volver, nueve meses o un año, como dijo Sarmiento.

Entre los peruanos, la posición de Riva Agüero es resuelta: la expedición se realizó y en ella participó una gran fuerza. Las balsas empleadas fueron aquellas de "*doble mástil y vela cuadrangular* que usaban los naturales de aquellas costas (Norte del Perú y Manta) y en las que *comerciaban con Panamá y Centroamérica*"¹⁴.

Por su parte, Valcárcel, basándose en "el comercio de perlas y caracoles por oro y vestidos" que había desde el tiempo de Pachacútec entre los pueblos de la costa peruana y la siguiente del Norte, y guiándose, sobre todo, por la versión que da Murúa, admite también el viaje, con las salvedades y circunloquios que caracterizan todos sus asertos¹⁵.

Para otro estudioso peruano, la expedición de Túpac Inca Yupanqui "es una *Odisea americana*, en la que los expedicionarios navegan algún tiempo por un *mar desconocido* y encuentran muchas islas y vuelven cargados de tesoros... Odisea preparada, breve y triunfal...; *viaje perfectamente verosímil* desde el punto de vista histórico pues está probado que los indios conocieron el arte de navegar, por lo que no hay duda que en sus balsas se aventuraron en las tranquilas aguas del Pacífico"¹⁶.

Roberto Levillier ha incorporado a su narración de los hechos de los Incas, cuidadosamente cernida con estricto criterio histórico y prolija revisión de las fuentes, el viaje famoso, dándolo por cierto. Señala que después de las campañas con los cañares y los quitos, que ganó a los caudillos Pizar Cápac y Pillaguasco, Túpac Inca, todavía príncipe, fue hasta la costa y venció en los alrededores de Tumbes y Guayaquil a los huancavilcas de Manta y la Puná, "navegando después y descubriendo las islas *Ayachumbi* y *Niñachumbi*, que Sarmiento de Gamboa reconoció en 1567, por orden del Gobernador Lope García de Castro"¹⁷, parte esta última en la que el autor, siempre tan cuidadoso, comete lamentable descuido porque ninguna isla reconoció Sarmiento en las circunstancias por él fijadas.

Por último, es interesante para cerrar este breve recuento de opiniones sobre la realidad histórica del viaje famoso, consignar la del discutido Heyerdahl, tan dado siempre a sostener viajes por el Pacífico y a reconocer la capacidad marinera de los antiguos pueblos de esta parte del continente. Esta vez, desacostumbradamente moderado, dice: el viaje no debe considerársele *imposible*; quizá sólo deba considerársele *improbable*; juego de palabras ingenioso con el que el fecundo escritor, gran polemista y temerario deportista se pone bien con las dos partes en litigio¹⁸.

¿Y EL AGUA?

Heyerdahl, acabado de citar, dio respuesta terminante justamente a la pregunta del epígrafe con su mundialmente conocido viaje en la balsa *Kon Tiki*, construida a la usanza de las antiguas en 1947.

Se preguntaba a los sostenedores de la realidad histórica del viaje a las distantes *Ahua Chumbi* y *Nina Chumbi* cómo habían podido los balseros matar la sed durante los meses de la travesía, y ninguno daba una respuesta satisfactoria. Era éste, al parecer, un impedimento insalvable para dar plena aceptación a los relatos del viaje. Ya algo, empero, se sabía sobre los métodos primitivos para conservar en buen estado el agua almacenada, sea en depósitos de barro cocido, sea en recipientes de calabaza, sea en fin en tubos de caña. Un texto de Oviedo menciona la siguiente costumbre para mejorar el "agua dañada", sobre todo en la navegación, costumbre de los indios del Mar del Sur que pudo usarse en la larga travesía de Túpac Inca Yupanqui: "Caso que el agua esté dañada y huela mal, toman un puño o dos de harina de mahíz tostado y échanlo en un vaso o taza é echan el agua con ello, é revuélvenlo, é bébenlo: que ninguno daño hace al que lo bebe, ni huele mal, sino bien..."¹⁹.

Según Heyerdahl, los balseros aborígenes no tuvieron jamás problema alguno de agua en sus largas travesías, pues la llevaban en calabazos y cañas gruesas y la sabían mantener fresca a pesar de los fuertes calores. Dice en su celebrada obra *La expedición de la Kon Tiki*: "Cuando los tripulantes de balsas navegaban a lo largo de las desiertas costas del Perú, llevaban consigo grandes cantidades de agua. En lugar de vasijas de cerámica, usaban *enormes calabazas*, resistentes a sacudidas y a golpes, o bien *gruesas cañas de bambú*, más cómodas aún de llevar en sus chatas embarcaciones. Para ello, perforaban todos los nudos de las cañas y las llenaban por un pequeño agujero hecho en una de las extremidades, el cual tapaban después con un tarugo o con pez o resina. Treinta o cuarenta de estas gruesas cañas de bambú podían ser amarradas a lo largo de la balsa

debajo del piso, donde se conservaban a la sombra, continuamente refrescadas por el agua del mar a una temperatura de 26 ó 27 grados centígrados en la corriente ecuatorial... Podía llevarse una reserva para cualquier eventualidad con sólo amarrar más cañas de bambú debajo de la balsa, que irían en el agua, sin ocupar espacio ni añadir peso a la embarcación”²⁰.

El sistema descrito de grandes cañas arrastradas debajo de la plataforma de la balsa, pudo ser realmente salvador en las largas travesías. Era ingenioso y cómodo, sobre todo desde el punto de vista de la capacidad de la almadía para soportar carga extra. Pero, fuera de duda, en viajes largos más de una vez escaseó el agua, y sin duda igualmente muchos grupos navegantes tuvieron desgraciada experiencia de lo que es la sed en pleno mar, sin tierra socorrida a la vista ni ayuda inmediata. Para estos casos también los indios tuvieron remedio. Conocían *diversos modos de calmar la sed* en las emergencias del desamparo. Heyerdahl describe estos modos después de la excepcional experiencia que tuvo el año 1947. Dice en su celebrada obra: “Los antiguos navegantes indígenas ya practicaban lo que muchos náufragos descubrieron durante la última guerra mundial y que consiste en *chupar la linfa del pescado crudo para calmar la sed*. También se puede obtener jugos retorciendo pedazos de pescado crudo en un lienzo o, si el pescado es grande, basta abrirle unos cuantos agujeros en su costado, que rápidamente se llenan de jugo procedente de las glándulas linfáticas del animal... La proporción de sal es tan pequeña, que la sed queda calmada”.

Pero, otra experiencia muy interesante tuvo el propio Heyerdahl durante su viaje en la balsa *Kon Tiki*. Esta fue la que resultó de mezclar, en cierta medida, agua dulce y agua de mar. Llegó a la conclusión, muy importante, de que con esa mezcla el consumo de agua por el organismo disminuye ostensiblemente. “Cuando se está atormentado por la sed en un clima cálido, se supone generalmente que el cuerpo necesita agua y esto puede conducir a hacer inmoderadas incursiones en la ración de agua, sin beneficio de ninguna clase... No es líquido lo que necesita el cuerpo, sino, paradójicamente, sal... Añadíamos de veinte a cuarenta por ciento de agua salada de mar a nuestra ración de agua fresca... y esta mezcla salobre calmaba la sed...”²¹.

A LAS ISLAS LOBOS

Tras lo expuesto: vista la opinión de los historiadores cuya seriedad más fe nos inspira, en el sentido de que el viaje en balsa de Túpac Inca Yupanqui debe ser considerado como un hecho histórico indudable y cierto, y retirado del camino el estorbo,

antes insalvable, que se escudaba en la pregunta ¿cómo resolvieron los antiguos navegantes el problema del aprovisionamiento de agua durante la travesía, cuando ésta era larga y sobre mares tropicales que provocaban una rápida y mortal deshidratación del organismo humano?; visto y aclarado esto y aquello, ha llegado el momento de abordar el problema principal, que ha preocupado y sigue preocupando a los investigadores, en torno a la hazañosa empresa del príncipe (o del Inca, como quieren algunos): el destino del viaje, la meta; en otros términos, la ubicación, exacta o aproximada, de las hasta ahora misteriosas islas *Ahua Chumbi* y *Nina Chumbi* (escribaselas así o con otra ortografía, que la variación no tiene importancia).

¿A dónde fué Túpac Inca Yupanqui con sus veinte mil guerreros (que pueden ser menos) en su inmensa flota de balsas (que puede también ser una flota reducida)? No se discute ni el número de participantes en la travesía ni el número de balsas (aunque es lógico suponer, por las razones que en una oportunidad expuso Jiménez de la Espada, que en las versiones de Cabello y Sarmiento hay exageraciones, y gruesas; mas eso, repetimos, no tiene importancia).

Tocante a la partida, no hay problema. Todos los autores, antiguos y modernos, desde Cabello y Sarmiento, que recogen las versiones del viaje (segunda mitad del siglo XVI), hasta los más recientes (Clinton R. Edwards, por ejemplo, de la Universidad de California, Estados Unidos, que ha hecho un magistral estudio sobre la navegación prehispánica en la costa occidental de Sudamérica), están contestes en señalar la costa de Manta, en Ecuador, como el punto de partida de la expedición. El lugar de embarque, dice Edwards, resumiendo trabajos de muchos autores y revisando, como ninguno lo ha hecho, las fuentes informativas más depuradas, "*fue la costa de Manabi*"²². En la famosa expedición, añade el experto norteamericano, se utilizaron *embarcaciones locales* y "*marinos locales familiarizados con la navegación en balsas*".

La meta, sí, es un problema; un problema que ha dado mucho que discutir y que, por la insuficiencia de los datos documentales y el escaso aporte de la arqueología, mucha leña todavía arrojará al fuego de la discusión. No se vislumbra una solución que pueda considerarse definitiva o que merezca el aplauso de todos los grupos enfrascados en el debate.

La primera solución que se propone al problema es la de las Islas Lobos. La representa en nuestros días un escritor que goza de popularidad: Hermann Leicht, pero fue sugerida en 1918 por Buchwald. Este, para la identificación, se basó principalmente en el testimonio lingüístico, al traducir los nombres de *Aua Chumbi* y *Niña Chumbi* del idioma mochica septentrional, hablado por los huancavilcas de la costa ecuatoriana.

Caracol (ejemplar natural, no reproducción en terracota), extraído de una tumba de *Huayurco* (provincia de Jaén, hacienda "Higuerones", confluencia de los ríos Tabaconas y Chinchipe, éste tributario del Marañón), por la expedición de 1981 del Museo Nacional de Antropología y Arqueología, bajo la dirección de Pedro Rojas Ponce. Corresponde a un molusco de aguas cálidas y su presencia, como reliquia funeraria, en la zona trasandina, prueba la existencia de un activo comercio, muy antiguo, con los pueblos del Pacífico ecuatorial y desde el mar hasta la Selva. La perforación en el ápice (izquierda), para formar embocadura, indica que fue usado como trompeta o *pututu*. (*Horizonte Temprano*, aproximadamente 800 años antes de Cristo. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Pedro Rojas Ponce)





La idea de Buchwald gozó pronto del favor de muchos autores que la acogieron. Estos, a las razones lingüísticas aducidas por el iniciador, agregaron las geográficas, que son, en verdad, convincentes²³.

El grupo de las *Lobos de Afuera*, a los 80° 40' de long. Oeste y 6° 55' de lat. Sur, aproximadamente, se compone de "dos islas grandes orientadas en dirección Norte-Sur..., y dos islas pequeñas, que junto con las grandes encierran una bahía tranquila y muy acogedora", de extraordinario encanto. Alrededor hay rocas, escollos e islotes en los que rompe el mar. El otro grupo, *Lobos de Tierra*, a los 80° 50' de long. Oeste y 6° 25' de lat. Sur, se compone de una isla principal, de once kilómetros de largo, ancha hacia el Sur y afinada hacia el Norte, que termina en una punta con dirección al continente. Los dos grupos carecen de agua. Su aspecto es desértico²⁴.

Lobos de Afuera dista de tierra firme, en línea perpendicular a la costa (*Pampa del Salitre*), 65 kilómetros: *Lobos de Tierra*, sólo 20 kilómetros de las playas meridionales de la *Península de Illescas*. Por consiguiente, están frente a la costa, a la altura más o menos de la línea demarcatoria de los departamentos de Piura y Lambayeque. Hoy son frecuentadas por los pescadores de las caletas próximas, incluso por los que incursionan en la mar no en lanchas sino en balsas.

El arriba citado Hermann Leicht defiende la tesis de las *Islas Lobos*. Dice que la expedición de Túpac Yupanqui no es un cuento con dorados giros de leyenda, sino una realidad, un hecho histórico veraz; pero que, dada la ineptitud general de los balseros peruanos, que sólo pudieron, en el mejor caso, practicar una navegación de cabotaje, nunca de altura, la expedición no fue a las Galápagos ni a ninguna otra isla distante sino simplemente a las citadas Lobos²⁵. Admite que en recorridos de cabotaje los balseros peruanos llegaron muy lejos, pero siempre —subraya—, por el carácter restringido de su navegación, a la vista de tierra²⁶. Dentro de esta pauta general de navegación, la llegada a las islas *Lobos de Afuera*, considerablemente alejadas de la costa, constituye, para Leicht, una proeza digna de recuerdo.

Schweigger, en *El litoral peruano*, ofrece puntos de vista valiosos para el enjuiciamiento tanto de la tesis de las Galápagos, que se verá en seguida, como de la tesis de las Lobos. Al estudiar las corrientes del Pacífico oriental, que incluye el mar peruano, y, particularmente, el límite Norte de la Corriente Peruana, observa que, a la altura de Manta, de donde, como se ha dicho, partió la expedición de Túpac Inca Yupanqui, la corriente del *gran giro circumpacífico* se presenta muy alejada del continente, por su dirección marcadamente NO y, mejor, ONO. Deduce que, si el caudillo cusqueño partió de Manta ("cos-

ta de Manabí"), no habría podido, en ninguna circunstancia, coger la corriente que enrumba a las Galápagos. Este argumento, de suyo muy importante por cuanto procede de la oceanografía, se alza contra la tesis de las Galápagos. En cambio, dice Schweigger que una potente penetración de la *contra-corriente ecuatorial*, con el apoyo de la *corriente del Niño*, que eventualmente se juntan, habría podido llevar al Inca hacia el Sur: primero, por Santa Elena, después por la ancha boca del golfo de Guayaquil, más adelante por el litoral de Piura (bahía de Paita y Sechura) y, finalmente, por la costa saliente de Illescas, hasta alcanzar uno de los grupos de las *islas Lobos*: o el pegado a la costa (*Lobos de Tierra*) o el alejado (*Lobos de Afuera*). El regreso, naturalmente, no habría sido hasta el mismo punto de partida, prácticamente inalcanzable, sino a Colán, pueblo de muy antiguas tradiciones pesqueras, de eficientes y arriesgados balseros (aún hoy), en la bahía de Paita; o quizá a Tumbes, más al Norte, una de las bases entonces de la dominación imperial de los llanos; o quizá también a la Puná.

Estas ideas de Schweigger son muy sugestivas y deben ser tenidas en cuenta en el planteamiento del problema y en la búsqueda de solución al mismo.

A LAS ISLAS GALAPAGOS

La segunda tesis considera las *Islas Galápagos* (o de los *Galápagos*) como destino de la expedición de Túpac Inca Yupanqui.

Estas islas "...están situadas casi bajo la línea equinoccial y algunas con inclinación al Mediodía en un grado y algunos minutos, y otras al Septentrión cerca de dos grados: distan del continente o de la *costa de Puerto Viejo del Perú* casi doscientas leguas a Poniente..."²⁷. La distancia anotada se traduce en mil doscientos kilómetros, que es la aproximada que media entre el Callao y Guayaquil.

De convulsivo origen volcánico, edén del naturalista por las muchas y sin par maravillas de la naturaleza que muestran, pobladas de quelonios gigantes, iguanas de estampa mesozoica y pinzones de misterioso origen —fauna toda ella desligada tanto de América como de las distantes islas de la Polinesia—, aparecen acompañadas en el mapa (sólo en el mapa porque en la realidad se interponen cientos de millas) por otras islas: al NE, Cocos, a mitad de ruta a Costa Rica; al ENE, *Malpelo*, hacia la costa de Colombia.

Fueron descubiertas por un navío español, extraviado, en el que viajaba Fray Tomás de Berlanga, Obispo de Castilla del Oro, el 10 de marzo de 1535. Berlanga iba comisionado por el Emperador para informar acerca de los actos de gobierno de

Francisco Pizarro en su gobernación de Nueva Castilla y hacer una descripción del Perú, de carácter reservado, sólo para la Corte. La nave, con destino a Puerto Viejo, fue cogida por corrientes contrarias y se enmaró, avistando en la fecha arriba indicada, por casualidad, las islas que entonces nombraron *Encantadas* o *de los Galápagos* (el primer nombre, por el extraño aspecto general que ofrecían, que verdaderamente asombró; el segundo, por la abundancia de tortugas, tan grandes que sobre ellas se montaban los marineros y flotaban en el mar).

El Obispo contó en su carta al Emperador, de 26 de abril del dicho año 1535: "...en 10 de marzo vimos una isla, y porque en el navío no había más que agua de para dos días, acordaron de echar la barca y salir en tierra por agua y yerba para los caballos; y salidos, no hallaron sino lobos marinos y tortugas y galápagos tan grandes que llevaban cada uno un hombre encima; y muchas iguanas, que son como sierpes..."²⁸.

Uno de los más conspicuos sostenedores de la *tesis de las Galápagos*, es Marcos Jiménez de la Espada. Abunda, en defensa de su posición, en argumentos de diversa índole: paleográficos, lingüísticos, etnográficos, oceanográficos, etc. Están expuestos magistralmente en su estudio sobre las citadas islas que publicó el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, en 1891. "*Hahua-chumbi* y *Ninachumbi*... son dos de las Galápagos", dice, y comentando la hipótesis de Miguel Cabello de Balboa, que sugirió que el Inca había podido llegar a dichas islas, añade: "...la conjeturas de Cabello de Balboa [la] hago mía..."²⁹. Luego, para afianzar su creencia sobre la identificación de las misteriosas islas, reproduce una interesante referencia al viaje de Túpac Inca Yupanqui del cronista indio Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui. Escribiendo sobre la vida del Inca, dice el cronista que después de recorrer la región *Guancavilla*, de donde regresó "con gran suma y máquina de oro y plata y umiña" (o esmeraldas), pasó a "unas hislas de los yuncas de donde había madre de perlas Churoymaman". Agrega Juan de Santa Cruz Pachacuti que el Inca, en su viaje de retorno al Cusco, trajo "mucho suma de plata y de oro y una ballena". Jiménez de la Espada, sacando partido de esta curiosa referencia, expresa: "Las madres de perlas y las ballenas abundan en el archipiélago de las Galápagos"³⁰.

Al ingresar a la exposición de sus argumentos lingüísticos, advierte que conoce "muy por encima" la lengua quechua; pero, de todos modos, se declara capacitado para proponer algunas interpretaciones. Considera que *Chumbi* o, mejor *Chumpi* puede traducirse literalmente por *isla*, "por más que el vocablo quechua propio de estos pedazos de tierra ceñidos o rodeados de agua dulce o salada sea el de *huatta*"³¹.

LA EXPEDICION DE TUPAC INCA YUPANQUI

Hagua significa fuera, afuera, diferente, aparte.

Nina significa fuego.

Entonces:

Ninachumbi es "Isla de Fuego".

Haguachumbi es "Isla de Fuera o de más afuera".

La "geografía confirma", añade Jiménez de la Espada. En efecto: *Ninachumbi* podría ser la isla llamada en los mapas ingleses *Narborough*, donde, según una Memoria Geográfica de 1887, utilizada por el eminente polígrafo "todavía hay volcanes activos". El volcán es fuego.

Después expone sus consideraciones de orden oceanográfico, en las que, lamentablemente, no pisa muy firme. Dice que el viaje de los veinte mil guerreros del caudillo cusqueño en flota de balsas pudo verse favorecido por la *Corriente Peruana* o de *Humboldt*. Esta consideración la formuló, sin duda, a la vista de algún mapa general, vago e impreciso. Ya se ha expuesto la idea de Schweigger, que favorece la tesis de las islas Lobos y obstruye la de las Galápagos. Pero, cabe una posibilidad: que el viaje se cumpliera en dos etapas, por así decirlo: en una primera, impelidas las balsas por el viento (mediante el uso de las *orzas*), hasta alcanzar la distante corriente oceánica, muy separada de la costa de Manta; en una segunda etapa, impelidas las balsas por la corriente misma, cogida casi a mitad de ruta.

Finaliza Jiménez de la Espada expresando su admiración por la habilidad innata de los indios costeños del Perú en su desempeño en el agua, ora nadando, ora pescando o navegando. Los *indios balseros* son conocedores de todos los secretos del océano —destaca—; *sienten*, viven el mar, lo tienen en el alma. "Téngase en cuenta... que los indios *sienten* [subrayado por el eminente polígrafo] las influencias y saben más del cielo que los cobija, de la tierra que los nutre y del agua junto a la que viven, que las mismas aves, salvajinas y peces"³².

Los indios en el mar están a sus anchas, en su dominio. Cuando conducen sus balsas, lo hacen con asombrosa facilidad, haciendo ventajosas todas las circunstancias, por sorprendidas que ellas se presenten. Con este dominio, ¿acaso no pudieron alcanzar las islas Galápagos, sobre todo con el favor de los vientos y de las corrientes, y el socorro de las abundantes lluvias ecuatoriales, que dieron agua fresca para mitigar la fatiga y calmar la sed?

MARKHAM Y RIVA AGÜERO

Se ha visto, al abordar el problema de la realidad histórica del viaje, que Markham expresó inicialmente sus dudas sobre el hecho mismo de la expedición, pero que, al término de muchas

cavilaciones, plena y entusiastamente lo admitió. Reseñando en *Los Incas del Perú*, su obra más famosa, el viaje del caudillo, traduce *Hahua Chumpi* por "Isla Exterior" y *Nina Chumpi* por "Isla de Fuego", a la misma manera de Marcos Jiménez de la Espada, y comenta: "Fue aquella una expedición fantástica...; la relación de Sarmiento está corroborada por Cabello de Balboa, y yo he deducido que *el relato del viaje es históricamente cierto*"³³. Después, aporta una interpretación muy curiosa acerca del tipo de embarcación que el Inca empleó para la formación de su flota: "...ordenó el Inca a sus soldados que fabricaran una *inmensa flota de balsas*, que consistían en *maderos colocados sobre odres hinchados de aire* y amarrados unos a otros; y se embarcó luego... con un gran destacamento de su ejército...". Y, respecto al destino, el gran americanista dice: Sarmiento declara en su versión que el Inca llegó a las *Islas Salomón*³⁴, "*más apenas cabe duda de que fueron dos de las Galápagos las que descubrió y exploró*"³⁵. Con un dato, entre otros, apoya su tesis: trajo el Inca varios trofeos, algunos de denominación equivocada. El "pellejo" y la quijada de caballo, de que hablan las versiones de los indios recogidas por Cabello y Sarmiento, deben ser sólo *restos de tortugas*, muy comunes en las Galápagos. Refuerza más adelante: "El soberano trajo a su regreso oro, un asiento de bronce y un pellejo y una quijada de caballo... pero es muy probable que los indios... confundieran con otros objetos que conocían, y que aquellos fuesen sólo *emiros* (tortugas) y *otros productos de las Galápagos*".

Así, pues, Markham fue de la duda a la negación y de ésta, de un salto, al convencimiento absoluto: en primer lugar, la *expedición se realizó*; después, *su destino fue el grupo de las Galápagos*. Una verdadera hazaña para esos navegantes que usaban balsas para el tráfico de cabotaje. Al final, tanta fue la admiración del notable americanista por la proeza del caudillo cusqueño, que dijo, resumiendo su posición: "*La expedición a las islas Galápagos, es maravillosa*"³⁶.

Según Riva Agüero, la expedición llegó a las Galápagos pero éste no fue su único contacto con una tierra extraña porque, al regreso, tocó en las costas de Manabí y Atacamez, enriquecieron su botín con nuevos y extraños trofeos y agregando "prisioneros de guerra", *que no eran hombres sino monos*. Dejó dicho el gran historiador: "Durante sus jornadas por los litorales de Manabí y del Guayas, los mercaderes de la Puná le dieron [a Túpac Inca Yupanqui] noticia de unas islas remotas, y [el Inca] se resolvió a visitarlas. *Eran las del archipiélagos de las Galápagos*"³⁷.

Riva Agüero no acepta la tesis de las Islas Lobos, primero porque el nombre que dio Túpac Inca Yupanqui a una de las islas de su destino, *Ninachumbi* (Isla del Fuego o con fuego, Isla

del Volcán de otra manera), no corresponde a la realidad geográfica de las Lobos; y, segundo, porque la duración del viaje —nueve meses, un año— obliga a pensar en una travesía a tierra muy alejada.

“Conocida —dice— es la *naturaleza volcánica* de este archipiélago, y *Nina* pudo ser, en razón de sus cráteres, la isla de *San Salvador*, la *Fernandina* o la de *Santiago*... La otra isla que descubrió allí Túpac Yupanqui, la de *Afuera (ahua)* puede corresponder perfectamente a la *Isabela*, por su situación exterior. A ambas las apellidó *Chumpi*, que según la pronunciación suave o fuerte en el quechua significa, en el primer caso, *ceñidor, faja, cingulo*, muy aplicable a una isla por metáfora, y en el segundo caso, *color pardo o castaño*, por el aspecto de sus rocas”.

Al regreso, Túpac Inca Yupanqui tocó en “la tierra firme de Manabí y Atacamez”³⁸, donde enriqueció el botín que traía de las islas con otras cosas y, sobre todo, con *gentes de piel oscura*, que llegaron al Perú en condición de *prisioneros de guerra*.

El examen del botín que hace Riva Agüero, aclara aspectos muy importantes del relato de la expedición. Comprendía dicho botín:

1) Una *quijada de caballo*. En realidad, debió corresponder, como advirtió Jiménez de la Espada, a un *león marino*, o mejor, a un *lobo marino (Otaria jubata)*, que es un animal que abunda en las Galápagos, formando grandes manadas, que cubren las playas y peñoleras.

2) *Pellejos extraños*, fuera de duda pertenecientes a la “privativa fauna insular de las Galápagos”, única en el mundo por sus extraños componentes; pellejos de *iguana*s.

3) *Madreperlas*, extraídas en las mismas islas, en cuyas aguas del litoral abundan.

Los otros trofeos seguramente no fueron de las islas sino de la tierra firme a donde recaló después la expedición, o sea, de Manabí y Atacamez. “Las esmeraldas (*umiña*), el oro y la gente de *piel negra*, han debido de ser de la tierra firme de Manabí y Atacamez porque es sabido que en esas comarcas tenían por ídolos las esmeraldas y los característicos asientos de piedra o madera, dados a conocer por [recientes] exploraciones arqueológicas, verbigracia la de Sevilla...”. Para el metal raro no hay problema —advierte Riva Agüero— porque los pueblos de aquella región son hábiles orfebres y trabajan bien las aleaciones, técnica que dominan hasta con el platino.

En cuanto a las *gentes de piel ennegrecida*, traídas en condición de prisioneros de guerra, Riva Agüero propone una sugestiva hipótesis: no fueron seres humanos sino ejemplares desarrollados de los “*grandes monos negros*” del género *Mycetes*, que viven en los bosques de esas costas tantas veces referidas de

Manabí y Atacamez. No debe extrañar —explica— que los expedicionarios consideraran a esos monos capturados como “prisioneros de guerra”, “porque los Incas, como los Faraones, confundían a los cuadrumanos antropomorfos con los salvajes”, es decir, los tenían como *seres humanos degenerados*, pero seres humanos al fin y al cabo.

Una mayor aclaración da sobre el trono que trajo Túpac Inca Yupanqui. Dice que era costumbre de los naturales de Manabí y Atacamez usar “asientos de piedra o madera”. Uno de estos asientos “pudo muy bien estar forrado de un metal raro y precioso”, el cual asiento así revestido con prolijidad artística habría sido el trono que el gran conquistador cusqueño trajo de su famoso viaje por el Pacífico. Sobre estos asientos de piedra o madera, verdaderos tronos, ha hablado recientemente el arqueólogo ecuatoriano Emilio Estrada, y de su parecer al respecto se ha tratado en el capítulo sexto.

OTRAS OPINIONES A FAVOR DE LAS GALAPAGOS

La serie de opiniones a favor de las Galápagos, se incrementa luego con la del discutido etnólogo y viajero Thor Heyerdahl, famoso en los círculos científicos y en la prensa mundial desde su travesía, a bordo de la balsa *Kon Tiki*, del Callao a la Polinesia francesa. Es un hecho —dice en uno de sus más difundidos libros³⁹— que “las poderosas avanzadas de los Incas... navegaban en sus balsas desde las costas de Sudamérica hacia el mar abierto y desconocido. Cruzaron el océano una vez, dos veces, muchas veces, *para desembarcar en los resecos acantilados de las islas Galápagos*. Establecieron allí su campamento y al correr del tiempo se les fue rompiendo, una tras otra, las curiosas vasijas que figuraban en el equipaje y que eran distintas de las que haya podido fabricar cualquier otro pueblo civilizado del mundo. Fueron fragmentos de esas vasijas lo que desenterramos en aquellas antiguas colonias y desempeñaron el papel de lámpara de Aladino al reflejar las gestas marítimas de sus antiguos dueños...”.

En otra parte de su mismo amenísimo libro, subrayando, como cuestión previa, que *en la Polinesia la alfarería es totalmente desconocida*, dice: encontramos “grandes cantidades de fragmentos de cerámica sudamericana en las Galápagos, porque *este archipiélago caía dentro del radio de los viajes que efectuaban regularmente las antiguas balsas de altura del continente americano...*”⁴⁰.

A lo que parece, Heyerdahl ha sido el primer hombre de estudio que ha excavado en las Galápagos, buscando testimonios de una ocupación prehistórica. “Nosotros fuimos los primeros en

creer que los indios americanos habían realizado navegación de altura y, de acuerdo con esta idea, realizamos una expedición para comprobar si era cierto. Los arqueólogos Reed, Skjölsvold y yo desenterramos más de dos mil de esos antiguos fragmentos, procedentes de ciento treinta vasijas distintas. En Washington, los expertos analizaron aquellos trozos... y pudieron confirmar que *un milenio antes de que Colón abriese las puertas de América, los exploradores incas habían abierto de par en par las puertas del Pacífico, visitando repetidas veces las remotas islas Galápagos*⁴¹.

(Antes de proseguir, conviene señalar un error cometido por Heyerdahl en materia de cronología incaica, que aparece al final del párrafo transcrito. Dice que "un milenio antes de Colón", o sea, en el siglo V de nuestra era, ya los *exploradores incas* visitaban las islas Galápagos. Los incas son del siglo XII, según la cronología dinástica generalmente admitida. No se le puede disculpar a Heyerdahl un error así o una confusión tan grave, sobre todo tratándose de un escritor de asuntos científicos que tan buen conocimiento de las fuentes históricas de los Incas evidencia en su voluminosa y erudita obra *American Indians* particularmente en la parte relativa a la navegación. Si fueron los incas los que llegaron a las Galápagos, sus balsas debieron arribar, no en el siglo XII, el siglo de la fundación, tampoco en el siguiente, que fue todavía un siglo de estrechez andina previo a la invasión del Contisuyo, sino por las postrimerías del Imperio, cuando la dominación llegaba, plena, a Tumbes, costas de Guayaquil y Manta. Pensamos, sin embargo, que lo que ha querido decir Heyerdahl es, no *incas* propiamente, sino *costeños peruanos* en general. Ha querido insinuar la posibilidad de que fueron los *mochicas del siglo V* los que habrían llegado a las Galápagos. Pero, aquí la suposición tropieza con el problema, ya advertido por Larco⁴² y otros especialistas, de que no hay testimonio pleno, convincente, de que los mochicas, de ninguna época, hubieran dispuesto de embarcaciones lo suficientemente grandes para arriesgarse a travesías de altura, como las que propone el escritor noruego. En la cerámica mochica aparecen caballitos de totora para la pesca cerca de tierra pero no balsas de troncos, que es el tipo que exige la suposición).

En conclusión, para Heyerdahl, el de Túpac Inca Yupanqui fue un viaje de rutina porque la ruta de las Galápagos estaba perfectamente dominada. De antiguo esta ruta era frecuentada por los balseros costeños, en viajes que se cumplían con facilidad. Los balseros iban a las islas para pescar y no se quedaban mucho tiempo. "Los marineros de las primitivas culturas locales tenían un acceso relativamente fácil a las estériles islas Galápagos..."⁴³. Por eso, cuando el Inca se animó al viaje por

versión de los pescadores o mercaderes de las costas de Manta, encontró balsas grandes apropiadas para la travesía y, sobre todo, gente experimentada dispuesta a enseñarle la ruta y guiarlo. El, naturalmente, con su augusta majestad, le dio a la aventura un relieve extraordinario y la entregó a los anales del imperio con ribetes de leyenda.

Luis Pericot y García, de la Universidad de Barcelona y autor de un conocido manual sobre Prehistoria y Etnología americanas, también se inclina por las islas Galápagos como destino del viaje de Túpac Inca Yupanqui; por lo menos, considera verosímil la versión de Sarmiento y Cabello de Balboa. Dice: "Entre las tradiciones de la costa peruana, había la de viajes en balsa a islas occidentales... Los textos más importantes... hacen referencia a la expedición por mar del Inca Túpac Yupanqui abuelo de Atahualpa, en el último tercio del siglo XV. Mucho se ha discutido sobre el lugar visitado por el Inca; es verosímil que fueran las islas Galápagos y que de ahí pasara a las costas de Colombia o Panamá..."⁴⁴.

El tema y el señalamiento del destino, llevan al distinguido y erudito profesor de la universidad catalana a formular diversas y muy interesantes consideraciones sobre el problema de la prehistoria de las islas Galápagos. "El caso de las Galápagos —expresa en otra parte de su monumental obra— merece atención, pues hallándose a más de seiscientas millas de la costa, su ocupación en época precolombina nos daría una buena prueba de las cualidades de los pueblos costeros de Sudamérica como navegantes. Rivet... había defendido ya la ocupación prehistórica de las islas. La expedición de Heyerdahl, de 1953, condujo al descubrimiento de abundante cerámica en las islas Santiago y Floreana. La cerámica, sin decoración o con relieves, se relaciona con la chimú y con la de la costa ecuatoriana"⁴⁵.

Pero, el anuncio —prosigue Pericot y García— hecho por Heyerdahl, en colaboración con A. Skjölsvold, en 1956, de haber descubierto cerámica precolombina de tipo chimú en las islas Galápagos, encendió el debate entre los especialistas y algunos llegaron a decir que aquello era una superchería. Por ejemplo, Stig Ryden rechazó la afirmación y se mantuvo en sus puntos de vista de años atrás en el sentido de que *las islas Galápagos nunca habían sido holladas por los habitantes precolombinos del Perú ni de otro lugar de América* y que recién fueron conocidas con la conquista española del siglo XVI.

En defensa de Heyerdahl se escuchó bien pronto la voz de C. Evans (1958), quien, en un artículo publicado en la prestigiosa revista americana *American Antiquity*⁴⁶, sostuvo que Ryden estaba en un error y que no sólo eran de origen peruano los tuestos precolombinos hallados por Heyerdahl en las Galá-

pagos sino también las muestras que obraban en su poder de algodón, encontradas en el contexto arqueológico de las islas. Agregó que todo esto constituía una *prueba definitiva de que la navegación peruana precolombina había llegado hasta el tantas veces citado archipiélago*.

Por último, Pericot y García hace una transcripción muy importante por proceder de un experto en etnobotánica de prestigio mundialmente reconocido. C.O. Sauer⁴⁷ sostiene terminantemente que "*el algodón de las Galápagos es el peruano*"⁴⁸.

Otros autores que se inclinan por la tesis de las Galápagos, para terminar con ella en este recuerdo, son: Walter Lehmann —quien, en su mapa lingüístico de 1915 identifica, aunque con poca convicción, como dice Leicht, las islas *Aua Chumbi* y *Niña Chumbi* con las ecuatoriales que descubrió el Obispo Berlanga⁴⁹; Salvador Canals Frau⁵⁰); J. Alden Mason —quien da pleno crédito a los descubrimientos de Heyerdahl de cerámica peruana en las islas y comenta que esa cerámica, conocida sólo a través de fragmentos, "muestra alguna semejanza con la de la región chimú o la de la costa ecuatoriana"⁵¹—; y Hans Horkheimer, quien, con juicio dubitativo, dejó dicho: "Expresamente unida con el nombre de Túpac Inca Yupanqui vemos... la *enigmática* y única expedición marítima de mayor envergadura realizada por los Incas. El príncipe aventurero que invirtió nueve meses de su jefatura y el transporte de veinte mil soldados, *logró geográficamente quizá el descubrimiento de las islas Galápagos*..."⁵²; y califica el viaje de "...quijotesca incursión..."

OPINIONES EN CONTRA: NO FUERON LAS GALAPAGOS

Otros autores, con Means a la cabeza, se oponen a aceptar la tesis de las Galápagos. Means dice: "Personalmente, *no estoy convencido de que el destino del Inca fue el archipiélago de las Galápagos*... Sin embargo —agrega—, si alguna vez fuera descubierto en las islas Galápagos un fragmento, aunque fuera pequeñísimo, de cerámica Inca o cualquier otro artefacto de tipo incaico, la cuestión quedaría resuelta para siempre en sentido afirmativo"⁵³. Pero, adelantándose a posibles imposturas, fraguadas con propósito de sensacionalismo publicitario —que no faltan en el campo de la ciencia, hasta en los medios más serios—, añade: "Pero, esta observación [sobre la comprobación arqueológica] no deberá ser interpretada como una insinuación para que algún emprendedor amante de la publicidad se dirija allí [a las islas] para *plantar algunas pruebas*".

En respaldo de su opinión, Means menciona a Ruth Rose, quien considera que "las islas Galápagos son uno de los pocos lugares de la Tierra donde *nunca existió el hombre aborigen*".

En el siglo pasado, mucho antes de que se planteara el problema del viaje del Inca y su posible destino, Carlos Darwin, entonces todavía joven, estando de visita en las islas Galápagos como integrante, en calidad de naturalista, de la expedición del Capitán Fitz Roy, en el *Beagle*, estimó la posibilidad, a raíz de ciertas observaciones, de que las mencionadas islas nunca habían conocido, hasta su descubrimiento por los españoles, la ocupación humana, ni estable ni pasajera. El punto de vista de Darwin fue estrictamente el de un naturalista: observó que los pájaros que poblaban las islas demostraban "extremada mansedumbre" hacia el hombre, tanta que se dejaban dócilmente atrapar y hasta matar a palos. Vio, entonces, que los pájaros no habían adquirido miedo al hombre, para explicarse lo cual sentó como premisa que el hombre había llegado a las islas tan sólo en los últimos tiempos, tan recientemente que no habían transcurrido las generaciones bastantes para que los pájaros incorporaran a su vida instintiva ese temor.

Lothrop, por la misma época que Means, también expuso sus dudas sobre el destino de las Galápagos. Separándose de Markham, dijo: "...Nosotros dudamos de que Túpac Inca Yupanqui haya realizado tal viaje..."⁵⁴. De época posterior es la opinión de Valcárcel, quien igualmente se mostró renuente para admitir la aventura a las lejanas islas, basándose en el hecho de que en ellas "no existe el menor indicio de población precolombina..."⁵⁵. Finalmente, de fecha reciente es la refutación juiciosa que de las suposiciones de Heyerdahl, relativas a los frecuentes viajes de los costeños peruanos a las Galápagos, en busca de pesca, hace Víctor W. von Hagen. Subraya von Hagen que las Galápagos recién fueron pisadas por el hombre en 1535, cuando el descubrimiento de las islas por el varias veces mencionado Obispo Berlanga; colige de ello que nunca antes el hombre prehistórico estuvo en ellas, ni en forma permanente ni eventual; destaca la declaración de Berlanga, hecha por carta al Emperador, de no haber oído a los indios de tierra firme referencia alguna al archipiélago; rechaza el supuesto interés económico de las aguas de las islas por parte de los peruanos, aduciendo que el mar peruano, con su extraordinaria riqueza, era sobradamente abundante para las necesidades de los pueblos de la Costa, los que, por consiguiente, jamás tuvieron necesidad de trasladarse lejos para buscar en otros mares su alimento; y pone en duda, finalmente, la razón de ser de los viajes sostenidos por Heyerdahl: ¿razón política, económica o religiosa para tal aventura hasta islas, tan distantes, por mares tan movidos, donde las co-

rrientes forman una trama tan compleja, donde los remolinos amenazan a cada instante, donde la seguridad se escapa del mejor conductor de embarcaciones? Toda la argumentación de Heyerdahl le parece absurda a von Hagen. Por ello, la rechaza de plano⁵⁶.

A LAS ISLAS Y COSTAS DEL NORTE

La tercera hipótesis que se formula es la que señala como destino del viaje de Túpac Inca Yupanqui las islas o el litoral del Norte, más allá de Manta.

Ya se vio que Means, en su estudio sobre la civilización de los Andes, de 1931, se declaró resueltamente en contra de la tesis de las Galápagos. Propuso, como meta de la aventura, las islas *Gorgona* o *La Plata*, la primera frente a la costa colombiana, la otra frente a la ecuatoriana. Lothrop fue igualmente cáustico contra los sostenedores de la debatida teoría de las islas *Encantadas*. Les enrostró un descuido imperdonable: no haber reparado en que es imposible llegar a ellas sin instrumentos precisos de navegación. "La posibilidad —dijo— de hallar las islas Galápagos sin poseer instrumentos de navegación, debe ser considerada mínima"⁵⁷. Reafirmó la condición de deshabitadas que para las Galápagos señalan casi todos los arqueólogos, pero, a continuación, cometió un error (disculpable por la falta de experiencia que al respecto se tenía entonces): considerar que la navegación larga, en el mar, en balsa, era imposible. Heyerdahl, en 1947, se encargaría de desvirtuar a Lothrop. Este dijo: "Más importante aún, quizá, para interpretar el destino de esa famosa expedición, es considerar la real capacidad de la balsa para permanecer en alta mar todo el tiempo que habría exigido ese viaje. *Dudamos de que las balsas puedan permanecer nueve meses a flote* porque la madera de balsa, si bien es de muy alta flotabilidad, absorbe en cambio agua con rapidez y pierde, por ende, su capacidad de flotación por completo después de unas cuantas semanas. Debido a esta característica inherente a la madera, era necesario desarmar la *jangada* periódicamente, llevar los troncos a tierra y allí dejarlos secar totalmente", según cuenta —dice el propio Lothrop— el viajero George Byam, que visitó la región del Guayas a mediados del siglo pasado y publicó un libro relatando sus experiencias en 1850.

Siendo de toda evidencia, entonces: 1) que los antiguos peruanos no tenían instrumentos de navegación para orientarse y marcar rumbos; 2) que las islas Galápagos, como está probado, permanecieron deshabitadas hasta su descubrimiento por los españoles en 1535; y 3) que las balsas —decía Lothrop en 1932, fecha de la publicación de su estudio sobre la navegación abo-

rigen en América— no pueden permanecer mucho tiempo, ni siquiera meses, en el mar, porque, de lo contrario, absorben agua y se hunden; concluyó considerando “improbable” el mentado viaje de Túpac Inca Yupanqui a las Galápagos⁵⁸.

“Pero —añadía a renglón seguido—, no hay razón para dudar que Túpac Inca Yupanqui haya transportado su ejército *por vía marítima* y saqueado la *tierra firme al Norte de Guayaquil*”. Entonces, *Túpac Inca Yupanqui no fue a ninguna isla*, ni cercana ni lejana. No fue a las Galápagos ni a la isla de La Plata ni a ninguna otra. Su destino, en la gran aventura que emprendió en Manta al frente de enorme flota de balsas, fue *alguna parte distante del litoral Norte de tierra firme*. Probablemente, por acción de los vientos, la flota del Príncipe perdió de vista el continente, y por ello, al desembarcar en el paraje desconocido, creyó el caudillo hacerlo en una isla.

Como ya se vio, tesis parecida a la expuesta del famoso americanista norteamericano, fue planteada por Riva Agüero. Para Riva Agüero, Túpac Inca Yupanqui, después de tocar en las Galápagos, arribó a las costas de Manabí y Atacamez, en donde aumentó su botín e incorporó *prisioneros de piel negra*, los que, en opinión del erudito, no eran seres humanos sino monos de las selvas ecuatoriales. Riva Agüero, además, destacó el significado de los bancos de madera o de piedra que aparecen, con el pomposo nombre de *tronos*, en las versiones de Sarmiento y Cabello sobre el viaje. Estas sillas —o *tronos*— constituyen un elemento típico de la *cultura manteña*, que con tanto cuidado, aunque sin verse libre de cierta pasión nacional incongruente con los fines de la ciencia, ha realzado Emilio Estrada, arqueólogo ecuatoriano.

Abundaremos aquí en datos sobre los mencionados tronos, porque, a la luz de la investigación arqueológica, pueden dar la clave para la solución del problema. Se dijo anteriormente que las famosas sillas de piedra, de las que se ocupó en detalle el americanista Saville en 1906, proceden de la provincia de Manabí, especialmente de los alrededores de Manta. Aunque no constituyen un elemento homogéneamente repartido en toda la región, han sido halladas en diversos sitios y, por una relación de mediados del siglo pasado, se sabe que en el cerro Hojas, ubicado entre Manta y Puerto Viejo, se encontró “un círculo de sillas de piedra, lo menos en número de treinta, cada una de las cuales era una esfinge, el asiento con dos brazos, todo de piedra bien labrada”⁵⁹

La llamada *cultura manteña*, con la que culmina el desarrollo cultural del Ecuador en sus provincias de Guayas y Manabí, incluyendo la isla de Puná (desde el año 700 d.C. hasta la llegada de los españoles), contó entre sus elementos representativos la

silla de piedra, la cual seguía en uso a la llegada de los conquistadores⁶⁰. Siendo un elemento representativo, no debe extrañar, entonces, que el caudillo cusqueño, al término de su estada en la tierra desconocida, lo tomara como pieza valiosa para incrementar su botín.

Von Hagen, opuesto, como ya se dijo, a la tesis de las Galápagos, dirige la mirada, en busca de solución al problema, a las islas del litoral Norte: La Plata, el Gallo, la Gorgona, Las Palmas en la costa de Buenaventura. La *historia del viaje* —dice— *es evidente y no puede ser descartada por fabulosa*, porque la versión, como dice Means, viene de dos cronistas que tuvieron distintas fuentes de información. Teniendo en cuenta la duración del viaje —nueve meses, hasta un año—, hay que situar el destino lejos, pero cabe la posibilidad —propone— de que el viaje legendario no se haya realizado a perdidas islas del vasto océano, sino a *islas o costas alejadas del litoral Norte siguiendo las rutas más o menos conocidas de los balseros dedicados al comercio*, rutas que iban, por lo que se sabe, hasta más allá de la línea equinoccial. En tal sentido, la costa de Buenaventura puede arrojar luz sobre el enigma. Los prisioneros negros que el caudillo trajo de su viaje, serían, entonces, indios salvajes de aquellas costas, de *piel ennegrecida* por el uso de algún colorante ritual, como es costumbre, aún hoy, en ciertas tribus selváticas, de un lado y otro de los Andes.

El tráfico en balsas al que alude von Hagen, es un hecho probado. El lo explica: cuando los Incas dominaron las costas del Norte, especialmente las costas del golfo de Guayaquil, donde vivían los huancavilcas, *hallaron ya establecido y en pleno apogeo un intenso comercio por mar* hacia las tierras de la equinoccial, que se desenvolvía regularmente siguiendo las costas. “Intenso tráfico comercial, en su mayoría por medio de balsas, entre Tumbes y el Norte, seguramente hasta llo que hoy se llama Buenaventura...⁶¹. Puede bien: los Incas activaron este comercio marítimo. “Pueblo resolutivo y pragmático”, animado de un gran deseo de dominio imperial, los Incas, tras la conquista de la costa Norte, “pronto se dieron cuenta de la riqueza que producían estos incesantes viajes comerciales a lo largo de la costa: de Colombia venía platino y oro así como las preciadas conchas, que no existían en las frías aguas peruanas; las perlas constituían también un artículo comercial, y de la región de Esmeraldas venía oro de muchos quilates... Es natural, pues, que los incas fueran donde les guiara su deseo imperial en este caso”. Puede creerse, en consecuencia, que el viaje en enorme flota de balsas del décimo Inca —termina von Hagen— no fue a imposibles islas perdidas en la inmensidad del mar sino a *islas o a costas lejanas del litoral Norte, por las rutas frecuentadas por los*

balseros y mercaderes. Dificultades de orden atmosférico retardaron, presumiblemente, el regreso, y a ellas habría que atribuir, entonces, la duración de nueve meses o un año que tuvo la aventura.

Esta hipótesis rebaja el viaje supuestamente extraordinario del Inca, a la condición de un viaje rutinario.

El citado anteriormente Pericot y García, coge la referencia que tanto Cabello de Balboa como Sarmiento hacen de mucho oro que el Inca trajo de su viaje, para llevar la expedición hasta el distante istmo de Panamá. "El que el Inca volviera con grandes cantidades de oro hace pensar que llegase hasta la *zona del istmo*", dice⁶². Pericot habla, también, de las Galápagos y de las costas de Colombia, y se aventura con las *islas Cocos*, que están situadas, como él mismo lo especifica, a quinientas millas al nordeste de las Galápagos. Si el Inca fue hasta el istmo, quizá —propone— tocó, de recalada, en las Cocos, y se ampara para ello en el hecho, sostenido por algunos etnobotánicos, particularmente por los especialistas en la propagación de la palmera cocotera, de la posible llegada de los aborígenes americanos a dichas islas antes de la llegada de los españoles.

A LA POLINESIA

Mas, todas las hipótesis se quedan cortas ante la cuarta y última que pretende llevar a Túpac Inca Yupanqui hasta las lejanas y, al parecer, inalcanzables islas de la Polinesia.

Se da el nombre de *Polinesia* al vasto conjunto de islas, dispersas o agrupadas, en su mayoría diminutas —unas de origen volcánico, otras de origen coralino, bellísimas, cubiertas de apretada vegetación tropical, embanderadas de palmeras cocoteras y separadas por enormes distancias de las que no dan idea los mapas—, que, como las estrellas del cielo, así, en constelaciones (los archipiélagos), salpican el ancho mar. La isla más cercana al continente americano es la enigmática y llena de atractivos arqueológicos, *Pascua* o *Rapa Nui*, descubierta en 1722 por un navío holandés, que dista tres mil doscientos kilómetros de la costa peruana y se halla a los 110° de long. Oeste, aproximadamente. Pero, los grupos principales están más lejos, y son los de *Tuamotú* y las *Marquesas*, políticamente pertenecientes a Francia, los que fueron descubiertos por expediciones salidas del Callao en la segunda mitad del siglo XVI. El primero se halla a seis mil kilómetros y el segundo a siete mil, de la costa peruana. Entre Pascua y las Tuamotú está la isla de *Mangareva*, perteneciente al grupo de las Gambier, de la cual se hará en seguida especial referencia.

LA EXPEDICION DE TUPAC INCA YUPANQUI

Sostiene esta hipótesis que el Inca, en su enorme flota de grandes balsas, con veinte mil hombres de guerra, navegando por días y días, por semanas y meses, impertérrito y confiado en la versión de los mercaderes y en las palabras de seguridad de su adivino Antarqui, cruzó el ancho mar y llegó a algunas de las citadas islas de la Polinesia oriental. Midiendo sus palabras y sin comprometerse mayormente, pero entusiasmado por la audaz hipótesis, Baudin dice: *Ayachumbi* y *Ninachumbi* (la anarquía ortográfica es completa) se cree que sean las Galápagos, pero el botín que trajo el Inca no encaja con la naturaleza de esas islas: trajo *rehenes negros*, oro, un trono de cobre, un pellejo y un hueso de caballo. La expedición duró de nueve meses a doce. *Por la duración, quizá fue hasta la Polinesia*⁶³. Después, en otra de sus difundidas obras, el mismo Baudin se reafirma, un poco más convencido pero siempre sin comprometerse: el Inca navegó mucho tiempo, tanto que se le dio por perdido en el Cusco, y *tocó en una isla desconocida de la Polinesia*, de la que trajo copioso botín de guerra y, sobre todo, *rehenes de piel negra*. No trajo noticia de haber tropezado, ni a la ida ni al retorno, con arrecifes que pusieran en peligro la integridad de su flota de balsas⁶⁴.

Pericot y García no se echa atrás tampoco, cuando de la Polinesia se habla, e inscribe su nombre pero en el grupo de los más prudentes, opinando con el recato de quien entra en el juego para tentar la suerte y nada más. Insinúa: "Las balsas de troncos de la costa del Perú parecen haber permitido largos desplazamientos, *hasta las islas orientales de la Polinesia*"⁶⁵. Y en otra parte: "La balsa fue usada también en la Polinesia, incluso cuando ya la canoa había suplantado aquel tipo más primitivo"⁶⁶. Esto podría tenerse —postula— como un *préstamo de los navegantes americanos llegados a las islas oceánicas*, y podría respaldar la opinión de que *Túpac Inca Yupanqui llegó a la Polinesia oriental*.

Pero, de todos los representantes de esta teoría, el principal es Paul Rivet, que con sus meticulosos estudios de Antropología y Lingüística, desarrollados durante medio siglo, y su admirable obra *Los orígenes del hombre americano*, ganó justa celebridad mundial. Fue, también, director del *Museo del Hombre*, de París, al que puso en el primer plano de la ciencia. Para Rivet, a la inversa de Jiménez de la Espada y Riva Agüero, el significado de los nombres de las islas *Ahua Chumbi* y *Nina Chumbi*, carece de importancia; salvo, dice, que la etimología sea mochica, porque entonces la traducción sería: *Ain Chomi*, allá, lobo de mar; *Nicna Chomi*, adentro, lobo de mar. Pero, prefiere pasar por alto sobre este aspecto de la investigación, por las muchas dudas que trae, y se apoya, para su propia interpretación, primero en

Valiéndose de un cuchillo, que acciona con las dos manos, el pescador saca las escamas a la presa en la misma embarcación. El moño prominente, y el gorro, que una cinta sujeta al cuello, revelan al hombre del oficio.

La embarcación es una balsa de totora (*caballito*). El asa-estribo es de sección casi cuadrada, y el gollete tubular, tras un leve ensanchamiento cerca de la boca, termina por cerrarse, también ligeramente, en el borde mismo. Dos prominencias, típicas del estilo, aparecen en la unión del asa con el gollete. Dimensiones:

largo, 22 centímetros; alto, 20; ancho, 8.

(*Chimú último* —estilo que Tello llamó *Tallán*—. Costa Norte, departamento de Piura. Periodo Intermedio tardío, siglo XIV, próxima la dominación incaica. Museo Nacional de Antropología y Arqueología.

Foto: Manuel Romero).





Sobre el cuerpo oblongo del cántaro, que puede representar un fardo de material flotante recubierto de una malla, aparece la figura de un pescador, con huara. Pero la postura de brazos y piernas parece desvirtuar la suposición de que el hombre reposara sobre el flotador, porque más bien parece indicar que nadara. (*Nasca*. Río Grande, departamento de Ica. Periodo Intermedio temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: *Fernando La Rosa*).

la duración del crucero, después en la factibilidad de los viajes transpacíficos en balsa ("la balsa —subraya— podía permitir largas travesías en un mar calmado, como lo es con frecuencia el Pacífico en la región de los trópicos") y, principalmente, en ciertas leyendas oceánicas cuyo contenido —dice— no deja lugar a la menor duda: *Túpac Inca Yupanqui llegó a la isla Mangareva*. Para el efecto, considera una tradición recogida por F. W. Christian⁶⁷, quien dice: "Los mangarevienses conservan la tradición de un jefe llamado *Tupa* [¿Topa... Topa Inca?, sospechamos], un hombre rojo, que vino del *Este* con una flota de *embarcaciones de tipo no-polinesio* en forma de *balsas*". Rivet comenta a continuación: "La descripción de las naves, el nombre y la descripción de su jefe, la dirección en que llegaba la flota, *todo evoca en esta tradición la expedición de Túpac Yupanqui*". Es decir —insiste—, del texto de la leyenda se desprende elementos de juicio bastantes para creer que "las tocadas por el Inca corresponden al archipiélago Gambier", al Sur de las Tuamotú (más o menos a 23° de lat. Sur y a 140° de long. Oeste)⁶⁸.

Juntamente con Christian, a quien sigue Rivet, otro arqueólogo especializado en la isla de Mangareva y en los atoles próximos, ha destacado el valor de la citada tradición. El aporte de K.P. Emory abre, así, las puertas también a la interpretación anotada y apuntala la sugestiva teoría del destino polinesio del caudillo cusqueño⁶⁹.

PASCUA Y MANGAREVA

En los últimos años, la tesis del destino polinesio de la expedición de Túpac Inca Yupanqui, ha ganado, no diremos firmeza pero sí notoriedad, con las experiencias y estudios del discutido Thor Heyerdahl.

En términos generales, Heyerdahl sostiene que los antiguos habitantes de la costa peruana —y del Ecuador también— tuvieron un *dominio completo del mar*. Navegaban con sus balsas al Norte, hasta la región del istmo de Panamá. Comercian con todos los pueblos del litoral Norte. Iban y venían a su antojo, en travesías cómodas y seguras, rutinarias. De esta manera, hicieron suyas, desde muy temprano —mucho antes de los Incas—, las costas septentrionales, más allá de Manta y Esmeraldas, hasta el citado istmo, seguramente hasta Centroamérica y México. *También hicieron suyas las islas Galápagos*, a las que iban en procura de pesca. Túpac Inca Yupanqui quizá fue a las Galápagos, al frente de una gran flota, con muchos hombres de guerra, para tomar posesión de esa extraña tierra e incorporarla al dominio del imperio; pero ese —dice Heyerdahl— fue un viaje sin importancia, casi sin riesgo, una simple empresa de

conquista para la que el caudillo utilizó el servicio de los balseiros de Manta, muy experimentados y habilísimos en la conducción por esos mares. El verdadero viaje hazañoso, el de la increíble aventura que oyeron y reseñaron los cronistas Cabello de Balboa y Sarmiento, el de los nueve o doce meses de duración con muchísimas balsas grandes, a vela, y miles de guerreros, *fue a la Polinesia y tocó en la citada isla Mangareva*. En sus tradiciones, los nativos de Mangareva recuerdan la hazaña del *jefe rojo* llegado de por donde el sol se levanta, y aún hoy, a pesar del mucho tiempo transcurrido, le dedican grandes fiestas con vistosos bailes y aparatoso despliegue náutico en medio de los atoles. En estas fiestas, según relata el propio Heyerdahl en abono de su teoría, sale el rey *Topa* a la cabeza de sus guerreros y cubierta la cara con una máscara grotesca, "hecha con un trozo de tronco hueco de palmera", a la usanza de hace siglos⁷⁰.

Inicialmente, Heyerdahl consideró la posibilidad de que el gran caudillo cusqueño hubiera desembarcado en la isla de *Pascua*. Esta es una isla de tamaño insignificante (un triángulo cuyo lado mayor tiene apenas veintidós kilómetros); dista del continente americano, como ya se dijo, más de tres mil doscientos kilómetros: un punto, por consiguiente, en medio de la inmensidad del mar, pero contiene en su breve extensión un conjunto de monumentos arqueológicos como no hay otro en los incontables archipiélagos de Oceanía. Arqueológicamente, Pascua es un tesoro universal.

Por su pequeñez, sin embargo, Heyerdahl dudó que una flota salida del Perú hubiera podido dar con la isla; mas, reparando en los modos de distribución de las embarcaciones en las largas travesías, no tardó en admitir la posibilidad. "A primera vista parecería *imposible* que se pudiera tocar en la isla de Pascua *viajando desde Tumbes*, pero, pensándolo bien, sería más correcto decir que es *improbable*. Como lo ha hecho notar Hornell, la gran flota de balsas... se hizo a la mar *en busca expresamente de islas que se hallaban en determinada posición*, y las balsas no habrían ido tontamente en fila india. La historia incaica afirma que participaron veinte mil hombres, lo cual significaría que *cuatrocientas o más balsas*, bien tripuladas, tomaron parte en la búsqueda de tales islas. Si esto se ha de aceptar en forma textual o, por lo menos, como indicación de que salió un gran ejército, el grupo explorador pudo haberse distribuido sobre *un frente de vastas dimensiones*"⁷¹.

No hay, empero —observa Heyerdahl—, pruebas más concretas sobre la posible llegada de Túpac Inca Yupanqui a Pascua. Falta en esta isla la leyenda del caudillo individualizado, del gran jefe que arriba al frente de una flota y toma posesión de la tierra, para volver más tarde a su país de origen, donde

LA EXPEDICION DE TUPAC INCA YUPANQUI

sus súbitos le esperan. Por eso, aunque no descarta Pascua, considera que *las pruebas favorecen a Mangareva*, y allí, entonces, aconseja dirigir la mirada en busca de luz para despejar el misterio que envuelve el viaje del caudillo inca.

La argumentación de Heyerdahl es una ampliación, muy cuidadosa y bien razonada, de la de Rivet. Como éste, también Heyerdahl parte de los trabajos de Christian, cumplidos entre 1899 y 1924. Rivet lanzó la hipótesis de la llegada de los peruanos a Mangareva en 1928: ese año, el sabio francés “sugirió que Mangareva era la isla habitada que Túpac Yupanqui había visitado desde el Perú”. Una exposición sucinta de la leyenda del *jefe rojo*, Tupa, que desde el Este llegó a Mangareva, está en el ameno libro del escritor noruego, *Aku Aku*, al cual ya hemos hecho varias veces referencia. “Según la leyenda —empezaba Heyerdahl—, aquel monarca había llegado a la isla desde Oriente, con una numerosa flotilla de *grandes balsas a vela*. Tras permanecer algunos meses en Mangareva, regresó a su *poderoso reino situado hacia el Este*, para no volver nunca a la isla”. Agrega este comentario: “Tanto en tiempo como en lugar, estos hechos concuerdan de modo sorprendente con la leyenda incaica acerca de su gran caudillo *Túpac*. Este hizo construir una enorme flotilla de *balsas de vela*, en la que se embarcó para visitar ciertas islas habitadas y lejanas cuya existencia conocía por sus propios atrevidos navegantes y mercaderes. Según los historiadores incas, Túpac invirtió casi un año en esta travesía por el Pacífico, regresando al Perú con prisioneros y botín, después de visitar dos islas habitadas... *Es muy posible que el Inca Túpac fuese el Tupa cuyo recuerdo se conserva aún en Mangareva*”⁷².

Ya anteriormente, Rivet había dicho que el viaje del Perú a Mangareva pudo haberse realizado en *cuatro meses*, en balsas a vela, con lo que la duración señalada por Cabello de Balboa y Sarmiento se justificaría. En cuanto a la capacidad náutica de las balsas, no hay en torno a ello problema alguno: Heyerdahl, con justísimo orgullo, recuerda que él, personalmente, con sus bravos seguidores, en la *Kon Tiki*, probó que los incas, “utilizando *guaras* u *orzas de deriva*”, habían podido *navegar ceñidos al viento*, “con la misma soltura que un velero”.

ANALISIS Y EXEGESIS DE LA LEYENDA DE TUPA

Por el texto escrito por un nativo de Mangareva, hijo de un jefe de la isla y depositario de la tradición lugareña —texto conocido con el nombre de *Manuscrito de Tiripone*—, se conocen detalles esclarecedores de la leyenda de *Tupa* o *Topa*, el personaje legendario que llega en balsa a la isla.

Refiere esta versión que, en la historia de la isla de Mangareva, la llegada de *Tupa* fue un acontecimiento memorable. Llegó el gran caudillo en el período de los reyes hermanos *Tavere* y *Taroi*, los cuales pueden ser ubicados en los comienzos de la décimosexta centuria, o sea, tan sólo un poco antes de la partida, según Cabello de Balboa y Sarmiento, de la expedición de Túpac Inca Yupanqui. (Heyerdahl reclama tolerancia en la confrontación de las cronologías por cuanto las versiones de que dispone el investigador contienen, todas, datos sólo aproximados).

Una de las balsas, la que llevaba precisamente al agosto jefe, era maravillosa y su tripulación tenía poderes sobrenaturales; tanto que la sola embarcación fue suficiente para, avanzando al impulso del viento, suavemente, cortar la isla y dejar en ella un canal.

Es muy importante destacar el hecho de que la *geografía de la leyenda* coincide con la supuesta ruta de llegada desde América. La flota habría salido del Perú y llegado a la isla por la banda del Este, por donde se empina todas las mañanas el sol. La isla de Mangareva, en efecto, con sus vecinas, muy pequeñas, de *Taravai*, *Aukena* y *Akamaru* (archipiélago *Gambier*), se halla rodeada por un cordón coralino, circular, casi totalmente cerrado. Este cordón presenta tres entradas, harto difíciles para cualquier embarcación: una por el Sur, la más amplia y segura; otra por el Oeste, que da directamente a Mangareva; y otra por el Este, estrecha y peligrosa, que da al islote rocoso de *Tekava*. Esta última se conoce con el nombre de *Gran Canal de Tupa* (*Teava Nui* o *Tupa*). Justamente, la leyenda de la llegada del caudillo dice que su balsa penetró por este canal, lo que coincide teniendo en cuenta que llegó procedente del Este⁷³.

A favor de la suposición de que Túpac Inca Yupanqui llegó a Mangareva pasando previamente por el canal de *Teava Nui* o *Tupa*, debe citarse, además, la *coincidencia toponímica*, que Heyerdahl, con fundada razón, destaca. En efecto: la historia de los Incas recogida por los españoles dice que la famosa expedición del caudillo cusqueño arribó a dos islas, una de las cuales se llamaba *Ava Chumbi*. Pues bien: este nombre, *Ava*, es casi idéntico al del gran canal que conduce a Mangareva a través del cinturón de coral.

De otro lado, Danielsson sugiere que la palabra quechua *Chumbi* o *Chumpi*, que aparece en los nombres de las islas de la expedición, quizá se origine de la forma de los atoles o arrecifes en forma de anillo, ya que esa palabra significa literalmente *faja* o *cinturón*.

Abundando en razones, Heyerdahl cita a Emory, quien da cuenta en uno de sus estudios sobre la arqueología de las *Gambier*, que la gente de *Timoe*, un pequeño atolón *directamente* al

Este de Mangareva, también recuerda, en forma independiente de la leyenda anterior, la llegada del rey Tupa. Tupa, dice la nueva versión, tocó primero en Timoe, "pero siguió a Mangareva porque no halló alimentos..."⁷⁴.

No acaban aquí los argumentos a favor. En ninguna otra isla de la Polinesia se habla de Tupa o Topa y de su legendario viaje. Tupa es exclusivo de Mangareva y Timoe. Esto confirma que el jefe rojo, al frente de su flota de balsas, llegó del Este, del lado de América, porque, de lo contrario, arribando del Norte o del Oeste, habría dejado recuerdos de su paso en otras islas de la Polinesia. Este argumento, por lo menos, respalda la teoría de la *dirección del viaje*.

De otro lado, la leyenda dice que el jefe, antes de embarcarse de retorno a su lejano país, expresó que su imperio era muy rico y la tierra, vasta. Por eso, los habitantes de Mangareva, en su idioma, llamaron a la tierra del caudillo, *Hawiki* y *Takere no te henua*, lo cual se sabe por el propio decir de los naturales de hoy. Tupa dijo también que su país "contenía una gran población, gobernada por reyes poderosos".

Heyerdahl se muestra muy entusiasta ante la idea de que *Tupa* es el Túpac Inca Yupanqui de la historia peruana. Dice, regocijado y convencido, empeñado en contagiar su regocijo y convencimiento: "Hay solamente un *Tupa* (o *Topa*) verdaderamente importante en la historia peruana, y en forma similar solamente un *Tupa* en Polinesia. Si no hubiera otra evidencia, la similitud de nombres no habría sugerido relación; pero, ninguno de ellos es recordado como un jefe apático. El *Túpac* peruano se recuerda como un rey que navegó hacia el Oeste... y retornó al Perú después de visitar dos islas habitadas distantes; y en dos islas habitadas, que son las más cercanas a América de ese océano, se recuerda a *Tupa* como a un rey extranjero que vino del Este y se quedó sólo por un breve lapso... antes de regresar a su vasta tierra con gran población y reyes poderosos. *La posibilidad, entonces, de que ambas referencias conciernan al mismo Tupa(c), es grande*"⁷⁵.

Túpac Inca Yupanqui debió, sin duda, llevarse un gran desengaño al arribar a las islas Mangareva y Timoe, escasas de recursos, pobres para su gran expectativa, en las que no halló nada importante para conducir a su reino: no otras cosas que "artefactos neolíticos, pescado, un poco de fruta y un suministro limitado de carne para sus fatigados balseros". Entonces, alzó con lo único verdaderamente llamativo de la isla grande, que eran los *hombres negros* o casi negros que la poblaban, melanosoides que mostró a su retorno como trofeo de conquista de una tierra que nada valía frente a la vastedad y bonanza de su propio país.

Por el fervor que pone en todos sus escritos —escritos de marcado tinte polémico y, según Imbelloni, de tendencia publicitaria, lo que desagrade profundamente a la investigación científica— Heyerdahl, por momentos, en su entusiasta e indesmayable cruzada, parece ganar prosélitos para su teoría. Su posición coincide, además, con el auge que ha tomado en los últimos tiempos, no sólo en el campo de la Etnología sino en el de la Arqueología, la tendencia difusionista, como se ha explicado en el capítulo sexto. Hoy se cree que el Pacífico no ha sido abismo ni barrera entre los pueblos que habitan los contornos de su inmensa cuenca, sino nexo, aunque muy difícil, para la comunicación, si no sistemática, sí eventual. Pero, la cautela, felizmente, es una norma de conducta que sigue imperando por doquier los misterios del pasado excitan el interés de la ciencia y el afán cognoscitivo de los hombres. Heyerdahl ha sido escuchado, ha sido admitido; sus teorías han ganado aplausos de admiración; Heyerdahl no ha sido rechazado; pero está en debate, dividiéndose el auditorio en detractores y panegiristas. Es *muy moderno* hablar de viajes a través del Pacífico, desde América, desde la costa peruana, hasta las islas de la Polinesia oriental, Mangareva por ejemplo; lo audaz siempre es *moderno*; pero la cautela, que es norma consubstancial de la pesquisa científica, recomienda considerar todos los factores, todas las circunstancias y, sobre todo, poner freno a los excesos de un infundado optimismo y a los excesos de la imaginación, aunque en este caso el optimismo y la imaginación se apoyen en la experiencia personalmente vivida de una aventura marítima extraordinaria, cual la que protagonizó Heyerdahl en la balsa *Kon Tiki*.

Sin referirse particularmente al viaje de Túpac Inca Yupanqui, Georg Friederici rechazó la posibilidad de que indios americanos, navegando en balsas, hubieran llegado a las islas más próximas de Oceanía. Para él ni siquiera habrían podido llegar a las Galápagos y Juan Fernández, está última frente a Chile, porque probado está que ambas estuvieron despobladas. “No hubo contacto entre América y las islas situadas al Oeste del meridiano de Rapa Nui (aproximadamente, 110° long. Oeste) ni jamás relaciones comerciales”. Agrega Friederici: “La emigración melano-polinésica al continente americano, sólo pudo haber tenido lugar por medio de algunas *embarcaciones perdidas*, que pueden haber sido muchas, por lo demás, en el transcurso de los tiempos”⁷⁶.

Pero, la buena disposición de ánimo para considerar, para oír la teoría por lo menos, evidentemente se ha extendido. Ya no hay para ella la repulsa de los primeros tiempos. Un profesor universitario norteamericano y arqueólogo empeñado en rastrear el ingreso del hombre al Nuevo Mundo, ha dicho reciente-

mente: con la expedición *Kon Tiki* “quedó probado... que una embarcación rudimentaria de esta especie podía superar los azares del viaje...”. Y, más adelante: Después de ese viaje, “debemos aceptar... que en tiempos antiguos algunas embarcaciones, acaso del tipo de la *Kon Tiki*, hicieron el *viaje al Oeste*. Las tripulaciones de balsas... llevaban consigo ideas que quedaron implantadas en las islas...”. En suma: “...las conexiones culturales entre las islas del Pacífico y América deben considerarse como un *movimiento hacia el Oeste*...”⁷⁷.

El mayor éxito de Heyerdahl estriba en haber desatado la duda entre los especialistas. Hoy, los estudiosos más doctos, o se abstienen de opinar sobre los alcances del viaje de Túpac Inca Yupanqui y, en general, sobre los propuestos viajes transpacíficos, o se limitan, dubitativamente a exponer el pensamiento de otros autores, sin arriesgar el suyo propio. Esta es, entre los peruanos, la posición de Valcárcel. *Las relaciones prehistóricas entre Oceanía y el Perú*, dice, *no deben ser descartadas*. Agrega: a favor de la hipótesis de los viajes transpacíficos, hay que citar “el hecho *casi histórico* del viaje de Túpac Inca Yupanqui hacia las islas de *Nina Chumbi* y *Jawa Chumbi*... Una inquisición más profunda en las lenguas y en la historia de las islas de Oceanía, *podría revelarnos mucho que permanece aún en el misterio*. Naturalmente, hay necesidad de *reprimir tentaciones* como las que ofrecen ciertas toponimias, como el nombre de la isla de *Hawaii* que, con precipitación entusiasta, podría identificarse con la de *Jawa Chumbi* (Isla de Afuera), visitada por el monarca cusqueño en el siglo XV”⁷⁸.

¡DESTINO IGNORADO!

Cada hipótesis ha acumulado pruebas y sus defensores disponen de buenos argumentos, que hábilmente saben esgrimir. Pero, cada *argumento a favor* de una hipótesis se convierte en un *argumento en contra* de las demás, y así unas y otras se anulan. Al final, tras muchos años de discusión y de examen de las fuentes y posibilidades, el problema se mantiene sin solución, y el destino de la famosa expedición del caudillo cusqueño ¡permanece ignorado!

Esta fue, en su estudio de 1942 sobre la navegación prehispánica, la posición que adoptó Means. Sus premisas fueron: *primera*, el viaje se realizó y al frente de él estuvo Tupac Inca Yupanqui (no se trata, por consiguiente, de una fábula); *segunda*, el viaje fue hacia el Oeste y partió de la región del golfo de Guayaquil o de Manta, por el año 1480; *tercera*, en el viaje se utilizó el mejor tipo de balsa que conocían los Incas (como el que vio Humboldt —dice Means)—, es decir: de gruesos troncos de palo

de balsa, con proa afilada, vela cuadrada y cobertizo de techo de doble vertiente al centro de la plataforma, para guarecer a los tripulantes; además, con *guaras*, o sea tablas clavadas entre los troncos para enrumbar la embarcación y mantenerla en rumbo; los troncos estaban sujetos, finalmente, con fuertes travesaños y atados entre sí con bejucos o, mejor, con cuerdas de bejuco, bien trenzadas. En suma: el viaje se realizó, hacia el Oeste y en las mejores balsas de entonces; pero, ¿hacia adónde? He allí el problema, hasta ahora sin solución.

Means examina, una a una, las soluciones propuestas:

1º) *La expedición llegó a la Gorgona o a La Plata*, pero se hace estas preguntas: ¿nueve meses o un año para una u otra? ¿por qué tanto tiempo? ¿y los prisioneros de guerra de piel negra? ¿de dónde? Finalmente: ¿y el caballo que se trajo como trofeo? El edificio se desmorona y hay que descartar esta solución.

2º) *A las Galápagos*, pero se hace estas preguntas, igualmente demoledoras: ¿y de dónde los negros si sabemos que estas islas estaban totalmente deshabitadas? ¿y el trono de bronce, cuando en las Galápagos no había, por lo expuesto, ninguna civilización? Entonces, también hay que descartar esta solución.

3º) *A la Polinesia*, pero ¿cómo no aprendieron los peruanos de la expedición a construir las embarcaciones notables que allí se usaban? ¿por qué no trajeron piraguas construidas por los isleños de allá? y ¿cómo no fueron seguidos por los polinesios, que eran eximios navegantes? Entonces, también hay que descartar esta solución, demasiado audaz por añadidura.

Queda la pregunta, que entraña el problema básico del extraordinario suceso histórico: ¿a dónde?

Means se resigna a esperar nuevos datos. Hasta ahora no hay respuesta aceptable, dice. Mientras tanto —recomienda— “*el problema de adónde fué la expedición debería ser estudiado minuciosamente*”⁷⁹.

Para muchos, esta es la única posición efectiva y cierta que queda.

LAS MISTERIOSAS ISLAS A PONIENTE

Cabello de Balboa y Sarmiento no fueron los únicos que hablaron de islas a Poniente, pobladas y ricas, con abundancia de oro y cosas valiosas, tentadoras a punto tal que llegaron a impulsar al gran caudillo Túpac Inca Yupanqui a la aventura extraordinaria de buscarlas hasta dar con ellas. Otros cronistas dejaron versiones recogidas directamente de los indios⁸⁰ tocantes a la existencia de misteriosas islas más allá del horizonte, de las que periódicamente llegaban mercaderes para cambiar sus productos y regresar con los obtenidos en la costa peruana. Por lo general, estas versiones hablan de los indios de *Ica*, *Arica* y

Acari como los presuntos anfitriones de los extranjeros. Ellos acogían a los visitantes, los recepcionaban —comunicándose no sabemos en qué idioma— intercambiaban sus productos por los llegados de fuera y favorecían, así, una relación comercial muy poco común a través de inmensas distancias. Algunas veces se indica que eran los indios de acá los que salían en sus barcas hacia el lejano mar, para arribar a islas en las que sus productos eran muy solicitados. “Cuentan los indios de *Ica* y *Arica* —dejó dicho el P. Acosta—, que solían antiguamente navegar a unas *islas al Poniente*, muy lejos, y la navegación era en unos cueros de lobo marino, hinchados... No faltan indicios de que se haya navegado la mar del Sur antes que viniesen españoles por ella”⁸⁰. Fray Martín de Murúa hizo la siguiente referencia directamente conectada a la relación del viaje de Túpac Inca Yupanqui: “Destas islas —dice— que conquistó Tupa Ynga Yupanqui (*Hahua Chumpi* y *Nina Chumpi*) en la mar el día de hoy no hay noticia ninguna cierta más de la confusa de los que dizen que hay *islas con gente algo amulatada*, y otros indios antiguos, que refieren que en tiempos pasados de los Yngas venían a la costa deste reyno por diversas partes, en unas canoas o balsas muy grandes, *indios de ciertas islas* a rescatar oro y perlas y caracoles grandes, muy ricos y vestidos de algodón. *Esto ha cesado del todo*, pues desde que los españoles entraron en este reyno no hay memoria que semejantes gentes ni indios vengan de islas ni de otras partes de fuera deste Reyno a rescate de oro, plata ni de otras cosas, por lo cual se entiende que sabiendo la entrada y conquista de los españoles en este Reyno y como se habían apoderado dél y su condición y aun codicia insaciable, se han retirado y no quieren venir...”⁸¹.

Igual noticia trae Cieza: “Algunos indios y cristianos dicen que por el paraje de *Hacari*, bien adentro en la mar, hay unas *islas grandes y ricas*, de las cuales publica la fama que se traía mucha suma de oro para contratar con los naturales desta costa. En el año 1550 salí yo del Perú —agrega el cronista—, y habían los señores de la Audiencia real encargado al Capitán Gómez Solís el descubrimiento destas islas. Créese que serán ricas, si las hay”⁸². Este Gómez de Solís fue uno de los tantos capitanes de la Conquista, que sirvió primero a las órdenes de Gonzalo Pizarro y luego se pasó a las filas del enviado del Rey, D. Pedro de La Gasca, al cual siguió con toda obsecuencia, traicionando a su antiguo amo. Creyente de la leyenda de las islas, pidió permiso al Pacificador para armar expedición descubridora, y lo obtuvo sin dilación; mas, encargos urgentes de su protector, que hubo de cumplir de inmediato en Charcas, retardaron su plan. Cuando regresó ya La Gasca se había ido (1550) y tuvo que acudir, entonces, a la Audiencia, como narra Cieza, para la renovación del permiso⁸³.

Pero, Cieza no sólo hizo referencia a las misteriosas islas de más allá del horizonte según el decir de los indios, sino que incorporó al texto de otra de sus obras la relación de un capitán español, huyendo por mar de la persecución del *demonio* de Carvajal, durante la guerra de Gonzalo Pizarro, dijo haber encontrado "*una isla de admirable grandeza*", *cuyos habitantes, en la edad antigua de los señores del Cusco, sostenían activo comercio con los indios de la costa peruana, a la que llegaban en sus gallardas embarcaciones, "grandes piraguas o canoas"*. He aquí el trozo alusivo a esta isla, y otras situadas a Poniente, sacado de *La Guerra de Quito*, que es el *Libro Tercero de las Guerras Civiles del Perú*: "Contar quiero agora lo que le sucedió a Diego de Rivadeneira después que tomó la nave, hasta que con ella allegó al gran reino de la Nueva España, y holgara tener relación cierta para poder decir en los grados que está *una isla de admirable grandeza* que por él y los que iban en su nave fue vista; como no llevase patrón o piloto que bien entendiese la navegación, no dan más relación de la que vieron con los ojos. Noticia muy grande se tiene entre los bárbaros moradores de los valles que están entre los arenales confinantes a la mar austral, que *hay muy grandes islas pobladas de gentes ricas y abastadas de muchos metales de oro y plata*, y bien proveídas de arboledas frutíferas y de otros muchos mantenimientos, y aun afirman que *en grandes piraguas o canoas* venían a la tierra firme a sus contrataciones trayendo gran cantidad de oro, y algunos españoles de nuestra nación dicen que en *Acari*, que es un valle destes que digo, se vido un grande pedazo de una destas canoas o piraguas, por donde se verifica ser verdad lo que apregonan esta fama. *Y realmente hay islas grandes y muy ricas*, las cuales se hobieran ya descubierto si las guerras civiles por su crueldad hobieran dado lugar, especialmente *las que están enfrente de Acari*. Creer lo que dicen, que estando frente en el golfo puedan venir a la tierra firme en canoas, no nos hemos de espantar, pues antes que este imperio fuese ocupado y ganado por los españoles, de la isla Española venían destas canoas a la isla de Cuba, y aun algunas allegaron a la tierra firme del Océano o mar del Norte, y agora ninguna nave navega por aquella parte que no corre tormenta, con lo cual muchos navíos son sorbidos y anegados; quiere Dios que se usen las cosas menores hasta que haya otras mayores, y es servido de en todo mostrar su gran poder; no embargante que *estas islas se cree que están bien adentro en el mar*, no hay duda sino que si buenos pilotos las fuesen a buscar, que las toparian"⁸⁴.

No sólo Cieza conoció la versión del capitán Rivadeneira; otros cronistas también la consignan, con lujo de pormenores. Uno de ellos es Gutiérrez de Santa Clara. Cuenta, remontándose a

los antecedentes, que en el viaje que hizo el capitán Diego de Rivadeneira del puerto de Quilca, donde se salvó de la celada que le había tendido Francisco de Carvajal, hasta Nueva España, sin tocar en tierra firme en ninguna parte (por 1546 o año siguiente), descubrió "las *siete Islas Perdidas*, que ellos llamaron *de los patagones* que según fama son muy ricas, más de oro que de plata, y *están enfrente del pueblo de Ica*, que es en las tierras del Perú, junto a la línea equinoccial [¡ !], hacia el Norte. Y estas islas pobladas de *hombres medio gigantes* y de grandes y disformes pies, y Diego de Rivadeneira por esta razón los llamó patagones, *según que los indios de Ica lo dicen, porque tuvieron con ellos grandes contrataciones antes que los españoles viniesen a conquistar estas tierras...*"⁸⁵.

Esta versión es caótica en su geografía y no tiene la menor correspondencia con la realidad, pero tras el aparato falso se esconden hechos factibles, que pueden significar el fondo de verdad de la leyenda; por ejemplo, el hecho de las *contrataciones* que los pueblos de la costa sostenían con los habitantes de lejanas islas. La idea fundamental en la raíz de la leyenda es la del *comercio* con pueblos distantes, idea no descartable.

Calvete de Estrella da otros detalles e incorpora relatos nuevos igualmente relacionados con la obsesión de las islas. Explica en su ameno texto que terminada la guerra de Gonzalo Pizarro con el triunfo de La Gasca en Jaquijahuana y entrado el país a una etapa de ordenamiento y pacificación, otros asuntos, que no ya las luchas intestinas, comenzaron a interesar a los capitanes y soldados de la conquista. Entre estos asuntos cobró pronto singular relieve el de las *islas*. Varios pilotos que habían servido en la armada contaron saber que existían en la Mar del Sur, frente a las costas del Perú, *numerosas islas*, grandes y muy ricas, pobladas de gentes entregadas al comercio, y que en otro tiempo, durante el gobierno de los reyes incas, antes de la llegada de los cristianos, estas gentes llegaban al Perú en sus embarcaciones para cambiar productos. Más concretamente: algunos pilotos revelaron que, navegando del Perú a Nicaragua o a la Nueva España, habían topado con estas islas al perder la derrota por los vientos o las corrientes, de lo que se felicitaban porque habían visto paraísos perdidos. El relato más difundido y sorprendente entonces, por sus rasgos de verosimilitud, era el del capitán Rivadeneira. Como Calvete de Estrella da cuenta de lo que decía Rivadeneira con datos que no aparecen en la otra versión ya transcrita, copiamos la suya. El capitán Rivadeneira —sabemos ya—, huyendo de Carvajal, que perseguía también a Diego Centeno, se había embarcado en el puerto de Arequipa en un navío, y, navegando al Norte, encontrado, sobre la equinoccial, "una isla tan grande que pensó que era tierra firme, y que navegó casi dos días y dos noches con

próspero tiempo hacia el Poniente, más de ciento y cincuenta leguas de costa, y que por no ver gente, no osara saltar en tierra...''⁸⁶.

¿Era el grupo de las Galápagos, ya descubierto por el navío del Obispo Berlanga, en 1535? ¿Cocos, Malpelo? No hay otras islas en la ruta del Perú a Nicaragua, salvo las imponderables de la imaginación.

Para elevar la temperatura en las pobres cabezas calenturientas de los capitanes de la época, el cronista agregó estos dos otros relatos. El piloto Nicolás de Ibarra contaba "que navegando desde Panamá al Perú... se apartaron ciento y cuarenta leguas de la costa y a diez grados de la parte de la equinoccial hacia el Sur" (la latitud de Huarney) "venían a la mañana mucha cantidad de pájaros de la parte de Poniente y se volvían a la tarde... Lo cual era señal de que salían de alguna isla...". El piloto Francisco López contaba por su parte que "viniendo el año 1548... apartado de la costa del Perú por ciento y cincuenta leguas y a catorce grados y medio de la Equinoccial hacia el Sur, que era en el paraje de Sangalla" (Sangallán, en Pisco —un lugar y las islas—) "vio muchos maderos que traía el agua de hacia la parte de Poniente, que era señal que venía de tierra muy ancha y extendida... y muchos de ellos quemados, que era señal que salían de tierra poblada donde se hacían fuegos...".

Nadie ganó en credulidad al apasionado pero infeliz, perseguido siempre por la estrella adversa, Pedro Sarmiento de Gamboa. Antes y después de su famoso viaje bajo el generalato de Alvaro de Mendaña, en 1567, creyó desde lo más hondo de su ser en la existencia de las islas del invicto Túpac Inca Yupanqui. Antes de emprenderlo, creyó en las islas por la versión de los amautas y quipocamayos ancianos del fenecido imperio, que le revelaron en el Cusco, durante su permanencia allí por orden de la Inquisición, el secreto alucinante de la prodigiosa aventura; y a su regreso siguió firme y tenazmente convencido en la existencia de esos perdidos mundos insulares, ahora *seguro de haberlos visto*, con sus propios ojos, en medio de la inmensidad del mar, a doscientas cuarentas leguas al Poniente de Lima. Y así, en una carta fechada en el Cusco, el 4 de marzo de 1572, cuando trabajaba por encargo del virrey Toledo la *Historia General llamada Indica*, sostuvo que las islas que había visto a los pocos días del zarpe de la expedición desde el Callao, eran las de la tradición revelada por los viejos amautas, herederos por alcurnia de los cantares de gesta de la época imperial. Le contaba a Su Majestad, el rey de España: "...yo tomé a mi cargo el trabajo e industria del descubrimiento y navegación, con título de capitán de V.M. de la nao capitana en mar y tierra y con particular instrucción de que en la navegación no se mudase

ni tomase derrota si no fuese consultada conmigo. Y aunque a los principios se hizo así, por sus fines Mendaña y el Piloto Mayor" (Hernán Gallego) "procuraron obscurecer mis servicios; así, por esto *no quisieron tomar la primera tierra que yo descubrí doscientas y tantas leguas de Lima*, a los 14 grados, que son las islas llamadas *Hahuachumbi* y *Ninachumbi*, a donde fue *Topa Inga Yupangui*... antes desganaron y fueron decayendo de altura cuarenta y tantos días, haciéndoles yo muchos requerimientos..."¹⁸⁷.

Autor, por versión de los indios, y responsable —juntamente con Sarmiento— del relato histórico de Túpac Inca Yupanqui, el P. Miguel Cabello de Balboa fue otro creyente sincero de la *leyenda de las islas*, que tantos ardores cerebrales y devaneos había producido ya e iba a seguir produciendo todavía en los años siguientes. El fraile quiteñista no sólo habló de las tantas veces mencionada *Ahua Chumbi* y *Nina Chumbi* sino que agregó a su texto, como los cronistas anteriormente considerados, cuatro sugestivos relatos de otros tantos capitanes, todos —subrayó— "marinos de gran autoridad". El primer relato es el de Alonso Niño. Refiere que este Alonso Niño, vecino de la Ciudad de los Reyes, "este año pasado de 1585" navegando en su navío bajo la conducción del piloto Juan Gómez, con mercadería a bordo, descubrió el viernes 28 de febrero del dicho año de 1585 "muchas y muy vistosas islas en las cuales se mostraban cordilleras altas y valles", pero, desgraciadamente, la poca curiosidad de D. Alonso, lo llevó a seguirse de largo, "sin satisfacerse [la curiosidad] si eran desiertas o pobladas y aun sin tomar aguas en ellas", no obstante la necesidad harta que de agua tenían los viajeros. Agrega Cabello sobre estas misteriosas islas: "Dicen estar estas isla leste a oeste de la Plata [junto a Mantal y que les pareció, según el camino que hicieron, que estarán *ochenta o cien leguas del puerto de Payta*]"¹⁸⁸. Pero Cabello se lamenta que a D. Alonso Niño le faltase "buen ánimo y honrosa determinación", porque si los hubiera tenido se habría podido precisar —dice— la calidad de esas tierras y quizá determinado si eran las mismas que conquistó "nuestro Topa Inga Yupangui en su rústica flota".

El segundo relato es el de "...Escobar, vecino de Ica, [quien] me afirmó que yendo él huyendo de las armas de los tiranos pizarristas en tiempos pasados, él y otros diez compañeros tomaron un barco en el puerto de Arica, y con deseo de pasarse a Nueva España se metieron en él un viernes al medio día, y dice que el lunes siguiente hallaron una alta peña en el mar, horadada por medio casi a manera de argollas y sortija, y pasando adelante el viernes siguiente (a los nueve días de navegación) *vieron y descubrieron una grande y espaciosa isla*, muy

ocupada de sementeras de yuca y maíz, y apacible y de buen temple, y llegando a tierra mataron algunas palomas torcaces, de que había en mucha cantidad, y pasaron adelante sin osar detenerse”⁸⁹.

Los detalles de esta misteriosa isla son tan pintorescos en el relato transcrito y la falsedad tan completa, que la crítica histórica no puede menos que expresar su asombro por fertilidad tan grande de imaginación: de imaginación al servicio de una idea obsesionante, ya enfermiza.

El tercer relato, breve pero igualmente desbordante en significado, es el de Nicolás Degio, “piloto y marinero muy antiguo en este mar del Sur”, quien contó a Cabello de Balboa haber visto, él mismo, con sus propios ojos —ojos avezados de hombre de mar—, “otras islas semejantes en el mismo paraje...”. Para certificar que Degio no mentía ni exageraba, Cabello agregó a su relato el siguiente colofón: “y otras personas afirman haber visto en ellas [en las islas susodichas], *gentes y sementeras*”.

La cuarta y última referencia sobre las islas en la *Miscelánea*, es impersonal. Se trata de la manifestación conjunta de “acreditados marineros”, hombres todos de fe, veraces y serios, de mucha experiencia en navegaciones y de conocimiento de todos los secretos de la mar del Sur, que contaron al cronista que paralela a la costa, a una distancia de “cien leguas, algo más o menos”, desde el Polo Artico hasta el Polo Antártico, “*va cierta cordillera de islas*”. Es probable —comenta el cronista autor de la recopilación— que “en algunas de estas [islas] aportó el Inga con su flota y de allá trujo las cosas referidas”.

LA HISTORIA DE “CHEPO” Y EL PODEROSO IMPERIO DE LAS ISLAS

Pero, ningún relato gana en interés, por el fonde de verdad que puede tener, ni en fantasía, por los enormes infundios que acumula, al contenido en un extraño documento de la *Biblioteca del Depósito Hidrográfico* que Justo Zaragoza publicó en su *Historia del descubrimiento de las regiones austriales*, de 1880⁹⁰. El documento da cuenta de *navigaciones de los “indios” de Oceanía al Perú*, según relato de un *nativo de las islas Salomón* al capitán español *Francisco de Cáceres*, miembro presumiblemente de la expedición de Alvaro de Mendaña de 1567 (aunque no debe descartarse la posibilidad de que haya pertenecido a la segunda expedición del mismo Mendaña, de 1595, en cuyo caso el declarante habría sido, no de las Salomón, como dice el texto que luego ofrecemos, sino de la isla Santa Cruz, que fue el centro de operaciones del infortunado navegante hasta su muerte, ocurrida, por enfermedad, allí mismo).

Tanto Zaragoza como Jiménez de la Espada destacan que se trata de un *documento de extraordinario valor* por los informes detallados que da relativos a las *navigaciones que hacían los indígenas de las islas del Pacífico antes de la llegada de los españoles*. El relato registra nombres y habla de islas cuyos habitantes, gobernados por reyes muy poderosos, tanto o más que los Incas del Perú, *navegaban periódicamente y de manera regular entre dichas islas y los puertos peruanos de Arica e Ilo*, tardando de sus islas al continente alrededor de dos meses. Igualmente, han destacado los dos polígrafos arriba citados que los tales "indios" de las islas de Oceanía usaban para sus navegaciones al continente, no piraguas sino *balsas*, las cuales eran hechas "de palo". "*Las balsas que tenían eran de palo*".

El texto del intrigante documento, es el siguiente:

"Relación muy particular dada al capitán Francisco de Cáceres por un indio que se llama *Chepo*, y sería de edad de ciento quince a ciento veinte años, *de las islas de Salomón*, que están en la mar del Sur, con expresiones de sus nombres y el tiempo que tardaban los indios sus naturales desde el puerto de Arica y de Ilo a ellas...

"Un indio que se llama *Chepo*, que sería de edad de ciento quince o ciento veinte años, dijo que en todo lo que se le preguntase acerca de las dichas islas, diría la verdad, con presupuesto que si mintiese le matarían; y esto fue en tiempo del capitán Francisco de Cáceres, que procurando por dicho indio topó con él, y le dio la relación siguiente:

"Preguntado que desde donde atravesaban los indios de la dicha isla, dijo que:

"—Desde el puerto de Arica y el de Ilo.

"Preguntado que cuántos días tardaban los dichos indios en ir desde los dichos puertos a las dichas islas, dijo que:

"—Tardaban dos meses en dar en una isla despoblada que se llamaba *Coatu*, que tiene tres cerros altos, en donde hay muchos pájaros.

"Preguntado que cómo se llama la primera isla después de la despoblada, dijo que:

"—Se llamaba *Qüen*, que tiene mucha gente y el señor de ella se llama *Qüentique*.

"Preguntósele si había más señores, dijo que:

"—Otros dos se llaman *Uquenique* y *Cauxanique*.

"Preguntósele si había otras islas, y dijo que:

"—Si, la cual se llama *Acabana*.

"Preguntósele cuántos días tardaban en ir desde la isla de *Qüen* a la de *Acabana*, dijo que:

"—Diez días.

"Preguntósele que cuál es mayor; dijo que:

"—*Acabana*.

“Preguntósele si tenía algún señor la dicha isla; dijo que:

“—Si y del mismo nombre de la misma isla, y que tiene un hijo que se llama *Casira*, el cual gobierna y manda toda la dicha isla en lugar del padre, el cual dicho padre por su autoridad había dado el mando y facultad al dicho su hijo que gobernase la dicha isla, sin entenderse él en ella.

“Preguntósele que si habían muchos señores otros, sujetos a los dichos padre e hijo; dijo que:

“—Si, que son los señores de las primeras islas susodichas y otras que no sabe los nombres.

“Preguntósele si era mayor señor éste que *Guaynacava*”, y dijo que:

“—Sí.

“Preguntósele que si esta isla de Acabana sabe que lo es” (o sea: si es isla o continente); “dijo que:

“—No lo sabe, porque es tan grande que no sabe si isla o tierra firme.

“Preguntado si hay ovejas, dijo que:

“—Sí, y guanacos y venados.

“Preguntósele de qué se visten, y dijo que:

“—De algodón y lana.

“Preguntado que qué traen en la cabeza, dijo que:

“—Unas *llantos*” [¿llautos?] “como los indios *chichas*” [¿chinchas?].

“Preguntósele que qué traía Acabana en la cabeza, dijo que:

“—Un *chuco* como de collas, y al derredor lleno de oro, y unas plumas encima.

“—Y, asimismo, que traía vestido —dijo— que era de lana y algodón muy galano.

“Preguntado en qué caminaba el dicho Acabana de un pueblo a otro, dijo que:

“—En unas andas, que todo el cerco de ellas y todo lo alto para guarda del sol, era de oro.

“Preguntósele de qué eran las casas en que habitaban, dijo que:

“—De tierra eran las tapias, muy bien hechas, y unas cintas que las cercaban de oro, y que los señores se sirven con oro y que no había visto plata ni la había.

“Preguntado en qué adoraban estos indios, dijo que:

“—En una *guaca* que tienen, y dentro de ella un bulto y persona hecha de oro.

“Preguntado qué le ofrecían, dijo que:

“—Unas piedras azules, coloradas y blancas, y mucho oro y ropa de algodón y lana de todos los colores, muy galanas y pintadas.

“Preguntado qué lenguaje tenían, dijo que:

“—Sabía que entendían la lengua de *D. Sebastián Camanchac*.

“Avisáronle que si todo lo que había dicho era verdad, porque donde no le castigarían, y refirió ser así ut supra, y que *las balsas que tenían eran de palo*”.

OTRA ISLA INMENSA FRENTE A ARICA

Tantos y tan sabrosos fueron los relatos del jaez de los textos reproducidos, que el archivo de Simancas, según cuenta Zaragoza, formó un legajo con el rubro de *Papeles tocantes a las Islas de Poniente*, que comprendía los años de 1570 a 1588.

Uno de esos relatos, tan extraordinario como el del “indio” *Chepo*, y que tanto Zaragoza como Jiménez de la Espada publicaron separadamente²², refiere, en una forma en la que la sorpresa va de palabra en palabra, la existencia de una *inmensa isla frente a Arica*, en la latitud de los 18 grados y medio para mayor precisión, poblada de gentes industriosas y bien organizadas, las que eran eximias en el arte de la navegación, tanto que antes de la llegada de los españoles sostenían comercio con los indios de Ilo, viajando en sus grandes balsas.

Dice el relato “que viniendo un navío muchos tiempos ha, de la gobernación de Chile, con recio tiempo y tempestuoso, fue a dar a una isla muy grande, por la cual anduvieron bojando cincuenta días y nunca la hallaron cabo, y tomaron el sol y altura y hallaron que estaba en *18 grados*, medio más o menos, y por ser poca la gente no osaron saltar a tierra, aunque por señas los indios les persuadían a que saltasen y que les darían todo lo que hubiesen menester; y por necesidad de comida que tenían, determinó de echar suertes en que uno a quien cupiese saltase en tierra a su aventura, y cupo a un *Juan Montañés*, y éste saltó en tierra y anduvo por ella adentro nueve leguas, y vido en ella tres pueblos, que el uno de ellos le pareció tan grande como la ciudad de los Reyes; estuvo con los indios siete días; y muy bien tratado de ellos; y las casas en que habitan son galpones de 400 pies de largo y 100 de ancho, porque los habían medido; son los indios de grande estatura y son barbados, y las mujeres amorosas y traen el cabello trenzado hasta el tobillo: parecen amistosos con los españoles por ser barbados como ellos; y cuando el *Juan Montañés* se hizo embarcar para el dicho navío, fue persuadido de los dichos indios que si quería algunas piezas de oro, de las con que ellos se servían, y con oportunidad tomó ciertas piezas aunque con temor, pensando haber cautela para matarle y le dieron tres esmeraldas, y *hechos a la vela fueron a dar a un puerto que se dice Ilo*, que está en la *costa del Perú*, y vino desde las islas hasta el dicho puerto de Ilo en nueve días. Y toda esta relación dio al capitán Juan de Yllanes, el cual vino a

España y trajo consigo al dicho Juan Montañés, y pidió a S.M. la dicha jornada de las islas, y se le hizo merced de ella, y murió en el camino”.

El relato sigue con el señalamiento de la ruta para llegar a esta *jauja insular*, que es una invitación a que los hombres de verdadero espíritu aventurero a ella vayan con la seguridad de hallar los bienes que faltan en otras partes para tranquilidad y solaz del alma y el cuerpo. El derrotero es de diáfana claridad, como límpida de toda bruma es la historia del indio Chepo. Dice, con la precisión que habría puesto el más diligente geógrafo: “Háse de ir a estas islas *desde el puerto de Arica* y llevar por señal el volcán de la bahía, porque así lo tenían por costumbre los *indios que iban y venían a ellas*, y en desapareciéndose el dicho volcán se da luego en las islas despobladas; háse de entrar por entre ellas, y *al cabo de dos días verán la isla grande*, que parece tierra firme; háse de ver hacia el Poniente y no se sabe a dónde llega. También dijo que había *mucho ganado como lo del Perú* y camellos pequeños”.

Se completa la relación con el cuento de los habitantes de aquella tierra: “Los indios de la costa de dicha isla, andan vestidos de unas redes y *son grandes marineros*, y los de la tierra adentro son ahidalgados: dieron los indios de la costa por relación: que había en la dicha isla grande dos señores que mandaban la tierra. También dijo, que todo el tiempo que la nao anduvo por la costa vieron *cincuenta canoas y balsas grandes* arriba, y las canoas los bordos de ellas traían por cintadas al derredor de oro, y mucha gente en ellas”.

No hay que aguzar los sentidos para ver que el relato del capitán Yllanes y del marinero Montañés constituye una completa patraña, de principio a fin, pero una patraña hermosa, atractiva, llena de encanto, cargada de llamadas sugerentes y tentadoras. Sin duda, debieron formar legión interminable los que la atendieron y armáronse para seguirla como los intonsos que creían en la realidad de *Jauja* aquella tierra deliciosa en la que la mermelada se daba por barrancos, el jamón mejor sazonado por montañas y los vinos ajerezados corrían por arroyos. La mentada isla grande, de mujeres amorosas y hombres fuertes que habitaban en grandes poblaciones, debía estar a cosa de mil docientas millas al Oeste de Arica, y bien sabemos hoy que ninguna isla existe por aquellos parajes. Fuera de las muy pequeñas y desposeídas de todo recurso, *San Félix* y *San Ambrosio*, por los 80° Oeste y 20° Sur; *Sala* y *Gómez* (105° y 23°), meros peñascos, sin agua siquiera; *Pascua*, lejanísima, a cerca de cuatro mil kilómetros (107° y 27°); y *Juan Fernández*, muy al Sur (80° y 34°), nada interrumpe frente al litoral peruano-chileno la tersura inmensa del mar, hasta la

distante Polinesia, cuya avanzada oriental es justamente la citada Pascua⁹³.

Patraña, pues; pura y total patraña, pero de las mejor tejidas, como aquella otra no menos famosa e igualmente desbordante, de la *isla Fontacia* que surgiera un día de fiebre elevadísima de la mente enferma de Alonso de Fuentes, por el año de 1594. La grande isla *Fontacia de Mendoza* —así completado su nombre en honor del virrey de entonces, D. García Hurtado de Mendoza— era de cinco mil leguas de circunferencia, hallábase poblada de gentes blancas y su ubicación caía “debajo del antártico polo”; y, no obstante la gigantesca superchería y el amontonamiento tan grande de despropósitos, creyeron los hombres de esos crédulos siglos XVI y XVII en su existencia, y hasta vieron comprometidos en el infundio la misma Corte y el visorrey de Lima.

En el relato del capitán Yllanes y el marinero Montañés, los errores se suceden unos tras otros; no hay coherencia ni las señas casan con la realidad. Cincuenta días bojeando una isla sin hallarle cabo es un dislate tan grande como la mentira general que contaron los susodichos; lo de los pueblos tan desarrollados como Los Reyes, otra falsedad; y, en fin, todo no pasa de ser una pura invención de cabezas calenturientas. Pero, este relato como los otros, vale en cuanto significa prolongación, aumentada y corregida por los españoles, de la *vieja leyenda indígena de las islas*, leyenda tan extendida y tan uniforme en el contenido de sus versiones que no deja duda respecto al fondo de verdad que le sirve de sustento.

PUNTO DE PARTIDA: LA TRADICION INDIGENA

Efectivamente, la *tradición indígena de las islas*, cuyo mejor exponente es el relato de la *expedición de Túpac Inca Yupanqui* transmitido por Cabello de Balboa y Sarmiento, dio origen, ya entrada la era propiamente histórica, a la leyenda de las *islas desconocidas del Pacífico*.

Varias circunstancias y no pocos factores históricos, alentaron la creencia en las islas. En primer lugar, el descubrimiento de las islas Encantadas, después llamadas Galápagos, en 1535. En segundo lugar, los desbordes imaginativos de las gentes de entonces, anhelosas de nuevos mundos. Dice Angel Rosenblat, prologuista de la edición argentina de la *Historia de los Incas* de Sarmiento de Gamboa: “La leyenda de las islas del Pacífico era una manifestación más *del Dorado*. Mientras exploradores temerarios se lanzaban a buscarlo por selvas y montañas, capitanes y pilotos soñaban con encontrarlo por el mar desconocido...”⁹⁴. En tercer lugar, la disposición de ánimo

de los hombres de la conquista al promediar la décimosexta centuria: ánimo dispuesto para las más azarosas empresas, sobre todo al término de la *pacificación*, cuanto una turba de espíritus inquietos, resueltos, temerariamente aventureros, con el ropaje de una mística dedicación al servicio de Dios y el Rey, y movida por una energía de caudal desbordante, se afanaba por escapar de la quietud impuesta por la mano hábil pero de hierro del astuto La Gasca y retomar el ritmo de los días más intensos de la Conquista. "Para gentes de tal jaez, temperamentales y soñadoras, herederas del ánimo de la Reconquista, fanáticas, ambiciosas —*Quijotes* de muchos empeños—, la avalancha de la primera mitad del siglo no podía terminar así, bruscamente, en el remanso de las ciudades, con leyes y autoridades, ni en las heredades obtenidas como premio liquidador de pasadas proezas. Una suerte de impulso incontenible, por lo tanto, tenía que seguir lanzando a aquellos hombres a otras regiones, reales o ficticias, con mundos ciertos o inventados: a islas, por ejemplo, tras el horizonte, *mayormente si de ellas habia referencias* con los ingredientes de piedras y metales preciosos, los mejores para decorar la propagación de la fe y el ensanchamiento de los ya dilatados dominios de su Católica Majestad, el rey de España"⁹⁵. Los *Quijotes de los mares* abundaban en aquella turba, y el paladín de aquellos quijotes soñadores, fue el propio Sarmiento de Gamboa. Por eso, al instante de escuchar de labios de los viejos amautas del Cusco, herederos de la tradición imperial el relato de la expedición del Inca famoso, creyó en las islas, y no cejó en su empeño hasta conseguir del gobernador de entonces, Lope García de Castro, autorización y fondos para ir a buscarlas, y más tarde contaría que las vio, sin que Mendaña, jefe de la expedición, decidiera tomarlas.

Pero, en la raíz misma de la leyenda está la *tradición indígena* que hablaba de las misteriosas islas, de los comerciantes, de las contrataciones que éstos realizaban con sus viajes periódicos, de las flotas de balsas y piraguas, de los productos que aquí, a la costa peruana, llegaban, etc. "Esa creencia [en las islas] —dice Rosenblat— se afirmaba, por otra parte, en la tradición indígena, esparcida por toda la costa del Perú. Una de las formas de esa tradición la recogió... Sarmiento de Gamboa y la incorporó a su *Historia Indica*", y es la expedición de Topa Inga Yupangui a la Oceanía.

Naturalmente, fuera de las verdaderas islas que se descubrieron en la distante Oceanía, primero con las expediciones de Alvaro de Mendaña de los años 1567 y 1595, y después con el viaje de Pedro Fernández de Quirós y Luis Váez de Torres, de los años 1605 y 1606, que dio por resultado el encuentro, por

Cántaro globular, negro, de golletes divergentes,
asa arqueada y ornamentación en relieve
en forma de valva. (*Lambayeque*.
Procedencia: Costa Norte. Periodo Intermedio
tardío, siglo XIV. Museo de la Cultura Lima.
Foto: Abraham Guillén)





vez primera, con la costa oriental de Australia, jamás los españoles salidos del Callao en busca de las leyendáricas islas encontraron tierra alguna, ni grande ni pequeña, ni pobre ni rica, ni poblada ni solitaria, por la sencilla razón que las islas de sus dorados sueños... no existían. Pero nunca flaquearon y en cuanto a tenacidad y fe, no se quedaron cortos. Aun después de los citados viajes de descubrimiento y de haberse recorrido extensos sectores del *Oceanus peruvianus*, la creencia se mantuvo, persistió el convencimiento de las islas y hasta se dio por cierta esa misteriosa geografía de agrupaciones insulares, soñadas mas no vistas. Un mapa japonés del año 1645 las presenta a considerable distancia de la costa peruana, donde las querían los sueños y las tradiciones indígenas recogidas por los españoles. En ese mapa, que es de admirable trazo, aparecen tanto la isla de la Puná como el grupo de las Galápagos, con correcta ubicación. También, las islas Chincha, aunque no designadas. No cabe, por lo tanto, pensar en confusión ni en disforme representación cartográfica⁹⁶. Las islas del mapa japonés son las supuestas a las que por años se quiso ir, inexistentes pero arduosamente sostenidas al calor del más vivo fuego de la imaginación y al amparo, como fuente de toda la doctrina, del decir de los indios.

*LA "KON TIKI" EN APOYO DE LA
EXPEDICION DE TUPAC INCA YUPANQUI*

Por mucho tiempo se creyó que una balsa no podía resistir un viaje por mar de meses de duración. La balsa se hundía, era el temor. Al respecto, anteriormente se expuso el punto de vista de una autoridad en la materia, Lothrop. "Dudo que las balsas —dijo— puedan permanecer nueve meses a flote, porque la madera de balsa, si bien es de muy alta flotabilidad, absorbe en cambio agua con rapidez y pierde, por ende, su capacidad de flotación por completo después de unas cuantas semanas..."⁹⁷. Mas, la famosa expedición de la balsa *Kon Tiki*, salida del Callao en abril de 1947, vino a confirmar lo contrario; y éste fue uno de los aportes más importantes con que Heyerdahl, jefe de la expedición, y sus acompañantes, enriquecieron los caudales, no muy abundantes en esta parte, de la ciencia histórica y de la Etnología.

Thor Heyerdahl —científico, aficionado o deportista: como quiera considerársele— es uno de los hombres, en el campo de la ciencia, más discutidos de los tiempos actuales. Sostiene, como ya se vio en el Capítulo II, que las islas de la Polinesia fueron pobladas por gentes salidas de América, concretamente del Perú; y que estas gentes eran de raza blanca. La mayoría, casi

la totalidad de los etnólogos afirma que los polinesios derivan de grupos que pasaron por el archipiélago malayo en su marcha hacia el Este. Heyerdahl sostiene lo contrario: la migración fue de Este a Oeste, desde América. Aunque detractor de esta teoría, el sabio argentino José Imbelloni ha hecho de ella una buena exposición sumaria, que se condensa en los siguientes términos: dos razas poblaron América en los tiempos prehistóricos: una *amarillo-parda*, en contingente mayoritario, que entró por Bering y se esparció por todo el continente, de Norte a Sur, hasta la Patagonia; otra, *blanca, barbada*, de ascendencia caucasoide, que llegó por el Atlántico, partiendo del Atlas africano. Su piel era clara. De las islas Canarias saltó a *América del Sur*; cruzó el inmenso continente por su parte más ancha y difícil —la parte de los ríos amazónicos—; después, travesó los Andes y, finalmente, se radicó en el altiplano peruano. Una rama, mientras tanto, de la misma oleada migratoria, se ubicó en la región del Istmo.

Establecida en la meseta andina, esta raza de origen caucasoide, respetada al comienzo por los pueblos bárbaros de la primera migración asiática, terminó sufriendo, no obstante las muchas grandes obras que realizó y la nueva vida que pretendió inculcar a los grupos sometidos, una terrible persecución. Hubo un alzamiento general de pueblos, y los caudillos blancos tuvieron que huir para evitar la masacre. De las altas tierras andinas y de los valles de la cordillera, los blancos bajaron a los llanos de la costa y allí, con el enemigo a la espalda, tuvieron que prepararse para la aventura en el mar. No les quedaba otro camino. Construyeron una nutrida flota de balsas, utilizando grandes troncos de la madera liviana que crece en las selvas ecuatorianas, y terminados los preparativos, se arriesgaron a la odisea. Esta gente cruzó el Pacífico y, al cabo de una larga navegación, arribó a las primeras islas de la Polinesia oriental, acabando por establecerse allí⁹⁸.

Uno de los principales apoyos de esta teoría está en el mito de Viracocha. Viracocha es un ser extraordinario, un dios de ilimitados poderes, que controla la naturaleza y se presenta ante los indios bárbaros con barba y manto talar, enseñando una nueva doctrina, ordenando, civilizando. Tropieza con dificultades, como levantamientos de los indios, desobediencias, ataques, pero él castiga a los insumisos, los vence en cada caso, y en su peregrinaje de adoctrinamiento, llega hasta el mar en el Norte. Allí, avanzando milagrosamente sobre las olas con su séquito, desaparece. El mito inca de los dioses blancos y barbados es el fundamento de la teoría de Heyerdahl o su principal punto de apoyo. No debe descuidarse —dice un reciente expositor de las teorías sobre el poblamiento prehistórico de Amé-

rica— la persistencia con que aparece en Centroamérica, México y el área andina la versión leyendárica de los *dioses blancos*, pero —agrega— ¡hay que cuidarse de los charlatanes!⁹⁹.

Así, con términos muy poco piadosos ha sido tratado Heyerdahl. Quienes antes que él hablaron de la posibilidad de un poblamiento de Polinesia por oleadas migratorias salidas de América —como A. Lesson, quien lanzó la idea en 1880¹⁰⁰— nunca fueron tratados de tan áspera manera. Pero, Heyerdahl ha sabido montar todo un aparato publicitario para sustentar, defender y difundir su teoría, aparato que él mismo maneja con habilidad, extendiendo sus alcances a todo el mundo y comprometiendo a muchos órganos científicos, en los que siempre sus escritos tienen acogida. Heyerdahl, además, es un buen polemista, y no desaprovecha ocasión alguna para enfrentarse a sus adversarios, a los que provoca reacciones airadas, no siempre congruentes con los tonos mesurados de la ciencia.

La idea de una corriente migratoria, a través del mar, desde América, que cayó sobre las islas de Polinesia, nació en la mente de Heyerdahl contemplando el mar, en Tahití. Lo cuenta en su libro *La expedición de la "Kon Tiki"*: "Permanecimos sentados allí, admirando el mar, que parecía empeñado en demostrar que venía de oriente de oriente... siempre de oriente. Eran los eternos vientos del Este, los alisios, los que habían perturbado la superficie del mar, levantándola y enroscándola hacia adelante, desde más allá del horizonte oriental hasta aquí, hasta las islas... Así, desde el alba de los tiempos, las olas y las mudables nubes han avanzado siempre de levante. Bien lo sabían los primeros hombres que llegaron a estas islas. Las aves y los insectos lo sabían también, y la vegetación de las islas está completamente dominada por esta circunstancia"¹⁰¹.

Otro día, también ante el mar, Heyerdahl escuchó de un viejo de la isla este cuento: "Tiki... era jefe y era dios. El trajo a mis antepasados a estas islas donde ahora vivimos. Antes vivíamos en un gran país, al otro lado del mar..."

Entonces, fue tomando cuerpo la idea: "Mis sospechas y mi atención fueron desviándose más y más del Viejo Mundo... para aplicarse a las civilizaciones de América. Y en las costas más cercanas hacia oriente... en el Perú... no faltaban ciertamente datos. Allí vivió una vez un pueblo desconocido... que desapareció de pronto mucho tiempo atrás. Ese pueblo dejó enormes estatuas de piedras... que recuerdan a las encontradas en las Marquesas o en la isla de Pascua, y grandes pirámides escalonadas como las de Tahití y Samoa..."

Sigue Heyerdahl su relato, interesante pero afectado a ratos por gruesas incongruencias: "Kon Tiki era sumo sacerdote o rey-dios de los legendarios hombres blancos... que dejaron las ruinas ciclópeas a orillas del lago Titicaca... Los hombres blan-

cos con barbas fueron atacados por un jefe llamado *Cari*, venido del valle de Coquimbo... La raza rúbia quedó aniquilada pero el propio Kon Tiki y sus adictos escaparon a la costa del Pacífico... de donde desaparecieron en el mar, rumbo a Occidente". Este es el mismo *Tiki* a quien veneran en Polinesia "como el fundador de la raza"¹⁰². Después, por el año 1100 de nuestra era, llegó otra invasión del noroeste, en grandes piraguas dobles, que se mezcló con la primera población llegada del Perú.

Trazada en sus lineamientos generales la teoría, su autor quiso probarla, y para ello preparó, con la incondicional adhesión de cinco amigos, una travesía en embarcación similar, según estudios que hizo, a la empleada por el fabuloso *Kon Tiki*. Para ello, tomó el modelo de las balsas indígenas usadas en las costas del Perú y Ecuador, de gruesos troncos de *palo de balsa*, una madera muy ligera que crece en las selvas ecuatoriales.

La balsa *Kon Tiki* salió del Callao el 28 de abril de 1947, con sus seis bravos tripulantes, y ciento un días después, impulsada sólo por los vientos y las corrientes, embarrancaba en los arrecifes de coral de *Raröia*, del archipiélago de las *Tuamotú*. El acontecimiento fue considerado por la prensa del mundo entero como una hazaña, y desde ese día Heyerdahl y los suyos ganaron celebridad. La balsa llegó en perfectas condiciones y, de no haber chocado con los arrecifes, se habría conservado como el día de la partida. De esta manera, el temor de Lothrop quedó desvanecido. Entonces, con prudencia, sin exagerar los resultados obtenidos con su proeza náutica, Heyerdahl pudo decir: "Mi teoría de la migración, como tal, *no quedó probada*. Lo que sí probamos es que las balsas sudamericanas poseen cualidades que hasta ahora habían sido desconocidas... y que *las islas del Pacífico, están situadas muy al alcance de las embarcaciones prehistóricas del Perú*"¹⁰³.

No obstante su posición de furibundo detractor de Heyerdahl, Imbelloni ha tenido que admitir este saldo favorable de la expedición de la *Kon Tiki*. Encabezando el grupo de los que consideran que el viaje del famoso noruego no pasó de una "proeza deportiva", completamente inservible para la ciencia¹⁰⁴, el combativo sabio argentino dice que los libros de Heyerdahl, con una teoría "totalmente absurda", revelan una "táctica groseramente propagandística" y forman "un alud de escritos pseudocientíficos"¹⁰⁵. Pero, reconoce que "la aventura de la balsa... demostró, en primer lugar, las *favorables propiedades de la anti-gua balsa peruana*; luego, la preponderancia de los vientos alisios durante cierto período del año; y, por último, *las posibilidades de una larga navegación al gárete en dirección Este-Oeste*..."¹⁰⁶. Puntualiza que no hubo navegación dirigida hacia el Oeste, sólo *navegación al gárete*, por los vientos y las corrien-

tes. Agrega: "Se comprobó que *los peruanos tuvieron a su disposición los medios para navegar a la Polinesia, mas de modo alguno que realizaron tal navegación ni que poblaron las islas...*".

A pesar de las críticas, la expedición de la balsa *Kon Tiki* arrojó un saldo que favorece la comprensión de aquella otra hazaña de la antigüedad que el tiempo ha deformado, rodeándola con el atuendo de la leyenda: la del caudillo cusqueño Túpac Inca Yupanqui, vencedor de mil combates y dominador del mar. No empece que la madera de que están hechas las balsas absorbe el agua, estas rústicas embarcaciones mantienen un grado de flotabilidad apropiado para la navegación oceánica por mucho tiempo, meses y hasta años. Así, entonces, como lo admite el propio Imbelloni, los peruanos tuvieron a su disposición los medios para cubrir largas travesías. La balsa antigua, sin tocar tierra y desecar sus troncos, podía llegar a Centroamérica, a las Galápagos, incluso a la lejana Polinesia. Capacidad marinera, además, como lo demostró también la travesía de Heyerdahl, tenía de sobra: es más segura que una embarcación de quilla; no se voltea; aprovecha bien las corrientes; puede conducir pesadas cargas o gran número de tripulantes.

Sin embargo, después de la expedición hecha, sólo es posible arribar a una conclusión y sólo a una: que el viaje de Túpac Inca Yupanqui debe ser considerado un *hecho histórico*. Agréguese, porque hay base para ello: un viaje extraordinario, en el que participó una gran flota de balsas. Mas, no es posible, en el estado actual de los conocimientos, señalar el destino de ese gran viaje.

La expedición de la *Kon Tiki*, en realidad, por uno de sus lados, ha complicado el problema, porque ha hecho ver, de modo irrefutable, que los viajes hasta Polinesia, en balsa, eran posibles. Al agregarse Polinesia, entonces, a la lista de las presuntas metas del viaje, se ha abierto otra posibilidad cierta, ya advertida por Rivet pero dudada por muchos.

Mas, los refractarios de la teoría preguntan con no disimulado propósito: y si la expedición incaica alcanzó a Polinesia, ¿cómo fue el regreso, sin vientos ni corrientes favorables; antes bien, adversos? El mismo Heyerdahl, mientras con su proeza y la de sus compañeros ha hecho ver que los viajes en balsa de Este a Oeste son factibles, por otra parte ha demostrado, por la misma circunstancia de los vientos y las corrientes, que los viajes en sentido inverso, es decir, de Oeste a Este, de Polinesia a América, son harto difíciles, exigen un gran conocimiento del régimen mundial de las corrientes regulares de aire e imponen, por lo mismo, travesías larguísimas por rutas muy apartadas del ecuador. Tal ocurrió con la navegación transpacífica en los siglos coloniales, de los tiempos, por ejemplo, de Alvaro de Men-

daña y Pedro Fernández de Quiroz, cuando los galeones salidos del Callao enfilaban directamente al Oeste para alcanzar Polinesia o las islas de más allá, de Melanesia y Australia. Los mismos, para volver, tenían que cruzar la equinoccial y alcanzar altas latitudes del Pacífico Norte, hasta los 40°, aproximadamente, donde los vientos y las corrientes, a la inversa que a la ida, llevan hacia el Este, hacia América. Los navíos, así, tocaban, al regreso, en las costas de California, y tras ese apartamiento enorme de su destino, enfilaban a éste por la costa occidental americana, navegando paralelos a tierra por México, Centroamérica, Colombia y Ecuador, hasta la Punta Santa Elena, que les abría las aguas del golfo de Guayaquil y, después de éstas, las del Perú.

En el tiempo de los Incas, los supuestos viajes de Oeste a Este habrían sido muy difíciles, casi imposibles, en el caso de una navegación exclusivamente a vela o a la deriva, como, se supone, ha sido la navegación oceánica de las balsas. En cambio, sí habrían sido posibles en otro tipo de embarcación; por ejemplo, en *piraguas dobles a vela y remo* o en *piraguas de balancín a vela y remo*, por su facilidad de maniobra y capacidad para navegar con vientos no precisamente de popa, hasta con vientos contrarios, y porque en determinadas circunstancias avanzan al impulso de los remeros. Este tipo de embarcación, sumamente marineramente, era desconocido en la costa occidental sudamericana y sí estaba, y sigue estándolo, en las islas de Oceanía. "Naves polinesias llegaron sin duda a América en la época de apogeo de la navegación maorí, siglos XIII y XIV", dice Pericot y García comentando los resultados del viaje de la balsa *Kon Tiki*; y agrega: "Cabe, incluso, suponer que de tales *viajes aislados* hayan quedado algunos vestigios. Por ejemplo: la trompeta de concha de tritón, de Cañete (Perú), o las puntas pedunculadas de obsidiana de Llolleo (Valparaíso). El caso del *mere* o *patu* es también claro tras los estudios de Imbelloni"¹⁰⁷.

Mas, si se habla de navegación con vientos contrarios, puede esgrimirse el argumento de las *orzas* o *guaras*, artefactos con los cuales los indios balseros de la costa Norte podían aprovechar vientos de babor y estribor y hasta coger limpiamente ráfagas adversas, como un buque a vela, de quilla y timón, que navegara con vientos de amura, orzando. Esta es una técnica que ha sido estudiada en la navegación costera de las balsas pero no en la de altura y sobre la cual, por consiguiente, no hay experiencia.

Mientras estos temas y otros conexos se siguen discutiendo, el relato del hazañoso viaje de Túpac Inca Yupanqui sigue, en todas sus partes, en pie. La inmensa flota de grandes balsas, de nueve u once troncos sujetos por lianas, mástil bípode de dura

madera de mangle, proa afilada y cobertizo al centro, hacia la popa, avanza calmadamente por las aguas del Pacífico. Miles de hombres viajan en ella, con el caudillo cusqueño a la cabeza, invicto en tierra y buscando nuevas empresas para extender la fama y acaparar la gloria. Se sostienen estos hombres del agua que llevan en el recipiente natural de las gruesas cañas de Guayaquil y también del agua que recogen de los chubascos, que son torrenciales. Cada manchón de nubes es un aguacero copioso, que permite llenar los depósitos de reserva que van bajo las balsas, refrescados por el propio mar. Se sostienen también, a falta de las provisiones cargadas en tierra, de lo que el mar brinda: no falta la pesca y siempre las balsas aparecen cubiertas de peces diversos que caen de acrobáticos saltos sobre el agua. La vida abunda en el mar, y ella sustenta la de los hombres empeñados en tan fantástica travesía.

Un día, el caudillo arribó a su destino, que fue seguramente el que le hablaron los mercaderes. Después, quizá, fué a otras tierras, ya embebido de la victoria, ambicioso de más gloria.

Después, el regreso, la acogida triunfal, su reincorporación al ejército invencible, la marcha al Cusco, allí el recibimiento de su padre, el gran Pachacútec, consciente, por su propia grandeza, de la grandeza del hijo.

¿Adónde? A falta de mayor documentación, la Arqueología quizá algún día extienda el rayo de luz que esta hazaña reclama para mostrarse plena al conocimiento de los hombres.

NOTAS AL CAPITULO

1. El primer viaje fue el de 1567, de Alvaro de Mendaña y Pedro Sarmiento de Gamboa, inspirado en la versión de los *quipocamayos* del Cusco, herederos de la tradición imperial, a quienes Sarmiento, durante su reclusión en el Cusco por orden del Tribunal de la Inquisición, prestó oídos. La versión de las *Islas a Poniente*, también conocida por Mendaña —y antes que Sarmiento, según el historiador australiano Celsus Kelly, O.F.M.—, impulsó el afán aventurero de los hombres de aquella expedición. (H. BUSE, *Los peruanos en Oceanía*. Lima, 1967. Parte tercera; p. 233 y sgtes.).
2. SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro... *Historia de los Incas* ("Segunda Parte de la Historia General llamada Indica") (1572). Buenos Aires, 1947. Cap. XLVI, p. 215 y sgtes.
3. SARMIENTO, *Historia de los Incas*; p. 216 y sgte.
4. CABELLO DE BALBOA, Miguel... *Miscelánea Antártica* (1586). Buenos Aires, 1951. Tercera Parte, cap. XVII, p. 322.
5. MURUA, Martín de... *Historia general del Perú, origen y descendencia de los Incas* (1590). Madrid, 1962 (M. Ballesteros). Libro I, cap. XXV, p. 62.
6. LORENTE, Sebastián... *Historia de la civilización peruana*. Lima, 1879. Parte: "La civilización de los Incas". Cap. II, p. 137.
7. LEICHT, Hermann... *Arte y cultura preincaicos*. Madrid, 1963; p. 211 y sgte.
8. JIMENEZ DE LA ESPADA, Marcos... *Las islas de los galápagos y otras más a Poniente*. "Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid". Madrid, 1891. Tomo XXXI.
9. JIMENEZ DE LA ESPADA, *Las islas de los galápagos...*; p. 374.
10. Citado por Thor HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*. Londres, 1952; p. 544.
11. MEANS, Philip Ainsworth... *Ancient civilization of the Andes*. Nueva York-Londres, 1931; p. 282, nota número 56.
12. MEANS, Philip Ainsworth... *Pre-Spanish navigation off the Andean Coast*. "The American Neptune". Salem, Massachusetts, abril 1942. Vol II. N° 2.
13. MEANS, *Ancient civilization of the Andes*; p. 270.
14. RIVA AGUERO, José de la... *Civilización tradicional peruana. Epoca pre-hispánica* (1937). "Obras completas". Lima, 1966. Tomo V; p. 322.
15. VALCARCEL, Luis E. ... *Historia del Perú Antiguo*. Buenos Aires, 1964. Tomo III; p. 175.
16. BURGA, Napoleón M. ... *La literatura en el Perú de los Incas*. "Letras". Lima, 1940. N° 16; p. 333.
17. LEVILLIER, Roberto... *Los Incas*. Buenos Aires, 1956; p. 215.
18. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 564.
19. FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias* (1535). Madrid, 1851-1855. Vol. I. Libro VIII. Cap. I, p. 267.
20. HEYERDAHL, Thor... *La expedición de la "Kon Tiki"*. Barcelona, 1951. Cap. V, p. 102.
21. HEYERDAHL, *La expedición de la "Kon Tiki"*. Cap. V, p. 163.
22. EDWARDS, Clinton R. ... *Aboriginal watercraft on the Pacific Coast of South America*. Berkeley, California, 1965; p. 113.
23. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*. Nota numero 46, p. 212. Buchwald comete el imperdonable error de situar las islas Lobos de Afuera y Lobos

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

- de Tierra en el golfo de Guayaquil, y Leich, con alguna irresponsabilidad, apaña el desliz al transcribirlo sin enmienda ni aclaración.
24. SCHWEIGGER, Erwin... *El litoral peruano*. Lima, 1964; p. 20 y sgte.
 25. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 211, nota número 46.
 26. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 77.
 27. ALCEDO, Antonio de... *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América*. Madrid, 1787. Tomo II; p. 176.
 28. Carta insertada por Marcos Jiménez de la Espada en *Las islas de los galápagos...*
 29. JIMÉNEZ DE LA ESPADA, *Las islas de los galápagos...*; pp. 372 y 375, respectivamente.
 30. JIMÉNEZ DE LA ESPADA, *Las islas de los galápagos...*; p. 376.
 31. JIMÉNEZ DE LA ESPADA, *Las islas de los galápagos...*; p. 375.
 32. JIMÉNEZ DE LA ESPADA, *Las islas de los galápagos...*; p. 375.
 33. MARKHAM, Clemente R. ... *Los Incas del Perú*. Lima, 1920; p. 158.
 34. Error de Markham porque eso no dice Sarmiento, ni en su *Historia de los Incas*, de 1572, ni en sus cartas.
 35. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 159.
 36. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 159.
 37. RIVA AGÜERO, José de la... *Historia del Perú*. Lima, 1953 (recopilación y ed. póstumas). Tomo I; p. 170.
 38. RIVA AGÜERO, *Civilización tradicional...* "Obras completas". Tomo V; p. 323.
 39. HEYERDAHL, Thor... *Aku Aku. El secreto de la isla de Pascua*. Barcelona, 1959; p. 13.
 40. HEYERDAHL, *Aku Aku*; p. 99.
 41. HEYERDAHL, *Aku Aku*; p. 13.
 42. Rafael Hoyle, comunicación personal.
 43. HEYERDAHL, Thor... y SKJOLSVOLD, Arne... *Archaeological evidence of Pre-Spanish visits to the Galápagos Islands*. "American Antiquity". 1956. Vol. XXII; p. 61.
 44. PERICOT Y GARCÍA, Luis... *América indígena*. Barcelona, 1962; p. 493.
 45. PERICOT Y GARCÍA, *América indígena*; p. 568, nota número 444.
 46. "American Antiquity". 1958. Vol. XXIV.
 47. *Handbook of South American Indians*. Washington, 1950; p. 536.
 48. PERICOT Y GARCÍA, *América indígena*; p. 568.
 49. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 212.
 50. CANALS FRAU, Salvador... *Las civilizaciones prehispanicas de América*. Buenos Aires, 1955.
 51. MASON, J. Alden... *Las antiguas culturas del Perú*. México, 1962; p. 125.
 52. HORKHEIMER, Hans... *La cultura incaica*. Lima, 1965; p. 76.
 53. MEANS, *Ancient civilizations of the Andes*; p. 282, nota número 56.
 54. LOTHROP, Samuel K. ... *Aboriginal navigation off the West Coast of South America*. "Journal of the Royal Anthropological Institute". Londres, 1932. Vol. LXII; p. 237.
 55. VALCARCEL, Luis E. ... *Historia de la cultura antigua del Perú*. Lima, 1943. Tomo I, Vol. I; p. 43.
 56. HAGEN, Victor W. von... *Culturas preincaicas*. Madrid, 1966. Cap. V, p. 169.
 57. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 237.
 58. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 238.
 59. ESTRADA, Emilio... *Arqueología de Manabí central*. Guayaquil, 1962; p. 23.
 60. ESTRADA, *Arqueología de Manabí central*; p. 80.
 61. HAGEN, *Culturas preincaicas*. Cap. V, p. 163.
 62. PERICOT Y GARCÍA, *América indígena*; nota de la p. 568.
 63. BAUDIN, Louis... *El imperio socialista de los Incas*. Santiago, 1943; p. 331.
 64. BAUDIN, Louis... *La vida cotidiana en el tiempo de los últimos Incas*, Buenos Aires, 1958; p. 18.
 65. PERICOT Y GARCÍA, *América indígena*; p. 122.
 66. PERICOT Y GARCÍA, *América indígena*; p. 494.

NOTAS AL CAPITULO

67. CHRISTIAN, F. W. ... *Early Maori migrations as evidenced by physical geography and language*. Wellington, 1924. (Citado por Paul RIVET, *Los orígenes del hombre americano*. México, 1943; p. 188).
68. RIVET, Paul... *Los orígenes del hombre americano*. México, 1943; p. 189.
69. Citado por PERICOT Y GARCIA, *América indígena*.
70. HEYERDAHL, *Aku Aku*; p. 335.
71. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 564.
72. HEYERDAHL, *Aku Aku*; p. 335.
73. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 566.
74. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 565.
75. HEYERDAHL, *American Indians in the Pacific*; p. 566.
76. Tomado de Erland NORDENSKIÖLD, *Origen de las civilizaciones indígenas de Sudamérica* (Gotemburgo, 1931). "Revista del Museo Histórico Nacional de Chile". Santiago, 1939. Año I. N° 1; p. 21.
77. HIBBEN, Frank C. ... *El origen de América*. Buenos Aires, 1966; p. 65 y sgte.
78. VALCARCEL, *Historia de la cultura antigua del Perú*. Tomo I, Vol. I; p. 44.
79. MEANS, *Pre-Spanish navigation...*; p. 123.
80. ACOSTA, Joseph de... *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590). México, 1962. Libro primero, cap. XIX, p. 53.
81. MURUA, *Historia general del Perú, origen y descendencia de los Incas*. Madrid, 1962. Libro I, cap. XXV; p. 63.
82. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Crónica del Perú* (1553). México, Col. Atenea. Cap. LXXVI, p. 385.
83. BUSE, Hermann... *Los peruanos en Oceanía*. Lima, 1967. Parte tercera; p. 239.
84. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Guerra de Quito*. "Nueva Biblioteca de Autores Españoles". Madrid, 1909. Tomo XV. Cap. CCVII, p. 244 y sgte.
85. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Quinquenarios o Historia de las Guerras Civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias* (siglo XVI). Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro III, cap. XIV, p. 111.
86. CALVETE DE ESTRELLA, Juan Cristóbal... *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de don Pedro Gasca* (1567). Madrid, 1965, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro Cuarto, cap. XII, p. 65.
87. Reproducida por Marcos Jiménez de la Espada en *Las islas de los galápagos...*; p. 370 y sgte.
88. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*. Tercera Parte, cap. XVII, p. 323.
89. CABELLO DE BALBOA, *Miscelánea Antártica*; p. 324.
90. ZARAGOZA, Justo... *Historia del descubrimiento de las regiones australes*. Madrid, 1880. Tomo II; pp. 126-129 (como cita, en la Adición G). El documento también lo publicó Marcos Jiménez de la Espada en su varias veces mencionado estudio sobre las islas Galápagos, del "Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid". 1891. Tomo XXXI.
91. Se refiere al Inca Huaina Cápac, último monarca del imperio unido.
92. ZARAGOZA, *Historia del descubrimiento...* Tomo II; nota a la Adición G; p. 129 y sgte. También: JIMENEZ DE LA ESPADA, *Las islas de los galápagos...*
93. ESPINOZA, Enrique... *Geografía descriptiva de la República de Chile*. Santiago, 1903; p. 23.
94. Nota Preliminar a la edición argentina (Emecé, Buenos Aires, 1947) de *Historia de los Incas*, de Pedro Sarmiento de Gamboa; p. 26.
95. BUSE, *Los peruanos en Oceanía*. Tercera parte; p. 235.
96. MACINTYRE, Donald... *The decorative Arts of the Mariner*. Londres, 1966.
97. LOTHROP, *Aboriginal navigation...*; p. 238.
98. IMBELLONI, José... *La Segunda Esfinge Indiana*. Buenos Aires, 1956; p. 422.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

99. HIRNING, Robert... *Contacto transoceánico precolombino con Sudamérica*. "América Indígena", México, 1965. Vol. XXV. Nº 4; p. 414.
100. Citado por Camille VALLAUX, *Geografía general de los mares*. Barcelona, 1953.
101. HEYERDAHL, *La expedición de la "Kon Tiki"*; p. 8.
102. HEYERDAHL, *La expedición de la "Kon Tiki"*; p. 15.
103. HEYERDAHL, *La expedición de la "Kon Tiki"*; p. 238.
104. BAUDIN, *La vida cotidiana en el tiempo de los últimos Incas*; p. 17. (Baudin, hablando de los "probables contactos entre los indígenas de la América del Sur y los de la Polinesia", hace referencia a la expedición de la *Kon Tiki*, pero agrega que esa expedición "no nos ha enseñado nada a este respecto". Cita como autores de críticas "severas pero justas... a las pretensiones científicas de los escandinavos", a A. METRAUX, *El viaje de la "Kon Tiki" y el origen de los polinesios*, "Revue de Paris", julio 1951; y R. HEINE-GELDERN, *La hipótesis de Heyerdahl sobre el origen de los polinesios*, "Geographical Journal", Londres, 1950).
105. IMBELLONI, *La Segunda Esfinge Indiana*; p. 428.
106. IMBELLONI, *La Segunda Esfinge Indiana*; p. 415 y sgtes. Toda la Parte VI, que consta de un solo capítulo —el XVIII, pp. 401-428— está dedicada a refutar la teoría de Heyerdahl, secundando así las críticas a las pretensiones científicas del viaje de la balsa *Kon Tiki* que el mismo año de la aparición de la obra etnológica de Heyerdahl (1952) formulara en una "eruditísima memoria" Heine-Geldern. Imbelloni aplica demoledores golpes a la teoría del noruego y llega a utilizar la misma arma que éste usó en su respuesta a Heine-Geldern: el sarcasmo.
107. PERICOT Y GARCIA, *América indígena*; p. 495.

Capítulo XVII

CIUDADES Y POBLADOS FRENTE AL MAR

El gran crecimiento demográfico que se produce al reagruparse los pueblos de la Costa con la decadencia de Huari —explica Larco—, determina un *problema alimenticio grave*: la tierra no da lo suficiente para que puedan vivir los pueblos de las confederaciones *Chimú*, *Chancay* y *Chincha*. Entonces, cobran una inusitada importancia la *pesca* y la *extracción de mariscos*. Los pueblos de la Costa se hacen fundamentalmente pescadores y mariscadores, y los núcleos urbanos nuevos comienzan a erigirse *cerca del mar* o *a sus orillas*. Así la nueva ciudad de *Pacatnamú*, *Chan Chán*, *Chancay* y las grandes ciudades de *Chincha*. Las ciudades, que son “de admirable trazado” y “mejor construidas” que nunca, están cerca del mar, y desde ellas, cualquiera el punto de observación, se divisa la vasta superficie líquida, tendida a Poniente hasta el horizonte.

Entonces —subraya Larco—, como un correlato de la economía predominantemente pesquera de las comunidades costeñas, *el mar se hace un factor condicionante del asiento urbano*. Se levantan las ciudades “en las cercanías del Océano y, de preferencia, de los puertos que servían de abrigo a sus pequeñas embarcaciones”.

Siguiendo a Cieza —el gran viajero del siglo XVI y el más meticuloso y veraz geógrafo de entonces—, Rowe hace la siguiente relación de ciudades, villas y, en general, comarcas pobladas *frente al mar* o *a las orillas mismas del mar*:

Tumbes, *Tumbez* o *Tumpiz*, la ciudad más septentrional de la Costa.

Chira, con su ciudad más importante, *Sullana*.

Lambayeque, un valle muy importante con densa población. La región fue conquistada por el reino Chimú por el año 1460. Según Cabello de Balboa, tanto la faja litoral como las tierras del interior fueron inicialmente ocupadas por el guerrero Naymlap, llegado por mar del Norte, en gran flota de balsas, según se vio en el capítulo noveno.

Pacasmayo, otro valle muy importante que formó parte del reino Chimú. Estuvo densamente poblado desde la época del florecimiento mochica.

Chicama, tierra feraz y poblada que también formó parte del reino Chimú.

Chimú, fue el foco del reino del mismo nombre, que floreció en el siglo XV y que, en el apogeo de su expansión territorial, llegó a dominar desde Tumbes, por el Norte, hasta la fortaleza de Paramonga, por el Sur. Su capital fue Chan Chán, ciudad inmensa, la más grande del continente en su tiempo.

Virú, valle estrecho pero de muy larga ocupación humana, llamado también *Guañape*.

Chao, valle llamado también *Suo*.

Chimbote, por otro nombre *Santa* o, mejor, *Sancta*.

Nepeña, o *Guambacho*.

Casma

Huarmey

Paramonga, *Parmunca* o *Paramunca*. El valle se llama también, hoy, de *La Fortaleza*. Allí está el famoso edificio militar que sorprendió a los españoles de la hueste de Hernando Pizarro, en 1533.

Huaura.

Chancay, tierra fértil densamente poblada, asiento de una cultura típica.

Lima. El valle más densamente poblado de la Costa en la época de los Incas, con no menos de 150,000 habitantes, repartidos en tres unidades políticas, con capitales de renombre.

Lurín. Aquí estaba el más renombrado templo de los llanos marítimos. Los incas establecieron en el lugar un importante centro administrativo, con amplia jurisdicción.

Chilca o *Chillca*, valle de mucha importancia agrícola a pesar de la escasez de aguas que sufría. Era, igualmente, un activo centro pesquero.

Huarco o *Guarco*, hoy Cañete. Tuvo para los Incas mucha importancia. También entonces se le conocía con el nombre de valle de *Runahuanac* (de donde ha derivado Lunahuaná).

Chincha, valle extenso, de tierras muy feraces y densamente poblado. Al tiempo de la llegada de los españoles, su población no bajaba de 50,000 almas. Tuvo mucha importancia en la época de los Incas.

CIUDADES Y POBLADOS FRENTE AL MAR

La lista se completa con los siguientes otros lugares, extendidos hacia el Sur, todos de menor importancia que los mencionadas anteriormente: *Pisco, Acarí, Yauca, Atico, Caraveli, Ocoña, Canamná, Quilca, Sama y Arica* (que fue una colonia aimara al pie del mar)².

Una lista similar es la de Bennett y Bird³, referida sólo al período que ellos llaman *urbanista o de los grandes constructores de ciudades*, que transcurre entre los siglos XI al XV. Durante este período —explican—, los hombres de la Costa construyen grandes centros poblados, en algunos casos verdaderas *ciudades o urbes*, muchas de ellas *ubicadas con frente al mar*. De Norte a Sur: *Pacasmayo, Chicama, Moche* (Chan Chán), *Virú, Santa, Nepeña, Casma, Huarmey, Fortaleza, Huaura, Chancay, Rimac, Lurín, Cañete, Chíncha y Pisco*.

TUMBES, GRAN CENTRO NAVAL

Navegando Pizarro a Tumbes, la vez primera, en 1528, dieron encuentro al navío español muchas balsas de gran tamaño, que portaba cada una hasta veinte hombres de guerra. Esos guerreros se dirigían a la vecina isla de Puná, contra cuyo régulo estaba en guerra el gobernador de la ciudad.

Más adelante, cuando el buque ancló frente a la ciudad misma de Tumbes, se acercaron procedentes de tierra otras muchas balsas, igualmente grandes, con sus anchas velas infladas por el viento, llevando presentes del gobernador para el capitán de los recién llegados, consistentes en frutas del país en gran variedad, agua fresca, chicha y otras cosas de valor, todo lo cual sobremanera agradó a los forasteros.

Tumbes, por consiguiente —como llama la atención José Antonio del Busto⁴— era entonces un *gran centro naval*, de muy activo movimiento de embarcaciones, tanto de las de guerra como de las mayores que servían para el intercambio de productos con lejanos pueblos de la Costa. Era, además —según destaca Baudin—, "*principal puerto del imperio*", desde el cual operaba una nutrida "flota de balsas de vela, algunas de las cuales se aventuraban, a veces, por las costas poco hospitalarias de la actual república del Ecuador, con la esperanza de hacer trueques fructuosos"⁵.

Aquella vez, por orden de Pizarro, bajó a tierra Alonso de Molina, con encargo de observarlo todo atentamente, para después referirlo al detalle. "Vio Alonso de Molina —cuenta Cieza en la *Tercera Parte* de su *Crónica del Perú*— muchos edificios y cosas que ver ...Vio la fortaleza... Dijo que las casas eran de piedra, y que antes que hablase con el señor, pasó por tres puertas donde habían porteros que las guardaban, y que se servía con vasos

de plata y de oro..." Más adelante, el mismo Cieza dice: "Alonso de Molina contó al capitán... haber visto... una fortaleza que dijo que le pareció ser muy fuerte, porque tenía seis o siete cercas y que había adentro muchas riquezas..."⁶.

Según cuenta Xerez en su *Verdadera relación*, "...el pueblo de Tumbes... parecía ser *gran cosa*, por algunos edificios que tenía y dos casas cercadas, la una con dos cercas de tierra ciegas, y sus patios y aposentos y puertas con defensas, que para entre indios es buena fortaleza"⁷.

Al día siguiente bajó a tierra el griego Pedro de Candia, por orden del propio Pizarro, para certificar lo que había contado Molina, y cuenta Cieza que "vio la fortaleza, las mamaconas... [que] entendían de la labor de la lana, de que hacían fina ropa, y en el servicio del templo... Candia contó al capitán tantas cosas que no era nada lo que había dicho Alonso de Molina; porque dijo que vio cántaros de plata y estar labrando a muchos plateros, y que por algunas paredes del templo había planchas de oro y plata...". El autor de las *Décadas* también recogió esta versión de tan argentinas y áureas resonancias, destacando la existencia, hartamente tentadora para la época, "de planchas de oro y plata" en las paredes de los edificios sagrados de la ciudad⁸.

En la versión similar, aunque con otros detalles, de Gutiérrez de Santa Clara, se lee que Bartolomé Ruiz y Pedro de Candia... fueron al pueblo... y vieron que había mucha gente de guerra y unos palacios muy bien labrados con una buena fortaleza que los Ingas allí tenían con mucha cantidad de oro y plata...⁹.

Aquel pueblo —como dice Vázquez de Espinoza—¹⁰ "...fue el principio de la grandeza y riqueza que descubrieron los españoles, donde tenían los reyes incas alcazares reales, y templo del Sol, mucha riqueza de plata y oro para consagrar al Sol, junto con una casa de doncellas jóvenes dedicadas a él por la ceguedad del demonio...".

La versión resumida del Padre Anello Oliva, es interesante. Dice: "Al fin llegaron [los expedicionarios] al gran valle de Tumbes y a la vista de su población... Habiendo surgido el navío cerca del pueblo, admirados los pocos españoles de ver sus *suntuosos templos* y de cuán poblada estaba de gente aquella comarca, se les encendió un gran deseo de saltar en ella y conocer algo más de cerca lo que veían de lejos... Los principales del templo llevaron a Pedro de Candia al Templo del Sol que estaba guarnecido lo más de él en las paredes por la parte de adentro con tablones de oro para que viese la sumptuosidad y grandeza con que honraban a su padre. Luego, le mostraron la vajilla del mismo templo que toda ella era de oro y plata, en que había ollas y cántaros grandes y suma de ornamentos y muchos plateros y oficiales que los hacían y labraban... Después le llevaron a las

CIUDADES Y POBLADOS FRENTE AL MAR

casas reales de los Incas, paseáronle por ellas para que viese las salas, cuadras, cámaras y recámaras y los tapices de oro y plata que tenían. Enseñáronle también la vajilla que había para el servicio del Inca... y así vio... ollas y cántaros, tinajas y urnas de oro y plata... Hicieron entrarse en los jardines donde halló árboles y otras plantas menores, hierbas y animales... de oro y plata, con que quedó sobremanera admirado y no menos cuando visitó el monasterio de las mamaconas que eran vírgenes sagradas... Habiendo visto todo esto, pidió licencia al señor del pueblo para volverse al navío, donde volvió con un rico presente y con extraordinario contentamiento y alegría..."¹¹.

Verdaderamente, pues, Tumbes era una ciudad extraordinaria. Benzoni dice que Pedro de Candia "... entró en la fortaleza, dentro de la cual había un templo dedicado al Sol y viéndolo adornado con tanta riqueza *quedó de tal manera asombrado que así le parecía un sueño...*"¹².

Un escritor que ha divulgado la vida de los pueblos de la costa Norte, sostiene que "las gentes de Tumbes constituían un *estado enclavado* entre sus vecinos del Norte, pueblos belicosos pero poco cultos de la costa ecuatoriana, y los no menos guerreros pero civilizados súbditos de los chimúes, en el Sur; y por esta razón habían logrado mantener siempre *cierta independencia*, hasta en el imperio de los Incas"¹³, la cual sin duda se vio favorecida por "sus viejas costumbres y usanzas de pueblo agresivo" y por su decidida inclinación al mar y al comercio.

Cieza, en *La Crónica del Perú*, cuenta la historia de esta gran ciudad marítima, ligada al nombre del gran Inca Huayna Cápac. Refiere en la bondad de su estilo que, viajando al Norte por el camino de los llanos para castigar a los pueblos de la costa del Ecuador que con tanta perfidia habían asesinado a los gobernadores dejados por su padre (Túpac Inca Yupanqui) en misión civilizadora, Huaina Cápac llegó a Tumbes y *dispuso la terminación de la gran ciudad marítima*, bastión del Norte.

La enconada rivalidad existente entre los isleños de la Puná y los tumbesinos, había sido aprovechada ventajosamente por los generales de Huaina Cápac, antes de que éste llegara, para obtener el concurso de los lugareños en los trabajos de terminación de la fortaleza. Después, "puesta en término de acabar [la fortaleza], llegó Guaynacapa, el cual mandó edificar el templo del Sol junto a la fortaleza de Tumbes, y colocar en él número de más de doscientas vírgenes, las más hermosas que se hallaron en la comarca, hijas de los principales de los pueblos... Y en la fortaleza tenía Guaynacapa su capitán o delegado con cantidad de mitimaes y muchos depósitos llenos de cosas preciadas, con copia de mantenimiento para sustentación de los que en ella residían, y para la gente de guerra que por allí pasase... Y

en esta fortaleza de Tumbes había gran número de plateros que hacían cántaros de oro y plata con otras muchas maneras de joyas, así para el servicio y ornamento del templo, que ellos tenían por sacrosanto, como para el servicio del mismo Inga, y para chapar las planchas deste metal por las paredes de los templos y palacios”¹⁴.

Pero, muy otra era la ciudad de Tumbes cuando, por segunda vez, llegaron a ella los españoles. En 1532, “el pueblo de Tumbes estaba destruído”, aunque todavía revelaba haber sido “gran cosa”. Los naturales explicaron la ruina —dice Xerez— por “una gran pestilencia que en ellos se dio” y, sobre todo, por la guerra habida con el cacique de la isla de la Puná¹⁵. Y entonces, “viéndolo todo quemado y destruido y alzado... aquí fue el gemir de los de Nicaragua y echar maldiciones las gentes al Gobernador, diciendo que los traía perdidos en tierras remotas y de tan poca gente...”¹⁶.

PACATNAMU

“Del valle de Pacasmayo, digamos su origen —cuenta Calancha—. Trató de conquistar el *Chimo* el valle que hoy es Guadalupe... y envió un capitán; y después de varios encuentros, dudosas batallas y alternadas victorias a costa de muchas vidas y a precio de arroyos de sangre, compraron doce leguas de señorío. Llamaron a este capitán *Pacatnamú*, que en aquella lengua quiere decir *padre común*, o *padre de todos*, porque honrando a los vencedores acariciaba a los vencidos. A su adulación se llamó el valle de Pacatnamú, y hoy se llama corrupto el nombre el valle de Pacasmayo... Este valle tiene seis leguas de latitud desde el pueblo de *Lloco* hasta los arenales de Saña... Lo que contiene el medio son playas de un mar pocas veces pacífico, y siempre montaraz; habitanlas algunos indios pescadores, que se sustentan de mariscos, y medran en sus pesquerías...”¹⁷.

Allí está el origen del nombre de la gran ciudad, de las épocas mochica y chimú, cuyas ruinas se levantan muy cerca del mar en el valle del río Jequetepeque, al Norte del departamento de La Libertad. Esta ciudad floreció entre los siglos II y XIV de nuestra era y sus restos cubren una extensión de más de un kilómetro de largo. Llena de montículos ceremoniales, que seguramente fueron templos, revela por los testimonios de su larga existencia, dos períodos de ocupación: uno antiguo, probadamente mochica, de los primeros siglos de la era cristiana, representado por el sector Oeste (o sea, el sector que da directamente al mar); y otro tardío, chimú, cuyos vestigios se localizan al Este del perímetro triangular.

CIUDADES Y POBLADOS FRENTE AL MAR

Refiere Leicht haberse encontrado “un vasto estilo Chavín, con corona y cinturón de serpientes, lo cual confirma —agrega— que el llamado estilo Chavín debió seguir, durante largo tiempo, cauces paralelos al primitivo de los chimúes (Mochica), manifestándose siempre en aquellos lugares donde los valles penetran más profundamente en la cordillera, como es el caso del río Jequetepeque”¹⁸.

En toda la ciudad, como lo ha revelado Heinrich Ubbelohde Doering —el mejor conocedor de sus secretos milenarios—, no hay testimonios de ocupación o de paso de los Incas. Probablemente, cuando los Incas cruzaron el valle del río Jequetepeque, ya la ciudad estaba abandonada o, quizá, hasta destruida.

Fue ciudad principalmente religiosa, como lo indica el número grande de pirámides ceremoniales que tiene. Según Schaedel, fue “un centro urbano de élite”, de una élite dedicada sin duda al culto.

Amurallada, podía servir de refugio, en caso de guerra, para los pueblos del valle bajo y de las tierras cercanas al mar, según opina Hardoy¹⁹.

Totalmente de adobe²⁰, bajo sus escombros y en sus depósitos funerarios Ubbelohde Doering ha encontrado testimonios cerámicos correspondientes a tres épocas: *Gallinazo* (o Virú), *Mochica* y *Chimú*.

“La ciudad en ruinas —dice Hermann Leicht— se halla situada cerca de la desembocadura del río Jequetepeque, sobre una plataforma, entre el borde septentrional del valle y el mar... El enorme campo de ruinas ofrece a la vista un espectáculo sorprendente... Se domina un conjunto grandioso de unas *setenta pirámides* y terrazas de base rectangular... Todas estas pirámides son truncadas y orientadas hacia el Norte, y *de todas ellas descende la escalinata característica de los monumentos centroamericanos*... En el centro de la ciudad se eleva todavía la mayor de las pirámides, a una altura de veinte metros... Hacia el Norte aparece una gran plaza, totalmente despejada y rodeada de terrazas escalonadas: mientras que a espaldas de la edificación se acopla un imponente tetragono, probablemente la antigua residencia del soberano...”²¹.

En tiempos de su apogeo, Pacatnamú debió ser una de las ciudades de mayor prestancia de la Costa, en lo arquitectónico, en lo urbano y en lo social.

CHAN CHAN, CAPITAL DEL REINO CHIMU

En la *Epoca Imperial* —dice Larco—, aproximadamente por el año 1100 después de Cristo, “aparecen las grandes ciudades magníficamente trazadas, con amplia calles que separaban los

Cántaro escultórico que reproduce la forma de una concha bivalva, con gollete tubular y asa. (*Mochica*. Procedencia: Costa Norte. Periodo Intermedio temprano, siglo IV de la era cristiana. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: Abraham Guillén).



cuarteles donde estaban ubicados los palacios y casas habitaciones. Cada sector no solamente contaba con grandes reservorios destinados al abastecimiento de agua a la población sino que disponían de lotes para la agricultura de emergencia, cuando se producían sitios militares²².

A esta época y a este tipo de ciudad corresponde *Chan Chán*, capital del reino *Chimú*, inmensa, "posiblemente la ciudad más grande de Sudamérica en los tiempos precolombinos"²³, que debió albergar en su apogeo una población no menor de cien mil habitantes, como propuso Middendorf, aunque Riva Agüero, considerando que "entre sus edificios se intercalaban jardines, huertos y tierras de cultivo", lo cual disminuía considerablemente el área ocupada, le asignó no más de 60,000²⁴. "Es conocida —dice Uhle— como el ejemplo más notable de una extensa ciudad de la Costa, construida enteramente de adobe y tapia..."²⁵. Valcárcel²⁶, Horkheimer²⁷ y Hardoy²⁸, entre otros, subrayan que fue "la ciudad planeada —como dice este último— más extensa de Sudamérica anterior a la conquista española".

La ciudad propiamente dicha cubrió un rectángulo de cuatro kilómetros de largo por uno y medio de ancho, extendiéndose, por lo tanto, sobre 684 hectáreas, de las cuales 177, o sea, tan sólo el 26% de la extensión total, correspondían a los *grupos cercados o ciudadelas*.

Estas, las ciudadelas, fueron once, conocidas hoy con los nombres siguientes: Martínez Compañón, Gran Chimú, Velarde, Bandelier, Uhle, Tello, Laberinto, Rivero, Tschudi, Squier y Chayhuac.

Reducido a escombros aunque con sus muros enhiestos, el conjunto se completa con grandes espacios abiertos, numerosos anexos y cuatro huacas, llamadas *Obispo*, *Olvidada*, *Toledo* y *Misa*.

Angel Palerm, experto de la OEA, que la visitó en 1957, dice: "Chan Chán es un lugar clave. Su importancia puede ser comparada, tan solo, a lugares como Teotihuacán, en México, o a las antiguas ciudades de Egipto, Mesopotamia, India y China". Sin embargo, la ciudad yace ruinada. "Lo que fue metrópoli de los chimúes, ofrece un aspecto de total abandono, semejando no otra cosa que un polvoriento erial con huecos y montículos de tierra, grandes paredones muy deteriorados y, por doquier, huellas poco perceptibles de restos de paredes en tierra".

Esto lo dice Luis Miró Quesada²⁹, quien, como arquitecto y urbanista, ha hecho un cuidadoso estudio de este monumento y formulado un plan para su restauración. "Al caer la tarde —escribe Hardoy³⁰— los muros y el suelo se vuelven rojizos y el silencio es completo en la ciudad muerta, pero en sus días de gloria Chan Chán debió tener miles de habitantes moviéndose entre

las amplias zonas sembradas y arboladas dentro y fuera de las ciudadelas...". Los espacios comprendidos entre las ciudadelas no fueron calles o arterias de comunicación, como podría entenderse con un criterio moderno. Esas amplias áreas estuvieron cubiertas de diversos tipos de construcciones, que hoy se aprecian con toda claridad desde al aire.

Entre sí, las ciudadelas estaban casi aisladas y sus puertas de acceso eran relativamente estrechas. ¿Qué representaba cada barrio o ciudadela? Horkheimer dice: "A la primera vista se podría suponer que los recintos eran suburbios fortificados... Pero, murallas sin parapetos no sirven para la defensa. Pensamos, acercándonos a Squier —agrega el recordado arqueólogo— que casi todos los grupos eran *barrios de diferentes clanes* que se habían especializado en distintas industrias y artes... Las grandes murallas facilitaban el control sobre la gente de trabajo... Al mismo tiempo, los grupos eran domicilio de los operarios y artesanos..."³¹. Pero Hardoy, menos suelto de imaginación, se limita a señalar posibilidades sin inclinarse por ninguna en especial: ¿organización de tipo municipal, división social, distribución según clanes, unidades políticas, divisiones artesanales o industriales? Hardoy cree que los elementos de cada ciudadela eran de la misma categoría social por cuanto el valor arquitectónico de cada conjunto es similar al de los otros.

Estructurada así la ciudad, cada cuartel o ciudadela tenía su propio sistema de abastecimiento de agua. Dentro de estos cuarteles se abrían espaciosas plazas para los grandes actos cívicos y religiosos, y se levantaban grandes palacios de primorosa arquitectura, algunos con un acabado finísimo, verdadera filigrana en barro. "Las paredes estaban bellamente exornadas con arabescos de motivos antropomorfos, zoomorfos, geométricos, estilizados, múltiples, que cubrían totalmente los lienzos..."³².

"Por todo Chan Chán podemos encontrar enormes canchones que eran jardines y de los cuales algunos conservan todavía huellas de los surcos que los llenaban... Un complicado sistema de acueductos ha sido indicado por Wiener: dan la impresión de que el agua se repartía a domicilio... Había grandes reservorios para la provisión de algunos recintos, como el Primer Palacio, el cual recibía agua por un canal subterráneo que la traía desde el río Moche, a dos millas de distancia..."³³.

Gran parte de la actividad de la población de Chan Chán estaba dirigida al mar. Chan Chán, por eso —según algunos autores—, era, además de ciudad capital del reino, un importante puerto, con instalaciones acomodadas a las exigencias de las flotas de balsas que allí operaban. Esta tesis fue sostenida en el siglo pasado por Middendorf y tiene actualmente algunos defensores, aunque poco considerados. Según Middendorf, por

efecto de un levantamiento del terreno, el puerto de Chan Chán quedó en seco, pero sus restos quedan. Ahora “yacen en plena tierra —escribió el gran peruanista³⁴—, tal como sucede con los del antiguo puerto de Roma, cerca de Ostia”.

El puerto consistió en pozas rectangulares —agrega Midden-dorf— que se abrían al mar en todo lo ancho. Algo más tierra adentro, se distinguen otras pozas semejantes, separadas de las primeras por estrechos diques provistos de compuertas que ayudaban a comunicarlas entre sí y cuyas aberturas son visibles en los diques. Junto a las pozas que comunicaban con el mar se acoplan, un poco más alto, grandes depósitos rectangulares o cuadrados destinados a la acumulación de agua dulce... Todas estas *instalaciones portuarias* y depósitos de agua dulce, tienen poca profundidad y están cercados por muros que descienden hasta su fondo. *El modo de construir así los muros facilitaba varar los botes; sin mayor esfuerzo se les podía sacar fuera, tirándolos por el plano inclinado*”.

El carácter *portuario*, sin embargo, de las pretendidas obras de la ciudad de Chan Chán, ha sido puesto en duda por la moderna arqueología. El problema de los *huachagues* ha sido visto con alguna amplitud en el capítulo décimo, relativo a la navegación.

Chan Chán, con instalaciones portuarias o sin ellas, fue, sí, una ciudad de indudables características marítimas, por la proximidad de sus grandes cuarteles o grupos (hoy mal llamados ciudadelas) al mar y por la actividad de sus habitantes, que fue, en gran parte, actividad pesquera.

LAS HUACAS DE TRUJILLO

Al Sur del valle de Santa Catalina, o Moche, casi en el linde del desierto, se levantan las huacas del Sol y de la Luna, “que se las tenía por incaicas, hasta que en 1899 excavó en ellas Uhle, demostrando que eran anteriores al imperio”³⁵, de la época mochica. Estas son “las mayores construcciones realizadas en la Costa del Perú”³⁶. La Huaca del Sol es “una majestuosa mole completamente artificial” —explica Muelle—, de 40 metros de elevación, que “poseía —según la descripción que de ella hace von Hagen— una plataforma base de 25 metros por 140, con cinco terrazas escalonadas a las que se llegaba por una rampa”.

Vista desde el mar, la Huaca del Sol muéstrase “casi como una colina natural”³⁷, dado su colosal tamaño. Debió ser el orgullo de los constructores mochicas y la admiración de pescadores y balseros que desde lejos, navegando a millas de distancia de la costa, la veían con su nítido perfil destacando sobre el fondo de los cerros.

CIUDADES Y POBLADOS FRENTE AL MAR

A medio kilómetro está la Huaca de la Luna, también grande, cuyos muros —recuerda Muelle— tenían pinturas con lujo de siete colores, según destaca von Hagen.

Como en el caso de Pachacámac, que se verá más adelante, la magnificencia de la Huaca del Sol se destacaba particularmente a la caída del sol, cuando los arreboles del ocaso teñían de rojo los muros y la vasta plataforma superior. Desde ésta, el panorama con la campiña al pie, el desierto interminable y de inmensas dunas al Sur y el mar infinito a Poniente, ora intensamente azul, ora plateado, ora gris en los días entoldados, era sobrecedor. Este panorama formaba parte del gran decorado del adoratorio, y el mar era su elemento principal.

PARAMONGA, A LA VISTA DEL MAR

El diligente veedor de la expedición de Hernando Pizarro de Cajamarca a Pachacámac, Miguel de Estete, escribió en su famosa *Relación*: "Otro día fue lel capitánl a dormir a *un pueblo grande que se dice Parpunga* [Paramonga], que está junto a la *mar*; tiene una casa fuerte con cinco cercas ciegas, pintada de muchas labores por de dentro y por de fuera, con sus portadas muy bien labradas a la manera de España, con dos tigres a la puerta principal. Los indios deste pueblo anduvieron remontados, de miedo de ver una gente nunca antes vista y los caballos, de los cuales se maravillaban más..."³⁸.

Hernando Pizarro, en viaje a Pachacámac en procura del oro para el rescate del Inca Atahualpa, estuvo en Paramonga en el mes de enero de 1533, cuando todavía el pueblo era grande y la fortaleza, una construcción imponente. Años más tarde, por la mitad del siglo, pasó por el mismo sitio el gran viajero Pedro Cieza de León, y ya no encontró el pueblo de los indios y de la fortaleza sólo vio ruinas. Dejó como testimonio la siguiente referencia: "Deste valle de Guarmey se llega al de *Parmonga* (o Paramonga), no menos deleitoso que los demás, y creo yo que en él no hay indios ningunos que se aprovechen de su fertilidad; y si de ventura han quedado algunos, estarán en las cabezadas de la sierra y más alto del valle, porque no vemos otra cosa que arboledas y florestas desiertas. Una cosa hay que ver en este valle, que es una galana y bien trazada fortaleza al uso de los que la edificaron... Las moradas y aposentos eran muy galanos, y tienen por las paredes pintados muchos animales fieros y pájaros, cercada toda de fuertes paredes y bien obrada; *ya está toda muy ruinada, y por muchas partes minada, por buscar oro y plata de enterramientos*. En este tiempo no sirve esta fortaleza de más de ser testigo de lo que fue"³⁹.

Allí, a la vista del mar, en tiempos de Pachacútec, se libró una gran batalla entre las fuerzas imperiales dirigidas por el hijo del Inca, el príncipe Túpac Yupanqui, y el poderoso Chimo, rey de la costa. Calancha refiere que Pachacútec, después de conquistar la costa central, hasta Huaura, envió a su hijo con treinta mil hombres de guerra a conquistar los valles y provincias del Chimú, principalmente *Parmunca*, Huarmey, Santa, Guañape y Chan Chán. Los medios pacíficos de que se valió el príncipe, "el rico y poderoso Chimo menospreció soberbio y retornó arrogante". Entonces, el príncipe hizo la guerra con el apoyo de los régulos de Lima y Pachacámac.

"En *Parmunca* —relata Calancha⁴⁰— se comenzó la batalla, donde con millares de muertos de ambas partes salió vencedor el Chimú, y obligó a Topa Yupanqui a pedir mayores socorros a su padre, el cual le envió veinte mil indios de los más valerosos, y con tan grueso ejército pudo ganar el valle de *Parmunca*, y con nuevo trabajo el de Huarmey... En memoria de esta conquista... *hizo en Parmunca una fortaleza*".

Paramonga no sólo fue una *fortaleza incaica*, construida para contener al enemigo del Norte, sino, también, una gran ciudad, la cual se extendía justamente al pie del recio edificio, en dirección al mar, cubriendo una vasta área.

De la fortaleza quedan hoy las poderosas cercas, las plataformas superpuestas y las grandes salientes o bastiones, obras destinadas claramente a la defensa. Tello erró al considerar que el edificio había sido templo. El conjunto presenta el aspecto de una pirámide, de plano rectangular. La portada, que se abre en la esquina sudeste, estuvo "construida —dice Bennett— especialmente para la defensa"⁴¹. De otro lado, la ubicación de esta portada revela que la fortaleza fue construida por pueblo que estaba al Sur y no al Norte, lo que desbarata la idea, sostenida sin fundamento muchos años, principalmente por Means, de que la fortaleza era chimú.

La posición geográfica, de otro lado, del imponente edificio militar, *prueba que no fue chimú sino inca*. En el linde Norte de la tierra fértil, en efecto, como avanzada del valle que riega el río Pativilca o *Huamanmayo* y frente al desierto, defendía la fuente de los recursos contra las amenazas que pudieran aparecer del Norte por las pampas arenosas.

De adobe y revestida de un fino enlucido de arcilla, con los colores amarillo y rojo, la fortaleza, en su mejor momento, "estuvo rodeada... por un *muro de defensa*, con una grada de contrafuerte por el lado interior, sobre la cual se paraban los defensores".

La población de la ciudad debió ser muy numerosa y ocupar las tierras comprendidas hasta cerca del mar. Esta población

encontraba refugio seguro en la fortaleza en caso de amago de algún pueblo enemigo.

*ANCON, MILES DE AÑOS
DE ININTERRUMPIDA OCUPACION*

Aunque han dejado pocos restos monumentales, los pobladores de las distintas épocas de la rada de Ancón dieron al lugar una fama por pocas localidades compartida. Para la Arqueología, que ya tiene allí un siglo de trabajos, Ancón es una de las estaciones prehistóricas más importantes de la costa peruana y un *lugar clave* para el estudio del pasado.

Se consideró por mucho tiempo que la existencia de Ancón, como pueblo asentado al pie del mar y dependiente, en lo económico, de los recursos marinos, se remontaba a unos diez siglos antes de la era cristiana, no más. Sin embargo, las investigaciones cumplidas en los últimos años, especialmente a partir de 1960, han agrandado de manera extraordinaria la profundidad cronológica del lugar, llevando los inicios a los lejanos tiempos de la llamada *era primordial*.

En 1959, Muelle hizo el importante descubrimiento del *precerámico*, debajo de las capas Chavín, en el sector conocido con el nombre de *Las Colinas*. Ya con este descubrimiento, pudo hablarse de los *cuatro mil años* de Ancón. Poco después, Matos halló otra capa precerámica cerca del moderno balneario, bajo un espeso manto de residuos chavinoides.

Con los estudios de Villar Córdova —quien tiene el mérito de haber iniciado las pesquisas paleolíticas en el sector del gran médano de Pasamayo, al Norte de la localidad, con resultados altamente satisfactorios —y los posteriores y excepcionalmente fructíferos de Eduardo Lanning y Tomás Patterson, tanto en la misma área de Ancón como en los cerros y pampas de los alrededores, la dimensión prehistórica de los pueblos de la bahía se amplió enormemente, resultando un cuadro de antigüedad fabulosa, lindante con la de los primeros ocupantes de la Costa. Hoy puede decirse que Ancón empieza en la misma brumosa edad del primer enfrentamiento del hombre al mar, nueve o diez mil años atrás, en un cálculo conservador.

Un rasgo muy importante de la prehistoria de Ancón y que la moderna Arqueología lo destaca con especiales caracteres, es la *continuidad de la ocupación humana del lugar*. Desde aquel remoto comienzo acabado de señalar, que corresponde a la época de los lauricochas que bajaban de la Sierra y trabajaban la cuarcita de los cerros del Chillón para hacer raederas, hachas y raspadores de técnica paleolítica; hasta el sometimiento de la localidad marítima al dominio de los incas, muy

pocas veces la bahía estuvo deshabitada; probablemente, nunca conoció la soledad. Por lo menos, las evidencias arqueológicas señalan que todas las épocas, todos los períodos, todos los *horizontes culturales*, con sus elementos representativos, se dan en el lugar. Nada falta en Ancón. Por eso, el sitio ha sido considerado por Matos como *un lugar verdaderamente clave* de la prehistoria peruana: una suerte de archivo de todas las manifestaciones culturales que en el curso de las edades florecieron en el dilatado país que a las finales constituyó el Tahuantinsuyo.

Iniciada en 1870, con las primeras tumbas abiertas en forma casual por los trabajos del ferrocarril a Chancay, la arqueología de Ancón —como pesquisa o trabajo de campo— ha contribuido con fundamentales aportes al conocimiento general de la prehistoria del Perú por ese su carácter arriba indicado de *arqueología representativa o arqueología muestrario*.

En 1874, los alemanes Guillermo Reiss y Alfonso Stübel, de imperecedero recuerdo, practicaron en los cementerios de la localidad, ya duramente atacados por los buscadores de tesoros, las primeras excavaciones científicas, justamente para salvar los hallazgos iniciales de la destrucción de los huaqueros. De estos estudios —“ejemplares”, como dice Kauffmann, “por su meticulosidad y precisión”⁴²— salió más tarde una obra monumental que fue editada en Berlín, en tres tomos a formato mayor, entre los años 1880 y 1887, titulada *Das Totdenfeld von Ancon in Peru*, admirable tanto por el texto, que es de una calidad descriptiva insuperable, como por las ilustraciones, que pasan del centenar, a color, de una fidelidad única. Esta obra puede considerarse como uno de los más altos exponentes de la literatura científica sobre el Perú del siglo XIX.

A partir de entonces, ningún arqueólogo de fama, empeñado en el estudio del pasado peruano, ha dejado de trabajar en Ancón. Ancón ha sido y sigue siendo el gran centro de desarrollo de todos los programas de campo, y la estación obligada, por el formidable archivo de siglos y milenios que contiene bajo tierra, para dialogar con la historia e inquirir por las cosas de los hombres y los destinos de la cultura. Allí están los nombres de Uhle, con trabajos de muchos años en los espesos conchales de la caleta; de Pablo Berthon; del mundialmente renombrado Ales Hrdlicka; de Tello, especialmente en los depósitos Chavín; de Villar Córdova, con medio siglo de empeños científicos; de los norteamericanos Kroeber, Duncan Strong, Willey y Newman años atrás, y Patterson y Lanning recientemente; de los continuadores de Tello: Rebeca Carrión Cachot, Mejía y Espejo Núñez; de Muelle, que ejerce el liderazgo de los estudios arqueológicos desde la muerte de Tello; de Engel, que es primera autoridad en el horizonte precerámico; de Horkheimer,

con aportes valiosos en sistematización; y de los nuevos Rosselló, Matos, Iriarte y González⁴³.

Los antiguos ocupantes de la bahía —destaca Villar Córdova— dejaron terrazas en los cerros, por el lado protegido del viento; graneros o depósitos de forma cúbica o semicircular, revestidos de piedra; y cementerios extensos, repletos de fardos funerarios, desde las pampas arenosas hasta muy cerca del mar. Extrañamente, como ya se advirtió, son escasos los restos de construcciones monumentales, de *huacas* o adoratorios. La vivienda, en las distintas edades, fue, sin duda, de material deleznable, mera caña o totora, que con el tiempo ha desaparecido. Pero, hay que descartar la idea de que Ancón fue sólo un cementerio o un lugar de muertos. Debajo de la arena y de gruesas capas aluviónicas, junto con millares de tumbas hay innumerables “restos de viviendas y acumulaciones de basura que acreditan que la población fue muy densa”. Fuera de duda, “en la bahía debió existir una población grande, con edificios de cierta magnitud, destinados al culto y al gobierno... y en las vecindades aldeas ribereñas de pescadores⁴⁴”.

Los cementerios de Ancón se cuentan entre los más grandes de la Costa. Están en el área misma de la localidad y se prolongan hacia las pampas. Los pueblos pescadores de la caleta, para enterrar a sus muertos, hacían profundas excavaciones en el cascajo, la tierra de aluvión, la arena y el caliche, y en el fondo de los hoyos colocaban los fardos hechos con grandes paños, unos ordinarios, otros ricamente ornamentados. Los que enterraban por el lado opuesto a la playa, tenían la costumbre —que también destaca Villar Córdova— de poner el cadáver dentro de un saco de cuero de lobo marino⁴⁵.

Hacia el lado del mar, una densa población ocupó por siglos la bahía y enterró a sus muertos en urnas funerarias, con asistencia de numeroso y variado ajuar, en el que destacaba la cerámica. “Debió ser muy intensa la vida en este campamento —subraya Villar Córdova—...; los antiguos pobladores fueron depositando alrededor de sus chozas o cabañas las basuras con los restos de la cocina y residuos de alimentación, como mariscos, choros, almejas, barquillos, caracoles y conchas de abanico (géneros *Pecten*), que formaron un grueso basural o *conchero*...¹⁷⁴⁶”, uno de los más grandes de la Costa.

Al Sur del cementerio hay enormes acumulaciones de desperdicios, de diez y doce metros de elevación, “con capas de basura, de *humus*, desperdicios de vegetales carbonizados, ceniza alternada con capas de conchas marinas (especialmente *choros*); y, como restos de las antiguas chozas, muchas esteras de totora...”.

Para Villar Córdova, la mezcla de instrumentos de pesca con la cerámica y los productos de la tierra, lleva a pensar que los pescadores del lugar mantenían, relaciones, especialmente comerciales, con los pueblos agricultores del valle de Carabaylo, no lejos.

“En Ancón —dice Rebeca Carrión Cachot— convergen varias corrientes culturales que se compenetran con las manifestaciones locales, o se mantienen puras, sin mezclarse con aquéllas”⁴⁷. Se descubren elementos norteños, llegados por expansión cultural o por comercio. El comercio de Ancón con los pueblos del Norte seguramente se realizó por la *via marítima*. La impronta chimú es fuerte (puede estar en un 25% de los materiales últimos); sigue la Huaylas y, en último lugar, la Tiahuanaco. La alfarería inicial indica relaciones también con *Guañape Temprano* y *Las Haldas*; y la de comienzos de la era cristiana, con los estilos pintados de la costa Sur. Tello advirtió que había testimonios de relación estilística con Chavín, Paracas y Tiahuanaco. En general, Ancón “fue un lugar privilegiado para la vida humana por sus *abundantes recursos marinos*, por su clima benigno y la *fácil comunicación marítima* con otros pueblos del litoral”⁴⁸. La magnitud de la ciudad se puede colegir del enorme número de tumbas, que se distribuyen en los cerros y en la pampa del Norte, *en diversas capas superpuestas*.

La vida de los pueblos precerámicos de la caleta dependió casi exclusivamente de los *productos del mar*. En cambio, la vida de los pueblos alfareros dependió tanto de los productos del mar como de los productos de la tierra.

Esta doble fuente de abastecimiento para la vida fue señalada por Matos en 1961. Matos, trabajando en el sector de Las Colinas, dejó al descubierto una sucesión estratigráfica de cinco metros de espesor con precerámico en el fondo y cerámica Blanco sobre Rojo del período Intermedio Temprano. “Hasta cerca del nivel precerámico apareció en el basural abundante proporción de vegetales, como frijol, calabaza, maní, pepitas de algodón, lúcuma, yuca y maíz. Luego, el maíz desapareció. En el estrato precerámico sólo se halló calabaza, achira y lúcuma”⁴⁹.

No se puede decir que los mismos pobladores de Ancón trabajaban la tierra. Los restos de vegetales hallados por Matos en las capas profundas de *Las Colinas*, deben explicarse por un comercio entre los pobladores de la caleta, dedicados casi enteramente a la pesca y extracción de mariscos, y los pueblos del interior, dedicados a la horticultura.

Los vestigios del pasado no están sólo en el moderno balneario. La arqueología del lugar se reparte sobre una gran extensión que va desde los cerros que limitan por el Sur la caleta, hasta la llanura arenosa del Norte que termina en las estriba-

ciones del gran médano de Pasamayo. Dadas las variaciones que ha sufrido en los últimos milenios el perfil litoral, los testimonios de ocupación están no sólo hacia el lado del mar sino también en la pampa, esto es, en el interior, lo que antes —según las revelaciones de la paleogeografía— fue seno marino.

Los sitios arqueológicos correspondientes a poblados, cementerios y adoratorios, son distinguidos actualmente por el nombre geográfico o el nombre del sector urbano de la cercanía. De tiempo atrás son conocidas las *Necrópolis*, cuya importancia se exageró al creerse que Ancón había sido únicamente cementerio. En *Las Colinas*, camino a la urbanización de ese nombre, cerca del *Vivero* (otro sitio importante), están los depósitos precerámicos descubiertos e identificados por Muelle en 1959. Como allí la autoridad municipal ha hecho obras relacionadas con el servicio de agua potable de la población, el sitio se llama, también, *El Tanque*.

El sitio *Las Colinas*, descubierto por Uhle en 1904 y del cual extrajo Tello, en 1946, cerca de medio millar de cadáveres, es muy rico en testimonios chavinoides. La presencia del hombre allí arranca, por consiguiente, con el precerámico y cubre la época de la *Cerámica Inicial*, el Horizonte Temprano y el Intermedio Temprano (éste, con dos depósitos).

El *Yatch Club* y *Playa Grande* son lugares arcaicos, representativos del precerámico, con *anzuelos de concha*. Finalmente, *Base Aérea*, *Polvorín* y *Miramar* son lugares en los que predomina el periodo Intermedio Temprano.

Matos ha estudiado los patrones habitacionales más conspicuos de las gentes del lugar. La población en los tiempos alfareros vivía frente al mar, en "habitaciones hechas con postes de madera, unidos con quinchas de totora y la base sostenida con hileras de piedras, que al mismo tiempo servían para proteger del deslizamiento de la arena"⁵⁰. En una época posterior, la vivienda se hizo más sólida, con paredes de medio metro a un metro de altura, de piedra, "con abundante mortero, a veces especialmente preparado y otras veces recogido de los pantanos...". Estos muros tienen parecido con los de Ocucaje, en Ica, y pueden ser producto de un préstamo. Los pisos correspondientes a esta época son de barro batido, bien asentados y blanqueados.

Rebeca Carrión Cachot insiste en que Ancón fue una "gran población" con numerosas "aldeas ribereñas frente al mar"⁵¹. La idea, como ya se dijo, de que Ancón fue solamente un cementerio, es rebatida por la citada autora, que dice: "...no puede suponerse que la amplia área comprendida entre las colinas del Sur y la muralla del Norte haya sido sólo un camposanto en el que eran enterrados cadáveres traídos de sitios vecinos o dis-

tantes. *Esto no es usual en el antiguo Perú; generalmente, los cementerios están en la misma población y más propiamente en las inmediaciones de los edificios sagrados*".

En el curso de los siglos, grandes masas de arena fueron desplazadas por los vientos persistentes de la zona y cubrieron por entero las edificaciones levantadas por los grupos moradores. De otro lado, las excavaciones —informa Rebeca Carrión— "han puesto al descubierto estratos geológicos que acreditan que en tiempos prehistóricos, fenómenos naturales alteraron el primitivo aspecto de la región". Hay así, por ejemplo, testimonios de dos fuertes aluviones, que han dejado dos capas de *llapana o torta limosa*, de cerca de un metro de espesor. "La edad en que se produjeron estos *violentos aluviones...* debe remontarse a fecha muy antigua..."

Estos aluviones indican que se han producido en los últimos milenios marcados cambios climáticos y ecológicos, que han alterado la faz geográfica del lugar. Antes, siglos atrás, "las condiciones biológicas debieron ser muy diferentes a las de hoy, que lo caracterizan como un lugar seco, desprovisto de agua, alejado de los ríos y sin vegetación. *En la antigüedad debió existir agua suficiente para mantener a una densa población, para tener campos agrícolas florecientes...*"⁵².

En toda época, la población de Ancón, además de trabajar activamente en el mar, dedicando gran parte de su tiempo a la pesca y a la extracción de mariscos y al comercio marítimo con diversos pueblos de la costa, especialmente con los del Norte, fue muy industriosa, destacando en las labores textiles y en la fabricación de vasijas finas, para fines ceremoniales o funerarios, y cacharros para uso doméstico. Destacó, también, en el tejido de canastas y en la confección de cajas de mimbre para guardar utensilios de costura. Otras habilidades se enumeran en seguida, según los periodos a que correspondan.

Prescindiendo de las eras *primordial* y *precerámica* cuyos desarrollos no está bien conocidos (y que han sido tratados en los capítulos tercero y cuarto), la prehistoria de Ancón, a partir de los testimonios Chavín, comprende tres épocas, que aparecen bien definidas en los trabajos de Rebeca Carrión Cachot, seguidora de Tello.

Durante la *primera época*, que puede comenzar un milenio antes de Cristo, Ancón fue una *colonia Chavín*, que se estableció en las colinas del Sur de la bahía, "dejando allí numerosos sepulcros y una gruesa capa de basura", indicadora de una larga y sostenida ocupación por gentes relativamente numerosas. Caracterizan esta época, que viene siendo estudiada desde los tiempos de Uhle: tallas de madera de *chonta*; objetos de hueso, como espátulas, amuletos, punzones y herramientas

auxiliares para la fabricación de tejidos y vasos de barro; objetos de piedra; cerámica semejante a la del estilo Chavín-Cotosh, imitación de las vasijas de madera de la región forestal; cestería de paja de totora y mimbre, revelando este arte un gran desarrollo.

En la *segunda época* desaparece Chavín y surge la *cultura Huaura*, derivada de la cultura que floreció en el valle del mismo nombre, al Norte. Su área fue la llanura extendida entre la caleta y el médano de Pasamayo.

Las tumbas de esta época son hoyos o cámaras en el subsuelo, con techo de carrizo y petate.

Es una época de *intensa relación con Chimú*. Puede suponerse que la relación comercial y cultural fue por mar. Chimú introduce en la cultura local elementos en el arte, en la técnica y en la religión. Es una influencia, pues, amplia. Sobre todo, "Chimú introduce el uso de las *conchas de origen tropical*, extrañas a la corriente de Humboldt"⁵³, como el *Spondylus pictorum* y la *madreperla*, con las que se hacen finas incrustaciones y grandes collares.

Con las *conchas coloradas* llega también la turquesa, que interviene en la desarrollada industria de los adornos.

Los elementos típicos de esta época son los siguientes: mates pirograbados; tapicería con abundante decoración; telas estampadas de tejido muy fino y tenue, "en colores sobrios y poco variados, en los que predomina el marrón, el anaranjado y el crema. Los dibujos consisten en *escenas marinas*, figuras de aves y grecas geométricas de origen Chimú". También, orejeras con incrustaciones de conchaperla o con placas de madreperla. Estas piezas las usaban sólo los grandes dignatarios .

La *tercera época* es de decadencia de las calidades artísticas (a partir del siglo X) pero de aumento considerable en la producción de la cerámica gracias al uso del molde. Con lo *Chanccay* se mezcla lo *Inca*. En realidad, Ancón se convierte en una colonia Chanccay.

Abundan en esta época: los *cuchimilcos* o figurines de arcilla, representativos de una deidad femenina que mucho tiene que ver con los mitos del Norte; los costureros delicadamente trabajados, que aparecen en las tumbas llenos siempre de utensilios para el trabajo como hilos y agujas; los telares; las cañas ceremoniales y las *banderas*, que son emblemas de la cultura Chanccay; los mates primorosamente decorados, generalmente por la técnica del pirograbado; los collares de conchas, que alcanzaron, sin duda, una gran popularidad; las orejeras antes mencionadas, etc.

En todo tiempo "gozaron de prosperidad económica los habitantes del lugar gracias al desarrollo de industrias locales que

les ofrecieron la posibilidad de mantener un *comercio intenso* con numerosos pueblos de la Costa... Se congregaban periódicamente gentes de diversos lugares del Perú para proveerse de ciertos productos... La *industria de la pesca* debió tener primacía y se desarrolló a base de la salazón del pescado y de la recolección de múltiples moluscos comestibles...⁵⁴.

Ancón, como centro demótico, no se extinguió con la llegada de los españoles. Siguió siendo un pueblo de pescadores, aunque de muy baja o ninguna resonancia.

LIMA, BELLAVISTA, EL CALLAO

"La mayoría de la población de Lima —escribió en el siglo pasado el gran viajero y lingüista alemán Ernesto Middendorf— ni se imagina siquiera que tan solo a una legua de distancia de la capital, hubo, en tiempos antiguos, una gran ciudad que fue habitada por muchos miles de hombres y que representaba dentro de su extenso recinto multitud de castillos y casas señoriales, así como templos donde se veneraba a los dioses...⁵⁵". Rodeada de una poderosa muralla de circunvalación, la ciudad "se extendía... hasta el mar... [sobre un área] de cuatro kilómetros cuadrados, aproximadamente, si se incluyen las construcciones diseminadas fuera del citado muro de circunvalación...". El muro era fuerte y de hasta siete metros de altura. Tenía en su parte superior parapeto "tras el cual hay un corredor que seguramente era utilizado por los defensores" en la emergencia de un ataque. "En el caso de que las murallas hubiesen sido tomadas por el enemigo, los defensores disponían de algunos refugios, en los que podían encontrar protección...".

El P. Cobo, en su historia de la fundación de Lima, dejó una descripción detallada de los diversos pueblos que componían la gran masa de población del valle a la llegada de los españoles. "Antes de la venida de los españoles a esta tierra —nos cuenta⁵⁶—, estaba este valle y comarca muy poblado de indios, como lo muestran las ruinas de sus pueblos; eran dos las naciones que lo habitaban, con lenguas distintas, las cuales aún conservan hoy los pocos que quedan de ambas. Los naturales de *Caraguaylo* y sus términos eran de la una nación, cuya lengua corre desde allí adelante por el Corregimiento de Chancay y banda del septentrión; y desde el mismo pueblo de *Caraguaylo* hasta el de *Pachacámac* habitaba la otra nación. Dividíase este valle, conforme al gobierno de los reyes Incas, en tres *hunos*, o gobernaciones de a diez mil familias cada una: el pueblo de *Caraguaylo* era la cabeza de la primera; el de *Maranga*, que cae en medio del valle, de la segunda, y de la tercera, el de *Surco*; era este postrero pueblo el mayor de todos, y estaba

asentado en la falda oriental del Morro Solar, donde al presente permanecen sus ruinas y se echa de ver haber habido muy grande población...”.

Fuera de Carabayllo, Maranga y Surco, que eran, como acaba de verse, cabezas de parcialidad y sedes de gobierno, había en el mismo valle, *tanto hacia el lado del mar* como hacia la quebrada (por Lurigancho), muchos otros pueblos, “innumerales lugarejos de corta vecindad... de los cuales apenas queda memoria, ni aún de los nombres que tenían...”. Habla Cobo de “una infinidad de paredones y adoratorios que hay por todo el valle”, que poco a poco iban cayendo por efecto de los terremotos y los aniegos de las acequias.

El pueblo de indios que estaba asentado en las faldas del Morro Solar, era muy importante. Cobo lo describe así: “...era este pueblo el *mayor de todos*... Al presente permanecen sus ruinas y se echa de ver haber habido *muy grande población*; vense las casas del cacique, con las paredes pintadas de varias figuras, una muy suntuosa *huaca* o templo y otros muchos edificios, que todavía están en pie, sin faltarles más que la cubierta...”. (Esto escribía Cobo en 1629). Agrega que, al pie del cerro o Morro Solar, “hace la mar un puerto pequeño pero muy quieto y seguro para bajeles pequeños”⁵⁷, “más frecuentado de pescadores que de otras naos”⁵⁸.

Sobre un amplio frente, que iba desde la boca del río Rímac hasta las faldas del Morro Solar, la gran población del valle bajo tomaba contacto con el mar y aprovechaba de los productos que ofrecía éste para la alimentación. Los grandes basurales de Bellavista y Chucuito, que fueron estudiados por Uhle, prueban que la actividad pesquera y recolectora de mariscos fue intensa y de todo tiempo y que proporcionó la base alimenticia para las comunidades de la comarca.

Frente al Callao, en la isla de San Lorenzo, los pueblos de la costa tenían una estación más o menos numerosa, con gente que se dedicaba a la pesca, a la recolección de conchas y al mantenimiento, por añadidura, de un adoratorio consagrado a la Luna. La Luna —se ha visto en el capítulo octavo— tenía dominio sobre el mar y era la divinidad que favorecía u obstaculizaba las faenas de la pesca. Se la representaba por un ave marina. Según el erudito Carlos A. Romero, en la isla de San Lorenzo vivía una población de origen mochica, cuya aldea se llamaba *Sina*, “razón por la que, en tiempos de la Conquista, se la conocía con el nombre de *Isla Sina*”⁵⁹.

Tanto las gentes de Bellavista y Chucuito como las de la isla de San Lorenzo, operaban de preferencia en los sitios llamados *Camotal* y *Boquerón*. Salían en sus balsas —unas grandes, para varios tripulantes, otras pequeñas, unipersonales, diseñadas a

la manera de los *caballitos de totora* de la costa Norte— y se esparcían por la amplia bahía de Miraflores o por las aguas fronterizas a la desembocadura del río Rímac. El regreso era siempre con abundante cosecha.

La actividad pesquera de las poblaciones ribereñas se mantuvo durante la Colonia, con los mismos métodos de trabajo y las mismas embarcaciones. De ella dan cuenta las crónicas de la época.

A la altura de los modernos balnearios de Magdalena y San Miguel, había una ciudad fortificada, que daba al mar, de la que los españoles oyeron hablar con el nombre de *Chayacalca*.

El sitio *Chucuito*, vecino al Callao, se llamó durante la dominación imperial con el nombre de *Piti Piti*, que significa, según Romero, atarazana, o sea, arsenal, cobertizo. *Chucuito* puede ser una extraña mezcla de aimara y quechua, en cuyo caso significaría *orilla en forma de lanza o punta*.

Callao es de origen quechua e indica *lengua de tierra*.

Chalaco puede significar —siguiendo al citado Romero⁶⁰— *pescador* (en aimara). También puede derivar de *challacu* que es lugar o sitio arenoso, arenal (y sabemos —recuerda Romero— que en el Callao hubo arena gruesa en gran parte de su playa, según refiere Cobo).

Estas raíces indican que el Callao fue sucesivamente ocupado por pueblos aimaras y quechuas o, por lo menos, que la influencia aimara fue muy fuerte, *representada principalmente por grupos pescadores*. Estos grupos abastecían a los pueblos del interior, que eran agricultores, del pescado que solicitaban.

Romero distingue en la historia del Callao aborígen cuatro períodos, a saber:

a) El de los *pescadores primitivos*, cuyos comienzos están en la era anterior a Cristo.

b) El del *gran florecimiento cultural* de los primeros siglos de nuestra era, con los ocupantes contemporáneos de Moche y Nasca. Es un período que se caracteriza por una intensa actividad en el mar: pesca, navegación e intercambio comercial con los pobladores de otros valles.

c) El de los *aimaras*, que dieron nombres al valle (primero *huallas*, por el siglo X de la era cristiana; después *huanchos*).

d) El de los *Incas* o de *predominio quechua*. "Conquistado el valle por los Incas, los nombres del lugar fueron traducidos del aimara al quechua y tal pasó con la pesquería de *Chucuito*, que pasó a llamarse *Piti Piti*..."⁶¹.

Cuando el valle bajo fue ocupado por los Incas, la mayor parte de la población estaba "en las cercanías del Callao y Chayacalca". Más tarde, cuando el Inca reunió los veinte pueblos del valle y los organizó en tres *hunos*, "les asignó por pesquería para su alimentación el Callao"⁶².

PACHACAMAC, EL GRAN TEMPLO AL PIE DEL MAR

El P. Murúa transmite la versión —desubicada en la cronología imperial— de que fue el Inca Cápac Yupanqui quien mandó construir los afamados edificios de la gran ciudad sagrada de Pachacámac cuando se convenció que el Sol no podía ser la divinidad suprema.

Refiere el autor de la *Historia general del Perú, origen y descendencia de los Incas* que Cápac Yupanqui fue "el que sacó por razón natural que una cosa tan sujeta a movimiento como el Sol y con tantas mudanzas y cuyos rayos y claridad oscurecía una cosa tan pequeña como una nubecita... no podía ser dios... Por certificarse de esta duda envió dos indios principales a saber del Hacedor del Mundo, llamado *Pachacámac* o *Pacha yachachic*, y ellos fueron hasta Pachacámac, que es cuatro leguas de la ciudad de Lima, *cerca de la mar*, y allí tuvieron respuesta y certificación de la gente de aquella tierra que el Hacedor era invisible, lo cual sabido por Cápac Yupanqui *hizo y eligió aquellos edificios admirables y estupendos que están en Pachacámac*, dedicándolos al Hacedor verdadero e inmenso dios..."⁶³.

Tan grande era la fama de Pachacámac que, apenas entrado Pizarro a Cajamarca, despachó una expedición de veinticinco españoles, a la cabeza de la cual puso a su hermano Hernando, con el veedor Miguel de Estete, a fin de tomar del templo todo el oro que fuera menester para completar el rescate prometido por el cautivo Inca Atahualpa.

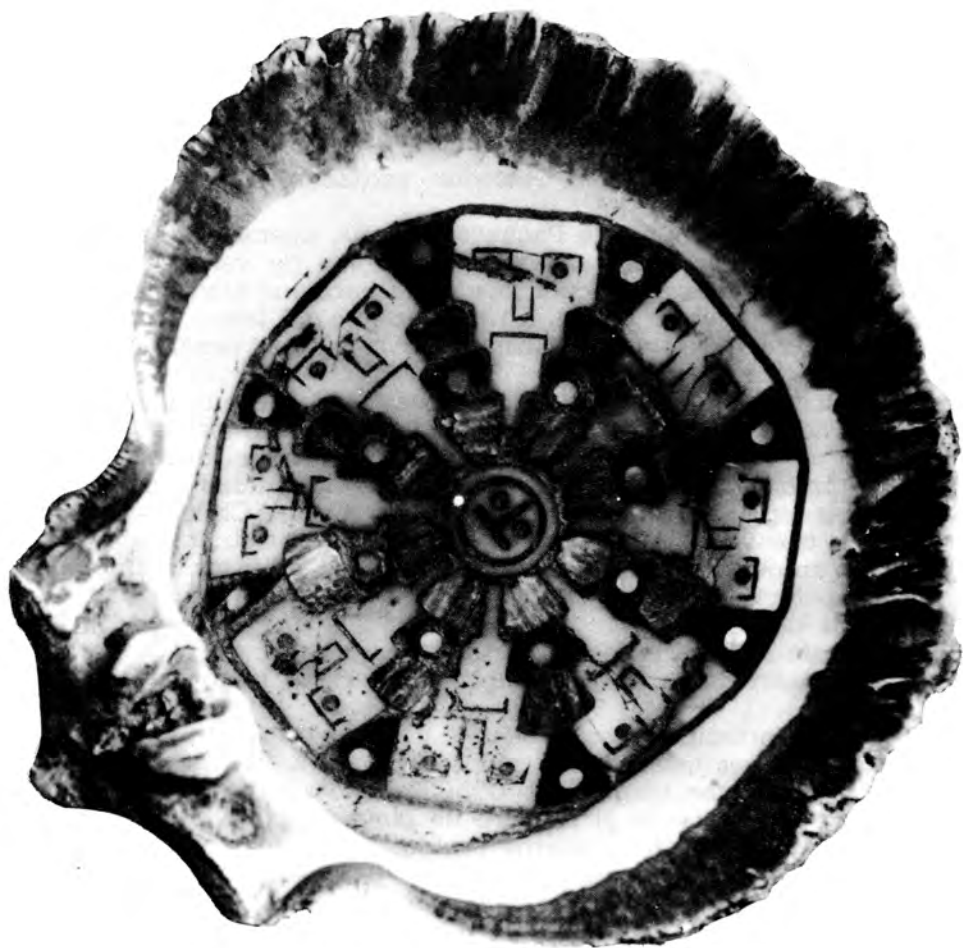
En la época de su apogeo, toda la Costa, desde Tacamez, tributaba a Pachacámac. En esto, la ciudad sagrada de los llanos aventajaba al Cusco, no obstante ser ésta la capital del imperio. Además, como dice Uhle, "Pachacámac fue la ciudad santa venerada en todo el Perú antiguo, desde Quito hasta Chile"⁶⁴.

Era dos o tres veces más extensa que el área que actualmente ocupan las ruinas⁶⁵. En la parte alta estaban los edificios, como templos y palacios; y en la parte baja, las otras dependencias y las tierras de cultivo.

Mediante un sistema especial, no faltaba agua ni para el consumo de los servidores de los templos ni para el riego de los huertos.

Los templos principales eran cuatro: dos mayores y dos menores. Los mayores estaban dedicados al *Sol* y a *Pachacámac*. Los menores eran los templos de *Urpi Huachac* y de la *Luna*. Además, era muy grande el número de *templetes provinciales*, en los que ofrendaban los romeros venidos de las más alejadas provincias de la Costa.

El *templo de Pachacámac* se alzaba como una pirámide en caracol. Arriba estaba la mezquita, maloliente, sucia y oscura,



Concha de un ejemplar bivalvo, artísticamente decorada mediante incisiones e inscrustaciones con fino material nacarado. Las incisiones, de trazo geométrico, anguloso, forman en el contorno de la composición ocho figuras humanas, y otros adornos se desarrollan a partir de un botón central. Muestras como ésta existen en todo el litoral y algunas muy bellas han sido sacadas de los cementerios de Chancay (H. Horkheimer, 1962). (*Chimú*. Procedencia: Costa Norte. Siglo XIV de nuestra era. Colección Carter. Foto: Abraham Guillén).

con el poste tallado que representaba al dios fiero y temible, que curaba a los indios de sus males y que profetizaba el futuro.

Los templos del Sol y de la Luna fueron los últimos en construirse y tenían a la llegada de los españoles gran notoriedad. Con el templo de la Luna estaba el *Convento de las Mamaconas*, residencia de las vírgenes dedicadas al culto.

Una parte importante de la ciudad era el sector llamado *Tauri Chumpi*, que tenía las características de un castillo, con grandes habitaciones en alto, callejuelas, miradores, cuarteles y espacios cercados, a manera de canchones o corrales.

Yendo a los orígenes, que hunden raíz en el mito y la leyenda (como se ha visto en el capítulo octavo), Markham explica que en el lugar donde Cavillaca se arrojó a las olas con su hijo para convertirse en la roca de los islotes que allí existen, se erigió el templo de Pachacámac "que estaba consagrado —agrega— al *dios-pezu*", cerca de la playa⁶⁶. "El emplazamiento del templo —añade el ilustre historiador— era muy vasto, e imponente el panorama que se abarcaba desde la cúspide, con el verde lozano del valle de Lurín a un lado, el desierto al otro, a la espalda las altísimas montañas de Huarochirí y al frente el Océano Pacífico, en el que el sol poniente hundíase tras los islotes que fueran en un tiempo Cavillaca y su hijo"⁶⁷.

Aunque en el paisaje del contorno, descrito por Markham, *dominaba el mar*, también las lejanas montañas de Huarochirí, de las que había huido Cavillaca con su hijo, según cuenta la leyenda, jugaban un papel destacado, y de ellas, en la versión de Cabello de Balboa, bajó el Inca para conocer el templo y levantar otro a su lado. Refiere el autor de la *Miscelánea antártica* (1586) que el Inca "quiso bajar a los llanos a ver un famoso templo que estaba fabricado cerca de Lima y tomó su camino por Huarochirí, y llegado que fue a los secos arenales dioles mucho contento el servicio y recado que se tenía en aquel bárbaro templo, y aunque no se administraba por la orden e institutos dados por su padre, no lo disipó como hacía con los demás que no guardaban aquel ordinario; sólo mandó que más alto y más suntuoso... y mejor fabricado se hiciese otro en nombre y a honra de Pachacámac, y los naturales lo tuvieron por bien a cambio de que el suyo antiguo no fuese ruinado, y como lo mandó y ordenó el Inga, así fue hecho; y en un lugar muy eminente se fabricó el suntuoso templo de Pachacámac con tanta fábrica y majestad que de él recibió aquel valle el nombre que hoy conserva..."⁶⁸.

La versión de Calvete de Estrella es igualmente interesante, sobre todo porque, desde el ángulo que interesa en este estudio, destaca la relación del templo con el escenario marino y la presencia *de una decoración a base de peces* en la cámara donde

estaba el ídolo. Dice: "La gente de los llanos... adoraban por su dios... a Pachacama... que había hecho el cielo y la tierra, y *el mar* y todas las otras cosas... Y era tan grande la veneración que aquellas gentes tenían a Pachacama, que le edificaron *un templo junto a la mar*... [con] una cámara muy oscura... pintada de diversas especies de aves, animales y *peces* que en la tierra y mar se crían. Transformábase aquel Pachacama... en diversas figuras y muy feas y fieras de animales, como de tigres, serpientes y otras bravas bestias, y respondía a las preguntas de los sacerdotes, y mostraba... estar enojado; y para le quitar el enojo, hacíanle sacrificios de sangre humana y de otros animales; y por la devoción que los señores de aquellos llanos tenían a su dios Pachacama, se enterraban en el circuito de su templo..."⁶⁹

La investigación arqueológica revela, amparando la versión de los cronistas, que el templo del Sol es de "fines del Imperio", pero en los basurales hay residuos antiguos, principalmente conchas marinas (*Concholepa* y *Mytilus*), que se remontan a dos milenios antes de la era cristiana (con un fechado, por radiocarbono, de 3,819 años). Ante esta confusa mezcla de materiales antiguos y tardíos, no cabe sino presumir el aprovechamiento por las gentes del imperio de las cosas y residuos dejados por las gentes de la primera ocupación (primera ocupación que tiene, por lo indicado, una antigüedad que no baja de los cuatro mil años)⁷⁰.

Las primeras descripciones de Pachacámac corresponden, naturalmente, a Miguel de Estete y Hernando Pizarro. El primero cuenta que la columna de veintitantos españoles salida de Cajamarca, llegó a Pachacámac el 30 de enero de 1533, y "el capitán se fue a posentar con su gente a unos aposentos muy grandes". Sigue su relato: "El ídolo estaba en una buena casa bien pintada, en una sala muy oscura, hedionda y muy cerrada; tienen un ídolo hecho de palo muy sucio, y aquel dicen que es su dios, el que los cría y sostiene y cría los mantenimientos... Por todas las calles deste pueblo y a las puertas principales dél, y a la redonda desta casa, hay muchos ídolos de palo, y los adoran a imitación de su diablo. Hase averiguado... que desde el pueblo de Catamez, que es al principio de este gobierno, toda la gente destas costas servía a esta mezquita con oro y plata y daban cada año cierto tributo... Este pueblo de *Xachacama* es gran cosa, tiene junto a esta mezquita una *casa del sol*, bien labrada, con cinco cercas; hay casas con terrados como en España; el pueblo parece ser antiguo, por los edificios caídos que en él hay..."⁷¹.

En su carta a los oidores de la Audiencia Real de Su Majestad, fechada en Santa María del Puerto el 23 de noviembre

de 1533, Hernando Pizarro decía sobre Pachacámac: "Este pueblo de la mezquita es muy grande e de grandes cercados y corrales... Según parece, los indios no adoran a este diablo por devoción sino por temor... La cueva donde estaba el ídolo era muy oscura, que no se podía entrar a ella sin candela, e dentro muy sucia"⁷².

Pero, las ilusiones de los españoles se desvanecieron cuando casi no encontraron oro ni plata en la famosa ciudad sagrada de los indios. "El señor Gobernador —cuenta Cristóbal de Mena— supo que avía una mezquita muy rica... y que en esta mezquita avía tanto oro... porque los caciques de aquella tierra adoravan en ella..."⁷³. Más, "en aquella mezquita [dónde] estava el diablo que hablava con los indios en una cámara muy oscura y suzia... halló [Hernando Pizarro] muy poco oro: porque todo lo tenían escondido y hallaron un hoyo de donde lo avían sacado..."⁷⁴.

Todos los cronistas que visitaron las ruinas de la otrora ciudad sagrada, quedaron sorprendidos. Aunque ya en parte estaba ruinada al momento de la llegada de Hernando Pizarro y Miguel de Estete, mantenía mucho de su antigua prestancia, la cual conservó en las primeras décadas del abandono, hasta comienzos de la decimoséptima centuria. Los templos del Sol y de Pachacámac, el sector de Hurpi Huachac y el templo de la Luna con el Convento de las Mamaconas, conformaban un conjunto verdaderamente imponente, sin contar las recias construcciones de Tauri Chumpi y los innumerables templetos provinciales (como el *J. B.* recientemente restaurado —que así hemos llamado en honor de su restaurador, Arturo Jiménez Borja—)⁷⁵.

Remontándose a los orígenes, Gutiérrez de Santa Clara contó que "Topa Inga Yupangue... mandó edificar los templos que hubo en estas partes, que fueron muy sumptuosos y de *grandes edificios*... En especial se hicieron tres *soberbios* en los pueblos de Cusco, *Pachacama* y *Caxamalca*, porque señoreaban hasta la provincia de Manta"⁷⁶.

"Los templos... son grandes, suntuosos y muy ricos —dice López de Gómara—. El de *Pachacama*, el del Collao, el del Cusco y otros, estaban forrados por dentro de tablas de oro y plata, y todo su servicio era de lo mismo...". Más adelante, agrega: "Era el templo de *Pachacama*, que estaba cerca de Lima, famosísimo en aquellas tierras y muy visitado de todos por su devoción y oráculo, pues el diablo se aparecía y hablaba con los sacerdotes que allí moraban..."⁷⁷.

Cieza se extiende en una minuciosa descripción. En el valle de Pachacámac —dice— "estuvo uno de los suntuosos templos que se vieron en estas partes; del cual dicen que, no embarante que los reyes hicieron, sin el templo del Cusco, otros

muchos, y los ilustraron y acrecentaron con riquezas, ninguno se igualó con este de Pachacámac; el cual estaba edificado sobre un pequeño cerro hecho a mano, todo de adobes... y en lo alto puesto el edificio... y tenía muchas puertas, pintadas ellas y las paredes con figuras de animales fieros... Por los terrados deste templo y por lo más bajo estaba enterrada gran suma de oro y plata...". Explica, luego, el cronista que cuando los incas dominaron la región, comprendieron que no iba a ser posible erradicar el culto al dios Pachacámac, por el que tenían gran veneración (y miedo) los pueblos de la Costa; y entonces decidieron respetar el templo de los naturales y junto construir otro, "grande, que tuviese el más eminente lugar para el Sol... [el cual] se hizo muy rico y se pusieron en él muchas mujeres vírgenes..."⁷⁸.

La Arqueología, aquí también, confirma la descripción que han dejado los viajeros de los primeros tiempos y los cronistas de la época, particularmente en la parte relativa a las pinturas murales. Hasta unos años (estaban muy visibles el año 40) se conservaban fragmentos grandes de las pinturas de peces estilizados que decoraban el templo al dios del lugar. El examen de los vestigios permitió a Muelle decir que "el conjunto debía haberse presentado muy vistoso, no tanto por la maestría de los motivos... ni por la riqueza de la policromía... sino por la distribución salpicada de los pocos colores que el repertorio del decorador dispuso. Dos tonos ocres —rosa y amarillo pálido— son los dominantes, aunque no los únicos empleados... Un tono verdiceleste, distribuido con parquedad en las partes más altas y centrales, contribuye al mejor efecto..."⁷⁹.

No menos interesante es la descripción de Cobo: "Después del soberbio templo del Sol tenía el segundo lugar en grandeza, devoción, autoridad y riqueza el de *Pachacáma*; al cual, como a santuario universal, venían en peregrinación las gentes de todo el imperio de los Incas y ofrecían en él sus votos... Estaba este célebre templo en un *valle marítimo*, ameno y fértil... en el cual durante el reinado de los Incas hubo una grandiosa población, que era cabeza de provincia. Pegado a ella estaba este edificio, *desviado de la mar... quinientos pasos...* junto a una pequeña laguna, *que parece haberse antiguamente comunicado con el mar...*"⁸⁰.

La última parte de esta descripción abre la puerta a una consideración interesante: que entre las obras que rodeaban a los templos, se habrían contado algunas con la específica finalidad de *embarcadero*. Rebeca Carrión Cachot, como se explica en el capítulo décimo, sostiene que Pachacámac tuvo obras portuarias, las que desaparecieron por un cambio ocurrido en el terreno comprendido entre el área edificada y la playa.

Con obras de tipo portuario o sin ellas, es lo evidente que la población de Pachacámac —constituida por sacerdotes y servidores subalternos— tuvo directa y permanente relación con el mar, no sólo por los dictados de la leyenda y el mito (de lo que se trata en los capítulos octavo y noveno) sino por la cercanía, la influencia determinante del medio y la condicionante contribución del mar a la alimentación de los grupos allí establecidos. En el ceremonial, de otro lado, la visión del mar desde lo alto de los templos —sobre todo, desde la plataforma superior del templo del Sol, el más empinado y el de mayores y más subyugantes perspectivas— debió ejercer poderoso influjo y mantener viva la relación entre el escenario magnífico y los conceptos religiosos.

Cobo agrega a las líneas anteriormente transcritas, las siguientes, que condensan la magnificencia y riqueza del mentado templo: "Los incas lo ilustraron y lo presentaron con tanto adorno y riqueza, que vino a ser el más celebrado y venerado de todo su imperio, después del de Coricancha en el Cusco. La suma de oro y plata que en él se había recogido, era increíble; porque allende de que estaban las paredes y techos de la capilla del ídolo Pachacama cubiertas de chapas de estos metales, toda la vajilla y vasos del servicio del templo eran de lo mismo; y sin esto había muchas figuras de animales por las paredes labradas de estos ricos metales, que eran ofrendas y votos"⁸¹.

GUARCO, AL PIE DEL MAR

El valle de *Guarco* o Cañete, de gran fama en la gentilidad y densa población de agricultores, comerciantes y pescadores —todos en el mismo número y bajo severa organización—, mereció de Cieza los más encendidos elogios por la buena tierra que tenía, los muchos y variados frutos que daba y la importancia de sus grandes edificios, entre ellos uno al pie del mar que las olas batían. El valle de "*Guarco*, bien nombrado en este reino —dice el autor de *La Crónica del Perú*—, grande y muy ancho, y lleno de arboledas y frutales. Especialmente hay en él cantidad de guayabas muy olorosas y gustosas y mayor de guabas... Y las florestas y espesuras que hace el valle son muy sombrías; por debajo dellas pasan las acequias..."⁸².

Gran parte de la población del valle proyectaba su actividad al mar y se dedicaba, en lo económico, a la pesca y extracción de mariscos para el sustento de los grupos del interior, fuera del suyo propio. Grandes flotas de balsas operaban allí y periódicamente se realizaban solemnes fiestas relacionadas con la pesca de las que participaban cientos de embarcaciones engalanadas. Las fiestas consistían en recorridos frente a las playas

o en el interior de las caletas, mientras en tierra otros grupos completaban el ceremonial con diversos actos, todos de grandiosa vistosidad.

Los pueblos instalados frente al mar se contaban entre los más dedicados a la pesca de todo el litoral, y aquella parte de la costa tenía fama, por lo tanto, de principalísimo centro pesquero, proveedor de las gentes de los llanos y también de las naciones serranas.

Muchos edificios del valle habían sido levantados a la vista del mar o sobre la orilla misma, y uno era de gran fama por la arrogancia de su arquitectura y el hecho de que contra él batieran las olas. Según cuenta Garcilaso, para honrar a los valerosos soldados que se habían distinguido en la guerra contra Chuquimanco, los generales del Inca "mandaron hacer en el valle llamado *Huarco* una fortaleza pequeña de sitio, empero grande y maravillosa en la obra... *que la mar batía en ella*", de fama digna de perpetuarse por los siglos. "Cuando yo pasé por allí —dice el Inca autor de los *Comentarios Reales*—, el año sesenta, todavía mostraba lo que fue, para más lastimar a los que la miraban"⁸³.

Murúa le concede a este imponente edificio un origen más antiguo. "Yahuar Huácac —dice— fue muy enfermo... lloró lágrimas de sangre y... fue a los llanos a curarse de su enfermedad, y se hizo la fortaleza de *Huarco*, en la cual lo dejaron, donde hubo en una india *yunga* tres hijos, y en sanando de su enfermedad luego envió a conquistar muchas tierras y acabar de hacer la fortaleza del *Huarco*, que se había alzado contra su mandato..."⁸⁴. En otra parte, el mismo Murúa añade: "En el asiento y valle donde está la villa de Cañete y por otro nombre el *Guarco*, había un edificio y fortaleza... los cuales edificios están hoy en día algo desbaratados, y asimismo había un templo o *huaca* en donde estaban encerradas muchas mujeres... llamábanse *mamaconas*..."⁸⁵.

La descripción que da Cieza, como todas las de su prolija y verídica pluma, es muy interesante. Discrepando, en cuanto al origen del edificio, de la versión arriba transcrita, explica que el Inca Pachacútec (en lo cual coincide con Garcilaso) "mandó edificar en un collado alto del valle la más agraciada y vistosa fortaleza que había en todo el reino del Perú, fundada sobre grandes losas cuadradas, y las portadas muy bien hechas y los recibimientos y patios grandes. De lo más alto desta casa real *abajaba una escalera de piedra que llegaba hasta la mar*; tanto que *las mismas ondas della baten en el edificio* con tan grande ímpetu y fuerza, que pone grande admiración pensar cómo se pudo labrar de la manera tan prima y fuerte que tiene. Estaba en su tiempo esta fortaleza muy adornada de pinturas, y anti-

guamente había mucho tesoro en ella de los reyes ingas. Todo el edificio de esta fuerza... y las piedras muy grandes, no se parece mezcla ni señal de cómo las piedras encajan unas en otras y están tan apegadas, que a mala vez se parece la juntura... Cuando este edificio se hizo, dicen que, llegando a lo interior de la peña con sus picos y herramientas, hicieron concavidades, en las cuales habiendo socavado, ponían encima grandes losas y piedras; de manera que con tal cimiento quedó el edificio tan fuerte. Y cierto, para ser obra hecha por estos indios, es digna de loor y que causa a los que la ven, admiración..."¹⁸⁶.

Para acentuar la discrepancia en cuanto al origen de la soberbia construcción, Joan de Santa Cruz Pachacuti relaciona la fortaleza con Inca Yupanqui. Dice que después de sus grandes guerras, Inca Yupanqui mandó a sus prisioneros a trabajar en Sacsahuamán la fortaleza; "y más lo había mandado, que después, en acabando la tarea, les fueran a hazer otra obra de miradores en la orilla de la mar de Pachacámac o Chíncha, levantandoselos de la mesma la mar..."¹⁸⁷.

Oviedo destaca la particularidad principal del edificio, ya dicha, de que llegaba hasta las orillas del mar mismo, tanto que parecía estar metido en las aguas: "Delante de Pachacamá —dice—, hacia Chíncha diez leguas, [se levanta la fortaleza] de Guarco, dentro del agua de la mar, a par de una villeta de pocos vecinos en su jurisdicción"¹⁸⁸.

El renombre de la ciudad marítima de Guarco sólo se podía comparar al del Cusco, por el gran número de habitantes, la prestancia urbana y la significación política. "Guarco —dice admirativamente Gutiérrez de Santa Clara— ...donde antiguamente estuvo una gran fortaleza, y un pueblo de indios de gran población, de Ingas, que en otro tiempo solía ser allí la ciudad del Cusco, como dicen en el cantar:

*Mérida, que en las Españas
Fuiste otro tiempo Roma*"¹⁸⁹.

La arqueología ha podido identificar las ruinas de la fortaleza de Guarco de la que tanto hablan los cronistas. Hállanse en la cumbre del cerro *Centinela*, que, a manera de promontorio, cierra por el Sur la caleta de Cerro Azul. En la falda opuesta existen restos de otras construcciones, pero no de piedra sillar, como los de la mentada fortaleza, sino de adobón, en grandes bloques. Estos restos llegan hasta muy cerca de la orilla y señalan la existencia de templos, palacios, adoratorios y otros edificios de la gran población marítima de la que dan cuenta los cronistas. Villar Córdova describe terrazas tendidas en forma escalonada desde la cumbre del cerro hasta el llano que termina en la playa misma y construcciones de recio adobón que "más parecen adoratorios funerarios o casas de los guar-

CIUDADES Y POBLADOS FRENTE AL MAR

dianes de las sepulturas, que población marina”⁹⁰. En la parte Sur del cerro *La Barraca* —añade—, sobre pequeñas colinas fronterizas al mar, hay otras macizas construcciones de tapial, con muros de hasta dos metros de espesor, las que tienen apariencias, unas de templo, otras de fortaleza. En total, son tres imponentes conjuntos, que el viento y el mar no dejan de afectar y que, en parte, las arenas eólicas han invadido, hasta llegar a sepultar altos muros.

La mentada fortaleza de Guarco —mitad fortaleza, mitad palacio: lo uno por su reciedumbre, lo otro por su primorosa fábrica— fue casi desecha por los españoles para utilizar sus sillares. En su *Noticia general del Perú*, de la época de Esquilache, López de Caravantes dejó dicho que “en el puerto de mar que está media legua de la villa de Cañete, tenía el Inca una fortaleza de muy gran fábrica; hoy permanece, *aunque con muchas piedras menos que han sacado de allí para los edificios de la ciudad de Los Reyes y otras partes*”⁹¹.

CHINCHA Y SUS 10,000 PESCADORES

“Cuando los españoles entraron en este reino, habían en él 30,000 indios tributarios; ahora no hay 600”.

Este cuadro de calamidad lo consignó Lizárraga en su *Descripción y población de Indias* de fines del siglo XVI. Chíncha había sido una tierra pródiga, con una población numerosa y admirablemente distribuida por la administración de los Incas. Como el agua no era suficiente para que todos labrasen la tierra, “el Inca... los tenía repartidos desta suerte: 10,000 labradores, 10,000 pescadores y 10,000 mercaderes; *los pescadores no habían de labrar un palmo de tierra; con el pescado compraban todo lo necesario*; los labradores no habían de entrar a pescar: con los mantenimientos compraban el pescado... Los mercaderes tenían licencia de discurrir por todo este reino con sus mercaderías, que las principales eran mates para beber...”⁹².

Así, pues, la vida económica estaba racionalmente dividida, los grupos no se interferían y nadie padecía flaquezas. Los 30,000 hombres activos totalizaban con sus mujeres e hijos una población de no menos de 120.000 almas, la tercera parte de la cual dependía, por consiguiente, del mar. Las caletas y playas de esta parte del litoral se constituyeron, así, en un activo sector pesquero, cuya producción parte se consumía en el propio reino y parte iba al interior para cubrir la demanda de los pueblos serranos.

PARACAS, MILENARIA OCUPACION

"Paracas —dice Engel— ofrece todas las ventajas de un sitio abandonado desde largo tiempo; las poblaciones ubicadas a la margen Sur de la bahía, han muerto hace unos mil ochocientos años; después, solamente las visitaron los *huaqueros*; es decir que por la ausencia de una reocupación humana posterior, hemos heredado una zona antigua en toda su pureza. Entrar a Paracas es como entrar en una ciudad (sin vida) de hace dos mil años"⁹³.

En tiempo de los Incas, sin embargo, algunos grupos pescadores que recorrían la costa, ocuparon eventualmente las ruinosas casas de los antiguos pobladores de la bahía. "La ceniza de un horno encontrado en un cuarto de la *época Nasca*, nos dio —dice Engel— por el proceso del carbono 14, la fecha de 1523 de nuestra era" (muy próxima a la llegada de los españoles).

Engel, al comenzar sus trabajos en Paracas, esperaba hallar cementerios, acumulaciones de basura y una que otra choza o vivienda primitiva. No fue así, sin embargo, y la sorpresa resultó grande: "oculto debajo de los arenales, se extendía un *pueblo inmenso*"⁹⁴.

La ocupación de Paracas por el hombre (por el hombre probablemente de origen serrano, bajado de los Andes, tipo *Lauricocha*) tiene como fecha hasta el momento más remota el dato de Pampa Santo Domingo: *8,830 años* (por radiocarbono).

Después, hay otros fechados que corresponden a situaciones sociales, económicas y culturales semejantes a las de otros sitios de la Costa, como Chilca y Pucusana. Es el hombre de *seis y siete mil años de antigüedad*, que vive de la recolección pero que opera ya una forma embrionaria de *horticultura* a base de pallar, calabaza y camote.

El ingreso del algodón tiene una importancia trascendental. "Por siglos siguió el hombre en su primitivo nivel, viviendo casi exclusivamente de los productos del mar, habitando soterrados, recolectando semillas y cazando tierra adentro"⁹⁵; pero, por el año 2000 antes de Cristo (o sea, hace cuatro mil años) incorporó a su acervo cultural el *algodón*, de cuya fibra se aprovechó para confeccionar *entrelazados*, reemplazando a las fibras que hasta el momento había utilizado, como el junquillo y la hebra del cacto.

Más adelante, la cerámica causó una revolución. Por el año 1200 antes de Cristo, los pueblos de Paracas incorporan la *cerámica* y con esta conquista dan un salto en su desarrollo tecnológico y cultural. Paralelamente, agregan el verdadero arte textil y plenamente alcanzan el nivel agrícola, cuyos prolegómenos, como se ha visto, son antiquísimos.

En el campo de la economía y fuentes de abastecimiento, siguen la pesca y la recolección de mariscos en escala proporcio-

nada a la densidad de las agrupaciones humanas, pero a estas actividades extractivas primordiales se suma ahora, con tendencia a dominar en el cuadro económico, la agricultura.

En los enormes basurales de *Disco Verde*, del año 700 antes de Cristo, está la historia de este período. Los cateos sistemáticos practicados por Engel han llegado a cuatro y cinco metros de profundidad, revelando *conchas, cangrejos, camarones, chorros, mejillones, algas* en abundancia, ceniza estratificada sobre grandes extensiones y *cerámica incisa*. En las capas más profundas del basural (que se extiende hasta *Punta Pejerrey*) hay cerámica de estilo *Chavín* (de un *Chavín temprano*) y en las capas intermedias, cerámica *Paracas*. En su mayoría, piezas utilitarias, con las huellas del fuego. De las capas altas se han sacado *redes y chinchorros*. Disco Verde, por lo tanto, es una estación chavinoide en la zona de Paracas. El período se caracteriza por *poblaciones dedicadas a la agricultura y a la pesca*, con *pescado, mariscos y lobo de mar* por un lado y, por otro, maíz, yuca, ají y tubérculos. Como animal doméstico aparece el perro.

Los testimonios arqueológicos, por consiguiente, refieren en Paracas una larga historia de residencia humana, laboriosa y representativa. Tello habló de Paracas dividiendo la historia de esta cultura en dos períodos: *Cavernas* y *Necrópolis*. Del primero, representado por las cavernas funerarias de Cerro Colorado, dijo que se extendía "a lo largo de la playa desde Paracas hasta la boca del río Ica", con "grandes acumulaciones de basura" que cubren restos de poblaciones. Las gentes de este período "poseyeron abundantes recursos alimenticios, no sólo de origen marino, como peces, conchas y tal vez algunos mamíferos, sino, y especialmente, de origen agrícola"⁹⁶. Del segundo período explicó que se caracteriza por "diversas construcciones ocultas bajo la arena", como "hileras de cuartos situados *a lo largo de la antigua playa*" con patios o corredores y mausoleos, todo hecho con "piedras pequeñas angulosas, sargazo marino, palos, huesos de ballena y barro de aspecto calcáreo que forma tortas tan duras como el cemento"⁹⁷. Engel, revisando la división de Tello y trabajando nuevas estratigrafías, ha planteado una controversia en torno a la secuencia del sabio peruano. Considera Engel tres grandes etapas en Paracas, que son:

Precerámico (desde los albores hasta el año 1200 antes de Cristo).

Chavinoide (del 1200 al 500 antes de Cristo).

Regional (del 500 antes de Cristo al 500 después de Cristo).

Agrega una subdivisión del *Regional* con *tres fases*, que denomina *I, II y III*, subdividiendo a su vez la *fase I* en tres subfases, que llama *1, 2 y 3*.

Simplificando, como conviene a una presentación general, la *Regional I*, que engloba los materiales *Teojate*, *Juan Pablo* y *La Isla*, es *pre-Cavernas*. Históricamente sigue a Disco Verde y a Puerto Nuevo, que son estaciones chavinoides. La gente de esta fase —destaca Engel— *no usó las Cavernas*.

La *Regional II* es la fase de los hombres que *usaron las cavernas* (o cavidades botelliformes).

La *Regional III* es la *fase Nasca*, cuyos habitantes ocuparon las vastas y complejas unidades arquitectónicas, formando las ciudades de *Cabeza Larga* y *Cerro Colorado*, que no fueron necrópolis sino ciudades plenas de vida en la época de su apogeo.

Las *aldeas marítimas* de la *Regional I* eran propiamente *campamentos*, quizá *temporales*. En la mayoría de los casos la arqueología no ha podido explicar el problema del abastecimiento de agua de estos pueblos. Los pescadores modernos van también al mar a pescar pero permanecen pocos días solamente porque no encuentran agua y deben volver a sus localidades de origen del interior, cerca de los ríos. ¿Cómo hacían los antiguos habitantes de la península y playas inmediatas? Quizá —sugiere Engel— buscaban el agua en la *capa freática*. (De esto se ha tratado en el capítulo quinto).

Uno de los pocos ejemplos, bien conocido, de *villorrio de pescadores* de la *subfase 1* de la *Regional I*, es el llamado *Desierto*, que existió hace 2,300 años. "Consiste en cuartos aglutinados formando casas o grupos de casas... con muritos de piedras asentadas con algas, formando dobles caras, rellenas en el centro con basura y conchuela..."⁹⁸. Estos muritos servían de sostén para palos, paredes ligeras y techos ligeros también. Hay en la aldea *colcas* para la conservación de víveres, y grandes basurales, que indican que la población del lugar fue numerosa y radicó allí por mucho tiempo.

Esa población de la aldea llamada *Desierto* estuvo dedicada exclusivamente a la pesca. En la base del villorrio no hay vestigios Chavín, lo que habla de grupos que escogían como centros de habitación lugares que nunca antes habían estado habitados. Se trata, por lo tanto, de gente que, fuera de duda, desarrolló una existencia completamente desligada de los primeros ocupantes de la región y que buscó tierras vírgenes para aposentarse.

Hoy, estos campamentos o villorrios están bajo una capa de arena de hasta ocho metros de espesor.

El cambio de la *Regional I*, que acaba de explicarse en sus rasgos generales, a la *Regional II*, fue profundo. Engel anota: tejido con otro tipo de ornamentación, otra cerámica (aunque siempre con pintura poscocción), aparición del cobre, nuevas

armas, nuevos usos funerarios y, sobre todo, *uso de las cavernas* para el enterramiento de los cadáveres.

¿Qué determinó el cambio: una invasión "con gente nueva"⁹⁹, un simple proceso evolutivo o un enriquecimiento por difusión?

La *Regional II* también tiene un final violento, quizá por la llegada de inmigrantes belicosos que invadieron el territorio¹⁰⁰.

Durante toda la *Regional II*, la gente siguió alimentándose principalmente de pescado, por lo mismo que formaba una nutrida agrupación de *pescadores altamente especializados*; pero, junto con el pescado comían también mariscos y algunos productos de la tierra, como yuca, camote, ají, pallar, maíz y jíquima.

La gran masa de la población paraqueña ocupaba *un pueblo con frente al mar*, ligeramente en alto y bastante extenso, cuyos restos aparecen hoy con abundante basura, la cual forma en algunas partes una capa de cuatro metros de espesor.

No obstante la magnitud del pueblo de pescadores, las viviendas eran modestas: "...simples chozas rectangulares establecidas encima de un piso de tierra pisada. Las paredes, de cañas entrelazadas... A veces se notan dos o tres filas de piedras, aseguradas con capas de algas, tarrajeadas y cementadas con tierra"¹⁰¹.

LA CIUDAD DE CABEZA LARGA

Hablando de *Cabeza Larga*, hay que distinguir los cementerios primordiales, de hace cinco mil años, la ciudad de la época que corresponde al *periodo Cavernas*, de Tello, y la *gran ciudad de la fase Nasca*.

La *gran ciudad de Cabeza Larga*, de la fase Nasca (*Regional III*), "de unos mil quinientos metros de largo por unos seiscientos de ancho... y una superficie de noventa hectáreas"¹⁰², todo hoy "enterrado bajo toneladas de basura arrojada por los habitantes posteriores" y cubierto por gruesas capas de arena, albergó en la época de su apogeo a miles de habitantes, en su gran mayoría dedicados a la pesca por la cercanía del mar y la riqueza de sus aguas.

El carácter *Nasca* de la gran ciudad se desprende de los testimonios cerámicos: la cerámica típica Nasca, correspondiente a la *fase naturalista*, inspirada predominantemente en los motivos de la fauna regional, que incluye la marina, se da abundante en las ruinas de la ciudad.

Los trabajos de Engel han revelado la existencia de esta gran ciudad sobre un amplio frente. Ahora se sabe que en todo el contorno de la bahía de Paracas se levantó en otro tiempo una ciudad extensa, típicamente marítima, edificada sobre los restos de antiguas construcciones. Una espesa capa de arena, trans-

portada por el viento, que sopla fuerte en la región, la cubría hasta los trabajos de limpieza. Las piedras aparecen apircadas en forma muy irregular, con cierta tendencia a la hilera, pero sin respetar cordel ni nivel. Son estas piedras de diversos colores, lo que indica su distinta procedencia: hay calizas blancas, pórfidos de subidos tonos rojos y prismas amarillos de fácil exfoliación. Se empleó como mortero o argamasa, en unos sitios solamente algas frescas y, en otros, algas mezcladas con fango marino. En los dos casos, pero sobre todo en el segundo, la consistencia de la unión es realmente notable: el fango ha endurecido con firmeza de cemento.

Los aposentos son rectangulares, con muros de perfil inclinado, de anchura considerable. Las terrazas son estrechas y en zigzag. Dentro de las habitaciones hay espesa capa de basura y, dentro de la basura, *colcas* para la conservación de víveres. En algunas partes hay entrada simple para dos aposentos. En casi todos los recintos se ha encontrado a pocos pasos de la entrada botijas grandes, esféricas, para uso doméstico, sin duda destinadas al almacenamiento del agua. Los techos eran de madera y estera. Se los ha encontrado en buen estado de conservación en algunos aposentos.

Describiendo un sector, Engel dice: "Paredes de piedra, de una o dos caras, sirven de divisiones: hay puertas muy bien ubicadas para ocultar el interior; también existen gradas de acceso, plataformas para hornos, bancos para camas; otros numerosos detalles indican el deseo de vivir en un hogar mejor organizado".

La pujante población Nasca de *Cabeza Larga*, de mediados del primer milenio de nuestra era, vivió dominada por la belleza, la incomparable belleza del océano quieto, celeste de Paracas y subyugada, en sus gustos y preferencias, por los variados productos del mar. Fue *una población igualmente pesquera y agrícola*, con raíz en la tierra y afectos, inquietudes, dudas, y naturalmente también, sentimientos de gratitud dirigidos al mar. La pesca ocupaba un lugar muy importante y se practicaba con *anzuelos de cobre*.

La organización comunal de una ciudad bien instalada y de numerosa población —anota Engel—, revela cambios en la estructura social y política. Aquí "nos enfrentamos a campesinos y pescadores que parecen disciplinados, organizados y jerarquizados"¹⁰³.

La ciudad tuvo, sin duda, *miles de habitantes*. Si fueron como los *nascas* del interior —excelsos artistas, maestros del color e intérpretes únicos de la naturaleza (intérpretes mágicos)—, éstos de la bahía vivieron prendados de su mar, del color de su mar, de la quietud de las aguas, de las peñas y acantilados, de las ensenadas silentes donde hoy como ayer van a morir los lobos

Con redecilla y moño —rasgos característicos de los hombres del oficio—, el pescador arrastra una red, que sujeta fuertemente y apoya en sus hombros. (*Nasca*. Rio Grande, departamento de Ica. Período temprano, siglo IV de nuestra era. Museo Nacional de Antropología y Arqueología. Foto: *Fernando La Rosa*).





Collares hechos con diversos materiales, predominando los de origen marino.
De izquierda a derecha: a) collar de cuentecillas alargadas de concha nacarada, con perforaciones bicónicas; b) collar de cuentas de caracol, mostacillas de concha, turquesa, y bolas de oro; c) collar de concha, turquesa y oro, que termina en un adorno de coralina, concha de color laminada y malaquita; d) collar de abalorios de caracol.
(*Culturas del litoral*. Museo Alberto Fehling. Foto: Manuel Romero).

con el ceremonial austero y vigilante de los buitres y los cóndores bajados de los Andes; prendados de la amplitud ondulante de los cerros rojizos, de las llanuras de arena embravecidas por el viento, de la soledad ululante de las pampas y, por qué no también, del desierto que se interna hasta la muralla de la cordillera, visible en las tardes por el derroche de oros del ocaso. Pero, sobre todo, prendados del mar. Mar único por la tersura de su espejo, por el color que trabajan las nubes y el fondo, y por el marco: la gran península, a ratos ocre, a ratos gris, a ratos roja, primitiva, sola, pura, ahora con sus cadáveres eternos bajo la arena...

¿Por qué murió Paracas? ¿Por qué la floreciente ciudad de Cabeza Larga sucumbió bajo la arena? ¿Qué trastorno la aniquiló?

Se pueden formular varias hipótesis: una, que la ciudad, en el mejor momento de su existencia, fue arrasada de un maremoto; otra, que una marejada (como la que ocurrió en 1960, por efecto de un *tsunami*) produjo un fuerte arenamiento de la bahía. La vida se habría alejado, sobre todo la vida ictiológica, y ante la disminución de los recursos, la subsistencia de los hombres habría sido tornada imposible. Otra hipótesis: que los pozos de agua se habrían secado o se habrían convertido en pozos de agua salobre.

Para Engel, sin embargo, la explicación debe hallarse en el problema alimenticio: la falta de una adecuada relación entre las fuentes de abastecimiento y la demanda de la población. Al respecto hay que considerar dos aspectos del problema: el *primero*, que es probable que los métodos de pesca de los paracenses ya no rendían la suficiente cantidad para alimentar a toda la población, que era "de más de dos mil almas". Es importante señalar que *los habitantes de la ciudad no hacían uso de embarcaciones para pescar*¹⁰⁴. Se limitaban a pescar, por lo tanto, desde la playa, con anzuelos y redes; nada más. Es claro que a esta base alimenticia agregaban la carne del lobo marino, pero, aún así, la cantidad no llegaba a satisfacer la demanda.

El *segundo* aspecto del problema se refiere a la tierra: mejor dicho, a la *escasez de tierra*, la que con el tiempo se agudizó por la pobreza de los recursos técnicos, la congestión demótica y la ausencia de programas de incremento.

Engel concluye: "...la pesca desde la playa (con cordel y anzuelos y también con redes) y el ocasional aprovechamiento de los delfines y lobos marinos, *no permitieron la alimentación de un grupo humano de más de dos mil almas*". Sin embarcaciones y con una población en constante crecimiento, Paracas tuvo que recurrir a los productos de la tierra. Este es un hecho probado: en los basurales de la ciudad, junto con los restos de

pescado y de mamíferos marinos, están los desechos de los comestibles vegetales. Por consiguiente, "Paracas vivía tanto de la pesca como de la agricultura". Pero, es probable que la escasez, por un lado, de alimentos de origen marino y, de otro, la falta de tierras aprovechables en el interior del valle inmediato de Pisco o en el próximo de Ica, causaron la peor crisis de este pueblo de Paracas, la que habría llegado, en su momento culminante, a la ruina de la ciudad por abandono de sus pobladores.

OTRAS POBLACIONES MENORES

La descripción de las principales ciudades marítimas o próximas al mar hecha en las páginas anteriores, se completa con la indicación sumaria que sigue de los pueblos menores.

Al Sur de Tumbes fueron "pocas las localidades habitadas a causa del árido arenal que domina la prolongada costa". Pero, allí donde había tierra feraz o costa favorable para la pesquería, la aglomeración se produjo desde tiempo inmemorial. Destacaron los pueblos de los indios *paitas* y *colanes*, excelentes pescadores y grandes navegantes, muy hábiles en el manejo de las balsas.

Más al Sur estuvieron los *tallanes*, que formaban nutridas poblaciones. Tenían en sus caletas numerosas flotas de balsas y en economía eran principalmente pescadores.

Muchos de los pueblos del sector comprendido entre Sechura y Pacasmayo guardaban la tradición, como se ha visto en el capítulo noveno, de una procedencia lejana y hablaban de un gran jefe llegado del Norte por la vía del mar, fundador de una larga dinastía. Eran de espíritu independiente y muy activos¹⁰⁵.

La imponente pirámide de Eten, a cuatro kilómetros del puerto de ese nombre, da pábulo para pensar en los diseños centroamericanos. "Una vez más se hace patente —dice Leicht— la relación cultural entre el antiguo arte de los chimúes y el Norte del continente, *del que proceden*"¹⁰⁶. De 100 metros por 70 en la base, "poseía una escalinata que conducía hasta la plataforma superior".

Entre Jequetepeque y Pacasmayo hay cementerios con abundante fragmentería de cobre, de los que ha dado cuenta Muelle¹⁰⁷, y con frente al mar se dan numerosas ruinas de adoratorios y pueblos, como las conocidas con los nombres de *La Mesa*, *Dos Cabezas* y *La Barranca*.

Al Norte de la boca del río Chicama y directamente frente al mar, destaca su perfil de pirámide escalonada, con escalinata central para llegar a la plataforma alta, la huaca *El Brujo*, de 20 metros de altura. Por los materiales que la constituyen, puede pensarse que pertenece tanto a la época mochica como a la

tardía chimú. Quedan para certificar la filiación mochica restos de una ornamentación geométrica con los colores amarillo, rojo y azul, y áreas blancas. Un cementerio al pie también es mochica.

Otro montículo, igualmente frente al mar, llamado *Huaca Prieta*, cuya importancia fue Larco el primero en destacar, pertenece a la era precerámica y ha sido tratado en el capítulo cuarto.

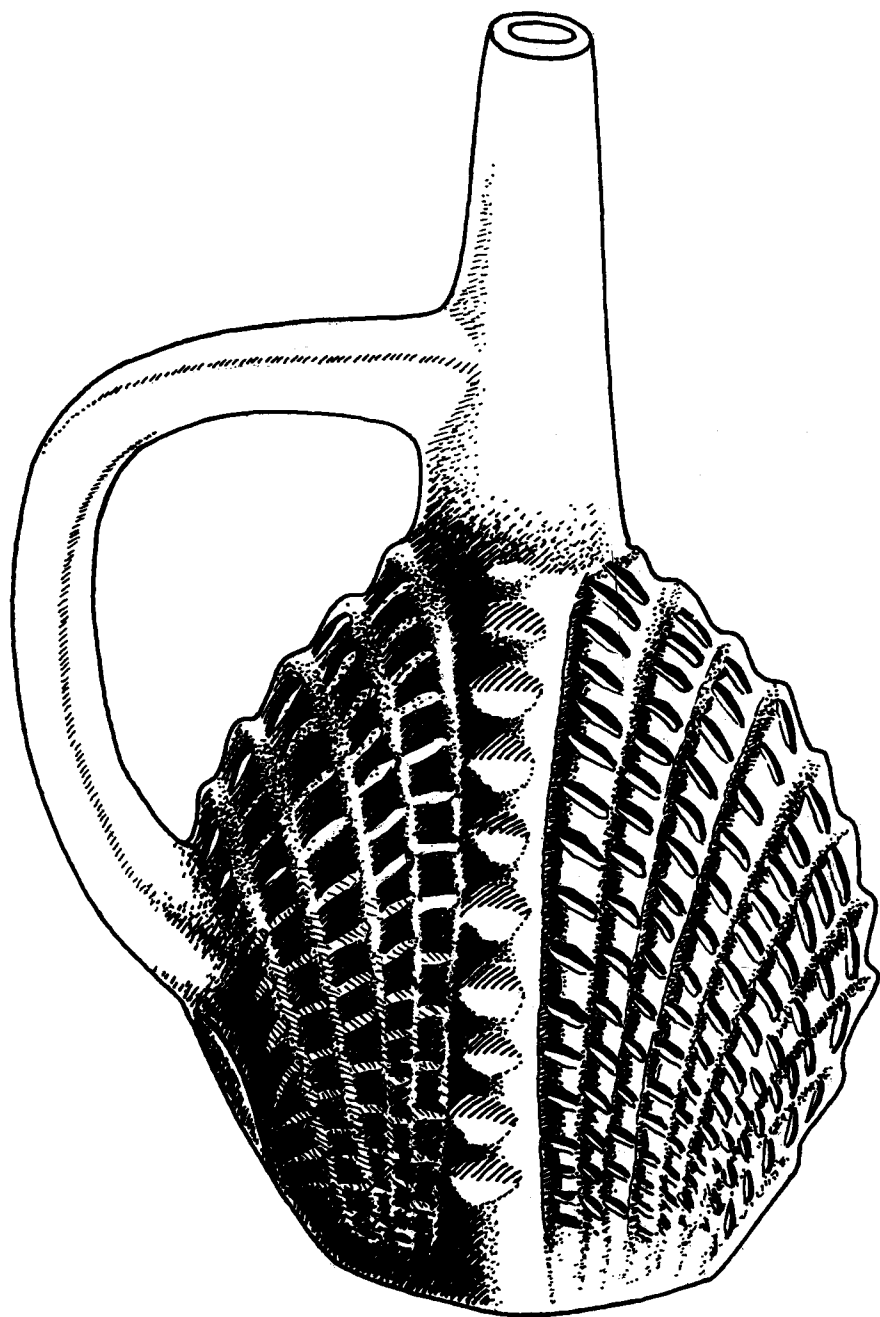
Siguiendo al Sur, entre Malabrigo (o puerto Chicama) y Santiago de Cao, o sea, en todo el frente marítimo del valle de Chicama, "la playa encierra numerosos cementerios antiguos" y restos de aldeas de pescadores. De estas gentes trae referencias Calancha. Otros pescadores vivían en Virú, al amparo de los promontorios de Guañape, manteniendo una tradición milenaria de pesca y recolección de mariscos que llegó a los españoles.

Los restos, cerca de Supe, del reducto-adoratorio de *Chimucápac*, prueban que fue grande la concentración humana en ese sector de la Costa. El conjunto se compone de un reducto en la cúspide del cerro —que fue probablemente también adoratorio— y de tres recias murallas de circunvalación. Parte de la imponente obra está hecha con adobes lenticulares, labrados a mano, "semejantes —dice Mejía— a los que existen en la muralla de Mazo y en el templo de Puncurí, en el valle de Nepeña", lo cual probaría su filiación Chavín, comprobada en el citado templo de Puncurí¹⁰⁸.

De Chimucápac, que siempre atrajo el interés de los viajeros y arqueólogos (como Stevenson, Squier y Middendorf entre los primeros, Uhle, Kroeber y Tello entre los segundos), proceden notables muestras del arte precolombino, como "una fuente de madera recamada en toda su superficie interna y externa con un mosaico formado por laminillas de conchaperla, turquesas y otras piedras preciosas... Esta joya —subraya Tello— es una de las más extraordinarias del arte aborigen y puede rivalizar con las mejores obras de su clase halladas en México y Centroamérica"¹⁰⁹.

La muralla de Mazo está entre Végueta y Cerro Rondoy. No es propiamente una muralla sino un *camino epimural*, como el del Santa o el del Chillón, de adobón, piedra y barro, y, según acaba de decirse, adobes lenticulares de 40 centímetros de diámetro. Tuvo en su época parapeto y calzada y sirvió para la comunicación de los densos grupos que poblaban esa parte de las tierras próximas al mar con los grupos del interior.

En 1938, Tello descubrió en la zona de Végueta el afamado templo de *Choque Ispana* siguiendo el derrotero del licenciado Felipe Medina, extirpador de idolatrías, el cual dejó dicho, como se vio en el capítulo octavo, que el citado templo, de mucha nombradía en la época de la gentilidad, se hallaba "a un lado



Cántaro figurativo que representa una concha.
Gollete cónico y asa arqueada lateral: base plana.
(*Mochica*. Costa Norte. Siglo IV de nuestra
era. Museo Nacional de Antropología y
Arqueología. *Dibujo: Pablo Carrera M.*).

del puerto de La Herradura, dos leguas y media de Huacho, donde bate la mar en la playa". El descubrimiento del sabio certificó la mención del extirpador "cerca de Playa Chica y detrás del morro Centinela"¹¹⁰.

La comarca de Huacho y Huaura albergó una comunidad crecida que se dedicaba principalmente a la pesca. Más al Sur, en la otra orilla del extenso arenal que empieza en las salinas, también descollaba por su laboriosidad y número la población de Chancay, de grandes pescadores y eximios artistas del tejido, que adornaban sus multicolores paños y sus tenues gasas con figuras de peces. Hernando Pizarro fue el primer español que pasó por allí, y su secretario, Estete, escribió en la relación del viaje: "El capitán fue a dormir a *un pueblo muy grande que está cerca de la mar*, que se dice *Guarma* [Huaura]. Este pueblo está en un buen sitio, tiene grandes edificios de aposentos... Luego, al día siguiente, se partió el capitán y su gente, y fueron a dormir a un pueblo que se llama *Llachu* [Huacho], que se le puso nombre el pueblo de las perlices, porque en casa había muchas perlices puestas en jaulas... Otro día partió el capitán deste pueblo algo de mañana... y fue a comer a un pueblo grande que se llama *Suculacumbi*" (¿Chancay o Villa de Arnedo en la Colonia?)¹¹¹.

Huacho, a la llegada de los españoles, era caleta de muchas rancherías de pescadores y navegantes. En sus balsas iban éstos a la isla próxima (llamada hoy *Don Martín*), frente a la playa de *Végueta*, para recoger el guano, previo rito de "homenajes supersticiosos". En el cerro *Carquin* vivía una comunidad dedicada a la industria de la conservación del pescado, para lo cual disponía de los amplios tendales del lugar (cuya tradición ligada a la pesca se mantiene hasta nuestros días).

Un historiador refiere que "el valle de Chancay y demás territorio regado por el *río Pasamayo* o por las acequias sacadas de este río... tuvo dieciséis *hunos*, con 30,000 tributarios, o sea, más de 150,000 almas: su capital era *Aucallama*, de la que dependían Huaral [por cognomento, El Viejo, hoy en ruinas], Chancaillo con depósitos subterráneos, y otros dieciséis o dieciocho pueblos en la extensión de doce o catorce leguas, según el Padre Meléndez..."¹¹².

Más allá de Lima y Pachacámac, con desiertos a un lado y otro de la quebrada, florecía el pueblo de *Chilca*, de tierras aparentemente secas pero, en realidad, de alto rendimiento por la humedad del subsuelo. Los indios del lugar pescaban y cultivaban sus sementeras. Para esto último, eliminaban extensas zonas de arena hasta alcanzar la tierra feraz del subsuelo, favorecida además por la imbibición de la napa; tierra adecuada para el cultivo. "Estas pozas u hoyos están todavía en uso y

allí se producen las cucúrbitas, el maíz, el frijol, etc. Los indios los designan con el nombre de *mahamaes*¹¹³.

Sin contar los vestigios de la primera ocupación (que han sido descritos en los capítulos tercero y cuarto), los restos arqueológicos de Chilca consisten en necrópolis y "basurales de grueso conchal, con residuos de alimentación, cerámica, tejidos, *instrumentos de pesca, redes y arpones de hueso*". De una época posterior, con predominio de la agricultura sobre la pesca, hay cerámica fina y tejidos con ornamentación geométrica. Villar Córdova considera que esta es la época de la dominación serrana que impuso en toda la Costa nuevos patrones de vida¹¹⁴.

Cerca de las lagunas, en la falda de un cerro que divide por mitad la playa, están las ruinas de la gran ciudad de *Lapalapa*, con diversas construcciones de piedra, adoratorios, largos muros de contención y terrazas a modo de andenes (pero no agrícolas sino habitacionales), que pueden corresponder a los comienzos de la era cristiana. La parte monumental, que tuvo un carácter indudablemente religioso y que ha sido estudiada por Engel no obstante estar cubierta casi íntegramente por la arena¹¹⁵, cubre una extensión de, aproximadamente, 240 metros por 120.

La ciudad, en su mejor momento, debió albergar una población de unos 6,000 habitantes, repartida en casas de "totora, caña y esteras" pero sobre bases firmes, que se levantaban en una 300 terrazas.

Batido constantemente por la brisa marina cargada de humedad salobre, el lugar es yermo pero en otro tiempo, "hace 2,000 años", quizá fue pantanoso por una alteración eustática del nivel del mar, en una magnitud no inferior a los tres metros, de lo que hay evidencia geológica.

Puerto Vejo, con una cerámica que ha estudiado Bonavía, indica también una larga y densa ocupación de las playas del lugar por gentes que se extendieron comunitariamente hasta Pucusana, Naplo y La Honda. Practicaban la pesca, la que les daba recursos abundantes para su sustento y, probablemente, para un comercio regular con los pueblos de la quebrada alta de Parca, que lleva a Huarochirí y cabeceras del río Mala, que es la *ruta de la sal*, hacia Pariacaca.

LOS SECTORES LITORALES

Se vio en el capítulo décimoquinto que la expansión imperial incaica abarcó, en su época de apogeo (tras las conquistas de Pachacútec, Túpac Inca Yupanqui y Huaina Cápac), un frente marítimo que se extendía desde el río Angasmayo, en Colombia, hasta el Maule o, quizá, el Biobío, en Chile: aproximadamente desde la latitud 2° Norte hasta la 35° o 37° Sur, esto según las

más puntuales fuentes y los testimonios comprobados de la Arqueología. A lo largo de este litoral de cinco mil kilómetros, con incontables caletas y promontorios y aguas de prodigiosa riqueza, los numerosos pueblos unificados por el imperio, siguiendo remotas tradiciones, ejercían activamente la pesca y recolección de mariscos, extraían para la fertilidad de los campos el *guano* de las islas y practicaban, ora con fines de pesca, ora con fines de comercio, la navegación en las embarcaciones de diverso tipo que se han descrito en el capítulo décimo. Era aquél, pues, un frente marítimo activo, en algunas partes excepcionalmente movido, con un mar que estrechamente se conectaba a la sociedad vecina de los *llanos* o a la sociedad de las tierras altas a través de intereses religiosos, mágicos, económicos, artísticos y, al final, políticos también.

Esta conexión, según se ha visto en los sucesivos capítulos de este estudio, no la establecieron los Incas sino que se remonta a períodos muy lejanos de la prehistoria. El hombre tuvo preocupaciones por el mar, y vivió y aprovechó del mar, en el más amplio sentido de estas palabras, desde el amanecer de su existencia en la Costa. Esto está dicho y probado en los capítulos tercero y cuarto, y no es necesario abundar en lo mismo.

Bueno es, en cambio, señalar los *sectores litorales* correspondientes a cada nación costeña o a cada cultura, por edades y períodos y en la ordenada sucesión del tiempo, según los datos que suministra la cartografía arqueológica.

El *Horizonte Temprano* o *Epoca Formativa*, con Chavín como emblema, cubre un frente marítimo de 1,200 kilómetros, entre la bahía de Sechura y la boca del río Ica, con sitios distribuidos sin interrupción de un extremo a otro.

En el período llamado *Intermedio Temprano* o *Florecente*, que se caracteriza por el gran desarrollo de las *culturas regionales* (especialmente en la Costa) —primer milenio de la era cristiana—, el mapa registra tres sectores litorales de inusitada actividad: al Norte, el *sector mochica*, comprendido entre los ríos del complejo hidrográfico de Lambayeque y el valle de Nepeña, en el departamento de Ancash (donde los espléndidos murales de Pañamarca pueden considerarse como la avanzada meridional de esta gran cultura de artistas y guerreros); en el centro, el *sector de Lima*, relativamente pequeño, cuyos extremos son Chancay y Lurín, y que tiene como rasgo característico la decoración *interlocking* de la cerámica, inspirada, sin duda, en el arte textil (estilo que la Arqueología prefiere llamar ahora *Playa Grande*); y al Sur, el *sector Nasca*, que va de Chincha a Acarí.

Los sectores mochica y Nasca tienen, aproximadamente, 300 kilómetros, y el sector de Lima, 100.

Los mochicas, como se ha visto en el capítulo décimotercero, ejercieron una activa navegación de cabotaje que, se presume, llegó, por el Sur, hasta las islas del grupo Chincha, en procura del *guano* que usaban para devolver fertilidad a los campos de cultivo. En este caso, el frente litoral de operaciones de los mochicas resultaría mucho más extenso que el que originalmente les correspondía.

El *Horizonte Medio* o *Tiahuanacoide*, que es la época de la expansión serrana hacia la Costa, con el consiguiente sojuzgamiento de las naciones del llano marítimo por las de las tierras altas —época de uniformidad cultural Huari—, abarca, en el momento de máxima influencia, un dilatado frente marítimo, de no menos de 1,300 kilómetros, entre la boca del río Jequetepeque, en Pacasmayo, y la del Sihuas, en el departamento de Arequipa, con numerosos sitios representativos a todo lo largo de la Costa, a la vista del mar o muy cerca de él.

Finalmente, en el período *Intermedio Tardío* o de los *Grandes Estados Regionales* (o Confederaciones tribales), se dan otra vez tres Sectores: uno al Norte, muy amplio, de 1,400 kilómetros, entre Tumbes y Chancay; otro, pequeño, al centro, entre Chancay y Lurín; y un tercero, al Sur, entre Cañete y Chala. El primero corresponde al reino Chimú, con capital Chan Chán, cuyos navegantes ejercieron una verdadera dominación del mar unidos a los tumbesinos y tallanes. El segundo corresponde a la pequeña pero sugestiva cultura Chancay, de rasgos inconfundibles tanto en la cerámica como en el tejido, y que tuvo en Ancón un importante centro de operaciones marítimas, tanto para la pesca como para el comercio que practicó con Chimú. El tercer sector corresponde a la cultura Ica-Chincha, prácticamente montada, por así decirlo, sobre la Nasca en lo que a territorio se refiere, pero con ligeras áreas de expansión al Norte y al Sur. En este sector también, como en los dos anteriores, la actividad marítima fue intensa, con comercio de cabotaje y pesquerías bien organizadas, de las cuales traen referencias concretas los cronistas, según se ha visto en los capítulos correspondientes.

Con el imperio incaico, la unificación, en lo que al mar atañe, se tradujo en la desaparición de los *sectores* o *frentes regionales* y en el consiguiente enlace de todas las partes del inmenso litoral, sobre más de cinco mil kilómetros, en el que señoreó el Inca con poder excluyente y fama de conquistador invencible.

Tal era el cuadro cuando aparecieron, viniendo del Norte, los españoles de la expedición de Pizarro. Corría el año 1527 y estaba próxima a iniciarse una nueva era en nuestra historia con hombres, ideas, instituciones, cultura y técnicas que llegarían por las anchas rutas del mar al fértil campo del dorado Tahuantinsuyo.

NOTAS AL CAPITULO

1. LARCO HOYLE, Rafael... *Archaeologia Mundi. Perú*. Ginebra, 1966; p. 172.
2. ROWE, John H. ... *Inca culture at the time of the Spanish Conquest* ("Handbook of South American Indians". Vol. II). Washington, 1946; p. 191 y sgte.
3. BENNETT, Wendell C. ... y BIRD, Junius B. ... *Andean Culture History*. Nueva York, 1960.
4. BUSTO, José Antonio del... *Francisco Pizarro. El Marqués Gobernador*. Madrid, 1966; p. 35 y sgtes.
5. BAUDIN, Louis... *El imperio socialista de los Incas*. Santiago, 1943; p. 131.
6. CIEZA DE LEON, Pedro... *Tercera Parte de la Crónica del Perú*. "Mercurio Peruano" (publicada por Rafael Loredó). Lima, abril 1951. N° 289, cap. XXI.
7. JEREZ, Francisco de... *Verdadera relación de la conquista del Perú* (1534). México, Col. Atenea; p. 43.
8. HERRERA, Antonio de... *Décadas o Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme del Mar Océano* (1601). 1728. Tomo II. Década tercera. Libro décimo, cap. V, p. 285.
9. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, Pedro... *Quinquenarios o Historia de las Guerras Civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias* (siglo XVI). Madrid, 1963, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro III, cap. LII, p. 220.
10. VAZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio... *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* (1628). Washington, 1948. Libro III, cap. XII, p. 350; párrafo 1120.
11. OLIVA, Juan Anello... *De los reinos del Perú, reyes que tuvo, descubrimiento y conquista dellos por los españoles* (1631). Lima, 1895; pp. 86-90.
12. BENZONI, Jerónimo... *La historia del Nuevo Mundo* (1585). Lima, 1967. Libro tercero, p. 4.
13. LEICHT, Hermann... *Arte y cultura preincaicos*. Madrid, 1963; p. 127.
14. CIEZA DE LEON, Pedro... *La Crónica del Perú* (1553). México, Col. Atenea. Cap. LIII, p. 320.
15. JEREZ, *Verdadera relación...*; p. 43.
16. PIZARRO, Pedro... *Relación del descubrimiento y conquista de los Reinos del Perú* (1571). "Colección de documentos inéditos para la Historia de España". Madrid, 1844. Tomo V; p. 217.
17. CALANCHA, Antonio de la... *Corónica Moralizada del Orden de San Agustín*. Barcelona, 1639. Libro III, cap. I, p. 546.
18. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 139.
19. HARDOY, Jorge Enrique... *Ciudades precolombinas*. Buenos Aires, 1964. Cap. X.
20. KAUFFMANN, Federico... *La cultura Chimú*. Lima, 1964; p. 61.
21. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 135.
22. LARCO HOYLE, Rafael... *Las épocas peruanas*. Lima, 1963; p. 70.
23. MUELLE, Jorge C. ... *Los valles de Trujillo*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1937, Tomo VI. N° 1; p. 15.
24. RIVA AGÜERO, José de la... *Civilización tradicional peruana. Epoca prehispánica* (1937). "Obras completas". Lima, 1966. Tomo V; p. 223.
25. UHLE, Max... *La antigua civilización peruana*. "Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima". Lima, 1900. Tomo X; p. 93.
26. VALCARCEL, Luis E. ... *Vida y arte en la región chimú*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1941. Tomo X. N° 2; p. 185.
27. HORKHEIMER, Hans... *Vistas arqueológicas del Noroeste del Perú*. Trujillo, 1944; p. 14.

NOTAS AL CAPITULO

28. HARDOY, *Ciudades precolombinas*; p. 363.
29. MIRO QUESADA GARLAND, Luis... *Metrópoli Chan Chán*. Lima, 1957; p. 2 y sgte.
30. HARDOY, *Ciudades precolombinas*; p. 361.
31. HORKHEIMER, *Vistas arqueológicas...*; p. 61.
32. LARCO HOYLE, *Archaeologia Mundi. Perú*; p. 185.
33. MUELLE, *Los valles de Trujillo*; p. 17.
34. MIDDENDORF, Ernesto W. ... *Las lenguas aborígenes del Perú* (1889). Lima, 1959; p. 139.
35. MUELLE, *Los valles de Trujillo*; p. 10.
36. HAGEN, Victor W. von... *Culturas preincaicas*. Madrid, 1966. Cap. V, p. 143.
37. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 151.
38. ESTETE, Miguel de... *La relación del viaje que hizo el señor capitán Hernando Pizarro por mandato del señor Gobernador, su hermano, desde el pueblo de Caxamalca a Parcoma, y de allí a Jauja* (incluida en la *Verdadera relación...* de JEREZ) (1533). México, Col. Atenea; p. 94.
39. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LXX, p. 368 y sgte.
40. CALANCHA, *Corónica Moralizada...* Libro III, cap. II, p. 552.
41. BENNETT, Wendell C. ... *Archaeology of the North Coast of Peru*. "Anthropological papers of the American Museum of Natural History". Nueva York, 1939. Vol. XXXVII. Parte I; p. 13.
42. KAUFFMANN, Federico... *La obra de los arqueólogos alemanes en el Perú*. Hamburgo, 1963 (sobretiro de "Humboldt"); p. 6.
43. Una exposición retrospectiva en el Museo de Ancón, en el verano de 1971, organizada por el autor de este libro a pedido del Patronato de Actividades Culturales de la localidad, mostró la nutrida bibliografía arqueológica que existe sobre Ancón, desde los celebrados volúmenes de Reiss y Stübel hasta las últimas publicaciones de los arqueólogos norteamericanos y peruanos. La recopilación, preparada por el personal técnico de la Biblioteca Nacional según directivas de su director, doctor Estuardo Núñez, comprendió no menos de un centenar de títulos.
44. CARRION CACHOT, Rebeca... *Importancia de las necrópolis de Ancón*. "El Comercio". Lima, 3 de marzo 1949 (edición de la tarde); p. 3.
45. VILLAR CORDOVA, Pedro... *Las culturas prehispánicas del departamento de Lima*. Lima, 1935; p. 231.
46. VILLAR CORDOVA, *Las culturas prehispánicas...*; p. 232.
47. CARRION CACHOT, Rebeca... *Un mito cultural del Norte del Perú*. "Letras". Lima, 1953. Nº 49; p. 185.
48. CARRION CACHOT, Rebeca... *Ancón*. Lima, 1951; p. 3.
49. BUSE, Hermann... *Perú, 10,000 años*. Lima, 1962; p. 68.
50. MATOS MENDIETA, Ramiro... *Ancón, clave para la arqueología peruana*. "El Comercio". Lima, 17 de setiembre 1961 (suplemento dominical).
51. CARRION CACHOT, Rebeca... *La cultura Chavin*. "Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología". Lima, 1948. Vol. II. Nº 1; p. 158.
52. CARRION, *La cultura Chavin*; p. 161.
53. CARRION, *Ancón*; p. 7.
54. CARRION, *Importancia de las necrópolis de Ancón*; p. 3.
55. MIDDENDORF, Ernesto W. ... *La antigua ciudad de Huadca*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1943. Tomo XII. Nº 1; p. 81.
56. COBO Bernabé... *Fundación de Lima* (1639). Madrid, 1964, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro I, cap. VII, p. 301.
57. COBO, *Fundación de Lima*; p. 299.
58. COBO, *Fundación de Lima*; p. 301.
59. VILLAR CORDOVA, *Las culturas prehispánicas...*; p. 177.
60. ROMERO, Carlos A. ... *El Callao desde sus orígenes más remotos hasta el siglo XVI*. "Revista Histórica". Lima, 1942. Tomo XV, Entrega III; pp. 205-247.
61. ROMERO, *El Callao desde sus orígenes más remotos...*; p. 209.
62. ROMERO, *El Callao desde sus orígenes más remotos...*; p. 212.

HISTORIA MARITIMA DEL PERU

63. MURUA, Martín de... *Historia general del Perú, origen y descendencia de los Incas* (1590). Madrid, 1962 (M. Ballesteros). Libro I, cap. XI, p. 37.
64. UHLE, *La antigua civilización peruana*; p. 93.
65. TELLO, Julio C. ... *El país de los Incas*. "Perú en cifras". Lima, 1945; pp. 592-613.
66. MARKHAM, Clemente R. ... *Los Incas del Perú*. Lima, 1920; p. 200.
67. MARKHAM, *Los Incas del Perú*; p. 201.
68. CABELLO DE BALBOA, Miguel... *Miscelánea Antártica* (1586). Buenos Aires, 1951. Tercera Parte, cap. XVIII, p. 338.
69. CALVETE DE ESTRELLA, Juan Cristóbal... *Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de don Pedro Gasca* (1567). Madrid, 1964, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira). Libro II, cap. IV, p. 301.
70. RAVINES, Rogger... y ALVAREZ SAURI, Juan José... *Fechas radiocarbónicas para el Perú*. "Arqueológicas". Lima, 1967. N° 11; fechado L-123 a.
71. ESTETE, *La relación del viaje que hizo el señor capitán Hernando Pizarro...*; pp. 96-98.
72. PIZARRO, Hernando... *Carta a los Oidores de su Majestad* (1533). Lima, Col. Urteaga-Romero. Segunda Serie. Tomo III; p. 176 y sgte.
73. MENA, Cristóbal de... *La conquista del Perú, llamado Nueva Castilla* (ANONIMO SEVILLANO, 1534. Porras se "aventura a sostener que... fue el capitán Cristóbal de Mena"): Raúl PORRAS BARRENECHEA, *Relaciones primitivas de la conquista del Perú*. Lima, 1967; p. 91.
74. MENA, *La conquista del Perú...*; p. 94.
75. BUSE, Hermann... *Guía arqueológica Lima-Pachacámac*. Lima, 1960; pp. 68 y 112.
76. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro III, cap. L., p. 214.
77. LOPEZ DE GOMARA, Francisco... *Historia general de las Indias* (1552). Barcelona, 1985. Tomo I. Primera Parte; p. 215.
78. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LXXII, p. 372 y sgte.
79. MUELLE, Jorge C. ... *Las pinturas del templo de Pachacámac*. "Revista del Museo Nacional". Lima, 1939. Tomo VIII. N° 2; p. 266.
80. COBO, Bernabé... *Historia del Nuevo Mundo* (1653). Madrid, 1964, Biblioteca de Autores Españoles (Col. Rivadeneira.). Libro XII, cap. XVII, p. 186.
81. COBO, *Historia del Nuevo Mundo*. Libro XIII, cap. XVII, p. 189.
82. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LXXIII, p. 376.
83. GARCILASO DE LA VEGA, *Comentarios Reales* (1609). Lima, 1941-1946, Col. de Historiadores Clásicos del Perú (H. H. Urteaga). Tomo II. Libro IV, cap. XXIX, p. 207.
84. MURUA, Martín de... *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú* (1590). Lima, 1946. Col. Loayza. Cap. IX, p. 12.
85. MURUA, *Historia del origen y genealogía real de los reyes Incas del Perú*. Libro cuarto, cap. VII, p. 196.
86. CIEZA, *La Crónica del Perú*. Cap. LXXIII, p. 377 y sgte.
87. SANTA CRUZ PACHACUTI, Joan de... *Relación de antigüedades deste Reyno del Perú* (1613). "Tres relaciones de antigüedades peruanas", por Marcos Jiménez de la Espada. Madrid, 1879; p. 273.
88. FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, Gonzalo... *Historia General y Natural de las Indias* (1535). Madrid, 1851-1855. Vol. IV. Libro XLVI, cap. XVII, p. 231.
89. GUTIERREZ DE SANTA CLARA, *Quinquenarios*. Libro IV, cap. XLVIII, p. 398.
90. VILLAR CORDOVA, *Las culturas prehispánicas...*; p. 266.
91. LOPEZ DE CERVANTES, *Noticia general del Perú*. "Relaciones geográficas de Indias", de Marco Jiménez de la Espada. Madrid, 1881. Tomo I; p. CXXXVII, Apéndice N° 2. (Esta crónica es de la época de D. Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache, duodécimo virrey del Perú, entre 1615 y 1621).
92. LIZARRAGA, Reginaldo de... *Descripción y población de las Indias* (siglo XVI). Lima, 1908 ("Revista Histórica"). Libro I, cap. XLVII; p. 61.

NOTAS AL CAPITULO

93. ENGEL, Frederic... *Paracas*. Lima, 1966; p. 29.
94. ENGEL, *Paracas*; p. 30.
95. BUSE, *Perú, 10,000 años*; p. 122.
96. TELLO, Julio C. ... *Antiguo Perú*. Lima, 1929; pp. 118 y 123.
97. TELLO, *Antiguo Perú*; p. 127.
98. ENGEL, *Paracas*; p. 158.
99. ENGEL, *Paracas*; p. 173.
100. ENGEL, *Paracas*; p. 189.
101. ENGEL, *Paracas*; p. 178.
102. ENGEL, *Paracas*; p. 193.
103. ENGEL, *Paracas*; p. 200.
104. ENGEL, Frederic... *Notes relatives a des explorations archaéologiques a Paracas et sur la Cote Sud du Pérou*. Paris, 1963; p. 64.
105. LORENTE, Sebastián... *Historia de la civilización peruana*. Lima. 1879; p. 245.
106. LEICHT, *Arte y cultura preincaicos*; p. 133.
107. MUELLE, *Los valles de Trujillo*; p. 22.
108. MEJIA XESSPE, Toribio... *Historia de la expedición arqueológica al Marañón de 1937*. Apéndice de "Arqueología del valle de Casma", de Julio C. Tello. Lima. 1956; p. 322.
109. TELLO, Julio C. ... *Algunos monumentos arqueológicos existentes entre Lima y Paramonga*. "El Comercio". Lima, 28 de setiembre 1939.
110. TELLO, *Algunos monumentos arqueológicos...*
111. ESTETE, *La relación del viaje que hizo el señor capitán Hernando Pizarro...*; p. 93.
112. LORENTE, *Historia de la civilización peruana*; p. 243.
113. TELLO, Julio C. ... *Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas*. Lima, 1942; p. 18. También: Frederic ENGEL, *Geografía humana prehistórica y agricultura precolombina de la quebrada de Chilca*. Lima, 1966; pp. 5 y 57.
114. VILLAR CORDOVA, *Las culturas prehispánicas...*; p. 276.
115. ENGEL, *Geografía humana prehistórica...*; p. 47 y sgtes. También: Hermann BUSE, *Introducción al Perú*. Lima, 1965; p. 198.

